
un LINAJE
Cinco mujeres que Dios usó para cambiar la eternidad
de GRACIA
FRANCINE
RIVERS
AUTORA DE ÉXITO DEL NEW YORK TIMES


un LINAJE
Cinco mujeres que Dios usó para cambiar la eternidad
de GRACIA
FRANCINE
RIVERS
AUTORA DE ÉXITO DEL NEW YORK TIMES



un LINAJE *de* GRACIA

Cinco historias de mujeres que Dios usó para cambiar la eternidad

FRANCINE RIVERS

Tyndale House Publishers, Inc., Carol Stream, Illinois, EE. UU.

Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

Entérese de las últimas novedades sobre Francine Rivers en www.francinerivers.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Un linaje de gracia: Cinco historias de mujeres que Dios usó para cambiar la eternidad

© 2019 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

Publicado en inglés como A Lineage of Grace © 2002 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados. Unveiled: Tamar y Unashamed: Rahab © 2000 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados. Unshaken: Ruth, Unspoken: Bathsheba y Unafraid: Mary © 2001 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

A Lineage of Grace by Francine Rivers. Unveiled: Tamar and Unashamed: Rahab copyright © 2000 by Francine Rivers. All rights reserved. Unshaken: Ruth, Unspoken: Bathsheba, and Unafraid: Mary copyright © 2001 by Francine Rivers. All rights reserved. A Lineage of Grace copyright © 2002 by Francine Rivers. All rights reserved.

Publicado bajo acuerdo con Browne & Miller Literary Associates, LLC.

Published by arrangement with Browne & Miller Literary Associates, LLC.

Las secciones de «Busque y encuentre» fueron escritas por Peggy Lynch.

El estampado en la parte superior de la contratapa © por Kira-N/Shutterstock. Todos los derechos reservados.

El estampado en medio de la contratapa © por Ela Kwasniewski/Shutterstock. Todos los derechos reservados.

El estampado en la parte inferior de la contratapa © por Igor Kisselev/Shutterstock. Todos los derechos reservados.

Ilustraciones de la portada © 2009 por Robert Papp. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la autora por Elaine Burdo © 2014. Todos los derechos reservados.

Diseño: Jessie McGrath

Edición en inglés: Kathryn S. Olson

Traducción al español: Patricia Cabral de Adriana Powell Traducciones

Edición en español: Christine Kindberg

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, Illinois 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Names: Rivers, Francine, date- author.

Title: Un linaje de gracia : cinco historias de mujeres que Dios usó para cambiar la eternidad / Francine Rivers.

Other titles: Lineage of grace. Spanish

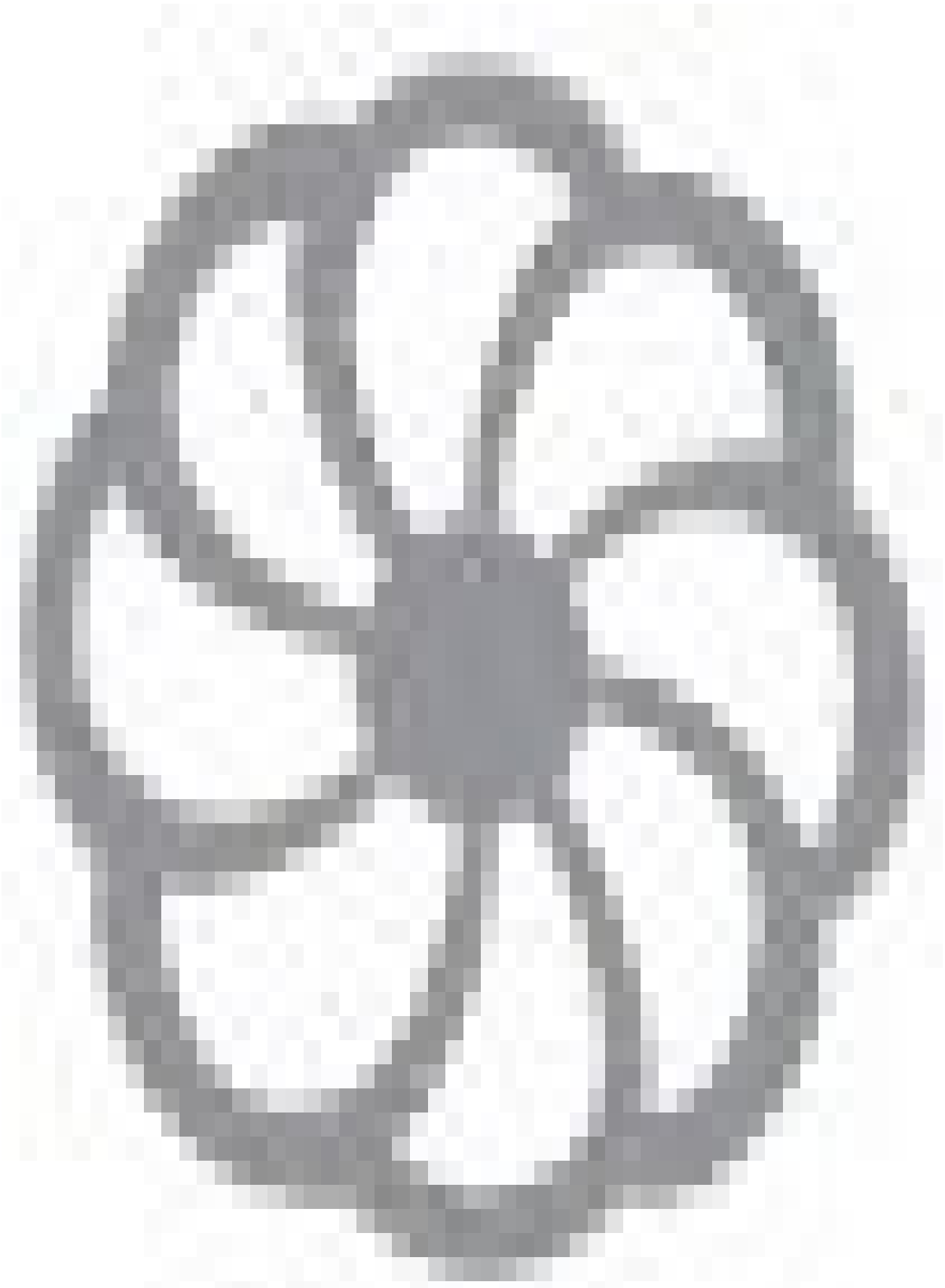
Description: Carol Stream, Illinois : Tyndale House Publishers, Inc., 2019.

Identifiers: LCCN 2018045731 | ISBN 9781496436269 (sc)

Subjects: LCSH: Women in the Bible—Fiction. | LCGFT: Bible fiction.

Classification: LCC PS3568.I83165 L5618 2009 | DDC 813/.54—dc23 LC record available at https://lccn.loc.gov/2018045731

Build: 2021-04-21 22:37:55 EPUB 3.0



Descubierta

está dedicada a quienes han sido maltratadas y explotadas y anhelan justicia.



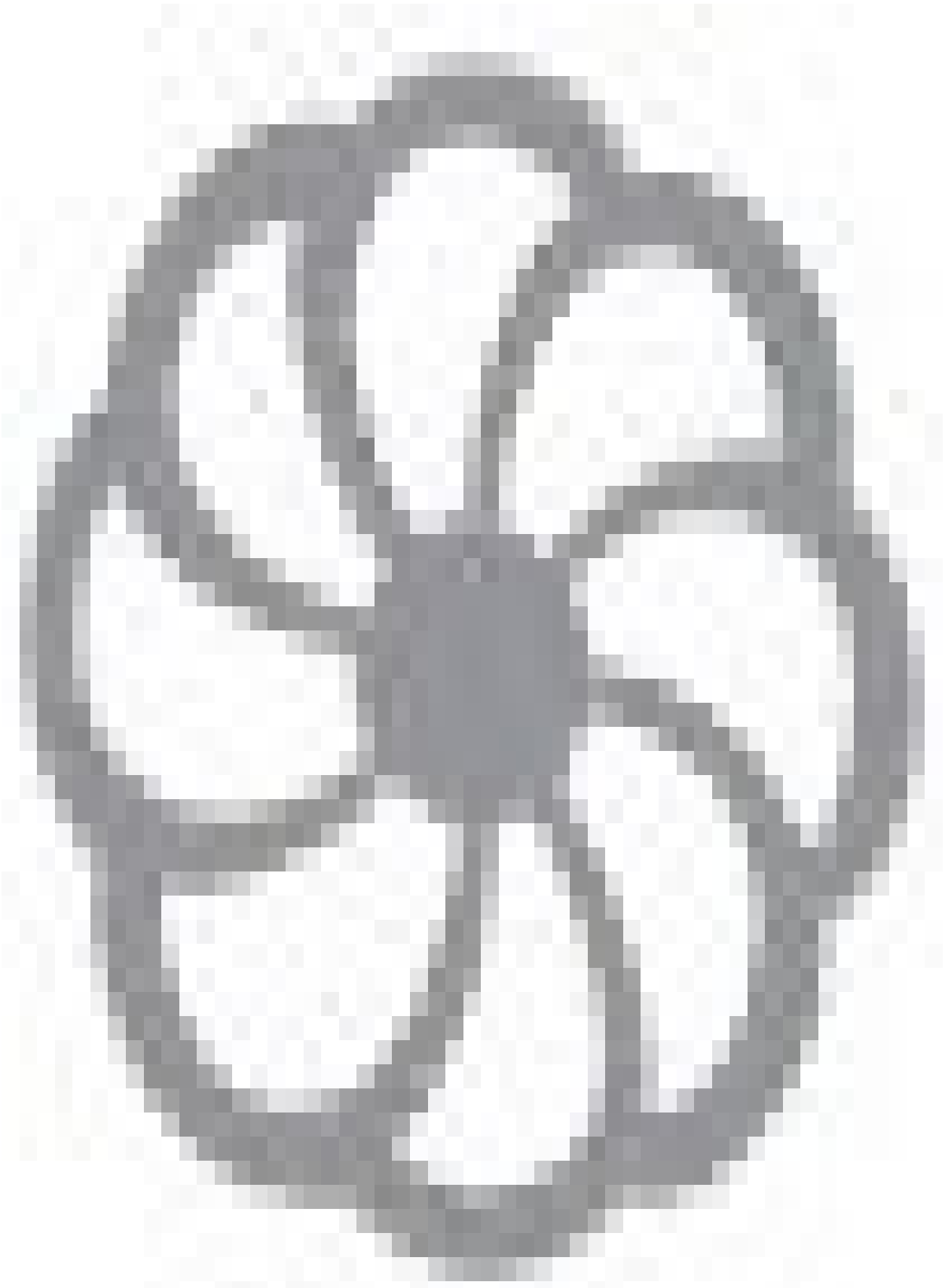
Desinhibida

está dedicada a las mujeres que piensan que un pasado de errores trunca cualquier posibilidad de un futuro lleno de gozo. Vuélvete a Jesús y vive las maravillas que Él tiene para ti.



Decidida

está dedicada a mi suegra, Edith Rivers, a quien admiro y adoro.



Despreocupada

está dedicada a las mujeres que sienten que han perdido su reputación para siempre. Dios puede transformar las cenizas en belleza.



Devota

está dedicada a Jane Jordan Browne, una mujer de fe.

Contenido



Prólogo

Agradecimientos

Libro Uno:



Descubierta

Preparando la escena

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Epílogo

Busque y encuentre

Libro Dos:



Desinhibida

Preparando la escena

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Epílogo

Busque y encuentre

Libro Tres:



Decidida

Preparando la escena

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Epílogo

Busque y encuentre

Libro cuatro:



Despreocupada

Preparando la escena

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Busque y encuentre

Libro Cinco:



Devota

Preparando la escena

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Busque y encuentre

La genealogía de Jesucristo

Acerca de la autora

PRÓLOGO



Querido lector:

Usted está a punto de leer cinco novelas cortas sobre mujeres que formaron parte del linaje de Jesucristo. Fueron mujeres del Medio Oriente que vivieron en la antigüedad; sin embargo, sus historias se aplican a nuestra vida y a los temas complicados que enfrentamos en el mundo actual. Estas mujeres vivieron al límite. Fueron valientes. Corrieron riesgos. Hicieron lo que nadie esperaba. Llevaron vidas intrépidas y, a veces, cometieron errores... grandes errores. No eran perfectas, y, no obstante, Dios, en Su infinita misericordia, las usó en Su plan perfecto para darle vida al Cristo, el Salvador del mundo.

Vivimos en tiempos desesperados, llenos de problemas, y millones de personas buscan respuestas. Estas mujeres señalan el camino. Las lecciones que podemos aprender de ellas se aplican tanto a nuestra actualidad como a la que ellas vivieron hace miles de años.

Tamar fue una mujer de esperanza.

Rahab fue una mujer de fe.

Rut fue una mujer de amor.

Betsabé fue una mujer que recibió gracia ilimitada.

María fue una mujer de obediencia.

Estas son mujeres históricas que vivieron de verdad. Sus historias, de la manera en que las cuento, se basan en relatos bíblicos. Aunque algunos de sus actos puedan parecernos desagradables en nuestra época, tenemos que considerar a estas mujeres en el contexto de su propio tiempo.

Esta es una obra de ficción histórica. El bosquejo de la trama fue provisto por la Biblia y yo comencé con la información que ella nos brinda. Partiendo de allí, he creado acción, diálogos, motivaciones internas y, en algunos casos, personajes adicionales que siento son congruentes con el relato bíblico. He

tratado de mantenerme fiel al mensaje de las Escrituras en todos los detalles y he añadido solamente lo necesario para ayudarnos a entender el mensaje.

Al final de cada novela corta, hemos incluido una breve sección de estudio. La máxima autoridad sobre las personas de la Biblia es la Biblia misma. Lo animo a que la lea para comprender mejor la historia. Y oro para que, cuando lea la Biblia, llegue a darse cuenta de la continuidad, la coherencia y la confirmación del plan de Dios para todos los tiempos: un plan que lo incluye a usted.

Francine Rivers

AGRADECIMIENTOS



Ningún proyecto llega a completarse sin la ayuda de muchas personas. Quiero agradecer a mi esposo, Rick, quien me ha apoyado y alentado desde el comienzo de mi carrera como escritora. Gracias por nuestros momentos de oración y por las charlas matutinas, antes de la salida del sol. Esos momentos son preciosos para mí y marcan la tónica para el resto del día. Gracias, también, por compartir tu oficina, por encender la chimenea en las mañanas frías, por preparar el café y por hacer pausas en tu agitado horario de trabajo para escucharme.

Gracias, Ron Beers, por compartir tu visión.

Gracias, Jane Jordan Browne, por tu aliento constante y por tu amistad a lo largo de los años. Siempre he podido contar contigo.

Un agradecimiento especial para ti, Scott Mendel. Aprecio la información histórica, los recursos y los conocimientos que compartiste conmigo. Gracias por tu buena disposición para responder (¡rápidamente!) tantas preguntas.

Gracias, Kathy Olson, por tu excelente edición, por la pasión que tienes por las Escrituras y por estar dispuesta a meterte de lleno y desafiarme a mejorar. También me gustaría extender mi agradecimiento a todo el personal de Tyndale, quienes han continuado la misión del Dr. Kenneth Taylor de glorificar al Señor... y quienes me han alentado mientras trato de hacer lo mismo. Todos estos años me he sentido bendecida por ser parte de su equipo.

También agradezco a Liz Curtis Higgs y a su esposo, Bill, por compartir su vasta bibliografía, y a Angela Elwell Hunt, mi súpermujer favorita. Cuando crezca, quiero ser como tú.

Extiendo un agradecimiento especial a Jim y Charlotte Henderson por su amable hospitalidad al estilo del estado de Washington, y a John y Meredith Atwood por prestarme su hermosa cabaña en Whidbey Island para que me reuniera a proponer ideas con mi querida amiga Peggy Lynch, quien está escribiendo las secciones de «Busque y Encuentre» para estas novelas.

También me gustaría agradecerle a Peggy por estar dispuesta a ser parte de este proyecto... y por hacerme cavar cada vez más hondo en las Escrituras para hallar las joyas que nos esperan allí. Peggy, has sido una bendición para mí desde el día

que te conocí. Siempre has sostenido en alto la lámpara de la Palabra de Dios. Tu vida es un testimonio vivo de fe.

Jeffrey Essmann, gracias por compartir la información histórica, las listas de recursos, las páginas web y las percepciones sobre María.

Extiendo un agradecimiento especial a Rick Hahn, el pastor de la Iglesia Cristiana de Sebastopol. Siempre sé a quién llamar cuando no puedo encontrar el pasaje bíblico que me da vueltas en la cabeza. Gracias, Kitty Briggs, por compartir los recursos sobre María. Y un agradecimiento especial a Gary y Patti LeDonne, quienes me ayudaron con ideas. Gracias, Peter Kiep, de Interfaith Books en Santa Rosa, por mostrarme el camino a los libros de recursos valiosos y por compartir conmigo tus pensamientos sobre María.

El Señor me ha bendecido a través de todos ustedes. Que esas bendiciones vuelvan mil veces sobre cada uno de ustedes.

LIBRO UNO



DESCUBIERTA

PREPARANDO LA ESCENA



G

ÉNESIS

37:1–38:6

Entonces Jacob volvió a establecerse en la tierra de Canaán, donde su padre había vivido como extranjero.

Este es el relato de Jacob y su familia. Cuando José tenía diecisiete años de edad, a menudo cuidaba los rebaños de su padre. Trabajaba para sus medios hermanos, los hijos de Bilha y Zilpa, dos de las esposas de su padre, así que le contaba a su padre acerca de las fechorías que hacían sus hermanos.

Jacob amaba a José más que a sus otros hijos porque le había nacido en su vejez. Por eso, un día, Jacob mandó a hacer un regalo especial para José: una hermosa túnica. Pero sus hermanos lo odiaban porque su padre lo amaba más que a ellos. No dirigían ni una sola palabra amable hacia José.

Una noche José tuvo un sueño, y cuando se lo contó a sus hermanos, lo odiaron más que nunca.

—Escuchen este sueño —les dijo—. Resulta que estábamos en el campo atando gavillas de grano. De repente, mi gavilla se levantó, y las gavillas de ustedes se juntaron alrededor de la mía, ¡y se inclinaron ante ella!

Sus hermanos respondieron:

—Así que crees que serás nuestro rey, ¿no es verdad? ¿De veras piensas que reinarás sobre nosotros?

Así que lo odiaron aún más debido a sus sueños y a la forma en que los contaba.

Al poco tiempo, José tuvo otro sueño y de nuevo se lo contó a sus hermanos.

—Escuchen, tuve otro sueño —les dijo—. ¡El sol, la luna y once estrellas se

inclinaban ante mí!

Esta vez le contó el sueño a su padre además de a sus hermanos, pero su padre lo reprendió.

—¿Qué clase de sueño es ese? —le preguntó—. ¿Acaso tu madre, tus hermanos y yo llegaremos a postrarnos delante de ti?

Sin embargo, mientras los hermanos de José tenían celos de él, su padre estaba intrigado por el significado de los sueños.

Poco tiempo después, los hermanos de José fueron hasta Siquem para apacentar los rebaños de su padre. Cuando ya llevaban un buen tiempo allí, Jacob le dijo a José:

—Tus hermanos están en Siquem apacentando las ovejas. Prepárate, porque te enviaré a verlos.

—Estoy listo para ir —respondió José.

—Ve a ver cómo están tus hermanos y los rebaños —dijo Jacob—. Luego vuelve aquí y tráeme noticias de ellos.

Así que Jacob despidió a José, y él viajó hasta Siquem desde su casa, en el valle de Hebrón.

Cuando José llegó a Siquem, un hombre de esa zona lo encontró dando vueltas por el campo.

—¿Qué buscas? —le preguntó.

—Busco a mis hermanos —contestó José—. ¿Sabe usted dónde están apacentando sus rebaños?

—Sí —le dijo el hombre—. Se han ido de aquí, pero los oí decir: “Vayamos a Dotán”.

Entonces José siguió a sus hermanos hasta Dotán y allí los encontró.

Cuando los hermanos de José lo vieron acercarse, lo reconocieron desde lejos.

Mientras llegaba, tramaron un plan para matarlo.

—¡Aquí viene el soñador! —dijeron—. Vamos, matémoslo y tirémoslo en una de esas cisternas. Podemos decirle a nuestro padre: “Un animal salvaje se lo comió”. ¡Entonces veremos en qué quedan sus sueños!

Pero cuando Rubén oyó el plan, trató de salvar a José.

—No lo matemos —dijo—. ¿Para qué derramar su sangre? Solo tirémoslo en esta cisterna vacía, aquí en el desierto. Entonces morirá sin que le pongamos una mano encima.

Rubén tenía pensado rescatar a José y devolverlo a su padre.

Entonces, cuando llegó José, sus hermanos le quitaron la hermosa túnica que llevaba puesta. Después lo agarraron y lo tiraron en la cisterna. Resulta que la cisterna estaba vacía; no tenía nada de agua adentro. Luego, justo cuando se sentaron a comer, levantaron la vista y vieron a la distancia una caravana de camellos que venía acercándose. Era un grupo de mercaderes ismaelitas que transportaban goma de resina, bálsamo y resinas aromáticas desde Galaad hasta Egipto.

Judá dijo a sus hermanos: «¿Qué ganaremos con matar a nuestro hermano? Tendríamos que encubrir el crimen. En lugar de hacerle daño, vendámoslo a esos mercaderes ismaelitas. Después de todo, es nuestro hermano, ¡de nuestra misma sangre!». Así que sus hermanos estuvieron de acuerdo. Entonces, cuando se acercaron los ismaelitas, que eran mercaderes madianitas, los hermanos de José lo sacaron de la cisterna y se lo vendieron por veinte monedas de plata. Y los mercaderes lo llevaron a Egipto.

Tiempo después, Rubén regresó para sacar a José de la cisterna. Cuando descubrió que José no estaba allí, se rasgó la ropa en señal de lamento. Luego regresó a donde estaban sus hermanos y dijo lamentándose: «¡El muchacho desapareció! ¿Qué voy a hacer ahora?».

Entonces los hermanos mataron un cabrito y mojaron la túnica de José con la sangre. Luego enviaron la hermosa túnica a su padre con el siguiente mensaje: «Mira lo que encontramos. Esta túnica, ¿no es la de tu hijo?».

Su padre la reconoció de inmediato. «Sí —dijo él—, es la túnica de mi hijo.

Seguro que algún animal salvaje se lo comió. ¡Sin duda despedazó a José!». Entonces, Jacob rasgó su ropa y se vistió de tela áspera, e hizo duelo por su hijo durante mucho tiempo. Toda su familia intentó consolarlo, pero él no quiso ser consolado. A menudo decía: «Me iré a la tumba llorando a mi hijo», y entonces sollozaba.

Mientras tanto, los mercaderes madianitas llegaron a Egipto, y allí vendieron a José a Potifar, quien era un oficial del faraón, rey de Egipto. Potifar era capitán de la guardia del palacio.

En esos días, Judá dejó su casa y se fue a Adulam, donde se quedó con un hombre llamado Hira. Allí vio a una mujer cananea, la hija de Súa, y se casó con ella. Cuando se acostaron, ella quedó embarazada y dio a luz un hijo, y le puso por nombre Er. Después volvió a quedar embarazada y dio a luz otro hijo, y le puso por nombre Onán. Además, dio a luz un tercer hijo y lo llamó Sela. Cuando nació Sela, ellos vivían en Quezib.

Con el transcurso del tiempo, Judá arregló que Er, su hijo mayor, se casara con una joven llamada Tamar...

UNO



Cuando Tamar vio a Judá guiando a un asno cargado de costales y una alfombra fina, tomó su azada y corrió hacia el extremo más alejado de la tierra de su padre. Con un mal presentimiento, le dio la espalda a la casa mientras trabajaba, esperando que él siguiera de largo y buscara a cualquier otra muchacha para su hijo. Cuando su nodriza la llamó, Tamar fingió que no la había oído y golpeó más fuerte la tierra con su azada. Las lágrimas la cegaban.

—¡Tamar! —jadeó Acsa cuando la alcanzó—. ¿No viste a Judá? Debes volver a la casa conmigo ahora mismo. Tu madre está a punto de mandar a tus hermanos a buscarte, y a ellos no les agradará tu demora. —Acsa hizo una mueca—. No me mires así, niña. Esto no es culpa mía. ¿Preferirías un matrimonio con uno de esos mercaderes ismaelitas en ruta a Egipto?

—Tú has oído hablar del hijo de Judá igual que yo.

—Me han contado. —Estiró su mano y Tamar le entregó la azada de mala gana —. Quizás no sea tan malo como piensas.

Pero Tamar vio en la mirada de su nodriza que Acsa tenía serias dudas.

La madre de Tamar salió a su encuentro y agarró a Tamar del brazo.

—Si tuviera tiempo, ¡te daría una paliza por haber salido corriendo! —Arrastró a Tamar al interior de la casa y al área de las mujeres.

En cuanto Tamar cruzó la puerta, sus hermanas le pusieron las manos encima y tironearon de su ropa. Tamar dio un grito ahogado de dolor cuando una le arrancó descuidadamente la tela que cubría su cabeza y tiró también de su cabello.

—¡Basta! —Levantó las manos para protegerse de ellas, pero su madre intervino.

—¡Quédate quieta, Tamar! Como Acsa tardó tanto tiempo en traerte, debemos apurarnos.

Las muchachas hablaban todas a la vez, alborotadas, entusiasmadas.

—¡Madre, déjame ir como estoy!

—¿Recién llegada del campo? ¡No lo harás! Te presentaremos con lo mejor que tenemos. Judá trajo obsequios. Y no te atrevas a avergonzarnos con tus lágrimas, Tamar.

Con un nudo en la garganta, Tamar hizo un esfuerzo por dominarse. No le quedaba otra alternativa que someterse a las atenciones de su madre y sus hermanas. Estaban usando las mejores prendas y el mejor perfume para presentarla ante Judá, el hebreo. El hombre tenía tres hijos. Si lo complacía, sería el primero, Er, quien se convertiría en su esposo. Durante la última cosecha, cuando Judá y sus hijos habían traído a sus rebaños a pastar en los campos segados, el padre de Tamar le había ordenado que trabajara cerca de ellos. Tamar sabía qué esperaba conseguir con eso. Al parecer, lo había logrado.

—Madre, por favor. Necesito uno o dos años más antes de estar lista para tener mi propia casa.

—Tu padre es quien decide cuándo tienes la edad suficiente. —Su madre no la miraba a los ojos—. No tienes derecho a cuestionar sus decisiones. —Las hermanas de Tamar parloteaban como urracas, lo cual le dio ganas de gritar. Su madre batió las palmas—. ¡Basta! ¡Ayúdenme a preparar a Tamar!

Tamar apretó la mandíbula y, cerrando los ojos, decidió que debía resignarse a su destino. Siempre había sabido que algún día se casaría. También había sabido que su padre elegiría a su esposo. Su único consuelo eran los diez meses que duraba el compromiso. Por lo menos tendría tiempo para preparar su mente y su corazón para la vida que se le avecinaba.

Acsa le tocó el hombro:

—Trata de relajarte. —Soltó el cabello de Tamar y empezó a peinarlo con movimientos largos y firmes—. Piensa en cosas que te tranquilicen, querida.

Se sentía como un animal que su padre estaba preparando para vender. Y, ¿acaso no lo era? Se llenó de indignación y desesperación. ¿Por qué la vida tenía que ser tan cruel e injusta?

—Petra, trae el aceite aromático y frótale la piel con eso. ¡No debe oler como una esclava del campo!

—Sería mejor si oliera a ovejas y a cabras —dijo Acsa—. Al hebreo le gustaría.

Las muchachas se rieron, a pesar de la reprimenda de su madre.

—No estás ayudando, Acsa. Ahora, ¡silencio!

Tamar agarró la falda de su madre:

—Por favor, madre. ¿No podrías hablarle a mi padre por mí? Ese muchacho es... ¡malvado! —Las lágrimas salieron atropelladamente y no pudo detenerlas—. Por favor, no quiero casarme con Er.

Su madre frunció la boca, pero no se ablandó. Desprendió las manos de Tamar de su falda y las sujetó fuertemente entre las suyas.

—Sabes que no puedo cambiar los planes de tu padre, Tamar. ¿De qué serviría ahora que yo dijera algo en oposición a esta unión, salvo deshonrarnos a todos? Judá ya está aquí.

Tamar aspiró un sollozo irregular y el temor corrió por todo su cuerpo.

Su madre la tomó del mentón, obligándola a levantar la cabeza.

—Yo te preparé para este día. No nos sirves para nada si no te casas con Er. Tómalo como es: buena suerte para la casa de tu padre. Tú tenderás un puente entre Zimram y Judá. Tendremos una garantía de paz.

—Nosotros somos más que ellos, madre.

—Los números no siempre son lo importante. Ya no eres una niña, Tamar. Eres más valiente que lo que estás demostrando.

—¿Más valiente que mi padre?

Los ojos de su madre se oscurecieron de ira. Soltó abruptamente a Tamar.

—Harás lo que te digan, o sufrirás todas las consecuencias de tu desobediencia.

Vencida, Tamar no dijo nada más. Lo único que había logrado era humillarse a sí misma. Quería gritarles a sus hermanas que terminaran con su parloteo tonto. ¿Cómo podían alegrarse de su infortunio? ¿Qué importaba si Er era atractivo?

¿Acaso no habían oído hablar de su crueldad? ¿No sabían de su arrogancia? ¡Er tenía fama de causar problemas dondequiera que fuera!

—Más kohl en los ojos, Acsa. Así parecerá mayor que la edad que tiene.

Tamar no podía dominar el latido frenético de su corazón. Se le humedecieron las palmas de las manos. Si todo salía como su padre esperaba, su futuro se decidiría ese mismo día.

Esto es bueno, se dijo Tamar a sí misma. Es algo bueno. Sentía la garganta caliente y tensa por el llanto.

—Levántate, Tamar —dijo su madre—. Déjame mirarte.

Tamar obedeció. Su madre suspiró largamente y tiró de los pliegues del vestido rojo de Tamar, reacomodando el frente.

—Debemos disimular su falta de curvas, Acsa, o a Zimram le costará mucho convencer a Judá de que ella tiene la edad suficiente para quedar embarazada.

—Puedo mostrarle el paño, mi señora.

—Bien. Tenlo listo, en caso de que lo requiera.

Tamar sintió que un calor intenso corría por su rostro. ¿No había nada privado? ¿Todos tenían que hablar de los sucesos más personales de su vida? Su primer flujo de sangre había anunciado su condición de mujer y su utilidad como herramienta de negociación para su padre. Ella era una mercancía para ser vendida, una herramienta para forjar una alianza entre los dos clanes, un sacrificio para una garantía de paz. Había guardado esperanzas de que la pasaran por alto un par de años más. Catorce años le parecía demasiado joven para provocar el interés de un hombre.

Esto es algo bueno, se dijo Tamar a sí misma otra vez. A pesar de los otros pensamientos que le venían de repente y del miedo que le apretaba el estómago, se repitió las palabras una y otra vez, tratando de convencerse. Esto es algo bueno.

Tal vez si no hubiera escuchado esas historias...

Desde que Tamar tenía memoria, su padre siempre le había temido a Judá y a su pueblo. Había escuchado los relatos sobre el poder del Dios de los hebreos, un dios que había reducido a escombros a Sodoma y a Gomorra bajo una tormenta de fuego y azufre que había convertido su territorio en un páramo de arena blanca y un mar salado que era cada vez más grande. ¡Ningún dios cananeo había dado muestras de semejante poder!

Y estaban los relatos de lo que los hebreos le habían hecho al pueblo de Siquem, los relatos del caos...

—¿Por qué tiene que ser así, madre? ¿Acaso no tengo ninguna opción de elegir en qué me convertiré?

—No más opciones que cualquier otra muchacha. Sé cómo te sientes. Yo no era mayor que tú cuando entré en la casa de tu padre. Así son las cosas, Tamar. ¿Acaso no te he preparado para este día desde que eras pequeña? Te he dicho para qué naciste. Luchar contra tu destino es como pelear contra el viento. —Agarró a Tamar de los hombros—. Sé una buena hija y obedece sin caprichos. Sé una buena esposa y ten muchos hijos varones. Haz estas cosas y recibirás gran honra. Si eres afortunada, tu esposo llegará a amarte. Y si no, tu futuro estará asegurado en las manos de tus hijos varones. Cuando seas anciana, ellos te cuidarán, así como tus hermanos me cuidarán a mí. La única satisfacción que tiene la mujer en esta vida es saber que ha acrecentado la familia de su esposo.

—Pero hablamos del hijo de Judá, madre. Es Er, el hijo de Judá.

Los ojos de su madre parpadearon, pero se mantuvo firme.

—Busca la manera de cumplir con tu deber y dale hijos. Tienes que ser fuerte, Tamar. Estas personas son violentas e impredecibles. Y son orgullosos.

Tamar desvió la mirada.

—No quiero casarme con Er. No puedo casarme con él...

Su madre la agarró del cabello y le jaló cabeza hacia atrás.

—¿Destruirías a nuestra familia humillando a un hombre como este hebreo? ¿Crees que tu padre te permitirá vivir si entras en ese cuarto y le suplicas que te salve de casarte con Er? ¿Crees que Judá tomaría a la ligera semejante insulto?

Te lo advierto: yo misma acompañaré a tu padre a apedrearte si te atreves a poner en riesgo la vida de mis hijos. ¿Me escuchas? Tu padre decide con quién y cuándo te casarás, ¡no tú! —La soltó bruscamente y se alejó, temblando—. ¡No actúes como una tonta!

Tamar cerró los ojos. El silencio en la habitación era pesado. Sintió que sus hermanas y su nodriza la miraban fijamente.

—Lo siento. —Le tembló el labio—. Perdón. Haré lo que debo hacer.

—Como debemos hacer todos. —Suspirando, su madre le tomó la mano y la frotó con aceite aromático—. Sé astuta como una serpiente, Tamar. Judá demostró ser sensato al tenerte en cuenta. Eres fuerte, más fuerte que las demás. Aún no conoces la agudeza y la fortaleza que tienes. Este hebreo se ha interesado en ti. Por el bien de todos nosotros, tienes que complacerlo. Sé una buena esposa para su hijo. Construye un puente entre nuestros pueblos. Mantén la paz entre nosotros.

El peso de la responsabilidad que recibía la hizo agachar la cabeza.

—Lo intentaré.

—Harás más que intentarlo. Tendrás éxito. —Su madre se inclinó y le besó la mejilla bruscamente—. Ahora, siéntate en silencio y serénate, mientras mando a decir a tu padre que ya estás lista.

Tamar trató de pensar con calma. Judá era uno de los hijos de Jacob que habían aniquilado al pueblo de Siquem por la violación de su hermana. Tal vez, si el hijo de Hamor hubiera sabido más sobre estos hombres, habría dejado tranquila a la muchacha. Cuando se dio cuenta de su error, hizo todos los intentos posibles por apaciguar a los hijos de Jacob. Ellos querían sangre. El príncipe y su padre aceptaron obligar a que todos los hombres de Siquem fueran mutilados mediante el rito hebreo de la circuncisión. ¡Estaban desesperados por concretar una alianza matrimonial y garantizar la paz entre las dos tribus! Hicieron todo lo que los hebreos les habían exigido y, sin embargo, tres días después de que los siquemitas fueran circuncidados, mientras todos aún tenían fiebre, Judá y sus hermanos se vengaron. No se contentaron con la sangre del culpable; mataron a espada a todos los hombres. No sobrevivió ni uno, y saquearon la ciudad.

Los hebreos hedían ante las narices cananeas. Su presencia invocaba temor y

desconfianza. A pesar de que Judá había abandonado el campamento de su padre y había venido a vivir entre el pueblo de Tamar, su padre nunca había dormido tranquilo teniendo a Judá tan cerca. Ni siquiera la antigua amistad de Judá con Hira, el adulamita, tranquilizaba a su padre. Tampoco le importaba que Judá se hubiera casado con una mujer cananea, la cual le había dado tres hijos y los había criado según las costumbres cananeas. Judá era hebreo. Judá era un extranjero. Judá era una espina clavada en el lado de Zimram.

A través de los años, su padre había hecho contratos con Judá para traer rebaños a sus campos cosechados. El arreglo había resultado beneficioso para todos y había dado lugar a una alianza tentativa. A lo largo de todos esos años, Tamar había sabido que su padre buscaba una manera mejor y más duradera de mantener la paz con los hebreos. Un matrimonio celebrado entre ambas familias podría llegar a garantizárselo, si ella lograba bendecir la casa de Judá dándole hijos.

Ah, Tamar comprendía la determinación de su padre de concretar su matrimonio con Er. Incluso entendía cuánto lo necesitaba su padre. Comprendía el papel que ella tenía en todo eso. Pero comprenderlo no hacía más fáciles las cosas. Al fin y al cabo, era ella a quien estaban ofreciendo como cordero sacrificial. No podía elegir entre casarse o no hacerlo. No podía elegir con quién casarse. Su única decisión era cómo enfrentaría su destino.

Cuando su madre volvió, Tamar estaba lista. Sus sentimientos quedaron ocultos mientras se agachaba en reverencia ante ella. Cuando levantó la cabeza, su madre puso ambas manos sobre ella y murmuró una bendición. Luego, levantó el mentón de Tamar.

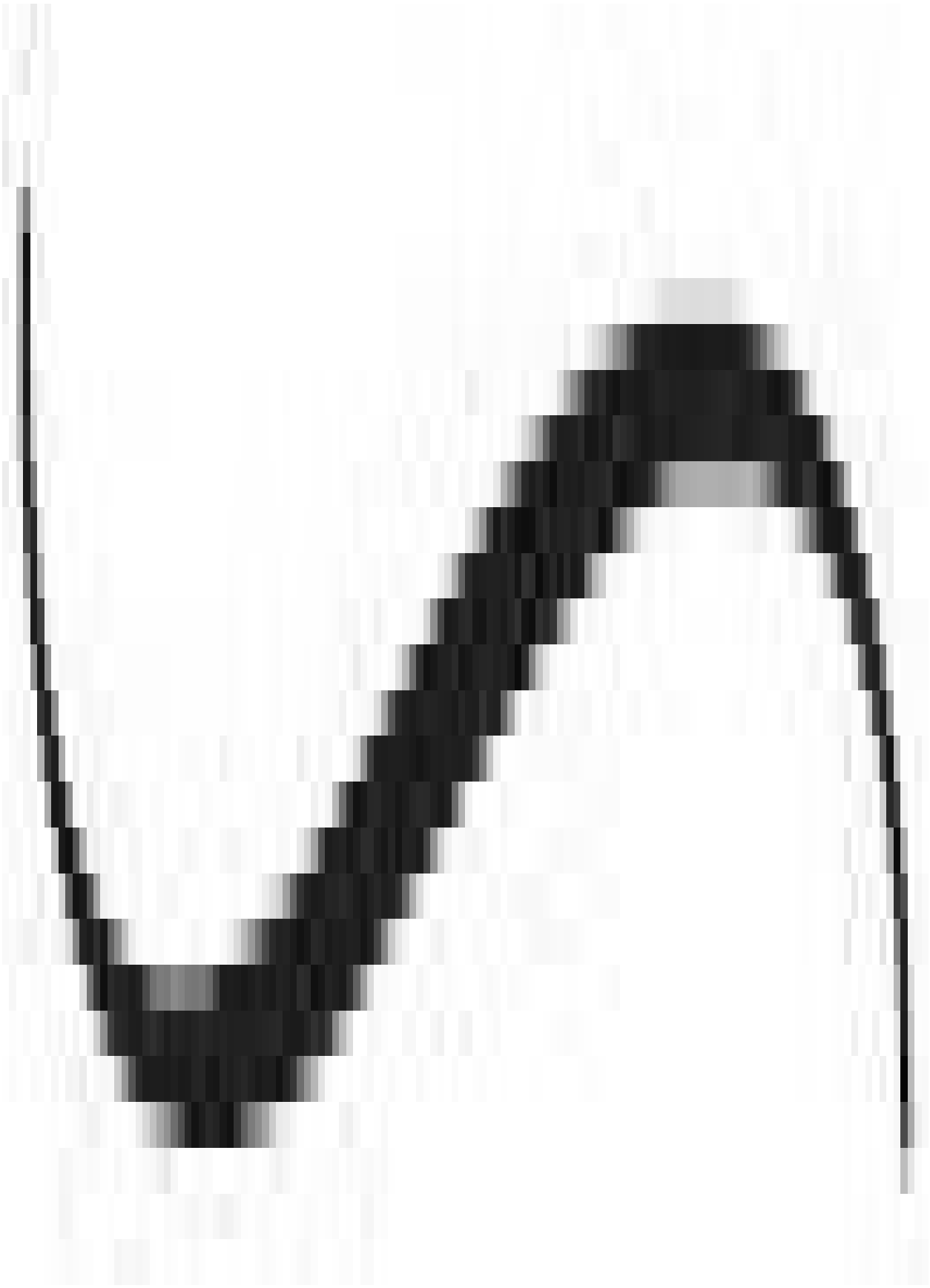
—La vida es difícil, Tamar. Lo sé mejor que tú. Toda muchacha sueña con el amor cuando es joven, pero esto es la vida, no sueños sin sentido. Si hubieras sido la primera, te habríamos mandado al templo de Timna en lugar de tu hermana.

—No habría sido feliz allí. —De hecho, habría preferido quitarse la vida antes que vivir la vida que llevaba su hermana.

—Entonces, esta es la única vida que te queda, Tamar. Acéptala.

Resuelta a hacerlo, Tamar se puso de pie. Trató de calmar su temblor mientras caminaba detrás de su madre saliendo del área de las mujeres. Tal vez Judá

decidiría que ella era demasiado joven. Podía decir que era demasiado delgada, demasiado fea. Quizás, todavía podría salvarse de casarse con Er. Pero, a la larga, eso no cambiaría nada. La verdad era demasiado dura para enfrentarla. Tenía que casarse, porque una mujer sin marido y sin hijos era como una mujer muerta.



Judá observó detenidamente a la hija de Zimram cuando entró en la sala. Era alta, delgada y muy joven. También era serena y agraciada. Le gustaba cómo se movía mientras servía la comida con su madre. Había notado su elegancia juvenil durante su última visita después de la cosecha. Zimram había puesto a la muchacha a trabajar en el campo junto al pastizal de manera que Judá y sus hijos pudieran verla. Se había dado cuenta plenamente de las intenciones de Zimram al mostrarla de esa manera. Ahora, mirándola más de cerca, la muchacha parecía demasiado joven para ser una esposa. No podía ser mayor que Sela, y Judá lo dijo en voz alta.

Zimram rio.

—Por supuesto que es joven, pero es mejor así. Una muchacha joven es más moldeable que una mayor. ¿No te parece? Tu hijo será su baal. Será su maestro.

—¿Y qué hay de los hijos?

Zimram volvió a reírse; el sonido irritó a Judá.

—Te aseguro, Judá, amigo mío, que Tamar tiene la edad suficiente para tener hijos y lo ha sido desde la última cosecha, cuando Er se fijó en ella. Tenemos prueba de eso.

Los ojos de la muchacha parpadearon en dirección a su padre. Estaba ruborizada y visiblemente avergonzada. Judá se sintió peculiarmente conmovido por su pudor y la estudió sin reservas.

—Acércate, muchacha —dijo, llamándola con un gesto. Quería mirarla a los ojos. Tal vez, así sabría mejor por qué había siquiera pensado en ella cuando le había cruzado por la mente el tema del matrimonio.

—No seas tímida, Tamar. —Zimram apretó los labios—. Deja que Judá vea lo hermosa que eres. —Cuando ella levantó la cabeza, Zimram asintió—. Eso es. Sonríe y muéstrale a Judá qué dientes magníficos tienes.

A Judá no le interesaban su sonrisa ni sus dientes, aunque lucían bien. Le importaba su fertilidad. Por supuesto, no había manera de saber si podía darle hijos varones a su clan hasta que estuviera casada con su hijo. La vida no tenía

garantías. Sin embargo, la muchacha provenía de buena crianza. Su madre había tenido seis hijos y cinco hijas. Además, debía ser fuerte, pues la había observado en los campos, sachando la tierra dura y cargando piedras hasta el muro. A una muchacha débil la habrían mantenido dentro de la casa, haciendo alfarería o hilando.

—Tamar. —Su padre le hizo un gesto—. Arrodíllate ante Judá. Deja que te mire más de cerca.

Ella obedeció sin dudar. Su mirada era oscura pero no dura, su piel era rubicunda e irradiaba buena salud. Una muchacha así quizás enternecería el corazón duro de su hijo y lo haría arrepentirse de sus maneras desenfrenadas. Judá se preguntaba si ella tendría el valor necesario para ganarse el respeto de Er. Su padre era un cobarde. ¿Lo era ella? Er no le había traído más que dolor desde que tuvo la edad suficiente para caminar, y lo más probable era que a esta muchacha también le causaría aflicción. Ella tendría que ser fuerte y resistente.

Judá sabía que la culpa de la rebeldía de Er era solo suya. Nunca debió haberle dado a su esposa tanta libertad para criar a sus hijos. Creyó que dejarlos completamente libres haría que crecieran felices y fuertes. Bueno, eran felices siempre y cuando se salieran con la suya, y eran lo suficientemente fuertes como para abusar de los demás si no hacían las cosas como ellos querían. Eran presuntuosos y altaneros por la falta de disciplina. ¡Habrían resultado mejores si hubiera usado la vara más seguido con ellos!

¿Ablandaría esta muchacha a Er? ¿O él la endurecería y quebraría su espíritu?

Cuando lo miró a los ojos, vio en ella inocencia e inteligencia. Sintió una desesperanza inquietante. Er era su primogénito, la primera muestra de la fuerza de sus entrañas. Había sentido mucho orgullo y alegría cuando el niño nació, mucha esperanza. Ah, había pensado, ¡es carne de mi carne, sangre de mi sangre! Cómo se había reído cuando el tierno retoño se paró con la cara enrojecida de furia, negándose a obedecer a su madre. Lo había divertido la rebeldía apasionada de su hijo; había estado estúpidamente orgulloso de ello. Este niño será un hombre fuerte, se había dicho a sí mismo. Ninguna mujer le diría a Er cómo vivir.

Judá nunca había previsto que su hijo lo desafiaría a él también.

Onán, su segundo hijo, estaba poniéndose tan difícil como Er. Había crecido

amenazado por los celos iracundos de su hermano mayor y había aprendido a cuidarse a fuerza de astucia y engaños. Judá no sabía cuál de los dos era peor. Ambos eran traicioneros. No se podía confiar en ninguno.

El tercer hijo, Sela, estaba imitando los modos de sus hermanos. Cuando los confrontaban con algún error, los hijos de Judá mentían o culpaban a otros. Cuando se les presionaba lo suficiente para sacarles la verdad, apelaban a su madre, quien los defendía sin importarle cuán repudiables fueran sus delitos. Su orgullo le impedía ver los defectos de ellos. Después de todo, eran sus hijos y eran cananeos de la cabeza a los pies.

Tenía que hacer algo o Er avergonzaría a Judá ante todo el mundo. Judá estaba casi arrepentido de haber tenido hijos, ¡pues sembraban el caos en su familia y en su vida! Había momentos en que su furia era tan intensa, que solo faltaría levantar una lanza y arrojársela a alguno de ellos.

Judá solía pensar en su padre, Jacob, y en la aflicción que él había sufrido a causa de sus hijos. Judá le había causado tanto dolor a su padre como el resto. Er y Onán les recordaban a sus hermanos Simeón y Leví. Pensar en sus hermanos reavivó los recuerdos oscuros del grave pecado que él mismo había cometido; el pecado que lo perseguía, que lo había alejado del hogar de su padre porque no podía soportar ver el dolor que había causado ni podía estar en compañía de los hermanos que habían participado en lo que había hecho.

Su padre, Jacob, ni siquiera sabía toda la verdad de lo que había sucedido en Dotán.

Judá trató de consolarse a sí mismo. Había impedido que Simeón y Leví mataran a su hermano José, ¿cierto? Pero también recordó que fue él quien los indujo a vender al muchacho a los mercaderes ismaelitas que iban en camino a Egipto. Había sacado una ganancia a costa del sufrimiento del chico... ganancia compartida con sus hermanos. Solo Dios sabía si José había sobrevivido al viaje largo y difícil hasta Egipto. Lo más probable es que hubiera muerto en el desierto. De lo contrario, ahora sería esclavo de algún egipcio.

A veces, en la hora más oscura de la noche, Judá permanecía desvelado en su esterilla, colmado por la agonía del remordimiento, pensando en José. ¿Cuántos años pasarían antes de que pudiera superar el pasado y olvidar las cosas que había hecho? ¿Cuántos años debían pasar para que, al cerrar los ojos, no viera las

manos encadenadas de José, su cuello rodeado por una soga, mientras los mercaderes ismaelitas se lo llevaban a la fuerza? Los alaridos del muchacho pidiendo ayuda aún resonaban en la mente de Judá.

Le quedaba el resto de su vida para arrepentirse de sus pecados, años para vivir con ellos. A veces, Judá juraba que podía sentir la mano de Dios exprimiéndole la vida por haber conspirado en la destrucción de su propio hermano.

Zimram aclaró su garganta. Judá recordó dónde estaba y por qué había ido a la casa de este cananeo. No debía permitir que su mente se distrajera ni dejar que el pasado se entrometiera en lo que tenía que hacer con respecto al futuro. Su hijo necesitaba una esposa: una esposa joven, atractiva y fuerte que pudiera distraerlo de sus confabulaciones y estrategias malvadas. La boca de Judá se tensó mientras analizaba a la muchacha cananea arrodillada frente a él. ¿Estaba cometiendo otro error? Él mismo se había casado con una cananea y lo lamentaría toda su vida. Ahora, estaba llevando a otra a su familia. Sin embargo, le gustaba esta chica cananea. ¿Por qué?

Judá levantó el mentón de la muchacha. Sabía que ella debía estar aterrada, pero lo disimulaba bien. Esa habilidad sería muy útil para lidiar con Er. Parecía muy joven e ingenua. ¿Destruiría su hijo su inocencia y la corrompería, como tenía tantas ganas de hacer con otros?

Endureciéndose, Judá retiró la mano y se echó hacia atrás. No tenía la intención de dejar que Er cometiera los mismos errores que él. La lujuria lo había llevado a casarse con la madre del muchacho. La belleza era una trampa que atrapaba al hombre, así como la pasión descontrolada arrasaba con la razón. El carácter de la mujer era muy importante en un matrimonio. Judá debería haber seguido la costumbre y dejar que su padre eligiera una esposa para él. En cambio, fue terco y arrebatado, y ahora sufría su falta de sensatez.

No bastaba con que la mujer avivara la pasión del hombre. También tenía que ser fuerte, pero estar dispuesta a ceder. La mujer empecinada era una maldición para el hombre. Había sido risible su seguridad juvenil de que podría doblegar a su mujer a sus costumbres. Más bien, fue él quien se doblegó ante las de Bet-súa. Se había engañado a sí mismo creyendo que no había ningún problema en darle a su esposa la libertad de mantener el culto que ella deseara. ¡Ahora estaba recogiendo tempestades con sus hijos idólatras!

Tamar tenía una disposición más apacible que Bet-súa. Tenía coraje. Parecía inteligente. Sabía que era fuerte porque la había visto trabajar duramente. Su esposa, Bet-súa, se alegraría al respecto. Sin duda cargaría a la muchacha con sus quehaceres hogareños tan pronto como pudiera. La cualidad que más le importaba era su fertilidad, y solo sabría eso con el tiempo. Las cualidades que él podía ver eran más que suficientes. Sin embargo, la muchacha tenía otra cosa que él no podía explicar: algo excepcional y maravilloso que lo hizo decidirse a tenerla en su familia. Fue como si una serena voz estuviera diciéndole que la eligiera.

—Me agrada la muchacha.

Zimram suspiró.

—¡Eres un hombre sabio! —Le hizo un gesto con la cabeza a su hija. Despedida de esta manera, Tamar se levantó. El cananeo se veía claramente ansioso por comenzar la negociación. Judá observó a la muchacha mientras salía de la sala con su madre. Zimram dio unas palmadas; dos sirvientas entraron apresuradamente, una con una fuente con granadas y uvas, otra con cordero asado—. Come, hermano mío, después hablaremos.

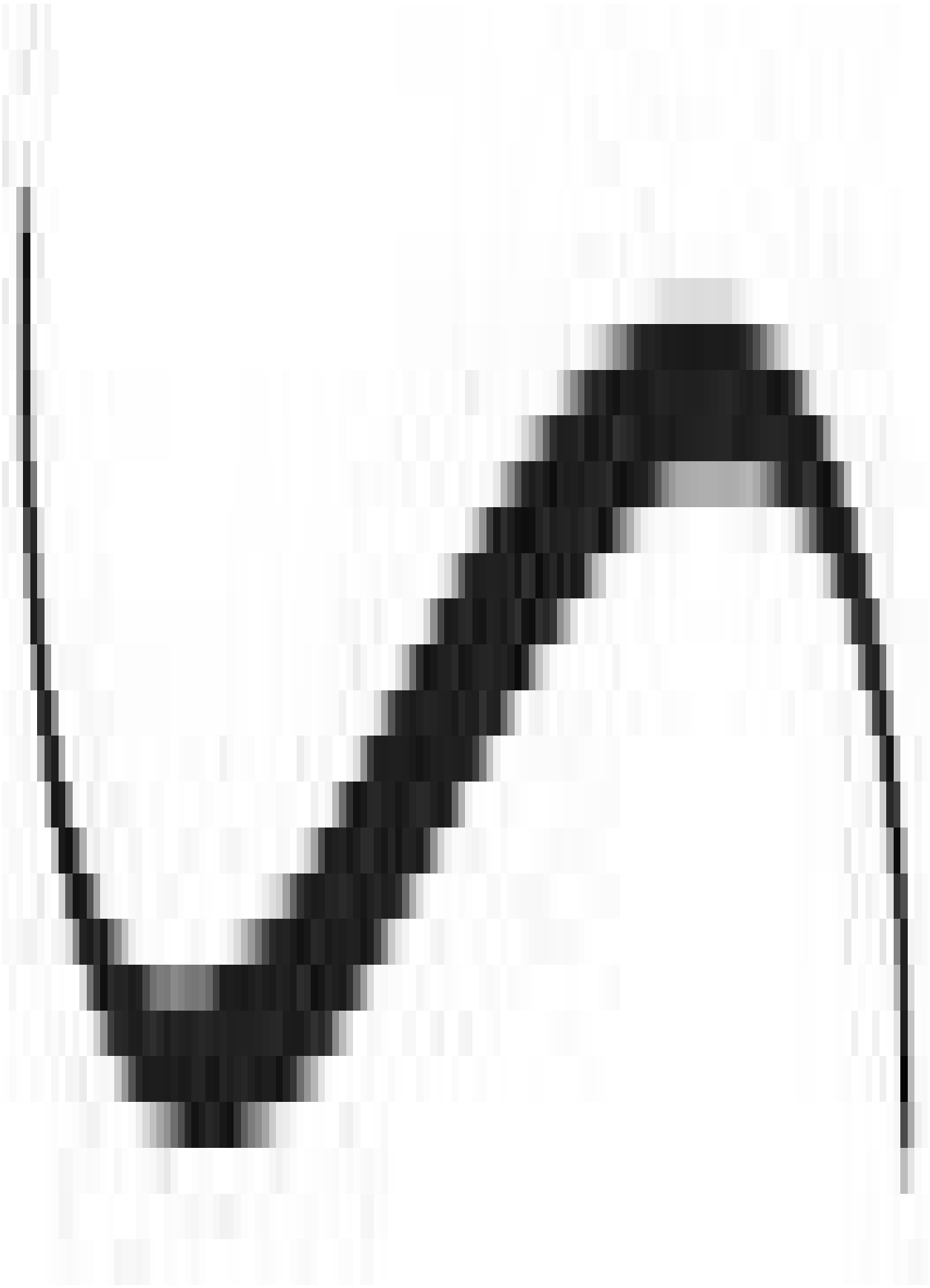
Judá no se dejaría manipular tan fácilmente. Antes de tocar la comida, hizo una oferta por la muchacha. Con los ojos encendidos, Zimram se lanzó de lleno y empezó a regatear el valor de la muchacha.

Judá decidió ser generoso. El matrimonio, pese a no haberle causado felicidad, le había traído alguna estabilidad y rumbo. A lo mejor, Er podría desviarse de la misma manera de su vida desenfrenada. Además, Judá quería pasar el menor tiempo posible con Zimram. Los modales insinuantes del hombre lo fastidiaban.

Tamar. Su nombre significaba «palma datilera». Era un nombre dado a alguien que sería hermosa y agraciada. La datilera sobrevive en el desierto y produce un fruto dulce y nutritivo, y la muchacha provenía de una familia fértil. La datilera se mece con los vientos del desierto sin romperse y sin ser arrancada de raíz, y esta muchacha tendría que enfrentarse al temperamento variable e irascible de Er. La datilera podía sobrevivir en un entorno hostil, y Judá sabía que Bet-súa vería a esta joven como su rival. Judá sabía que su esposa se enfrentaría a la joven novia porque Bet-súa era vanidosa y tendría celos de los afectos de su hijo.

Tamar.

Judá esperaba que la muchacha tuviera la capacidad de albergar toda la promesa que su nombre implicaba.



Tamar esperó mientras se decidía su destino. Cuando su madre se paró en la puerta, supo que el asunto de su futuro estaba decidido.

—Ven, Tamar. Judá tiene obsequios para ti.

Se levantó, paralizada por dentro. Era un momento para regocijarse, no para llorar. Su padre ya podía dejar de tener miedo.

—Ah, hija. —Su padre sonreía de oreja a oreja. Obviamente había conseguido un alto precio por ella, pues nunca antes la había abrazado con tanto cariño. ¡Hasta le dio un beso en la mejilla! Ella levantó el mentón y lo miró a los ojos, deseando que supiera qué le había hecho al entregarla a un hombre como Er. Quizás él sentiría algo de vergüenza por usarla para protegerse a sí mismo.

No fue así.

—Saluda a tu suegro.

Resignada a su destino, Tamar se postró delante de Judá. El hebreo posó una de sus manos sobre su cabeza, la bendijo y le ordenó que se levantara. Cuando lo hizo, él sacó aretes y brazaletes de oro de un bolso que llevaba a la cintura y se los colocó. Los ojos de su padre brillaban, pero a ella se le cayó el alma a los pies.

—Prepárate para partir en la mañana —le dijo Judá.

Estupefacta, habló sin pensar:

—¿En la mañana? —Miró a su padre—. ¿Y qué del compromiso matrimonial...?

La expresión de su padre le advirtió que se callara.

—Judá y yo lo celebramos esta noche, hija mía. Acsa empacará tus cosas y te acompañará mañana. Todo está arreglado. Tu esposo te espera con ansias.

¿Tanto miedo tenía su padre que no había solicitado el período de compromiso de diez meses que se acostumbraba para prepararla para la boda? ¡Ella ni siquiera tendría una semana para adaptarse a su inminente casamiento!

—Puedes irte, Tamar. Prepárate para partir en la mañana.

Cuando entró en el área de las mujeres, vio que su madre y sus hermanas ya estaban empacando por ella. Incapaz de seguir conteniendo sus sentimientos, Tamar rompió en llanto. Sin consuelo, lloró toda la noche, aun después de que sus hermanas se quejaran y le rogaran que dejara de hacerlo.

—Ya les llegará el día —les dijo furiosa—. ¡Algún día, entenderán!

Acsa la abrazó y la acunó, y fue la última noche que Tamar se aferró a su niñez.

Cuando salió el sol, se lavó el rostro y se vistió con sus velos nupciales.

Su madre se le acercó.

—Conténtate, querida. Judá pagó mucho por ti. —Su voz estaba ahogada por las lágrimas y sonaba ligeramente amargada—. Ese hebreo vino con un asno cargado de obsequios. Se vuelve a casa con solo su sello y su bastón.

—Y conmigo —dijo Tamar en voz baja.

Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas.

—Cuídala muy bien, Acsa.

—Lo haré, mi señora.

Su madre la abrazó y la besó.

—Que tu esposo te ame y te dé muchos hijos —susurró contra su cabello. Tamar se aferró a ella con fuerza, apretándose contra su cuerpo, impregnándose del calor y de la suavidad de su madre por última vez—. Es hora —le dijo su madre en voz baja y Tamar retrocedió. Su madre le tocó la mejilla antes de apartarse de ella.

Tamar salió al sol de la mañana. Acsa caminó junto a ella mientras se acercaba a su padre y a Judá, quienes estaban a cierta distancia. La noche anterior había llorado hasta que se le acabaron las lágrimas. No derramaría más lágrimas infantiles, aunque le costaba no hacerlo con Acsa llorando suavemente detrás de ella.

—Tal vez todo lo que hemos escuchado no sea verdad —dijo Acsa—. Quizás Er no sea tan malo como dicen algunos.

—¿Qué importa eso ahora?

—Debes tratar de lograr que te quiera, Tamar. Un hombre enamorado es como arcilla en manos de una mujer. ¡Que los dioses se apiaden de nosotras!

—¡Apiádate de mí y mantente callada!

Cuando llegó donde estaban los hombres, su padre la besó.

—Sé fructífera y multiplica la familia de Judá. —Estaba impaciente por que se fueran.

Judá caminaba adelante, y Tamar y Acsa lo seguían. Era un hombre alto y de pasos largos, y Tamar tenía que caminar rápido para seguirle el paso. Acsa iba quejándose en voz baja, pero Tamar no le prestaba atención. Más bien se concentró en lo que tenía por delante. Trabajaría mucho. Sería una buena esposa. Haría todo lo posible por honrar a su esposo. Sabía cultivar un huerto, cuidar un rebaño, cocinar, tejer y hacer piezas de alfarería. Sabía leer y escribir lo suficiente para poder llevar listas y registros de los bienes de una casa. Sabía conservar los alimentos y el agua en las malas épocas, y cómo ser generosa cuando llegaban las buenas épocas. Sabía hacer jabón, canastas, tela y herramientas, así como organizar a los sirvientes. Pero los hijos serían la mayor bendición que podría darle a su esposo, hijos para acrecentar el hogar.

Fue el segundo hijo de Judá, Onán, quien salió a saludarlos.

—Er se ha marchado —le dijo a su padre mientras miraba fijamente a la muchacha.

Judá golpeó la punta de su bastón contra el suelo.

—¿Adónde se ha marchado?

Onán se encogió de hombros.

—Se fue con sus amigos. Se enojó cuando supo que te habías ido. Yo me aparté de su camino. Sabes cómo se pone.

—¡Bet-súa! —Judá caminó a trancos hacia su casa de piedra.

Una mujer exuberante, con los ojos fuertemente maquillados, apareció en la puerta.

—¿Por qué estás gritando ahora?

—¿Le dijiste a Er que hoy traería a su esposa a la casa?

—Se lo dije. —Se apoyó indolentemente en la entrada.

—Entonces, ¿dónde está?

Ella alzó el mentón.

—Soy su madre, Judá, no su cuidadora. Er aparecerá cuando esté listo y no antes. Ya sabes cómo es.

El rostro de Judá se ensombreció.

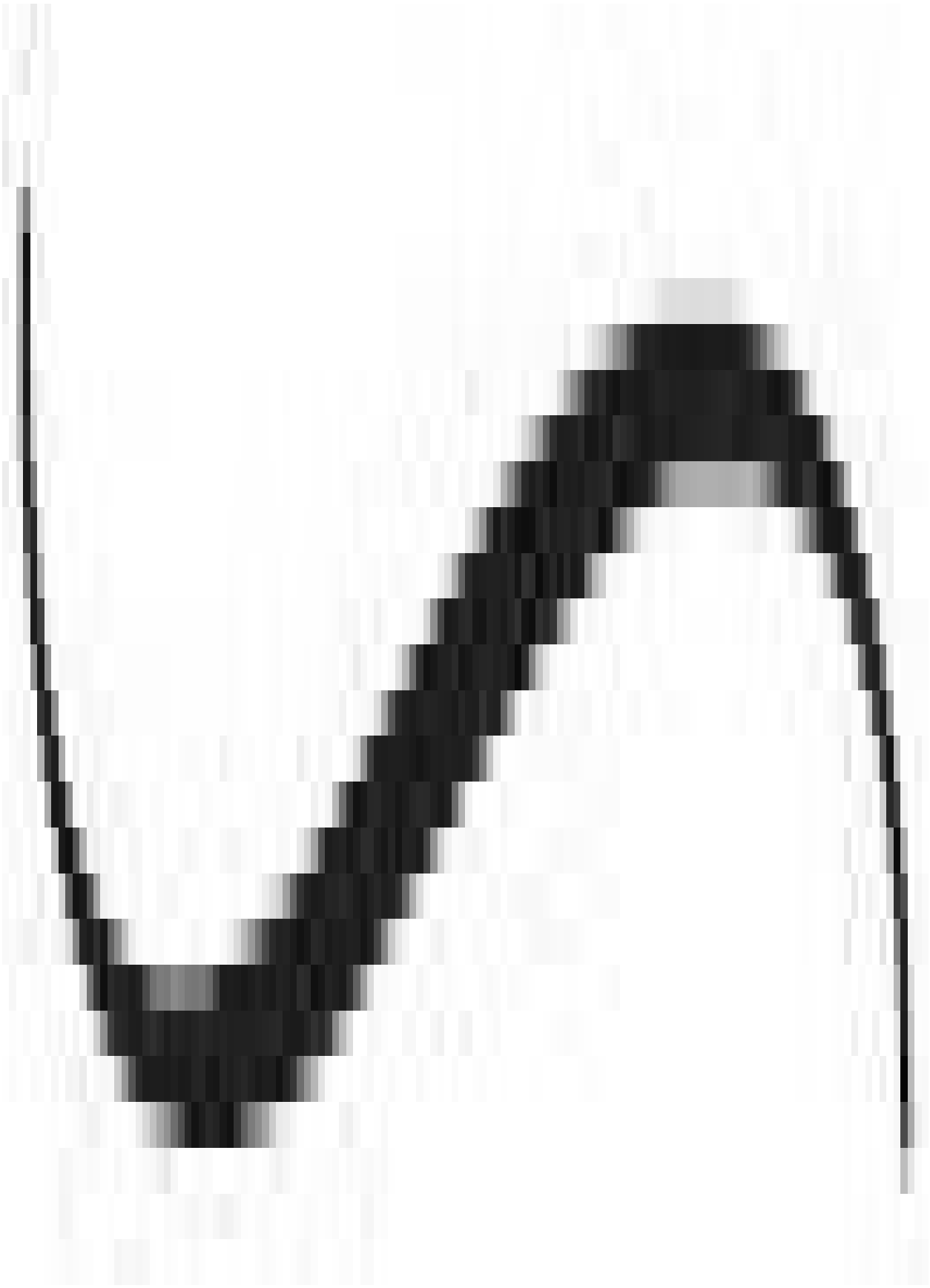
—Sí, sé cómo es. —Apretó tan fuerte su bastón que los nudillos se le pusieron blancos—. ¡Por esa razón necesita una esposa!

—Eso puede ser, Judá, pero dijiste que la muchacha era bonita. —Le dio una mirada superficial a Tamar—. ¿De verdad crees que esta chica delgadita captará la atención de Er?

—Tamar es más de lo que parece. Muéstrale la recámara de Er. —Judá se apartó, dejando a Tamar y Acsa paradas frente a la casa.

Con los dientes apretados, Bet-súa inspeccionó a Tamar de la cabeza a los pies. Sacudió la cabeza disgustada.

—Me pregunto en qué estaba pensando Judá cuando te escogió. —Se dio vuelta, entró en la casa, y dejó a Tamar y a Acsa para que se las arreglaran solas.



Er regresó casi de noche, acompañado por varios amigos cananeos. Estaban borrachos y se reían fuertemente. Tamar permaneció fuera de su vista, sabiendo cómo eran los hombres en ese estado. Su padre y sus hermanos solían beber sin límites y, por ese motivo, discutían violentamente. Ella sabía que era prudente evitarlos hasta que desaparecieran los efectos del vino.

Sabiendo que la llamarían, Tamar pidió que Acsa la ataviara con sus galas nupciales. Mientras esperaba, Tamar se decidió a dejar de lado todas las cosas terribles que había escuchado sobre Er. Quizás los que hablaban en contra de él tuvieran intenciones ocultas. Ella le daría el respecto que merecía un esposo y se adaptaría a sus exigencias. Si el Dios de su padre la favorecía, le daría hijos a Er, y lo antes posible. Si recibía semejante bendición, los criaría para que fueran fuertes y honrados. Les enseñaría a ser confiables y fieles. Y si Er lo deseaba, ella aprendería sobre el Dios de Judá y les inculcaría a sus hijos que lo adoraran, en vez de postrarse ante los dioses de su padre. Sin embargo, su corazón se estremecía y sus miedos crecían con cada hora que pasaba.

Cuando Tamar fue finalmente convocada y vio a su esposo, sintió un chispazo de admiración. Er era tan alto como su padre y prometía una gran fuerza física. Tenía la cabellera abundante, oscura y rizada de su madre, y la llevaba hacia atrás como acostumbraban los cananeos. La banda de metal que usaba encima de la frente lo hacía parecer un joven príncipe cananeo. Tamar estaba asombrada por el aspecto espléndido de su esposo, pero rápidamente se llenó de dudas cuando lo miró a los ojos. Eran fríos, oscuros y faltos de clemencia. Su cabeza erguida denotaba orgullo, tenía la boca torcida con una mueca cruel y sus modales eran indiferentes. No se estiró para tomarla de la mano.

—Así que esta es la esposa que elegiste para mí, padre.

Tamar sintió escalofríos al escuchar su tono.

Judá apoyó una mano con firmeza sobre el hombro de su hijo.

—Cuida bien de lo que te pertenece, y que el Dios de Abraham te dé muchos hijos por medio de esta muchacha.

Er estaba de pie, imperturbable, y su rostro era una máscara inescrutable.

Durante toda la noche, los amigos de Er se burlaron vulgarmente del matrimonio. Molestaban sin piedad a Er y, aunque él se reía, Tamar sabía que no estaba divirtiéndose. Su suegro, perdido en sus propios pensamientos, bebía libremente, y Bet-súa estaba recostada a poca distancia, comiendo los mejores manjares del banquete de bodas, ignorándola. Tamar se sentía dolida, confundida y humillada por semejante grosería. ¿Qué había hecho para ofender a su suegra? Era como si la mujer estuviera decidida a no mostrarle la mínima consideración.

A medida que pasaba la noche, su miedo dio paso a la depresión. Se sentía abandonada y perdida en medio de la reunión. Se había casado con el heredero de la casa de Judá, pero nadie le hablaba, ni siquiera el joven esposo que estaba sentado junto a ella. Las horas pasaban lentamente. Estaba agotada por no haber dormido la noche anterior y por la larga caminata a su nueva casa. Las tensiones del banquete de bodas la estaban dejando aún más exhausta. Se esforzaba por mantener los ojos abiertos. Se esforzaba más aún por evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas y por no dejarlas salir.

Er la pellizcó. Tamar dio un grito ahogado y se apartó bruscamente de él. Sintió las mejillas acaloradas cuando se dio cuenta de que, sin querer, se había quedado dormida en su costado. Sus amigos se reían y hacían chistes sobre lo joven que era ella y sobre la inminente noche de bodas. Er se rio con ellos.

—Tu nodriza ha preparado la recámara para nosotros. —Le agarró la mano y la jaló para que se pusiera de pie.

Ni bien Acsa cerró la puerta del cuarto detrás de ellos, Er se apartó de Tamar. Acsa tomó asiento del lado de afuera y comenzó a cantar y a golpear su tamborcito. Tamar sintió un cosquilleo en la piel.

—Lamento haberme quedado dormida, mi señor.

Er no dijo nada. Ella esperó, con sus nervios estirados al máximo. Él disfrutaba de su tensión; exacerbaba sus nervios con su silencio. Cruzando las manos, Tamar decidió esperar que él diera el primer paso. Er se quitó el cinturón con un aire burlón.

—El año pasado, cuando llevamos las ovejas a los campos de tu padre, me fijé en ti. Supongo que por eso mi padre pensó que podías servir como mi esposa. —La recorrió con la mirada—. Él no me conoce muy bien.

No le echó la culpa a Er por sus palabras hirientes. Sentía que él estaba justificado. Después de todo, su corazón no había saltado de alegría cuando Judá llegó y ofreció un precio alto por ella.

—Me tienes miedo, ¿verdad?

Si decía que no, sería una mentira. Decir que sí sería imprudente.

Er levantó las cejas.

—Deberías tener miedo. Estoy furioso, ¿o no te das cuenta?

Claramente, se daba cuenta y no podía imaginar qué haría Er al respecto. Tamar se quedó callada, sumisa. Había visto los arranques de ira de su padre lo suficiente para saber que era mejor no decir nada. Las palabras serían como aceite al fuego del mal genio. Mucho tiempo atrás, su madre le había dicho que los hombres eran impredecibles y dados a episodios violentos cuando se les provocaba. Ella no quería provocar a Er.

—Qué cosita precavida eres, ¿cierto? —Él sonrió lentamente—. Por lo menos, sabes mantenerte alerta. —Se acercó a ella—. Apuesto que has escuchado cosas sobre mí. —Acarició su mejilla con sus dedos. Ella intentó no retraerse—. ¿Tus hermanos han llevado rumores a casa?

Su corazón latía cada vez más fuerte.

—Como dijo mi padre: ahora eres mía. Mi propia ratoncita para hacerte lo que yo desee. Recuérdame que se lo agradezca. —Levantó el mentón de Tamar. La mirada de Er era reluciente y fría como la de un chacal bajo la luz de la luna. Cuando se inclinó hacia adelante y la besó en la boca, a Tamar se le erizó el cabello de la nuca. Él retrocedió, evaluándola—. Cree esos rumores, ¡cada uno de ellos!

—Trataré de complacerte, esposo mío. —Sus mejillas se acaloraron cuando escuchó el temblor de su voz.

—Ah, no dudo de que lo intentarás, dulce mía, pero no lo lograrás. —Arqueó la boca y dejó al descubierto el filo de sus dientes—. No puedes.

Tamar necesitó solo un día de los siete días que duraba el festejo de la boda para

entender lo que le había querido decir.

DOS



Tamar se puso tensa al escuchar que Er gritaba dentro de la casa. Bet-súa le contestaba a gritos. Aunque el sol del mediodía caía con fuerza sobre la espalda de Tamar, su transpiración se volvió fría. Judá había llamado a su hijo mayor para que lo ayudara con los rebaños, pero, al parecer, Er tenía sus propios planes. Ahora, el malhumor de Er estaba tan caldeado que buscaría alguna manera de descargarse, y su esposa sería un blanco fácil. Al fin y al cabo, nadie se entremetería.

Tamar mantuvo la cabeza gacha y siguió escardando el terreno pedregoso que Bet-súa le había asignado para que cuidara. Deseó poder encogerse al tamaño de una hormiga y desaparecer por un agujero. Dentro de la casa, el pleito a gritos entre el hijo y la madre continuaba. Tamar se arrodilló y trató de aguantar las lágrimas de miedo, mientras desencajaba una gran piedra de la tierra. Se incorporó y la arrojó al montículo de piedras que estaba apilando. En su mente, construyó un muro alrededor de sí, alto y grueso, con un cielo despejado encima. No quería pensar en el malhumor de Er ni en qué podría hacerle esta vez.

—Está perdiendo su control sobre él —dijo Acsa tristemente, mientras trabajaba al lado.

—No sirve de nada que nos preocupemos, Acsa —pronunció las palabras más para recordárselo a sí misma que a Acsa. Tamar siguió trabajando. ¿Qué más podía hacer? Los cuatro meses que llevaba en la casa de Judá le habían enseñado a evitar a su esposo siempre que pudiera, especialmente cuando él estaba de malhumor. También había aprendido a esconder su miedo. El corazón podía acelerársele, podía tener el estómago apretado en un nudo y la piel fría y húmeda, pero no osaba dejar ver sus emociones, porque a Er le extasiaba el miedo. Se alimentaba de él.

—Qué pena que Judá no esté aquí. —Acsa emitió un sonido de enfado—. Por supuesto, nunca está aquí. —Golpeó la tierra dura con su azada—. Y no lo culpo.

Tamar no dijo nada. Su mente pensaba frenéticamente, buscando una manera de escapar sin encontrar ninguna. Si al menos Judá no se hubiera ido. Si se hubiera llevado a Er en primer lugar, en vez de mandarlo a llamar más tarde por medio de un sirviente. Cuando Judá estaba presente, Er era manejable. Cuando se iba,

Er se desbocaba. El caos de esta familia era consecuencia del fracaso de Judá para ejercer su autoridad. Judá prefería los espacios abiertos de las colinas y los campos al encierro de su casa. Tamar no lo culpaba: las ovejas y las cabras eran compañeras tranquilas y placenteras, comparadas con una esposa contenciosa e hijos pendencieros y combativos. ¡Er y Onán a veces se comportaban como animales salvajes atados juntos y arrojados dentro de una caja!

Judá podía huir de las situaciones desagradables. Judá podía eludir la responsabilidad. Tamar tenía que vivir con el peligro día tras día.

Se sobresaltó cuando algo grande se estrelló dentro de la casa. Llorando, Bet-súa le gritó insultos a su hijo. Er contraatacó. Más vajilla fue a dar contra una pared. Una taza de metal salió volando por la puerta y rebotó sobre la tierra.

—Debes mantenerte alejada de la casa hoy día —dijo Acsa en voz baja.

—A lo mejor Bet-súa se impone. —Dándose vuelta, Tamar contempló las colinas distantes mientras la batalla continuaba con furia a sus espaldas. La mano le temblaba cuando se secó el sudor del rostro. Cerró los ojos y suspiró. Quizás la orden de Judá bastara esta vez.

—Bet-súa siempre se impone, de una u otra manera —dijo Acsa amargamente. Raspó la tierra seca con enojo—. Si los gritos no le resultan, pondrá mala cara hasta que se salga con la suya.

Tamar ignoró a Acsa y trató de pensar en cosas más agradables. Se acordó de sus hermanas. Ellas reñían, pero disfrutaban de su mutua compañía. Recordó cómo solían cantar juntas mientras trabajaban y las historias que contaban para entretenerse. Su padre tenía mal genio como cualquier hombre, y a veces había fuertes discusiones entre sus hermanos, pero su experiencia de vida no la había preparado en absoluto para la familia de Judá. Cada día trataba de levantarse con nuevas esperanzas, solo para que se las volvieran a aplastar.

—Si al menos tuviera algún lugar aquí, Acsa, un poquito de influencia... —hablaba sin autocompasión.

—La tendrás cuando tengas un hijo.

—Un hijo. —Tamar sintió el dolor del anhelo de su corazón. Su deseo por tener un hijo era mayor que el de cualquier otro, más aún que el de su esposo, quien

deseaba un hijo más como una prolongación de su propio orgullo que por ver prosperar a su familia. Para Tamar, un hijo le aseguraría su lugar en la familia. Con un bebé en sus brazos, no volvería a sentirse tan sola. Podría amar a un hijo, abrazarlo y recibir amor de él. Tal vez un hijo podría, incluso, ablandar el corazón de Er hacia ella... y su mano, también.

Recordó la crítica demoledora de Bet-súa: «Si no desencantaras a mi hijo, ¡no te golpearía tan seguido! ¡Haz lo que desea y quizás te trate mejor!». Tamar ahogó sus lágrimas, tratando de no sentir lástima por sí misma. ¿De qué serviría eso? Solo debilitaría su determinación. Ella era miembro de esta familia, le gustara o no. No debía permitir que sus emociones prevalecieran. Sabía que a Bet-súa le encantaba hacerle comentarios hirientes. No había día que su suegra no encontrara una manera de lanzarle una puñalada al corazón.

«Otro mes ha pasado, Tamar, ¡y todavía no quedas embarazada! ¡Yo ya esperaba un hijo a la semana de haberme casado con Judá!».

Tamar no podía decir nada sin provocar la irritación de Er. ¿Con qué podía defenderse, cuando nada de lo que hacía complacía a su suegra ni a su joven esposo? Dejó de esperar algo de ternura o compasión de cualquiera de ellos. La honra y la lealtad también parecían haberse perdido, pues Bet-súa tenía que recurrir a las amenazas para lograr que Er obedeciera la convocatoria de Judá.

—¡Basta, dije! —gritó Er, frustrado, y Tamar volvió a prestarle atención al altercado entre madre e hijo—. ¡Basta! ¡Iré con mi padre! ¡Cualquier cosa que me aleje de tus quejas! —Salió de la casa hecho una furia—. ¡Odio las ovejas! Si pudiera hacer lo que quisiera, ¡destrozaría a cada una de ellas!

Bet-súa apareció en la puerta de la casa con las manos en la cintura y el pecho agitado.

—¿Y qué tendrías, entonces? ¡Nada!

—Tendría dinero de la venta de la carne y del cuero. Eso es lo que tendría.

—Dinero que derrocharías todo en una semana. ¿Y luego qué? ¿Puede ser que haya criado semejante tonto?

Er la insultó y le hizo un gesto grosero antes de darse vuelta e irse a trancazos. Tamar contuvo el aliento hasta que lo vio tomar el camino que lo alejaba de

Quezib. Ella tendría varios días de descanso de su crueldad.

—Parece que Bet-súa ganó esta batalla —dijo Acsa—. Pero vendrá otra, y otra más —añadió en tono sombrío.

Con el corazón más tranquilo, Tamar sonrió y se puso a trabajar nuevamente.

—Cada día tiene suficientes problemas, Acsa. No me agobiaré preocupándome por el día de mañana.

—¡Tamar! —Bet-súa salió de la casa—. Si te sobra el tiempo para hablar tonterías, ¡puedes venir a limpiar este desastre! —Se dio vuelta rápidamente y entró de nuevo a la casa.

—Ahora espera que tú arregles el desastre que ella y Er han dejado en esa casa — dijo Acsa con odio.

—Silencio, o nos traerás más problemas.

Bet-súa volvió a aparecer.

—Deja que Acsa termine el jardín. ¡Te quiero dentro de la casa ahora mismo! — Desapareció adentro.

Cuando Tamar entró a la casa, caminó con cuidado para no pisar los fragmentos desparramados de la alfarería rota sobre el piso de tierra. Bet-súa estaba sentada con un aire sombrío y miraba fijamente su telar destrozado. Acuclillándose, Tamar comenzó a recoger los trozos de un jarrón entre los pliegues de su tsaif.

«Espero que Judá esté satisfecho con el desastre que hizo —dijo Bet-súa enojada —. ¡Pensó que una esposa mejoraría el humor de Er! —Le lanzó una mirada asesina a Tamar, como si ella tuviera la culpa de todo lo que había pasado—. ¡Er está peor que nunca! ¡Le has hecho más mal que bien a mi hijo!».

Tamar contuvo las lágrimas y no se defendió.

Murmurando imprecaciones, Bet-súa levantó el telar. Al ver que la viga estaba partida y que el tapete que había hecho era un revoltijo, se cubrió el rostro y lloró amargamente.

Tamar se sintió apenada por la pasión de la mujer. No era la primera vez que veía a Bet-súa romper en un llanto tempestuoso. La primera vez, se había acercado a su suegra y había tratado de consolarla, pero solo logró recibir una bofetada sonora en el rostro y que la mujer la culpara por su desesperación. Ahora, Tamar guardó distancia y apartó la mirada.

¿Estaba ciega Bet-súa a lo que provocaba en el hogar? Constantemente enfrentaba al hijo contra su padre y a los hijos entre sí. Peleaba con Judá por todo —y frente a sus hijos—, enseñándoles que se rebelaran y siguieran sus propios deseos en vez de hacer lo mejor para la familia. ¡Con razón su suegra era tan infeliz! Y todos eran infelices junto con ella.

—Judá quiere que Er se ocupe de las ovejas —Bet-súa le dio un tirón al telar, causando más desorden—. ¿Sabes por qué? ¡Porque mi esposo no soporta estar lejos de su abba más de un año! Tiene que volver y ver cómo le va a ese viejo desdichado. Fíjate cuando Judá vuelva a casa. Se quedará ensimismado durante días. No querrá hablar con nadie. No tendrá ganas de comer. Luego se emborrachará y dirá la misma estupidez que dice cada vez que ve a Jacob. —Hizo una mueca mientras se burlaba de su esposo—. “¡La mano de Dios está sobre mí!”.

Tamar miró hacia arriba.

Bet-súa se levantó y caminó de un lado a otro.

—¿Cómo puede ser tan tonto este hombre, que cree en un dios que ni siquiera existe?

—Quizás sí existe.

Bet-súa le echó una mirada funesta.

—Entonces, ¿dónde está? ¿Tiene un templo en el cual vive, o sacerdotes que le sirven? ¡Ni siquiera tiene una carpa! —Levantó el mentón con orgullo—. No es como los dioses de Canaán. —Caminó hacia su armario y lo abrió enérgicamente —. No es un dios como estos. —Estiró reverentemente su mano hacia los terafines—. No es un dios que puedas ver. —Pasó la mano por una estatua—. No es un dios que puedas tocar. Estos dioses avivan nuestras pasiones y traen fertilidad a nuestras tierras y a nuestras mujeres. —Sus ojos brillaron fríamente —. Tal vez, si fueras más respetuosa con ellos, ¡no tendrías un vientre tan plano

y vacío!

Tamar sintió el comentario mordaz, pero esta vez no permitió que calara hondo en ella.

—¿No destruyó Sodoma y Gomorra el Dios de Judá?

Bet-súa se rio con sorna.

—Eso dicen algunos, pero yo no lo creo. —Cerró el armario firmemente, como si esas palabras pudieran traer la mala suerte sobre su casa. Se dio vuelta y miró con el ceño fruncido a Tamar—. ¿Tú les enseñarías a tus hijos que se postraran ante un dios que destruye ciudades?

—Si es la voluntad de Judá.

—Judá —dijo Bet-súa y sacudió la cabeza—. ¿Alguna vez viste que mi esposo adorara al dios de su padre? Yo, nunca. Entonces, ¿por qué sus hijos o yo deberíamos adorarlo? Tú formarás a tus hijos en la religión que Er elija. Nunca me he postrado ante un dios invisible. Ni una sola vez les he sido infiel a los dioses de Canaán, y te aconsejo que tú también les seas fiel. Si sabes lo que te conviene...

Tamar reconoció la amenaza.

Bet-súa se sentó sobre un almohadón contra la pared y sonrió fríamente.

—A Er no le gustaría enterarse de que estás pensando adorar al dios de los hebreos. —Entrecerró los ojos—. Creo que tú eres la causa de nuestros problemas.

Tamar sabía qué le esperaba. Cuando Er volviera, Bet-súa afirmaría que había una insurrección espiritual en la casa. La mujer disfrutaba provocando problemas. Tamar tenía ganas de lanzar la vajilla rota al suelo de tierra y decirle a su suegra que eran sus propios actos los que estaban destruyendo a la familia. Sin embargo, se tragó la ira y recogió los tiestos mientras Bet-súa la observaba.

—Los dioses me han bendecido con tres hijos magníficos, y yo los crie en la religión verdadera, como haría cualquier buena madre.

Hijos temperamentales, que trabajan aún menos que tú, quería decir Tamar, pero contuvo su lengua. No podría ganar una guerra contra su suegra.

Bet-súa se inclinó hacia adelante y levantó una bandeja volcada para arrancar un racimo de uvas. Dejó caer la bandeja nuevamente.

—Quizás deberías rezarle más seguido a Asera y darle mejores ofrendas a Baal. Tal vez así tu vientre se abriría.

Tamar levantó la cabeza.

—Sé sobre Asera y Baal. Mi padre y mi madre llevaron a mi hermana para que sirviera como sacerdotisa en el templo de Timna. —No añadió que ella nunca había podido adoptar sus creencias ni dijo en voz alta que se compadecía de su hermana más que de todas las otras mujeres. Una vez, en una visita a Timna durante un festival, había visto a su hermana mayor sobre la plataforma de un altar teniendo relaciones sexuales con un sacerdote. Los ritos eran para despertar a Baal y hacer volver la primavera a la tierra, pero Tamar se llenó de asco y de miedo por lo que vio, y se sintió más repelida aún por la multitud excitada que miraba la escena. Retrocedió, y encogiéndose dio la vuelta en la esquina de un edificio y huyó. No se detuvo hasta que llegó a las afueras de Timna. Se ocultó en un huerto de olivos y se quedó allí hasta la noche, cuando su madre la encontró.

—No eres suficientemente devota —dijo Bet-súa engreída.

No, no lo soy, dijo Tamar para sí misma. Sabía que nunca podría tener devoción si no creía. Los dioses no tenían sentido para ella. Todos los esfuerzos que hacía por venerarlos la llenaban de una extraña sensación de repugnancia y vergüenza.

Bet-súa se levantó y volvió a su telar. Se había calmado lo suficiente para empezar a enderezar los hilos enmarañados.

—Si fueras una creyente de verdad, a esta altura ya tendrías un hijo. —Le echó un vistazo a Tamar tratando de evaluar el impacto de sus palabras malintencionadas—. Parecería que los dioses están enojados contigo, ¿cierto?

—Quizás —concedió Tamar con una punzada de culpa. Los terafines de Bet-súa no eran más que estatuas de arcilla, piedra y madera. Ella no podía acogerlos

como Bet-súa ni adorarlos tan fervientemente. Ah, Tamar pronunciaba las oraciones que se esperaban de ella, pero las palabras eran vacías y no contenían ningún poder. Su corazón estaba intacto; su mente, lejos de estar convencida.

Si los dioses de Canaán eran tan poderosos, ¿por qué no habían podido salvar ni proteger a los pueblos de Sodoma y Gomorra? Seguramente una docena de dioses serían más poderosos que uno, si fueran dioses de verdad.

¡No eran más que piedra tallada, madera cortada y arcilla moldeada por manos humanas!

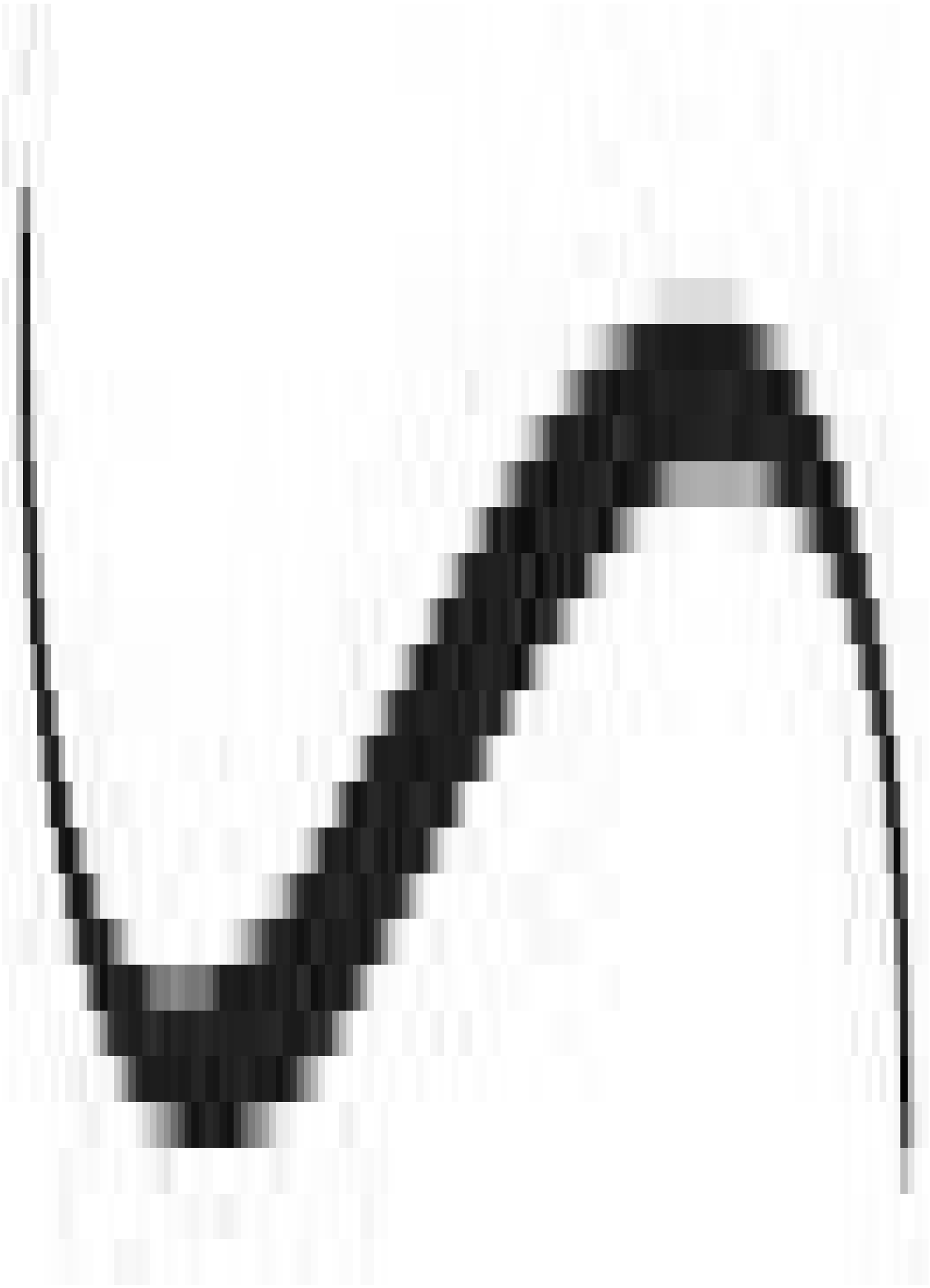
Quizás no había ningún dios verdadero.

Su corazón también se rebelaba contra esa idea. El mundo que la rodeaba —los cielos, la tierra, los vientos y la lluvia— indicaban que había algo. Tal vez el Dios de Judá fuera ese algo. Un escudo contra los enemigos. Un refugio en la tormenta. Es más, una fortaleza... Oh, cuánto ansiaba saber. Pero no se atrevía a preguntar.

¿Qué derecho tenía de molestar a Judá con preguntas, especialmente cuando había tantas otras cosas que lo fastidiaban?

Tal vez, algún día, tendría el tiempo y la oportunidad de preguntar.

Mientras tanto, esperaría y mantendría la esperanza de ver alguna señal de lo que Judá creía y de cómo adoraba.



Judá y Er volvieron cinco días después. Tamar los oyó peleando mucho antes de que entraran en la casa. Igual que Bet-súa, pues suspiró largamente.

—Ve y ordeña una de las cabras, Tamar, y dile a tu nodriza que amase un poco de pan. A lo mejor, si los hombres comen, tendrán mejor humor.

Cuando Tamar regresó trayendo una jarra con leche fresca de cabra, Judá estaba recostado sobre algunos almohadones. Tenía los ojos cerrados, pero Tamar sabía que no estaba dormido. Su rostro estaba tenso. Bet-súa estaba sentada cerca de él y lo miraba, furiosa. Probablemente había estado molestándolo otra vez y él hacía lo mejor que podía para no escucharla.

—Cinco días, Judá. Cinco días. ¿Tenías que quedarte tanto tiempo?

—Podrías haber venido conmigo.

—¿Y hacer qué? ¿Escuchar a las esposas de tus hermanos? ¿Qué tengo en común con ellas? ¡Y no le caigo bien a tu madre! —Gimoteaba y se quejaba como una niña.

Tamar le ofreció leche a Er.

—Vino —dijo él, haciendo un movimiento brusco con su barbilla con un malhumor evidente—. ¡Quiero vino!

—Yo tomaré leche —dijo Judá, abriendo los ojos lo suficiente para mirarla.

Bet-súa levantó la cabeza.

—¡Tráemela aquí! Dame eso. Yo le serviré a mi esposo mientras tú te ocupas de mi hijo. —Cuando recibió la jarra, echó un poco de leche en una taza, la empujó hacia Judá y dejó la jarra al alcance de la mano de él para que pudiera servirse solo la siguiente vez.

Bet-súa seguía importunando a Judá cuando Tamar regresó con el vino para Er.

—¿En qué te beneficia ver a tu padre, Judá? ¿Ha cambiado algo? Siempre vuelves deprimido de su campamento. Que Jacob llore a su segunda esposa y a

su hijo. Olvídate de él. Cada vez que vuelves de verlo, ¡vienes a casa y me haces la vida infeliz!

—No abandonaré a mi padre —dijo Judá con la mandíbula apretada.

—¿Por qué no? Él te abandonó a ti. Qué pena que el viejo no se muera y nos ahorre a todos...

—¡Basta! —bramó Judá. Tamar vio que no era por enojo sino por dolor que había gritado. Haciendo una mueca, se echó el cabello hacia atrás con las manos —. Por una vez, Bet-súa, ¡deja de hablar! —Levantó la cabeza y la fulminó con la mirada—. ¡Mejor aún, déjame solo!

—¿Cómo puedes hablarme con tanta crueldad? —Lloró ella con rabia—. Soy la madre de tus hijos. ¡Tres hijos!

—Tres hijos inútiles. —Judá estrechó los ojos mirando con frialdad a Er.

Tamar sintió un vacío en el estómago, esperando que dijera algo que incitara la irascibilidad de Er. Su esposo dominaría su temperamento mientras estuviera en la presencia de su padre, pero luego, ella sería la destinataria de su frustración. Bet-súa persistió hasta que Tamar tuvo ganas de gritarle que parara, que se fuera, que tuviera una pizca de sentido común. Afortunadamente, Bet-súa salió furiosa de la sala, dejando silencio detrás de ella.

Tamar se quedó sola para servir a ambos hombres. La tensión que había en la sala le crispaba los nervios. Volvió a llenar con vino la copa de Er. Él la vació y la extendió para que le sirviera otra vez. Tamar miró a Judá antes de volver a llenarla. Er la miró con el ceño fruncido, y luego miró a su padre.

—Onán y Sela pueden cuidar los rebaños los próximos días. Voy a visitar a mis amigos.

Judá levantó lentamente la cabeza y miró a su hijo.

—¿Ah, sí? ¿Lo harás? —Su voz era suave; sus ojos, duros.

Er cambió de posición. Miró el interior de su copa y la bebió de un trago.

—Con tu permiso, desde luego.

Judá miró fijo a Tamar y, luego, apartó la vista.

—Ve. Pero no te metas en problemas esta vez.

Un músculo se tensó en la mejilla de Er.

—Yo nunca comienzo los problemas.

—Por supuesto que no —dijo Judá en tono jocoso.

Er se levantó y se acercó a Tamar. Ella retrocedió instintivamente, pero él la agarró del brazo y la acercó.

—Te extrañaré, dulce mía. —Con su expresión se burló de sus palabras y le clavó los dedos en la piel. La soltó y le pellizcó una mejilla—. No me eches de menos. ¡No me iré tantos días!

Judá suspiró aliviado cuando su hijo se fue. Apenas notó la presencia de Tamar. Inclinándose hacia adelante, se agarró la cabeza como si le doliera.

Tamar se acuclilló en silencio y esperó que él le ordenara marcharse. No lo hizo. Cuando Acsa entró con el pan, Tamar se levantó, tomó la canastita que trajo su nodriza y le indicó con una seña que tomara asiento en un almohadón cerca de la puerta. Debían mantener los buenos modales.

—Acsa ha hecho pan, mi señor. —Cuando Judá no dijo nada, Tamar partió la hogaza y colocó una porción frente a él. Sirvió leche de cabra en una taza, tomó un puñado de uvas de una fuente y rebanó una granada. Dejó la fruta partida para que pudiera quitar fácilmente las perlitas rojas y suculentas—. Su padre, Jacob, ¿está bien?

—Tan bien como se puede esperar en un hombre que guarda luto por la pérdida de su hijo favorito —dijo Judá con amargura.

—¿Murió uno de sus hermanos?

Judá levantó la cabeza que sujetaba entre sus manos y la miró.

—Hace años. Antes de que tú nacieras.

—¿Y aún lo llora? —dijo ella, asombrada.

—Mi padre se irá a la tumba llorando por ese muchacho.

Tamar nunca había visto una mirada tan atormentada como esa. Sintió pena por Judá y deseó conocer alguna manera de sacarlo de su tristeza. La expresión de Judá se ablandó un poco. Se sintió incómoda al notar que la examinaba con intensidad; especialmente cuando sus ojos se volvieron fríos.

—¡Te marcó el rostro!

Ella se tapó rápidamente la mejilla y volteó la cara.

—No es nada. —Nunca le había dicho a nadie que Er la maltrataba. Aun cuando Acsa le hacía preguntas, ella se rehusaba a ser desleal con su esposo—. ¿Usted también llora la muerte de su hermano?

—Yo lloro por la manera en que murió.

Curiosa por el tono de su voz, volvió a mirarlo.

—¿Cómo murió?

El rostro de Judá se endureció.

—Un animal lo hizo pedazos. No se encontró nada de él, excepto su túnica cubierta de sangre. —Las palabras salieron como si las hubiera dicho una y mil veces, y como si odiara repetirlas. Cuando ella levantó las cejas, la miró con una expresión desafiante—. ¿No me crees?

—¿Por qué no debería creerle? —No quería hacerlo enojar—. Me gustaría saber más acerca de mi familia.

—¿Tu familia? —torció la boca con ironía.

Las mejillas de Tamar se sonrojaron. ¿También él intentaba excluirla? En su interior, la ira se revolvió y se sintió dolida. Judá la había traído a este hogar, ¡él la había escogido para su hijo! Seguramente, él le haría justicia.

—La familia a la cual usted me trajo, mi señor, la familia a la cual quiero servir,

solo si me lo permiten.

—Si Dios quiere... —Su boca se arqueó con un gesto de tristeza. Agarró un pedazo de pan y empezó a comer.

—¿No va a decirme nada? —dijo ella débilmente; su valor menguaba.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. Lo que sea. Especialmente, sobre su dios. ¿Dónde vive? ¿Cuál es su nombre? ¿Cómo lo adora? ¿Es invisible, como afirma mi padre? ¿Cómo sabe que existe?

Judá retrocedió.

—Pensé que querías saber sobre mi padre y mis hermanos.

—Escuché que el dios de su padre destruyó las ciudades que había en la salina donde ahora se expande un pantano.

—Es cierto. —Apartó la mirada—. El ángel del Señor le dijo a Abraham que las destruiría, a menos que pudiera encontrar diez hombres justos entre los habitantes. Abraham vio con sus propios ojos el fuego y el azufre que descendieron del cielo. —Judá la miró solemnemente—. No importa si no puedes verlo o escucharlo. Él no vive en templos, como los dioses de tu padre. Él es...

—¿Es... qué?

—Simplemente... es. No me molestes con preguntas. Tú eres cananea. ¡Ve y elígete un ídolo del armario de Bet-súa y adóralo! —Su tono era burlón.

Lágrimas calientes hicieron arder los ojos de Tamar.

—Usted es la cabeza de este hogar.

El rostro de Judá se ruborizó y su boca se tensó. Haciendo una mueca, sondeó el rostro de la muchacha. Frunció un poco las cejas y, entonces, habló en voz baja:

—El Dios de Jacob convierte las rocas en manantiales de agua. O puede aplastar

la vida de un hombre con un solo pensamiento. —Sus ojos mostraban tristeza.

—¿Dónde mora?

—Donde Él quiera. En todas partes. —Judá se encogió de hombros—. No puedo explicarte lo que no entiendo. —Frunció el ceño, su mirada era distante—. A veces, no quiero saber...

—¿Cómo llegó a conocerlo su gente?

—Él le habló a Abraham y le ha hablado a mi padre.

—¿Como estamos hablando usted y yo? ¿Por qué un dios con semejante poder se rebajaría a hablarle a un simple hombre?

—No lo sé. Cuando Abraham lo escuchó por primera vez, era... una voz. Pero el Señor viene en cualquier momento y en cualquier forma que desee. A Abraham le habló cara a cara. Mi padre luchó para que lo bendijera. El ángel del Señor tocó la cadera de mi padre y lo dejó lisiado para siempre. A veces, habla por medio de... sueños. —Esto último pareció preocuparlo profundamente.

—¿Alguna vez le ha hablado a usted?

—No, y espero que nunca lo haga.

—¿Por qué?

—Porque sé qué me diría. —Judá suspiró apesadumbrado, se echó pesadamente hacia atrás y arrojó el pan a la bandeja.

—Todos los dioses demandan un sacrificio. ¿Qué sacrificio exige su dios?

—Obediencia. —Agitó su mano impacientemente—. No me hagas más preguntas. ¡Déjame en paz!

Sonrojándose, murmuró una disculpa. Ella no era mejor que Bet-súa, quien lo maltrataba con sus necesidades y sus deseos. Avergonzada, Tamar se retiró.

—¿Quiere que le pida a Bet-súa que lo atienda?

—Preferiría que me pique un escorpión. Quiero estar solo.

Acsa la siguió y salió de la sala.

—¿Qué le dijiste para molestarlo de esa manera?

—Solamente le hice algunas preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

—Solo preguntas, Acsa. Nada que te afecte a ti. —Acsa no comprendería que ella pretendía entender al Dios de los padres de Judá. Acsa adoraba a los mismos dioses que Bet-súa y sus hijos, los mismos dioses que veneraban la madre, el padre, los hermanos y las hermanas de Tamar. ¿Por qué era ella tan diferente? ¿Por qué tenía ansias y sed de otra cosa?

—Todo lo que haces me afecta a mí —dijo Acsa, claramente irritada—. Soy tu nodriza, ¿cierto?

—Hoy no necesito una. —No podía decirle a Acsa que quería saber acerca del Dios de Judá. Mientras todos los que la rodeaban adoraban ídolos de piedra, madera o barro, ella solo fingía hacerlo. Los dioses de sus padres tenían boca, pero nunca hablaban. Tenían ojos, pero ¿eran capaces de ver? Tenían pies, pero no caminaban. ¿Podían pensar, sentir o respirar? Y ella había entendido una verdad sobre ellos: quienes los adoraban se volvían como ellos, fríos y duros. Como Bet-súa. Como Er. Como Onán. Como sería Sela, también, en el futuro.

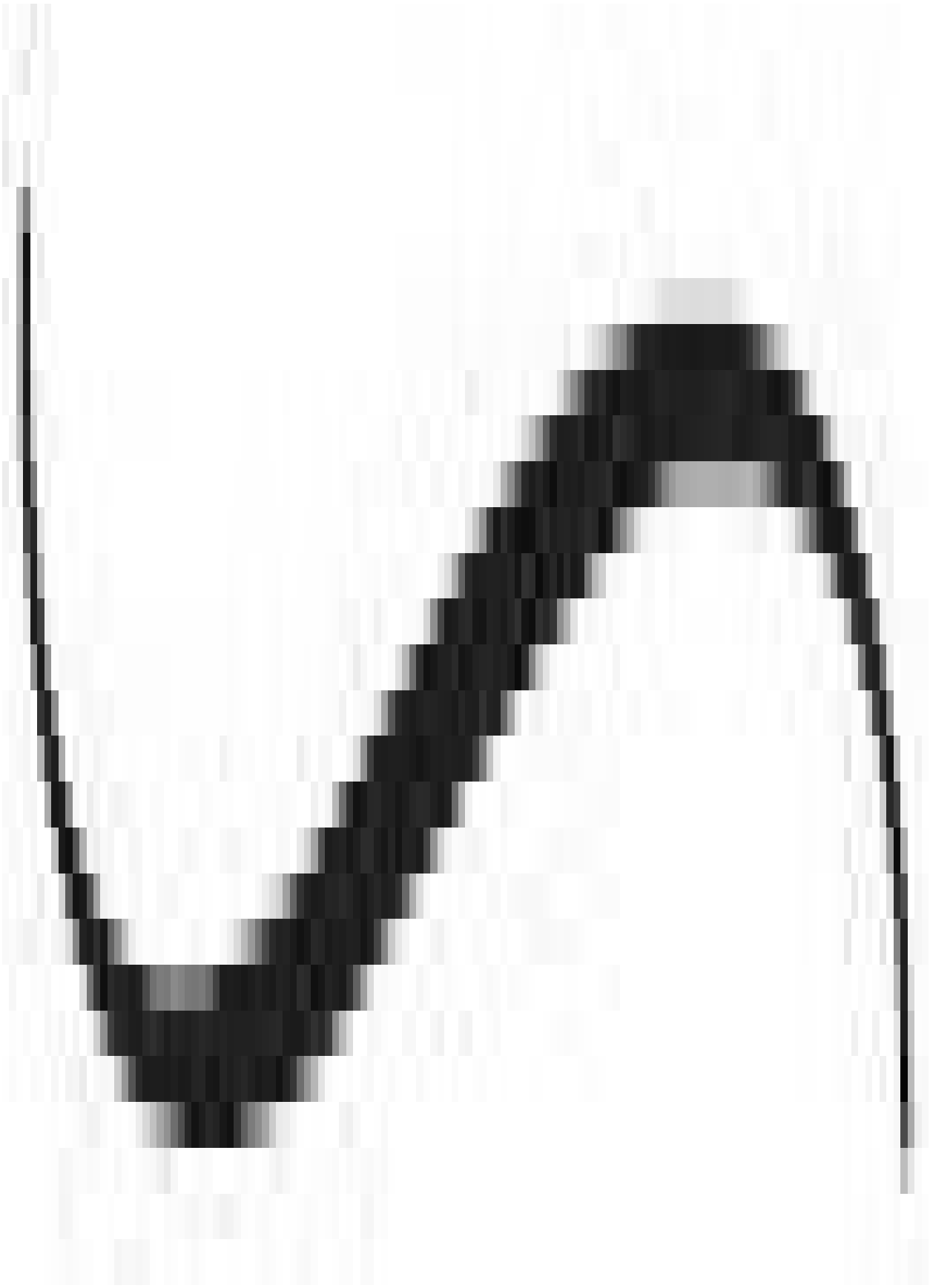
Judá no era frío en absoluto. Ella percibía su espíritu quebrantado. Veía su angustia. ¿Por qué no lo veían los demás, quienes supuestamente lo amaban? ¡Su esposa! ¡Sus hijos! Parecía que no les importaba nadie más que sí mismos.

Judá era hebreo y fuerte; sin embargo, Tamar lo veía infeliz, amargado y atormentado. No parecía tener ni un momento de paz, aunque lo dejaran a solas y en silencio. No todo podía ser culpa de la contenciosa esposa egoísta y de los hijos pendencieros. Debía haber otras razones, más profundas y complejas. Si Bet-súa sabía cuáles eran, nunca hablaba de ellas con nadie. Ni siquiera parecía importarle que su esposo sufriera. Solo se quejaba de que Judá se ponía melancólico cada vez que volvía de ver a Jacob.

Tamar frunció el ceño, haciéndose preguntas.

Tal vez la desesperanza de Judá tuviera algo que ver con el luto de su padre.

Y con el hermano que había perdido.



Judá se arrepintió de haber vuelto a su casa tan rápido. Hubiera sido mucho mejor regresar a ver sus rebaños y atender a los animales que Er solía descuidar cuando él se ausentaba. Su hijo mayor le había pasado toda la responsabilidad a Onán ¡después de tres breves días! Er era un tonto y un inútil como pastor. No tenía ningún cariño por las ovejas que algún día serían suyas. El muchacho se había quedado parado mientras los lobos destripaban a una cordera indefensa; luego, ahuyentó a los depredadores para transformarse él mismo en uno. Er disfrutaba asestándole el golpe mortal a algún carnero codiciado. Y, después, ¡asaba al animal y se lo comía!

A veces Judá miraba a sus muchachos y veía que todo lo que se había esforzado por construir se echaba a perder. Veía a Simeón y a Leví. Se veía a sí mismo.

Y veía a José, mientras se lo llevaban bajo el tórrido resplandor del sol del desierto.

Judá creyó que podía huir. Pensó que podía quitarse de encima la responsabilidad.

A veces recordaba los primeros tiempos con sus compañeros cananeos. Su amigo adulamita Hira le había dado todas las respuestas. «¡Come, hermano mío... bebe... disfruta la vida al máximo! Donde arda la pasión, échale más leña al fuego».

Y Judá había ardido. Había ansiado la corrupción, esperando que le llegara el olvido. Si uno bebe lo suficiente, la mente se enturbia. Si se acuesta con las prostitutas desvergonzadas del templo, los sentidos dispersan la conciencia. Ya había sucumbido a los celos y al enojo que sentía por José; entonces, ¿por qué no entregarse a cualquier otra emoción que quisiera dominarlo? ¿Por qué no dejar que lo gobernara el instinto? ¿Por qué no dejarse dominar por la lujuria? Desesperadamente quería hacerse lo más insensible posible para no sentir vergüenza. Quizás entonces el recuerdo de su hermano menor dejaría de perseguirlo.

Pero nada borraba ni suavizaba el recuerdo. Todavía lo perseguía.

Muchas veces, cuando estaba al aire libre y en soledad, levantaba la vista a los cielos y se preguntaba qué habría sido de José. ¿Estarían los huesos descoloridos

del muchacho esparcidos al costado del camino que iba a Egipto o, por algún milagro, había logrado sobrevivir al viaje? De ser así, ¿sería ahora un esclavo que trabajaba arduamente bajo el sol del desierto, sin esperanza ni futuro?

Sin importar qué hiciera Judá, su vida tenía el hedor de las cenizas. No podía escapar de las consecuencias de sus actos. Era demasiado tarde para buscar a su hermano y rescatarlo. Demasiado tarde para salvarlo de una vida peor que la muerte. Demasiado tarde para enmendar el pecado que envenenaba su propia vida. Había cometido un pecado tan inhumano, tan imperdonable, que iría al Seol con el alma ennegrecida. Cada vez que veía a su padre, se llenaba de vergüenza. Los remordimientos lo ahogaban. No podía mirar a Jacob a los ojos, porque en ellos veía la pregunta tácita: ¿Qué pasó realmente en Dotán? ¿Qué le hicieron tú y tus hermanos a mi hijo amado? Judá, ¿cuándo me dirás la verdad?

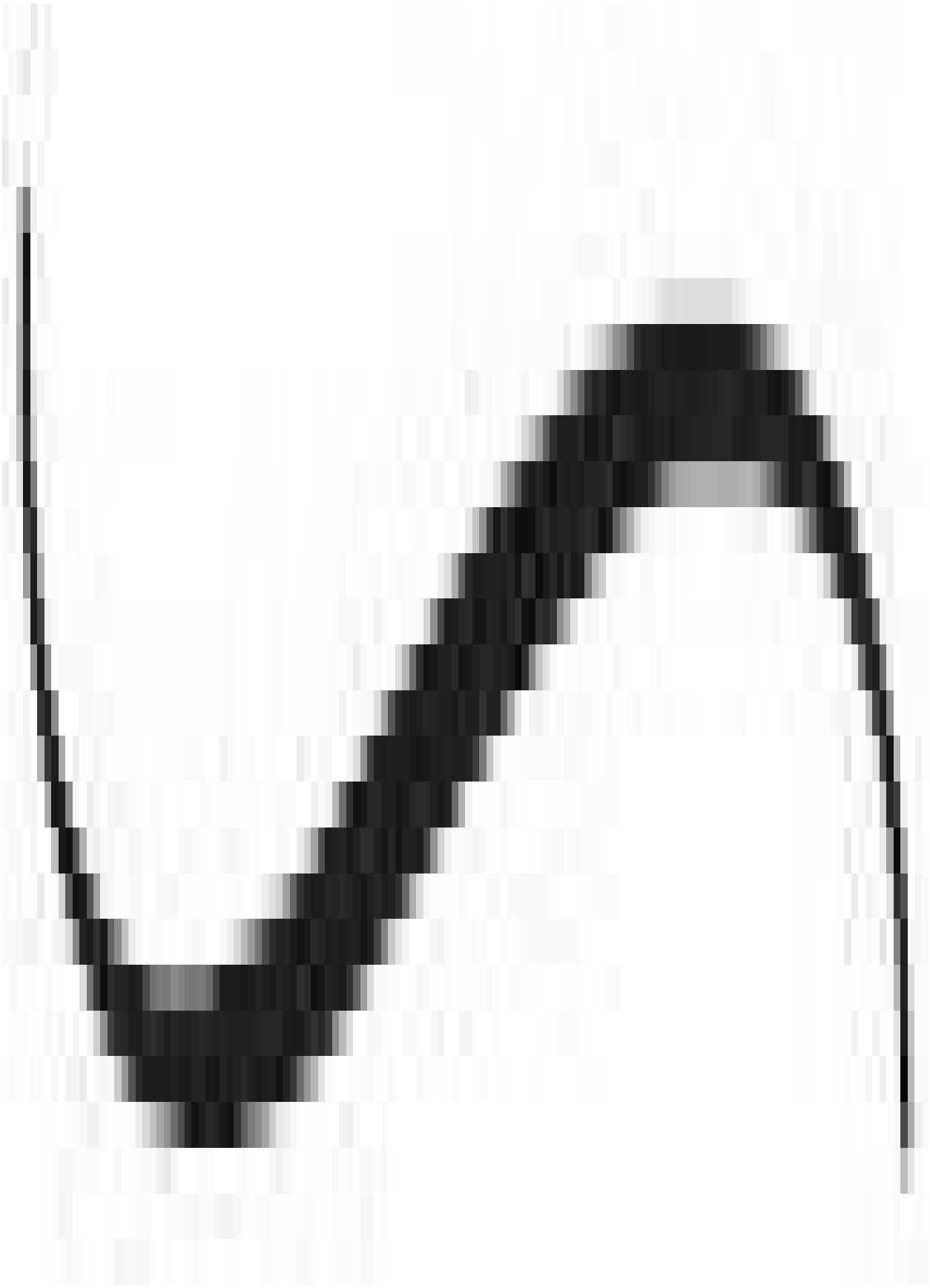
Y Judá podía sentir los ojos de sus hermanos clavados en él, esperando con el aliento contenido, temerosos de que confesaría.

Incluso ahora, después de todos los años que habían pasado, en su interior brotaba la vieja ira. Los celos se encendían. Quería gritar y quitarse de encima el manto de vergüenza. Si nos conocías tan bien, padre, ¿por qué enviaste al muchacho? ¿Por qué lo dejaste en nuestras manos, sabiendo que lo odiábamos tanto? ¿Tan ciego estabas? Y, entonces, volvía el dolor. José no había sido el favorito de Jacob solamente porque era el hijo de su esposa preferida, Raquel. José merecía el amor de Jacob. El muchacho siempre iba corriendo a hacer lo que su padre le ordenara, se entregaba completamente para complacerlo, mientras que los demás hacían lo que les daba la gana.

Por más que Judá quisiera terminar con la culpa por haberse librado del muchacho, la tenía pegada como alquitrán. El pecado se aferraba a él, se le impregnaba, se hundía en su ser hasta que sentía que la sangre se volvía negra. Era culpable, ¡y lo sabía!

Y ahora, la joven esposa de Er le preguntaba sobre Dios. Judá no quería hablar de Dios. No quería pensar en Él.

Muy pronto lo enfrentaría.



Judá mandó a avisar a Onán y a Sela que llevaran los rebaños a la casa. Luego, le ordenó a Bet-súa que preparara un banquete.

—¿Para qué? Todavía no es la luna nueva.

—Quiero hablar del futuro con mis hijos. —Recogió su manto y salió a la noche. Prefería la oscuridad y los ruidos de las criaturas nocturnas a la luz de la lámpara y a las quejas constantes de su gruñona esposa.

Bet-súa lo siguió afuera.

—¡Ellos ya saben qué les depara el futuro! Lo han hablado muchas veces.

—¡No lo hablaron conmigo!

Ella apoyó las manos en las caderas.

—¿Qué clase de disturbio quieres causar en mi hogar ahora, Judá?

Él apretó los dientes.

—Hay ciertas cosas que es necesario dejar en claro.

—¿Qué cosas? —Ella era como un perro con un hueso. No quería soltarlo.

—Te enterarás de todo cuando ellos lo hagan.

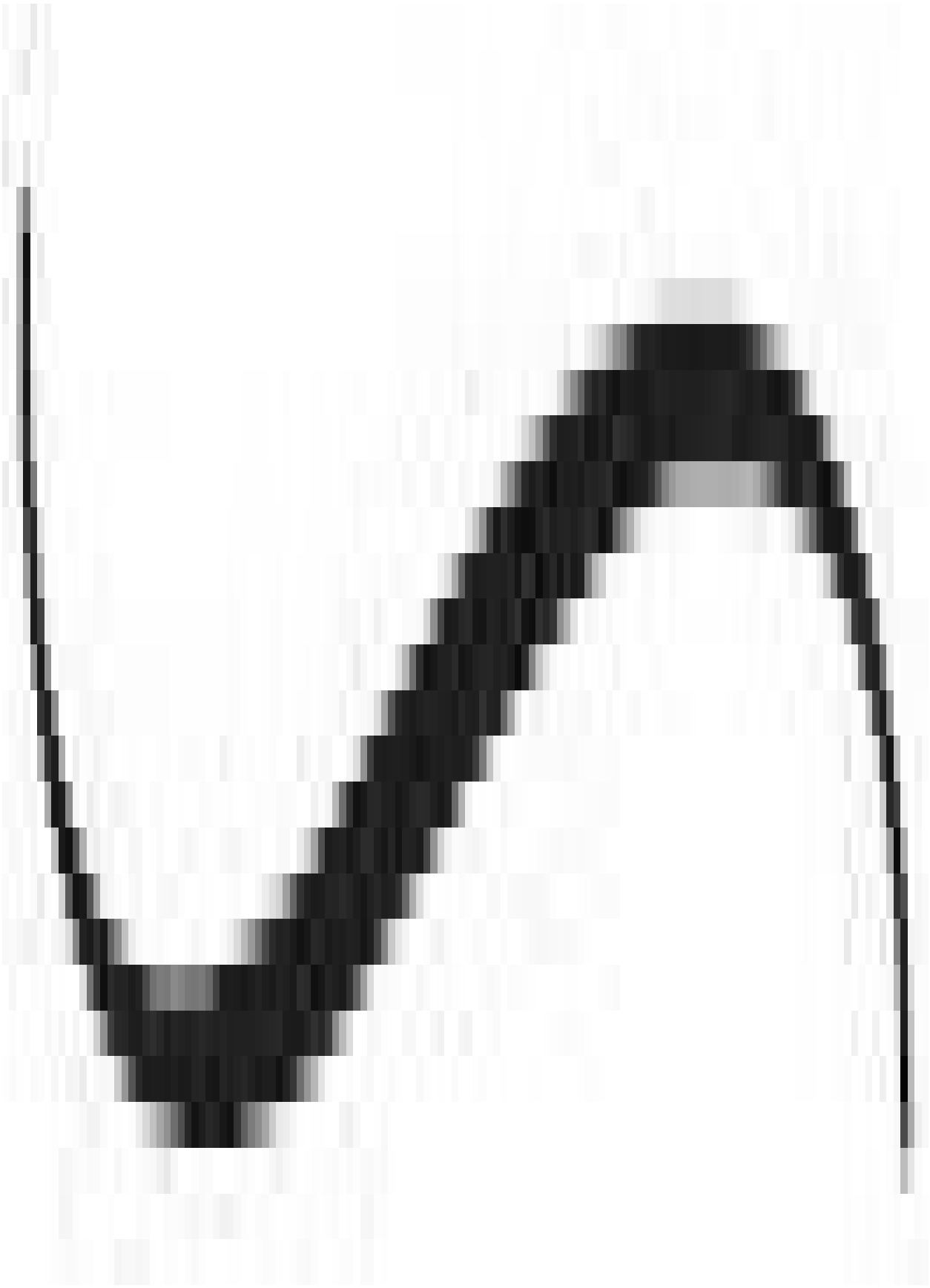
—Son mis hijos. ¡Yo los conozco mejor que tú! ¡Al menos podrías ayudarme a mantener la paz por aquí! Dime qué planes tienes. Intentaré prepararlos.

Judá le lanzó una mirada fulminante.

—Ese ha sido el problema desde el comienzo, Bet-súa. Te di toda la libertad con ellos, y tú echaste a perder a mis hijos.

—¡Que yo los eché a perder! Son iguales a ti: obstinados, malhumorados, viven en guerra unos contra otros. ¡En lo único que piensan es en sí mismos!

Judá se marchó a grandes zancadas.



Tamar supo desde el principio que el banquete terminaría en un desastre. Bet-súa se había pasado todo el día quemando incienso en su altar privado y rezando a sus dioses, mientras que Tamar, Acsa y los sirvientes se ocupaban de los preparativos para el banquete que había ordenado Judá. Su suegra estaba malhumorada, más irritable que de costumbre, tensa y buscando problemas. Tamar no quiso empeorar las cosas preguntando por qué a Bet-súa la angustiaba tanto que el padre se reuniera con sus hijos para hablar sobre el futuro.

Er aportó un cordero engordado. Tamar escuchó a uno de los sirvientes decir que probablemente lo había robado, pero Bet-súa no preguntó nada. Rápidamente, dio la orden de que lo sacrificaran y lo asaran. Amasaron pan y lo pusieron en canastas. Apilaron frutas y nueces en bandejas. Bet-súa ordenó que llenaran todas las jarras con vino.

—El agua y la leche contribuirían a una noche más amigable —dijo Tamar. Er solía entregarse a los excesos y, sin duda, bebería hasta emborracharse. Seguramente Bet-súa lo sabía tan bien como ella. Bet-súa la miró con desdén.

—Los hombres prefieren vino. Así que les daremos vino, y en grandes cantidades.

—Pero, Bet-súa...

—¡No te metas donde no te llaman! Este es mi hogar y haré lo que me plazca. —Caminó alrededor de la sala acomodando los almohadones a patadas—. Judá me encargó un banquete, y un banquete tendrá. ¡Cualquier cosa que suceda pesará en su conciencia! — Sus ojos relucían con lágrimas tempestuosas.

Los hijos de Judá empezaron a comer antes de que Judá volviera a la casa. Tamar pensó que el mal genio de Judá estallaría cuando los viera, pero se sentó serenamente y comió sin decir una palabra. Sus hijos ya se habían servido las mejores porciones. Er ya estaba ebrio y estaba contando un relato de cómo uno de sus amigos le había puesto una zancadilla a un ciego que iba por el camino a Timna.

—Deberían haberlo visto gateando como una serpiente sobre su vientre, buscando a tientas su bastón por todas partes. —Se rio y se metió algunas uvas en la boca—. “Por ahí”, le decía yo, “por allá”, y el viejo tonto se arrastraba por

la tierra. Nunca estuvo ni cerca del bastón. Probablemente todavía estará tratando de encontrar el camino. —Inclinó la cabeza hacia atrás y lanzó una risotada. Su madre se le sumó.

Tamar trató de no exhibir su indignación.

Er extendió su copa:

—Más vino, esposa —pronunció su título como si fuera un insulto. Mientras ella servía, él miró a los demás—. Esperen a que les diga cómo conseguí el cordero.

Judá devolvió su pedazo de pan a la canasta.

—Ya has dicho suficiente. Ahora, yo tengo algo que decir.

Er sonrió:

—Por eso es que estamos todos aquí, padre. Para escuchar lo que tienes que decir.

—Todavía no tengo en claro quién será mi heredero.

Las palabras cayeron como un rayo en la sala. De repente se produjo un silencio, una tensión abrasadora. Tamar miró a todos los miembros de la familia. Bet-súa estaba pálida y nerviosa, con los puños apretados sobre su falda. El rostro de Er, ya enrojecido por el exceso de vino, se puso de color granate. Los ojos de Onán resplandecían. Sela era el menos afectado, ya que estaba adormecido por tanto vino.

—Yo soy tu heredero —dijo Er—. ¡Soy el primogénito!

Judá lo miró con tranquilidad; tenía los ojos inmutables y fríos.

—Es mi decisión. Si quiero darle todo a mi siervo, puedo hacerlo.

—¿Cómo se te ocurre sugerir semejante cosa? —chilló Bet-súa.

Judá la ignoró, su mirada todavía fija en su hijo mayor.

—Las ovejas no prosperan bajo tu cuidado. Tu esposa, tampoco.

Tamar sintió que el calor inundaba su rostro y luego se le iba cuando su esposo y su suegra se fijaron en ella. Ambos hablaron a la vez. Er le dijo un insulto terrible y Bet-súa rápidamente salió a defenderlo.

—¡Ella no tiene ningún derecho a quejarse! —dijo Bet-súa, lanzándole una mirada furiosa.

—Tamar no ha dicho una sola palabra de queja —dijo Judá fríamente—, pero cualquiera que tenga medio cerebro y ojos que le sirvan, puede ver el trato que recibe de parte de tu hijo.

—Si quieres saber de qué es el moretón que tiene en la cara, padre, es que se golpeó contra la puerta hace unos días. ¿No es cierto, Tamar? ¡Díselo!

—Tal vez la hiciste tropezar de la misma manera que hiciste tropezar al ciego que estaba junto al camino.

Er se puso pálido, pero sus ojos eran como brasas.

—No vas a quitarme lo que es mío.

—Todavía no entiendes, ¿verdad, Er? Nada te pertenece, a menos que yo lo diga.

Tamar nunca había escuchado a Judá hablar con tanta tranquilidad y frialdad, ni con tal autoridad. En este estado de ánimo, era un hombre para ser respetado y temido. Por primera vez desde que había entrado en este hogar, lo admiró. Deseó que no flaqueara.

—No recibirás nada de mi mano, salvo que yo te lo ofrezca —dijo Judá, y su mirada abarcó a Bet-súa y a sus hijos—. Esta noche los he reunido aquí para decirles que el que demuestre ser el mejor pastor será quien heredará mis rebaños.

—¿Es una prueba? —Er sonó despectivo—. ¿Es así? —Hizo una mueca de desdén—. Entrégale los rebaños a Onán ahora mismo si es lo que quieres, padre. Onán es mejor con las ovejas, ¡pero yo soy mejor con la espada!

—¿Ves lo que has hecho? —gritó Bet-súa—. Has enfrentado a mis hijos uno contra el otro.

—Cuando me vaya, será Dios quien decida qué sucederá.

—Sí —dijo Er, levantando la cabeza y su copa—. ¡Que los dioses decidan! —Cuando propuso el brindis, el vino se derramó sobre su mano—. ¡Alabados sean los dioses de Canaán! ¡Juro que entregaré mi primera hija al templo de Timna y a mi primer hijo a las llamas de Moloc!

Tamar profirió un grito desesperado al mismo momento que Judá se puso de pie, enojado.

—*¡No!*

Tamar no podía respirar. ¿Concebiría hijos y los daría a luz, solo para verlos morir en las llamas de Topet o fornicando en un altar ante todo el mundo?

El orgullo de Er se encendió al rojo vivo. Él también se puso de pie y enfrentó a su padre con una actitud desafiante.

—¿Crees que me importa lo que hagas? Mis hermanos me seguirán a mí, padre. Harán lo que yo diga, o... —Se detuvo como si se hubiera quedado sin aliento. Su rostro cambió; los ojos se le abrieron por el miedo. La copa se le cayó de la mano y marcó una mancha roja en la parte delantera de su refinada túnica. Se agarró el pecho.

Bet-súa dio un grito:

—¡Haz algo, Judá! ¡Ayúdalo!

Er trató de hablar y no pudo. Se arañó la garganta como tratando de apartar unas manos invisibles. Sela, que se había despertado por los gritos de su madre, retrocedió llorando, mientras Onán miraba a Er caer de rodillas. Judá se estiró hacia su hijo, pero Er cayó hacia adelante y su cara dio contra la bandeja con carne asada. Se quedó inmóvil.

—¡Er! —dijo Bet-súa—. ¡Ay, Er!

Tamar temblaba descontroladamente; su corazón estaba desbocado. Sabía que debía acudir a ayudar a su esposo, pero tenía demasiado miedo para moverse.

Bet-súa le dio un empujón a Judá.

—Deja a mi hijo en paz. ¡Esto es tu culpa!

Judá apartó a Bet-súa y se agachó sobre una rodilla. Apoyó sus manos sobre el cuello de su hijo. Cuando retrocedió, Tamar vio su propio terror reflejado en los ojos de Judá.

—Está muerto.

—¡No puede ser! —dijo Bet-súa, inclinándose hacia adelante y cayendo de rodillas al lado de Er—. Te equivocas, Judá. Está borracho. Solamente está...

Cuando Bet-súa logró volcarlo, vio el rostro de Er y lanzó un grito.

TRES



Tamar lloró con la familia de Judá durante el período formal de duelo. Judá estaba convencido de que Dios le había arrebatado la vida a su primogénito y Bet-súa, quien se negaba a creerlo, estaba desconsolada. Onán fingía apenarse por la muerte de su hermano, pero Tamar lo había visto hablando y riendo con algunos de los jóvenes cananeos que decían ser amigos de Er.

Tamar se avergonzaba de sus propios sentimientos. Quería hacer duelo por Er como le correspondía a una esposa, pero se sorprendía llorando más por alivio que por dolor, pues había despreciado a su marido. Él la había mantenido cautiva de miedo, ¡y ahora era libre! Entremezclado con su pena, había un profundo temor al Dios de Judá, quien muy evidentemente poseía el poder sobre la vida y la muerte. Temía mucho más a este Dios que a cualquier hombre. Cuando el Señor, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, le quitó la vida al hijo mayor y más rebelde de Judá, también libró a Tamar de una vida desgraciada. En un momento, Er juraba sacrificar a sus hijos y de llevar por el mal camino a sus hermanos y, al momento siguiente ¡estaba muerto!

Sus emociones se confundían debido a que la realidad de la situación daba vuelta sin cesar en sus pensamientos. No era libre en absoluto, porque ahora estaba viuda. Su situación no había mejorado. De hecho, ¡era peor! No tenía marido, no tenía hijos ni estatus dentro de este hogar. No podía irse a su casa. A menos que Judá hiciera lo que exigían las costumbres y le entregara a Onán por esposo, Tamar sabía que nunca más tendría hijos o hijas. Su vida no serviría para nada. Viviría sin esperanza.

¡Solo un hijo podía rescatarla!

Los días pasaron lentamente, y Judá no dijo nada. Tamar fue paciente. No había esperado que hablara del tema durante el período de duelo. Él haría lo que debía hacer, pues era lo suficientemente inteligente como para saber que no podía dejar las cosas como estaban y esperar que su hogar prosperara y se multiplicara. El clan de Judá necesitaba hijos e hijas, o su hogar sería cada vez más pequeño y desaparecería.

El fracaso de Tamar por no haber tenido hijos la convertía en un fracaso como mujer. Judá la había elegido para que le diera hijos a su familia, y su situación no había cambiado. Seguía siendo la muchacha que Judá había escogido. Judá debía

entregarle a Onán como esposo. Onán tendría que acostarse con ella y darle un hijo para que heredara la parte de Er. Era una costumbre cananea tanto como hebrea. Un hermano debía sostener a su hermano.

Sabiéndolo, Tamar no perdió tiempo preocupándose por cuándo Judá tomaría la decisión. En cambio, pasaba el tiempo haciéndose preguntas sobre el Dios de los hebreos. Su corazón se estremecía cuando meditaba en el poder que Él tenía. Estaba llena de preguntas, pero no tenía a quién hacérselas. Judá había dejado en claro que no quería hablar del Dios de su padre.

Entonces, Tamar les daba vueltas a sus preguntas en su mente, buscando las respuestas por sí misma, sin encontrar ninguna. Si Dios le había arrebatado la vida a Er por prometer sus hijos a los dioses de Canaán, ¿por qué no se la había quitado a Judá cuando permitió que Bet-súa formara a sus hijos en el culto a Baal? ¿O era el sufrimiento que vivía Judá una maldición que había recaído sobre él por algún acto de rebeldía desconocido? Judá había dicho alguna vez que la mano de Dios estaba en contra de él. Estaba convencido; por lo tanto, debía ser cierto. Judá debía saberlo, ¿verdad? Tamar se llenaba de miedo al pensar esas cosas, porque si la mano de Dios estaba en contra de Judá, ¿qué esperanza le quedaba a cualquier miembro de su familia?

¿Cómo ablandar el corazón de un Dios que está en contra de uno? ¿Cómo apaciguarlo, cuando uno no sabe qué quiere? ¿Qué ofrecerle como sacrificio? ¿Qué obsequio se le da? Obediencia, había dicho Judá, pero Tamar no sabía cuáles eran las reglas para obedecer.

El temor del Señor estaba en ella. No obstante, y pese a ese temor, Tamar se sentía curiosamente consolada. Er ya no era su amo. Su destino ahora estaba en manos de Judá. En el año que había estado en esta casa, ni una sola vez había visto a su suegro ofrecer sacrificios a los dioses de Canaán. Era Bet-súa quien adoraba con ferviente devoción a Baal, Asera y una docena más de deidades. Ella derramaba vino y aceite y se cortaba el cuerpo. Judá mantenía su distancia, y Bet-súa nunca abría el armario donde guardaba sus terafines cuando Judá podía llegar a verlo.

Pero Tamar tampoco había visto que Judá ofrendara sacrificios a su Dios.

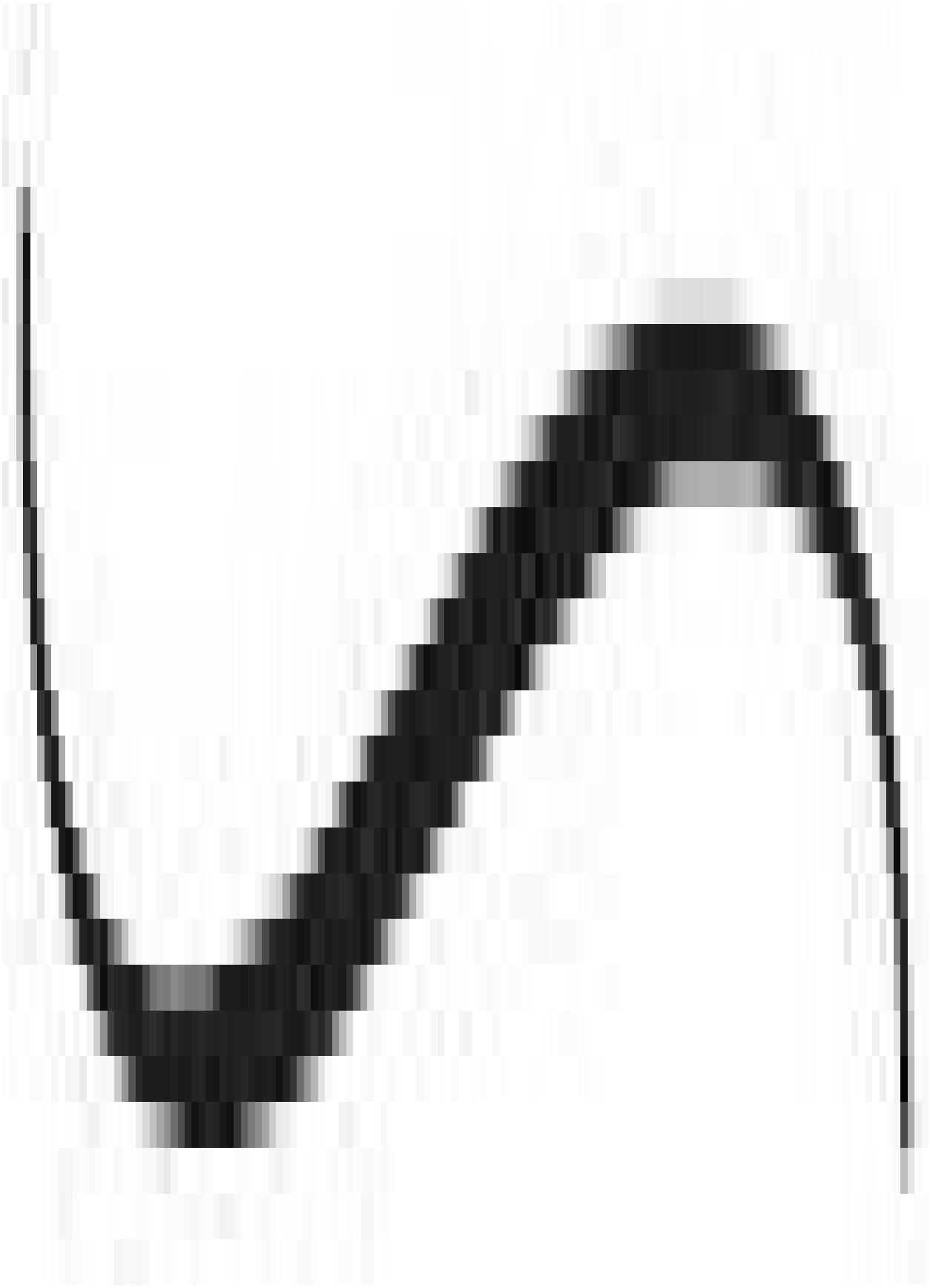
¿Lo hacía cuando estaba paciendo a sus ovejas? ¿Adoraba cuando estaba con su padre o con sus hermanos? Su suegro nunca había dicho nada de una cosa ni de

la otra, y Tamar no se atrevía a preguntárselo a Bet-súa.

Si el Dios de Judá lo permitía, Tamar tendría hijos a través de Onán y satisfaría la esperanza que tenía Judá de acrecentar su familia. Er había muerto. Ella se consolaba sabiendo que sus hijos nunca serían dejados en los brazos de Moloc ni lanzados a los fuegos de Topet, y sus hijas no serían instruidas para hacer actos indecentes con un sacerdote sobre el altar público dedicado a Asera. Serían educados según las costumbres del padre de Judá y no según las de su propio padre. Venerarían al Dios de Judá y no se inclinarían ante los de Bet-súa.

Su corazón pedía a gritos que esto fuera verdadero, aunque nada era seguro. Un año en la casa de Judá le había enseñado a Tamar que Bet-súa tenía el control. En la única ocasión que Judá había ejercido su autoridad, su hijo mayor se rebeló y murió.

No podía acercarse a Judá y hablar de estas cosas. Era demasiado pronto y doloroso. Cuando Judá estuviera listo, la mandaría a llamar. ¿Qué más podía hacer? Era ella quien debía tener hijos.



Judá reflexionó sobre el futuro de su familia. Sabía qué tenía que hacer, sin embargo, esperó setenta días antes de convocar a Tamar. Cuando se paró frente a él, vestida con su tsaif negro, delgada y digna, con la cabeza en alto, Judá se dio cuenta de que había cambiado. Su rostro ya no exhibía las marcas del maltrato. Tenía la piel suave y saludable. Pero había algo más. Preparada y serena, lo miró. Ya no era la trémula novia jovencita que había traído a la casa para Er.

Judá sabía que Tamar nunca había amado a Er. Se había sometido a él y le había mostrado a su hijo el respeto debido a un esposo. Aunque Judá sabía que Tamar recibía golpizas de Er, nunca la había visto acobardarse como un perro. Había aceptado su destino y trabajaba esforzadamente para llegar a ser parte de su familia. Se había sometido a cada orden. Ahora, aceptaría su decisión y la cumpliría.

—Te entregaré a Onán como esposo para que puedas darle un hijo a Er.

—Mi señor —dijo ella y se postró ante él.

Judá quería decir algo, cualquier cosa que consolara a la pobre muchacha y le diera esperanzas. Pero ¿qué podía decir que no rebajara a Er? Independientemente de lo propenso al mal que había sido su hijo, Er seguía siendo el primer fruto de la simiente de Judá, la primera muestra de su fuerza como hombre. No podía hablar contra Er sin hablar mal de sí mismo.

Una bendición aliviaría su conciencia.

—Que seas fecunda y multipliques mi hogar, Tamar. —Onán no la haría sufrir. Por lo que Judá sabía, su segundo hijo no disfrutaba atormentando a los indefensos.

Cuando Tamar se puso de pie, levantó la cabeza y lo miró. Judá se sintió incómodo por la intensidad que vio en los ojos de ella. Asintió con la cabeza.

—Puedes irte.

Ella se dio vuelta para irse, pero luego volvió a mirarlo.

—¿Puedo hablar con usted, mi señor? —Algo la molestaba profundamente.

Él levantó las cejas.

—Ya que debo darle hijos para su casa, ¿me instruiría en las costumbres de su Dios?

Él se puso rígido.

—Cuando llegue el momento, hablaré de ello con Onán.

—Seguramente ese momento pasó hace mucho.

Él apretó los puños.

—¿Te atreves a reprenderme?

—No, mi señor —dijo ella, confundida. Se puso pálida—. Le suplico perdón. Solo quise decir...

Él vio que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero ignoró su pedido.

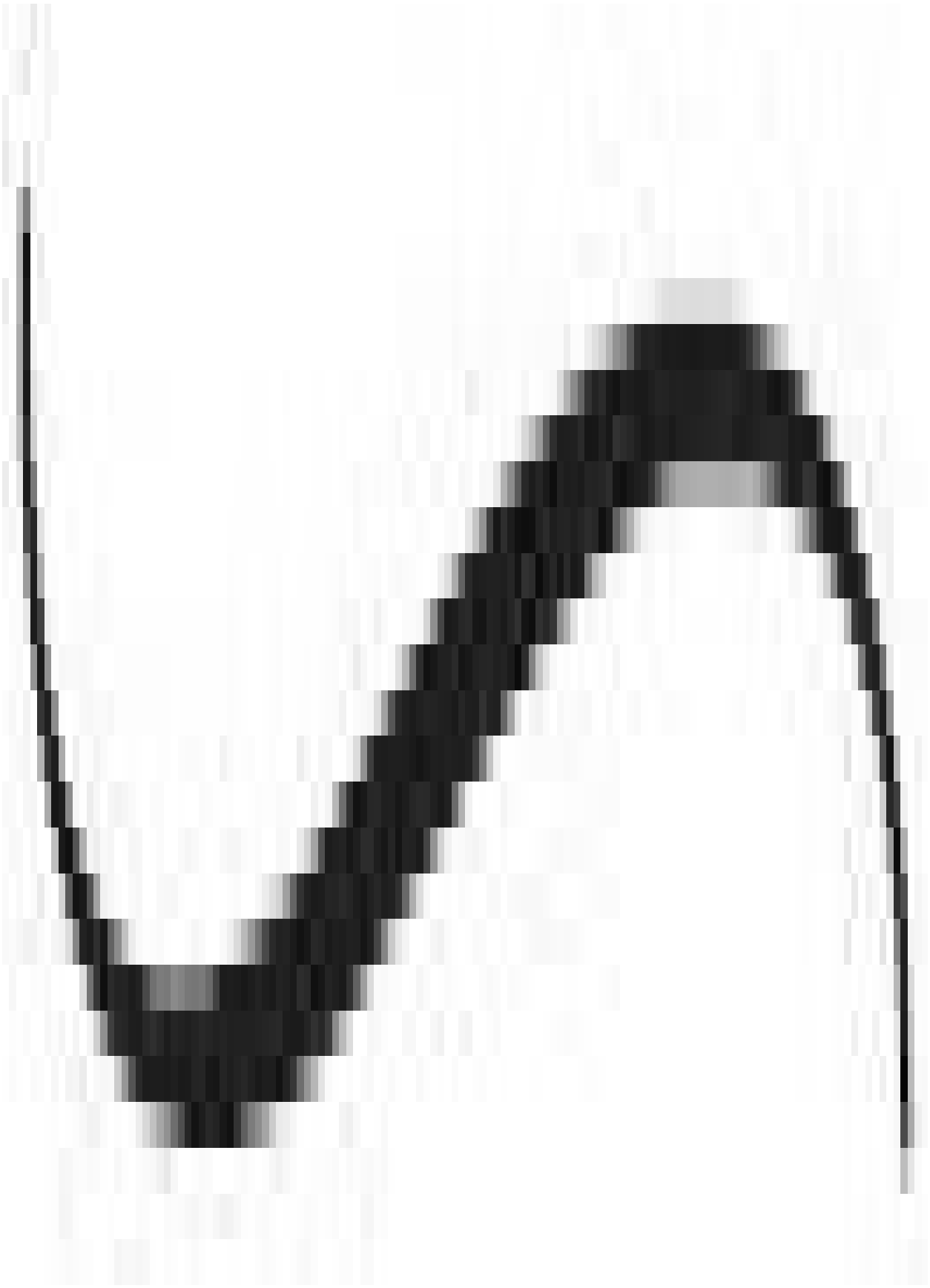
—Vete. —Cerrando los ojos, hizo un gesto brusco con la cabeza dándole la orden. Escuchó los pasos retirándose.

¿Por qué Tamar siempre tenía que preguntar sobre Dios? ¿Qué podía decirle él? Dios había fulminado a Er por su arrogancia cruel y también se había vengado de Judá. Ojo por ojo; una vida por una vida. Er por José.

Judá se pasó los dedos por el cabello; luego, se agarró la cabeza. Quizás ahora el pasado quedaría en paz.

«Esto es lo que Él exige de ti: que hagas lo que es correcto, que ames la compasión y que camines humildemente con tu Dios». Las palabras de su padre vinieron a él como si Jacob se hubiera agachado hacia él y se las hubiera dicho al oído.

Perturbado, Judá se levantó y salió de la casa.



Tamar volvió a sus aposentos y le contó a Acsa lo que le había dicho Judá. Onán iba a acostarse con ella y le daría hijos para Er.

—Judá habló conmigo hace ocho días —dijo Acsa—. Ha estado contando los días.

Tamar se ruborizó.

Acsa le sonrió.

—Onán es mejor hombre que Er. No te pegará.

Tamar bajó la mirada. Onán era tan guapo como Er. Podía hablar con la misma suavidad. Tal vez también tenía puños duros como martillos. Respiró despacio. No podía permitir que el miedo la obsesionara. El miedo podía ser un obstáculo para la concepción.

A pesar de estar decidida, sentía que las dudas la hacían temblar por dentro. No tenía motivos para esperar que Onán la tratara con delicadeza. ¿Por qué lo haría? Era amigo de los mismos hombres con los que solía andar Er.

Acsa la sujetó de los hombros.

—Alégrate, Tamar. Judá se ha puesto de tu lado, en contra de Bet-súa.

Tamar quitó sus manos.

—No seas ridícula, Acsa. No hay lados en este tema. No es más que una cuestión de necesidad.

—¿Una cuestión de necesidad? ¡Qué manera de hablar la tuya! Durante semanas, tu suegra le ha picoteado las orejas a Judá en tu contra. No quería que Onán estuviera en la misma sala que tú, mucho menos que compartiera una cama contigo.

—¿Y la culpas por eso? Yo estaría tan afligida como ella si hubiera perdido a un hijo.

—O a un esposo afectuoso. —Bajó la voz y habló en un tono conspirador: —Todos nos hemos librado de Er.

Tamar apartó la cara, renuente a asentir.

Acsa suspiró.

—Debes tener cuidado, Tamar. Bet-súa está buscando a alguien para echarle la culpa.

Tamar se sentó sobre un almohadón.

—Entonces, debe mirar al Dios de Judá.

—Ella sospecha de ti. Dice que le echaste una maldición.

Tamar levantó la vista bruscamente.

—¿Qué poder tengo para ayudar o estorbar en esta casa? ¡Yo no soy nada! ¿Qué podría ganar con la muerte de mi esposo? ¿Acaso salí beneficiada con la muerte de mi esposo? —Sacudió la cabeza y desvió la mirada—. Nadie le creerá a Bet-súa. Todos escucharon que Er desdeñó al Dios de su padre y todos vieron cómo murió.

Acsa se puso en cuclillas delante de ella.

—¿Crees que eso tiene alguna importancia? —Tomó las manos de Tamar y las sostuvo firmemente—. Gran parte de la culpa del carácter de Er se debe a su madre, pero ¿piensas que alguna vez ella lo reconocerá?

Tamar retiró sus manos de las de Acsa y se cubrió el rostro.

—¡Yo no hice nada para lastimar a Er! —Respiró entrecortadamente, con lágrimas en los ojos, pese a que hacía todo lo posible por reprimirlas—. ¿Qué clase de familia es esta, que todos tratan de destruirse mutuamente?

Acsa apretó sus dedos contra los labios de Tamar.

—Yo sé que tú no hiciste nada para lastimar a Er. Judá también. Ni una sola vez hablaste en contra de Er. Todos sabían que él te golpeaba y todos miraban para

otro lado.

—Entonces, ¿cómo puedes decir...?

—Eres demasiado joven para entender la forma de ser de personas como Bet-súa. Es envidiosa. Tiene miedo a perder su lugar. Por eso miente. Una mentira repetida la suficiente cantidad de veces a la larga terminará siendo aceptada como verdad.

—¡Solo puedo ser lo que soy, Acsa! —Las lágrimas corrieron por sus mejillas—. Solo puedo vivir de la mejor manera que sé vivir.

Acsa apoyó suavemente la mano sobre su mejilla.

—Tranquila, dulce mía. Tú has prevalecido sobre ella. Judá te ha dado a Onán. Eso demuestra que cree que el dios de su padre tomó la vida de su hijo, aunque Bet-súa asegure que tú fuiste la que tuvo que ver con eso. Pero te lo advierto: esa mujer es astuta como una serpiente. Ahora que Judá ha tomado la decisión, se quedará callada. Por un tiempo no hará nada. Pero nunca lo olvides: ella es tu enemiga.

—Como siempre lo ha sido, Acsa.

—Ahora más que nunca, pero Judá te protegerá.

Con una risa triste, Tamar negó con la cabeza.

—Judá no está más a mi favor que en mi contra. Él está solo, como siempre lo ha estado. Lo único que hizo fue dar los pasos necesarios para preservar a su familia. —Se dio vuelta porque no quería que Acsa viera que estaba herida y decepcionada. Judá no había querido enseñarle los caminos de su Dios, a pesar de que este Dios claramente tenía el poder de la vida y de la muerte—. Me siento más agobiada ahora que el día llegué aquí, Acsa. Quiero que esta familia prospere. Quiero cumplir con mi deber.

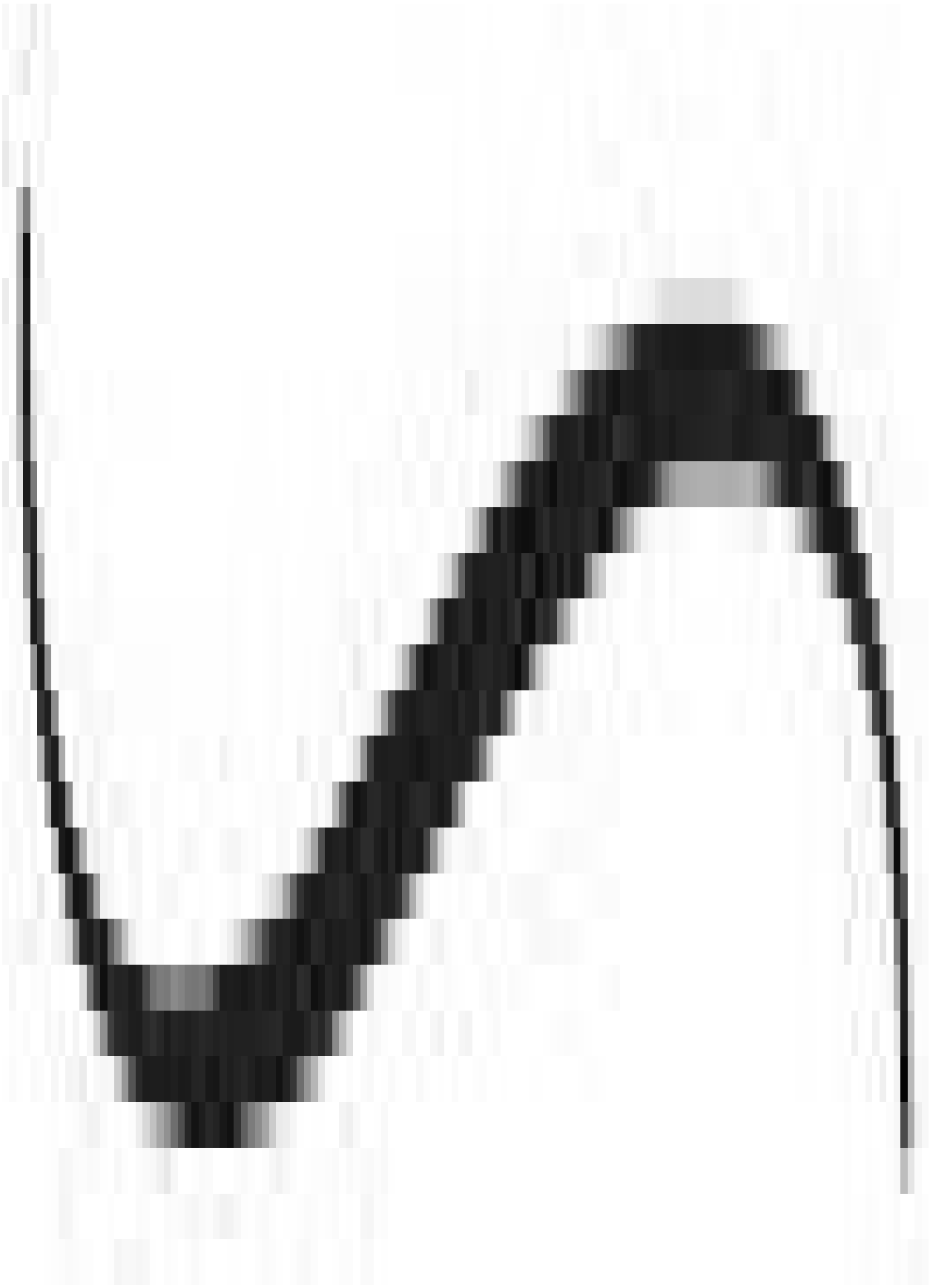
—Lo harás.

—Si tengo hijos.

—“Cuando”, no “si”. —Acsa sonrió—. Onán te dará un hijo. No tengo dudas de

eso.

Tamar no estaba tan segura. Después de todo, Onán era hermano de Er.



Acsa estaba contenta de que, finalmente, Judá hubiera resuelto el asunto. Le dolía el corazón al ver la indiferencia que había en esta familia. Nadie en esta casa era digno de Tamar. Ella era agradable y dulce, muy trabajadora, leal. A veces, a Acsa se le hinchaba el pecho de orgullo cuando veía cómo se conducía la muchacha con dignidad; especialmente cuando enfrentaba los desaires, los insultos y los arrebatos de Bet-súa. Había ocasiones en las que Acsa tenía que morderse la lengua para no decir lo que pensaba y para no causarle más problemas a Tamar.

Judá había postergado lo suficiente para entregarle Onán a Tamar. Acsa había empezado a temer que Bet-súa hubiera logrado envenenarlo en contra de Tamar. Amaba mucho a la muchacha, como si fuera una hija de su propio vientre, y la enfurecía ver cómo la trataban.

Acsa se llenó de alegría cuando Judá la buscó y le preguntó sobre la salud de Tamar. Estaba incómodo. Ella entendió qué estaba preguntándole realmente y evitó que se sintiera más avergonzado.

—El mejor momento para concebir sería dentro de diez días.

—Diez días. ¿Estás segura?

—Sí, mi señor. —Acsa no había descuidado sus obligaciones con Tamar ni con la familia de Judá. La muchacha no tenía secretos con ella. El deber de Acsa era velar por la salud de Tamar. Ella conocía los días de su ciclo. Los contaba desde la luna llena para saber con precisión cuáles eran los días más fértiles.

Aunque el tema de Onán estuviera resuelto, Acsa estaba preocupada por el ánimo de Tamar. La muchacha estaba pensativa y reservada. Antes, siempre había compartido con ella sus pensamientos y sus sentimientos. Acsa sabía que era porque la muchacha estaba convirtiéndose en una mujer, pero le dolía que la excluyera aun en esas pequeñeces. Adoraba a esta niña y solo buscaba lo mejor para ella. ¿Cómo podía levantarle el ánimo cuando no sabía qué pensaba Tamar? La presionaba, pero Tamar se resistía. No le decía cuál era el problema. Acsa solo podía suponer que tenía miedo por la expectativa de tener relaciones íntimas con Onán. Y no le costaba entenderlo, teniendo en cuenta el tratamiento desalmado que había padecido su amada niña en manos de Er. Acsa había tenido miedo por ella y le afligía no saber qué hacer sin causarle más problemas. Un

moretón de vez en cuando era algo bastante común, pero los golpes más fuertes podían llegar a provocarle heridas internas y daños permanentes. Y entonces, ¿qué sería de Tamar?

Pero Er estaba muerto ahora. Secretamente, Acsa se regocijaba. El desgraciado no había recibido más que lo que merecía. Nunca más le pondría una mano encima a Tamar, y Acsa le estaba agradecida a cualquier dios que le hubiera quitado la vida. Incontables veces había deseado ser ella quien tuviera el poder de hacerlo. Había tenido que taparse los oídos para no hacer una locura cuando escuchaba que Tamar lloraba de dolor en silencio tras las puertas cerradas.

Tamar no tenía que temerle a Onán. El segundo hijo de Judá era diferente al primero. Onán era astuto y ambicioso. Cuidaba los rebaños de su padre como si ya fueran suyos. Acsa sospechaba que Onán codiciaba algo más que la herencia de su hermano. También había codiciado a la mujer de su hermano. Acsa se había dado cuenta de cómo miraba a Tamar. Quizás el deseo del muchacho se convertiría en amor y la vida de Tamar sería más fácil.

Seguramente Onán estaría deseoso de cumplir su deber hacia ella. El primer hijo que tendría Tamar sería para Er, pero luego vendrían otros. Esos serían de Onán. Acsa no veía la hora de que llegara el día en el que ayudara a traer al mundo al hijo de Tamar. ¡Qué deleite sería verla sonreír otra vez, escuchar su risa, que sus ojos brillaran de felicidad! Las lágrimas asomaban en los ojos de Acsa por el solo hecho de pensarlo.

Acsa tomó la escoba y la canasta y entró al cuarto donde Tamar y Onán dormirían juntos. Dejó la canasta al lado de la puerta y trabajó vigorosamente. Cantaba mientras lo hacía, conjurando la conexión divina de la habitación. A algunos espíritus les gustaba entorpecer el deseo e impedir la concepción. Debía barrerlos y evitar que volvieran a entrar. Era el deber de Acsa ocuparse de eso. Debía proteger a la joven pareja y abrir el camino para que tuvieran relaciones sexuales sin trabas.

Acsa fue muy cuidadosa con su trabajo. Se aseguró de que cada centímetro de las paredes, el techo y el piso fuera barrido. Luego preparó una mezcla de argamasa y selló los agujeros en la pared de piedra para que los espíritus malignos no pudieran entrar. Trajo esterillas y las extendió prolijamente sobre el piso de tierra. Llenó las lamparillas con aceite aromático y colocó incensarios en cada una de las cuatro esquinas del cuarto. El aire de la recámara se impregnaría

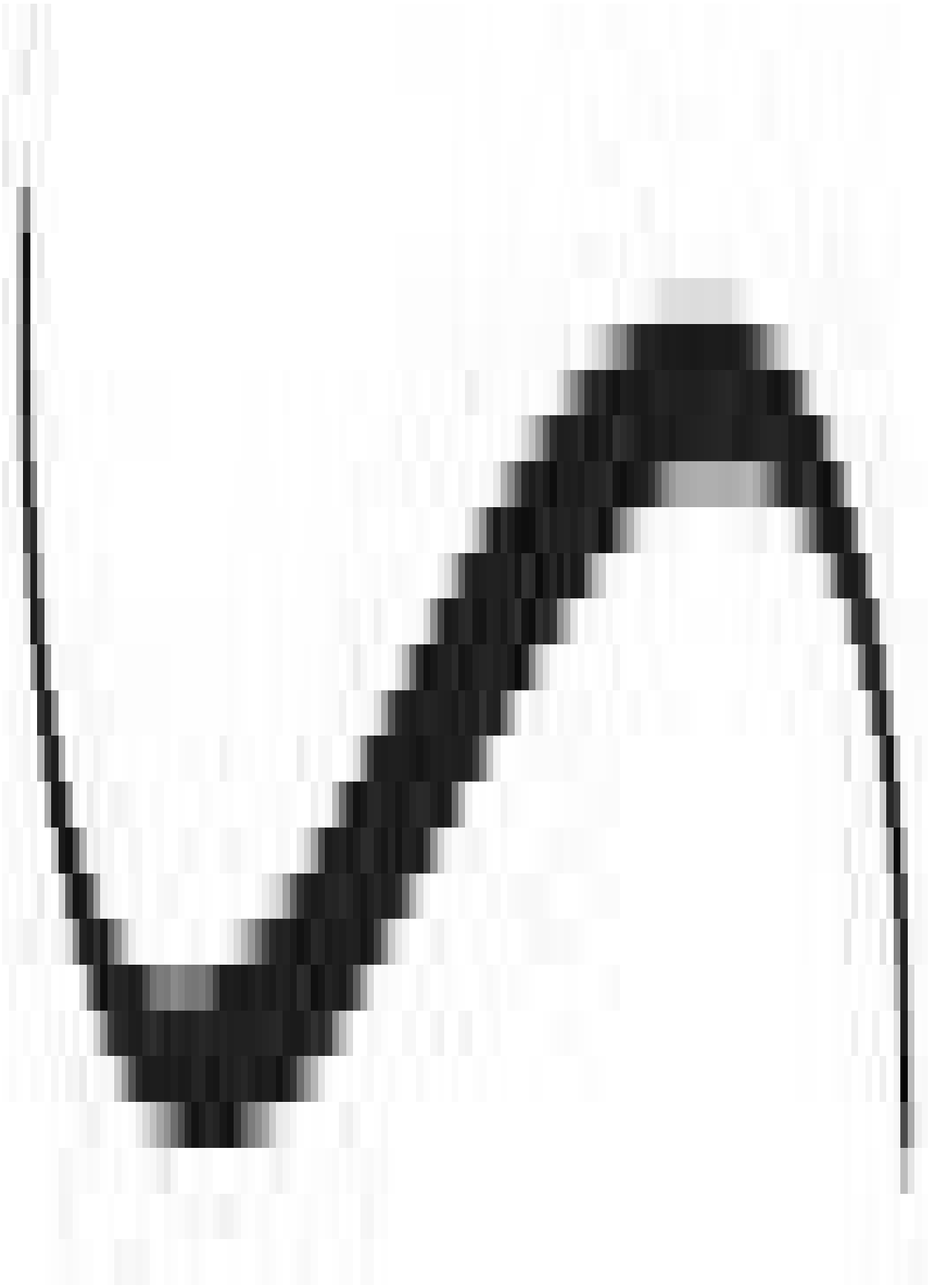
con una fragancia dulce a almizcle que activaría los sentidos y estimularía el deseo. Tomó mandrágora de su canasta, arrancó astillas de la preciada raíz y las puso en un cuenco junto a una jarra con vino. La mandrágora haría más fértil a Tamar. Por último, sacó un paño de lana y lo extendió sobre la estera en la cual dormiría la pareja.

Parándose en la entrada, Acsa escudriñó cada aspecto de la habitación. Debía asegurarse de que todo estuviera en su lugar, de no olvidar nada. Las voces y la música llegaban desde la sala principal. El banquete de bodas había comenzado. Pronto ella acompañaría a la pareja hasta esta recámara.

Como última precaución, Acsa volvió a entrar al cuarto y sacó harina molida del morral que llevaba en la cintura. La esparció sobre el piso desde el canto de las paredes hasta la puerta. A cada movimiento de su brazo, coreaba conjuros para ahuyentar de la habitación a los espíritus. No se quedó satisfecha hasta que una delgada capa de harina cubrió todo. Si algún espíritu regresaba, ella vería las pisadas sobre el polvo blanquecino y estaría advertida de su presencia.

Acsa cerró la puerta con firmeza. Rellenó la rajadura que había alrededor de la puerta hasta que la habitación quedó sellada.

Satisfecha al fin, se sentó y descansó. Le daría una hora más a Tamar para celebrar. Tal vez un par de copas de vino harían que Tamar se relajara y disfrutara. Sonriendo, Acsa murmuró plegarias a sus dioses. Pronto escoltaría a la joven pareja a la recámara. Se aseguraría de que ningún espíritu hubiera entrado y, luego, cerraría la puerta detrás de Tamar y Onán y se quedaría haciendo guardia contra los espíritus que pudieran tratar de dificultar la concepción. Se sentaría contra la puerta cerrada, tocaría su tamborcito y cantaría una canción para repeler a los demonios y hacer que los jóvenes corazones latieran con pasión. Si podía mantener alejados a los espíritus celosos el tiempo suficiente, Tamar quedaría embarazada. Y entonces, finalmente, esta muchacha a la que Acsa amaba y servía recibiría el respeto que merecía por ser un instrumento para traer hijos al mundo.



Tamar pronto aprendió que Onán era diferente a Er: su maldad era más astuta.

Aunque Tamar estuviera un poco mareada por el vino, y sus sentidos estuvieran nublados por los aromas de las hierbas dulzonas y el sonido del tambor de Acsa, supo con exactitud cuál fue el momento en que el hermano de Er le negó la oportunidad de tener un hijo. Gritó, pero él cubrió su boca con la suya, acallando su queja. Tamar forcejeó violentamente y se liberó. Se alejó de él.

—¡Me has deshonrado! —Tamar agarró su ropa y se tapó—. ¡Y traicionaste a tu propio hermano!

Onán se incorporó, respirando pesadamente.

—Prometo que te trataré mejor que Er.

—¿Y esto es mejor?

—Te trataré con amabilidad y...

—¿Amabilidad? —Er había abusado de ella. Ahora, Onán estaba usándola—. Estamos juntos para un propósito: concebir un hijo para Er.

Onán se estiró en su lado.

—¿Qué tiene de malo que la pasemos bien?

Tamar le lanzó una mirada furiosa sin responder.

Onán entrecerró los ojos.

—Deja de mirarme como si fuera un insecto que hallaste bajo una piedra.

—Debes cumplir la obligación que tienes con mi difunto esposo, tu hermano.

—¿Debo hacerlo? —El rostro de Onán se ensombreció—. ¿Quién eres tú para decirme lo que debo hacer?

—Tú sabes quién soy y cuál es mi posición en este hogar. ¿Harás lo correcto o no?

—Prometo cuidarte. Siempre tendrás un techo sobre tu cabeza y comida para alimentarte. Te daré todo lo que necesites.

El rostro de ella se acaloró. ¿Realmente pensaba que dejaría que la tratara como a una prostituta? Casi no podía soportar mirarlo.

—Hay una sola cosa que necesito de ti, Onán, ¡y acabas de derramarla en el piso! —Le arrojó la túnica que él había dejado caer.

Poniéndosela, Onán se sonrojó, pero sus ojos seguían calculadores.

—Er decía que eras terca. Podrías tratar de comprender mi situación.

Ella no era tonta. Sabía exactamente qué buscaba él. Se había dado cuenta de que Onán era codicioso, pero jamás se había esperado esta abominable injusticia.

—¡Quieres la parte doble de Er, además de la tuya! —Onán estaba lleno de avaricia.

—¿Por qué no debería recibirlo todo? ¡Yo trabajé para esto!

—Ya tienes tu parte. No tienes derecho a la de Er. Eso le corresponde a su hijo.

Él sonrió con suficiencia:

—¿Qué hijo?

Los ojos de ella ardieron con lágrimas de enfado.

—No te saldrás con la tuya en esto, Onán. Yo no soy una ramera para que me uses.

—Sé razonable, Tamar. ¿Acaso Er alguna vez se ocupó de los rebaños como yo? ¿Te he golpeado o insultado? ¿Alguna vez fue amable contigo, siquiera una? ¡Lo único que hizo mi hermano fue causarte dolor!

—¡No importa cómo me tratara él o cualquier otra persona! Es el hijo mayor de tu padre. Era el primogénito. Tú debes cumplir con tu deber hacia tu hermano, ¡o su linaje morirá! ¿Crees que Judá no se afligirá por lo que has hecho esta noche?

—No se lo cuentes.

—No te acompañaré en este pecado. ¿Qué futuro tengo si te sales con la tuya?

—El futuro que yo te ofrezco.

—¿Y yo debería confiar en un hombre que le niega un heredero a su hermano?

Onán se levantó, enojado.

—¡El nombre de Er debería desaparecer! ¡Se merecía la muerte! ¡Todos estamos mejor sin él!

Tamar estaba espantada por su odio.

—No debes negarme mis derechos, Onán. Si lo haces, estafarás a toda la familia de tu padre.

Con la mandíbula apretada, Onán hizo un chasquido desdeñoso.

—No sabes lo que sufrí a manos de mi hermano. Cada vez que mi madre miraba hacia otro lado, Er me golpeaba. Me alegro de que esté muerto. Si quieres saber la verdad, me regocijé cuando Er se ahogó y murió. Sentí placer al verlo morir. ¡Quería reírme y bailar! —Le dirigió a Tamar una sonrisa burlona—. Como estoy seguro de que tú lo hiciste.

—No me incluyas en tu maldad. La parte de Er no te corresponde. Le pertenece al hijo que podría haber tenido, el hijo que tú debes darme.

Onán volvió a acostarse y se apoyó sobre un codo.

—¿Y si no lo hago?

—No puedes estar diciéndome de verdad que me lo negarás, Onán. ¿Harías que el nombre de Er descienda a la tumba con él? —Era como si deseara asesinar a su propio hermano.

—Ahí es donde debe estar su nombre.

¡Lo que Onán estaba haciendo era peor que asesinar! Estaba negándoles la existencia a todos los descendientes de Er para siempre. Si lograba lo que se proponía, Tamar jamás tendría hijos. ¿Qué sería de ella entonces?

—Por favor, Onán. No debes hacer esto. ¡Reflexiona sobre lo que estás haciendo!

—Ya lo he pensado. Es mi nombre el que mi importa, no el de mi hermano.

—¿Qué clase de hombre eres, que deseas destruir la familia de tu propio hermano?

—¿Qué hermano? ¿De qué familia hablas? —Se rio en voz baja. Tomó el borde del chal de ella y lo frotó entre sus dedos—. Soy un hombre que tiene la intención de tomar lo que le pertenece. —Le sonrió—. Puedo hacerte feliz. ¿Te gustaría que te muestre cómo?

Tamar tironeó del chal, arrancándolo de sus manos, y retrocedió más aún. Quería gritarle a Acsa que dejara de golpear el tambor y de cantar. ¡Esta noche era una farsa!

La expresión de Onán se enfrió.

—Confórmate con lo que te ofrezco.

Su avaricia le repugnaba.

—No me quedaré callada.

—¿Qué puedes hacer? —Se burlaba de ella igual que lo había hecho Er.

—Puedo hablar con Judá.

Onán se rio:

—Adelante. Padre no hará nada. Nunca hace nada. Además, será tu palabra contra la mía, y ¿quién te creerá, Tamar? Mi madre te odia más con cada latido de su corazón. Además, está convencida de que tú echaste un conjuro sobre mi hermano y le causaste la muerte. —Su sonrisa se mofaba de ella—. Lo único que necesito decir es que hice todos mis esfuerzos para cumplir con mi deber, pero que los dioses han cerrado tu vientre.

Ella parpadeó para contener las lágrimas.

—Yo le diré la verdad a tu padre, ¡y que el Dios de Judá emita su juicio entre tú y yo! —Se puso de pie con la intención de salir del cuarto.

Onán se lanzó sobre ella. Tamar trató de esquivarlo, pero él atrapó su tobillo. Cuando trató de liberarse de una patada, él la derribó. Cayó fuertemente y él la sujetó contra las esterillas tendidas sobre el piso de tierra que Acsa había barrido con tanto esmero.

—Confórmate con lo que tienes, muchacha, ¡porque de mí no recibirás más que lo que yo quiera darte! Y cuando mi padre muera, ¡ni siquiera tendrás eso, a menos que te esfuerces por complacerme!

Tamar soltó un sollozo y volteó la cara. Onán aflojó su agarre.

—Shhh... —Le acarició la mejilla y le besó el cuello—. Vamos, mi dulce esposa. No llores. —Su caricia le repugnaba—. Todos se alegran de que Er esté muerto. Tú también deberías hacerlo. —Le tomó el rostro entre las manos y la obligó a mirarlo—. Sigo deseándote, Tamar. Te he deseado desde el día que llegaste. Y ahora eres mía. —Cuando trató de besarla, ella apartó su rostro. Apretando los dientes, Tamar cerró los ojos y no se movió.

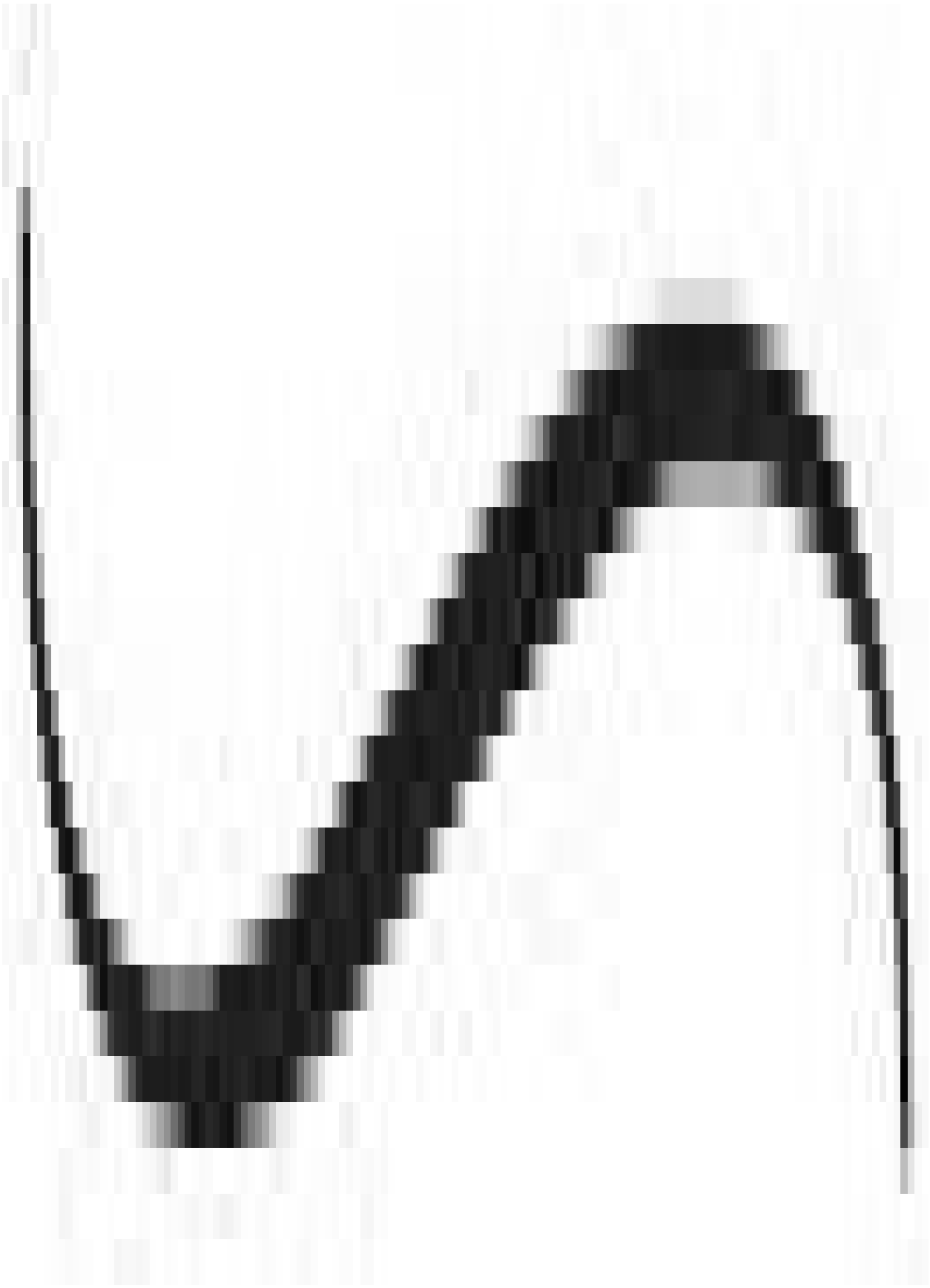
—Decídete a disfrutar las cosas tal como son. No cambiarán.

—Prefiero morir.

Onán maldijo.

—No me tientes. —Las esterillas crujieron suavemente cuando se apartó de ella —. Haz lo que quieras. No tendrás nada. —Se quedó dormido a los pocos minutos, sin que su conciencia lo perturbara en lo más mínimo.

Tamar durmió en el rincón, con las manos sobre su cabeza, mientras Acsa seguía cantando canciones de amor al otro lado de la puerta.



Tamar pasó la noche juntando coraje. Estaba resuelta a enfrentarse a la injusticia cometida contra ella. Estaba en su derecho y debía reunir el valor para hacerlo. Seguramente Judá la defendería. Sin niños, su familia se reduciría y se extinguiría. El viento se llevaría como polvo el nombre de Judá. Tamar tenía que ser valiente. Debía ser fuerte. Tendría que defenderse a sí misma, ¡porque los hijos de este hogar espantoso solo se interesaban en sí mismos!

Se dirigió a Judá antes de que Onán siquiera estuviera despierto. Le contó a su suegro exactamente qué había hecho su hijo. Le entregó la prenda que Acsa había puesto sobre la esterilla para demostrar lo que estaba diciéndole. El rostro de Judá se puso morado.

—¡Solo pasaste una noche con Onán! Ya entrará en razón. Dale tiempo.

¿Tiempo? ¿Era lo único que tenía Judá que decir? Debería estar furioso porque su hijo había intentado engañarlo. ¡Onán estaba pecando contra toda la familia! Sus actos eran claros, estaba puramente motivado por la avaricia y su delito equivalía a un asesinato. ¿Cómo podía no darse cuenta Judá de este pecado en contra de su familia? Sin importarle cuántas veces Er la hubiera maltratado, no podía permitir que su difunto esposo fuera deshonrado de tal modo. ¿Acaso tenía que gritar desde la azotea para que él le exigiera explicaciones a Onán?

—Bajo estas condiciones no dejaré que Onán me toque. ¡No puedo hacer eso!

Los ojos de Judá destellaron.

—¿Quién eres tú para decirme qué ocurrirá en mi casa?

—¿Cómo puede permitirlo? ¡Yo soy la esposa de su primogénito! ¿Aprobaría que el nombre de Er se extinguiera porque Onán se negó a cumplir con su deber?

—¡Cállate, niña!

Tamar se llenó de indignación.

—Soy una mujer, Judá, ¡y sus gritos no ahogarán la verdad de esta humillación! —Se dio cuenta de que Judá no quería que nadie lo presionara, pero ella tenía el derecho... en realidad, la obligación... de tener hijos—. ¿Por qué se interpone en

mi camino? ¡Es para el bien de todos que nazcan hijos! —¿En qué se convertiría la tribu de Judá si permitía que las cosas siguieran así, de un modo tan inmoral? —. La tierra no puede ser labrada si no hay hijos. Los rebaños no pueden ser cuidados sin hijos.

—¡No necesito que me lo digas!

Judá aullaba como un león herido, pero Tamar no quería dar marcha atrás. Judá no era como Er. Él no la golpearía. Ella podía soportar palabras duras.

—¡Tengo derecho a tener hijos!

Judá miró hacia otro lado, con el músculo de su mandíbula tenso.

—Muy bien —dijo de mala gana—. Hablaré con Onán cuando encuentre el momento oportuno. Mientras tanto, que las cosas sigan como están. —Levantó la mano cuando ella empezó a protestar—. ¡Déjame terminar! Mi hijo podría llegar a quererte con el tiempo. ¿Has pensado en eso? Podrías trabajar para ese fin, en lugar de causarle problemas. Haz todo lo que puedas para lograr que te quiera. Si Onán te quiere, hará lo correcto voluntariamente, sin que yo tenga que decirle una palabra.

Sus mejillas se encendieron. Exactamente como había dicho Onán, Judá no haría nada. ¡Se marcharía a cuidar a sus ovejas y le dejaría a ella la tarea de cortejar la virtud en Onán!

—¿Tan poco conoce a sus propios hijos, Judá? —Er había sido incapaz de amar, y Onán estaba consumido por la envidia y la avaricia. La única ambición de Onán, ahora que su hermano mayor estaba muerto y no podía defenderse, era tomar todo lo que pudiera. Judá bien podría haberlo dicho directamente: de ella dependía proteger el derecho natural de su esposo y su parte. Dependía de ella encontrar la manera de tener un hijo.

—Yo conozco a mis hijos —dijo Judá sombríamente, mirándola con furia.

Tamar contuvo las lágrimas porque sabía que Judá no la respetaría si lloraba.

—¿Por qué se niega a confrontar el pecado que está ocurriendo ante sus ojos? Nunca le exigió explicaciones a Er, y ahora mira para otro lado mientras Onán se rehúsa...

—¡No me digas cómo manejar mi vida ni mi familia!

—¡Jamás se me ocurriría usurpar el lugar de Bet-súa!

Judá abrió los ojos, sorprendido, y su rostro se puso pálido de ira.

—Ya dijiste lo suficiente. —Habló con una calma letal.

Tamar vio que estaba enojado y no le importó. Si quería golpearla, que lo hiciera. Ya la habían golpeado antes y, en esta casa, no tenía dudas de que volverían a hacerlo. ¡No le haría frente a este león como una de sus ovejas!

—Cuando usted le pagó a mi padre por mí, hicieron un pacto entre ustedes. —A duras penas podía hablar de manera tranquila y razonable y no gritar por su frustración—. Pasé a ser la esposa de su hijo Er y, como esposa de su hijo, me convertí en su hija. ¿Va a dejar que me traten como si fuera una ramera? Seguramente el hombre que defendió a su hermana enfrentándose al príncipe de Siquem...

—¡Las circunstancias fueron completamente diferentes! —interrumpió él con el rostro pálido.

Tamar se dio cuenta de que había desgarrado una vieja cicatriz y trató de reparar el daño.

—Yo soy parte de su familia, Judá. —Evidentemente, él no la aceptaba como hija, pero de todas maneras le debía consideración. Él no podía permitir que Onán pisoteara sus derechos.

—Sé paciente, Tamar. He perdido a Er. No quiero pelear con Onán. —Gimió, frustrado—. ¡Tiene que haber alguna otra manera!

Había una, pero ella odiaba mencionarla. Él debía saber, tanto como ella, cuál era la única otra alternativa que tenían. Tamar tragó saliva con dificultad y sus mejillas se acaloraron.

—Si prefiere, puede seguir la costumbre cananea y cumplir la obligación usted mismo.

Él levantó la cabeza. Claramente pensaba que la sugerencia que acababa de

hacerle era tan repugnante para él como lo era para ella.

—Yo soy hebreo, no cananeo.

—No quise ofenderlo.

—¡Si fueras una mujer hecha y derecha, harías que Onán se olvidara de sí mismo, en lugar de embaucarme el problema a mí!

Se le llenaron los ojos de lágrimas dolidas. Era suficiente mujer como para engendrar hijos. Eso era lo único que demandaban de ella. ¿O él se había olvidado? ¿Tenía que convertirse en una persona artera y retorcida para cumplir el deber que tenía hacia su hijo muerto? ¿Esperaba Judá que se portara como una prostituta y le sacara a Onán lo que él debería darle sin reservas? ¡Quizás Judá esperaba que corriera donde su hermana en Timna y le pidiera que le enseñara algunas artes eróticas! ¡Quizás debería adornarse con velos y campanillas para que Onán quedara tan impactado por la lujuria que olvidara su codicia y cumpliera con su obligación sin darse cuenta!

Tamar temblaba de ira.

Una vez más, Judá les daba la espalda a sus responsabilidades. Quería que ella conspirara, tramara y persuadiera a Onán a hacer lo que era justo, para librarse del problema.

—No haré de ramera.

—¿Por qué no? —Rio cínicamente—. Las mujeres lo han hecho durante siglos.

—¿Cuándo hará lo correcto?

—¡Vete de aquí!

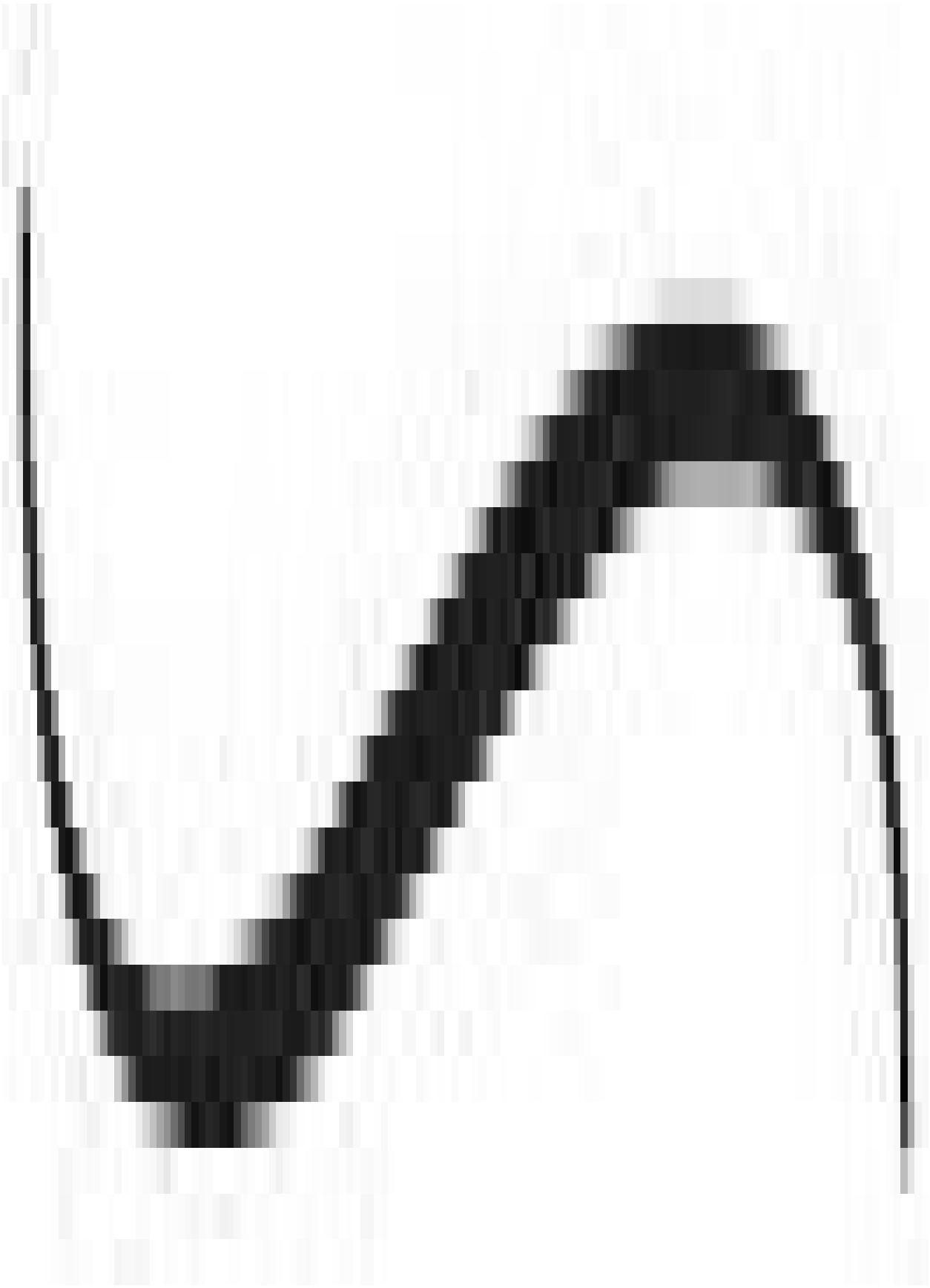
Tamar huyó de la casa llorando. Acsa la siguió.

—¿Qué pasó, Tamar? ¿Por qué gritaban Judá y tú?

Tamar recogió su azada y empezó a golpear el suelo con ella. Las lágrimas se derramaron por sus mejillas; se las limpió y siguió trabajando.

—Dime, Tamar. ¿Onán te maltrató? ¿Es como Er, después de todo?

—Déjame tranquila, Acsa. Solo déjame trabajar en paz. —No quería acumular más humillación compartiendo su vergüenza y la cobardía de Judá.



Una vez más la habitación conyugal fue preparada, porque aún quedaban seis días de la semana nupcial. Onán estaba aún más exultante, con la seguridad de que se había salido con la suya. Levantó la cabeza muy en alto, como un guerrero triunfante, y agarró a Tamar de la mano mientras Acsa los acompañaba nuevamente a la recámara. Tamar entró por voluntad propia, esperando que Onán se arrepintiera y cumpliera con su deber.

No lo hizo.

Mientras él dormía, Tamar se sentó y lloró en el rincón más lejano de la habitación, con la cabeza cubierta por su tsaif negro. Estaba desolada, abrumada por la vergüenza y la humillación. Onán estaba destruyendo las esperanzas que tenía de un futuro honorable. Si él lograba su propósito, ella nunca tendría hijos para la familia de Judá. ¡Bien podría estar muerta!

No fue sino hasta la salida del sol que Tamar descubrió que la muerte sí había llegado.

Y se había llevado a Onán.

CUATRO



La casa era un alboroto y Tamar estaba en medio de él. Los que no habían creído en las historias de Bet-súa de que Tamar de alguna manera era responsable de la muerte de Er, ahora estaban convencidos de que era responsable de la de Onán. Incluso Tamar empezó a preguntarse si, de algún modo, era culpable. ¿Dos maridos muertos en el mismo año? ¡Qué mala suerte! ¿Cómo podía ser? Sus emociones estaban destrozadas. Tanto Er como Onán habían sido malvados, pero había muchos hombres malvados que seguían hablando y caminando y llevando su vida con normalidad. ¿Por qué les había tocado a sus esposos?

Tamar tenía la garganta cerrada y los ojos le ardían. Era inocente. No tenía nada que ver con esas muertes extrañas, pero los rumores estaban descontrolados. El cotilleo humillaba y dividía a los de la casa, y Bet-súa era la que más chismeaba. ¿Cómo podía su suegra decir que ella era una bruja? Jamás había echado una maldición ni había proclamado un conjuro. Quería defenderse, pero cada vez que empezaba a hablar, veía cómo la miraban los demás y sabía que no tenía ningún sentido. Ya creían en las mentiras y le tenían miedo.

Tamar también tenía miedo. Desde el día que entró en esta casa, la habían tratado como a una esclava despreciada. Todos sabían que Er la maltrataba y, sin embargo, nadie había tenido hacia ella una palabra de compasión ni había levantado un dedo para ayudarla. Y ahora, a pesar de que Onán la había usado para su placer egoísta y le había negado el derecho de parir un heredero que pudiera reclamar la parte de Er, todos creían que ella le había deseado la muerte. ¡Eso no era verdad! Había llegado a esta familia con la esperanza de ser una buena esposa y tener hijos. Era el Dios del padre de Judá quien había destruido a los dos jóvenes. ¿Acaso Judá mismo no lo había dicho el día que murió Er?

Pero Judá dejó de decirlo.

¡Judá no dijo nada! Se encerró en sí mismo y tragó vino para olvidar sus problemas, mientras Bet-súa le llenaba los oídos con sus mentiras. Tamar sabía que debía ser más fácil para su suegro pensar que ella era la culpable, que creer que su Dios estaba destruyendo a su familia. ¿Quién sería el próximo? ¿Sela? ¿Bet-súa?

Cuando Judá la miró, Tamar vio su ira, sus sospechas. Él buscaba a alguien a quien echarle la culpa de su desgracia. Y todos en el hogar la señalaban a ella.

Eso le facilitó las cosas a Judá para culpar a Tamar.

El odio de Bet-súa impregnaba la casa. Tamar no podía escapar de él. Aun cuando trabajaba afuera, Tamar sentía la malicia de Bet-súa. «¡La quiero fuera de esta casa y lejos de mi familia!».

¿Bet-súa no comprendía que, avivando las llamas ya encendidas, estaba destruyendo a su familia? ¿Por qué no le imploraba misericordia al Dios de Judá? ¿Por qué no le consultaba a Jacob qué debía hacer para que el viento soplara a favor de ellos? ¿Por qué Judá se sentaba y se encerraba en su ostracismo, dejando que su familia se desmoronara a su alrededor?

Acsa le rogaba a Tamar una y otra vez:

—Trata de hablar con él, Tamar.

—No puedo. No responderé a las mentiras de Bet-súa ni siquiera para defenderme.

—¡Todos están en tu contra!

—Si el Dios de Judá se llevó a Er y a Onán, ¿qué puedo hacer yo para arreglar las cosas? Eso depende de Judá. Él es la cabeza de esta casa.

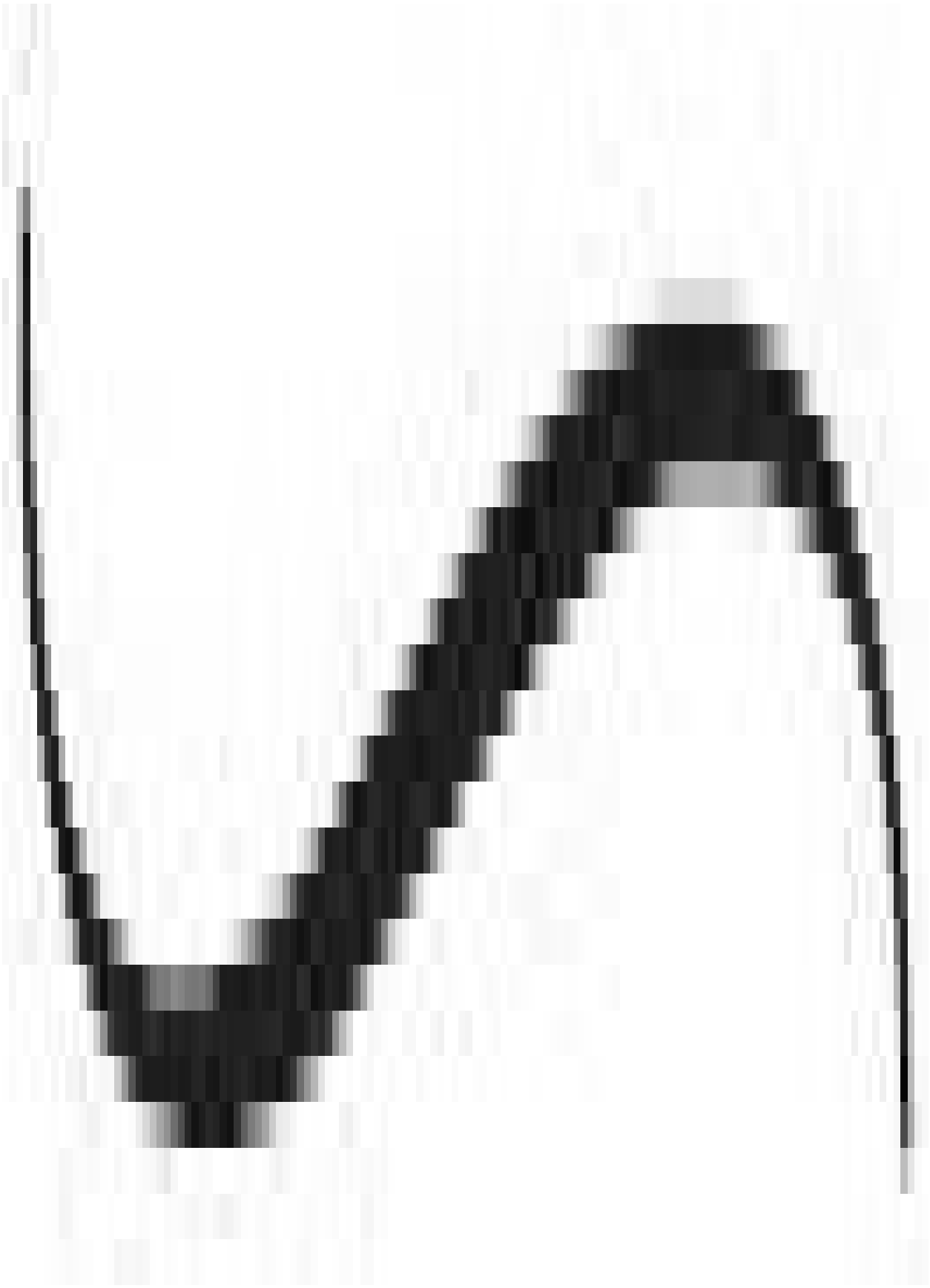
—Bet-súa es la cabeza.

—¡Judá lo permitió! Cualquier cosa que me pase está en sus manos. Lo único que puedo hacer es esperar y ver qué hará. —A pesar de lo que pensara o dijera de ella la gente, la costumbre seguía demandando que Sela le diera hijos. Pero ¿seguiría adelante Judá ahora que su segundo hijo había muerto? ¿Le entregaría a Sela, habiendo sepultado a dos de sus hijos?

Tamar lloraba en secreto por las cosas crueles que decían sobre ella, pero en presencia de los demás mantenía la compostura. Por más que se denigrara, se rebajara y suplicara ante Bet-súa, no lograría cambiar el corazón ennegrecido de la mujer. Tamar se esforzaba por mantener su dignidad frente a sus enemigos.

El período de duelo pasó y transcurrieron semanas.

Tamar esperó. Tarde o temprano, su suegro tendría que tomar una decisión.



Judá dejó pasar setenta y cinco días antes de convocar a Tamar. En las últimas semanas no había hecho otra cosa que pensar en la muchacha. Ella tenía derecho a Sela y a tener hijos, pero él temía que su último hijo muriera si se casaba con ella. Bet-súa insistía en que Tamar era maligna y que había hecho embrujos, pero ¿por qué haría semejante cosa? La muchacha necesitaba hijos que la mantuvieran. Necesitaba un marido que le diera esos hijos. ¿Por qué habría de destruir sus mejores oportunidades de tener el futuro asegurado? Como viuda sin hijos no tenía ninguna esperanza.

Bet-súa seguía resentida e inflexible.

—¡No le entregues a mi último hijo! Si lo haces, ¡te odiaré por el resto de mi vida! ¡Ella no tendrá a Sela! —Cuando Bet-súa no despotricaba y amenazaba, les pedía consejos a sus terafines. La casa estaba asfixiante con el olor empalagoso del incienso. Cada dos días, algún médium llamaba a la puerta asegurando tener mensajes de los muertos.

—Deshazte de Tamar. —Bet-súa estaba rabiosa—. ¡Expulsa a esa muchacha maligna de mi casa!

Judá nunca había visto que Tamar hiciera un hechizo o dijera un solo conjuro, pero eso no quería decir que no lo hubiera hecho. Quizás no fuera tan transparente como su esposa, que nunca había mantenido en secreto su fervor por las deidades cananeas.

Judá sabía que Dios se había llevado a Er y también a Onán. Quizás si hubiera hecho lo que Tamar le había pedido y hubiera confrontado a Onán por su pecado... Judá no meditó demasiado en esa posibilidad. Dios podía haber matado a sus hijos, pero la muchacha era de mal agüero. No había ocasionado más que problemas desde que la trajo a su casa. Si se libraba de ella, tal vez llegaría a tener un poco de paz.

Sela era el único hijo que le quedaba a Judá. Bet-súa tenía razón: el muchacho debía ser protegido. Tamar era la única constante en los desastres que habían ocurrido en su hogar. Judá no podía poner en riesgo la vida de Sela entregándoselo a ella. Además, Sela le tenía miedo a Tamar. Bet-súa había convencido al muchacho de que moriría si se acostaba con Tamar.

«¿Cuándo hará lo correcto, Judá?».

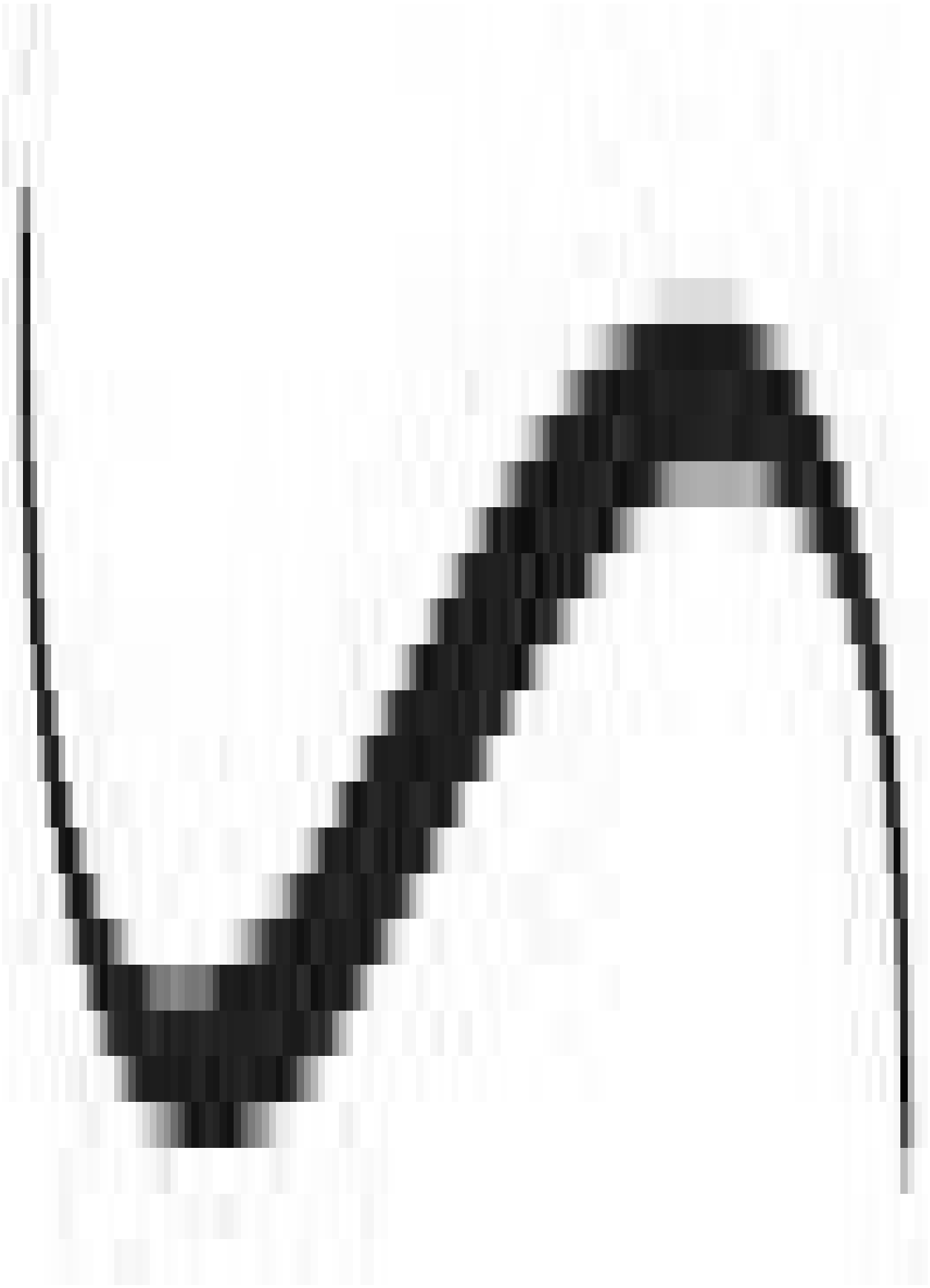
Las palabras de Tamar le remordían la conciencia, pero endureció su corazón para no escucharlas. Solamente estaba protegiendo a su familia. ¿Por qué debía entregarle su único hijo a esta muchacha peligrosa? ¿Por qué correr riesgos? ¿Por qué estropear más aún la relación con su esposa? ¿Por qué provocarse más dolor?

Además, lo más probable era que Tamar fuera estéril. En todos los meses que había estado con Er, no había quedado embarazada. No había sido suficientemente deseable para influir en Onán. ¿Por qué tenía que desperdiciar a Sela por esta bruja desdichada? Sela era el último hijo que le quedaba, su único heredero, su última esperanza. ¡No lo haría!

Judá mandó a llamar a su hijo.

—Ve a la casa de Hira y quédate en Adulam hasta que yo te mande a llamar.

Aliviado de su obligación, Sela felicitó a su padre por la decisión que había tomado y lo obedeció inmediatamente. Judá sintió una punzada de vergüenza, pero rápidamente desapareció. Protegería a su hijo aun a costa de su propio honor.



Tamar sabía que algo malo había sucedido cuando Acsa se le acercó y se puso a trabajar, desanimada y en silencio.

—¿Qué sucede, Acsa? ¿Qué pasó?

—Judá despachó a Sela esta mañana.

El corazón de Tamar se desplomó.

—Debe haberlo mandado a cuidar los rebaños.

—Los rebaños no están ni cerca de Adulam, Tamar. Ahí es donde se ha ido Sela.

Tamar bajó la vista a la tierra que estaba labrando.

—No hay nada que pueda hacer sino esperar, Acsa. Y tener esperanza.

—Ciertamente, no hay nada que puedas hacer. —Acsa lloró.

Cuando Judá mandó a llamarla, Tamar acudió ansiosamente esperando que él tuviera alguna explicación. Sin embargo, desde el instante que vio a su suegro, supo que Acsa tenía razón. Sela se había ido y no había nada que hacer al respecto.

—He tomado una decisión difícil —dijo Judá lentamente, sin poder mirarla a los ojos—. Sela es demasiado joven para tomar las responsabilidades de un esposo.

Sela era dos años mayor que ella, pero Tamar no protestó. Judá estaba poniendo excusas. Ambos lo sabían. Si discutía con él ahora, solo lograría ponerlo en su contra. Que Bet-súa lo convenciera con sus mentiras. La verdad saldría a la luz en su momento. Ella sería obediente. Tendría paciencia. Se comportaría con dignidad, aunque él fuera un cobarde. El tiempo era su aliado. El tiempo y la necesidad. Judá la necesitaba. Er necesitaba un hijo que continuara el linaje familiar. Si Judá no le concedía a Tamar el derecho de tener ese hijo, sería un hombre que había renunciado a todo honor. ¿Sería digno de confianza un hombre así?

—Cuando Sela sea mayor, te mandaré a buscar.

Tamar parpadeó, confundida.

—¿Me mandará a buscar? —¿Qué quería decir? Lo miró a los ojos y vio que su mirada se había endurecido.

—Bet-súa está empacando tus cosas mientras hablamos. Ella hará que uno de los sirvientes las lleve a ti y a tu nodriza de regreso a la casa de tu padre.

—¿A la casa de mi padre? Pero, mi señor, esta es...

—¡No discutas! —Judá ni siquiera la dejó abrir la boca para defenderse—. Es lo mejor. Te quedarás en la casa de tu padre como una viuda hasta que yo te mande a llamar.

—¿Lo mejor? —Se sintió helada por la conmoción—. ¿Debo ser yo la expulsada por los pecados cometidos en contra mía?

—No estás siendo expulsada. Te vas a tu casa.

—Esta es mi casa. ¡Tan fría e inhóspita como ha sido siempre!

—No digas nada más contra mi familia. Es por el bien de ellos que tomo esta decisión. Tu presencia ha convertido mi hogar en un campo de batalla.

—¡Usted es injusto! —Empezó a llorar, humillándose completamente.

Él miró hacia otra parte.

—Que recurras a las lágrimas no me hará cambiar de parecer —dijo con frialdad.

La ira la incitó a hablar:

—¿Cree usted que mi padre me recibirá con los brazos abiertos? —Luchó por dominar sus emociones crispadas—. ¿Una mujer que enviudó dos veces? ¿Sin hijos? ¿Desechada y expulsada de su casa?

Judá fue implacable.

—Dile que quiero que permanezcas viuda en su casa hasta que Sela sea adulto. Cuando ese día llegue, te mandaré a llamar.

Tamar levantó la cabeza y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Lo hará?

—Dije que lo haría.

Ella no quería apartar la mirada. Que viera la fe que ella tenía en él ahora que la había desamparado.

El rostro de Judá se puso rojo y sus ojos se movieron.

—¿No me crees?

No le respondió, aunque se lo preguntó a sí misma. ¿Cuándo había visto que Judá hiciera lo correcto?

—¡Te lo prometo! —dijo él rápidamente—. ¡Vamos! ¿Ahora te irás menos angustiada?

Conforme con eso, Tamar hizo lo que le ordenó.

Bet-súa estaba parada al otro lado de la puerta, triunfante y despiadada.

—Tu nodriza te espera afuera. —Conteniendo las lágrimas, Tamar pasó junto a ella, pero Bet-súa no estaba satisfecha. Siguió a Tamar hasta la puerta y se quedó mirándola—. ¡Qué bueno que nos libramos de ti!

Tamar no se dio vuelta para mirarla. Tampoco miró a Acsa, porque temía que, si lo hacía, rompería en llanto y Bet-súa se sentiría más satisfecha.

—Judá nos envía de vuelta a la casa de mi padre.

Los ojos de Acsa destellaron.

—Echaré una maldición sobre Bet-súa y su casa. —Se adelantó, pero Tamar la agarró del brazo y la jaló hacia atrás.

—¡No lo harás! Esta es mi casa, mi familia. No importa lo que piense Judá, yo pertenezco a este lugar.

Los ojos de Acsa se llenaron de lágrimas.

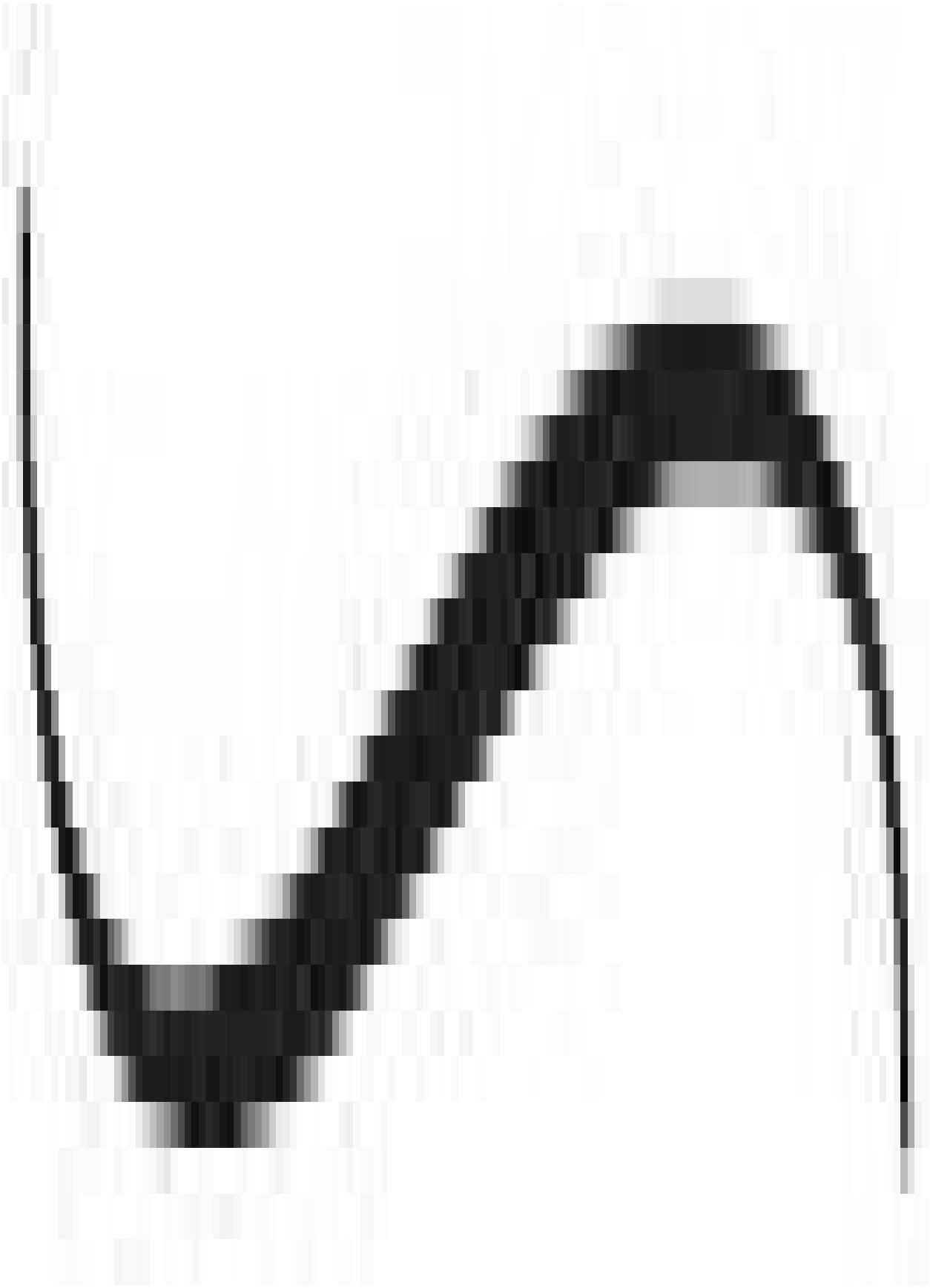
—No te merecen —dijo en voz baja.

—Judá me escogió, Acsa. Viviré con la esperanza de ser merecedora de su elección. Si tienes que decir algo, di oraciones por el bienestar de su familia.

No les dieron ningún sirviente para que las acompañara ni las protegiera. Les dieron dos hogazas pequeñas de cebada y un odre con agua para compartir.

Cuando nadie podía verlas desde la casa, Tamar cayó de rodillas y sollozó. Se llenó las manos con tierra y se cubrió la cabeza. Incapaz de consolarla, Acsa también lloró.

Solo había trece kilómetros hasta la casa de Zimram. El sol ardiente caía con pesadez sobre ellas, pero el peso que llevaban en el corazón era más grande. Se hizo de noche antes de que Tamar llegara a la puerta de su padre. Él no se alegró al verla.



Zimran ordenó que todos salieran. La madre de Tamar, Acsa, sus hermanas y sus hermanos, todos se apuraron a obedecer. También ella deseaba poder escapar de la ira de su padre. No le quedó otra opción que quedarse de pie en silencio, mientras él desataba su furia contra ella. Quizás, al final, le mostraría compasión.

—¡Te entregué al hijo de Judá para que le dieras hijos y mantuvieras la paz entre nosotros! ¡Me fallaste! ¡Nos fallaste a todos!

Debía mantenerse alerta, o estaría perdida.

—Judá me dio su palabra de que mandará a buscarme cuando Sela tenga la edad suficiente para cumplir su deber conmigo.

Zimran la miró con desprecio.

—¿Y tú le creíste a ese hebreo? ¡Eres una tonta! Sela es apenas unos años más joven que Er. ¡Tres o cuatro, como mucho! ¿Y ahora Judá dice que no tiene la edad suficiente aún para engendrar hijos? ¡Ja! Si es tan joven, ¿por qué lo llevó a la esquila? ¡Deberías haber exigido tus derechos!

Ella se tambaleó cuando recibió el golpe de su mano y cayó de rodillas.

—Hice todo lo que pude, padre.

—¡No lo suficiente! —Zimran caminaba de un lado a otro con los puños cerrados y la cara enrojecida—. Deberías haberte quedado en su casa, en vez de volver aquí. ¿De qué me sirves? ¡Eres una vergüenza para mi casa!

Tamar se apretó la mejilla que le palpitaba. El corazón le latía fuertemente por el miedo. No debía rendirse a él. Tenía que pensar.

—Judá lo prometió, padre. Me lo prometió.

—¿Y qué? ¿Para qué sirven las promesas con un hebreo? Los hebreos hicieron un acuerdo con Siquem, ¿verdad? ¡Mira lo que les pasó! —Miró hacia donde estaba Tamar arrodillada—. ¡Ya no eres mi responsabilidad! Si Judá no te quiere en su casa, ¿por qué debería quererte yo en la mía? ¡Nos traerás mala suerte a todos!

Debía encontrar una manera de sobrevivir.

—Si estás dispuesto a arriesgarte, padre, ignora los deseos de Judá. ¡Échame!

—¿Los deseos de Judá? ¿De qué deseos hablas?

—De acrecentar su familia. —¿Su padre todavía le tenía miedo a Judá? Era lo único que ella esperaba—. ¿Podrá Bet-súa darle más hijos a Judá, padre? Está tan seca como el polvo y tan fría como la piedra. ¿Puede Judá entregarle a Sela a otra mujer antes de que haya cumplido la obligación que tiene conmigo? Judá quiere levantar su clan y soy yo a quien él eligió para parir a sus descendientes. ¿Acaso ha cambiado algo?

Los ojos de su padre parpadearon.

—Si Judá tuviera la intención de cumplir su palabra, no te habría hecho volver. Te mandó de vuelta porque quiere librarse de ti. ¡Todos sabrán que Judá cree que una hija de mi familia es la causa de su infortunio!

¡Cómo le dolían las palabras de su padre! Sus ojos ardían llenos de lágrimas.

—Dale tiempo a Judá para que haga su duelo, padre. ¡Dale tiempo para pensar!

—¡Tiempo! ¡He perdido todas las ventajas que gané con tu matrimonio! ¿Crees que Judá traerá sus rebaños a mis campos estando tú aquí? Tendré que buscar a otros pastores para que traigan sus rebaños y manadas, o mi tierra se debilitará. —La miró amenazadoramente—. ¡Eres una inútil! ¡Una peste para mi casa! ¡Tengo otras hijas que necesitan casarse! ¿Ofertará algo algún hombre por la hermana de una mujer maldita como tú? ¡Judá probablemente lo consideraría un favor si te matara!

Las palabras crueles e inesperadas cayeron como un vendaval sobre Tamar y la lastimaron mucho más que los golpes. Temblaba por dentro, pero no osó mostrarse débil.

—Como lo desees, padre. Mátame. Y cuando Judá me mande a llamar para que su hijo pueda tener descendientes, dile: “¡Maté a Tamar en un arranque de ira!”.

—Te echaré de la misma manera que hizo él.

—Él me envió a mi casa para que mi padre me custodiara. ¿Le dirás a Judá que me rechazaste? ¿Le contarás a este guerrero hebreo que echaste a su nuera para que fuera a espigar en los campos de otros hombres, a mendigar pan y a prostituirse para poder sobrevivir? Estoy segura de que Judá lo entenderá. Los hebreos son fáciles de convencer, ¿verdad? Son dados a la misericordia. Perdonan el mal que se les hace. ¡Mi suegro será tan misericordioso contigo como tú lo eres conmigo!

Él le estaba prestando atención. Tamar aprovechó su ventaja:

—Si me arruinan y no soy apta para estar con Sela, ¿qué será de la familia de Judá? Siempre seré la nuera de Judá. Sela es el último hijo de Judá, padre. ¿Es Judá la clase de hombre que dejaría que su casa muriera por falta de descendientes? ¡Él me escogió a mí! —Hizo una pausa y miró a su padre pensativamente—. A menos que quieras devolver lo que pagó por mí.

Su padre se puso pálido.

Ella habló en un tono más suave:

—Judá te ha pedido una sola cosa, padre. Dame comida, agua y refugio por un tiempo, y recibirás su bendición a cambio.

—¿Por cuánto tiempo?

—Unos años, tal vez. El tiempo que Sela necesite para convertirse en un hombre y ser mi esposo.

La raíz de temor había quedado profundamente plantada en su padre. Ese miedo debía transformarse en un cerco protector alrededor de ella.

—Quieres que Judá sea tu aliado, padre, no tu enemigo. No tienes la fuerza suficiente para luchar contra él.

La miró con desdén y malicia.

—Él no es más que un hombre, y ahora solo le queda un hijo.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¿Había puesto en peligro la casa de Judá al recordarle a su padre que estaban mermando en número? Se dio cuenta de lo que

estaba pensando. Él tenía seis hijos. Su mente corrió a toda velocidad en defensa de Judá.

—Judá tiene muchos hermanos, hermanos muy violentos. Y su padre es Jacob, un hombre que habla con el Dios vivo e invisible que destruyó a Sodoma y a Gomorra. No te olvides de lo que los hijos de Jacob le hicieron a Siquem. Toda la ciudad fue destruida por la deshonra que cometieron contra una muchacha. ¿Acaso ahora no soy la hija de Judá, la esposa de su primogénito, Er, la esposa de Onán y la prometida de su último hijo, Sela? ¿Qué te hará el Dios de Judá si intentas destruir a su familia?

Zimran palideció. Se humedeció los labios con un gesto nervioso.

—Trabajarás —le dijo en tono bravucón—. No te quedarás sentada, engordando y holgazaneando gracias a la promesa de Judá. Serás una sierva en mi casa hasta que él te mande a buscar.

Tamar agachó la cabeza para que su padre no pudiera ver su alivio.

—Soy tu humilde servidora, padre.

—Tenía tantas esperanzas de que tendieras un puente —dijo él con amargura—. Los astros no previeron el lío en el que me meterías.

Tamar tenía la garganta hecha un nudo por el llanto. Tragó a duras penas y habló con un respeto solemne:

—Un día, Judá te dará las gracias.

Zimran se rio amargamente.

—Lo dudo, pero no correré riesgos por una simple niña. Dormirás con las criadas. No eres una compañía adecuada para tus hermanas.

Tamar sabía que él trataba de lastimarla porque ella le había fallado. Levantó la cabeza y lo miró. Él frunció el ceño ligeramente y miró hacia otra parte.

—Puedes irte.

Ella se levantó del piso con dignidad.

—Que el Dios de Judá te bendiga por tu bondad para conmigo.

Él estrechó los ojos.

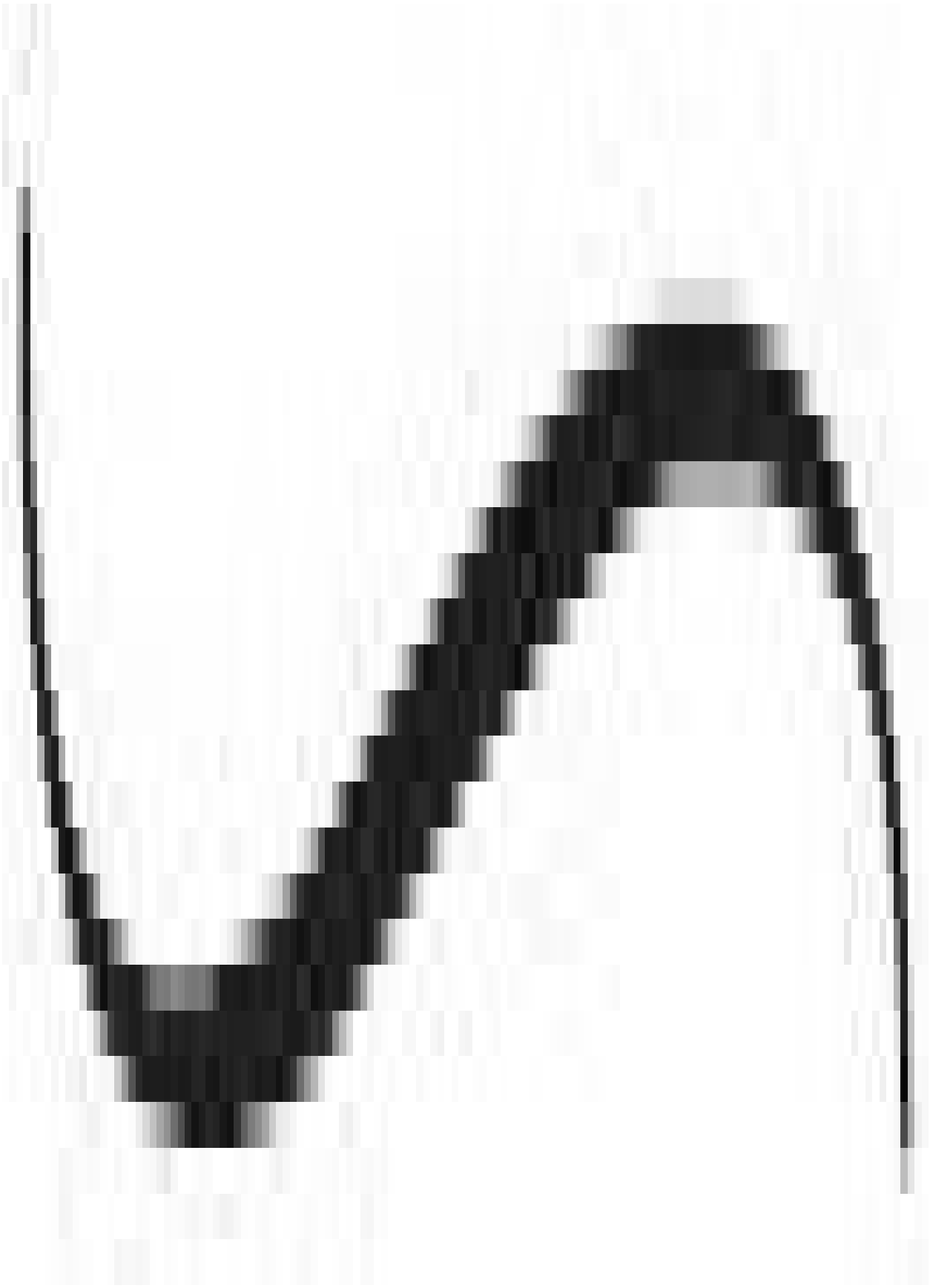
—Antes de que te vayas, quiero que medites en algo. —Su mirada era dura—. Eres joven. Pronto, tu vestimenta de viuda te fastidiará. Pasarán los años y te darás cuenta de que tus oportunidades de tener hijos irán disminuyendo.

—Seré fiel, padre.

—Eso dices ahora, pero llegará un momento en el que anhelarás dejar atrás la tela áspera, las cenizas y el tsaif negro. Pero te advierto: si alguna vez lo haces, dejaré que Judá decida tu destino. Ambos sabemos cuál será.

Su muerte, sin duda, seguida de una celebración.

—Seré fiel. Lo juro por mi vida. ¡Aunque sea lo último que haga, honraré la casa de Judá! —Pese a las lágrimas que inundaban sus ojos, ella levantó el mentón y lo miró a los ojos antes de salir de la habitación.



Judá se habría olvidado completamente de Tamar si Bet-súa no se hubiera obsesionado por encontrar alguna manera de vengarse de la desgraciada muchacha. Ni siquiera después de que Tamar se fue su mujer lo dejaba en paz.

—¡Mis hijos deben ser vengados! Mientras ella viva, ¡no tendré descanso!

Y él tampoco lo tendría.

Bet-súa dejó de dirigir la casa y delegó sus tareas domésticas a unos sirvientes perezosos, mientras ella dedicaba sus días y sus noches a suplicarles venganza a sus dioses. Quería la muerte de Tamar y que el desastre recayera sobre toda la familia de Zimram.

—¡La muchacha se ha ido! —gritaba Judá, frustrado—. Dame un poco de paz y olvídate de ella.

—¡Como te olvidaste tú! —La acusación dominaba—. Tengo dos hijos en la tumba por causa de ella. Si fueras un hombre, ¡la habrías matado! ¡Nunca olvidaré lo que ella me hizo! ¡Jamás! —Regresó a sus ídolos, implorándoles venganza.

Judá la dejó sola con su dolor. ¿Podían oírla los ídolos de piedra? ¿Podía cambiar algo un terafín de madera o de piedra? Que Bet-súa buscara el consuelo que pudiera.

Judá pensó en buscar otra esposa. Otra esposa podría darle más hijos, pero la idea de otra mujer bajo su techo lo enfermaba. Había crecido en una casa donde había cuatro esposas. Conocía los problemas que las mujeres podían causarle a un hombre, aun las que creyeran en el mismo Dios que él. La vida de su padre nunca había sido fácil. La madre de Judá y Raquel, la esposa favorita de su padre, habían estado en constante desacuerdo por la competencia por tener hijos. Las cosas no hicieron más que empeorar cuando ambas insistieron en que Jacob tomara por concubinas a sus criadas, cada una con la esperanza de ganar la competencia. Sus hijos habían sido destetados en medio de una rivalidad amarga. Y nada logró que el corazón de su padre se apartara de Raquel. Jacob la amó desde la primera vez que la vio y quedó prácticamente destruido cuando ella murió dando a luz. A decir verdad, todavía la amaba. Había amado a José y a Benjamín más que al resto de sus hijos porque eran de Raquel.

No, Judá no traería más desgracia sobre sí mismo casándose con otra mujer. Una era más que suficiente para cualquier hombre. Dos esposas serían el doble de problemas. A menudo se recordaba a sí mismo que alguna vez había amado a Bet-súa. Era la esposa de su juventud, la madre de sus hijos. No la dejaría de lado por otra, por más difícil que se hubiera puesto.

Además, tendría que construir otra casa por temor a lo que Bet-súa pudiera hacerle a cualquier mujer que trajera a esta casa. Ya había visto el maltrato que le había dado a Tamar.

Judá huía de los conflictos con Bet-súa manteniéndose alejado de su casa de piedra y cuidando los rebaños. Tenía una razón justificable para estar lejos durante semanas y semanas. Sin embargo, aunque estuviera en los campos y lejos de su esposa, los problemas lo perseguían.

Sus becerros y sus corderos cayeron bajo la maldición de una enfermedad o murieron por los depredadores. El sol chamuscó sus pasturas. Cuando llevó a sus animales a los cauces del río para protegerlos de los merodeadores, llegaron las lluvias desde las montañas e inundaron los cauces. Muchos animales fueron arrastrados por una inundación repentina, y sus cuerpos hinchados fueron el festín de los buitres. Cuando volvió a casa, descubrió que una plaga había matado sus viñedos. Los escarabajos habían devorado su palmera. El huerto se había vuelto improductivo por la falta de sirvientes leales. El cielo era de bronce; ¡la tierra, de hierro!

Hasta Bet-súa se enfermó mientras la amarga podredumbre del descontento desparramaba veneno en su cuerpo cada vez más delgado. Su rostro se afinó. La voz se le puso ronca. Sus ojos oscuros se volvieron tan duros como la obsidiana. Se quejaba constantemente de dolor en el cuello, en la espalda, en el estómago y en los intestinos. Judá llamó a curanderos, quienes tomaron su dinero y le dejaron sus pócimas inútiles.

Todas las cosas por las que Judá había trabajado durante veinte años estaban convirtiéndose en cenizas ante sus ojos. Y él sabía por qué.

¡Dios está en mi contra!

Acostado sobre el suelo duro a la intemperie en su redil, con una piedra como almohada, Judá se quedaba mirando fijo el cielo nocturno y recordaba la promesa que Dios le había hecho a su padre, Jacob, tantos años atrás... la misma

promesa que Dios le había hecho al padre de Jacob, Abraham. Tierra y descendientes ¡tan numerosos como las estrellas del cielo! El Señor había bendecido a Jacob-Israel con doce hijos.

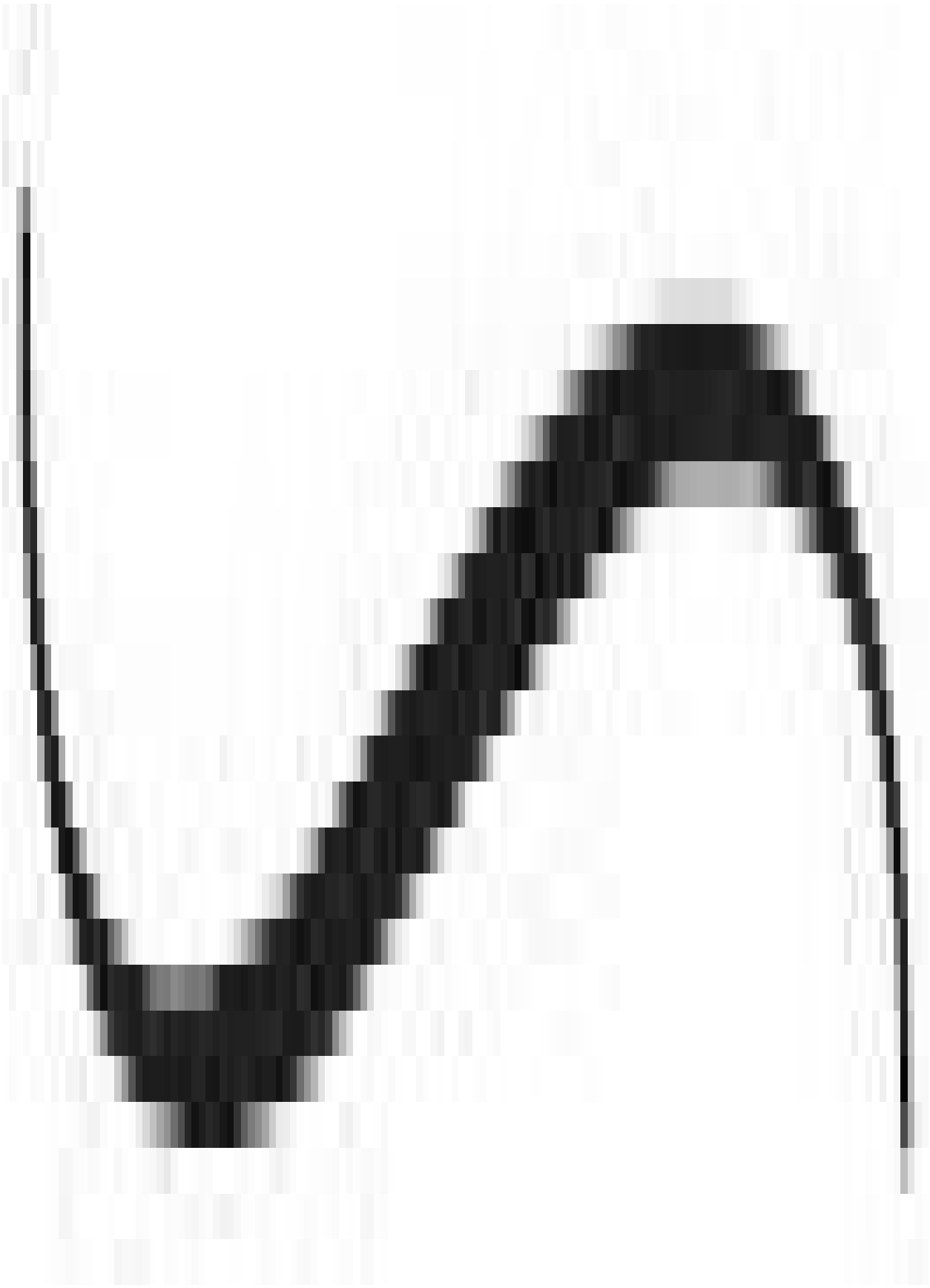
Judá estaba atormentado por las pesadillas que tenía sobre aquel día funesto en Dotán. Sus propias palabras lo maldecían: «¿Qué ganaremos con matar a nuestro hermano? Vendámoslo a esos mercaderes ismaelitas». La cisterna seca se abría como un agujero negro en sus sueños y podía escuchar los gritos de su indefenso hermano menor.

Sabía que su vida estaba en ruinas por lo que él y sus hermanos le habían hecho a José. No había forma de volver atrás, ninguna manera de deshacer el papel que jugó.

«¡Ayúdenme, hermanos! ¡Ayúdenme!». Judá recordó al muchacho forcejeando para liberarse de sus grilletes y pidiéndoles ayuda entre sollozos a quienes deberían haberlo protegido. «¡Ayúdenme!». Los gemidos del muchacho seguían resonando igual que el día que se lo habían llevado a rastras a Egipto, mientras sus hermanos lo observaban.

Judá no había mostrado ninguna compasión por José entonces.

Judá no esperaba ninguna compasión de Dios ahora.



Aunque para las apariencias Tamar fuera obediente, por dentro se resistía a su suerte, porque su destino no era envejecer y morir sin haber tenido hijos. Pasaron cuatro años, pero Tamar se aferraba tenazmente a la esperanza. Aún era joven; todavía había tiempo.

Trabajó arduamente para la casa de su padre. No le dio a su padre ocasión de quejarse. Hacía piezas de alfarería. Tejía cestas y tela. Hacía las herramientas que sus hermanos y hermanas usaban en los campos. Solo cuando los pastores retiraban a sus rebaños, su padre la mandaba a los campos a trabajar. Pese a que el trabajo era extenuante, ella prefería estar al aire libre. Era preferible cargar una piedra que cargar con el desprecio de los demás.

Su padre prosperó. El tercer año, Zimram cosechó el doble de sus campos.

—¿Dónde está la mala suerte que estabas seguro de que yo te traería? —le dijo Tamar a su padre, desafiante.

—Esperemos a ver qué nos depara el próximo año.

En el quinto año, la casa de su padre prosperó tanto que todos perdonaron su presencia. Sus hermanas se casaron y ella fue recibida dentro de la casa. Su hermano contrajo matrimonio. Tamar se convirtió en un objeto de lástima. Ella habría aceptado su compasión, pero despreciaba su caridad. Consideraban que ella y la familia de Judá eran inferior a ellos.

Tamar mantenía la esperanza. Se aferraba a la esperanza. ¡Algún día Judá mandaría a buscarla! ¡Algún día tendría hijos! Algún día la casa de Judá sería fuerte y la tendrían en alta estima por los hijos que ella le daría. Lloraba porque ansiaba ocupar el lugar de procreadora de la casa de su esposo, el lugar que le correspondía. ¿Qué sueño más grande podía tener una mujer?

Sin embargo, a veces en las noches, cuando oía los gimoteos suaves del primogénito de su hermano, Tamar lloraba. ¿Tendría en brazos alguna vez a su propio hijo?

Seguramente Judá no la había abandonado. Seguramente mandaría a buscarla. Le había dado su palabra. Quizás este año. Quizás el próximo. ¡Ah, que sea pronto!

Cuando estaba sola en los campos, Tamar levantaba la vista a los cielos con lágrimas corriendo por sus mejillas. ¿Cuánto tiempo, oh Señor, cuánto más estaré abandonada? ¿Cuánto pasará antes de que se me haga justicia? Ay, Dios de Judá, ayúdame. ¿Cuándo entenderá este hijo tuyo que puedo darle a su familia los hijos que necesita para que el nombre de Judá no muera? Cambia su corazón, Dios. Cambia su corazón.

Después de haber orado al Dios invisible de Judá, Tamar hizo lo único que le quedaba por hacer.

Esperó...

y esperó...

y esperó...

CINCO



En los días de mercado, mientras su padre y sus hermanos estaban en la puerta de la ciudad pasando el tiempo con sus amigos, Tamar se quedaba con su madre en el tenderete de cuero de cabra y vendía tela hecha de lino. Los clientes mirones y mordaces nunca intimidaban a Tamar, y el tenderete siempre rendía buenas ganancias cuando ella lo manejaba. Su madre estaba satisfecha de dejarlo en sus manos.

El negocio estaba muy activo, y Tamar se mantenía muy ocupada mientras su madre se sentaba a bordar el sol, la luna y las estrellas en una túnica roja que había hecho para su hija que estaba en Timna. Todos los años, la hermana de Tamar recibía una túnica y un velo nuevos. Zimram se quejaba del costo de la tela y del hilo de color, pero nunca le negaba a su esposa el permiso para que comprara todo lo necesario. Solo lo mejor servía para una sacerdotisa del templo, y su padre deseaba recibir el favor de los dioses, de todos y de cada uno de ellos. La madre de Tamar se pasaba horas trabajando con sus finos hilos y con diminutas cuentas, adornando las exquisitas túnicas y los velos que confeccionaba con telas importadas rojas y azules. También hacía tobilleras con hileras de campanillas.

Aunque Tamar usaba su ropa de luto hasta que se convertía en jirones, nunca pidió otra ni deseó las ropas elegantes que recibía su hermana. Tamar se conformaba con su voluminoso tsaif negro que la cubría de la cabeza a los pies. El atuendo no la irritaba, sino el páramo infecundo de su vida. La desesperanza desgastaba su determinación.

¡Había nacido para algo más que esto! ¡Había sido instruida y preparada para ser la esposa y la madre en una familia! Habían pasado seis años, y ¡Judá todavía no la había convocado!

Tamar se puso de pie y regateó con otro cliente. Era tarde y el hombre quería telas de calidad a precio de ganga. Tamar rechazó el precio que él ofrecía y se sentó. Él ofreció más. Volvieron a regatear. Finalmente, el hombre compró la última tela y se fue. Suspirando, Tamar se sentó dentro del tenderete con su madre.

«Voy a necesitar más hilo azul. Pensé que tenía suficiente para terminar esta faja, pero necesito más. Ve a comprar más, pero hazlo rápido».

Tamar pasó frente a los tenderetes que exhibían canastas con higos y granadas, bandejas con uvas, vasijas con aceite de oliva y miel, odres con vino, recipientes con especias traídas por las caravanas de Oriente. Los niños jugaban al lado de las madres que vendían las mercancías. Tamar vio a otras viudas, todas mucho mayores que ella, que estaban sentadas, contentas, mientras sus hijos o hijas adultos dirigían el negocio.

Deprimida, compró el hilo azul que necesitaba su madre y regresó. Caminó por un pasillo diferente, con casetas que lucían terafines de madera, arcilla y piedra; alfarería; cestería y armas. Estaba inquieta y abatida, cuando notó que dos hombres venían caminando hacia ella. Uno le pareció vagamente familiar. Tamar frunció el ceño, preguntándose si era un amigo de sus hermanos.

Cuando se acercó, ¡se dio cuenta de que era Sela! Se quedó mirándolo, estupefacta, porque ¡era un hombre adulto, que lucía barba y hombros anchos! Su compañero era un joven cananeo y ambos estaban armados con cuchillos curvos. Cada uno llevaba un odre de vino sobre los hombros, ¡y los dos iban borrachos! Sela se pavoneaba por la calle angosta. Tropezó contra un hombre, lo apartó de un empujón y lo insultó. Tamar parecía no poder moverse. Los miraba boquiabierta, con el corazón latiéndole a toda velocidad.

—Bueno, mírala, Sela. —Se rio su amigo—. La pobre viuda no puede quitarte los ojos de encima. Tal vez quiera algo de ti.

Sela apenas la miró de costado y gruñó:

—Quítate de mi camino.

El rostro se le acaloró, pues ¡el hijo de Judá ni siquiera la había reconocido! Era igual que Er, arrogante y despectivo. Él chocó contra un mostrador, sacudiendo los terafines de arcilla que estaban en exhibición. El propietario agarró su mercadería, mientras Sela y su amigo se reían y seguían paseando.

«Quítate de mi camino...».

Tamar luchó contra la ira y la desesperación que la asaltaron. ¡Judá nunca tuvo la intención de cumplir su promesa!

¿Qué sería de ella cuando su padre muriera? ¿Tendría que mendigar migajas de la mesa de sus hermanos, o salir a espigar el campo de algún desconocido? Por

el resto de su vida tendría que sufrir la vergüenza del abandono y sobrevivir gracias a la compasión de los demás. Todo porque Judá la había abandonado. ¡No era justo! Judá había mentido. La había dejado sin nada. ¡Ningún futuro! ¡Ninguna esperanza!

Tamar regresó al puesto de su padre y le entregó el hilo azul a su madre. Luego se sentó en el rincón más sombrío y le dio la espalda a su madre.

—Te fuiste un rato largo. ¿Por qué te demoraste tanto?

Las lágrimas ardían en los ojos de Tamar, pero no quería mirar a su madre.

—La mujer se puso difícil con el precio. —No revelaría su humillación.

Su madre no siguió regañándola, pero Tamar sentía sus ojos vigilantes.

—¿Hay algún problema, Tamar?

—Estoy cansada. —Cansada de su espera interminable. Cansada de mantener la esperanza de que Judá cumpliera su promesa. ¡Cansada de la esterilidad de una vida inútil! Apretó las manos. Necesitaba un consejo sensato, pero ¿en quién podía confiar? No podía hablar con su padre, porque solo le diría que él había tenido razón desde el principio: que Judá la había echado de su casa y la había abandonado. No podía hablar con su madre, porque ella estaba conforme con cómo eran las cosas: se estaba haciendo anciana y necesitaba ayuda extra. Su padre era lo suficientemente rico para tener sirvientes, pero prefería poner sus ganancias en un nuevo depósito de piedra para el excedente de granos.

El día en el mercado terminó y desarmaron los tenderetes. Su padre y sus hermanos llegaron a tiempo para poner la carga sobre el burro. Era una larga caminata hasta la casa.

Tamar no habló de Sela hasta que estuvo a solas con Acsa.

—¿Te habló?

—Ah, sí. Me dijo que me apartara de su camino. —Tamar se tapó la boca con la mano para silenciar el gemido. Cerró los ojos tratando de dominar sus emociones. Sacudió la cabeza.

Acsa la abrazó y le acarició la espalda.

—Sabía que este día llegaría.

—Estuve parada justo frente a él, Acsa, y ni siquiera me reconoció.

—Eras una muchachita cuando entraste en la casa de Judá. Ahora eres una mujer. No es sorprendente que Sela no te haya reconocido. Dudo que incluso Judá lo hiciera.

—¡No entiendes lo que eso significa!

—Sí, lo entiendo. Tú eres la que nunca lo entendió.

Tamar retrocedió.

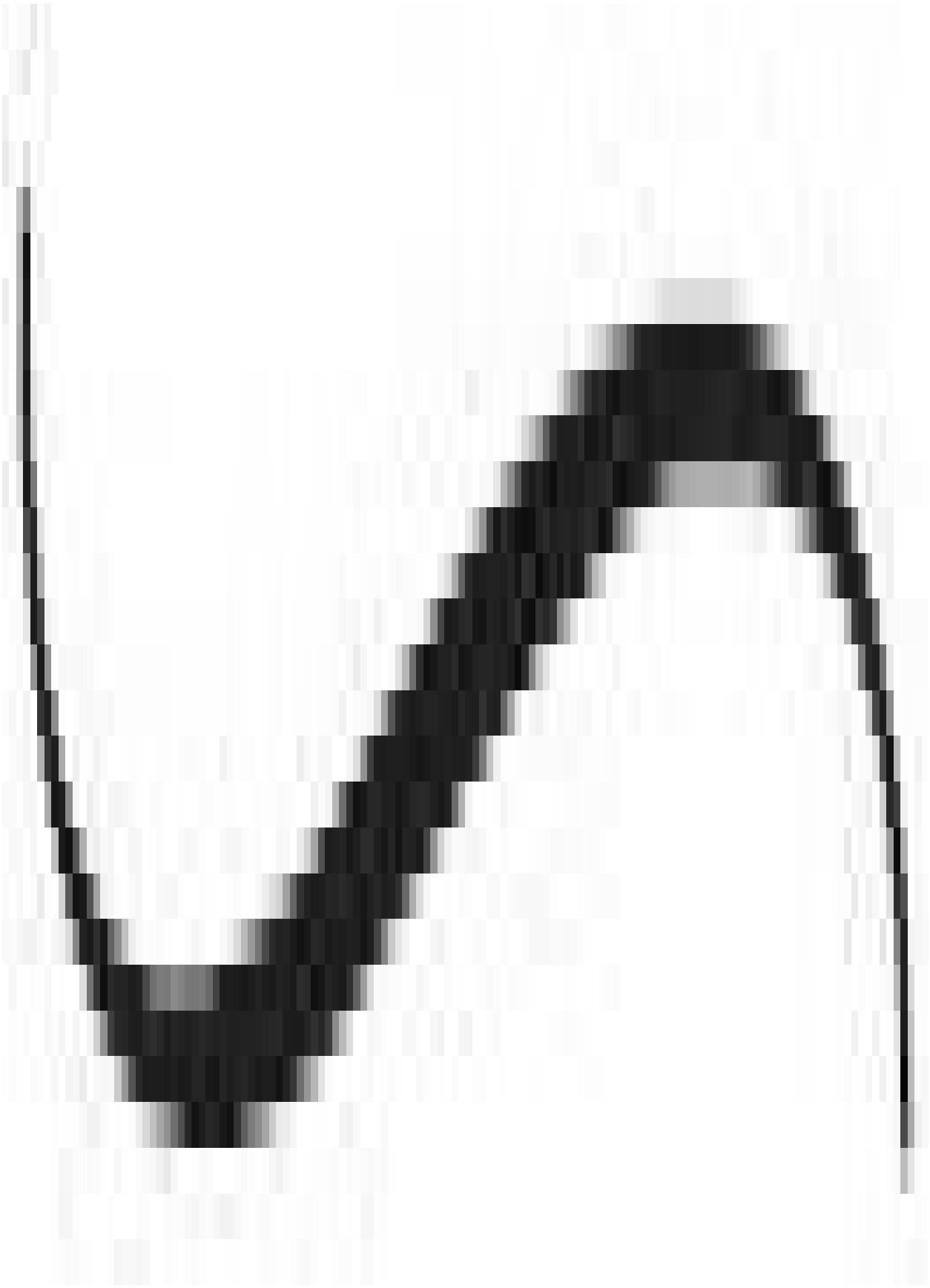
—Pensé que...

Acsa negó con la cabeza.

—Tenías esperanzas. Fuiste la única que tuvo fe en ese hombre. —Tocó su mejilla con ternura—. Él fue el único desleal.

—Tengo que hacer algo, Acsa. No puedo dejar las cosas como están.

Hablaron hasta altas horas de la madrugada, pero no llegaron a ninguna solución. Finalmente, exhausta, Tamar se quedó dormida con un sueño intermitente.



Tamar estaba ordeñando las cabras cuando su madre se le acercó. Estaba claro que había pasado algo terriblemente malo. Se levantó.

—¿Qué ha sucedido, madre?

—La esposa de Judá ha muerto. —Las lágrimas caían por las mejillas arrugadas de su madre, pero su mirada estaba encendida como el fuego.

Tamar dio un paso atrás; su cuerpo se enfrió.

—¿Quién mandó a avisar?

—¡Nadie mandó a avisar! Tu padre se enteró por medio de un amigo que hace negocios con los hebreos. ¡La esposa de Judá ya fue sepultada! No te llamaron ni siquiera para que la lloraras. —Tenía los ojos enfurecidos y oscuros—. ¡El hecho de que mi hija haya sido tan maltratada por un hebreo y que no se haga nada al respecto me llevará a la tumba! —Lloró con lágrimas amargas.

Tamar volteó la cara y cerró los ojos. Deseó dejarse caer en la tierra y evitar esta humillación final.

Su madre se acercó.

—¿Cuándo verás tu situación tal cual es? Tu hermano vio a Sela en el mercado. ¡Sintió pena por ti y me lo contó a mí, en vez de decírselo a tu padre! ¡Sela es un adulto! Quizás haya dejado la casa de su padre. Es probable que elija a su propia esposa y haga lo que le plazca. ¡Judá lo hizo!

Tamar miró a otro lado. Lo que decía era verdad. Judá nunca había tenido el control sobre sus hijos. Nunca había podido dominar a Er ni a Onán. ¿Por qué deberían ser diferentes las cosas con Sela? ¡Todos los hombres de la casa de Judá vivían para el placer momentáneo, sin pensar en el futuro! Temblando, Tamar caminaba de un lado al otro. Tenía que hacer algo o lanzaría un grito. Se sentó y empezó a ordeñar las cabras otra vez.

—¿Cómo puedes no decir nada ante semejantes noticias? ¡Ese hombre despreciable te abandonó!

—¡Basta! —Tamar fulminó con la mirada a su madre—. No hablaré en contra de Judá ni de sus hijos. Seguiré siendo leal a la familia de mi esposo, más allá de cómo me hayan tratado ellos... o ustedes. —¡Ojalá pudiera controlar sus pensamientos tan fácilmente como su lengua!

—Por lo menos, nosotros te damos de comer.

—De mala gana. Me gano cada bocado que como.

—¡Tu padre dice que deberías ir a Quezib y reclamar justicia en las puertas de la ciudad!

Entonces, su padre sabía todo. Su humillación era completa. Tamar apoyó la frente sobre el costado de la cabra; su angustia era demasiado honda para lágrimas.

—Deberías haber protestado contra Judá hace mucho tiempo. —Su madre era incansable—. ¡Es tu derecho! ¿Te quedarás sentada aquí el resto de tu vida, sin hacer nada? ¿Quién va a mantenerte cuando seas vieja? ¿Qué pasará contigo cuando no puedas trabajar más? ¿Qué será de ti cuando seas demasiado anciana para ir a espigar? —Se arrodilló junto a Tamar y le agarró el brazo—. ¡Que los ancianos se enteren de cómo te ha tratado este hebreo y de la humillación que nos ha causado! ¡Que todos sepan que Judá quebrantó su juramento!

Tamar la miró.

—Yo conozco al hombre mejor que tú, madre. Si lo humillo frente a todo Quezib y Adulam, ¡no me bendecirá por hacerlo! Si mancillo el nombre de mi suegro, ¿me tratará con amabilidad y misericordia y me entregará a Sela?

Su madre se puso de pie, indignada.

—Entonces, seguirás esperando. Aceptarás lo que te hizo. Dejarás que los años pasen y envejecerás sin hijos. —Brotaron lágrimas calientes y pesadas—. ¿Cuántos años faltan para que se te acabe el tiempo de tener hijos? ¡No serás joven para siempre! ¿Quién se apiadará de ti cuando tu padre muera?

Tamar se tapó el rostro.

—¡Por favor, no me molestes más! Estoy buscando una manera... —Rompió en

llanto.

Su madre no dijo nada por largo rato. Apoyó su mano dulcemente sobre el hombro de Tamar.

—La vida es difícil para la mujer, Tamar. Pero sin un hombre, es imposible.

Tamar tomó aliento entrecortadamente y levantó la cabeza.

—Lo sé mejor que nadie. —Limpiándose las lágrimas, miró a su madre—. Buscaré la manera.

Su madre suspiró y miró hacia las colinas.

—El hombre que habló con tu padre le dijo que la esposa de Judá estuvo enferma mucho tiempo. Dos años, por lo menos. Debe haber tenido una muerte lenta y cruel. —Titubeó con el ceño fruncido—. Judá tenía solamente una esposa, ¿cierto?

—Solo Bet-súa.

—¿Ninguna concubina?

—Ninguna. —La leche salpicó el recipiente de barro mientras Tamar trabajaba. Concentrada en su labor, trató de ignorar a su madre cuando la rozó suavemente. Sería su perdición, y ella ya había llorado lo suficiente como para el resto de su vida.

—El hombre comentó que Judá irá a Timna con su amigo de Adulam —dijo su madre y dejó las palabras suspendidas en el aire, antes de agregar: —Pronto será el festival de la esquila.

Tamar levantó la vista y la miró. Su madre le sonrió apenas, con una mirada perspicaz. Al pasar, acarició con la punta de sus dedos el hombro de Tamar y la dejó a solas para que pensara.

Y cómo dieron vueltas sus pensamientos mientras trabajaba. Judá podía no querer cumplir su promesa, pero ella seguía teniendo derechos. Según las costumbres de su pueblo, si Judá no permitía que Sela se acostara con ella y le diera un hijo, Judá en persona debía dárselo.

Así que Judá iba a ir a la esquila, ¡ahora que su esposa estaba muerta! Se sintió invadida por una indignación justificada. Timna era el centro del comercio y de la adoración a Asera. Ella sabía qué haría su suegro. ¡Había cientos de rameras comunes que vendían su cuerpo por un pedazo de pan y una copa de vino! Ese sería el destino de ella también, si su padre la echaba.

No se quedaría tranquila y de brazos cruzados, esperando que Judá honrara la promesa que nunca tuvo la intención de cumplir. Si ella no hacía algo pronto, Judá sería arrastrado por sus deseos y despreocupadamente le entregaría su simiente —que legítimamente le correspondía a ella— a la primera mujer que le gustara en Timna.

Mordiéndose el labio, Tamar estudió cuáles eran sus opciones. Podía seguir con su vida casta y esperar que Judá hiciera lo correcto, sabiendo ahora que él nunca lo haría, o podía ir a buscarlo. Podía fingir ser una prostituta parada al costado del camino. Sela no la había reconocido. ¿Por qué habría de hacerlo Judá?

Llevó el recipiente de barro adentro de la casa, donde su madre estaba dándole los últimos toques al velo de su hermana. Tamar dejó la vasija y miró el elegante atuendo sobre el regazo de su madre. ¿Qué pasaría si usara la ropa de su hermana?

—Es el mejor velo que hice en mi vida. —Su madre ajustó un hilo y lo mordió —. Listo. Está terminado. —Lo levantó.

Tamar tomó el velo de la mano de su madre y lo pasó con cuidado por la suya.

—Es muy bonito.

—Mira la túnica. —Su madre se levantó y alzó la túnica para que Tamar la viera —. Hice todo lo que tu hermana necesita: la diadema, los velos, el vestido, la faja, las tobilleras y las sandalias. —Se dio vuelta y miró a Tamar—. El velo fue la última pieza. —Extendió el brazo y Tamar apoyó delicadamente el velo sobre él. Tamar notó que las manos de su madre temblaban mientras doblaba el velo con cuidado y lo metía en la cesta—. Tu padre tiene pensado enviarle estas cosas a tu hermana dentro de dos días. Ella debe tener todo a tiempo para el festival.

¿Acaso su madre sospechaba el plan que estaba formándose en su mente?

—Iré a trabajar a los campos mañana, madre. Quizás no vuelva a casa hasta muy

tarde.

Su madre cerró la cesta atándola, pero no se puso de pie ni la miró.

—La caminata hasta el cruce de Enaim es de tres horas. Tendrás que salir antes del alba.

El corazón de Tamar dio un vuelco, pero no dijo nada.

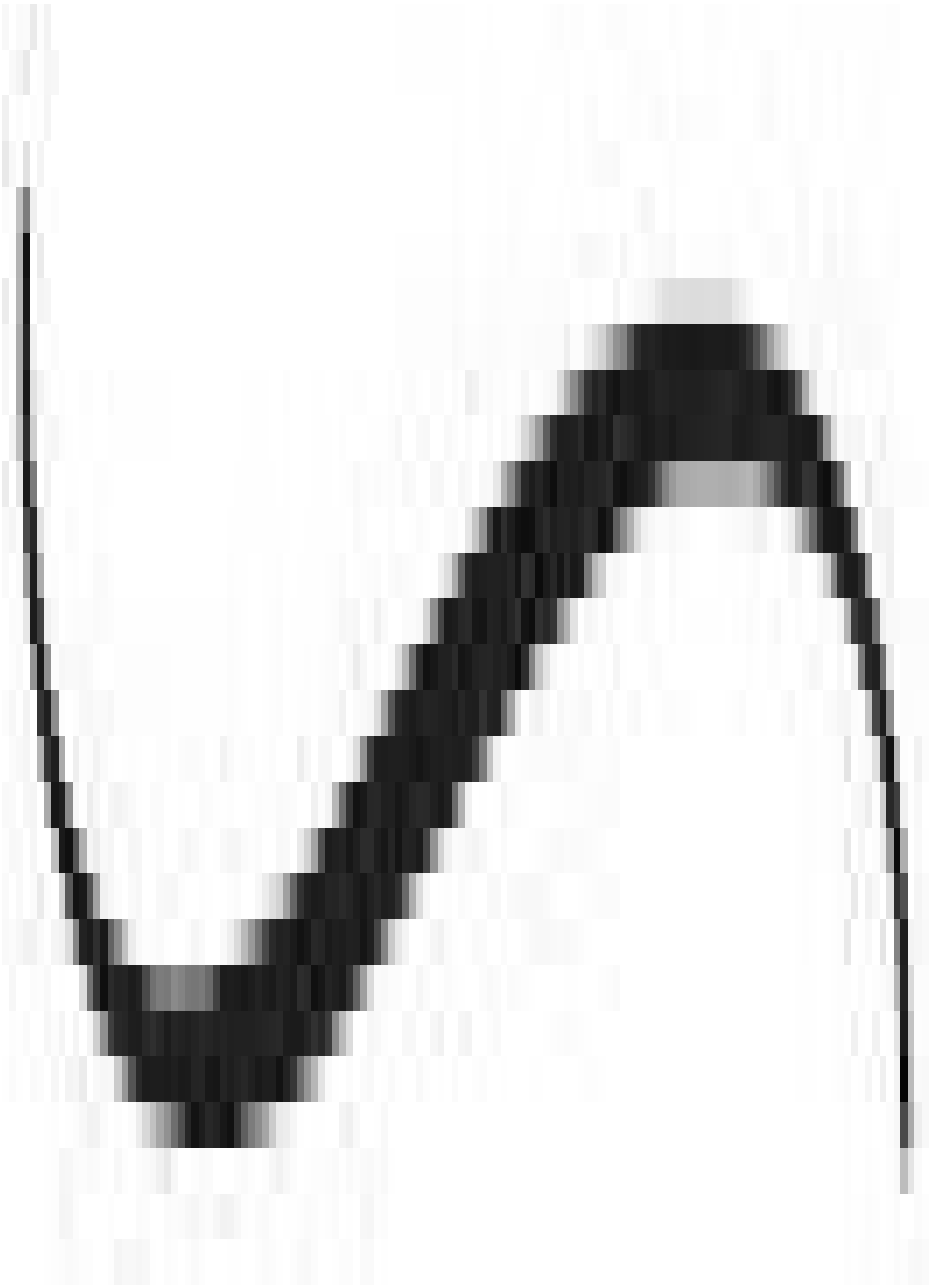
Su madre bajó la cabeza.

—Si Judá te reconoce, te matará. Lo sabes, ¿verdad?

—Si tengo que morir, moriré.

—Sela es un joven superficial. Sería más fácil de engañar.

—Quizás, madre. Pero no quiero otro chacal. Voy en busca del león.



La lámpara de aceite todavía ardía cuando Tamar se levantó de noche. Su madre sabía exactamente cuánto aceite usar para que la luz se mantuviera encendida durante las horas más oscuras. Pronto la lámpara titilaría y se apagaría, justo en el momento que los primeros toques del amanecer iluminaran el cuarto. Tamar caminó en puntillas por la habitación y recogió la cesta con la ropa de su hermana. Salió de la casa con ella.

El sol estaba saliendo, y convertía a las estrellas en chispas que se extinguían en el cielo pálido. Tamar caminó con prisa por los campos de su padre hacia las colinas más lejanas. El sol ya había calentado la tierra cuando llegó al cruce de Enaim. Entró en una arboleda de olivos y se metió rápidamente hasta el fondo, donde quedó oculta.

Tamar se quitó los vestidos de luto y se puso las ropas y los adornos que su madre había hecho para su hermana, la sacerdotisa. Se soltó el cabello y pasó sus dedos por la cabellera larga, abundante y oscura, hasta que cayó por su espalda y le llegó a la cintura. Se puso el velo. Las campanillas que rodeaban sus tobillos tintinearon cuando metió el tsaif negro en la cesta y la escondió detrás de un árbol.

Sombría pero decidida, Tamar volvió al camino y esperó al borde de la arboleda, donde los transeúntes no podrían verla. Se quedó vigilando durante el resto de la mañana. Su corazón daba un salto cada vez que veía a dos hombres acercarse por el camino, pero se mantenía escondida. No se mostraría ante ningún hombre que no fueran Judá y su amigo adulamita.

Era bien pasado el mediodía cuando Judá apareció con Hira a su lado. Tamar salió de la arboleda y se sentó a la vera del camino. Se levantó y avanzó mientras se acercaban. Las campanillas en sus tobillos tintinearon suavemente y llamaron la atención de Judá inmediatamente. Él disminuyó el paso y la miró.

Tamar tenía las palmas de las manos resbalosas por el sudor y su corazón golpeaba descontroladamente en su pecho. Quería correr hacia el huerto y volver a esconderse, pero se juró a sí misma que no se acobardaría ahora. Debía ser valiente. Ignorando deliberadamente a los hombres, se agachó, levantó el dobladillo de su túnica y ajustó las correas delgadas de una sandalia. Ambos hombres se detuvieron.

—No tenemos prisa —dijo el adulamita en un tono de voz divertido.

Cuando se incorporó, Tamar no lo miró. No quería que ese hombre se acercara a ella. Le clavó la mirada a Judá; era su atención la que buscaba. ¿La reconocería? Contuvo el aliento tensamente cuando él se apartó del camino y se acercó a ella. Judá se detuvo frente a ella y sonrió; recorrió el cuerpo de Tamar con su mirada. Judá no la reconoció. Apenas había mirado su rostro cubierto por el velo.

—Bueno, vamos —dijo él—, déjame acostarme contigo.

Tamar se sorprendió por lo fácil que él caía presa de las artimañas de una mujer, ¡aun de una mujer que no tenía ningún tipo de experiencia en el arte de la seducción! ¿Así era como los hombres compraban los servicios de una ramera? ¿Qué debía decir ahora?

—Te desea, Judá. —Hira sonrió—. Mira cómo tiembla.

—A lo mejor es tímida. —Judá sonrió irónicamente—. Adelántate, Hira. Luego te alcanzo.

Hira rio entre dientes.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad, mi amigo? —Continuó por el camino y dejó solos a Tamar y a Judá. Ella estuvo a punto de perder el valor por la intensidad de su mirada. Judá nunca dejó de observarla.

—Así que... —dijo él— estamos solos ahora. ¿Qué dices?

Tamar se daba cuenta de que la necesidad de él era grande, pero no tan grande como la furia de ella. ¿Habría tenido su hermana lástima de él? Tamar no lograba sentir nada de eso. ¡Siete años atrás le había rogado que no permitiera que su hijo Onán la tratara como a una ramera! Judá había querido que ella sedujera a su hijo para que él hiciera lo correcto.

Hoy haría eso mismo con Judá.

Se alejó un paso de él y miró coquetamente hacia atrás por encima del hombro.

—¿Cuánto me pagarás? —Habló en un tono bajo de voz, esperando engatusarlo.

—Te mandaré una cría de cabra de mi rebaño.

¿Y dónde estaba su rebaño? Su ira se avivó. Cómo le gustaba a Judá prometer cosas que no tenía ninguna intención de cumplir. Primero, un hijo. ¡Ahora, una cabra! No quería aceptar ninguna otra promesa de sus labios. Ni hoy ni ningún otro día.

—¿Qué prenda me darás para asegurarme de que la enviarás? —Ella miró hacia abajo para que él no viera el fuego que la enardecía por dentro. ¿Lo habría percibido en su voz, o pensaba que era el temblor de la pasión arrebatada?

Judá se acercó.

—Bueno, ¿qué quieres?

Tamar lo consideró rápidamente. Quería algo que tuviera el nombre de Judá. Si quedaba embarazada, necesitaría algo que demostrara que él era el responsable.

—Quiero tu sello de identidad, tu cordón y el bastón con el que caminas. —Ni bien dijo las palabras, su corazón se paralizó. ¡Había pedido demasiado! Ningún hombre en su sano juicio aceptaría entregar tantas cosas, ¡especialmente a una prostituta! Ahora, Judá se daría cuenta. Le arrancaría los velos de la cara y la asesinaría ahí mismo, en el cruce del camino.

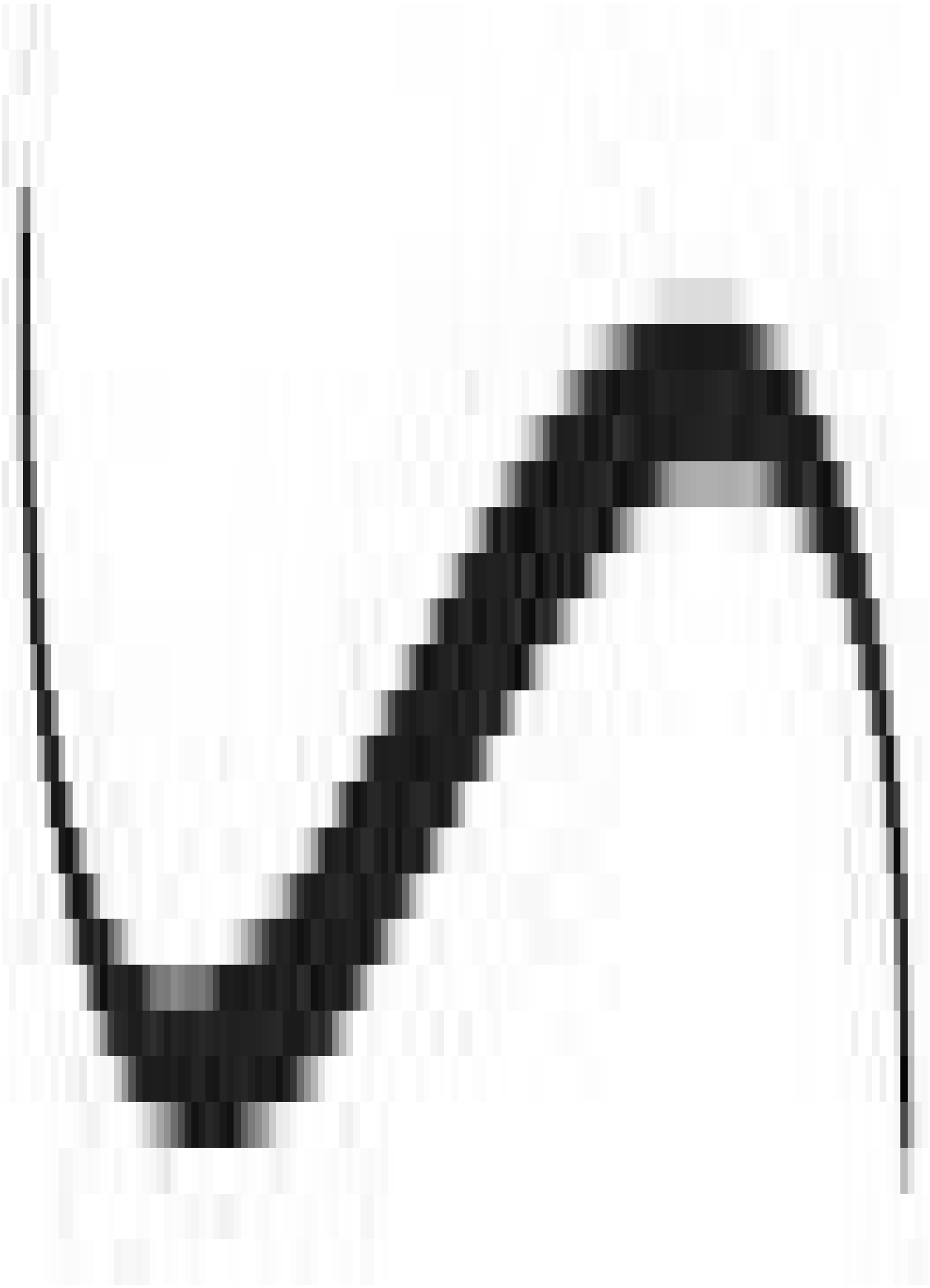
Dio un respingo cuando él extendió el brazo. ¡Entonces se dio cuenta de que estaba entregándole el bastón! Tamar lo tomó; luego, observó asombrada que Judá se quitaba el cordón del cuello y le entregaba también su sello. ¡No dijo ni una palabra de protesta! ¡El hombre se dejaba arrastrar por el deseo!

Una amarga tristeza se apoderó de Tamar. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para no romper en llanto a gritos. Había esperado tantos años que este hombre hiciera lo correcto, ¡para descubrir ahora que no le importaba en lo más mínimo entregarle las llaves de su casa a una mujer que él pensaba que era una prostituta!

La tristeza se desvaneció rápidamente, reemplazada por la emoción. Tenía una razón para tener esperanza. Aunque había perdido el orgullo y se había degradado a sí misma, tenía esta única oportunidad de proporcionar un hijo para la casa de Judá. Acsa le había dicho que la fecha era oportuna. Solo podía esperar que fuera cierto.

—¿Tienes un cuarto en la ciudad? —dijo Judá.

—El día está lindo, mi señor, y la hierba es mucho más blanda que un lecho de piedra. —Con el bastón de Judá en la mano, se internó en la arboleda de olivos. Él la siguió.

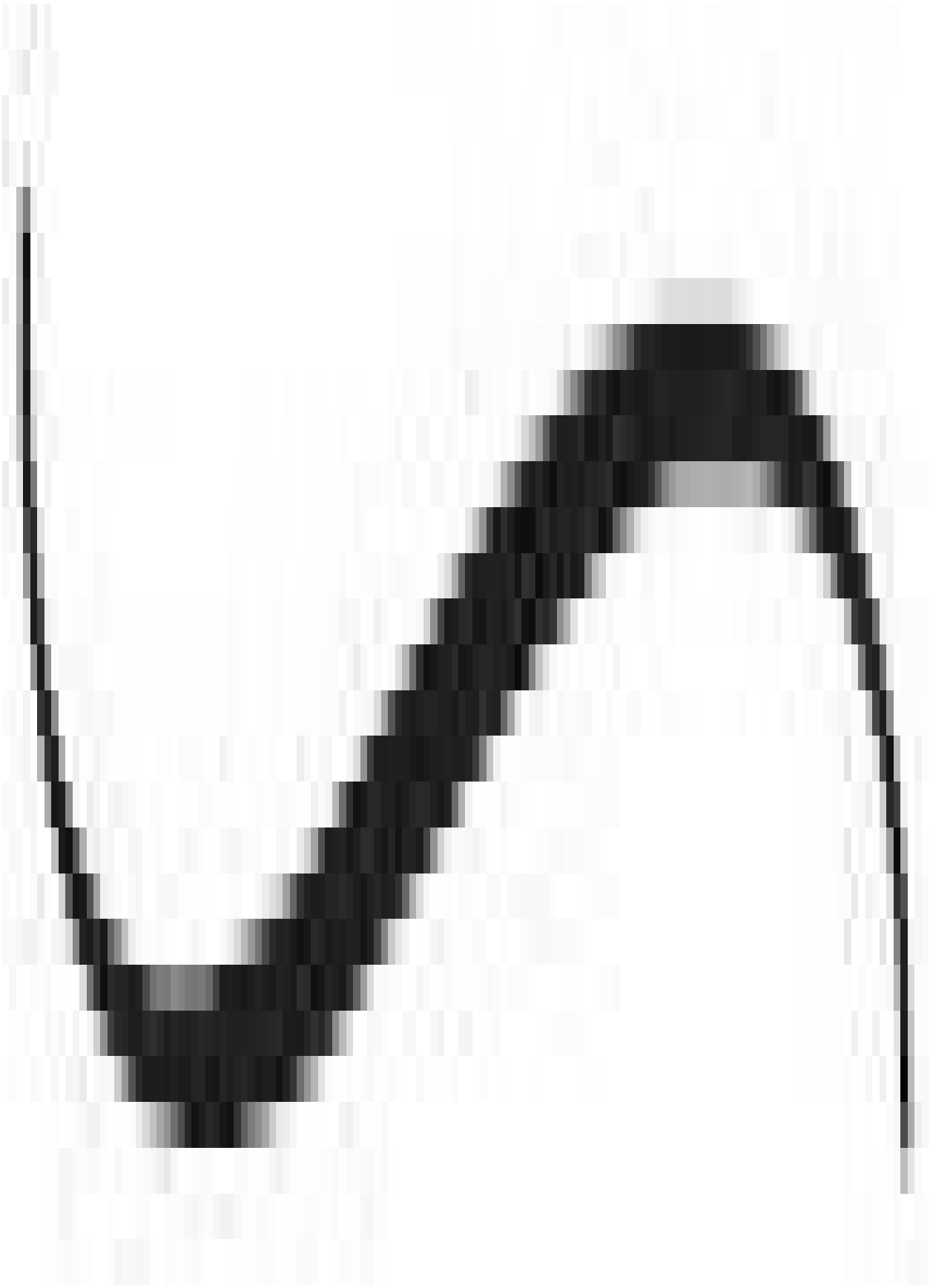


Judá se satisfizo bajo la sombra de un olivo y se quedó dormido al calor de la tarde. Tamar se levantó silenciosamente y lo dejó ahí. Caminó a toda prisa entre los árboles, encontró la cesta que había escondido, se quitó rápidamente las vestiduras de su hermana y se puso las suyas. Atándose el cordón y el sello de Judá alrededor del cuello, los ocultó debajo de su ropa de luto. Dobló la túnica roja, los velos y la faja y los guardó con cuidado, metiendo las tobilleras con campanillas entre los pliegues para que no hicieran ningún ruido.

En su interior vivía la esperanza. Presionó su vientre con las manos, mientras las lágrimas caían por sus mejillas. Agachó la cabeza y murmuró en voz baja: «¡Lo único que pido es justicia!».

Los hijos de Judá la habían maltratado y usado, Bet-súa le había echado la culpa de los pecados de ellos, y Judá la había expulsado, no había cumplido lo que le había prometido y la había abandonado. Pero, ahora, Tamar todavía podía injertarse en el linaje de Abraham, Isaac y Jacob. Sin que Judá lo supiera, podía haberle dado un hijo. Si su simiente se había aferrado, quizás aún pudiera tener un lugar entre el pueblo a quien el Dios de toda la creación había escogido como propio. Y si el bebé era un varón, él sería su salvador.

Tamar tocó con reverencia el sello oculto debajo de su ropa. Levantó la cesta y la sujetó debajo de su brazo. Recogió el bastón de Judá de donde estaba apoyado contra un olivo y se marchó a su casa.



Un rayo de luz rozó los párpados de Judá y lo despertó. La ramera se había ido. Cuando no la encontró parada junto al camino, donde la había visto por primera vez, supuso que se había ido a la ciudad. Sombrío e inquieto, continuó su viaje y pasó el resto del día sintiendo remordimiento. ¡No era mejor que Esaú, quien había vendido su derecho de nacimiento por un plato de lentejas! ¿Por qué había aceptado entregarle su bastón, su cordón y su sello a una prostituta del templo? Habiendo conseguido su placer, se impacientó por recuperar sus posesiones.

Molesto, alcanzó a Hira cerca de Timna. Su amigo lo irritó aún más haciéndole bromas y comentarios salaces.

—¿Dónde está tu bastón, Judá? No me digas...

—Lo recuperaré cuando le mande una cabra a la mujer.

—¿Y tu sello y tu cordón también? —Hira se rio y lo palmeó en la espalda—. ¡Espero que haya valido lo que le pagaste!

Avergonzado, Judá no le contestó. Inventó una excusa y se fue a buscar a Sela, a quien había mandado antes con los rebaños. Esquilaron juntos a las ovejas. Judá hizo contactos con varios granjeros para que llevaran sus ovejas después de la cosecha. Hira lo acompañó, pero se contuvo de hacer más comentarios sobre la ramera del camino.

—Vamos, amigo mío, relájate y pásala bien —dijo Hira, tambaleándose por todo lo que había bebido—. No tienes de qué preocuparte. La vida se arregla por sí misma. Recuerda cómo vivíamos antes de las esposas, los hijos y las preocupaciones. Timna tiene mucho que ofrecer.

Sela estaba impaciente por probar todo. Judá descubrió que él no podía. Seguía recordando lo que ya le había costado una hora de placer. Extrañaba la sensación del bastón en su mano y sabía que no estaría bien hasta que tuviera de vuelta su sello y su cordón también. Estaba listo para irse mucho antes de que hubiera acabado el festival. Cuando este finalizó, se dio cuenta de que no podía permitirse tomar el mismo camino que antes. Se excusó con Hira.

—Necesito llevar mis rebaños a mejores forrajes. Tú volverás por el camino de Enaim, ¿verdad?

—Como siempre lo hago.

—Te he hecho muchos favores, ¿verdad, Hira? Llévale esta cabra a la ramera del cruce de Enaim. Recupera de la ramera mi bastón, el sello y el cordón y llévalos a mi casa. ¡Hazme ese favor, amigo mío, y te demostraré mi gratitud la próxima vez que te vea!

Los ojos de Hira resplandecieron.

—Por supuesto.

—Te pido una cosa más.

Hira levantó la mano.

—No tienes que decir nada más, Judá. Eres mi amigo. Nadie se enterará de nada por mi boca. —Sonrió—. Además, para mí será un placer cumplir tu voluntad. —Se dispuso a partir y, mirando hacia atrás, agregó: —¡Tal vez yo mismo pase algunas horas en esa arboleda de olivos!

Judá no volvió a pensar en la muchacha ni en el costo de su pecado hasta varias semanas después, cuando Hira pasó por su casa con las manos vacías.

—Busqué meticulosamente a la muchacha, Judá. Incluso fui a la ciudad, pero todos dijeron que nunca hubo una prostituta del templo en el cruce de caminos. Se rieron de mí y me preguntaron por qué pensaba que habría una allí, cuando el templo está en Timna.

Judá nunca se había planteado por qué una prostituta del templo andaría deambulando. Ahora que lo pensaba, ¡se asombró de no haberlo hecho antes! Desorientado, Judá se enojó, convencido de que había sido engañado de alguna manera, pero sin idea del motivo. ¿Por qué le mentiría la ramera? ¿De qué podían servirle a la prostituta el cordón, el sello y el bastón? Una cabra podía venderse y usar el dinero para sustentarse. ¿Quién le compraría el sello y el bastón que tenían el nombre de otra persona, especialmente un nombre tan conocido como el suyo?

—¿Qué quieres que haga, Judá? —Hira tomó un sorbo de su vino—. ¿Debemos volver juntos y buscarla nuevamente?

—¡Que se quede con las cosas! Hicimos todo lo posible por enviarle la cabra. Seremos el hazmerreír de toda la aldea si regresamos.

Unos días después, cuando Hira se fue, Judá salió y cortó una rama recta y fuerte de un almendro. Eliminó la corteza y talló su nombre en la madera. El nuevo bastón era bueno, pero no se sentía como el que su padre había puesto en sus manos. Tampoco le resultaba tan auténtico el nuevo sello de arcilla que se había hecho.

Pero luego de eso, Judá se olvidó completamente del incidente en el cruce de Enaim.

SEIS



Tamar no dijo nada sobre su exitoso viaje a Enaim, y su madre no le preguntó nada al respecto. A la mañana siguiente, Zimram se fue a Timna con el hermano mayor de Tamar. Se llevaron la cesta que contenía las ropas del templo.

Cuando transcurrieron dos semanas y no tuvo su menstruación, Tamar supo que estaba embarazada. Estaba exultante y aterrada al mismo tiempo. Guardó su secreto y siguió como siempre. Se levantaba temprano y trabajaba todo el día. Nadie notó ningún cambio en ella, aunque Acsa era la más difícil de convencer y estaba perpleja por su repentina modestia.

En la noche, cuando los demás dormían, Tamar desplegaba las manos sobre su vientre. A veces le venía el miedo y se preguntaba cómo se había atrevido a engañar a Judá. ¿Qué haría él cuando se enterara? Había estado dispuesta a arriesgar todo, hasta su vida, por la oportunidad de tener un hijo. Ahora tenía miedo por el hijo que llevaba. Pronto sería visible su embarazo, si Acsa no lo había adivinado ya. Si su padre se enteraba, podía llegar a matarla en un arranque de ira. Si ella moría, también moriría el hijo de Judá, y el linaje de Judá se perdería.

Trató de pensar con claridad y no dejar que sus emociones se desbocaran. Ella todavía era parte de la familia de Judá, la aceptara él o no. La decisión de si ella debía vivir o morir le correspondía a él, no a su padre. La verdad era la única protección que tenía, pero no podía revelarla de una manera que deshonrara a Judá. Si hubiera querido hacerlo así, habría gritado frente a las puertas de la ciudad mucho antes.

Guardó su secreto, sin confiar siquiera en Acsa, quien la fastidiaba todos los días con preguntas:

—¿Dónde fuiste ese día? ¿Por qué no me despertaste? Te busqué en los campos. Dime adónde fuiste y por qué.

Por fin, Acsa la enfrentó en privado:

—¿Qué has hecho, Tamar? ¿Con quién te has acostado? ¡Por los dioses, estamos arruinadas las dos!

—Hice lo que tenía que hacer, Acsa. Tanto la ley del pueblo de Judá como la del

mío dicen que tengo el derecho a tener un hijo engendrado por Sela o por Judá mismo. Y, sin embargo, tuve que arriesgar todo para recibir justicia de manos de Judá. Me he humillado a mí misma y recurrí al engaño para engendrar a este bebé, para no morir en desgracia. —Agarró las manos de su nodriza y las sostuvo firmemente—. Tienes que confiar en mí.

—Debes hablar y decir...

—No. No puedo decir nada. No aún.

—¿Y cuando tu padre se entere? ¿Tendrá compasión de ti cuando crea que has cometido adulterio?

—Quedará en manos de Judá decidir qué me sucederá.

—Entonces morirás, y el niño morirá contigo. Judá piensa que tú traes mala suerte y que causaste la muerte de sus hijos. ¡Esto le dará una excusa para deshacerse de ti!

—No hablemos más del tema.

—¡Tu padre te matará cuando se entere! —Acsa cerró los ojos y se tapó la cara —. Deberías haber esperado.

—Me habría vuelto vieja y habría muerto antes de que Judá me mandara a buscar.

—¿Entonces decidiste destruirte a ti misma y a un bebé también? Has traicionado a Judá y has deshonrado a esta familia. Dime qué pasó.

—No te diré nada. —La prudencia y la esperanza de un futuro promisorio la mantenían callada.

Era su secreto y el de Judá, aunque el hombre no estuviera enterado todavía. Guardaría esta información y la mantendría en secreto, pues era preciada. El bastón de Judá estaba debajo de su esterilla y seguía llevando el cordón y el anillo de sello alrededor de su cuello, ocultos bajo su ropa de luto. No se los mostraría a Acsa. No soltaría la lengua ni les daría a su nodriza y a su padre una razón para que se rieran de Judá. Quería cumplir el deber que tenía hacia la familia de Judá. Quería ser aceptada por su pueblo. ¿Se lo agradecería Judá si

ella lo ponía en ridículo?

Tamar pensó en el orgullo de Judá, en su dolor, en sus pérdidas. No añadiría humillación a su sufrimiento. Judá la había abandonado, pero ella no avergonzaría al padre de su hijo ante ninguna otra persona.

La mañana que caminó por los campos de su padre y se paró cerca del cruce a esperar a Judá, tuvo tiempo para pensar larga y fríamente en el riesgo que estaba corriendo y en qué podía depararle el futuro. Vida o muerte, la decisión la tomaría Judá. Cuando se puso de pie junto a Judá mientras él dormía, había temblado de furia. Estuvo a punto de despertarlo a patadas y confrontarlo con su pecado. Quería sacudirlo y gritarle: «¡Mira hasta qué he llegado por causa tuya, Judá! ¿Ves lo que has provocado?». Una vez, él le había dicho que hiciera de ramera con Onán. En lugar de eso, lo había hecho con él.

Pero se había liberado de su cólera. No quería venganza. Quería justicia. Estaba apostando todo por la esperanza de algo mejor, algo importante, algo permanente. Un hijo. ¡Una razón para vivir! ¡Un futuro y una esperanza! Avivó la llamita diminuta que crecía dentro de ella, aun sabiendo que todo seguía en manos de Judá.

—Tal vez tengas suerte y sufras un aborto —dijo Acsa.

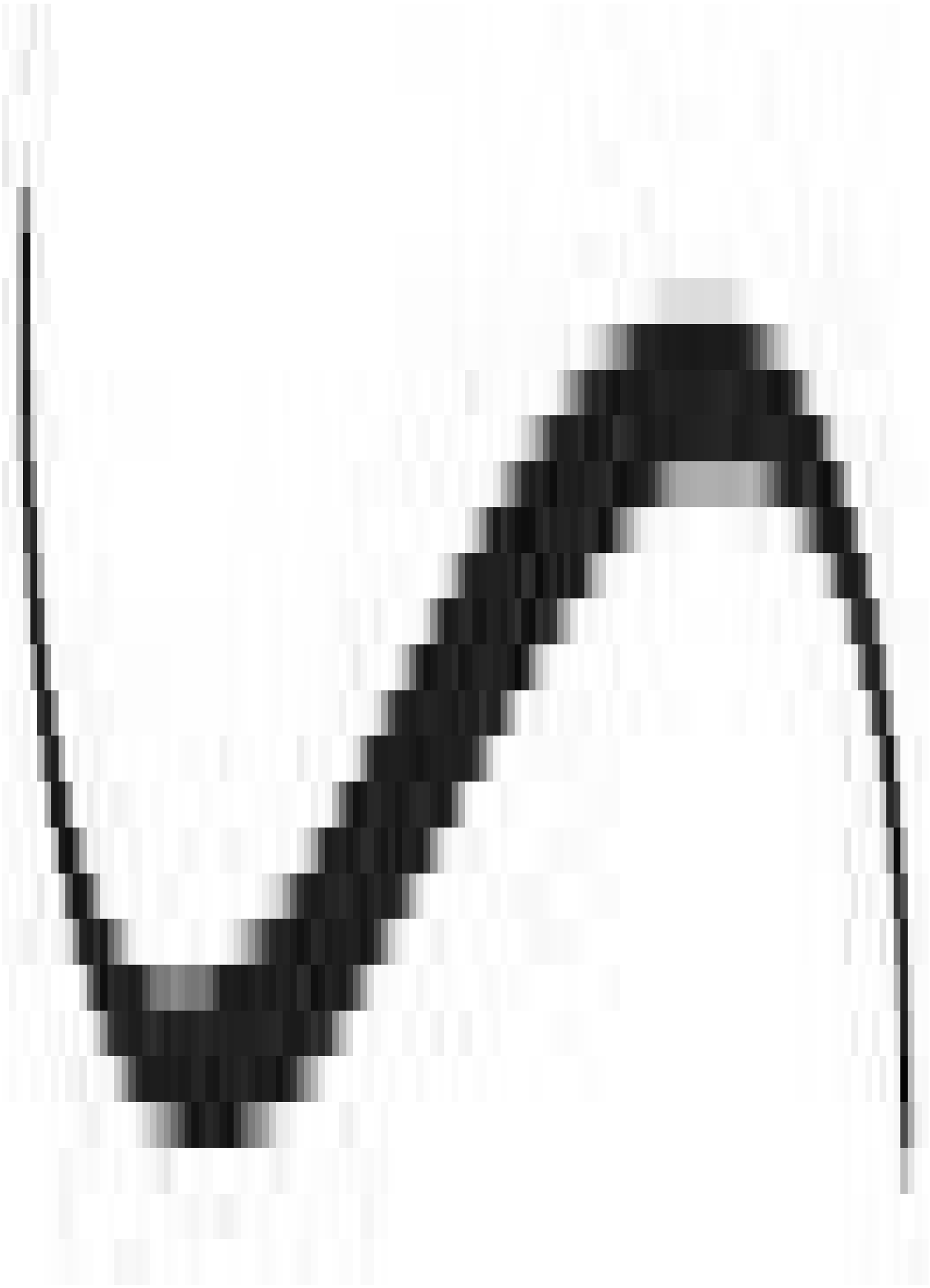
—Si eso pasa, que yo muera con mi hijo.

—Podrías morir antes de eso. —Acsa se tapó el rostro y lloró.

Tamar sonrió con tristeza. ¿Qué la llevaba a tener tanta esperanza en un hombre que nunca había hecho nada recto en todo el tiempo desde que lo conoció? ¿Acaso la había protegido Judá de la brutalidad de Er o se había encargado de que Onán cumpliera la obligación que tenía con su hermano? Judá mismo había roto su promesa de entregarle a Sela. ¿Cómo podía esperar sobrevivir, cuando su vida estaba en manos de este hombre?

Y, sin embargo, tenía esperanza. Eligió la esperanza. Se rehusó a rendirse a los miedos que la sujetaban, al miedo por el hijo que llevaba... el hijo de Judá, la esperanza de Judá, el futuro de Judá.

Pero ¿escucharía el hombre cuando llegara el momento en que ella revelara la verdad?



Pasaron dos meses más antes de que el día de la ira y el juicio cayera sobre la cabeza de Tamar. Acsa la despertó, sacudiéndola. Desorientada, Tamar se incorporó. Se dio cuenta de que se había quedado dormida junto al muro de piedra donde había estado trabajando.

—Estás perdida —dijo Acsa, con las mejillas manchadas por las lágrimas—. ¡Perdida! Un sirviente te vio dormida y fue a ver a tu padre. Él me mandó a llamar. Tuve que decirle. Tuve que hacerlo. —Agarró fuertemente los brazos de Tamar—. Huye, Tamar. ¡Tienes que esconderte!

Una extraña calma llenó a Tamar. Su espera había terminado.

—No —dijo, tranquila, y se puso de pie. Dos de sus hermanos venían caminando enérgicamente hacia ella. Que vinieran. Cuando la alcanzaron, la insultaron con acusaciones infames. Tamar no dijo nada cuando la agarraron de los brazos y se encaminaron hacia la casa. Su padre salió, con el rostro enrojecido y los puños cerrados.

—¿Estás preñada?

—Sí.

Zimran no le preguntó quién era el padre antes de abalanzarse sobre ella. El primer golpe la derribó. Cuando la pateó, ella se alejó gateando y se enrolló formando una bola para que no pudiera lastimar al bebé.

—¡No tienes derecho a juzgarme! —gritó Tamar, tan enfurecida como su padre.

—¿No tengo derecho? ¡Eres mi hija! —La pateó otra vez.

Respirando con dificultad, empezó a levantarse, pero él la agarró del chal y de la trenza de cabello y la arrastró hacia arriba y hacia atrás. Ella le rasguñó las manos para liberarse. Tenía al cachorro de un león en su vientre y pelearía como una leona para salvarlo. Se levantó, se paró con firmeza y levantó las manos.

—¡Yo pertenezco a la casa de Judá, no a la tuya! ¿O lo has olvidado?

—¡Él me dará las gracias por matarte!

—¡Judá debe ser quien me juzgue, no tú! ¡Judá y nadie más!

Respirando con dificultad, Zimram le clavó la mirada.

—¡Te has portado como una ramera bajo mis narices! ¡Debería matarte!

Tamar vio lágrimas de furia y vergüenza en los ojos de su padre, pero no quiso aflojar.

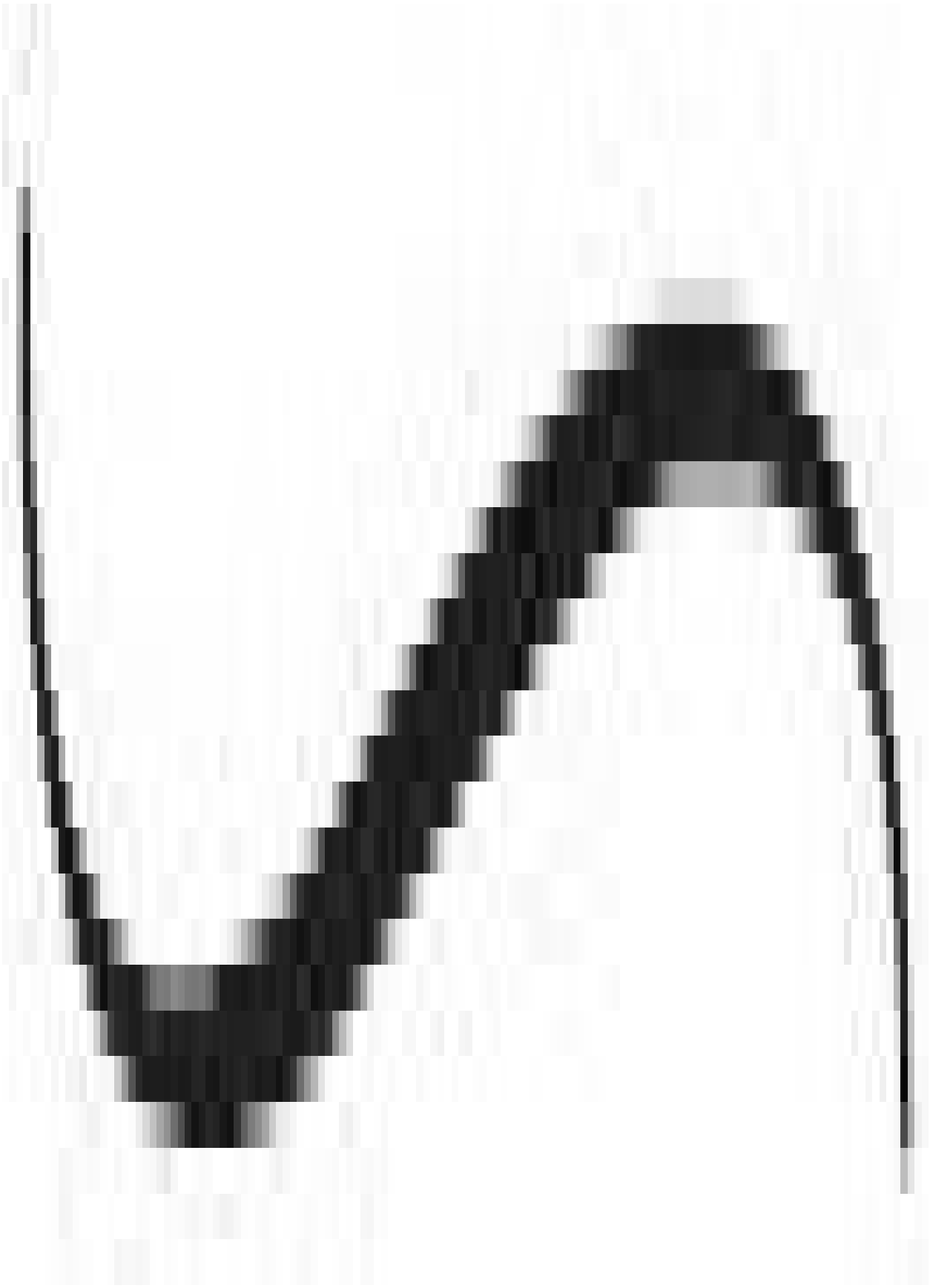
—¿Para qué ahorrarle el problema a Judá, padre? ¿Por qué te mancharás las manos con mi sangre? ¡Él me abandonó hace seis años! Deja que pese sobre su cabeza lo que nos suceda a mí y a mi hijo.

Su padre llamó a gritos a un sirviente:

—Ve y dile a Judá: "¡Tamar está preñada por prostitución!". ¡Pregúntale qué quiere hacer con ella! —El sirviente atravesó el campo a la carrera. Zimram la miró con furia—. En cuanto a ti, ramera, vete y espera.

Tamar obedeció. A solas, temblaba descontroladamente. Apretó las manos; las palmas húmedas de transpiración. Su corazón se estremecía.

¿Qué pasaría si Judá no venía?



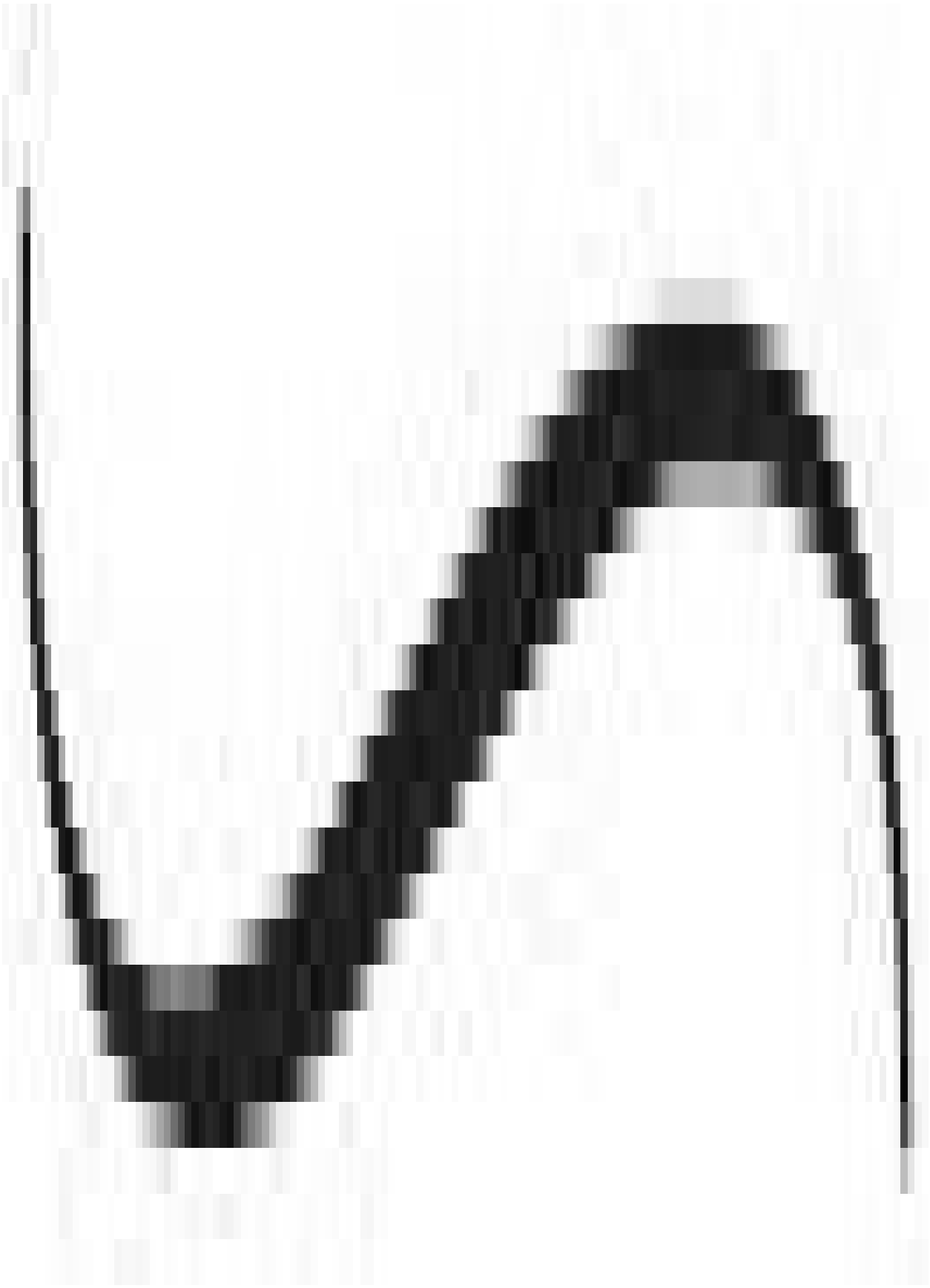
La noticia sobre la prostitución de Tamar y su embarazo estremeció a Judá y lo enfureció. Aunque habían pasado seis años desde que la había sacado de su casa, él esperaba que se mantuviera casta por el resto de su vida. Si tenía algo de clemencia con Tamar y la dejaba vivir, el hijo, sin importar quién fuera el padre, se convertiría en parte de su familia. Él no podía permitir que eso sucediera. No lo permitiría.

Entremezclado con su ira, sentía júbilo. Tamar le había dado la oportunidad de librarse de ella. Ella había pecado contra su casa de la manera más infame y él tenía derecho a juzgarla. Bet-súa habría estado exultante. Al fin y al cabo, ella tenía razón: Tamar no era buena. La muchacha era maligna. ¡Por ella había perdido a Er y a Onán! Lo más sabio que había hecho en su vida había sido retener a Sela.

Que Tamar sufriera. ¿Acaso no había sufrido él por causa de ella? El apedreamiento era demasiado rápido, demasiado fácil. Que sintiera el dolor por las faltas que había cometido contra él.

—¡Sáquenla y quémenla! ¡Quémenla, dije! —gritó Judá.

Antes de que el sirviente de Zimran saliera por la puerta, Judá se sintió seguro de que su suerte había cambiado. Pronto llegaría el tiempo de buscar una esposa apropiada para su último hijo, Sela. Había llegado el momento de acrecentar su familia.



Tamar escuchó la conmoción y supo qué había decidido Judá. Su madre gemía, su padre gritaba. Se cubrió el rostro y oró. Dios de los cielos y la tierra, ¡ayúdame! Sé que no soy de Tu pueblo. Sé que soy indigna. Pero si te importa Judá, que es Tu hijo, ¡sálvame! ¡Salva a este niño que llevo!

Acsa entró corriendo a la habitación.

—Judá ha dicho que te quemen. Ay, Tamar...

Tamar no lloró ni se defendió. Se levantó rápidamente y echó su esterilla hacia atrás. Quitándose el chal, envolvió en él el bastón de Judá. Desató de su cuello el cordón y el sello y lo metió en la mano de Acsa.

—Llévale estas cosas a Judá. Apúrate, Acsa. Dile: “El hombre que es dueño de este sello de identidad y de este bastón es el padre de mi hijo. ¿Los reconoce usted?”.

Afuera había comenzado una conmoción. Su madre suplicaba histéricamente mientras su padre gritaba:

—¡Se lo advertí! ¡Le dije lo que sucedería si alguna vez se quitaba su ropa de luto!

—No, no puedes...

—¡Quítate del medio, mujer! ¡Tamar se causó esto a sí misma!

Tamar empujó a su nodriza:

—¡Vete, Acsa! ¡No me falles! ¡Corre, mujer! ¡Corre!

Tan pronto como Acsa obedeció, Tamar se ubicó en un rincón de la habitación donde pudiera defenderse mejor a sí misma. Sus hermanos entraron.

—¿No tendrán piedad de su propia hermana?

—¿Después de que nos llenaste de vergüenza? —Mientras forcejeaban con ella, la insultaban. No lo haría fácil. La apartaron a la fuerza de la pared y la

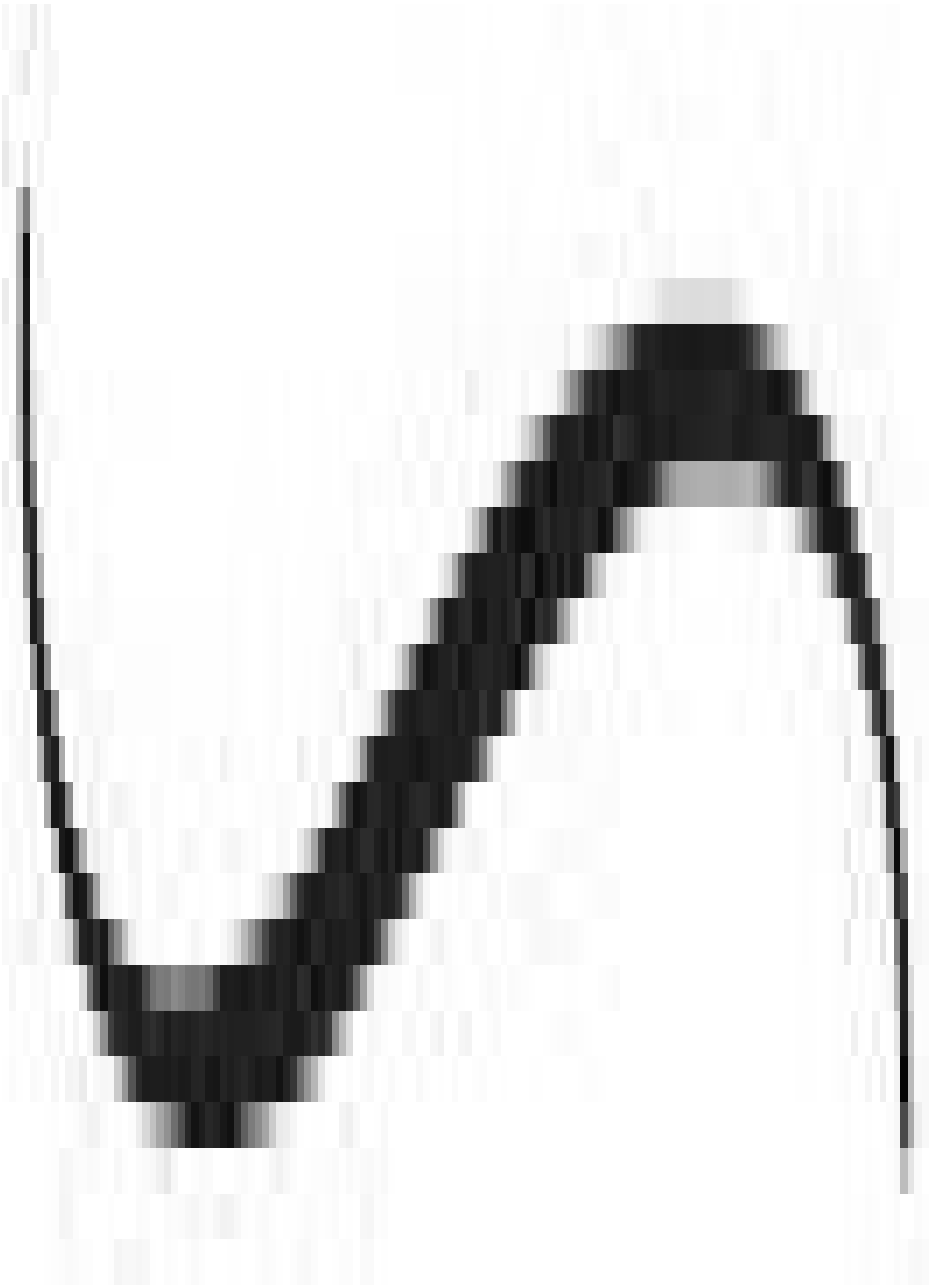
arrastraron por la puerta.

Su padre se quedó afuera.

—Judá dijo que te quemáramos, ¡y quemada serás!

¿Creían que ella moriría fácilmente? ¿Pensaban que no pelearía por la vida de su hijo nonato? Tamar pateaba y rasguñaba. Los mordía y les gritaba:

—¡Entonces dejen que Judá me queme! —La golpearon y, con toda su furia contenida, Tamar les devolvió los golpes—. ¡Que vea Judá cómo se cumple su juicio! ¡Llévenme a Judá! ¿Por qué debe caer mi muerte sobre las cabezas de ustedes? —Usó sus uñas y sus pies—. ¡Que sea él quien me acerque la antorcha!



Judá vio que una mujer corría hacia él trayendo un bulto en la mano. Frunció el ceño, se hizo sombra en los ojos con una mano y reconoció a Acsa, la nodriza de Tamar. Apretando la mandíbula, maldijo entre dientes. Sin duda había venido a suplicar piedad para esa despreciable muchacha.

Respirando con dificultad y temblando por el agotamiento, Acsa cayó de rodillas. Dejó caer el bulto a sus pies.

—Tamar me envió... —Como no pudo seguir hablando, agarró el borde de un chal negro y lo jaló con fuerza. Un bastón rodó hacia afuera... su bastón. La mujer extendió la mano y lo abrió, mostrándole un cordón rojo con un sello de piedra.

Judá se lo arrebató.

—¿Dónde conseguiste esto?

—Tamar...

—¡Habla, mujer!

—¡Tamar! “Llévale estas cosas a Judá”, dijo. “El hombre que es dueño de este sello de identidad y de este bastón es el padre de mi hijo. ¿Los reconoce usted?”. —Agachó la cabeza, luchando para poder respirar.

Una sensación de horror se apoderó de Judá. Cuando levantó su bastón, se sintió helado. ¡La prostituta junto al camino era Tamar! Se había disfrazado y lo había engañado para que le cumpliera su derecho a un hijo. Se sintió colmado de vergüenza. Nada de lo que había hecho en su vida había quedado en secreto. No podía ocultarle nada al Señor. Le cosquilleó la piel; se le erizó el cabello.

«¿Cuándo harás lo correcto, Judá?».

Las palabras llegaron como un susurro. Tamar le había dicho esas palabras años atrás, pero ahora se trataba de otra voz, suave y aterradora, que hablaba a los lugares más recónditos de su mente y de su corazón. Se agarró la cabeza, temblando por dentro. Se estremeció de miedo.

—¿Mi señor? —Acsa lo miraba sorprendida.

Su corazón latía frenéticamente. Gritó y salió corriendo. Tenía que detener el juicio que había puesto en marcha. Si no alcanzaba a Zimram a tiempo, dos vidas más caerían sobre su cabeza: la vida de Tamar y la del hijo que llevaba. ¡Su hijo!

—Oh, Dios, ¡perdóname! —Se exigió más y corrió más rápido que en toda su vida—. ¡Que el pecado caiga sobre mi cabeza!

¿Por qué no había corrido así para alcanzar a los ismaelitas? ¿Por qué no había rescatado a su hermano cuando ellos lo tenían? Ahora era demasiado tarde para revertir lo que había hecho en aquel momento. ¡Oh Dios, ten misericordia, Dios de mi padre, Israel! ¡Dame fuerzas! ¡Permite que la vida de ella se salve y la del niño que lleva dentro!

Zimran y sus hijos venían a su encuentro. Traían a Tamar a rastras, quien forcejeaba como una loca. Uno de sus hermanos la pateaba, mientras Zimram la sujetaba del cabello. Jalándola para que se pusiera de pie, Zimram la empujó hacia Judá y la insultó con todo su aliento.

—¡Suéltenla! —gritó Judá. Cuando Zimram volvió a golpear a Tamar, la sangre de Judá se enardeció—. ¡Golpéala otra vez y te mataré!

Zimran se defendió rápidamente:

—¡Tú eres quien nos dijo que la querías en la hoguera! Y tienes todo el derecho. Ella te ha traicionado y se ha comportado como una ramera.

Tamar estaba en silencio ahora, cubierta de polvo, con el rostro lleno de moretones y de sangre. La habían golpeado, arrastrado, pateado, y se habían burlado de ella por el pecado de él. Ni siquiera su propio padre y sus hermanos sentían lo suficiente por ella como para mostrarle la más mínima compasión. Tamar se quedó parada sin decir nada.

El rostro de Judá se encendió. ¿Alguna vez se había compadecido de esta joven? Ella había padecido el maltrato de Er, y él no había hecho nada para detenerlo. Ella le había reclamado sus derechos con Onán, y él le había dicho que se portara como una ramera. Le había implorado justicia, y él la había abandonado. No había reclamado ni una vez ante las puertas de la ciudad ni lo había

avergonzado. En lugar de eso, se había humillado a sí misma y se había vestido como una ramera para engendrar un hijo para su familia. Y, entonces, en vez de exhibir su pecado, le había devuelto su bastón, su cordón y su sello en privado, resguardando su reputación.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se le tensó la garganta. Tamar estaba parada ante él, maltrecha y sangrante, con la cabeza gacha, sin decir ni una palabra para defenderse, esperando, todavía esperando como siempre había esperado que fuera el hombre que debía ser.

«¿Cuándo harás lo correcto, Judá?».

—Ella es más justa que yo, porque no cumplí mi promesa de dejar que se casara con mi hijo Sela.

—Puede ser, ¡pero ella no tiene derecho a portarse como una ramera bajo mi techo!

Judá miró los ojos oscuros del cananeo y vio el reflejo de su propio corazón insensible. El orgullo de Zimram estaba herido y, por eso, trataba de destruir a Tamar. El orgullo de Judá se quebró. ¿No había culpado él a Tamar por los pecados de otros? Sin que le remordiera la conciencia, la había rechazado y abandonado. Hacía solo un rato que se había sentido exultante ante la idea de condenarla, sabiendo que agonizaría hasta morir quemada. Había pecado contra ella cientos de veces, a plena vista de Dios, y ni una sola vez le había importado cuál era el costo para ella. Y ahora que sus pecados lo habían alcanzado, tenía que tomar la decisión: seguir pecando o arrepentirse.

Tamar levantó la cabeza y lo miró. Él vio un destello en sus ojos. Podía delatarlo ahora mismo. Podía descargar una humillación interminable sobre él. Podía contar cómo lo había engañado en el cruce de Enaim y convertirlo en el hazmerreír delante de su padre, sus hermanos y de todos los que pudieran llegar a enterarse a través de ellos. Judá sabía que merecía ser ridiculizado públicamente y más. Vio su ira, su frustración, su dolor. Y la entendió. Pero no lo hizo cambiar de parecer.

Judá dio un paso al frente y levantó su bastón. Lo sostuvo con ambas manos, listo para pelear.

—Quítale las manos de encima, Zimram. El bebé es mío. —Cuando avanzó otro

paso, el rostro de Zimram palideció. El cananeo retrocedió y sus hijos hicieron lo mismo.

—Entonces, aquí la tienes. Haz con ella lo que te dé la gana. —Zimram se alejó a zancadas y lo miró desconcertado por encima del hombro. Sus hijos lo siguieron.

Tamar soltó la respiración y se desplomó sobre sus rodillas. Agachando la cabeza, apoyó sus manos sobre los pies polvorientos de él.

—Perdóneme, mi señor. —Sus hombros se sacudieron y ella comenzó a sollozar.

Los ojos de Judá se llenaron de lágrimas. Se arrodilló y apoyó suavemente una mano sobre su espalda.

—Soy yo quien necesita tu perdón, Tamar. —El sonido de sus gemidos le rompió el corazón. La ayudó a ponerse de pie. Ella temblaba violentamente. Tenía un ojo amoratado e inflamado. El labio le sangraba. Su ropa estaba rasgada y los rasguños dejaban a la vista dónde había sido arrastrada por el suelo de piedras.

Cuando la vio por primera vez tantos años atrás en el campo de Zimram, sintió que había algo en esta muchacha y la quiso para su hogar. Tamar era cananea, pero era honorable y leal. Era muy valiente y fuerte. Seguramente, había sido Dios quien lo hizo elegir a esta muchacha. Ella había arriesgado todo por tener al hijo que podría preservar a su familia de la perdición total. Él tomó su rostro entre sus manos.

—¡Que el Dios de mi padre, Israel, perdone todos los pecados que cometí contra ti! —Le dio un beso en la frente.

El cuerpo de Tamar se relajó.

—Y los míos contra usted. —Tamar sonrió y sus ojos relucieron con lágrimas.

Judá sintió una profunda ternura por ella. Caminó a su lado, hasta que ella trastabilló y, entonces, la levantó en sus brazos y la cargó el resto del camino a su casa. Acsa corrió para alcanzarlos, lista para ocuparse de las heridas de Tamar.

Judá esperó afuera de su casa de piedra, agarrándose la cabeza entre las manos. Con su orgullo quebrantado y el corazón humillado, oró como no había orado nunca antes. Suplicó por otra persona y no por sí mismo. Era el atardecer cuando Acsa finalmente salió a buscarlo.

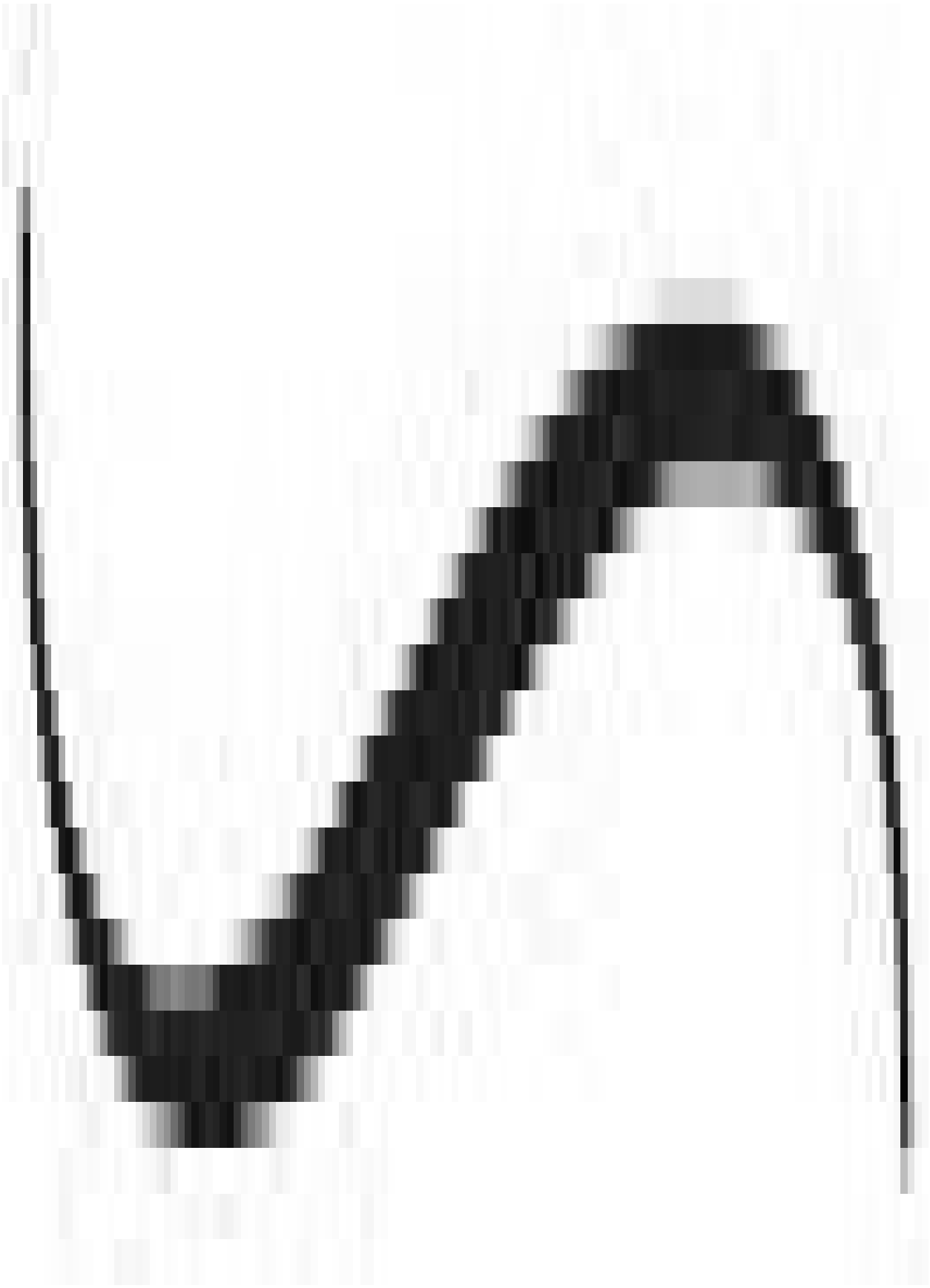
—¿Cómo está?

—Duerme, mi señor. —Acsa sonrió—. Todo parece bien.

Tamar no había perdido al hijo.

—Alabado sea Dios. —Salió a caminar entre su rebaño y seleccionó el mejor cordero que pudo encontrar: un cordero macho sin defecto. Confesó sus pecados ante el Señor y derramó la sangre del cordero como expiación. Después se postró a sí mismo ante el Dios de Abraham, Isaac y Jacob y le suplicó que lo perdonara y lo restaurara.

Esa noche, Judá durmió sin pesadillas por primera vez en más años de los que tenía memoria.



Acsa sentía como si viviera al borde de un acantilado y pudiera resbalarse en cualquier momento. Tamar había cambiado enormemente. Había tomado el mando de la casa como lo haría la primera esposa, y su primera orden fue hacer sacar todo los terafines de Bet-súa y destruirlos. Sela se sumó a las protestas, pero Judá fue inflexible en su apoyo a Tamar. Acsa le suplicó a Tamar, pero no sirvió de nada. Entonces Acsa derramó libaciones en secreto y rezó a los dioses de Canaán que había logrado esconder en su canasta. Todos los días hacía esto por devoción y por amor a Tamar, pero cuando Tamar la descubrió en medio del ritual, montó en cólera.

—Si no vas a obedecerme, ¡toma tus ídolos y vuelve a la casa de mi padre con ellos!

—Solo estoy tratando de ayudarte —le suplicó Acsa, acongojada—. Por favor, préstales atención a las costumbres de antes. ¡Es por ti y por el niño que hago acuerdos con la asamblea divina!

—Nuestras costumbres estaban mal, Acsa. Yo no quiero tener más relación con las viejas tradiciones. ¡Si insistes en mantenerlas, tendrás que irte!

Cuando Tamar tomó el ídolo de barro y lo estrelló contra la pared, Acsa gritó de miedo:

—¿Quieres que los espíritus se pongan en tu contra?

—Este hijo le pertenece a Judá y al Dios de su pueblo. Ningún otro dios será invitado a entrar en la casa de Judá, nunca más. Si te encuentro derramando libaciones a Baal, ¡te echaré! —Tamar extendió su brazo hacia Acsa, llorando—. No me obligues a hacerlo, Acsa. Yo te quiero, ¡pero nosotros nos postraremos ante el Dios de Israel y ante ningún otro!

Acsa nunca había visto una mirada tan feroz en la muchacha. Convencida de que la tensión del embarazo de Tamar había afectado sus sentidos, fue a pedirle ayuda a Judá. ¡Seguramente él querría tener a todas las deidades aplacadas y a su hijo protegido! Pero Judá la sorprendió.

—No habrá ningún otro dios en mi casa. Haz lo que dice Tamar.

Frustrada, Acsa obedeció. Pasó los meses cuidando de cada aspecto de la salud física de Tamar. Preparaba sus comidas y le decía cuándo descansar. Masajeaba el vientre de Tamar y sintió la primera patada del bebé. Compartía el gozo de Tamar, pues amaba a la muchacha, así como al hijo que llevaba. Se sentaba y veía a Tamar acariciando su creciente vientre con una expresión de amor y asombro en su rostro resplandeciente. Tamar estaba en paz y Acsa se descubrió pidiéndole al Dios invisible que fuera misericordioso con Tamar y con el hijo por el que ella había arriesgado todo para concebir.

Cuando se acercaba el momento en que Tamar daría a luz, Acsa le preguntó si podía construir una choza para el parto.

—Sí —dijo Tamar—, pero no te guíes por las costumbres antiguas. ¡Prométemelo!

Acsa se lo prometió y cumplió su palabra. Construyó la choza con sus propias manos. Barrió el piso de tierra y lo cubrió con esteras, pero no salmodió ni cantó a los demonios. No selló cada abertura para impedirles la entrada a los espíritus. En cambio, ofreció oraciones al Dios de Judá porque este era el hijo de Judá.

Dios de Judá, protege a Tamar. Cuida este nacimiento y bendice a esta muchacha, quien se ha apartado de todo lo que conocía para poder estar entre el pueblo de Judá. Te lo ruego por amor a ella. Ten misericordia de ella. Que este bebé que lleva sea un hijo que la ame y la cuide en su vejez. Que sea un hijo que crezca con fuerza y honor.

Fue un parto difícil. En parte, Acsa esperaba que lo fuera porque después de asistir a Tamar, dio a conocer la maravillosa noticia de que el vientre de Tamar no llevaba uno sino dos herederos para el linaje de Judá.

Acsa había actuado como partera muchas veces en la casa de Zimram, pero nunca había presenciado un parto tan difícil como este. Amó mucho más a Tamar porque, a pesar de que la muchacha sufría mucho, no se quejaba. Hora tras hora, Tamar hacía un gran esfuerzo, sudando profusamente. Mordía una correa de cuero para no gritar.

—¡Grita, Tamar! ¡Eso te ayudará!

—Judá escuchará y se afligirá.

—¡Él es la causa de tu dolor! ¡Que escuche! ¡Estoy segura de que Bet-súa gritaba!

—¡Yo no soy Bet-súa! —Las lágrimas brotaron y las cuerdas en su cuello sobresalieron—. Canta para el Señor Dios, Acsa. —Gimió cuando los dolores la acometieron otra vez. La roca de parto sobre la que Tamar se había sentado estaba empapada de sangre y agua.

Y Acsa cantó, desesperadamente:

—¡Proclamaré el nombre del Señor! ¡Proclamaré Su nombre y atribuiré la grandeza al Dios de Judá, al Dios de Jacob, al Dios de Isaac y de Abraham!

—Sus caminos son justos. —Tamar respiró con dificultad y volvió a gemir, llevándose las manos a las rodillas mientras empujaba hacia abajo.

La mano del primer niño salió y, rápidamente, Acsa ató un cordón escarlata en la muñeca del bebé.

—Este salió primero —anunció.

—¡Ay, Dios, ten misericordia! —gritó Tamar en ese momento y el niño volvió a guardar su mano. Tamar rechinó los dientes y volvió a empujar hacia abajo. Acsa oró frenéticamente cuando puso sus manos sobre el abdomen de Tamar y sintió que los dos bebés luchaban dentro de ella. Se movían, rodaban, empujaban. Tamar gritó otra vez y el primer niño salió empujando hacia abajo y escabulléndose de las manos de Acsa, que lo esperaban.

—¡Un varón! —Acsa rio con alegría, luego jadeó sorprendida—. ¿Qué? —No era el bebé con el cordón escarlata en la muñeca—. ¿Cómo hiciste para abrirte brecha y salir primero? Se llamará Fares —dijo, porque significaba «abrir la brecha».

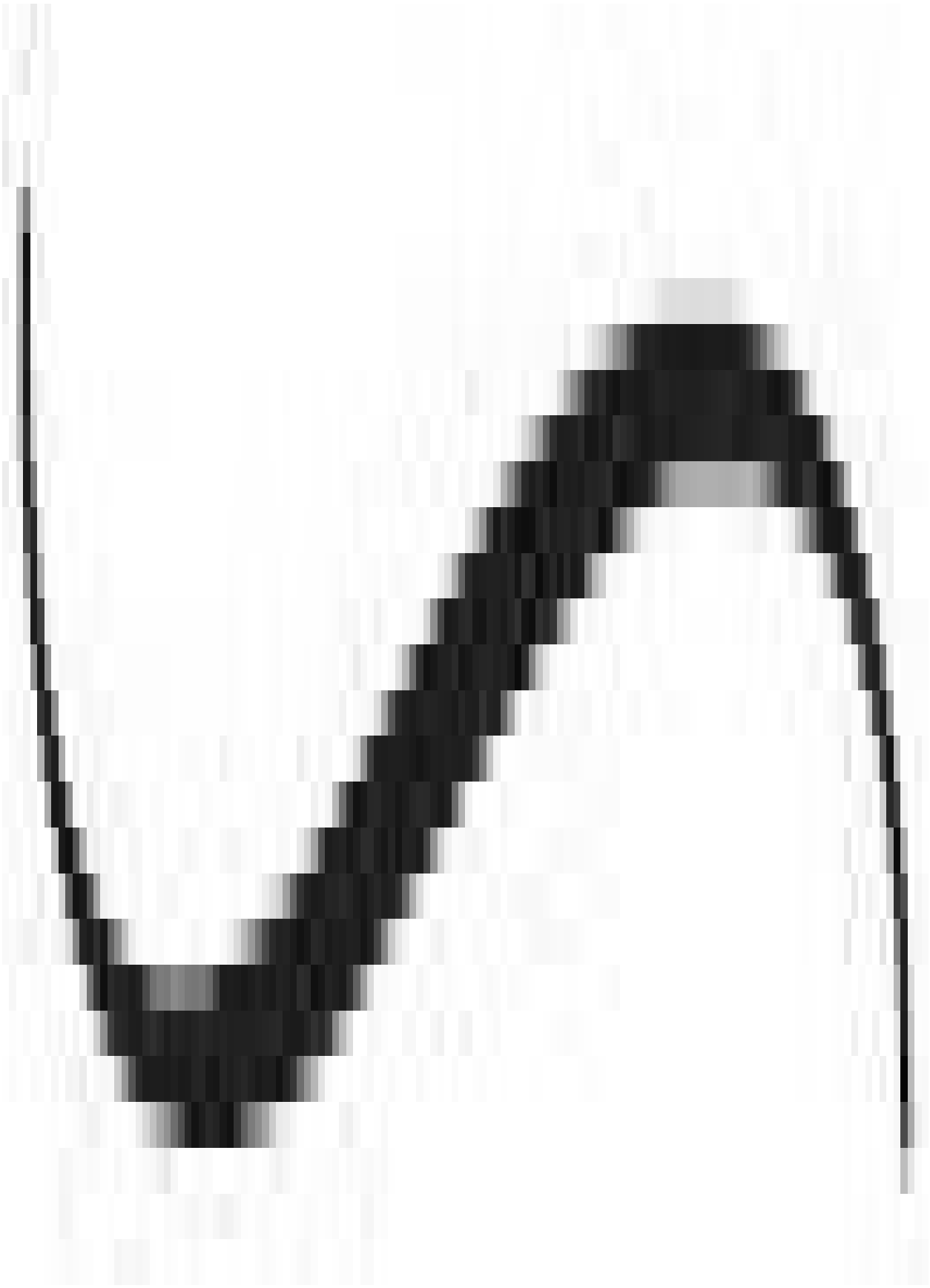
A los pocos segundos nació el segundo bebé, otro varón, al cual le pusieron el nombre Zera, por el hilo empapado en sangre —«Zera», que significa «escarlata»—, que lo proclamó el primogénito, aunque había salido segundo.

Tamar sonrió cansada. Cuando expulsó la placenta, se recostó sobre el suelo cubierto de esteras, cerró los ojos y suspiró.

—Varones —dijo en voz baja y sonrió.

Acsa cortó los cordones, lavó a los niños, les puso sal, los envolvió en pañales y los colocó en los brazos de su madre. Tamar sonrió mirando a Fares y a Zera.

—¿Ves lo que hizo el Señor, Acsa? Él levanta a los pobres de espíritu. ¡Me levantó del polvo y las cenizas y me dio hijos! —Con los ojos resplandecientes de alegría, Tamar rio.



Judá no pudo hablar cuando vio a Tamar con dos bebés en los brazos. Sus emociones eran tan intensas que lo sofocaban. A pesar de sus pecados, Dios lo había bendecido doblemente a través de esta valiente joven cananea. Miró a sus dos hijos y a la madre, todavía pálida por el esfuerzo, y se dio cuenta de que amaba a Tamar por la mujer que era. No solo la amaba, la respetaba y la admiraba. Cuando Judá la llevó a su casa para Er, nunca imaginó cómo la usaría Dios para llevarlo a arrepentirse, a transformar su corazón, para cambiar el curso de su vida. Tamar era una mujer de excelencia, ¡una mujer digna de elogio!

Ella lo miraba con firmeza.

—Quiero que mis hijos sean hombres de Dios, Judá. Quiero que les hagas todo lo que Dios exija para que sean considerados parte de Su pueblo.

—En ocho días circuncidaré a mis hijos, y tan pronto como estés bien para viajar, nos iremos de este lugar y volveremos al campamento de mi padre.

Judá notó que las lágrimas se escurrían hacia el cabello oscuro en las sienes de Tamar. Su mirada estaba llena de incertidumbre y él podía suponer por qué. Ella nunca había sido bien tratada por Bet-súa ni por sus hijos.

—Mi padre, Jacob, te recibirá bien, Tamar, y mi madre te amará. Ella te aceptará y comprenderá lo que pasó entre nosotros mejor que nadie. —Tamar aún era joven y vulnerable. Ninguna mujer le había parecido más hermosa que ella en este momento, incomparablemente preciosa. Él le allanaría el camino.

Tamar levantó la vista.

—¿Cómo puedes estar seguro de que tu madre me aceptará?

—Mi madre se acercó a mi padre oculta por sus velos.

Sus ojos oscuros parpadearon por la sorpresa.

—¿Vestida como una prostituta?

—Vestida como una novia, pero no la que él quería. —Sonrió con tristeza—. Sin embargo, mi padre llegó a amarla a su manera. Ella le dio hijos. Yo soy el cuarto

de seis. —Judá vio que el pulso de Tamar latía fuerte en su garganta. Se veía muy preocupada. Un instante después, él se dio cuenta del porqué y se ruborizó. Tomó la mano de Tamar y la cubrió con la suya—. No me malinterpretes, Tamar, ni tengas miedo por nuestro futuro juntos. Yo te respetaré como debe respetar un hombre a su esposa, pero tú eres mi hija ahora. No haré las cosas como acostumbran los cananeos. Lo prometo. —Hizo una mueca y su sonrisa fue dulce y pesarosa—. ¡Es una promesa que pienso cumplir!

Los oscuros ojos de Tamar brillaron.

—Confío en ti, Judá. Harás lo correcto.

Envuelto en su perdón, Judá sintió que se le tensaba la garganta. Tomó la mano de Tamar suavemente y le dio un beso en la palma.

EPÍLOGO



En los años siguientes, Judá fue un hombre diferente. Restableció la relación con su padre y se reafirmó como líder entre sus hermanos. Los llevó a Egipto a comprar alimentos para que la casa de Jacob sobreviviera el hambre que azotaba la tierra. Fue entonces cuando Dios lo puso cara a cara con el hermano que había abandonado: José.

Sin ser reconocido como Zafnat-panea, el gobernador del faraón, José los puso a prueba. Cuando exigió que Benjamín, el hijo menor de Raquel, se quedara como su esclavo, Judá dio un paso hacia adelante, asegurando que el desastre que les había acontecido se debía a sus propios pecados y ofreciendo su vida a cambio de la de su hermano. Al ver el cambio en Judá, José lloró y reveló su verdadera identidad. Hacía mucho tiempo que los había perdonado, pero ahora los recibió con un abrazo. José envió a Judá y a sus hermanos de regreso a Canaán con instrucciones de que volvieran a Egipto con Jacob y con toda su familia, donde llegarían a tener la tierra fértil de Gosén.

Tamar volvió con Judá, sus hijos ya adultos y con hijos propios.

En su lecho de muerte, Jacob-Israel reunió a sus hijos a su alrededor y le dio una bendición a cada uno. Judá recibió la mayor de todas. El cetro nunca abandonaría sus manos. De él y de los hijos que le dio Tamar llegaría el Prometido, el Ungido de Dios: ¡el Mesías!

Hasta su último día en la tierra, Judá cumplió la promesa que le había hecho a Tamar. Aunque la amaba, nunca volvió a acostarse con ella, ni con ninguna otra mujer.

BUSQUE Y ENCUENTRE



Querido lector:

Usted acaba de leer la historia de Tamar según la percepción de una autora. ¿Es esta la verdad completa sobre la historia de Tamar y de Judá? Jesús dijo que el que busca encuentra las respuestas que necesitamos para la vida. La mejor manera de descubrir la verdad es ¡que la busque usted mismo!

Esta sección «Busque y encuentre» está diseñada para ayudarlo a descubrir la historia de Tamar según está registrada en la Biblia. Consiste en seis estudios cortos que usted puede hacer de forma individual o con un grupo pequeño.

Podría sorprenderlo descubrir que esta historia antigua tiene aplicaciones para su vida en la actualidad. No importa dónde viva ni en qué siglo, la Palabra de Dios es la verdad. Es tan relevante hoy como lo fue en el pasado. En ella encontramos un futuro y una esperanza.

Peggy Lynch

GUIÁNDONOS A CASA

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Retroceda y lea el pasaje bíblico citado en «Preparando la escena», en las páginas 3–5.

¿Qué papel desempeñó Judá en este relato de rivalidad entre hermanos?

¿Qué le dijeron él y sus hermanos a su padre?

Basándose en este pasaje, enumere varias razones posibles por las que Judá eligió dejar a su familia «en esos días».

¿Alguna vez se sintió avergonzado por algún acto descuidado que hizo y afectó a otros? ¿Tuvo miedo de que lo descubrieran? ¿Qué decisiones tomó?

Judá tenía alternativas. ¿Qué podría haber hecho de otra manera?

Proverbios 28:13 nos dice: «Los que encubren sus pecados no prosperarán, pero si los confiesan y los abandonan, recibirán misericordia».

Si Judá les hubiera confesado a Dios y a su padre lo que él y sus hermanos hicieron, la historia habría terminado ahí. Pero no lo hizo. En cambio, ¡se casó! Al parecer, Judá tomó el camino de alejarse de la verdad. Prefirió huir y esconderse en vez de confrontar los problemas reales. Eligió manejar las cosas por su cuenta en lugar de dejar que Dios dirigiera su camino.

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

¿Qué aprendió sobre Judá hasta ahora? ¿Lo considera agresivo o pasivo? ¿Por qué?

¿En qué forma se identifica con Judá?

¿Cómo resuelve usted los celos? ¿Y el conflicto?

¿A quién recurre cuando tiene problemas: a usted mismo, o a sus familiares y amigos? ¿A las pautas con las que se siente cómodo? ¿A Dios?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Los que encubren sus pecados no prosperarán, pero si los confiesan y los abandonan, recibirán misericordia.

P

ROVERBIOS

28:13

Tome un momento para pedirle a Dios que revise su corazón. Quédese en silencio ante Él. Reflexione qué le ofrece aquí.

LOS LAZOS FAMILIARES

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea los siguientes pasajes:

En esos días, Judá dejó su casa y se fue a Adulam, donde se quedó con un hombre llamado Hira. Allí vio a una mujer cananea, la hija de Súa, y se casó con ella. Cuando se acostaron, ella quedó embarazada y dio a luz un hijo, y le puso por nombre Er. Después volvió a quedar embarazada y dio a luz otro hijo, y le puso por nombre Onán. Además, dio a luz un tercer hijo y lo llamó Sela. Cuando nació Sela, ellos vivían en Quezib.

Con el transcurso del tiempo, Judá arregló que Er, su hijo mayor, se casara con una joven llamada Tamar. Pero Er era un hombre perverso ante los ojos del Señor, y el Señor le quitó la vida. Entonces Judá dijo a Onán, hermano de Er: «Cásate con Tamar, como nuestra ley exige al hermano de un hombre que haya muerto. Tú debes darle un heredero a tu hermano».

Pero Onán no estaba dispuesto a tener un hijo que no fuera su propio heredero. Por eso, cada vez que tenía relaciones sexuales con la mujer de su hermano, derramaba el semen en el suelo. Esto evitaba que ella tuviera un hijo de su hermano. Así que el Señor consideró una maldad que Onán negara un hijo a su hermano muerto, y el Señor también le quitó la vida a Onán.

Entonces, Judá le dijo a Tamar, su nuera: «Vuelve a la casa de tus padres y permanece viuda hasta que mi hijo Sela tenga edad suficiente para casarse contigo». (Pero en realidad, Judá no pensaba hacerlo porque temía que Sela también muriera, igual que sus dos hermanos). Entonces, Tamar regresó a vivir a la casa de sus padres.

G

ÉNESIS

38:1-11

Los hijos de Noé que salieron de la barca con su padre fueron Sem, Cam y Jafet (Cam es el padre de Canaán). De estos tres hijos de Noé provienen todas las personas que ahora pueblan la tierra.

Después del diluvio, Noé comenzó a cultivar la tierra y plantó un viñedo. Cierto día, bebió del vino que había hecho y se emborrachó, y estaba recostado y desnudo dentro de su carpa. Cam, el padre de Canaán, vio que su padre estaba desnudo y salió a contárselo a sus hermanos. Entonces Sem y Jafet tomaron un manto, se lo pusieron sobre los hombros y entraron de espaldas a la carpa para cubrir a su padre. Mientras lo hacían, miraban para otro lado a fin de no ver a su padre desnudo.

Cuando Noé despertó de su estupor, se enteró de lo que había hecho Cam, su hijo menor. Entonces maldijo a Canaán, el hijo de Cam:

«¡Maldito sea Canaán!

¡Que sea el más inferior de los siervos para con sus familiares!».

Entonces dijo Noé:

«¡Bendito sea el Señor, Dios de Sem,

y sea Canaán su siervo!

¡Que Dios extienda el territorio de Jafet!

Que Jafet comparta la prosperidad de Sem,

y sea Canaán su siervo».

ÉNESIS

9:18-27

Según el segundo pasaje, ¿quién fue el padre de los cananeos?

Abraham envió a su siervo a una tierra lejana para encontrar una esposa para su hijo, Isaac, porque no quería que se casara con una cananea. Esaú le causó disgustos a su padre, Isaac, cuando se casó no con una sino con dos mujeres cananeas. Isaac mandó muy lejos a su hijo Jacob para que consiguiera una esposa que no fuera cananea.

¿Cómo consiguió esposa Judá, el hijo de Jacob?

¿Quién lo ayudó? ¿Quiénes eran el pueblo de ella?

El primogénito fue un varón. Judá lo llamó Er. ¿Quién les puso el nombre a Onán y a Sela?

¿Qué clase de hijo fue Er?

De acuerdo con el siguiente pasaje, ¿qué cosas odia Dios?

Hay seis cosas que el Señor odia, no, son siete las que detesta: los ojos arrogantes, la lengua mentirosa, las manos que matan al inocente, el corazón que

trama el mal, los pies que corren a hacer lo malo, el testigo falso que respira mentiras y el que siembra discordia en una familia.

P

ROVERBIOS

6:16-19

Antes, leímos que «Er era un hombre perverso». La palabra hebrea aquí traducida como perverso también se usa en muchos otros pasajes bíblicos. En Génesis 13, Sodoma y Gomorra fueron llamadas perversas porque practicaban la sodomía; en el libro de Ester, Amán es llamado perverso por conspirar para exterminar a los judíos; en Deuteronomio, todo el que llevara al pueblo de Dios a adorar a los dioses falsos era llamado perverso.

¿Qué le hizo Dios a Er?

¿Cuál pudo haber sido el motivo de la muerte de Er?

¿Qué clase de hombre proclama Dios que era Onán?

¿De qué manera disgustó Onán a Dios? ¿Qué le hizo Dios?

El hijo que le quedaba a Judá, Sela, tendría que haber sido entregado a Tamar, de acuerdo con las costumbres matrimoniales de la época. ¿Qué razones le dio Judá a Tamar para postergar el matrimonio?

¿Cuál era la verdadera razón?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Judá estaba afligido por el pasado, así como por el presente, y estaba sobrecogido por el miedo al futuro. ¿Qué miedos lo aprisionan a usted?

¿Cómo lidia usted con el miedo?

Er y Onán hicieron lo que quisieron y eso los llevó a la muerte. Según nos dice el libro de Proverbios: «Delante de cada persona hay un camino que parece correcto, pero termina en muerte» (Proverbios 14:12). Por el contrario, Jesús dijo: «Mi propósito es darles una vida plena y abundante» (Juan 10:10).

¿Conoce usted a Aquel que da vida en toda su plenitud y abundancia?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Jesús le contestó: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie puede ir al Padre si no es por medio de mí». «¡Mira! Yo estoy a la puerta y llamo. Si oyes mi voz y abres la puerta, yo entraré y cenaremos juntos como amigos».

UAN

14:6; A

POCALIPSIS

3:20

¿Aceptará usted Su invitación?

LA NOVIA

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Pero Er era un hombre perverso ante los ojos del Señor, y el Señor le quitó la vida. Entonces Judá dijo a Onán, hermano de Er: «Cásate con Tamar, como nuestra ley exige al hermano de un hombre que haya muerto. Tú debes darle un heredero a tu hermano».

Pero Onán no estaba dispuesto a tener un hijo que no fuera su propio heredero. Por eso, cada vez que tenía relaciones sexuales con la mujer de su hermano, derramaba el semen en el suelo. Esto evitaba que ella tuviera un hijo de su hermano. Así que el Señor consideró una maldad que Onán negara un hijo a su hermano muerto, y el Señor también le quitó la vida a Onán.

Entonces Judá le dijo a Tamar, su nuera: «Vuelve a la casa de tus padres y permanece viuda hasta que mi hijo Sela tenga edad suficiente para casarse

contigo». (Pero en realidad, Judá no pensaba hacerlo porque temía que Sela también muriera, igual que sus dos hermanos). Entonces, Tamar regresó a vivir a la casa de sus padres.

Unos años después, murió la esposa de Judá. Cumplido el período de luto, Judá y su amigo Hira el adulamita subieron a Timna para supervisar la esquila de sus ovejas. Alguien le dijo a Tamar: «Mira, tu suegro sube a Timna para esquilar sus ovejas».

Tamar ya sabía que Sela había crecido, pero aún no se había arreglado nada para que ella se casara con él. Así que se quitó la ropa de viuda y se cubrió con un velo para disfrazarse. Luego se sentó junto al camino, a la entrada de la aldea de Enaim, la cual está rumbo a Timna. Judá la vio y creyó que era una prostituta, porque ella tenía el rostro cubierto. Entonces se detuvo y le hizo una propuesta indecente:

—Déjame tener sexo contigo —le dijo, sin darse cuenta de que era su propia nuera.

—¿Cuánto me pagarás por tener sexo contigo? —preguntó Tamar.

—Te enviaré un cabrito de mi rebaño —prometió Judá.

—¿Pero qué me darás como garantía de que enviarás el cabrito? —preguntó ella.

—¿Qué clase de garantía quieres? —respondió él.

Ella contestó:

—Déjame tu sello de identidad junto con tu cordón, y el bastón que llevas.

Entonces Judá se los entregó. Después tuvo relaciones sexuales con ella, y Tamar quedó embarazada. Luego ella regresó a su casa, se quitó el velo y se puso la ropa de viuda como de costumbre.

En la lección anterior aprendimos que Judá escogió casarse con una muchacha cananea y prohibida. También eligió una esposa cananea para su hijo. El nombre de esta novia joven era Tamar.

Tamar significa «palmera datilera». Las palmeras datileras eran árboles que tenían un alto valor, no solo por su delicioso fruto, sino también por su belleza majestuosa y por su capacidad para crecer muy bien en el clima desértico. Esta novia adolescente no fue llamada así casualmente.

¿Qué aprendemos sobre Tamar en el pasaje previo?

¿Qué clase de opciones tenía Tamar (si es que tuvo alguna)?

Cuando volvió a la casa de su padre, ¿cree usted que tenía la expectativa de volver alguna vez al hogar de Judá? ¿Por qué sí o por qué no?

¿En qué punto cree que Tamar se dio cuenta de que no habría otra boda?

Tamar decidió hacerse cargo de la situación. Tal vez pensó: Judá es viudo y es libre para casarse nuevamente. Seguramente su propia simiente me aseguraría la promesa que hizo de darme hijos. O, ¡yo tomaré solo lo que me ha prometido!

Cuando Tamar puso en marcha sus planes, se cambió la ropa de viuda. ¿Qué hizo al final del pasaje? ¿Qué importancia tiene esto? (Si necesita una pista, tenga en cuenta lo siguiente: ¿Detuvo ella a otros hombres que se dirigían a la

esquila? ¿Se quedó con Judá? ¿Siguió comportándose como una prostituta? ¿Hizo alarde de sus actos?)

Esta mujer de acción ahora espera. Espera para ver si Judá aceptará la solución que ella le dio al dilema que tenían. Espera para ver si será ella la que acrecentará la familia de Judá. ¡Espera ver que el Dios de Judá juzgue entre Judá y ella misma!

Lea el siguiente pasaje:

La gente puede considerarse pura según su propia opinión, pero el Señor examina sus intenciones.

P

ROVERBIOS

16:2

¿Qué dice Proverbios 16:2 sobre la opinión que se forman las personas sobre sí mismas?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

A estas alturas, Tamar había sido maltratada, usada, abandonada y olvidada. ¿Alguna vez lo han tratado a usted injustamente? ¿Cómo manejó usted las promesas incumplidas?

¿En qué aspectos se identifica con Tamar?

¿Alguna vez se ha adelantado a Dios y ha tratado de arreglar las cosas usted mismo? De haber sido así, ¿cuál fue el resultado?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Luego dijo Jesús: «Vengan a mí todos los que están cansados y llevan cargas pesadas, y yo les daré descanso. Pónganse mi yugo. Déjenme enseñarles, porque yo soy humilde y tierno de corazón, y encontrarán descanso para el alma. Pues mi yugo es fácil de llevar y la carga que les doy es liviana».

M

ATEO

11:28-30

Haga una pausa para considerar qué carga está llevando. ¿Hará como hizo Tamar y tratará de manejarla por su cuenta? ¿O dejará que Jesús lleve su aflicción, su desilusión, el trato injusto que le han dado y las decepciones? Acepte el «yugo» de Jesús. Permítale que le dé una esperanza y un futuro.

LA REVELACIÓN

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Unos tres meses después, le dijeron a Judá:

—Tu nuera Tamar se ha comportado como una prostituta y ahora, como consecuencia, está embarazada.

—¡Sáquenla y quémenla! —ordenó Judá.

Pero cuando la sacaban para matarla, ella envió el siguiente mensaje a su suegro: «El dueño de estas cosas fue quien me dejó embarazada. Fíjese bien. ¿De quién son este sello, este cordón y este bastón?».

Judá los reconoció enseguida y dijo:

—Ella es más justa que yo, porque no arreglé que se casara con mi hijo Sela.

Y Judá nunca más volvió a acostarse con Tamar.

G

ÉNESIS

38:24-26

Cuando Judá se enteró de que Tamar estaba embarazada, ¿cuál fue su reacción? ¿Fue una proclama privada o una pública?

Judá pudo haber pensado: ¡Esto me librará de la promesa que le hice de

entregarle a Sela! También podría haber pensado: ¿Quién me culpará por deshacerme de Tamar? ¿Cuál fue la respuesta de Tamar a la pena de muerte que exigía su suegro?

¿Por qué piensa usted que Tamar le respondió con una pregunta, en lugar de hacer un anuncio? ¿Qué revela esto acerca de su carácter?

Ahora, Judá tenía enfrente una decisión por tomar. Podía huir y esconderse una vez más, ignorando la verdad, o, finalmente, podía hacer lo correcto. De acuerdo con el pasaje que acabamos de leer, ¿cuál fue la reacción de Judá?

¿Qué revela la respuesta de Judá sobre su carácter?

Lea el siguiente pasaje:

Los que encubren sus pecados no prosperarán, pero si los confiesan y los abandonan, recibirán misericordia.

P

ROVERBIOS

28:13

El corazón que se haya confesado y haya abandonado el pecado será declarado justo por Dios por medio de Cristo Jesús. Tamar y Judá hallaron el perdón de Dios y lo vieron obrar Sus buenos propósitos a través de sus vidas. Solo Dios

puede producir una bendición del desastre, del engaño y de la desilusión. Solo Dios conoce el corazón de la persona.

Lea los siguientes pasajes:

Cuando llegó el tiempo de que Tamar diera a luz, se descubrió que esperaba gemelos. Durante el parto, uno de los niños sacó la mano, entonces la partera le ató un hilo rojo en la muñeca y anunció: «Este salió primero». Pero luego el niño metió la mano de vuelta, ¡y salió primero su hermano! Entonces la partera exclamó: «¡Vaya! ¿Cómo hiciste para abrirte brecha y salir primero?». Y lo llamaron Fares. Luego nació el niño que llevaba el hilo rojo en la muñeca, y lo llamaron Zera.

G

ÉNESIS

38:27-30

«Pues yo sé los planes que tengo para ustedes —dice el Señor—. Son planes para lo bueno y no para lo malo, para darles un futuro y una esperanza».

J

EREMÍAS

29:11

Judá fue el padre de Fares y de Zera (la madre fue Tamar). Fares fue el padre de

Hezrón. Hezrón fue el padre de Ram.

M

ATEO

1:3

Tamar había esperado un hijo. ¿Qué hizo Dios por ella?

Judá había esperado un heredero. ¿Qué hizo Dios por él?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

¿Alguna vez lo han confrontado en privado por algo errado que hizo o que dijo? De ser así, ¿cómo lo hizo sentirse?

¿Alguna vez fue reprendido, humillado o corregido en público? ¿Cómo reaccionó?

Cuando Tamar fue confrontada en público, expuso la verdad (como ella la conocía). Cuando Judá fue confrontado con la verdad, se arrepintió. Había huido de su familia y de su fe. Dios usó las consecuencias de sus decisiones para traer arrepentimiento y restauración. De acuerdo con su experiencia de ser confrontado por algo malo que hizo, ¿cuáles fueron las consecuencias? Si tuviera que volver a hacerlo, ¿de qué otra manera reaccionaría?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Entremos directamente a la presencia de Dios con corazón sincero y con plena confianza en él. Pues nuestra conciencia culpable ha sido rociada con la sangre de Cristo a fin de purificarnos, y nuestro cuerpo ha sido lavado con agua pura.

H

EBREOS

10:22

Dios los salvó por su gracia cuando creyeron. Ustedes no tienen ningún mérito en eso; es un regalo de Dios. La salvación no es un premio por las cosas buenas que hayamos hecho, así que ninguno de nosotros puede jactarse de ser salvo.

E

FESIOS

2:8-9

¿Cómo está atrayéndolo Dios?

ÉPOCAS DE CAMBIO

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

En nuestro breve estudio, hemos visto cómo las circunstancias brindan las decisiones que podemos tomar en la vida. Estas decisiones pueden llevarnos a la destrucción y al desengaño o a la restauración y a una vida productiva. Repasando, relea el pasaje bíblico de «Preparando la escena» en las páginas 3–5. ¿Qué clase de hombre era Judá en ese momento?

El pasaje a continuación es extenso, pero es importante para saber el final de la historia de Judá. Tuvo lugar muchos años después del incidente con Tamar, cuando Judá y sus hermanos se presentaron ante su hermano perdido hacía tanto tiempo. José había llegado a un puesto de gran autoridad en Egipto. Él reconoció a sus hermanos malvados y decidió ponerlos a prueba para ver si habían cambiado. Los hermanos no sabían que el hombre que ejercía el poder de la vida o la muerte para ellos era, de hecho, José.

Cuando los hermanos estuvieron listos para marcharse, José dio las siguientes instrucciones al administrador del palacio: «Llena sus costales con todo el grano que puedan llevar y pon el dinero de cada uno nuevamente en su costal. Luego pon mi copa personal de plata en la abertura del costal del menor de los hermanos, junto con el dinero de su grano». Y el administrador hizo tal como José le indicó.

Los hermanos se levantaron al amanecer y emprendieron el viaje con sus burros cargados. Cuando habían recorrido solo una corta distancia y apenas habían llegado a las afueras de la ciudad, José le dijo al administrador del palacio: «Sal tras ellos y detenlos; y cuando los alcances, pregúntales: “¿Por qué han pagado mi bondad con semejante malicia? ¿Por qué han robado la copa de plata de mi amo, la que usa para predecir el futuro? ¡Qué maldad tan grande han cometido!”».

Cuando el administrador del palacio alcanzó a los hombres, les habló tal como José le había indicado.

—¿De qué habla usted? —respondieron los hermanos—. Nosotros somos sus siervos y nunca haríamos semejante cosa. ¿Acaso no devolvimos el dinero que encontramos en nuestros costales? Lo trajimos de vuelta desde la tierra de Canaán. ¿Por qué robaríamos oro o plata de la casa de su amo? Si usted encuentra la copa en poder de uno de nosotros, que muera el hombre que la tenga. Y el resto de nosotros, mi señor, seremos sus esclavos.

—Eso es justo —respondió el hombre—, pero solo el hombre que haya robado la copa será mi esclavo. Los demás quedarán libres.

Ellos bajaron rápidamente sus costales de los lomos de sus burros y los abrieron. El administrador del palacio revisó los costales de cada uno de los hermanos, desde el mayor hasta el menor, ¡y encontró la copa en el costal de Benjamín! Al ver eso, los hermanos se rasgaron la ropa en señal de desesperación. Luego volvieron a cargar sus burros y regresaron a la ciudad.

José todavía estaba en su palacio cuando Judá y sus hermanos llegaron. Entonces se postraron en el suelo delante de él.

—¿Qué han hecho ustedes? —reclamó José—. ¿No saben que un hombre como yo puede predecir el futuro?

—Oh, mi señor —contestó Judá—, ¿qué podemos responderle? ¿Cómo podemos explicar esto? ¿Cómo podemos probar nuestra inocencia? Dios nos está castigando por nuestros pecados. Mi señor, todos hemos regresado para ser sus esclavos, todos nosotros, y no solo nuestro hermano que tenía la copa en su costal.

—No —dijo José—. ¡Yo jamás haría algo así! Solo el hombre que robó la copa será mi esclavo. Los demás pueden volver en paz a la casa de su padre.

Entonces Judá dio un paso adelante y dijo:

—Por favor, mi señor, permita que su siervo le hable tan solo unas palabras. Le ruego que no se enoje conmigo, a pesar de ser usted tan poderoso como el faraón mismo.

»Mi señor, anteriormente nos preguntó a nosotros, sus siervos: “¿Tienen un padre o un hermano?”. Y nosotros respondimos: “Sí, mi señor, tenemos un padre que ya es anciano, y su hijo menor le nació en la vejez. Su hermano de padre y

madre murió y él es el único hijo que queda de su madre, y su padre lo ama mucho".

»Usted nos dijo: "Tráiganlo aquí para que lo vea con mis propios ojos". Pero nosotros le dijimos a usted: "Mi señor, el muchacho no puede dejar a su padre, porque su padre moriría". Pero usted nos dijo: "A menos que su hermano menor venga con ustedes, nunca más volverán a ver mi rostro".

»Entonces regresamos a la casa de su siervo, nuestro padre, y le dijimos lo que usted nos había dicho. Tiempo después, cuando él nos dijo que regresáramos a comprar más alimento, le respondimos: "No podemos ir a menos que permitas que nuestro hermano menor nos acompañe. Nunca llegaremos a ver el rostro del hombre a menos que nuestro hermano menor esté con nosotros".

»Entonces mi padre nos dijo: "Como ya saben, mi esposa tuvo dos hijos, y uno de ellos se fue y nunca más regresó. Sin duda, fue despedazado por algún animal salvaje, y no he vuelto a verlo. Si ahora alejan de mí a su hermano y él sufre algún daño, ustedes mandarán a la tumba a este hombre entristecido y canoso".

»Y ahora, mi señor, no puedo regresar a la casa de mi padre sin el muchacho. La vida de nuestro padre está ligada a la vida del muchacho. Si nuestro padre ve que el muchacho no está con nosotros, morirá. Nosotros, sus siervos, ciertamente seremos responsables de haber enviado a la tumba a ese hombre entristecido y canoso. Mi señor, yo le garanticé a mi padre que me haría cargo del muchacho. Le dije que, si no lo llevaba de regreso, yo cargaría con la culpa para siempre.

»Por favor, mi señor, permita que yo me quede aquí como esclavo en lugar del muchacho, y deje que el muchacho regrese con sus hermanos. Pues, ¿cómo podré regresar y ver a mi padre si el muchacho no está conmigo? ¡No podría soportar ver la angustia que le provocaría a mi padre!

G

ÉNESIS

44:1-34

¿Qué aprendemos de Judá en este relato?

¿De qué manera había cambiado Judá?

Lea el siguiente pasaje bíblico, que nos cuenta el final de la historia:

José ya no pudo contenerse. Había mucha gente en la sala, y él les dijo a sus asistentes: «¡Salgan todos de aquí!». Así que estuvo a solas con sus hermanos en el momento de decirles quién era. Entonces perdió el control y se echó a llorar. Lloraba con tanta fuerza que los egipcios podían oírlo, y la noticia pronto llegó hasta el palacio del faraón.

«¡Soy José! —dijo a sus hermanos—. ¿Vive mi padre todavía?». ¡Pero sus hermanos se quedaron mudos! Estaban atónitos al darse cuenta de que tenían a José frente a ellos. «Por favor, acérquense», les dijo. Entonces ellos se acercaron, y él volvió a decirles: «Soy José, su hermano, a quien ustedes vendieron como esclavo en Egipto. Pero no se inquieten ni se enojen con ustedes mismos por haberme vendido. Fue Dios quien me envió a este lugar antes que ustedes, a fin de preservarles la vida. El hambre que ha azotado la tierra estos dos últimos años durará otros cinco años más, y no habrá ni siembra ni siega. Dios me hizo llegar antes que ustedes para salvarles la vida a ustedes y a sus familias, y preservar la vida de muchos más. Por lo tanto, fue Dios quien me envió a este lugar, ¡y no ustedes! Y fue él quien me hizo consejero del faraón, administrador de todo su palacio y gobernador de todo Egipto.

»Ahora, ¡apresúrense! Regresen a donde está mi padre y díganle: “Tu hijo José dice: ‘Dios me ha hecho señor de toda la tierra de Egipto. ¡Así que ven a verme de inmediato! Podrás vivir en la región de Gosén, donde estarás cerca de mí, junto con tus hijos y tus nietos, tus rebaños y tus manadas, y todas tus posesiones. Allí te cuidaré, porque aún quedan cinco años de hambre. De lo contrario, tú, los de tu casa y todos tus animales morirán de hambre’”.

»¡Miren! —agregó José—. Pueden comprobarlo con sus propios ojos, y también puede hacerlo mi hermano Benjamín, ¡que de veras soy José! Díganle a mi padre

acerca de la posición de honor que tengo aquí en Egipto. Descríbanle todo lo que han visto y, después, traigan a mi padre aquí lo más pronto posible». Llorando de alegría, José abrazó a Benjamín, y Benjamín hizo lo mismo. Luego José besó a cada uno de sus hermanos y lloró sobre ellos, y después comenzaron a hablar libremente con él.

G

ÉNESIS

45:1-15

Evidentemente, José se conmovió profundamente por el ruego de Judá. ¿Cuál fue la respuesta de José a Judá y al resto de sus hermanos?

Dios había hecho provisión para toda la familia. Le había salvado la vida a José y le había dado un puesto de gran autoridad. Había restaurado a Judá y a sus hermanos.

Vuelva a leer el siguiente pasaje sobre Tamar:

Entonces Judá le dijo a Tamar, su nuera: «Vuelve a la casa de tus padres y permanece viuda hasta que mi hijo Sela tenga edad suficiente para casarse contigo». (Pero en realidad, Judá no pensaba hacerlo porque temía que Sela también muriera, igual que sus dos hermanos). Entonces Tamar regresó a vivir a la casa de sus padres.

G

ÉNESIS

38:11

A esas alturas, ¿qué clase de futuro podía esperar Tamar?

Ahora, lea el siguiente pasaje bíblico, escrito muchos años después:

Y que el Señor te dé descendientes por medio de esta joven que sean como los de nuestro antepasado Fares, el hijo de Tamar y Judá.

R

UT

4:12

¿Cómo era recordada Tamar por sus descendientes?

Tamar tenía esperanzas y planes, pero Dios tenía planes más grandes. Le dio hijos gemelos, que se convirtieron en los antepasados de la tribu de Judá. Finalmente, el Mesías —el Salvador prometido del mundo— vino de esa tribu.

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Así como Dios obró en la vida de Judá y Tamar, Él obra en nuestra vida hoy en día. ¿De qué maneras está revelándose Dios a usted?

A medida que trabajó estas lecciones, ¿qué cambios se dio cuenta que necesita hacer en su vida?

¿Quién es el dueño de su futuro? Según Jeremías 29:11 (vea la página 94), ¿quién está dándole un futuro?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Pues Dios amó tanto al mundo que dio a su único Hijo, para que todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio de él.

No hay condenación para todo el que cree en él, pero todo el que no cree en él ya ha sido condenado por no haber creído en el único Hijo de Dios.

J

UAN

3:16-18

¿Está preparado para el futuro? Si no le ha entregado su vida a Jesucristo, puede hacerlo ahora mismo. Lo único que tiene que hacer es decir una simple oración.

Confiese que usted es un pecador y que desea cambiar, e invite a Jesucristo a que entre en su corazón como su Señor y Salvador. Cuando le pertenece a Jesús, puede tener la seguridad de un futuro eterno y de esperanza para el presente.

¡Elija la vida!

BENDICIONES Y CANCIONES

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Como ya hemos visto, la historia de Tamar no termina con el nacimiento de sus hijos gemelos. Podemos rastrear a Judá y a Tamar a lo largo de la Biblia. Los siguientes pasajes son algunos ejemplos del futuro que Dios tenía preparado para ellos:

«¡Soy José! —dijo a sus hermanos—. ¿Vive mi padre todavía?». ¡Pero sus hermanos se quedaron mudos! Estaban atónitos al darse cuenta de que tenían a José frente a ellos. «Por favor, acérquense», les dijo. Entonces ellos se acercaron, y él volvió a decirles: «Soy José, su hermano, a quien ustedes vendieron como esclavo en Egipto. Pero no se inquieten ni se enojen con ustedes mismos por haberme vendido. Fue Dios quien me envió a este lugar antes que ustedes, a fin de preservarles la vida. El hambre que ha azotado la tierra estos dos últimos años durará otros cinco años más, y no habrá ni siembra ni siega. Dios me hizo llegar antes que ustedes para salvarles la vida a ustedes y a sus familias, y preservar la vida de muchos más. Por lo tanto, fue Dios quien me envió a este lugar, ¡y no ustedes! Y fue él quien me hizo consejero del faraón, administrador de todo su palacio y gobernador de todo Egipto.

»Ahora, ¡apresúrense! Regresen a donde está mi padre y díganle: “Tu hijo José dice: ‘Dios me ha hecho señor de toda la tierra de Egipto. ¡Así que ven a verme de inmediato! Podrás vivir en la región de Gosén, donde estarás cerca de mí,

junto con tus hijos y tus nietos, tus rebaños y tus manadas, y todas tus posesiones’”».

G

ÉNESIS

45:3-10

¿Cómo se sentía José en cuanto a Judá?

En el pasaje que sigue, Judá recibe una bendición de su padre, Jacob (también conocido como Israel). ¿Cuáles son los elementos clave de esta bendición?

«Judá, tus hermanos te alabarán. Agarrarás a tus enemigos por el cuello. Todos tus parientes se inclinarán ante ti. Judá, mi hijo, es un león joven que ha terminado de comerse a su presa. Se agazapa como un león y se tiende; como a una leona, ¿quién se atreverá a despertarlo? El cetro no se apartará de Judá, ni la vara de mando de sus descendientes, hasta que venga aquel a quien le pertenece, aquel a quien todas las naciones honrarán. Él ata su potro a una vid, la cría de su burro a una vid escogida. Lava sus ropas en vino, sus vestidos, con el jugo de las uvas. Sus ojos son más oscuros que el vino, y sus dientes, más blancos que la leche».

G

ÉNESIS

49:8-12

Lea el siguiente pasaje. ¿En qué se diferenció la bendición de Moisés de la bendición de Jacob?

Moisés dijo lo siguiente sobre la tribu de Judá: «Oh, Señor, oye el clamor de Judá y reúnelo como un solo pueblo. Dale fuerzas para defender su causa, ayúdalo contra sus enemigos».

D

EUTERONOMIO

33:7

En el siguiente pasaje, ¿quién elige a Judá?

Entonces el Señor se levantó como si despertara de un sueño, como un guerrero que vuelve en sí de una borrachera. Derrotó a sus enemigos en forma aplastante y los mandó a la vergüenza eterna. Pero rechazó a los descendientes de José; no escogió a la tribu de Efraín. En cambio, eligió a la tribu de Judá, y al monte Sion, al cual amaba.

S

ALMO

78:65-68

Génesis 38 —la historia de Tamar y Judá en la cual se basa Descubierta— puede verse como la celebración del padre y la madre de una tribu. Tamar fue

sumamente respetada. Llevó a cabo sus actos con la única intención de tener un hijo para perpetuar la familia. Dios vio su corazón y le dio hijos. Dios también conocía el corazón de Judá y le brindó una forma de reintegrarse a su familia, así como le dio descendientes para continuar su nombre. Finalmente, Dios usó el linaje de Judá para entregarle el Mesías al mundo. El Mesías suele ser mencionado como el León de Judá. ¡Jesús es el Mesías!

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

¿Hay alguien con quien usted tenga que reparar el daño que le haya hecho, como lo hizo Judá?

Como Tamar, todos tenemos esperanzas y sueños para el futuro. ¿Qué clase de cosas espera usted?

¿Cómo quiere que se acuerden de usted?

AGUARDE Y REFLEXIONE

«Mis pensamientos no se parecen en nada a sus pensamientos —dice el Señor—. Y mis caminos están muy por encima de lo que pudieran imaginarse. Pues así como los cielos están más altos que la tierra, así mis caminos están más altos que sus caminos y mis pensamientos, más altos que sus pensamientos.

»La lluvia y la nieve descienden de los cielos y quedan en el suelo para regar la tierra. Hacen crecer el grano, y producen semillas para el agricultor y pan para el hambriento. Lo mismo sucede con mi palabra. La envío y siempre produce fruto; logrará todo lo que yo quiero, y prosperará en todos los lugares donde yo la envíe. Ustedes vivirán con gozo y paz. Los montes y las colinas se pondrán a

cantar y los árboles de los campos aplaudirán. Donde antes había espinos, crecerán cipreses; donde crecía la ortiga, brotarán mirtos. Estas cosas le darán gran honra al nombre del Señor; serán una señal perpetua de su poder y de su amor».

I

SAÍAS

55:8-13

Que la Palabra de Dios siempre produzca el fruto de la obediencia y logre muchas cosas en usted.

LIBRO DOS



DESINHIBIDA

PREPARANDO LA ESCENA



Los hijos de Israel, el pueblo elegido de Dios, llevaron sus familias a Egipto para escapar del hambre que había en su tierra natal. Uno de los doce hermanos, José, tenía un alto cargo en el gobierno egipcio y, gracias a eso, toda su familia recibió el trato honorario de huéspedes especiales del faraón mismo.

Pero, a medida que pasaban los años y los hebreos se reproducían, perdieron el favor de los descendientes del faraón y, finalmente, fueron esclavizados por los egipcios. Requirió el liderazgo de Moisés y que Dios mismo realizara una serie de milagros asombrosos para liberarlos. Dios estaba llevando a Su pueblo a casa, de vuelta a Canaán, la tierra que Él había prometido que sería de Su pueblo para siempre.

Cuando estaban a punto de recuperar su «Tierra Prometida», la fe en Dios de los israelitas falló. Por miedo al poder de los cananeos, se rehusaron a obedecer la orden de Dios de avanzar y apoderarse de la tierra. Su incredulidad y su desobediencia causaron una demora de cuarenta años en el cumplimiento de la promesa de Dios. Durante esos cuarenta años, los israelitas deambularon como nómadas por el desierto. Todos los adultos que habían salido de Egipto (y que se rebelaron contra Dios) murieron en el desierto.

Finalmente, la nueva generación maduró y estuvo lista para ocupar su lugar como el ejército de Dios y adjudicarse el territorio prometido a sus antepasados. De la multitud original que había salido de Egipto, solo sobrevivieron Moisés y sus dos ayudantes, Josué y Caleb.

A medida que el pueblo de Israel fue acercándose a la Tierra Prometida por segunda vez, nadie pudo oponerse a ellos. Primero, el rey de Arad; luego, el rey Sihón de los amorreos; después el rey Og de Basán: todos murieron a espada y sus ejércitos fueron aniquilados. Desesperado, el rey Balac de Moab contrató a un hechicero, Balaam, para que maldijera a los israelitas. Pero Balac se horrorizó cuando Dios usó a Balaam para que, en cambio, proclamara una bendición sobre Su pueblo escogido.

Finalmente, ni siquiera los cinco reyes de Madián pudieron juntos detener el avance del ejército israelita. Los reyes Evi, Requem, Zur, Hur y Reba murieron todos en la batalla. Sus ejércitos fueron masacrados, sus ciudades y aldeas fueron incendiadas, y sus riquezas fueron incautadas como botín.

La hora había llegado. El pueblo de Dios estaba listo para reclamar la herencia que Dios les había dado: la Tierra Prometida. Después de designar a Josué como nuevo líder de Israel, el venerable Moisés murió y el pueblo se preparó para cruzar la última barrera que quedaba entre ellos y Canaán: el río Jordán, crecido por las riadas primaverales.

Ahora, todos los pueblos tiemblan aterrados al saber que Israel acampa en Sitim, a poca distancia de Jericó. La fortaleza amurallada, la entrada a Canaán, los espera.

UNO



Rahab estudió la llanura lejana de Jericó desde la ventana de su casa, en la muralla de la ciudad, con una sensación de temor y emoción. Allí, apenas al otro lado del río Jordán, los israelitas acampaban, contenidos solo por la crecida del río. Pronto lo cruzarían y se enfrentarían al rey de Jericó con la misma ferocidad que habían demostrado en las batallas contra Sihón, Og y los cinco reyes de Madián. Y todos morirían en Jericó.

El rey había duplicado la guardia en la entrada y había apostado soldados en las almenas. Pero no serviría de nada. La destrucción estaba en el horizonte. La única esperanza era rendirse e implorar misericordia. El rey estaba preocupado por el tamaño del ejército invasor, pero no veía el verdadero peligro: el Dios de los hebreos. Cuarenta años atrás, todos los guerreros del faraón no habían sido suficientes para derrotarlo. Ni siquiera el panteón de deidades había salvado a Egipto. Pero en lo único que pensaba el rey de Jericó era en ¡mejorar las almenas, acumular armas y tener más soldados! ¿Los hombres nunca aprendían?

¡La ciudad de Jericó estaba perdida!

Y ella estaba presa dentro de la ciudad, atada a la vida que se había forjado para sí misma tantos años atrás. ¿Qué esperanza tenía ella, una prostituta? Su destino se había puesto en marcha hacía muchos años, cuando era apenas poco más que una niña, la hija de un campesino, convocada por un rey.

—¡Debes ir! —le había dicho su padre—. Siempre que vivas en el palacio y lo complazcas, yo progresaré. Él está arreglando matrimonios para tus hermanas. Pero si te rehúsas, igual te hará suya y me matará a mí para librarse de cualquier obstáculo. Piensa en el honor que te concede. Solo elige a las muchachas más bonitas, Rahab.

¿El honor?

—¿Y él se casará conmigo, padre?

Su padre no pudo mirarla a los ojos. Rahab sabía la respuesta. El rey tenía varias esposas, y con todas ellas se había casado por beneficios políticos. Ella no tenía nada que un rey necesitara, solo un cuerpo que quería usar.

Incluso entonces, a pesar de lo joven que era, sabía que la lujuria ardía pero, con

el tiempo, el fuego se convertía en cenizas. En una semana, un mes, un año quizás, el rey se cansaría de ella y la mandaría a casa, vestida con una hermosa túnica babilónica y algunas joyas de oro que su padre le confiscaría y vendería para su propio beneficio.

—Cuando regrese, ¿me dejarás volver a vender dátiles y granadas en el mercado, padre, o terminaré como tantas otras, vendiendo mi cuerpo por un pedazo de pan?

Él se tapó la cara y lloró. Ella lo odió por aprovecharse de su deshonra; lo odió por ponerle excusas, por decirle que ella estaría mejor en el palacio del rey que en la choza de la arboleda donde vivían él, su madre, y sus hermanos y hermanas. Lo odió porque no tenía el poder para salvarla.

Sobre todo, odió su propia impotencia.

A pesar de su furia, Rahab sabía que su padre no podía salvarla de la lujuria del rey. El rey podía tomar lo que deseara. Cualquier obsequio que le diera sería para dispersar toda idea de venganza. La vida era difícil e incierta, pero si se presentaba la oportunidad adecuada, una hija bella podía allanarle el camino a su padre. Exención de impuestos. El uso de la tierra. Un alto cargo en el tribunal. El rey era generoso cuando le beneficiaba serlo; sin embargo, generalmente su generosidad duraba solo hasta que se le agotaba la lujuria.

Rahab apoyó los brazos en la ventana y miró hacia afuera. Recordó el primer paso que dio en el palacio aquel día, jurándose no terminar como una sandalia desechada. Tenía el propósito de encontrar la manera de sacar provecho de su desdichada situación y del hombre que la usaba. Ocultó su furia y su asco, fingiendo disfrutar el abrazo del rey. Cada momento que estaba con él, su mente se agazapaba como una leona que estudiaba a su presa, observando, esperando que él mostrara su debilidad. Y la descubrió bastante pronto: la llegada incesante de emisarios, espías y mensajeros. Sin esa transmisión de información, el rey no sabía quiénes eran sus enemigos o qué celos triviales y rebeliones estaban surgiendo.

«Deme una casa y le conseguiré información —le propuso audazmente, una vez que vio claramente su oportunidad. ¡Cómo se había reído el rey de su sagacidad! Ella se había reído con él, pero siguió persuadiéndolo y solicitando más beneficios. Fue tenaz en su determinación de tener algo tangible cuando saliera

del palacio, algo con lo cual pudiera abrirse paso y mantenerse cómodamente por el resto de su vida. ¡Se lo merecía, después de someterse a las caricias de ese viejo gordo, fétido y arrogante!

Bien, había logrado lo que quería: una casa, una vida próspera y la ilusión de independencia. El rey le había dado esta casa ubicada cerca de la puerta oriental para que ella vigilara las llegadas y las partidas de Jericó. Durante doce años, había estado pendiente, mirando por esta misma ventana y escogiendo hombres para llevarlos a su cama, hombres que le contaban cosas que podían resguardar el trono del rey e incrementar su erario. Por cada transacción que hacía recibía doble paga: los hombres pagaban por dormir con ella y el rey le pagaba por la cosecha de información que ella recogía para él. Ella sabía lo que sucedía fuera de las murallas de Jericó, más que el rey. Y, cuando quería saber qué estaba pasando dentro del palacio, le hacía señas a Cabul, el capitán de la guardia. Siempre podía contar con él para que soltara todo secreto mientras estaba en sus brazos.

Poseía media docena de túnicas babilónicas, y cajas con incrustaciones de hueso y marfil llenas de joyas. Su casa estaba decorada con objetos artísticos; el piso, cubierto con alfombras tejidas de muchos colores. Sus clientes dormían sobre sábanas egipcias del lino más puro, de colores, perfumadas con mirra, aloe y canela. Podía pagar manjares deliciosos y caros, y vinos embriagadores. Todos en la ciudad sabían que era amiga y confidente del rey. También sabían que era una ramera.

Pero nadie sabía cuánto aborrecía su vida. Nadie suponía cuán inútil se había sentido ante los planes que su padre y el rey habían hecho para ella. Muchos se preguntaban si tendría algún motivo para quejarse. En apariencia, tenía una vida envidiable. El rey la respetaba, los hombres la deseaban y ella podía elegir su clientela. En Jericó, incluso había mujeres que codiciaban su independencia. No sabían qué era sentirse usada, despojada de su humanidad. Aun ahora, a pesar de la casa propia y de su entorno lujoso, era incapaz de cambiar su vida. Estaba atrapada dentro de ella.

Sin embargo, nadie conocía el corazón feroz que latía en su interior. Nadie adivinaba el resentimiento acumulado, la furia que acrecentaba, el deseo anhelante de liberarse y huir. Estaba encerrada en una cárcel que los demás habían hecho para ella, una prisión que había logrado llenar con tesoros mundanos. Sin embargo, tenía otros planes, sueños y esperanzas.

Y todos ellos dependían del Dios que estaba allá afuera, Aquel que ella sabía que tenía el poder para salvar a quienes escogiera. De alguna manera, y aun siendo una niña cuando escuchó los relatos por primera vez, supo que Él era el Dios verdadero, el único Dios verdadero. Cuando Él guiara a su pueblo a través del Jordán, capturaría esta ciudad y la aplastaría como había aplastado a todos Sus enemigos.

El fin de todo lo que Rahab conocía estaba a la vista.

¡Todos vamos a morir! ¿Nadie más se da cuenta? ¿Están todos ciegos y sordos a lo que ha estado sucediendo durante los últimos cuarenta años? La gente viene y va, como siempre lo hace, pensando que todo va a estar bien. Creen que las murallas que levantamos nos protegerán, como yo creía que las paredes de la choza de mi padre me protegían hace tantos años. Pero no estamos a salvo; ¡no estamos a salvo en absoluto!

La aterraba morir, pero más aún la embargaba el terrible anhelo de ser parte de lo que vendría. Quería pertenecer al Dios que estaba viniendo. Se sentía como una niñita que deseaba desesperadamente que su padre la levantara en brazos y la salvara de la destrucción.

Varios meses antes, un egipcio había pasado una noche contándole relatos del Dios de los israelitas.

—Pero todos dicen que son mitos —dijo ella, preguntándose si él creía en las historias que repetía.

—Ah, no. Mi padre era un muchacho cuando llegaron las plagas... —Habló hasta bien avanzada la noche sobre las señales y las maravillas y sobre un hombre llamado Moisés—. Ahora, está muerto, pero hay otro... Josué.

A la mañana siguiente fue a ver al rey, pero a él solo le interesaban las tácticas, las armas y los números.

—Es el Dios de los hebreos a quien debe temer, mi rey —dijo ella, pero él la despidió agitando impacientemente su mano.

—Hablas como una histérica, Rahab. Me decepcionas.

Ella quería gritarle. Tal vez Moisés había sido un gran líder, pero ningún hombre

podía quebrantar el poderío de Egipto. ¡Únicamente el Dios verdadero podía hacerlo! Y Él estaba allá afuera, preparando a Su pueblo para apoderarse de todo Canaán.

Pero solo con mirar al rey a los ojos, supo que la soberbia estaba en el trono. Los hombres escuchaban solamente lo que querían oír.

Ahora, sentada ante su ventana, extendió las manos y las agitó. Ah, cómo desearía ser una de Su pueblo, pues solo Él es un Dios verdadero. Sus ojos estaban ardientes y arenosos. ¡Me postraría ante Él y le entregaría ofrendas, si tuviera la oportunidad! Bajó las manos y se dio vuelta. Podía desear todo lo que quisiera, pero correría la misma suerte que todos los que estaban atrapados dentro de estas murallas. La fortaleza se convertiría en un matadero.

Porque el rey era testarudo y orgulloso. Porque el rey pensaba que las murallas eran lo suficientemente altas y gruesas para protegerlo. Porque era demasiado terco y tonto como para dejar su orgullo de lado por el bien del pueblo. El rey les tenía miedo a los israelitas, pero era al Dios de ellos a quien debía temer. Ella había conocido hombres toda su vida y eran todos iguales. Pero este Dios era diferente. Podía sentir Su presencia de una manera singular, que no sabía cómo definir, y estaba llena de una sensación de asombro y de urgencia. ¡Oh, qué afortunados eran los que le pertenecían a Él! No tenían nada que temer.

Le había dicho al rey todo lo que sabía, pero él no había querido escucharla. Sin embargo, ella siguió intentándolo.

—Nunca te he visto tan miedosa, querida mía. Esos hebreos esconderán la cola y huirán de la misma forma que lo hicieron hace cuarenta años, cuando las fuerzas amalecitas se unieron a nosotros. Mi padre los sacó del país. Si tienen un dios tan poderoso de su lado, ¿por qué no nos derrotaron en aquel entonces? Plagas... mares que se abren... —Se rio—. Son mitos para asustarnos.

—¿Se ha olvidado de Sihón?

El rey se puso pálido y entrecerró los ojos fríamente ante su recordatorio.

—Ningún ejército puede derrumbar nuestras murallas.

—Antes de que sea demasiado tarde, mande emisarios de paz con obsequios para su Dios.

—¿Qué? ¿Estás loca? ¿Crees que nuestros sacerdotes lo aprobarían? ¡Tenemos que apaciguar a nuestros propios dioses! Siempre nos protegieron. Y nos protegerán ahora.

—¿Igual que los dioses de Egipto los protegieron a ellos? Egipto adora a los insectos, y este Dios les mandó plagas para destruir sus cultivos. Adoran al río Nilo, y este Dios lo convirtió en sangre.

—No son más que cuentos, Rahab. Rumores para difundir el miedo entre nuestro pueblo. ¡Y tú los repites! Vuelve a tu casa y haz lo que sabes hacer mejor. Vigila a los espías extranjeros...

Y así lo hizo ella, pero no para él.

La noche anterior, Cabul había hablado sin guardarse nada, jactándose de los soldados, de las armas y de los sacrificios que continuamente hacían a los dioses de Canaán. «Estaremos bien. No llenes tu bonita cabeza de preocupaciones».

¡Tontos! ¡Eran todos unos necios! ¡Al Dios que se había burlado de los dioses de Egipto y que había abierto el mar Rojo seguramente le resultaría fácil derribar estas murallas! ¿De qué servirían los ídolos de piedra y mortero contra un Dios que podía controlar el viento, el fuego y el agua? Rahab tenía la certeza de que bastaría un soplo de Sus labios para abrir las puertas de Jericó. ¡Una barrida de Su mano convertiría en escombros todas las defensas del rey!

Pero nadie quería escuchar.

Allá ellos. Rahab les había dado su última advertencia. Que pesara sobre la cabeza del rey lo que le sucediera a Jericó. Ella encontraría la manera de aliarse con los que lograrían la victoria. Si no lo hacía, moriría.

¿Cómo podría salir de Jericó sin poner en peligro la vida de los miembros de su familia? Si se iba, el rey la haría seguir. La capturarían y sería ejecutada por traición, y cada integrante de su familia sufriría el mismo destino para prevenir que se expandiera su rebeldía. No, no podía irse de Jericó a menos que se llevara consigo a su padre, a su madre, a sus hermanos y hermanas y a sus familias. ¡Pero eso era imposible! Aunque encontrara la manera de irse sin levantar sospechas, su familia no la acompañaría. Su padre creía todo lo que decía el rey. No estaba en su naturaleza pensar por sí mismo.

Rahab pasó los dedos por su cabello y echó por detrás de sus hombros la cabellera rizada y oscura.

—¡Rahab! —gritó alguien desde abajo. Ella no lo miró. No le interesaba ningún mercader de Jebús, ni el dueño de alguna caravana que llevara especias a Egipto ni otro soldado de algún ejército derrotado. Todos eran muertos vivientes, solo que aún no lo sabían. Únicamente los hebreos al otro lado del río estaban vivos. Porque su Dios no era un ídolo de piedra tallada por manos humanas. ¡Era el Dios de los cielos y la tierra!

Y yo soy solo una rata dentro de un agujero en esta muralla...

¡Qué Dios raro y maravilloso era Él! Había elegido a los hebreos —un pueblo esclavo— y los había liberado de Egipto, el país más poderoso del mundo. Había tomado a los más bajos entre los bajos y los había usado para derribar a los poderosos. Ella escuchó que incluso había hecho llover pan sobre Su pueblo. No tenían nada que temer, pues Él era poderoso en Sus actos, y, sin embargo, se mostraba bondadoso y misericordioso con ellos. ¿Quién no amaría a un Dios así?

El rey de Jericó. El pueblo de Rahab.

¡Yo lo amaría! Le temblaban los labios y los ojos le ardían por las lágrimas. Yo lo serviría de la manera en que Él me lo pidiera. ¡Si tuviera la posibilidad, me postraría ante Él y me gozaría de ser incluida entre Su pueblo!

Cabul roncó fuertemente en la cama detrás de ella, y le recordó su presencia poco grata. Rahab se apretó las orejas con las palmas de las manos y cerró los ojos con fuerza, llena de indignación y de asco de sí misma. Si sucumbiera a sus sentimientos, sacudiría al hombre hasta despertarlo y le gritaría que se fuera de su casa. No le había dicho nada nuevo la noche pasada. Cabul era una pérdida de tiempo.

Volvió a mirar el camino. Tenía una pequeña chispa de esperanza causada por algo que le había dicho su padre. Cuarenta años atrás, Moisés había enviado espías al territorio. «En ese momento, les dimos una paliza». Ella se hizo preguntas al respecto y analizó minuciosamente las razones del fracaso de los israelitas. Habían sido esclavos, liberados del poderoso Egipto por un Dios aún más poderoso. Pero quizás todavía pensaban como esclavos, en vez de hacerlo como hombres bajo el estandarte de un Dios verdadero. Quizás se habían

rehusado a obedecer. Ella solo podía suponer por qué habían fracasado. Pero sabía que no era por alguna falla del Dios que los había rescatado.

Los que tantos años atrás se habían rebelado seguramente ya estarían muertos. Una nueva generación se había levantado, una generación curtida por la vida en el desierto, una generación que había estado en la presencia del Poder desde que nacieron. Lo único que esperaba Rahab era que Josué hiciera lo mismo que Moisés había hecho antes, que mandara espías al territorio. Y ella tendría que ser la primera en detectarlos. Con la victoria garantizada por su Dios, los israelitas no necesitaban enviar a nadie; pero, de todas maneras, ella esperaba que el noble líder Josué no diera nada por sentado. Aunque no fuera necesario, sería prudente enviar espías para que inspeccionaran el país y evaluaran las defensas del enemigo.

Por favor, vengan. Por favor, por favor, por favor, vengan... No quiero morir. No quiero que mi familia muera. Envíen a alguien... Que mis ojos se abran para que pueda reconocerlos antes que los guardias. Si ellos los ven primero y le informan al rey, ¡todo estará perdido!

—¡Rahab! —un hombre la llamó nuevamente.

Miró hacia abajo con impaciencia y vio a un mercader ismaelita entre la multitud reunida en la puerta; el hombre la saludaba con la mano. Estaba deseoso de quedarse con ella, pero Rahab desplegó sus manos, se encogió de hombros y sacudió la cabeza. Que sus camellos lo mantuvieran caliente. Levantó un collar de oro para sobornarla. ¡Ja! ¿De qué le serviría el oro cuando llegara el día de la destrucción?

—¡Dáselo a alguna de tus esposas! —gritó ella. Los que estaban alrededor de él se rieron. Otro hombre la llamó, pero ella ignoró las súplicas y los halagos y vigiló el camino.

Que vengan a mí.

Si los espías llegaban andrajosos por la caminata, les daría unas hermosas túnicas de Babilonia. Si tenían sed, les convidaría un vino refinado. Si estaban hambrientos, les serviría un banquete digno de reyes. Porque vendrían como siervos del Dios Altísimo. Los trataría con la honra destinada a Aquel a quien servían. ¡Pues poderoso era su Dios, y digno de alabanza!

La ansiedad le oprimía el pecho. Quería estar a salvo. Mientras estuviera en el interior de esta muralla, dentro de esta ciudad, estaba condenada. Tenía que ser contada entre los israelitas para sobrevivir. Los dioses de Jericó, de los amorreos, los ferezeos y de otra docena de tribus que habitaban Canaán no vendrían a rescatarla. Eran tiranos de piedra y tenían sacerdotes corruptos que exigían sacrificios constantes. Había visto bebés arrancados de los brazos de sus madres y puestos sobre un altar, donde sus cuerpos pequeños hervían hasta que se les desprendía la carne para que los huesos fueran guardados en bolsas y quemados bajo los cimientos de una casa nueva o de un templo. ¡Como si los niños asesinados pudieran traer buena suerte! Daba gracias por no haber tenido nunca un hijo.

Pero si tuviera uno, le entregaría mi bebé al Dios que está ahí afuera, el Todopoderoso invisible que mora con Su pueblo, el que los protege del sol durante el día y los mantiene abrigados por la noche, Aquel que guarda a quienes le pertenecen como si fueran Sus hijos. Un Dios como Él es digno de confianza...

—Ah, la luz —se quejó Cabul—. ¡Cierra las cortinas!

Rahab apretó los dientes; siguió dándole la espalda. Era hora de que el hombre saliera de su cama y de su casa.

—El sol ya salió —dijo ella en un tono de voz agradable—. Es hora de que tú también lo hagas.

Escuchó una maldición contenida y el susurro de las sábanas.

—Tienes un corazón de piedra, Rahab.

Lo miró por encima del hombro y forzó una sonrisa seductora.

—Anoche no decías eso.

Miró otra vez por la ventana, buscando, esperando ver a alguien que pareciera un espía israelita. ¿Qué aspecto tendría? ¿Cómo lo reconocería si, efectivamente, llegaba alguno?

Cabul deslizó un brazo alrededor de su cintura y estiró la mano para soltar la cortina del gancho.

—Vuelve a la cama, amor mío. —Apoyó los labios sobre la curva de su cuello.

Ella atrapó su mano antes de que pudiera seguir acariciándola.

—El rey se enterará de que no estás en tu puesto. No quiero que te metas en problemas.

Él rio en voz baja y soltó su aliento caliente sobre su cabello.

—No tardaré.

Ella se dio la vuelta aún en sus brazos.

—Debes irte, Cabul. —Apoyó las manos sobre su pecho—. Tu ausencia en la puerta se notará, y no quiero que se diga que Rahab le causó problemas a un amigo.

—Estás causándome dolor ahora mismo.

—Eres lo suficientemente hombre como para sobrevivir a un pequeño malestar.

Le atrapó la mano cuando ella se apartaba de él.

—¿Hay algún mercader rico abajo?

—No.

—Escuché que alguien gritaba tu nombre.

—¿Y qué si fuera así? —¿Acaso creía él que porque le daba unas monedas ella le pertenecía?—. Tú sabes cómo me gano la vida.

Él frunció el ceño y sus ojos se oscurecieron.

Rahab reprimió su rabia, le acarició la mejilla con la punta de sus dedos y habló con una voz más suave:

—No olvides que salí de mi casa para buscarte. —En su negocio, siempre era aconsejable despedir al hombre haciéndolo sentirse alguien especial.

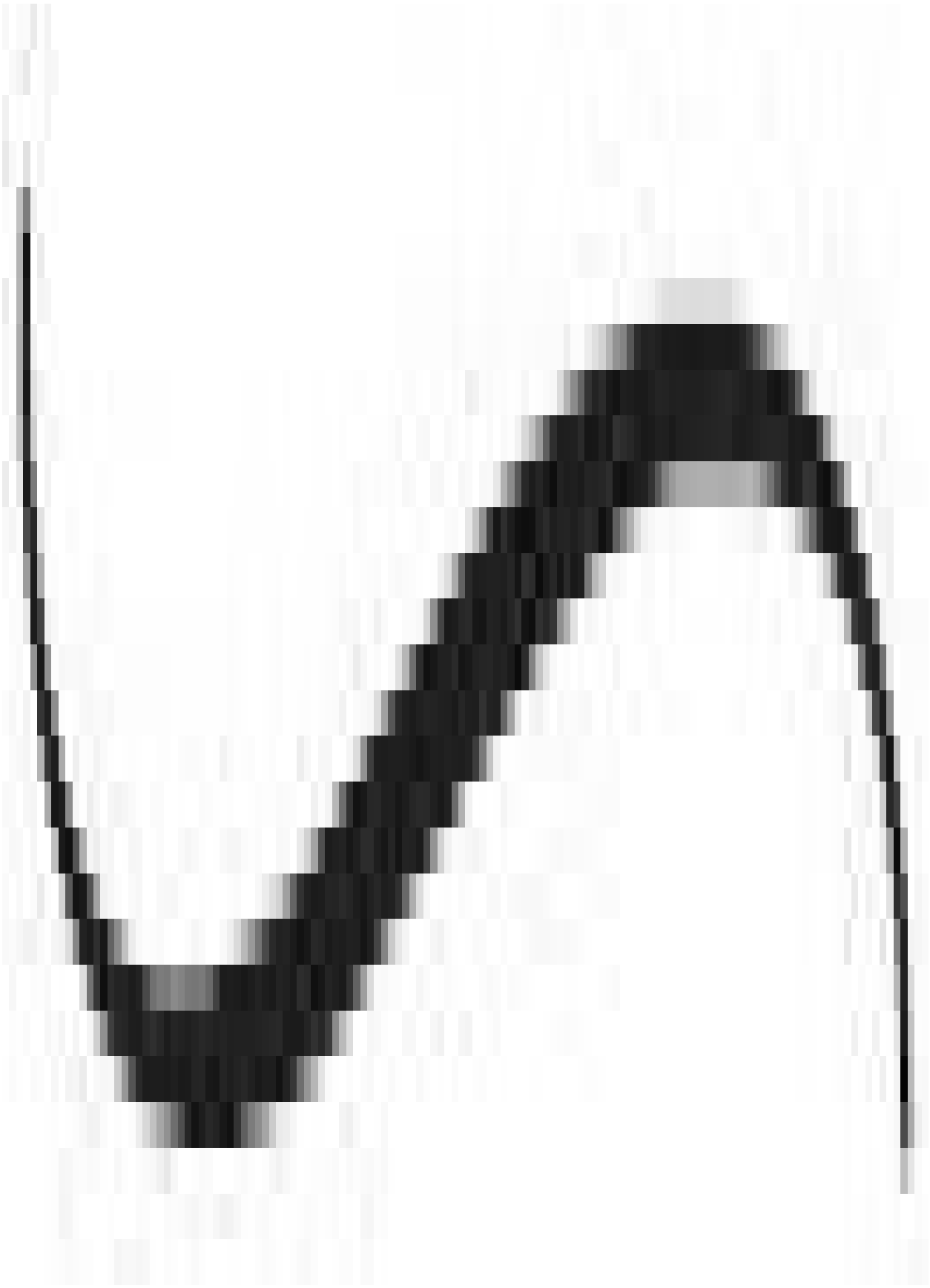
Él sonrió.

—Entonces, sí me quieres un poquito.

—Lo suficiente para no desear que te lastimen. —Permitió que la besara brevemente y luego se separó de él—. Hay una multitud esperando en la puerta, Cabul. Ya es hora de que la abras. Si los comerciantes se enojan, el rey se enterará. —Cruzó la habitación, se agachó y recogió su ropa. Abrió la puerta y le lanzó la ropa—. ¡Será mejor que te apures! —Se rio al verlo vestirse apresuradamente y cerró la puerta tras él cuando se fue. Dejó caer la barra para mantener afuera a cualquier potencial visitante y caminó rápidamente para volver a su puesto en la ventana.

La soledad era un lujo. Avanzó un paso y se sentó en la ventana, con una pierna colgando hacia afuera. Ignorando los silbidos que venían de abajo, observó la llanura. ¿Era esa una columna de humo a lo lejos? No podía estar segura. Había escuchado que el Dios de los israelitas los acompañaba como una columna de humo durante el día y como un pilar de fuego por la noche.

Cuando el calor se volvió opresivo, cerró las cortinas, se apartó de la ventana y se peinó. Comió pan y bebió vino. Pero, cada pocos minutos, separaba el lino teñido de rojo y volvía a mirar hacia afuera, estudiando a cada forastero que se acercaba por el camino.



Salmón había esperado toda su vida para pisar la Tierra Prometida. Podía verla desde donde acampaba. Estaba ansioso por las batallas que vendrían: su confianza se había fortalecido por las últimas victorias que el Señor le había dado a Su pueblo. La espera era lo difícil. Salmón se sentía como un caballo refrenado, haciendo cabriolas, masticando el freno, listo para que empezara la carrera. Se rio; la emoción le recorría el cuerpo mientras practicaba con su amigo Efraín. Era temprano —el sol apenas estaba saliendo—, pero cada día era una oportunidad para entrenarse y prepararse para la tarea de Dios de apropiarse de la Tierra Prometida.

Empuñando su vara, dio una estocada. Efraín la esquivó, se dio vuelta y golpeó, pero Salmón contraatacó. ¡Crac! ¡Crac! ¡Crac! Efraín se acercó a él con determinación, pero Salmón estaba preparado. Girando, barrió en círculo con la vara y derribó a Efraín. Salmón se tenía demasiada confianza, porque no esperaba que Efraín girara hacia él desde el suelo, lo cual hizo que Salmón cayera de espaldas sobre la tierra. Ambos estaban en el suelo, jadeando y sonriendo.

Tan pronto como Salmón recuperó el aliento, soltó una carcajada.

—Seré menos engreído la próxima vez.

—¿Cuándo piensas que atacaremos Jericó? —dijo Efraín mientras se levantaba y se sacudía el polvo.

Salmón se incorporó y miró hacia la elevación donde Josué se paraba cada día y oraba.

—El Señor le dirá a Josué cuando será el momento adecuado.

—¡Espero que sea pronto! Por algún motivo, la espera es más difícil que la batalla en sí misma.

Salmón se puso de pie agarrando firmemente la vara. El viento del desierto revolvía y levantaba la túnica de Josué donde estaba parado en la elevación. Desde que Moisés había muerto, Salmón le prestaba toda su atención al liderazgo de Josué y de Eleazar, el sacerdote. Cualquier cosa que dijeran era como una ley, pues obedecían incondicionalmente al Señor y decían únicamente

lo que Dios les ordenaba que dijeran. De niño, cuando se sentaba sobre las rodillas de su padre, había escuchado el relato de cómo Josué y Caleb espiaron la Tierra Prometida y dijeron que podía ser capturada. Ellos creyeron en la promesa de que Dios les entregaría la tierra, pero los otros diez espías convencieron al pueblo —incluso al gran líder Moisés— de que la victoria era imposible. El pueblo no tuvo fe y perdió su oportunidad; por eso, la promesa fue diferida a la generación siguiente. La generación de Salmón. Salmón no había nacido aún cuando el Señor proclamó su dictamen y mandó al pueblo de vuelta al desierto, pero los efectos de ese hecho le habían marcado la vida. Creció a la sombra de la vergüenza y el arrepentimiento de su padre.

¿Cuántas veces había oído llorar a su padre? «Si solo hubiéramos escuchado. Si les hubiéramos creído a Josué y a Caleb». Una y otra vez, año tras año. Si el lloriqueo hubiera podido ganar por cansancio al Señor, el de su padre sin duda lo habría hecho. «Si hubiéramos escuchado, no estaríamos deambulando por este desierto, dando vueltas como ovejas perdidas». Salmón hizo una mueca al recordar los lamentos y la autocompasión de su padre, pues eran indicios de la vieja rebeldía y de la misma actitud que no había cambiado.

Señor Dios de misericordia, líbrame de pensar de esa manera, oraba. Hazme el hombre que Tú quieres que sea: un hombre de valor, un hombre dispuesto a ponerme en marcha inmediatamente cuando Tú digas que lo haga.

Era muy fácil burlarse de los errores ajenos. Qué arrogancia. Salmón sabía que él no era mejor que el hombre que lo había procreado. El peligro estaba en mirar demasiado a largo plazo. Debía esperar, como Josué estaba esperando. El Señor hablaría cuando lo dispusiera y, cuando Dios hablara, Salmón sabía que se le presentaría la oportunidad de elegir: obedecer o desobedecer. No quería dudar como había dudado su padre. Era mejor temerle a Dios que a los hombres. Más allá de lo asustado que estuviera por la batalla que tenían por delante, sabía que mucho más terrible era disgustar al Señor. Por eso, estaba resuelto a obedecer. No se permitiría sucumbir a la debilidad humana, ni a sus miedos. ¿Cómo podía uno temer a los hombres y agradar a Dios?

Jehová había prometido la tierra de Canaán a Su pueblo. Llegaría el día en que Él los llamaría para que se adueñaran de esa promesa. De Salmón y de todos los de su generación dependería obedecer.

Hasta ahora, ninguno se había debilitado, pero algunos se quejaban de la demora

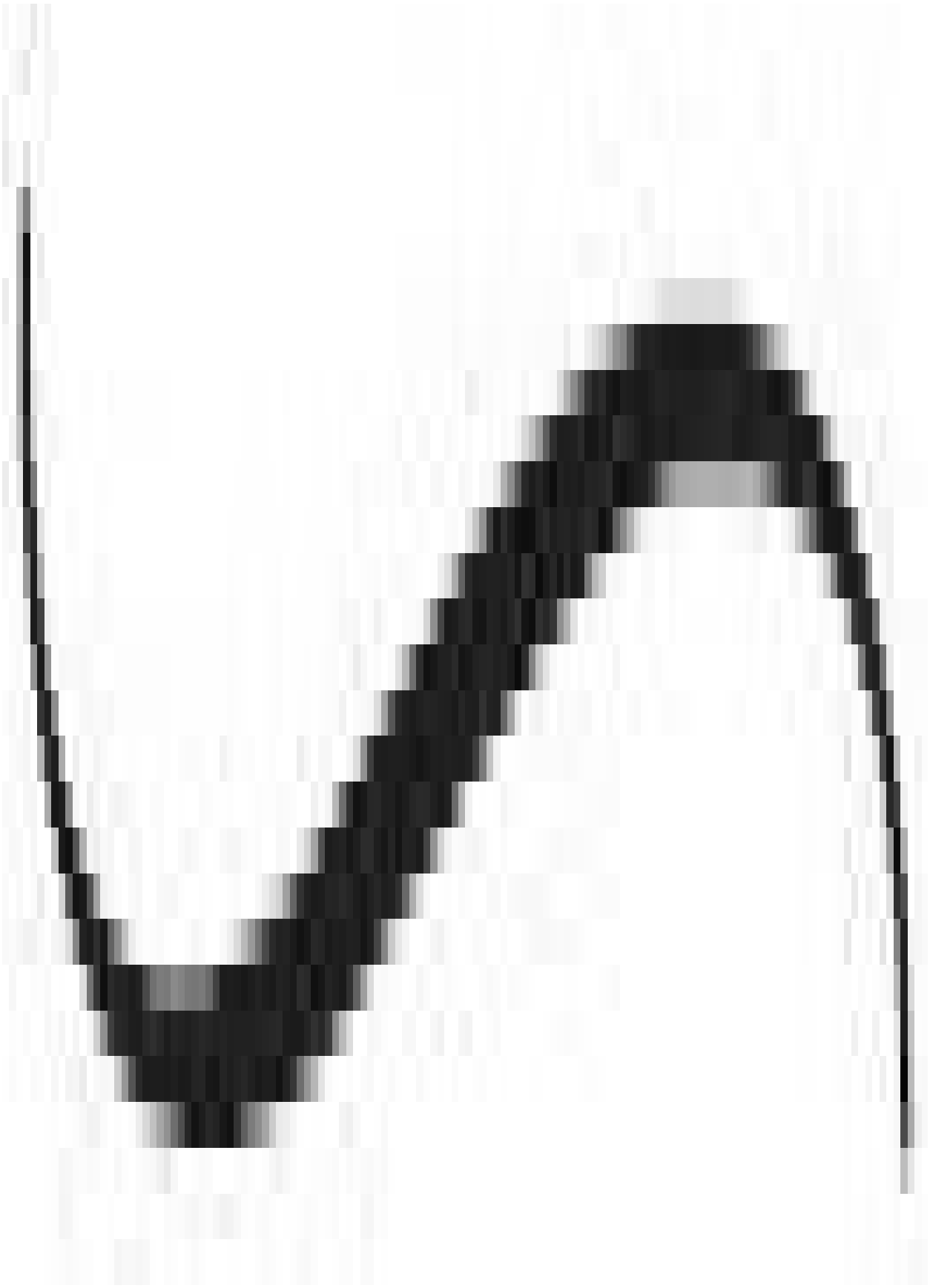
y otros hacían preguntas.

Señor Dios de los cielos y de la tierra, Te ruego que me des la confianza de Josué. Incúlcame Tu propósito. No dejes que me debilite. ¡Tú eres Dios y no hay ningún otro!

«Prepárate», dijo Efraín.

Dándose vuelta, Salmón levantó su vara y bloqueó el golpe de Efraín.

Cuando el Señor lo llamara a la batalla, Salmón quería estar preparado.



—Salmón.

Reconoció la voz grave de inmediato. Levantándose de un salto, descorrió la solapa de la tienda de campaña y miró boquiabierto a Josué.

—Tengo un trabajo para ti —dijo serenamente el anciano.

—Por favor, entre. —Salmón retrocedió rápidamente y le dio la bienvenida a su comandante.

El viejo guerrero agachó un poco la cabeza y entró a la tienda, dio un vistazo alrededor y miró cara a cara a Salmón otra vez. Salmón temblaba de emoción por dentro, pues ¿qué honor más grande podía haber que Josué lo buscara?

—Por favor, siéntese aquí, señor. —Le ofreció el lugar más cómodo.

Josué inclinó la cabeza. Dejó a un costado el bulto que traía y dobló las piernas debajo de él con la agilidad de un joven. Cuando le habló a Salmón, su mirada era oscura e intensa; irradiaba propósito.

Bajo circunstancias normales, el comandante lo habría citado a él, en vez de venir a su tienda.

—¿En qué puedo servirle, señor? —dijo Salmón, conteniendo su curiosidad para mostrarle respeto y hospitalidad. Josué daría explicaciones cuando estuviera listo.

Sonriendo apenas, Josué levantó la mano.

—Nada. Pero puedes sentarte.

Salmón obedeció. Se inclinó hacia adelante, entrelazó sus manos y no dijo nada. El anciano cerró los ojos un largo instante; luego, levantó la cabeza y lo miró.

—Necesito dos hombres para que vayan a una misión de alto riesgo.

—Yo iré. —Salmón se enderezó con su corazón palpitando fuertemente—. Envíeme a mí.

Josué ladeó la cabeza y lo miró, divertido.

—Sería prudente escuchar cuál es la misión antes de ofrecerte como voluntario.

—Si usted quiere que se haga, hay que hacerla, y eso es lo único que necesito saber. El Señor habla por medio de usted. Obedecerlo es obedecer a Dios. Iré donde usted quiera que yo vaya y haré lo que sea necesario hacer.

Los ojos de Josué resplandecieron. Se inclinó hacia adelante.

—Entonces, estas son las instrucciones: ve a reconocer el terreno al otro lado del río Jordán, especialmente los alrededores de Jericó. Fíjate qué defensas tienen apostadas. Percibe cuál es el estado de ánimo del pueblo.

El miedo tomó desprevenido a Salmón, pero lo resistió mentalmente.

—¿Cuándo quiere que vaya?

—Dentro de una hora. Caleb está dándole instrucciones a Efraín. —Josué levantó la mano—. Veo que estás listo para agarrar tu espada y marcharte ahora, pero escúchame: además de Caleb y Efraín, nadie sabe que ustedes saldrán del campamento. Irán en secreto. Eres joven y estás enardecido, hijo mío, pero debes mantener la cabeza fría y ser astuto como una serpiente. No te pasees por la ciudad como un conquistador. Mantén la cabeza gacha. Busca un establecimiento donde puedas conocer qué mentalidad tiene la gente. Mimetízate. Mantén los ojos y los oídos abiertos. Las almenas no son tan importantes como lo que piensan los pobladores de Jericó. Averigua todo lo que puedas y luego sal de allí lo más rápido posible. No pierdas tiempo. ¿Entiendes?

—Sí, comandante.

Josué tomó el bulto que había dejado a un costado y lo puso entre ambos.

—Ropa de amorreo y un arma.

Indudablemente, la ropa la había obtenido del cuerpo de algún enemigo derrotado, pues Salmón vio que estaba manchada de sangre. Sabía que tendría que ser cuidadoso cuando se pusiera la túnica. Le costaría mimetizarse naturalmente con los pobladores de Jericó si alguien veía la mancha. Cualquiera que la viera se daría cuenta de que el último hombre que usó la prenda había

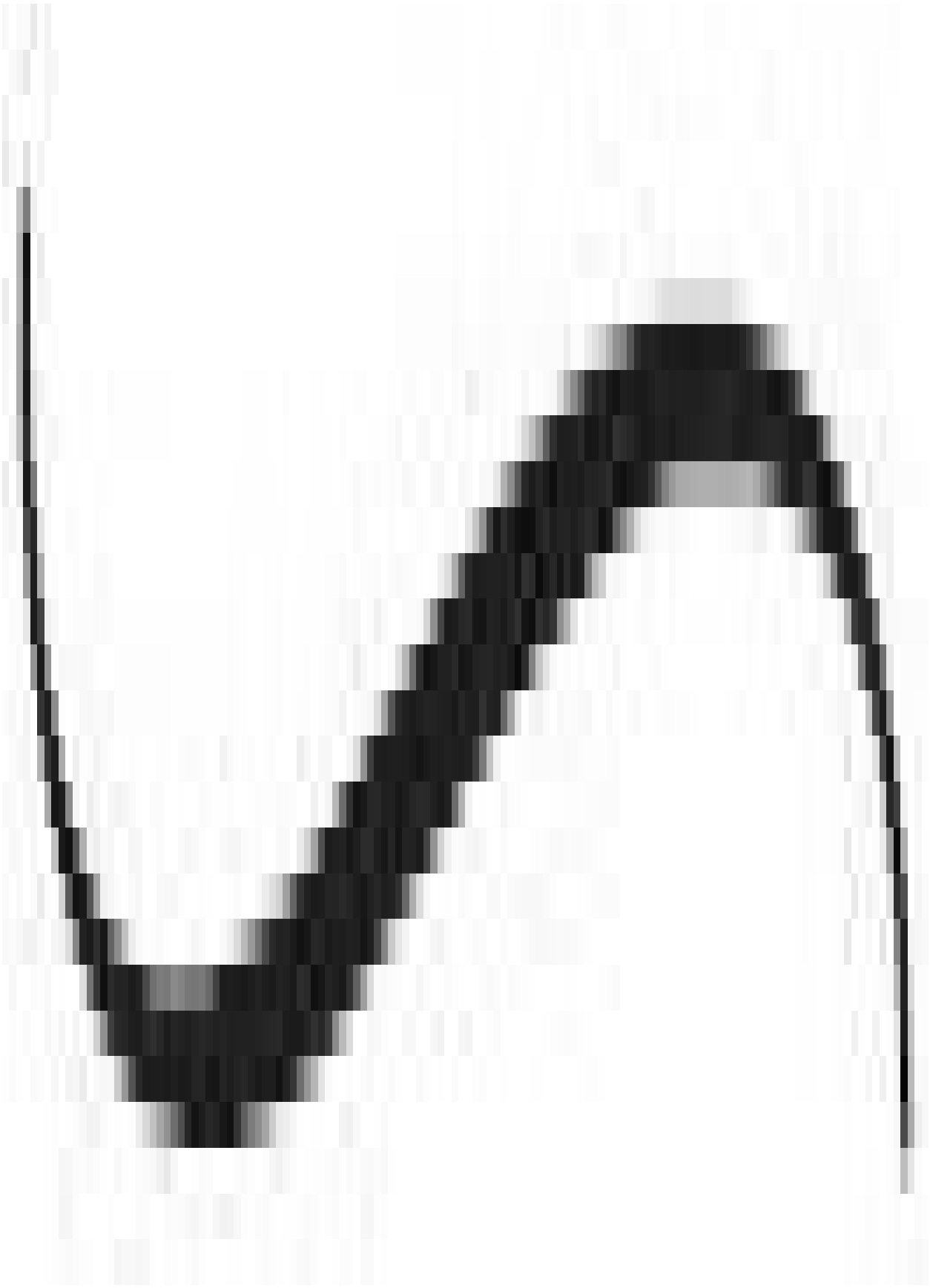
muerto violentamente. Tendría que usar un manto para taparla.

Josué se puso de pie. Salmón se levantó de un salto. Antes de salir, Josué se dio vuelta, apoyó su mano sobre el hombro de Salmón y lo apretó con firmeza.

—¡Que el Señor te cuide y te guarde!

—Bendito sea el nombre del Señor.

Soltándolo, Josué apartó la puerta de la tienda, se encorvó y salió. Salmón mantuvo levantada la solapa el tiempo suficiente para ver a Josué desaparecer entre las otras tiendas de Israel. La dejó caer en su lugar, exhaló bruscamente y cayó de rodillas. Echando la cabeza hacia atrás, Salmón cerró los ojos y levantó las manos, dándole gracias a Dios por esta oportunidad para servir. Luego, se postró y oró pidiendo sabiduría y coraje para completar la tarea.



A la luz de la luna, Salmón y Efraín se ciñeron los lomos, levantándose la parte posterior de la túnica y metiéndola en el cinturón. Sin estorbos, corrieron y llegaron a la orilla oriental del Jordán mucho antes del amanecer. Jadeante, Salmón dejó caer su bulto, agarró su túnica y se la sacó por encima de su cabeza.

—El río parece veloz —dijo Efraín, quitándose la ropa y tomando la túnica amorrea que Salmón le lanzó.

Crecido por las riadas primaverales, el río subía por encima de sus orillas. Y Efraín tenía razón: la corriente era rápida.

Salmón se acomodó la túnica amorrea. Hizo un gesto con la cabeza indicando una orilla accesible mientras se ajustaba el cinturón de cuero.

—Entraremos por ahí y empezaremos a nadar.

Efraín torció la boca con ironía.

—Odio mencionarlo en este momento, amigo, pero no sé nadar.

Salmón rio sin ganas.

—¿Y crees que yo sí? El desierto no nos ha dado demasiadas oportunidades de aprender, ¿o sí?

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Cruzarlo. Dejar de preocuparnos. Si Dios quiere, lo haremos.

—Y si no, nos ahogaremos —dijo Efraín sin emoción.

—¿Crees que el Señor nos ha traído hasta aquí para permitir que seamos vencidos?

Efraín observó el río.

—Me sentiría mejor si pudiera sujetarme al tronco de un árbol.

—El Señor nos sostendrá. —Salmón habló con más convicción de la que sentía.

Dame coraje, Señor—. Llénate los pulmones con aire, mantén los brazos estirados y patea como una rana. La corriente nos llevará.

—Hasta el mar de Sal.

Salmón ignoró el lúgubre sentido del humor de su amigo y señaló:

—Dirígete hacia esos sauces que están del otro lado. —Amarró la funda al cinturón y metió su daga dentro de ella—. Vamos.

A pesar de su audacia, el miedo atravesó el cuerpo de Salmón cuando la corriente del río impactó contra sus piernas. Sobreponiéndose al temor, se adentró en el Jordán hasta que el agua le llegó a la cintura. Tal vez podría hacerlo así, paso a paso, usando su propia fuerza física para mantenerse de pie. Pero el paso siguiente demostró que no podría. Se resbaló en unas piedras lisas y perdió el punto de apoyo. El pánico se apoderó de él mientras era succionado por la corriente. Se hundió brevemente, pero logró subir a la superficie el tiempo suficiente para llenarse los pulmones de aire. Su cuerpo rodó, se dio vuelta y giró hacia atrás. Golpeó fuertemente contra algo y casi se quedó sin aliento. Salmón luchaba contra su miedo y contra el río, mientras la crecida lo arrastraba.

¡Señor, ayúdame!

Vio los árboles y pateó con fuerza. Manoteando el agua, usó la corriente para equilibrar su cuerpo. Mantuvo el cuello encorvado y rígido para que su cabeza quedara por encima del agua, para poder respirar y ver adónde iba. Escuchó un grito detrás de él, pero no tuvo tiempo para darse vuelta y ver si a Efraín estaba yéndole mejor que a él. Se lanzó hacia una rama colgante y se aferró a ella. Al subir, se sujetó mejor y miró hacia atrás. Efraín todavía estaba parado en la orilla opuesta.

—¡Vamos! —le gritó Salmón.

Efraín entró al río con obvia aprensión. Extendió los brazos y cayó de bruces. Al ver con qué velocidad era arrastrado Efraín, Salmón estiró su cuerpo lo más que pudo para que su amigo pudiera agarrarlo del tobillo.

—¡Sujétate!

Efraín lo logró, pero la sacudida por poco arrastró a Salmón. Su cuerpo se dio

vuelta de golpe y tironeó contra la fuerte corriente del río. El agua se arremolinaba violentamente sobre la cabeza de Efraín. Colgado de la rama con una mano, Salmón se estiró hacia abajo, agarró a Efraín y tiró.

—¡Trepa! —Efraín se estiró y clavó sus dedos en el muslo de Salmón. Impulsándose más arriba, su cabeza emergió de la corriente caudalosa. Jadeando, tomó aire. Salmón agarró el cinturón de Efraín y lo levantó más. Luego, lo empujó hacia la ribera occidental.

Cuando llegó a la orilla, Efraín se estiró, le dio una mano a Salmón y se impulsó lo más que pudo, antes de que la rama se partiera y cayera al agua. Salmón volvió a ponerse de pie en el lecho pedregoso y, con mucho esfuerzo, salió del Jordán y cayó de rodillas. Efraín tosía violentamente.

Con el pecho agitado, Salmón tomó aire a bocanadas. Enterró sus dedos en la tierra y se llevó un poco a la nariz para oler su aroma a abundancia.

—El Señor nos trajo al otro lado—dijo con voz ahogada por la emoción. Eran los primeros de su generación en pisar la Tierra Prometida—. ¡Alabado sea el Señor!

Efraín todavía expectoraba el agua turbia del río, pero logró decir con voz ronca:

—Que Dios nos conceda vivir lo suficiente para disfrutarla.

—Amén. —Salmón se levantó—. No falta mucho para que amanezca. —Estaba inquieto por la misión que tenía por delante y deseaba ponerse en marcha, pero no sería prudente llegar mojados y embarrados por el río, o demasiado temprano, lo cual haría que parecieran demasiado ansiosos por entrar a la ciudad. Se acuclilló en la orilla del Jordán y se lavó—. Si nos apuramos, llegaremos a las palmeras antes de que sea completamente de día.

—Solo dame unos minutos para descansar, ¿de acuerdo?

—No tenemos tiempo que perder. ¡Descansa mientras caminamos!

Mientras atravesaban la árida extensión de tierra al occidente del Jordán y llegaban al camino, el sol salió detrás de ellos. El exuberante oasis verde alimentado por un manantial era visible aun a varios kilómetros de distancia, así como las murallas altas y anchas de la Ciudad de las Palmeras que

obstaculizaban la entrada a Canaán. Salmón se sintió profundamente descorazonado. Esas murallas eran inmensas, serían infranqueables para un ataque frontal. Tampoco podrían tomarlas desde el occidente, porque detrás de la ciudad amurallada había una imponente cordillera de montañas altas y escarpadas.

—La ciudad está bien ubicada.

—Y es impenetrable. ¿Cómo lograremos conquistar semejante ciudad? ¡Nunca ha existido una fortaleza así!

Anonadado, Salmón estudió las murallas. Eran, por lo menos, seis veces más altas que cualquier hombre, y había almenas a ambos lados de la puerta. Los guardias que vigilaban verían llegar desde lejos a cualquier ejército, lo cual les daría mucho tiempo para cerrar las puertas y prepararse para la batalla.

¿Josué los haría construir escaleras para trepar esas murallas? ¿Cuántos morirían para colocarlas y mantenerlas firmes hasta que suficientes soldados pudieran subir a lo alto de la muralla? ¿Podrían destrozar o incendiar esas puertas inmensas? ¿Cuántos morirían en la batalla por esta ciudad? ¡Miles! ¿Sería él uno de ellos... si es que no moría hoy aquí, en esta misión?

—Que Dios nos proteja de semejante final —dijo Salmón en voz baja.

—¿Qué debemos hacer ahora? —preguntó Efraín—. ¿Sumarnos a la muchedumbre que espera que abran las puertas?

—Esperaremos al final del día. Mejor que no nos registren demasiado. Los guardias estarán menos atentos a esa hora.

Encontraron un lugar cubierto de hierba no muy lejos de la vertiente de un manantial, y se quedaron dormidos a la sombra de la Ciudad de las Palmeras.

DOS



A primera vista, Rahab descartó a los dos hombres porque pensó que eran soldados amorreos con un mensaje para el rey. Pero, a medida que se acercaban, notó el interés que tenían en las murallas. Los hombres, que no traían paquetes ni alforjas, estaban ceñudos mientras hablaban entre sí e iban atentos a las torres de los guardias. Más revelador aún era su completo desinterés en ella. Los soldados, aun aquellos que estaban en una misión importante, invariablemente buscaban a las mujeres de su oficio. Siempre estaban ansiosos por pasar una noche cómodamente alojados, con comida, bebida y placeres carnales, cuando se les presentaba la oportunidad. Los soldados amorreos eran particularmente lujuriosos y profanos.

Ah, los hombres la habían detectado.

—¡Hola, mis buenos amigos! —gritó ella, sonriendo y saludando con la mano. Ellos desviaron la mirada. Qué raro. Eran jóvenes, pero no tanto para que les produjera vergüenza las atenciones de una mujer.

¿O acaso habían dado señas de repulsión? Rahab tuvo una sensación incómoda en la boca del estómago. Hacía años que no sentía vergüenza ni el deseo de cubrirse el rostro y esconderse. No le sucedía desde las primeras semanas que estuvo en compañía del rey. Más allá de lo que dijera su padre, en su corazón sabía que lo que le hacían estaba mal, y aprovecharse de la situación le parecía aún peor. Había sido una época confusa, un período de degradación y de elevación. Pero nadie había osado menospreciar a una joven escogida por el rey. Durante los meses que estuvo en el palacio, había sido tratada con deferencia. Y, con el tiempo, aprendió a ocultar sus sentimientos. Aprendió a llevar la cabeza en alto y a caminar como una reina, aunque la hubieran despojado de toda perspectiva de tener un futuro honorable.

A pesar de su incomodidad —o, quizás, aun a causa de ella—, se interesó más en los dos hombres. Estaba segura de que no eran lo que aparentaban ser. Si fueran soldados amorreos de verdad, irían pavoneándose y fanfarroneando. Le gritarían propuestas indecentes y le ofrecerían dinero. Se jactarían de sus habilidades con las mujeres.

¿Serían estos los espías israelitas que ella esperaba que vinieran?

El viento del desierto subió y envolvió en un remolino de polvo a los dos

hombres. La prenda exterior del más alto se abrió. Se cerró la ropa con un movimiento brusco, pero no antes de que ella viera la mancha que él tapó rápidamente.

Su corazón dio un brinco. Rahab contuvo el aliento bruscamente y se inclinó hacia adelante. Estaba decidida a captar su atención. No le importaba lo desvergonzada que tuviera que ser; haría que la miraran. Se inclinó por la ventana hasta que su negro cabello rizado se desparramó como una cascada oscura sobre la roca.

—¡Ey, ustedes! —gritó—. ¡Ustedes dos!

El hombre más alto levantó la vista y su rostro enrojeció. Ella lo saludó agitando la mano.

—¡Quiero darles la bienvenida!

—¡No estamos interesados!

Claramente, a él le molestaba que ella siguiera prestándoles atención. Le murmuró algo a su compañero y siguió caminando.

Rahab no tenía ninguna intención de rendirse, por más despectivo que fuera con ella.

—¡No recuerdo cuándo fue la última vez que un hombre se esforzó tanto por ignorarme!

Irritado, él se detuvo.

—No tenemos dinero suficiente para sus servicios.

—¿He puesto algún precio?

Él hizo un ademán desdeñoso, le hizo un gesto con la cabeza a su compañero, que la miraba boquiabierto, y continuó caminando.

¿Cuándo había tenido que convencer a un hombre para que pasara un rato con ella? Si se asomaba más por la ventana, ¡caería a sus pies!

—Tengo vino frío, pan recién horneado y un lugar cómodo para que ambos puedan dormir. —Como seguían ignorándola, se quitó una zapatilla y se las arrojó—. ¡La mayoría de los amorreos me llaman por nombre cuando se acercan a la puerta! —Siempre había sido ella quien los ignoraba, a menos que el soldado resultara ser un comandante y tuviera información que pudiera interesarle al rey. Normalmente no habría mirado dos veces a un soldado común, pero estos eran espías israelitas. Lo sabía. Obviamente, no la veían como otra cosa que una ramera vulgar que ejercía su profesión.

Se estremeció de miedo por ellos. ¿Creían que los guardias apostados en las puertas eran tontos y que no notarían su disfraz? Debía lograr que le prestaran atención pronto. Un solo vistazo a estos tipos recelosos, y los guardias les caerían encima y desenvainarían sus espadas. ¡En pocas horas les cortarían la cabeza y colgarían sus cuerpos de la muralla!

—¡Hasta el rey ha bebido vino de mi copa y le he dado de comer pan de mi propia mano!

El hombre más alto se detuvo y la miró.

—¿Por qué nos honras con tu atención?

Su burla la hirió, pero se tragó el orgullo y respondió sencillamente:

—Porque soy más sabia de lo que aparento ser, joven; tengo conocimientos que puedo compartir con ustedes, si son lo suficientemente inteligentes como para escuchar. —Mantuvo su tono burlonamente seductor, pues estaban lo suficientemente cerca de la puerta como para que uno de los guardias prestara atención a la conversación—. Yo sé qué quieren ustedes.

—¿Oh, en serio?

¡Por favor, que la libraran de los jóvenes santurrones e imberbes!

—Cualquier hombre necesita comer y descansar. —Si él le daba la espalda otra vez, le lanzaría un jarro—. Y algunos entran para tener una charla inteligente. —Ella notó que su cuerpo se tensaba de repente. Solo para estar segura de que la había entendido, sonrió—. El Jordán está crecido en esta época del año, ¿verdad? —Levantó las cejas y no dijo nada más.

Quizás había ido demasiado lejos, pues nunca había visto una mirada más feroz.

—Estamos cansados y hambrientos —concedió él.

—Se sentirán contentos por quedarse un rato conmigo.

—¿Cómo podemos encontrarnos?

—Me reuniré con ustedes en la puerta y les mostraré el camino. —Les sopló un beso por el guardia que de repente había empezado a interesarse en ellos. Cuando bajó del banquito y jaló del cordón que sujetaba la cortina, temblaba de emoción. Se pasó los dedos por el cabello y lo trenzó rápidamente antes de salir con prisa.

Rahab bajó corriendo las escaleras y dobló en la esquina. Era la hora más calurosa del día. En la pasarela peatonal que recorría el interior de la muralla había pocas personas. Muchos habían trabajado durante las horas de la mañana y ahora estaban descansando. Cuando cruzó la puerta, vio que Cabul había tomado nota de los hombres. Aminorando el paso, Rahab se acercó como si paseara y se apoyó contra la piedra fría.

—¡Cabul!

Él se dio vuelta y sonrió; luego, dejó su puesto y se acercó a ella.

—¿Qué te ha hecho salir tan tarde, bella mía?

—Tú, por supuesto —dijo en un tono trivial y coqueto.

Él rio.

—Es más probable que sea por un mercader rico o por algún emisario de los filisteos.

Ella arqueó las cejas y lo miró traviesamente.

—Uno nunca sabe.

Con una risa contenida, él le tomó la mano.

—Estás temblando.

—Demasiado vino anoche. —Ella se acercó y jugueteó con la empuñadura de su espada, mientras miraba más allá de él. Los dos hombres estaban entrando por la puerta.

—No estuviste bebiendo conmigo —dijo Cabul y le levantó el mentón—. ¿Qué te parece si voy por tu casa después de mi horario y nos embriagamos juntos?

—Creo que me abstendré de tomar vino por algunos días.

—Entonces, podríamos...

Le palmeó el brazo en broma. Nadie les dio el alto a los dos forasteros. Había varios ancianos discutiendo entre sí, y el soldado que había ocupado el puesto de Cabul parecía más interesado en ellos que en los jóvenes amorreos cubiertos por el polvo del viaje.

—¿Viniste hasta aquí solo para burlarte de mí?

—Jamás. —Ella volvió a levantar la cabeza y lo miró directamente a los ojos—. Sabes que pienso que eres el tipo más apuesto que hay al servicio del rey. —Y era lo suficientemente presumido como para creerle.

Cabul sonrió ampliamente y estaba a punto de decir algo, cuando dos ancianos comenzaron a gritarse uno al otro. Cabul miró hacia atrás y vio a los dos forasteros. Cuando el joven más alto la miró, Cabul frunció el ceño.

—¿Soldados amorreos? Nunca pensé que te rebajarías tanto.

Ella se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Tal vez tengan novedades que le interesen al rey.

Él volvió a mirarlos, preocupado.

—Son épocas peligrosas, Rahab. Podrían ser espías.

Su pulso se aceleró.

—¿Tú crees?

—Tienen el cabello demasiado corto.

—Tal vez hayan hecho alguna clase de juramento. —Tocó su brazo y, mirándolo, le sonrió—. Debo decir que me emociona que te preocupes tanto por mi bienestar, pero deja que haga mis propios negocios. El rey no valoraría que interfieras en mis asuntos. Si son espías, querrá saberlo.

—¿Se trata de los intereses del rey, Rahab?

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Qué crees tú?

—Entonces, ten cuidado. Los israelitas no tienen compasión, aunque se trate de mujeres y niños. —Sus ojos oscuros se llenaron de temor, pero no por ella—. Le avisaré al rey.

—Espera un poco. No querrás que se vayan antes de que podamos averiguar por qué han venido. —Lo conocía lo suficiente para percibir su tensión. Se quedó callado un momento, indudablemente calculando qué complacería más al rey. Ella sembró una sugerencia—: Dame un tiempo con ellos, Cabul. Serán más fáciles de atrapar si los embriago con un buen vino.

—Quizás tengas razón.

—Por supuesto que tengo razón. —Jugueteó con su túnica—. Además, yo conozco al rey mejor que tú. —Lo miró a través de sus pestañas—. Estos hombres podrían hacer que me den una gran bolsa con oro y, si me permites pasar más de una hora con ellos, te daré una parte.

Él apretó y aflojó la mandíbula. Ella sabía que su codicia estaba enfrentada con su sentido del deber. ¿Pesarían más sus ansias de dinero que el miedo por no informar inmediatamente al rey?

—Te daré todo el tiempo que pueda —concluyó él.

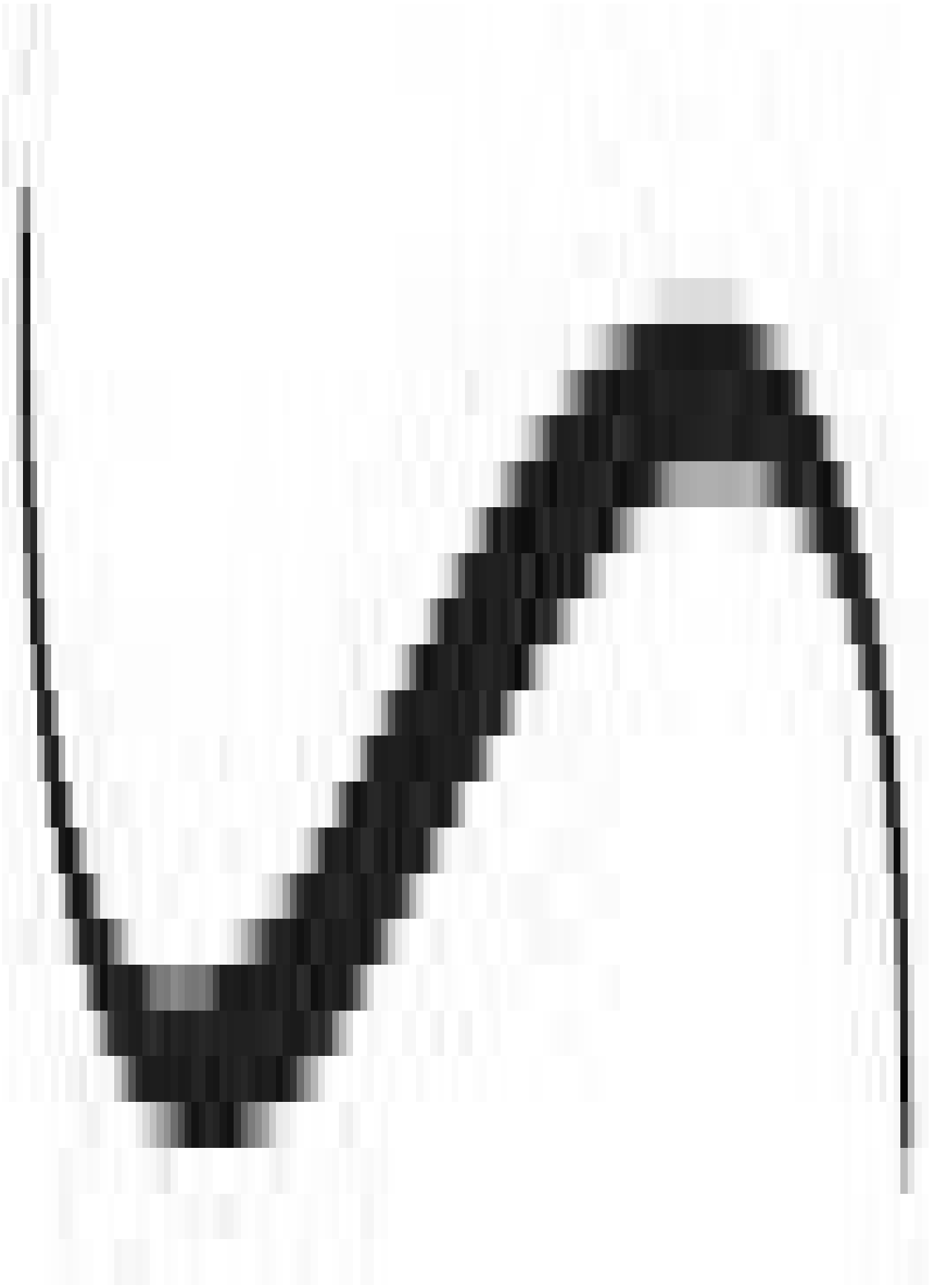
Cuando Cabul se alejó caminando, Rahab miró a los dos hombres que hacían todo lo posible por pasar desapercibidos entre los bulliciosos ciudadanos que regateaban en la puerta. Les hizo señas. Tal vez ahora dudaban porque la habían visto hablando con Cabul y pensaban que estaba tendiéndoles una trampa.

Cabul los observó. La miró fugazmente y le hizo un gesto levantando el mentón.

Anda, estaba diciéndole. Aprovecha la oportunidad. Ella podía imaginar qué estaba pensando. Mejor que ella arriesgara su vida a que Cabul arriesgara la suya. ¡Así sería!

Con una sonrisa atrevida, se acercó a los dos hombres.

—Bienvenidos a Jericó.



Salmón siguió a la mujer por el camino peatonal. De lejos le había parecido inquietantemente hermosa, pero de cerca lo dejó sin aliento. No esperaba enfrentar ningún tipo de tentación en esta misión, pero le estaba costando mucho no mirar sus caderas y concentrarse en sus asuntos. ¿Cuántos años tendría la mujer? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco? Su cuerpo no lo revelaba, pero sus ojos sí.

Ella abrió una puerta y entró rápidamente. Se quedó parada justo adentro y les hizo señas con impaciencia.

Salmón entró primero; Efraín lo siguió.

—Mira este lugar —susurró Efraín en voz baja y se quedó con la boca abierta, en medio de la sala. Salmón recorrió la habitación decorada con alfombras, almohadones de todos los colores y cortinas rojas sujetas con gruesos cordones carmesí. Trató de no mirar la cama que predominaba en la habitación. El aire tenía aroma a incienso y canela. Miró alrededor. Evidentemente, su oficio pagaba bien.

Cerrando la puerta detrás de ellos, la mujer se quitó el chal.

—¡Tengo que esconderlos!

—¿De qué hablas, mujer?

—No finjan que no lo saben. Ustedes son espías israelitas. Si no lo tenían escrito por todo el cuerpo antes, ahora sí. —Fue a buscar la escalera que estaba apoyada en la pared de atrás.

Efraín miró a Salmón.

—¿Qué hacemos?

Salmón le clavó los ojos a la mujer.

—¿Cómo lo supiste?

Ella entornó los ojos y sacudió la cabeza.

—¿Quieres decir, aparte de cómo estudiaban las murallas y las almenas? —Arrastró la escalera por la habitación—. Hay una mancha de sangre en tu túnica. Me imagino que el hombre que la usó antes murió en ella.

Salmón le impidió el paso. Por un breve instante pensó en matarla para poder completar su misión. Ella levantó la cabeza y se irguió; sus ojos castaños eran cristalinos e inteligentes.

—El soldado que vieron hablar conmigo sabe quiénes son.

—¿Tú se lo dijiste?

—Lo adivinó. —Ella se impacientó—. Vinieron a buscar información, ¿verdad? Será mejor que vivan lo suficiente para conseguirla. —Empujó la escalera hacia él y le señaló la pequeña puerta que conducía a la azotea—. ¡Apúrense! ¿Qué están esperando? ¿Al verdugo del rey?

Efraín protestó:

—¡La azotea es el primer lugar que mirarán los soldados!

—¡No necesitarán buscar allí si aún siguen parados en medio de la habitación!

Efraín miró alrededor.

—¡Tiene que haber un lugar mejor!

—Bien. —La mujer apoyó las manos sobre sus caderas—. Si no te gusta la azotea, ¿qué te parece mi cama?

Horrorizado, Efraín subió la escalera.

La mujer dejó ver su expresión afligida cuando vio que Efraín se retiraba rápidamente.

—Me imaginé que se sentiría así. —Miró a Salmón. Él pensó que tenía los ojos castaños más hermosos que había visto en su vida. Con razón Josué y Caleb los habían advertido tantas veces sobre las mujeres extranjeras—. Ahora, ¿qué me dices de ti? —dijo ella y arqueó la boca con pesar.

Salmón apoyó su pie en el último travesaño y la miró nuevamente.

—¿Cómo te llamas?

—Rahab, pero ahora no tenemos tiempo para hablar. ¡Rápido!

Lo siguió escaleras arriba. Empujándolo, le hizo un gesto a Efraín.

—Acuéstense ahí y los cubriré con las gavillas de lino.

Salmón hizo lo que les indicó y la observó mientras ella trabajaba con rápida eficiencia, amontonando con cuidado las gavillas encima de ellos. Cuando terminó la tarea, se agachó y susurró:

—Lamento no poder darles más comodidades, pero, por favor, quédense quietos hasta que yo vuelva. —Volvió ágilmente a la escalera y cerró la pequeña puerta sobre la abertura mientras bajaba.

—¡Estamos poniendo nuestra vida en manos de una ramera! —dijo Efraín con un susurro ronco.

—¿Tienes alguna idea mejor?

—¡Desearía que tuviéramos nuestras espadas!

—Menos mal que no las teníamos, o hubiéramos quedado a merced de ese guardia de la puerta que habló con Rahab.

—¿Rahab? ¿Le preguntaste el nombre?

—Me pareció apropiado, dadas las circunstancias.

—¿Por qué es importante? —dijo Efraín—. Ya sabes lo que es. —Su tono de voz exudaba desprecio.

—¡Baja la voz!

—¿Nos quedaremos agazapados bajo estas gavillas de lino como unos cobardes? Mejor sería que la matáramos ahora y siguiéramos con nuestros asuntos.

Salmón agarró a Efraín antes de que lograra desechar las gavillas.

—¡Será mejor que terminemos lo que nos mandaron a hacer! ¿O te has olvidado de la misión que nos dio Josué? Entrar a la ciudad, conseguir información e irnos. No nos dijo que derramáramos sangre. —Soltó a su amigo—. ¿Quién conoce la vida de Jericó mejor que una ramera que come con el rey?

—Prefiero morir a espada, a que me atrapen escondido detrás de las faldas de una mujer.

—No estamos escondiéndonos detrás de sus faldas —dijo Salmón con cierta diversión—. Nos escondemos debajo de sus gavillas de lino.

—¿Cómo puedes reírte? Solo tenemos su palabra en cuanto al rey. ¿Por qué habríamos de confiar en la palabra de una ramera?

—¿No la miraste?

—No tan de cerca como tú.

—Es lo suficientemente hermosa como para atraer la atención de un rey.

—Tal vez, pero ¿viste con qué confianza la trataba el guardia? Es probable que coma con todos los hombres de la ciudad y además con cientos de los que vienen a hacer negocios.

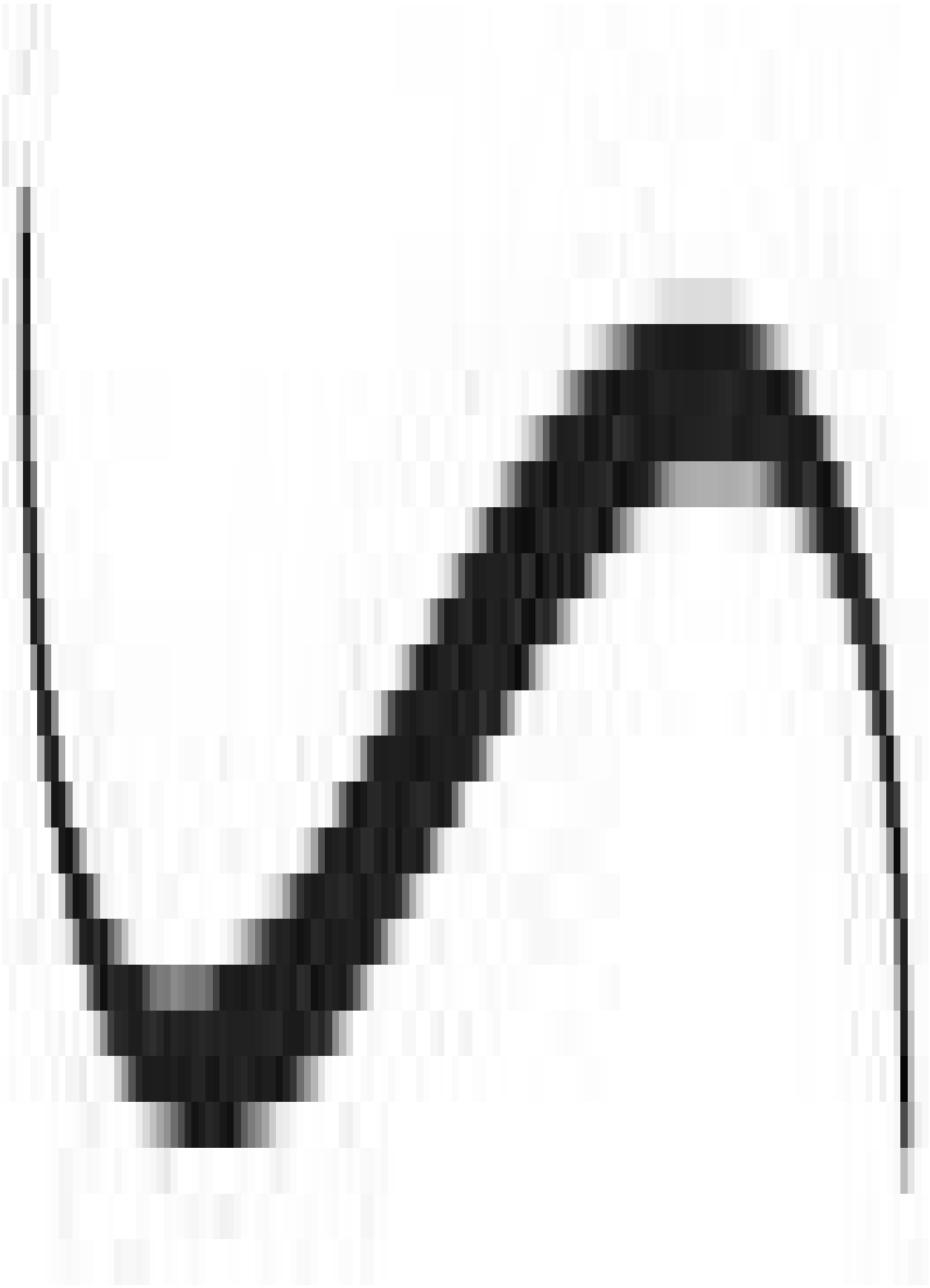
—Entonces conocerá la vida de la ciudad.

—Y probablemente tenga todas las enfermedades conocidas por el hombre.

—¡Cállate! Estamos donde Dios nos puso. —Salmón se preguntó por qué las palabras de su amigo le provocaban tanto enojo. Era probable que Rahab fuera todo lo que Efraín decía que era. Entonces, ¿a qué se debía este fuerte deseo de defenderla? ¿Y por qué estaba confiándole sus vidas?

Soltó un suspiro y se obligó a relajarse.

—Mejor descansemos mientras podamos. Tengo la sensación de que, de una manera u otra, no nos quedaremos dentro de estas murallas por mucho tiempo.



Rahab sabía que los hombres del rey llegarían pronto. En el momento que ella partió de la puerta con los dos israelitas, Cabul debió haber corrido hasta donde su comandante para informarle sobre los dos extranjeros que habían entrado a la ciudad.

Descendió por la escalera, la sujetó y la bajó.

—¡Rahab! ¡Abre la puerta!

El pulso se le disparó y se pasó las manos por la cara para limpiarla de sudor. Dio unas palmaditas a su cabello, se acomodó el vestido y se dirigió rápidamente hacia la puerta. La abrió, fingiendo alivio al ver a los hombres que estaban parados afuera.

—Hubiera deseado que vinieras antes, Cabul.

Arrebatado y tenso, Cabul se quedó donde estaba. Había otros soldados detrás de él, armados y listos para pelear. Ella podía ver el miedo en sus ojos, un miedo igual al suyo, aunque por diferentes razones. Si Cabul se conducía como debía, entraría en su casa y la inspeccionaría completamente, incluyendo el techo. Y, si encontraban a los espías, la matarían.

—Las órdenes del rey son que hagas salir a los hombres que entraron a tu casa. Son espías enviados a averiguar la mejor manera de atacarnos. —Miró por encima de ella—. Entrégalos.

—Los hombres estuvieron aquí, pero no sé de dónde venían. Se fueron de la ciudad al atardecer, cuando las puertas estaban a punto de ser cerradas, y no sé adónde se fueron. Si se apuran, probablemente puedan alcanzarlos.

—¿Adónde fueron?

—No lo sé —repitió ella. Ahora, Cabul tendría que enfrentarse a algo más que dos espías. Tendría que responder a un rey asustado y enojado porque no los habían arrestado—. ¡Rápido! Vayan tras ellos. ¡Todavía tienen tiempo para atraparlos si se apuran!

No le hizo preguntas. ¿Por qué sospecharía que era una traidora, cuando tantas

veces había demostrado su lealtad al rey? ¿Acaso no se había enriquecido sacándoles información a forasteros para llevársela al rey y recibir recompensas? Su palabra bastaba para que se fuera. Cabul dio media vuelta, gritó las órdenes y se marchó directo hacia la puerta.

Rahab salió de su casa y los vio alejarse en el crepúsculo cada vez más oscuro. Tan pronto como dieron la vuelta a la esquina, volvió a su casa, cerró la puerta, la aseguró con la barra y corrió a su ventana. Le transpiraban las palmas de las manos y su corazón palpitaba descontroladamente. En ese momento, Cabul y los demás estaban en la puerta de la ciudad. Pudo oírlo gritándoles a los guardias de servicio que les dieran paso para perseguir a los espías. Si Cabul se detenía lo suficiente para hablar con los hombres de servicio, podía enterarse de que los hombres que encajaban con la descripción de los forasteros no habían salido de la ciudad.

Respiró más tranquila cuando vio que Cabul apareció afuera de la muralla. Los demás lo siguieron, apurados por alejarse de la ciudad. Se dirigían hacia el oriente, al Jordán, y ahora iban corriendo, con las lanzas en la mano, seguros de que podían alcanzar a los espías antes de que cruzaran el río. La puerta de la ciudad se cerró detrás de ellos.

Rahab cerró los ojos y sonrió. Esperó varios minutos más para estar segura de que Cabul y los demás estuvieran bastante lejos. Entonces tomó pan, una jarra con vino, una canasta con dátiles y granadas y arrastró la escalera para instalarla nuevamente.

Los hombres sobre el techo estaban en silencio. ¿Se habrían quedado dormidos? Dejó en el piso la comida que había subido consigo, cruzó el techo sin hacer ruido, levantó una gavilla de lino y lo apartó. No quería sobresaltarlos.

—Los soldados ya se fueron. Pueden salir a salvo.

El hombre más alto se incorporó primero. Cuando la miró, ella sintió el impacto de su mirada. Él sentía curiosidad por ella y lo perturbaba lo mucho que ella lo atraía. El hombre no dijo nada cuando su compañero se puso de pie y se sacudió la ropa.

—Escuchamos gritos.

Ella quiso tranquilizarlos.

—Los soldados salieron de la ciudad para perseguirlos. —Cuando extendió la mano, se dio cuenta de que temblaba lo suficiente para que ellos lo notaran—. Les traje pan y vino.

Ella comprendía sus dudas. Era de Jericó y además prostituta. ¿Por qué confiar en ella? Debían estar preguntándose por qué una cananea los protegería. Quizás hasta se preguntaran cómo había logrado deshacerse tan rápido de los soldados sin que inspeccionaran la casa. ¿Por qué estos israelitas habrían de creer cualquier cosa que tuviera que decir una ramera? Pero debían creerle. Muchísimas vidas dependían de ello.

Rahab bajó la mano y levantó el mentón.

—Sé que el Señor les ha dado esta tierra —les dijo—. Todos les tenemos miedo. Vivimos todos aterrados, pues nos hemos enterado de cómo el Señor abrió un camino seco para que atravesaran el mar Rojo cuando salieron de Egipto. Y sabemos qué les hicieron a Sihón y a Og, los dos reyes amorreos que están al oriente del río Jordán, a cuyos pueblos ustedes destruyeron completamente. ¡Con razón se nos derrite de miedo el corazón!

Se preguntaba por qué habían venido. ¡Seguramente sabían mejor que ella que la tierra les pertenecía! ¿Por qué vendrían a reconocer un terreno que el Señor ya les había entregado? ¿Tenían dudas? ¿Necesitaban darse ánimo?

—Nadie tiene el valor para pelear después de escuchar semejantes cosas. Pues el Señor su Dios es el Dios supremo de los cielos y de la tierra. —Sus ojos se llenaron de lágrimas porque le dolía profundamente el corazón por el anhelo de ser contada entre los del pueblo elegido de este Dios.

Tragó con un gran esfuerzo, dio un paso adelante y extendió sus manos.

—Ahora, júrenme por el Señor que serán bondadosos conmigo y con mi familia, porque yo los he ayudado. Denme alguna garantía de que, cuando Jericó sea conquistada, me permitirán vivir, así como a mi padre y mi madre, mis hermanos, mis hermanas y sus familias.

El hombre más alto dio un vistazo a su compañero, que miraba fijo a Rahab. La luna irradiaba suficiente luz para que ella viera su consternación. El más alto la miró nuevamente con una expresión curiosamente entusiasmada.

—Me llamo Salmón y él es Efraín. Ofrecemos nuestra propia vida como garantía de su seguridad.

El corazón de Rahab se reanimó, aliviado y lleno de gratitud. Miró al otro, esperando su respuesta.

—Estoy de acuerdo —dijo Efraín con menos entusiasmo y mirando malhumorado a Salmón. Volvió a mirarla—: Si no nos traiciona, cumpliremos nuestra promesa cuando el Señor nos entregue la tierra.

Ella sonrió ampliamente. Confiaría su vida y la de sus seres amados a estos hombres. Les había pedido que se lo juraran por el Señor. No se atreverían a romper un juramento de ese tipo. La fe que tenían en su Dios poderoso los haría guardar su promesa.

—Por favor —dijo ella, señalando con su mano los almohadones que había en un rincón de la azotea—. Siéntense. Pónganse cómodos. Son mis invitados. —Se ocupó en preparar la comida que había subido—. ¿Qué puedo servirles? Tengo dátiles, almendras, miel y pasteles de pasas, pan, vino...

—Nada —dijo Efraín fríamente.

—Pero gracias —agregó Salmón, como para suavizar el rechazo.

Rahab se dio vuelta y los examinó. Aunque le habían prometido salvar su vida y la de sus familiares, parecía muy claro que no querían nada de ella, especialmente el que se llamaba Efraín. La hacía sentir como un insecto que se había escurrido desde debajo de una piedra. El otro joven la estudiaba con una curiosidad visible. Ella se sentó sobre un almohadón y lo miró.

—Pregunta lo que quieras.

La miró a los ojos atentamente.

—¿Cómo adquiriste la fe en nuestro Dios?

—Desde que era niña he escuchado relatos sobre Él.

—Como los habrán escuchado todos en Jericó.

Ella pestañeó.

—Lo sé perfectamente bien, y no puedo explicar por qué yo creo, cuando todos los demás no.

—Tu pueblo tiene miedo —dijo Efraín—. Escuchamos lo suficiente en la puerta para estar enterados.

—Sí, tienen miedo de ustedes como lo tendrían de cualquier ejército conquistador. Pero no entienden que es su Dios quien les da la victoria.

Los ojos de Salmón brillaban mientras estudiaba su rostro. Luego, su mirada la recorrió de arriba abajo, como si quisiera captarla de una vez. Rahab se dio cuenta claramente de que le gustaba lo que veía. Igual que a ella. Era un joven muy atractivo.

Efraín parecía determinado a mantenerla en su lugar.

—Ustedes tienen sus propios dioses.

—Estatuas de madera que no sirven para nada —dijo ella desdeñosamente—. ¿Viste alguna en mi recámara? —Efraín parecía incómodo—. Mira abajo —dijo ella, haciendo un gesto hacia la escalera—. Abre los armarios. Mira detrás de las cortinas, debajo de la cama. Busca donde te parezca, Efraín. No encontrarás ningún ídolo ni talismán entre mis pertenencias. Hace mucho que perdí la fe en los dioses de mi pueblo.

—¿Por qué?

El hebreo parecía decidido a ponerla a prueba. Que así fuera. Estaba más que dispuesta a cumplir.

—Porque no podían salvarme. No son más que cosas hechas por hombres, y yo sé cuán débiles son los hombres. —Abrió las manos en un gesto de súplica—. Quiero vivir entre su pueblo.

Efraín frunció el ceño ligeramente y miró a Salmón.

Salmón se inclinó levemente hacia adelante.

—Debes entender que nosotros tenemos leyes, leyes que nos ha dado Dios mismo.

—Me gustaría conocer esas leyes. —Había percibido el mensaje que pasó entre ambos hombres y sintió que eso la afectaría en gran manera.

Salmón la contempló un momento y, luego, dijo en voz baja:

—Hay leyes contra la fornicación y el adulterio.

Efraín no fue tan amable al condenar su profesión:

—La prostitución no es tolerada. Toda persona que es descubierta practicándola es ejecutada.

Rahab recordó cómo se había inclinado por la ventana y los había llamado, como lo había hecho con otros cientos de hombres antes que ellos. Su rostro se ruborizó. Jamás había sentido tanto desprecio por sí misma. Con razón habían dudado tanto. Con razón no querían comer de su mesa ni beber siquiera una gota de agua. Estaba completamente avergonzada.

—Yo no elegí este estilo de vida —dijo rápidamente para defenderse—. Mi padre me presentó ante el rey cuando era una niña y no tuve la posibilidad de opinar... —Se detuvo cuando vio el gesto de Salmón. ¿Qué importaba cómo se había convertido en lo que era? Desde el comienzo, había sentido que estaba mal. ¿A quién le importaba que había sido apenas una niña y que tenía que hacer lo que le decían? ¿Justificaba eso que siguiera ejerciendo su oficio estos últimos años y hacerse rica con él? ¡No! Frunció el ceño y desvió la mirada cuando sintió que los hebreos la examinaban. Volvió a mirarlos, con actitud calmada y tolerante—. Si Dios aborrece la prostitución, dejaré de ejercerla.

Salmón se puso de pie y caminó hasta el borde de la azotea. Miró a la ciudad durante un rato, se dio vuelta y la miró nuevamente.

—Es hora de irnos —dijo—. Hemos servido a nuestro propósito al venir, Efraín.

Rahab se levantó inmediatamente. Sabía que tenía que actuar rápidamente ahora. Descendió la escalera hacia la casa, seguida por los dos hombres. Atravesó la habitación, desató y soltó la soga carmesí que sujetaba las cortinas que rodeaban su cama.

—No podrán marcharse pasando por la puerta. Puedo bajarlos por la ventana con esto. —La levantó, se acercó a la ventana, apartó a Salmón y dejó caer una punta sobre el alféizar. Se asomó y vio cómo la cuerda caía serpenteando muralla abajo —. Llega hasta tres metros por encima del suelo.

—Suficientemente cerca. —Salmón tomó la soga de su mano y movió a Rahab a un costado—. Tú primero —dijo, haciéndole un gesto con la cabeza a su amigo. Efraín trepó y sacó sus piernas al otro lado de la ventana.

—¡Esperen! —dijo Rahab—. ¡Huyan hacia las colinas! —les dijo—. Escóndanse ahí durante tres días hasta que hayan regresado los hombres que están buscándolos; entonces continúen por su camino.

Efraín asintió, agarró la soga y salió por la ventana. Rahab escuchó que caía argamasa suelta y luego un golpe cuando él cayó al suelo. Salmón le entregó la soga a Rahab y se sentó sobre el alféizar.

—Escúchame, Rahab. Podremos garantizar tu seguridad solo si dejas esta soga escarlata colgada hacia afuera de la ventana. Y todos los miembros de tu familia: tu padre, tu madre, tus hermanos y todos sus parientes, deben estar aquí, dentro de la casa. Si salen a la calle, los matarán, y no podremos cumplir nuestro juramento. Pero prometemos que nadie que esté dentro de esta casa morirá; no les pondrán una mano encima.

Rahab se mordió el labio al sentirse llena de gratitud.

Él dejó una pierna colgando hacia afuera y la miró.

—Sin embargo, si nos traicionas, no tendremos la obligación de cumplir ese juramento de ninguna manera.

—Acepto tus condiciones —contestó ella.

La expresión en su mirada cambió sutilmente. El soltó la soga, se estiró y la tomó de la nuca, acercándola. El corazón de Rahab se paralizó, pues pensó que quería besarla.

—No tengas miedo. Volveré por ti.

—Eso espero.

La soltó y agarró la soga.

—¿Eres lo suficientemente fuerte como para sostenerme?

Ella se rio.

—¡Tendré que serlo! —Lo sujetó con todas sus fuerzas y, cuando creyó que fallaría, descubrió una fuerza que no sabía que tenía.

Cuando Salmón soltó la cuerda, ella se paró en puntas de pie y miró afuera por la ventana. Ambos hombres estaban de pie, allá abajo. Efraín miraba los alrededores con precaución, pero Salmón levantó la vista y le dirigió una gran sonrisa. Agitó la mano en un gesto de saludo y promesa. Ella agitó la suya indicándole que se fueran rápido.

Sonrió cuando vio que tomaron el camino que los llevaría a las colinas.

TRES



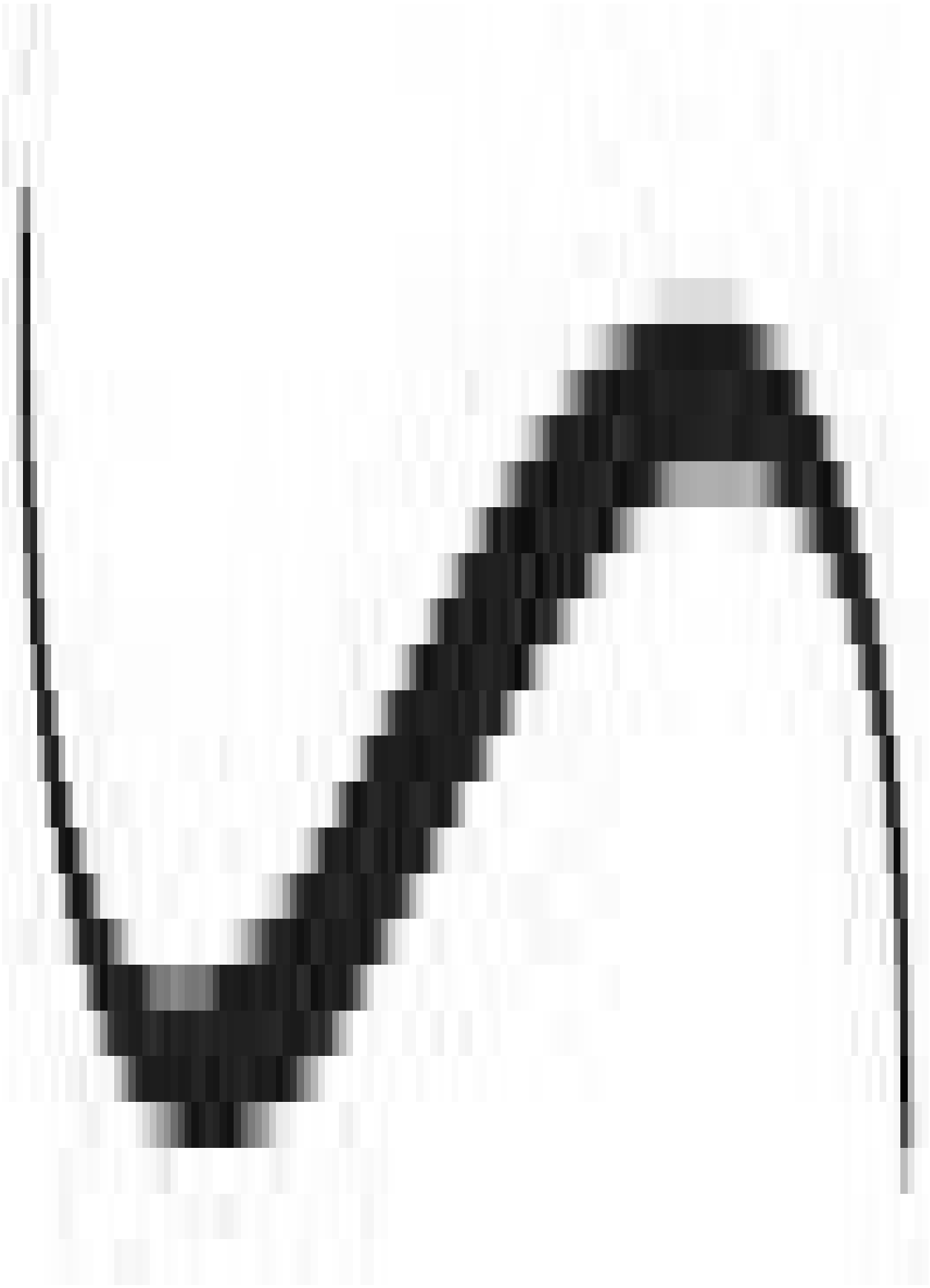
Salmón y Efraín siguieron el camino de las montañas rumbo a las colinas. Mucho después del amanecer, pararon a descansar cerca de un pequeño arroyo. Se arrodillaron, la mirada bien alerta, y bebieron hasta saciarse.

Efraín atrapó varios peces del arroyo y los arrojó a la orilla, donde Salmón había preparado una pequeña fogata. Después de limpiarlos, Salmón asó los pescados sobre una rama. Nunca había comido otra cosa que el maná, y el pescado le pareció un sabor nuevo e interesante a su paladar. Saciados, vieron a un pastor cananeo que llevaba su rebaño de cabras a beber del arroyo. El hombre miró hacia ellos y condujo el rebaño más al occidente.

—Tiene miedo a los forasteros —dijo Efraín.

—El miedo al Señor está sobre el país. —Los venció el agotamiento. Salmón se estiró de espaldas sobre una suave manta de pasto. Apenas podía mantener los ojos abiertos—. Nuestros días en el desierto casi han llegado a su fin. —Se llenó los pulmones del aroma rico y fragante de la tierra. El cielo era cerúleo y estaba surcado por volutas blancas. Oh, Señor, Dios mío, estás trayéndonos a casa, a una tierra que preparaste para nosotros. Expusiste este regalo ante nuestro pueblo. Danos el coraje para tomarlo. Cerrando los ojos, Salmón se quedó dormido mientras oía la corriente del agua de vida.

Y, cuando lo hizo, soñó con una mujer hermosa que lo miraba desde una ventana en lo alto, mientras su magnífico cabello negro y rizado ondeaba en el viento.



Rahab vio a Cabul y a los hombres del rey volviendo a última hora de la tarde siguiente, cuando las puertas todavía estaban abiertas. Aun de lejos, se veían cansados y derrotados. Retrocedió para que Cabul no la viera al pasar debajo de su ventana, de camino a la puerta.

—¡Rahab!

Lo ignoró. Tenía la esperanza de que no viniera a interrogarla ni a buscar desahogarse en su compañía. Ya no quería seguir conversando con ese tipo. El rey la había llamado el día anterior y ella había repetido su mentira sobre los espías y las indicaciones que les había dado a sus hombres. Él le creyó y ese había sido el final del tema.

Más tarde esa noche, Cabul llamó a su puerta. Ocultando su miedo, Rahab abrió la puerta el tiempo suficiente para averiguar si el rey había estado meditando en el asunto y tenía sospechas. Cuando Cabul le aclaró que había venido por motivos personales, ella le dijo que estaba enferma y que necesitaba estar sola. No era una excusa. Estaba enferma: harta de él, harta de la vida que llevaba, enferma por la idea de que todos en esta ciudad pronto estarían muertos a causa de su corazón obstinado y de su terco orgullo. No se alegraba por la destrucción que les sobrevendría, pero quería apartarse de ellos. Quería enclaustrarse y pararse junto a la ventana a esperar su salvación.

Pero había otros que debía tener en cuenta, otras personas a quienes proteger.

Dejó pasar otra noche. Al tercer día se atrevió a salir de su casa para ir de compras al mercado, donde sabía que su padre estaría vendiendo dátiles secos, pasas y granos secos. Cuando Rahab se acercó, él le sonrió brevemente antes de volver a dedicarle toda su atención a un cliente que estaba en el puesto. Su corazón se ablandó, pues su padre nunca la había condenado por sus decisiones. Como él mismo se arrastraba para ganarse la vida, comprendía sus razones y nunca había dejado de quererla. Su madre había tenido grandes esperanzas en cuanto a ella cuando el rey la llamó a su cama, pero puso demasiada confianza en la belleza física de su hija. Rahab no se había hecho tantas ilusiones. Los hombres eran inconstantes, especialmente cuando tenían puestos de poder, y ella no había esperado que el amorío durara mucho. Lo único que esperaba era que durara lo suficiente para ganarse un lugar al servicio del rey. Así había sido, y

ahora tenía un sustento y podía ayudar a mantener a su familia... cuando el orgullo de ellos se lo permitía.

Ni su padre ni sus hermanos la condenaron cuando entró en los aposentos del rey. Tampoco sintieron lástima por ella cuando se fue del palacio. La trataron con una tolerancia apenada hasta que les demostró que podía arreglárselas para tener independencia y una prosperidad superior a la de ellos. Era la única que estaba en condiciones de aportar dinero cada vez que era necesario y siempre se aseguraba de hacerles llegar a su madre, hermanas y cuñadas los regalos que recibía de sus clientes. No lo hacía porque se sintiera obligada ni por soberbia, sino por amor a ellas.

—¿Cómo va tu día, hija mía?

—Es un día de esperanza, padre.

—La esperanza es algo bueno. Ven y siéntate con este viejo y cuéntame qué noticias escuchaste estas últimas semanas. —Sacó dos bancos y se sentó en una, haciéndole un gesto para que usara la otra.

Rahab lo vio masajearse la pierna. Los años de trabajo duro se dejaban ver en él, y hoy parecía más adolorido que otros días. Pero no le agradecería por mencionarlo.

—¿Cómo está mi madre?

—En la gloria, cuidando a sus tres nietos mientras tus hermanas golpean y raspan la linaza.

—¿Y mis hermanos?

—Trabajando en las murallas.

Con razón se masajeaba la pierna y tenía la cara marcada por el dolor.

—Estuviste trepándote a las datileras otra vez. —¿Qué opción le quedaba, si el rey llamaba a sus hermanos para que trabajaran en las defensas de las murallas y dejaba que un anciano realizara la tarea de sus hijos?

—Estuve entrenando a uno de mis nietos.

—Ay, padre. ¡Tienes suerte de no haberte roto el cuello!

—El rey los necesita mucho más que yo.

—Podrá añadir todas las fortificaciones del mundo, que no le servirán de nada.

Él dejó de frotarse la pierna y levantó la cabeza.

—Los israelitas se han instalado en Sitim —dijo.

—No por mucho tiempo.

—¿No?

—No. El Señor les ha entregado esta tierra.

Mientras estudiaba el rostro de Rahab, sus ojos parpadeaban.

—Me enteré de que unos espías entraron en la ciudad hace varias noches.

—A esta hora, ya habrán entregado su informe.

Sus ojos se llenaron de miedo.

—¿Tú los ayudaste a escapar?

Rahab se inclinó hacia adelante y tomó las manos nudosas de su padre entre las suyas.

—He visto la verdad, padre. Sé lo que va a suceder, lo único que puede suceder. Pero no puedo hablar de eso aquí. Ven a mi casa antes de que salgas de la ciudad. Tengo novedades que le darán a nuestra familia motivo para celebrar.

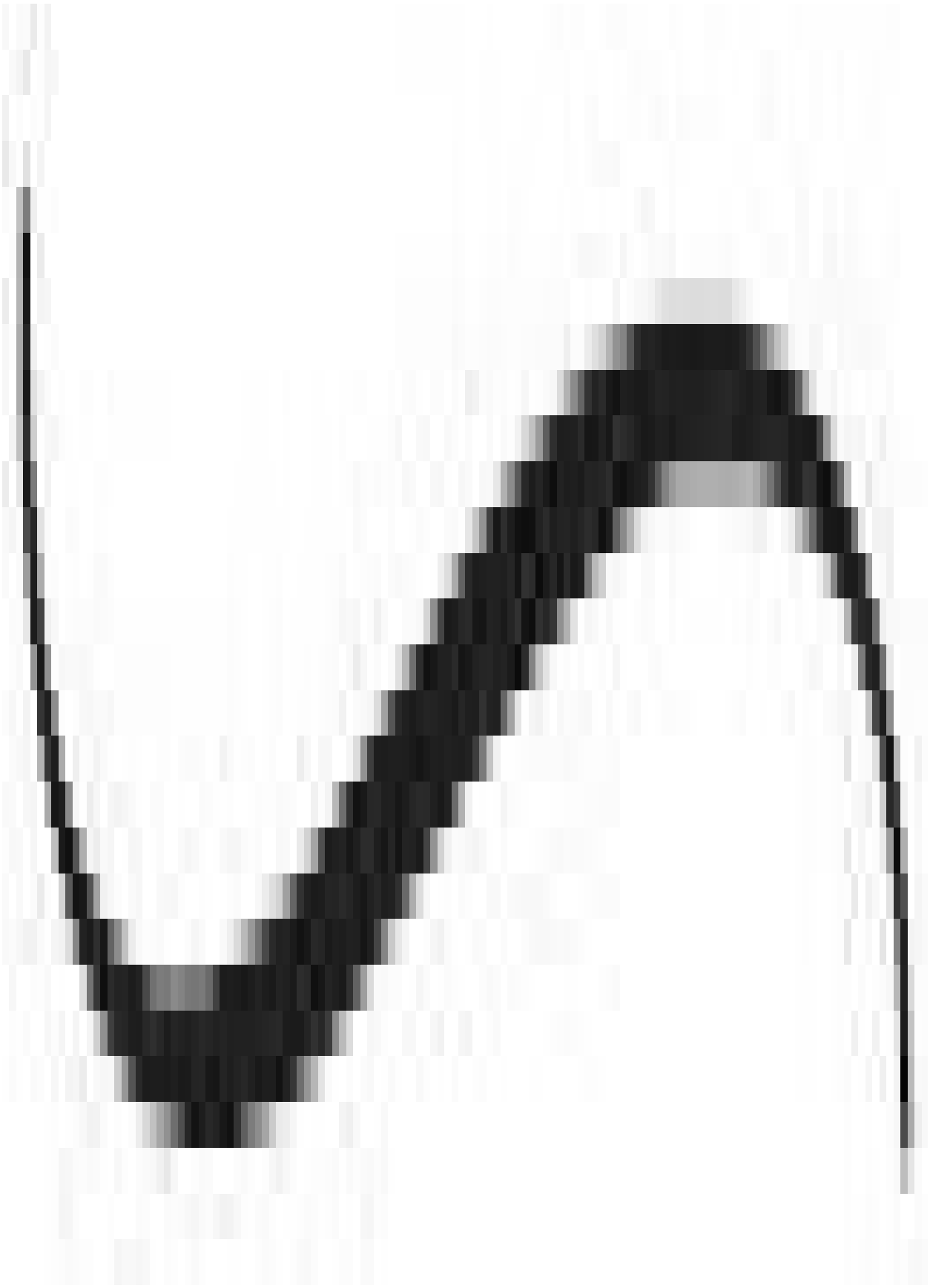
Las manos de él se enfriaron mientras sujetaba las manos de Rahab. Inspeccionó los ojos de su hija.

—¿Qué has hecho?

—Es lo que harán por nosotros, siempre y cuando actuemos de buena fe. Ven esta noche y te contaré todo.

—¿Atacarán Jericó?

—Sí, padre, y la destruirán. —Se puso de pie y se agachó para besarlo en la mejilla—. Pero nuestra salvación está por llegar.



El padre de Rahab llevó consigo a dos de sus hermanos. Ella los saludó afectuosamente y les pidió que se sentaran sobre unos almohadones dispuestos alrededor de una mesa baja. Les sirvió vino y los incentivó para que comieran.

—No tengo hambre —dijo secamente Mizraim—. Padre dijo que nos convocaste.

—No nos vendría mal comer mientras hablamos.

—¿Deberíamos tener apetito cuando los israelitas están acampando al otro lado del Jordán?

Jobab, su hermano menor, temeroso y enojado, levantó la vista hacia ella.

—Padre nos contó que acogiste a los espías. ¿Qué espíritu te poseyó para que arriesgaras todo por lo que hemos trabajado? Si el rey se entera...

—El rey sabe que los espías estuvieron en mi casa —dijo ella y vio que los tres empalidecieron—. Mandó soldados a que los apresaran, y yo les dije a sus hombres que ya habían salido de la ciudad.

—Entonces, deben haber escapado —dijo Mizraim—. Si los hubieran atrapado, sus cuerpos ya estarían colgados de la muralla.

Rahab sonrió.

—No los capturaron porque yo los escondí en mi azotea.

—Que tú... ¿qué? —dijo su padre débilmente.

—Los escondí, y luego los dejé bajar por mi ventana y les dije que se ocultaran en las colinas durante tres días, antes de cruzar el Jordán.

Su padre y sus hermanos se quedaron mirándola fijamente. Mizraim se puso de pie.

—Por todos los dioses, ¿qué nos hiciste?

Jobab se agarró la cabeza, desesperado.

—Nos aniquilarán a todos por tu traición.

—Escogí el bando que me ofrece la vida —dijo Rahab.

—¿La vida? —dijo Mizraim con el rostro enrojecido de ira—. ¡No sabes de qué estás hablando! ¿Qué pasará con nosotros? ¿No somos capaces de elegir?

Rahab contuvo su enojo. ¿Cuántas veces había acudido ella en ayuda de su familia, y aun así Mizraim la acusaba de tal cosa?

—Es por eso que están aquí. —Dejó la jarra de vino en medio de la mesa y se sentó con ellos—. Hace muchos años, padre, conociste a un espía israelita en el palmar. Dijiste que viste en sus ojos que regresaría.

—Efectivamente, volvieron y fueron derrotados.

—Sí, pero volvieron sin el arca de su Dios. ¿No fue eso lo que me dijiste?

—Sí. —Su padre frunció el ceño, recordando—. Y Moisés no los dirigía.

—Escuché que Moisés ha muerto —dijo Mizraim, sentándose nuevamente.

—¿Crees que eso importa? —Rahab estaba decidida a hacerlos entender que los acuerdos que había hecho con los espías eran su única oportunidad de sobrevivir —. Aun con toda su grandeza, Moisés era solo un hombre. Es el Dios de toda la creación quien protege a esta gente. La primera vez que vinieron a esta tierra, entraron como una banda de ladrones desparramados por las colinas. Fueron derrotados porque Dios no estaba con ellos. Esta vez, los israelitas están unidos. Hay una nueva generación de israelitas al otro lado del río. Están esperando que su Dios les dé instrucciones. ¡No hables, Mizraim! Escucha lo que te digo. Cuando sea el momento oportuno, los israelitas cruzarán el Jordán y sí serán victoriosos.

—Nunca capturarán Jericó —dijo Mizraim levantando su copa de vino—. He trabajado en las fortificaciones desde la última luna llena. Tú misma sabes cuán altas y anchas son estas murallas. ¡Ningún ejército puede atravesarlas!

—Haces alarde, pero puedo ver el miedo que hay en tus ojos. —Rahab no se

dejó intimidar por la mirada furiosa de su hermano—. ¿Qué son estas murallas para el Dios que puede abrir los mares? Todos hemos escuchado las historias. Dios arrasó Egipto con las diez plagas. Habló a través de Moisés y el pueblo fue liberado de la esclavitud. Abrió el mar Rojo para que los israelitas lo atravesaran caminando sobre suelo seco. ¿Alguna vez escuchaste hablar de un poder semejante? Verdaderamente, Él es Dios, el único Dios. ¡Tienen que saberlo! Siempre les conté de todo lo que me enteraba. Piensen en lo que saben. ¿Por qué creen que nuestro pueblo tiembla de miedo? Ustedes, entre ellos.

—¡Pero esta es nuestra tierra! —dijo Jobab—. ¡No tienen derecho a ella! ¡Nosotros construimos estas murallas! ¡Nosotros sembramos los cultivos y edificamos las casas! ¡El padre de nuestro padre, y su padre antes que él, cosechaban dátiles del palmar que está en las afueras de las murallas!

Ella quería sacudirlos a todos.

—Todos estos años hemos adorado a los baales creyendo que ellos eran los dueños de la tierra. Pero esta tierra le pertenece al Dios que está allá afuera y Él va a apoderarse de ella. —Se rio tristemente—. ¿Creen que nos salvaremos porque les hicimos sacrificios a las estatuas que nosotros tallamos y moldeamos? ¿Qué poder tienen las estatuas sobre los elementos? —Los miró con desdén—. Nunca han sido otra cosa más que absurdos ídolos de piedra y de barro, sin corazón. —Dio un golpe sobre la mesa con la palma de su mano—. Bien, ahora, el verdadero propietario se ha dado a conocer. El Dios de los israelitas es el dueño de la tierra. Es el dueño de las palmeras, de los terebintos y de los viñedos; es el dueño de las abejas que fabrican la miel; ¡es el dueño de las langostas que destruyeron Egipto! Todo es Suyo, y puede darle la tierra y todo lo que hay en ella a quien Él elija. ¡Y ha elegido a esas personas que están al otro lado del río, en Sitim!

Se quedaron en silencio, estupefactos. Su padre la miró. Ella se dio cuenta de que él temblaba.

—¿Esta es la noticia que vinimos a escuchar, hija?

—Deberíamos reunir a nuestra familia y hacer un banquete —dijo Jobab desoladamente—. Echémosle cicuta al vino y ahorrémonos la agonía de que las espadas de Israel nos hagan trizas.

—Hablas valientemente —dijo Mizraim con repugnancia.

—Viviremos —dijo Rahab.

Mizraim levantó su copa de vino nuevamente.

—¿Cómo? Los israelitas no dejan sobrevivientes.

—Yo ayudé a escapar a los espías, ¡y ellos me prometieron perdonarnos la vida cuando tomen la ciudad!

—¿Y tú les creíste? —dijo Mizraim—. Todos saben que aniquilan todo lo que está vivo.

—Me hicieron un juramento.

—¡Un juramento no es mejor que el hombre que lo hace!

Rahab levantó el mentón.

—Lo sé mejor que tú, hermano mío. He hecho acuerdos con los hombres desde que era una niña.

—Y nos has deshonrado con ellos.

Su padre golpeó la mesa con su puño.

—¡Escucharás a tu hermana! Es mayor que tú y sabe más de las cosas del mundo que todos nosotros.

Mizraim se estremeció y bajó la cabeza.

—Eran forasteros —dijo su padre—. ¿Por qué confiarías en ellos?

—Les pedí a los hombres que me lo prometieran por el Señor, y lo hicieron. ¿Algún hombre se atrevería a jurar en vano delante de este Dios? Si no cumplen su palabra, responderán ante Él.

—No es algo que nos importe demasiado —dijo Jobab, todavía pesimista—. Estaremos muertos.

Rahab se estiró y apoyó su mano sobre la de su hermano.

—Debes decidir dónde depositar tu fe, Jobab. Puedes tener fe en el rey de Jericó, que no es más que un hombre. O puedes poner tu fe en el Rey de reyes, el Dios de Israel. Es cierto, no conozco a esos hombres que vinieron como espías, y solo he escuchado historias acerca del Señor. Pero creo en lo que oí. Cada vez que escucho algo sobre Él, siento que algo se estremece dentro de mí, una seguridad. No puedo explicarlo más que de esa manera, pero yo sé que Él es Dios, el único Dios, y he decidido poner mi fe y mi esperanza en Él. —Se recostó hacia atrás y los miró—. Ustedes mismos deben decidir si eligen vivir o morir.

—Elegimos la vida —respondió su padre por ellos.

—Tenemos una oportunidad —dijo Rahab—, y esa oportunidad descansa en el Señor Dios de Israel. —El corazón le latía fuertemente por la emoción y la gratitud—. Debemos reunir provisiones para los días venideros. Cuando los israelitas nos rescaten, no querremos presentarnos a ellos con las manos vacías. Vende con moderación en el mercado, padre, y trae aquí la mayor parte del grano, de las pasas y de los dátiles. Yo los guardaré para que tengamos comida para cuando comience el asedio y para obsequiar después. —Hizo un gesto con la cabeza hacia un rincón—. Compré una vasija enorme para almacenar agua y todos los días he ido a la fuente para llenarla. Que mis hermanas llenen sus odres para que haya agua suficiente para todos.

Se levantó, fue a la ventana y miró hacia el desierto.

—Ahora nos prepararemos. Empaquen sus pertenencias y estén listos para moverse. Mantengan sus lomos ceñidos y tengan sus armas al alcance de la mano en todo momento. Cuando los israelitas crucen el río, junten a sus mujeres y a sus hijos y vengan aquí, a mi casa. —Los miró nuevamente—. No pierdan tiempo. Debemos aislarnos de todas las personas de esta ciudad, pues están marcadas para la destrucción. Los hombres de Dios me prometieron que todos los que estuvieran en mi casa vivirán. Todos los que estén afuera, perecerán.

Su padre se inclinó y juntó sus manos sobre la mesa.

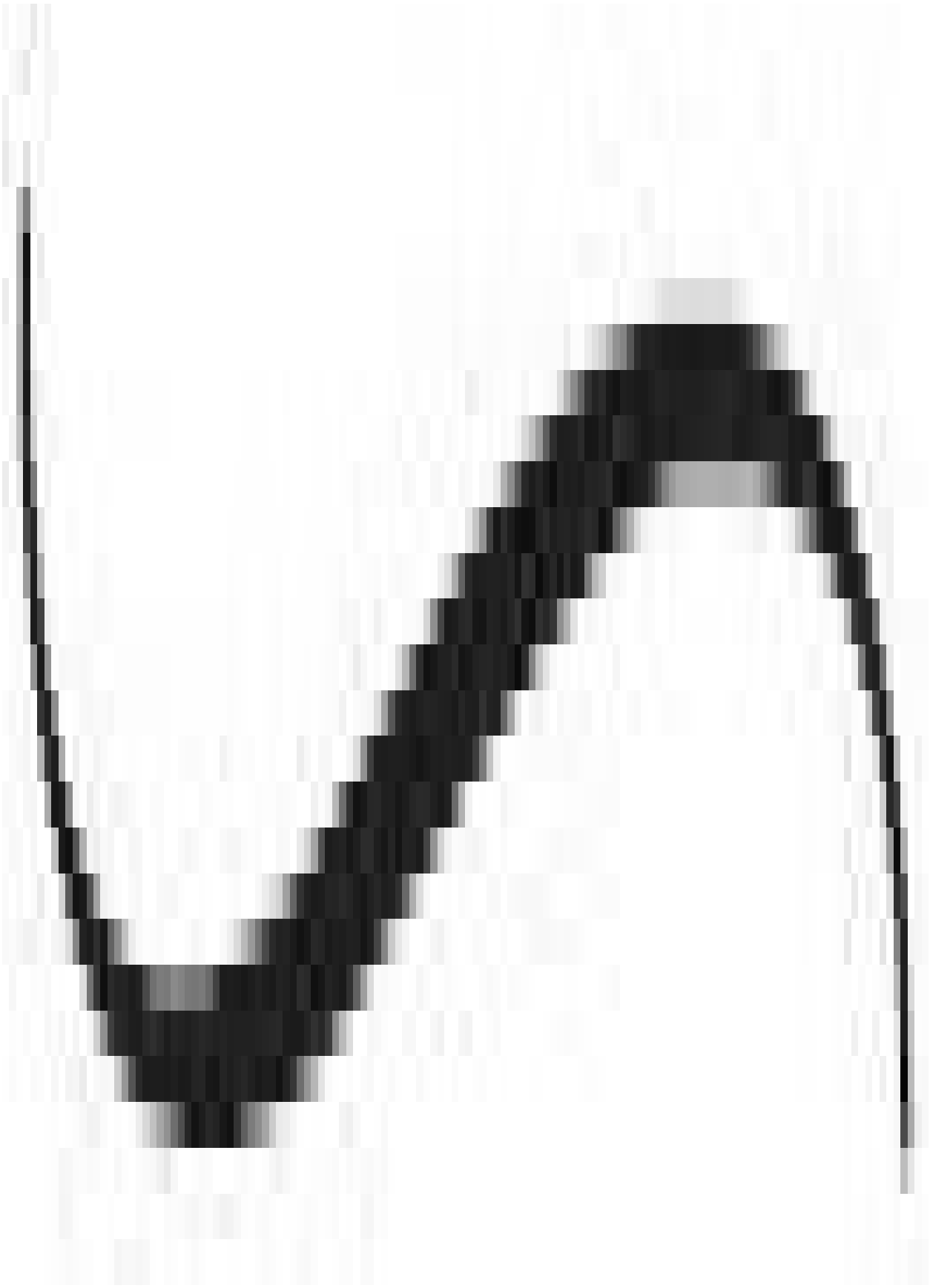
—Hay una decena de ventanas en la muralla, Rahab. ¿Cómo distinguirán los israelitas esta casa de todas las demás?

Sonriendo, levantó la soga carmesí que había atado en su ventana.

—Nos reconocerán por esta señal, y la muerte nos pasará de largo.

—Somos veinte, Rahab. ¿Cómo harás lugar para todos nosotros y las provisiones que necesitaremos para sobrevivir?

—Ay, Mizraim, te preocupas por demasiadas cosas. Te preocupas por lo que comerás y dónde dormirás. Una sola cosa es necesaria. ¡Obedecer las instrucciones que nos han dado! Si quieres vivir, empaca tus pertenencias y ven a mi casa. —Sonrió—. Y en tu apuro, no te olvides de traer a Basemat y a los niños.



Al cabo de tres días, Salmón y Efraín salieron de las colinas y cruzaron el Jordán. Se quitaron las prendas amorreas, se vistieron con su propia ropa y corrieron el resto del camino hasta Sitim, donde encontraron a Josué y a Caleb juntos.

—El Señor definitivamente nos entregará toda la tierra —dijo Efraín, jadeando fuertemente—, ¡pues todos sus habitantes están aterrados por nuestra causa!

—Relájense y descansen. —Josué les hizo un gesto con la cabeza para que se sentaran cerca de la fogata. Estaba tranquilo, con la mirada inmutable, como si nada de lo que le habían dicho pudiera cambiar algo.

La emoción de Salmón bramaba de tal manera en su interior, que sentía que podía cruzar todo el campamento corriendo y gritando la noticia a los miles que esperaban para ir a la batalla.

—La tierra es nuestra, ¡y es mucho más fértil de lo que nos imaginábamos! Dios cumplió Su promesa. Los cananeos se derriten ante el poder del Señor.

—Una ramera de Jericó nos lo contó —dijo Efraín, a quien todavía le costaba respirar.

Una ramera. A Salmón no le gustó cómo Efraín describió a Rahab.

Salmón siempre había creído que la fe de Josué y de Caleb era lo que los había distinguido de todos los demás entre la raza elegida, pero una sola noche en compañía de una meretriz de Jericó lo llevó a darse cuenta de que Dios podía escribir Su nombre en el corazón de cualquiera que Él escogiera, ¡aun de una prostituta cananea! Allí, en la oscuridad, al otro lado del Jordán y dentro de la muralla de una ciudad pagana, había una mujer de reputación despreciable, que nunca había visto un milagro, que nunca había probado el maná ni había oído una sola palabra de la ley. Y, sin embargo, su fe era lo suficientemente fuerte como para saludar, recibir y proteger a quienes venían a destruirlos a ella y a su pueblo. «El Señor su Dios es el Dios supremo de los cielos y de la tierra», había declarado ella.

—El nombre de la mujer es Rahab —dijo Salmón a los dos guerreros venerables y ancianos—. Nos llamó desde una de las ventanas en la muralla y vino a

nuestro encuentro apenas entramos por la puerta; luego, nos recibió en su casa. Nos escondió en su azotea antes de que llegaran los soldados y les dijo que nos habíamos ido de la ciudad.

Rápidamente, Efraín también comenzó a defender a Rahab.

—Los soldados creyeron su mentira y salieron a perseguir una ilusión.

—Ella nos recibió amablemente y nos recomendó que esperáramos en las colinas durante tres días, antes de regresar a traerles nuestro informe. Fue esta mujer la que nos dijo que el Señor nos ha dado la tierra. Dijo: “El Señor su Dios es el Dios de los cielos y de la tierra”. Y nos pidió que le juráramos que salvaremos a su familia, que lo juráramos por el Señor.

Los ojos de Josué se entrecerraron ligeramente.

—¿Y ustedes le hicieron este juramento?

Salmón sintió que el sudor brotaba a raudales por su nuca. ¿Se había sobrepasado y había actuado en contra de la voluntad del Señor?

—Sí, señor, hicimos el juramento. —Tragó con dificultad—. Si me equivoqué en esto, le ruego al Señor que me haga responsable solo a mí y que no castigue a esta mujer. En efecto, juramos ante el Señor nuestro Dios que todos los que estén dentro de la casa de Rahab serán perdonados.

—Entonces, así será —dijo Josué.

Salmón respiró más tranquilo.

—¿Cómo la reconoceremos de los demás? —preguntó Caleb.

Salmón giró hacia él con entusiasmo.

—Le dimos una señal para usar, para que sepamos dónde está su morada. Ella usó una soga escarlata para bajarnos a la tierra, con lo cual nos salvó la vida y nos dio una vía de escape. Le dije a Rahab que dejara en su ventana la misma cuerda. Podremos verla fácilmente desde afuera de la muralla.

Josué se puso de pie.

—El Señor protege a quienes le pertenecen.

—Bendito sea el nombre del Señor —dijo Salmón, aliviado.

Caleb lanzó una rama al fuego y provocó un estallido de chispas. Se quedó mirando las llamas con las manos cruzadas. Josué miró a su viejo paisano y rodeó la fogata para acercarse a Salmón. Apoyó su mano sobre el hombro de Salmón.

—Tú y Efraín se ocuparán de cuidar a esta mujer y a su familia. El Señor me habló esta mañana, y les he dado Sus órdenes a los jefes de las tribus. Ahora las escucharán ustedes. Dentro de tres días, cruzaremos el Jordán. Hagan sus preparativos.

Efraín miró a Josué mientras se alejaba.

—Nuestra misión no era necesaria. Él ya había decidido qué hacer aun antes de escuchar nuestro reporte.

Caleb partió una rama por la mitad.

—¡Nunca cuestiones los caminos del Señor ni a los siervos que Él ha puesto sobre el pueblo! —Le lanzó una mirada fulminante a Efraín y después a Salmón —. Josué es el instrumento de Dios.

Salmón no compartía la desilusión de Efraín por haber perdido la gloria de su misión. Se sentía honrado de que Josué hubiera tenido la suficiente confianza en él como para mandarlo a Jericó. ¿Qué importaba que el Señor le hubiera hablado a Josué antes de que ellos volvieran? ¿Necesitaba Dios un informe? A Salmón le parecía que él y Efraín habían sido enviados a Jericó por otra razón, una razón que nadie conocía, excepto el Señor: Dios los había enviado para que encontraran a Rahab y despejaran el camino para su salvación.

Caleb miró a uno y a otro.

—¿Quién de ustedes tiene pensado hacerse cargo de la mujer?

—Yo lo haré —dijo Salmón.

Los ojos de Caleb se oscurecieron.

—Bendito seas, hermano mío —dijo Efraín—. ¡Para mí sería muy complicado explicarle a Havila cómo llegué a estar en la compañía de una prostituta! —Riendo, palmeó a Salmón en la espalda.

—Estoy seguro de que tus hermanos y hermanas están esperando que vuelvas sano y salvo —dijo Caleb.

La diversión de Efraín se evaporó.

—Sí, señor. —Miró fugaz y solidariamente a Salmón y se fue rápidamente a reunirse con sus familiares.

Salmón esperó que Caleb dijera lo que pensaba. Desde la muerte de Moisés, no había otro hombre como Josué a quien Salmón respetara más que al patriarca de su tribu, la tribu de Judá. Caleb era uno de los dos únicos hombres que fueron considerados fieles entre los esclavos que habían sido liberados de Egipto.

El anciano levantó la cabeza con una expresión desafiante.

—Es una mujer extranjera. Tú conoces las advertencias contra las mujeres extranjeras.

—Ella quiere ser una de los nuestros. —Salmón quería la confianza y la aprobación de este hombre. Lo pensó y decidió que la mejor manera de proceder sería contarle a Caleb la verdad sobre sus sentimientos y buscar su consejo—. Quiero llevar a esta mujer a mi tienda.

—Una batalla a la vez, hijo mío.

Salmón enfrentó su mirada.

—Pensé que lo mejor era hablarlo ahora.

—Debe ser hermosa —dijo Caleb irónicamente. Salmón sintió que el calor subía a su rostro. La sonrisa del anciano se volvió cínica—. Te ruborizas como un niño.

Salmón habló con más audacia, provocado por la ira:

—Tengo veintiséis años y nunca conocí una mujer que me animara a casarme

tanto como ella.

Caleb sacudió la cabeza, enojado y preocupado.

—Siempre es así, Salmón. Siempre son las mujeres paganas las que alejan de Dios a nuestros hombres.

—¡Rahab no es una pagana!

—Es cananea.

—Esta mujer ha actuado con más fe que mi padre o mi madre. Pero expongamos todas las objeciones de una vez. Es mayor que yo, ¡y se ganaba la vida trabajando como prostituta!

Los ojos de Caleb brillaron de una forma extraña.

—¿Y tú escogerías a una mujer así para que fuera tu esposa?

—Rahab es una mujer de excelencia.

—¿Excelencia?

—Ha proclamado su fe por medio de sus actos.

Caleb escarbó el fuego con una rama.

—Quizás solo sea una embustera astuta que traicionó a su pueblo para salvar su propio pellejo.

—¿Quiénes son su pueblo?

Cuando Caleb hizo un gesto con la mano como para rechazar las palabras de Salmón, el guerrero se precipitó para defender a Rahab.

—Es la voluntad de Dios lo que debemos obedecer. Usted y Josué son quienes me lo enseñaron. Y eso es lo que yo procuro hacer: la voluntad de Dios. ¡Ayúdeme a descubrirla en lo que respecta a esta mujer!

Caleb suspiró y se frotó el rostro.

—Josué ya ha dado la orden. Tú velarás por la seguridad de la mujer y de los que estén con ella. Y, si lo decides, ella será tuya por derecho de conquista.

El corazón de Salmón latió con fuerza. Sentía que Caleb le había dado un obsequio precioso, a pesar de la frialdad con que se lo anunció.

Caleb bajó las manos y lo miró seriamente.

—Dejarás a esta mujer y a sus parientes fuera del campamento. Quizás ella tome su propio rumbo y se lleve consigo a su familia.

—Querrá unirse a nosotros.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Salmón se agachó.

—Vi su mirada. Escuché su voz. —Quería que Caleb confiara en Rahab como él lo hacía—. ¿No éramos esclavos nosotros cuando Dios nos salvó? Yo creo que Dios nos envió a Efraín y a mí a Jericó para encontrar a esta mujer. Es la única razón a la que le encuentro sentido, considerando que Dios le habló a Josué antes de que volviéramos para entregarle nuestro informe. El Señor quiere que esta mujer sea libre de la maldad de los cananeos, así como Él nos liberó a nosotros de Egipto.

—Ten cuidado de no agregar a lo que el Señor ha dicho, Salmón. Tienes que ajustarte a la voluntad de Dios... no a los deseos de tu corazón. Mi generación creyó que podía seguir su propio camino, y todos murieron en el desierto.

—Siempre tengo en mente la voluntad de Dios. Desde que era niño, ustedes me enseñaron la verdad y la vivieron ante mis ojos. Una cosa siempre ha estado clara para mí: no fue porque nosotros tuviéramos algún mérito ni porque mereciéramos la libertad que el Señor nos liberó de Egipto. El Señor nos salvó por Su gran misericordia. —Salmón desplegó sus manos—. ¿No extenderá el Señor Su misericordia a cualquiera que anhele pertenecerle? Yo vi este anhelo en Rahab. Lo escuché en su voz. Ella cree que el Señor es Dios, y manifestó su lealtad a Él salvándonos a nosotros, Sus siervos. —Hizo una pausa para sopesar lo que diría a continuación. Finalmente, hizo la pregunta que había estado ardiendo en su corazón los tres días anteriores: —¿No podría ser que Dios haya alineado el deseo de mi corazón con el buen propósito que Él tiene hacia esta

mujer?

Caleb consideró sus palabras.

—Solo estás haciendo conjeturas sobre los deseos del corazón de esta mujer, Salmón.

—Es un indicio de sabiduría que esté sobrecogida por el Señor. ¿Podría Rahab declarar verdaderamente que el Señor es el único Dios, el Dios de los cielos y de la tierra, si Él mismo no hubiera escrito Su nombre en su corazón?

—Si esperas que te dé una respuesta rápida, hijo mío, no tengo ninguna. Ambos tenemos que orar y buscar la voluntad de Dios en este tema.

Salmón luchó contra el apremio que sentía.

—Si alguien se entera de que nos ayudó a Efraín y a mí, tal vez no sobreviva lo suficiente para ser rescatada. Debería volver...

—¿Ella te pidió eso?

—No, pero...

Los ojos de Caleb resplandecieron.

—Entonces, te preguntaré lo siguiente: ¿Dónde está tu fe, Salmón? Si realmente es el plan de Dios salvar a esta mujer, Él lo hará.

Salmón empezó a decir algo más, pero se quedó en silencio cuando miró a Caleb a los ojos. Ya había dicho lo suficiente. Las arrugas del rostro del anciano demostraban la sabiduría ganada a lo largo de años de sufrimiento. Los pecados de otros, incluidos los de los propios padres de Salmón, les habían causado más angustias a Josué y a Caleb de las que alguna vez podría enterarse. Habían pasado casi cuarenta años desde que Josué y Caleb recibieron la promesa de que ellos serían los únicos de su generación en pisar la Tierra Prometida. Dos personas de un pueblo entero. Todo porque los demás se habían negado a creer en la promesa que Dios les había hecho.

—Creo que el Señor la protegerá —dijo Salmón, bajando la cabeza—. Que Dios perdone mi incredulidad.

—Alguna vez fui joven e impulsivo —dijo Caleb en un tono más suave—. Tienes que aprender a ser paciente. Dios no necesita nuestra ayuda.

Salmón levantó la cabeza y sonrió.

—Cuando conozca a Rahab, entenderá qué veo en ella.

—Si es que llego a conocer a Rahab, sabré que es por la voluntad de Dios que su vida fue salvada... y no por tus esfuerzos. —Se puso de pie—. Es tarde y ambos necesitamos descansar. Mañana hay mucho por hacer. Debemos prepararnos para los próximos días.

Salmón se levantó con él, pero no se apartó del fuego. Quería la bendición de Caleb para los planes que tenía para con Rahab.

—Entonces, ¿no tiene ninguna objeción de que lleve a Rahab a mi tienda?

Caleb se quedó mirándolo con pena.

—Sería prudente esperar y ver qué decisión toma ella.

—Ella ya ha decidido.

—Efectivamente, y si Dios salva a Rahab de Jericó, ella tendrá que decidir qué quiere hacer con la vida que Dios le conceda. —Su boca dibujó una sonrisa amable—. Si es inteligente, como tú dices, preferirá un hombre mayor.

Salmón rio y toda la tensión se disipó. ¿Había estado Caleb meramente poniéndolo a prueba?

—Usted dijo que ella me pertenecía por derecho de conquista.

Caleb rio con él.

—Ah, eso es cierto, pero una mujer con esa fe y ese valor debe tener sus propias ideas. —Puso la mano sobre el hombro de Salmón y su expresión volvió a ser seria—. Cuando la batalla termine, Josué decidirá su destino. Sus verdaderas intenciones serán puestas a prueba. —Lo soltó—. Si ella es como dices que es, entonces no tienes que preocuparte por el resultado.

Salmón se sintió menos que satisfecho. Él quería una respuesta firme y, en cambio, le habían dicho que esperara.

¿Demostraría Rahab ser la mujer que él creía que era? Si no lo era, sin duda le correspondería a él asegurarse de que no volviera a molestar a Israel.

CUATRO



Rahab vertió cereal a la tinaja de cerámica que le había traído el hijo de Mizraim. Dos cestas más, y la tinaja se llenaría. Tres grandes tinajas contenían agua. Ella tenía dos canastas llenas con dátiles y dos más con pasas. En los últimos días, su madre, sus hermanas y las esposas de sus hermanos habían traído frijoles, lentejas, cebollas, ajos y puerros. Su casa estaba empezando a parecer uno de los puestos del mercado, lleno de comestibles para la venta. Pero ¿alcanzarían si el asedio duraba más de una semana? Miró nuevamente a su alrededor, haciendo un inventario mental de lo que tenía y de qué más podía llegar a necesitar para cuidar a su familia hasta que los israelitas pudieran derrumbar las puertas y venir a su rescate. Quedaba poco tiempo, y cada día que pasaba crecían sus sentimientos de apremio... y de emoción.

Jobab y Mizraim venían a su casa cada día después de trabajar en las murallas. Mientras les servía la comida, ellos le contaban qué habían escuchado. Cada pizca de información que pudiera recolectar podría llegar a ser relevante después. Lo más importante era incentivar a su padre y a sus hermanos a que confiaran en el Dios de Israel y que no pusieran su confianza en los planes del rey.

—El rey está convencido de que todos estamos a salvo —dijo Mizraim una noche—. Los israelitas nunca se han enfrentado a una muralla tan alta y fuerte como esta.

Jobab partió un pedazo de pan y lo mojó en el guiso de lentejas que Rahab había cocinado.

—Tal vez ni siquiera puedan llegar a las murallas. El rey tiene miles de flechas listas para el ataque. Todo el ejército estará parado en las almenas, listos para dispararle a todo hombre que se atreva a acercarse.

—No te engañes, hermano. —Rahab volvió a servirle vino—. No pongas tu confianza en que ese hombre nos salvará. Yo lo conozco mejor que tú, ¿recuerdas? Además, él y todos sus soldados y sus armas no servirán de nada cuando los israelitas vengan contra nosotros. Ellos tienen a Dios de su lado. Hagan como les dije. Dejen todo y vengan aquí cuando los israelitas pisen la orilla occidental del Jordán.

—Pero ¿cómo van a llegar a la orilla occidental?

—¡No lo sé! —Rahab bajó la jarra y se apoyó las manos en las caderas—. Quizás hagan balsas. Tal vez lo crucen a nado. ¡Tal vez lo crucen caminando!

Mizraim se rio.

—Tal vez vengan unas águilas y los crucen por encima. O, mejor aún, ¡les brotarán alas y volarán!

—¿Te atreves a reír? —Rahab le dio una palmada en la nuca—. Si Dios puede abrir el mar Rojo, ¿crees que un río lo detendrá? ¡Él podría secarlo de un solo soplido! El único lugar seguro, fuera del campamento de Israel, es aquí mismo, donde están sentados. —Frustrada, tomó la jarra y les lanzó una mirada fulminante a sus dos hermanos. ¿Por qué no lo veían tan claro como lo veía ella? —¡Dios está por llegar! ¡Y será mejor que estén listos cuando llegue!

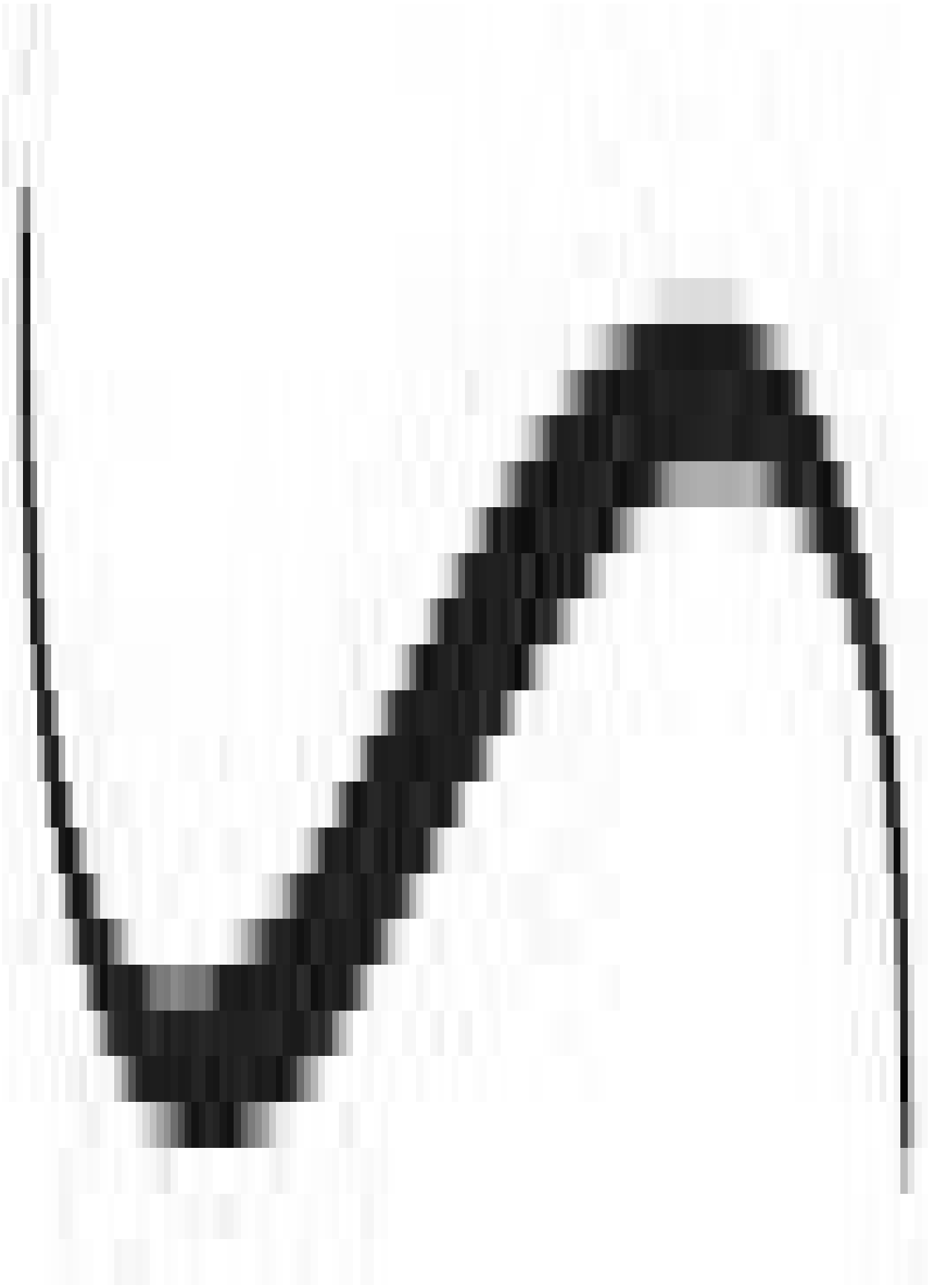
Jobab empujó su taburete hacia atrás y se levantó. Miró alrededor y vio las tinajas de acopio, las esterillas de junco en un rincón y las mantas apiladas sobre la cama.

—¿Qué más necesitamos?

Ella cerró los ojos con fuerza, tratando de calmar el temblor que le recorría el cuerpo.

—Paciencia.

Si los israelitas cruzaban el Jordán en este mismo instante, no sería para ella demasiado pronto.



Mientras los israelitas seguían acampando en Sitim, el maná continuaba lloviendo sobre ellos desde el cielo, aunque fue disminuyendo cada día, hasta que solo apareció una suave capa como el rocío al amanecer.

Salmón se puso de rodillas junto con los miles de hombres, mujeres y niños que recogían su porción para el día. Con el maná, parecido a las láminas del coriandro, hizo un pastelito y lo puso en la cocina de campaña que sus padres habían traído de Egipto. Ahora pensaba seguido en sus padres y oraba pidiendo no cometer los mismos errores, pidiendo mantenerse firme en la fe, pidiendo no ser débil cuando enfrentara la batalla contra el enemigo, pidiendo ser un hombre de Dios, no solo un hombre.

Inhalando el aroma delicioso y dulce mientras la torta de maná crepitaba en el aceite de oliva, tomó una vara puntiaguda y le dio vuelta con cuidado. Tenía el estómago contraído por el hambre. Cuando la torta estuvo lista, la enrolló y se recostó para comerla despacio, saboreando su dulzura. Pronto el maná desaparecería por completo, pues el pueblo no lo necesitaría cuando entraran a Canaán, la tierra de la leche y la miel. La leche representaba las manadas de ganado y de cabras; la miel, los árboles frutales florecidos, los viñedos y los cultivos de granos y verduras: alimentos que su generación había oído nombrar, pero que jamás había probado. El Señor había dicho que se adueñarían de huertos y viñedos que no habían sembrado, que cosecharían el trigo, los frijoles y las lentejas que había sembrado otro pueblo, que pastorearían las manadas y los rebaños abandonados por los enemigos de Dios que se darían a la fuga. Sin embargo, Salmón no podía evitar una tristeza cada vez más profunda.

Nunca había conocido otra cosa que el sabor del maná. La primera vez que probó otra cosa fue el día que él y Efraín habían acampado junto al arroyo, en Canaán, de donde sacaron peces y los asaron. Aunque la comida había sido deliciosa, no podía compararse con lo que Dios les había dado y pronto les quitaría.

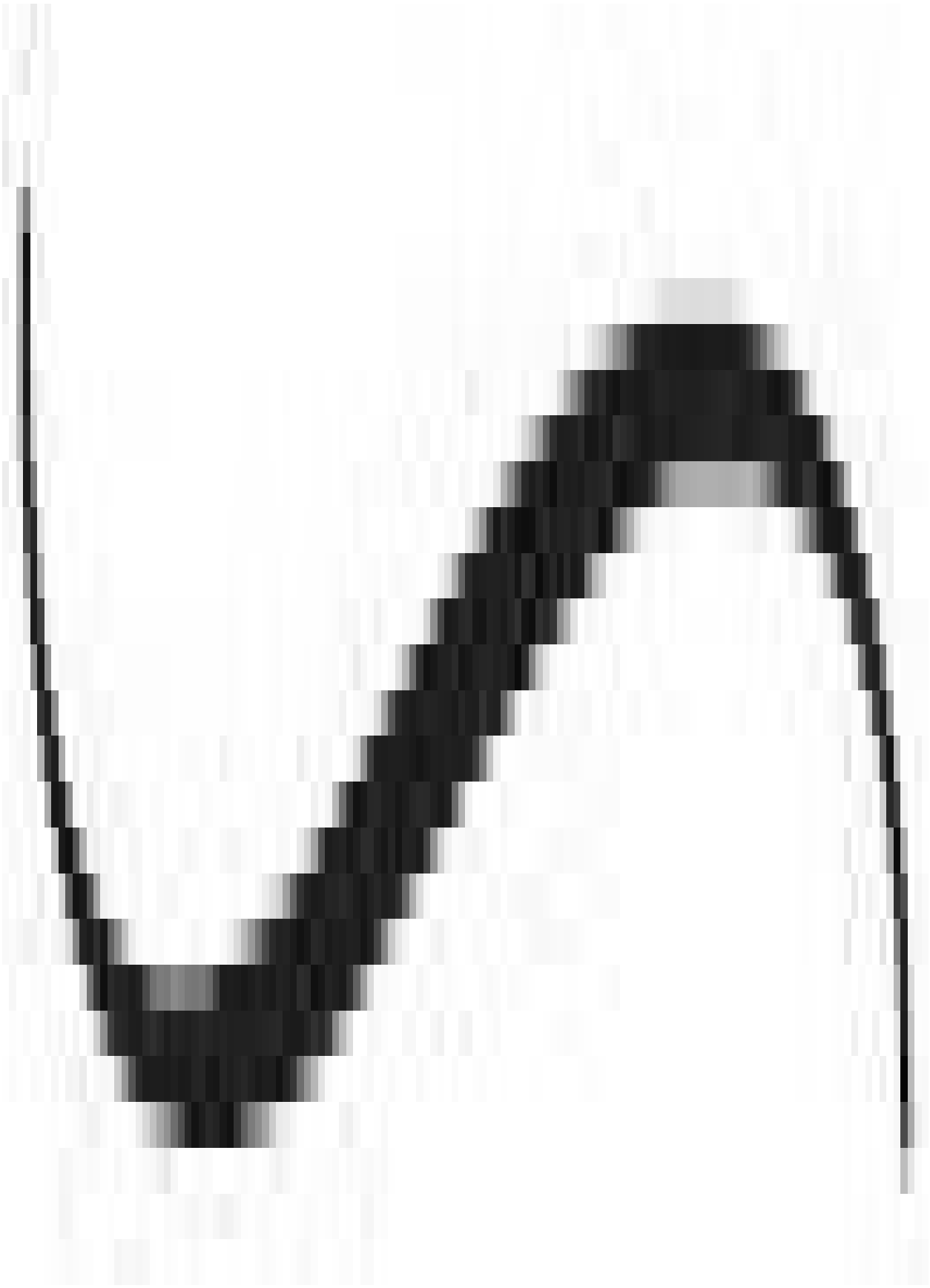
Salmón sostuvo el pan del cielo con reverencia. Toda su vida lo había dado por sentado; ahora se daba cuenta de lo precioso que era. Mientras lo comía, le brotaron lágrimas, pues sabía que este pan había venido de la propia mano de Dios, un regalo gratuito para mantenerlo vivo. ¿Había alguna vez algo tan dulce? ¿Podría existir algo más tan nutritivo?

Pronto el pueblo dejaría de ser como niños deambulando en el desierto y se pararían como hombres y mujeres de Dios en la tierra de la promesa. Y, como con la leche materna, dejarían de recibir el maná. Él y los demás labrarían, sembrarían, cuidarían manadas y rebaños, y cosecharían cultivos. Tendrían hijos, construirían casas y levantarían ciudades.

Oh, Dios, ¡mantennos fieles! oró. ¡No permitas que nos convirtamos otra vez en niños llorones! No dejes que nos volvamos arrogantes por las victorias que nos darás. Los pecados de nuestros padres siempre están ante nosotros. Si solo pudieran ser borrados de una vez y para siempre, para que pudiéramos pararnos en Tu presencia como lo hicieron Adán y Eva por primera vez, cuando los creaste.

El shofar sonó, llamando al pueblo a reunirse.

Había llegado el momento de avanzar y recibir el regalo que Dios, con tanta gracia, había preparado para ellos.



Los oficiales recorrieron el campamento, comunicando las órdenes de Josué: «Cuando vean a los sacerdotes levitas llevar el arca del pacto del Señor su Dios, síganlos. Dado que ustedes nunca antes viajaron por este camino, ellos los guiarán. Permanezcan como a un kilómetro detrás de ellos, y mantengan una buena distancia entre ustedes y el arca. Asegúrense de no acercarse demasiado».

Salmón rápidamente desarmó su tienda, enrolló el cuero alrededor de los postes y la amarró a su fardo. Se puso la carga al hombro y se quedó esperando junto con miles de otros de la tribu de Judá. Sentía un torbellino de fuerza y ansiaba correr hacia el río, pero se quedó en su lugar, manteniendo encendido el calor en su interior.

El arca del pacto pasó delante de ellos y él sintió que la emoción cosquilleaba en su alma. Los sacerdotes llevaban el arca hacia el río Jordán. A la distancia ordenada, las tribus comenzaron a seguirla. La tierra estaba viva con el pueblo que avanzaba, miles que caminaban con la confianza de la victoria.

Acamparon cerca del Jordán y Josué le habló al pueblo: «Purifíquense, porque mañana el Señor hará grandes maravillas entre ustedes».

Los hombres se apartaron de sus esposas y lavaron sus vestimentas. Salmón estaba entre la multitud de hombres. Hizo ayuno de todo, excepto de la pequeña porción de maná que había recogido esa mañana, y pasó la noche dentro de su tienda, solo y en oración.

Cuando salió el sol, Salmón se paró nuevamente entre los miles, esperando escuchar que Josué proclamara la Palabra del Señor. «¡Hijos de Israel, vengan y escuchen las palabras del Señor su Dios!».

Salmón avanzó con sus hermanos y sus primos de manera que estaban hombro con hombro. Josué levantó sus manos; su voz era fuerte y llegaba hasta los miembros más lejanos de la congregación. «Vengan y escuchen lo que dice el Señor su Dios. Hoy sabrán que el Dios viviente está entre ustedes. Sin lugar a dudas, Él expulsará a los cananeos, a los hititas, a los heveos, a los ferezeos, a los gergeseos, a los amorreos y a los jebuseos de delante de ustedes. ¡Miren, el arca del pacto que pertenece al Señor de toda la tierra los guiará al cruzar el río Jordán! Los sacerdotes llevarán el arca del Señor, el Señor de toda la tierra. En cuanto sus pies toquen el agua, la corriente de agua se detendrá río arriba, y el

río se levantará como un muro».

A la orden de Josué, los sacerdotes que llevaban el arca se pusieron en marcha nuevamente, rumbo al río.

Salmón estiró el cuello para mirar. Su corazón palpitaba. Su temor de Dios era tan grande como su amor por Él. Cada vez que el arca era transportada frente a Salmón, temblaba con una emoción inexplicable. La piel le cosquilleaba. Se le erizaba el cabello de la nuca. Había crecido viendo la nube que subía desde el tabernáculo, dando la señal de que el pueblo debía trasladar su campamento. Había visto la columna de fuego por las noches. Pero aún no había nacido cuando su pueblo salió de Egipto. No había visto los milagros que Dios hizo entonces ni la apertura del mar Rojo para que los israelitas pudieran cruzarlo sobre tierra seca. Se estremeció, respirando agitado, anticipando cómo el Señor le permitiría a Su pueblo cruzar el torrente del Jordán.

El arca iba muy adelante del pueblo. ¿Les estaba mostrando Dios que no necesitaba que lo protegieran? De haber podido, el pueblo se habría apiñado apretadamente alrededor del arca mientras avanzaba, pero iba allí adelante, el oro resplandecía a la luz del sol, mostrándoles el camino. Cuando se acercaron al río, todos se quedaron callados. Nadie se movía, nadie hablaba mientras observaban y esperaban la orden de seguir adelante.

Los sacerdotes llegaron a la orilla del Jordán. No dudaron, sino que entraron directamente al Jordán crecido. Y mientras lo hacían, hubo un sonido rugiente como Salmón nunca había oído en toda su vida. Los cabellos de la nuca se le erizaron cuando vio que el agua retrocedía; hubo un siseo del vapor que ondeaba hacia arriba. Caminando en fe, los sacerdotes llevaron el arca del pacto del Señor al centro del lecho del río y se detuvieron allí, firmemente plantados. El arca dorada brillaba bajo el sol de la mañana.

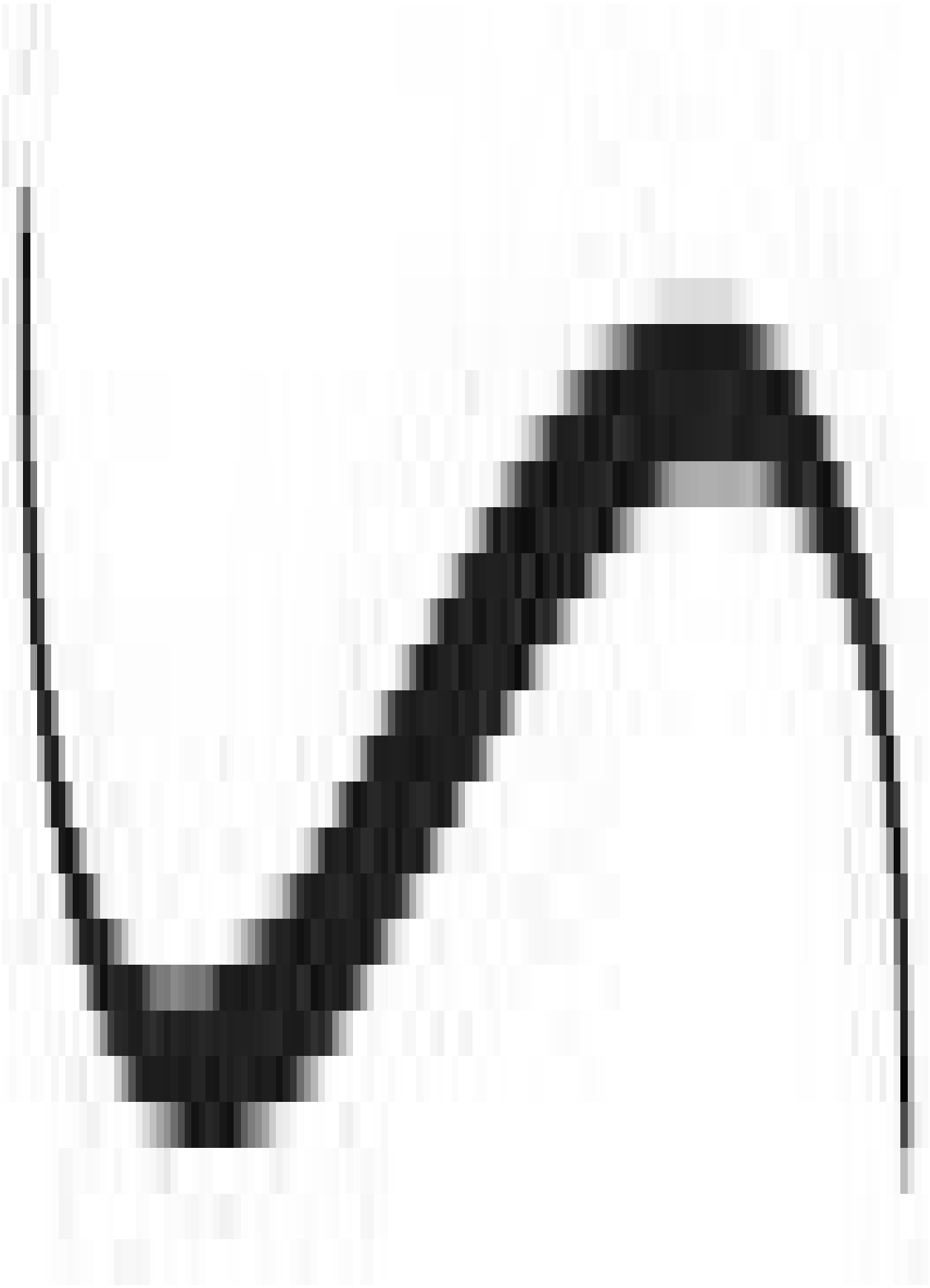
Y los miles y miles la siguieron.

Cuando el pueblo había cruzado el río a salvo, Josué anunció que el Señor le había dicho que eligiera a doce hombres, uno de cada tribu. Como jefe de la tribu de Judá, Caleb clamó el nombre del que los representaría. Jedidías avanzó. Más alto y más fuerte que el resto, era fácilmente visible, y los hombres de Judá lo palmearon en la espalda y se apartaron para que caminara hacia el frente de la tribu y se parara al lado de Caleb. El anciano apoyó su mano sobre los hombros

de Jedidías, le habló en voz baja y lo soltó. Jedidías corrió hacia adelante y se reunió cerca de Josué con los otros once representantes de las tribus.

A los doce representantes de las tribus, Josué les dijo: «Vayan a la mitad del Jordán, frente al arca del Señor su Dios. Cada uno de ustedes debe tomar una piedra y cargarla al hombro; serán doce piedras en total, una por cada tribu de Israel. Las usaremos para levantar un monumento conmemorativo. En el futuro, sus hijos les preguntarán: "¿Qué significan estas piedras?". Y ustedes podrán decirles: "Nos recuerdan que el río Jordán dejó de fluir cuando el arca del pacto del Señor cruzó por allí". Esas piedras quedarán como un recordatorio en el pueblo de Israel para siempre».

Josué y los doce hombres avanzaron.



Rahab escuchó que alguien gritaba y corrió hacia la ventana. Al asomarse, vio a un soldado que corría por el camino. «¡Ya vienen! ¡Ya vienen! ¡Los israelitas van hacia el río!». Al oriente del Jordán se levantaba una nube de polvo mientras una muchedumbre se dirigía hacia el río, pero lo que le llamó la atención fue algo que iba delante de ellos, ¡algo que brillaba espléndidamente y lanzaba rayos de luz en todas direcciones! ¿Era el arca del Señor de la que había oído hablar?

Sus labios se separaron cuando vio que dos líneas de vapor se disparaban al aire y retrocedían ante las pequeñas siluetas que ahora se adentraban en el lecho del río. La piel le cosquilleaba, mientras que un torrente de emociones se apoderaba de ella. Miedo. Exaltación. Asombro. Reía y lloraba al mismo tiempo. Su corazón galopaba. Se inclinó tanto sobre la ventana que casi se cayó. Un milagro. ¡Estaba viendo un milagro! «¡Qué Dios tan poderoso es Él!», exclamó, mientras los hombres gritaban desde las murallas.

El vapor siguió subiendo, formando una nube sobre el río. Sobrecogidas de miedo, las personas afuera de las murallas gritaban y corrían hacia la ciudad como un rebaño en estampida. ¿Ella había escuchado, o solo había imaginado, el sonido del cuerno de un carnero? El ejército de los israelitas estaba cruzando el Jordán. Miles y miles de ellos se extendían por las llanuras de Moab. Eran tantos como las estrellas del cielo. Se movían rápidamente pero en orden.

Rahab miró a otra parte y estiró el cuello en dirección al palmar. «Vamos, padre, ven. ¿Dónde estás?». Los campesinos y los obreros corrían hacia Jericó. Golpeó la ventana con las palmas de sus manos, tratando de dominar su impaciencia. Por fin lo vio. Su madre lo seguía y ambos hacían mucha fuerza cargando sus pertenencias.

«¡Dejen todo! —gritó Rahab—. ¡Vengan como están!».

Era inútil gritar. No podían escucharla por encima del estruendo de los aterrados habitantes que descendían sobre las puertas ya abarrotadas. Ella agitaba las manos frenéticamente. Su padre la vio, pero no dejó caer nada. Agotada, su madre deslizó al suelo el pesado fardo y empezó a arrastrarlo detrás de ella.

«¡Corran! —Rahab les hacía gestos descontrolados—. ¡Todo lo que necesitan está aquí!».

Avanzaban penosamente, aferrándose empecinados a todo lo que tenían. Rahab maldijo, frustrada. Una muchedumbre presionaba para atravesar las puertas. Alguien dio un alarido. Probablemente se había caído y ahora estaba siendo pisoteado. La gente sonaba como una multitud de animales salvajes; volaban puñetazos mientras los más fuertes trataban de abrirse paso a golpes por encima de todo el resto.

Alguien golpeó su puerta.

—¡Rahab! —llamó Mizraim—. ¡Déjanos entrar!

Ella levantó rápidamente la barra y abrió la puerta para que pudieran entrar él y su esposa, Basemat. Traían en brazos a sus dos hijos. Jobab y su esposa, Gowlan, corrían con prisa por la calle y les gritaban a sus hijos que se adelantaran. Tenían los ojos desorbitados y estaban pálidos por el miedo, y todos cargaban algo. Mientras entraban a su casa, Rahab sacudió la cabeza al ver las cosas que habían elegido traer: una olla, una urna pintada, una canasta que contenía una botella de kohl, unas pinzas, una caja con ungüento, joyas y un cuerno con aceite.

El bebé de Mizraim gritó hasta que Basemat se sentó sobre la cama de Rahab y lo amamantó. Cuando unas pisadas corrieron por la azotea de Rahab, la hija de Mizraim dejó caer la urna. Se hizo pedazos contra el piso. Mizraim le gritó. Llorando histéricamente, la niñita corrió hacia su madre y se aferró a ella.

—Silencio, Mizraim. Te comportas tan mal como esos hombres desquiciados que están en la puerta. Lo único que haces es asustar más a los niños. —Rahab alzó a la niña y la abrazó—. Todos estamos a salvo ahora, Bosén. —La besó en la mejilla—. Todo va a estar bien. —Hizo un gesto con la mano para llamar a los demás—. Vengan todos, niños. Tengo algunas cosas para ustedes. —Puso de pie a Bosén y sacó una canasta con palitos pintados y tabas—. Aybib, dulce mío, ven a jugar con tus primos.

Hagri y Gera, las hermanas de Rahab, y sus esposos, Vaheb y Zeba, llegaron con sus hijos a cuestas.

—¡La gente está enloqueciendo ahí afuera!

Cuando vieron a los otros, los niños y las niñas se sumaron a sus primos a jugar a las tabas y a recoger los palitos.

—¿Dónde están padre y madre? —dijo Jobab.

—Los perdí de vista cuando se unieron a la multitud que está en la puerta —respondió Rahab, haciendo un gesto hacia la ventana mientras levantaba al bebé de Basemat—. Fíjate si puedes verlos, Mizraim. —Levantó al niño hasta su hombro y lo estrechó, dándole palmaditas en la espalda y caminando de un lado a otro.

—Escuché que los guardias van a cerrar la puerta —dijo Jobab.

—Dejarán entrar a todos —dijo Rahab con calma—. El rey querrá que todos los obreros en buena condición física estén adentro antes de cerrar las puertas. Si su ejército perece, tendrá ciudadanos para defender los puestos de la muralla y lanzar piedras. —Estaba enojada porque su padre no había hecho lo que ella le había dicho. Él y su madre deberían haber dejado todo y venir corriendo al primer anuncio de ese soldado que corría por el camino. Si hubieran hecho caso, habrían evitado toda la violencia en la entrada. Esperaba que no los lastimaran, entre los empujones y los forcejeos de la multitud que trataba de entrar a las murallas de la ciudad.

—Iré a buscarlos —dijo Mizraim—. Cierra la puerta con la barra cuando salga, Zeba.

Cuando pasó una hora y no había vuelto, Basemat empezó a llorar.

«Tan pronto como padre y madre lleguen a la ciudad, él volverá», dijo Rahab, tratando de mantenerse en calma por los niños. Podía ver el gentío desde su ventana y sabía que la ciudad estaba llenándose con los que vivían afuera de las murallas. Hasta los mercaderes nómadas y las caravanas estaban reclamando que los dejaran entrar.

—¡Déjanos entrar! —Era Mizraim. Todas las mujeres suspiraron aliviadas cuando Zeba levantó la barra y abrió la puerta. Basemat corrió hacia su desaliñado esposo y sollozó sobre su túnica rota. El padre de Rahab entró detrás de él, con el rostro sangrando.

Rahab vertió un poco de agua en un recipiente y vio que su madre entraba a la casa arrastrando un bulto. Dejando bruscamente el recipiente en las manos de Hagri, caminó a zancadas por la habitación.

—¿Qué es tan importante como para que hayan arriesgado sus vidas para traerlo? —reclamó Rahab, estirando el brazo para agarrar el bulto.

—¡No! —Su madre le golpeó las manos para apartarla, clamando: —¡No, no!

Rahab trató de contener sus lágrimas de exasperación. Estaba muy aliviada de verlos sanos y salvos, pero, a la vez, muy furiosa por su necedad. Se obligó a mostrar una calma que distaba mucho de lo que sentía.

—Vamos. Déjame agarrarlo. Seré cuidadosa. ¡Suéltalo!

Llorando, su madre se dejó caer al piso, exhausta. Se cubrió la cabeza con el chal y gimió.

Su padre rechazó la ayuda que trataba de darle Hagri y trastabilló con cansancio hasta la ventana.

—¿Lo viste? ¿Viste lo que pasó? El agua se enrolló como una alfombra, rumbo al pueblo de Adán y al mar de Sal.

—Lo vi —dijo Rahab—. La mano de Dios descendió sobre la tierra, y Él barrerá a Sus enemigos como si fueran piedras en una mesa de juego.

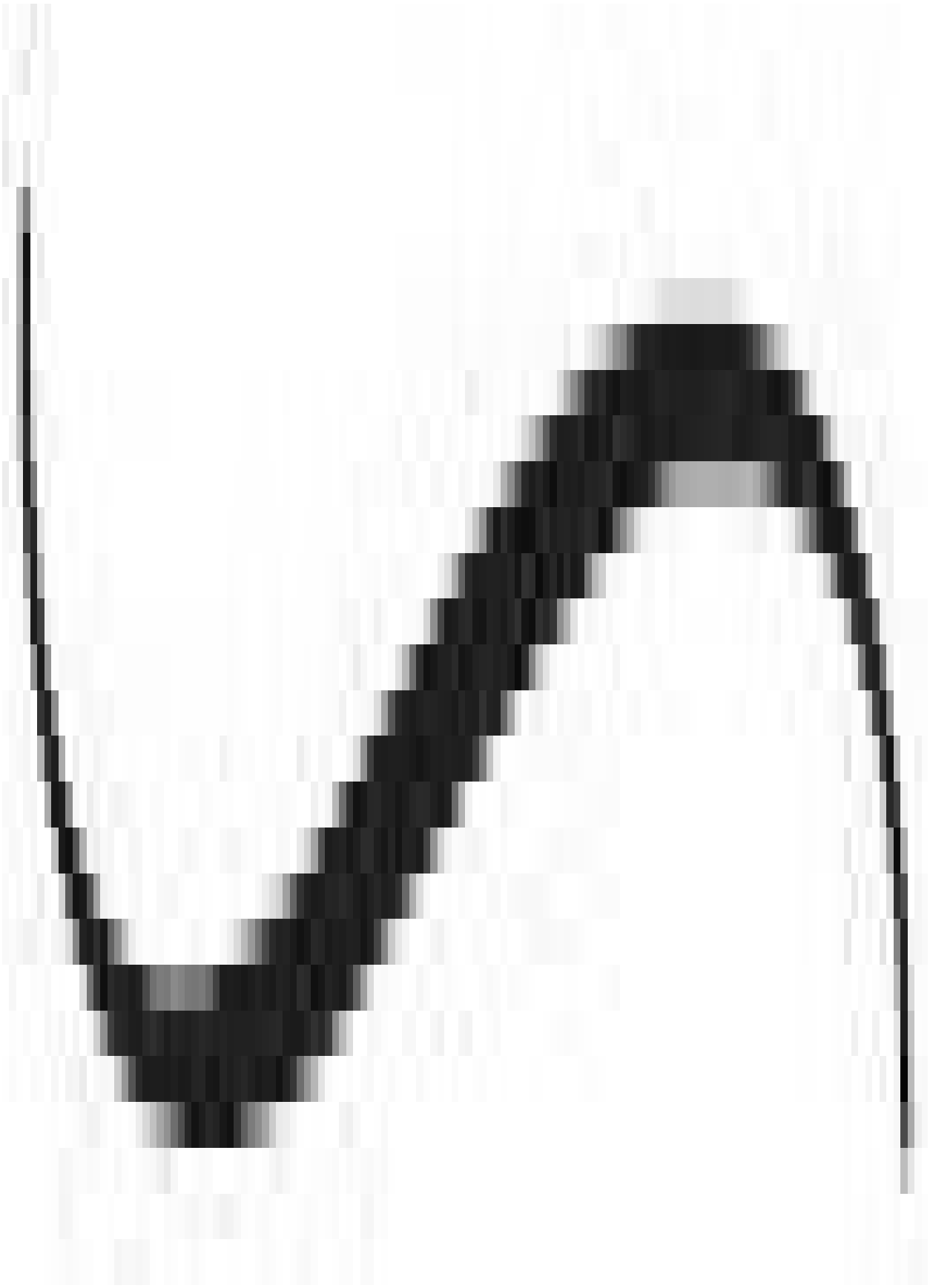
Su padre se apartó de la ventana y se desplomó sobre el escalón que ella había hecho. Rahab nunca lo había visto tan agotado. Temblaba y su rostro transpiraba profusamente.

—Tienes razón, Rahab. Nos destruirán. Vienen como langostas por las llanuras de Moab, y destruirán todo lo que encuentren a su paso.

—Calla, padre. —Todos estaban suficientemente asustados sin necesidad de que él avivara las llamas de la fatalidad. Tomó el recipiente con agua de las manos de Hagri y se arrodilló ante su padre. Habló en voz alta, como para que todos la escucharan—: Mientras nos mantengamos dentro de esta casa, estaremos a salvo. —Exprimió la tela y con ella tocó suavemente el rostro de su padre.

—Nunca, en toda mi vida, vi una cosa así. —Todavía temblando, su padre cerró los ojos y tragó saliva—. Nunca soñé siquiera con ver algo como lo que sucedió hoy. —Cerró los puños sobre sus rodillas. Tenía el cuerpo rígido por el miedo—. ¡Jamás he contemplado a un Dios tan aterrador como este!

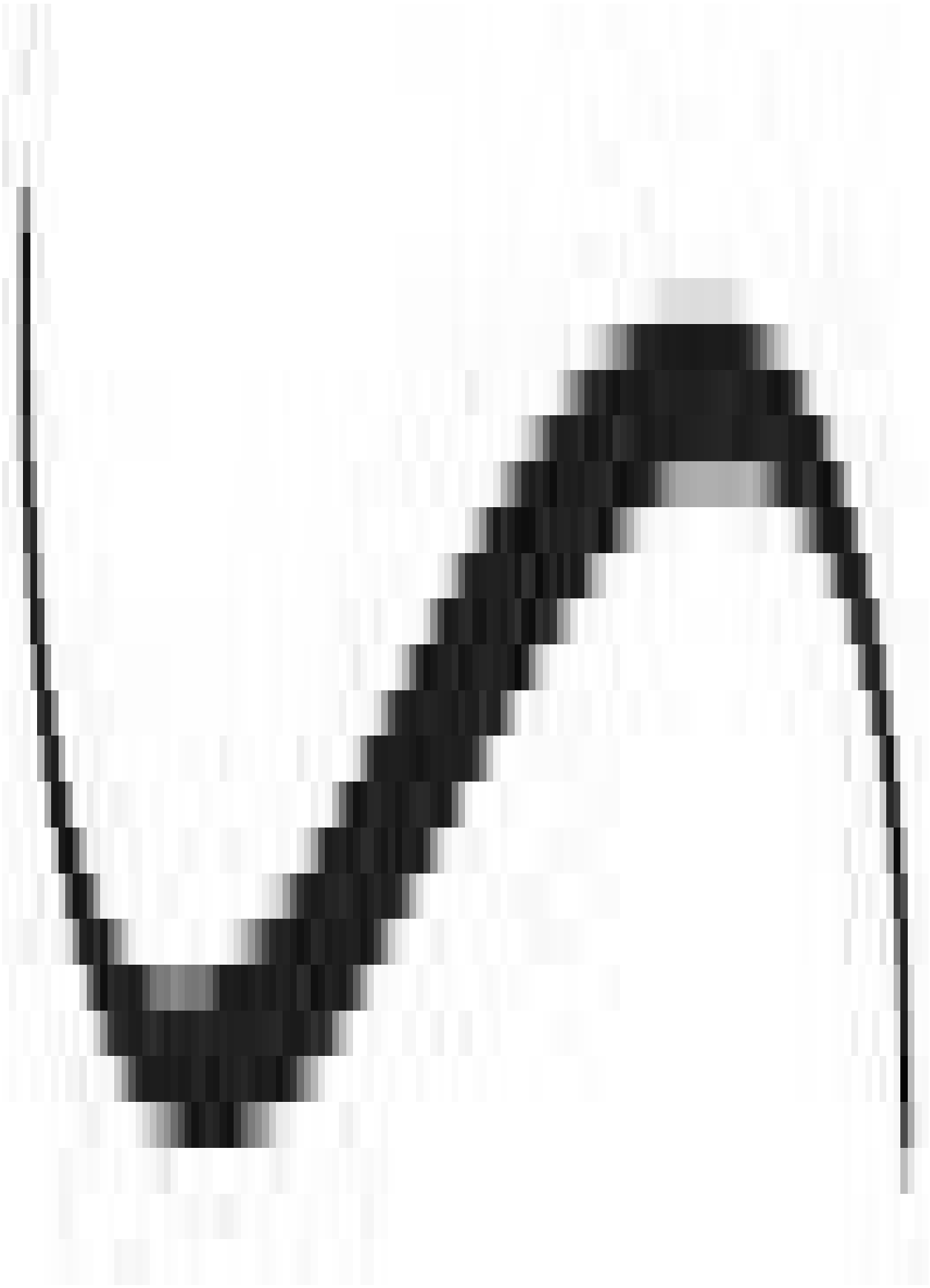
—Y los hombres que sirven a este Dios prometieron perdonarnos la vida. —Dejando el recipiente a un lado, Rahab puso sus manos sobre las de él y las agarró fuertemente—. No olvides la cuerda carmesí que cuelga afuera de mi ventana. Cuando llegue la destrucción, nosotros no pereceremos.



La multitud se paró en la orilla occidental de Gilgal, al oriente de Jericó, y observó a cada uno de los representantes de las doce tribus cuando se pusieron al hombro la roca más grande que podían cargar y las llevaron al campamento. Allí, las piedras fueron levantadas en una línea, una junto a la otra, como un monumento a lo que Dios había hecho ese día. Josué se llevó a los doce hombres de vuelta al lecho seco del río, donde apilaron doce piedras más para recordar el lugar donde el Señor los había hecho cruzar el Jordán.

Cuando los sacerdotes sacaron el arca del pacto del lecho seco del río, llegó de golpe el sonido de mucha agua. El río retumbó, corriendo por el lecho desde el norte y el sur, y produjo un estruendo sobre las doce piedras. Nuevamente, el Jordán desbordó sus orillas.

Sumándose a miles más, Salmón gritó de alegría cuando el arca del pacto volvió al campamento llamado Gilgal. La multitud levantó sus manos y su voz en adoración al Señor Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios que los había traído a la Tierra Prometida.



Dentro de las murallas de Jericó, el pueblo esperaba, paralizado por el miedo. Los que no pudieron entrar a la ciudad antes de que cerraran las puertas y las vigas fueran encajadas en su sitio, huyeron por el camino montañoso para buscar protección entre los reinos de las colinas. Algunos llegarían hasta el Mediterráneo. Y, por todos los lugares donde se dispersaron, hicieron correr la noticia: ¡el Dios de Israel secó el río Jordán para que los hebreos pudieran cruzarlo!

¡Los israelitas están en Canaán!

CINCO



Caleb reunió a todos los hombres y niños de Judá. «Hemos entrado en Canaán en el día de los preparativos para la Pascua, y Josué ha recibido estas instrucciones del Señor: toda la población masculina de Israel debe ser circuncidada».

Todos los presentes sabían que sus padres, quienes habían sido circuncidados después de salir de Egipto, vivieron bajo la ira de Dios porque seguían pensando y actuando como esclavos, en lugar de actuar como hombres libres elegidos para ser un pueblo santo. Por consiguiente, a la generación derrotada no se le permitió circuncidar a sus hijos. Pero ahora la promesa estaba a punto de ser cumplida. La mano de Dios introduciría a salvo a la simiente de Israel en la tierra de Canaán. Pero antes de que eso sucediera, Dios quería que Su pueblo volviera a convertirse en una nación circuncidada.

Salmón esperaba entre los miles de sus hermanos. Había hombres de todas las edades, desde bebés en brazos hasta hombres diez años mayores a sus veintiséis. Para no pensar en el cuchillo, miró hacia las murallas de Jericó. ¿Importaría si el enemigo supiera que él y el resto de los guerreros estarían incapacitados por varios días? Serían vulnerables y fáciles de derrotar, así como lo habían sido los siquemitas cuatro siglos antes, cuando los hijos de Jacob se vengaron de la violación de su hermana. Pero Salmón no sentía miedo. Dios había hecho un milagro ante los ojos del pueblo de Jericó. No se atreverían a abrir las puertas y salir a pelear contra Él. No, se quedarían apretados y escondidos en su ciudad amurallada. Estaban paralizados por el miedo. El enemigo observaría mientras Israel era circuncidado. Que lo vieran, que temblaran sin hacer nada. La Pascua estaba llegando, y todo Israel recordaría la noche cuando el ángel de la muerte pasó por alto a los esclavos hebreos que habían pintado el dintel de su puerta con la sangre del cordero y prosiguió a matar a todos los primogénitos de Egipto.

Un niño chilló de dolor. Salmón hizo una mueca, compadeciéndose. Había seis hombres antes de su turno.

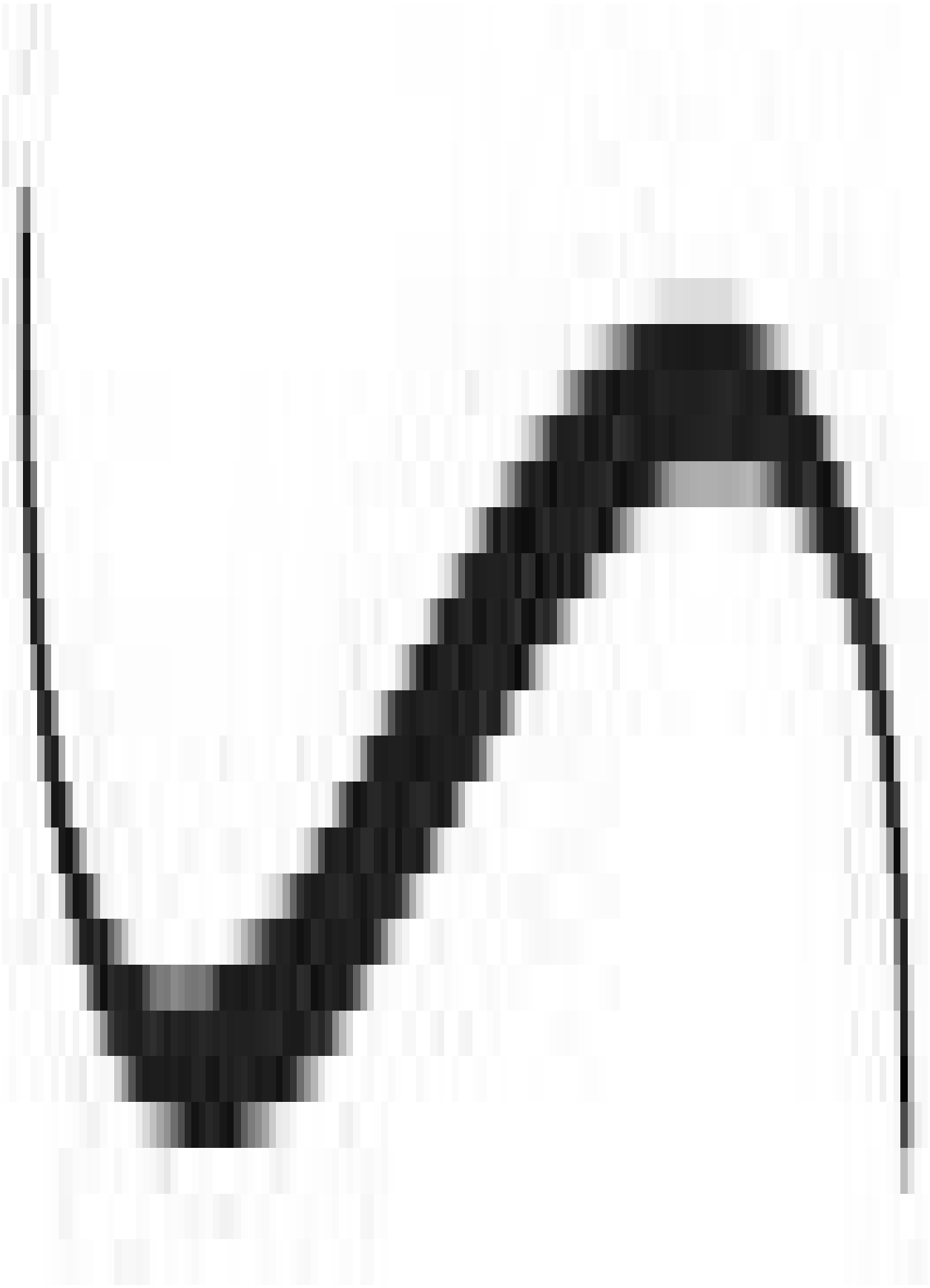
—Salmón —dijo Caleb solemnemente mientras él se acercaba. Después de realizar la ceremonia, Caleb lo bendijo—: Así como ingresaste en el pacto, que puedas ingresar en el matrimonio y en las buenas obras.

—¡Que el Señor me haga Su siervo! —Salmón se estabilizó antes de levantarse.

Por un segundo, estuvo seguro de que se desmayaría y haría el ridículo, pero la sensación de mareo pasó rápidamente. Volvió a su tienda y se arrodilló en su esterilla. Inclinó su cabeza hasta el suelo y le agradeció a Dios porque era uno de Su pueblo elegido.

Hacia el final del día, se acostó en su esterilla; cualquier movimiento le causaba dolor. Todos los hombres habían sido circuncidados. Los israelitas ahora eran hijos de Dios nacidos libres y ya no estaban contaminados por la idolatría de Egipto.

El pacto había sido renovado.



—¡Dame eso! —Rahab arrancó un ídolo de arcilla de las manos de su hermana y caminó hacia la ventana.

—¿Qué haces? —gritó Hagri, poniéndose de pie y corriendo detrás de Rahab—. ¡No!

—¿Qué te propones al traer esta cosa despreciable a mi casa? —Rahab lanzó el ídolo por la ventana y lo vio estallar en pedazos contra el suelo rocoso.

Hagri se puso pálida.

—¡Los dioses se vengarán por tu falta de respeto!

—Si esa cosa tuviera algún poder, ¿me habría dejado lanzarla por la ventana? Usa la cabeza que tienes sobre los hombros, Hagri. ¿Crees que un ídolo puede hacernos daño? No es más que arcilla. Hay un solo Dios, y es el Dios de los cielos y de la tierra. ¡Es el Dios que hizo retroceder al Jordán hace algunos días! ¿Tan rápido lo olvidaste? ¡Inclínate ante Él!

Su padre, su madre, sus hermanos, sus hermanas y los hijos de ellos la miraban asustados y confundidos. Estaba tan enojada que temblaba, pero gritándoles no los haría entender. ¿Por qué eran tan tercos y necios? ¿Por qué eran tan obstinados?

Se esforzó por hablar con tranquilidad.

—Nuestra única esperanza está en el Dios de los hebreos. Debemos eliminar todo lo que lo insulta. ¿Tienen algún otro dios escondido entre sus posesiones? —Cuando lo único que hicieron fue quedarse mirándola y no dijeron nada, casi estalló de furia—. ¡Saquen sus cosas! ¡Déjenme ver qué abominaciones han traído a mi casa!

A regañadientes, empezaron a sacar sus pertenencias unas cuantas a la vez. Vaheb, el esposo de Hagri, expuso una calavera llena de arcilla, con ojos de concha.

—Mi padre —dijo, cuando Rahab la miró—. Era un hombre sabio.

—Sabio y muerto.

—¡Nuestros ancestros nos aconsejan!

—¿A hacer qué? ¿A que llegues a ser como ellos? ¿Crees que esa calavera llena de tierra puede decirte cómo escapar del juicio que vendrá? ¡Deshazte de ella!

—¡Es mi padre!

—Tu padre está muerto, Vaheb. Qué pena que su cabeza no haya sido sepultada con él.

—¡Rahab! —dijo su padre—. ¡Ya dijiste suficiente!

—¡Habré dicho y hecho lo suficiente cuando estas cosas sean arrojadas por esa ventana! —Sus hermanos y hermanas protestaron, pero ella gritó más fuerte—. ¿Debe pesar sobre mi conciencia la muerte de ustedes? ¡Escúchenme! ¡Todos ustedes! Esa calavera llena de tierra no es más que un ídolo asqueroso y un insulto al Dios de los hebreos. ¡Desháganse de ella! ¡Sáquenla de mi casa!

—¡Abiasaf! —Vaheb apeló al padre de Rahab—. ¿Estás de acuerdo con ella?

Rahab sintió que el rostro se le encendía al darse cuenta de que rechazaban su liderazgo. Señaló hacia la ventana.

—¡Miren afuera! ¿Cuántos miles ven? Y todos cruzaron el río Jordán caminando, el río que ahora está anegado nuevamente. ¿Quieren confiar en el Dios que los trajo a ellos a las llanuras de Jericó, o prefieren confiar en el cráneo de ese hombre muerto?

Nadie dijo nada por un momento. Entonces, su padre habló:

—Hagan lo que dice Rahab.

Vaheb imploró:

—¿Y si lo escondo entre mis cosas y lo mantengo fuera de la vista? Así, no te ofenderá.

—Tú y ese ídolo al que te aferras pueden salir de mi casa.

—¿Nos vas a echar? —Levanto la vista, herido y enojado—. ¿A tu propia hermana y a nuestros hijos? ¡Eres una mujer dura!

Los ojos de ella ardieron por las lágrimas.

—Ellos pueden seguirte a ti y a tus antepasados muertos al salir por esa puerta, o pueden confiar que el Dios poderoso los salvará y quedarse aquí conmigo. —Recorrió con la mirada a los otros—. Y eso vale para el resto de ustedes, también. Deben tomar una decisión. Nuestro pueblo hace sacrificios noche y día esperando que sus dioses puedan protegerlos, si las murallas no pueden. Los ídolos de barro no pueden pelear contra el Dios vivo.

Señaló la calavera que estaba en las manos de Vaheb.

—Mira las conchas de esos ojos, hermano mío. ¿Pueden mirarte otra vez? ¿Alguna vez se ha abierto esa mandíbula y ha pronunciado palabras de sabiduría? ¿Puede pensar esa calavera? ¡Es una cosa muerta! Hace tres días, vimos un milagro real. Depositen su esperanza en el Dios que trajo a los israelitas a través del Jordán, el Dios que mora en su campamento. Ese Dios va a entregarles Jericó.

—¡Tengo miedo! —Gera lloró apoyada sobre su esposo, Zeba.

—Todos tenemos miedo —dijo Rahab más dulcemente—. Pero teman al Señor, quien tiene el poder para destruirnos, en vez de temerle a estas cosas. Durante demasiado tiempo nos hemos aferrado a esos ídolos inútiles e inertes. ¿Piensan que el Dios de los cielos y de la tierra tendrá compasión de nosotros si lo deshonramos guardando estas cosas? Nos hemos aislado de todos los que están en la ciudad, y ahora debemos eliminar todas las cosas impuras que hay entre nosotros. Deshazte de tus dioses falsos, mamá. ¡Vuélvete al Dios de Israel en busca de la salvación, Vaheb!

El padre de Rahab se levantó lentamente y se acercó a su esposa.

—Nosotros tenemos que hacer lo mismo, Darda. Dame los ídolos.

—Pero, Abiasaf...

—Casi nos costó la vida traerlos hasta la ciudad. Rahab tiene razón. —Cuando extendió sus manos, ella abrió el bulto que había arrastrado hasta allí y sacó el

estuche de un ídolo y seis objetos redondos cuidadosamente envueltos en piel de oveja. Rahab se estremeció. Cuando era niña, tenía miedo de las calaveras de sus ancestros con sus ojos muertos. Siempre habían tenido un lugar de relevancia en la casa de su padre, recordatorios espantosos de las generaciones pasadas.

—Seguramente podríamos guardar la caja —dijo su madre.

—¿Por qué? —preguntó Rahab.

—Es costosa y bella. Esto es marfil y estas piedras son...

Rahab no estaba dispuesta a ceder.

—Solo servirá para recordar la cosa impura que contenía.

Su padre la arrojó por la ventana. La caja se partió y la estatua de piedra saltó hacia afuera y rodó cuesta abajo. A continuación, su padre lanzó las calaveras. Una por una se hicieron añicos sobre el suelo pedregoso.

Rahab miró a su alrededor otra vez.

—Sácales los talismanes a los niños, Gera.

Gera lo hizo y se los entregó para que los lanzara por la ventana. El ánimo de Rahab mejoró y se llenó de afabilidad. Sus familiares revisaron la casa en busca de cualquier cosa que pudiera ser ofensiva para el Dios de los hebreos. Ella se dio vuelta, sobrecogida por la emoción. Si tan solo pudiera lanzar por la ventana todas las experiencias de su vida, dejándolas atrás como esos ídolos destrozados que yacían sobre el suelo duro al otro lado de la ventana. Su vida estaba llena de ídolos: su búsqueda constante de dinero y seguridad, su capacidad para mantenerse mentalmente fuera de su cuerpo mientras permitía que incontables hombres la usaran, su disposición a servir a un rey que consideraba que su pueblo era una posesión con el propósito de servirlo. Ah, si pudiera empezar de nuevo, una nueva criatura frente a este Dios vivo. Si tan solo pudiera ser limpiada de toda maldad, para que pudiera postrarse ante Él con gratitud, en vez de hacerlo con vergüenza.

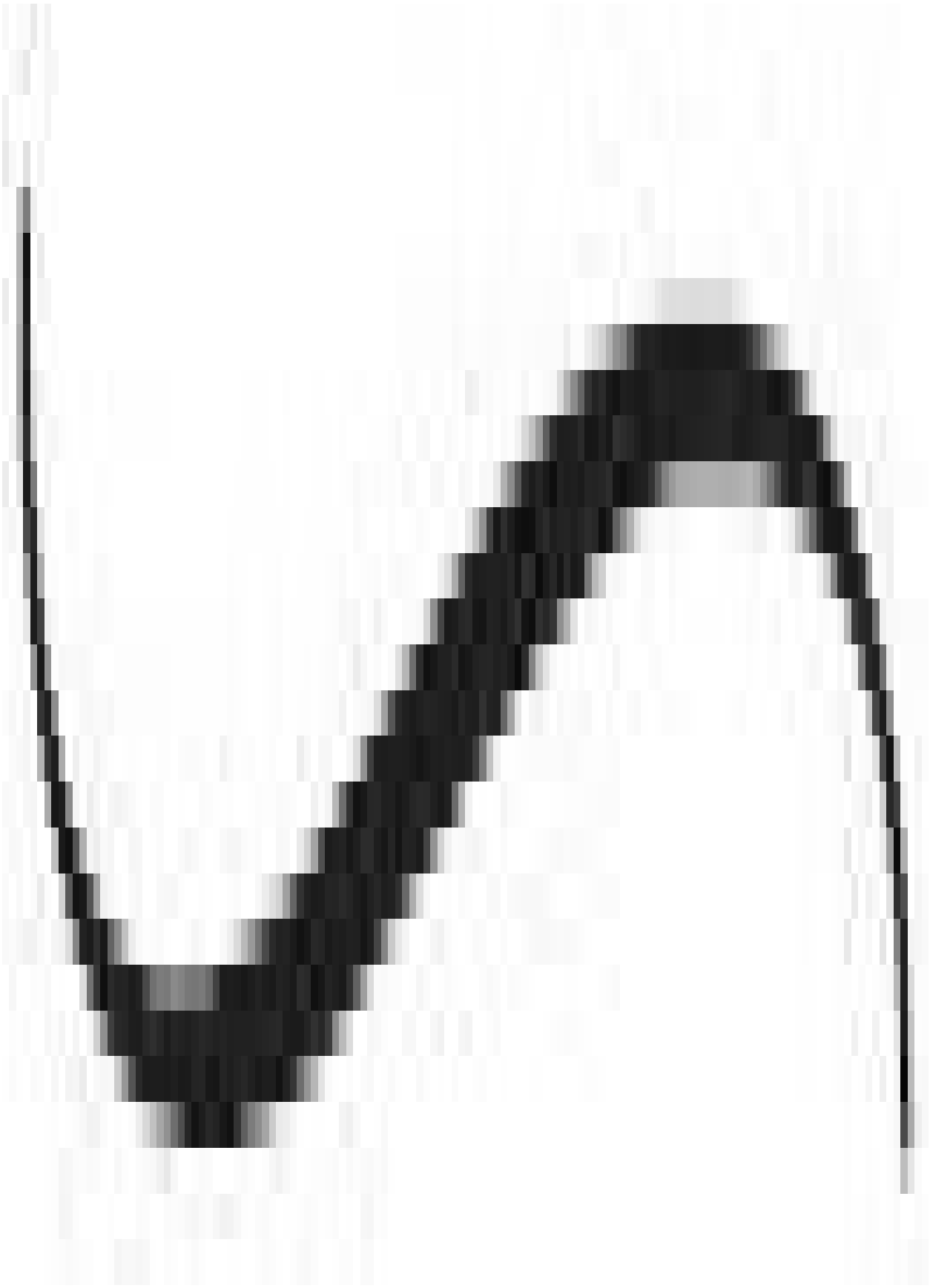
Conteniendo las lágrimas, Rahab nuevamente miró afuera por la ventana. Extendió sus manos hacia la tienda donde habían puesto la caja de oro. Oh, Dios de Israel, cómo anhelo arrodillarme ante Ti. Cualquier ofrenda que me pidas, te

la daré; aun mi vida. He abierto las puertas de mi corazón y de mi mente, pues solo Tú eres digno de alabanza, solo Tú.

Mizraim la tomó de la cintura y la retiró de la ventana hacia adentro.

—Los guardias podrían darse cuenta...

—Que se den cuenta. —Apartando sus manos con un empujón, Rahab volvió a subir al escalón y extendió sus manos. Que Él se diera cuenta.



Después del solemne rito de la circuncisión, los hijos de Israel celebraron la Pascua, la festividad que indicaba el aniversario de su éxodo de Egipto.

Salmón se ciñó los lomos, se puso las sandalias y se reunió con sus hermanos mayores y las esposas y los hijos de ellos. Su hermana soltera, Lea, completó el círculo familiar. Aminadab, el mayor, mató al atardecer al codero para la Pascua. Su esposa preparó las hierbas amargas y el pan sin levadura. Mientras el cordero se asaba sobre el fuego, la familia se reunió para el tradicional relato de los acontecimientos que llevaron a la liberación de la esclavitud.

—¿Por qué esta noche es diferente a todas las demás? —dijo el niño más pequeño, reclinándose sobre su padre, el segundo hermano de Salmón.

—Hace cuarenta años, nuestros padres y madres recibieron instrucciones de Dios para que pintaran el dintel de su puerta con la sangre de un cordero. —Aminadab habló con cuidado para que los niños entendieran—. De esa manera, cuando el ángel de la muerte viniera a matar a todos los primogénitos de Egipto, pasaría de largo sobre el pueblo de Israel.

Otro niño se sentó sobre el regazo de su madre.

—¿Siempre fuimos esclavos?

—Nuestro padre, Jacob, fue un arameo errante mucho tiempo antes de que nuestro pueblo fuera a Egipto. Jacob tenía dos esposas y dos concubinas, las cuales le dieron doce hijos, los patriarcas de las tribus que ahora estamos aquí reunidas. Diez de esos hijos, incluido nuestro padre Judá, tuvieron celos de su hermano menor, José; por eso lo vendieron a un grupo de ismaelitas que viajaban hacia Egipto. José se convirtió en esclavo de Potifar, el jefe de la guardia del palacio, pero el Señor lo bendecía en todo lo que hacía. Aun cuando la esposa de Potifar acusó falsamente a José de un crimen terrible y Potifar lo condenó a la prisión, Dios siguió bendiciendo a José. Y, durante la etapa de su esclavitud y su encarcelamiento, Dios estuvo preparando a José para que salvara a su padre y a sus hermanos de la muerte.

Los niños vinieron y se sentaron más cerca, rodeando a Aminadab, atraídos por el relato de su historia.

—Después de un tiempo, el faraón se vio asolado por pesadillas. Uno de sus servidores le dijo que José podía explicárselas; entonces, el faraón hizo que le trajeran a José. El Señor le reveló a José el significado de los sueños: una gran escasez de comida vendría sobre Egipto y todos los países vecinos. El Señor también le dijo a José cómo salvar a Egipto del hambre. Cuando el faraón vio que José era el hombre más sabio de todo el territorio, lo convirtió en gobernador de todo Egipto.

La esposa de Aminadab daba vuelta el cordero atravesado mientras él continuaba con el relato.

—Fue durante la hambruna que los hijos de Jacob fueron a Egipto a comprar grano. José perdonó los pecados que habían cometido contra él y les dijo que fueran a vivir a Egipto. El faraón les dio el territorio de Gosén, las tierras más fértiles en todo Egipto.

Sentó al niño más pequeño sobre su rodilla.

—Con el tiempo, José y sus hermanos murieron, pero sus descendientes tuvieron muchos hijos y nietos, hasta que Israel llegó a ser un pueblo muy fuerte. Surgió un nuevo faraón, que no recordaba que José había salvado a Egipto. Este faraón consideró que nuestra gente era una amenaza y los esclavizó. Nos impuso capataces brutales porque quería destruir a nuestro pueblo por medio del trabajo pesado. Pero el Señor nos bendijo aun en nuestra opresión, y prosperamos. Los egipcios tuvieron miedo y fueron aún más implacables con los esclavos. Nos obligaron a fabricar ladrillos y mortero y a trabajar todo el día en los campos. Ni siquiera eso satisfizo al faraón. Entonces les ordenó a todas las parteras hebreas que mataran a los bebés varones ni bien nacieran. Pero estas mujeres temían más a Dios que al faraón, y se negaron a hacerlo. Entonces el faraón ordenó que mataran a todos los niños varones israelitas.

Aminadab apoyó su mano sobre uno de los niños que estaba cerca de él.

—Miles de niños fueron lanzados al río Nilo. Bebitos como tu hermano Samuel. Pero hubo una mujer valiente, llamada Jocabed, quien escondió a su hijo durante tres meses. Cuando no pudo ocultarlo por más tiempo, cubrió una canasta de mimbre con resina y alquitrán y metió al bebé dentro de ella. Luego, lo puso a flotar entre los juncos. Y allí fue donde lo encontró la hija del faraón.

—¡Moisés! —dijeron todos los niños al unísono, riendo y aplaudiendo.

—Sí, el niño era Moisés —dijo Aminadab calladamente. Su solemnidad hizo que los niños se tranquilizaran nuevamente—. Moisés fue el siervo elegido por Dios, quien le dio a Israel la ley que escribió sobre las tablas con Su propio dedo en el monte Sinaí, la ley por la cual se hizo el arca del pacto. —Pasó suavemente su mano sobre el cabello de su hija y miró a los otros niños y niñas—. A causa de que nuestros padres y madres dejaron de tener fe en Dios, hemos deambulado por el desierto durante casi cuarenta años. Porque no quisieron creer ni obedecer, todos murieron en el desierto. La ley está escrita para que podamos estudiarla y para que sepamos cómo vivir para agradar a Dios.

—Se supone que la ley también debe estar escrita sobre el corazón de cada uno de nosotros —dijo Salmón.

Su hermano levantó la vista y lo miró.

—Si eso fuera posible.

Salmón pensó en Rahab. Ella no conocía la ley y, sin embargo, demostraba el corazón de la ley. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. ¿Cómo podía tener Rahab semejante fe, si Dios mismo no se la hubiera dado como un regalo? ¿Podía alguien comprender los caminos de Dios con el entendimiento humano? ¿Podía alguien explicar Su gran misericordia? Rahab era una pagana, estaba marcada para morir; sin embargo, el Señor estaba ocupándose de que la muerte la pasara por alto.

—El Señor le ordenó a Moisés que fuera a ver al faraón. Moisés le dijo al faraón que dejara partir a nuestro pueblo —continuó Aminadab—, pero el faraón no quiso escuchar.

Otro hermano, Naasón, dio un paso al frente llevando una copa con vino. Se agachó y, lentamente, empezó a derramar vino sobre el suelo.

—El Señor Dios derramó Su ira sobre Egipto en las diez plagas: el agua se convirtió en sangre; llegaron las ranas y los mosquitos y las moscas; murieron los animales del campo; descendieron llagas purulentas, granizo y langostas; hubo tinieblas cuando era de día y, finalmente, llegó la matanza de todos los primogénitos de Egipto. —Lo último del vino tiñó la tierra.

—Antes de cada plaga —dijo Aminadab—, el Señor le dio al faraón una nueva oportunidad de arrepentirse y dejar partir a nuestro pueblo, pero cada vez su

corazón se endureció más y se volvió más soberbio y desafiante. Cuando la última plaga estaba a punto de caer sobre Egipto, el Señor nos indicó, por medio de Moisés, que matáramos a un cordero perfecto y pintáramos los dinteles de nuestras puertas con su sangre. Esa noche, cuando llegó el ángel de la muerte, vio la sangre y pasó por alto a todo Israel.

—¿Por qué lloras, mamá?

—Lloro por lo que sufrieron nuestros padres y madres bajo la esclavitud, pero también lloro por todos los que murieron porque el faraón tenía poder sobre ellos.

—Todo Egipto fue devastado porque el corazón del faraón era duro —dijo Aminadab—. No tuvo compasión de Israel ni la tuvo para con su propio pueblo.

—Algunos de ellos vinieron con nosotros —dijo Naasón.

Los ojos de Aminadab resplandecieron.

—Y la mayoría murió en el desierto porque no pudieron dejar de adorar a sus ídolos. —Miró a Salmón—. ¡Llevaron a nuestro pueblo por el mal camino!

El rostro de Salmón se ruborizó. Todos se habían enterado de lo de Rahab.

—Nuestra propia naturaleza nos lleva por el mal camino —dijo él mansamente —. El Señor dice: “¡Escucha, Israel! El Señor es nuestro Dios, solamente el Señor. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Debes comprometerte con todo tu ser”.

—Conozco la ley.

—Ella no conoce la letra de la ley, pero obedece su verdadero espíritu. Se ha arrepentido y ha puesto a Dios en primer lugar en su vida.

—¿Quién? —dijo uno de los niños, pero fue ignorado.

Aminadab no se aplacó.

—No deberíamos tener extranjeros entre nosotros. Ellos traen a sus propios dioses. ¡Causan problemas!

—Estoy de acuerdo —dijo Salmón con calma—. Los extranjeros causan problemas. Pero dejan de ser extranjeros cuando se deshacen de sus dioses falsos y adoran al Señor Dios con todo su corazón, con toda su mente y con todas sus fuerzas.

Los ojos de Aminadab destellaron otra vez.

—¿Y cómo sabes si son sinceros en lo que dicen? ¿Cómo puedes confiar en una mujer que se ha prostituido ante otros dioses... y otros hombres?

—¿Quién? —chilló otro niño.

—¿Como se prostituyeron nuestros padres y nuestras madres ante el becerro de oro? — dijo Salmón, refrenando su ira creciente—. ¡Qué rápido eres para olvidar nuestras propias debilidades y ver la de los demás, quienes no han tenido la bendición de la mismísima Presencia de Dios!

Aminadab dejó a un costado a su sobrino y se levantó.

—¡Nos pones en riesgo a todos al salvar a esa mujer y a sus parientes!

Los niños miraron a uno y a otro, confundidos y asustados. Salmón dejó de mirarlos y encaró a su hermano mayor.

—Dios nos ha dado a Jericó, hermano. No sé cómo lo hará, pero nos la entregará. Si Rahab y sus parientes sobreviven a lo que está por venir, será porque la muerte los pasará por alto, así como nos pasó a nosotros por alto. La cuerda roja que cuelga...

—El rojo es el color de una ramera —dijo Naasón.

Sintiéndose atacado por todos lados, Salmón se negó a retroceder.

—El rojo es el color de la sangre, la sangre del cordero de la Pascua.

—¿Tan seguro estás de ella, Salmón?

—Tenía que ser Lea quien hiciera una pregunta amable —se burló Aminadab cuando su hermana habló suavemente.

Salmón volvió a enfrentarse a Aminadab.

—El corazón de esta mujer le pertenece al Señor; estoy seguro de eso. Declaró su fe con la misma fuerza que tenía Miriam, la hermana de Moisés. ¿Y no te preguntas por qué? De todos los miles que hay en esa ciudad, el Señor destacó a Rahab para que le prestáramos atención. ¿Por qué Dios haría eso, si no tuviera la intención de salvarla?

Salmón les habló a los niños:

—El Señor no salvó a nuestra gente porque lo mereciéramos. ¡Fíjense cómo nuestros padres y madres se apartaron de Dios! Fueron testigos de las diez plagas; ¡vieron cuando Dios abrió el mar Rojo! Sin embargo, fueron incrédulos y se rebelaron. Y algunos de nuestro propio pueblo nos abandonaron para venerar a los baales de Moab. No, nosotros no somos dignos. Solo el Señor es justo. Nadie más que el Señor es digno de alabanza.

—Sin embargo, Dios nos salvó a nosotros —dijo Aminadab firmemente.

Salmón se levantó y enfrentó a los demás.

—Sí, Dios nos salvó. El Señor nos liberó por Su gran misericordia. Él nos sacó de Egipto, de la misma manera que Él sacará a Rahab de Jericó. Esta noche debemos recordar que el Señor nuestro Dios nos liberó. El Señor nos salvó. El Señor nos redimió. El Señor nos tomó para que fuéramos Su pueblo. Nuestra salvación no depende de quiénes somos nosotros, sino de quién es Él.

—¿Quién es Rahab? —insistieron los niños.

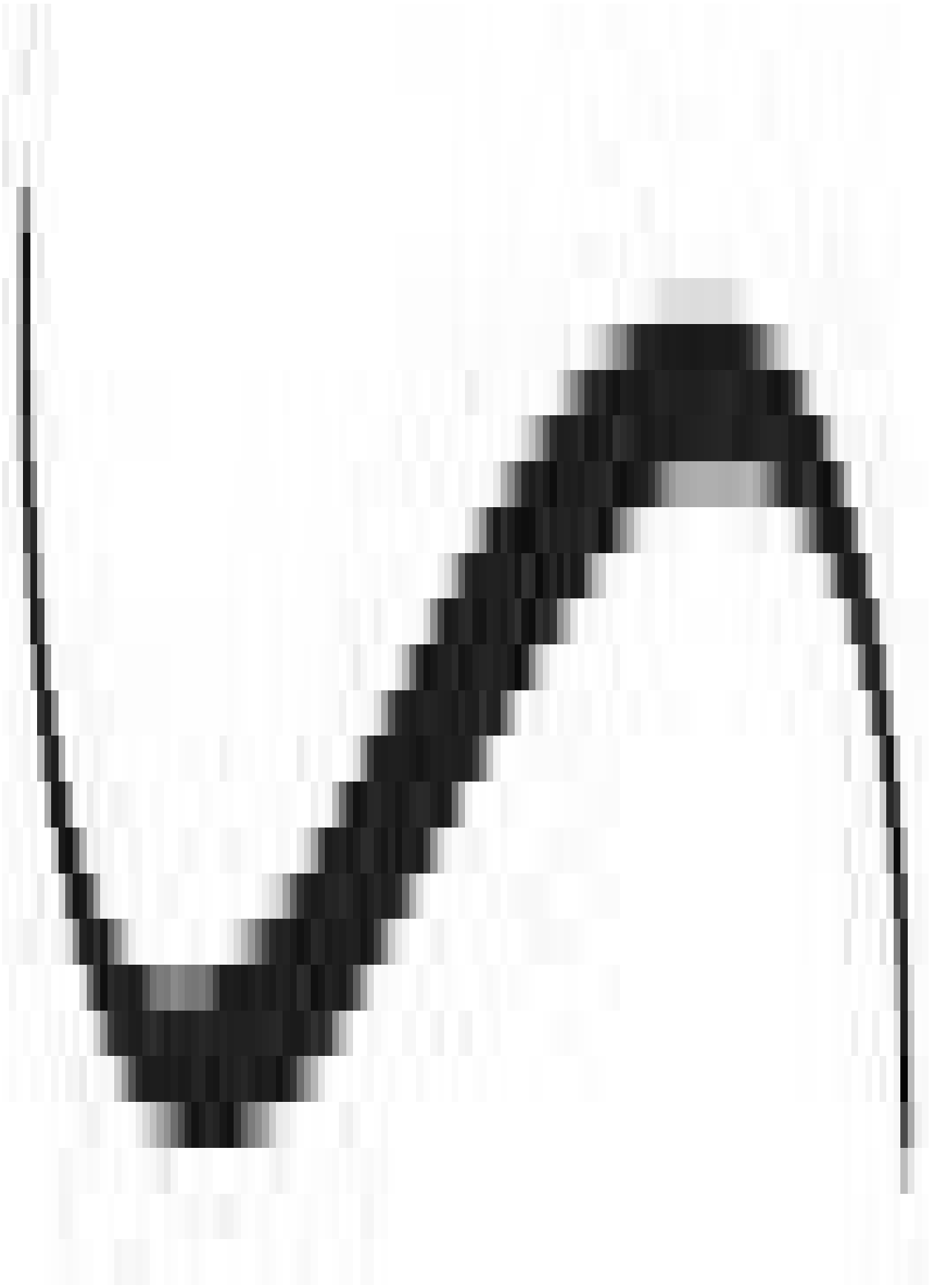
—Nadie importante, pequeños —dijo una mujer en voz baja.

—Solo una mujer amorrea que vive en Jericó —dijo Naasón.

Salmón dominó su enojo.

—Rahab es una mujer de fe. Ella nos escondió a Efraín y a mí cuando el rey de Jericó les ordenó a sus soldados que nos capturaran. Nos dijo que el Señor nuestro Dios nos ha entregado la ciudad. —Les sonrió a los niños y a su hermana —. Y pronto la conocerán.

—Si Dios quiere —dijo Aminadab.



Rahab contempló las llanuras de Jericó, donde miles de fogatas titilaban bajo la noche estrellada. Jobab se acercó y se paró al lado de ella.

—¿Qué es ese sonido?

—Son cánticos.

—Están celebrando como si ya fueran vencedores.

—Son vencedores. Dios está de su lado. —Y pronto, esperaba, muy pronto, ella y sus familiares estarían con ellos, alineados con el Señor Dios de los cielos y de la tierra.

—¿Por qué crees que están esperando?

—No sé. Quizás su Dios les dijo que esperen.

—¿Por qué?

—No puedo responderte, hermano. Estoy tan a oscuras como tú.

—Quizás hayan cambiado de parecer, ahora que vieron la altura y el ancho de las murallas de la ciudad —dijo Mizraim desde el otro extremo de la habitación, donde había estado dormitando sobre algunos almohadones.

—Le harán a Jericó lo mismo que les hicieron a las otras ciudades amorreas —dijo Rahab—, pero los hombres que vinieron aquí nos rescatarán.

—Tengo hambre —lloriqueó Bosén.

Sonriendo, Rahab se bajó del escalón.

—Haré pan. —Añadió pedacitos de leña a las brasas encendidas que había en el brasero y puso encima la bandeja de metal. Esa mañana, ella y sus hermanas habían molido harina. Volcó una parte en un cuenco, le agregó agua y condimentos y comenzó a amasar.

—Espero que sea como dices, Rahab —dijo Mizraim—. Espero que nos salven.

—Dios los hará cumplir su juramento. —Aplastó un pedazo de masa y lo hizo dar vueltas muchas veces hasta que estuvo muy delgado. Lo apoyó cuidadosamente sobre el metal caliente. La masa burbujeó y echó vapor. Usando una vara puntiaguda, la vigiló brevemente y le dio vuelta con cuidado. La casa se llenó con el aroma del grano que estaba tostándose.

Aybib se puso en cuclillas al lado para mirarla cocinar.

—El pan estará listo pronto, pequeño. ¿Por qué no le pides a tu padre que sirva el vino?

Para cuando estuvo cocido el primer pan plano, ya había preparado otro para tostar. Puso a enfriar el primero sobre una esterilla de juncos y comenzó un tercero. Su padre partió un pedazo y se lo pasó a su hijo mayor. Los hombres comieron primero; luego, los niños. Rahab partió un pan plano en cuatro para sus hermanas. En el cuenco de arcilla quedó suficiente masa para que se hiciera una pequeña hogaza de pan sin levadura para sí misma.

Mizraim volvió a llenar con vino la copa de su padre.

—Tal vez, simplemente esperen hasta que nos quedemos sin comida y sin agua.

—¡Eso llevará meses! —dijo Jobab—. Probablemente estén buscando la manera de penetrar la muralla o de prenderle fuego.

—No podrán acercarse. El rey tiene arqueros sobre la muralla.

—Ustedes todavía no lo entienden —dijo Rahab—. ¿Creen que Dios desperdiciará las vidas de quienes lo honran? El Dios de Israel no es como los dioses de Canaán. Él resguarda a Su pueblo. No exige que derramen su sangre. Ustedes pierden el tiempo preocupándose.

Mizraim la ignoró.

—Cuando comience la batalla, habrá confusión.

—Habrá confusión dentro de la ciudad, hermano —dijo ella con vehemencia—. Allí afuera no hay confusión. Están tranquilos. Dios está preparándolos para la batalla.

—¿Por qué tienes que seguir hablando sin parar de ese dios? —gritó su madre.

—Debe haber algo que podamos hacer —dijo Jobab—. Tal vez deberíamos intentar salir de la ciudad ahora, antes de que la batalla comience.

—Esperaremos, como nos dijeron que hiciéramos —dijo Rahab, frustrada—. Si intentamos protegernos por nuestra cuenta, correremos el mismo destino que todos los demás en esta ciudad. No. Confiaremos en los hombres de Dios. Ellos verán la cuerda roja y recordarán su juramento. Dentro de esta casa, estamos a salvo. —Partió un pedazo de su pan, lo mojó en el vino y lo comió.

Sin embargo, sus hermanos seguían quejándose, gimoteando y preocupándose. ¿Por qué les costaba tanto la inactividad? Ella trataba de ser paciente. Intentaba ser compasiva. Su padre y sus hermanos habían estado encerrados en esta casa durante días. Estaban empezando a fastidiarse unos a otros. Las mujeres no eran mejores. Toda esta charla sobre la guerra las alteraba. Por más que Rahab amara a sus parientes, eran una desventaja para ella. Sin importar cuántas veces les recordara la promesa y los alentara, ellos seguían preocupándose por el futuro. Eran como perros royendo un hueso.

—¿Por qué no comemos nuestro pan y nos vamos a dormir? —propuso—. Que el día de mañana se ocupe de sí mismo. —Necesitaba un poco de paz y tranquilidad.

Cuando todos se fueron a dormir, Rahab volvió a la ventana. Suspirando de alegría, apoyó su mentón sobre sus manos y observó el campamento israelita. La noche estaba tan tranquila, era como si todo y todos los que estaban en Jericó estuvieran esperando que los israelitas avanzaran hacia la batalla. Pasó la mano por encima de la gruesa cuerda roja que colgaba de su ventana. Después de un largo rato, se acostó en su esterilla. Se cubrió los ojos con el brazo y luchó por contener las lágrimas.

¡Ven, Señor de los cielos y de la tierra! ¡Por favor, ven! ¡Derriba las puertas y apodérate de la ciudad! ¡Envía a Tus hombres para que nos rescaten de este lugar de desolación! Oh, Dios de toda la creación, te suplico misericordia. ¡Que amanezca el día de nuestra salvación!

Cuando ganaran la batalla, ¿la dejarían los hebreos formar parte de su pueblo? Efraín no había sido amigable en absoluto y la había condenado rápidamente. Si su futuro dependía de hombres como él, ¿qué esperanza tenía? Él cumpliría su

promesa de salvarlos a ella y a su familia, pero con eso terminarían sus obligaciones. Y ella esperaba mucho más. ¿Debería haber pedido más, rogado más? Se volvería loca preocupándose por eso. Lo único que podía hacer era esperar... y tener esperanzas en que Dios fuera más compasivo que los hombres que lo seguían.

Fue la primera en levantarse, como lo hacía todas las mañanas, ansiosa por ver si había algún movimiento en el campamento israelita. Caminó por encima de Mizraim y de Basemat y rodeó a Vaheb y a Hagri. Las estrellas aún brillaban; solo había un indicio de que el alba estaba llegando.

Sobresaltada, vio a un anciano con un porte real parado a la distancia de un tiro de flecha de la muralla de la ciudad. Estaba estudiando la muralla. ¿Quién era este hombre vestido para la batalla, completamente solo, que parecía no temer el peligro en el que se había metido? ¿Estaba estudiando las murallas para encontrar algún punto débil? Tenía el porte de un líder, un hombre diligente y responsable. ¿Estaba contemplando las defensas del enemigo? Seguramente, si era el comandante de los israelitas, debería estar acompañado de soldados que actuaran como sus guardaespaldas. Rahab levantó la cabeza y buscó otros hombres que pudieran estar cuidando a este hombre, pero todo estaba callado en el campamento detrás de él.

Cuando volvió a mirar al hombre, alguien más estaba con él, un soldado con la espada desenvainada. ¿De dónde había salido? Seguramente ella lo habría visto acercarse. El anciano se dirigió rápidamente al soldado; su actitud era desafiante y entusiasta a la vez. Estaba suficientemente cerca de las murallas de Jericó como para que ella pudiera ver el movimiento de sus labios.

El corazón de Rahab palpitó cuando el guerrero anciano cayó de rodillas y se postró ante el soldado. ¡Luego, se levantó apenas lo suficiente para quitarse las sandalias! La piel se le erizó de manera extraña. ¿Quién era el hombre que estaba de pie ante el anciano? ¿Por qué el anciano se inclinaba ante el más joven?

Mizraim gimió detrás de ella y rodó, sobresaltándola. Rahab miró hacia atrás.

—Mizraim —dijo ella en voz baja—. ¡Levántate! ¡Rápido! —Le hizo gestos frenéticos—. ¡Ven a ver lo que está pasando afuera de las murallas!

Cuando se dio vuelta, el soldado se había ido y el anciano volvía a zancadas

hacia el campamento israelita, con la cabeza en alto y los hombros hacia atrás. Sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo.

—¿Qué pasa? —dijo Mizraim soñoliento, parándose detrás de ella y mirando por la ventana, mientras el amanecer derramaba su luz sobre las llanuras de Jericó.

Rahab se asomó lo más que pudo por la ventana. No logró ver al soldado por ninguna parte. Sintió una extraña ráfaga de excitación corriendo por su sangre.

—El día ha llegado, Mizraim. ¡Dios está trayendo Su pueblo a su tierra!

SEIS



«El comandante del ejército del Señor me ha dado las instrucciones del Señor —clamó Josué a la multitud de guerreros israelitas. Ya había reunido a los sacerdotes y había extendido su mano hacia ellos—. Tomen el arca del pacto del Señor y asignen a siete sacerdotes para que caminen delante de ella, cada uno con un cuerno de carnero. —Miró de frente a los guerreros otra vez—. Marchen alrededor de la ciudad, los hombres armados irán al frente delante del arca del Señor».

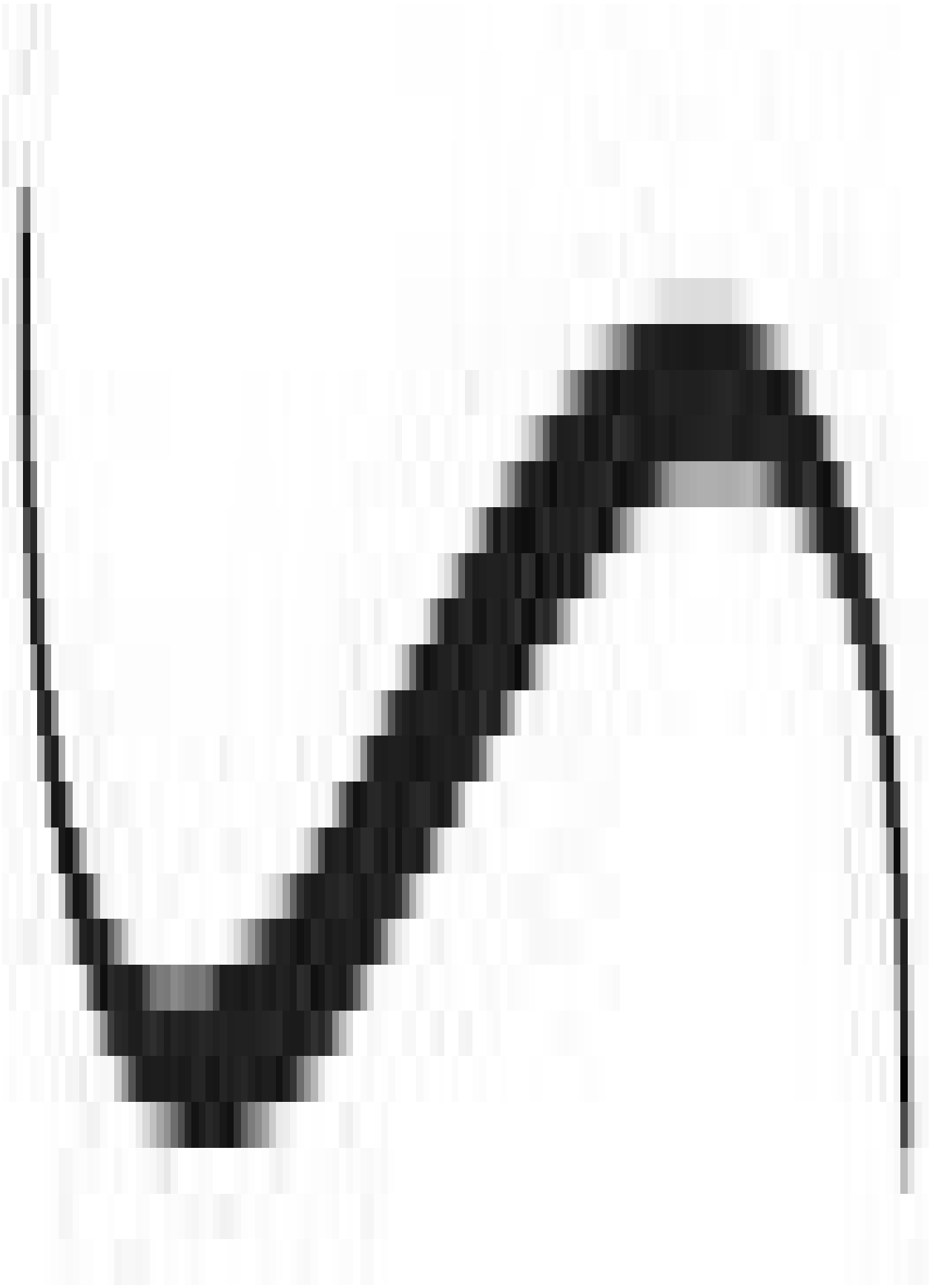
Salmón estaba preocupado, igual que los que lo rodeaban. Todos se pusieron a hablar en voz baja. ¿No tenían que cavar trincheras? ¿No debían preparar terraplenes? ¿Cómo podrían tirar abajo las puertas de Jericó sin un ariete?

Josué levantó las manos y todos los hombres se callaron nuevamente.

«Es más, no griten; ni siquiera hablen. ¡Ninguno diga una sola palabra hasta que yo les diga que griten!».

Un ayuno de silencio.

Las tribus se formaron en filas y los capitanes de centenas repitieron las órdenes. Luego, todos volvieron a guardar silencio, mientras el vasto ejército salía a obedecer la orden del Señor. El único ruido que producía Israel era el martilleo rítmico de los pies marchando, acompañado por el sonido de los cuernos de carnero.



Rahab escuchó que los soldados del rey gritaban desde las torres de vigilancia a ambos lados de la puerta de la ciudad. «¡Ya vienen! ¡Ya vienen los israelitas!». Las pisadas retumbaron por su azotea cuando los soldados ocuparon puestos de vigilancia a lo largo de la muralla.

Mizraim corrió a la ventana.

—¿Qué hacemos? ¿Agitamos la cuerda? ¿Hacemos...?

—Esperamos —dijo Rahab con calma, viendo que el enorme ejército israelita marchaba a través de la llanura de Jericó. Venían directo hacia la ciudad. El toque grave y resonante de los cuernos de carnero llegaba desde lejos, pero fue el ruido de los miles de pies marchando lo que hizo que su corazón se acelerara. Pum, pum, pum... Estaban llegando, miles y miles. Cada vez más cerca. Pum, pum, pum. Sentía que la tierra temblaba debajo de ella. ¿O era su propio miedo extático de que este era el día en que vendría el Señor? Vio que se acercaban hacia ella los sacerdotes con los cuernos de carnero, el arca del Señor y los soldados que marchaban.

—¿Ese es su dios? —dijo Mizraim, parado al lado de ella—. ¿Eso es?

Rahab jamás había visto nada tan bello como ese objeto con extrañas criaturas aladas, una frente a la otra en la tapa.

—El Dios que creó los cielos y la tierra no puede ser contenido en una caja de ningún tamaño.

—Entonces, ¿qué es eso que traen a cuestas?

—Escuché que la llaman el arca del Señor. Su líder, Moisés, subió al monte Sinaí, y Dios, con Su propio dedo, escribió las leyes sobre unas tablas de piedra. Seguramente, es eso lo que cargan.

—Si el arca fuera capturada, ¿el poder pasaría a otros?

Conocía lo suficiente a su hermano para ver hacia dónde estaba llevándolo su razonamiento.

—Dios escogió a los israelitas para que fueran Su pueblo y les entregó Sus leyes. No sé por qué. Pero el poder no está contenido, hermano. ¿Fueron hombres quienes atacaron a Egipto con las diez plagas o quienes abrieron el mar Rojo? ¿Fueron hombres los que enrollaron el Jordán como si fuera una alfombra? El poder le pertenece al Señor. Y el Señor es... —Ante la falta de palabras, abrió las manos—. El Señor es.

—No tienen ningún ariete —dijo Jobab, mirando por encima de su hombro.

—Ni piezas de asedio —dijo su padre mientras se acercaba a la ventana.

Los hombres se amontonaron alrededor de ella y la empujaron a un costado, ansiosos por ver el avance del ejército. Y lo vieron con ojos de hombres.

—¿Cómo esperan echar abajo las puertas y entrar en la ciudad? —dijo Mizraim.

—Pronto arremeterán contra las murallas —dijo sombríamente su padre—. Están cerca.

—Casi tan cerca como para que los soldados que están en las murallas disparen flechas contra ellos —dijo Jobab.

Las primeras filas de soldados israelitas cambiaron la formación y continuaron marchando junto a la muralla.

—¿Qué hacen? —dijo Mizraim.

—Quizás, tengan la intención de atacar desde el otro lado —dijo su padre, frunciendo el ceño.

Toda la mañana vieron pasar por la ventana a los soldados en su marcha. Cuando el arca volvió a la vista, Rahab cerró los ojos y agachó la cabeza por respeto, mientras la última parte de la extensa falange rodeaba Jericó.

«¡Se van! ¡Los israelitas se están yendo!». Los gritos llegaron desde la muralla cuando el ejército israelita replegó su marcha hacia las llanuras de Jericó. Los soldados jericoanos gritaban, reían y abucheaban.

Rahab hizo una mueca al escuchar los insultos que le gritaban al ejército en retirada. Los hombres que estaban en la muralla ¿no sabían que estaban

degradando a quienes los conquistarían? Cuando lanzaban esas burlas grotescas contra el Dios de Israel, Rahab quería taparse los oídos. Sentía vergüenza de su pueblo, de su ignorancia, del desdén que manifestaban hacia el Dios todopoderoso. Si su pueblo tuviera algo de sensatez, ¡habría enviado embajadores con regalos! ¡El rey habría salido a rendirle homenaje al Dios de Israel! ¡El rey y su pueblo deberían haber abierto las puertas de par en par y haberle dado la bienvenida al Rey de Gloria! En lugar de eso, este pueblo de corazón duro, insensible y orgulloso había cerrado la ciudad y la había convertido en una tumba.

—¡Nos han dejado! —dijo Mizraim—. ¡Los israelitas están yéndose! —Se dio vuelta con el rostro rojo de furia—. ¿Qué imaginas que nos pasará ahora a nosotros?

—¡Te equivocaste, Rahab! —Jobab también enfocó su miedo y su decepción en ella—. ¡Las murallas son suficientemente altas y fuertes para protegernos!

—Si el rey llega a enterarse de que escondiste a los espías y les mentiste a sus guardias, ¡todos moriremos por tu traición! —agregó Mizraim.

—¿Y cómo lo averiguará, si uno de nosotros no se lo cuenta? —dijo su padre, ahora temeroso del rey—. Escúchenme, todos ustedes. ¡Guardaremos esto en secreto por el bien de su hermana! ¡Ella pensó que estaba salvándonos la vida!

Gera levantó a uno de sus hijos.

—¡Hemos estado encerrados en esta casa durante días, todo para nada!

Rahab no estaba dispuesta a reconocer que se sentía decepcionada. Había esperado que hoy fuera el día de su liberación, pero al parecer Dios tenía otro plan. Solamente estaba segura de una cosa.

—Las murallas no podrán resistirlos.

—¡Dijiste que vendrían hoy!

—Es que vinieron hoy, Basemat —dijo ella en voz baja—, y no tengo ninguna duda de que volverán mañana. —Desplegó sus manos—. No me preguntes por qué las cosas son de esta manera. No lo sé. ¿Acaso soy Dios? Solo puedo suponer. —Se preguntó por qué estaba atada a estos rebeldes.

—¿Qué es lo que supones? —le preguntó su madre.

Rahab se dio vuelta para consolarla, pues su madre se había echado a llorar al oír el ruido de los pies que marchaban y, ahora, estaba angustiada viendo que sus hijos discutían entre sí.

—Creo que aquí sucederá algo extraño y maravilloso, así como lo que sucedió en Egipto, en el mar Rojo y unos días atrás en el Jordán. Tengo la certeza de ello, madre. —Miró a los demás—. Estoy muy segura. ¿Acaso no he apostado mi vida por Él?

—Y la nuestra —dijo Mizraim sombríamente.

¿Por qué su familia no podía ver a Dios como ella? ¿Tenían los ojos cubiertos por escamas y los oídos tapados?

—Sí, también he apostado la vida de ustedes. Lo reconozco. Pero todavía tienen la libertad para elegir. Son libres de ser como los demás, los que están al otro lado de mi puerta, quienes han puesto su fe en las murallas, en vez de confiar en el Dios viviente. En cuanto a mí, prefiero esperar, vigilar y ver qué hará Dios. Yo me quedaré aquí. ¡Nos han prometido la salvación si nos quedamos en esta casa!

—Pero, Rahab —dijo Jobab—, no podrán triunfar. ¡Ni siquiera tienen arietes!

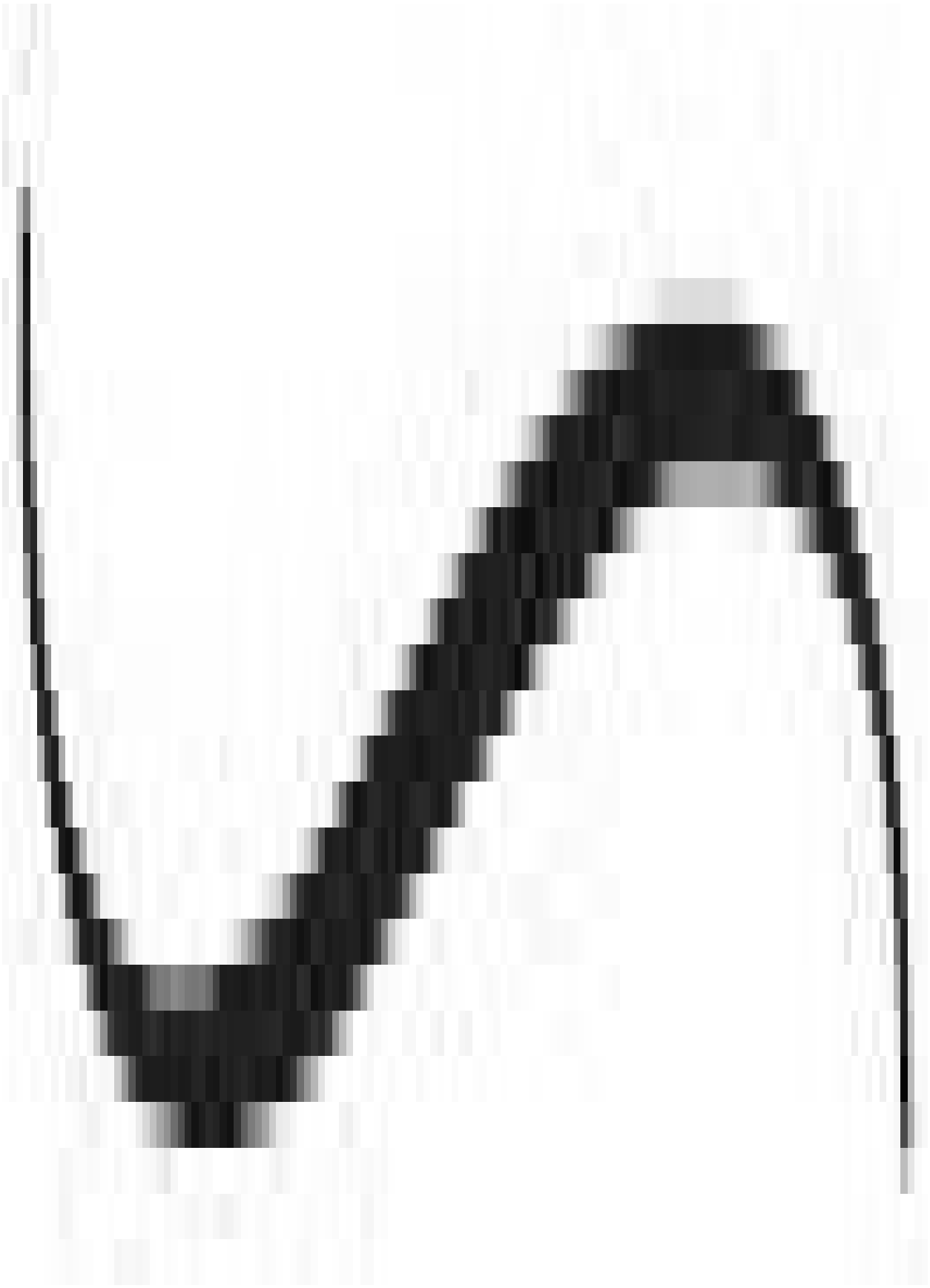
¡Qué pronto se olvidaban los hombres! Levantó las manos al cielo.

—¿Necesitaron balsas para cruzar el río Jordán? —Calmándose a sí misma, continuó—: Solo esperen, amados míos. Sean pacientes. ¡Estén tranquilos! Pronto, verán y sabrán que Dios es el dueño de esta ciudad y de toda la tierra que hay más allá. El mundo es suyo, si Él decide reclamarlo. Y no hay nada que alguien en esta ciudad pueda hacer para detenerlo.

—Yo creo —dijo Aybib.

Riendo, Rahab tendió sus brazos al niño, que saltó hacia ellos.

—Si tan solo los demás fueran tan inteligentes como tú, dulcecito. —Lo apoyó sobre su cadera y subió el escalón para mirar por la ventana.



Salmón entró en su tienda, desalentado por el cansancio que sentía. Seguramente, caminar unos cuantos kilómetros no debería haberlo agotado tanto. Se arrodilló y oró en silencio, dándole gracias a Dios porque no había tenido que combatir ese día. Dudaba de que hubiera tenido fuerzas para levantar una espada. Hizo un gesto de dolor cuando se acostó. La cicatriz de la circuncisión no estaba curada del todo. ¿O simplemente estaba cansado por la inactividad de los días de la celebración de la Pascua?

El campamento estaba silencioso.

Estirándose en su cama, Salmón frunció el ceño y cruzó los brazos detrás de su cabeza. Se preguntó qué estaría haciendo Rahab en ese momento. ¿Habría convencido a todos sus familiares de que entraran a su casa y se quedaran allí? ¿Y si alguien la había visto bajando a los dos hombres por su ventana? El rey ya podía haberla ejecutado para este momento. El estómago de Salmón se hizo un nudo ante la idea, pero se obligó a relajarse. Seguramente, Dios protegería a la mujer que no solo había profesado su fe en Él, sino que, además, la había demostrado. Salmón había quedado perturbado por su belleza física cuando la vio asomarse atrevidamente por la ventana y lo llamó. Pero ni siquiera eso era comparable con la valentía y la convicción que había demostrado cuando arriesgó su vida para salvarlos a él y a Efraín. Fe y valentía.

Tenía que dejar de pensar en Rahab.

El silencio lo rodeó y lo oprimió hasta que resonó en sus oídos. ¿Qué mejor manera de terminar con las quejas, los cuestionamientos y las discusiones que imponiendo un ayuno de silencio? El Señor Dios conocía las tendencias de Su pueblo. Al parecer, todos los hombres y las mujeres tenían la inclinación a cuestionar, discutir y rebelarse contra cualquier orden. El murmullo había comenzado antes de que las palabras de la orden terminaran de formarse en la boca de Josué.

Su padre y su madre murieron en el desierto porque su generación se había rebelado contra el Señor. Josué era sabio: mantuvo al pueblo callado. Se impacientaban demasiado pronto, pensando que podrían entrar resueltamente y tomar la ciudad por sí mismos. Ya una vez habían cometido ese error devastador.

Oh, Señor, miro esas murallas enormes y tiemblo. ¿Cuántos de nosotros

moriremos cuando ataquemos y derribemos las puertas para luchar contra esa ciudad malvada? Seremos un blanco fácil para los soldados que están sobre la muralla. ¿Moriré antes de poder cumplir lo que le prometí a Rahab?

Adormilado por el agotamiento, cerró los ojos. Todavía podía oír en su cabeza el eco de los pies marchando. Hora tras hora, kilómetro tras kilómetro. Cuando se alejaban de Jericó, escuchó las burlas y le dolieron los insultos que les gritaban desde la muralla. Pero apretó los dientes y siguió marchando de vuelta hacia Gilgal.

¿Es este el motivo para Tu extraño plan, Señor? ¿Hacernos humildes? ¿Estás enseñándonos otra vez que te obedezcamos? Que tengamos éxito o que fracasemos no depende de nuestros esfuerzos sino de Tu poder. ¿Es eso lo que estás tratando de meter en nuestros gruesos cráneos y corazones endurecidos?

No hubo ninguna respuesta.

Cuando Salmón se levantó a la mañana siguiente, se formó en fila entre los hombres armados de Judá mientras ocupaban su posición entre las tribus de Israel. La orden del día había sido transmitida por Josué y divulgada por los capitanes de centenas.

Los guerreros armados de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés conducían la falange que atravesaba las llanuras de Jericó, seguidos por las tribus de hombres preparados para la guerra, algunos sacerdotes que tocaban los cuernos de carnero y otros que llevaban el arca del pacto. Marcharon una vez alrededor de Jericó y volvieron a Gilgal, tal como habían hecho el día anterior.

Las órdenes se mantuvieron en el tercer día... y en el cuarto.

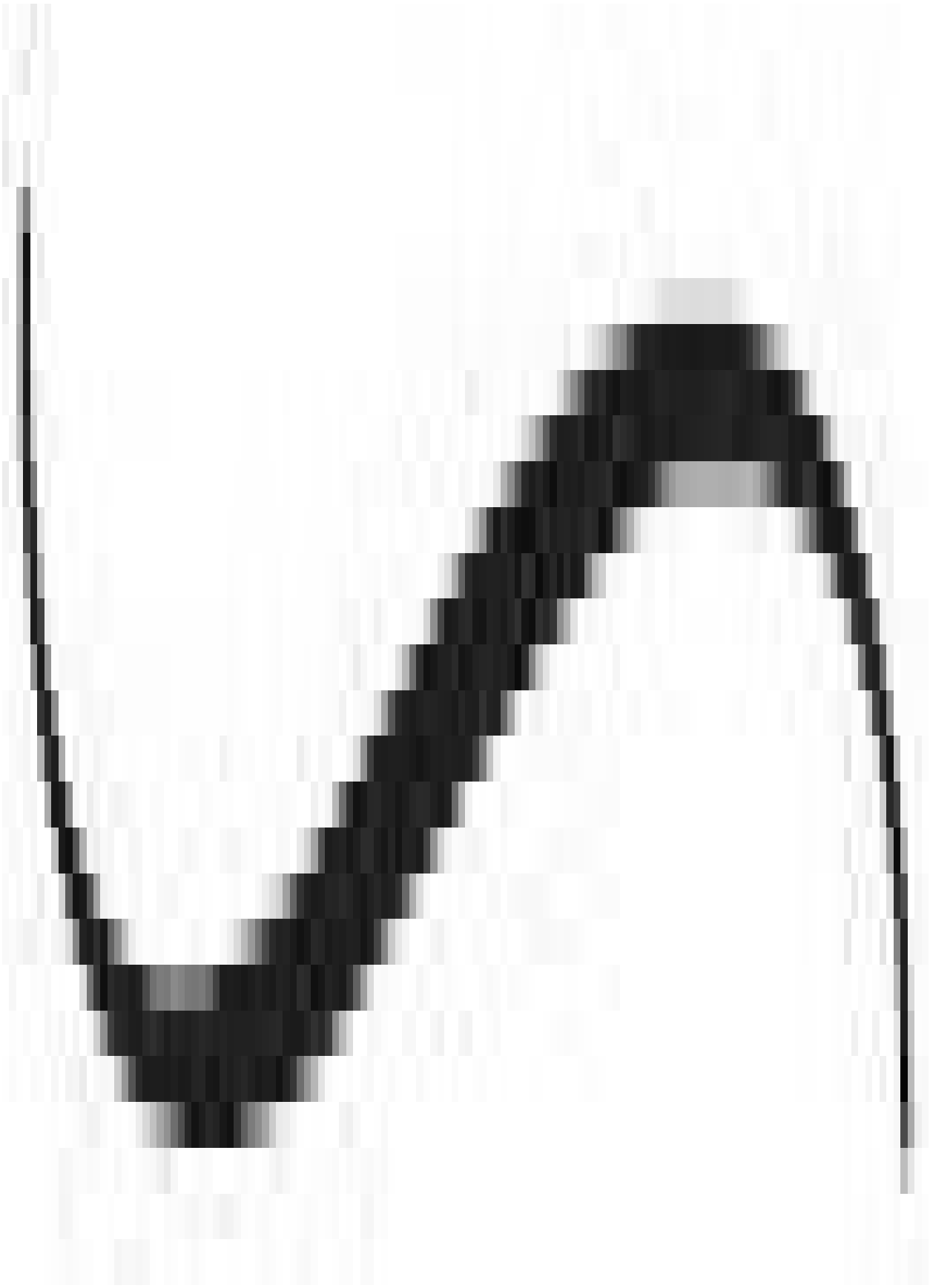
Cada día, las provocaciones de los soldados y de los que estaban en las murallas eran peores, ya que se burlaban de Dios, se reían y vociferaban insultos. Cada vez que recorría la circunferencia, Salmón echaba un vistazo a la muralla y veía la cuerda carmesí colgada de una ventana: la casa de Rahab. Dos veces vio a alguien en el marco de la ventana, pero la persona no se asomó, y no pudo ver si era Rahab o uno de sus parientes. Sin embargo, él sabía que estaba allí. La cuerda carmesí le indicó que ella estaba a salvo. Dios, protégela cuando comience la batalla.

Salmón sabía que la ira iba acumulándose en el corazón de sus compatriotas que

marchaban alrededor de la ciudad con los hombros hacia atrás y la cabeza muy erguida. Su propio corazón le ardía en el pecho.

Cada vez más determinado, el pueblo obedecía. Se mantenían en silencio. Levantaban los pies y pisaban firmemente la tierra, esperando el día de la justicia del Señor. Cuando este llegara, les darían rienda suelta con espadas en mano.

Para el quinto día, Salmón contaba con toda su fuerza. El ejército de Israel había sanado por completo; estaban descansados y aclimatados... y listos para aniquilar a quienes blasfemaban contra el Señor Dios.



—Todavía los puedo escuchar marchando —dijo Basemat, después que el ejército israelita marchó alrededor de la ciudad y se fue por sexta vez—. Me late la cabeza por el sonido de los miles de hombres y los golpes de sus pies.

—Hoy parecía más fuerte que ayer —dijo Gera.

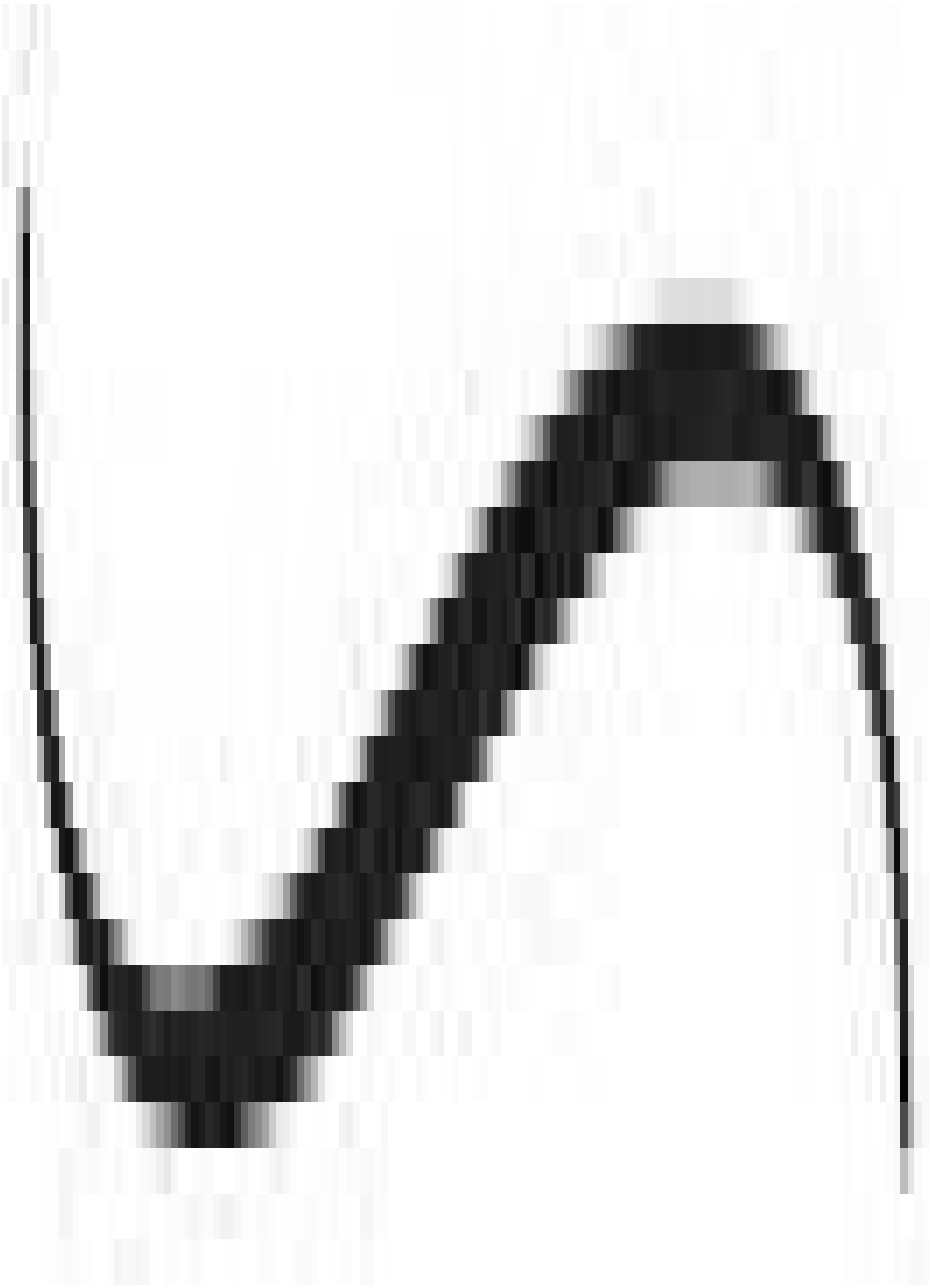
—Cada vez que los israelitas marchan alrededor de la ciudad, la tierra parece temblar un poco más. ¿Puedes sentirlo? —dijo Zeba—. ¿O yo estoy imaginando cosas?

Rahab observó que Mizraim pasaba sus manos por un mueble de madera que se había cubierto de polvo que no estaba ahí al amanecer, cuando los israelitas empezaron a marchar alrededor de la ciudad. Él se frotó los dedos y luego se sacudió el polvo de las manos. Frunciendo el ceño, inspeccionó el techo y las paredes.

—Hay una grieta en la pared, al lado de la puerta. —Miró a Rahab.

Ella sonrió tensamente.

—Quizás mañana sea el día de nuestra salvación, Mizraim. Quizás mañana todos seamos libres, sin murallas que nos rodeen. —Ni siquiera las de su vieja manera de pensar.



Al amanecer del séptimo día, el sabbat que pertenecía al Señor, cambiaron las órdenes de la marcha. Salmón respiraba con dificultad porque necesitaba de toda su fuerza para mantenerse tranquilo y callado, y no levantar los puños al aire, exultante. Su corazón le latía como con el ritmo de una batalla, mientras él y la multitud de sus hermanos mantenían la disciplina.

Hoy, comenzaría la batalla. Hoy, lucharía para entrar en la ciudad, encontrar a Rahab y llevarlos a ella y a su familia a un sitio seguro antes de que la destrucción cayera sobre todos.

Pues hoy ¡caería Jericó!

SIETE



—Esta vez, no se están yendo —dijo Mizraim, parado en la ventana—. ¡Están dando otra vuelta alrededor de la cuidad!

Jobab se acercó y se asomó más que Mizraim para verlo por sí mismo.

—¡Es cierto!

Rahab revisó la provisión de agua. Satisfecha al ver que la tinaja estaba repleta, llenó un cuenco y le hizo una seña a Aybib.

—Debemos prepararnos. —Mojó un pedazo de tela y lo exprimió—. Querremos lucir de la mejor manera cuando vengan a buscarnos. —Limpió el rostro polvoriento de Aybib. Él hizo una mueca mientras le limpiaba los oídos.

—¿Vendrán pronto?

—Estaremos preparados y esperaremos que este sea el día que ha escogido el Señor.

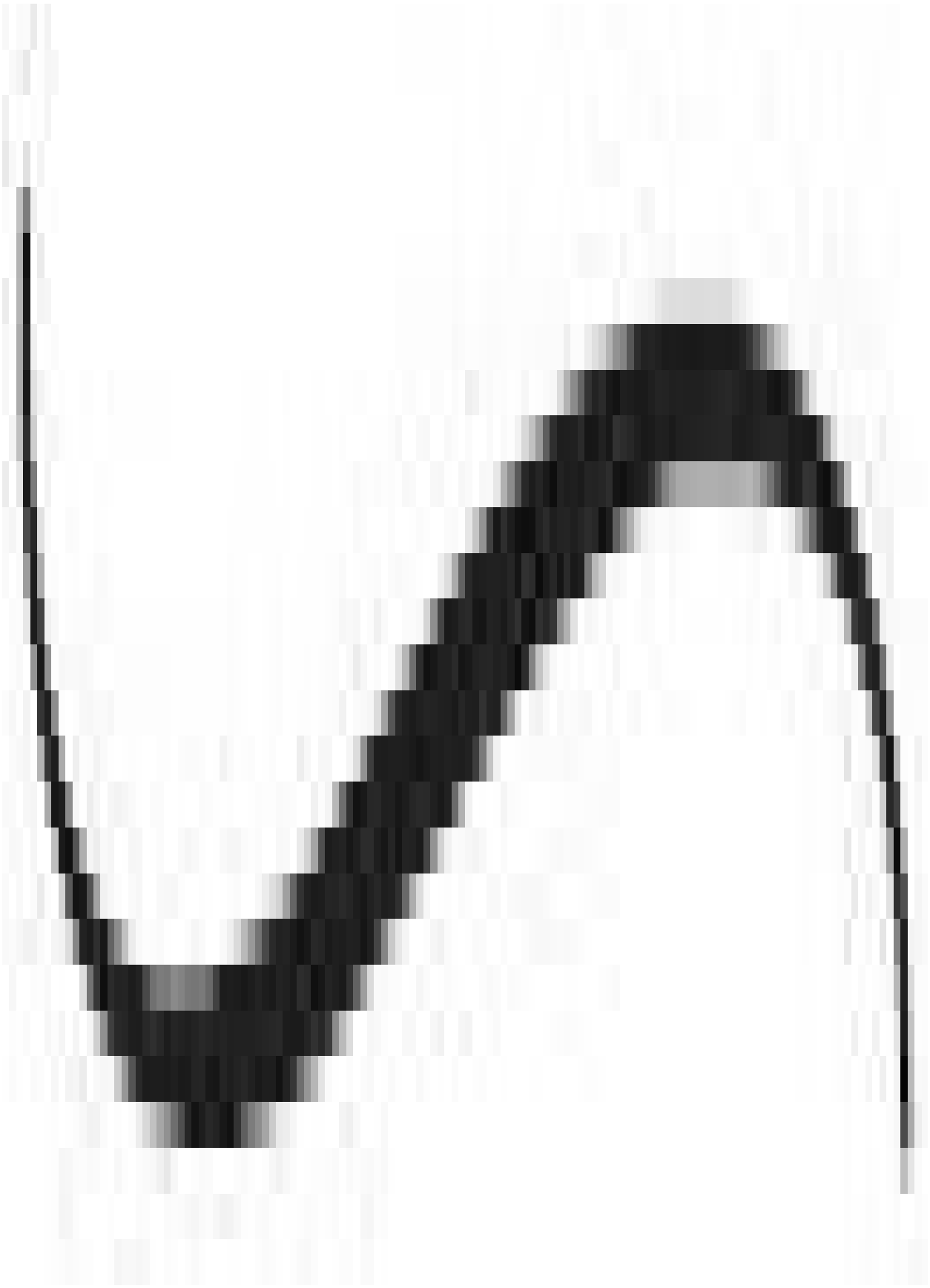
—¿Cómo entrarán los soldados a la ciudad?

—El Señor su Dios los hará entrar. Ahora, ve y pregúntale a tu madre si tiene una túnica limpia para ti. Bosén, ven a lavarte la cara y las manos. —Echó un vistazo a su madre y a sus hermanas, que la miraban fijo. No podía ocultar la euforia y la alegría que sentía burbujeando en su interior—. ¡Levántense! ¡Lávense! Péinense el cabello. ¡Vistámonos con lo mejor que tengamos! ¿Acaso recibiremos a quienes nos rescatarán con el rostro adusto y polvoriento y con la ropa sucia? —Se rio—. ¡Vamos a vestirnos como si estuviéramos yendo a una boda! —Abrió sus armarios y sacó las túnicas que había comprado durante años —. Hoy, todo Canaán verá que las murallas no pueden vencer al Señor nuestro Dios. ¡Hoy es el día de nuestra salvación!

Alguien se quejó:

—Eso es lo que dijiste ayer.

—Y el día anterior —agregó otro.

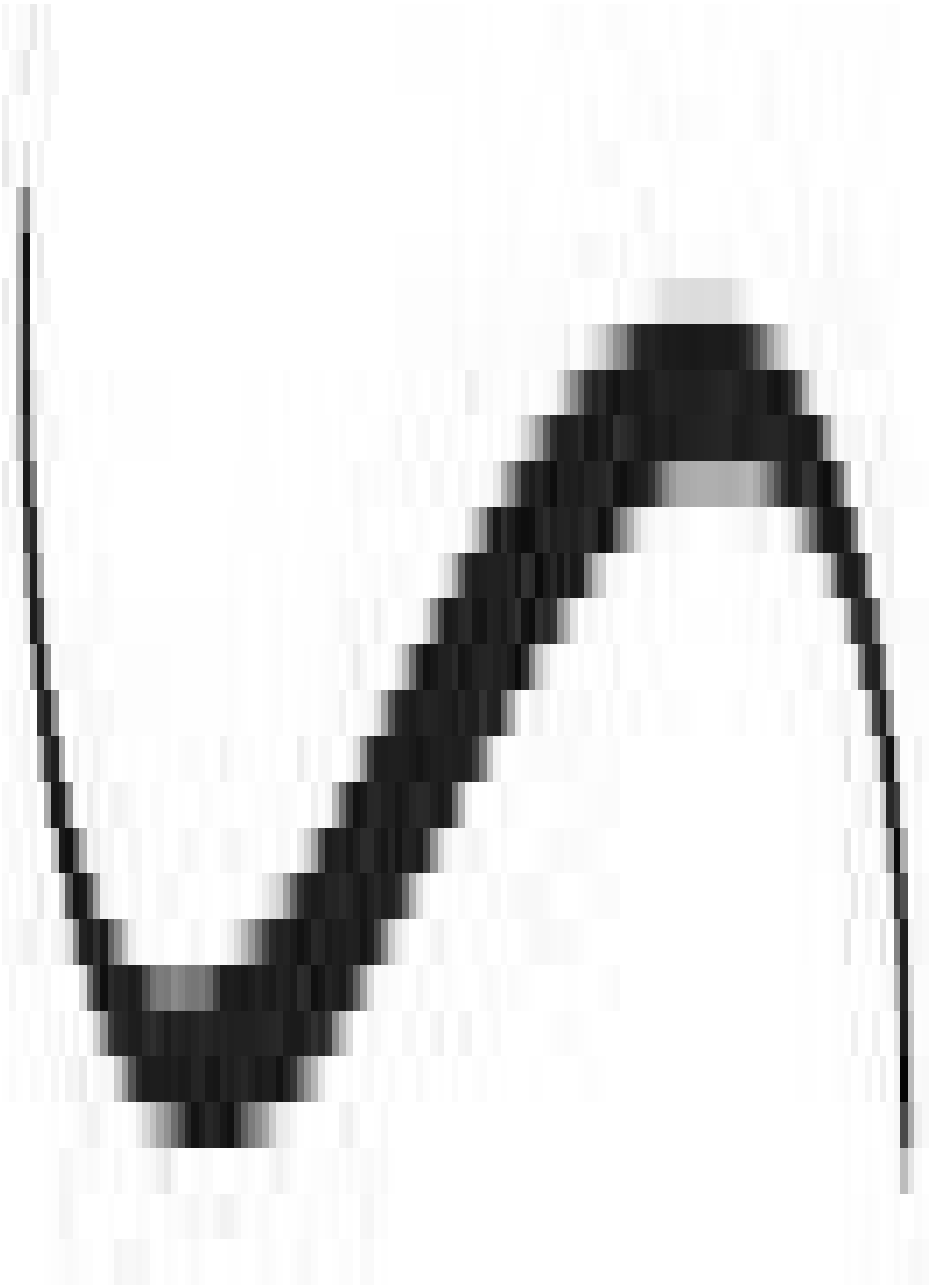


Tres veces marcharon los israelitas alrededor de la ciudad. Luego, una cuarta, una quinta y una sexta vez. Cada vez que Salmón daba una vuelta alrededor de la ciudad, parecía que su fuerza aumentaba, pues era el Día del Señor, y el Señor tomaría el día. La cuerda roja colgaba de una ventana, no muy lejos de la puerta oriental. Salmón fijó la vista en ella mientras marchaba alrededor de la ciudad por séptima vez, Efraín marchaba junto a él.

Entonces llegó la orden. Josué clamó: «¡Griten, porque el Señor les ha entregado la ciudad! Jericó y todo lo que hay en la ciudad deben ser destruidos por completo como una ofrenda al Señor. Solo se les perdonará la vida a Rahab, la prostituta, y a los que se encuentren en su casa, porque ella protegió a nuestros espías. No se queden con ninguna cosa que esté destinada para ser destruida, pues, de lo contrario, ustedes mismos serán destruidos por completo y traerán desgracia al campamento de Israel. Todo lo que esté hecho de plata, de oro, de bronce o de hierro pertenece al Señor y por eso es sagrado, así que colóquenlo en el tesoro del Señor».

Cuando comenzó la séptima ronda, el corazón de Salmón latió más fuerte y más rápido. Sus pies pisaban más firmemente uniéndose a los miles de otros, de modo que el sonido de la marcha de Israel parecía reverberar contra las montañas al occidente.

Entonces, el inmenso ejército se detuvo y miró de frente a la ciudad. Los cuernos sonaron con un estallido, al cual se sumó un millón de voces en un furioso grito de guerra.



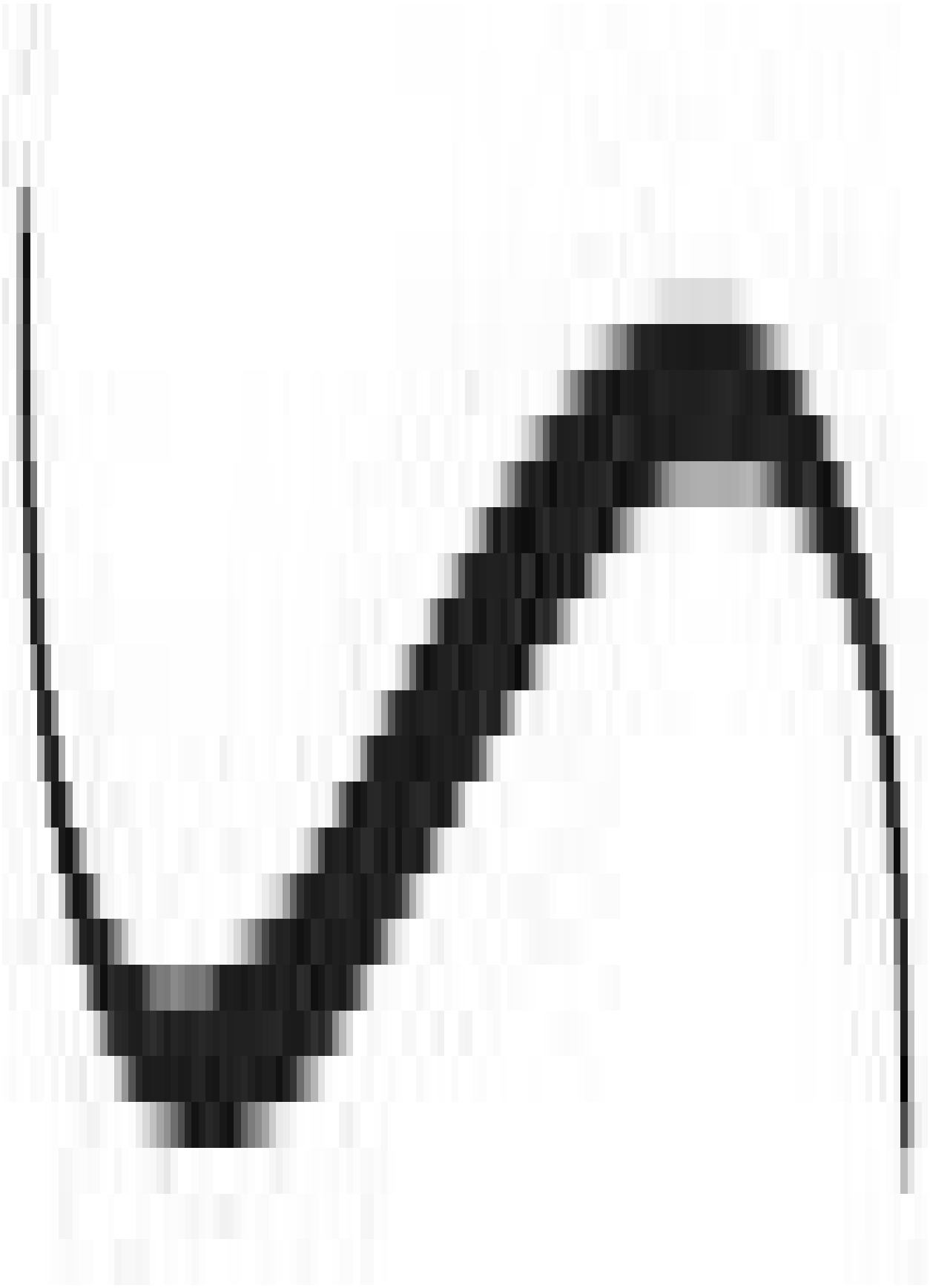
El corazón de Rahab se estremeció cuando escuchó el sonido espeluznante. Mientras sonaba un rumor bajo, escuchó los gritos de los hombres en la torre de la puerta y se aferró al alféizar de la ventana cuando todo se sacudió a su alrededor. A continuación, escuchó los alaridos aterrados de su madre y sus hermanas; hasta su padre y sus hermanos gritaron: «¡Las murallas!».

Subió una nube de polvo cuando las piedras se partieron en pedazos y se desmoronaron. Toda una sección de la muralla entre su casa y la puerta estaba cayendo; las piedras cayeron en avalancha hacia el camino. Hombres y mujeres salieron despavoridos y quedaron aplastados bajo la fortaleza que se desmoronaba.

Entonces los israelitas rompieron filas y entraron corriendo; su grito de guerra le erizó el cabello de la nuca. Miles corrieron hacia ella con las espadas desenvainadas y en alto. Algunos de los que habían caído de las murallas estaban heridos e intentaban levantarse. Fueron liquidados por la primera línea de israelitas.

Rahab bajó de un salto el escalón que estaba junto a la ventana.

—Recojan sus pertenencias. ¡Debemos estar listos para cuando lleguen nuestros rescatadores! ¡De prisa, Basemat! ¡Niños, pónganse detrás de mí! —Dio un paso adelante cuando los gritos de los israelitas sonaron más fuertes. La pared externa de su casa se quebró y una parte se soltó—. Todos ustedes, párense detrás de mí. ¡Rápido! —gritó por encima del estruendo—. ¡No tengan miedo! ¡Manténganse firmes!



—¡Cumplan su promesa! —les gritó Josué a Salmón y a Efraín mientras todos corrían—. ¡Vayan a la casa de la prostituta y sáquenla junto con toda su familia!

El fervor por el Señor aumentó en Salmón, hasta que su sangre fue como un fuego dentro de él, justicia al alcance de la mano. Dando el grito de batalla, corrió con toda la ira contenida por los días de escuchar los insultos y las blasfemias que les gritaban desde las almenas. No miró a la derecha ni a la izquierda, sino que corrió directamente hacia la puerta caída, saltando encima de ella. Balanceando su espada a un lado y a otro, Salmón mató a un soldado enemigo, quien con desesperación trataba de huir de la arremetida del ejército vengador de Dios.

—¡Por aquí! —gritó Salmón por encima del alboroto de los soldados furiosos y de los enemigos aterrorizados—. ¡Por aquí, Efraín!

Doblaron a la derecha y corrieron a lo largo de la calle por la que los había llevado Rahab la primera vez que habían entrado en la ciudad. Miles de soldados israelitas bajaban como un torrente sobre las murallas caídas, mientras que los ciudadanos de Jericó luchaban, confundidos, y sus voces estallaban en un griterío de miedo y caos. Salmón esquivó un golpe, bajó su espada y la giró haciendo que el arma del atacante volara de su mano. Después de atravesarlo, Salmón liberó su espada y siguió corriendo.

Los gritos lo rodeaban por todas partes a medida que los vencidos caían bajo las espadas de los vencedores.

—¡Rahab! —gritó y pasó corriendo por las casas desmoronadas que contenían a sus habitantes aplastados. ¿Dónde estaba? Una parte del muro de su casa todavía estaba en pie, aunque algunos pedazos se habían desplomado a la calle—. ¡Rahab!

—¡Estamos aquí!

Su corazón brincó de una manera rara al escuchar el sonido de su voz. La puerta de su casa estaba partida en dos sobre la calle sembrada de piedras. Salmón entró por la sección abierta de su muro y la encontró parada en medio de la casa, con más de doce personas de pie detrás de ella. Rahab tenía los brazos estirados, como escudando a su familia. Su bello rostro estaba pálido, pero sus ojos

resplandecían. Efraín entró corriendo detrás de él.

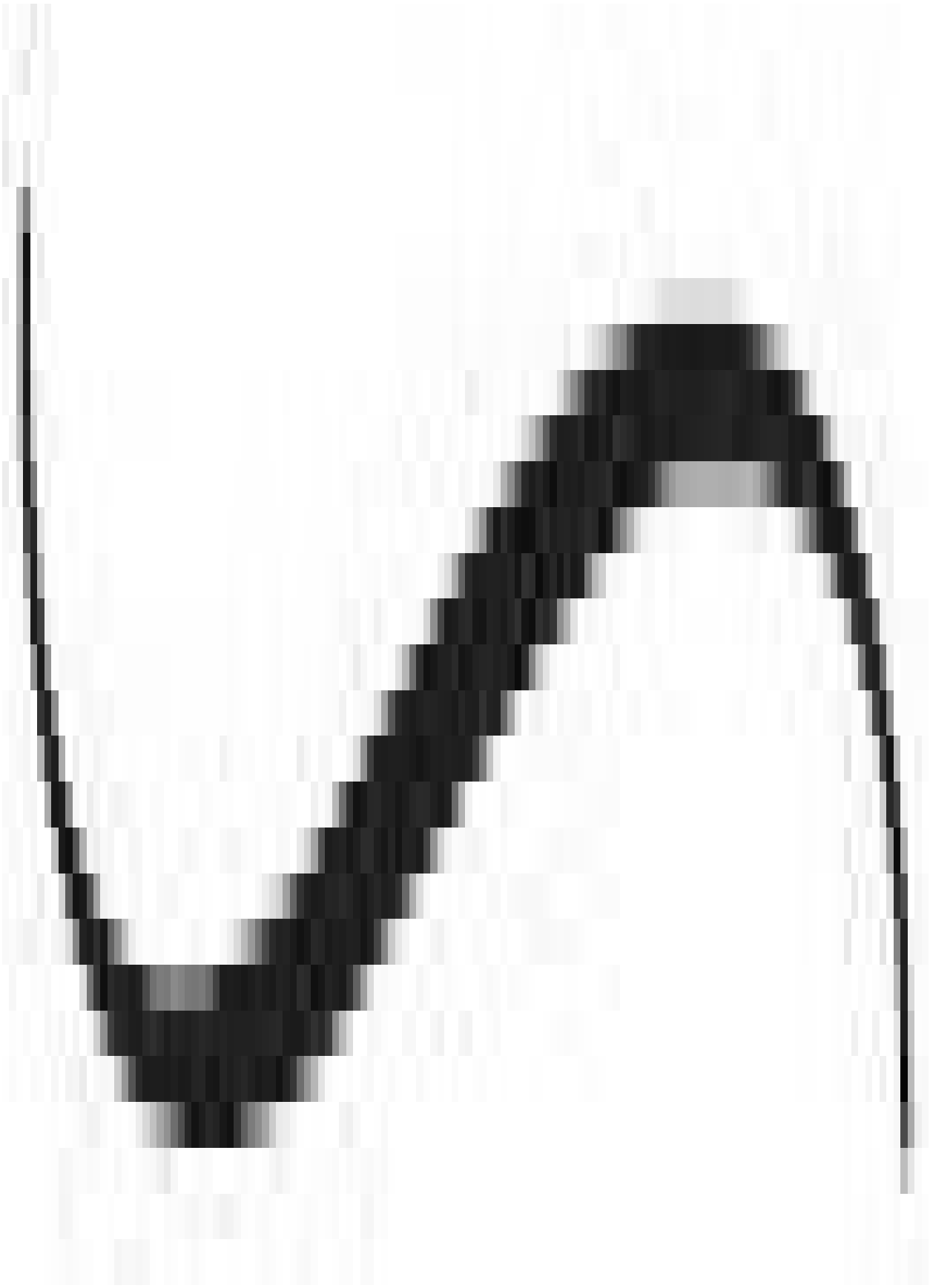
Rahab inclinó la cabeza en un gesto de saludo y de respeto.

—¡Bienvenidos!

Bajando la espada, Salmón avanzó y extendió su mano.

—Ven conmigo. —Los dedos de ella estaban fríos cuando le tomó la mano. Observándola, vio que su pulso latía descontroladamente en su garganta. No estaba tan tranquila como parecía—. Ahora estás a salvo, Rahab. Te sacaremos de aquí. —La condujo hacia la entrada abierta.

—¡Si quieren vivir, sígannos! —dijo Efraín a los otros detrás de ellos.



Rahab sintió que su rostro se acaloraba cuando el joven la separó de su familia. Miró hacia atrás y extendió su mano hacia ellos; entonces vio que su padre, su madre, sus hermanos y hermanas y los hijos de ellos estaban obedeciendo la orden de Efraín y que él se ponía en una posición protectora detrás de ellos.

Al otro lado de la calle ardía un incendio. Los cuerpos de sus vecinos yacían sobre los umbrales. Los gritos llegaban desde el centro de la ciudad. Rahab podía oír las piedras que caían en cascada hacia la calle detrás de ella. Cuando miró hacia atrás, vio que su casa estaba derrumbándose.

Salmón soltó su mano y le rodeó la cintura con el brazo.

—Por aquí —dijo severamente, urgiéndola hacia adelante—. ¡Rápido! —La levantó por encima de algunos escombros. Mirando por encima de su hombro, Rahab vio que sus familiares los seguían apresuradamente.

Cuando Salmón se dio vuelta para ayudar a los demás, Rahab le tendió sus brazos a Aybib. Él trepó unas piedras caídas y ella lo levantó en brazos. Aybib se aferró a ella y escondió su rostro en el cuello de Rahab. Por donde mirara, había una matanza. Se abrieron camino apresuradamente por la muralla desmoronada. Se dio vuelta para mirar a los demás.

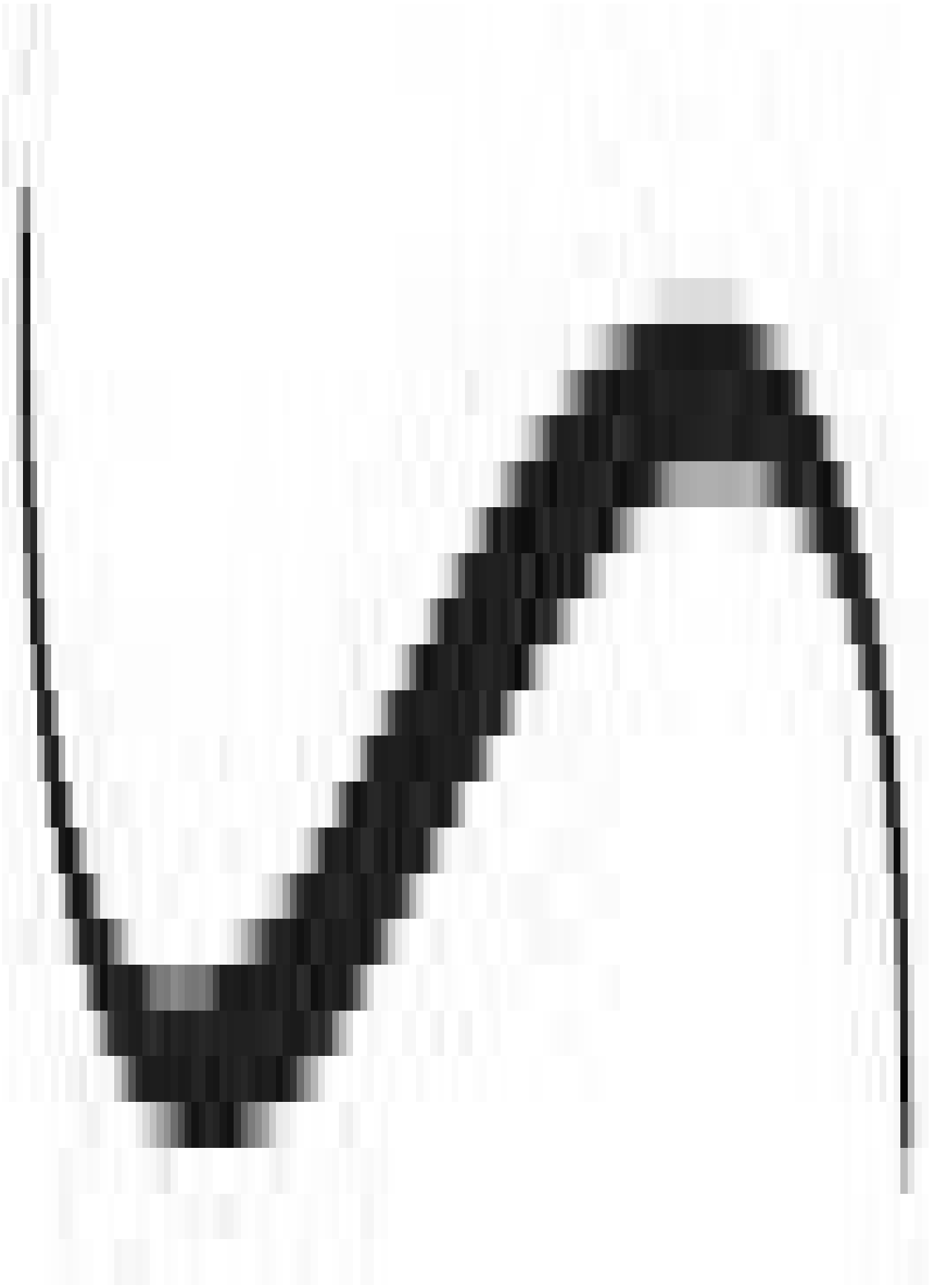
—¡Sigue adelante, Rahab! —le ordenó Salmón—. ¡No mires atrás! Nosotros nos ocuparemos del resto. Ahora, ¡ve! Espéranos debajo de las palmeras.

Cuando Rahab llegó al borde exterior de los escombros, corrió. No se detuvo hasta que llegó a la sombra de las palmeras. Dejó a Aybib en el piso y se dio vuelta para alentar al resto. Jalando aire a sus pulmones ardientes, llamó a gritos a su madre y a sus hermanas, que venían corriendo desde los escombros con los otros niños. Su padre y sus hermanos venían un poco más lentos, agobiados por las pertenencias familiares. Salmón y Efraín venían a la retaguardia, con las espadas desenfundadas y preparados para protegerlos si era necesario.

El rostro de su madre estaba ceniciento mientras Rahab la ayudó a recostarse contra la palmera. Basemat, Gowlan y Gera sollozaban y abrazaban a sus hijos con fuerza. Hagri trataba de contener las lágrimas y miraba fijo la ciudad. Rahab siguió su mirada.

Jericó se veía como si una mano hubiera bajado desde el cielo y la hubiera aplastado contra la tierra. Las murallas y las torres eran piedras desparramadas que se habían desplomado y rodado hacia afuera. Los gritos desgarraban el aire; el humo y el fuego crecían.

—Por aquí —dijo Salmón, agarrándola del brazo. La guio hacia el campamento israelita en Gilgal.



Para el atardecer, el otrora gran centro comercial de Jericó estaba en llamas. El aire era acre; el humo subía en oleadas hacia el cielo cada vez más oscuro. Lenguas rojas y amarillentas de fuego lamían los últimos pedazos de madera de los escombros que yacían dentro del círculo de piedras desplomadas. El aroma empalagoso de la carne chamuscada era muy denso.

Estremecida, Rahab abrazó sus rodillas contra su pecho. Estaba agotada en extremo, sumamente aliviada de haber sobrevivido a la destrucción, pero no obstante triste. Miles de personas ahora estaban muertas porque, tontamente, habían depositado su confianza en las murallas hechas por hombres, en vez de confiar en el Dios viviente que había creado esas piedras. Habían oído las mismas historias que ella. ¿Por qué se habían rehusado a creer?

Salmón y Efraín hicieron guardia para cuidar de ella y de su familia mientras los israelitas volvían de la batalla.

—Ninguno de sus hombres trae ningún botín —dijo Mizraim, sorprendido.

—Jericó está maldita —dijo Efraín.

Salmón parecía más cordial y dispuesto a explicar.

—El Señor ordenó, a través de Josué, que todo lo que viviera en la ciudad debía morir: todo hombre, mujer, niño; jóvenes y viejos, buey, oveja y asno. Todo lo de plata, oro, cobre o hierro que quede después del incendio será llevado al tesoro del Señor. No tomamos nada para nosotros.

Rahab bajó la cabeza y la hundió entre sus rodillas. No quería que Salmón ni Efraín vieran sus lágrimas. Ellos podían llegar a malinterpretarla y pensar que se afligía por la ciudad caída o que no estaba agradecida de que ellos hubieran cumplido su promesa. Su corazón estaba lleno de gratitud al Señor Dios de los cielos y de la tierra, quien les había hecho cumplir su promesa a estos jóvenes. Ella y todos los miembros de su familia estaban vivos y a salvo.

Sin embargo, ella había esperado algo más. Ah, muchísimo más.

Alguien la agarró del hombro. Miró bruscamente hacia arriba y vio a su hermano Jobab, inclinado sobre ella.

—Lamento haber dudado de ti, Rahab.

—Yo también —dijo Mizraim—. El Dios de los hebreos es realmente un dios poderoso. —Se sentó con su esposa y sus hijos, rodeándolos con sus brazos y apretándolos con fuerza.

Los últimos israelitas regresaron a Gilgal.

—Aquí estarán a salvo —dijo Salmón. Inclinó su cabeza hacia Rahab y, luego, se dio vuelta y se marchó. Efraín se fue con él.

Rahab se levantó rápidamente y los siguió hasta donde comenzaba la oscuridad. Allí, se detuvo y observó cómo los dos jóvenes volvían al campamento israelita. Detrás de ella, nadie dijo nada. Cuando los hombres desaparecieron entre las tiendas de Israel, Rahab cerró los ojos y luchó contra la desesperación.

Después de un largo rato, su padre se acercó a ella y rodeó sus hombros con sus brazos.

—Todos estamos aliviados, hija mía. Gracias a tu sabiduría, estamos vivos y a salvo.

Bajó sus manos, furiosa.

—Todos estamos vivos gracias a Dios. —Las lágrimas cayeron por sus mejillas.

—Sí, por supuesto.

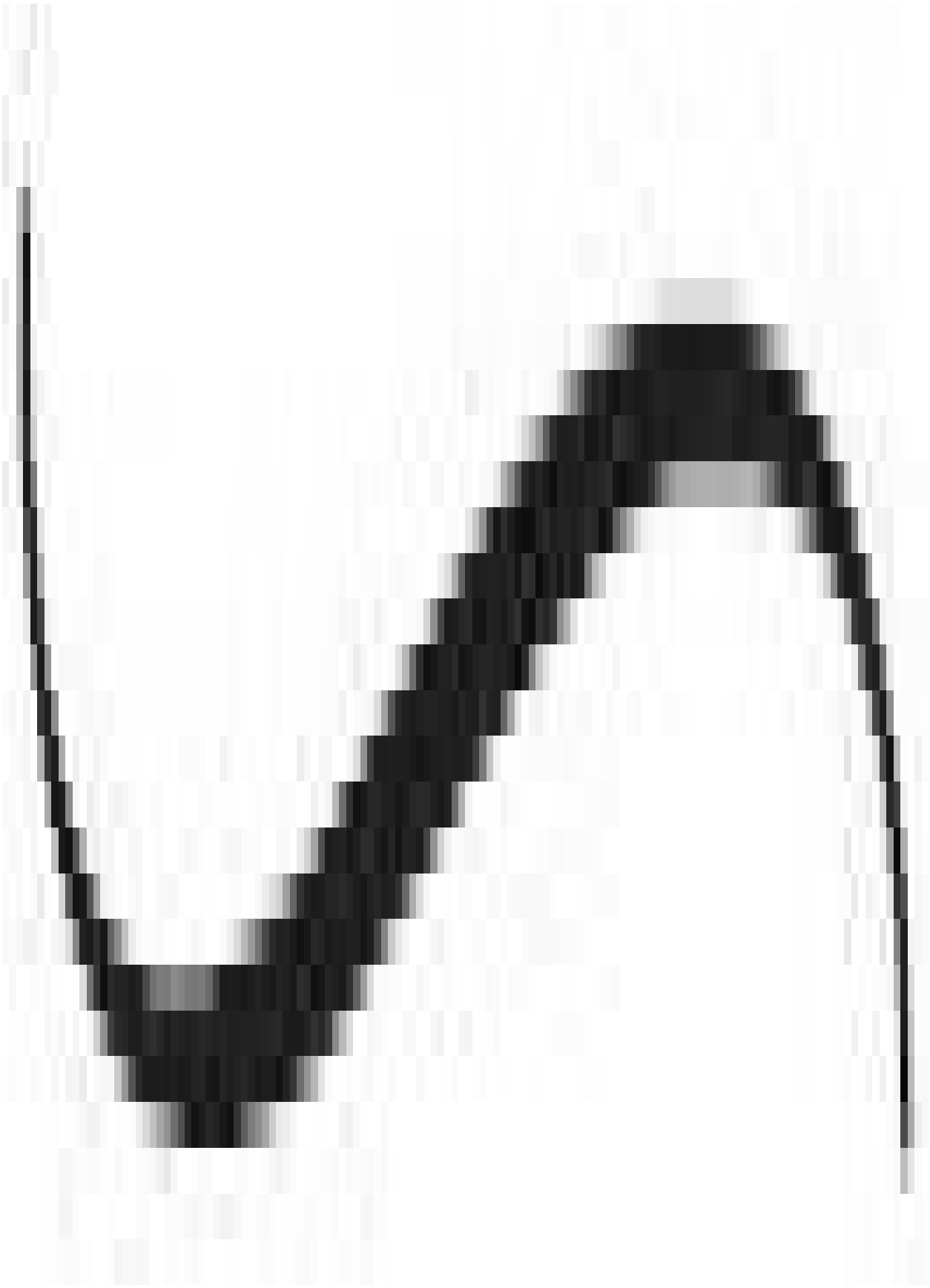
Palabras prudentes, no de fe. Rahab sacudió la cabeza con gran pesar. Ninguno de los que ella amaba entendía su dolor. Ni siquiera ahora, después de todo lo que habían escuchado y visto, compartían su fe ni el deseo de su corazón. Tampoco comprendían su desconsuelo. Ella no merecía ser contada entre los israelitas. Dios la había rescatado de la destrucción. Había sido misericordioso con ella y con los miembros de su familia. Pero eso no significaba que ella fuera aceptable ante Sus ojos. Eso no quería decir que podía adquirir un lugar entre Su pueblo. En los rostros de los hombres que habían llegado en representación de Su pueblo, vio que ella seguía siendo «la prostituta de Jericó».

Sus hombros se sacudieron y se tapó la boca para contener los sollozos.

—¿Estás llorando por los que murieron, Rahab?

—No —dijo, entrecortadamente.

Lloraba porque su sueño de ser una creyente en el Dios verdadero estaba convirtiéndose en polvo. Seguía fuera del campamento de Israel.



Esa noche, Rahab durmió a ratos y se despertó muy temprano en la mañana. Se levantó a la media luz previa al amanecer, observando el despertar del campamento israelita. Cuando salió el sol, tres hombres se acercaron. Su corazón dio un brinco y, de inmediato, despertó a los demás. Todos se levantaron rápido y se pararon junto a ella. Rahab se cambió de lugar para pararse al lado de su padre.

Inmediatamente, reconoció a Salmón y a Efraín, pero no al hombre mayor que venía con ellos, quien caminaba con solemne dignidad. Todos los miembros de su familia se inclinaron ante ellos.

—Es él —dijo su padre en voz baja—. ¡El hombre que conocí en el palmar hace cuarenta años! —Se arrodilló y apoyó las palmas de sus manos y su frente en la tierra—. Lo reconocería en cualquier parte.

Era el hombre que ella había visto estudiando las murallas antes de que comenzaran las marchas, el hombre que se había postrado ante el soldado con la espada desenfundada.

—¡Levántense! —dijo el anciano, golpeando el suelo con su bastón—. Inclínense ante Dios, no ante un hombre.

Rahab se levantó rápidamente y ayudó a su padre a ponerse de pie. Pudo sentir cómo temblaba. Y no era para menos, porque cuando miró al comandante a los ojos, ella también se estremeció. Nunca había visto tanta intensidad en un rostro humano.

—Soy Josué.

—Usted y yo nos encontramos una vez, hace muchos años, en el palmar —dijo su padre—. Yo sabía que volvería.

—Lo recuerdo, Abiasaf.

Su padre volvió a inclinar la cabeza.

—Gracias por tener piedad de mi familia y por perdonarnos la vida.

—Es Dios quien los ha rescatado de la destrucción, Abiasaf, no yo —dijo Josué —. Pero, ahora, son ustedes quienes deben decidir qué harán con la vida que han recibido. ¿Han reflexionado acerca de su futuro?

—Lo único que deseamos es vivir.

—Eso lo tienen asegurado —dijo Josué—. Nadie de Israel les hará daño. ¿Adónde desean ir?

—Si, como usted dice, podemos decidir por nosotros mismos —continuó su padre con cautela—, pediría que se nos permita volver al palmar para que podamos estar a salvo y ganarnos la vida.

Con el corazón encogido, Rahab cerró los ojos.

Josué inclinó la cabeza en acuerdo.

—Pueden irse, Abiasaf, usted y los suyos, ¡y que la paz esté con ustedes!

Con temor de que él se fuera y de nunca volver a tener otra oportunidad de hablar por sí misma, Rahab dio un paso adelante.

—¡Yo no quiero ir! —Todas las miradas se clavaron en ella: las de su padre y sus hermanos en advertencia y las de su madre y sus hermanas, temerosas.

Los ojos de Salmón brillaban y parecía estar a punto de hablar en su nombre, pero ella dejó de mirarlo. Solo podía imaginar lo que le habían dicho por haber dado su palabra de que los rescataría a ella y a su familia. No podía correr el riesgo de humillarlo ahora. Además, su esperanza no descansaba en ningún hombre. Que fuera Dios quien la juzgara. Si Él fuera un águila y ella un ratón escapando para resguardarse, de todas maneras buscaría refugio debajo de Sus poderosas alas.

Josué la analizó enigmáticamente.

—Tú eres Rahab, la prostituta que escondió a nuestros espías.

—Soy Rahab.

—¿Qué es lo que quieres, mujer?

Su padre había decidido por su familia, pero ella tenía esta única oportunidad, este único y breve momento en que su deseo estaba al alcance de su mano.

—No tengas miedo —dijo Josué—. Habla.

—Quiero convertirme en una del pueblo de Dios, no me importa qué tenga que hacer.

Josué giró la cabeza y miró a Salmón. Rahab contuvo la respiración, analizando a ambos hombres. ¿Estaba Josué reprimiendo en silencio a Salmón por haberle perdonado la vida a ella y a sus parientes y por causarle esta molestia a él? ¿Le estaba reprochando al joven la indignante solicitud que ella había hecho? Casi podía imaginar qué estaba pensando: ¡Cómo se atreve a pensar esta ramera descarada que merece estar entre el pueblo de Dios! ¿No le alcanza con que el Señor le haya perdonado la vida? ¿Qué derecho tiene a pedir más? ¡Que se vaya de una vez!

—Si no puedo ser injertada en el pueblo de Dios, ¡entonces habría sido mejor que muriera entre el resto de las almas perdidas de Jericó!

Su padre la agarró de la muñeca y le dio un fuerte tirón.

—Cállate, hija. ¡Agradécele tu vida!

Ella se zafó enérgicamente y volvió a apelar a Josué:

—Estoy agradecida a Dios por mi salvación, pero usted dijo que podíamos decidir; por lo tanto, yo decido no volver a mi antigua vida. Quiero empezar de nuevo. ¡Ojalá pudiera ser una nueva creación bajo Dios!

Su padre acotó rápidamente:

—No sabe lo que dice.

—De hecho, sí lo sabe —dijo Salmón.

—Solo es una mujer, y bastante insensata —dijo Mizraim, visiblemente enojado con ella, y le dirigió una mirada de advertencia para que se callara.

Lo dice un hombre que hubiera puesto su confianza en las murallas de Jericó y

en los ídolos de madera que ahora son cenizas entre los escombros, pensó ella, enojada, sin dejar que la intimidaran.

Josué levantó la mano para que guardaran silencio.

—El Señor ha sido piadoso con todos ustedes —dijo—, pero con esta mujer, ha mostrado una compasión que supera todo lo imaginable. Abiasaf, su pedido le ha sido concedido. Tome a su familia y vayan en paz. Vivan en el palmar, como lo desean. Pero se lo advierto: Jericó está maldita. Cualquiera que la reconstruya, lo hará no solo a costa de su primogénito, sino también de su hijo menor.

—¿Qué pasará con mi hija?

—Si Rahab quiere quedarse, puede hacerlo.

Cuando Josué y los dos espías se alejaron, los ojos de Rahab se llenaron de lágrimas. Dejó caer su cabeza, afligida.

—¿Ves cómo son las cosas? —dijo Mizraim, mientras su esposa empezaba a guardar nuevamente sus pertenencias—. Ellos piensan que son mejores que nosotros. No quieren a una mujer como tú entre ellos.

Ella no respondió. Sabía que lo que él decía era cierto, pero no quería que viera cuánto le dolía.

—Te construiremos una casa cerca del camino, Rahab —le ofreció Jobab—. Podrías tener un negocio lucrativo...

—Me quedaré aquí. —Se sentó.

—¡Mujer necia! ¡Demuestra un poco de sensatez!

—¿Sensatez? —Le lanzó una mirada fulminante—. ¿Qué hay de sensato en alejarse de un Dios que protege a Su pueblo?

—¡Él no protegió a nuestro pueblo! —remarcó Mizraim, señalando hacia Jericó —. El aire todavía huele a carne chamuscada.

—Ellos son mi pueblo —dijo ella, señalando hacia Gilgal.

—Quiero ir a casa —dijo su madre, llorando—. ¿Cuándo podemos volver a nuestra casa en el palmar?

—¿También volverás a adorar a tus pequeños ídolos de madera? —dijo Rahab amargamente.

—El dios que destruyó a Jericó no es para nosotros —dijo su padre con tono grave—. Estamos vivos, y eso es lo único que importa.

—No, padre. No basta con estar vivos y no servir al Dios que nos rescató.

—No para ti, quizás —dijo Mizraim—. Pero para nosotros es suficiente.

—Entonces, ¡váyanse!

—Por favor ven con nosotros, hija —le suplicó su madre—. ¿En qué te convertirás si te quedas aquí? Los israelitas nunca dejarán que vivas entre ellos.

—Yo la haré venir —dijo Mizraim, enojado, estirando el brazo para agarrarla.

Ella le dio un golpe en la mano.

—¡Hombres más fuertes que tú han intentado obligarme a que hiciera su voluntad! ¡No lo intentes!

—Déjenla en paz —dijo su padre, echándose un bulto sobre la espalda—. Denle algunos días para pensarlo. Ya entrará en razón.

—¿Cuándo entrarán en razón ustedes? —gritó ella—. ¿Cómo pueden alejarse, después de haber visto la verdad?

—¿Qué verdad? —dijo Jobab.

—¡Que fue Dios quien los salvó!

—Fuiste tú, Rahab —dijo su padre—. Y te lo agradecemos.

—Pero todos ustedes conocen las historias sobre Dios al igual que yo. ¿Acaso no les he contado todas y cada una, a medida que las escuchaba?

—Sí, este dios tiene un gran poder.

—¡Todo el poder!

—Mayor razón para irnos, querida mía. Es mejor evitar a un dios así.

—¿Y cómo propones hacer eso, padre? ¿Dónde puedes esconderte de Él?

Él pareció inquietarse, pero se mantuvo firme.

—Viviremos tranquilamente entre las palmeras, como dijo Josué que podíamos hacer. Nos dedicaremos a nuestros asuntos y no interferiremos con los de ellos. Y, de esa manera, estaremos en paz con el pueblo de Israel y su dios.

Sacudiendo la cabeza, ella miró hacia el campamento israelita en Gilgal y lloró.

—Ven con nosotros —dijo Hagri—. Por favor, hermana. Aquí estarás completamente sola.

—Me quedaré.

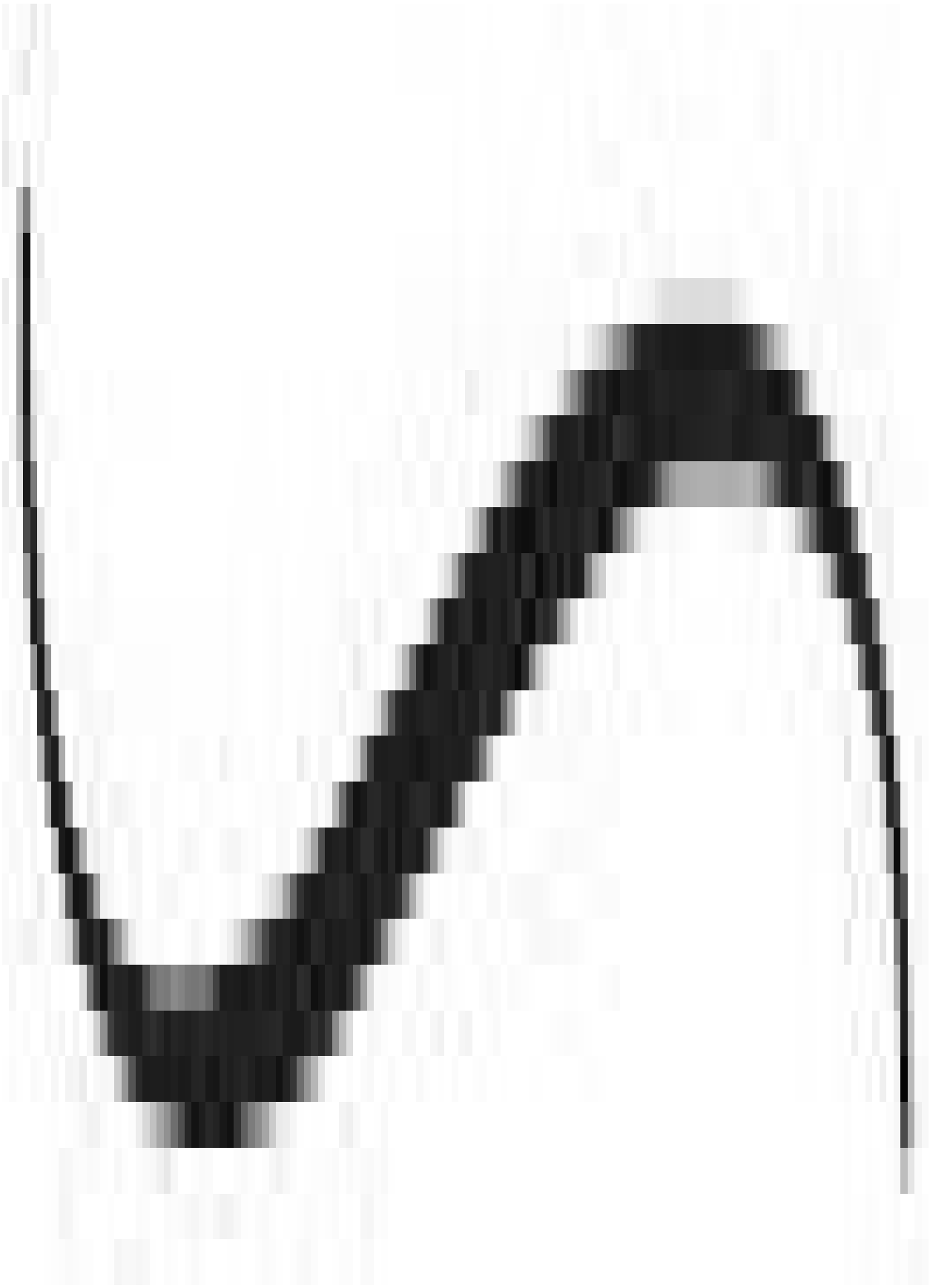
—¿Y si levantan el campamento y se van?

—Los seguiré.

—¿Por qué?

—Porque tengo que hacerlo. —¿Cómo podía explicarles que tenía un anhelo por Dios, como un ciervo jadeante en busca de agua?

Llorando en voz baja, Hagri besó a Rahab en la cabeza y se marchó.



Salmón estaba junto a Josué en el límite del campamento.

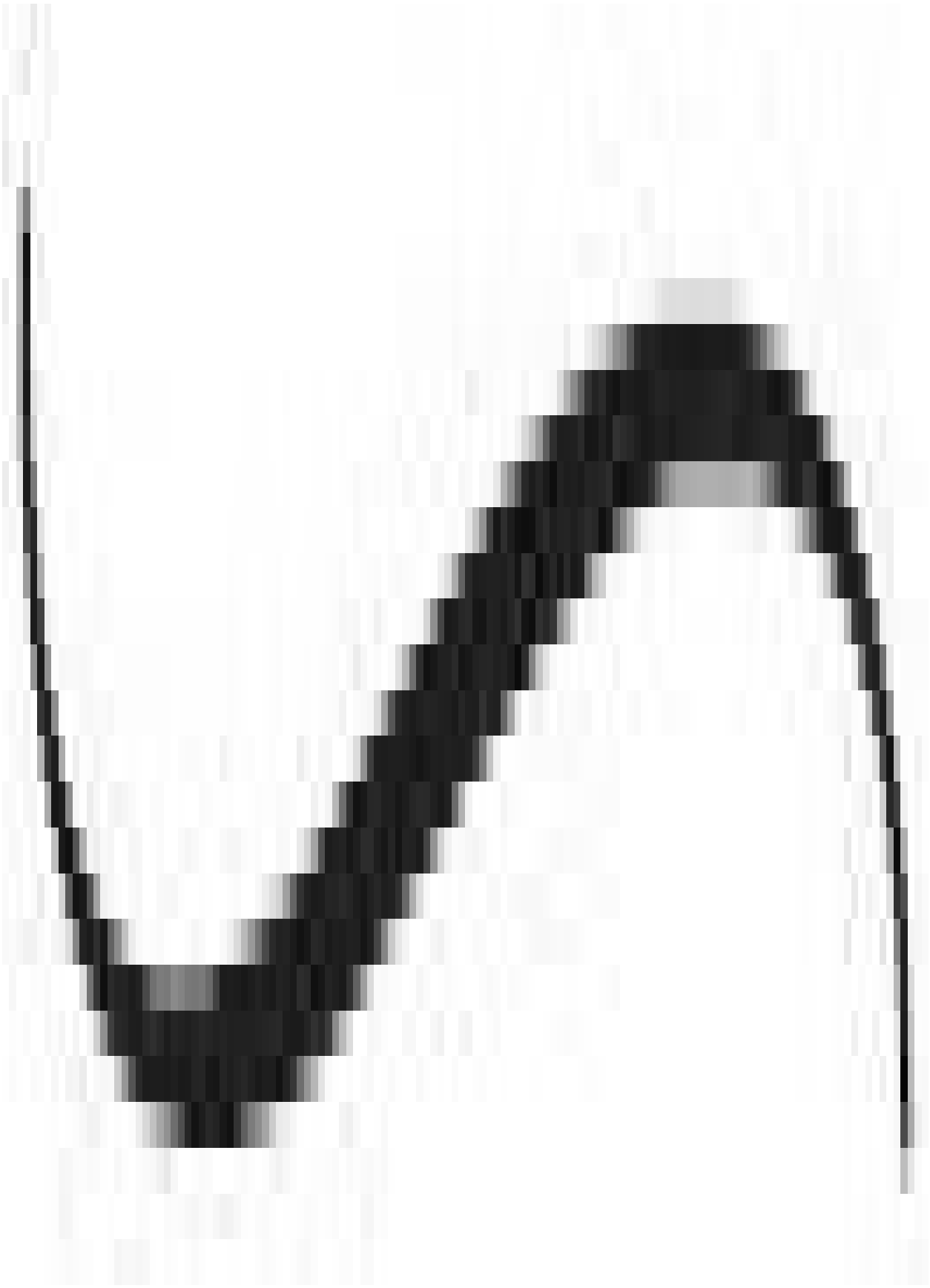
—Te dije que no se iría con ellos.

—Déjala sola por tres días. Dale tiempo para que tome sus decisiones. Si se queda, podrás buscarla y traerla a las tiendas de Israel.

—Es una mujer sola. ¿No deberíamos poner un guardia para que la cuide?

Josué le sonrió.

—Ya tiene uno.



Cuando salió el sol al cuarto día de su soledad, Rahab vio que un hombre caminaba hacia ella. Era Salmón. No sonreía mientras se acercaba, y Rahab se preguntó qué mensaje severo tendría para ella. Tal vez Josué lo había mandado para decirle que se alejara.

—Has permanecido aquí durante tres días —dijo él, parándose al otro lado de su fogata.

—Josué dijo que tenía la libertad de elegir, y yo elijo quedarme aquí. —Echó un palo al fuego. Solo tenía el trigo suficiente para hacer pan para ese día; al día siguiente pasaría hambre.

—¿Cuánto tienes pensado quedarte aquí?

—Todo el tiempo que Israel se quede en Gilgal.

—Pronto nos iremos.

—Entonces, supongo que yo también me iré.

Él se incorporó y ella pensó que se iría.

—Te llevaré a mi tienda y te cubriré con mi manto.

El rostro de Rahab se sonrojó al escuchar su propuesta de casamiento.

—¿Tú? —Se tapó las mejillas con las manos.

Él frunció un poco el ceño.

—¿Dices que no?

—¡Eres tan joven!

Él sonrió de oreja a oreja.

—Tengo edad suficiente.

Rahab rio amargamente.

—¿Quieres casarte con alguien como yo? No sabes lo que estás diciendo. ¿No escuchaste a Josué el otro día? Yo soy Rahab, la prostituta, una prostituta a los ojos de todo Israel y de cualquier otro que sepa de mí.

—Ah, sí, la mujer con un pasado a quien Dios le ha dado un futuro.

—No bromees con esas cosas —dijo enfadada, tratando de contener sus lágrimas. Si pudiera volver a vivir su vida, cambiaría tantas cosas.

—No bromeo, Rahab. —Él rodeó la fogata. Se inclinó, la tomó de la mano y la levantó para que se pusiera de pie—. ¿Por qué te imaginas que Efraín y yo entramos a Jericó?

—Para espiar la ciudad.

—Eso fue lo que nos dijeron.

—Eso fue lo que ustedes dijeron. —Frunciendo el ceño, lo miró.

—Así pensábamos, pero he estado preguntándomelo desde que te conocí.

Él tenía los ojos castaños más hermosos y dulces que hubiera visto en toda su vida.

—¿Preguntándote qué? —Cuando él rozó ligeramente su mejilla, su corazón se aceleró.

—Si Dios nos mandó para que te encontráramos.

—¿Por qué Dios habría de prestarle atención a una mujer indigna como yo?

—Porque el Señor conoce a los de Su pueblo dondequiera que estén, incluso cuando estén dentro de las murallas de una ciudad pagana. Él te conoce a ti, Rahab, y contestó la oración de tu corazón. Dios te salvó de la muerte y, ahora, está ofreciéndote la manera de ser injertada en Su pueblo.

Ella negó con la cabeza y se alejó unos pasos. Por atractiva que le pareciera la idea, no estaba bien.

—Sé que Dios es mi Salvador. También sé que Él es el Dios de todo lo que

existe y, por consiguiente, el amo de mi vida.

—Entonces, acepta la bendición que te ofrece. —Salmón sonrió y se llevó la mano al corazón—. Un esposo joven.

Ella sonrió con desaliento.

—Joven e impulsivo. —Soltándose de un tirón, se dio vuelta—. Deja que pasen unos días y te alegrarás de que te haya dicho que no.

—Me decidí el día que te conocí.

Rahab se dio vuelta y lo miró arqueando una ceja.

—Oh, ¿en serio? —¿Cuántas veces había escuchado semejante tontería? El rey de Jericó le había dicho cosas semejantes—. ¿Cuándo lo supiste, Salmón? ¿Cuando me asomé a la ventana y los llamé desvergonzadamente a gritos? —Se tocó el pelo—. ¿Fueron mis abundantes rizos negros los que te encendieron el corazón? —Se tocó el cuello—. ¿O los demás “atributos de mi carácter”? —Sus dedos juguetearon con el escote de su vestido.

Los ojos de Salmón nunca se desviaron de los suyos.

—La primera vez que te vi en la muralla de Jericó, te vi como una ramera. Atrevida. Llena de iniquidad. Pero cuando entré en tu casa y nos hablaste, te vi tal cual eres: una mujer de sabiduría, una mujer digna de alabanza.

—Oh, Salmón... —Cuando ella se dio vuelta, la agarró y la giró para que lo mirara de frente.

—Casi desde el momento que proclamaste tu fe en Dios, yo te amé.

—¿Me amaste?

—Sí, te amé. En toda mi vida no he conocido a una mujer en todo Israel que sea más digna de alabanza que tú. Todas las jóvenes que conozco han visto la columna de fuego, la nube que sube y nos guía por los páramos del desierto. Han bebido el agua que manaba de una roca y han comido el maná del cielo. Y, sin embargo, su fe no se iguala a la tuya. De ti saldrán profetas... quizás, incluso, el Mesías.

—¿El Mesías? —¿Qué significaba esa palabra?

Él sonrió de nuevo.

—Hay tanto que enseñarte, tantas cosas que no sabes. La historia de nuestro pueblo, la ley, las promesas de Dios... —Tiernamente, agarró su rostro entre sus manos—. Sé mi esposa y yo te enseñaré.

—¿Y qué dirá tu familia?

—Que soy prudente al haber elegido una esposa así. Caleb ya me ha dado su permiso.

—¿Quién es Caleb?

—El jefe de mi tribu, la tribu de Judá. Él acompañó a Josué cuando Moisés mandó hombres para que espiaran Canaán hace cuarenta años. Él y Josué son los únicos dos sobrevivientes de la generación de mis padres. Caleb es sumamente estimado por todos. —Su boca esbozó una sonrisa irónica mientras le pasaba una mano por el cabello—. Sugirió que sería él quien se casaría contigo, pero yo le dije que ya tenía demasiadas esposas.

Rahab se tragó las lágrimas, asombrada por la misericordia de Dios. Primero, la había rescatado y, ahora, parecía que estaba proveyéndole un hombre de Dios para que fuera su esposo. ¡Su esposo! Jamás había soñado con algo semejante.

—Eres la mujer que he estado esperando —dijo Salmón en voz baja—. Ven conmigo.

Levantó una mano para que él se diera cuenta de que necesitaba un momento. No podía decir una palabra por el nudo que tenía en la garganta. Él frunció el ceño, consternado, y ella se dio cuenta de que tenía que mostrarle que había tomado una decisión. Se apartó de él, se arrodilló y, con sus manos, arrojó tierra sobre la fogata. Recogiendo sus cosas y formando un bulto, se incorporó, con lágrimas de alegría escurriendo por sus mejillas.

Sonriendo una vez más, Salmón se adelantó hacia ella y limpió su rostro. Si antes había dudado de sus palabras de amor, Rahab ya no podía dudarlo más, pues la mirada de él brillaba con la alegría de alguien que había recibido exactamente lo que quería.

Salmón recogió su atado, la tomó de la mano y la llevó a casa.

EPÍLOGO



Rahab y Salmón tuvieron un hijo, Booz.

Booz fue el padre de Obed;

Obed, el padre de Isaí;

Isaí, el padre del rey David.

Y del linaje del rey David, de la tribu de Judá,

vino el Mesías prometido,

Jesucristo nuestro Salvador y Señor.

BUSQUE Y ENCUENTRE



Querido lector:

Usted acaba de leer la historia de Rahab según la percepción de una autora. ¿Es esta la verdad completa sobre la historia de Rahab y la caída de Jericó? Jesús dijo que el que busca encuentra las respuestas que necesitamos para la vida. La mejor manera de descubrir la verdad es ¡que la busque usted mismo!

Esta sección «Busque y encuentre» está diseñada para ayudarlo a descubrir la historia de Rahab según está registrada en la Biblia. Consiste en seis estudios cortos que usted puede hacer de forma individual o con un grupo pequeño.

Podría sorprenderlo descubrir que esta historia antigua tiene aplicaciones para su vida en la actualidad. No importa dónde viva ni en qué siglo, la Palabra de Dios es la verdad. Es tan relevante hoy como lo fue en el pasado. En ella encontramos un futuro y una esperanza.

Peggy Lynch

LA VISITA

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Luego Josué envió en secreto a dos espías desde el campamento israelita que estaba en la arboleda de Acacias y les dio la siguiente instrucción: «Exploren bien la tierra que está al otro lado del río Jordán, especialmente alrededor de la

ciudad de Jericó». Entonces los dos hombres salieron y llegaron a la casa de una prostituta llamada Rahab y pasaron allí la noche.

Pero alguien le avisó al rey de Jericó: «Unos israelitas vinieron aquí esta noche para espiar la tierra». Entonces el rey de Jericó le envió una orden a Rahab: «Saca fuera a los hombres que llegaron a tu casa, porque han venido a espiar todo el territorio».

Rahab, quien había escondido a los dos hombres, respondió: «Es cierto, los hombres pasaron por aquí, pero yo no sabía de dónde venían. Salieron de la ciudad al anochecer, cuando las puertas estaban por cerrar. No sé hacia dónde fueron. Si se apresuran, probablemente los alcancen». (En realidad, la mujer había llevado a los hombres a la azotea de su casa y los había escondido debajo de unas gavillas de lino que había puesto allí). Entonces los hombres del rey buscaron a los espías por todo el camino que lleva a los vados del río Jordán. Y justo después que los hombres del rey se fueron, cerraron la puerta de Jericó.

J

OSUÉ

2:1-7

Josué mandó en secreto a dos hombres a espiar Jericó. ¿Qué elementos de este pasaje indican que esta misión no era un secreto para los ciudadanos de Jericó?

¿Adónde fueron los espías?

¿Quién es Rahab? ¿Cómo se gana la vida?

De acuerdo con este pasaje, ¿cómo veía el rey de Jericó a estos dos «visitantes»?

¿Cómo percibió Rahab a estos visitantes?

Compare la reacción del rey y la de Rahab a los visitantes.

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

La mayoría de nosotros nunca tendremos que enfrentar un ejército invasor como le sucedió a Rahab, pero sí afrontaremos situaciones abrumadoras de otros tipos. ¿Qué clase de problemas está enfrentando usted en este momento? ¿Qué opciones tiene?

Lea el siguiente pasaje:

Si necesitan sabiduría, pídansela a nuestro generoso Dios, y él se la dará; no los reprenderá por pedirla. Cuando se la pidan, asegúrense de que su fe sea solamente en Dios, y no duden, porque una persona que duda tiene la lealtad dividida y es tan inestable como una ola del mar que el viento arrastra y empuja de un lado a otro. Esas personas no deberían esperar nada del Señor; su lealtad está dividida entre Dios y el mundo, y son inestables en todo lo que hacen.

S

ANTIAGO

1:5-8

¿Qué le dice este pasaje que haga?

¿Qué advertencia encuentra en él?

AGUARDE Y REFLEXIONE

¿De qué manera flaquea cuando tiene que tomar decisiones?

LA FE

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Esa noche, antes de que los espías se durmieran, Rahab subió a la azotea para hablar con ellos. Les dijo:

—Sé que el Señor les ha dado esta tierra. Todos tenemos miedo de ustedes. Cada habitante de esta tierra vive aterrorizado. Pues hemos oído cómo el Señor les abrió un camino en seco para que atravesaran el mar Rojo cuando salieron de Egipto. Y sabemos lo que les hicieron a Sehón y a Og, los dos reyes amorreos al oriente del río Jordán, cuyos pueblos ustedes destruyeron por completo. ¡No es extraño que nuestro corazón esté lleno de temor! A nadie le queda valor para pelear después de oír semejantes cosas. Pues el Señor su Dios es el Dios supremo arriba, en los cielos, y abajo, en la tierra.

»Ahora júrenme por el Señor que serán bondadosos conmigo y con mi familia, ya que les di mi ayuda. Denme una garantía de que, cuando Jericó sea conquistada, salvarán mi vida y también la de mi padre y mi madre, mis hermanos y hermanas y sus familias.

—Te ofrecemos nuestra vida como garantía por la tuya —le prometieron ellos—. Si no nos delatas, cumpliremos nuestra promesa y seremos bondadosos contigo cuando el Señor nos dé la tierra.

J

OSUÉ

2:8-14

Enumere las razones por las que el corazón del pueblo se había ablandado de miedo y no les quedaba valor.

¿Qué declaración hace Rahab sobre Dios?

¿Qué les pide Rahab a los espías?

Rahab les pide a los hombres que le hagan una promesa. ¿En quién se basa esa promesa?

¿Cómo responden los espías?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

¿Qué temores lo tienen prisionero a usted? ¿Por qué?

¿Qué hace cuando tiene miedo?

¿Qué clase de consejo les ha dado a otros que tienen miedo?

El rey David, uno de los descendientes más famosos de Rahab, escribió acerca de Dios: «Aun cuando yo pase por el valle más oscuro, no temeré, porque tú estás a mi lado. Tu vara y tu cayado me protegen y me confortan» (Salmo 23:4).

¿Qué le ofrece Dios a usted?

AGUARDE Y REFLEXIONE

¿Dónde está Dios con respecto a usted en este preciso momento?

EL ESCAPE

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Entonces, dado que la casa de Rahab estaba construida en la muralla de la ciudad, ella los hizo bajar por una cuerda desde la ventana.

—Huyan a la zona montañosa —les dijo—. Escóndanse allí de los hombres que los están buscando por tres días. Luego, cuando ellos hayan vuelto, ustedes podrán seguir su camino.

Antes de partir, los hombres le dijeron:

—Estaremos obligados por el juramento que te hemos hecho solo si sigues las siguientes instrucciones: cuando entremos en esta tierra, tú deberás dejar esta cuerda de color escarlata colgada de la ventana por donde nos hiciste bajar; y todos los miembros de tu familia —tu padre, tu madre, tus hermanos y todos tus parientes— deberán estar aquí, dentro de la casa. Si salen a la calle y los matan, no será nuestra culpa; pero si alguien les pone la mano encima a los que estén dentro de esta casa, nos haremos responsables de su muerte. Sin embargo, si nos delatas, quedaremos totalmente libres de lo que nos ata a este juramento.

—Acepto las condiciones —respondió ella.

Entonces Rahab los despidió y dejó la cuerda escarlata colgando de la ventana.

Los espías subieron a la zona montañosa y se quedaron allí tres días. Los hombres que los perseguían los buscaron por todas partes a lo largo del camino, pero, al final, regresaron sin éxito.

Luego, los dos espías descendieron de la zona montañosa, cruzaron el río Jordán y le informaron a Josué todo lo que les había sucedido: «El Señor nos ha dado el territorio —dijeron—, pues toda la gente de esa tierra nos tiene pavor».

J

OSUÉ

2:15-24

¿Dónde estaba ubicada la casa de Rahab?

¿Cómo ayudó a los espías para que escaparan?

¿Qué instrucciones les dio a los espías? ¿Por qué?

¿Qué advertencia y qué condiciones para el rescate le plantearon los espías a Rahab?

¿Cuál fue la respuesta de Rahab?

¿Qué señal debía usar Rahab?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Como Rahab, nosotros tenemos oportunidades de ayudar a otros. Enumere algunas de las formas en que usted ha ayudado a otras personas.

¿Qué consejos ha dado usted?

Jesús dijo: «Así que no se preocupen por todo eso diciendo: “¿Qué comeremos?, ¿qué beberemos?, ¿qué ropa nos pondremos?”. Esas cosas dominan el

pensamiento de los incrédulos, pero su Padre celestial ya conoce todas sus necesidades» (Mateo 6:31-32).

¿Qué enseñanza y qué promesa ofrece Jesús aquí? ¿Cuál es la condición?

AGUARDE Y REFLEXIONE

¿Quién tiene el primer lugar en su vida?

LA ESPERA

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Ahora bien, las puertas de Jericó estaban bien cerradas, porque la gente tenía miedo de los israelitas. A nadie se le permitía entrar ni salir. Pero el Señor le dijo a Josué: «Te he entregado Jericó, a su rey y a todos sus guerreros fuertes. Tú y tus hombres de guerra marcharán alrededor de la ciudad una vez al día durante seis días. Siete sacerdotes caminarán delante del arca; cada uno llevará un cuerno de carnero. El séptimo día, marcharán alrededor de la ciudad siete veces mientras los sacerdotes tocan los cuernos. Cuando oigas a los sacerdotes dar un toque prolongado con los cuernos de carnero, haz que todo el pueblo grite lo más fuerte que pueda. Entonces los muros de la ciudad se derrumbarán, y el pueblo irá directo a atacar la ciudad».

Entonces Josué reunió a los sacerdotes y les dijo: «Tomen el arca del pacto del

Señor y asignen a siete sacerdotes para que caminen delante de ella, cada uno con un cuerno de carnero». Después, dio estas órdenes al pueblo: «Marchen alrededor de la ciudad, los hombres armados irán al frente, delante del arca del Señor».

Después de que Josué le habló al pueblo, los siete sacerdotes con los cuernos de carnero comenzaron a marchar en la presencia del Señor sonando los cuernos mientras marchaban, y el arca del pacto del Señor los seguía. Algunos de los hombres armados marchaban delante de los sacerdotes que llevaban los cuernos, y otros iban detrás del arca mientras los sacerdotes seguían sonando los cuernos. «No griten, ni siquiera hablen —ordenó Josué—. Que no salga ni una sola palabra de ninguno de ustedes hasta que yo les diga que griten. ¡Entonces griten!». Así que, ese día, llevaron el arca del Señor alrededor de la ciudad solo una vez, y luego todos regresaron para pasar la noche en el campamento.

Josué se levantó temprano a la mañana siguiente y, una vez más, los sacerdotes cargaron el arca del Señor. Los siete sacerdotes marcharon delante del arca del Señor sonando los cuernos de carnero. Los hombres armados marcharon delante de los sacerdotes que llevaban los cuernos y detrás del arca del Señor. Durante todo ese tiempo, los sacerdotes no dejaron de sonar los cuernos. Ese segundo día, volvieron a marchar alrededor de la ciudad solo una vez y regresaron al campamento. Hicieron lo mismo durante seis días seguidos.

J

OSUÉ

6:1-14

¿Por qué estaba Jericó «bien cerrada»?

¿Qué anuncio le da el Señor a Josué?

Enumere las indicaciones que Dios dio para la batalla.

¿Qué instrucciones le da Josué al pueblo?

¿Cómo responden los sacerdotes y el ejército?

Rahab y los miembros de su familia también están encerrados dentro de las murallas de Jericó, esperando la batalla inminente. Deben haber estado vigilando desde la muralla. ¿Qué indicios encuentra usted de que nadie sabía cuándo sería el día de la victoria/rescate?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Rahab y los integrantes de su familia estaban encerrados en su casa, dentro de las murallas de Jericó, esperando el rescate prometido. ¿De qué maneras está encerrado usted?

¿En qué clase de espera está usted?

El Salmo 27:14 dice: «Espera con paciencia al Señor; sé valiente y esforzado; sí, espera al Señor con paciencia».

¿Qué instrucción se da en este versículo?

¿Qué significa para usted?

AGUARDE Y REFLEXIONE

¿De quién depende usted para recibir fuerzas y valor?

EL RESCATE

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

El séptimo día, los israelitas se levantaron al amanecer y marcharon alrededor de la ciudad como lo habían hecho los días anteriores; pero esta vez, dieron siete vueltas alrededor de la ciudad. En la séptima vuelta, mientras los sacerdotes daban el toque prolongado con los cuernos, Josué les ordenó a los israelitas: «¡Griten, porque el Señor les ha entregado la ciudad! Jericó y todo lo que hay en la ciudad deben ser destruidos por completo como una ofrenda al Señor. Solo se les perdonará la vida a Rahab, la prostituta, y a los que se encuentren en su casa, porque ella protegió a nuestros espías.

»No se queden con ninguna cosa que esté destinada para ser destruida, pues, de lo contrario, ustedes mismos serán destruidos por completo y traerán desgracia al campamento de Israel. Todo lo que esté hecho de plata, de oro, de bronce o de hierro pertenece al Señor y por eso es sagrado, así que colóquenlo en el tesoro del Señor».

Cuando el pueblo oyó el sonido de los cuernos de carnero, gritó con todas sus fuerzas. De repente, los muros de Jericó se derrumbaron, y los israelitas fueron

directo al ataque de la ciudad y la tomaron. Con sus espadas, destruyeron por completo todo lo que había en la ciudad, incluidos hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, ovejas, cabras, burros y todo el ganado.

Mientras tanto, Josué les dijo a los espías: «Cumplan su promesa con la prostituta. Vayan a su casa y sáquenla de allí junto con toda su familia».

Entonces los hombres que habían sido espías entraron en la casa y sacaron a Rahab, a su padre, a su madre, a sus hermanos y a todos los demás parientes que estaban con ella. Trasladaron a toda la familia a un lugar seguro, cerca del campamento de Israel.

Luego los israelitas quemaron la ciudad y todo lo que había en ella. Solo conservaron las cosas hechas de plata, de oro, de bronce y de hierro para el tesoro de la casa del Señor. Así que Josué le perdonó la vida a la prostituta Rahab y a los parientes que estaban en su casa, porque ella escondió a los espías que él había enviado a Jericó. Y Rahab vive con los israelitas hasta el día de hoy.

J

OSUÉ

6:15-25

En la lección anterior aprendimos que el plan era esperar durante seis días. ¿Qué instrucciones nuevas fueron llevadas a cabo en el séptimo día?

¿Qué instrucciones se dieron en cuanto a Rahab?

¿A quiénes envió Josué a rescatar a Rahab y a su familia? ¿Adónde los llevaron?

¿Qué le pasó a la ciudad y a lo que había en ella?

¿Qué objetos se salvaron y por qué?

A Rahab y a su familia los salvaron. ¿Cuál es la razón mencionada?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Cuando su mundo se desmorona y las cosas no salen como las planeó, ¿qué hace usted para tratar de recuperar el control?

Dice el Señor: «Mis pensamientos no se parecen en nada a sus pensamientos [...]. Y mis caminos están muy por encima de lo que pudieran imaginarse. Pues así como los cielos están más altos que la tierra, así mis caminos están más altos que sus caminos y mis pensamientos, más altos que sus pensamientos» (Isaías 55:8-9).

¿Qué aprende sobre los caminos y los pensamientos de Dios a partir de estos versículos?

Jesús dijo: «Pues Dios amó tanto al mundo que dio a su único Hijo, para que todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio de él» (Juan 3:16-17).

¿Cuál es el plan de Dios para rescatar al mundo?

¿Por qué quiere Dios rescatarlo a usted?

AGUARDE Y REFLEXIONE

¿A quién ha elegido usted para que lo rescate?

EL RESULTADO

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Así que Josué le perdonó la vida a la prostituta Rahab y a los parientes que estaban en su casa, porque ella escondió a los espías que él había enviado a Jericó. Y Rahab vive con los israelitas hasta el día de hoy.

J

OSUÉ

6:25

De los que fueron rescatados, ¿cuántos llegaron a vivir entre el pueblo de Israel?

¿Qué razón se menciona?

La historia no termina ahí. El relato no nos cuenta qué les sucedió a los miembros de la familia de Rahab, pero sí sabemos qué le sucedió a Rahab. Se casó con un israelita llamado Salmón y le dio un hijo. Rahab es considerada una mujer de gran fe y la Biblia habla de ella con alta estima. El siguiente pasaje sobre Rahab fue escrito siglos después de su muerte:

La fe es la confianza de que en verdad sucederá lo que esperamos; es lo que nos da la certeza de las cosas que no podemos ver. [...] Fue por la fe que Rahab, la prostituta, no fue destruida junto con los habitantes de su ciudad que se negaron a obedecer a Dios. Pues ella había recibido en paz a los espías.

H

EBREOS

11:1, 31

Basándose en lo que ha aprendido sobre Rahab, ¿de qué manera se aplica a ella esta definición de la fe?

¿Cómo demostró ella su fe?

El apóstol Pablo escribió: «Dios los salvó por su gracia cuando creyeron. Ustedes no tienen ningún mérito en eso; es un regalo de Dios. La salvación no es un premio por las cosas buenas que hayamos hecho, así que ninguno de nosotros

puede jactarse de ser salvo» (Efesios 2:8-9).

De esto, ¿qué más aprende sobre la fe?

El apóstol Pablo también escribió: «Lo hice así para que ustedes no confiaran en la sabiduría humana sino en el poder de Dios» (1 Corintios 2:5).

¿En quién basó su fe Rahab?

Y finalmente, el resultado de la historia de Rahab es el honor que recibió en el primer capítulo del Evangelio de Mateo, donde se le menciona en el linaje de Jesucristo, el Mesías (vea páginas 539–540).

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Su historia tampoco termina aquí. ¿Qué aprendió acerca de sí mismo a partir de este estudio?

¿Qué cambios ha hecho, si es que hizo alguno?

¿Cómo describiría su relación con Dios y por qué?

¿De qué manera elige vivir el resto de su vida?

AGUARDE Y REFLEXIONE

¿En qué aspectos se han convertido en suyos los caminos de Dios?

LIBRO TRES



DECIDIDA

PREPARANDO LA ESCENA



R

UT

1:1-4

En los días en que los jueces gobernaban Israel, un hambre severa azotó la tierra. Por eso, un hombre de Belén de Judá dejó su casa y se fue a vivir a la tierra de Moab, junto con su esposa y sus dos hijos. El hombre se llamaba Elimelec, y el nombre de su esposa era Noemí. Sus dos hijos se llamaban Mahlón y Quelión. Eran efrateos de Belén, en la tierra de Judá. Así que cuando llegaron a Moab se establecieron allí.

Tiempo después murió Elimelec, y Noemí quedó sola con sus dos hijos. Ellos se casaron con mujeres moabitas. Uno se casó con una mujer llamada Orfa y el otro con una mujer llamada Rut...

UNO



Rut estaba caminando por las calles angostas y atestadas de Kir-hareset con su mente y su corazón agitados. Su amado esposo, Mahlón, agonizaba a causa de una enfermedad prolongada que había contraído hacía meses. Rut luchaba contra una mezcla de tristeza y de miedo en su interior. ¿Cómo haría para vivir sin Mahlón? Había soñado tener una larga vida con el hombre que amaba, criando a sus hijos, envejeciendo con él. Y, ahora, le dolía verlo sufrir. Estaba afligida porque nunca tendría los hijos que perpetuarían su nombre.

Pero era luna nueva, y su madre la esperaba para su visita mensual. Beberían té, comerían las exquisiteces de la mesa de su padre y hablarían de los asuntos familiares. Rut tenía muy pocas ganas de ir a esta visita. No podía dejar de pensar en sus problemas. Y no quería escuchar la opinión de su madre sobre qué los había causado.

¡Pobre Noemí! ¿Cómo podría soportar otra pérdida su suegra? Quince años atrás, había perdido a su esposo, Elimelec, y su hijo menor, Quelión, había muerto la primavera pasada. ¿Seguiría dándole paz la fe que tenía en el Dios de Israel, o finalmente se desmoronaría bajo el dolor aplastante de perder el último hijo que le quedaba?

Ay, Señor Dios de Israel, ¡escucha nuestro clamor!

Desde el momento que Noemí le habló del Dios verdadero, ella creyó, porque vio mucha paz en su suegra. Era una paz que desafiaba las circunstancias. Rut nunca había visto una paz semejante; desde luego, no en la casa de su madre y su padre. Ella y Noemí hablaban de Dios a menudo, especialmente cuando surgían preguntas en el corazón de Rut. Y las respuestas siempre eran, esencialmente, que confiara en Dios, que lo obedeciera, que aceptara Su voluntad, que entendiera que había un propósito para lo que sucedía, aunque no pudieran verlo. Pero a veces el dolor resultaba insoportable.

Y Rut tenía miedo.

¿Estaría inconsolable como su cuñada, Orfa, después de la muerte de Quelión el año anterior, gimiendo y meciéndose y rechazando la comida hasta el punto de que Rut y Noemí temieron por su salud?

Señor Dios, no dejes que yo sea una carga para Noemí. Dame fuerzas para

ayudarla.

Cuando llegó a la casa de su padre, respiró hondo, se enderezó y llamó a la puerta. Una criada vino a abrirle y sonrió con alegría.

—¡Rut! Pase —le hizo señas ansiosamente para que entrara—. Adelante.

Era difícil entrar en la lujosa casa de su padre, con sus muebles caros, y no compararla con la vivienda humilde de su esposo. Aquí, cada cosa que mirara era una evidencia palpable de riqueza: los jarrones finos, las alfombras, las cortinas de lino bellamente coloridas, las mesas bajas con incrustaciones de marfil. Había crecido en esta casa y había dado por sentada la riqueza de su padre. Luego conoció, se enamoró y se casó con un joven comerciante hebreo que tenía dificultades para mantener en funcionamiento el negocio familiar y, a veces, para llevar comida a la mesa.

Sus padres se enorgullecían en gran manera por sus bienes, pero tras años de vivir con Noemí, Rut había llegado a identificar la pobreza de espíritu de sus padres. La vida de Noemí poseía una riqueza que no tenía nada que ver con la casa donde vivía ni con los bienes materiales que tenía.

—Ah, mi bella hija. —La madre de Rut entró a la sala y la abrazó. Intercambiaron besos—. Siéntate, querida. —Dio una palmada, dio órdenes rápidas a una criada y se sentó sobre unos mullidos almohadones escarlata y azul —. ¿Notas algo nuevo?

Rut dio un vistazo a su alrededor. ¿Había una mesa nueva, un tapiz o un tapete? Cuando volvió a mirar a su madre, vio que jugaba con un collar de oro.

—¿Qué te parece? Es bonito, ¿verdad? Un regalo de tu padre. Es de Egipto.

—Siempre ha sido generoso —dijo Rut y su mente regresó a Mahlón. Él había insistido para que viniera hoy, insistió que lo dejara un rato. Su madre lo acompañaría. Todo estaba bien. «Ve. Ve y pásala bien». Pero ¿cómo podía hacer eso? En lo único que podía pensar era en Mahlón y en lo rápido que podía salir de aquí e irse a casa, al lugar donde pertenecía.

Una sirvienta entró con una fuente cargada con frutas, pan, dos copas y una vasija con vino. Un segundo sirviente puso en la mesa una bandeja de granos cocidos con trozos de cordero asado. Rut sintió un tirón en el estómago por el

aroma prometedor de la comida bien condimentada, pero no se sirvió, a pesar de que su madre la presionó. ¿Cómo podía probar bocado cuando Mahlón estaba demasiado enfermo para comer? ¿Cómo podía disfrutar de los manjares que su madre desplegaba sobre la mesa ante ella, cuando su suegra no tenía nada en su casa más que pan, aceite de oliva y vino agrio?

—Debes mantenerte fuerte, Rut —dijo su madre en voz baja—. Estás muy delgada.

—Quizás en un rato, madre.

—Ayer la madre de Orfa habló conmigo en el mercado. ¿Han hecho todo lo posible?

Incapaz de hablar, Rut asintió. Noemí, que insistía en que siempre había esperanzas, seguía orando y suplicándole a Dios. La oración se había convertido en un hábito incesante.

—Ay, querida. Lamento tanto que estés pasando por esto. —Su madre estiró su mano y la apoyó sobre la de Rut. Por un momento, se quedó callada—. ¿Qué harás cuando él muera?

Los ojos de Rut se llenaron de lágrimas al oír la pregunta directa.

—Guardaré luto. Consolaré a Noemí. Más allá de eso, no sé. Ahora no puedo pensar en el tema.

—Pero debes hacerlo.

—Madre —dijo Rut suavemente en señal de protesta; luego, dejó escapar un sollozo y se cubrió el rostro.

Su madre se apresuró.

—No te lo pregunté para causarte más dolor. Sé cuánto amas a Mahlón. Si tu padre no te amara tanto, habría insistido para que te casaras con Kasím y ahora no tendrías que afrontar semejante angustia. Tu padre quiere que sepas que eres bienvenida de vuelta a esta casa. Y sabes cuánto me encantaría tenerte aquí conmigo otra vez, aunque solo sea por un corto tiempo. No necesitas quedarte con Noemí si Mahlón muere. Vuelve con nosotros.

Rut dejó caer las manos sobre su regazo y se quedó mirando a su madre con los ojos empañados por las lágrimas.

—Después de todo lo que ha soportado Noemí, ¿cómo podría dejarla? Mi deber es hacia la familia de mi esposo, madre. Tú lo sabes.

—Noemí será la primera en decirte que vuelvas con nosotros. ¿Crees que tendrá ganas de quedarse aquí cuando muera su último hijo? Volverá a su hogar, a su pueblo, al lugar donde pertenece.

Las palabras lastimaron el corazón de Rut. Su madre hablaba como si Mahlón ya estuviera muerto y fuera mejor olvidarse de Noemí.

—Debo irme, madre. —Empezó a levantarse.

Su madre la agarró de la mano.

—No, por favor, escúchame. El esposo de Noemí deseaba adoptar nuestras costumbres y ser como uno de nosotros, pero tu suegra siempre quiso mantenerse apartada. Todavía se viste como una hebrea. Nunca ha puesto un pie en uno de nuestros templos ni ha entregado una sola ofrenda a alguno de nuestros dioses. Quizás sea por eso que sufre tanto. Nuestros dioses están enojados con ella.

—Tiene su propio Dios.

—Ah, sí, ¿y para qué sirve ese dios? ¿Qué le ha dado, además de pobreza y dolor? —Hizo un movimiento amplio con la mano—. Mira a tu alrededor, hija. Fíjate cómo nos bendicen los dioses de Moab. Mira cuánto tenemos para mostrar por nuestra fe.

—Pero nunca estás satisfecha, madre.

Los ojos de su madre se oscurecieron.

—Estoy satisfecha.

—Entonces, ¿por qué siempre quieres más? A Noemí no le interesan los bienes materiales.

Su madre le soltó la mano con enojo.

—Por supuesto que no. ¿Por qué habrían de importarle los bienes materiales a alguien que nunca los tendrá?

—No entiendes, madre.

—Entiendo que te has apartado de los dioses de tu propio pueblo para adorar al suyo. ¿Y de qué te ha servido? Estás recibiendo el castigo por eso. Vuelve a los dioses de nuestro pueblo, Rut. Deja esa casa de dolor y ven a tu hogar.

¿Y a qué regresaría a este hogar? Su padre y su madre nunca se conformaban. Cuanta más riqueza acumulaba su padre, más quería. Sus apetitos siempre ansiaban más. Nada los satisfacía. En unos días, su madre se cansaría del collar de oro que tenía puesto y desearía algo nuevo, algo de lo cual presumir.

Noemí no presumía de nada que no fuera el Dios de Israel. Y encontraba paz aun en medio del caos, cuando recurría a Él en oración.

Dios, oh, Dios, ¡ayúdame! Hay tantas cosas que no entiendo. No tengo respuestas para mi madre. ¿Puedes escuchar la voz de una moabita asustada? No quiero que mi fe muera si decides quitarme a Mahlón. Las palabras de mi madre son como lanzas que se clavan en mi corazón. Protégeme.

Lloró.

—Sabemos que debes quedarte con Mahlón hasta el fin, Rut. Y comprendemos que después quieras quedarte unas semanas más para consolar a Noemí. Cumple el deber que tienes con ella. Y, luego, ven a casa con nosotros, mi amor. Vuelve a casa, adonde perteneces; aquí, la vida será mucho más fácil para ti. Todos lo entenderán. Noemí te ama. Ella querrá lo mejor para ti, igual que nosotros. No es necesario que vivas en la miseria. Eres joven y hermosa. Tienes toda la vida por delante.

Pero Rut no podía imaginar su vida sin el hombre que amaba ni la suegra que había abierto su corazón para recibirla. ¿Cómo podría cumplir su deber hacia Noemí quedándose solamente unas semanas? El deber no era el único lazo que había entre ellas. También había amor. No solo el amor que tenían la una por la otra, sino el amor por el Dios en el que ambas creían.

—No puedo dejarla, madre.

—Pero ¿y qué de tu propia familia? ¿Qué hay de tu padre? ¿Y de mí? Ven a casa, Rut. Por favor, ven a tu hogar con nosotros. ¿Cómo podré verte vivir en una situación de tanta escasez, cuando...?

Rut se sentía dividida entre el amor por su padre y su madre, y el amor por Noemí y Orfa. Si Mahlón moría, ¿podría darles la espalda e irse? ¿Podría volver a vivir como antes, postrándose ante las estatuas que representaban a los dioses de su madre y de su padre, dioses que ya no creía que siquiera existieran? El vínculo que tenía con Noemí era más profundo que el lazo que tenían por matrimonio. Rut había adoptado la creencia de su suegra en el Dios invisible. Les había explicado su nueva fe a su padre y a su madre y los había escuchado reírse y negar con la cabeza. «¿Cómo puedes creer en semejante tontería? ¿Un dios invisible?». Amaba profundamente a sus padres, pero no le daría la espalda a Noemí ni a la verdad que había llegado a comprender gracias a ella.

—Mahlón, Noemí y Orfa son mi familia, madre, así como mi padre se convirtió en la tuya cuando te casaste con él.

Cuando el rostro de su madre se deshizo en lágrimas, Rut la abrazó.

—Sabes que te amo, madre. Siempre te amaré. Pero debo hacer lo correcto.

—¡Esto no es lo correcto! ¡Estás desperdiciando tu vida!

Rut se dio cuenta de que su madre no quería entender. Las cosas nunca volverían a ser como cuando Rut era niña y vivía en la casa de su padre. Ahora era una mujer; tenía un esposo y una suegra, y responsabilidades con ambos. Su vida ya no le pertenecía. E incluso si así fuera, ¿en qué modificaría su decisión?

Oh, Señor, dame fuerzas. Me siento como si fuera una vasija rota que desparrama el aceite.

Tenía que decirle la verdad a su madre. No sería justo dejarla con falsas esperanzas.

—No abandonaré a Noemí, madre. Tú tienes a mi padre. Tienes a mis hermanos, a sus esposas y a sus hijos, y a mis hermanas y sus familias. Si Mahlón muere, ¿quién le quedará a Noemí?

—Tendrá a Orfa —dijo su madre, tercamente—. Que Orfa se quede con ella.

Orfa no creía en el Dios de Israel. Seguía adorando ídolos y quemando incienso ante Astoret.

—Orfa es una nuera buena y cariñosa, pero no comparte la fe de Noemí.

Los ojos de su madre se oscurecieron de furia.

—¿Cómo puedes insistir en creer en ese dios invisible después de todo lo que ha sucedido? ¡No es justo que renuncies a tu vida por esta familia condenada! Si Noemí decide irse, ¡déjala ir!

Rut no quería dejarse arrastrar a otra discusión sobre cuál dios tenía templos más grandiosos o los cultos más elaborados y placenteros. Se puso de pie.

—Mahlón me necesita. Debo irme.

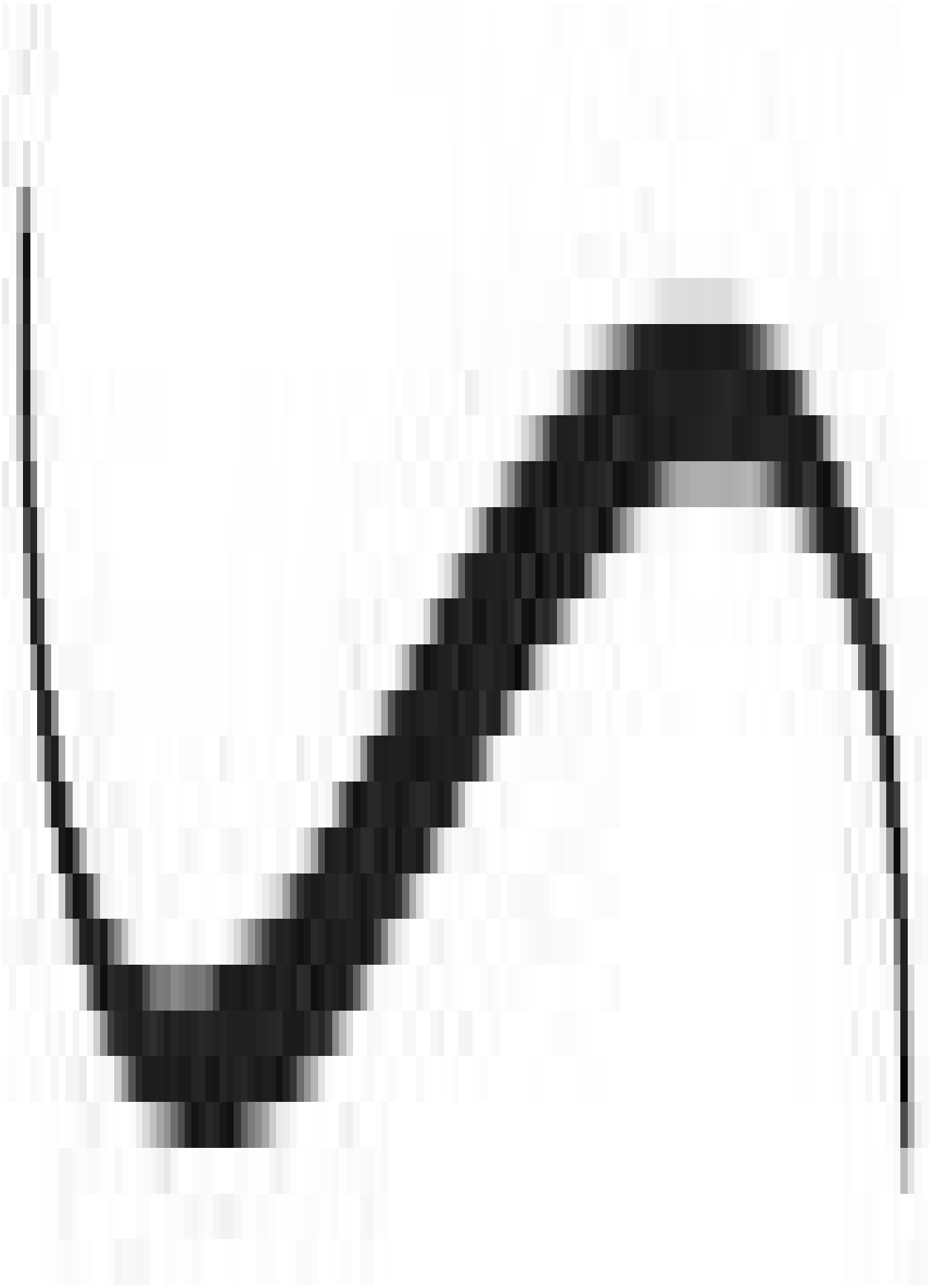
Su madre se levantó con ella y empezó a llorar nuevamente mientras la seguía hacia la puerta.

—Por favor, piensa muy bien qué vas a hacer, Rut. ¡Te lo ruego! ¡No desperdicies tu vida!

Las emociones de Rut estaban en conflicto dentro de ella. Amor... dolor... impaciencia... confusión. Se dio vuelta y abrazó rápidamente a su madre.

—Te amo —dijo con voz entrecortada—. Dile a padre que a él también lo amo. —La soltó, se dio vuelta y cruzó la puerta dándose prisa.

Mientras corría por las callecitas estrechas de la ciudad, se cubrió el rostro con su chal para que los que pasaban no vieran su angustia.



El dolor es más hondo cuando se pone el sol y los recuerdos surgen con la luna y las estrellas. Las calles de Kir-hareset estaban vacías a esta hora; todos dormían en sus casas, pero la mente de Noemí daba vueltas mientras estaba sentada en el extremo de su esterilla, con la espalda apoyada contra el muro de piedras frías de su pequeña casa. Se sentía sola, aunque sus dos nueras dormían a pocos pasos de ella. Estaban agotadas por la tristeza. Cada una había perdido a su esposo; Orfa primero y, luego, Rut. Pero nunca sufrirían la pena más profunda, la de perder a sus hijos, porque no tenían.

¡Mis hijos están muertos! Mis hijos, ay, mis hijos... Noemí deseaba gritar su dolor, pero por el bien de las jóvenes que dormían cerca de ella, se contuvo.

Ahora había oscuridad; tanta era la oscuridad, que la noche hacía presión sobre Noemí y traía miedo y dudas. Trató de orar, pero las palabras que susurraba parecían rebotar en el techo y caer de nuevo sobre su regazo sin ser escuchadas. Empezó a hacerse preguntas. ¿Alguna vez Dios había oído sus oraciones? ¿Acaso alguna vez había escuchado sus súplicas?

El silencio resonaba dentro de su cabeza como langostas que venían a devorar su fe. Se apretó las orejas con las manos y apretó fuerte los dientes. ¿Por qué la noche tenía que ser así? A veces la oscuridad era tan silenciosa que podía escuchar su propia sangre corriendo por sus venas. El sonido era como una lluvia torrencial que abría las puertas de su mente y la llenaba de recuerdos que quería olvidar.

La voz de su esposo muerto retumbó en la habitación:

—¡Iremos a Moab, te guste o no, Noemí! No hay hambruna allá.

—Pero, Elimelec, ¡no debemos irnos de Belén! Aquí está nuestro hogar.

—¡Nuestro hogar se está haciendo polvo!

—Si confiamos en Dios y lo obedecemos, Él proveerá para nosotros.

—¿Estás ciega? Mira alrededor de ti, mujer. ¡Dios nos ha abandonado!

—¡Porque tú y los demás adoran a los baales!

—¡Me postro ante Baal porque es el señor de esta tierra!

—¡Moisés les dijo a nuestros antepasados que el Señor es Dios y que no hay ningún otro!

—¿Y qué bien nos ha hecho Dios últimamente? —argumentó Elimelec—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que llovió por última vez en nuestra tierra? ¿Cuándo fue la última vez que nuestros cultivos produjeron siquiera un poco más de lo indispensable para llenarnos el estómago?

—Pero tú mismo lo estás diciendo, querido mío. El Señor ha provisto lo necesario para sobrevivir.

—¡Estoy harto de oírte decir eso! Yo soy el que cuida de nosotros, Noemí. ¡Yo soy el que se rompe la espalda para trabajar esta tierra rocosa y el que ve morir mis cultivos! ¡No me digas que Dios nos cuida! ¡Mira mis manos! Mira los callos y dime que es Dios el que está cuidándote a ti y a nuestros hijos. Dios nos mira desde muy lejos, mientras todo lo que tengo se hace polvo. ¡Él nos abandonó! Eres solo una mujer. ¿Qué entiendes tú de estas cosas? Haré lo que me parezca correcto.

Ese mismo día, Elimelec hipotecó la tierra que había heredado de su padre. Regresó a la casa, empacó las pertenencias que tenían y las puso sobre dos asnos, y se llevó a Noemí y a sus dos hijos, Mahlón y Quelión, lejos de Belén. Noemí apenas tuvo tiempo para despedirse de sus amistades y de los pocos familiares que le quedaban. ¡Elimelec estaba completamente convencido de que había tomado la decisión correcta! ¿Qué hombre querría escuchar el goteo constante de una esposa gruñona? Por lo tanto, hizo lo que sentía que podía hacer: mantuvo sus dudas en silencio y oró.

Oraba por la mañana apenas se despertaba. Oraba durante el día mientras trabajaba. Y oraba cuando se acostaba en su lecho por la noche. Oraba y oraba y oraba... y veía cómo su vida se convertía en cenizas.

Elimelec encontró un trabajo en Moab, en Kir-hareset. Se cortó los bucles de cabello, se afeitó la barba y se vistió como un moabita para facilitar las cosas. Había otros israelitas que residían en Moab y en Kir-hareset. Ellos también habían ido a esperar que se terminara el hambre en la Tierra Prometida, y también habían adoptado rápidamente las costumbres del pueblo que los rodeaba y se habían olvidado de la ley de Moisés y de las promesas de Dios.

Era verano cuando Elimelec murió.

—Solamente necesito descansar. —Había llegado a la casa quejándose de que le dolía el pecho—. En la mañana estaré bien. —Se había sentado en el mismo lugar donde ella estaba sentada ahora, frotándose el brazo de arriba abajo, haciendo muecas—. ¿Noemí? —El sonido raro de su voz entrecortada la hizo ponerse de rodillas ante él.

—¿Qué, mi amor? —Le tomó la mano y la cubrió con la suya.

—Noemí —dijo él nuevamente, y en su frente aparecieron gotitas de sudor. Se veía aterrado—. Solo hice lo que pensé que era lo correcto. —Sus labios estaban azules. Noemí quería consolarlo. Lo abrazó y trató de tranquilizarlo. Pero nada logró aliviar su tormento.

Hasta el día de hoy, después de quince años, el dolor renacía en su interior, renovado por la prematura muerte de Mahlón, así como su aflicción había renacido y se había profundizado el año anterior, cuando murió Quelión. No había escapatoria para el dolor, no había dónde esconderse; ya no podía seguir manteniéndolo apretado en su corazón. Recordaba todo con mucha intensidad, especialmente las oraciones sin respuesta. Había orado con mucha fuerza pidiendo que Dios no le quitara a su esposo; le había pedido a Dios que tuviera piedad de él y siguió orando, a pesar de ver que la luz menguaba en los ojos de Elimelec. Entonces oró pidiendo misericordia y vio que la muerte se lo llevaba.

Sus hijos habían sepultado a su padre entre los moabitas. Al principio, Noemí casi no podía creer que Elimelec se hubiera ido. Seguía pensando que se despertaría de su pesadilla y que él estaría ahí, quejándose como siempre. Cuando realmente cayó en la cuenta de que nunca más lo vería, se enojó con él. Pero eso también pasó. Se mantuvo muy ocupada ayudando a sus hijos para llevar comida a la mesa.

Habían pasado quince años desde la muerte de Elimelec, pero el dolor aún aparecía inesperadamente. Nunca volvió a ser tan intenso como en aquellas primeras semanas, pero tampoco se apagó del todo. Había pensado que el dolor de haber perdido a su esposo era el más grande que existía, pero eso había sido antes de perder a sus hijos. Ahora se ahogaba en un mar de tristeza.

Ya ni siquiera podía orar. Siempre había tenido un destello de esperanza y la sensación de la presencia de Dios. Ahora, sentía que Dios estaba fuera de todo

alcance, que Su misericordia no era para ella. Todas sus oraciones eran como el humo que un viento furioso se llevaba. Cada una de ellas. Quizás, al fin y al cabo, Elimelec tenía razón. Dios se mantenía distante y la miraba sufrir.

Dios, ¿dónde estás? ¿Cómo puedo encontrarte?

Quería defenderse ante el juicio de Dios. ¿Acaso no le había suplicado a su esposo que se quedaran en Belén? ¿No le había rogado que confiara en Dios? ¿No le había pedido a Dios que cambiara la manera de pensar de Elimelec y volvieran a casa? ¿No había deseado regresar a Belén cuando Elimelec murió? Cuando Dios se llevó a Elimelec, ¿no intentó desesperadamente convencer a sus hijos de que debían volver a la tierra que Dios les había prometido? Pero Mahlón y Quelión ya eran lo suficientemente grandes para decidir por sí mismos.

«¿Qué hay allí para nosotros, madre? Este es nuestro hogar».

Hacía años que el corazón de sus hijos se había alejado de Dios y de la Tierra Prometida. El hogar en Belén solo era un mal recuerdo para ellos, un lugar de adversidades y angustias. Su padre nunca había dicho algo bueno de él. ¿Por qué iban a querer regresar sus hijos? Sabían muy poco de las costumbres y de las leyes hebreas porque Elimelec había desatendido sus deberes. Nunca les había enseñado a sus hijos la historia de los israelitas, la ley de Moisés, el camino de la rectitud. Sus hijos veían cómo vivía Elimelec y hacían lo que veían en su comportamiento. Cuando su padre murió, escucharon a los ancianos de Kir-hareset. Escucharon a los sacerdotes de Quemos. Les prestaron atención a sus propios deseos y a sus ideas, e hicieron lo que quisieron, llegando al punto de casarse con mujeres moabitas. ¡Ay, el dolor que le habían causado sus hijos!

Nada de lo que ella decía les importaba. La querían, pero era solo una mujer. ¿Qué sabía ella? Eso decían. Eso les había enseñado su padre que creyeran.

Noemí miró a sus nueras que dormían cerca de ella. Qué raro le parecía que ellas fueran su único consuelo ahora, estas mujeres por las cuales se había afligido la primera vez que escuchó hablar de ellas. ¡Esposas extranjeras! ¡La deshonra de Israel! Ah, cómo se había desesperado. Sin embargo, se las arregló para sonreír cuando Mahlón trajo a Rut a la casa y cuando Quelión trajo a Orfa. ¿Qué más podía hacer? No podía arriesgarse a perder el amor de sus hijos. Y tenía la esperanza de poder llegar a influir un poco sobre sus jóvenes esposas.

Ahora eran viudas como ella y las amaba tanto como si hubieran salido de su

propio vientre. Nada une más a las personas que el sufrimiento compartido. Recordaba que, al principio, las había aceptado y había tratado de entablar una relación con cada una de ellas para mantener la paz en su hogar. Y, en secreto, oraba para que el corazón de Rut y el de Orfa se ablandaran hacia el Dios de Israel. Si podía enseñarles acerca del Señor, quizás habría una esperanza para la generación siguiente. Pero ahora se había perdido la última esperanza que le quedaba para tener un futuro.

Una fiebre súbita se había llevado a Quelión la primavera pasada. Luego, una enfermedad prolongada había postrado a Mahlón. Quelión murió en pocos días y sufrió pocos malestares, pero el pobre Mahlón no gozó de la misma misericordia. Cuando cayó enfermo, el padecimiento fue incesante. No pudo hacer nada más que ver cómo su hijo mayor, el primer fruto de Elimelec, era carcomido por la enfermedad. Oró infinidad de veces para que Dios aliviara su sufrimiento, que dejara caer sobre ella todos los pecados de su esposo y de sus hijos, pero los días pasaban lentamente. Pobre Rut, la pobre leal y amorosa Rut. ¿Cuántas noches había procurado la muchacha aliviar el dolor de Mahlón y acabado llorando por su incapacidad de hacerlo? A veces, Noemí deseaba huir de la ciudad hacia el campo y poder gritar y tirarse del cabello y arrojarse tierra encima. Había llorado cuando Mahlón levantó la vista hacia ella con los ojos de un animal herido en agonía, perseguido por el terror.

Durante esos meses largos y terribles, estuvo a punto de ser consumida por su propio sufrimiento; sin embargo, en cada ocasión que tenía le hablaba mansamente a Mahlón sobre la misericordia del Señor. ¡Misericordia!, clamaba su corazón. ¡Misericordia! ¡Señor Dios, misericordia! Mientras Rut atendía las necesidades físicas de su esposo, Noemí se sentaba junto a él y le hablaba de las señales y los prodigios que Dios había hecho en Egipto, en el desierto y en la tierra de Canaán. Él ya no podía oponerse a su madre, pero ¿estaba dispuesto a arrepentirse y buscar al Señor? Le contó a Mahlón cómo Dios había liberado de Egipto a los israelitas, no porque ellos lo merecieran, sino porque Él los había escogido para que fueran Su pueblo. Le habló de Moisés, de la ley y de cómo el pueblo fue terco como Elimelec y se rebeló. Le habló de las bendiciones y de las maldiciones. Y le habló de las promesas. Cuando él se dormía, ella agachaba la cabeza y oraba. Oh, Señor, Señor... No encontraba las palabras. Oh, Señor, examina mi corazón... Oraba y oraba y oraba.

Y, aun así, Mahlón murió.

Rut había estado sentada junto a él, sosteniendo su mano, cuando murió. Ella soltó un largo grito de angustia cuando él dejó de respirar; luego, gimió y se cubrió la cabeza.

¿Había sucedido tan solo veintidós días atrás?

Orfa había tratado de consolarlas a ella y a Rut, diciendo que ahora Mahlón estaba en paz, que su sufrimiento había terminado. Noemí quería creer esas palabras, pero le parecían vacías, sin fundamento. ¿Qué sabía Orfa de Dios?

La tristeza de Noemí era tan honda que se sentía paralizada. Lo único que podía hacer era esperar la salida del sol para seguir sentada en este rincón sucio, frío y húmedo y escuchar el ajetreo de la gente que pasaba por su puerta. ¡Cómo se atrevía la vida a seguir como siempre, cuando sus hijos estaban muertos! Le molestaban las risas de sus vecinos allá afuera. La amargaba la actividad inmutable. ¿Eran sus seres queridos tan insignificantes como simples granos de arena lanzados al mar Muerto, dejando atrás apenas una pequeña ola? Solamente Orfa y Rut compartían su angustia.

Cada día que pasaba, Noemí aborrecía más a Moab y a Kir-hareset. Odiaba a este pueblo extranjero. Y se odiaba a sí misma por odiarlos. No era culpa de ellos que Elimelec, Quelión y Mahlón hubieran tomado caminos que disgustaban a Dios. Los hombres deciden su propio camino, pero es Dios quien juzga, es Dios quien prevalece.

Salía el sol y Noemí deseaba poder cerrar los ojos y morirse. En cambio, se daba cuenta de que estaba viva y consciente de lo que sucedía a su alrededor. Escuchaba que Orfa y Rut lloraban juntas y hablaban en voz baja para no molestarla. Comía cuando ellas se lo pedían y se acostaba cuando le suplicaban que descansara. Pero se sentía perdida, enojada, desesperada y asustada.

Se obsesionaba con los recuerdos y recordaba los primeros años de matrimonio con Elimelec. Ah, cómo reían juntos y soñaban con un buen futuro, el fruto de trabajar duro y dedicarse a la tierra. Noemí, su mujer feliz, la llamaba él. Recordó la alegría que tuvo cuando se dio cuenta de que esperaba un hijo, la expectativa, la celebración cuando nació el niño: primero uno y, luego, otro. Los sostuvo con su cuerpo, amamantándolos hasta que aprendieron a caminar. Noemí se había regocijado con la euforia infantil que tenían, se reía de sus travesuras, disfrutaba de su presencia. La vida era plena en ese tiempo. Ella sentía la

presencia de Dios en cada bendición.

¿Qué tengo ahora? ¡Nada! Nunca volveré a conocer la alegría.

Las cosas no iban bien en Belén, pero todo empeoró cuando se fueron. Trató, sin lograrlo, de influir sobre Elimelec. Deseaba criar a sus hijos en los caminos del Señor, pero Elimelec sentía que la ley de Moisés era demasiado rígida, demasiado intolerante. «Nuestra manera de hacer las cosas no es el único camino, Noemí. Mira a tu alrededor y fíjate cómo prosperan los moabitas. Los que se quedaron en Belén siguen rebajados a ganarse la vida con lo que cosechan de la tierra». En su corazón, ella sabía que Elimelec estaba rechazando a Dios, pero nunca pudo encontrar las palabras para convencerlo de que debía volver.

¿Por eso estoy siendo castigada? ¿Debería haber sido más resuelta para hacer entrar en razón a Elimelec? ¿Debería haber ido a buscar la ayuda de los ancianos, en lugar de sentir tanta vergüenza como para confesar lo que estaba pasando en mi casa? ¿Debería haber recurrido a sus hermanos? ¡Debería haber buscado a alguien que él respetara para que lo convenciera de no abandonar la tierra que Dios nos dio! Tal vez si no hubiera aceptado irme de Belén, todo habría resultado distinto. Tal vez si nos hubiéramos quedado, mi esposo y mis hijos todavía vivirían.

Cómo se mortificaba a sí misma preguntándose si podría haber hecho las cosas de otra manera, preocupándose por haberles fallado a quienes tanto amaba.

Ay, ¿por qué no les enseñé a Quelión y a Mahlón la importancia de la ley? Debería haber sido mejor como madre. Debería haberlos obligado a sentarse y escuchar. Debería haberme preocupado menos por perder su amor y más porque no se perdieran sus almas. Y ahora los he perdido para siempre. He perdido a mis hijos... ay, mis hijos, mis hijos...

No lo decía en voz alta, pero día tras día y noche tras noche se fustigaba a sí misma con reproches.

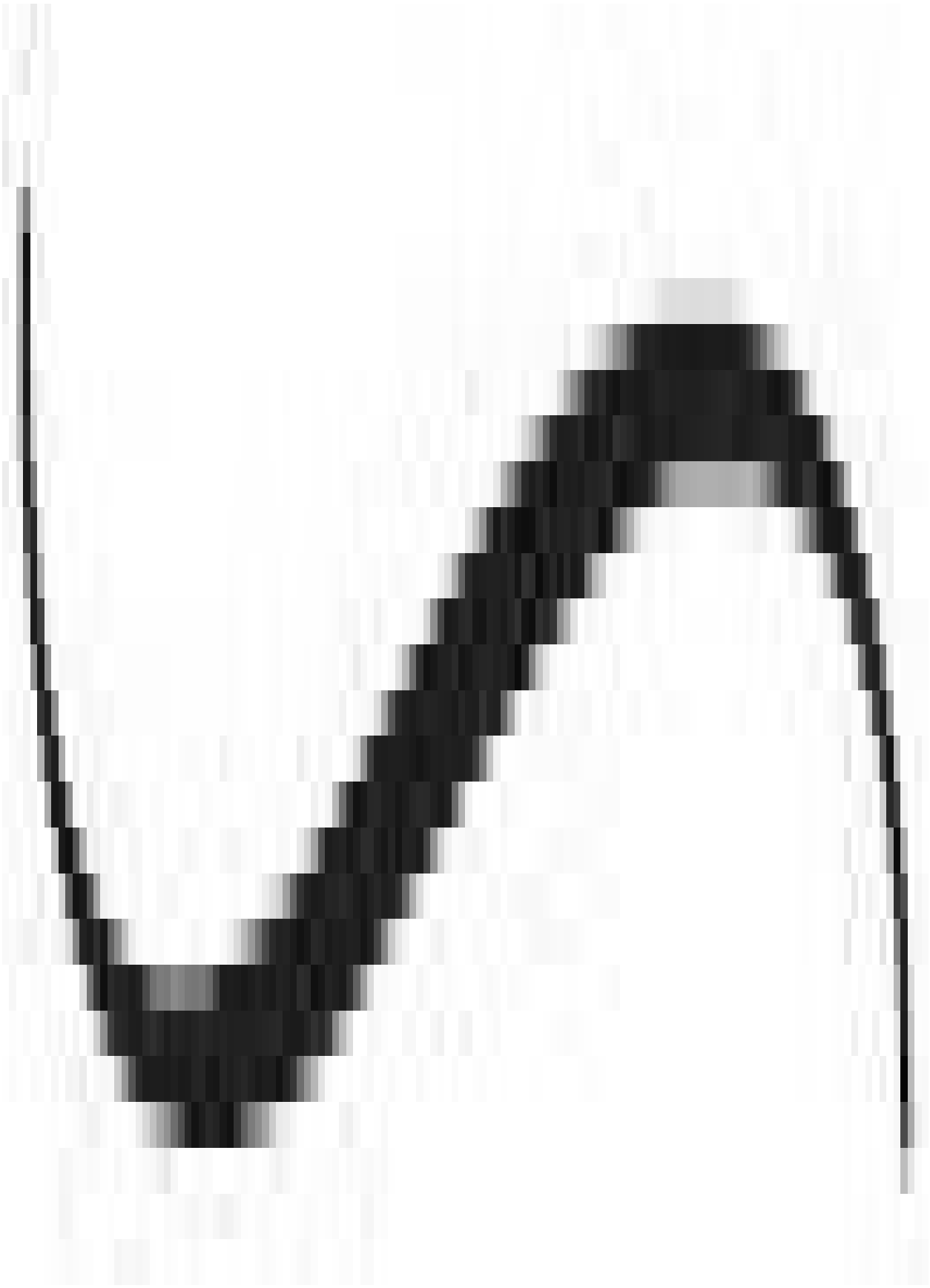
Padre, perdóname. Fui débil. Fui ingenua. Elegí el camino fácil y seguí a Elimelec porque quería que hubiera paz en nuestra familia. No quería ser una esposa conflictiva. Quería apoyarlo en sus emprendimientos. Quería ser su compañera. Pero Tú nos advertiste acerca de las maldiciones que vendrían si éramos infieles. Oh, Padre, yo quería ser fiel. Traté de ser fiel. Cada día me sentía dividida: mi esposo por un lado y Tú por el otro. No sabía qué otra cosa

hacer, salvo orar en silencio, tener esperanza en secreto y caminar junto a Elimelec y, luego, junto a mis hijos. Todos los días esperaba y oraba para que recapacitaran y volviéramos a casa, a la tierra que nos diste. Ay, Dios, todos estos años oré y oré, y ni una sola oración fue contestada. Mi esposo está muerto. ¡Mis hijos están muertos! ¡Me has despojado! ¡Me has derramado! ¿Quién me queda aparte de Ti, Padre? ¿A qué puedo aferrarme ahora, si no a Ti?

Se mecía hacia adelante y atrás, gimiendo.

Rut se levantó y la abrazó. «Madre, yo te cuidaré». La ternura de la muchacha le rompió el corazón. Lloró en los brazos de su nuera, permitiéndose ser abrazada y acunada como una bebé. Pero no hubo consuelo, porque otros pensamientos ocuparon rápidamente su mente torturada y la hicieron llorar aún más fuerte.

No habría niños que continuaran el nombre de sus hijos. Sería como si nunca hubieran existido. Sus nombres descenderán al polvo junto con ellos. Ningún hijo... no habrá ningún hijo...



Pasaron setenta días antes de que Noemí cruzara la puerta de su pequeña casa. La luz del sol le lastimaba los ojos. Estaba débil por el luto; había llorado lo suficiente para llenar una cisterna y era hora de parar. El llanto no les devolvería la vida a quienes habían muerto. Tenía que pensar en los vivos. Rut y Orfa eran mujeres jóvenes, demasiado jóvenes para pasarse el resto de la vida llorando por Mahlón y Quelión, o cuidando a una anciana cuya vida estaba acabada.

Se sentó en el banquito que había afuera de su puerta y observó a los hijos de alguien más. Corrieron por la calle y sus risas resonaron cuando doblaron en la esquina. Los niños eran vida, y ella ya no tenía ninguno. Pero aún había una oportunidad para sus nueras, si ella hacía lo que sabía que debía hacer.

Si se quedaba en Kir-hareset, Rut y Orfa seguirían viviendo con ella. Pasarían su juventud cuidando a la madre de sus esposos muertos. ¿Cómo podía permitir que estas dulces muchachas desaprovecharan su vida por ella? Las amaba demasiado para seguir viéndolas mendigando un puñado de trigo a los desconocidos o viviendo de las limosnas de sus amigos y parientes. Pero si se iba de Kir-hareset y de Moab, sus nueras podrían volver a sus familias, que les darían la bienvenida. Noemí no dudaba de que sus padres les encontrarían esposo rápidamente, pues eran jóvenes y hermosas. Entonces, Rut y Orfa conocerían la felicidad de tener hijos. Noemí quería eso para ellas más que cualquier otra cosa.

En cuanto a ella, quería ir a su hogar en Belén. No sabía si alguno de sus parientes o amigos seguían allí o si habían sobrevivido al hambre, pero había escuchado que la escasez de comida finalmente había terminado. Quizás los ataques madianitas también habían cesado. Aun así, ¿qué importaba? Anhelaba irse a casa y estaba dispuesta a aceptar lo que fuera que encontrara cuando llegara a Belén. Si debía limitarse a pasar sus últimos años de vida como una mendiga, que así fuera. Al menos podría volver a sentir la Tierra Prometida bajo sus pies. Al menos estaría en un lugar donde los demás adoraban a Dios como ella.

Oh, Señor, haz que así sea. Llévame sana y salva a casa antes de que muera. Oh, Padre, apiádate de mí, porque estoy sola y sumamente angustiada. Mis problemas van de mal en peor. Y yo quiero hacer lo correcto ante Tus ojos. ¡Ayúdame!

Los vecinos la saludaron al pasar. Ella les sonrió y asintió con la cabeza, mientras su mente iba a toda velocidad. ¿Por qué estoy sentada aquí? ¿Estoy esperando que Dios me hable de forma audible como le habló a Moisés? ¿Quién soy yo para que Dios me hable así? ¿Acaso espero que Él me escriba una carta sobre esa pared, diciéndome qué hacer? ¡Sé lo que debo hacer! Me arrepentiré y regresaré a mi tierra.

Noemí apoyó las manos sobre sus rodillas y se levantó. Se bajó el chal a los hombros y volvió a entrar a su casa. Rut estaba arrodillada, aplanando la masa para el pan y cocinándola sobre la estufa de metal, mientras que Orfa remendaba una prenda. Ambas jóvenes levantaron la vista y le sonrieron. Noemí se detuvo y miró a una y a otra, tratando de buscar las palabras para explicarles su decisión, sin lograrlo. Se dio vuelta y empezó a juntar sus pocas cosas.

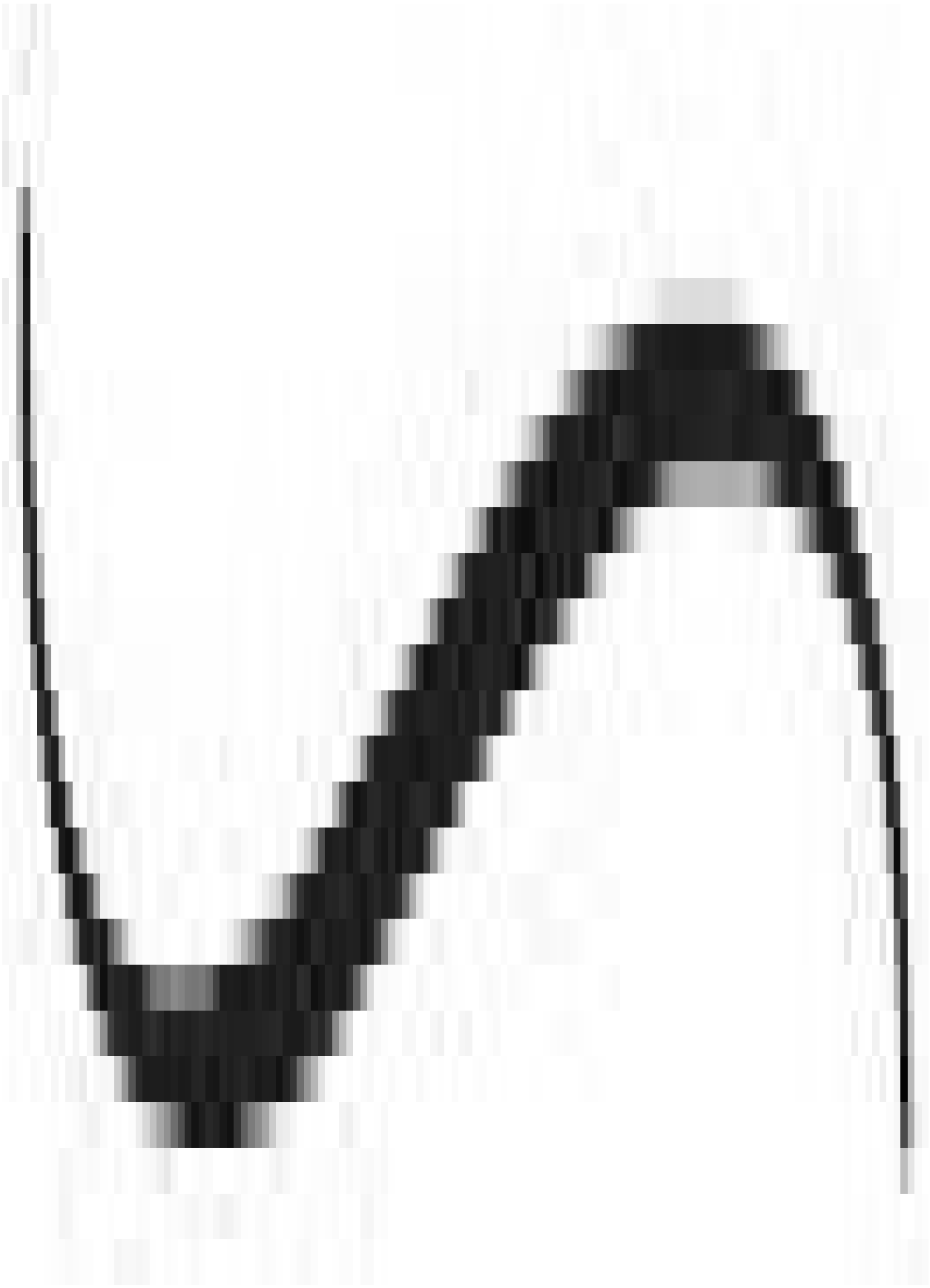
Rut se levantó.

—¿Qué estás haciendo, madre?

—Estoy empacando.

—¿Empacando? —dijo Orfa—. Pero ¿adónde vas?

—Me voy a casa.



Noemí sabía que Rut y Orfa insistirían en acompañarla a Belén. La juventud impulsiva. No discutió con ellas; sabía que pronto se darían cuenta de la enorme tarea que implicaba irse de Moab y dejar a sus familias. Estaba segura de que iban a desear volver a su casa para cuando llegaran al río Arnón. Sería mucho más fácil disuadirlas en la frontera de su país, que perder tiempo ahora discutiendo con ellas. Disfrutaría un poco más de su compañía y, entonces, las enviaría a su casa. No quería considerar el hecho de que, cuando la dejaran, nunca volvería a verlas. Jamás las olvidaría y oraría por ellas todos los días de su vida.

Mientras se preparaban para dejar la casa, Noemí incluso dudaba de que pudieran llegar a bajar la colina con todas las cosas que Orfa había decidido llevar. Pobre muchacha. No soportaba la idea de dejar nada. Estaba cargada con todo lo que había acumulado durante su matrimonio con Quelión, incluso un pequeño banquito. Orfa gimió, angustiada.

—Ay, cómo desearía llevarme la mesa y la alfombra...

Rut, por su parte, solo tenía un paquete lleno de fajas multicolores que había hecho, un odre con agua, y suficiente trigo y pasteles de pasas para varios días.

—¿Dónde está el resto de tus cosas, Rut? —le preguntó Noemí.

—Tengo todo lo que necesito. Déjame llevar la cacerola, madre. Es demasiado pesada para ti. Hoy llegaremos más lejos si yo la llevo.

Noemí había hablado con los vecinos de al lado, diciéndoles que Orfa y Rut volverían en un par de días. Quería estar segura de que nadie se apoderara de lo que quedaba en la casa. Cuando las jóvenes regresaran a Kir-hareset, podrían vender todo, incluso la casa, y repartirse lo que obtuvieran. A Noemí no le interesaba ninguno de los bienes materiales que estaba dejando. Prefería las cosas sencillas de su pueblo, antes que los objetos esplendorosos de los moabitas, los filisteos y los egipcios. Era Elimelec quien le había dado tanta importancia a los regalos que le hacía, los cuales quedarían fuera de lugar en Belén.

Tenía la sospecha de que Rut le regalaría todo a Orfa. Amada Rut... tenía un corazón muy generoso, por no mencionar a un padre pudiente, quien la querría

de vuelta en su casa. Noemí lo conocía lo suficiente para suponer que él ya tenía otro esposo en mente para Rut; el hijo de algún comerciante rico o un funcionario de la corte del rey. El corazón se le encogió ante la idea de que Rut se casara con algún otro que no fuera su hijo. Qué raro... no le sucedía lo mismo con Orfa.

Quizás fuera porque Rut había correspondido a lo que ella le había enseñado sobre el Dios verdadero. Cuánto se había alegrado Noemí al contemplar la fe incipiente de la muchacha.

—¿Viste a tu padre y a tu madre ayer, Rut?

Rut negó con la cabeza.

—¿Por qué no? Ellos deberían saber que estás yéndote de la ciudad.

—Sabrán que estoy contigo.

—¿Saben que estoy regresando a Belén?

—Mi madre dijo que lo harías y yo le dije que, aun si lo hicieras, me corresponde estar con la familia de mi esposo.

Noemí no dijo más al respecto. Empezó a caminar, cargando solo un pequeño morral con grano tostado, un odre con agua y un bolso de cuero que contenía una caja de madera de sándalo con cristales de incienso. Se los entregaría al sacerdote cuando llegara a Belén como ofrenda para el Señor.

Se sintió aliviada cuando atravesó las puertas de Kir-hareset y vio el camino delante de ella. Más allá de las adversidades que le esperaran, por lo menos estaba regresando a Canaán. No miró atrás. Orfa sí volteó para mirar, llorando suavemente, pero Rut sonrió y miró el Camino Real que iba hacia el mar Muerto.

—Es un buen día para comenzar nuestro viaje, madre.

Pasaron las horas del día y el sol se levantó, ardiente y opresivo. Noemí sentía que la desesperación se colaba sigilosamente en su corazón. Pronto se despediría de estas hijas. Señor, dame la fortaleza para poner sus necesidades por encima de mi temor a estar sola. Padre, bendícelas por lo bondadosas que han sido

conmigo. Llévalas a salvo a sus casas y dame el valor para continuar sola.

Al mediodía se detuvieron para descansar debajo de un terebinto. Noemí aceptó el pastel de pasas y el vaso con agua que Rut le ofreció, pero Orfa no quiso comer. Estaba callada y con la vista hacia el suelo. Rut se sentó y secó la transpiración de su rostro. Parecía cansada, pero estaba más preocupada por su cuñada que por sí misma.

—¿No te sientes bien, Orfa?

—Estaré bien después de descansar.

Noemí sabía qué le sucedía, pero saberlo no le traía satisfacción. Tenía que mandarlas de vuelta ahora. Todavía había tiempo para que estuvieran de regreso y a salvo dentro de las murallas de la ciudad antes del anochecer. Terminó de comer rápidamente, se levantó y cargó sobre su propia espalda el bulto que Rut había insistido en cargar hasta este punto.

—¿Qué haces? —dijo Rut, y también se levantó.

—Voy a seguir sola.

—¡No, madre!

Orfa se puso de pie y se sumó a la protesta de Rut, llorando profusamente.

—¡No te vayas! Por favor, no te vayas.

A Noemí se le partía el corazón, pero sabía que debía mantenerse firme.

—Vuelvan cada una a la casa de su madre, en lugar de venir conmigo. Y que el Señor las recompense por lo bondadosas que fueron con sus esposos y conmigo. Que el Señor las bendiga con la seguridad de un nuevo matrimonio.

Rut lloró.

—No. —Sacudió la cabeza—. No, no... —Dio un paso adelante—. Queremos ir contigo a tu pueblo.

—¿Por qué deberían seguir conmigo? —dijo Noemí, tratando inútilmente de

evitar que la voz se le volviera aguda por la emoción contenida—. ¿Acaso puedo tener más hijos para que se conviertan en sus esposos cuando crezcan? No, hijas mías, vuelvan a la casa de sus padres, porque yo soy demasiado vieja para casarme de nuevo. Y, aunque fuera posible, y esta noche me casara y tuviera hijos varones, ¿qué pasaría entonces? ¿Esperarían ustedes a que mis hijos crecieran y rehusarían casarse con otra persona? No, ¡desde luego que no, hijas mías! Las cosas son mucho más amargas para mí que para ustedes, porque el Señor mismo ha causado mi sufrimiento.

Rut y Orfa lloraron más fuerte. Orfa la abrazó.

—Nunca te olvidaré, Noemí. Que tengas un buen viaje a tu tierra.

—Yo tampoco te olvidaré —dijo Noemí y la besó—. ¡Y que tengan un buen viaje ustedes también!

Orfa levantó sus bultos y emprendió el camino de regreso a Kir-hareset. Después de unos pasos, se detuvo y miró hacia atrás, perpleja.

—¿No vienes, Rut?

—No. —Rut sacudió la cabeza con los ojos inundados de lágrimas—. Iré con madre.

Orfa dejó caer las cosas y corrió a abrazarla.

—¿Estás segura, hermana mía?

—Nunca he estado más segura.

—Por favor...

—No. Regresa sin mí. Me iré con Noemí.

Con una última mirada hacia atrás, Orfa empezó a caminar nuevamente. Noemí contempló a Orfa alejándose rápidamente, y entonces miró a Rut. Extendió la mano y señaló hacia Kir-hareset.

—Mira. Tu cuñada está volviendo a su pueblo y a sus dioses. Tú deberías hacer lo mismo.

Las lágrimas caían por el rostro de Rut, pero no se movió.

—No me pidas que te deje y regrese, porque no lo haré.

—Pero ¿cómo puedo no decirte que te vayas? —Noemí se acercó—. Tú escuchaste lo que dije, Rut. ¿Debería llevarte conmigo a Belén para que tengas la misma existencia amarga que yo? ¿Deberás envejecer sin un esposo y sin hijos? ¡Corre detrás de Orfa! ¡Regresa con tu padre y tu madre!

—No —dijo Rut, llorando—. No te dejaré. Hazme una conversa.

El corazón de Noemí se estrujó.

—Ay, dulce mía, piensa en lo que estás diciendo. La vida de mi pueblo no es tan fácil como la que conoces. Nosotros tenemos órdenes de guardar el sabbat y los días festivos consagrados, en los cuales no podemos viajar más de un kilómetro.

—Iré dondequiera que vayas.

Noemí sabía que debía decirle la verdad, aunque hiriera los sentimientos de Rut.

—Tenemos el mandamiento de no pasar la noche con gentiles.

—Viviré dondequiera que tú vivas.

—¡Se nos ha ordenado cumplir alrededor de seiscientos preceptos!

—Cualquier mandamiento que tu pueblo cumpla, yo lo cumpliré, madre, pues tu pueblo será mi pueblo.

Noemí continuó:

—Tenemos prohibido adorar a cualquier dios extranjero. ¡Quemos es una abominación!

—Tu Dios será mi Dios.

Noemí abrió las manos.

—Tenemos cuatro tipos de muerte para los malvados, Rut: lapidación, hoguera, estrangulamiento y la muerte a espada. ¡Reconsidera lo que dices! —Como Rut

no dijo nada, prosiguió, suplicándole que viera de cuántas maneras era diferente su pueblo—. Nuestro pueblo es sepultado en sepulcros.

—Entonces, que así sea para mí también, madre. —Cayendo de rodillas, Rut rodeó con sus brazos la cintura de Noemí—. Donde tú mueras, allí moriré y allí me enterrarán. —Noemí trató de hacerla retroceder, pero Rut se aferró más fuerte—. ¡Que el Señor me castigue severamente si permito que algo nos separe, aparte de la muerte!

Llorando ahora, Noemí colocó sus manos sobre la cabeza de Rut y acarició su cabello. Levantó los ojos a los cielos. Nunca había esperado esto, nunca había esperado que esta joven moabita estuviera dispuesta a renunciar a todo para acompañarla. Miró hacia abajo nuevamente, acariciando distraídamente la cabeza de Rut.

—Nunca volverás a ver a tu padre, a tu madre ni a tus hermanos y hermanas. ¿Te das cuenta de eso, Rut?

—Sí. —Levantó la cabeza. Su rostro estaba surcado por las lágrimas.

—Tu vida será más fácil si regresas.

—Ay, Noemí, ¿cómo puedo volver a mi vieja vida, cuando tú tienes las palabras de verdad? —Sus brazos la apretaron nuevamente cuando comenzó a sollozar—. Por favor, no me pidas que te deje. No me expongas a la tentación. ¡Yo iré contigo!

«Tu Dios será mi Dios».

¿Cómo podía decir que no a semejantes palabras? ¿Acaso no había orado para que el corazón de Rut fuera receptivo al Dios de Israel? Una oración había sido respondida; una oración entre miles.

—Tranquila —dijo dulcemente y aflojó los brazos de Rut, que se aferraban a su cintura. Tomando el rostro de Rut entre sus manos, le sonrió. Borró sus lágrimas con las manos—. Que se haga la voluntad de Dios. Pase lo que pase, lo enfrentaremos juntas.

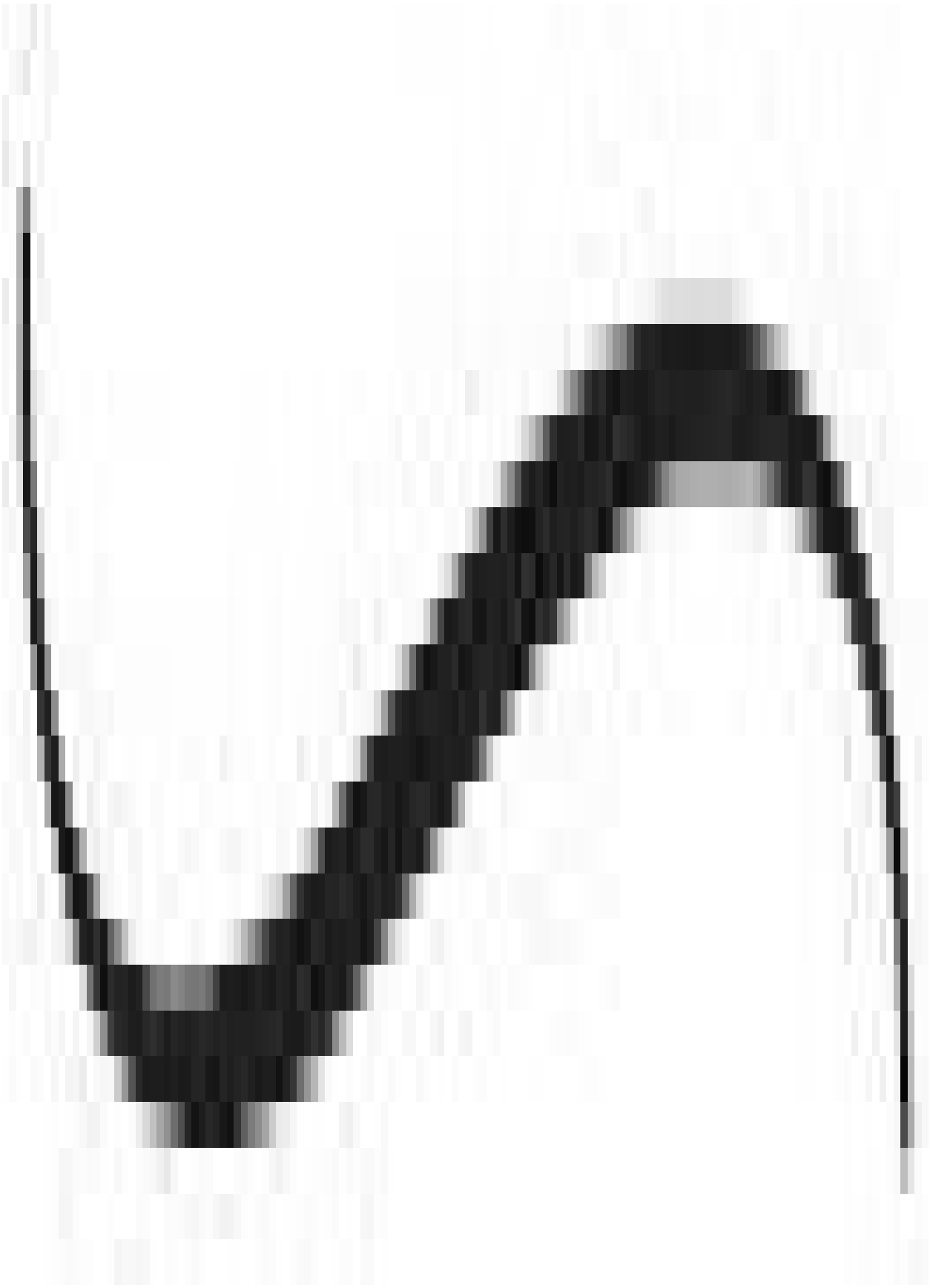
Los ojos de Rut brillaron cuando sonrió, aliviada.

—Prestaré atención a cada palabra que digas, porque sé que me enseñarás lo que necesito saber.

—Todo lo que aprendí sobre las faldas de mi madre te lo diré. Todo lo que tengo es tuyo. Te lo entregaré con gusto. —Pues Noemí ahora sabía que era algo más que el matrimonio con su hijo lo que había injertado a esta muchacha en su vida y en su corazón. Y ahora oraría para que Rut fuera injertada en su pueblo, también.

No me has olvidado, Señor. Tú sabías que no podría ir sola a mi tierra. No me has abandonado.

—Vamos —dijo Noemí, tomando la mano de Rut y ayudándola a levantarse—. Tendremos un largo viaje antes de llegar a casa.



Rut no se preocupaba por las dificultades que ella y Noemí podrían encontrar cuando llegaran a Belén. Cada día de viaje tenía suficientes problemas para sobrellevar como para preocuparse por lo que podría pasar cuando llegaran a su destino. Rut había vivido con miedo durante los meses de la enfermedad de Mahlón, y nada había logrado. Había amado a su esposo, pero no pudo salvarlo. Todos sus esfuerzos para que mejorara habían fallado y, al fin y al cabo, el miedo a perderlo no impidió que la muerte llegara. El miedo tampoco la había ayudado a enfrentar las dificultades de sobrevivir sin un hombre que mantuviera el hogar. Después de la muerte de Mahlón, tomó la decisión de que nunca volvería a dejar que su mente se preocupara por las cosas que no podía controlar. El futuro era una de esas cosas. Enfrentaría lo que viniera y haría lo mejor posible con lo que Dios le diera.

Noemí solía consolarla, aun sin darse cuenta.

«El Señor nos cuidará», había dicho la noche anterior, y Rut se había quedado despierta, acostada sobre el suelo duro, mirando fijo las estrellas y pensando en esas palabras. El Señor nos cuidará. Después de todo lo que Noemí había sufrido, todavía se aferraba a su fe. Rut se consolaba con la fortaleza de Noemí. El Señor nos cuidará. Decidió creerlo porque su suegra decía que era cierto.

Desde el momento en que entró en la casa de Mahlón, Rut supo que había algo distinto en Noemí. Primero, vio un indicio exterior: su ropa. Incluso después de los años que llevaba viviendo entre los moabitas, su suegra seguía vistiéndose como una hebrea. No lo hacía con altivez, como si fuera mejor que los que vivían a su alrededor. Simplemente era su manera de ser. Rut también había visto la profunda fe que tenía en Dios. Al principio le preocupaba que los largos silencios de Noemí significaran que no le gustaba quién había elegido Mahlón por esposa. Pero Mahlón le dijo que no era así.

—Está orando, nada más —le decía Mahlón, encogiéndose de hombros—. Lo hace desde que tengo memoria. No dejes que eso te incomode. No le hace mal a nadie. Solo ignórala.

Pero Rut no ignoró a su suegra. Se dio cuenta de que la oración era muy importante para Noemí, y Rut quiso entender mejor el asunto. Entonces, a escondidas, observaba a Noemí. A veces su suegra se veía sumamente en paz

cuando hablaba con su Dios y, otras veces, angustiada. Todas las mañanas, a menudo a mediodía, y siempre durante las horas de la noche, Noemí se colocaba el chal sobre la cabeza, se sentaba en el rincón de su casa y se quedaba callada y quieta. Una vez, Rut le preguntó por qué oraba; Noemí le sonrió y dijo: «Por todo. —Sus ojos se habían entristecido—. La mayoría de las veces, por mis hijos. —Se había estirado y apoyado una mano sobre la de Rut. Sus ojos se suavizaron—. Y por mis hijas».

Los ojos de Rut se habían llenado de lágrimas al escuchar sus palabras. La buena opinión de Noemí le importaba mucho porque la admiraba en gran manera. Noemí era buena y agradable, repartía los quehaceres equitativamente y siempre trabajaba tan duro como los demás. Amaba profundamente y por igual a sus dos hijos y, a pesar de sus diferencias culturales, había aceptado como sus hijas a Rut y a Orfa. El amor era un don que Noemí tenía en abundancia. Y, aunque a Mahlón parecía no llamarle la atención, Rut percibía un conocimiento y una sabiduría imperecedera en su suegra que ella anhelaba compartir.

No obstante, Rut también sentía su tristeza. Noemí nunca se había asentado del todo en Kir-hareset; nunca había estado muy a gusto con el mundo que la rodeaba. Eso tenía que ver con su Dios. Rut tenía miedo de acercarse a Noemí y hablar con ella al respecto. Entonces, procuró hablarlo con su esposo.

Mahlón nunca tuvo demasiado que decir sobre el Dios de su pueblo. De hecho, parecía saber muy poco acerca de Él.

—¿Por qué estás tan interesada en Dios?

—¿No debería poder enseñarles a tus hijos sobre Él?

—Enséñales sobre Quemos, si te agrada. A mí no me interesa. Estoy seguro de que mi madre les enseñará sobre Jehová. Lo importante es que sean tolerantes con todas las religiones. Esa es la única manera de tener éxito en Kir-hareset.

A los ojos de Mahlón, ningún dios era mejor que otro, pero Noemí no transigía al respecto. Era respetuosa y nunca despreciaba las creencias ajenas, pero se aferraba a su fe en Jehová con una callada tenacidad.

Ahora Rut miraba a su suegra, acurrucada junto a ella con la cabeza apoyada sobre una piedra que le servía de almohada. Se había quedado dormida pocos minutos después de comer el pan que Rut le cocinó. El sol se había ocultado y el

aire se enfriaba rápidamente. Rut se levantó y, con cuidado, tapó a Noemí con su propio chal. El viaje era muy difícil para su suegra. Había comido muy poco las semanas posteriores a la muerte de Mahlón. Rut temió que Noemí se consumiera por la tristeza. Por eso preparaba guisos sabrosos intentando despertar el apetito de su suegra. Ahora, el agotamiento físico era lo que apagaba su apetito. Luego de caminar todo el día, estaba tan cansada que apenas podía mantener los ojos abiertos para comer algo. Era raro, pero Rut sentía como si hubieran intercambiado roles. Noemí se había convertido en la niña y ella en la madre protectora. «Pero no me importa», susurró, agachándose para besar a Noemí en la mejilla. Acomodó hacia atrás los mechones de cabello oscuro, retirándolos de la frente bronceada de su suegra.

Rut se levantó y se rodeó a sí misma con sus brazos, temblando un poco. El monte Nebo se elevaba a la distancia. Esa mañana, Noemí le había contado que Moisés subió a esa montaña y murió allí, después de dejar a Josué a cargo del pueblo de Dios. Poco después, ellos cruzaron el río Jordán y se apoderaron de Canaán. Le encantaba cuando Noemí le hablaba de lo que Dios había hecho por los hebreos. Sentía un revuelo extraño en su interior cuando aprendía de Sus hazañas poderosas y de Su amor inagotable.

Cerró los ojos y levantó su rostro al cielo. «Señor, ayúdame a cuidar a Tu sierva Noemí —susurró—. Es por ella que llegué a creer en Ti. Por favor, guía nuestros pasos y llévanos a salvo a su hogar en Belén. Y, Señor, si no es pedir demasiado, que haya viejos amigos para recibir a Noemí a su regreso, personas que la hayan querido en el pasado y que sigan queriéndola en los días difíciles que nos esperan».

DOS



Los días eran largos, calurosos y secos. Rut se levantaba temprano y despertaba a Noemí. «El sol está saliendo, madre —decía—. Deberíamos viajar ahora, mientras el día está fresco». Caminaban en silencio hasta que el sol llegaba a su cénit; entonces buscaban una sombra donde poder descansar. Agotada, Noemí solía dormitar. Rut generalmente se quedaba mirando el camino a lo lejos, preguntándose qué les depararía el futuro.

Llegaron al cauce del río Arnón, que marcaba la frontera sur del territorio rubenito, y siguieron el Camino Real hacia Dibón, Hesbón y Abel Sitim. En cada ciudad por la que pasaban, Rut hacía trueques en el mercado con sus fajas tejidas por comida, mientras hacía preguntas sobre el camino que tenían por delante.

—Ah, no vayan por el camino de Jericó —le dijo una mujer que vendía cebollas y ajos—. Los ladrones se ocultan en lo alto de las montañas y atacan a las caravanas. No estarás a salvo si vas sola.

—No estoy sola. Viajo con mi suegra.

—¿Dos mujeres? Bueno, lo mejor será que vayas al mercado de camellos y veas si puedes encontrar un mercader nómada que les permita viajar con su caravana. Nadie viaja por el camino de Jericó sin protección. Las capturarán y las venderán como esclavas.

Cuando volvió a su pequeño campamento cerca de la muralla de la ciudad, encontró a Noemí cocinando pan sin levadura sobre el recipiente metálico que había colocado sobre el fuego. Daba vuelta al pan hábilmente, con una vara de dos puntas.

—Estaba preocupada —dijo Noemí, sin levantar la vista.

—Disculpa, madre —dijo Rut, agachándose—. Debería haber vuelto a decirte lo que estaba haciendo. Una mujer en el mercado me dijo que los ladrones atacan a las personas que van por las montañas; por eso, me pareció prudente buscar ayuda. Mañana en la mañana nos uniremos a una caravana y viajaremos con ella por el camino a Jericó. El hombre es benjaminita y tiene guardias armados. Estaremos seguras con él.

El cuerpo de Noemí se relajó. Enganchó el borde del pan, lo levantó del

recipiente y lo puso a un costado para que se enfriara.

—Yo debería haber pensado en eso. —Se sentó sobre sus talones y se tapó el rostro.

Rut tomó el pan y lo partió. Le dio la mitad a Noemí.

—Tienes que comer, madre. Necesitas estar fuerte.

Con las manos aún sobre su rostro, Noemí lloró.

—¿Por qué no pensé en los riesgos? Ni siquiera tuve en cuenta lo que podría pasarte a ti. ¿En qué estaba pensando cuando te dejé venir en este viaje? ¡Soy una vieja egoísta!

—Intentaste hacerme volver —dijo Rut, sonriendo—. Pero no sirvió de nada. Trata de no preocuparte. Vamos a estar bien.

Noemí levantó la cabeza.

—Es más peligroso para una mujer joven como tú, que para una viuda anciana como yo.

—Es peligroso para ambas y estamos tomando todas las precauciones. El hombre parece confiable.

—No se puede confiar en nadie en estos tiempos.

Rut levantó el pan y volvió a ofrecérselo. Noemí lo tomó, partió un pedacito y lo comió lentamente, con el ceño fruncido.

Rut le sonrió.

—¿Cuántas veces te oí decir: “El Señor cuida de quienes lo aman”?

—“Y castiga a quienes lo rechazan” —dijo Noemí con los ojos llenos de lágrimas.

Rut supo que estaba pensando en Elimelec, Quelión y Mahlón. Su propio dolor se desbordó cuando pensó en su esposo. Había sido tan joven, con tantos años por delante. ¡Cuánto hubiera deseado darle un hijo! Un varón que perpetuara su

nombre.

—Estoy muy cansada —dijo Noemí con la voz ahogada por el llanto—. Ni siquiera sé si podré llegar a casa. Esas montañas... ahora las recuerdo bien. ¿Cómo pude olvidar lo difícil que fue el viaje?

—Descansaremos cuando necesitemos hacerlo.

—Y la caravana seguirá adelante sin nosotras —dijo Noemí tristemente.

—Entonces, nos uniremos a otra.

—Si no nos roban y...

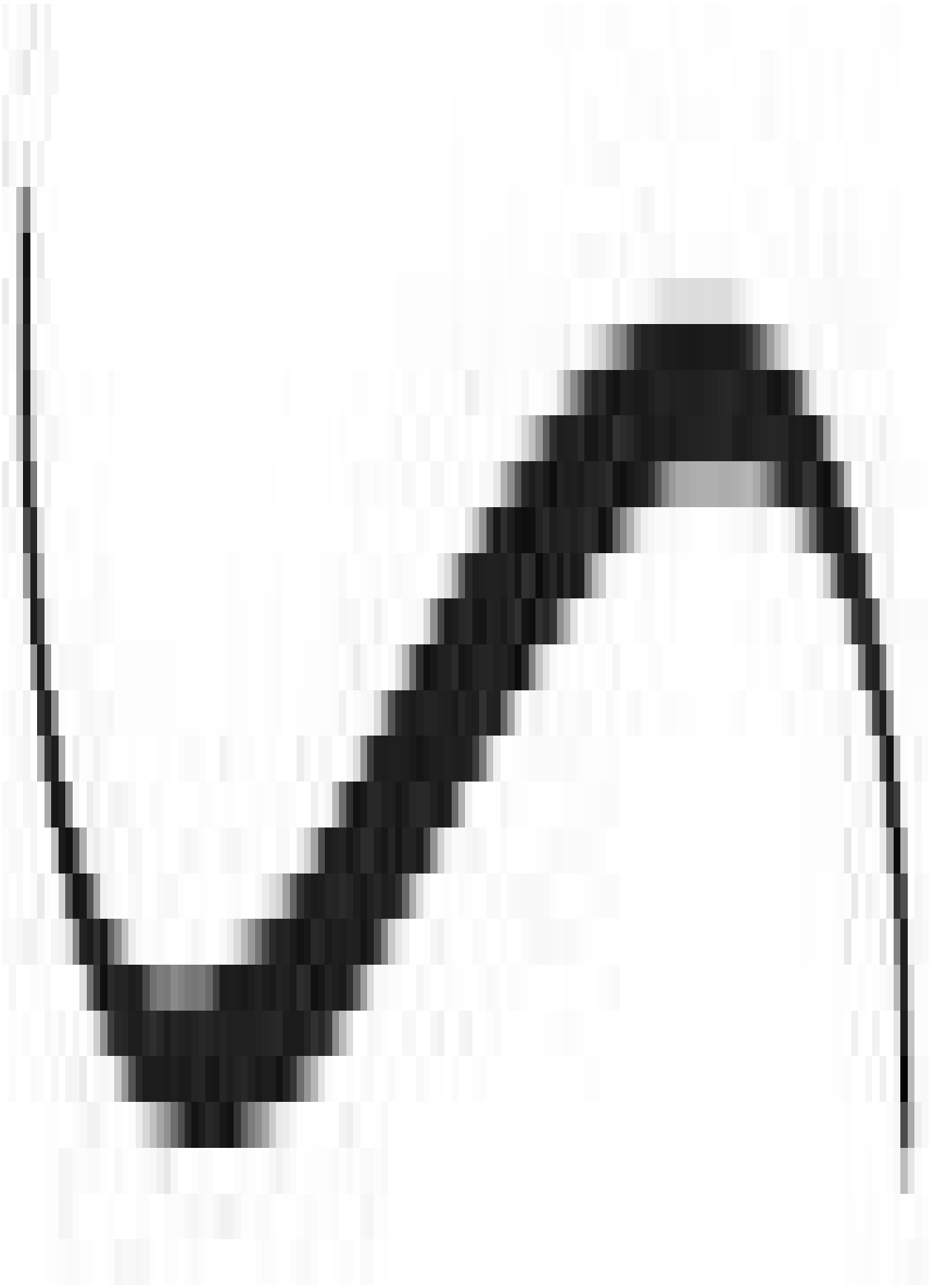
—¡No! —dijo Rut sollozando. Se levantó y se acercó a Noemí; se arrodilló junto a su suegra y le agarró la mano—. No pienses en esas cosas, madre. Si lo haces, estamos perdidas. Piensa en lo que hay al otro lado de las montañas: Belén. Nuestro hogar. Si nos enfocamos en todo lo que podría salir mal, nos aterrará seguir adelante. Por favor. Háblame otra vez del Señor, madre. Cuéntame cómo alimentó a miles de personas en el desierto. Háblame de cómo hizo brotar agua de la roca. Y ora. —Lloró en silencio—. Ora para que Él se apiade de nosotras.

Noemí hizo un gesto de dolor con una expresión llena de remordimiento. Acarició el rostro de Rut.

—A veces lo olvido. —Sus ojos aún estaban llenos de lágrimas—. Pienso en lo que perdí, en lugar de pensar en lo que tengo.

—Nos tenemos una a la otra —dijo Rut—. Y tenemos a Dios. Es más que suficiente para enfrentar cualquier cosa que venga. Tú me enseñaste eso.

—Sigue recordándomelo.



A última hora de la tarde siguiente, cruzaron el río Jordán con la caravana. Noemí se desplomó bajo los árboles que estaban al otro lado.

—No puedo seguir adelante.

Rut la ubicó de manera que estuviera cómoda y le trajo un poco de agua.

—Descansa aquí mientras voy a agradecerle a Ashir Ben Hadar. —Los últimos camellos cruzaban el río cuando Rut se acercó al dueño de la caravana y agachó su rostro al suelo—. Gracias por permitirnos viajar con ustedes.

—¿Tan pronto abandonarán la caravana?

—Mi suegra ha recorrido todo lo que le permiten sus fuerzas. Acamparemos aquí, al lado del río, y continuaremos por la mañana.

—Qué lástima. Nosotros pasaremos la noche en el oasis. Estarían más seguras con nosotros.

—Que el Señor lo lleve a salvo a su destino y lo bendiga por lo amable que ha sido con estas dos viudas.

Él frunció el ceño, preocupado.

—Que el Señor las proteja. —Se dio vuelta, montó su camello y golpeó el cuello del animal con una vara. Gritó unas órdenes en egipcio a uno de sus sirvientes. El camello se meció hacia adelante y luego hacia atrás para pararse sobre sus patas. Rut volvió a hacer una reverencia cuando el hombre cabalgó hacia el frente de la caravana. Casi había llegado a los árboles que estaban junto al río cuando uno de los siervos de Ashir Ben Hadar vino corriendo hacia ella y le entregó un costal y un odre de cuero lleno a reventar. «Obsequios del amo», dijo con voz ronca y volvió a marcharse a la carrera.

Sonriendo, Rut se arrodilló al lado de Noemí.

—Prueba y mira cómo el Señor provee para quienes lo aman.

Inclinando el odre con precaución, Noemí tomó un poquito. Abrió los ojos bien

grandes.

—¡Leche fresca de cabra!

Rut rio y abrió el cuero, dejando a la vista toda su abundancia.

—Y pasteles de pasas, madre. Lo suficiente para varios días. Con el cereal que nos queda, nos alcanzará hasta que lleguemos a Belén.

Comieron y descansaron mientras el sol se escapaba por las montañas detrás de Jericó.

—No fue lejos de aquí que el Señor contuvo el agua del Jordán para que Josué pudiera hacer cruzar a nuestro pueblo —dijo Noemí, saciada y relajada—. Mi madre me contó que cuando Moisés subió al monte Nebo rumbo al monte Pisga donde murió, el pueblo hizo duelo durante treinta días. Josué fue lleno del Espíritu de Dios y guio al pueblo por allí —dijo y señaló desde Nebo a lo largo del camino por el que habían venido—, hasta Acacias. Esperó allí hasta que el Señor le dijo qué hacer. Josué condujo al pueblo hasta la orilla del Jordán. El Señor hizo retroceder las aguas y el pueblo cruzó caminando sobre tierra seca. Mi madre y mi padre estaban entre las personas que entraron a Canaán ese día. Acamparon en Gilgal y conmemoraron la Pascua.

Rut estaba parada a la sombra y seguía con los ojos la trayectoria que Noemí dijo que había recorrido su pueblo.

—¿Qué son esas piedras de allí?

—¿Las piedras paradas? —Noemí se levantó—. Todo el que pase al lado de ellas recordará lo que el Señor hizo por Su pueblo. Hay doce y cada piedra fue cargada por un miembro de una de las tribus que descendían de nuestro padre, Jacob. ¿Ves ahí, donde el agua ondea? Hay doce piedras más en el sitio donde los sacerdotes se pararon con el arca del pacto, mientras nuestro pueblo cruzaba el río. —Se ubicó al lado de Rut y señaló hacia el camino por donde habían venido—. Allí está el altar que levantaron los hijos de Rubén, Gad y Manasés. Las tribus de este lado estuvieron a punto de entrar en guerra por causa de él.

—¿Por qué?

—Porque las tribus de la orilla occidental pensaron que sería un altar para

quemar ofrendas y hacer sacrificios a otros dioses. Pero es un testimonio de que las tribus de Rubén, Gad y Manasés tienen una herencia en el Señor; es un monumento para recordarnos que somos hermanos.

Noemí repitió las historias que le habían contado su padre y su madre hasta que el sol se ocultó y las estrellas brillaron. Rut escuchaba ávidamente todo lo que Noemí decía sobre los años en el desierto y los actos poderosos que el Señor había hecho para salvar y para disciplinar a Su pueblo. Cuando Noemí se durmió, Rut levantó la vista a los cielos y se sintió tranquilizada. Seguramente, si el Señor había cuidado a Su pueblo rebelde en el desierto, ahora cuidaría a Noemí. Rut creía que el Señor las llevaría sanas y salvas a su hogar en Belén.

Al día siguiente caminaron hasta el oasis y pasaron la noche debajo de las palmeras. La silueta recortada de Jericó se destacaba contra el pie de las montañas; la que había sido alguna vez una gran ciudad ahora era escombros carbonizados habitados solamente por lagartijas y serpientes. Sin embargo, no muy lejos había una comunidad pujante que acampaba alrededor del manantial. Se ganaban la vida prósperamente gracias a los viajeros que usaban el camino de Jericó para atravesar las montañas hacia Jerusalén.

Cuando emprendieron el arduo viaje ascendente por el camino de Jericó, Rut oraba continuamente mientras se mantenía vigilante a los peligros del camino. Dios, protégenos. Cuídanos y guía nuestros pasos.

Una caravana se aproximó detrás de ellas. Rut habló con el encargado y consiguió el permiso para acampar cerca de ellos la primera noche. A la mañana siguiente, no hizo ningún esfuerzo por apurar a Noemí, sino que mantuvo el ritmo de su suegra, aunque la caravana se les adelantó y desapareció de su vista.

—Señor, por favor, ayúdanos a pasar estas montañas —susurraba cada noche antes de cerrar los ojos.

Cada día, el camino era más escarpado y más difícil; el clima era más caluroso y sus provisiones, más escasas. Noemí se debilitó, por lo que Rut tomó su carga. Cuando su suegra se desanimaba, Rut le preguntaba sobre Belén y sobre su niñez, con la esperanza de reavivar en ella la determinación de llegar a su destino.

—Cada día estamos más cerca, madre.

—¿Y qué nos espera? Quizás ya no estén todos los que conocía.

—Tal vez haya amigos que has olvidado.

—Y que se han olvidado de mí. —Lloró como solía hacerlo cuando estaba al borde del agotamiento total—. Estoy llevándote a un hogar de pobreza. No habrá nadie que nos dé la bienvenida. —Se tapó el rostro y gimió.

—Mira hacia atrás y fíjate cuánto hemos recorrido —dijo Rut, respirando con dificultad bajo la carga que llevaba.

—Mira la distancia que nos falta recorrer todavía. Arriba, arriba; siempre más arriba.

Rut miró a su alrededor. No había dónde acampar en el lugar donde estaban. No les quedaba otra alternativa que seguir adelante. Estaba a punto de llorar como Noemí. Le dolía la espalda por haber llevado toda la carga todo el día; tenía los ojos arenosos y la garganta reseca. Agarró la botellita que llevaba colgada de un cordón alrededor del cuello. Estaba llena con lágrimas que había derramado por Mahlón, un símbolo de su respeto y amor. La soltó y cerró los ojos con fuerzas.

—El Señor ve nuestra angustia, madre. Él sabe cuáles son nuestras necesidades.

—Entonces, ¿dónde está?

Rut apretó los labios para no llorar de frustración y desesperación. No podía permitirse sucumbir ante ellas. Si lo hacía, ¿qué sería de ellas?

—No puedo seguir, Rut. Es demasiado difícil. No puedo más. Solo déjame morir aquí. Ya me da igual. ¡Estoy demasiado cansada para que me importe!

Rut cambió de lugar los bultos y rodeó a Noemí con su brazo para darle apoyo.

—Tienes que seguir. Solo un poquito más. Encontraremos un lugar y descansaremos durante la noche.

—En la mañana estaré igual de cansada. Estoy enferma y cansada.

—Lo lograremos, madre.

—¿Y qué habrá allá si lo logramos? —dijo Noemí con amargura, arrastrando los pies mientras apoyaba todo el peso de su cuerpo sobre Rut—. No tengo tierra. No tengo una casa. No tengo esposo ni hijos. ¿Qué nos espera allí?

Conteniendo las lágrimas, Rut dijo:

—No lo sé; pero, sea lo que sea, Dios nos ayudará.

Después de eso, no pudo decir nada más. Tenía fuerzas solo para mantenerlas en movimiento hasta que encontraran un lugar para descansar. Oh, por favor, Dios, ¡por favor, ayúdanos!

Cuando llegaron a una curva del camino, Rut vio una gran grieta en la ladera rocosa de la montaña.

—Solo unos pasos más —dijo, animando a Noemí. La hendidura tenía el tamaño suficiente para darles refugio durante la noche.

Noemí se desplomó, gimiendo, y se recostó sobre un peñasco. Rut hizo un gesto de dolor cuando descargó los bultos y se sentó junto a ella. Movió los hombros en círculos para aflojar los músculos adoloridos.

—Casi llegamos a la cima —dijo, recostando su cabeza contra la roca fría—. Mañana llegaremos a Jerusalén.

Noemí no dijo nada. Respiraba pesadamente con los ojos cerrados y el rostro pálido por el agotamiento.

Rut se levantó otra vez y desenrolló la esterilla. Partió a la mitad el último pastel de pasas.

—Cuando hayas comido algo te sentirás mejor. —Noemí aceptó la comida y masticó lentamente. Rut vio el brillo de las lágrimas en los ojos de Noemí.

—Si Dios quiere, estaremos en Belén mañana temprano —dijo Noemí, cruzando las manos sobre su regazo—. Está a una corta distancia de Jerusalén.

Rut sonrió y apoyó su mano sobre la de Noemí.

—Ya casi estás en tu hogar, madre.

Noemí cerró los ojos, no antes de que unas lágrimas cayeran por sus mejillas polvorientas. Rut se sentó más cerca y la abrazó. Noemí recostó su cabeza sobre el hombro de Rut y, unos instantes después, se quedó dormida.

Señor, Señor... Rut ya no sabía con qué palabras orar. Estaba demasiado agotada para pensar, pero no para temer. Gracias por traernos hasta aquí. Por favor, no nos dejes ahora.

Rut sabía que la verdadera prueba de su fortaleza recién estaba comenzando. Cada día del viaje, Noemí se había vuelto más dependiente de ella. Eso no la molestaba, pero la asediaban las preocupaciones.

¿Qué sería de ellas cuando llegaran a Belén?

TRES



Con Belén tan cerca, Noemí se puso ansiosa por llegar a casa. Se levantaron antes de que saliera el sol y emprendieron el tramo final de su viaje. Las fuerzas de Noemí estaban renovadas. Rut no tuvo que animarla como antes.

—Ahora no estamos lejos. Nada lejos —dijo Noemí.

Con el sol naciente, siguieron de largo por Jerusalén. Todavía era de mañana cuando entraron a la ciudad de Belén. Las mujeres estaban reunidas junto al pozo en el centro del pueblo, hablando y riéndose mientras sacaban agua para las necesidades hogareñas del día. Se fijaron en Noemí y Rut y se acercaron, bajando la voz. Rut percibió la tensión de Noemí.

—Vamos, madre. Quizás haya alguien que conozcas, y yo necesito llenar los odres.

Una mujer, mayor que las otras, se separó de las demás.

—¿Eres Noemí en verdad? —Frunció marcadamente el ceño, inclinando la cabeza como si no pudiera ver bien.

Rut tocó suavemente el brazo de su suegra:

—No se han olvidado de ti. Todavía tienes amigas en Belén.

—¡Es Noemí! —Se acercó a ella con los brazos abiertos—. ¡Noemí, has vuelto!

Las mujeres gritaron de emoción y se acercaron rápidamente hacia su suegra. Rut retrocedió para hacerles lugar y agradeció a Dios en silencio porque recordaban a Noemí y la recibían tan amigablemente. Quizás la bienvenida emotiva de estas mujeres serviría para levantarle el ánimo a su suegra.

—¡Noemí, te ves como si hubieras viajado cientos de kilómetros!

—¿Dónde estuviste todos estos años?

—Escuchamos que te habías ido a Moab.

—¿Qué te pasó?

Rut vio que la angustia de Noemí aumentaba. Su suegra miraba a un lado y a otro, como si buscara escapar de esta multitud de interrogadoras.

—Recuerdo el día que te fuiste con unas mulas cargadas con tus pertenencias.

—¿Qué te sucedió?

Rut solo podía imaginar lo que estaría pensando su suegra. Noemí estaba en su casa, en Belén, pero era una desamparada. Estaba entre amigas; sin embargo, claramente era objeto de su lástima y de su curiosidad. Dolida por ella, Rut no sabía qué hacer. ¿Debía abrirse camino entre el compacto grupo y tratar de rescatarla, o eso solo empeoraría las cosas? Las mujeres habían formado un círculo cerrado alrededor de Noemí, dándole la espalda a Rut. A decir verdad, no le habían dirigido más que una mirada hostil. Las mujeres no hicieron ningún esfuerzo por ocultar la impresión que les causaba el aspecto de Noemí.

—¿Dónde está tu marido, Elimelec?

—Tan alto y guapo.

Las mujeres presionaban a Noemí incesantemente, haciéndole preguntas que únicamente agitaban el dolor de las recientes tragedias.

—Tenías hijos. ¿Dónde están?

—¡Seguramente no se habrán quedado en Moab!

—¿Dónde están Mahlón y Quelión?

Todas hablaban al mismo tiempo, y su vivo interés se concentraba en las desgracias de Noemí. A Rut no le sorprendía ni le dolía que las mujeres prefirieran ignorarla. Noemí le había advertido que no sería bienvenida: «Mi pueblo te verá como una forastera. Y, lo que es peor, sabrán que eres moabita». Todo en la apariencia de Rut proclamaba su origen. Su vestimenta era inconfundible y su piel era más oscura. No tenía el dinero para cambiar lo primero ni la capacidad de modificar lo segundo. Llevaría tiempo para que estas personas la aceptaran. «No esperes que alguien te invite a su casa —había dicho Noemí—. Un hebreo no puede invitar a un extranjero a su casa sin contaminarla».

—Ay, Noemí —dijeron las mujeres al enterarse de la muerte de Elimelec, Quelión y Mahlón—. ¡Vaya, qué dolor tan difícil de sobrellevar el tuyo!

Parecieron retroceder un poco, avergonzadas, indecisas. ¿Tenían miedo de que la desgracia de Noemí, de alguna manera, pudiera trasladarse a ellas si le ofrecían ayuda? Rut avanzó, abriéndose paso entre las mujeres hasta que estuvo suficientemente cerca de Noemí para que la viera.

—No me llamen Noemí —clamó Noemí—. Más bien, llámenme Mara, porque el Todopoderoso me ha hecho la vida muy amarga. —Empezó a llorar y a gemir —. Me fui llena, pero el Señor me ha traído vacía a casa. ¿Por qué llamarme Noemí cuando el Señor me ha hecho sufrir y el Todopoderoso ha enviado semejante tragedia sobre mí?

Quizás las mujeres habían estado demasiado tiempo distanciadas de Noemí como para compartir su duelo. Aunque le ofrecieron palabras de compasión, parecían no estar preparadas para consolarla. Estaban incómodas, mirándose unas a otras, acongojadas y en silencio. Rut volvió a avanzar y, cuando Noemí se fijó en ella, el rostro de su suegra se llenó de alivio.

—Rut, ay, mi Rut, ven aquí conmigo.

Cuando Rut avanzó, las mujeres se apartaron de ella y se alejaron para que no las rozara al pasar. Ya no la ignoraban; la miraban descaradamente y con desprecio. Las mejillas de Rut se acaloraron. ¿Los moabitas se habrían quedado mirando a Noemí de la misma manera cuando llegó a Kir-hareset por primera vez?

—Ella es mi nuera. Es Rut, la viuda de Mahlón —dijo Noemí, tomando su mano. Rut podía sentir cómo temblaba Noemí. ¿Era este el momento que más había temido su suegra? ¿Presentar su nuera moabita a sus amistades? ¿Se avergonzaba Noemí de ella? Rut era la única prueba que necesitaba esta gente de que, por lo menos, uno de los hijos de Noemí se había apartado de Dios y se había casado con una mujer extranjera. Rut se entristeció ante la idea de causarle más dolor a su suegra.

—Es moabita. —Las palabras salieron como una imprecación.

—De nacimiento —dijo Noemí.

—¿Pretende quedarse aquí? —Rut nunca se había sentido tan incómoda.

Noemí levantó la cabeza y su mano apretó fuertemente la de Rut.

—Sí, se quedará. Ella y yo viviremos juntas.

—¡Pero, Noemí, piensa en lo que estás haciendo!

—Yo no habría sobrevivido sin Rut.

—Estás rodeada de los de tu propio pueblo, Noemí. Dile a la forastera que vuelva adonde pertenece. Tú sabes lo que dice la ley.

Noemí giró ligeramente con el cuerpo rígido.

—Cuando salimos de Egipto, hubo egipcios que vinieron con nosotros.

—¡Y mira los problemas que causaron!

—¡Las mujeres extranjeras están malditas por Dios!

—¡Apartaron el corazón de nuestros hombres del Señor!

—¡Basta! —exclamó Noemí—. ¿Debería yo amputar lo que Dios ha injertado? Rut decidió venir conmigo. Le dio la espalda a su padre, a su madre y a sus hermanos y hermanas, a todo lo que conocía, para venir a Belén y adorar a Dios conmigo.

Todas se quedaron calladas por un momento, pero Rut sabía que las palabras no lograrían convencer a estas mujeres de que era digna de ser aceptada. Tendría que vivir una vida ejemplar ante ellas para que creyeran que había preferido a Noemí antes que a sus padres, y a Dios por encima de los ídolos de su pueblo. Tiempo. Llevaría tiempo.

—Regresaste a tiempo para la Pascua, Noemí. Es bueno tenerte de vuelta entre nosotros.

Y habiendo dicho eso, las mujeres comenzaron a dispersarse, dejando a Rut y a Noemí solas junto al pozo.

Rut lloraba suavemente.

—Te he avergonzado. Por mi presencia, tu regreso a casa ha sido más difícil aun

de lo que podría haber sido.

—No —dijo Noemí con cansancio—. Ellas recuerdan cómo era yo antes de irme. A mi esposo le iba bien y yo tenía motivos para estar contenta. Podía reír y cantar con ellas. Ahora, mi desdicha las incomoda. Piensan que, si me sucedió a mí, podría sucederles a ellas. No es un pensamiento reconfortante.

—Volverás a reír y a cantar con ellas, madre.

Noemí sacudió la cabeza.

—No esperaba encontrar a nadie —dijo en voz baja—. Pero esto... —Inclinó el cuello mirando fijo el suelo—. Nadie nos ofreció siquiera un poco de pan o un trago de vino diluido.

—Por mi causa.

—¿Cargarás con toda la culpa? Yo residí en Moab durante veinte años. Viví entre adoradores paganos y abrí mi hogar a las mujeres extranjeras con las que se casaron mis hijos. A los ojos hebreos, yo estoy tan contaminada como tú. Tal vez más, porque yo sabía cómo debían ser las cosas. —Los ojos de Noemí se llenaron de lágrimas—. Ay, querida mía. Tú eres una bendición de Dios para mí. No seremos bien recibidas en sus casas, Rut. Así son las cosas. Tendremos que valernos por nuestros propios medios. —Las lágrimas se derramaron por sus mejillas—. Y mañana es la Pascua. Se me olvidó. ¿Cómo pude olvidar un día tan importante? El festival más importante de mi pueblo, y yo...

Rut la abrazó. La mantuvo muy cerca y la acarició como si fuera una niña herida, todo el tiempo consciente de que varias mujeres las observaban desde la puerta de sus casas. Cuando Noemí logró dominar sus emociones, Rut siguió abrazándola protectoramente.

—Encontraremos algún lugar donde quedarnos, madre. Todo nos parecerá mejor luego de descansar bien durante una noche.

Rut tomó una moneda del pequeño escondite que tenía en las profundidades de su bulto, pero cuando se la ofreció al mesonero de las afueras del pueblo, él negó con la cabeza. «No hay lugar en la posada para ti».

Cuando Rut se dio vuelta, vio cuán demacrada y abatida estaba Noemí.

Realmente, Noemí era «Mara», pues Rut nunca la había visto tan amargada.

—Seguiremos un poco más —dijo Rut—. Habrá otro lugar más adelante en el camino.

Pero no había. Cuando pasó la mañana, Rut se dio cuenta de que no había lugar para ellas en ningún sitio de Belén.

—Hemos dormido bajo las estrellas antes —dijo, tratando de mantener la esperanza por el bien de su suegra.

—El terreno que pertenecía a mi esposo no queda lejos de aquí —dijo Noemí, mientras caminaban más allá de los límites del pueblo—. Por ahí, hay cuevas. Los pastores las usan como rediles para sus ovejas durante los meses invernales, pero en esta época los rebaños no están. Tendrán contratos con los hacendados para pastar en sus campos después de la cosecha.

Las cuevas más grandes todavía estaban ocupadas por miembros de las familias de los pastores. Dejar una cueva abandonada era una invitación directa para que los desamparados se apoderaran de ella. Pero no muy lejos había una cueva que estaba vacía; no era tan grande para usarse como redil, pero lo suficientemente grande para proteger del clima a dos mujeres cansadas y solas. Noemí entró y echó un vistazo mientras Rut desempacaba las esterillas y sus pocas pertenencias.

Los días difíciles del viaje habían terminado, pero Rut se daba cuenta de que el dolor de su suegra era más profundo e intenso ahora de lo que había sido durante los extenuantes días de su viaje. Su suegra había soñado muchos años con volver a casa, solo para encontrarse en un entorno tan miserable, sin más que la ropa que traía encima y apenas unos artículos de primera necesidad: un brasero, una manta y agua. La noche estaba llegando. Iba a hacer frío. Les quedaba poca comida y ningún pariente que se compadeciera de ellas.

Noemí se metió más adentro de la cueva y se sentó con la espalda apoyada contra la roca, mirando fijo hacia la penumbra. Tenía el rostro colmado de desesperación. Rut se preguntaba si estaría recordando cómo habían sido las cosas antes de que ella, su esposo y sus hijos se fueran de la ciudad. ¿Sentiría remordimientos y culpa, además de afligirse por sus pérdidas?

«Me fui llena, pero el Señor me ha traído a casa vacía...», había dicho en el pozo.

Rut miró hacia afuera y se preguntó cómo habría sido cuando Mahlón era pequeño. Los recuerdos de su esposo la abrumaron. Pobre Mahlón. Era tan joven cuando murió; todas sus esperanzas y sus sueños murieron con él y ningún hijo llevaría su nombre. Pero no podía permitir que esos pensamientos la mortificaran. Solo la debilitarían y así no sería útil para Noemí, quien la necesitaba desesperadamente. Era bueno ser necesaria y útil.

Tomó aliento.

—Es primavera, madre. ¿Sientes el aroma de las flores?

—No tenemos lo necesario para celebrar la Pascua —dijo Noemí sombríamente.

—Volveré a Belén y compraré todo lo que nos hace falta.

—¿Con qué? ¿Mendigarás? ¿Te prostituirás? Ellos no te darán nada. Ya viste cómo te miraron. Sabes cómo se comportaron.

—Nos quedan algunas monedas.

Noemí la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y qué haremos cuando se nos acaben?

—El Señor nos ayudará.

—¡El Señor se olvidó de nosotras! —Noemí recorrió la cueva con la vista—. ¡Se olvidó de mí! —Se cubrió el rostro con el chal y lloró amargamente.

Rut apretó fuertemente los labios hasta que estuvo segura de que no se pondría a llorar con ella. Tenía que ser dulce pero firme.

—Estamos en casa, madre. Estamos de vuelta en tu pueblo. Dios sí nos ayudará. Nos ayudó a llegar aquí y nos ayudará a sobrevivir. —Apoyó su mano sobre la rodilla de Noemí—. Dijiste que debíamos confiar en Dios y eso haremos. Dijiste que debíamos amarlo con todo nuestro corazón, nuestra alma y nuestras fuerzas. Y así lo haremos. —Su voz se quebró suavemente—. Ahora, por favor, dime: ¿qué necesitamos para la Pascua?

Noemí bajó el chal y descubrió su rostro impregnado de lágrimas.

—No puedo ni recordarlo, Rut. Pocos años después de mudarnos a Moab, Elimelec dejó de celebrar los días festivos del Señor. Y yo no pude.

Rut se sentó al lado de ella, le tomó la mano y se la acarició.

—Ya lo recordarás. Dime cómo era en tu niñez.

Mientras Noemí hablaba, se relajó y recordó.

—Necesitaremos una pierna de carnero, hierbas amargas, una cebolla, una vela y grano. El Festival de los Panes sin Levadura comienza al día siguiente. Se necesitará todo lo que...

—Tenemos lo suficiente.

—¿Qué haremos cuando ya no tengamos nada?

—Vivamos solo este día. Dios se ocupará del día de mañana.

Noemí sacudió la cabeza, llorando.

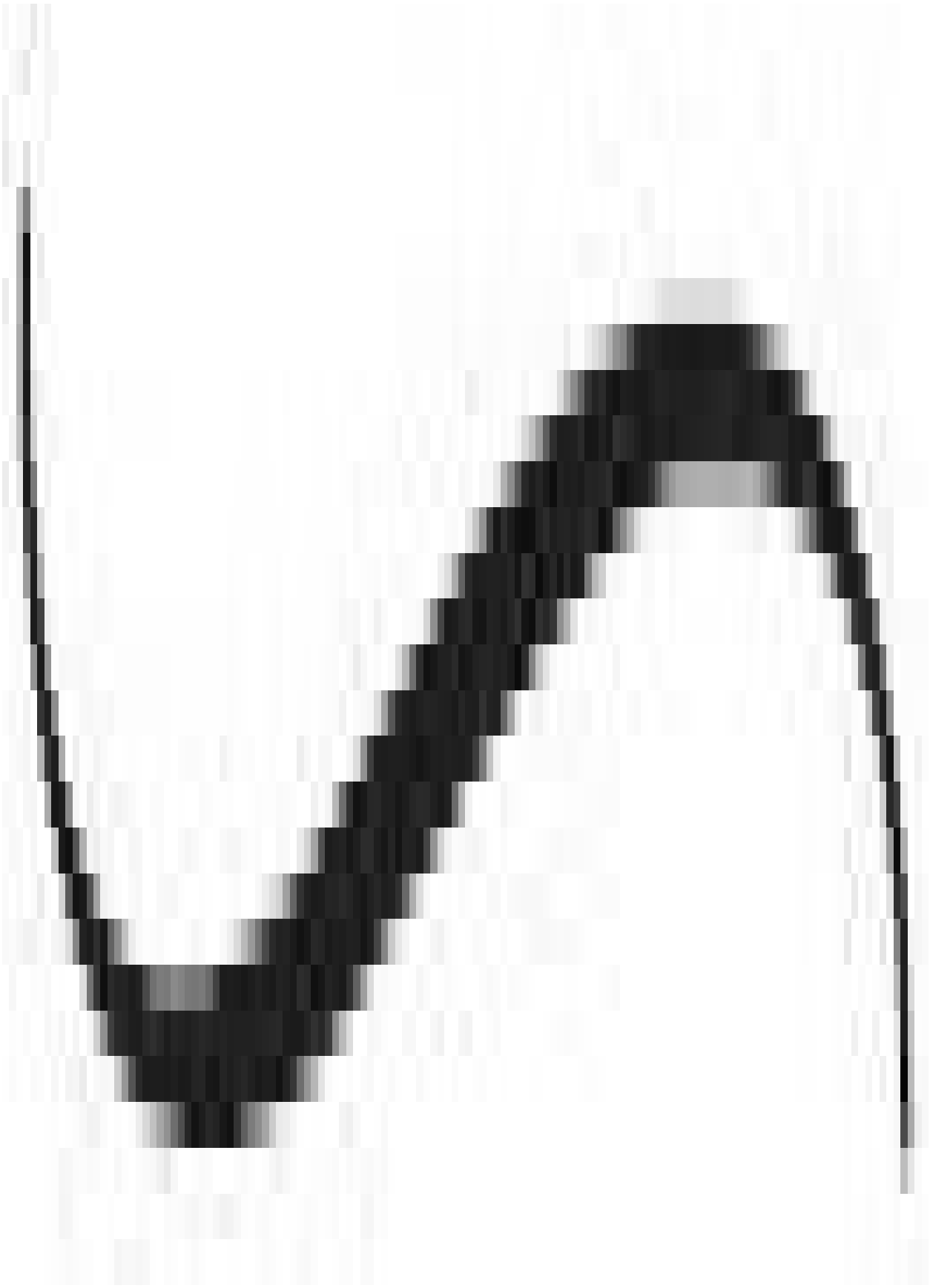
—¿Dónde aprendiste semejante fe?

Rut le sonrió:

—¿Dónde más? De ti.

Rut regresó a Belén, compró lo que necesitaban con las pocas monedas que le quedaban —las monedas que habían adornado su tocado de novia— y volvió. Cuando caminaba por el pueblo, llenó el odre con agua.

El agua era gratis.



Al día siguiente a la Pascua, Rut le dio a Noemí lo último del grano tostado.

—Volveré a Belén a comprar algunas provisiones.

—¿Con qué? No tenemos nada.

—Tengo esto. —Se quitó dos brazaletes delgados de oro.

—Oh, no. ¡Mahlón te los regaló!

—Mientras viva, jamás olvidaré a Mahlón. —Besó la pálida mejilla de Noemí —. ¿Querría tu hijo que pasáramos hambre? Ahora, descansa. Volveré lo antes que pueda.

Durante todo el camino, la preocupación atormentó a Rut. ¿Cómo haría para mantener a su suegra cuando el dinero se terminara y no le quedara nada para vender? Mientras caminaba hacia el mercado, oró incesantemente. Señor, no sé qué hacer. Ayúdame a cuidar a mi suegra. Rut regateó con cuatro comerciantes hasta que consiguió el precio que quería por sus brazaletes. Luego, regateó más aún para rebajar el precio de unos dátiles, de una tinaja de aceite de oliva, un efa de grano tostado y una manta extra para Noemí, que había tiritado durante la noche. Sus compras le costaron todo lo que tenía.

Sabía que otras mujeres en su misma situación habrían recurrido a la prostitución, pero ella prefería morir que causar semejante humillación a sí misma o a Noemí. ¿No les quedaría otro recurso que sentarse a la puerta de la ciudad a mendigar limosna? Ella era joven y su condición física era buena. Quizás podría venderse como esclava y darle el dinero a Noemí. Pero ¿qué sería de Noemí cuando se le acabaran los veinte siclos? Tenía que haber otra manera.

Señor, ¿qué debo hacer? Haré cualquier cosa que se ajuste a Tu ley por el bien de Tu sierva Noemí. Pero apenas tenemos lo suficiente para mantenernos unos días más. Muéstrame la manera de mantener a mi suegra sin causarle más vergüenza.

Cuando Rut se detuvo junto al pozo para recargar el odre, vio que varias mujeres decoraban las puertas de sus casas. Aunque miraron varias veces hacia donde ella estaba, ninguna la saludó. Rut cambió de mano las cosas que llevaba para

poder cargar el odre con agua y emprendió el camino de vuelta hacia la cueva.

—Las mujeres estaban colgando guirnaldas de hojas —le dijo a Noemí cuando llegó.

—Están preparándose para el Festival de la Primera Cosecha.

—¿Hay muchos festivales? —Se preguntó Rut en voz alta. En silencio, se preocupó por cómo proveería lo necesario. Ay, Señor, Señor, ¿qué debo hacer? Ya estoy derrotada.

—Siéntate un rato conmigo y te hablaré de las festividades del Señor —dijo Noemí.

Rut se sentó en la entrada de la cueva pequeña, donde podía protegerse del sol.

—Llegamos a Belén en la época que celebramos cuatro festivales del Señor —dijo Noemí—. Hay siete festivales anuales. Ya hemos celebrado la Pascua y ahora estamos empezando los seis días del Festival de los Panes sin Levadura. La cebada es el primer cultivo que debe ser cosechado y ya está lista para ser recogida; por eso, las mujeres están haciendo los preparativos para el tercer festival, el Festival de la Primera Cosecha. Elegirán hombres para que corten los tallos de cebada para la procesión. Llevarán los tallos al sacerdote, quien los presentará ante el Señor. Cincuenta días después de eso, celebraremos el cuarto festival, el Festival de las Semanas, cuando comenzará la cosecha del trigo. Hornearemos dos hogazas de pan con harina fina y levadura para que el sacerdote los presente al Señor en el lugar santo.

El trigo era muy costoso. Rut desvió la mirada porque no quería que su suegra sospechara su angustia. Noemí no debía saber cuán grave era su situación. Solo le causaría más aflicción.

—Después, habrá tres festivales más para el Señor —dijo Noemí—. El Festival de las Trompetas, el Día del Perdón y el Festival de las Enramadas. —Siguió explicando.

Rut trató de mantenerse atenta y absorber todo lo que Noemí estaba enseñándole, pero era demasiada información para su cabeza, que estaba enturbiada por las preocupaciones. Dentro de cincuenta días, ella y Noemí no tendrían que preocuparse por preparar el banquete porque estarían muertas de

hambre. No le quedaba nada por vender, no tenía manera de ganar dinero ni oportunidad alguna de trabajar. No habría trigo para hacer los panes para el Señor, mucho menos para comer.

—La ley guía nuestra vida —dijo Noemí—. Cuando nos alejamos, el Señor nos disciplina. Como he sido disciplinada yo.

Rut quería cubrirse el rostro y llorar. En lugar de eso, se quedó sentada en silencio, mirando hacia afuera y ocultando su agitación interna. Oh, Señor, Señor... Ni siquiera sabía cómo orar. Quizás hubiera palabras especiales, abluciones, ofrendas, algo que ayudara a que su oración fuera escuchada. Oh, Dios, ten misericordia. Quiero agradarte. Quiero servir a esta mujer a quien amo y quien Te ama tanto. Por favor, Te lo suplico. Muéstrame qué hacer.

Noemí extendió la mano.

—¿Ves este campo improductivo? Alguna vez estuvo repleto de trigo. Elimelec lo trabajó con sus propias manos y la tierra prosperó. Recuerdo cómo el viento soplaba suavemente sobre los tallos; parecía que el campo se movía en olas doradas. Teníamos mucho. La vida era muy buena. Durante aquellos primeros años había tanto que a Elimelec no le molestaban los cosechadores. No fue hasta un tiempo después que empezó a no dejarlos venir a trabajar, sino que juntaba cada tallo hasta el límite de su tierra. —Noemí frunció el ceño—. Quizás fue por eso que...

—¿Cosechadores? —Rut se inclinó hacia adelante.

Noemí se recostó contra la piedra.

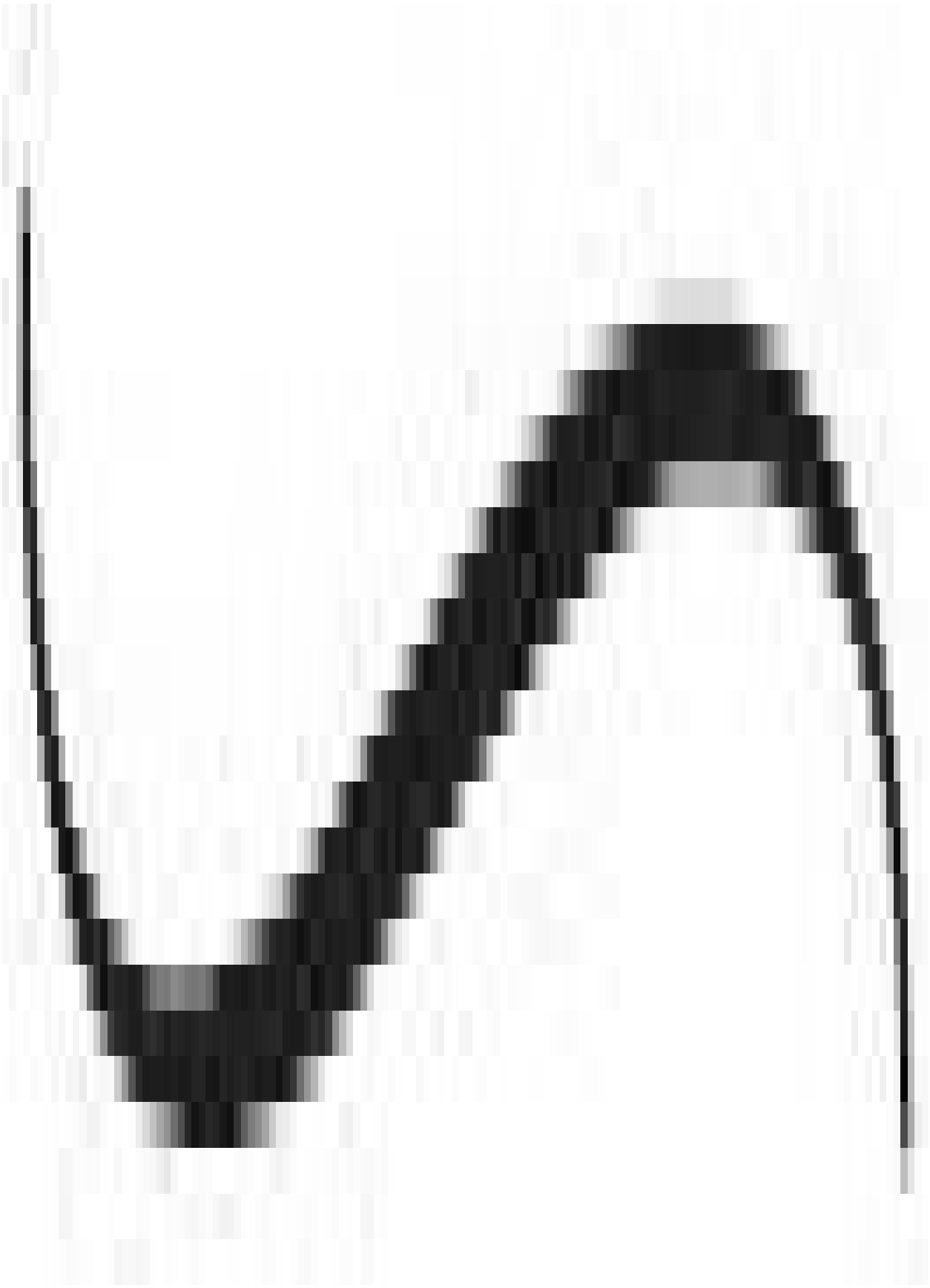
—El Señor ordenó que nadie cosechara hasta los bordes o las esquinas de su campo. El grano que crece ahí se deja atrás para que lo recojan los pobres. —Volvió a mirar hacia el campo, preocupada y perdida en sus pensamientos—. Cuando todo se hace de acuerdo con lo que indica el Señor, nadie pasa hambre.

Rut cerró los ojos, aliviada, y bajó la cabeza. Oh, Jehová, realmente eres un Dios de misericordia. Su corazón se llenó de gratitud y se le cerró la garganta con lágrimas ardientes. No se había dado cuenta de lo asustada que había estado por el futuro hasta este momento, cuando sintió que renacía la esperanza. ¡Dios no las había abandonado! Casi se rio de su ignorancia. Había crecido en una ciudad y no sabía nada sobre las costumbres de los agricultores. Se había criado bajo la

sombra de Quemos, un dios falso que recibía y nunca restituía nada. Y ahora, aquí estaba el Dios que amaba a Su pueblo y que proveía para ellos... hasta para los más pobres, los abatidos y los de espíritu quebrantado.

Ciertamente, Jehová, ¡eres un redentor compasivo y un protector benévolo! Debería haber recordado cómo nos protegiste a cada paso del viaje desde Kir-hareset, cruzando las montañas hasta Belén. Perdóname, Señor; perdona a Tu sierva insensata. ¿Cómo pude creer que nos traerías tan lejos solo para dejarnos morir de hambre?

Sonriendo, Rut levantó la cabeza y se llenó los pulmones de aire, con el corazón hinchado de gratitud y de una rara sensación de completa libertad.



Y las mujeres decían...

—Pobre Noemí. ¿Recuerdan cómo se reía y se sentía tan segura?

—Demasiado segura, si me lo preguntas.

—Elimelec no fue el único hombre que quiso casarse con ella.

—¿Recuerdan lo guapo que era?

—Noemí tiene un año menos que yo y parece tan vieja.

—Y está tan flaca.

—El luto hace eso. Un marido y dos hijos muertos. Vaya.

—Dios debe estar castigándola.

—Lo único que se ganó por estar todos esos años en Moab es esa muchacha que vino con ella.

—Que luce tan extranjera.

—Con esos ojos tan oscuros.

—Han oído de las mujeres moabitas...

—No, ¿qué escuchaste?

Se juntaron más, susurrando, haciendo ruidos de sorpresa, sacudiendo la cabeza.

—Noemí debería enviar de vuelta a esa muchacha a Moab donde pertenece. Aquí no queremos a las de su tipo.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero ¿quién de nosotras acogerá a Noemí?

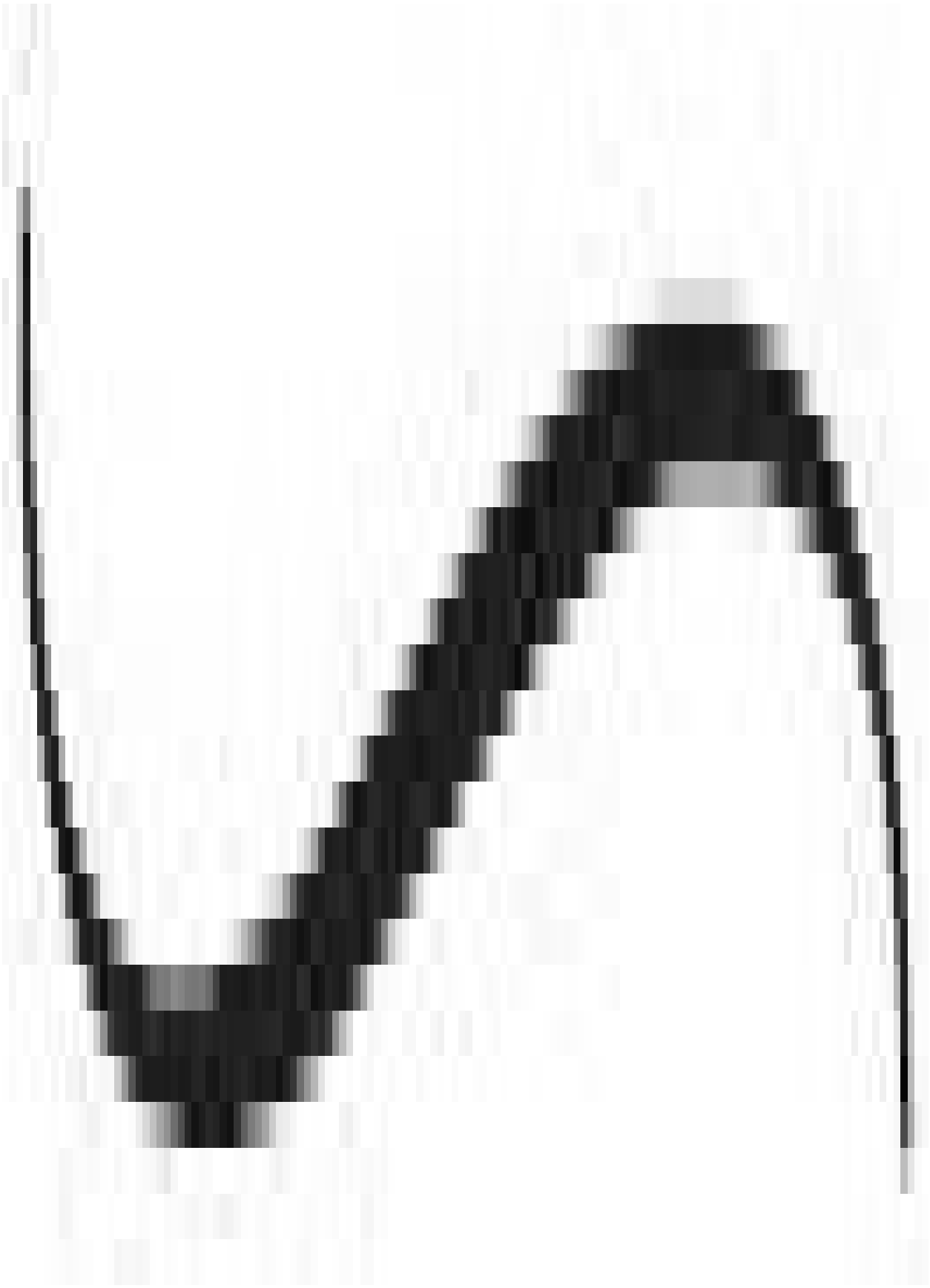
—Bueno, ¡yo no puedo!

—Yo tengo apenas para alimentar a mi propia familia.

—Yo no tengo lugar.

—Entonces, ¿qué sucederá con ella?

—Dios la cuidará.



Al día siguiente del Festival de la Primera Cosecha, Rut se levantó y le pidió permiso a Noemí para salir a los campos a recoger el grano sobrante.

—No todos te recibirán bien, Rut —le dijo Noemí, alarmada.

—Pero la ley permite...

—No todos le hacen caso a la ley. Mi esposo y mis hijos...

—Debo ir, madre. Es la única manera.

—Pero tengo miedo por ti. En los campos hay hombres que intentarán aprovecharse de ti. No verán nada malo en abusar de una moabita.

—Entonces trabajaré al lado de las mujeres.

—Ellas no serán mejores. No sé qué haría si algo te sucediera.

Rut la abrazó y la besó.

—Oraré y le pediré a Dios que me cuide, que Él sea mi escudo protector. —Sonrió mirando a Noemí a los ojos, que evidenciaban su temor—. Tal vez Dios me lleve al campo de algún hombre amable que me permita recoger el grano suelto que dejen sus cosechadores. Ora por eso.

—Tienes que estar alerta.

—Lo haré.

—No le des la espalda a nadie.

—Tendré cuidado.

—Está bien, hija mía, ve —dijo Noemí al fin.

Rut anduvo por el camino y entró al primer campo donde unas recolectoras estaban trabajando, pero no se quedó más que unos minutos. Una recolectora le arrojó una piedra. Rut lanzó un grito cuando la piedra la golpeó en la mejilla. Salió del campo rápidamente a tropezones, mientras escuchaba que las mujeres

gritaban: «¡Sal de aquí, ramera moabita! ¡Vuelve a tu tierra!». Conteniendo la sangre que chorreaba de su mejilla, Rut siguió caminando. Las cosechadoras del campo siguiente no fueron más amables.

—¡Ramera moabita! ¡Vuelve con tu gente y no te metas a nuestros campos!

—¡Y mantente lejos de nuestros hombres!

Cuando estaba entrando en otro campo, los obreros la miraron lascivamente.

—¡Ven aquí, bonita! —le gritó un capataz—. Necesito un revolcón en el heno. —Los otros hombres se rieron a carcajadas.

Rut volvió rápidamente al camino con el rostro encendido, mientras los hombres y las mujeres se reían. Siguieron gritándole insultos y haciéndole bromas sobre las moabitas mientras ella se alejaba corriendo.

Caminó y caminó, pasando por campos de trigo que aún no estaban listos para la cosecha. Finalmente llegó a otro campo de cebada, donde los hombres tenían las túnicas aprestadas para el trabajo y ejercían sus guadañas. Las mujeres iban detrás de ellos, juntando los tallos de cebada y atándolos en gavillas. No había cosechadoras. Desalentada, Rut se preguntó si eso era una seña de la actitud del dueño hacia los desamparados. Solo esperaba que la ausencia de cosechadoras fuera por la distancia considerable que había desde este campo hasta Belén. Miró alrededor con cautela. Seguramente el dueño del campo tenía algo de compasión, pues había construido un refugio para que sus trabajadores pudieran descansar. Algunos hombres y mujeres que estaban en el campo cantaban mientras trabajaban.

Tragándose el miedo, Rut se acercó al encargado que estaba de pie cerca del refugio. Era un hombre alto y de complexión fuerte, con un semblante solemne. Con las manos apretadas y la mirada hacia el suelo, Rut se inclinó ante él.

—Mis respetos, señor.

—¿Qué quieres, mujer?

Con el corazón palpitándole fuertemente, ella se incorporó y vio cómo la recorría seriamente con la mirada. ¿Le negaría el derecho a espigar porque era extranjera?

—He venido a pedirle permiso para recoger los tallos que dejan los cosechadores. —Si era necesario, se lo suplicaría.

Frunció el ceño y se quedó callado, considerando lo que le había pedido. Luego, asintió y señaló:

—Encontrarás más grano para ti si recoges en las esquinas y al borde del campo.

Una sensación de alivio recorrió el cuerpo de Rut. Soltó el aliento bruscamente y sonrió.

—¡Gracias, señor! —Se agachó nuevamente—. ¡Gracias!

Él parecía tan sorprendido, que ella se sonrojó y enseguida volvió a bajar la cabeza.

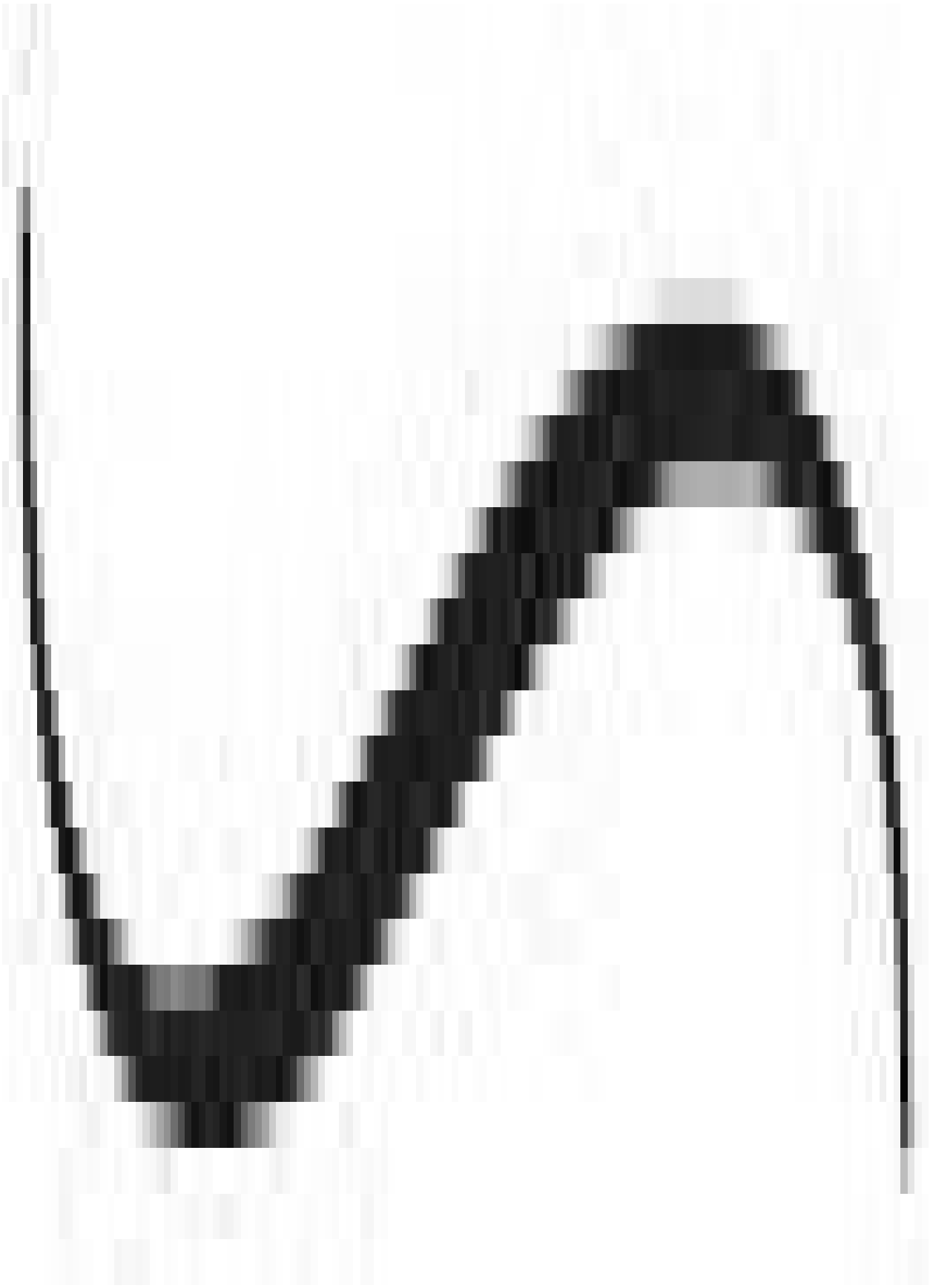
—Mantente alejada de los trabajadores —dijo él cuando ella se iba.

—Sí, señor. —Hizo una reverencia nuevamente—. Gracias por su bondad, señor. — Mientras se alejaba aprisa, sintió que él se quedaba observándola. Las segadoras notaron su presencia cuando se iba apresuradamente al extremo más alejado del campo. Una mujer que recogía las espigas que dejaban los segadores la miró y le sonrió. Nadie la insultó ni le arrojó una piedra. Nadie le gritó propuestas indecentes ni ofensas. Los trabajadores de este campo la dejaron tranquila. Siguieron con sus propias tareas y se pusieron a cantar otra vez.

Aliviada y agradecida, Rut empezó a trabajar. Sin herramientas, tuvo que desprender las espigas de cebada con las manos. Pronto sus dedos se llenaron de ampollas. Trabajó hora tras hora mientras el sol caía, ardiente e intenso. Se sintió mareada por el calor y el esfuerzo y se sentó a la sombra de un árbol cerca del hito de piedra hasta que hubo descansado lo suficiente para volver a trabajar. Seré como la hormiga, que almacena provisiones de grano durante los meses de la primavera y el verano para tener comida para pasar el invierno, pensaba, sonriendo mientras trabajaba. Cada hora era importante, y se abocó al trabajo, agradecida de que le hubieran otorgado la libertad para hacerlo.

Las canciones de las segadoras le levantaban el ánimo. «La tierra es del Señor en toda su plenitud... el creador del cielo y de la tierra... soberano sobre todas las cosas... quien nos liberó del faraón... santo es Tu nombre...».

Rut tarareaba mientras trabajaba, y cuando aprendió la letra, cantó con ellas.



Booz había revisado el trabajo en todos sus campos de cebada, excepto uno. Iba a caballo por el camino, levantando la mano para saludar a quienes reconocía que supervisaban o trabajaban en los campos. Algunos ancianos sentados junto a la puerta hicieron un gesto con la cabeza al verlo, preguntándose por qué siempre sentía la necesidad de pasar tanto tiempo en los campos con sus obreros. Sus encargados le habían demostrado que podía confiar en ellos. ¿Por qué no dejaba la tarea en sus manos y se sentaba a conversar con los de su posición? Ellos nunca entenderían por qué disfrutaba de ser parte de la cosecha y no se limitaba a aparecer para la celebración al final.

Él había trabajado en los campos de su padre cuando los cultivos se multiplicaron cuatro veces. Y había trabajado en los campos de joven, cuando el hambre azotó el país. De seguro, había sido gracias a la misericordia de Dios que él prosperaba, mientras que otros pasaban días difíciles. Muchos habían vendido sus tierras y se habían marchado a buscar una vida mejor a otras partes. En lugar de arrepentirse y volverse a Dios, cayeron en la desesperación y siguieron adelante, orgullosos y tercos mientras se postraban frente a los baales y Asera.

Elimelec se había ido de esa manera. Booz había tratado de hacerlo entrar en razón, pero el hombre nunca había escuchado a nadie, ni siquiera a un familiar cercano.

—¿Para qué sirve la Tierra Prometida, cuando no produce grano? —El razonamiento de Elimelec no parecía ver que Dios les había dado la espalda porque Su propio pueblo le había sido infiel.

—Deja de postrarte ante los baales y quédate aquí, Elimelec. Piensa qué es lo mejor para tus hijos. Trabaja tu tierra. Seguramente, si le eres fiel, el Señor te bendecirá —lo había exhortado Booz.

—¿Fiel? Le he entregado los sacrificios. Le he dado ofrendas.

—Lo que Dios desea es un corazón contrito.

—¿Por qué debería estar contrito cuando he hecho todo lo que se suponía que debía hacer? ¿De qué me sirvió? Aquí estás, Booz, pensando que eres mejor judío que yo. Lo único que tienes mejor que yo es esa tierra.

Elimelec nunca logró ver sus bendiciones.

Booz no quería pensar en el pasado, pero ahí estaba, removiendo sentimientos olvidados en su interior, sentimientos que creía haber asfixiado a fuerza de trabajar arduamente. Pero eran como el hisopo que crecía de la pared de piedra. ¿De qué le servía repasar las palabras duras que se habían dicho veinte años atrás? ¿De qué le servía revivir el dolor y la frustración de tratar de ayudar a otro antes de que atrajera el desastre sobre sí mismo? Elimelec no pudo reconocer con cuántas riquezas lo había bendecido Dios, aun durante los años del hambre. Había sido poderosamente bendecido, pero estaba ciego para verlo. Booz había tenido charlas extensas y duras con él, y lo único que había conseguido era una relación rota y rencor de parte de su primo. Después de todos los años que habían pasado, Booz aún recordaba como si hubiera sido esa misma mañana la vez que se quedó parado junto a la puerta de la ciudad, viendo que Elimelec se llevaba de Belén a Noemí y a sus dos hijos.

Ah, Noemí, la dulce y enérgica Noemí...

Él lloró ese día, aunque nadie sabía hasta qué punto llegaba su tristeza.

Desde entonces, el Señor había derramado abundancia de bendiciones en sus manos, tanta abundancia que, naturalmente, rebosó hacia otras personas necesitadas. Los largos años se llenaron de propósito y de gratitud, aunque no de la alegría que él esperaba. Siempre tenía más de lo que necesitaba y sabía que debía agradecérselo a Dios. A pesar de que el Señor le había negado lo único que le había pedido tan fervientemente en oración, Booz alababa Su nombre. Dios era soberano, y no le correspondía al hombre cuestionar ni entristecerse por lo que no podía tener. Booz se contentaba con aceptar su vida tal como era, y le daba gracias a Dios por ella.

Cuando dobló en la curva, Booz vio el campo de grano maduro que se extendía ante él. Los obreros cantaban mientras trabajaban. Booz sonrió, pues quería que sus siervos fueran felices en su trabajo y no que solo hicieran las cosas para recibir el sustento necesario para vivir. La vida debía ser abundante, y él hacía lo posible para que fuera así para quienes trabajaban para él. Ciertamente la satisfacción que los hombres y las mujeres obtenían de la comida, de la bebida y del trabajo de sus manos era un don de la mano de Dios.

Una mujer joven trabajaba en el rincón más alejado de su campo. Nunca antes la

había visto, pero por su ropa supo que no era una de las mujeres de su pueblo. Una moabita. La mayoría de las cosechadoras se quedaban a una distancia fácil de recorrer a pie desde la ciudad. ¿Por qué ella había venido tan lejos? Bajó del caballo y lo ató cerca del refugio.

—Buen día, Samas. El trabajo va bien, por lo que veo.

—Así es, Booz. La cosecha es mejor que la del año pasado.

—¿Quién es la muchacha que está allá?

—Es la joven moabita que volvió con Noemí. Esta mañana me pidió si podía recoger grano después de los segadores. Ha estado trabajando duro desde entonces, excepto por unos minutos que descansó ahí en el refugio.

¡La nuera de Noemí! Había oído hablar de ella poco después de que las dos mujeres llegaran a Belén. La gente seguía hablando de la moabita desde entonces.

—Ha recorrido un largo camino para espigar.

—Se veía como si la hubiera pasado bastante mal en otro campo.

Booz lo miró:

—Entonces, hizo bien en venir aquí. —Apoyó su mano sobre el brazo de Samas y sonrió—. Habla con los jóvenes y asegúrate de que nadie la moleste. —Salió al campo, se paró en medio de sus siervos y les habló—: ¡Que el Señor esté con ustedes!

—¡Que el Señor lo bendiga! —dijeron ellos a su vez.

Cuando se dirigió a la joven que estaba en la esquina del campo, ella dejó de trabajar e inclinó la cabeza con respeto. No lo miró a los ojos; más bien, lo saludó como una esclava saludaría a su amo. Le demostró un respeto poco común. El corazón de él se enterneció cuando vio que los tallos de cebada que tenía en la mano temblaban ligeramente.

—Escucha, hija mía —dijo suavemente—, cuando recojas grano, quédate aquí con nosotros; no vayas a otros campos. Mantente detrás de las mujeres que

trabajan en mi campo. Fíjate qué parte del campo están cosechando y síguelas. Les advertí a los jóvenes que no te molesten. Y cuando tengas sed, sírvete el agua que sacan del pozo.

Ella levantó la mirada, sorprendida.

—Gracias. —Su sonrisa la volvió muy bella.

Cuando la miró a los ojos, tuvo una sensación extraña en el pecho. Vamos, ¿qué es esto? Se sintió súbitamente avergonzado por la atracción que sintió por ella, pues tenía más del doble de su edad.

—¿Por qué es tan amable conmigo? —le preguntó con su dulce voz ronca y con acento—. No soy más que una extranjera.

Y, por lo que podía verse, la habían tratado como tal, porque tenía un moretón y una abrasión en la mejilla.

—Sí, lo sé. Pero también sé sobre el amor y la bondad que le has demostrado a tu suegra desde que murió tu esposo. —Su voz se hizo más profunda con las emociones que surgieron—. He escuchado que dejaste a tu padre y a tu madre y tu tierra natal para venir a vivir aquí, entre gente completamente desconocida. Que el Señor, el Dios de Israel, bajo cuyas alas viniste a refugiarte, te recompense abundantemente. —De seguro, el Señor había mostrado gran misericordia a quienes le pertenecían. Como había sido siempre con Noemí. Y ahora, con esta joven.

Las mejillas de Rut se sonrojaron.

—Espero seguir agradándole, señor —replicó ella—. Me ha consolado al hablarme con tanta bondad, aunque no sea tan digna como sus trabajadoras.

Notando su moretón nuevamente, le preguntó con delicadeza:

—¿Alguien te golpeó?

Ella frunció el ceño y pareció sobresaltarse. Instintivamente levantó la mano para cubrirse la marca y bajó la cabeza como para ocultarla.

—Es solo una piedrita. No me lastimó mucho. Supongo que era de esperarse.

Como si eso justificara semejante forma de tratarla.

—Será mejor que no haya sucedido en mi campo —dijo él de manera amenazante.

—Oh, no fue aquí —se apuró a decir ella—. Nadie me ha molestado desde que llegué.

Booz se entristeció de que alguno de sus vecinos la tratara con tanta crueldad.

Quería que se sintiera segura, pero no quería que ella malinterpretara sus intenciones. Era una joven atractiva y, sin duda, habría recibido las atenciones de hombres mucho más jóvenes que él.

—Siéntete cómoda entre nosotros, Rut. Aquí estás a salvo.

La dejó trabajar y, mientras se alejaba, pensó que el joven Mahlón había sido excepcionalmente sabio al elegir a esa muchacha por esposa. No todas las mujeres extranjeras eran una maldición sobre los hombres hebreos, apartándolos del Dios verdadero para que se dedicaran a la adoración lasciva y pagana. Algunas extranjeras se habían injertado en el pueblo escogido por Dios por medio de su gran fe.

Su madre, Rahab, había sido una de ellas. Había recibido a los dos espías hebreos en su casa en la muralla de Jericó. Desinhibidamente había declarado su fe en Jehová, el Dios de los hebreos. Había arriesgado su vida para alinearse con Dios y con Su pueblo. Uno de esos espías había sido su padre, Salmón. Y Dios había bendecido a ambos padres, porque se habían amado el resto de sus vidas.

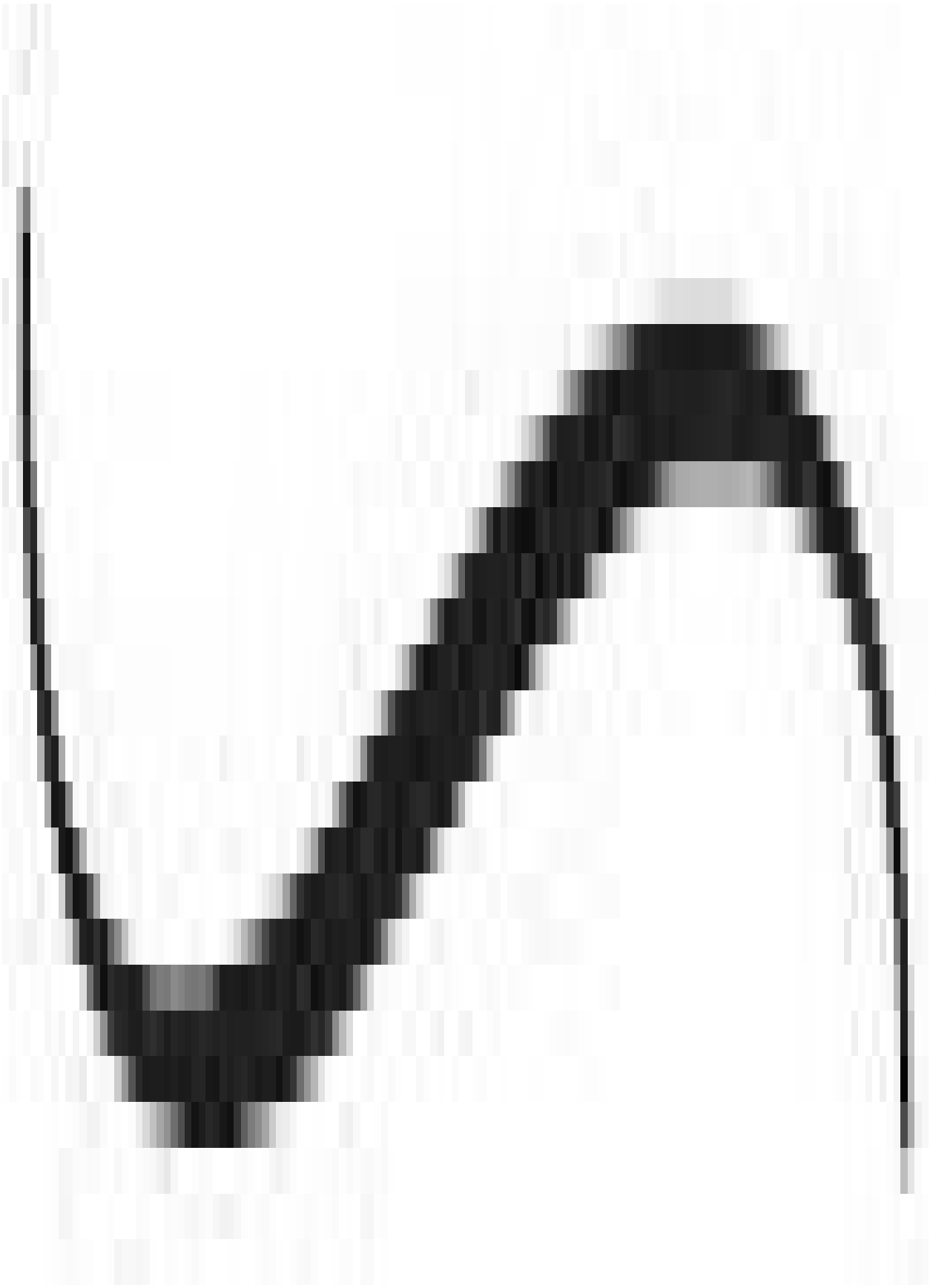
Sin embargo, Dios le había advertido a Su pueblo sobre las desgracias que causaba unirse con extranjeros. Con demasiada facilidad, los hombres dejaban que las artimañas de las mujeres los apartaran de Dios. Pero ¿qué significaba ser extranjero? Seguramente esta joven moabita era parte del pueblo de Dios. Había declarado su fe al darle la espalda a la vida en Moab y venir a Belén con Noemí. Esta muchacha era como la madre de Booz, quien había sido una roca firme de fe entre una montaña de gravilla suelta. Booz solía preguntarse si no era la fe —y no solo la sangre hebrea— lo que proclamaba que uno era elegido por Dios. Pues verdaderamente era, y siempre había sido, Dios quien seleccionaba a quienes le pertenecería.

Pero quizás se trataba simplemente de la vieja herida que surgía en su interior, y Booz estaba racionalizando y justificando la elección de su padre. Incluso después de todos los años transcurridos, sentía el dolor del rechazo. ¿Acaso no lo habían rechazado como pretendiente por ser mitad cananeo? Entre los del pueblo de Dios había quienes creían que el linaje de Abraham era lo único que contaba para ser justo y que la fe era una mera consecuencia de la sangre.

Booz se detuvo un momento al borde de su campo y contempló a la joven que espigaba detrás de sus segadoras. Recogía un tallo aquí, otro por allá, y los sostenía en sus brazos. Su ropa comunicaba que era una joven de ciudad. Sin embargo, estaba aquí en el campo, realizando una tarea agotadora bajo el calor del sol, agradecida de tener la oportunidad de hacerlo. ¿Y para qué trabajaba tanto? Para mantener a su suegra hebrea. ¿Haría alguna de las jóvenes de su propio pueblo semejante acto por alguien que no fuera del linaje de Abraham?

Algo se agitó en su interior, una mezcla de dolor y de placer al mismo tiempo. ¿Cuánto hacía que no sentía este anhelo? Se rio de sí mismo y se dio vuelta.

Qué pena que Rut fuera tan joven y él, tan viejo.



Rut escuchó que una voz masculina la llamaba por su nombre. Cuando levantó la mirada, vio a Booz parado frente al refugio, haciéndole señas para que se acercara.

—Ven aquí y sírvete un poco de nuestra comida. Puedes mojar tu pan en el vino si gustas.

Su corazón latió fuertemente mientras cuidadosamente armaba una gavilla con lo que había espigado y lo dejaba donde había estado trabajando. La sorprendía que un hombre de su posición le prestara atención a una extranjera sucia y sudorosa y, mucho más, que la invitara a compartir una comida con sus trabajadores. Antes de entrar en el refugio, se lavó las manos en el agua provista. La cohibían las miradas curiosas de sus trabajadores. Los hombres la examinaron desde el dobladillo de su vestido hasta la punta de su cabeza, mientras las mujeres murmuraban entre ellas.

—¿Puedo sentarme aquí? —preguntó al ver un lugar libre entre las criadas.

La muchacha más cercana se movió.

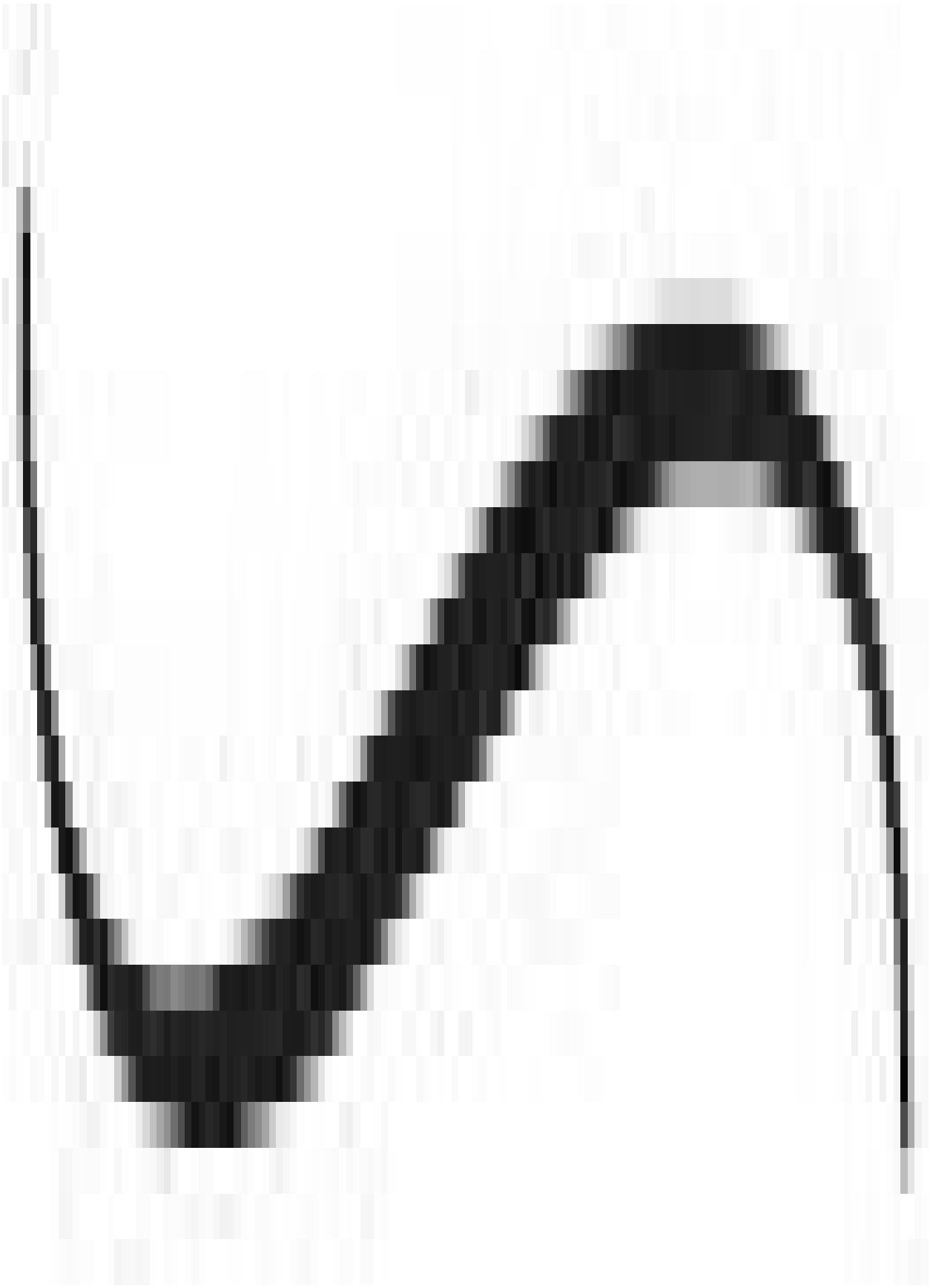
—¿Podría decir que no, cuando el amo te ha invitado?

Rut se ruborizó. Cuando tomó asiento, notó cómo se movió nuevamente la muchacha, distanciándose más de ella. Mientras Booz bendecía la comida, ella cruzó las manos sobre su regazo, inclinó la cabeza y cerró los ojos. Cuando terminó, los que la rodeaban se pusieron a charlar nuevamente. No hicieron ningún intento por incluirla en su conversación, ni ella esperaba que lo hicieran. La sorprendió ver que el amo les servía personalmente a sus trabajadores. Cuando Booz llegó a ella, le dio una doble ración. Rut levantó la vista, sorprendida, y lo vio fruncir el ceño al observar sus manos. Ella las retiró y volvió a entrelazarlas debajo de la mesa. ¿Había quebrantado alguna norma de buena educación? Cuando se atrevió a levantar la vista, los demás miraron hacia otro lado y hablaron entre sí. Estaba tan hambrienta que el estómago le rugió fuertemente y se sintió más avergonzada aún. Booz le había dado más que suficiente para satisfacer su hambre. Guardó la mitad de su doble ración de pan en el chal para Noemí, y luego partió una parte de la segunda ración y la mojó en el vino.

Poco a poco, los susurros de curiosidad disminuyeron en la medida que las mujeres a su alrededor charlaban y reían, al igual que los jóvenes que estaban en la otra parte del recinto.

Rut observó discretamente a Booz, quien estaba sentado con su encargado. A pesar de la desigualdad social que había entre ellos, hablaban con la comodidad de los buenos amigos. El encargado era lo suficientemente joven como para ser hijo de Booz. Era un hombre atractivo, fornido, y de cabello y ojos oscuros. Booz era simple. Su cabello y su barba tenían mechones grises; los dos bucles gruesos en sus sienes eran blancos. No era atractivo de ninguna manera que llamara la atención. Sin embargo, su bondad hacía que el corazón de Rut se enterneciera por él. Sus cuidados cariñosos la conmovían en lo profundo de su ser. Cuando él giró brevemente la cabeza y la miró, ella bajó la vista nuevamente. No era apropiado que estuviera observando a ningún hombre, mucho menos a uno que estaba tan por encima de su condición. Cuando desvió la mirada, se dio cuenta de que varios jóvenes la observaban sin disimulo. Uno le sonreía ampliamente. Ella apartó la vista rápidamente para que se diera cuenta de que su atención no era bien recibida.

Después de comer no se entretuvo con los demás, sino que volvió rápidamente al campo, a recoger grano en el rincón alejado donde no pudiera irritar a las criadas ni atraer el interés no deseado de los segadores.



Booz llevó a Samas a un costado antes de que los segadores volvieran a los campos.

—Los jóvenes se han fijado en la moabita.

Él rio suavemente.

—Cualquier hombre vivo se fijaría en ella.

—Encárgate de que nadie se aproveche de ella.

La sonrisa de Samas se desvaneció.

—Por supuesto. —Asintió.

Booz apoyó una mano sobre el brazo del encargado.

—Yo sé que no permitirías que la maltrataran, pero hay algunos, incluso entre nuestros trabajadores, a quienes evidentemente los perturba la presencia de una moabita.

—Las muchachas. —Torció la boca.

Booz le quitó la mano del brazo.

—¿Te diste cuenta de que tenía los dedos en carne viva y sangrantes?

Frunciendo el ceño, Samas miró al campo, hacia donde Rut estaba trabajando.

—No tiene las herramientas para este trabajo.

—Precisamente. Cuando me vaya, ve allá y dile que recoja detrás de los obreros. Dale a esta mujer el tiempo y la oportunidad de demostrar lo que vale.

Luego, Booz convocó a los hombres más jóvenes. Cuando se reunieron alrededor de él, miró a cada uno a los ojos.

—Todos han notado a la joven espigadora que está entre nosotros. Se llama Rut y trabaja para mantener a su suegra, Noemí, la esposa de nuestro hermano

Elimelec. Déjenla recolectar grano directamente entre las gavillas y no se lo impidan. Y arranquen algunas cabezas de cebada de las gavillas y déjenlas caer a propósito para ella. Déjenla recogerlas ¡y no la traten mal! Cualquier cosa que le hagan a esta joven, me la hacen a mí.

Advertidos de esta manera, los segadores volvieron al campo. Booz montó su caballo.

—Quédate tranquilo en cuanto a la moabita, Booz —dijo Samas—. Todo se hará de acuerdo con tu voluntad.

Booz echó un vistazo a su campo, a los segadores y los cosechadores que cortaban y juntaban las gavillas. Amaba a los suyos, y quería que se comportaran honradamente con los menos afortunados. Rut trabajaba sola.

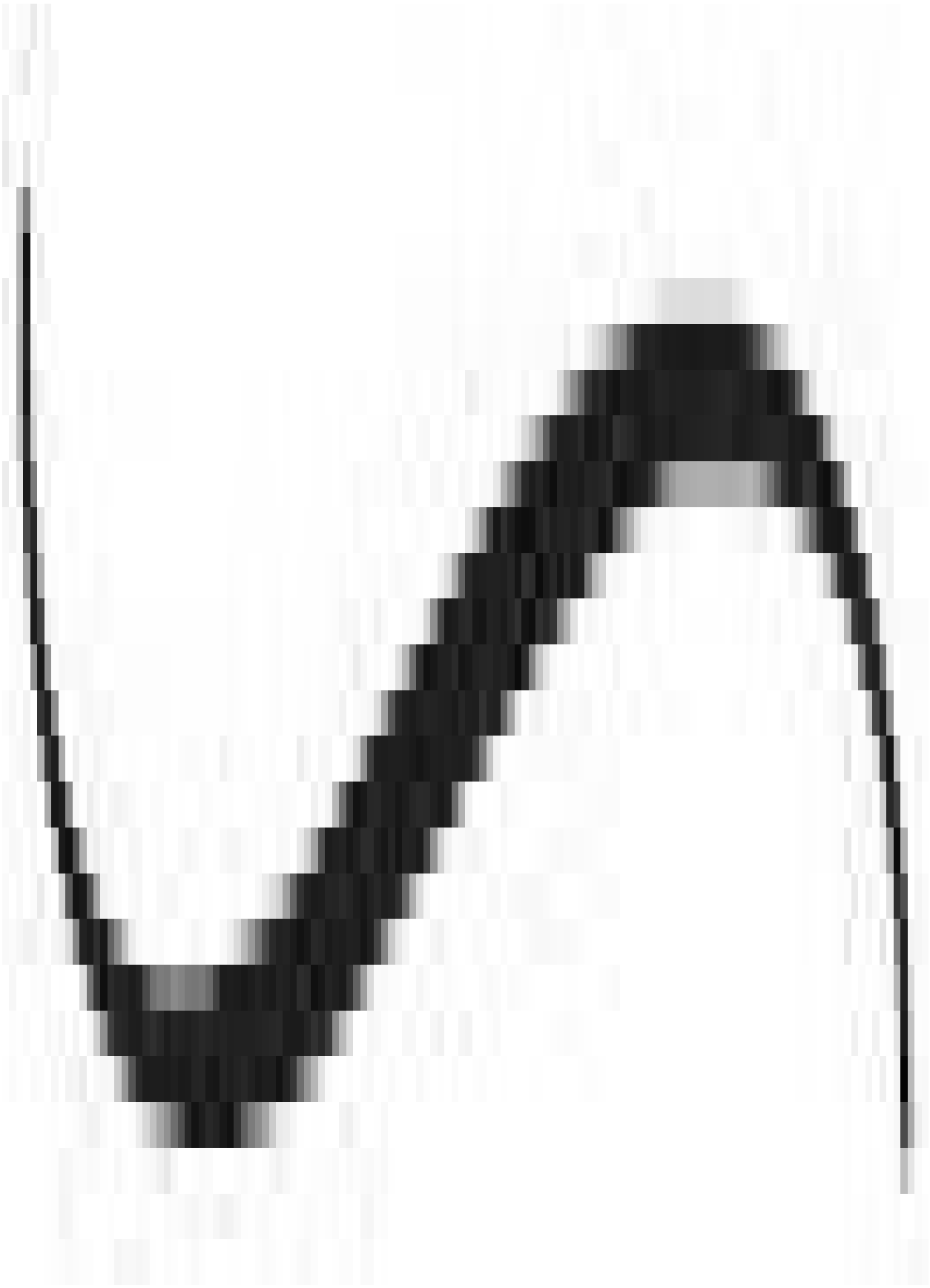
—Quizás Dios haga brillar Su rostro sobre ella y le dé un esposo joven entre nuestra gente. —Miró a Samas y sonrió—. Que Dios esté contigo, amigo mío.

Samas sonrió.

—Y contigo, Booz.

Mientras Booz se alejaba a galope, mantuvo los ojos fijos en el camino que lo conduciría de regreso a Belén y se negó a sí mismo el placer de voltear para mirar a la joven moabita que trabajaba en su campo. En lugar de eso, le agradeció a Dios la oportunidad de ayudarla y, por consiguiente, de ayudar a otra persona que le importaba muchísimo.

La dulce y alegre Noemí, la muchacha que alguna vez había deseado por esposa.



Rut se enderezó y observó a Booz mientras se alejaba a caballo.

—Señor, por favor bendice a este hombre por lo bondadoso que es conmigo y con mi suegra. Hazlo feliz en su vejez. —Sonriendo, volvió a agacharse para espigar.

El encargado vino hacia ella; Rut hizo una pausa en su trabajo e inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Debo darte instrucciones de parte de Booz —dijo él—. Espigarás entre los trabajadores. Ellos no te molestarán.

Ella miró a lo lejos el camino por el que se había ido Booz.

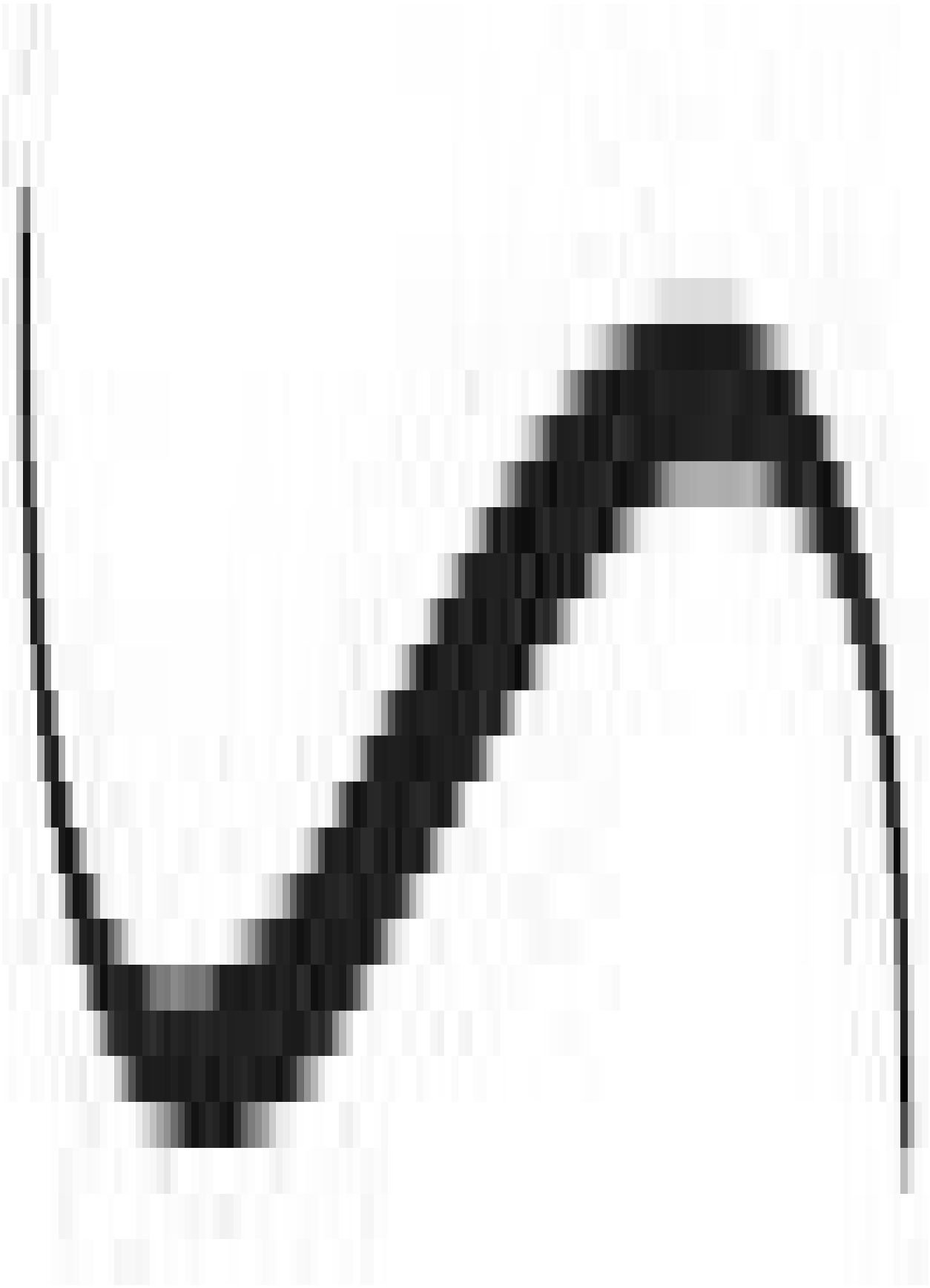
—Nunca conocí a alguien tan amable.

—Hay pocos como Booz. —Sonrió levemente—. El Señor te trajo a su campo. Y que el Señor siga guardándote. —Hizo un gesto con la cabeza hacia las demás trabajadoras—. Ve y trabaja con ellas.

Las mujeres cantaban mientras trabajaban. «El Señor es mi fuerza, mi canción y mi salvación. Él es mi Dios, y yo lo alabaré. Él es el Dios de mi padre ¡y lo exaltaré! El Señor es un guerrero; ¡Jehová es su nombre!». Rut asimiló rápidamente las palabras y se puso a cantar con ellas. Las mujeres la miraron sorprendidas. Varias sonrieron. Una a propósito desprendió las cabezas de cebada y las dejó caer para ella. Rut juntó las palmas de sus manos e inclinó la cabeza con profunda gratitud.

Trabajó hasta el atardecer y, entonces, sacudió la cebada. ¡Tenía media fanega de grano!

«Seguramente has sido Tú, Señor, quien me ha dado tanto». Llena de una sensación de alegría y satisfacción, anudó las puntas de su chal y subió el grano sobre su espalda. Se puso en marcha hacia la ciudad de Belén y a la pequeña cueva donde Noemí la esperaba.



Y los hombres decían...

—Es la primera vez que veo que Booz se interese tanto en una espigadora.

—Siempre ha sido bueno con las espigadoras.

—Ella tuvo que ser muy valiente para llegar hasta aquí.

—Me parece que debe haber ido a otros campos. ¿Vieron el moretón que tenía en la cara?

—¿Sabían que está espigando para una de nuestras viudas?

—No.

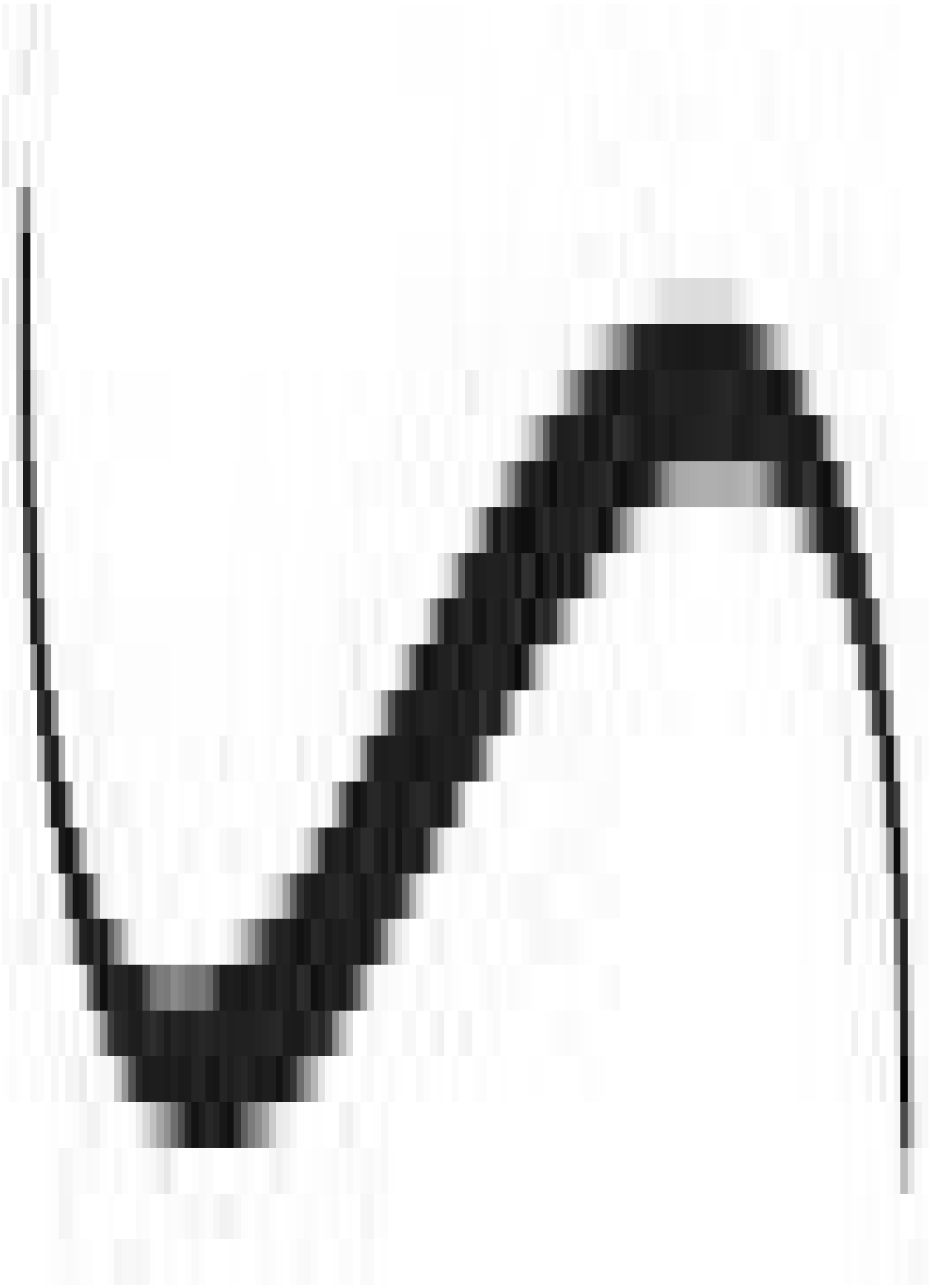
—Probablemente haya un montón de personas que no saben por qué está aquí.

—¿Y eso justifica que le lancen piedras? La ley es clara acerca de los espigadores.

—Y es clara acerca de las mujeres extranjeras.

—La madre de Booz era una extranjera.

—Les sugiero que nos concentremos en nuestro trabajo y nos ocupemos de nuestros propios asuntos.



Y las mujeres decían...

—¿Vieron cómo los hombres están cortando tallos y lanzándolos para ella?

—Cuando una muchacha es bonita, los hombres se vuelven serviciales.

—Booz les habló antes de irse. Probablemente les haya dicho que le den más grano.

—Así que hasta el amo está interesado en ella. Miren eso. ¿Lo ven?

—¿Ver qué?

—Simei está mirándola de nuevo.

—Bueno, si no te fijaras en Simei, no lo sabrías.

—Ella no me agrada.

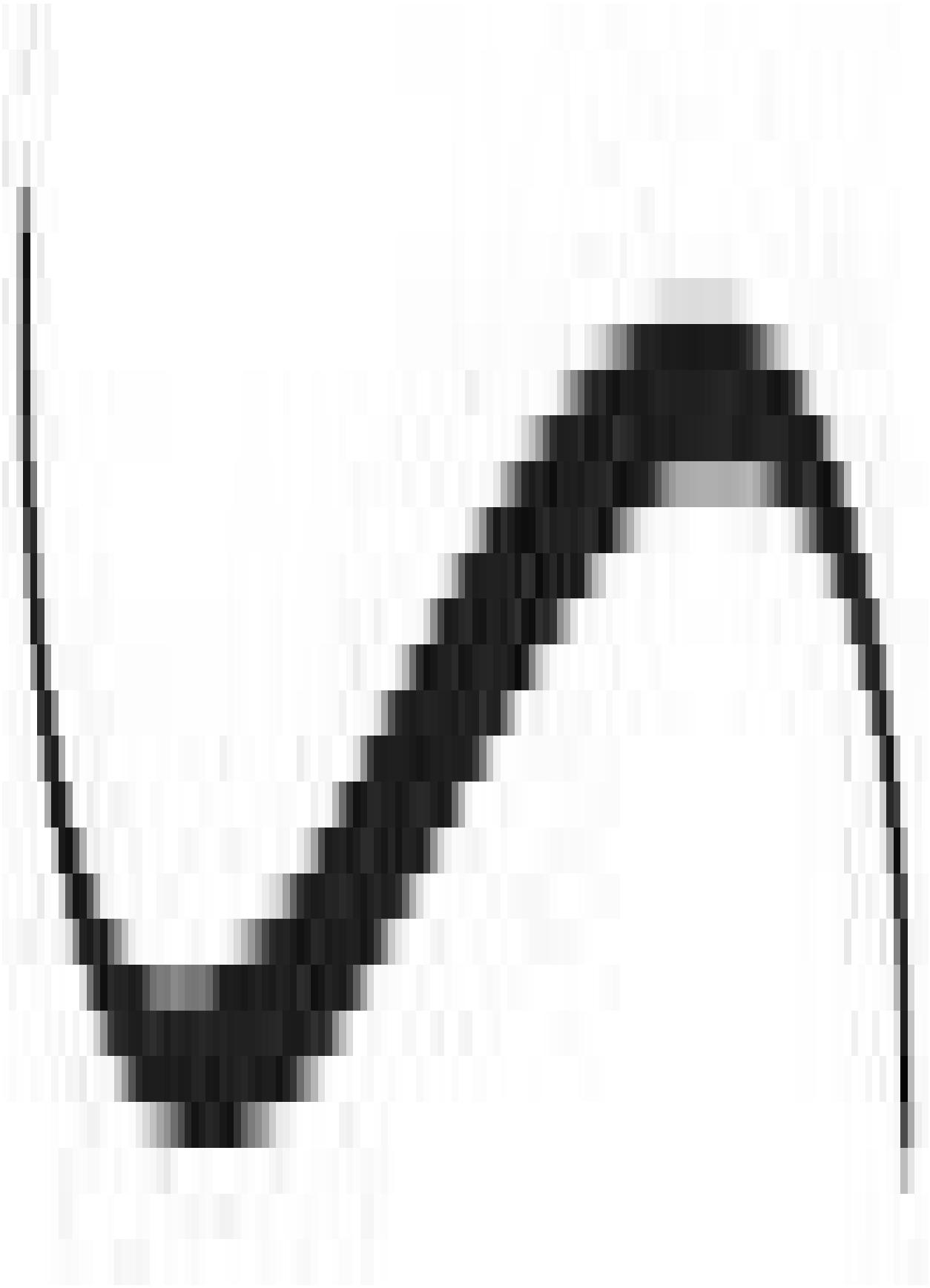
—¿Por qué?

—¿Debo tener un motivo?

—Bueno, a mí sí me agrada.

—¿Por qué?

—A diferencia de algunas que conozco, la muchacha trabaja duro y se ocupa solo de sus asuntos.



—¡Cuánto traes! —exclamó Noemí y se levantó, mientras Rut entraba en la morada y descargaba la gavilla de grano de su espalda. La muchacha sonreía radiante, con los ojos resplandecientes—. ¿Dónde recolectaste todo ese grano hoy? ¡Que el Señor bendiga a la persona que te ayudó!

—Vine dando gracias en oración por ese hombre durante todo el camino a casa, Noemí. Su campo está un poco alejado de la ciudad.

Al ver el moretón en la mejilla de Rut, Noemí no le preguntó por qué se había arriesgado a ir tan lejos. Temía saber la respuesta.

—¿Cómo se llama el hacendado?

—El hombre con el que trabajé hoy se llama Booz.

Noemí se llevó una mano a la garganta.

—¿Booz?

—Sí, Booz. —Rut sacó el pan que había guardado y se lo dio a Noemí—. Me invitó a entrar en el refugio donde comen sus criadas y sus segadores al mediodía, ¡y me dio una ración doble! —Le extendió el pedazo de pan—. Nunca supe que un hombre de su posición se rebajara a servirles a sus obreros.

Noemí tomó el pan con dedos temblorosos. No había pensado ni una vez en Booz desde que había vuelto a Belén. Se había olvidado completamente de él. O quizás la verdad era que había sacado deliberadamente al hombre de su mente. El solo hecho de pensar en él la avergonzaba. Muchos años atrás, él se había presentado ante su padre y había hecho una oferta de matrimonio por ella. ¡Qué escándalo había armado ella ni bien él se fue de la casa! Había llorado y le había suplicado a su padre que, en lugar de él, aceptara a Elimelec.

—¡Pero él ni siquiera ha hecho una oferta por ti! —le había dicho su padre, con el rostro enrojecido por la ira.

—La hará. Su hermana me dijo que ya habló con su padre al respecto.

—Booz es un hombre de virtud indiscutida, hija mía.

Efectivamente, pero no era un hombre que hiciera latir de amor el corazón de una muchacha. Ella quería un esposo alto, rubicundo y apuesto, de mirada risueña y personalidad arrolladora. Quería a Elimelec. Su nombre significaba «mi dios, un rey». Seguramente esa era una señal de su carácter. El amor que veía en los ojos de Booz la abochornaba. Su atención la impacientaba, le causaba rechazo. ¿Por qué no se iba? ¿Por qué no se buscaba otra muchacha, una tan simple como él?

Noemí sabía que ninguna de esas razones convencería a su padre en contra de Booz, sino una sola cosa: algo que él parecía haber olvidado.

—Booz es de indiscutida virtud, padre, pero su linaje es discutible. —Su madre era cananea. Y una prostituta.

Noemí bajó la cabeza y cerró los ojos muy fuerte. Oh, Señor Dios, ¡que sea Booz, de entre todos los hombres, quien haya sido tan bondadoso! Cuánta superficialidad le había mostrado a este hombre. Y había menospreciado a su madre, ¡quien había demostrado ser una mujer de una fe tan firme! ¡Inconcebible! ¡Imperdonable! Sin embargo, a pesar de los pecados que Noemí había cometido contra él, Booz había recibido a Rut de buena manera y le había prodigado una bendición doble.

—¡Alabado sea el Señor por un hombre así! ¡Que el Señor lo bendiga! —dijo ella con la voz ahogada por el llanto. Merecía su condena, pero había recibido su compasión. No había reconocido su valor en su juventud, pero la vida le había enseñado lecciones muy duras. Ahora era mayor y mucho más sabia.

Una pizca de esperanza se encendió en su interior.

Levantando lentamente la cabeza, miró a Rut.

—Él está demostrándonos bondad, así como a tu esposo fallecido. —Vio que la mirada de la muchacha era de confusión. Todavía había demasiadas cosas por enseñarle sobre las costumbres hebreas y sobre la ley. ¿Qué respondería Rut si ella le dijera hasta qué punto llegaban las obligaciones de Booz hacia ellas? ¿Reaccionaría Rut de la misma manera que ella misma, tantos años atrás, fijándose solo en el aspecto exterior del hombre y no en su corazón de león? Jamás había conocido a un hombre más resuelto a agradar a Dios que Booz. Lamentablemente, el corazón de una mujer joven rara vez se dejaba conquistar por el carácter de un hombre.

—Ese hombre es uno de nuestros parientes más cercanos, uno de los redentores de nuestra familia, Rut.

—Con razón fue tan benévolo conmigo.

—No —dijo ella rápidamente porque no quería que su nuera entendiera mal—. Booz no es la clase de hombre que limite su bondad a los miembros de su familia, Rut. Siempre fue bondadoso con cualquiera que tuviera necesidades.

—¿Aun con los extranjeros?

—Su madre era cananea. A decir verdad, era una prostituta que vivía en la muralla de Jericó. —Rut abrió los ojos de par en par y Noemí se apresuró a explicar—. Era una mujer de una fe enorme, pero hubo muchas personas que, cuando Booz era joven, lo menospreciaban porque su linaje era mestizo. Era hebreo por parte de su padre y cananeo por parte de su madre. Rahab escondió a los dos espías que Josué había enviado antes de que nuestro pueblo se apoderara de la tierra que Dios nos había prometido. Ella declaró su fe en Jehová y les salvó la vida a los hombres haciéndolos bajar desde su ventana con una cuerda. Ellos volvieron a rescatarla y la sacaron de la ciudad mientras estaba siendo destruida, y ella vivió entre nosotros desde entonces. Uno de los espías se casó con Rahab.

—Entonces, quizás Booz haya sido bondadoso conmigo en honor a su madre.

Noemí estaba segura de que ese no era el único motivo.

—Él entendería mejor que nadie que Dios llama a quienes escoge. —Si Dios había llamado a Rahab para que formara parte de Su pueblo, también podía llamar a una joven viuda moabita. Se inclinó hacia ella—. ¿Te dijo algo más? —¿Habría preguntado por ella?

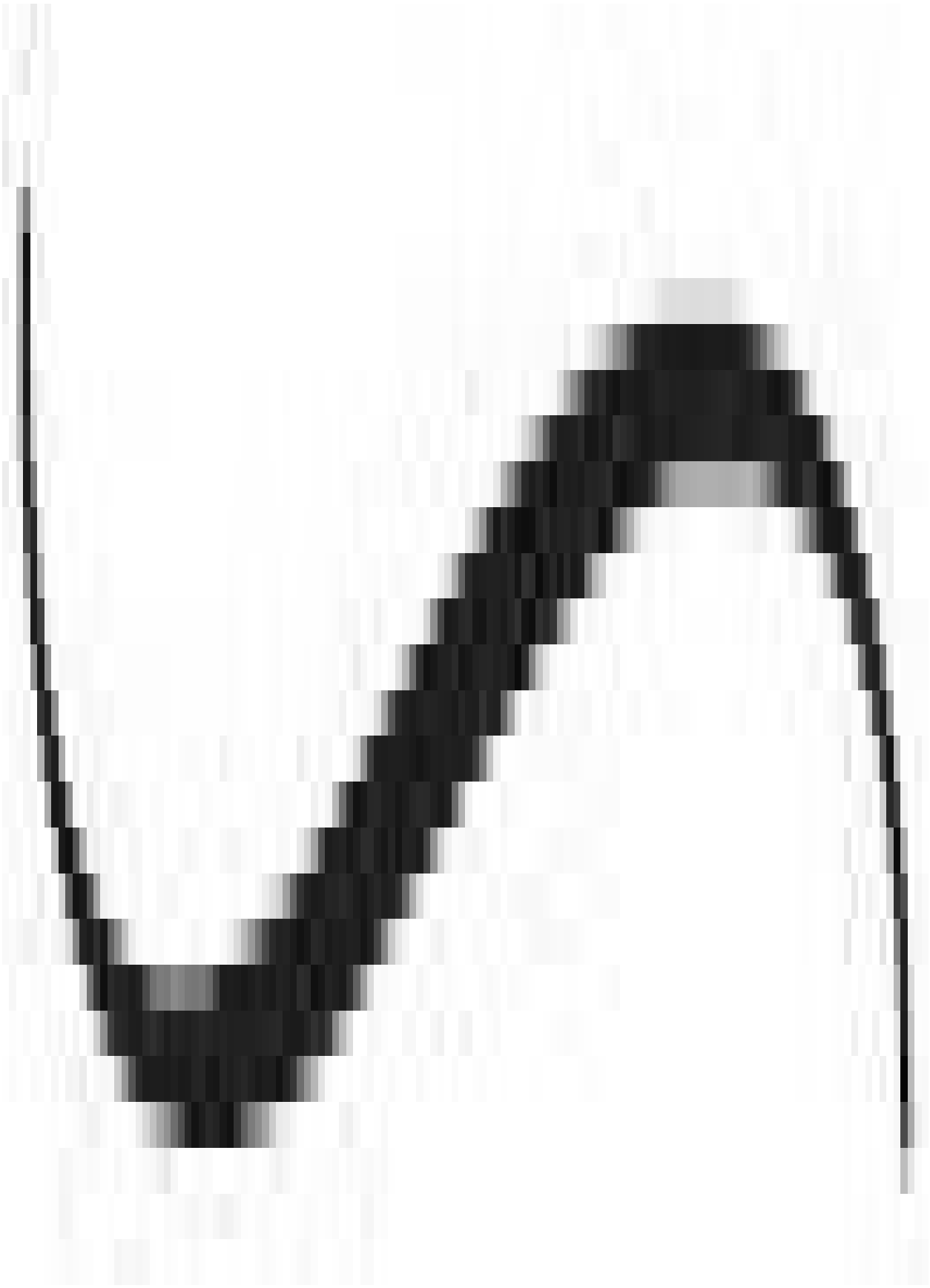
—Booz me dijo que volviera y me quedara con sus trabajadores hasta que termine la cosecha.

Noemí se sintió súbitamente aliviada. Seguramente Booz no habría alentado a Rut si mantuviera la animadversión de un pretendiente rechazado mucho tiempo atrás.

—¡Eso es maravilloso! Haz lo que él dice, Rut. Quédate con sus trabajadores

toda la cosecha. Ahí estarás a salvo, no como en otros campos.

Mientras comía el pan que Booz le había dado a Rut, Noemí sonrió para sí misma. Observó a su nuera mientras volcaba la cebada en una canasta, con cuidado de no desperdiciar ni una sola semilla del grano. Parecía que no todo estaba perdido, después de todo. Había una puerta por abrir para que Rut la atravesara y tuviera un futuro y una esperanza. Y, si era la voluntad de Dios, la puerta se abriría para ella también.



Noemí se despertó cuando oyó que unas piedras caían en cascada fuera de la entrada de la cueva. El sol apenas estaba saliendo y Rut subía por la ladera trayendo un gran odre con agua.

—Te despertaste temprano —dijo Rut, sonriendo.

—Pensaba ir a Belén hoy y hablar con algunas de mis viejas amigas.

Rut volcó el agua del odre en una gran vasija de barro.

—Bien. Estoy segura de que te habrán extrañado y de que tendrán muchas cosas que hablar contigo. —Colgó el odre vacío y volvió a colocarse el chal negro sobre su cabello y sus hombros—. Trataré de volver antes de que oscurezca.

—Que Dios te acompañe, Rut.

Rut sonrió alegremente.

—A ti también, madre.

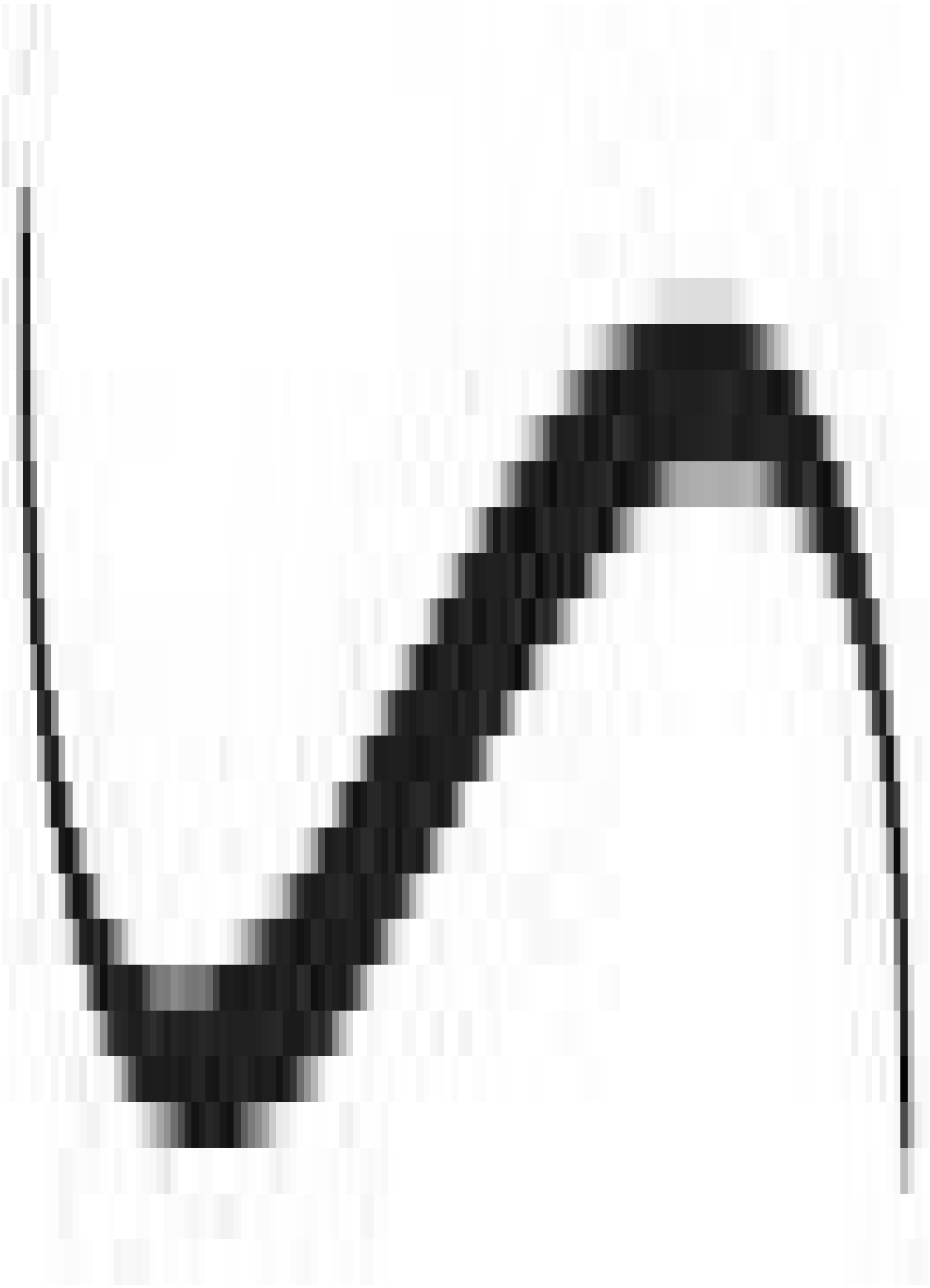
Noemí se levantó. Envolviéndose los hombros con la manta, fue hacia la entrada de la cueva y miró a Rut, que iba hacia el camino. Noemí estaba maravillada de que Dios la hubiera bendecido con una nuera como ella. Rut había abandonado oportunidades y posibilidades. Le había dado la espalda a un futuro asegurado en Kir-hareset para poder venir aquí, a Belén, y vivir en esta cueva con una anciana acabada, desanimada y quejumbrosa. En cualquier momento, su nuera podría haber vuelto al hogar de sus padres pudientes, pero en cambio salía todas las mañanas a hacer el trabajo de los más pobres. Ni una sola vez había manifestado una queja. Todas las noches volvía sonriente, con grano, buenas nuevas y un corazón agradecido.

Un hombre con el discernimiento de Booz valoraría a una joven con las virtudes de Rut, moabita o no.

Noemí se levantó antes de permitir que sus pensamientos se descontrolaran. No tenía sentido hacer planes para el futuro de Rut antes de reunir toda la información. Noemí no tenía ninguna intención de salir corriendo hacia Belén, buscar a los ancianos y argumentar su caso. No, iría despacio. No había prisa,

ahora que Rut y ella tenían un refugio y comida. Se tomaría un tiempo para observar, para dejar que la gente conociera a su nuera... porque ¿quién no la respetaría cuando la conocieran? ¿Había una joven mejor que su preciosa Rut? Sobre todo, Noemí se tomaría el tiempo para orar pidiéndole a Dios que la guiara, aunque seguramente era Dios mismo quien había puesto esta semilla de esperanza en su mente.

Por primera vez desde que había sepultado a su último hijo, Noemí vio que la vida podía depararle un futuro, en lugar de contemplar lo que había quedado en el pasado.



Y las mujeres decían...

—Me parece bonita.

—Eso es porque te agrada.

—Estás celosa porque Rimón, Netzer y Tirosh trataban de hablar con ella hoy.

—¿Se dieron cuenta de que nunca trabaja cerca de los hombres?

—Ni siquiera los mira una segunda vez.

—Debe haber amado mucho a Mahlón.

—Sin duda, es muy leal a su suegra.

—Mi madre dijo que Rut viene todas las mañanas muy temprano al pozo y saca agua para llevarle a su suegra, antes de venir a los campos.

—Entonces, debe levantarse mucho antes del alba.

—Samas está pendiente de ella.

—¡Igual que todos los hombres!

—Ninguno se casará con una moabita que ya tuvo marido.

—Me apenaría ver que Rut y su suegra vivieran por el resto de sus días en esa cueva.

—¿Viven en una cueva?

—La que está justo abajo del pueblo, donde los pastores llevan a sus rebaños en el invierno. ¿No lo sabías?

—Pensé que vivían en la ciudad.

—Noemí pasa el tiempo en la ciudad, visitando amistades y haciendo trueques.

—¿Y qué pasó con la casa que pertenecía a su esposo?

—Escuché decir a mi padre que el marido de Noemí la hipotecó, junto con toda la tierra, antes de llevarse a la familia a Moab.

—Todos hablan de ellos.

—Especialmente de Rut, me imagino.

—¡Estás celosa!

—¡No estoy celosa!

—Entonces, ¿por qué te desagrada tanto?

—Las mujeres extranjeras despiertan el peor tipo de interés en nuestros hombres.

—Las mujeres extranjeras no acostumbran ir a la sinagoga.

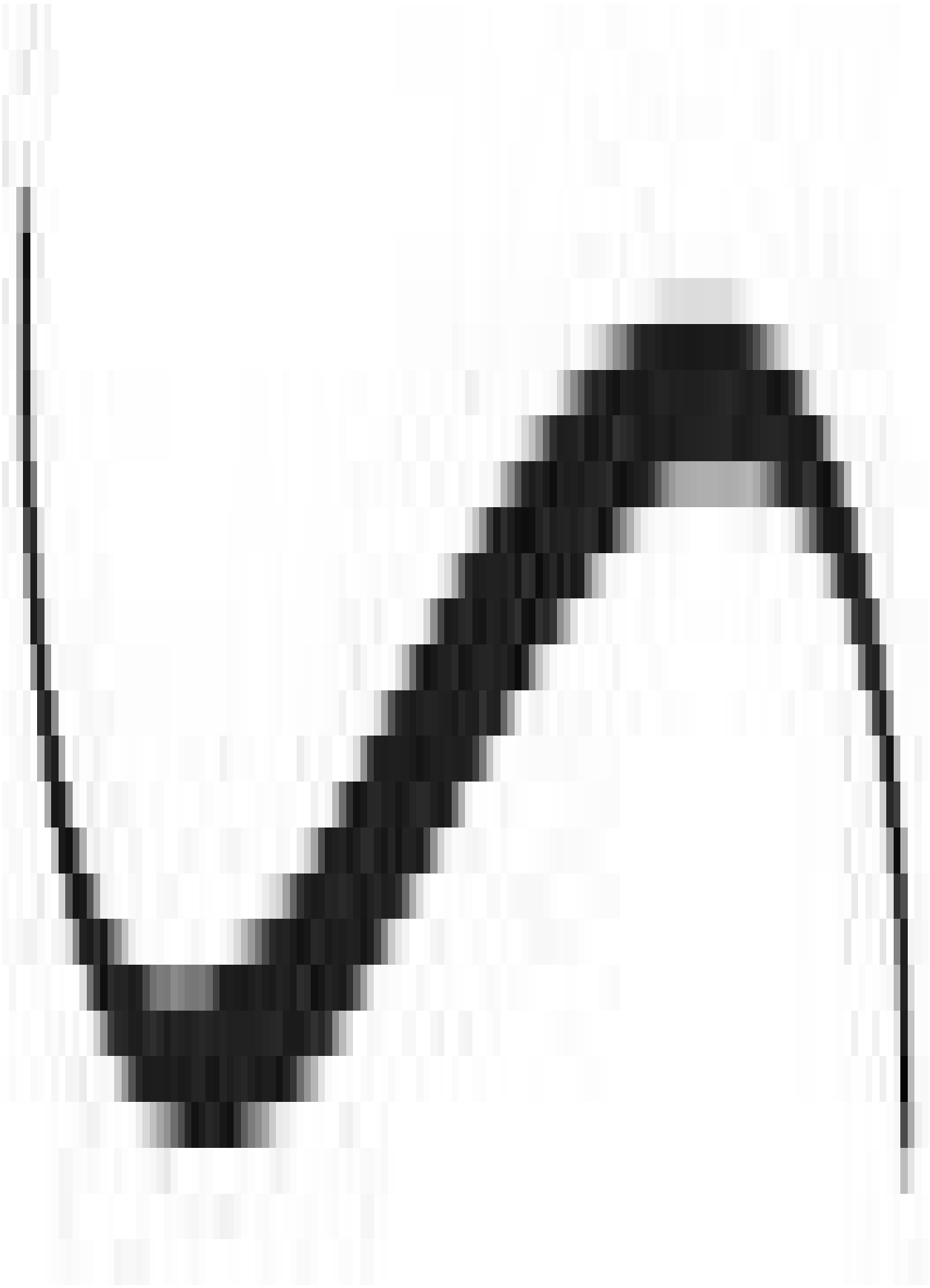
—¿Estás diciéndome que ahora es una conversa?

—Rut asiste todos los sábados con su suegra y absorbe cada palabra que el sacerdote lee de la ley. Se quedan en la parte de atrás, con las otras viudas. Probablemente sea por eso que no las has notado. Siempre te paras bien adelante, cerca del biombo, para poder mirar a través de él y ver a Netzer.

—Cómo hablas, Tirsa... pero tú no eres mejor, ya que te la pasas mirando embobada a Lahad.

—¿Acaso puedo evitarlo? ¡Es tan guapo!

Las jóvenes entraron juntas a Belén, riendo.



—¿No está casado? —dijo Noemí, sorprendida, y sintió una punzada de remordimiento cuando escuchó la información que le daba Sigal, una amiga del pasado—. ¿Qué le pasa a este hombre, que no ha buscado una esposa a esta edad?

—Nada. —Sigal volcó granos de trigo sobre la piedra de molienda—. Probablemente nunca tuvo tiempo de buscar una esposa. Ha dedicado su vida a hacer crecer su hacienda. Booz no es como los demás hacendados. Sale a los campos todos los días. Y cuando no está ahí, es porque está en la puerta de la ciudad ayudando a resolver alguna disputa.

—¿De qué sirve una hacienda si no hay hijos que la hereden?

—Todavía no está en la tumba, Noemí. Aún puede buscar una esposa, si tiene ganas de hacerlo. Créeme, hay muchos padres que le lanzarían sus hijas a Booz si él mencionara el tema del matrimonio. Se ha vuelto el hombre más rico de Belén.

—Y probablemente el más solitario.

Sigal lanzó una carcajada.

—Ese hombre no tiene tiempo para estar solo.

—De todas maneras, es una pena que no esté casado.

—Tal vez esté esperando a la mujer perfecta, alguien hermosa e inteligente, que tenga la fe de su madre. Algunos hombres tienen expectativas tan altas que son inalcanzables.

—Algunos hombres quieren una esposa que los ame.

—Booz es amado y respetado por todos en Belén.

—Quiero decir que podría estar esperando a alguien que se enamore de él.

—Lo dudo. La mayoría de los hombres saben que el amor lleva tiempo. Siempre que la joven respete a su esposo, todo indicaría que se puede esperar un

matrimonio feliz.

—Eres una mujer sabia, Sigal.

—Siempre lo fui.

Noemí no podía dejar de hacerse preguntas. ¿Había herido tanto a Booz, que nunca se atrevió a pedirle a otra mujer que se casara con él? Sintió lástima al pensarlo. Seguramente esa no era la razón por la cual permanecía soltero. Booz era demasiado sensato para renunciar al matrimonio solo por causa de una muchacha tonta.

¿Debía preguntárselo ella misma?

Sintió una punzada de dolor en el corazón. ¡No! ¡Nunca! No podía decir una palabra sobre el pasado sin avergonzar a Booz y posiblemente poner en peligro el futuro. Quería subsanar el dolor que le había causado tantos años atrás. Cualesquiera fueran sus motivos para no estar casado, la entristecía pensar que viviría solo hasta el final de su vida. Un hombre no debía estar solo. Y definitivamente, no un hombre como Booz. Dios lo había bendecido con tierras y bienes materiales, pero seguramente era una señal el hecho de que no había bendecido al hombre con lo único que él necesitaba para llenar su vida: una esposa que le diera hijos. El hombre debía tener una familia propia.

—Recuerdo un rumor que escuché hace años —dijo Sigal, mientras seguía moliendo trigo—. Sobre tú y Booz. —Le sonrió a Noemí con picardía.

—Los rumores no valen ni la arena sobre la que caminamos —dijo Noemí. Si el rumor revivía, solo serviría para humillar a un hombre bueno—. Elimelec le pagó la dote a mi padre cuando yo tenía catorce años.

—Todas las jóvenes te envidiaron. Elimelec era muy apuesto.

—¿Me envidiaron cuando él hipotecó la tierra y nos alejó de Belén a mí y a mis hijos pequeños?

Sigal pestañeó, sorprendida.

Noemí hizo una mueca ante su propia aspereza.

—Lo lamento, amiga mía. Aun después de los años que pasaron, todavía recuerdo la amargura de ese día.

Sigal dejó de moler y puso una mano sobre la de Noemí.

—Pensé en ti muchas veces durante estos años.

Los ojos de Noemí se llenaron de lágrimas.

—Anhelé volver a casa cada día que estuve lejos. —Tomó aire y dejó escapar un suspiro contento—. Pero, a pesar de todo eso, el Señor me bendijo con Rut.

—Ciertamente —dijo Sigal—. Te ama como si fueras su propia madre.

—No podría amarla más si fuera de mi propia sangre.

—Dios te ha dado consuelo a través de ella, Noemí. Todos dicen que es una joven virtuosa.

Noemí estaba contenta. Rut ya no era vista como «la moabita». Seguramente el Señor mismo había visto que sus virtudes no habían pasado inadvertidas para los habitantes de Belén.

La pregunta seguía siendo: ¿Las había notado Booz?

CUATRO



Booz pasaba todos los días por el campo de cebada para ver cómo avanzaba el trabajo. Y todos los días observaba prudentemente a la joven moabita, que trabajaba muy cerca de sus segadoras. No le dirigía la palabra, preocupado de que su atención pudiera provocar que sus trabajadores empezaran a rumorear. Cuando se quedaba para compartir una comida con sus obreros, se aseguraba de mantener la vista apartada de la joven. ¡Nunca se había encontrado con algo más difícil de cumplir!

La cosecha de cebada había terminado y la de trigo estaba alta y madura, lista para los segadores. En pocas semanas más, todo el grano estaría cosechado. ¿Habría espigado Rut lo suficiente para que ella y Noemí pudieran pasar el año? Él sabía que vivían en una cueva dentro de los límites de Belén. Elimelec había sido dueño de un campo cerca de allí. Pero ¿habían almacenado lo suficiente para mantenerse hasta la siguiente cosecha?

Booz miró a las trabajadoras que estaban afuera.

—¿Tiene la joven moabita amistades entre nuestro pueblo? —le preguntó a su encargado.

—Todas la miran con respeto y admiración.

Eso no era lo que había preguntado, pero Booz comprendió qué implicaba la respuesta. Admiraban a Rut de lejos, muy parecido a lo que le había sucedido a su madre.

—¿Qué me dices de los jóvenes? ¿Se ha mostrado interesada por alguien en particular?

—Nunca se aparta de la compañía de las criadas. No les presta atención a los hombres. A diferencia de algunas de nuestras jóvenes, nunca vi que Rut hiciera algo para atraer la atención sobre ella. Llega temprano al campo y trabaja hasta tarde. Y parece contenta con el trabajo. La oigo cantar con las criadas. —Samas sonrió—. Siempre me pide que te transmita su agradecimiento. ¿Hay algún motivo por el que no hablas con ella?

—Ya sabes cómo habla la gente. —Booz montó su caballo—. A ti te agrada, ¿verdad, Samas?

—Todos la admiran, Booz. Nunca conocí a una mujer joven más digna de elogio. No he escuchado una palabra en su contra, ni siquiera en la ciudad. —Samas miró a la joven que trabajaba en el campo—. Sería una buena esposa.

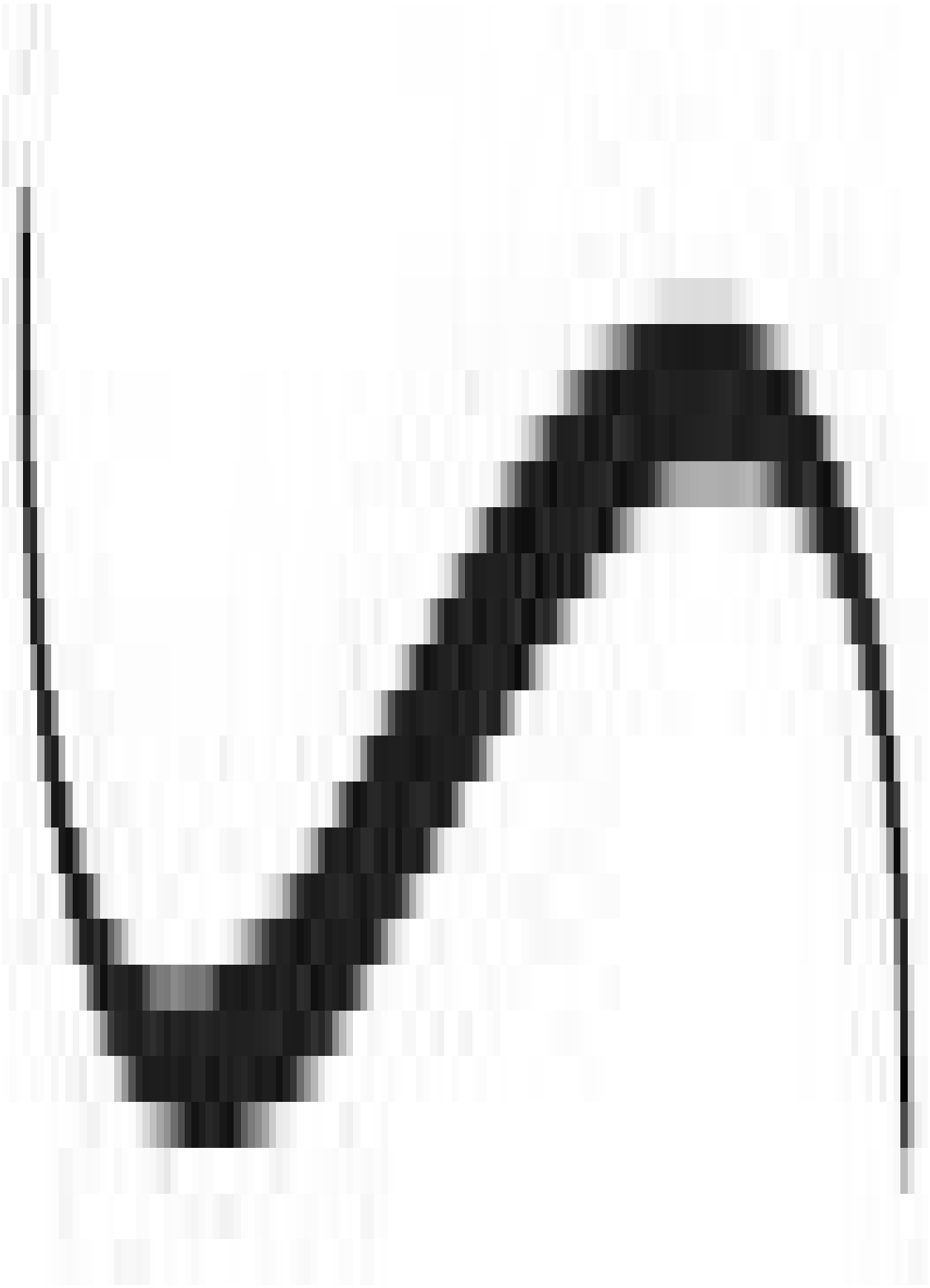
Booz sintió un pinchazo de inquietud. ¿Estaría Samas enamorándose de Rut? A Booz no le gustó la sensación de desasosiego en su interior. ¿Debía envidiar la felicidad de otro hombre? ¿Quién mejor que él para saber que un hombre solo a menudo se sentía solitario aunque estuviera rodeado de amigos?

—Una buena esposa vale más que su peso en oro, Samas. Es una corona sobre la cabeza de su esposo. La joven que está allá afuera honraría a cualquier hombre. —Observó que Rut levantaba la vista y desvió su mirada. Booz se sobresaltó cuando se dio cuenta de que Samas se había quedado mirándolo con una sonrisa particular. Frunció ligeramente el ceño e inclinó la cabeza—. Que el Señor te bendiga en tus emprendimientos, Samas.

Samas se inclinó.

—Y que el Señor te conceda el deseo de tu corazón.

Fue una larga cabalgata de vuelta a Belén. Booz dejó su caballo a cargo de un sirviente que lo esperaba y habló con los ancianos en la entrada. Estuvo ocupado con varias disputas y asuntos locales, hasta que vio que las criadas volvían a la ciudad. Cuando vio a Rut entre ellas, su pulso se aceleró. Ella iba por el camino con las muchachas, escuchando y sonriendo por la charla despreocupada, pero sin intervenir. Booz se sobresaltó cuando vio pasar a Noemí. Ella salió de la ciudad para encontrarse con su nuera. Se saludaron con un beso y hablaron brevemente, mientras las otras jóvenes entraban por la puerta a Belén. Cuando Rut y Noemí giraron en dirección a su humilde morada, Rut miró hacia donde él estaba. Le sonrió e inclinó la cabeza respetuosamente. Noemí lo estaba mirando. Booz apartó la vista de ambas mujeres y se obligó a escuchar a los ancianos. ¿Qué punto delicado de la ley habían estado discutiendo? Cerrando los ojos por un instante, simuló estar inmerso en sus cavilaciones cuando, en verdad, estaba tratando de calmar el desenfrenado galope de su corazón.



Todos los días, cuando Rut volvía a casa de espigar en los campos de Booz, Noemí analizaba la actitud de la joven. Disfrutaba de cada detalle que Rut le contaba de los ratos que pasaba con las criadas y las segadoras, y esperaba ansiosa por escuchar todo lo que pensaba de Booz. Pero Rut no decía nada sobre el hacendado. Hablaba del trabajo y de las simpáticas criadas. A veces le cantaba las canciones que había aprendido mientras trabajaba entre ellas.

Sin embargo, ahora Noemí tenía una razón para albergar esperanzas. Hoy se había quedado justo dentro de la puerta de la ciudad para esperar a Rut. Booz no se había dado cuenta de que estaba ahí, pero ella había estado bien ubicada para observar al hombre. Ah, cómo había levantado la cabeza cuando regresaban las criadas. Supo en qué momento divisó a Rut.

—¿Va Booz con frecuencia al campo?

—Vino cuatro veces esta semana y tres veces la semana pasada.

¡Oh! Pensó Noemí con una satisfacción cada vez mayor. ¡La muchacha lleva la cuenta de las visitas del hacendado! Esa era una buena señal.

—¿Habla contigo cuando viene?

Rut sacudió la cabeza.

—No ha vuelto a hablarme desde el primer día, cuando me dio permiso para espigar. Es un hombre muy ocupado.

—¡Ja! No tan ocupado como para no poder mostrarte un poco de cortesía. —Observó atentamente a Rut para ver cómo reaccionaba ante esas palabras y se sintió satisfecha cuando Rut protestó.

—Oh, madre, no. Booz ha sido más que gentil conmigo. ¿Acaso no fue Booz el que me facilitó el trabajo diciéndoles a sus segadores que arrojaran algunos granos para que yo los espigara? Ambas estamos en deuda con él por su bondad. Cada grano de cebada y de trigo que tenemos se lo debemos a su bondad.

—¿Te gusta?

Rut bajó la mirada.

—No más que todas las personas que trabajan en sus campos. —Se sentó en la entrada de la cueva, echando un vistazo al campo improductivo de Elimelec—. Me pregunto por qué nunca se casó, madre. ¿Cómo es que Dios lo bendijo con semejante prosperidad, pero no le ha dado una esposa e hijos?

Noemí sonrió para sí misma. Rut veía más que la sencillez del hombre y apreciaba el corazón de fe de león que latía en su pecho. ¿Por qué no ponerla a prueba un poquito más para ver si su compasión podía transformarse en un cariño de otra índole?

—Nunca fue físicamente atractivo. —Cuando Rut la miró sorprendida, Noemí siguió hablando aprisa—. Es una lástima que sea tan feúcho.

—No es guapo como era Mahlón, pero no me parece que sea feúcho.

—La primera vez que lo viste, ¿te pareció mínimamente atractivo?

Rut se ruborizó.

—Nunca he considerado... —Negó con la cabeza—. Seguramente no estás diciendo que piensas que Booz es feo.

—¿Podría decir yo que un hombre que pone grano en mis manos es desagradable? ¡Que nunca suceda! Pero tampoco fingiré ser ciega. Booz es un hombre bueno, un hombre que vive conforme a la ley y que no solamente la predica. Pero le falta eso que podría conquistar el corazón de una muchacha.

—Tiene dignidad y buen carácter.

—¿Fue la dignidad y el buen carácter lo que hicieron que te enamoraras de mi hijo? Si Mahlón hubiera sido simple, bajo y delgado, ¿te habría atraído?

—Mahlón tenía algo más que un rostro guapo, madre. Tú lo sabes tan bien como yo.

—No estamos hablando del amor que prospera dentro del matrimonio, querida mía. Estamos hablando de lo primero que pensaste la primera vez que viste a Mahlón caminando por las calles de Kir-hareset. Dios fue misericordioso con mi

hijo. Por lo menos Mahlón llegó a conocer el amor de una buena esposa. —Sacudió la cabeza—. Pobre Booz. —Chasqueó la lengua—. No tiene a nadie, y ya es demasiado tarde.

Rut parecía afligida.

—¿Por qué debería ser demasiado tarde?

—Es viejo.

—¡Ay, Noemí! —rio Rut—. Ayer me contaste que Abraham tuvo a Isaac cuando tenía cien años, y Booz no puede tener más de la mitad de esa edad.

Qué joya había recibido Mahlón con esta muchacha. Si tan solo Mahlón le hubiera dado un hijo, Noemí no tendría tantas preocupaciones. Tal como estaban las cosas ahora, el nombre de Mahlón y el de Elimelec desaparecerían. Noemí no podía quedarse de brazos cruzados y dejar que así fuera.

Ay, Elimelec, si hubieras sido más firme en la fe, serían tus hijos los que estarían recogiendo el trigo de ese campo que está allí. Estarías disfrutando la herencia que Dios te dio. Te habrías apoderado de las promesas y habrías vivido según la ley, y hubieras sido bendecido como Booz. En cambio, amado esposo mío, nos alejaste de nuestra herencia y sacrificaste tu vida por tus sueños de riqueza. Y todo lo que tanto te esforzaste por ganar por mérito propio ya desapareció, se gastó, voló como el polvo. Tu vida fue tan improductiva como ese campo baldío que está allá afuera. No hay nada para mostrar de todo el esfuerzo que hiciste. Hasta el fruto de tu simiente ha muerto. No dejaste nada que haya perdurado.

Estoy enojada, muy enojada contigo, Elimelec. Mi propia sangre clama contra ti por haber desaprovechado nuestras vidas. Estoy enojada conmigo misma por haberme dejado convencer por tu rostro apuesto, tu actitud ganadora, tus palabras dulces que se volvieron agrias. Nunca sabrás cuánto dolor causaste porque quisiste tomar el camino más fácil, en lugar de elegir el correcto.

Pero como Dios ha perdonado mis pecados y me trajo de vuelta a casa, yo también te perdono a ti. Porque te amé hasta el fin, a pesar de la clase de hombre que fuiste. Y además, sufriste más que ningún otro por las decisiones que tomaste.

Por mucho que Noemí hubiera amado a su esposo, sabía mejor que nadie que

Elimelec nunca había sido la clase de hombre que era Booz. Su esposo había rechazado las promesas de Dios, había abandonado su tierra, había criado a sus hijos en un país extraño. Cuando Elimelec murió en Moab, dejó a su familia varada allí. Sus dos hijos, el fruto de sus entrañas, se casaron con mujeres extranjeras y murieron en Moab. Noemí podía ver la verdad con ojos de amor. Elimelec había pecado contra Dios, le había echado la culpa por las consecuencias de sus propios pecados y, en lugar de arrepentirse, se había ocupado de sí mismo. Elimelec creyó que podía prosperar con sus propias fuerzas.

Ah, la necedad del hombre.

Booz era exactamente lo opuesto. Decidió quedarse en Belén durante los años difíciles, cuando Dios castigó a Su pueblo terco por rendir culto a los baales. Reclamó las promesas de Dios y vivió una vida recta ante el Señor. Y Dios lo había bendecido por su fe firme y constante. Ahora Booz era rico, un hombre sumamente respetado en Belén. Se sentaba a la entrada de la ciudad con los ancianos y tomaba decisiones que afectaban a toda la población. Sin embargo, no se había llenado de orgullo por su posición eminente. La humildad era su atributo principal. Estaba pendiente de los menos afortunados, hasta de una joven viuda moabita.

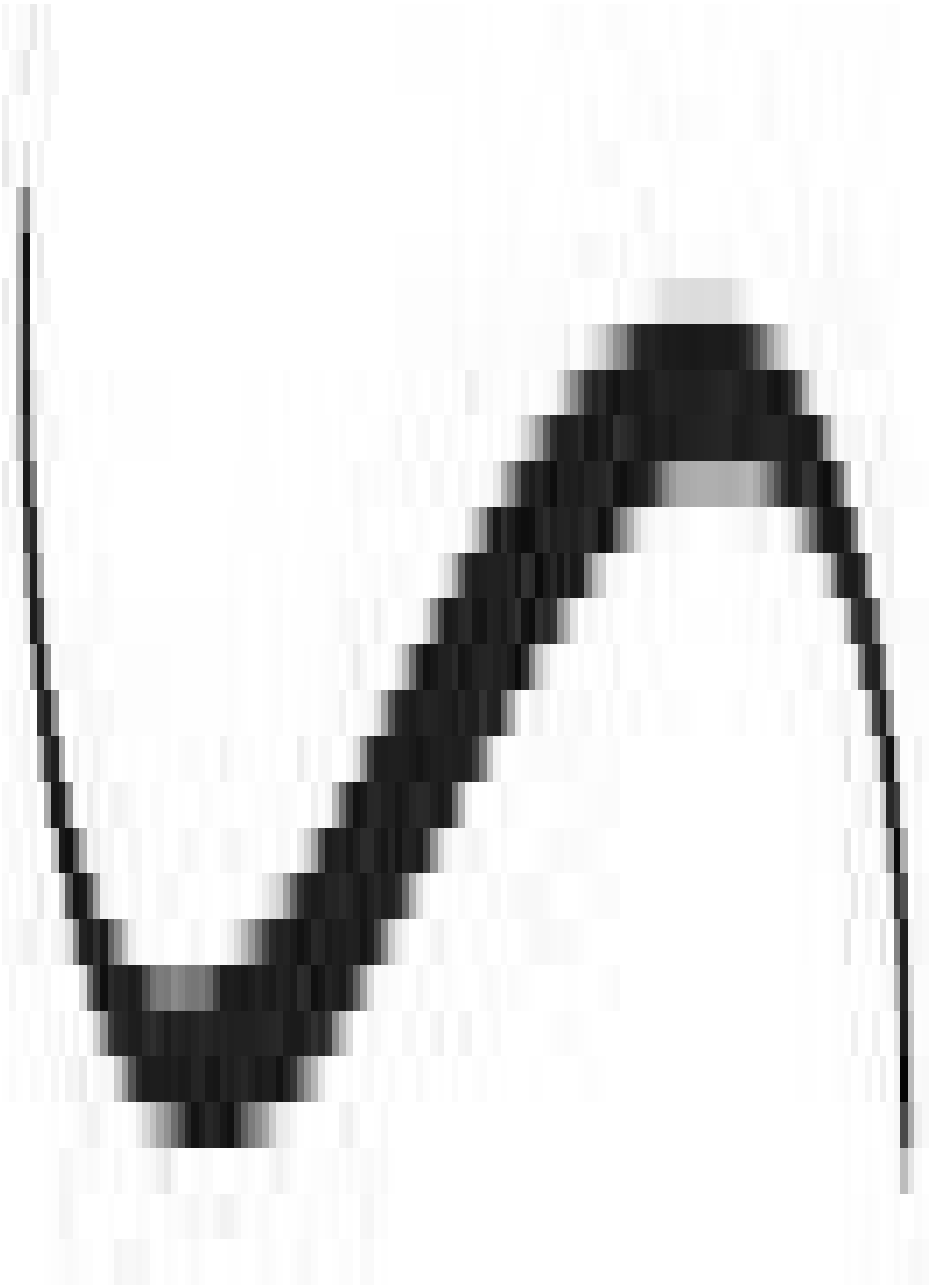
El lema de Elimelec siembre había sido: «¡Dios nos ha abandonado, así que yo proveeré!». La vida de Booz proclamaba: «Dios es mi proveedor, y yo confiaré en él».

Seguramente, la esposa de un hombre así tendría motivos para regocijarse. Noemí deseaba que Rut fuera feliz. Quería que esta niña preciosa, que había renunciado a todo para cuidar a una suegra envejecida, ¡tuviera alegría!

Pero había un problema.

Booz no era el único pariente que les quedaba. Durante sus visitas a la ciudad, Noemí se había enterado de que había otro hombre, un pariente aún más cercano a ella que Booz. Un hombre más joven que hacía sonreír a las mujeres.

Un hombre como Elimelec.



Rut estaba perturbada por lo que Noemí había dicho sobre Booz. Cuando él llegó al campo al día siguiente, Rut lo observó subrepticiamente y sintió una extraña ternura por él. Todos lo respetaban y le tenían un gran cariño, pero era la clase de afecto que uno podía sentir por un padre o por un hermano mayor.

¿Alguna mujer habría mirado a Booz con amor? Solo con verlo pasar caminando ¿habría despertado pasión en el corazón de alguna mujer, como había sentido ella cuando vio pasar a Mahlón? No podía imaginar algo así, y eso la entristeció. ¿Qué edad tendría Booz? ¿Cincuenta? ¿Sesenta?

Pobre hombre. A pesar de toda su riqueza, ¿qué tenía el hombre que perdurara?

Oh, Señor, Dios de Israel, no dejes que el nombre de Booz desaparezca.

Lo observó conversando con Samas y le pareció muy serio. ¿Alguna vez se reía? ¿Qué hacía cuando no estaba revisando el avance en sus campos, viendo que sus sirvientes estuvieran bien atendidos o sirviendo a la comunidad tomando decisiones importantes en la puerta de la ciudad? Tenía amigos, pero ¿podía hacerles confidencias como lo haría con alguna mujer que lo amara? ¿Cuáles eran sus sueños? Había visto el dolor en sus ojos. ¿Era ese dolor porque no tenía nadie a quien le importara lo suficiente para mirar el espíritu y el corazón del hombre debajo de ese exterior áspero?

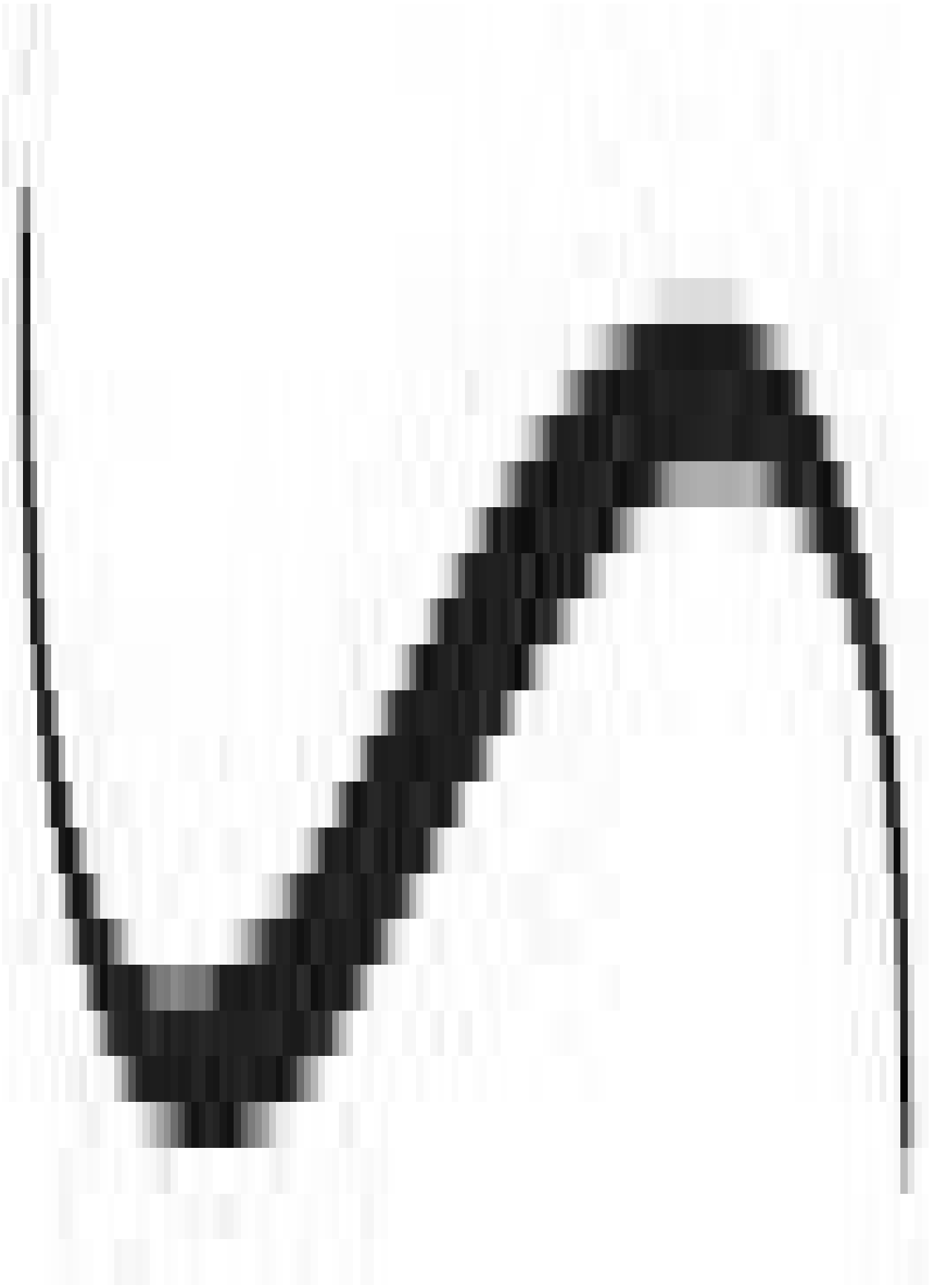
Él debió haber percibido que estaba observándolo, porque miró en su dirección. Rut sintió más ternura por él y sonrió, inclinando la cabeza en señal de respeto y rápidamente mirando hacia abajo. Tenía motivos para estar agradecida de que Dios la hubiera guiado a este campo y a este hombre. Cuando levantó la vista, sintiendo que él la examinaba, Booz miró hacia otra parte. Una de las criadas notó el intercambio silencioso y la miró con curiosidad. Cuando le habló a otra que estaba cerca de ella, Rut sintió que el calor subía a sus mejillas. ¿Estarían pensando estas jóvenes que ella mostraba un interés inapropiado en su amo? Después de todo, era un hombre rico. Había mujeres que querrían ser su esposa solo por ese motivo, sin considerar los sentimientos de él.

Perturbada, Rut se concentró en su trabajo el resto del día. No quería que su interés en Booz fuera malinterpretado. Los rumores podían llegar a destruir su reputación y avergonzar a Booz. Mantendría los ojos lejos del hombre y, en cambio, oraría por él.

Oh, Señor, Dios de misericordia, acuérdate de este hombre por su bondad con los menos afortunados. Que su nombre sea apreciado no solamente por su generación, sino por las generaciones futuras, pues verdaderamente Booz es Tu siervo fiel. Él proclama Tu nombre en toda oportunidad. Es un hombre que desea agradarte y obedecerte. Ah, Jehová-jireh, este hombre solitario ha sido un instrumento de Tu compasión y de Tu provisión. Yo sé que Tú eres suficiente, pero seguramente un hombre como este no debería estar solo. Que te complazca concederle lo que su corazón desee... Oh, Señor, oh, Señor...

Oraba sin cesar por su benefactor. Casi no pensaba en nada más que en Booz mientras trabajaba en su campo.

Y cuanto más oraba por él y pensaba en él, más veía su bondad.



Noemí también oraba fervientemente. Dejó de lado el dolor porque amaba a Rut y porque deseaba ver a su nuera establecida en un lugar mejor que esa cueva. Noemí sabía que era hora de dejar de hacer duelo y volver a vivir, sin importar cuán intenso fuera el esfuerzo. Era hora de mirar profunda y firmemente su propia vida, en lugar de seguir ocupándose de los errores de Elimelec. Nada de lo que ella suponía que sucedería sucedió. ¿No se había ido de Kir-hareset con la expectativa de volver sola a Belén? Y Rut había venido con ella. ¿Acaso no había pensado que sería una indigente? Y Rut había trabajado en los campos para mantenerla. ¿Acaso no había pensado que todos sus parientes y amigos estarían muertos o se habrían ido? Y había encontrado a media docena de mujeres a quienes conocía y a Booz, así como también a otro pariente.

Booz se sentía atraído por Rut. Cualquiera que se tomara la molestia de estudiar al hombre se daría cuenta. Además, Noemí lo conocía suficientemente bien para saber que él no diría lo que pensaba ni haría ningún intento para conquistarla. Se volvería canoso y se le caería todo el cabello antes de mostrar abiertamente sus sentimientos.

Y Rut seguiría dedicando su vida a mantener a su pobre y anciana suegra. Trabajaría hasta que se le encorvara la espalda y se le secara el útero. Trabajaría como una esclava hasta que Noemí partiera hacia sus ancestros. Y, luego, ¿qué sería de la pobre muchacha? ¿Debía Noemí quedarse sentada viendo cómo Rut dedicaba su vida a espigar, en lugar de ocuparse de su casa y criar hijos para el Señor? ¿No debía hacer nada por el futuro de Rut? ¿No era acaso el papel de una madre el de avivar un poco el fuego? ¿Quién más sino ella y Dios se preocuparían por el futuro de esta preciosa joven?

Entonces, Señor, ¿qué vamos a hacer por ella? ¿Cómo sacudimos a ese silencioso hombre mayor y hacemos que su sangre se ponga otra vez en movimiento? Si lo esperamos, ¿qué posibilidades hay?

Suponiendo que se le ocurriera un plan que llamara la atención de Booz, ¿estaría de acuerdo Rut con llevarlo a cabo, fuera cual fuera? ¡Rut tendría que estar de acuerdo!

Noemí pasó los siguientes días y noches pensando en el futuro de Rut y en el buen esposo que sería Booz. Cuando estaba terminando la cosecha de trigo, se le

ocurrió un plan tan atrevido que, innegablemente, captaría la atención de Booz. El solo imaginar la reacción de Booz hacía reír a Noemí. ¿Pero confiaría Rut en su criterio? ¿Haría caso su nuera del consejo de una anciana que había cometido tantos errores que ese parecía ser su estilo de vida?

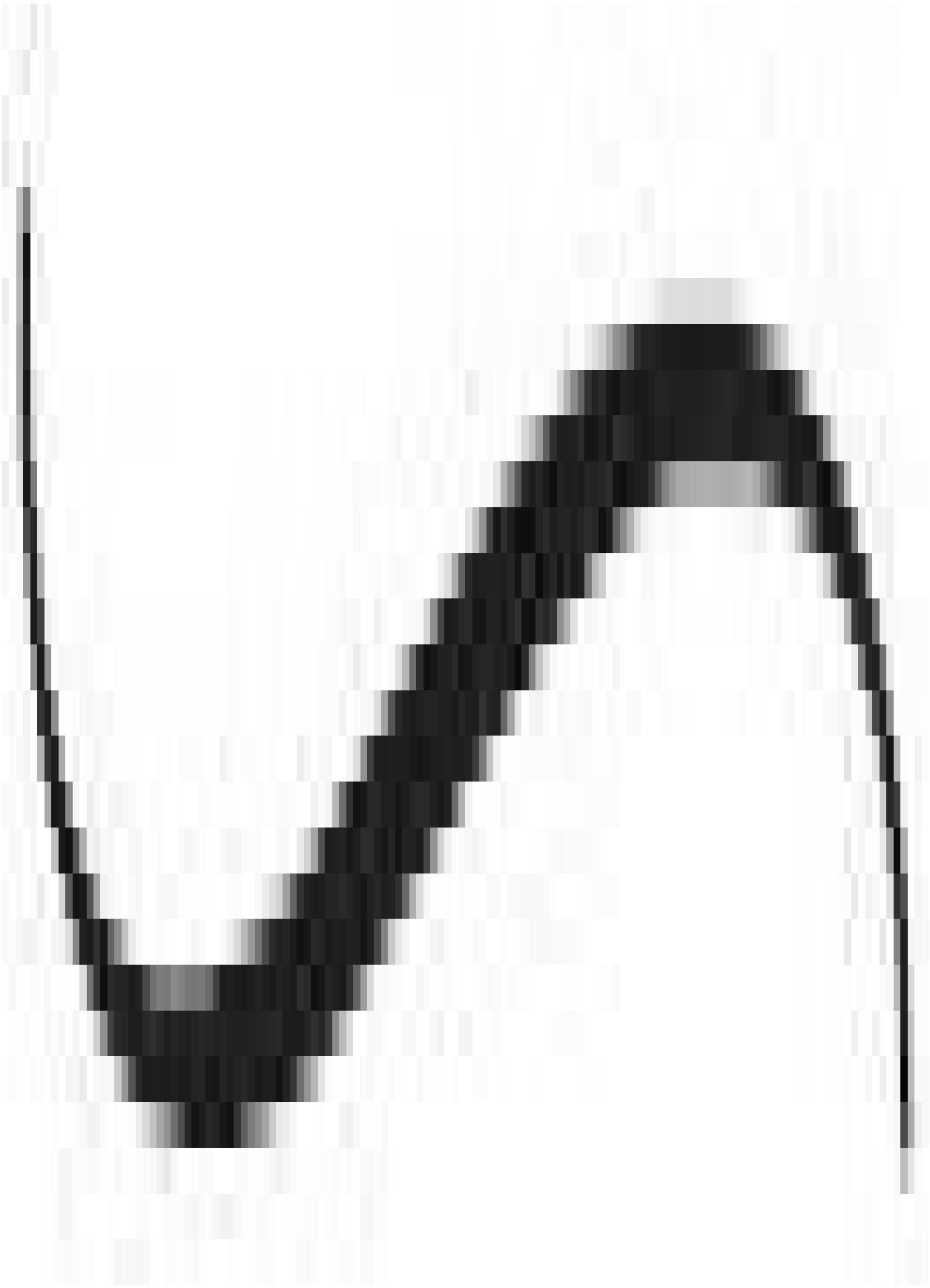
En la confusión de sus sentimientos, Noemí no estaba segura de cuáles eran sus motivaciones. Lo único que sabía era que el Señor podía desenmarañar todo y arreglar las cosas. Amaba a Rut como si fuera hija de su propio vientre y quería verla felizmente establecida, pero también quería un nieto que reclamara la herencia de Mahlón y preservara su nombre. Quería compensar a Booz por el dolor que le había causado cuando era joven. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que ofreciéndole una esposa joven y hermosa que tuviera por delante muchos años fértiles?

¿Era justo que le pidiera tanto a Dios cuando ella había pasado la mayor parte de su vida siguiendo los pasos de Elimelec?

Rut y Booz. Booz y Rut. ¿No te parece que son el uno para el otro, Señor? Admito que ella es mucho más joven que él, pero ¿qué mejor bendición que darle a un hombre justo como Booz una aljaba llena de hijos en su vejez? ¡Y qué hijos tendrían! ¡No verás a sus hijos ni a sus hijas adorando baales!

Planteó su caso ante el Todopoderoso y esperó anhelante la respuesta. Qué afortunado había sido Moisés al escuchar la Voz que salía de una zarza ardiente. Noemí había aprendido que era mejor no esperar que Dios le diera una respuesta audible, pero no podía confiarle a ninguna de sus amigas las preguntas que la atormentaban. ¿Era correcto este plan ante los ojos de Dios? Si no lo era, ¿cuál podía llegar a ser el costo para Rut?

Que el costo pese sobre mi cabeza, Señor.



Cuando terminó la cosecha, Noemí supo que el plan tenía que ponerse en marcha, ahora o nunca. Booz había tenido tiempo de sobra para tomar nota de las virtudes de Rut, y Rut tenía un gran respeto por él.

—Hija mía, es hora de que busque un hogar permanente para ti, en el cual seas mantenida. Mi intención es buscarte un esposo y hacer que vuelvas a estar felizmente casada.

Rut se rio.

—¿Y quién se casaría con alguien como yo?

—El hombre en quien estoy pensando es Booz.

—¡Booz! —Rut derramó una parte del grano que estaba guardando en un recipiente de arcilla y se quedó mirándola—. ¡No hablas en serio!

—Sé que es viejo...

—No es viejo.

—Feúcho, entonces. ¿Es por eso que te opones?

—Madre, ¡es el hombre más respetado en todo Belén! ¡Tiene un puesto entre los ancianos de la entrada de la ciudad! ¡Es un hombre rico, con tierras y sirvientes!

—Más razones aún para considerarlo.

Rut sacudió la cabeza, mitad divertida y mitad consternada.

—Yo sé que me amas, madre, pero el aprecio que tienes por la viuda de tu hijo se pasó del límite. ¿Cómo se te ocurre que yo podría ser digna de Booz? La idea es absurda.

—Fuiste suficientemente buena para mi hijo. Lo eres también para Booz.

Rut volvió a verter grano en el recipiente de arcilla.

—El hombre no se fijaría en mí ni aunque me lanzara a sus pies.

—¿Crees que él no se ha fijado en ti todavía? ¡Ja! Hace mucho tiempo que te presta atención.

—Por su bondad.

—Más que por su bondad. ¿Acaso no tienes ojos en la cara? Te admira. Desde una distancia enorme, pero te admira.

—Te equivocas. No me tiene más en cuenta que a las demás espigadoras que van a sus campos.

—Me he ocupado de analizar la actitud que tiene el hombre hacia ti, Rut. ¿No debería yo velar por tu futuro? Sus ojos dicen todo cuando te ve volver de los campos.

—Me saluda de la misma manera que saluda a todas sus criadas. “Que Dios esté contigo”, dice.

—¿Te parece que un hombre de cincuenta años podría cortejar a una viuda joven moabita sin poner a hablar a todo el mundo? Las mujeres opinarían que eres una ramera y que él es un tonto. Y los hombres... bueno, no hablemos de lo que dirían los hombres. Booz no se expondría en ninguna circunstancia a menos que fuera la que indica nuestra ley. —Inclinándose hacia adelante, Noemí sujetó las manos de Rut y sonrió de oreja a oreja—. Pero la ley nos favorece a nosotras.

Rut parecía confundida.

—No comprendo.

—Booz es nuestro pariente cercano y ha sido muy bueno al dejarte recoger grano con sus trabajadores. Es un hombre compasivo y se apiadaría de cualquier persona necesitada. Pero, como además es nuestro pariente cercano, puede ser el redentor de nuestra familia.

—¿Redentor de la familia?

—En nuestra ley, Dios proveyó para las viudas. Como redentor de nuestra familia, Booz se casaría contigo y te daría un hijo para preservar el nombre de Mahlón y heredar la porción de tierra de Elimelec que Dios prometió.

El rostro de Rut se puso colorado.

—Después de todo lo que ya ha hecho por nosotras, ¿debo ir a pedirle que me dé un hijo para que continúe el nombre de otro hombre? ¿Qué hay de su propia sucesión?

—¿Cambiaría algo si dejáramos al hombre así? Booz no tiene hijos, Rut. Ni tiene perspectivas de procrearlos.

—¿Y piensas que yo debería...? —Se detuvo, tartamudeó y se sonrojó—. ¡E-es uno de los ancianos! Seguramente ya sabe que le corresponde el puesto de redentor de nuestra familia. No lo ha ofrecido porque no es una responsabilidad que él desee tener.

—Es un hombre demasiado humilde para ofrecerlo. ¿Cómo podría decírtelo, querida mía, “Quiero ofrecerte mis servicios...”? Ni en un millón de años diría algo semejante, y Dios tampoco lo permite. Conozco a Booz mejor que tú. Recuerdo cómo era hace muchos años, y he escuchado todo lo que me han contado mis amigas de los años transcurridos hasta ahora. Él nunca te abordará por este tema.

—¡Porque no merezco ser la esposa de semejante hombre!

—No. Porque te lleva más de treinta años. Y porque, si lo conozco un poco, está esperando que un hombre joven, apuesto y con palabras dulces te proponga matrimonio. —Que Dios no lo permita. Booz se había echado atrás y permitido que Elimelec se casara con Noemí porque ella estaba deslumbrada por la apariencia física y el carisma. ¿Estaba Booz manteniéndose alejado otra vez a la espera de que otro pariente se diera cuenta de cuánto valía Rut? ¡Incluso podía hacer de casamentero él mismo!— Booz no se propondría a sí mismo, ni aunque su propia vida dependiera de ello. —Lo cual, a la vista de Noemí, era así—. El hombre no quiere arriesgarse a avergonzarte haciendo una proposición no deseada.

Rut desvió la mirada con el ceño fruncido. Cuando volvió a mirar a Noemí, estaba visiblemente desconcertada.

—¿Puedo ayudarte a encontrar un marido, Rut? ¿Podrías estar felizmente casada con Booz?

Rut lo meditó un largo rato.

—No lo sé.

—Que digas que no sabes es mejor a que digas un no rotundo —dijo Noemí, satisfecha—. ¿Confiarás en mí si te digo que Booz podría hacerte feliz? Él haría cualquier cosa dentro de sus posibilidades para asegurarse de eso. —Vio que los ojos de Rut comenzaban a empañarse por las lágrimas. Antes de que su nuera pudiera protestar, Noemí comenzó a explicarle su plan—. Sucede que me enteré de que esta noche Booz estará aventando cebada en el campo de trilla. Mira, haz lo que te digo. Báñate, perfúmate y vístete con tu ropa más linda. Después baja al campo de trillar, pero no dejes que Booz te vea hasta termine de comer y de beber. Fíjate bien dónde se acuesta; después acércate a él, destapa sus pies y acuéstate allí. Entonces él te dirá lo que debes hacer.

Rut se puso pálida y abrió muy grandes los ojos.

—¿Debo hacer algo tan atrevido?

—Confía en mí, hija mía. A menos que le des a entender al hombre que quieres que se case contigo, él seguirá viviendo igual hasta el fin de sus días. ¿Debe descender un hombre como él al Seol sin haber tenido hijos propios?

—¿Y qué me dices de ti?

—¿Yo? ¿Qué pasa conmigo?

—Si Booz se casa conmigo, ¿qué te sucederá a ti? ¿Tendré que dejarte sola en esta cueva?

El corazón de Noemí se enterneció. ¡Qué preciosa niña! Rut era una joya con muchas facetas. Noemí se decidió más que nunca a procurarle un ambiente adecuado.

—Booz te dio una doble ración el primer día cuando te conoció. ¿Te parece que me dejará a la intemperie para que me las arregle sola? —Sacudió la cabeza y sonrió—. Si todo resulta como pedí en oración, todos tendremos un futuro y una esperanza, Rut. Si el plan sale bien, será porque Dios así lo hizo, y no porque una viuda anciana estuvo haciendo de casamentera.

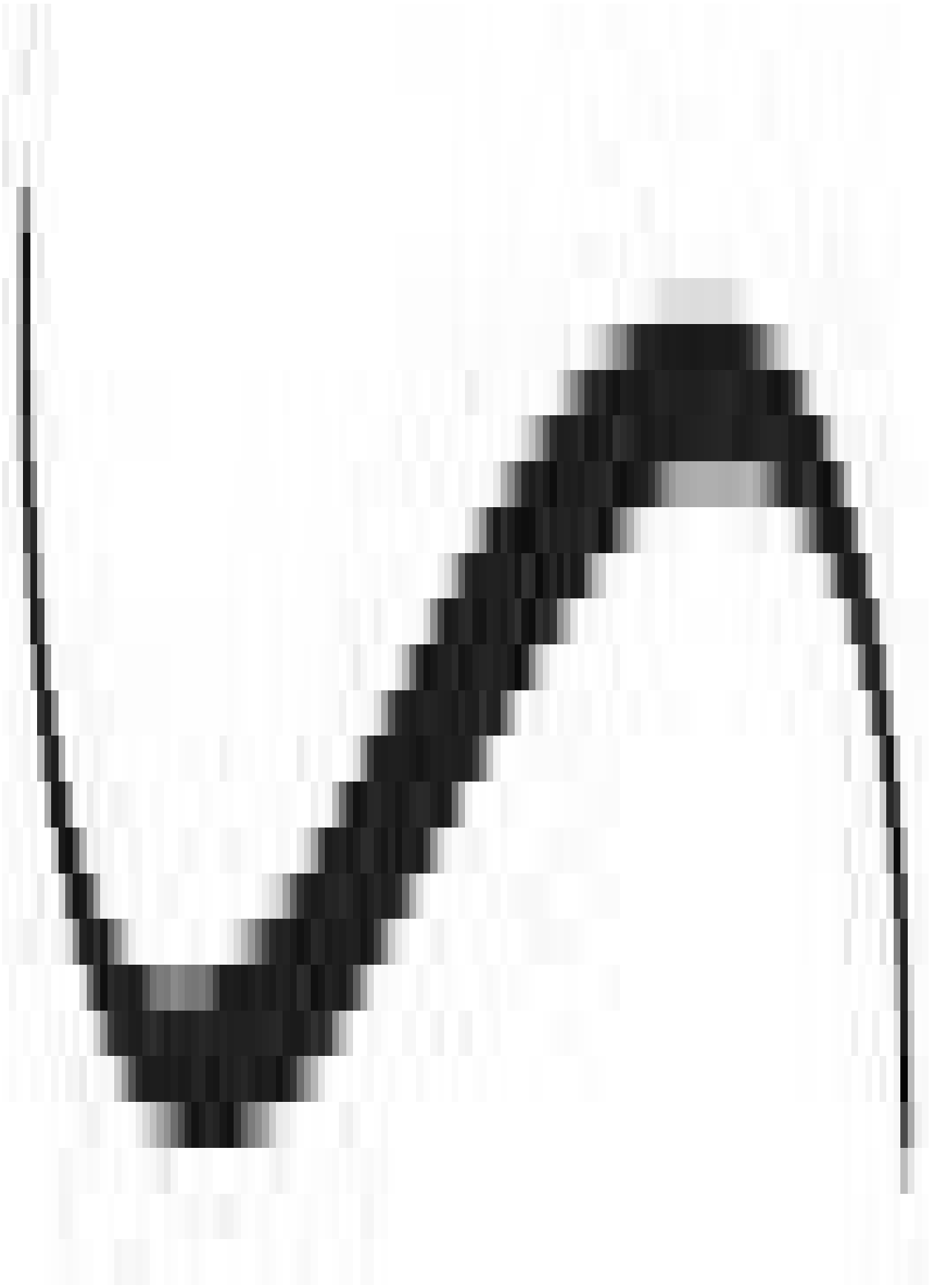
Rut soltó el aire poco a poco.

—De acuerdo —dijo lentamente e inclinó la cabeza—. Haré todo lo que dices.

Agachando la cabeza, Noemí se quedó un momento en silencio, afectada por la solemnidad de Rut. Rut estaba en la primavera de su vida; Booz, en su otoño. Noemí comprendía las dudas de Rut, pero estaba convencida de que Booz podría hacer feliz a su nuera. Sin embargo, se preguntaba si era algo que agradaba a Dios, o si ella estaba haciendo sus propios planes, como los había hecho antes.

¿Qué debo hacer, Señor? Muchos son los planes de las mujeres, pero los Tuyos prevalecerán.

Sé misericordioso, Jehová-rafa. Que todos seamos sanados de nuestro dolor y volvamos a conocer el amor. Que los desamparados vuelvan a tener un techo, un hogar donde Tú seas el Amo. Booz le enseñará a mi hija el camino de la vida y la apoyará durante el recorrido. Veo la soledad que hay en los ojos de ese hombre, Jehová-jireh. También veo amor en ellos. Si es Tu voluntad, ablanda su corazón hacia Rut y el de ella hacia él. Si se unen solamente por mutuo respeto y por deber, si Te agrada, Señor, permite que esos sentimientos se conviertan en amor. Enciende en cada uno el fuego que los abrigará para toda la vida.



Booz había hecho cargar las gavillas de cebada sobre los asnos y los habían llevado al lugar elevado cerca de Belén que él había convertido en un campo para trillar. Samas y los hombres jóvenes abrieron los fardos y arrojaron los tallos sobre la tierra compactada, donde hicieron dar vueltas en círculo a un par de bueyes que arrastraban un gran trineo de madera. Las piedras ajustadas a la parte inferior del trineo aplastaban los tallos y desprendían el grano. Ajustándose la ropa, Booz se unió a sus servidores en el trabajo. El aire se llenó del olor de los tallos aplastados, de los bueyes, del sol y de la tierra. Cuando el piso quedó repleto de tallos partidos de cebada, sacaron a los bueyes y los hombres empuñaron sus trinches para trillar.

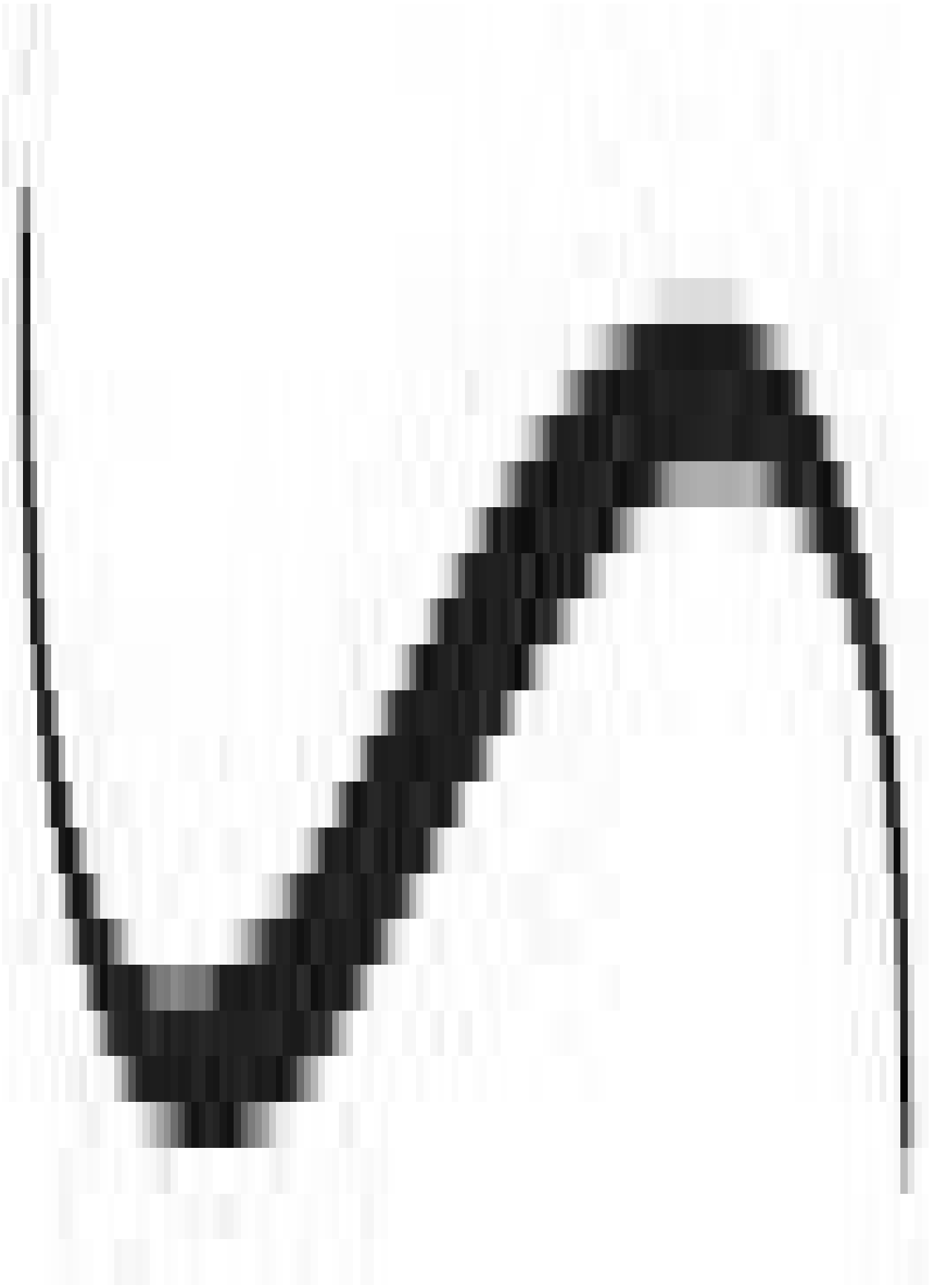
Booz lanzó el grano al aire. La brisa del atardecer atrapó la paja y la cizaña y las levantó, mientras que los granos más pesados de cebada volvieron a caer sobre el campo de trilla. Era un trabajo pesado y caluroso. Una y otra vez, Booz hundió su trinche en los montículos de grano trillado. El sudor empapaba su túnica y brotaba de su frente. Hizo una pausa y se ató un paño alrededor de la cabeza para impedir que la transpiración cayera sobre sus ojos. Inclinándose para hacer su trabajo, entonó una canción de celebración y sus sirvientes se unieron a él.

A medida que avanzaba la trilla, puso a algunos de sus trabajadores a apilar la paja, que sería almacenada y usada durante el año para encender las cocinas y alimentar a los animales. Cuando los restos de paja y cizaña fueron demasiado pequeños para levantarlos con los trinches, los hombres los dejaron a un costado y comenzaron a utilizar palas. Hicieron una pausa para comer y refrescarse, y después volvieron a trabajar. Cuando la brisa disminuyó, algunos de los servidores sacudieron tapetes tejidos para despejar la cizaña de la cebada. Otros trabajadores se pusieron a purificar el grano, tamizándolo. A medida que el grano se colaba, los desperdicios quedaban retenidos en los tamices para luego ser descartados. Quitaban los granos de cizaña, porque si dejaban las semillas de mala hierba y tara, provocaban mareos y enfermedades al ser ingeridas.

La cosecha era tan abundante que el trabajo duraría varios días.

—¡Suficiente por hoy, muchachos! —gritó Booz. Sus cocineros habían preparado deliciosos platos de un guiso de frijol y lentejas. Colocaron bandejas con frutas y una gran cantidad de pan y vino. Los hombres se relajaron, charlaron, cantaron y se rieron mientras las estrellas aparecían.

No encendieron ningún farol, pues el riesgo de incendio era demasiado grande.



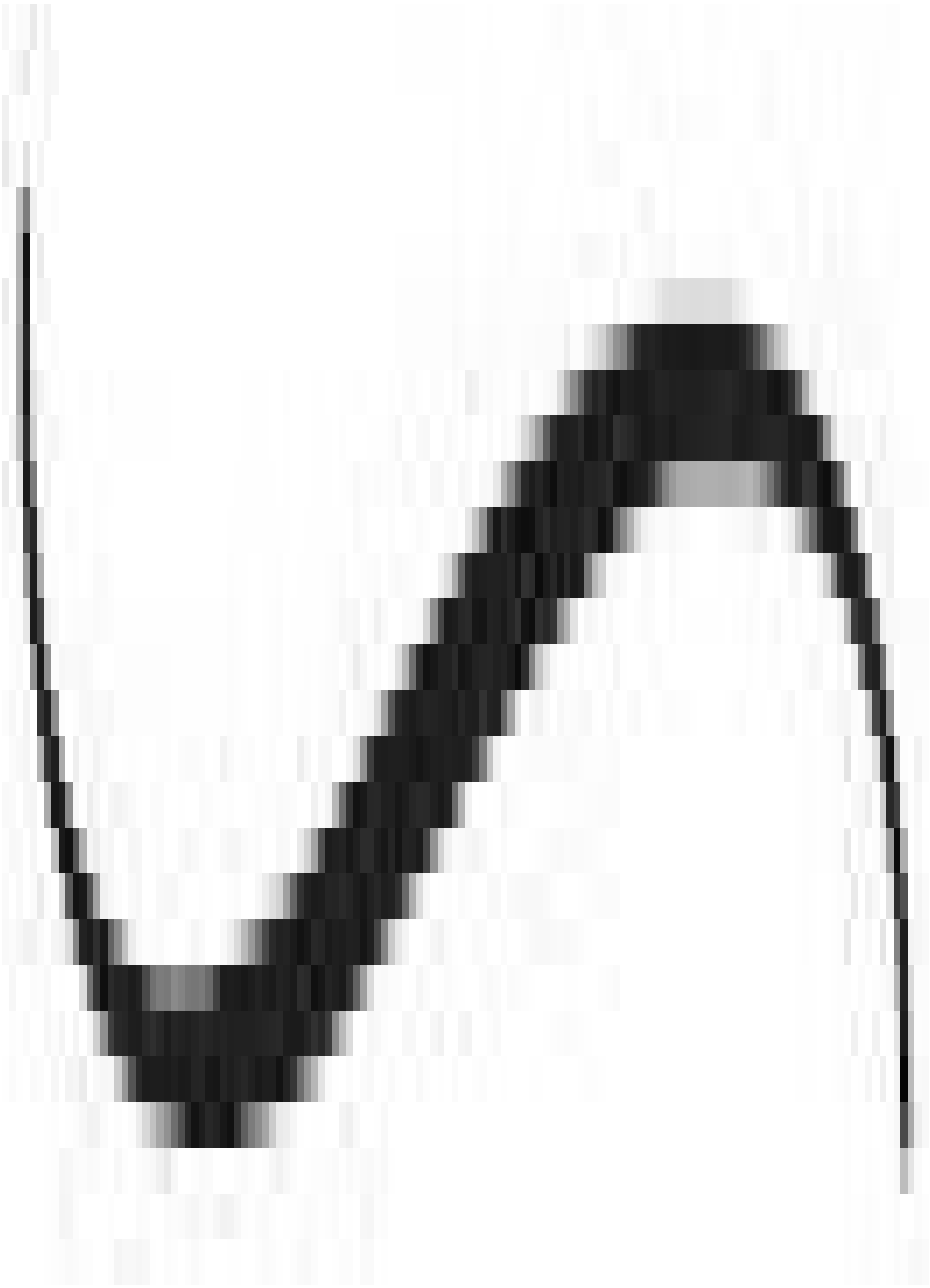
Rut se había quedado a cierta distancia del campo de trillar, observando a Booz cantar, reírse y beber con sus sirvientes. Cuando aparecieron las estrellas, se acercó más al ver que la celebración iba decreciendo. Cuando Booz se puso de pie, la reunión se terminó. Sus sirvientes se dispersaron y buscaron lugares para taparse con sus mantos para dormir. El trabajo comenzaría otra vez temprano en la mañana. Rut vio que Booz se acostaba junto al montón de grano.

Se mantuvo oculta en un montículo de piedras durante una hora más. Antes de salir de su escondite, quería estar segura de que todos los sirvientes de Booz se habían acomodado y dormían. No podía arriesgarse a que la vieran aquí. El chisme se desparramaría por Belén como un fuego y devoraría su reputación. Ese pensamiento la atormentaba mientras se movía despacio, sigilosamente, hacia el lugar donde dormía Booz. El corazón le latía tan fuerte que se sintió mareada por la tensión.

Cuando finalmente llegó a él, titubeó y estudió al hombre bajo la luz de la media luna, acostado junto al montículo de grano. Tenía un aspecto mucho más joven, ya que el sueño lo había hecho olvidar sus muchas responsabilidades. Dormía con un brazo cruzado sobre la cabeza. Temblando, Rut se arrodilló a sus pies y retiró su manto hacia atrás con cuidado, para no molestarlo. Él se movió inquieto. El pulso de ella se disparó. Rápidamente se acurrucó a sus pies sin hacer ruido y se tapó con el manto de él para que el aire frío de la noche no lo despertara. Luego soltó la respiración lentamente, deseando que su corazón aminorara su ritmo desbocado y errático.

Trató de relajarse, pero ¿cómo podía hacerlo teniendo a este hombre tan cerca que podía escuchar su respiración y sentir el calor de su cuerpo? Podía sentir el olor del sudor de su cuerpo mezclado con los aromas de la tierra, la paja y la cebada. Recordó cómo los hedores de la enfermedad y del miedo se le habían pegado a Mahlón durante los últimos meses de su vida. El aroma del cuerpo de Booz era de vida: de trabajo arduo, del fruto de su labor, de la tierra que Dios le había dado. Su esencia era provocativa y relajante a la vez.

Rut tragó saliva y cerró los ojos, perturbada por las emociones que este gran hombre le provocaba. Colocó su mano debajo de su mejilla y escuchó el latido acelerado de su propio corazón y el sonido lento y constante de la respiración del hombre que estaba tan cerca de ella que tenía los pies contra su espalda.



Booz se despertó en medio de la noche y se quedó quieto, preguntándose qué lo había sobresaltado. ¿Un sueño? No podía recordarlo. Siguió escuchando un rato largo, pero nada se movía. De hecho, había una quietud extraña a su alrededor. Oyó a uno de los hombres roncando ruidosamente al otro lado del montículo de grano y se relajó. Inhalando hondo, cerró los ojos con la intención de volver a dormirse, pero se despertó del todo cuando sintió un aroma dulce en el aire que respiraba. Frunció un poco el ceño, alerta al olor. Tomó aire nuevamente y pensó que nunca había sentido un olor tan delicioso. ¿De dónde venía? ¿Era la brisa nocturna que traía el perfume de las flores? No, era demasiado intenso y evocador. Como si fuera perfume.

Estiró una pierna y rozó a alguien. El intruso era pequeño y estaba acurrucado. Tomó aire bruscamente. Abruptamente retiró su pie, se incorporó y se sacó de encima el manto. ¿Quién más que una ramera se atrevería a venir al campo de trilla?

La mujer se incorporó rápidamente y giró la cabeza hacia él. Estaba demasiado oscuro para que pudiera ver su rostro.

—¿Quién eres? —susurró él bruscamente. No quería despertar a nadie.

—Soy Rut, su sierva.

El corazón de él comenzó a martillear.

—¿Rut? —Su voz salió entrecortada y confundida.

La voz de ella sonaba temblorosa:

—Extienda sobre mí el borde de su manto ya que usted es el redentor de mi familia.

Una oleada de calor recorrió todo el cuerpo de Booz, naciendo en el pie que había rozado el cuerpo de ella. Le costaba respirar por lo cerca que estaba y por la petición que le había hecho. En la soledad de sus ilusiones, jamás hubiera soñado con que Rut le pidiera algo semejante. ¿Sabía que él había anhelado tener una esposa a quien amar y cuidar, una mujer que lo acompañara y le diera hijos?

Señor, Señor, ¿cómo me atrevería yo a desear una muchacha como esta? Hay obstáculos. ¿Es esto una prueba? Debo hacer lo correcto, en lugar de lo que quiero. Y Tú sabes que desde la primera vez que escuché sobre esta muchacha mi corazón se ablandó hacia ella. Una mujer así... pero, Señor, seguramente Noemí está al tanto del otro pariente. Debe saber que yo no tengo derecho a cumplir esta función, a menos que... Oh, Dios, dame fuerzas para hacer lo que debo, aunque eso signifique ver que otra mujer que amo se marche con otro hombre.

—¡El Señor te bendiga, hija mía! —Tenía la voz ronca por la emoción. Se alegró de que estuviera tan oscuro para que ella no viera el anhelo y la sorpresa que sentía. ¿Comprendería el cariño que ella estaba mostrándole al venir a él? La cabeza le daba vueltas. Hacía años que había abandonado la esperanza de tener su propia familia alguna vez. Dios era Dios y, por el motivo que fuera, había decidido no bendecirlo con una esposa. Y, sin embargo, ahora, en medio de la noche y envuelta por la oscuridad, unas pocas palabras susurradas por Rut hacían renacer su esperanza de tener una esposa e hijos. Se obligó a pensar, a considerar los actos y las intenciones que la motivaban. ¡Seguramente Rut lo había hecho por Noemí!

—Estás demostrando más lealtad familiar ahora que nunca, por no perseguir a un hombre más joven, sea rico o pobre.

—Usted ha sido más bondadoso conmigo que nadie, Booz. ¿Me cubrirá con su manto?

Escuchó el temblor en su voz y quiso estirarse hacia ella y tranquilizarla. Era descabellado que ella lo amara, pero su corazón se había atado al de ella firmemente desde el primer momento. Nada deseaba más que convertirla en su esposa, pero ¿era esa la voluntad de Dios?

—Ahora, no te preocupes por nada, hija mía. Haré lo que sea necesario porque todos en la ciudad saben que eres una mujer honorable. —Ninguno más que yo, deseaba decir—. Pero hay un problema.

—¿Un problema? —dijo ella en voz baja y con un tono angustiado.

—Si bien es verdad que soy uno de los redentores de tu familia, hay otro hombre que tiene un parentesco más cercano a ti que yo.

—¿Otro hombre?

La desilusión en su voz era inconfundible. Cuando se acercó a él, le rozó la pierna con su mano. Rut retrocedió rápidamente, pero no antes de que el cuerpo de él se encendiera. Después de todo, no era un hombre tan viejo. El poder de las sensaciones que ella le provocaba lo estremeció. Miró a su alrededor, preguntándose si alguien los había oído hablar. ¡Qué desastre le sobrevendría a ella si la descubrían aquí, en el campo de trillar! Contra su voluntad, su mente se precipitó pensando en lo ventajoso que sería para él si eso sucedía. El otro pariente tendría motivos para poner en duda la castidad de Rut. Podía llegar a negarse a cumplir las obligaciones que tenía hacia ella basándose en su reputación dañada. Toda la ciudad se dedicaría a rumorear sobre ella y especularían sobre lo que había sucedido entre ellos esta noche. Sería el tema de conversación durante los próximos años. A pesar de lo mucho que Booz la deseaba, no la deshonraría de esa manera.

¿Podría estar de pie ante el Señor si permitía que algo así le sucediera a Rut? ¿Podría mirarla a los ojos si dejaba que fuera humillada porque él no estuvo atento a hacer lo correcto? ¡No! Él tenía el deber de proteger su reputación, aunque eso significara entregársela a otro hombre. Se le encogió el corazón ante la idea. Apretando los dientes, luchó con su deseo de tenerla para sí. Pero ¿cómo podía ignorar la ley? Sin importar cuánto deseara a Rut, él debía obedecer al Señor.

Tú sabes que la quiero, ¿verdad, Señor? ¿Es por eso que me pones a prueba ahora? Oh, Jehová-tsidkenu, dame la fortaleza para no rendirme a mi deseo de poseerla. ¡Afírmame en Tu camino, porque si me desvío, estoy perdido! Ayúdame a mostrarle a Rut la bondad que me ha manifestado, y a afianzarla.

—Sí —le dijo—. Hay otro pariente que debe ser consultado. Quédate aquí esta noche, y en la mañana yo hablaré con él. Si está dispuesto a redimirte, entonces que él se case contigo. Pero si no está dispuesto, te aseguro tan cierto como que el Señor vive, ¡que yo me casaré contigo! Ahora, acuéstate hasta la mañana. Nadie debe enterarse de que una mujer estuvo aquí en el campo de trillar.

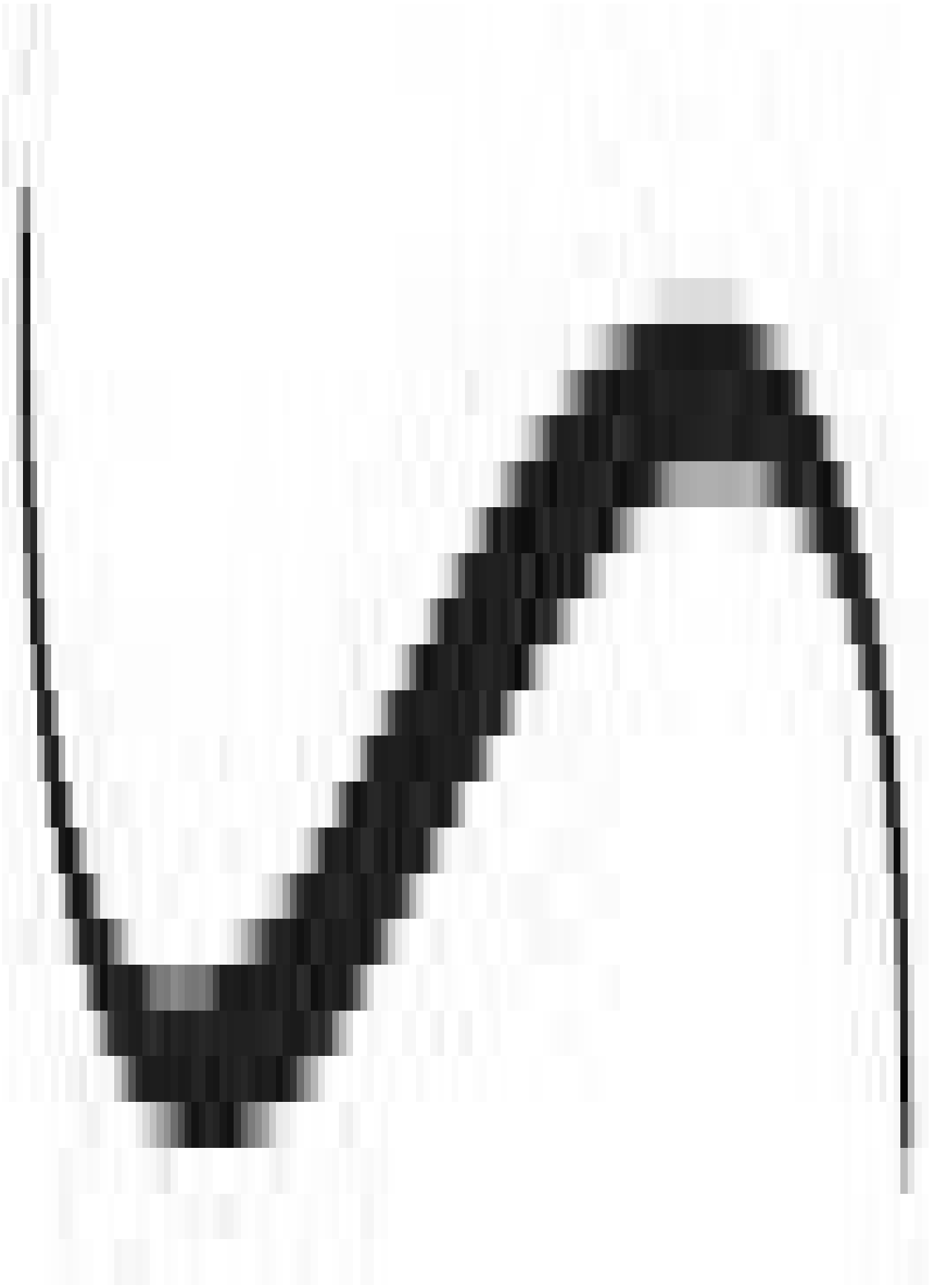
Rut volvió a acostarse a sus pies. Booz sentía su presencia con tanta intensidad que le dolía el estómago. Se preguntó si ella estaría dormida, porque no emitía ningún sonido. Tampoco se movía. Deseaba tocarla, hablar con ella, pero contuvo su mano y guardó silencio.

En lugar de eso, oró.

Ay, Señor, Señor...

Ni siquiera tenía palabras para los sentimientos que se agitaban tan fuertemente en su interior. Estaba perturbado por su presencia, atravesado por el deseo de que fuera su esposa. ¿Cuántos años habían pasado desde la última vez que había sentido algo así? No desde que creyó que estaba enamorado de Noemí. ¡Más de veinte años!

La esperanza de amar a Rut lo hizo tener miedo por primera vez en años.



Rut se despertó abruptamente cuando una mano le retiró suavemente el cabello de la frente.

—Shhhh. —Booz se llevó un dedo a los labios. Estaba apoyado sobre una rodilla, junto a ella, y había luz suficiente como para que pudiera ver su sonrisa. —Todos duermen todavía —articuló sin hablar. Estaba amaneciendo. Era hora de que se fuera, antes de que cualquiera de los trabajadores se despertara y la viera allí.

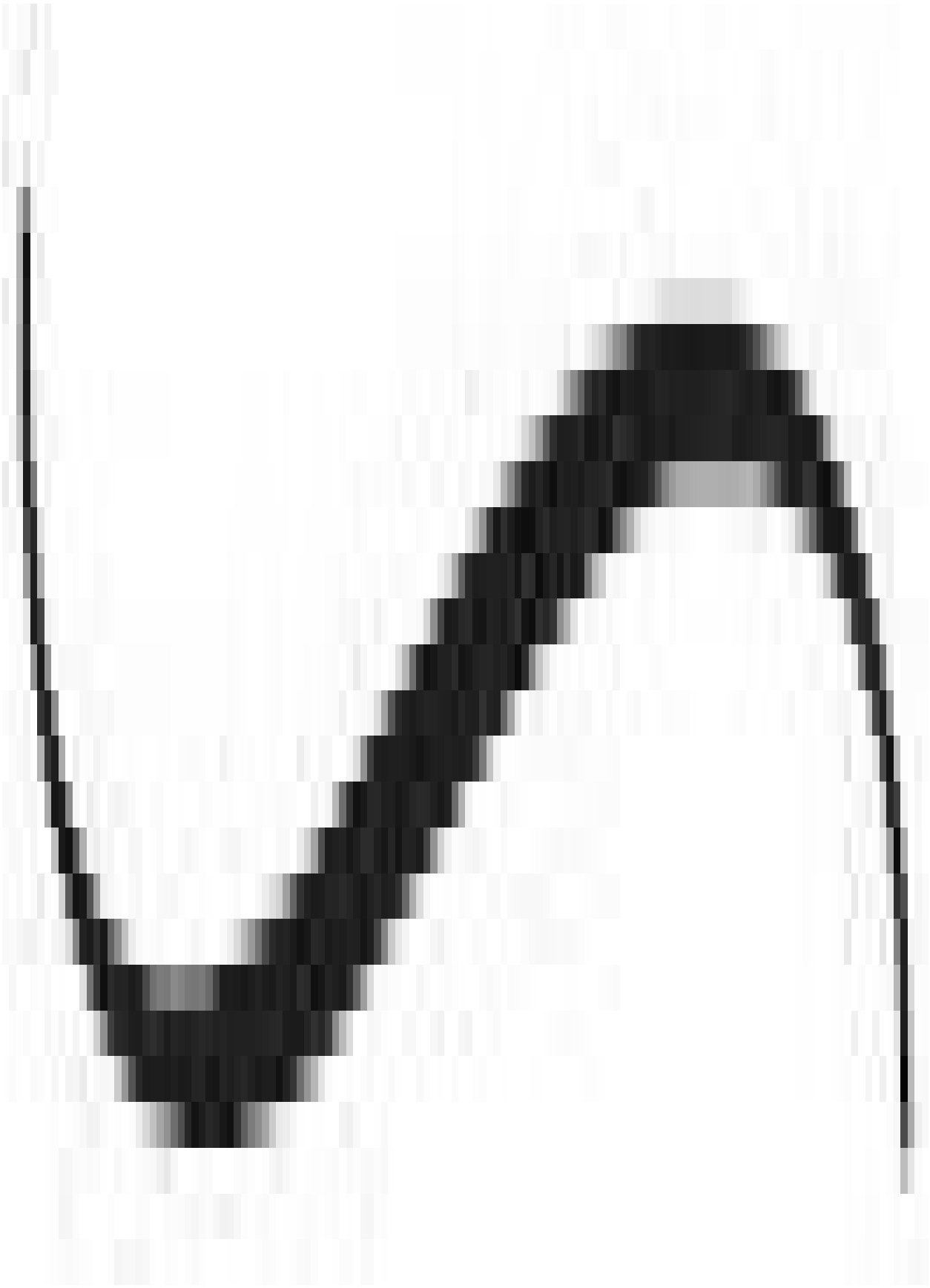
—Trae tu manto y extiéndelo —susurró él. Ella lo siguió al montículo de cebada que había sido depurada de todas las semillas de tara—. No puedo mandarte a casa sin un obsequio. —Cargó grano con una pala en su chal hasta que hubo más de una fanega y media. Luego, lo ató y se lo cargó en la espalda—. Para Noemí.

Su generosidad nunca dejaba de asombrarla. No podría haber cargado más que esto.

—Gracias —susurró ella y lo miró. Cuando su mirada se encontró con los ojos de él, sintió el impacto del reconocimiento y conexión. No la veía solamente como mira un hombre a una mujer que le parece atractiva. La miraba como si ya fuera suya. El modo en que estudiaba cada detalle de su rostro le aceleró el corazón. Rut parpadeó, perpleja por la idea de que este hombre, tan superior a su condición social, la quería.

Cuando Booz estiró la mano, ella tomó aire estremeciéndose. Aunque se quedó quieta, esperando que la tocara, él retiró su mano. Su sonrisa se volvió casi paternal; su voz, vagamente reprobatoria.

—Que se haga la voluntad de Dios.



Tan pronto como Rut se perdió de vista, Booz despertó a Samas.

—Me voy a la ciudad. No sé cuándo volveré.

Samas comenzó a levantarse.

—¿Hay algún problema?

Booz le apoyó una mano en el hombro.

—Ningún problema, amigo mío. Hay un asunto del cual necesito ocuparme esta mañana. Es impostergable.

—Debe ser importante. Nunca supe que dejaras el campo de trillar.

Booz no tenía intención alguna de explicarle la situación. No quería que nadie especulara sobre la visita que Rut había hecho al campo de trillar. Para cuando terminara el día, ella tendría un esposo. Booz quería hacer todo lo que estuviera en su poder para tener la certeza de que sería él. Su éxito dependía de Dios. Apretó el hombro de Samas.

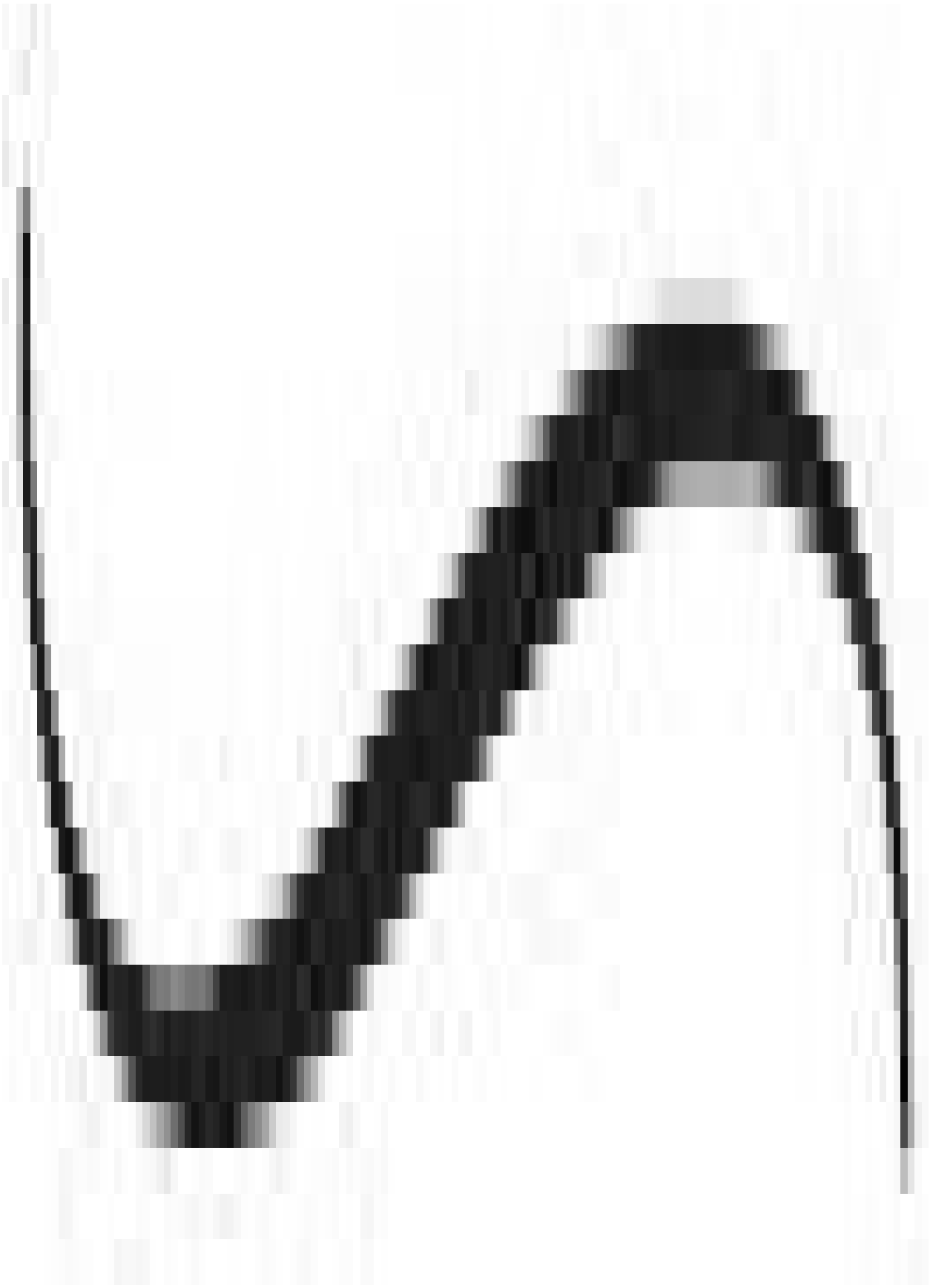
—Ora por mí, amigo mío. Ora para que lo que yo quiero sea lo que Dios tiene en sus planes.

Samas frunció el ceño, pero se apresuró a responder:

—Que el Señor te dé sabiduría en cualquier circunstancia.

—Dios quiera que así sea.

Booz bajó por el camino a Belén rápidamente. Sus pensamientos volaban con el plan que estaba formándose en su mente.



Rut llegó a casa antes de que saliera el sol y se sorprendió al encontrar a Noemí levantada y esperándola.

—¿Estuviste esperándome toda la noche?

—¿Podría haber dormido en una noche como esta? ¿Y bien? ¿Qué sucedió, hija mía?

Riéndose sin alegría, Rut bajó el grano.

—Todavía no está resuelto, madre. Booz me dijo que hay otro pariente más cercano que él. —Mantuvo su mirada hacia otro lado porque no quería que Noemí viera lo mucho que la había afectado esa noticia—. Pero me dijo que no me preocupara; que él se ocuparía de todos los detalles. Dijo que si este otro hombre no quiere casarse conmigo, él lo hará. Booz juró por Jehová que lo haría. —No pudo ocultar el repentino ataque de llanto—. ¿Qué pasará si no puede resolverlo y tengo que casarme con ese otro hombre? ¡Ni siquiera sé quién es!

Frunciendo el ceño marcadamente, Noemí golpeteó sus labios con los dedos.

Rut se secó las lágrimas de las mejillas y se quedó mirándola.

—Tú lo sabías, ¿verdad? ¿Sabías de este otro hombre y de todas maneras me enviaste a Booz?

—Quiero que tengas el mejor hombre de todos.

¿Sabía Noemí algo acerca de este otro hombre que lo hacía indeseable como esposo?

—¿Quién es ese hombre?

—Es un hombre como cualquier otro, pero no el hombre que desearía para ti.

—Ay, madre. ¿Qué importa lo que tú y yo deseemos? Ya no está en nuestras manos. —Rut lloró; las tensiones de la noche estaban afectando su entereza. Deseó no haber aceptado nunca ir al campo de trillar—. ¿No nos estaba yendo bien por nuestros propios medios? ¿Acaso Dios no estaba proveyendo lo

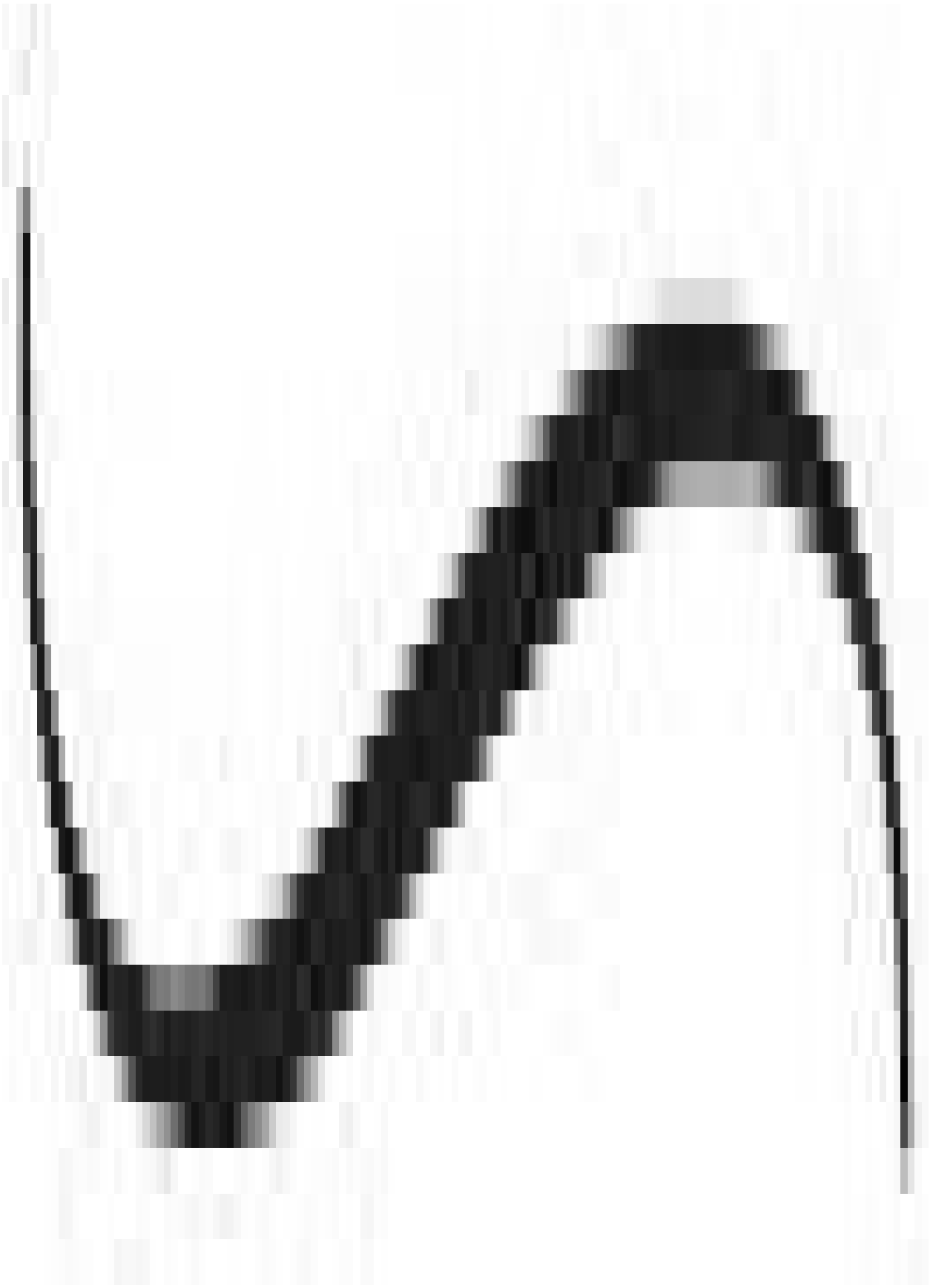
necesario para cada día?

Noemí la abrazó.

—Oh, mi dulce niña, no tienes que preocuparte. ¡Booz te quiere!

—¿Cómo puedes saberlo? —Tal vez se había equivocado con lo que creyó haber visto en sus ojos.

—¡Mira todo esto! ¿Crees que el hombre habría mandado tanto grano contigo si le diera igual el resultado? Solo sé paciente, hija mía, hasta que sepamos qué pasará. El hombre no descansará hasta que haya cumplido con todo esto. Lo resolverá hoy mismo.



Booz caminó a zancadas por las calles de la ciudad hasta que llegó a su casa. Varios de sus sirvientes estaban levantados, haciendo sus quehaceres domésticos. La casa estaba en orden; había olor a pan horneándose. «Tráeme agua, Avizemer, y que Ismael me prepare una túnica nueva, un manto y una faja».

Se lavó minuciosamente y se vistió con la ropa limpia. Cubrió su cabeza con su manto de oración y oró nuevamente, suplicándole a Dios que le diera sabiduría y fuerzas para hacer lo correcto. No se apuró para hablar con el Señor, sino que se quedó solo en la recámara hasta que el sol estaba muy alto y estuvo seguro de que estaría en paz con el resultado, fuera cual fuera.

Cuando salió de la recámara interior, sus empleados estaban amontonados, murmurando. Levantaron la vista, preocupados. «Ismael, tengo un encargo para ti. —Booz les sonrió a los demás—. Todo está bien. Vuelvan a su trabajo».

Hicieron lo que les pidió, pero él seguía sintiendo su curiosidad. Su boca dibujó una sonrisa irónica. No era cosa de todos los días que el amo viniera a casa corriendo como lo había hecho hoy. Con razón se habían preocupado. Estaban más acostumbrados a verlo regresar tarde, polvoriento por el trabajo, listo para asearse, comer, orar en calma e irse a la cama. Todos los días tenían la misma regularidad.

¡Pero hoy era distinto!

Le dio a Ismael los nombres de diez de los principales hombres de la ciudad que eran buenos amigos y honestos en su manera de manejar los asuntos con todos.

—Pídeles que se reúnan conmigo en la puerta de la ciudad. —A la mayoría podría encontrarlos fácilmente en la sinagoga. Solían reunirse en la mañana, antes de comenzar sus operaciones comerciales del día. Algunos, quizás, ya estarían sentados en la puerta de la ciudad, escuchando disputas entre los ciudadanos y ayudando a resolverlas—. Tan pronto como hables con ellos, ve adonde Noemí y Rut, la moabita. Viven en una...

—Sé dónde encontrarlas, mi señor.

—Bien. Llévalas a la puerta de la ciudad inmediatamente.

Booz bajó al mercado para buscar al pariente de Rut y Noemí. Conocía más de la fama del hombre de lo que hubiera deseado, pero estaba decidido a no juzgarlo basándose en chismes. Quería exponer el caso de Rut de manera tal que pudiera poner a prueba el carácter del hombre. Caminó entre los puestos hasta que vio a Rishón, hijo de Oved, hermano de Elimelec, hablando con varios jóvenes, mientras que su esposa sacaba cebada de un recipiente de barro y la volcaba dentro de la canasta tejida de una anciana. Las dos mujeres discutían. Con el entrecejo fruncido, Rishón se dio vuelta, le dijo algo a la anciana y gesticuló impacientemente. La mujer se dio vuelta con una mueca de derrota.

Poniéndose tenso, Booz se quedó parado un momento y respiró lentamente, tratando de pensar racionalmente. Lo que acababa de ver no era necesariamente lo que parecía. Necesitaba despejar su mente para la discusión que tenía por delante. Los hijos de Rishón estaban en el puesto, junto con su esposa. Contó tres, incluido el bebé que estaba en los brazos de la madre viuda de Rishón.

—Rishón —lo llamó Booz, sin acercarse. Cuando el hombre más joven se dio vuelta, le hizo señas para que se acercara—. Ven aquí, amigo. Quiero hablar contigo. —Mantuvo relajado su tono de voz, como si quisiera conversar de algo que no tenía demasiada importancia para él.

Rishón se acercó de inmediato, sonrojado y pareciendo ligeramente culpable.

—Supongo que viste a esa mujer. Siempre espera más de...

Booz levantó la mano para frenar el caudal de excusas.

—Es otro el asunto del que quiero hablar contigo.

Rishón parecía notablemente aliviado.

—¿Otro asunto? ¿Qué asunto?

—Ven —dijo Booz, tendiéndole la mano como muestra de bienvenida—. Siéntate conmigo en un lugar más fresco. —Captó el destello de especulación que había en los ojos de Rishón cuando se sentó a la sombra de la puerta de la ciudad. Rishón se sentó con él. Booz llamó por nombre a los diez hombres que se habían reunido en la entrada—. ¿Aceptan ser testigos de cualquier cosa que se decida hoy aquí?

Cada uno estuvo de acuerdo y se sentó en algún sitio cercano para escuchar el caso y actuar como testigo de lo que iba a decidirse entre los dos hombres.

Rishón miró a su alrededor, ceñudo, y luego volvió a enfrentar a Booz.

—¿De qué se trata todo esto, Booz?

Booz miró alrededor y vio a Noemí de pie entre las sombras. El corazón latió fuertemente en su pecho al ver a Rut parada junto a ella. Cuando volvió a mirar a Noemí, ella apoyó las manos entrelazadas sobre su corazón, sonrió débilmente y asintió.

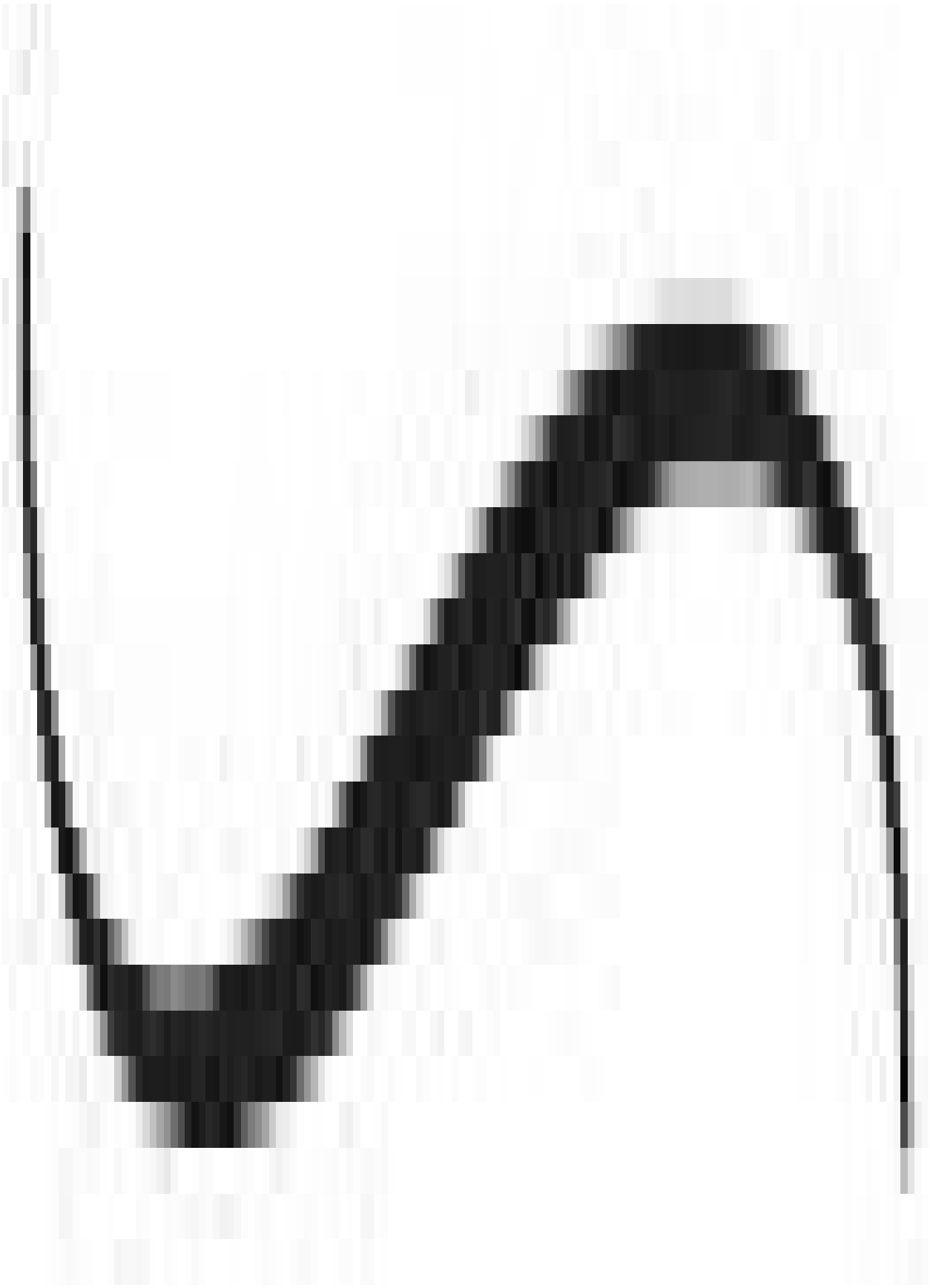
—Conoces a Noemí —dijo Booz, extendiendo su mano hacia ella. Rishón la miró con indiferencia y asintió brevemente con la cabeza como reconocimiento, antes de volver a prestarle total atención a Booz—. Noemí, que volvió de Moab —dijo Booz.

—Eso oí.

Y, a pesar de ello, no tuviste compasión ni consideración familiar hacia ella, pensó Booz tristemente.

—Está vendiendo la tierra que le perteneció a nuestro pariente, Elimelec. —Los ojos de Rishón empezaron a brillar porque era una tierra excelente, cerca de la ciudad—. Sentí que debía decírtelo para que puedas redimirla, si lo deseas. Si quieres la tierra, cómprala aquí, en presencia de estos testigos.

—De acuerdo —dijo Rishón con un suspiro lleno de codiciosa expectación—. La redimiré.



Rut nunca había visto a un hombre más apuesto que Rishón. Era mucho más joven que Booz, fornido, rubicundo, con cabello que formaba rizos oscuros y barbudo. Vestía una túnica y un manto elegantes y tenía los modales de un hombre ansioso por sacar cualquier ventaja. Evaluaba prudentemente la reunión de ancianos con una mirada brillante y especulativa. Inclinaba la cabeza con soberbia. Aunque trataba de adoptar una postura de seguridad, ella sentía que estaba incómodo, como si esperara que lo confrontaran por algún error. Desconfiaba de esta reunión con Booz y tenía una actitud deferente hacia el hombre mayor. Rut tenía la sensación de que la actitud de Rishón no provenía del corazón, sino de su mente.

Tampoco le gustó cómo su pariente miró a Noemí. El hombre apenas le dirigió una mirada a su suegra, antes de descartarla de su mente, como si ella no tuviera ninguna relevancia.

Su corazón se desplomó cuando Booz dijo que Noemí quería vender la tierra de su esposo. Apretó el brazo de Noemí, esperando que ella protestara en su favor, pero su suegra se inclinó hacia ella y susurró:

—Booz sabe lo que está haciendo. Confía en él.

—Si quieres la tierra, entonces cómprala aquí, en presencia de estos testigos —estaba diciendo Booz—. Pero si no la quieres, házmelo saber de inmediato, porque yo soy, después de ti, el que sigue en fila para redimirla.

—Está bien, yo la redimiré —dijo Rishón con impaciencia.

—Bien —dijo Booz. Rut sintió que se ponía pálida. ¿Había entendido mal los sentimientos que él le había manifestado, su deseo de casarse con ella? Booz ni siquiera miraba hacia donde estaba ella ni parecía preocuparle que ella pasara a ser propiedad de Rishón.

—Es buena tierra —dijo Rishón—. Qué lástima que no haya sido explotada durante tanto tiempo.

—Desde luego, comprarle la tierra a Noemí también exige que te cases con Rut, la viuda moabita. De esa manera, ella podrá tener hijos que llevarán el nombre de su esposo y mantendrán la tierra dentro de la familia.

La sociabilidad de Rishón se desvaneció.

—¿La moabita? —No hizo ningún esfuerzo por ocultar su desilusión. Miró a Booz y a los ancianos reunidos. Su boca se puso tensa—. Entonces... —Su rostro se ensombreció—. Entonces, no puedo redimirla porque eso podría poner en riesgo mi propio patrimonio.

—Esa es su excusa —le susurró Noemí, disgustada, a Rut.

Rut se preguntó qué le molestaba más a Rishón: ¿tener que cumplir la obligación que tenía con ella y darle un heredero a Mahlón? ¿O correr el riesgo de que cualquier porción de su propiedad pudiera quedar para el hijo que ella podía concebir? Las personas que habían venido a mirar murmuraban entre ellas.

—A su esposa no le gustaría —dijo alguien cerca de Rut.

—Debería cumplir su deber con Noemí.

—Codicia la tierra, pero no le ve sentido a comprarla si tiene que devolvérsela como herencia a la familia de Elimelec.

Rishón miró a los reunidos a su alrededor; parecía molesto. Se desató la sandalia apresuradamente y se la entregó a Booz, validando públicamente la transacción.

—Redime tú la tierra; yo no puedo hacerlo. Cómprala tú. —Se levantó rápidamente y se abrió paso a empujones entre los que miraban.

Noemí apretó fuertemente la mano de Rut.

—¡Lo hizo! —Rio en voz baja, complacida—. Sabía que lo haría.

Rut contuvo la respiración cuando Booz la miró. Aunque su expresión era solemne y respetuosa, sus ojos oscuros tenían una luminosidad que nunca antes había visto. Pareció controlarse, porque pestañeó y desvió la mirada. Se levantó con la sandalia de Rishón apretada en la mano. Se dirigió a los diez ancianos y a la multitud que se había congregado para ver qué sucedía:

—Ustedes son testigos de que hoy le he comprado a Noemí toda la propiedad de Elimelec, Quelión y Mahlón. Y con la tierra, he adquirido a Rut, la viuda moabita de Mahlón, para que sea mi esposa. De esta manera, ella podrá tener un

hijo que continúe con el nombre de su esposo muerto y herede la propiedad familiar que está aquí, en su ciudad natal. Todos ustedes son testigos el día de hoy.

Los diez hombres se levantaron con Booz, luciendo majestuosos con sus túnicas largas y sus mantos de oración y filacterias.

—Somos testigos —dijeron.

—¡Somos testigos! —se sumó la multitud.

Noemí empujó suavemente a Rut hacia los hombres.

—Ve —susurró, con el rostro resplandeciente de emoción—. Ve a él, querida.

El mayor de los ancianos le tendió su mano a Rut. La muchedumbre se dividió mientras ella avanzaba y le daba la mano al anciano. Booz caminó para pararse al otro lado del hombre. El anciano sonrió a Booz y luego inclinó su cabeza hacia Rut.

—¡Que el Señor haga que esta mujer que ahora entrará en tu casa sea como Raquel y Lea, de quienes descendió todo el pueblo de Israel! —Acercó a Rut mientras Booz extendía su mano. Cuando la mano de ella fue colocada sobre la de él, los dedos de Booz se cerraron afectuosamente sobre los de ella. El anciano suavemente puso sus manos encima de las de ellos—. Que seas grande en Efrata y famoso en Belén. Y que el Señor te dé descendientes por medio de esta joven que sean como los de nuestro antepasado Fares, el hijo de Tamar y Judá.

El sirviente que había ido a buscar a Rut y a Noemí se abrió paso apresuradamente entre el gentío y corrió por la calle. La gente clamaba bendiciones para Rut y Booz. En su entusiasmo, hombres y mujeres se apilaban alrededor de ellos; los hombres palmeaban la espalda de Booz, mientras que las mujeres se turnaban para abrazar a Rut y bendecirla fervorosamente. Booz reía y hablaba con todos. Noemí tenía una sonrisa de oreja a oreja y gesticulaba mientras charlaba agitadamente con las amigas que la rodeaban. Rut todavía estaba anonadada por cómo había resultado todo. Booz mantenía su mano cerrada sobre la suya para mantenerla cerca de él mientras las personas revoloteaban alrededor de ellos, bendiciéndolos y felicitándolos. La multitud los siguió por la calle cuando él la llevó a la ciudad y por la calle. Abrumada por el festejo de la muchedumbre que los rodeaba, Rut miró hacia atrás por encima del

hombro, con las mejillas encendidas y el corazón latiendo aceleradamente. ¿Dónde estaba Noemí? ¿Venía con ellos?

«¡Rut! —gritó Noemí, abriéndose paso entre los muchos que los saludaban, acompañada por varias mujeres—. Debemos prepararte para la boda —dijo, abrazándola y apartándola a un costado mientras le daba una palmadita alegremente a la mano de Booz—. Tu novia estará lista para ti esta noche. —Rut fue apartada rápidamente por Noemí, sus amigas y las criadas de los campos de Booz, todas hablando al mismo tiempo. Rut apenas podía respirar.

La llevaron a la casa de Abigail, una amiga de Noemí de la infancia. Trajeron agua a una recámara interna, donde le quitaron el vestido gastado. La bañaron meticulosamente, la frotaron con aceites aromáticos y le cepillaron el cabello, largo hasta la cintura, hasta que sus abundantes rizos brillaban.

Una joven criada vino a buscar a Noemí.

—Booz ha enviado regalos para que Rut se los ponga. —Desaparecieron de la habitación y volvieron dentro de poco. Noemí llevaba una caja tallada en marfil.

—Mira —dijo, y la abrió para Rut—. ¡Joyas! Mira cuánto te valora. —Sacó un collar adornado con sardos rojos, esmeraldas, zafiros y diamantes—. Y también envió ropa para la boda.

Noemí le entregó la caja a Abigail y ayudó a vestirse a Rut.

—Parecerás una reina. —Cuando la larga túnica blanca se deslizó sobre su cabeza, Rut suspiró. Nunca en su vida había sentido algo tan suave. También había un vestido para llevar encima, bordado con colores alegres, y una faja tejida con hilos de lino en tonos más finos: dorados, azules, púrpura y escarlata, que dibujaban un motivo complejo. Había brazaletes y aros con piedras de todos los colores del arcoíris y una corona delgada de oro que tenía presillas de cadenas con círculos de oro.

Una de las sirvientas de Abigail trenzó el cabello de Rut con las piedras preciosas que Booz había enviado. Por último, colocaron sobre su cabeza un velo diáfano con bordes decorados con uvas y hojas y gavillas de cebada bordados. La tela tenuemente esfumada le llegaba hasta las rodillas.

—Los hombres llegarán pronto —dijo Noemí, tomando la mano de Rut y

besándola. Tenía los ojos brillosos por las lágrimas—. Estoy tan feliz por ti.

Rut aferró la mano de Noemí entre sus dos manos.

—Por nosotras dos.

Noemí le acarició la mejilla.

—No le tengas miedo, querida. No te habría enviado a él si no hubiera estado convencida de que puede hacerte feliz.

Los ojos de Rut se llenaron rápidamente de lágrimas.

—Pero ¿lo haré yo feliz a él?

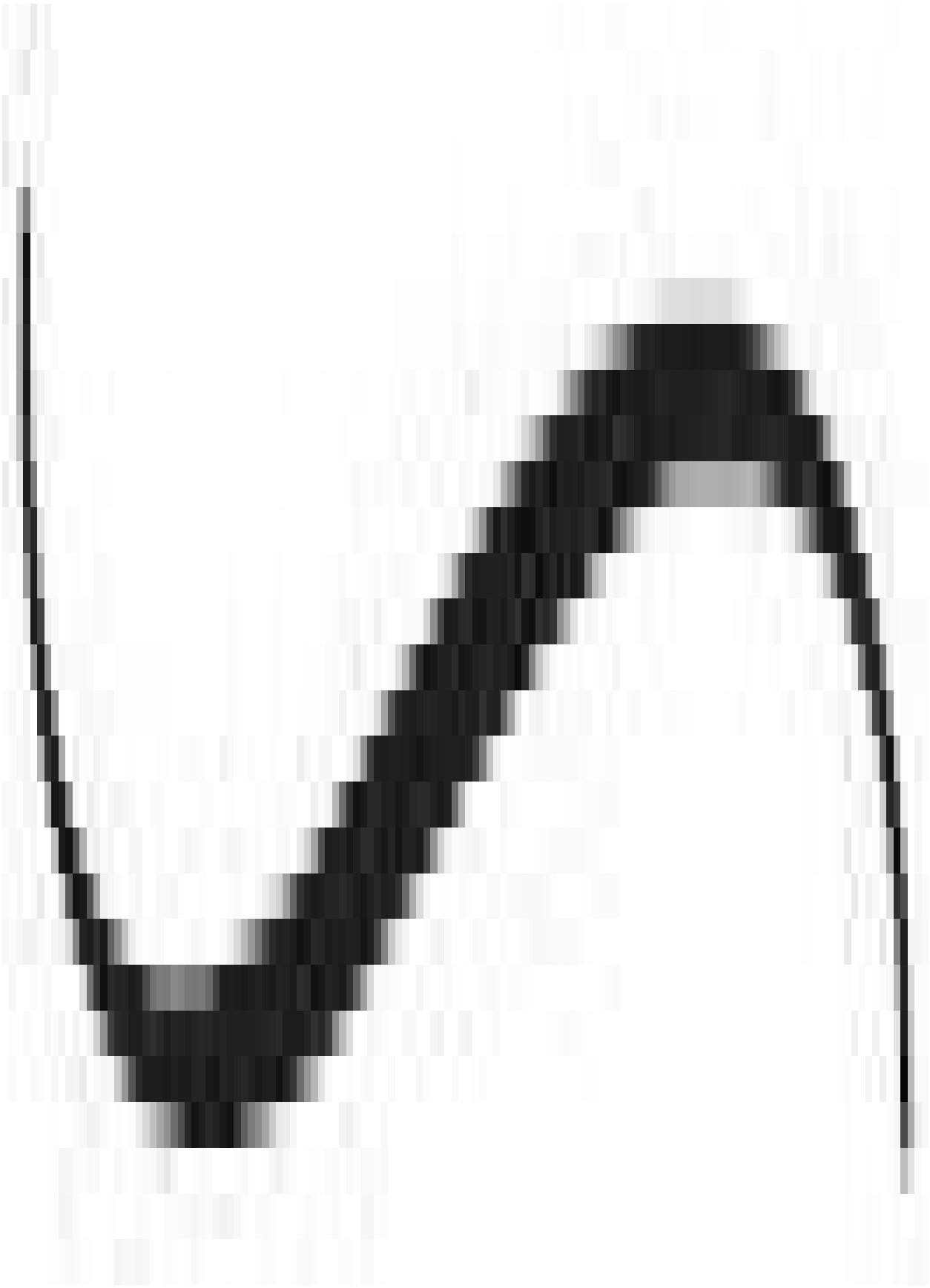
—Ay, dulce mía. ¿No viste su rostro cuando Rishón le dio la sandalia? El oro y la plata no podrían haberlo complacido más. Tú eres su tesoro, hija mía, un regalo de Dios.

Rut agachó la cabeza y cerró los ojos. Las palabras de Noemí la conmovían. ¿De verdad podía amarla tanto Booz? Seguramente un hombre como Booz merecía ser correspondido con amor. ¿Pero sería ella capaz de darle lo que él más anhelaba en el mundo? ¿Se conmovería su corazón por él como había hecho por Mahlón? ¿Se estremecería cuando él la tocara? ¿Llegaría a anhelar verlo? Admiraba a Booz. Tenía el mayor de los respetos por él. Pero ¿amor? ¿Podría entregarle sin reservas su corazón y su cuerpo? ¿Le respondería de una forma que le causara alegría? ¿O siempre lo vería como un padre bondadoso o un hermano mayor a quien admiraba?

Oh, Señor Dios, no quiero causarle aflicción a Booz. Por favor transfórmame en la mujer que fue destinada para este hombre. He visto el amor incondicional que él tiene por Ti. ¡Por favor, llename con un amor por él de todo corazón! Moldéame para que sea una esposa que embellezca su corona. ¡Preferiría morir a causarle dolor a este hombre!

Sintió sobre su cabeza la mano suave y tranquilizadora de Noemí y oyó que oraba en un susurro suave pero ferviente: «Oh, Dios de Israel, calma los temores de mi hija. Ella te pertenece, al igual que yo. Por favor, bendice a Rut por el amor y la obediencia que me ha demostrado. Y, si no es pedir demasiado, dale un amor por Booz que supere el que tuvo por Mahlón —Su voz se quebró

tiernamente—, mi hijo». Besó a Rut en la cabeza.



Booz nunca había estado más nervioso. Trataba de ocultarlo, pero notó las sonrisas que intercambiaban sus sirvientes y se dio cuenta de que no estaba lográndolo. Se rio de sí mismo.

—¡Ni siquiera puedo atarme bien esta faja!

Samas se acercó a él.

—¿Me permites? —Booz le cedió la faja, agradecido, y suspiró con alivio cuando su encargado terminó de amarrarla. Otro sirviente sostenía un manto blanco con ribetes púrpuras, azules y rojos. Booz fijó los broches dorados a una cadena de oro para mantener en su sitio el manto. Por último, colocaron sobre su cabeza una corona de oro adornada con piedras preciosas.

Sus amigos se estaban reuniendo y llenando la casa. Algunos disfrutaban burlándose de él, mientras que otros aprovechaban la oportunidad para elogiar a su novia.

—¡Era hora de que te consiguieras una esposa, Booz!

—¡Tuvo que estafar a un pariente para lograrlo!

—Rut es una joven digna de alabanza, amigo mío.

—Ella llenará tu casa de hijos.

—¡Lástima que una muchacha tan bonita tenga que casarse con un tipo tan viejo!

Booz reía con ellos, pero no tenía la seguridad que demostraba. ¿Cómo lo vería Rut? Él no era joven y nunca había sido apuesto. No se le ocurría nada que pudiera enaltecerlo ante una mujer joven y virtuosa. Las dudas lo acometían por todos lados, a pesar del ambiente alegre que lo rodeaba.

—No frunzas tanto el ceño, Booz —dijo Samas—. Asustarás a la pobre muchacha.

Booz se obligó a sonreír. Su casa rebosaba de amigos, incluso los hombres más

importantes de la ciudad. Había impartido órdenes para todos los preparativos, lo cual incluía que los menos afortunados tuvieran ropa de fiesta para la ocasión. Todo estaba listo, menos él.

—¿Qué te preocupa, Booz? —dijo Samas.

Booz había elegido a su encargado para que fuera su acompañante en la ceremonia de bodas. A lo largo de los años, Samas había demostrado ser un amigo leal. Booz lo llevó a un costado y le confesó sus preocupaciones más graves.

—La obligué a casarse conmigo. ¿En qué estaba pensando? Debería haber arreglado una pareja mejor para ella que...

—¿Una pareja mejor? ¡No hay una pareja mejor! ¿No es suficiente que la muchacha te respete?

¿Se suponía que esas palabras debían animarlo?

—Deseo más que eso para Rut.

—Muchos hombres empiezan con menos. —Samas sonrió irónicamente—. Además, es demasiado tarde para preocuparse por eso. Tú eres su esposo. El pacto entre ustedes fue atestiguado por todos los que estaban en la puerta. Ya anocheció y es hora de que vayas a buscar a tu novia. —Sus ojos se llenaron de compasión—. Rut es una joven sabia, Booz. Me parece que te sorprenderás felizmente con el futuro que Dios ha preparado para ustedes.

Booz rio nervioso.

—Ya estoy felizmente sorprendido, amigo mío. Nunca pensé que tendría una esposa; mucho menos una esposa como Rut.

Antes de irse, Booz se aseguró de que hubieran terminado todos los preparativos para el banquete de la boda. El toldo estaba armado y decorado con flores y ramas verdes y revestido con cojines cómodos. La casa estaba impregnada con los aromas de la carne asada, el pan recién horneado, las especias y las flores. El piso estaba cubierto por alfombras tejidas. Las bandejas ya estaban cargadas, listas para servir a los invitados. Booz contó las vasijas de arcilla que había contra la pared más lejana.

—¿Hay vino suficiente?

—Hay suficiente, mi señor —dijo Samas—, ¡y el mejor de todo Belén!

Booz no había preguntado por la recámara nupcial. Sus sirvientas se habían ocupado de prepararla.

Samas se le acercó.

—Todo está listo, Booz. Si demoras más, Rut podría pensar que cambiaste de parecer.

Booz salió directo de su casa y sus amigos se formaron en fila al lado y detrás de él. La procesión iba serpenteando por las calles de Belén. Sus compañeros cantaban. Algunos tocaban flautas de doble caña, laúdes y liras. Otros danzaban.

Cuando Booz llegó a la casa de Abigail, abrieron la puerta aún antes de que tocara. Noemí se paró frente a él con el rostro transformado. No la había visto sonreír desde que había vuelto de Moab. Parecía casi joven de nuevo, y él recordó el pasado, en la época que quiso hacerla su esposa.

«Vengo a buscar a mi novia», dijo él. Su corazón se detuvo cuando miró más allá de Noemí y vio a las mujeres ataviadas con vestidos de fiesta, trayéndole a Rut, cubierta por su velo de novia. No pudo decir una palabra más. Cuando le ofreció la mano, Rut la tomó. Sintió que sus dedos temblaban entre los suyos mientras la guiaba a su lado. Deseaba poder levantar el velo y mirarla a los ojos. Tal vez así podría sentir lo que ella estaba sintiendo.

Rut y Booz volvieron a quedar en medio del tumulto cuando las mujeres se sumaron a los hombres de la procesión de vuelta por las oscuras calles de Belén. Algunos hombres llevaban antorchas. Las mujeres tocaban panderetas, golpeaban tamborcitos de mano, tintineaban crótalos, agitaban campanillas resonantes y cantaban con los hombres. Muchos llevaban lámparas de aceite para alumbrar el camino.

Cuando Booz entró en su casa, levantó su manto y lo colocó encima de Rut mientras la acercaba a la tarima debajo del toldo. Estaba sorprendido y contento de que ella supiera exactamente qué debía hacer. La acompañó a dar varias vueltas completas para que todos los testigos vieran que ella tenía su cobertura matrimonial. Cuando él se detuvo, ella no dudó. Se quitó el velo y lo acomodó

sobre el hombro de Booz, de acuerdo con la costumbre. La gente declaró: «¡El gobierno descansará sobre su hombro!». Noemí sonreía orgullosamente.

Rut se instaló al lado de Booz sobre un almohadón, debajo del toldo.

—Nunca te he visto más bella que hoy, Rut.

Ella lo miró y Booz sonrió. Fascinado, vio que las mejillas de ella se ruborizaban.

—Ni yo a ti —dijo ella y volvió a bajar la cabeza.

Él rio en voz baja.

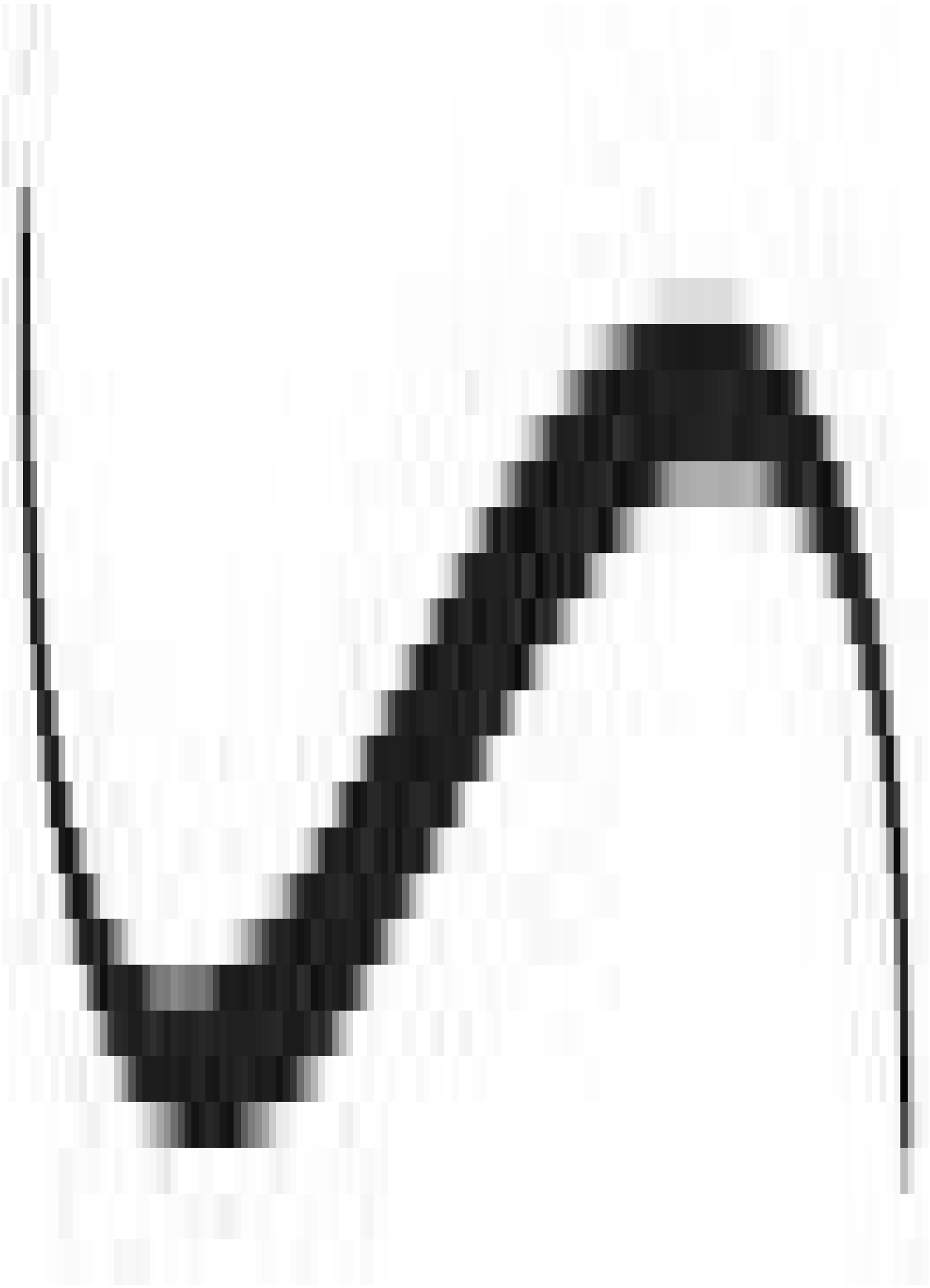
—Me hacía mucha falta un nuevo plumaje.

Rut tomó la mano de él entre las suyas. El calor de su toque subió por su brazo y se extendió por su cuerpo.

—Que Dios te bendiga por ser bondadoso conmigo.

Booz sintió la garganta apretada.

—Ya lo ha hecho.



Cuando los acompañaron a la recámara nupcial y los dejaron solos, Booz se sintió como un joven inexperto parado en medio de la habitación. No sabía qué decirle a Rut. Quería hacerla sentir cómoda, pero ¿cómo podía hacerlo, cuando nunca había estado más nervioso en toda su vida? No estaba preparado para saber cómo complacerla y deseó haber hablado con alguno de sus amigos casados. ¡No había tenido tiempo! Empezó a caminar de un lado a otro y se detuvo. Se pasó los dedos por la barba. Se dio cuenta de su actividad nerviosa y se llevó la mano al costado. Afortunadamente, Rut se había dado vuelta y no había visto su torpeza.

Cuando ella se quitó vestido bordado que cubría su túnica, él se sobresaltó por lo poderoso que eran su deseo.

—Podemos esperar, Rut.

—Es lo que se espera de nosotros.

¿Lo que escuchaba en su voz era resignación o aceptación voluntaria?

—Podemos esperar —dijo otra vez.

Rut lo miró por encima del hombro. Frunciendo un poco el ceño, se dio vuelta por completo para mirarlo. No dijo nada por un largo rato, explorando su rostro con sus ojos castaños de cierva. Booz quiso esconderse de su mirada examinadora, pero no lo hizo. Rut pestañeó, sorprendida. Entonces se acercó a él y, a cada paso que daba cruzando la habitación, Booz sentía que el dolor le estrujaba más el pecho. Era más vulnerable que cuando había pedido la mano de Noemí, porque no la había amado a ella tanto como amaba a esta joven.

Ella sujetó su mano. Él no podía hablar. Cuando Rut le besó la palma de la mano y la apoyó contra su mejilla, él no pudo moverse.

—No es necesario esperar, esposo mío —dijo ella en voz baja—. Vine a ti sin ninguna obligación.

—Noemí te envió.

Ella lo miró seriamente. Buscó su mirada con una expresión completamente

confundida.

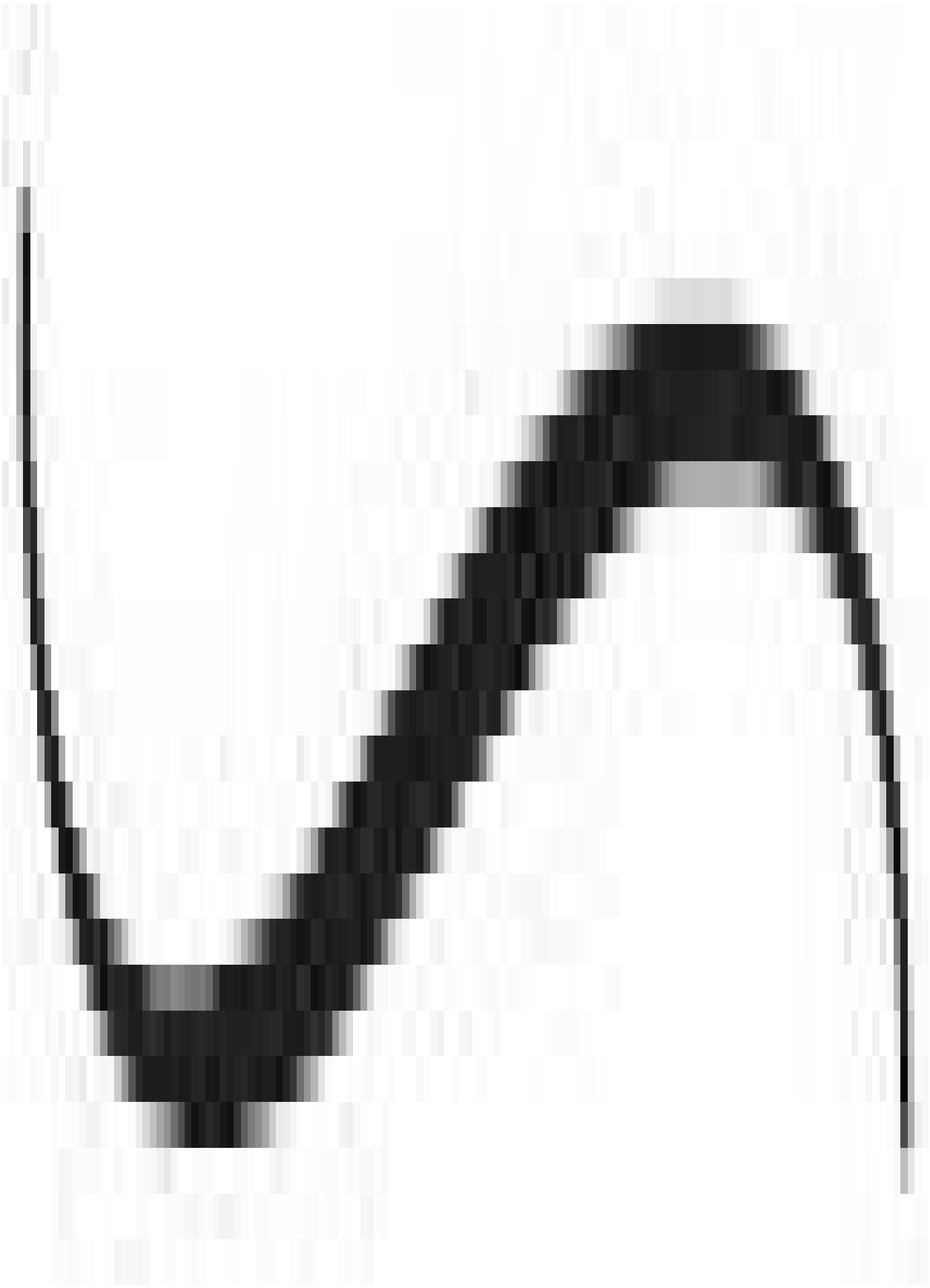
—Elegí obedecer. Tenía esperanzas, pero nunca me habría atrevido a creer que tú me considerarías aceptable.

Soltó la respiración bruscamente.

—Yo tenía esperanzas —dijo con voz ronca—, pero todavía no me atrevo a creer... —No pudo terminar. Esta muchacha podía destruirlo con una sola palabra.

Los ojos húmedos de Rut brillaban. Se levantó y tomó su rostro entre sus manos.

—Para que sepas que soy tuya, mi señor. —Le hizo bajar la cabeza y lo besó.



Y las mujeres decían...

—Ya era hora de que Booz se casara.

—Y qué muchacha tan encantadora.

—Nunca vi a una muchacha más dedicada a su suegra.

—¡Que yo fuera así de afortunada!

—Rut es mejor que un hijo varón.

—Ya lo sabemos. Un varón se casa y se olvida completamente de su pobre y anciana madre.

—Vaya techo que puso Rut sobre la cabeza de Noemí.

—¡Que yo fuera así de afortunada!

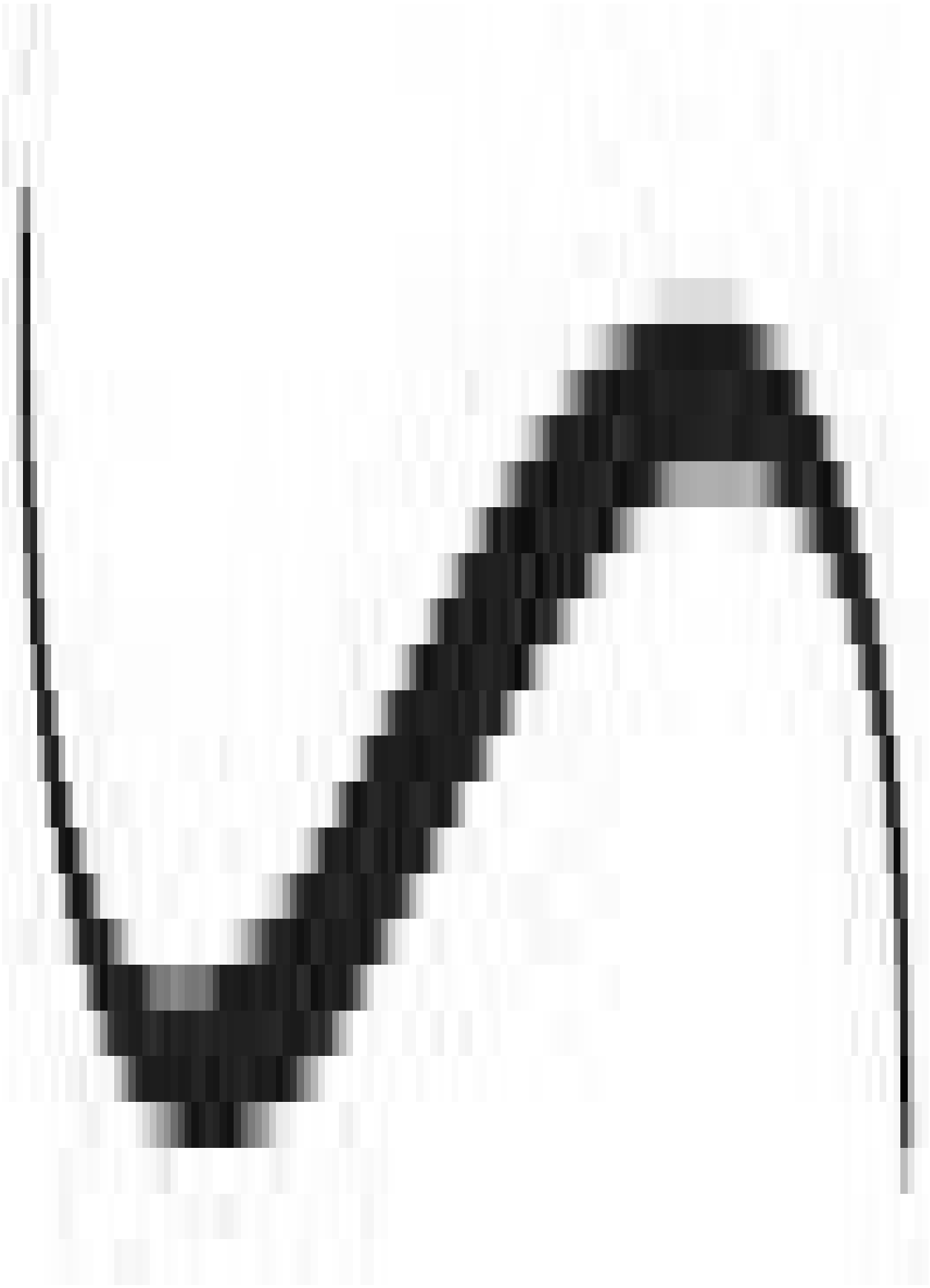
—He estado orando para que mi hijo consiga una muchacha así, pero a él le interesa más el aspecto físico que la integridad de la mujer.

—Qué lástima si Booz no ama a Rut de verdad.

—Un matrimonio por obligación es un frío compañero de cama.

—Que Dios les dé toda clase de felicidad.

Las mujeres estuvieron de acuerdo y cada una se fue por su lado, regresando a sus hogares y a sus propias familias.



Y los hombres decían...

—Por la actitud de Booz, supe que se trataba de algo muy importante para él. Estaba muy apurado por resolver el asunto sin demora.

—Rishón no tenía posibilidades.

—Rishón tuvo todas las posibilidades que merecía. Quería la tierra, pero no la responsabilidad que venía con ella.

—No se apuren tanto a arrojar piedras. La esposa de Rishón le dio tres hijas. ¿Ustedes estarían ansiosos por ceder a su primer varón para que sea el heredero de otro hombre? ¿Y si su primera esposa no tuviera ningún hijo? ¿Qué pasaría entonces?

—Al margen de eso, Rishón abandonó el deber que tenía hacia Noemí y Rut.

—Es una muchacha excelente.

—Que Dios le conceda tener muchos hijos.

—Booz se mantuvo todos estos años sin tener esposa. Será una adaptación difícil.

—¡Que yo fuera así de afortunado!

Algunos rieron.

—Ella es muy joven. No me gustaría ver que le rompiera el corazón a mi amigo a esta altura de su vida.

—Tus temores no tienen motivos. Rut es joven, pero ha demostrado tener carácter.

—No dudo de su carácter. Simplemente oro para que lo ame tanto como, evidentemente, él la ama a ella.

—Que el Señor y Dios de Israel llene su corazón de afecto por nuestro amigo.

CINCO



Rut dio a luz nueve meses después de los festejos de la boda. Acomodándose sobre las sábanas para descansar, vio a Noemí tomar al bebé, lavarlo, ponerle sal y envolverlo con cuidado en pañales.

—Es hermoso —sollozó Noemí, abrazándolo—. Muy hermoso. —Lo sacó de la habitación, y Rut giró su rostro hacia la pared y lloró en silencio.

Booz vino a verla más tarde. Rut se había levantado de la cama, se había vestido y estaba sentada junto a la puerta que daba al jardín observando a Noemí, que caminaba con el bebé. Booz acercó un taburete y se sentó al lado de ella.

—Noemí ya no será llamada Mara.

Rut lo miró. Él contemplaba el jardín como ella, pero Rut no podía interpretar la expresión que había en su rostro.

—Gracias —dijo ella en voz baja.

Él no la miró.

—No me agradezcas por hacer lo correcto. —Su voz era áspera por la emoción.

—Renunciaste a tu primogénito para que sea el heredero de la familia de otro hombre.

—Es nuestra costumbre, Rut.

—No. No fue la costumbre de Rishón. Es tu manera de hacer las cosas, Booz. Has puesto a los demás antes que a ti mismo.

La miró.

—No me alabes tanto, Rut. Estoy luchando entre mi deber y mi deseo. —Desvió la mirada—. Soy un hombre como cualquier otro.

Ella contuvo sus lágrimas, queriendo clamar que él no era nada como otros que había conocido. Ni siquiera Mahlón, a quien había amado tanto, hubiera actuado como Booz.

—¿Quieres que se llame Mahlón? —dijo Booz en voz baja, todavía observando a Noemí, sentada en un banco de piedra debajo de un olivo.

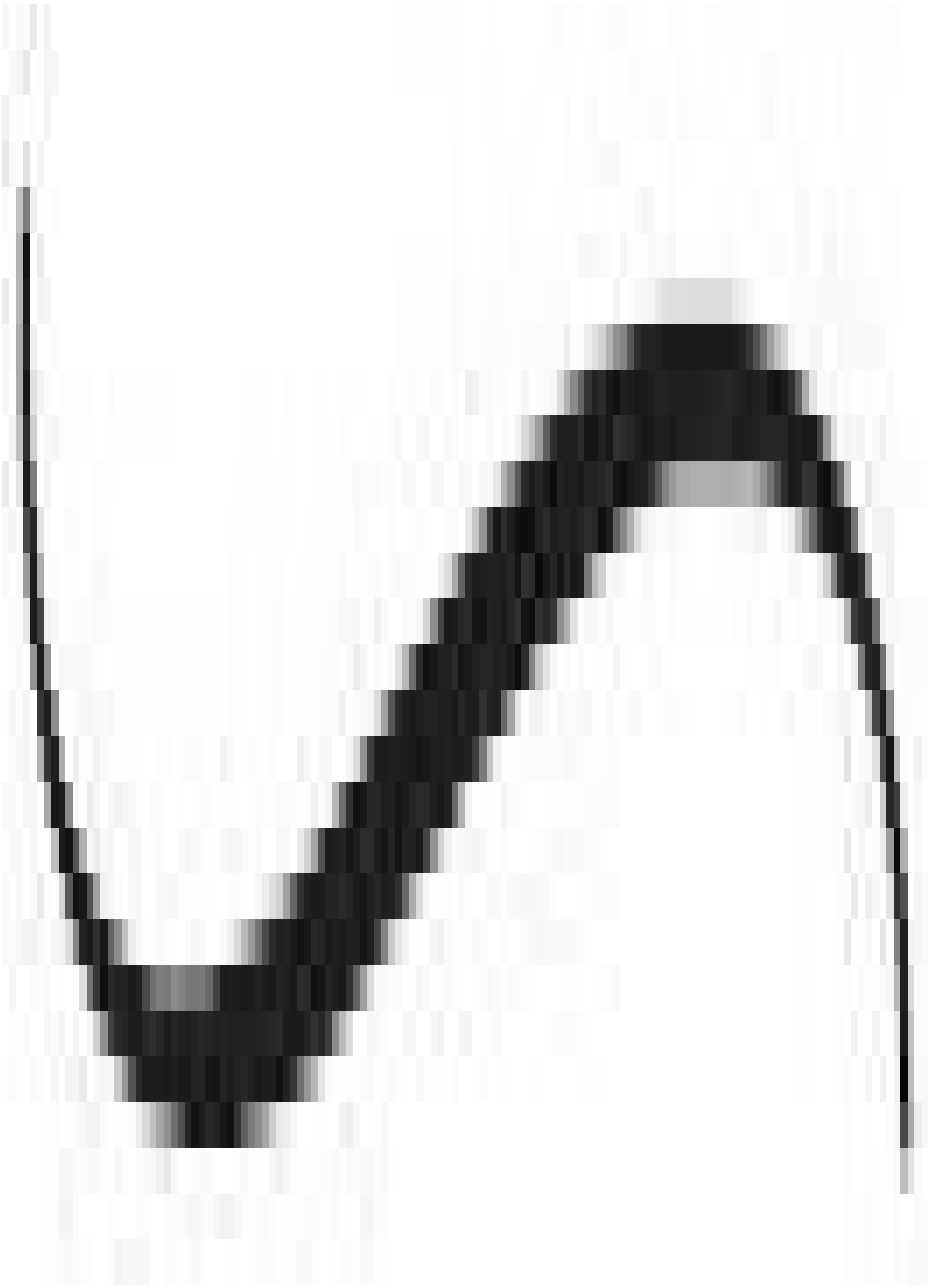
—Que su nombre sea Obed. —Un sirviente.

—Así será. Noemí nunca tendrá miedo a quedarse sola en su vejez —dijo Booz.

—Ni tú.

Booz se levantó. Le tocó la cabeza ligeramente y, luego, se dio vuelta y la dejó sola para que viera a Noemí con el hijo de ambos.

Rut se quedaba con el niño durante la noche y se levantaba cada pocas horas para alimentarlo. Disfrutaba esos momentos, cuando la quietud la rodeaba y tenía cerca a su hijo y sentía que su boca tironeaba de su pecho. Acariciaba su mejilla suave y dejaba que sus deditos apretaran fuertemente el suyo. Las lágrimas brotaban de sus ojos, pero las contenía. Cuando terminaba de amamantarlo, lo retenía junto a ella en la cama. Todas las mañanas, Noemí entraba en la recámara, se inclinaba a saludar a Rut con un beso y se llevaba a Obed en brazos para cuidarlo durante el día; solo se lo entregaba cuando tenía que alimentarse.



—Nunca más volverán a llamarme Mara —dijo Noemí, riendo por las expresiones que dibujaba el rostro de Obed—. Nunca más.

—¡Es hermoso! —exclamaban las mujeres, admirando al bebé. Cada etapa del crecimiento de Obed era recibida con proclamas de las mujeres de la ciudad, quienes solían reunirse en la casa de Booz para observar los avances del bebé—. ¡Alaba al Señor, que hoy te dio un redentor para tu familia!

—Que sea reconocido en Israel.

—Que este niño te devuelva la juventud y te cuide en la vejez.

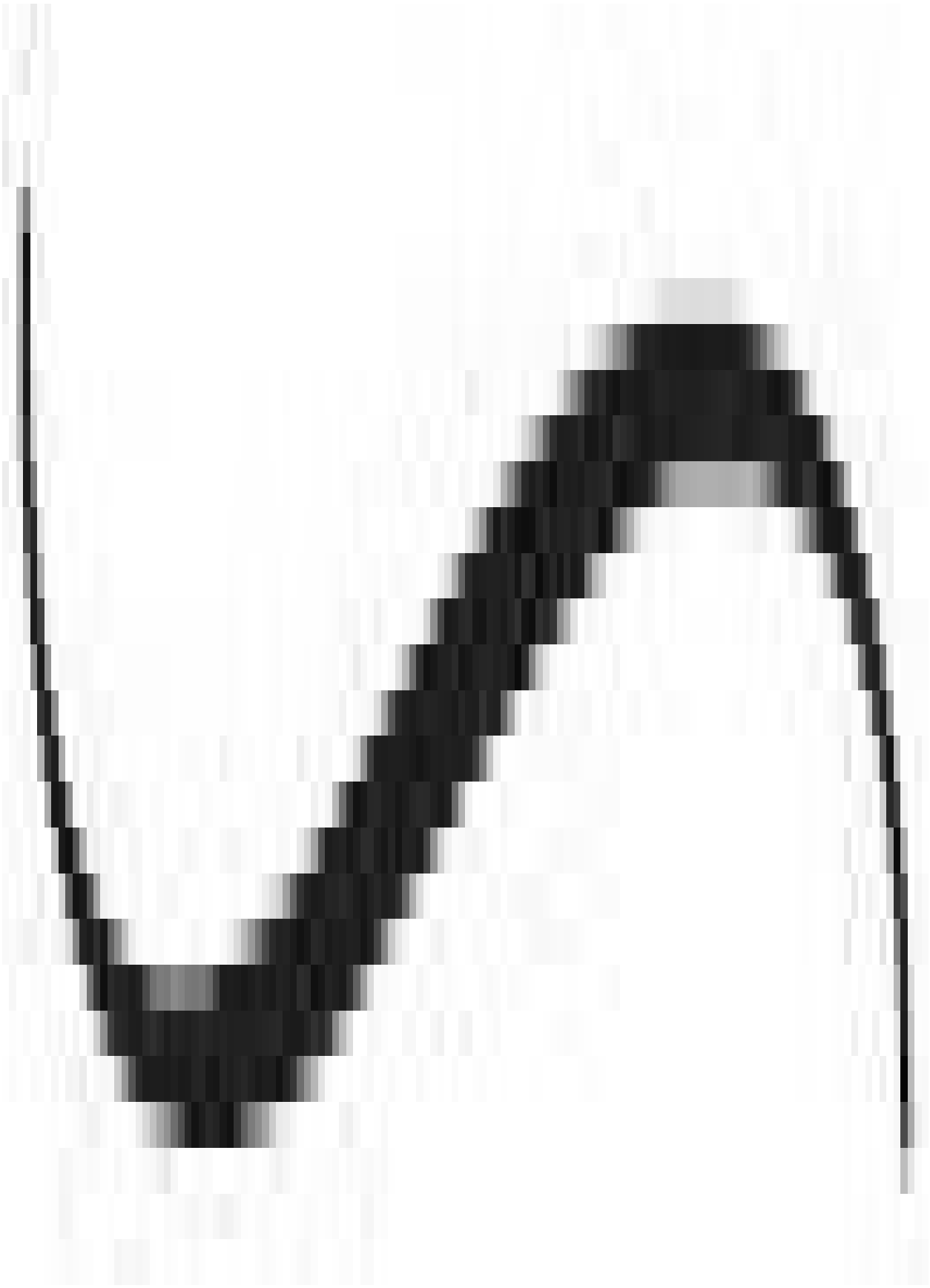
—Indudablemente lo hará, porque es el hijo de tu nuera que tanto te ama.

—¡Rut ha sido mejor para ti que siete hijos varones!

Ah, sí, Rut, su preciosa Rut. Noemí sonrió y apoyó a Obed sobre su hombro para frotarle la espalda, deleitándose en cómo el bebé se arrimaba a su cuello y se entregaba a ella. No recordaba haber vivido algún momento más feliz que el presente, con este niño en brazos. Dios le había quitado todo y ahora estaba reconstruyendo su casa sobre cimientos firmes. Este niño, que había nacido para reemplazar a sus hijos y a su esposo, sería criado por Booz, un hombre de fe que estudiaba la ley con diligencia y pasión, un hombre que se sentaba a las puertas de la ciudad y dirigía a su pueblo con sabiduría y bondad amorosa.

—Ah, mi pequeñito —dijo, levantando a Obed y besándolo debajo de su mentón regordete—. Cuando crezcas, que seas la clase de hombre que es tu padre. —Estaba fascinada por las risitas infantiles de su nieto. Cuando se dio vuelta, vio que Rut la observaba desde la puerta; el deseo materno fue fácil de ver. De pronto, Noemí tomó consciencia del regalo que le había dado de tan buena gana. ¿Había pensado alguna vez en cuánto le costaba a Rut? ¿Y a Booz? Su nuera sonrió y se dio vuelta para hacer alguna tarea dentro de la casa. Noemí frunció el ceño mientras apoyaba a Obed contra su hombro otra vez.

Algo les faltaba. Noemí sabía qué era, pero nada podía hacer al respecto. Por lo tanto, oró y oró y siguió orando sin cesar por aquello que solo Dios podía darles a estos dos que habían renunciado a tanto.



Administrar la gran casa de Booz fue para Rut una tarea absorbente, pero estaba agradecida por ese trabajo que demandaba tanto de su tiempo y de su mente. Booz la animaba para que tomara todas las decisiones que involucraban el manejo del hogar, y ella solía pedirle consejos a Noemí mientras se adaptaba poco a poco a su nuevo rol como esposa de uno de los dirigentes de Belén. Aprendió a delegar labores en los sirvientes en lugar de tratar de hacer todo ella misma. Elogiaba el trabajo de ellos y agradecía que se esforzaran cada vez más. Parecían deseosos de complacerla, y ella anhelaba ocuparse de sus necesidades en la misma medida. Se levantaba antes del amanecer para preparar el desayuno para toda su casa y planificar el trabajo diario de los sirvientes. Se fijaba en las mejores ofertas del mercado y era generosa con los necesitados. Nadie en su casa tenía carencias. Su mano siempre era dadivosa, porque todo lo que Booz tocaba parecía producir abundancia.

Cuando Booz fue a buscarla a la casa de Abigail y la llevó a su hogar, casi dos años atrás, ella había tenido miedo de decepcionarlo, de no poder amarlo como él merecía ser amado. Pero todo eso cambió cuando la trató con tanto respeto y cariño en su noche de bodas. ¿Quién podía no amar a un hombre así? Con el correr de los meses, sus sentimientos por él florecieron y se hicieron aún más profundos, hasta que sucedió un milagro. A pesar de que nunca esperó volver a amar, ahora se sorprendía de estar tan enamorada de él que tenía que recordarse a sí misma que él se había casado con ella solamente para criar a un hijo para su primer esposo.

Rut y Noemí pasaban muchas horas juntas cardando lino y tejiendo telas para coser prendas para los pobres, mientras Obed jugaba en el piso cerca de ellas. Se reían de sus gracias porque era un bebé encantador y feliz. Él las mantuvo ocupadas a las dos cuando empezó a gatear y, después, a dar pasitos por toda la casa, con las manos dispuestas a tocar todas y cada una de las cosas que tuviera a su alcance. A veces Booz venía a casa y lo miraba jugar, pero solo lo cargaba cuando Noemí colocaba al niño en sus brazos. Era como si Booz pidiera permiso para agarrar a su propio hijo.

A pesar de todo lo que tenía que hacer, Rut sentía un vago desasosiego, una soledad dolorosa. Había estado casada con Booz por casi dos años y conocía tan poco cuáles eran sus pensamientos íntimos como el día que lo conoció en el campo de cebada. Era su esposo y, sin embargo, se mantenía distante de ella.

—No creo que sea feliz —le dijo un día a Noemí cuando su suegra casualmente comentó acerca de cuánto tiempo pasaba Booz con los otros ancianos en la puerta de la ciudad.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Se levanta antes que yo, ora solo en el jardín y se va por el resto del día. Pasa más tiempo con los otros hombres que en su propia casa, madre. A veces me pregunto...

—¿Qué te preguntas?

—Si está evitándome.

Noemí se levantó y apresuradamente levantó a Obed antes de que derrumbara una pila de lino seco. Se rio y lo regañó antes de volverse a Rut.

—¿Has hablado de esto con Booz?

—¿Cómo podría atreverme a hablar con Booz sobre algo, madre? Después de todo lo que hizo por nosotras, ¿debería esperar más de él? —Se concentró en su hilado, temerosa de confiarle demasiado a Noemí. Lo último que deseaba era arriesgarse a causarle dolor a su suegra reconociendo cuánto amaba a su esposo. ¿Sentiría Noemí que le era desleal a su querido Mahlón?

Noemí sonrió apenas, balanceando a Obed sobre su cadera.

—Las cosas han cambiado, ¿cierto?

—¿Cambiado?

—Estuviste de acuerdo en ir a buscar a Booz para que te diera un hijo para reclamar la herencia de Mahlón. Fuiste a Booz para que yo tuviera un techo. Lo hiciste porque yo te mandé.

—Estuve de acuerdo en ir a buscarlo. —Los labios de Rut temblaban. No quería que su suegra pensara que había actuado de manera completamente desinteresada. Si no hubiera admirado a Booz, no habría aceptado ofrecerse al hombre sin reparos. Apretó los labios—. Tú sabes cuánto amé a Mahlón, madre. Lo sabes, ¿verdad?

Noemí pareció desconcertada por un momento y, entonces, se le despejaron los ojos repentinamente y los abrió muy grandes.

—Ay, querida mía. —Dejó a Obed en el piso. Se acercó a Rut y se sentó a su lado—. Fuiste una esposa maravillosa para mi hijo. Yo lo sé mejor que nadie.

Las manos de Rut temblaban cuando las apretó sobre su falda.

—No quiero herirte.

Noemí puso sus manos sobre las de Rut.

—Si estás tratando de decirme que amas a Booz, te aseguro que no lo consideraré una deslealtad hacia mi hijo. A decir verdad, ¡me alegraré, porque es una respuesta a mis oraciones!

—¿En serio? —Examinó el rostro de Noemí y no vio ningún indicio de que estuviera dolida.

Noemí apoyó tiernamente una mano sobre su mejilla.

—Ay, Rut, te amo como si fueras mi propia hija. Quiero que seas feliz. Y Booz es un buen hombre, un hombre muy bueno.

Rut sonrió temblorosa.

—Un hombre maravilloso. —Se sintió aliviada de su culpa, pero eso no cambiaba la disyuntiva en la que se encontraba—. Pero creo que se casó conmigo solamente para cumplir con su deber como nuestro pariente.

—Estoy segura de que te equivocas. Booz te ama. ¿Acaso no te lo dije antes de enviarte a él?

—Casi ni me mira. No me ha tocado desde que... —Sacudió la cabeza, desanimada. Tragó con dificultad y continuó, sin rodeos: —Booz cumplió con llevar a cabo su obligación como pariente nuestro, madre.

—Ah —dijo Noemí, y sus ojos revelaron que había comprendido.

Rut apartó la vista. ¿Qué pasaría con el legado de Booz? Si él moría sin tener

más hijos, todo su patrimonio, así como el de Mahlón, sería para Obed. Un hombre bueno y amoroso como Booz merecía perpetuar su propio nombre.

Él se mantenía distante de ella en tantos sentidos, y ella deseaba conocer todo sobre él. Quería compartir sus pensamientos, su dolor, sus luchas, su esperanza. Pero él parecía refugiarse en su trabajo, en sus obligaciones con el pueblo de Belén, en su servicio al Señor, en cualquier cosa y en todo lo que lo mantuviera alejado de su propio hogar... y de su propia esposa. No obstante, ¿cómo podía quejarse? Todos se beneficiaban. Las buenas obras de Booz llegaban a todos, incluso a ella y a Noemí. Él se había dado por completo por Noemí y por ella, sin esperar nada a cambio. Tampoco parecía esperar —ni desear— el amor de Rut.

Rut se sentía confinada, atrapada por el silencio. Estaba tan confundida que sus emociones eran turbulentas. No había sentido tanta incertidumbre al irse de Moab. Vino a Belén contenta de pasar el resto de su vida cuidando a su amada suegra. En vez de eso, Dios la cobijó bajo Su ala poderosa y proveyó para ella a través de la bondad de Booz. ¿Por qué ella, la más humilde entre los humildes de Belén, una extranjera, fue enaltecida ante los ojos de todos y se convirtió en la esposa del hombre más bueno, más generoso y más justo de toda la ciudad? Todos los días se regocijaba por las bendiciones que Dios había derramado sobre ella, aunque cada vez se sentía menos merecedora de ellas.

Entonces, ¿por qué esta aflicción interminable? ¿Cómo se atrevía a pedir más? Sin embargo... ¡anhelaba hacer feliz a su esposo!

¡Oh, Booz, mi Booz!

Se pasaba los días esperando que él volviera a casa. Se derretía cuando le sonreía, aunque no fuera más que una sonrisa paternal. Tan solo el sonido de su voz le hacía vibrar el corazón. Cuando la tocaba, ella temblaba.

Pero Booz estaba cada vez menos tiempo en casa. Y a ella solo se le ocurría una razón por la que podía ausentarse durante tanto tiempo. Él no podía corresponder sus sentimientos y se sentía incómodo con ella. Pues seguramente había notado cuán profundo era su amor por él.

Oraba pidiéndole a Dios que la conformara con pasar el resto de su vida en la periferia de la vida de su esposo, que se contentara con que él estuviera contento. Deseaba ser parte de la vida de Booz, que le confiara sus luchas y sus triunfos;

deseaba ser parte de él. Pero, al parecer, Booz no compartía su deseo.

—¿Qué pasa, hija mía? —dijo Noemí, sosteniendo la mano de Rut—. ¿Qué te causa tanto dolor?

—Lo amo. Lo amo tanto que me duele. —Lo amaba más de lo que había amado a cualquier otra persona, incluso a Mahlón.

—Y no se lo has dicho.

—No quiero avergonzarlo.

—¿Avergonzarlo? ¿Te parece mejor que piense que te ha fallado como marido?

Rut retrocedió.

—¡No ha fallado!

—Cualquiera puede darse cuenta de que eres infeliz.

—Porque él se aleja, madre. —Se levantó de su telar y se alejó, impaciente—. Porque nunca está en casa.

—Mi amada Rut, un hombre que se casa a una edad tardía conoce muy poco acerca de cómo piensa una mujer; mucho menos, una mujer joven y enamorada. Probablemente se mantenga alejado porque cree que eso te hace feliz.

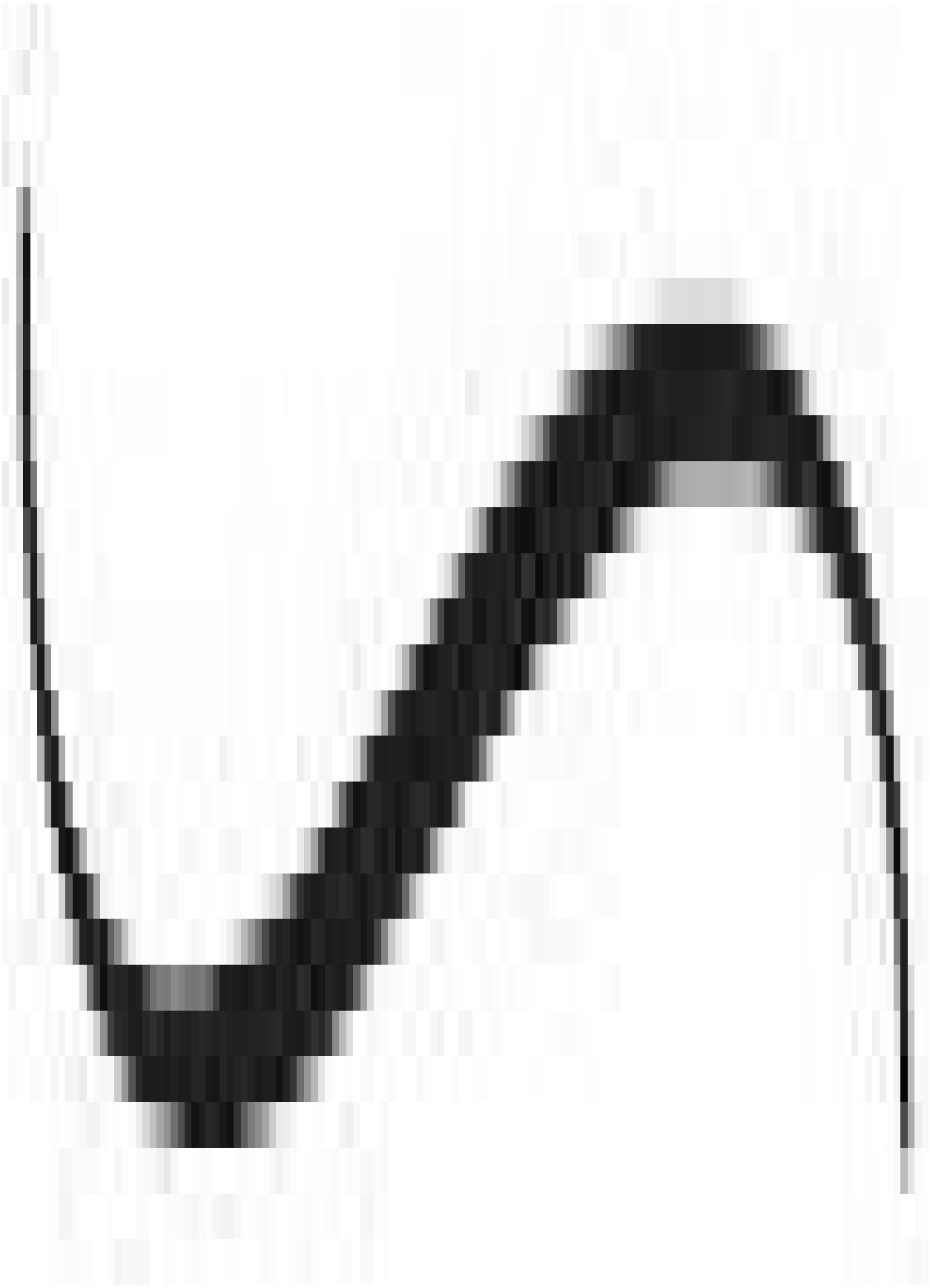
Rut pestañeó y volvió a mirar a Noemí. Nunca lo había considerado de esa forma.

—Booz es solo un hombre, mi querida, y los hombres no siempre son tan fuertes como se muestran. Me imagino que Booz se ve a sí mismo mucho mayor que su esposa joven y encantadora, demasiado viejo para que ella lo ame. Podrías destrozarle el corazón con una sola palabra.

—Yo quiero hacerlo feliz.

Noemí sonrió.

—Entonces, acepta la bendición de esta anciana, y hazlo.



Noemí no se conformó con dejar las cosas como estaban. Su nuera había sido atrevida una vez por amor a ella, pero Noemí dudaba de que tuviera la confianza en sí misma para buscar y tomar algo para sí. Noemí salió de la casa poco después de hablar con Rut. Dijo que iba a visitar a una amiga enferma. Se dirigió directamente a la puerta de la ciudad, donde sabía que encontraría a Booz. Él estaba ahí, como de costumbre, y en su lugar habitual. La vio venir y se preocupó más aún cuando ella le hizo señas para que se acercara. Les dirigió una palabra a los demás hombres importantes, se puso de pie y se acercó a ella.

—¿Pasa algo malo?

—Todo está bien —dijo ella.

—Entonces, ¿por qué tienes ese aspecto?

—¿Qué aspecto tengo?

—Como una mujer lista para la batalla.

Era ciego solo cuando se trataba de su joven esposa.

—¿Podemos caminar juntos y hablar en alguna parte donde las personas no escuchen cada palabra que digamos ni observen cada gesto que hagamos?

Con el ceño fruncido, Booz empezó a caminar al lado de ella siguiéndole el paso, mientras se alejaba de Belén. Ella no dijo nada por un largo rato. Que el hombre se cocinara a fuego lento y se hiciera preguntas. Que fuera él quien preguntara.

—¿Te envió Rut?

—No, ella no me envió. Vine por mi propia voluntad. Alguien tiene que sacudirte un poco.

—¿Sacudirme?

Ella dejó de caminar y lo miró.

—Hay veces que un hombre puede darle prioridad a su corazón más que a su cabeza, Booz.

Él se apartó nerviosamente.

—¿De qué hablas, Noemí?

—¿De qué te parece que estoy hablando? Tú la amas, ¿verdad? —El color que tiñó sus mejillas era la única respuesta que necesitaba. Se cruzó de brazos y lo miró—. ¿Cuándo piensas decirle que te casaste con ella por otras razones, además de la de honrar tus obligaciones legales?

—Ella lo sabe —dijo él sin entusiasmo.

Noemí levantó los brazos al aire.

—¿Y cómo habría de saberlo? —Caminó de un lado al otro frente a él—. Lograste quedarte en casa los siete días del festejo de la boda, pero luego volviste a sumergirte en tu vida de siempre. Cada hora que estás despierto la pasas supervisando cosas que le pagas a tu encargado para que supervise. Y si no estás metido en tus negocios, te ocupas de los asuntos del resto de la ciudad. ¡Tratas a Rut como si fuera una invitada en tu casa! ¡Ella es tu esposa!

Paró de reprocharle, satisfecha con verlo estupefacto. Se ajustó el chal y le lanzó una mirada fulminante.

—Yo sabía de Rishón, Booz. ¿Te parece que podría haber pasado todo un mes en Belén y no enterarme de cada pariente y cada amigo que seguían con vida? ¡Yo no quería que Rishón se quedara con Rut! ¿La valoraría él como tú? ¿La amaría? Te vi sentado en las puertas de la ciudad y noté cómo mirabas a mi nuera cuando volvía de tus campos. ¡Y alabé a Dios por ti y por los sentimientos que tenías por ella! Por eso envié a Rut hacia ti. Te la mandé porque la amabas.

—Sí, la amo —dijo él bruscamente—. Y ahora tienes un hijo que conservará vivo el nombre de Elimelec. ¿Qué más quieres de mí, Noemí? —Se dio vuelta y se pasó una mano por el pelo.

Ella suspiró y se llenó de compasión, así como de un doloroso remordimiento.

—Quiero que seas feliz, Booz. Quiero que aceptes el regalo que te di.

—He aceptado a Rut.

—No, no lo has hecho.

Se dio vuelta y la miró con los ojos apagados por el dolor.

—Su hijo recibirá todo lo que tengo. ¿Eso no es aceptación? ¿No demuestra eso cuánto la estimo a ella, y a ti?

—Rut está enamorada de ti, Booz.

Él la miró fijo.

—¿Qué? —Noemí nunca había visto un hombre que pareciera más sorprendido —. ¿Qué dijiste?

—Dije que Rut... está... enamorada... de... ti —habló lentamente, como si le hablara a un niño lento para entender.

—No puede ser.

—¿Por qué? —Aunque le dolería, tenía que hablar claramente—. ¿Porque yo fui ciega a tu belleza? Y eres bello, Booz, bello en todas las cosas importantes, en todo lo que perdura. Rut te ve más claramente que yo a su edad, mi queridísimo amigo. Ahora, eres tú el que debe abrir los ojos y ver a la muchacha con la que te casaste.

—¿Debería creer en lo imposible?

—¿Hay algo imposible para Dios? Yo oré para que esto sucediera. Conozco a una docena de personas que también oraron. ¡La mitad de Belén ora por ti y por Rut! ¿Acaso Dios no escucha nuestras oraciones? ¿Tienes idea de cuántas personas en Belén vigilan y esperan que el Señor traiga la mayor de las bendiciones sobre ustedes dos? El amor. Y ahora, Él lo ha hecho.

—No puedo creerlo.

—¿Lo dices con la misma boca que alaba al Dios que hace milagros? Sé de lo que hablo. Hace apenas un rato, cuando me fui, la dejé llorando.

—¿Llorando?

—Porque nunca estás en casa, donde deberías estar.

Él se quedó quieto por un instante, callado, y después rio fascinado.

Era tan bueno escucharlo reír, mejor aún ver cómo se le iluminaban los ojos con una luz que nunca había visto brillar con tanta intensidad.

La sonrisa se suavizó y los ojos de Booz buscaron los suyos.

—Es raro, ¿verdad, Noemí? Alguna vez, yo te amé a ti.

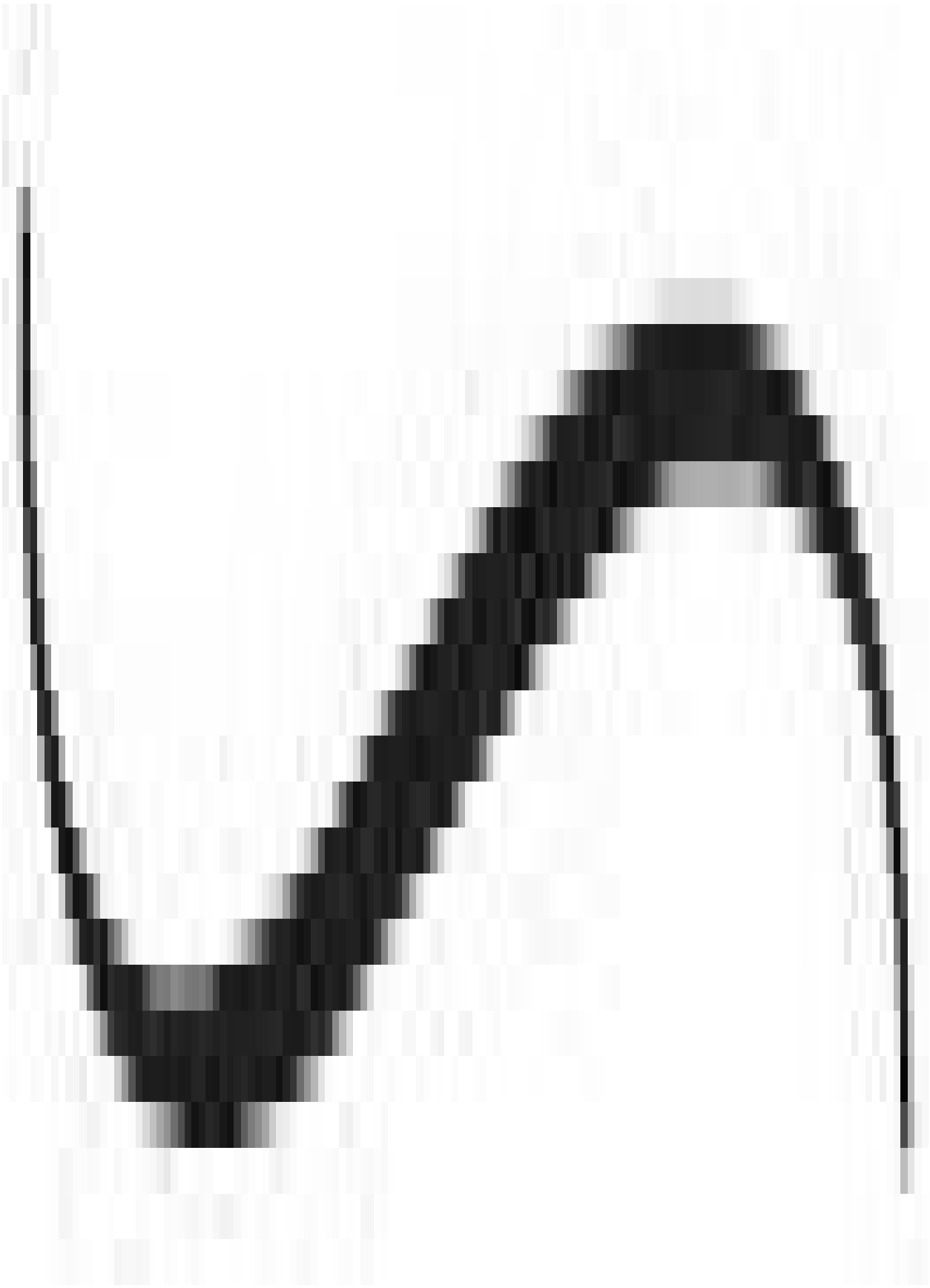
—Y yo fui una muchacha desconsiderada y superficial. —Se acercó y le puso una mano en el hombro—. Ahora soy tu suegra —dijo con una sonrisa pícara. Le dio una palmada juguetona en el brazo—. Así que muestra un poco de respeto por una anciana. Ve a casa, hijo mío. Ve con mi hija, Rut, quien bendice el suelo por el que tú caminas.

Booz se inclinó y la besó en la mejilla.

—Que Dios te bendiga, Noemí —dijo con voz ronca.

Noemí lo observó irse a zancadas. Sacudió la cabeza asombrada de que Booz y Rut pudieran tener tan poca confianza en sí mismos. Ah, pero tenían una fe decidida en Dios. Y eso era bueno. No, era lo mejor de todo. Porque Dios nunca los decepcionaría.

Dándose vuelta, Noemí contuvo las lágrimas mientras contemplaba los campos cosechados. Pensó en Elimelec. Pensó en Quelión y en Mahlón, y sintió dolor por sus pérdidas. Y, sin embargo, también le dio gracias a Dios porque, después de todo y a pesar de los muchos pecados de su marido y de sus hijos, así como de los suyos propios, los nombres de Elimelec, Quelión y Mahlón no se perderían.



Booz tenía la garganta cerrada y el corazón le palpitaba fuertemente cuando entró en la casa.

—¿Rut?

—¡Aquí estoy! —Sonó sorprendida. Cuando él entró en la recámara principal, vio que ella se levantaba y salía de atrás de su telar, tensa y con los ojos bien abiertos—. Booz. —Se sonrojó—. Viniste temprano a casa.

—¿Te molesta?

—Oh, no. Por supuesto que no.

Caminó hacia ella examinando su rostro. Las mejillas de Rut estaban más sonrosadas de lo habitual. Ella abrió más los ojos a medida que él se acercaba. Agachó la cabeza. ¿Estaba incomodándola? Ella estiró la mano y toqueteó el material que estaba tejiendo; luego, puso su mano rápidamente a su costado. Nunca la había visto tan nerviosa. Por otra parte, no estaba más nerviosa que él.

—¿Has hablado con Noemí? —La voz de Rut sonaba raramente estrangulada.

—Sí, aunque me cuesta creer lo que me dijo.

Levantó la mirada hacia él.

—¿Qué te dijo?

Booz tuvo miedo de haber hablado de más, por eso dijo con cautela:

—Dijo... que querías hablar conmigo. —Esta vez, no cabía duda de lo coloradas que estaban las mejillas de Rut—. Te pido disculpas. Te he avergonzado. Me parece que Noemí malinterpretó, o lo hice yo, o...

Ella interrumpió:

—No. Tenía la esperanza de que hablara contigo.

Él la miró fijamente.

—Solo tienes que decir qué deseas, Rut. Obed puede tener mi parte.

—Tienes tierra suficiente para muchos hijos, Booz.

Su corazón comenzó a palpitar.

Rut sonrió con timidez luego de decir algo tan atrevido. Pero no había terminado. Se acercó unos pasos y lo miró a los ojos.

—Te daría tantos hijos e hijas como tú y Dios lo permitieran.

—Oh, mi amor. —En los ojos de Rut vio un destello de sorpresa y luego se llenaron de tanta esperanza que él no tuvo más dudas de sus sentimientos. Rio tiernamente—. Cuando escuché a la gente hablar de ti, cuando tú y Noemí apenas llegaron, supe que eras muy especial. Y después, cuando viniste a mi campo... me dio que pensar que un hombre de mi edad pudiera emocionarse tanto.

Rut se abrazó a su cintura y apretó su cuerpo contra él, llorando. Perplejo, la contuvo contra su pecho. Ella temblaba y lloraba. ¿Qué había dicho él para afligirla tanto? Respirando el incienso de su cabello, pensó en la noche que ella fue a buscarlo al campo de trillar. En ese momento usaba perfume, pero él la prefería como era ahora. Olía como la primavera y lo hacía sentir joven otra vez.

—¿Qué puedo decir o hacer para que seas feliz?

—¡Soy feliz!

—Pero estás llorando.

—Sí, estoy llorando, ¿verdad? —Miró hacia arriba y rio, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. ¡Nunca he sido más feliz! Quiero reírme y danzar, todo porque me amas.

Rio con ella, disfrutando su derroche de emociones.

—Habría hablado antes, si me hubieras dado una mínima señal de tus sentimientos.

—¿Cómo podía hacerlo, cuando estaba convencida de que te apenaría?

—Entonces, ¿vas a decirme ahora que te enamoraste de mí a primera vista?

—No, pero te admiré desde el primer día cuando fuiste tan amable conmigo.

—Como un padre —dijo él secamente.

—Solo porque tú insistías en llamarme “hija”.

Tiernamente, tomó su rostro entre sus manos.

—Todos los días tenía que recordarme a mí mismo que era demasiado viejo para ti, y que no era nada apropiado que sintiera lo que sentía.

—Por eso tuve que ir a ti y proponerte matrimonio en el campo de trillar.

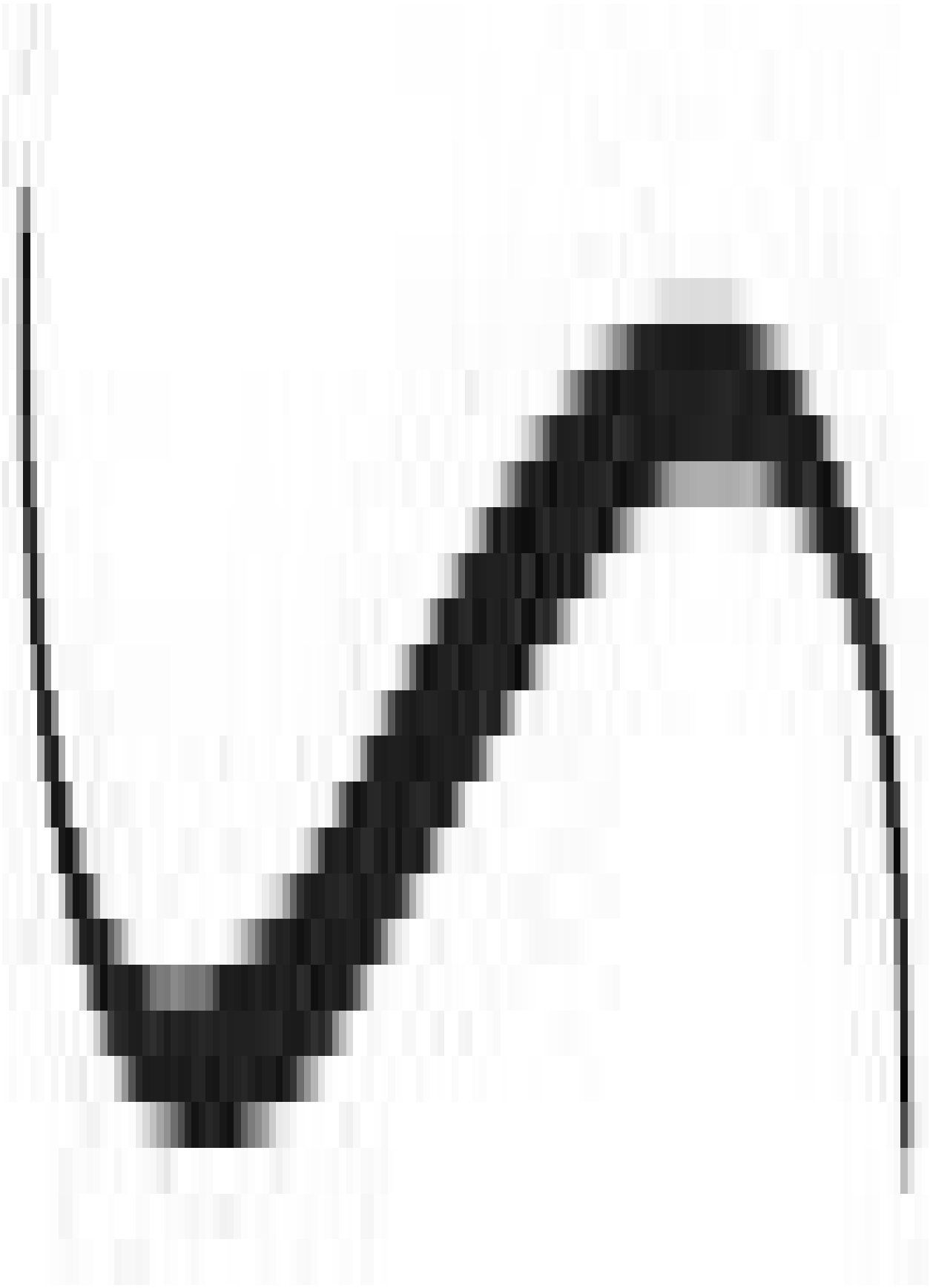
—Y no lo habrías hecho si Noemí no te hubiera obligado a hacerlo.

—Me alegro de que lo haya hecho. ¡Que el Señor la bendiga para siempre por eso! —Rut sacudió la cabeza y suspiró silenciosamente, con una sonrisa tierna —. Nunca pensé que podía amar a otro como había amado a Mahlón, y lo que siento por ti ahora es muchísimo más. ¡Ay, Booz, Dios es tan misericordioso! Es bueno y generoso. —Las lágrimas se derramaban por sus mejillas mientras lo miraba con ojos embelesados.

Booz le tomó el rostro con ambas manos y se inundó del amor que veía en sus ojos.

—El Señor es todo eso y mucho más, mi amor. —Oh, Señor Dios, ¡Tú me sorprendes! Nunca me habría atrevido a soñar con tener un tesoro como este.

Inclinándose, Booz besó a Rut con todo el amor que había almacenado durante toda su vida.



Y las mujeres decían...

—Antes me parecía bonita, pero ahora me parece aún más bonita. ¿Alguna vez vieron a alguien más hermosa que Rut?

—Es el amor lo que hizo eso.

—Es la ropa. Tiene que ser la ropa. Cualquiera puede ser bonita cuando se casa con el hombre más rico de la ciudad.

—Aunque le pusieras harapos, igual resplandecería.

—Es una lámpara en un atril.

—¿Vieron cómo mira a Booz?

—¿Vieron como él la mira a ella?

Las mujeres soltaron risitas.

— Que yo fuera así de afortunada.

—Noemí debe estar orgullosa de haber formado esa pareja.

—Una palabra por aquí, un empujón por allá.

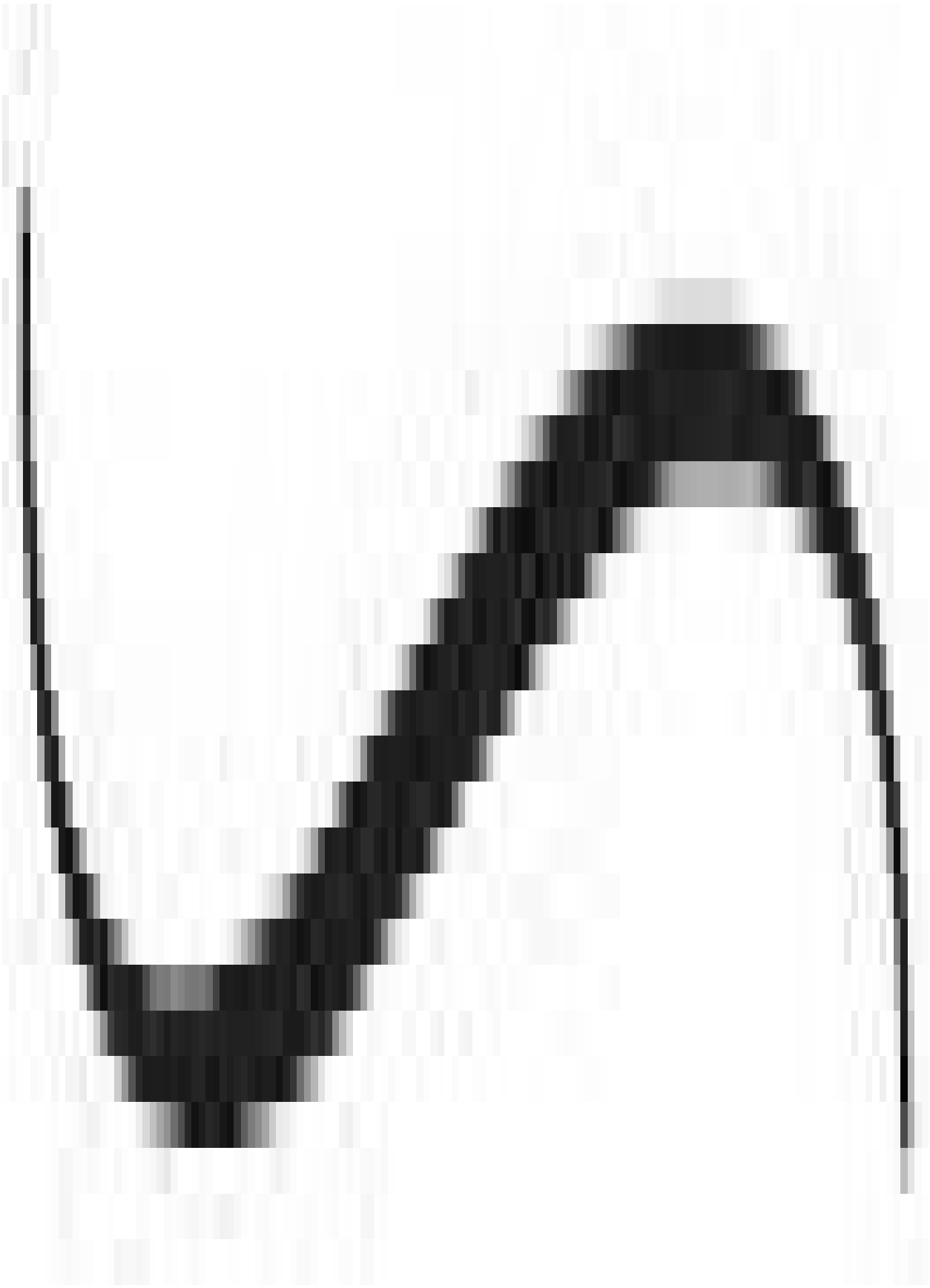
—Booz no necesitó demasiada insistencia.

—¿Existe alguien que lo merezca más? ¿Hay alguien que haya sido más generoso con los pobres que Booz?

—¿Alguna se ha dedicado más a su suegra que Rut?

—Ah, pero es Dios quien ha derramado su bendición sobre ellos.

—Bendito sea el nombre del Señor.



Y los hombres decían...

—¡Me alegro por la felicidad de nuestro hermano!

—¡Como todos nosotros, hermano!

—Booz esperó mucho tiempo para que el Señor contestara su oración.

—Una buena esposa es más preciosa que los rubíes.

—La belleza no dura.

—Es cierto, pero Rut es una joven que teme a Dios y respeta a su esposo.

—Y lo ama. Cualquiera que tenga ojos puede verlo.

—Que sea sumamente elogiada.

—Que crezca la familia de nuestro hermano.

—¡Que sus hijos sean como Booz, y sus hijas como Rut!

—Que así sea.

Y todos los que estaban reunidos en la puerta, dijeron:

—¡Amén!

EPÍLOGO



Este es el árbol genealógico de Booz, comenzando por su ancestro Fares: Fares (cuya madre fue Tamar), Hezrón, Ram, Aminadab, Naasón, Salmón, Booz, Obed, Isaí y David, quien llegó a ser el rey de Israel. Y del linaje del rey David vino el Cristo, el Ungido de Dios, Jesús, nuestro Salvador y Señor.

BUSQUE Y ENCUENTRE



Querido lector:

Usted acaba de leer la historia de Rut según la percepción de una autora. ¿Es esta la verdad completa sobre la historia de Rut, Noemí y Booz? Jesús dijo que el que busca encuentra las respuestas que necesitamos para la vida. La mejor manera de descubrir la verdad es ¡que la busque usted mismo!

Esta sección «Busque y encuentre» está diseñada para ayudarlo a descubrir la historia de Rut según está registrada en la Biblia. Consiste en seis estudios cortos que usted puede hacer de forma individual o con un grupo pequeño.

Podría sorprenderlo descubrir que esta historia antigua tiene aplicaciones para su vida en la actualidad. No importa dónde viva ni en qué siglo, la Palabra de Dios es la verdad. Es tan relevante hoy como lo fue en el pasado. En ella encontramos un futuro y una esperanza.

Peggy Lynch

DECLARACIONES

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

En los días en que los jueces gobernaban Israel, un hambre severa azotó la tierra. Por eso, un hombre de Belén de Judá dejó su casa y se fue a vivir a la tierra de Moab, junto con su esposa y sus dos hijos. El hombre se llamaba Elimelec, y el

nombre de su esposa era Noemí. Sus dos hijos se llamaban Mahlón y Quelión. Eran efrateos de Belén, en la tierra de Judá. Así que cuando llegaron a Moab se establecieron allí.

Tiempo después murió Elimelec, y Noemí quedó sola con sus dos hijos. Ellos se casaron con mujeres moabitas. Uno se casó con una mujer llamada Orfa y el otro con una mujer llamada Rut. Pero unos diez años después murieron tanto Mahlón como Quelión. Entonces, Noemí quedó sola, sin sus dos hijos y sin su esposo.

Estando en Moab, Noemí se enteró de que el Señor había bendecido a su pueblo en Judá al volver a darle buenas cosechas. Entonces Noemí y sus nueras se prepararon para salir de Moab y regresar a su tierra natal. Acompañada por sus dos nueras, partió del lugar donde vivía y tomó el camino que las llevaría de regreso a Judá.

Sin embargo, ya puestas en camino, Noemí les dijo a sus dos nueras:

—Vuelva cada una a la casa de su madre, y que el Señor las recompense por la bondad que mostraron a sus esposos y a mí. Que el Señor las bendiga con la seguridad de un nuevo matrimonio.

Entonces les dio un beso de despedida y todas se echaron a llorar desconsoladas.

—No —le dijeron—, queremos ir contigo a tu pueblo.

Pero Noemí respondió:

—¿Por qué habrían de continuar conmigo? ¿Acaso puedo tener más hijos que crezcan y sean sus esposos? No, hijas mías, regresen a la casa de sus padres, porque ya soy demasiado vieja para volverme a casar. Aunque fuera posible, y me casara esta misma noche y tuviera hijos varones, entonces, ¿qué? ¿Esperarían ustedes hasta que ellos crecieran y se negarían a casarse con algún otro? ¡Por supuesto que no, hijas mías! La situación es mucho más amarga para mí que para ustedes, porque el Señor mismo ha levantado su puño contra mí.

Entonces volvieron a llorar juntas y Orfa se despidió de su suegra con un beso, pero Rut se aferró con firmeza a Noemí.

—Mira —le dijo Noemí—, tu cuñada regresó a su pueblo y a sus dioses. Tú deberías hacer lo mismo.

Pero Rut respondió:

—No me pidas que te deje y regrese a mi pueblo. A donde tú vayas, yo iré; dondequiera que tú vivas, yo viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios. Donde tú mueras, allí moriré y allí me enterrarán. ¡Que el Señor me castigue severamente si permito que algo nos separe, aparte de la muerte!

Cuando Noemí vio que Rut estaba decidida a irse con ella, no insistió más.

R

UT

1:1-18

Hay muchos momentos decisivos en la vida. Enumere todos los momentos decisivos que encuentre en el pasaje anterior.

¿Cuántos de estos hechos fueron consecuencias de las decisiones de Noemí?

¿Cuál es la respuesta de ella a esos acontecimientos?

¿Qué aprendió usted sobre las nueras de Noemí?

¿Qué decisiones tomaron?

¿Con quién se identifica usted?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

¿Qué momentos decisivos ha experimentado en su vida?

¿Quién lo ayudó a superar dichos eventos?

¿Qué clase de consejo recibió?

Noemí y Rut necesitaron sabiduría para tomar sus decisiones. En el siguiente pasaje, compare la sabiduría de este mundo con la sabiduría de Dios:

Si ustedes son sabios y entienden los caminos de Dios, demuéstrenlo viviendo una vida honesta y haciendo buenas acciones con la humildad que proviene de la sabiduría; pero si tienen envidias amargas y ambiciones egoístas en el corazón, no encubran la verdad con jactancias y mentiras. Pues la envidia y el egoísmo no forman parte de la sabiduría que proviene de Dios. Dichas cosas son terrenales, puramente humanas y demoníacas. Pues, donde hay envidias y ambiciones egoístas, también habrá desorden y toda clase de maldad.

Sin embargo, la sabiduría que proviene del cielo es, ante todo, pura y también ama la paz; siempre es amable y dispuesta a ceder ante los demás. Está llena de compasión y del fruto de buenas acciones. No muestra favoritismo y siempre es sincera. Y los que procuran la paz sembrarán semillas de paz y recogerán una cosecha de justicia.

3:13-18

AGUARDE Y REFLEXIONE

Con base en la comparación de sabiduría que hizo sobre el pasaje que acaba de leer, ¿qué clase de sabiduría busca usted? ¿Qué clase de sabiduría imparte a otros?

LAS PROVISIONES

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

De modo que las dos siguieron el viaje. Cuando entraron a Belén, todo el pueblo se conmocionó por causa de su llegada.

—¿De verdad es Noemí? —preguntaban las mujeres.

—No me llamen Noemí —contestó ella—. Más bien, llámenme Mara, porque el Todopoderoso me ha hecho la vida muy amarga. Me fui llena, pero el Señor me ha traído vacía a casa. ¿Por qué llamarme Noemí cuando el Señor me ha hecho sufrir y el Todopoderoso ha enviado semejante tragedia sobre mí?

Así que Noemí regresó de Moab acompañada de su nuera Rut, la joven moabita. Llegaron a Belén a fines de la primavera, al comienzo de la cosecha de la cebada.

R

UT

1:19-22

Cuando Rut y Noemí llegaron a Belén, ¿cómo fueron recibidas?

¿Cuál es la actitud de Noemí? ¿A quién le echa la culpa de sus desgracias?

Lea el siguiente pasaje:

Había en Belén un hombre rico y muy influyente llamado Booz que era pariente de Elimelec, el esposo de Noemí.

Un día Rut la moabita le dijo a Noemí:

—Déjame ir a los campos de cosecha a ver si alguien en su bondad me permite recoger las espigas de grano dejadas atrás.

Noemí respondió:

—Está bien, hija mía, puedes ir.

Así que Rut salió a recoger espigas detrás de los cosechadores, y resultó que lo hizo en un campo que pertenecía a Booz, el pariente de su suegro, Elimelec.

R

UT

Describa el plan de Rut para encargarse de su suegra.

¿De quién era el campo en el que ella trabajaba? ¿Quién era él?

Lea el siguiente pasaje:

Booz se acercó a Rut y le dijo:

—Escucha, hija mía. Quédate aquí mismo con nosotros cuando recojas grano; no vayas a ningún otro campo. Sigue muy de cerca a las jóvenes que trabajan en mi campo. Fíjate en qué parcela están cosechando y síguelas. Advertí a los hombres que no te traten mal. Y cuando tengas sed, sírvete del agua que hayan sacado del pozo.

Entonces Rut cayó a sus pies muy agradecida.

—¿Qué he hecho para merecer tanta bondad? —le preguntó—. No soy más que una extranjera.

—Sí, lo sé —respondió Booz—; pero también sé todo lo que has hecho por tu suegra desde la muerte de tu esposo. He oído que dejaste a tu padre y a tu madre, y a tu tierra natal, para vivir aquí entre gente totalmente desconocida. Que el Señor, Dios de Israel, bajo cuyas alas viniste a refugiarte, te recompense abundantemente por lo que hiciste.

—Espero continuar siendo de su agrado, señor —respondió ella—. Usted me consoló al hablarme con tanta bondad, aunque ni siquiera soy una de sus trabajadoras.

R

UT

2:8-13

¿Qué le ofreció el hacendado y por qué?

¿Cuál es la respuesta de Rut?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Cuando usted enfrenta las desgracias de la vida o, incluso, las «calamidades» cotidianas, ¿cómo reacciona?

¿A quién le echa la culpa? ¿Por qué?

¿Se identifica con Rut o con Noemí? ¿Por qué?

Lea el siguiente versículo:

Trabajen con entusiasmo, como si lo hicieran para el Señor y no para la gente.

E

Rut aceptó las circunstancias que la pusieron en una posición humilde y servil. ¿Qué dice Efesios 6:7 acerca de servir?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Lea nuevamente Efesios 6:7. ¿Qué clase de siervo es usted?

LA REPUTACIÓN

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Mientras estaba allí, llegó Booz de Belén y saludó a los cosechadores:

—¡El Señor sea con ustedes! —les dijo.

—¡El Señor lo bendiga! —respondieron los cosechadores.

Entonces Booz le preguntó a su capataz:

—¿Quién es esa joven que veo allá? ¿De quién es?

Y el capataz le contestó:

—Es la joven moabita que volvió con Noemí. Esta mañana me pidió permiso para recoger grano detrás de los segadores. Desde que llegó no ha dejado de trabajar con esmero, excepto por unos momentos de descanso en el refugio. [...]

Después, a la hora de comer, Booz la llamó:

—Ven aquí y sírvete de la comida. Puedes mojar tu pan en el vinagre.

De modo que Rut se sentó junto a los cosechadores, y Booz le dio a comer grano tostado. Ella comió todo lo que quiso y hasta le sobró.

Cuando Rut regresó a trabajar, Booz ordenó a sus trabajadores:

—Déjenla recoger espigas aun entre las gavillas, y no se lo impidan. Además, arranquen de las gavillas algunas espigas de cebada y déjenlas caer a propósito. ¡Permítanle recogerlas y no la molesten!

Así que Rut recogió cebada todo el día y cuando la desgranó por la tarde, llenó toda una canasta. Luego la cargó de vuelta al pueblo y la mostró a su suegra. También le dio el grano tostado que le había sobrado de su comida.

—¿Dónde recogiste todo este grano hoy? —preguntó Noemí—. ¿Dónde trabajaste? ¡Que el Señor bendiga al que te ayudó!

Entonces Rut le contó a su suegra acerca del hombre en cuyo campo había trabajado. Le dijo:

—El hombre con quien trabajé hoy se llama Booz.

—¡Que el Señor lo bendiga! —le dijo Noemí a su nuera—. Nos muestra su bondad no solo a nosotras sino también a tu marido que murió. Ese hombre es uno de nuestros parientes más cercanos, uno de los redentores de nuestra familia.

Entonces Rut dijo:

—Es más, Booz me dijo que volviera y me quedara con sus trabajadores hasta que termine la cosecha.

R

UT

2:4-7, 14-21

En la lección anterior leímos que Booz era «un hombre rico y muy influyente». ¿Qué evidencia encuentra en este pasaje que respalde esa descripción?

¿Qué informe sobre Rut recibió Booz de su capataz?

¿Qué le ofreció Booz a Rut y por qué?

¿Por qué piensa que Booz les dio órdenes específicas a los hombres jóvenes en cuanto a Rut?

¿Cómo reaccionó Noemí a lo que Booz les proveyó?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

¿Qué significa para usted tener buen carácter?

Las situaciones difíciles de la vida dejan al descubierto nuestro verdadero carácter. ¿Qué clase de informe podrían llegar a dar de usted?

¿Qué oportunidades ha tenido de animar a personas menos afortunadas que usted? ¿Cómo las trató?

Lea el siguiente pasaje:

Amados hermanos, ¿de qué le sirve a uno decir que tiene fe si no lo demuestra con sus acciones? ¿Puede esa clase de fe salvar a alguien? Supónganse que ven a un hermano o a una hermana que no tienen qué comer ni con qué vestirse y uno de ustedes le dice: «Adiós, que tengas un buen día; abrígate mucho y aliméntate bien», pero no le da ni alimento ni ropa. ¿Para qué le sirve?

Como pueden ver, la fe por sí sola no es suficiente. A menos que produzca buenas acciones, está muerta y es inútil.

Ahora bien, alguien podría argumentar: «Algunas personas tienen fe; otras, buenas acciones». Pero yo les digo: «¿Cómo me mostrarás tu fe si no haces buenas acciones? Yo les mostraré mi fe con mis buenas acciones».

S

ANTIAGO

2:14-18

De acuerdo con este pasaje, ¿cuán importantes son sus actos con respecto a las personas que tienen necesidades?

AGUARDE Y REFLEXIONE

«Pues tuve hambre, y me alimentaron. Tuve sed, y me dieron de beber. Fui extranjero, y me invitaron a su hogar. Estuve desnudo, y me dieron ropa. Estuve enfermo, y me cuidaron. Estuve en prisión, y me visitaron. [...]

»Y el Rey les dirá: “Les digo la verdad, cuando hicieron alguna de estas cosas al más insignificante de estos, mis hermanos, ¡me lo hicieron a mí!” ».

M

ATEO

25:35-36, 40

¿Qué diría el Rey de usted?

LA COLABORACIÓN

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Un día Noemí le dijo a Rut:

—Hija mía, es tiempo de que yo encuentre un hogar permanente para que tengas un porvenir asegurado. Booz es nuestro pariente cercano, y él ha sido muy amable al dejarte recoger grano con las jóvenes. Esta noche estará aventando

cebada en el campo de trillar. Mira, haz lo que te digo. Báñate, perfúmate y vístete con tu ropa más linda. Después baja al campo de trillar pero no dejes que Booz te vea hasta que termine de comer y de beber. Fíjate bien dónde se acuesta; después acércate a él, destapa sus pies y acuéstate allí. Entonces él te dirá lo que debes hacer.

—Haré todo lo que me dices —respondió Rut.

Así que esa noche bajó al campo donde se trilla el grano y siguió las instrucciones de su suegra.

Después de que Booz terminó de comer y de beber y estuvo de buen ánimo, se acostó al otro extremo del montón de grano y se durmió. Entonces Rut se acercó sin hacer ruido, le destapó los pies y se acostó. Alrededor de la medianoche, Booz se despertó de pronto y se dio vuelta. Entonces se sorprendió, ¡al encontrar a una mujer acostada a sus pies!

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy Rut, su sierva —contestó ella—. Extienda sobre mí el borde de su manto ya que usted es el redentor de mi familia.

—¡El Señor te bendiga, hija mía! —exclamó Booz—. Muestras aún más lealtad familiar ahora que antes, pues no has ido tras algún hombre más joven, sea rico o pobre. Ahora, hija mía, no te preocupes por nada. Yo haré lo que sea necesario, porque todo el pueblo sabe que eres una mujer virtuosa. Pero aunque es cierto que yo soy uno de los redentores de tu familia, hay un pariente más cercano que yo. Quédate aquí esta noche, y por la mañana hablaré con él. Si está dispuesto a redimirte, muy bien; que se case contigo. Pero si no está dispuesto a hacerlo, entonces, ¡tan cierto como que el Señor vive, yo mismo te redimiré! Ahora acuéstate aquí hasta la mañana.

Entonces Rut se acostó a los pies de Booz hasta la mañana, pero ella se levantó muy temprano, antes de que hubiera suficiente luz para que una persona pudiera reconocer a otra; pues Booz había dicho:

—Nadie debe saber que estuvo una mujer aquí en el campo de trillar.

Luego Booz le dijo:

—Trae tu manto y extiéndelo.

Entonces él midió seis medidas de cebada sobre el manto y lo colocó sobre las espaldas de ella. Después él regresó al pueblo.

Cuando Rut volvió a donde estaba su suegra, Noemí le preguntó:

—¿Qué sucedió, hija mía?

Rut le contó a Noemí todo lo que Booz había hecho por ella y agregó:

—Me dio estas seis medidas de cebada y dijo: “No vuelvas a tu suegra con las manos vacías”.

Entonces Noemí le dijo:

—Ten paciencia, hija mía, hasta que sepamos lo que pasa. El hombre no descansará hasta dejar resuelto el asunto hoy mismo.

R

UT

3:1-18

Según este pasaje, ¿qué le preocupa a Noemí acerca de Rut?

Describa el plan de Noemí.

¿Qué evidencia encuentra de que Rut confió en el consejo de su suegra?

¿Qué le pidió Rut a Booz cuando él descubrió que estaba acostada a sus pies?

¿Cuál fue la respuesta de Booz, y qué reafirmó sobre Rut?

¿Qué información sorprendente le dio Booz a Rut, y qué planeaba hacer al respecto?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

¿Qué preocupaciones tiene usted por sus seres queridos?

¿Qué planes ha tratado de concretar para ellos? ¿Cómo resultaron?

¿Cómo ha manejado las situaciones incómodas con sus seres queridos? ¿Cuál fue la respuesta de ellos?

Comparta de qué manera ha cumplido promesas especiales.

AGUARDE Y REFLEXIONE

Confía en el Señor con todo tu corazón; no dependas de tu propio entendimiento. Busca su voluntad en todo lo que hagas, y él te mostrará cuál camino tomar.

P

ROVERBIOS

3:5-6

¿Quién dirige su camino?

LAS OBLIGACIONES

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Booz fue a la puerta de la ciudad y allí se sentó. En ese momento, pasó por ese lugar el redentor de la familia que Booz había mencionado, así que lo llamó:

—Amigo, ven, siéntate aquí. Quiero hablar contigo.

Así que se sentaron juntos. Enseguida Booz llamó a diez líderes del pueblo y les pidió que se sentaran allí como testigos. Entonces Booz le dijo al redentor de la familia:

—Tú conoces a Noemí, la que volvió de Moab. Está por vender el terreno que pertenecía a Elimelec, nuestro pariente. Pensé que yo debía hablar contigo para que pudieras redimir la tierra si deseas hacerlo. Si quieres la tierra, entonces cómprala ahora en presencia de estos testigos. Pero si no quieres la tierra, házmelo saber ahora mismo, porque, después de ti, soy el pariente más cercano para redimirla.

El hombre respondió:

—Muy bien, yo la redimo.

Entonces le dijo Booz:

—Por supuesto, al comprar tú la tierra de Noemí, estás obligado a casarte con Rut, la viuda moabita. De esta manera ella podrá tener hijos que lleven el nombre de su esposo y así conservar la tierra para su familia.

—Entonces no puedo redimir la tierra —respondió el pariente redentor— porque esto pondría en peligro mi propia herencia. Redime tú la tierra; yo no lo puedo hacer.

En esos días era costumbre en Israel que cualquiera que transfiriera un derecho de compra se quitara la sandalia y se la entregara a la otra parte. Esto hacía válida la transacción de una manera pública. Entonces el otro redentor de la familia se quitó la sandalia mientras le decía a Booz:

—Compra tú la tierra.

R

UT

4:1-8

Según este pasaje, ¿adónde va Booz y qué hace?

Inicialmente, ¿qué le dice Booz al familiar más cercano? ¿Cuál es la respuesta del pariente?

¿Qué información retiene Booz al principio?

¿Qué excusa pone el pariente para cambiar de parecer?

¿Qué le dice finalmente el pariente a Booz?

¿Cómo se formalizaba una transacción de este tipo?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

¿Cómo hace usted para tomar las decisiones más importantes?

¿De quién recibe apoyo y consejos sabios?

¿Qué excusas pone usted cuando no quiere hacer algo?

¿Cómo diría la verdad en amor? Dé un ejemplo.

AGUARDE Y REFLEXIONE

No imiten las conductas ni las costumbres de este mundo, más bien dejen que Dios los transforme en personas nuevas al cambiarles la manera de pensar. Entonces aprenderán a conocer la voluntad de Dios para ustedes, la cual es buena, agradable y perfecta.

R

OMANOS

12:2

¿Ha permitido que Dios lo transforme a usted?

LOS FESTEJOS

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Entonces Booz les dijo a los ancianos y a la gente que estaba alrededor:

—Ustedes son testigos de que hoy le compré a Noemí toda la propiedad de Elimelec, Quelión y Mahlón. Además, junto con la tierra adquirí a Rut, la viuda moabita de Mahlón, para que sea mi esposa. De este modo ella podrá tener un hijo para que el nombre de la familia de su difunto esposo continúe y herede aquí, en su pueblo natal, la propiedad de su familia. Hoy todos ustedes son testigos.

Entonces los ancianos y toda la gente que estaba en la puerta respondieron:

—¡Somos testigos! ¡Que el Señor haga que esta mujer que va a ser parte de tu hogar sea como Raquel y Lea, de quienes descendió toda la nación de Israel! Que prosperes en Efrata y que seas famoso en Belén. Y que el Señor te dé

descendientes por medio de esta joven que sean como los de nuestro antepasado Fares, el hijo de Tamar y Judá.

Así que Booz llevó a Rut a su casa y la hizo su esposa. Cuando se acostó con ella, el Señor permitió que quedara embarazada y diera a luz un hijo. Entonces las mujeres del pueblo le dijeron a Noemí: «¡Alabado sea el Señor, que te ha dado ahora un redentor para tu familia! Que este niño sea famoso en Israel. Que él restaure tu juventud y te cuide en tu vejez. ¡Pues es el hijo de tu nuera que te ama y que te ha tratado mejor que siete hijos!».

Entonces Noemí tomó al niño, lo abrazó contra su pecho y cuidó de él como si fuera su propio hijo. Las vecinas decían: «¡Por fin ahora Noemí tiene nuevamente un hijo!». Y le pusieron por nombre Obed. Él llegó a ser el padre de Isaí y abuelo de David.

Este es el registro genealógico de su antepasado Fares:

Fares fue el padre de Hezrón.

Hezrón fue el padre de Ram.

Ram fue el padre de Aminadab.

Aminadab fue el padre de Naasón.

Naasón fue el padre de Salmón.

Salmón fue el padre de Booz.

Booz fue el padre de Obed.

Obed fue el padre de Isaí.

Isaí fue el padre de David.

UT

4:9-22

Booz está sentado con los ancianos, y el pariente ha rechazado todo derecho a la propiedad de Noemí. ¿Qué les anuncia Booz a los ancianos reunidos?

¿Qué otra declaración amplía con respecto a Rut?

Los ancianos responden diciendo: «¡Somos testigos!». ¿Cuál es la bendición que le dan a Booz?

Finalmente, Rut y Booz se casan. Cuando tienen un hijo varón, ¿cómo reaccionan las mujeres del pueblo? ¿Cómo bendicen a Noemí?

¿Quién sería el nieto de este bebé?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Lea el siguiente pasaje:

Luego dijo Jesús: «Vengan a mí todos los que están cansados y llevan cargas pesadas, y yo les daré descanso. Pónganse mi yugo. Déjenme enseñarles, porque yo soy humilde y tierno de corazón, y encontrarán descanso para el alma. Pues

mi yugo es fácil de llevar y la carga que les doy es liviana».

M

ATEO

11:28-30

¿Quién ha ofrecido darnos descanso de las cargas que nos cansan?

El yugo se usa para ayudar a los bueyes a compartir una carga. ¿Qué clase de yugo ofrece Jesús?

¿Cuál es el peso de la carga que Jesús nos dará?

¿Cuál es la naturaleza del carácter de Jesús?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Jesús le contestó: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie puede ir al Padre si no es por medio de mí».

J

UAN

¿Está usted unido a Jesús? Si no es así, ¿qué se lo impide?

LIBRO CUATRO



DESPREOCUPADA

PREPARANDO LA ESCENA



El imponente y poderoso rey Saúl de Israel estaba celoso de un joven pastor. La razón era sencilla: el Señor Dios había ungido a este joven, David, como Su rey. Además, David tenía en sus manos el corazón del pueblo. Cuando hablaba, la gente le prestaba atención. Cuando danzaba, las muchachas se derretían. Cuando cantaba, el corazón de hombres, mujeres y niños se elevaba en alabanza a Dios.

Cuando David huyó al desierto para escapar de la envidia asesina de Saúl, lo siguieron cientos de varones que acamparon con él en las cuevas de Adulam y En-gadi. Algunos eran hombres descontentos. Otros habían sido acosados por las incursiones de las bandas de los filisteos. Algunos sufrían los excesivos impuestos de un rey al que le habían perdido la confianza. Y ocultos entre los hombres honorables, que añoraban los días cuando Dios era el Comandante Supremo de Israel, había también otros sedientos de violencia y venganza que simplemente disfrutaban derramar sangre y conseguir botín.

La guerra desgarraba a la nación en facciones a medida que los celos del rey aumentaban contra el hombre que imaginaba su enemigo. Pero David se mantuvo sumiso a la autoridad del rey. Se negaba a arrebatar la corona de Saúl por medios violentos, y se contentaba con esperar a que Dios actuara a su favor.

Mientras tanto, la compañía que se reunió en torno a David aumentaba en forma constante: de doscientos a cuatrocientos y a seiscientos. Entre ellos había treinta hombres valientes, un grupo de elite de guerreros, de valentía y lealtad comprobada. Se solidarizaron con el valor y la honradez de David, y se mantenían unidos como una familia, ferozmente decididos a proteger a los suyos de todo enemigo, fuera este el rey de Israel que le había dado la espalda a Dios o los ejércitos de las naciones vecinas infestadas de ídolos.

Esos valientes guerreros no llegaron solos a luchar a favor de David. Llevaron consigo a sus esposas, a sus hijos e hijas.

Trasladándose con esta creciente multitud de seguidores de David, había una niña que se llamaba Betsabé...

UNO



Posada sobre las rodillas de su abuelo, Betsabé arrancó un pedazo de pan y se lo ofreció. Riéndose, Ahitofel lo comió de su mano.

—Se está pareciendo cada día más a tu madre, Eliam.

El padre de Betsabé la observó frunciendo levemente el ceño.

—No puedo creer lo rápido que crece. Ya tiene ocho años. En poco tiempo tendré que buscarle esposo.

—Un hombre poderoso para proteger a una hermosa doncella.

La niña miró sobre el fogón al hombre que a sus ojos parecía un ángel del cielo. Tirando de la túnica de su abuelo, se estiró y le susurró el deseo de su corazón:

—Quiero casarme con David.

El abuelo se rio a carcajadas y miró al atractivo hombre sentado del otro lado del fogón.

—David, aquí hay alguien más que te ha puesto en un pedestal. —A ella se le subió el calor a las mejillas cuando el hombre al que idolatraba le devolvió la mirada a su abuelo con una apenada tolerancia. El abuelo la besó en la mejilla—. Olvídate de David, Betsabé. Ya tiene tres esposas, cariñito. —Mientras la miraba a los ojos, su diversión se esfumó. Su expresión se enterneció—. Es mejor ser la única esposa de un hombre pobre que una mujer más en el harén de un rey.

—¡Entra a casa, Betsabé! —la llamó su madre. El abuelo levantó a Betsabé de sus rodillas y la colocó firmemente sobre sus pies, despidiéndola con una suave palmada en el trasero. Cuando Betsabé se detuvo para mirar una vez más a David, su madre la tomó del brazo, la metió en la carpa, y bajó la solapa detrás de ella—. Hora de ir a dormir. —Siguió a Betsabé y la cubrió con la manta cuando la niña se recostó sobre su esterilla. De rodillas, se inclinó y besó a Betsabé. Preocupada, acarició los mechones de cabello negro, apartándolos de la frente de la niña—. Algunos sueños solo te rompen el corazón.

—Pero yo...

Su madre apoyó el índice sobre los labios de Betsabé.

—Calla, pequeña. —Se apoyó sobre los talones y se levantó con agilidad—. Duérmete.

Betsabé continuó despierta, escuchando el murmullo de las voces de los hombres que seguían afuera. Se les habían sumado otros. Reconoció la voz de Joab y la de Abisai, el hermano de Joab. Ambos eran comandantes del ejército de David, y venían con frecuencia a hablar con su abuelo, que se había ganado el respeto de David por sus astutos consejos tácticos. Sabía mucho sobre los filisteos y amonitas, y sobre sus métodos de batalla. También conocía la tierra de Canaán tan bien como las líneas de la palma de su mano.

—Tenías a Saúl en tus manos, David —dijo Joab—. Deberías haberlo matado cuando tuviste oportunidad.

El hermano de Joab, Abisai, se apresuró a coincidir.

—¡Sí, debes matar a Saúl! Dios nos lo entregó en la cueva de los Chivos Salvajes. Yo lo habría degollado por ti.

—Y yo les dije por qué no quería que lo asesinaran —dijo David—. Es el hombre al que el Señor Dios ungió como rey.

—Seguirá persiguiéndote —dijo Joab—. No se detendrá hasta que muera uno de los dos.

—Para la nación sería mejor que le arrebataras la corona a Saúl —comentó otro. Betsabé oyó el murmullo de aprobación entre varios de los hombres sentados junto a la fogata de su padre.

—Golpea al pastor y las ovejas se dispersarán —insistió Joab.

—¿Qué haré con ustedes, hijos de Sarvia? —dijo David con aspereza, y ella se dio cuenta de que la impaciencia estaba dirigida a Joab y Abisai—. ¡Cuántas veces debo decirles que no levantaré mi mano contra el ungido del Señor!

Betsabé oyó pasos que se alejaban.

—No lo entiendo —expresó Joab, frustrado—. ¡Hazlo entrar en razón, Ahitofel!

—¿Qué hubiera ganado David asesinando al rey cuando le daba la espalda mientras hacía sus necesidades? —respondió su abuelo calmadamente frente al temperamento irascible del hombre más joven—. Cuando Saúl oyó que David lo llamaba desde la cueva, se dio cuenta de que podría haberlo matado, pero David lo dejó ir, hiriendo solo su amor propio. ¿Habría hecho eso alguien que ambicionara el reino? ¡Por supuesto que no! Todos los que cabalgan con Saúl saben ahora que David es un hombre recto. ¡Y saben que David estaba dándole al rey Saúl la oportunidad de arrepentirse!

—¡Arrepentirse! Pronto el fuego volverá a arder en sus entrañas y tendremos que huir otra vez. ¿Debemos perdonarle la vida a un hombre que ordenó matar en Nob a ochenta y cinco sacerdotes y a sus familias?

—Deja que el Señor juzgue. El rumbo de David es el justo.

—¡Sabes tan bien como yo que mientras Saúl tenga aliento perseguirá a David!

—Y también sé que Dios prevalecerá, Joab. Será por Su fuerza y no por la tuya que un día David será rey. El Señor está al mando. Cada día se nos unen más hombres. ¿Por qué? Porque creen lo mismo que nosotros: que Dios está con David dondequiera que va. Ni los filisteos ni los amonitas ni los amalecitas pueden derrotar a un hombre que tiene como escudo al Señor Dios de Israel.

—¡Quiero ver la corona sobre la cabeza de David!

—Todos queremos eso, Joab. Pero deja que ocurra en el tiempo de Dios, no antes.

Los hombres siguieron conversando. Los ojos de Betsabé pesaban por el sueño. Soñó con David, vestido con túnicas de la realeza, extendiéndole la mano. Se despertó sobresaltada y se quedó quieta, prestando atención. Se oía a los hombres gritando a lo lejos. Probablemente se trataba de otra discusión. Oyó voces conocidas afuera. Se incorporó sobre sus rodillas y espió entre las costuras de la carpa. David había regresado y estaba sentado a la luz de las llamas parpadeantes, conversando con su padre y su abuelo.

—Nos uniremos al ejército de los filisteos —decía David—. Cuando la batalla se torne contraria a Saúl, tendremos la oportunidad de volcarla a su favor.

El abuelo de Betsabé frunció el ceño, concentrado.

—¿Cuántos hombres piensas llevar?

—A todos.

—¿Quién protegerá a nuestras mujeres y niños...?

Con la cabeza llena de sueños, Betsabé contemplaba a David. Le encantaba la manera en que inclinaba la cabeza para escuchar atentamente lo que decía su abuelo. Betsabé observó cada detalle de su rostro.

Los hombres volvieron a gritar. Su madre gimió suavemente y giró sobre su esterilla. Betsabé miró nuevamente hacia afuera. David había volteado su cabeza hacia el disturbio. Tenía la mandíbula apretada.

—¡No puedo controlar a estos hombres!

El abuelo seguía sentado con las manos unidas entre sus rodillas.

—Son un rebaño de ovejas que necesita un pastor fuerte.

—¡A veces se comportan más como una jauría de lobos! —David sacudió la cabeza y se puso de pie—. Me imagino que debo hacer algo. —Suspiró y se marchó.

—No lo entiendo —dijo el padre de Betsabé, arrojando una piedrecita hacia la oscuridad—. ¿Por qué siempre sale al rescate de Saúl aunque pudiera significar su propia muerte?

—¿Has olvidado que Jonatán el hijo de Saúl es su mejor amigo? Y la primera esposa de David es hija de Saúl.

—Jonatán eligió de qué lado estar, abba; y Mical fue deshonrada. Saúl se la entregó a otro hombre. David vive esperanzado de que todo vuelva a ser como antes de que Saúl enloqueciera por los celos. Eso nunca ocurrirá.

Su abuelo avivó el fuego.

—La sugerencia de Joab es astuta. La muerte de Saúl daría fin a esta guerra y colocaría a David en el trono. Pero David no recibiría bendición alguna si mata al ungido del Señor. Ah, hijo mío, David vive para agradar a Dios. Su pasión

está enfocada en el Señor. —Levantó la mirada con el rostro resplandeciente—. Si cada uno de nosotros tuviera el corazón que tiene David, ¡qué extraordinario reino construiría Dios para nosotros! —Arrojó la rama al fuego y se levantó—. Ven, acerquémonos a nuestro amigo y escuchemos lo que el Señor le ha dado para que nos diga.

Betsabé sabía que David no gritaría órdenes a los guerreros ni se metería en sus discusiones. En lugar de eso, simplemente se sentaría cerca de ellos y comenzaría a cantar. Esperó, y luego de un momento pudo oír el sonido del arpa en medio de los gritos: una melodía tranquilizante ejecutada suavemente entre las voces airadas y discordantes. Las voces ya comenzaban a aquietarse. Betsabé jaló las costuras de la carpa para ver mejor por la estrecha vista que le daba la carpa de su padre. Su abuelo siempre decía que Dios le daba a las palabras y a la música de David el poder para elevar el corazón y la mente por encima de las diferencias mezquinas, hacia la majestuosidad de Dios y las bendiciones que había derramado sobre Su pueblo elegido. Betsabé había oído muchas veces a David tocar el arpa y cantar, pero nunca la cansaba.

Su madre dormía. ¿Qué tendría de malo si se escabullía y se arrimaba lo suficiente para mirar y escuchar? Se deslizó entre las solapas y fue de prisa hacia el grupo, manteniéndose en el límite del borde de la luz de la fogata. Se agachó, abrazando las rodillas con sus brazos, y se dispuso a escuchar. Su corazón de niña temblaba al ver a David, su rostro apuesto bronceado por la luz de la fogata. Nadie en todo el mundo podía ser tan perfecto como David, su amado.

—Oh Señor, Señor nuestro, ¡Tu majestuoso nombre llena la tierra! —Se oyó su voz en la brisa nocturna. Las palabras se volvieron indistintas cuando él miró hacia otro lado. Así que ella se incorporó y se acercó a rastras. Uno por uno, los hombres se sentaron y reclinaron, contemplando a David mientras lo escuchaban, cautivados por la manera en que adoraba a Dios más abiertamente que cualquier sacerdote. David se detuvo en medio de sus hombres y levantó la cabeza, entonando una melodía sin palabras que estrujó el corazón de Betsabé. Luego comenzaron a brotar las palabras de nuevo.

—Cuando miro el cielo de noche y veo la obra de tus dedos, la luna y las estrellas que pusiste en su lugar, me pregunto: ¿qué son los simples mortales para que pienses en ellos, los seres humanos para que de ellos te ocupes?

Todos estaban en silencio, esperando mientras David inclinaba su cabeza y

punteaba las cuerdas del arpa. El sonido y las palabras la atravesaban tan profundamente que a Betsabé le parecía que punteaba las cuerdas de su corazón.

—Los hiciste un poco menor que Dios y los coronaste de gloria y honor. Los pusiste a cargo de todo lo que creaste, y sometiste todas las cosas bajo su autoridad: los rebaños y las manadas y todos los animales salvajes, las aves del cielo, los peces del mar, y todo lo que nada por las corrientes oceánicas. —Maravillado, David sacudió la cabeza y volvió a mirar las estrellas con expresión extasiada—. Oh Señor, Señor nuestro, ¡Tu majestuoso nombre llena la tierra! —Punteó unas notas más en el arpa y luego levantó una mano lentamente sobre su cabeza, ofreciendo sus palabras de adoración al Dios de toda la creación.

El campamento estaba en silencio... tan silencioso que Betsabé podía oír los latidos de su propio corazón.

—Canta otro salmo, David —dijo Ahitofel, su abuelo.

Se sumaron otros al pedido:

—¡Cántanos acerca del Señor!

Betsabé se levantó y se acercó más al grupo, deslizándose al lado de su abuelo consentidor, buscando su tibieza.

—¿Qué haces despierta aún? —susurró él con brusquedad y la rodeó con su brazo, acurrucándola.

—Tenía que escuchar, y me estaba enfriando. —Temblando, lo miró con expresión de ruego—. Por favor, abuelito, ¿un rato nada más...?

—Sabes que no puedo decirte que no. —La cubrió con su manto—. Solo una canción.

David cantó otro salmo, uno que ella había escuchado muchas veces. El apuesto rostro de David resplandecía a la luz de la fogata, y sus palabras se derramaban sobre el alma sedienta de la niña. A diferencia de muchos en su entorno, el corazón de David no estaba volcado hacia la guerra. Él anhelaba la paz. Apelaba a Dios en busca de ayuda y misericordia, y pedía ser liberado de sus enemigos. ¿Cómo sería vivir sin temor a un rey tras él, a los filisteos y a los amonitas, y a los asaltantes amalecitas? Miró a su padre y vio que tenía los ojos húmedos

mientras se inclinaba hacia adelante para escuchar con atención. ¿Cuántas veces había escuchado a su papá decir que Dios defendería su causa? Dios los escondería en las grietas de las rocas y en las cuevas de En-gadi y Adulam. Dios los sustentaría con agua y alimentos. Dios les daría la victoria sobre todo enemigo. ¿Por qué? Porque estaban con David, y David no hacía nada sin antes consultar al Señor. David cantaba sus oraciones y Dios lo escuchaba.

David caminó unos pasos y se detuvo un momento con la cabeza inclinada. Tenía los ojos cerrados. Ella vio como movía las manos suavemente sobre las cuerdas, tañéndolas delicadamente y haciendo que su corazón le doliera otra vez. Él levantó la cabeza y miró a uno por uno. ¿La miraría a ella? ¿Repararía en ella sentada entre su papá y su abuelo?

—El Señor es mi pastor; tengo todo lo que necesito....

Cuando los ojos de David se posaron sobre ella, el corazón se le subió a la garganta. Contuvo la respiración y se quedó mirándolo fijamente, pero él siguió recorriendo con la mirada a los demás, deteniéndose en cada hombre como si cada uno de ellos fuera igual de preciado para él. Ella se sintió aplastada bajo la presión del amor que sentía por él y se sintió desalentada de que apenas la notara entre la multitud de sus devotos seguidores.

Tú eres mi pastor, David. Me inspiras un anhelo que ni siquiera puedo nombrar. Tú eres quien nos guía en el desierto, pero no tengo miedo porque tú estás con nosotros. Haría cualquier cosa por ti....

Alguien la sujetó fuertemente del hombro, sobresaltándola.

—¡Betsabé! —susurró su madre, enojada.

—Te han vuelto a pescar —murmuró el abuelo, quitando la manta que cubría los hombros y la espalda de la niña. Frunciendo el ceño, su madre la levantó y se la llevó, poniéndola sobre sus pies cuando estaban a mitad de camino de la carpa familiar. —¡Tienes suerte de que no te dé unos azotes! —Bajando la mirada, Betsabé siguió a su madre en la oscuridad. Su madre abrió la solapa de la carpa de un tirón—. ¡Adentro! —Una vez que entraron, la madre le dio una nalgada—. Dado que no puedo confiar que te quedes donde te corresponde, dormirás a mi lado hasta que tu padre regrese. —Su madre la atrajo hacia sí—. Eres lo suficientemente sensata para no desobedecer.

Betsabé sollozó.

—Perdón, mamá. Es que lo amo.

Su madre suspiró.

—Ya lo sé. Todos lo queremos.

—No como yo. Algún día me casaré con él.

Su madre la apretó entre sus brazos.

—Oh, cariñito mío. Todas las jovencitas desean lo mismo. Debes escucharme, Betsabé. Anhelas algo imposible. Es el sueño inútil de una niña.

—¿Por qué?

—Porque David está mucho más arriba que tú.

A ella se le hizo un nudo en la garganta.

—Él era pastor.

—Todavía es un pastor, pero no en el sentido en el que tú lo dices. Debes entender esto. David está destinado a ser rey, y como tal, se casará con hijas de reyes. Tú solo eres la hija de uno de sus soldados.

—Abba es un guerrero, uno de los mejores guerreros de David, y uno de sus amigos más íntimos. Y abuelito...

—¡Shhhh! No olvides que David todavía está casado con Mical, la hija de Saúl, aunque Saúl se la haya entregado a alguien más. Y también está casado con Ahinoam y con Abigail.

—Abigail no es la hija de un rey —dijo Betsabé testaruda.

—No, pero Abigail impidió que David cometiera un grave pecado. Él se mostró agradecido por su sabiduría. Además, ella es muy hermosa.

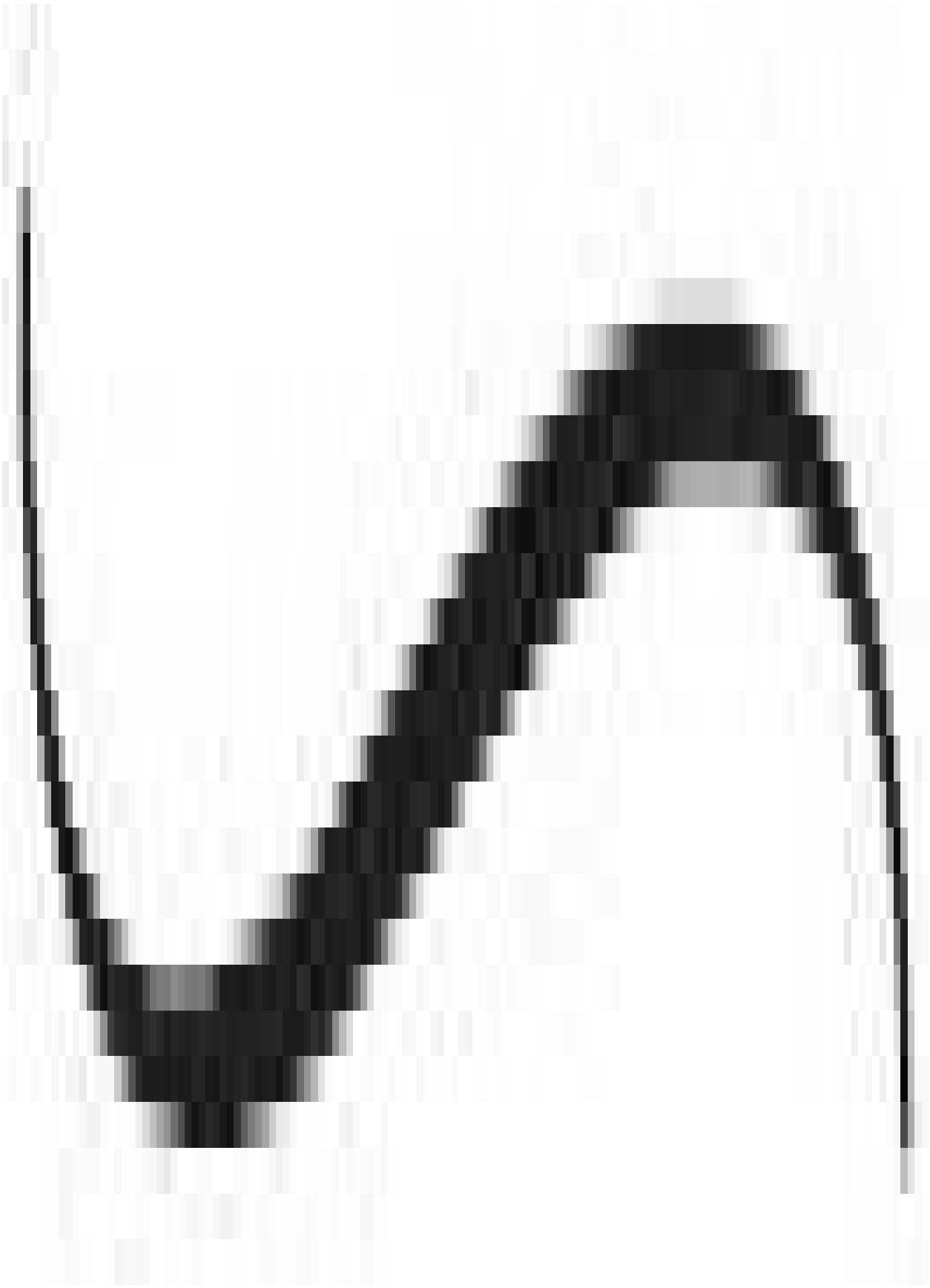
—¿Crees que algún día yo seré hermosa, lo suficientemente hermosa...?

—Algún día serás muy hermosa, y espero que seas más sabia de lo que eres en este momento. Por lo menos, lo suficiente como para entender que hay algunas cosas que no pueden ser. Tu padre encontrará un buen marido para ti, y olvidarás que siquiera pensaste estar enamorada de David.

—¡Nunca! ¡Nunca, nunca, nunca! —Betsabé contuvo las lágrimas y giró la cabeza hacia un costado.

—Cuando crezcas, querida mía, entenderás por qué es sabio adorar a Dios y no a un hombre.

Betsabé se quedó quieta hasta que oyó que su madre respiraba más profundamente. Luego se soltó de su abrazo y gateó al otro lado de la carpa para espiar una vez más hacia la oscuridad. Su padre y su abuelo habían regresado a la fogata, y David se les había sumado una vez más. Hablaban en voz baja sobre planes de batalla. Betsabé cerró los ojos y prestó atención al sonido de la voz de David. Contenta, se rindió al sueño.



Cuando se despertó a la mañana siguiente, Betsabé se encontró durmiendo en su esterilla, bajo su manta. Su padre roncaba junto a su madre. Betsabé se levantó silenciosamente y salió de la carpa. Seguramente David ya estaría levantado. Siempre se levantaba antes que los demás y siempre se iba solo a orar. Lo había visto varias veces regresar del arroyo, así que fue presurosa hacia allí. Se le aceleró el corazón cuando alcanzó a ver a David de rodillas junto a un estanque con aguas ondulantes, lavándose el rostro, los brazos y las manos. Su padre y su abuelo siempre hacían lo mismo antes de orar.

Cuando Betsabé se acercó, sus pasos provocaron una leve caída de piedrecillas.

David giró la cabeza de inmediato, la mirada atenta, la mano sobre la empuñadura de la espada. Cuando la vio, se relajó.

—Te levantaste temprano, Betsabé. ¿No estás un poco lejos del campamento?

A ella se le aceleró más el corazón mientras se acercaba.

—Vine a buscar agua.

—Entonces tienes un problema, pequeña.

—¿Cuál?

Él sonrió.

—Que no tienes un recipiente.

A ella se le subió el calor a las mejillas. Cuando él comenzó a alejarse, ella habló rápidamente antes de perder el valor.

—¿Podríamos hablar un rato, David? Vine hasta aquí para verte.

Él la miró.

—No deberías estar tan lejos del campamento. Es peligroso. Regresa a la carpa donde perteneces.

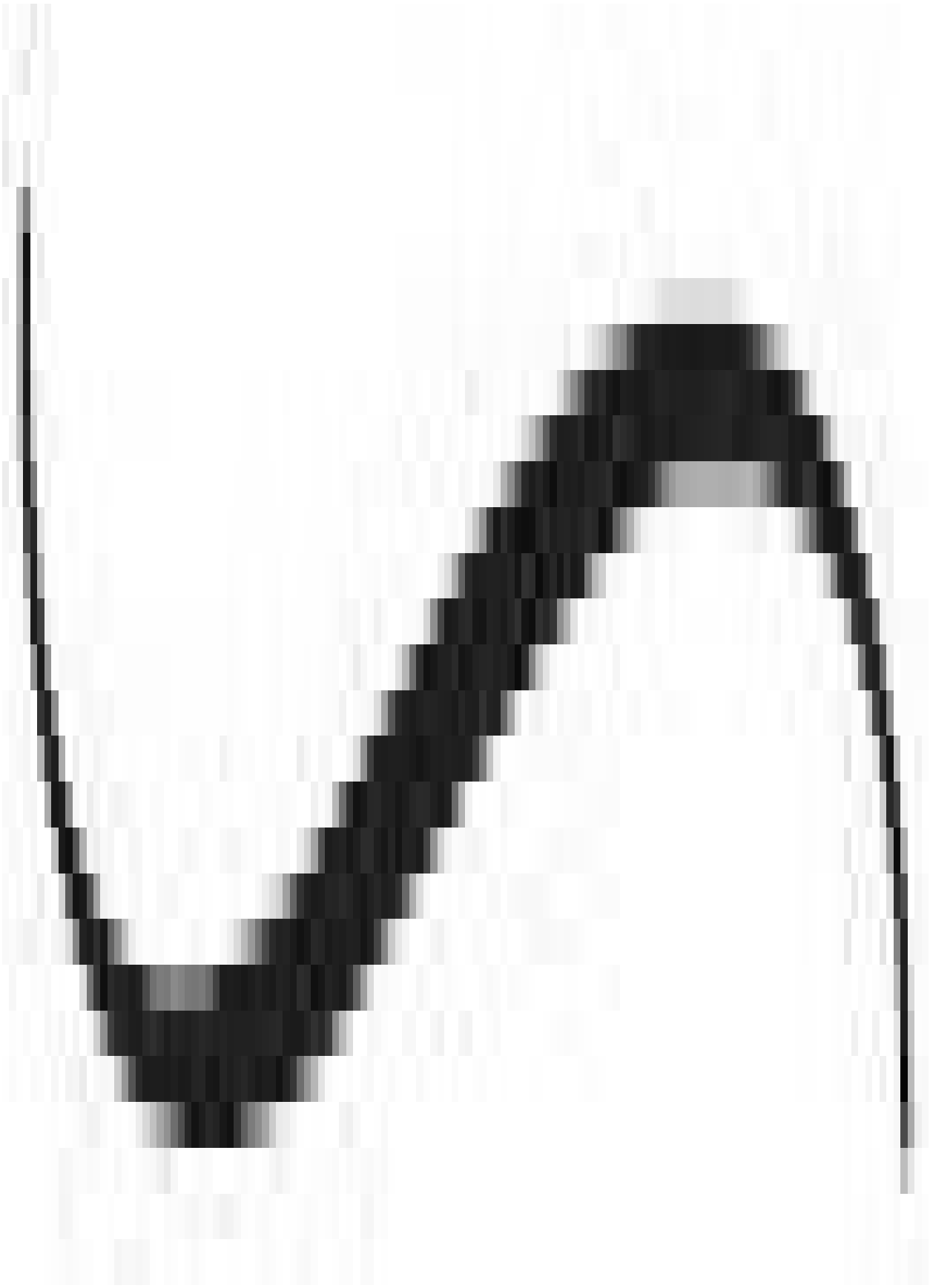
—Pero...

—A tu madre no le gustará saber que te has alejado tanto. Creo que no le agradará tener que salir a buscarte por segunda vez.

Humillada por la reprimenda, Betsabé salió corriendo ladera arriba. Se ocultó detrás de unas rocas y se sentó bruscamente. Temblando, se cubrió las mejillas acaloradas con sus manos frías. Luego respiró hondo y se asomó desde su escondite. David seguía de pie junto al arroyo, ahora con las manos apoyadas en las caderas.

—¡Vuelve a casa antes de que noten tu ausencia! ¡Y no vuelvas a alejarte del campamento!

Betsabé, tragándose el sollozo, se levantó de golpe y corrió todo el camino de regreso hasta la carpa de su padre, agradecida de que nadie estuviera despierto para ver sus lágrimas... ni para preguntarle el motivo de ellas.



Llegó la noticia de que los filisteos iban a atacar a Saúl. El padre y el abuelo de Betsabé sacaron sus armas y sus armaduras. Ella ayudó a su madre a preparar grano tostado y pasteles de pasas para que llevaran consigo. Su madre se mantenía en silencio, como siempre lo estaba antes de que los hombres se marcharan. Betsabé también guardó silencio mientras los escuchaba hablar.

—Mañana saldremos y nos uniremos a las tropas de los filisteos —dijo su abuelo. Betsabé recordó el plan de David que había alcanzado a oír. Sus hombres simularían ayudar a los filisteos, pero en realidad estarían esperando la oportunidad para ayudar al rey Saúl a derrotar al ejército enemigo.

—Seguramente van a sospechar que el ofrecimiento de David es falso —había dicho su padre con tensión—. Solo por la misericordia de Dios no hemos sido capturados estos últimos años incursionando en las aldeas de los amalecitas y los gesuritas.

—Programamos cuidadosamente nuestras incursiones y no dejamos sobrevivientes.

—Pero los rumores corren...

—David quiere estar en una posición que le permita ayudar a Saúl. Si los filisteos rechazan nuestra oferta de ayuda, no podremos hacer nada.

—El destino de Saúl ya está en manos de Dios, y no me gusta dejar sin protección a nuestras mujeres y nuestros niños.

Al día siguiente, a la salida del sol, Betsabé observó a su padre y a su abuelo alejarse del campamento con David. Apenas dejó de verlos, su madre entró a la carpa y lloró. Se restableció enseguida. Se sentó a la sombra de la carpa a cardar lana y mandó a Betsabé a cuidar a las ovejas.

Al día siguiente de haberse ido los hombres, Betsabé estaba trayendo agua del arroyo cuando oyó gritos y alaridos. Dejó caer el odre y subió la colina a la carrera. Saqueadores amalecitas habían irrumpido en el campamento mientras las mujeres huían en todas las direcciones, alzando a los niños mientras corrían. Indefensas, fueron rodeadas rápidamente como un rebaño disperso.

Cuando Betsabé vio que un hombre derribaba a su madre a golpes e intentaba atarle las manos, dio un grito agudo y se lanzó furiosamente contra él. Se trepó de un salto sobre su espalda, le clavó las uñas en la frente y le tironeó el cabello.

—¡Suéltala! ¡Suelta a mi madre!

Con un grito airado, el hombre la atrapó del cabello y la lanzó por encima de su hombro. Ella golpeó fuertemente contra el piso. Jadeando, logró apoyarse sobre sus manos y sus rodillas, pero alguien le pasó una soga por el cuello. Rodó, se aferró a la soga y pateó al hombre. Este soltó un gruñido y se agachó, palideciendo mientras uno de sus compañeros lanzaba una risotada burlona.

—¿Te resulta demasiado difícil controlar a esa pulguita?

Enfurecido, el amalecita le dio un fuerte tirón a la soga. Cuando ella se ahogó, la levantó del brazo y la sacudió con violencia.

—¡Resístete y te arrastraré hasta que mueras! —Y la lanzó volando hacia el grupo de mujeres y niños.

Sollozando, su madre aflojó rápidamente la soga y estrechó a la niña contra sí.

—¡Betsabé! ¡Ay, Betsabé!

Betsabé tosió con fuerza y aspiró profundamente con dolor.

—David... —Su madre le tapó la boca y la hizo callar. Nunca antes había visto ese terror en el rostro de su madre.

Los guardias amalecitas giraron hacia ella.

—¡Que nadie hable!

Las mujeres y los niños mayores fueron atados y apartados. A los niños más pequeños los llevaron cargando. La banda de asaltantes y los cautivos caminaron durante horas, y el calor del mediodía se descargó con fuerza sobre las mujeres y los niños, quienes recibían apenas el agua necesaria para que pudieran seguir andando. Se detuvieron cuando el sol se estaba ocultando. La mayoría de las mujeres se desplomaron, demasiado cansadas hasta para llorar. Cada cautivo recibió un puñado de grano tostado.

Betsabé comió vorazmente, pero el estómago le siguió doliendo por el hambre. Tenía el cuello lastimado y quemado por la soga. Le dolía la garganta por el tirón que había recibido más temprano. Tenía los pies llagados por haber caminado por el suelo pedregoso y polvoriento. Le dolía todo el cuerpo. Cuando comenzó a llorar, su madre la apretó contra sí y compartió el calor de su cuerpo mientras la luna y las estrellas aparecían y la temperatura bajaba notablemente.

—Tengo miedo, mamá —gimió Betsabé suavemente.

Su madre le acarició el cabello despejándole la frente del rostro tostado por el sol.

—Llorar no te ayudará. Tenemos que ahorrar fuerzas para cualquier cosa que debamos enfrentar.

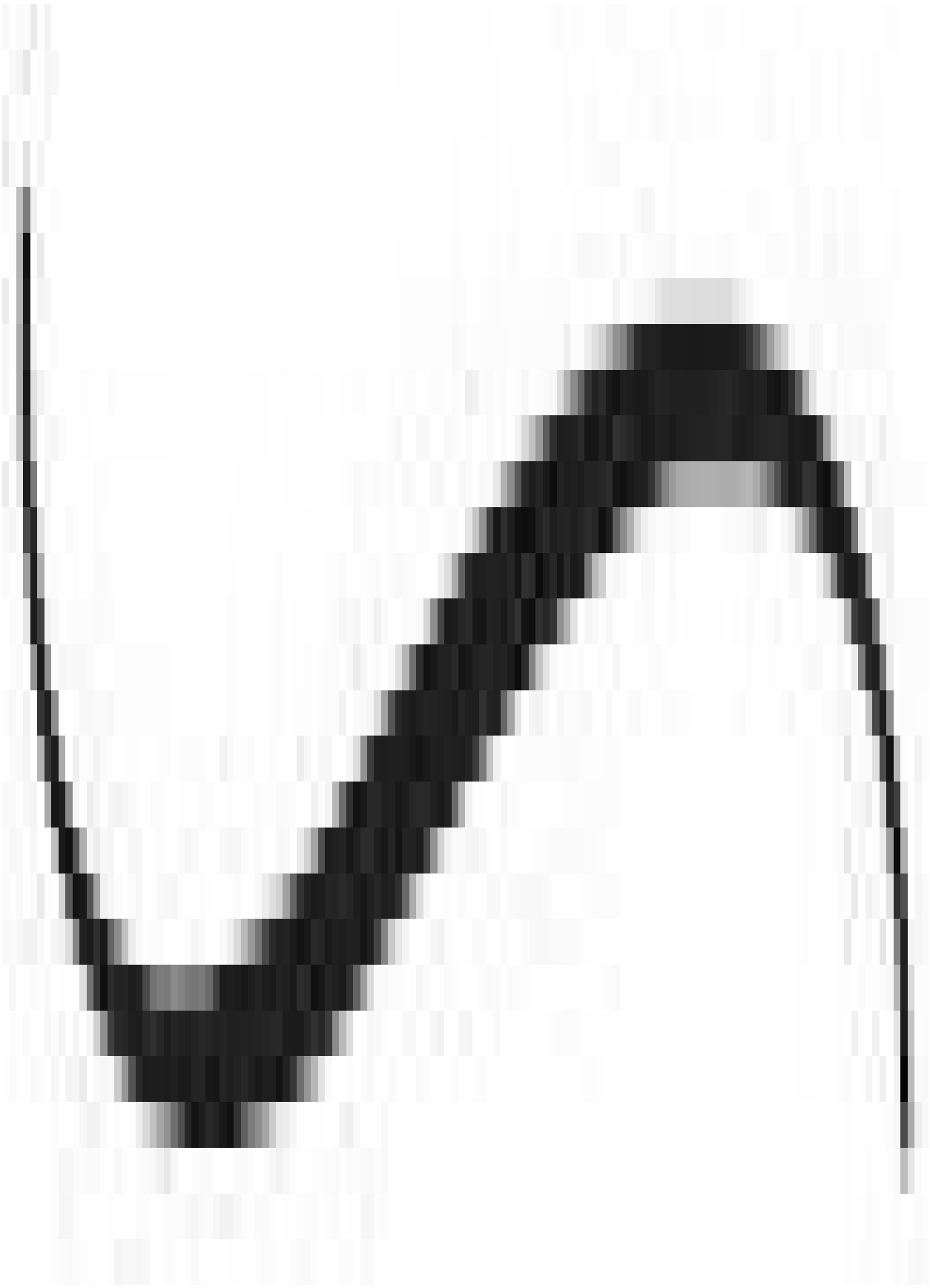
—David vendrá a buscarnos, ¿verdad?

—Oraremos pidiendo que él y tu padre regresen pronto. —Abrazó con fuerza a Betsabé. La niña advirtió que su madre temblaba y no hizo más preguntas—. Ora, hija mía. Ora con fuerza.

Y Betsabé lo hizo. David, oh David, encuéntranos. ¡Ven y rescátanos!

Los amalecitas mantuvieron andando a las mujeres, acelerando su marcha hacia un futuro de esclavitud, prostitución y muerte. Exhaustos, los niños y las mujeres se desplomaban cada noche, demasiado fatigados para causar algún tipo de problema a sus captores. Después de las dos primeras noches, los dejaron sin ataduras mientras los hombres se sentaban en torno a la fogata, bebiendo y riendo. No pusieron guardias. No había necesidad de vigilar después de tantos kilómetros de viaje.

Cuando se puso el sol después del tercer día, la esperanza estaba en declive.



Betsabé se despertó en forma brusca cuando oyó gritos de batalla. El aire a su alrededor reverberaba con gritos y alaridos. Confundida y aterrorizada, intentó levantarse, pero su madre la agarró con fuerza.

—¡No te levantes! —La tiró hacia abajo mientras un amalecita que estaba cerca empuñaba su espada. El hombre cayó hacia atrás dando un alarido, con el brazo amputado y luego también su cabeza. Horrorizada, Betsabé levantó la mirada hacia el atacante, quien dio un salto por encima del cuerpo sin vida. ¡Era Urías, el amigo de su padre! Dando su grito de batalla, él continuó a la carga. Si Urías estaba allí, con toda seguridad también estaban su padre y su abuelo.

—¡Abba! —chilló Betsabé—. ¡Abba!

Los amalecitas caían e intentaban huir, pero padres, esposos y hermanos vengadores los mataban sin misericordia. Betsabé vio a Itai de Gat acuchillar desde el hombro hasta el esternón al guardia que la había ahorcado. El estruendo del enfrentamiento era pavoroso. Los israelitas gritaban embravecidos; los amalecitas aullaban de terror. El choque de las espadas y el retumbar de los pies los rodeaban por completo, y ella se refugió en su madre, encogida de miedo.

Luego, todo terminó. Tan rápido como había comenzado, se detuvo, y el silencio era impactante. Los cuerpos sangrantes de los amalecitas yacían dispersos por el campamento, y los hombres que continuaban de pie también lucían aterradores con sus vestiduras y manos y brazos y armas manchadas de sangre.

Betsabé oyó que David llamaba a viva voz:

—¡Ahinoab! ¡Abigail!

Los demás hombres también gritaban otros nombres en busca de sus esposas y sus hijos.

—¡Aquí! ¡Aquí estoy! —gritaban en respuesta las mujeres. Todo era muy confuso.

—¡Eliam! —Su madre la soltó y corrió hacia los brazos de su padre, sollozando contra su pecho.

—Betsabé —dijo él, y extendió el brazo, pero ella no pudo moverse ante la figura de su padre cubierto de sangre. En sus ojos había tanta fiereza que parecía un desconocido—. Ven, hija —dijo más amablemente, todavía agitado—. Acércate, no te lastimaré. —Temblando violentamente, ella apartó la mirada y vio la carnicería a su alrededor.

De pronto apareció su abuelo, alzándola en sus brazos y estrechándola contra sí.

—Estás a salvo, mi florecita. —Por encima del hombro de su abuelo, Betsabé vio a David hablando con Ahinoam y Abigail. Lo perdió de vista cuando su abuelo la puso nuevamente en el suelo, mientras apoyaba su mano firmemente sobre el hombro de ella manteniéndola a su costado—. La guerra siempre es peor para los niños —dijo el abuelo bruscamente.

—Pensé que no nos encontrarían —dijo la madre de Betsabé, todavía abrazando a su esposo—. Oh, Eliam, habrías estado orgulloso de tu hija. —Le contó lo sucedido el día en que los amalecitas invadieron el campamento.

Betsabé cerró los ojos, pero aun así no lograba que desapareciera la imagen de la matanza que la rodeaba. Sentía frío y no podía dejar de temblar. Ahora entendió por qué su madre lloraba cada vez que su padre se iba del campamento con David.

—Los filisteos rechazaron nuestra ayuda —dijo su padre—. Si no lo hubieran hecho, quizá no habríamos podido seguir el rastro de ustedes tan rápidamente.

Su madre frunció el ceño.

—¿Y Saúl?

—Lo superan en número.

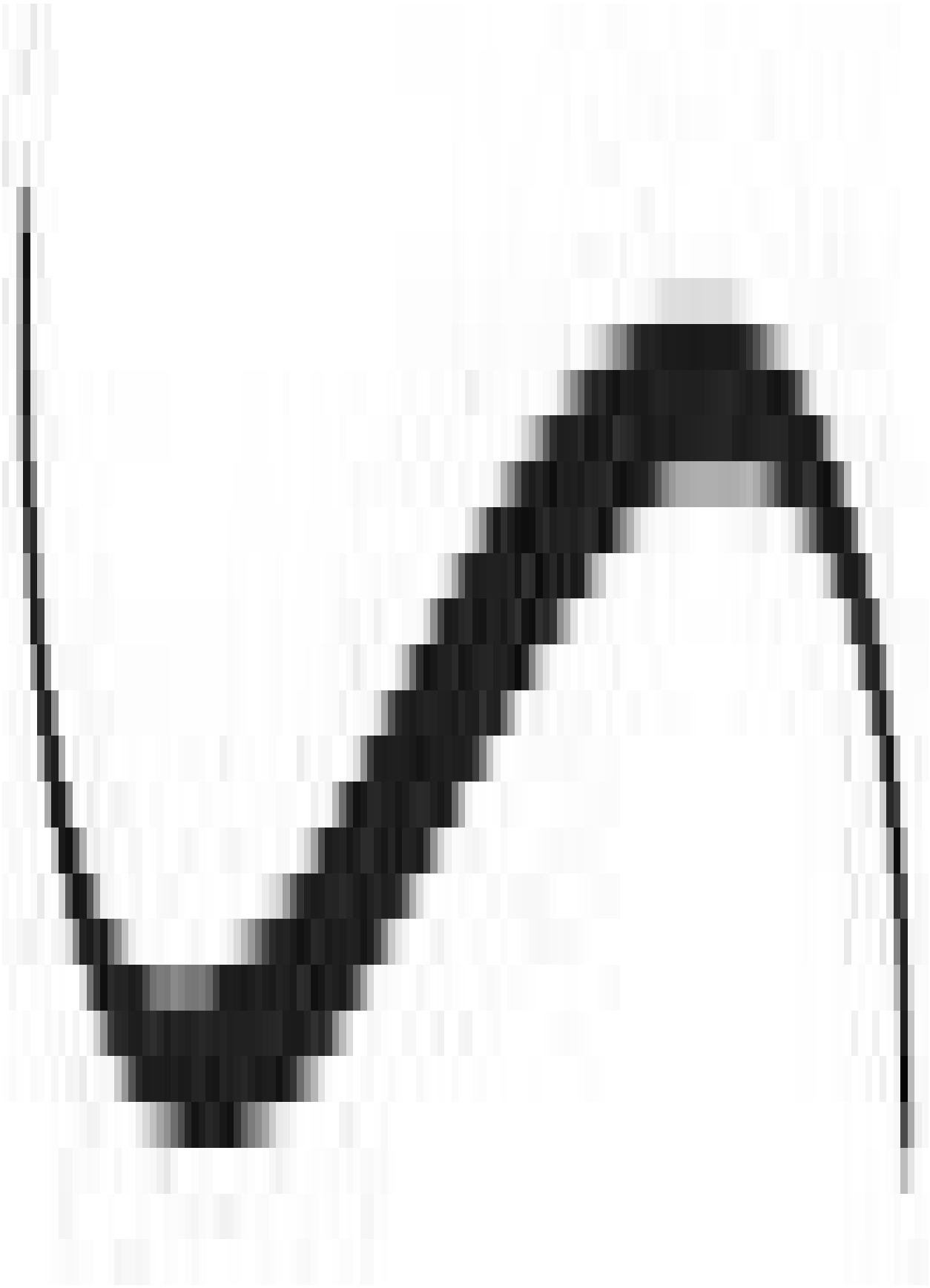
—¿Qué hará David?

—Lo único que puede hacer. Nada.

De regreso al campamento, algunos de los hombres discutieron sobre el reparto del botín que habían tomado de los amalecitas. No estaban dispuestos a compartirlo con quienes se habían sentido demasiado cansados para cruzar el río. David ordenó que el botín se dividiera por partes iguales entre todos y que se

enviaran regalos a los ancianos de las ciudades de Israel.

Y así se hizo, aunque no sin protestas.



Un amalecita llegó al campamento de David, trayendo noticias de la derrota de Israel. Betsabé oyó cuando le dijo a David que Saúl y su hijo Jonatán habían muerto a manos de los filisteos en el monte Gilboa. Sus cuerpos habían sido colgados en el muro de Bet-sán, y las armas de Saúl habían sido colocadas en el templo de Astoret. Cuando el mensajero avanzó y extendió los brazos, se oyeron murmullos entre los hombres de David que observaban. El amalecita sonrió triunfante y le ofreció a David la corona de Saúl.

David la miró, y comenzó a temblar de ira. Betsabé se preguntaba por qué estaría tan enojado. David tomó la corona que el hombre le ofrecía.

—¿Cómo sabes que Saúl y Jonatán están muertos? —reclamó.

El hombre parpadeó. Quizás el amalecita percibió algo ominoso en el tono de David.

—Yo estaba en el monte Gilboa —respondió—. Vi a Saúl inclinado sobre su lanza y los carros enemigos que se acercaban. Cuando se volvió y me vio, me gritó que me acercara. “¿Cómo puedo ayudarlo?”, pregunté. “¿Quién eres?”, me dijo. Yo respondí: “Soy un amalecita”. Entonces me rogó: “Ven aquí y ponle fin a mi desgracia, porque el dolor es terrible y quiero morir”. De modo que lo maté —le dijo el amalecita a David—, porque sabía que no podría vivir. Después tomé su corona y uno de sus brazaletes para traérselos a usted, mi señor.

Aun desde su lugar, Betsabé vio palidecer el rostro de David.

—¿No tuviste temor de matar al ungido del Señor? —gritó. Mientras el hombre cambiaba de posición, David dijo a uno de sus hombres: —¡Mátalo! —y el soldado clavó su espada en el amalecita.

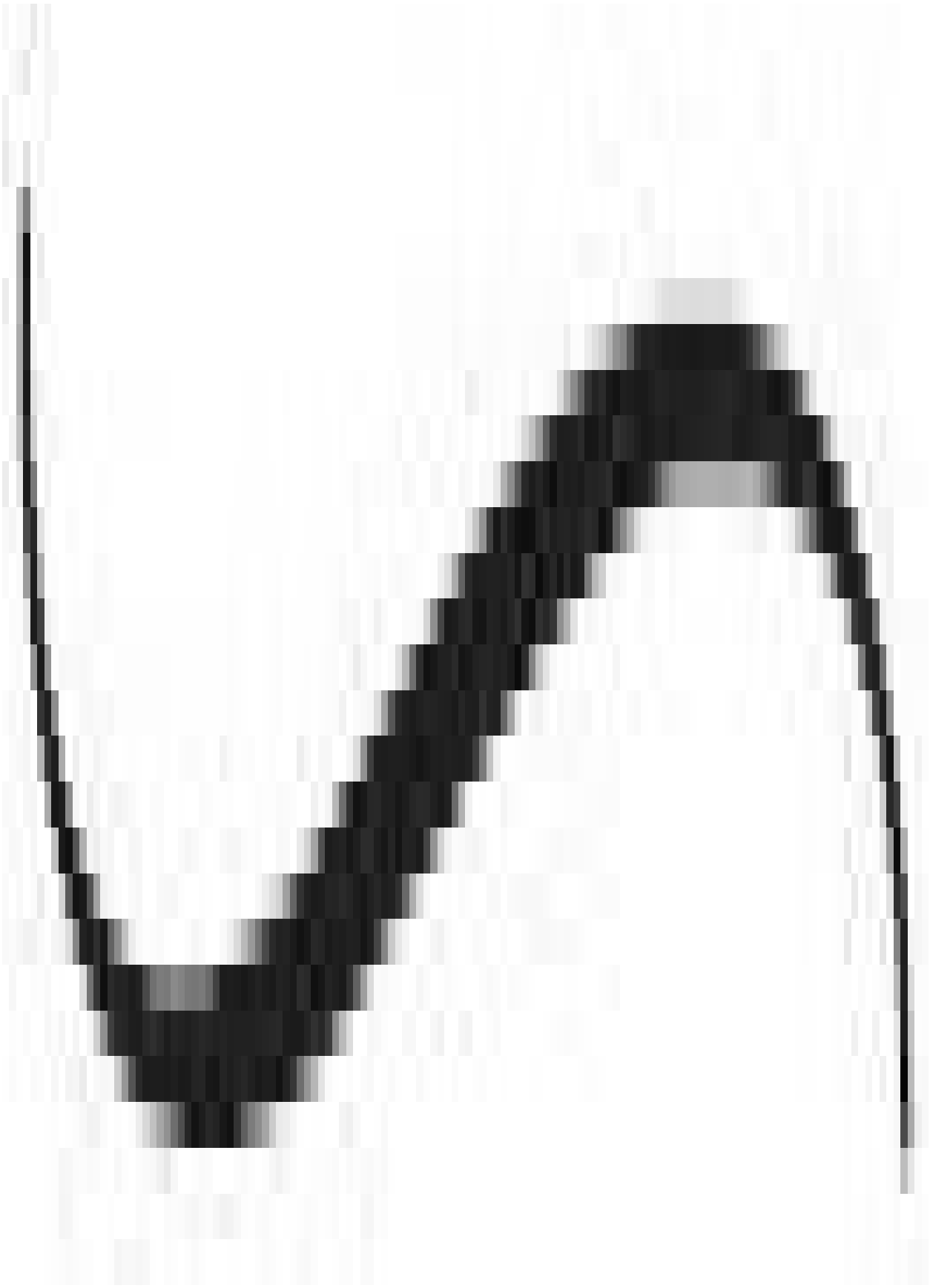
—¡Te has condenado a ti mismo! —dijo David mirando a la cara al hombre atravesado—. Tú mismo confesaste haber matado al ungido del Señor. —Arrancó la espada del cuerpo del amalecita y lo vio caer al piso.

Seguramente David sintió que todos los ojos estaban sobre él, porque miró alrededor a los silenciosos hombres, mujeres y niños que observaron lo que había hecho. Betsabé anhelaba entender y compartir el sufrimiento de David. Sus emociones estallaron y exclamó:

—¡Oh Israel, tu orgullo y tu alegría yacen muertos en las colinas! ¡Oh, cómo han caído los héroes poderosos! ¡Oh, rey Saúl! —Sollozó, dejando caer la espada y agarrándose la cabeza—. ¡Oh, Jonatán! ¡Jonatán, hermano mío!

El dolor de David invadió todo el campamento mientras hacían duelo por la muerte de rey Saúl y por el mejor amigo de David, Jonatán. David entonó cánticos en honor a ellos, recordándole a la gente los buenos tiempos, cuando Saúl amaba y servía al Señor.

Cuando concluyó el tiempo del duelo, David obedeció al Señor y llevó su ejército a Hebrón.



Fue en Hebrón donde Betsabé presenció el casamiento entre David y Maaca. Con el paso de los años lo vio casarse con Haguit, con Abital y con Egla, y con cada boda, supo que David había hecho importantes alianzas. Necesitaba aliados, porque a pesar de la muerte de Saúl, la casa de Saúl seguía luchando contra David.

—Tiene buen ojo para las mujeres hermosas. —Oyó que decía su abuelo. Ahinoam dio a luz a Amnón, Abigail fue madre de Quileab, y Maaca fue la madre de Absalón.

Llegaron mensajeros de Abner, comandante del ejército de Is-boset, hijo de Saúl, proponiendo una alianza. El abuelo de Betsabé aconsejó a David que fuera cauteloso y pusiera a prueba la sinceridad y la fuerza de Abner. De modo que David le mandó a decir que no haría ningún acuerdo a menos que se le devolviera su primera esposa, Mical, hija de Saúl.

—Debe amarla mucho —dijo Betsabé. Todavía no podía mirar a David sin sentir alguna agitación interior, pero ya había crecido y tenía un mejor entendimiento que cuando era niña. Ya no se aferraba tan tenazmente a la fantasía de casarse con el hombre de sus sueños.

Su madre sacudió la cabeza.

—El amor no tiene nada que ver con esto. Lo que legítimamente pertenecía a David debe serle devuelto. Llevará a Mical a su casa, pero ella nunca tendrá hijos.

—Todas sus otras esposas han tenido hijos. Ella también los tendrá.

—Tu abuelo le aconsejará a David no tenerlos. Ella está contaminada por adulterio. El rey Saúl se la entregó a otro hombre años atrás, cuando tú eras apenas una bebé. Además, ¿debería David tener con ella un hijo y fortalecer la casa de Saúl? ¡Jamás! David escuchará el consejo de tu abuelo. Proveerá lo necesario a Mical y la protegerá, pero no volverá a tocarla.

Betsabé sintió pena por Mical.

—Habría sido más amable dejarla con el otro hombre. —Y David tendría una

esposa menos, una mujer hermosa menos bajo su techo.

—Quizás —dijo la madre en voz baja—. Escuché que el hombre la siguió una larga distancia, llorando y gimiendo. Abner tuvo que ordenarle que se marchara. Pero David es un rey, Betsabé. No es un hombre común.

—Nadie habría considerado común a David, ni siquiera antes de ser un rey.

Su madre la miró solemnemente. Betsabé sonrió.

—No te preocupes, madre. Sé que solo soy la hija de un humilde guerrero. —Vio un parpadeo en los ojos de su madre. Betsabé miró hacia otro lugar—. Si David nunca tendrá hijos con Mical, ¿por qué es tan importante que le sea devuelta?

—Debe mostrarse fuerte. Un rey que no puede retener la posesión de las mujeres que le pertenecen no puede mantener un reino unido.

Betsabé sabía que David era suficientemente fuerte. La fuerza que le faltaba, Dios se la proveería. Miró hacia la carpa de David.

—¿Crees que ella lo ama?

—Antes lo amaba. Hasta le salvó la vida. Pero eso ocurrió años atrás.

—Yo creo que él ya no la ama. Pienso que nunca le ha entregado su corazón a ninguna mujer. Por lo menos no completamente.

—Ay, querida. —Su madre suspiró profundamente—. Es más sabio para una mujer enamorarse de un hombre pobre que solo pueda mantener una esposa. —A Betsabé se le apretó la garganta, y contuvo las lágrimas mientras su madre la hacía girar y le levantaba el mentón—. Te hiciste mujer hace un mes. Hablé con tu padre y dice que alguien ya habló con él respecto a ti.

El corazón de Betsabé latió con inquietud.

—¿Quién?

Su madre sonrió.

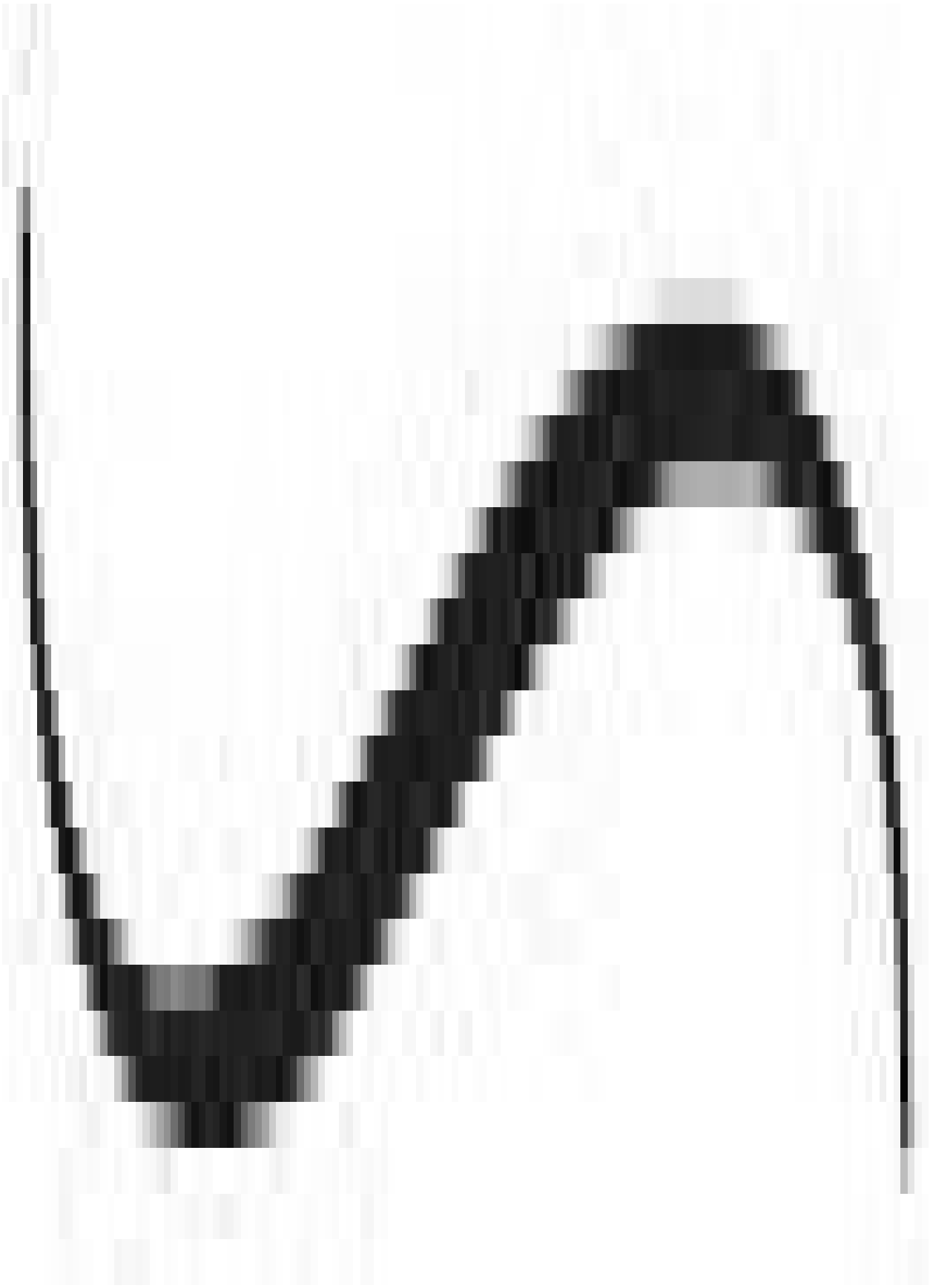
—Un buen hombre. Fuerte.

—¿Quién es?

—No te lo diré hasta que se confirme el acuerdo, pero si es así, tendrás un esposo que merecerá tu respeto.

—Respeto, pero no amor.

—El amor llega con el tiempo. Si lo permites.



El padre y el abuelo de Betsabé aceptaron el precio de novia de Urías el hitita, y desde el punto de vista de ellos todo quedó arreglado. Su madre, en un esfuerzo por alentar a la niña, le explicó las muchas razones que tenían para elegirlo. Urías había salvado a su padre una vez en la batalla; se contaba entre los Treinta Valientes de David; había mostrado su valor y confiabilidad en los tiempos difíciles. Ahitofel había visto a Urías entrar sin miedo en lo más fiero de la batalla para defender a David. Era un hombre admirado y respetado por todos, y amigo del rey. Un hombre así sería capaz de protegerla y proveer para sus necesidades y las de los hijos que ella le daría.

—Es un hombre valiente, Betsabé, y es leal. Ha sido sabio en cuanto a sus posesiones. A diferencia de otros, Urías no despilfarró el botín que obtuvo en los enfrentamientos contra los filisteos y los amalecitas.

—¡Pero es mucho mayor que yo!

Su madre la miró a los ojos.

—Es un año menor que David.

Betsabé se sentó con desgano, se cubrió el rostro y lloró con derrota. Era una mujer, aunque joven, y no tenía derecho a opinar al respecto. La decisión de con quien se casaría nunca había sido de ella, y en su corazón siempre supo que David estaba tan fuera de su alcance como una estrella en el cielo. Ella era tan solo una niña tonta de la tierra, aferrándose a sus sueños, pero... ¡ay, como dolía que se los arrebataran! Años atrás, David había sido elegido por Dios y ungido por Samuel para que un día fuera el rey de Israel. ¿Quién era ella para pensar que merecía ser su esposa... o siquiera su concubina? ¡Qué lamentable desgracia enamorarse de un hombre que era rey!

—Si tan solo hubiera sido un simple pastor...

Su madre pateó el piso con fuerza.

—¡Basta de tonterías! ¡Basta de sueños! ¡No permitiré que mi hija actúe como una niña egoísta! ¡Deberías agradecer a Dios que David sea algo más que un pastor! ¿Dónde estaría nuestro pueblo si él nunca hubiera dejado el pastoreo y el rebaño de su padre? Aun si fueras la hija de un rey y merecieras casarte con él,

¿después qué? ¿Soportarías verlo tomar más esposas y concubinas? Un rey debe construir una casa fuerte y preservar el reino. Tendrías que dejar a un lado tus deseos personales por el bien de una nación que depende de él.

Su madre le tomó los hombros con fuerza.

—Tu padre eligió a un excelente hombre para ti. Urías es bueno y honrado, y serás su única esposa. David nunca te ha mirado siquiera, Betsabé, pero Urías te mira como si fueras una perla de gran precio. Serás su posesión más valiosa.

Betsabé sintió vergüenza.

—No tengo nada contra Urías, madre. Es solo que... —Las lágrimas corrieron por sus mejillas. Sabía que era inútil agregar alguna palabra. ¿Podía ella cambiar lo inevitable?

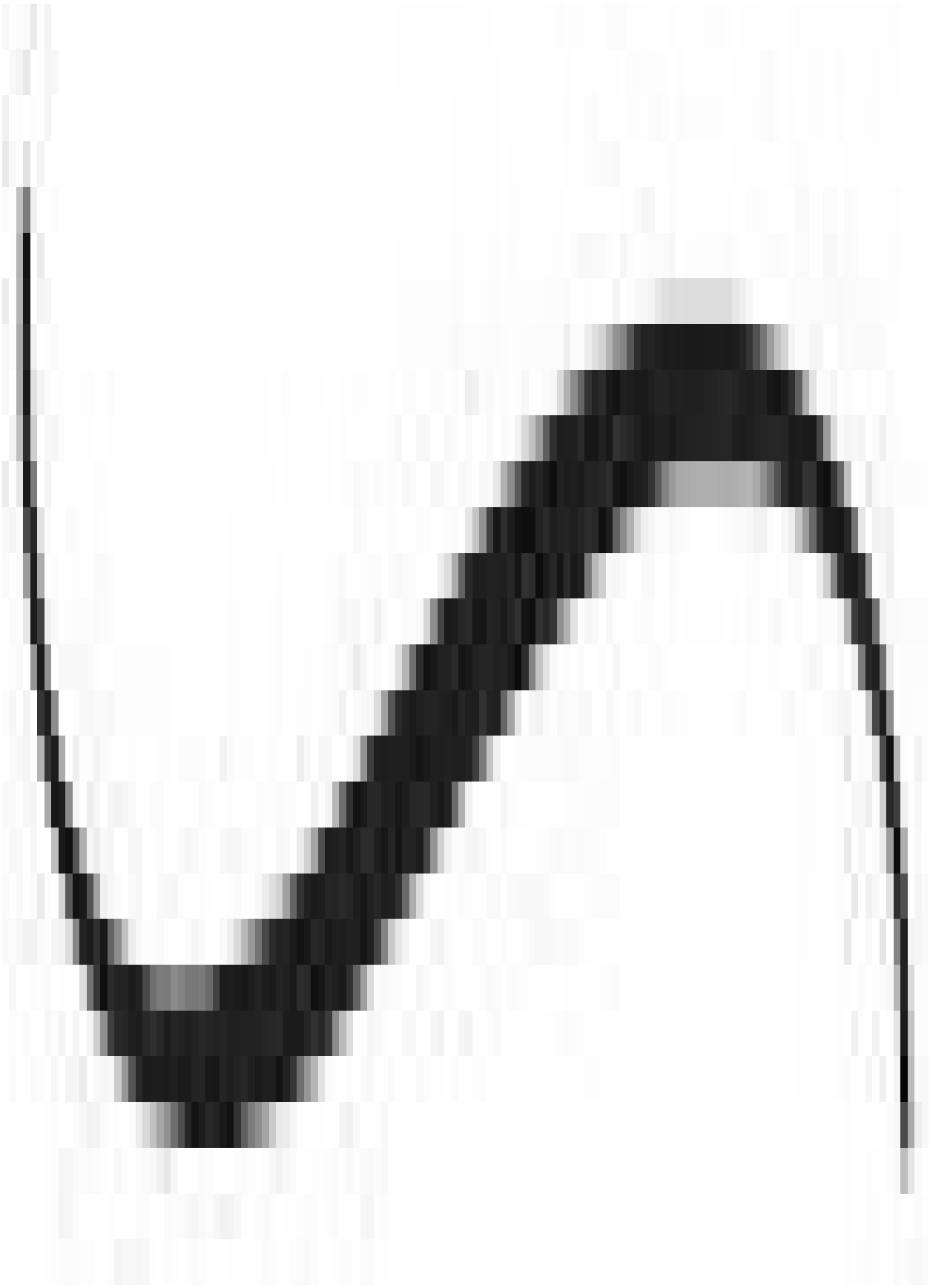
Su madre la soltó bruscamente y se alejó.

—Nadie espera que ames a Urías de inmediato, Betsabé. Con el tiempo lo harás, si le das una oportunidad. —Se volvió y la miró—. Por ahora, sí le demostrarás a Urías el respeto y la obediencia que merece como tu esposo. Si no lo haces, ¡yo misma te daré unos golpes con la vara!

Betsabé irguió la cabeza.

—Me casaré con Urías, madre, y le mostraré el respeto y la obediencia que merece. Pero el amor no puede ser una obligación.

Hasta donde ella podía recordar, su corazón y su alma pertenecían a David. Ella sabía que eso no iba a cambiar, sin importar lo que otros le exigieran.



Betsabé nunca imaginó que David vendría a su boda. Cuando lo vio a través de la gasa colorida de sus velos, casi lloró de dolor, segura de que él no había venido para verla convertirse en esposa sino para honrar a su amigo, el esposo de Betsabé.

Urías estaba vestido para la ceremonia como un rey. Aun así, su esposo palidecía en comparación con el verdadero rey soberano de Betsabé, que vestía una túnica simple y un cinturón de cuero. ¡David eclipsaba a todos los hombres en la ceremonia! Y aunque David colocó una corona nupcial sobre la cabeza de Urías, no había comparación posible entre ellos. David tenía un aire de nobleza que proclamaba su lugar entre los hombres. No había nadie más apuesto ni lleno de gracia. Nadie podía superar su talento en la música y en la danza. Nadie tenía una posición más poderosa, ni tenía un corazón más humilde y tierno. David no pedía tratamiento especial, pero todos se dirigían a él con amor y respeto. Dios había bendecido a David en todos los sentidos.

El banquete de bodas continuó, con Betsabé como en una nube. Se sintió aliviada cuando Urías se alejó de ella para saludar a David. Rieron juntos y compartieron una copa de vino mientras ella se quedó sentada en la tarima, mirando. Fue David quien trajo de vuelta a su esposo. Fue David quien levantó una jarra y volvió a llenar la copa de Urías y también la de ella. Cuando ella recibió la copa, hizo que sus dedos rozaran los de David y pudo percibir su sorpresa. ¿Pensaría él que ella era una atrevida?

«Que el Señor bendiga tu casa con muchos hijos, Urías —dijo David con distinción, en volumen suficiente como para que todos escucharan. Levantó su copa en alto. Betsabé lo miró a los ojos, y por un momento infinitesimal sintió que algo cambió entre ellos. Se le subió el calor por todo el cuerpo. Continuó él —: Y que todos tus hijos e hijas se parezcan a tu esposa y no a ti». La miró a los ojos mientras bebía de la copa, con su mirada extrañamente opaca y confundida.

Los hombres rieron, y Urías fue el que más fuerte rio. David parpadeó y también se rio, dándole a Urías una palmada en la espalda y diciéndole algo al oído que se perdió en el barullo que los rodeaba. Urías asintió y la miró con orgullo, sus ojos resplandecientes. Los ojos de David volvieron a cruzarse con los de ella, y ella sintió que el estómago se le estrujaba de una manera extraña. El momento era a la vez seductor y aterrador. Cuando Urías la miraba, no sentía nada. Pero la

mirada de David hacía que se le encendieran las mejillas y se le acelerara el corazón. Bajó la mirada, sobresaltada por las emociones poderosas que brotaban en su interior. Miró cautelosamente a su alrededor, preguntándose si alguien habría notado el efecto que David tenía sobre ella. Temblaba. Con susto miró a su madre, pero estaba danzando y riendo con las demás mujeres, y su padre y su abuelo bebían con los hombres.

Volvió la cabeza con timidez, y se encontró con la mirada fija de David. Eso la impactó profundamente, porque por instinto entendió lo que significaba. Pero su regocijo quedó superado por la desesperanza.

¿Por qué me mira ahora como a una mujer, cuando ya es demasiado tarde? ¿Por qué no se fijó en mí un mes atrás?

Urías se acercó y se sentó con ella en la tarima. Le tomó la mano y se la besó, con los ojos brillantes de admiración y de excesivo vino.

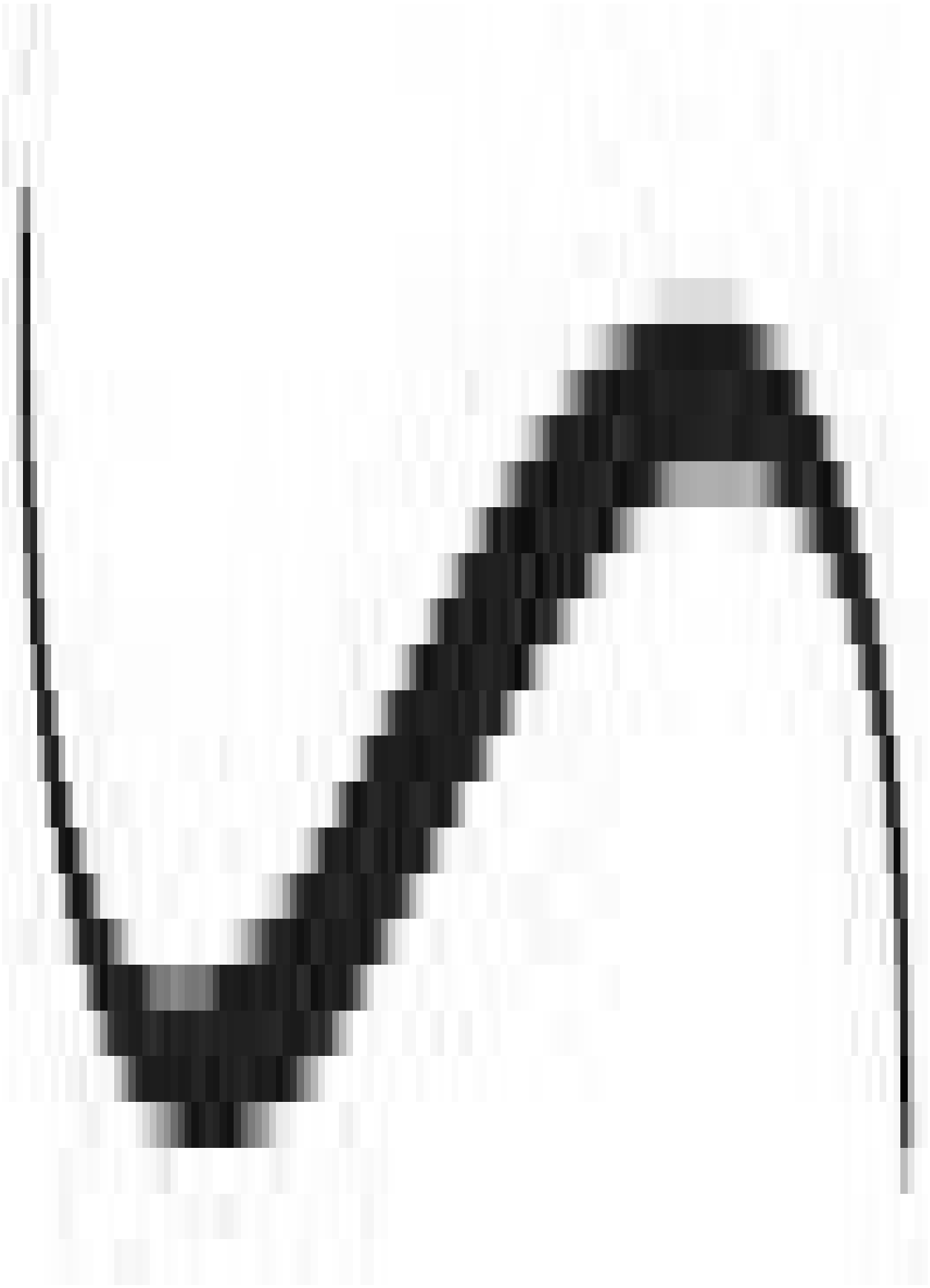
—Soy bendecido entre los hombres —dijo con voz gruesa—. Todos los hombres aquí, incluido nuestro rey, envidian mi joven y bella esposa.

Ella sonrió, temblorosa, perturbada por el halago apasionado.

El banquete de bodas continuó hasta que ella se sintió emocionalmente exhausta. Siguió forzando la sonrisa hasta que le dolieron las mejillas. Simulaba estar contenta, fingía que no se sentía hundir en un mar de dolor. David la miró dos veces más. Dos veces ella le devolvió la mirada, luchando para no llorar. Él miraba rápidamente hacia otro lado, como si lo descubrieran haciendo algo vergonzoso. Y eso la hacía sufrir todavía más.

Ay, David, David, ¡que desgracia la mía! ¡Te amo! Siempre te amaré de la manera que te he amado desde que era pequeña. ¿Recuerdas cómo te seguí hasta el arroyo de En-gadi y te observé mientras orabas? Yo era tan solo una niña, pero me invadió el amor y me atrapó en su puño. Nada podrá hacer que termine. ¡Y ahora estoy casada con un hombre al que nunca podré amar porque te entregué mi corazón hace años!

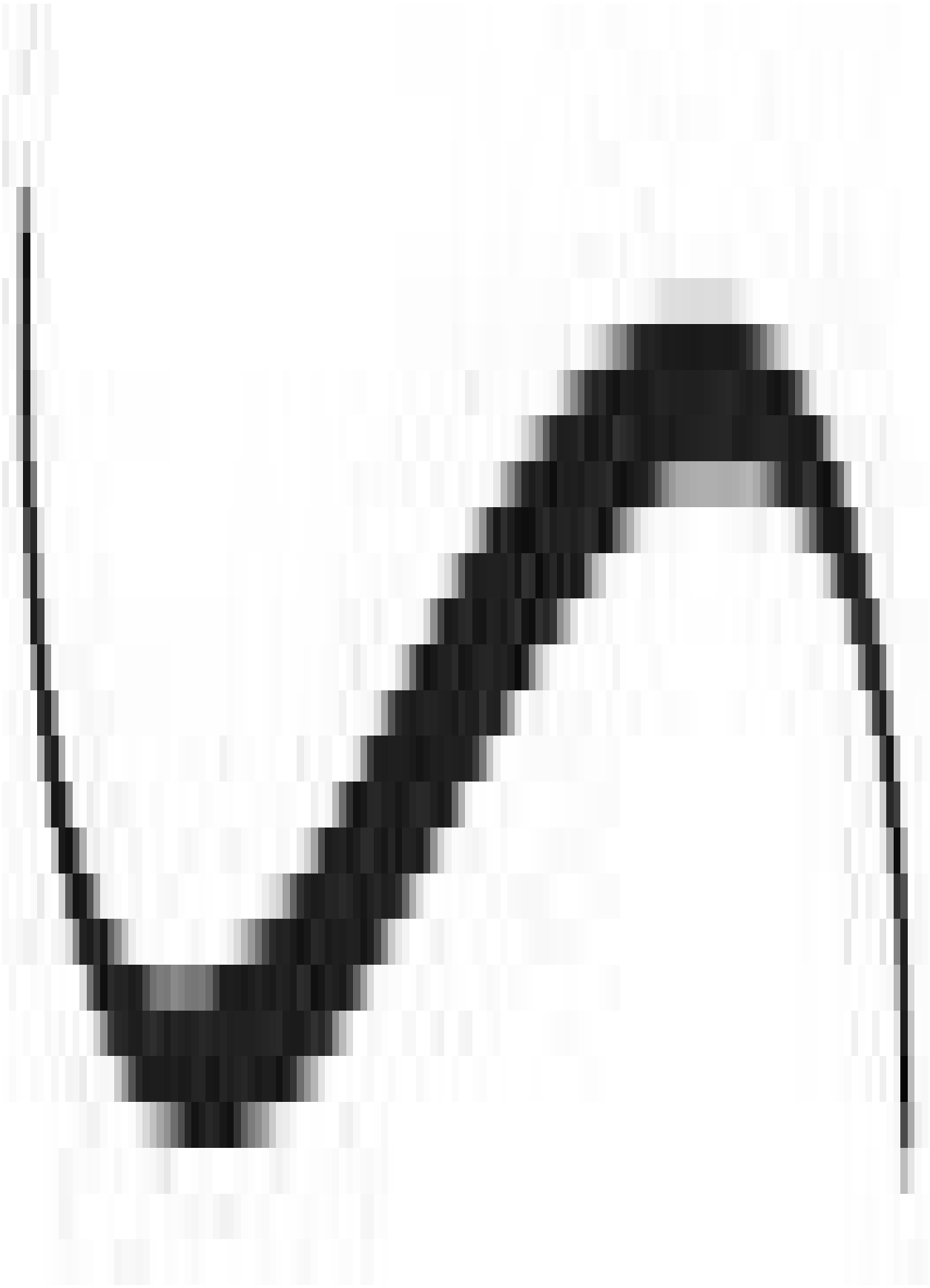
Cuando David se levantó y se fue, Betsabé casi se sintió aliviada.



Urías era un hombre endurecido por años de luchar contra los filisteos, los amalecitas y el rey Saúl, pero Betsabé descubrió que también era asombrosamente amable.

—No sé nada sobre mujeres, Betsabé. Pasé toda mi vida entrenándome para la batalla y luchando junto a David. Y eso no va a cambiar. Mi lealtad será siempre para David en primer lugar, porque él es el ungido de Dios. Pero prometo que te cuidaré. Y si algo llegara a sucederme, tendrás todo lo necesario para que no te falten techo y comida. —Tenía las manos encallecidas por el uso de la espada y tembló al tocarla—. Por favor, no llores.

Ella lloraba porque Urías merecía ser amado, y a ella no le quedaba amor para entregarle.



A medida que pasaron los meses, Betsabé renunció a sus sueños y cumplió con sus obligaciones hacia su esposo. Sacaba agua del pozo, lavaba, cocinaba, limpiaba y cardaba la lana. Tejía y cosía prendas para su marido. Hacía todo lo que sabía hacer para que su esposo tuviera una vida cómoda y placentera. Y si bien llegó a respetarlo, no pudo obligarse a enamorarse de él.

Urías pasaba la mayor parte del tiempo con los otros hombres valientes, capacitando al ejército de David, entrenando, conversando y haciendo planes hasta altas horas de la noche. A veces llegaba a la casa con otros soldados. Le había pedido que mantuviera su rostro cubierto para que los hombres no se quedaran mirándola mientras los atendía. Le dijo que también cubriera su rostro cuando salía de la casa.

—Hay hombres rudos entre los soldados de David, hombres que no respetan a las mujeres.

—He conocido hombres así toda mi vida, Urías. Ninguno me ha molestado.

—Antes eras una niña, Betsabé. Ahora eres una joven y hermosa mujer. Y eres mi esposa. Obedéceme. —La tomó del mentón y la miró a los ojos—. Siempre es sabio evitar problemas.

Urías y los otros valientes hablaban con libertad mientras comían y bebían, y al escucharlos, Betsabé aprendía mucho de lo que estaba ocurriendo en Canaán. Se enteró en pocas horas que Joab, el comandante de David, había matado a un hombre por venganza. Supo lo furioso que se había puesto David, y que había hecho duelo por el hombre asesinado. Ella estaba presente entre la multitud cuando David condenó los actos de Joab como malvados. Sintió temor por David, porque Joab era un hombre poderoso y también orgulloso. ¿Por qué retendría David a Joab como comandante de su ejército?

No ocurrió nada después de aquel reproche de David, pero pronto hubo más noticias que cambiarían el curso de la vida de Betsabé. Asesinaron a Is-boset, hijo de Saúl y heredero del trono de Israel. El hombre que llegó con la noticia del asesinato pensaba que David estaría complacido con la eliminación de su rival. ¡Ahora estaba despejado el camino para que David asumiera su legítimo lugar como rey de todo Israel! Hasta le trajeron la cabeza de Is-boset para certificar su atroz acto. Sin embargo, en lugar de premiarlos, David los hizo

ejecutar. Ordenó que se les cortaran las manos y los pies y que sus cuerpos fueran colgados junto al estanque de Hebrón.

Muchos de los hombres que Urías traía a la casa eran violentos, más cómodos con la guerra que con la paz. La casa de Betsabé estaba constantemente llena de historias de intrigas en torno a David. ¿Por qué había tanta crueldad en el mundo? Y si David alguna vez era coronado rey de todo Israel, ¿trataría alguien de asesinarlo, como ya habían hecho con Saúl y con Is-boset?

Ella recordaba con frecuencia las palabras de su madre: «La vida de un rey nunca es fácil.... Es mejor amar a un hombre pobre...». Tampoco era fácil ser la esposa de un guerrero, porque nunca sabía, de una batalla a la siguiente, si quedaría viuda y sin hijos.

—Vivo con miedo constante, preguntándome si perderé a tu padre —admitía su madre cuando conversaban junto al pozo de la comunidad.

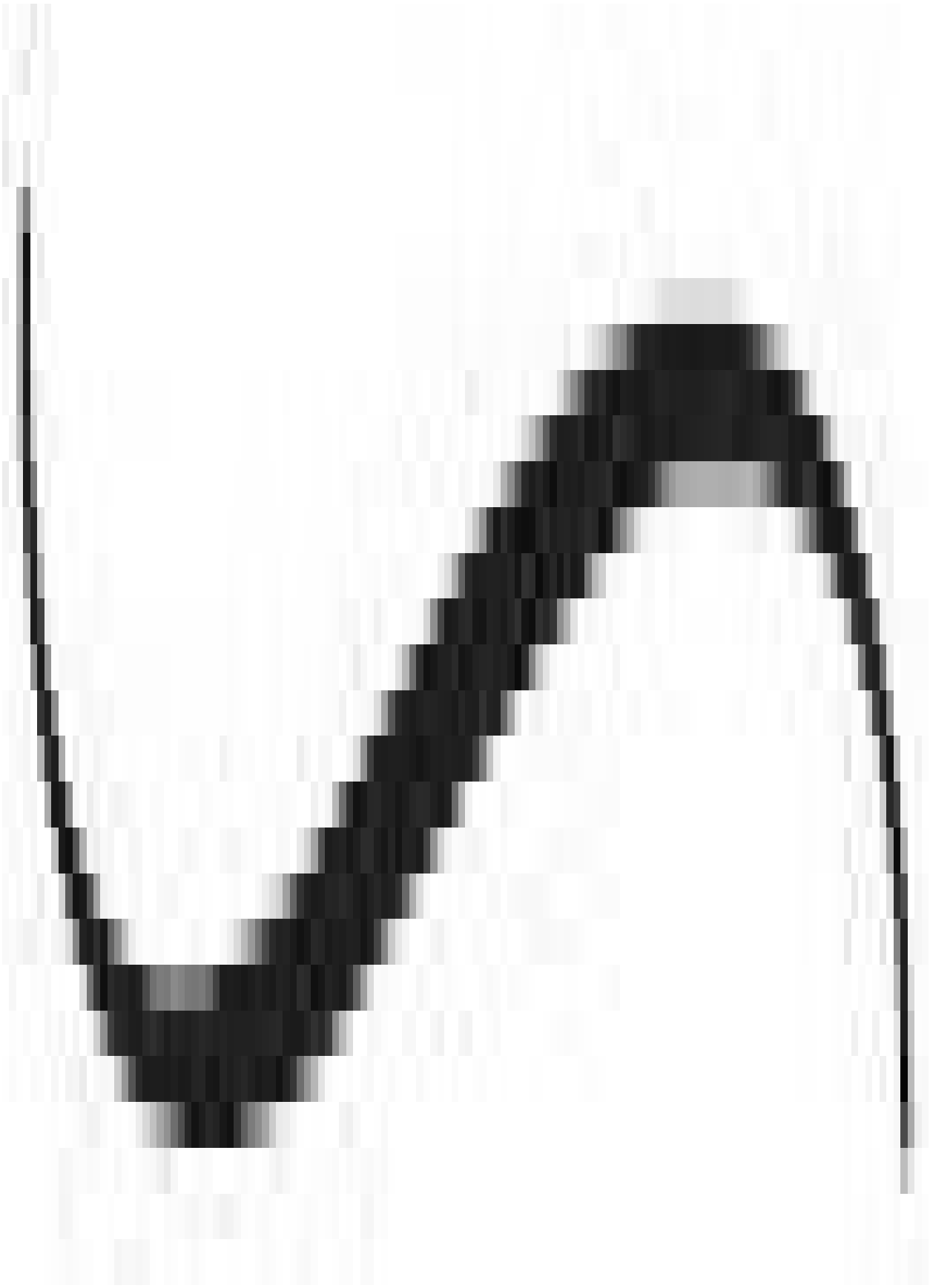
¿Qué pasaría con la casa de Urías en caso de que muriera? Betsabé no tenía hijos, pero no porque no intentara tenerlos. Se preguntaba si su esposo estaría desilusionado de ella, pero si lo estaba no lo demostraba. Habían pasado dos años desde la boda y la seguía tratando con amabilidad.

Todas las tribus de Israel se reunieron en Hebrón, presentándose ante David y declarando que él era el ungido de Dios.

«Somos todos miembros de tu familia —le dijo el sumo sacerdote en presencia del pueblo—. Por largo tiempo, aun cuando Saúl era nuestro rey, eras tú quien realmente lideraba a Israel. Y el Señor te dijo: “Tú serás el pastor de Mi pueblo Israel. Tú serás su líder”».

El corazón de Betsabé se llenó de orgullo mientras participaba con la multitud y observaba a David haciendo un pacto con el pueblo y cuando era ungido como rey de Israel. Tenía apenas treinta años, y sin embargo los ancianos de todas las tribus se inclinaron ante él. Urías estaba cerca de David como uno de sus guardias y amigos más cercanos, levantando las manos al cielo y gritando de júbilo.

Entonces David partió nuevamente a la guerra, y Urías con él.



Betsabé esperaba junto a las otras esposas alguna noticia sobre la batalla por Sion, y cuando llegaron noticias gritó de gozo junto a las demás.

«¡Han tomado Jerusalén!».

Pero ni David ni Urías volvieron a Hebrón. En lugar de eso, enviaron a un contingente de guerreros para trasladar a las familias a la fortaleza recientemente conquistada en la montaña. Comenzó la construcción en toda la Ciudad de David, reforzando la defensa de Sion. Construyeron murallas. Hiram, rey de Tiro, envió madera de cedro, carpinteros y canteros para construir una casa para David. Urías eligió una casa de piedra cerca del emplazamiento del palacio del rey.

Aun así, la paz seguía siendo esquiva. Los filisteos se unieron contra David y se dispersaron por el valle de Refaim. Una vez más, Urías tuvo que salir a la guerra. Esta vez Betsabé lloró, porque había llegado a sentir profundo afecto por él.

«No temas por mí. ¡El Señor está de nuestro lado!», fue la exhortación de Urías al partir. Sus palabras no la consolaron en absoluto. No tenía un hijo que prolongara el nombre de Urías o que cuidara de ella en la vejez.

Llegó la noticia de que los filisteos habían sido derrotados en Baal-perazim. Cuando Urías volvió a casa con un ídolo, Betsabé protestó. Era la primera vez durante su matrimonio que se atrevía a discutir con su esposo. Pero ella sabía cuán detestable eran los ídolos para el Señor Dios.

—¿Le agradará a Dios que hayas traído esa cosa repulsiva a nuestra casa?

—No tiene significado alguno. Cada uno trajo algo del campo de batalla. Es un recuerdo de nuestro triunfo, nada más.

—David no traería algo impuro a su casa. ¡Deberías haberlo destruido!

Los ojos de él se oscurecieron con la feroz expresión de un guerrero victorioso.

—¡No me digas lo que debería haber hecho! ¿De qué tienes miedo, mujer? No es más que arcilla. ¿Acaso salvó a su propietario?

—¡Es algo maléfico, Urías!

Él arrojó su armadura a un lado y la fulminó con la mirada.

—¿Crees que no sé que hay un solo Dios? ¡Es el Señor quien le ha dado a David todas las victorias! ¡Y dejarás a ese ídolo donde está, como recuerdo de una batalla que yo luché junto a mi rey, la batalla que yo ayudé a ganar!

Avergonzada de haberse expresado tan enérgicamente, Betsabé no agregó nada.

Los filisteos se reagruparon y Urías fue convocado una vez más a la guerra. Los filisteos se resistían como una plaga. El Señor le dio nuevamente la victoria a David, y venció a los filisteos desde Geba hasta Gezer. Pero Betsabé se daba cuenta de que eso no terminaría nunca. El corazón de los hombres parecía estar inclinado a la guerra. Y el de Urías más que ninguno.

Urías no regresó a la casa. Fue su madre quien le dijo que su padre y Urías habían marchado con David a Baala de Judá para traer el arca de Dios de regreso a Jerusalén. Cuando regresaron, Betsabé corrió calle abajo con las otras mujeres, llorando de alivio. La alegría les duró poco cuando vieron la actitud con que volvían, porque no traían consigo el arca. David no miraba a derecha ni izquierda mientras llegaba montado en su mula. Tenía el rostro contraído y cubierto de polvo. Cuando Betsabé alcanzó a ver a Urías, mantuvo el paso a su lado. Había un aire de derrota sobre ellos. David dio la orden de que los hombres se dispersaran, y él subió a su casa y a sus esposas.

Entonces Urías se acercó a ella. Nunca lo había visto tan cansado. Ella bajó su chal descubriendo su rostro y buscó los ojos de su esposo.

—¿Qué ocurrió, Urías?

—David tiene miedo de traer el arca a Jerusalén.

—David nunca tuvo miedo de nada.

Él apretó la mandíbula. La tomó del brazo y la encaminó hacia su casa.

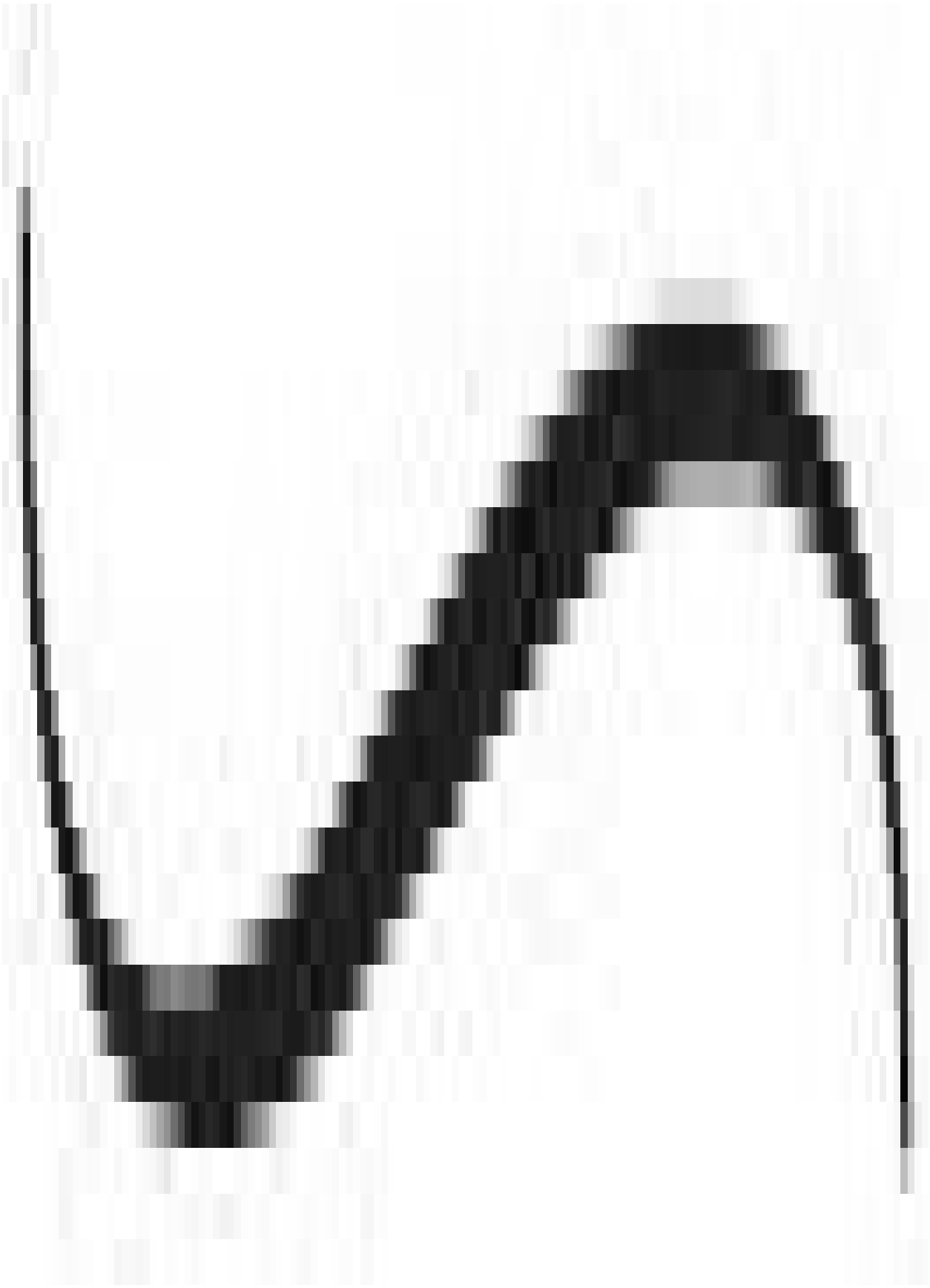
—Tiene miedo de Dios. Todos lo tenemos. Uza, el hijo del sacerdote, ha muerto. Colocó sus manos sobre el arca cuando los bueyes tropezaron, y el Señor lo derribó. Nunca vi morir tan rápido a nadie. —Aflojó su mano—. Cayó como si

lo hubiera fulminado un rayo.

—¿Dónde está ahora el arca?

—En casa de Obed-edom en Gat, donde quedará hasta que el Señor se lo diga a David.

Con Urías de regreso, la casa volvió a ser el lugar de encuentro al que asistían los soldados con frecuencia a pasar tiempo con el esposo de Betsabé. A veces se quedaban hasta tarde en la noche. De casi lo único que hablaban era de las noticias que llegaban constantemente sobre la forma en la que Dios bendecía la casa de Obed-edom. Después de tres meses de recibir estas noticias, David convocó a sus valientes y partió con ellos en busca del arca. Urías iba entre ellos.

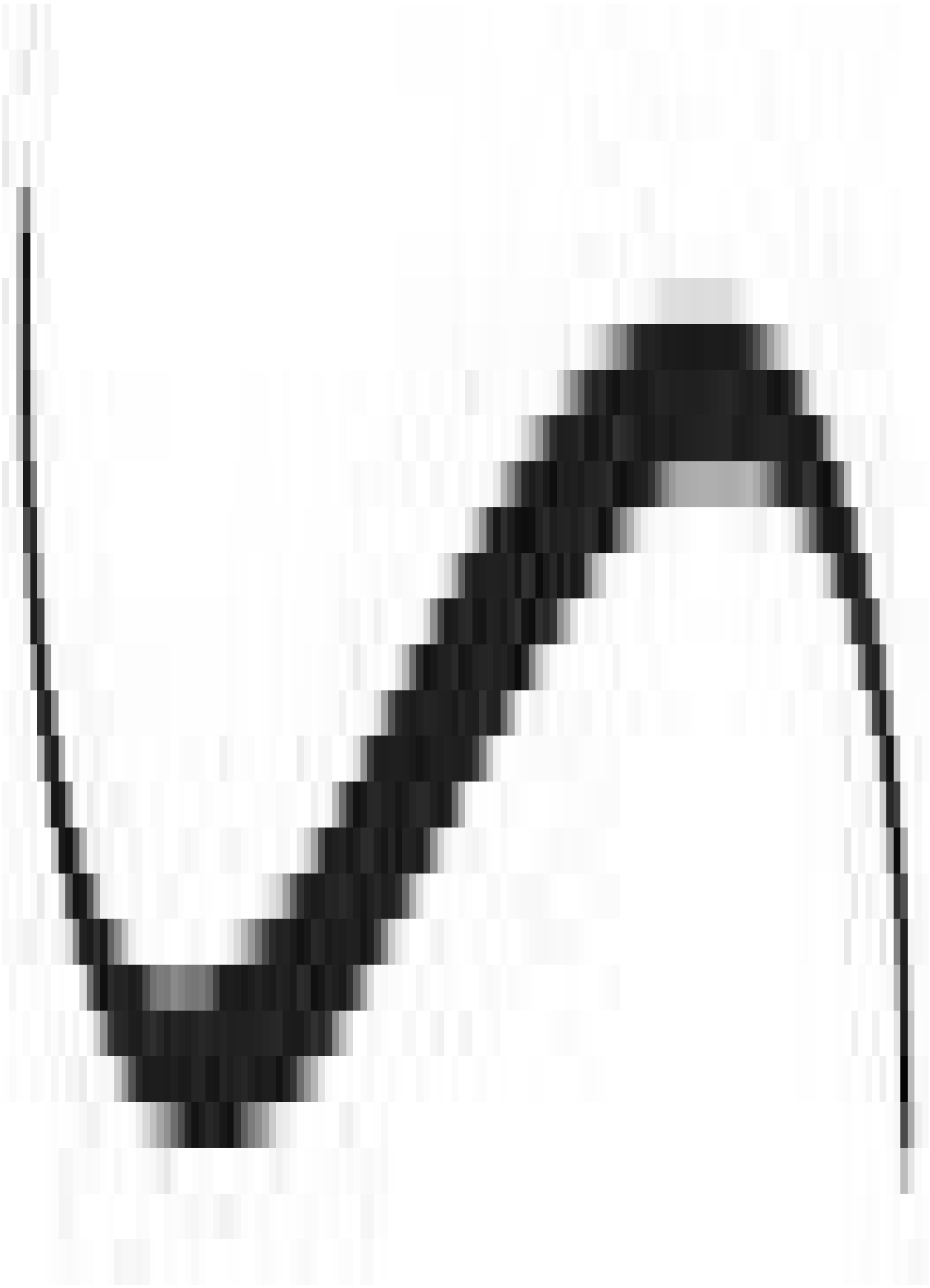


El sonido de trompetas y el ruido de gritos se oía desde lejos, anunciando el regreso de los valientes de David. Las mujeres se lanzaron a la calle y corrieron al encuentro de la procesión. Jubilosa, Betsabé corrió calle abajo con ellas. El arca brillaba a la luz del sol y ella se emocionó al verla. Cada vez que los hombres que la cargaban daban seis pasos, se detenían y esperaban a que David sacrificara un buey y un ternero engordado. Sonaban las trompetas. David danzaba con toda su energía. Hombres, mujeres y niños cantaban y lloraban. Quitándose la prenda exterior, David continuó guiando la procesión, danzando vestido con su túnica. El pueblo se dio cuenta de su celo por el Señor. Los hombres cantaban a Dios una alabanza tras otra y las mujeres se sumaban a la danza de David.

Por fin terminaban los años difíciles. ¡Dios había protegido a David y le había dado la victoria en cada lugar! ¡Dios lo había hecho rey sobre todo Israel! ¡Las naciones no podían alzarse contra él porque Dios estaba de su lado! ¡El Señor lo había fortalecido y lo había rodeado con un ejército de hombres valerosos, y ahora el arca podía quedar sobre la montaña donde en una ocasión Abraham había estado dispuesto a sacrificar a Dios a su único hijo, Isaac!

Betsabé, con la sangre alborotada, cantaba con gozo. No podía quedarse quieta y observar. Si no estallaba en alabanza y en danza, se volvería loca. Riendo y llorando, se arrancó el chal, levantándolo como un toldo sobre su cabeza mientras daba piruetas, saltaba, giraba y se dejaba llevar por el éxtasis del momento.

¡Por fin reinaría la paz! Ningún enemigo podría derrotarlos.



Sin embargo, agazapado en la puerta había un enemigo más poderoso que los que acampaban alrededor de Israel. Y se avecinaba una batalla mucho mayor que desgarraría a la nación. Esa batalla no tendría lugar en las montañas ni en los valles, ni en las llanuras de Israel. Ocurriría en el territorio salvaje del corazón humano.

DOS



—¿Qué fue lo que hizo Hanún?

David se inclinó hacia adelante, apenas creyendo la noticia que le estaban dando. Había enviado embajadores en señal de respeto a Nahas, el viejo rey que había permitido que el padre y la madre de David vivieran entre los amonitas durante los años en que el rey Saúl lo perseguía. Su propósito había sido hacerle saber a Hanún, hijo de Nahas, que no tenía intención de invadirlo. Pero ahora se enteraba que sus embajadores habían sido insultados. Peor aún, ¡los habían humillado!

El joven mensajero, sudoroso y cubierto de polvo, se acercó y repitió la noticia en un susurro desconcertado.

—¡El rey Hanún acusó a sus embajadores de ser espías, mi señor! —hizo una mueca y dijo con voz áspera—: Hizo que se les afeitaran mitad de la barba y que cortaran sus túnicas hasta las nalgas. Mientras toda la corte se reía, ¡ordenó que salieran del palacio!

David se levantó de golpe. Los hombres reunidos en pequeños grupos alrededor de la corte quedaron silenciosos por un instante, antes de colmar la sala de preguntas y especulaciones expresadas en voz baja.

Con los ojos entrecerrados, Joab había estado observando el diálogo entre David y el mensajero, mientras Ahitofel y Eliam dejaban a sus compañeros y atravesaban la sala.

«¡Silencio! —gritó Ahitofel por encima del bullicio—. ¡Habla el rey!».

David deseó no haber mostrado su ira. Debió haber salido de la sala para escuchar en privado al mensajero. De esa manera podría haber escuchado todo y pensar qué curso de acción seguir antes de que los hombres supieran lo ocurrido. Joab tenía el rostro contraído. David sabía que Joab estaba listo para entrar en guerra, hambriento de batalla. Mirando alrededor de la corte, David se dio cuenta de que todos lo estaban mirando. Con frecuencia lo desanimaba estar rodeado de hombres tan violentos. Sin embargo, ¿qué derecho tenía de protestar ante Dios, si él mismo sentía que le hervía la sangre y clamaba por venganza contra Hanún?

¡Necio! ¿Pensaba el hombre que quedaría impune luego de insultar a Israel? ¿Acaso pensaba que no habría consecuencias? David no dejaría pasar lo que Hanún les había hecho a sus hombres. No podía permitirse ignorar la estupidez de Hanún y arriesgarse a perder el respeto de sus hombres. Peor aún, las naciones vecinas escucharían hablar de cualquier indulgencia y la tomarían como una debilidad. Si David no actuaba pronto, los amonitas pensarían que era una excelente oportunidad para invadir a Israel. No necesitaba pedirle consejo a Ahitofel. Sabía lo que tenía que hacer: darle una lección al arrogante rey amonita, para que ningún otro se atreviera a insultar o atacar a Israel.

¡Sabrán que hay un Dios en Israel!

Acababa de derrotar a los filisteos, había aplastado a Moab y a los arameos gobernados por el rey Hadad-ezer, y había establecido guarniciones en Edom para controlar la región. Ahora, Hanún arrojaba aceite al fuego controlado. ¡Hanún ardería en el incendio que él mismo había prendido!

Oh Señor, ¿cuánto tiempo debo seguir en guerra? ¿Cuánto tiempo tendré que seguir desenvainando mi espada antes de que las naciones sepan que hay un Dios en Israel? ¡Ansío la paz! Preferiría pasar mi vida escribiendo salmos y cantándote alabanzas a Ti, mi Señor y Rey, en lugar de conducir nuevamente a la guerra a estos hombres violentos. ¡No los puedo manejar! Estoy cansado. ¿Cuándo tendré alivio?

«David», dijo discretamente Ahitofel.

Apretando los dientes, David cerró los ojos, esforzándose para controlar su ira y su frustración. Sabía qué querían sus hombres: la guerra. ¡Cómo les entusiasmaba entrar en batalla! ¡Cómo disfrutaban el derramamiento de sangre! Joab y Abisai eran como mulas salvajes que pateaban y resistían las riendas de la paz. Muchos de sus hombres valientes eran tan proclives a la violencia como ellos. Se mantenían inquietos, insatisfechos con actividades pacíficas, ansiosos por salir a la batalla donde podían dar rienda suelta a sus pasiones. Buscaban cualquier excusa, y ahora Hanún había provisto una causa justa.

¡Oh Señor, cuánto añoro los días de mi juventud!

Tenía deseos de llorar cuando recordaba lo libre que se sentía cuidando los rebaños de su padre. Pasaba horas incontables meditando en los preceptos de Dios y en la ley. Recorría los campos de pastura durante el día y contemplaba las

estrellas durante la noche, experimentando la presencia de Dios en todo lo que lo rodeaba. Nadie interfería en sus pensamientos. Nadie lo distraía de la alabanza. Hora tras horas se deleitaba en el Señor y sentía constantemente la presencia de Dios.

Ahora, cargado de responsabilidades, le resultaba difícil encontrar tiempo a solas. Ansiaba escribir salmos para Dios y tocarlos en el arpa. Añoraba los días cuando era tan solo el pastor de los rebaños de su padre, responsable solamente de encontrar alimento y agua para sus ovejas y protegerlas de los depredadores. ¡Ahora se encontraba rodeado de hombres depredadores!

Inclinando la cabeza, se frotó la nuca. ¡Oh, Señor! ¿Terminará alguna vez la guerra? ¡Estoy cansado de vivir entre gente que odia la paz!

—Señor —dijo Ahitofel, acercándose más.

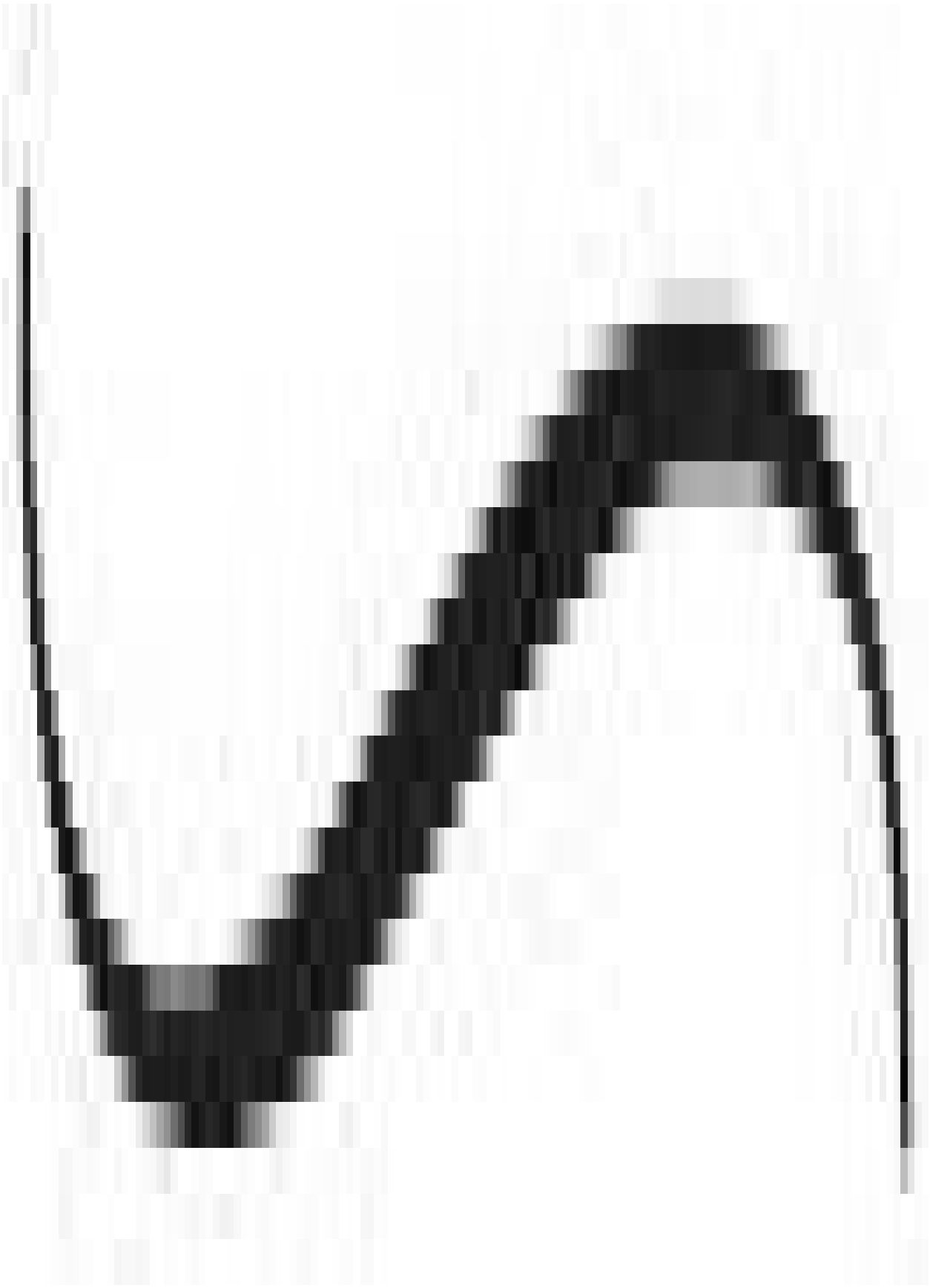
David se irguió. Se sentía exhausto y deprimido. Cada decisión que tomaba se pagaba con sangre humana. Sin embargo, ¿qué opción tenía? ¡Era el rey!

—Vamos a la guerra otra vez, Ahitofel. —Vio que se encendían los ojos oscuros del hombre—. Entra en la sala interior y lo analizaremos. —David le hizo señas al mensajero para que se acercara—. Joab, Abisai. ¡Ustedes dos también! —Vio la excitación que sentían.

Hizo que se acercara el mensajero polvoriento.

—Descansa esta noche y después regresa. Les dirás a mis embajadores que pasen una temporada en Jericó hasta que les crezca la barba.

Él le haría lamentar a Hanún haber puesto alguna vez sus ojos sobre ellos.



El rey Hanún contrató mercenarios arameos para que lo auxiliaran, pero David los enfrentó y los derrotó. Avanzó sin misericordia sobre los amonitas y cayeron por miles. En la primavera siguiente, David ordenó a Joab que pusiera sitio a Rabá, la ciudad de Hanún.

Betsabé estaba al lado de su madre en las puertas de la ciudad mientras los hombres volvían a reunirse. David se mantuvo montado en su mula mientras hablaba con sus comandantes y capitanes. Urías estaba entre ellos, y ella se sintió orgullosa del lugar que ocupaba su esposo. Los Treinta Valientes se dispersaron y regresaron a sus contingentes.

Cada vez que el arca era llevada fuera de la ciudad hacia la batalla, Betsabé se sentía extrañamente vulnerable. Sabía que Dios no podía ser colocado en una caja, pero el arca representaba su presencia entre la gente. Y la presencia de Dios se estaba yendo con el ejército.

Su madre sollozó cuando vio pasar al padre de Betsabé.

—Cada vez que se marcha, me pregunto si volveré a verlo —dijo entre lágrimas. Todas las mujeres se mostraban solemnes mientras sus padres, hermanos y esposos partían a la guerra. Betsabé también lloraba. Urías le había provisto una vivienda propia en la calle junto al palacio, a pesar de que él pasaba la mayor parte del tiempo en el palacio. A veces Urías la sorprendía con regalos de joyas como demostración de que la amaba. Ella se sentía orgullosa del respeto que él inspiraba, y aún más orgullosa de que se hubiera ganado el respeto de su padre y de su abuelo. Muchos hombres podrían ser valientes en la batalla, pero pocos tenían la integridad de su esposo. Urías era un hombre que mantenía su palabra y era un favorito entre los capitanes del rey, muchos de los cuales compartían veladas en la casa de Betsabé, participando de la comida que les había preparado, mientras ella permanecía en su habitación privada en compañía de su criada.

Si tan solo pudiera amarlo... si tan solo pudiera sentir por él algo más que afecto y respeto.

Le bastaba mirar a David para darse cuenta de que sus sentimientos hacia él no habían disminuido con el tiempo.

Su madre la tomó de la mano.

—Oro para que Urías regrese sano y salvo.

—Que Dios lo proteja. —Betsabé observó que David hacía volver su mula y cabalgaba hacia la ciudad, en lugar de salir con los hombres—. ¿David no irá con ellos?

—No. Tu abuelo esperaba que cambiara de opinión, pero David dijo que está cansado y que los hombres cansados toman malas decisiones.

Urías no le había dicho nada sobre esto.

—No tienes que preocuparte por tu esposo, querida. Joab y Abisai han demostrado su capacidad para dirigir. Supongo que el rey sintió que su presencia no era necesaria.

Betsabé percibió la gravedad en la voz de su madre. ¿Estaba criticando a David después de todos esos años en que lo había considerado irreprochable?

—¿Es tan equivocado de su parte quedarse?

—No es sabio. ¿Pero quién soy yo para decir lo que un rey debe o no debe hacer? —Su madre miró para otro lado y habló con melancolía—. ¡Si tan solo todos los hombres se hartaran de la guerra! Pero eso parece imposible. Los hombres viven para la guerra, y las mujeres para engendrar hijos para el ejército del rey.

Betsabé tomó a su madre de la mano y se la estrechó.

—Quizás no sea así para siempre. Quizás Dios le permita a David vencer a todos nuestros enemigos y entonces tendremos paz verdadera.

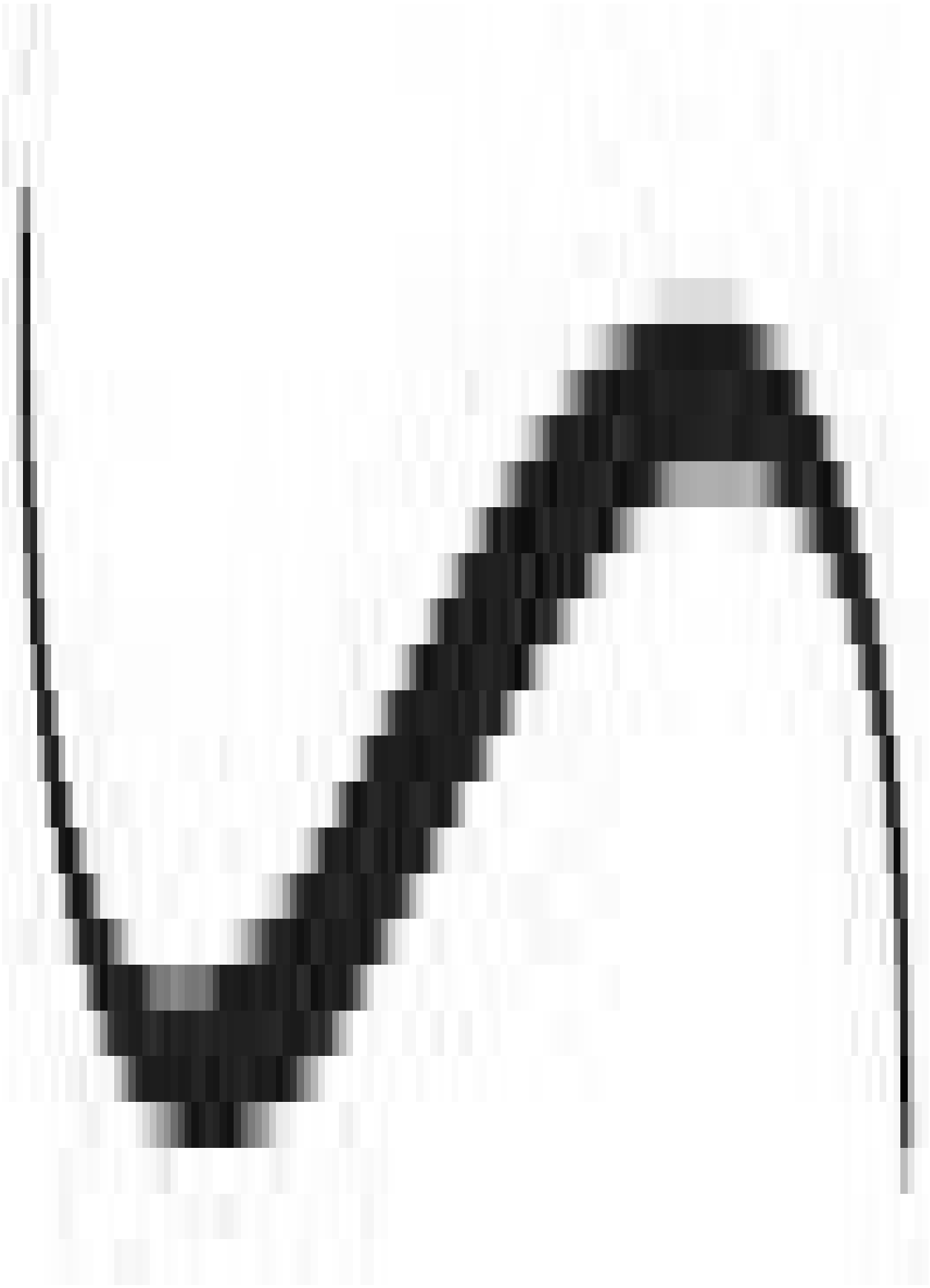
—No se puede esperar nada bueno de un rey ocioso.

Betsabé le soltó la mano.

—¡David nunca ha sido ocioso!

Su madre la miró.

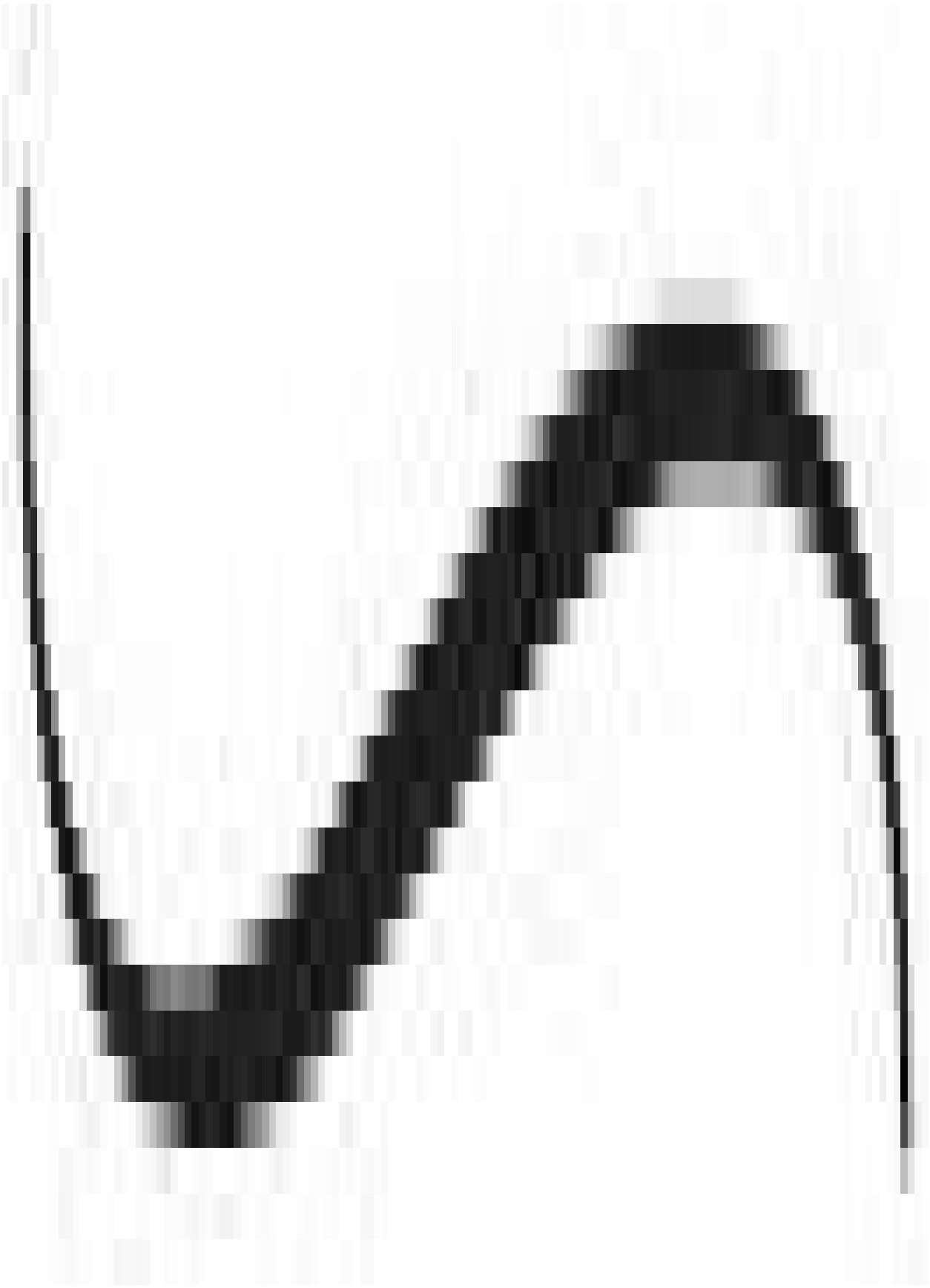
—Es verdad, no lo ha sido. ¿Pero a quién puede conquistar estando dentro de las paredes de su palacio? —Y se marchó.



Los días pasaban lentamente para David. Ni siquiera se podía reclinar para una simple comida sin escuchar las interminables discusiones y quejas susurradas de las esposas y los niños. Sus hijas e hijos competían por su atención hasta que lo único que deseaba hacer era escapar a un lugar tranquilo y estar a solas. Y cuando quedaba a solas, lo asaltaba la intranquilidad. Se sentía infeliz e insatisfecho. ¿Era esto lo único que había en la vida? Intentó escribir salmos, pero las palabras no llegaban. Cada nota que pulsaba en su lira resultaba discordante. Intentó descansar, pero cuanto más dormía, más cansado se sentía. Era un cansancio del alma.

Llegó un mensajero con el informe de que Joab y Abisai habían derrotado a los arameos y que cumpliendo las órdenes de David estaban avanzando para sitiar Rabá, la ciudad de Hanún. David no sintió ninguna alegría. Sabía que pasarían meses antes de que el hambre acosara a los amonitas y los obligara a rendirse. Atacar los muros podía acelerar la destrucción, pero costaría muchas vidas. ¡Estaba harto de la guerra!

Aburrido y melancólico, el rey caminaba por la azotea del palacio contemplando la ciudad que había sido nombrada en su honor, desesperado por distraerse.



Para Betsabé los días transcurrían muy lentamente mientras esperaba que Urías regresara de la guerra. Cuando llegó la noticia de que el ejército había sitiado Rabá, no se hizo ilusiones de que eso implicara que la guerra terminaría pronto. Pasarían muchos meses antes de que los amonitas se rindieran y Urías regresara a casa. Si es que regresaba. Cada vez que se marchaba a la guerra, ella quedaba con la incertidumbre de que podía estar marchándose de su vida para siempre, sin dejar un hijo que llevara su nombre. Anhelaba tener hijos. Pero ¿cómo iba a concebir si su esposo rara vez estaba en casa?

La soledad se convirtió en su peor enemigo. Se fue convirtiendo en un dolor intolerable. A veces se sentaba en la quietud de su habitación y lloraba por su desgracia. Sin embargo, ¿qué opción tenía? La felicidad estaba fuera de su alcance.

La ciudad parecía vacía, habitada solo por mujeres y niños, unos pocos hombres demasiado mayores para ir a la batalla, y un rey que había decidido quedarse en casa mientras la guerra se desencadenaba en otro lugar.

Cuando levantaba la mirada hacia el muro del palacio de David, lo imaginaba rodeado de concubinas y esposas que lo adoraban. Una docena de hijos e hijas que lo deleitaban con sus atenciones. ¿Quién podría sentirse desgraciado con tanta familia a su alrededor? En cambio, ella estaba sola y sin hijos, y su esposo lejos. ¿Cuántos meses habían pasado desde la última vez que vio a Urías? ¿Cuántos meses desde la última vez que la abrazó? ¿Cuántos meses más pasarían, y con ellos su oportunidad de engendrar un hijo?

Tomó agua entre sus manos y las llevó hacia sus mejillas encendidas. Sabía lo que estaba mal. Cada vez que terminaba su menstruación y llegaba el momento de darse otra vez el baño ritual de purificación, sentía lástima de sí misma. ¿Qué sentido tenía prepararse para un marido que nunca estaba en casa? Pasaría otro mes, y otro y otro, y sus brazos seguirían vacíos, sin hijos. Las lágrimas se agolparon en sus ojos. La ira le subió desde el estómago. Su frustración era abundante.

—Su baño está preparado, mi señora.

Betsabé se quitó la bata y entró al recipiente con agua preparado para ella en el sector privado de su patio. Bajo el toldo de gasa que la protegía del severo sol

del mediodía, la criada lentamente vertía agua sobre su cuerpo mientras Betsabé se lavaba. Salió del recipiente y se quedó de pie, esperando que la criada lo vaciara. Disfrutando de la frescura sobre su cuerpo de las gotitas que se secaban, Betsabé recogió sus ondeados cabellos que caían sobre su espalda y sus hombros. La criada regresó y Betsabé volvió al interior del recipiente. Contuvo la respiración mientras una cascada de agua caía sobre su cuerpo acalorado. Cerró los ojos y levantó la cabeza mientras sacudía el agua de su cuerpo.

La ciudad estaba silenciosa. Tan serena que tuvo una extraña sensación de expectativa.

Sintió en su piel un raro cosquilleo. Sintió que alguien la miraba. Perturbada, levantó la mirada y vio a un hombre de pie sobre el muro vecino. Dio un grito ahogado, se cubrió con las manos y se refugió bajo el cobertor de gasa que la ocultaba muy poco. Era de tarde, un horario en el que la mayor parte de la gente se quedaba dentro de su casa evitando el calor más severo. ¿Qué hacía ese hombre en la azotea del palacio?

Enojada, se inclinó para ver si reconocía al guardia que estaba invadiendo su privacidad. Urías se iba a enterar, y también su padre y su abuelo cuando regresaran. Al mirar hacia arriba, el corazón le dio un vuelco.

No era un guardia del palacio quien la miraba, sino un hombre que vestía una túnica de lino bordeada de púrpura. ¡David!

Se le aceleró el corazón y se escondió nuevamente bajo el toldo transparente. La invadió el deseo. Hasta el sonido del toldo golpeando suavemente por el viento le hacía dar vueltas la cabeza. Recordaba la manera en que David la había mirado el día que se casó con Urías, y sintió nuevamente el impacto de la atracción que había reconocido en la mirada de él. Si él se hubiera fijado en ella antes, podría haberla tomado como esposa en lugar de mirarla como un hombre hambriento.

Betsabé sabía que debería huir a la privacidad de su casa y completar el baño más tarde, pero la asaltaron el dolor y el resentimiento. ¿Por qué no permitir que él viera lo que había dejado escurrir entre sus dedos? ¡Que recordara a la niña flacucha y tostada que lo había seguido por todos lados como una oveja huérfana sigue a su pastor! Levantó la mirada con osadía. ¿Desearía él en este momento haberla pedido, en lugar de permitir que su padre le buscara marido?

Mientras David la observaba, la ira de Betsabé se disolvió en una ola de tristeza. ¿Por qué estaba él sobre el muro mirando hacia el patio de la casa de ella? ¿Por qué mirarla a ella, con tantas mujeres hermosas a su disposición?

—¿Mi señora?

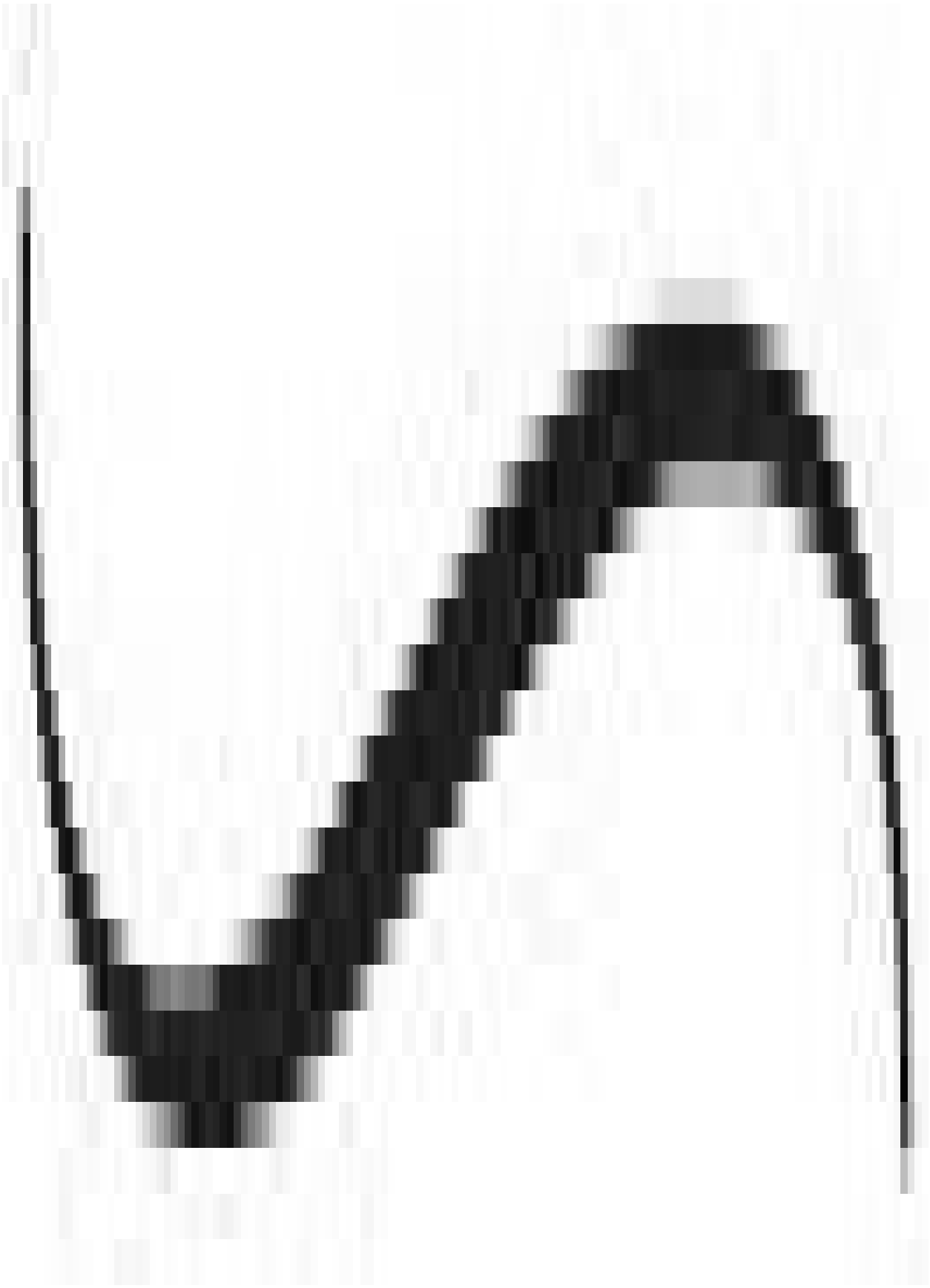
Sobresaltada, Betsabé miró hacia otro lado; el rostro le ardía. La criada levantó la mirada hacia el muro. Betsabé sintió una ola de alivio cuando ella misma vio que David ya no estaba allí.

—¿Se siente bien, mi señora?

—Estaba orando. —Se sintió invadida por la vergüenza. Mortificada por lo que había hecho, arrebató el paño de manos de la muchacha, se envolvió en él y corrió al interior de la casa. Dio un portazo al entrar al dormitorio y se apoyó contra la puerta apretando el paño húmedo contra su cuerpo. Tragó aire, cruzó la habitación y se hundió en su cama.

¿Qué acababa de hacer? ¿En qué había estado pensando cuando permitió que el rey la mirara? Apretó las manos contra su pecho, como si pudiera calmar el salvaje latido de su corazón. Las emociones se atropellaban: vergüenza, entusiasmo, pena, ira, desprecio. ¿Qué pensaría ahora David de ella?

Se acurrucó sobre la cama que compartía con su marido, se cubrió el rostro y lloró.



David tenía siete esposas y numerosas concubinas, pero ninguna se comparaba en belleza con la mujer que acababa de ver bañándose en una terraza cerca de las paredes de su palacio. Se había sentido cautivado por las curvas de ese cuerpo y por la gracia de sus movimientos. ¡Eva no podía haber sido tan perfecta como ella!

Se dio cuenta del momento en que la mujer percibió su presencia, porque se había detenido y levantado la cabeza como una gacela a punto de huir. Después había mirado lentamente en torno a ella y levantado nuevamente la cabeza. Al verlo sobre el muro, se había ocultado rápidamente bajo el toldo de gasa. Por un instante, él se había sentido avergonzado de que lo descubriera mirándola durante esas abluciones tan privadas. Había sido solo un instante. Después de todo, él era el rey y estaba en su azotea. Tenía todo el derecho de estar allí cuando quisiera. La mujer debía haberse bañado dentro de su casa, en lugar de instalar un toldo en el patio. ¿Cómo se le había ocurrido? Sintió que se quedaba sin aliento en el momento en que ella miró hacia arriba y lo vio. Nunca había visto a una mujer tan hermosa.

David se alejó del muro y recorrió las almenas hasta que vio a uno de sus guardias.

—¡Joram! —Cuando el soldado lo miró, David lo llamó.

—¿Mi señor el rey?

David lo tomó del brazo y señaló.

—Hay una mujer en esa casa. Averigua quién es.

Sobresaltado, el guardia salió rápidamente para cumplir el encargo.

David soltó el aire lentamente. Aferrado al borde del muro, se quedó mirando hasta que el guardia apareció en la calle más abajo. Entonces David giró y bajó los escalones con prisa. Alejó a varios de sus hijos y le dio una orden a otro guardia.

—Cuando regrese Joram, envíalo de inmediato a mis habitaciones.

—Sí, mi señor el rey.

David esperó a solas en su dormitorio. Mientras pasaban los minutos, hacía tamborilear los dedos con impaciencia. Inquieto, levantó la mano y la pasó por su cabello. Nunca antes había sentido un deseo tan ardiente por una mujer. Estaba preocupado, pero eligió ignorar esa persistente incomodidad. Cerró los ojos, volvió a imaginar a la mujer, sus pequeñas manos abiertas, su rostro levantado como si estuviera orando, y su cuerpo, ah, su cuerpo...

Se levantó de un salto.

—¿Por qué demora tanto? —Caminó a paso vivo, agitado y molesto por la demora. La deseaba y quería tenerla a cualquier costo.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Entra! —Joram se quedó en el umbral—. Entra y cierra la puerta. —David esperó con las manos sobre las caderas—. ¿Qué averiguaste?

—La mujer se llama Betsabé.

—¿Betsabé? —¿Por qué le sonaba conocido ese nombre?— Betsabé...

—Es Betsabé, hija de Eliam y esposa de Urías el hitita.

¡Oh no! A David se le apretó el estómago. Recordó a una niña flacucha que solía sentarse sobre las rodillas de Ahitofel y mirarlo fijo a través de la fogata. ¡No! ¡Imposible! La pequeña Betsabé, que de niña lo adoraba y una vez lo había seguido hasta el arroyo en En-gadi. «Quiero hablar contigo». Sus ojos revelaban sus sentimientos. Betsabé, casada con uno de sus mejores y más leales amigos, hija de un hombre que confiaba en él y en quien él podía confiar, nieta de Ahitofel, el más avezado consejero militar de Israel. ¿Qué podía ser peor que esto? Recordó haberla mirado a los ojos el día en que ella se casaba y el golpe que había sentido en el estómago. ¡Desde ese día se había asegurado de no volver a mirarla jamás!

Soltó una carcajada áspera. Le dio la espalda al guardia y se agarró la nuca. La fatiga y la depresión regresaron.

—Puedes irte, Joram.

—¿Desea algo, mi señor el rey?

David apretó los dientes.

—Algo imposible.

—Nada está fuera de su alcance, señor. Usted es el rey. Todo lo que desea puede ser suyo.

David bajó la mano y levantó la mirada. En efecto, era el rey. Más aun, su ejército estaba en Rabá, a muchos kilómetros. Urías, Eliam y Ahitofel se habían marchado meses atrás y demorarían meses en regresar. El corazón empezó a latirle con fuerza. ¿Y si la llamaba a su habitación? ¿Y si en efecto descubrían el placer uno en brazos del otro? ¿Qué podía haber de malo en una sola noche? ¿Quién se iba a enterar?

Se encendió con más fuerza su deseo por Betsabé.

—¿Qué desea, señor?

—Tráemela. —Sintió una punzada de culpa al expresar su lujuria, pero sofocó la culpa rápidamente al anticipar la noche que viviría. De todos modos, debía ser prudente—. Espera a que esté oscuro para ir a buscarla, y ve con otro guardia que pueda guardar un secreto.

—¿Y si la mujer se resiste?

—No lo hará. —Betsabé lo había amado durante muchos años. Lo había seguido en los campamentos de Adulam y en En-gadi. En aquel entonces la consideraba una mosquita fastidiosa, pero ahora...

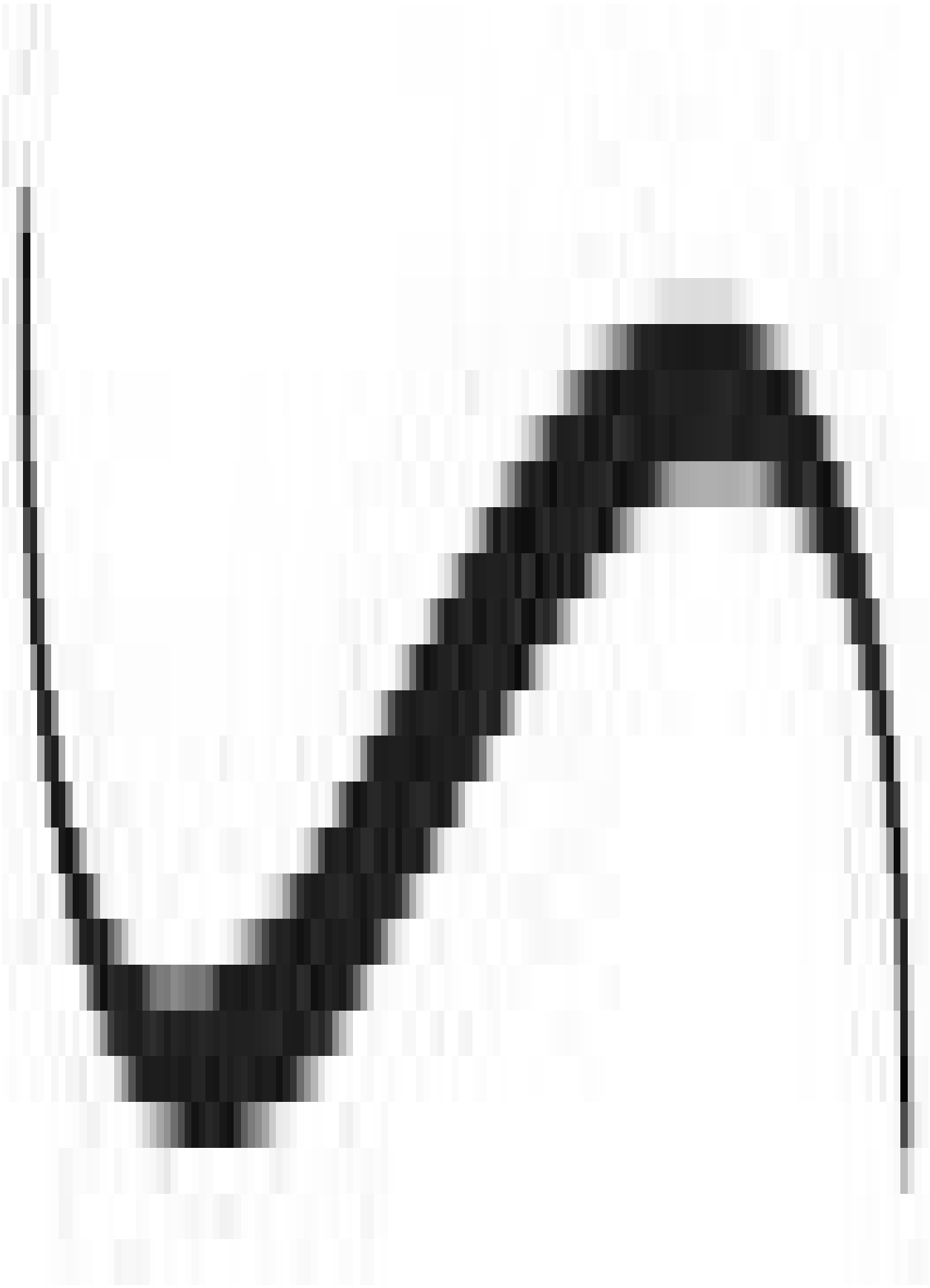
—¿Pero si lo hace...?

Ella era una común y él era un rey.

—Mi orden se mantiene. —Joram inclinó la cabeza y se marchó. David sabía que Betsabé vendría. Ella le había extendido una invitación al sostener su mirada tan atrevidamente mientras se bañaba. Aun si la mujer sofocaba su propio impulso, a él le complacería convencerla.

Todavía faltaban varias horas hasta que Betsabé fuera traída a su habitación. Tenía tiempo para bañarse y ungirse con aceites perfumados. Tiempo suficiente para ordenar que le prepararan un pequeño banquete. Tiempo suficiente para quemar incienso que incitara los sentidos de la mujer. Tiempo suficiente para pensar en los placeres de la noche que tenía por delante.

Tiempo suficiente para que el pecado lo dominara.



Betsabé pasó el resto de la tarde en su habitación, llorando y preguntándose cómo reuniría el coraje para presentarse alguna vez ante el rey. Se vistió con una túnica bordada amplia, que disimulaba las curvas de su cuerpo. Se cepilló el cabello hasta que le dolieron las raíces. Entonces, sosteniendo el cepillo contra su pecho, se meció y sollozó. Los años no habían disipado el amor que sentía por David. Esa tarde, cuando se dio cuenta que era él quien la miraba desde la azotea, todos sus antiguos sentimientos se habían despertado y la habían inundado.

Alguien llamó a su puerta.

—¿Mi señora? —Se oyó la voz amortiguada de su criada.

—¡Vete!

—¡Un soldado llama a la puerta, mi señora! —La voz de la muchacha temblaba con alarma— ¡Dijo que usted debe venir!

¿Un soldado? Betsabé se levantó rápidamente. Se le ocurría una sola razón por la que un soldado podía venir a su puerta. ¡Urías estaba herido o muerto! Soltando un sollozo, Betsabé abrió con fuerza la puerta, pasó rápidamente junto a su criada y cruzó la casa con la doncella pisándole los talones.

El soldado estaba parado apenas al otro lado del umbral de la puerta, pero no se le veía polvoriento por el viaje. Además, vestía el uniforme de un guardia del palacio. Desconcertada, Betsabé se detuvo.

—¿Por qué está usted aquí?

Él torció la comisura de su labio.

—El rey la ha mandado a llamar, señora Betsabé.

—¿Me ha mandado a llamar? —Confundida, se quedó mirándolo—. ¿El rey?

—Sí. El rey. —Dio un paso atrás y extendió la mano invitándola a salir. Otro soldado estaba de pie afuera mirándola. Betsabé comenzó a temblar. Se sintió otra vez como una niña, agachándose tras una roca mientras David la reprendía.

Sus mejillas se sonrojaron.

—Mi señora —gimió la criada—. Ay, mi señora.

Betsabé se volvió rápidamente hacia ella y le tomó las manos.

—Serénate. El rey no me hará daño, Hatshepsut. Conoce a mi padre y a mi abuelo desde hace muchos años. —¿Sería por ese motivo que la llamaba?—. Quizás haya recibido noticias. Ve pronto y tráeme el chal. —La muchacha corrió a hacer lo que le pedía mientras Betsabé esperaba llena de ansiedad frente al guardia del palacio. Él tenía la mano apoyada sobre la empuñadura de su espada mientras esperaba, erguido, mirando fijamente al frente. ¿Habrían llegado malas noticias de Rabá?— ¿Ha llamado el rey a mi madre, también? —¿Por qué se molestaría el rey en informar personalmente a dos mujeres que habían perdido a sus seres queridos en la guerra?

—¿A su madre? —dijo el guardia con ironía—. Creo que no.

—¿Puede usted decirme por qué quiere verme el rey?

Él la miró, y la expresión de su mirada hizo que a ella se le subiera nuevamente el rubor.

La criada regresó con el chal. Con el corazón latiendo con fuerza, Betsabé se cubrió la cabeza, y lo cruzó sobre el hombro para que no se le viera el rostro. Cuando cruzó la puerta, los soldados se ubicaron uno a cada lado. No se le ocurrió hasta que llegaron cerca del palacio que todavía vestía la túnica suelta que normalmente usaría solo en su casa.

«¡Por aquí!». El guardia indicó con la cabeza y la guio por un sendero hacia una entrada lateral que solamente usaban los sirvientes. Si le quedaba alguna duda sobre la razón clandestina de la convocatoria del rey, o de lo que pensaba de ella, ahora se le despejó. Le brotaron lágrimas de vergüenza. Tenía toda la culpa de esta situación. Inclinó la cabeza y se cubrió el rostro mientras entraba por la puerta de servicio. Cruzó la cocina del palacio, las habitaciones de los sirvientes y los pasillos, y luego subió las escaleras sin mirar a derecha ni a izquierda. Los guardias se detuvieron ante una puerta. Uno de ellos golpeó suavemente, mientras el otro se ubicaba a un costado.

En el momento en que se abrió la puerta y Betsabé levantó la mirada, se olvidó

por completo de los guardias. La mirada de David estaba fija sobre ella.

Cuando él sonrió y extendió la mano, ella la tomó y contuvo la respiración mientras los dedos de él se cerraban cálidos y firmes sobre la mano de ella. La hizo entrar a su habitación y dio órdenes de que mantuvieran guardia.

«Que nadie me moleste». Y luego David cerró la puerta tras ella. A ella le latía el corazón como el de un conejo que corría para salvar su vida. Él le había retenido la mano y no daba señales de que se propusiera soltarla.

—Me alegro de que hayas venido.

—¿Tenía opción?

—Fue tu elección.

Él le besó la mano y le sonrió a los ojos.

—¿Por qué te cubres el rostro, si eres más hermosa que el sol o la luna?

Cuando ella levantó la mano para sostener el chal en su lugar, él inclinó levemente la cabeza.

—Ven. Hice que nos prepararan una comida. Permíteme servirte.

El aire estaba lleno del dulce aroma a incienso. Había cojines esparcidos por el piso. Una cama enorme dominaba la habitación. La comida estaba distribuida en una larga mesa.

—¿A cuántos más espera?

Él se rio, y el sonido ronco la hizo temblar.

—Solo a ti, preciosa.

—No tengo mucha hambre. —Juntando valor, lo miró—. ¿Sabe usted quién soy?

—Por supuesto. —Su mirada le acarició el rostro—. Eres la niña que solía contemplarme a través de las llamas de la fogata. ¿Recuerdas haberme seguido hasta el arroyo en En-gadi?

—Ya no soy una niñita. Soy...

—La mujer más hermosa del reino. —David buscó sus ojos—. Esa mañana dijiste que querías hablar conmigo. Te mandé de regreso a tu casa. —Metió un dedo debajo del chal y se lo retiró del rostro—. Háblame ahora, Betsabé. —Se acercó y le levantó el chal de la cabeza—. Di lo que estás pensando. —El chal se deslizó de los hombros de ella y quedó rodeando sus pies.

—¿Para qué me llamó ahora? —Su voz sonaba densa por las lágrimas. Había soñado y anhelado esto por años. Nunca hubiera querido presentarse a él de esta manera, convocada en medio de la noche...

—Tú lo sabes. —Respiró contra su cuello.

A ella le hormigueó la piel.

—Ya es tarde.

—Estás conmigo ahora.

Ella retrocedió y levantó el mentón. Casi no podía verle la cara a través de las lágrimas.

—¡Convocada como una ramera que entra por la puerta de los sirvientes! —Sacudió la cabeza y la inclinó nuevamente—. Y no tengo a quién culpar, considerando la manera en que me comporté esta tarde. ¡Lo lamento tanto! Yo...

—Me dejaste sin aliento.

—¿Sí? —Su corazón de niña tembló y se llenó de orgullo—. ¡Ay, David! Envíame a casa.

—Todavía no. —Le tomó el mentón con firmeza—. No eres feliz, ¿verdad?

A ella le corrían las lágrimas por las mejillas.

—¿Cómo puedes preguntarme eso?

—Quiero que seas feliz. —La miró profundamente y su expresión cambió. Parecía preocupado—. ¿Recuerdas tu fiesta de bodas? Cuando te miré a los ojos

en Hebrón, me quedé sin aliento. No podía apartar mis ojos de ti.

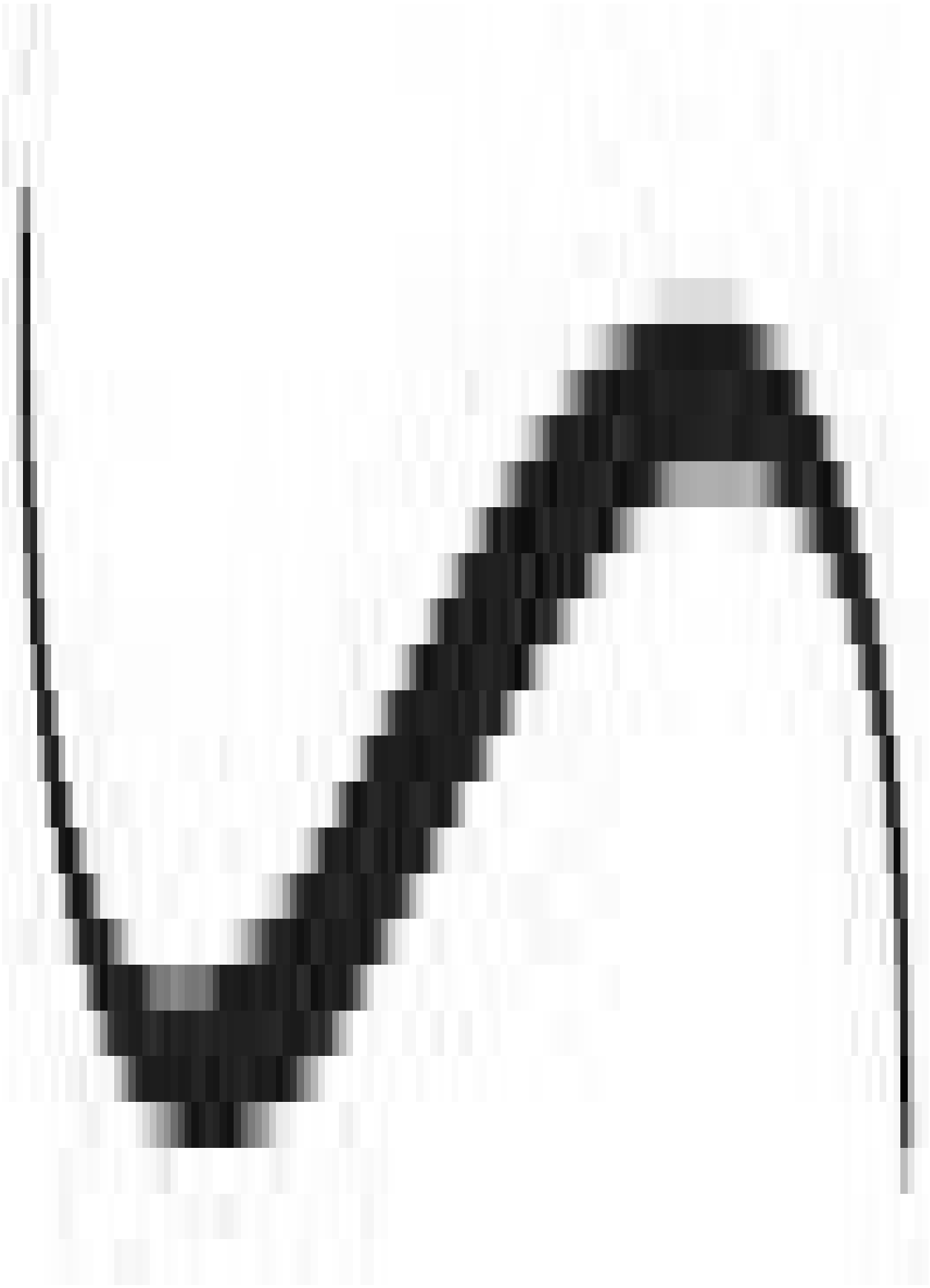
—¿Fue por eso que te fuiste tan rápido?

—¿Qué otro motivo habría? —La rodeó con sus brazos.

Ella puso sus manos sobre el pecho de él. Sabía que debía decir algo que lo frenara. Debía ser como Abigail y ayudarlo a tomar conciencia del pecado que estaba a punto de cometer. Pero su decisión se debilitó cuando sintió que el corazón de él latía más rápido y con más fuerza que el de ella. La deseaba. Dejaré que me bese una vez, solo una vez, y luego diré algo para detenerlo. Su beso me quedará como recuerdo. Solamente uno.

Cuando la boca de él se apropió de la de ella, Betsabé se sintió arrastrada con él a un remolino de deseo. Los dedos de él se enredaron en sus cabellos. David gimió su nombre, y las palabras de advertencia murieron en la garganta de ella. Cuando su cuerpo se encendió, ella se aferró a él y no dijo una sola palabra.

Sabía que si hablaba, David volvería en sí y la mandaría a su casa, donde debía estar.



Horas más tarde, de pie junto a la cama, David observaba a Betsabé dormida. Era tan hermosa que le hacía doler el corazón. Pero ya estaba por amanecer. Debía sacarla del palacio antes que alguien se enterara que había estado allí. Al despertar y verla dormida junto a él, había pensado en Ahitofel, Eliam y Urías, y cómo reaccionarían ante esta aventura clandestina. ¡En qué estuve pensando! ¡Podrían poner al ejército en mi contra!

Apoyó la rodilla sobre la cama, se inclinó y la besó. Los ojos de ella se abrieron lentamente, todavía cargados de sueño. Sonrió.

—David... — suspiró.

A él se le aceleró el pulso. Alterado por sus emociones, se irguió.

—Es casi de día, Betsabé. Debes marcharte.

A ella se le desvaneció la sonrisa.

David sintió que se le encogía el estómago cuando vio la expresión herida en sus ojos. Ella se volvió rápidamente, levantó una manta y se cubrió. Durante la noche no había sentido vergüenza, solo una pasión desenfrenada. Pero ahora había llegado la mañana, y la luz inundaba la verdadera situación.

—Mis guardias te llevarán de regreso a tu casa sin riesgo. —¿Por qué debía sentirse culpable? ¿Acaso no tenían derecho a un poco de felicidad?

Ella se incorporó.

—Conozco el camino a mi casa.

Cuando escuchó el sonido suave que ella hizo al tantear buscando el vestido que se había quitado, David se puso de rodillas en la cama y se lo alcanzó.

—Betsabé —dijo con la voz áspera, cargada de emoción. Ella se apartó de su contacto. Él la tomó de los hombros y la atrajo hacia sí. Ella luchó para liberarse. Él la aseguró con sus brazos—. Betsabé —dijo con voz entrecortada y escondió su rostro en el cuello de ella. ¿Cómo podía dejarla ir después de esa noche? Aspiró el perfume de ella y tomó conciencia de que estaba perdido.

—Pensé que una noche sería suficiente. —Ella se cubrió los ojos con las palmas de sus manos—. Pensé que podría vivir del recuerdo de haber estado contigo. Pero ahora... me siento... me siento... ¡impura! —Se estremeció.

Esas palabras eran un espejo muy exacto de la perturbación que él también sentía.

—¿Piensas que quiero mandarte a tu casa? —Se sentía desgarrado y frustrado—. Haría que te quedes conmigo si eso no fuera a provocar un clamor en toda la ciudad. Tu padre... tu abuelo.

—¡Mi esposo!

—Tengo que sacarte de aquí antes de que alguien sepa lo que ha pasado entre nosotros.

El cuerpo de ella estaba tenso contra el suyo. Cuando él le besó el cuello, ella llevó la cabeza hacia atrás con un suspiro agitado.

—No servirá de nada. Alguien se enterará. Y me matarán por eso.

Él se puso rígido.

—¡Nadie se va a enterar!

Ella giró hacia él y él vio el miedo en sus ojos.

—¡La gente ya lo sabe, David! Tus guardias, mi criada. Y cualquiera de una docena de personas que me vieron anoche cuando tus guardias me hicieron entrar por la puerta de los sirvientes.

Él hundió sus dedos en el cabello de ella.

—¿Y quiénes son ellos para atreverse a hablar en contra del rey? Mis hombres mantendrán silencio, ¡y tú le dirás a tu criada que le conviene callar si aprecia su vida! —Vio el espanto en sus ojos y le habló más amablemente—. No habías advertido lo despiadado que puedo ser, ¿verdad? —Trató de sonreír, pero había en él una intensidad que la reclamaba para sí—. Escucha, mi amor. Supón que alguien sí dijera algo sobre la noche que pasamos juntos. ¿Se atrevería algún sacerdote a confrontarme?

—Natán lo haría.

—Natán me conoce. Desalentaría cualquier chisme como un rumor desagradable y nada más. Además, ¿quién daría más peso a la palabra de un guardia o de una criada que a la de un rey? —Le secó las lágrimas con besos—. Confía en mí. No permitiré que te pase nada malo. ¡Lo juro!

—Siempre he confiado en ti, David. Mi padre decía que siempre cumples tu palabra.

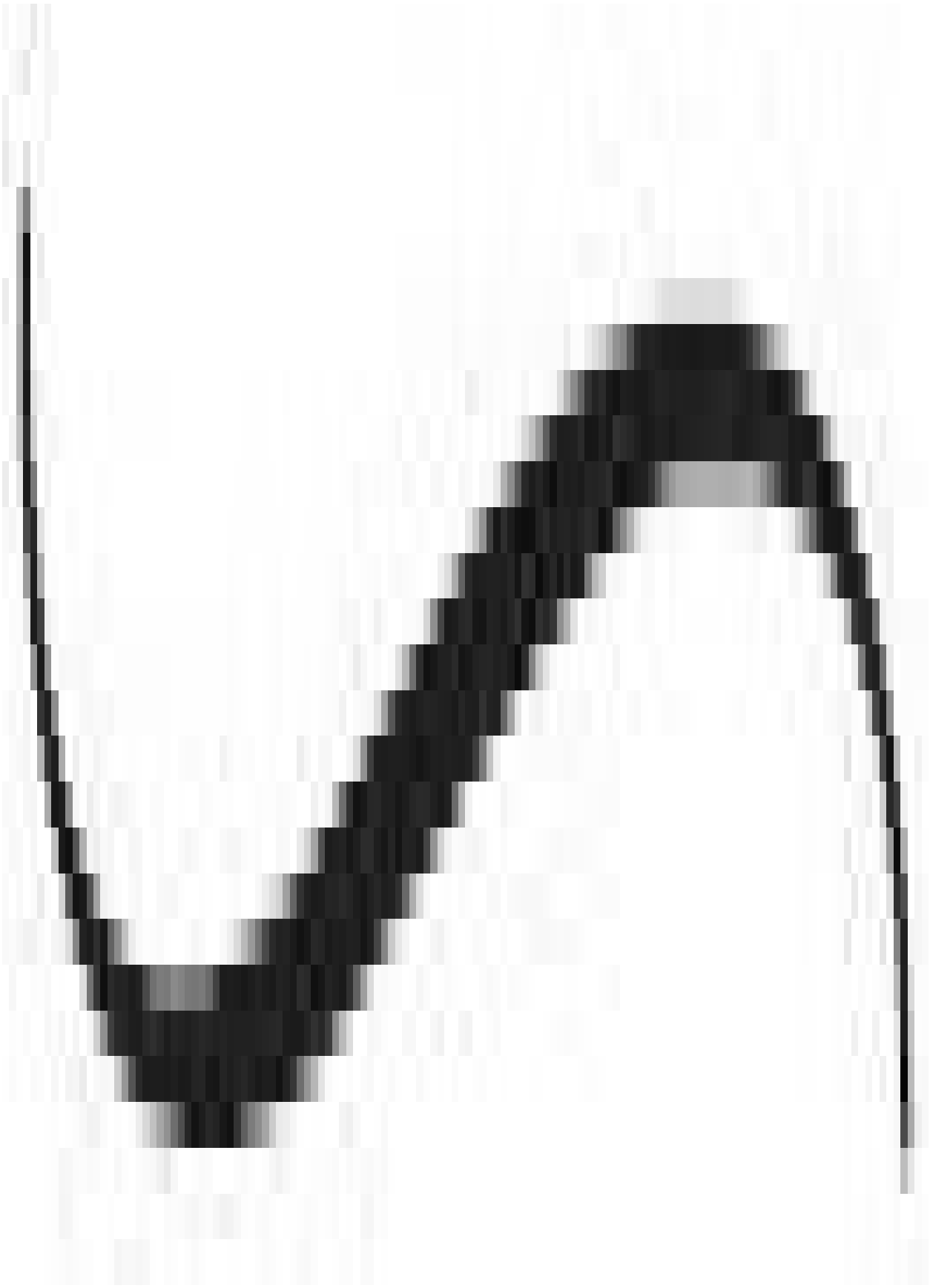
Él hizo una mueca de dolor, pero la ira brotó rápidamente como autodefensa. ¿Por qué debía sentirse culpable de haber pasado una noche con la mujer que deseaba? ¿Qué mal podría surgir de algo hecho en secreto? Él era el rey. ¿No merecía algo de felicidad? Los reyes siempre se habían apropiado de quien quisieran. ¿Por qué no él? ¿Quién había hecho más por unir a las tribus? ¿Quién había matado a Goliat y llevado al ejército israelita a la victoria? ¿Quién había conducido al reino a una victoria tras otra? ¿Quién había sido acusado y perseguido injustamente durante años, solo porque el pueblo lo amaba? Y durante esos años difíciles, ¿quién había sido el único hombre que alababa a Dios? Además, ¡nadie tenía derecho a meterse en lo que él hiciera en la privacidad de su dormitorio!

Sin embargo, sabía que era más sabio no hablarle a nadie más sobre este asunto. Pensó en Eliam, su amigo de tantos años. Pensó en Ahitofel, su consejero. Pensó en el coraje y la fiereza de Urías en la batalla. Si descubrían que Betsabé había pasado la noche en su cama, habría problemas. Los tres eran hombres fieles a Dios y querrían seguir la letra de la ley. Y la ley de Moisés exigía que se matara a la adúltera.

David sintió el miedo en sus entrañas cuando se dio cuenta del peligro que corría Betsabé. Pero lo ahuyentó, ¡y se recordó a sí mismo que era el rey! ¿Quién se atrevería a tocar a una mujer que él amaba?

—Ninguna piedra te tocará jamás. —Él mataría a cualquier hombre que intentara dañarla.

Ni por un instante pensó David que era él quien estaba haciéndole añicos la vida a ella.



Betsabé esperó que David volviera a llamarla, pero no lo hizo. Esperaba verlo en el muro, pero el rey no se asomaba. Esperaba oír noticias de él, pero lo único que escuchaba era «¡El rey descansa en su palacio mientras nuestros maridos siguen en Rabá, peleando la batalla del rey en contra de los amonitas!».

—Es nuestra guerra —decía ella en defensa de David—. Si los amonitas quedan sin castigo después de insultar a los embajadores de David, podrían considerarlo débil y atacar Jerusalén. Mejor tener la batalla en Rabá y no aquí.

Trataba de convencerse de que David estaba ocupado con asuntos de estado, pero el dolor y los celos crecieron en ella. Su imaginación la atormentaba. ¿A quién estará abrazando esta noche? ¿Ahinoam? ¿Abigail? ¿O había perdido el interés en sus esposas y concubinas? ¿Cuántas otras mujeres en la ciudad han mirado al apuesto rey cuando recorre las almenas, y han deseado calentar su cama? Recordaba a las muchachas en los campamentos, jóvenes iguales a ella, que miraban a David con adoración y soñaban con él.

¡David podía tener a quien quisiera! Aun antes de que fuera rey, las mujeres morían de amor por él.

Se sintió llena de remordimientos y miedo a medida que pasaban los días. Si tan solo hubiera huido a la intimidad de su casa ese día. Si tan solo no hubiera continuado descaradamente con su baño, exponiéndose a sí misma a sufrir este dolor interminable. No tenía a quién culpar más que a sí misma por lo que estaba sufriendo ahora. Había ido a la cama de David de buena gana. Se había convencido de que el amor era suficiente razón para entregarse a él. David, su dios.

¿Por qué no había pensado en la ley antes de entregarse de esa manera? Él le había asegurado que ninguna piedra la tocaría. Pero ¿cómo iba a oponerse él si los sacerdotes la condenaban? Si la aventura llegaba a conocerse, no tenía la menor duda de quién soportaría la condena. David era un rey amado. Ella era una mujer sin poder alguno.

¡Adulterio! ¡Había cometido adulterio! ¿Cómo había podido hacer algo así, habiendo sido criada por su madre, padre y abuelo, quienes respetaban la ley de Moisés con tanta devoción?

Si alguna vez se enteran, ¡me matarán!

Pasó una semana y otra y otra, y no recibió ninguna cita del palacio, ningún mensaje, ninguna señal de preocupación de parte de David. ¡Con cuánta facilidad la había abandonado!

Llegó el momento de su menstruación, y pasó, y se sintió aterrorizada. Después de tantos años de tratar sin éxito de concebir con Urías, ¡había quedado embarazada después de una sola noche en los brazos de David! ¿Por qué ahora? ¿Por qué en estas circunstancias? ¿Qué podía hacer ahora?

¿Era solo imaginación suya la ternura que había sentido de parte de David? ¿Se había engañado a sí misma pensando que era amor lo que veía en sus ojos? Si la amaba, ¿por qué no había vuelto a llamarla? ¿No podía por lo menos mandarle alguna clase de mensaje?

¡Nada! ¡No le importo para nada!

Se apretó las sienes. ¡Siete esposas y diez concubinas! ¿Qué necesidad tendría de ella? ¿Le importaría siquiera que ella estuviera embarazada como consecuencia de haber pasado la noche con él? En pocos meses, todos iban a saber que ella había cometido adulterio. Su criada ya sospechaba el embarazo... y de quién era. Pronto su madre notaría los cambios en ella. Pronto cualquier hombre, mujer o niño que la mirara adivinaría su secreto.

Temblorosa, apoyó sus manos sobre su abdomen. Se sentía desgarrada entre el júbilo y el terror. En su vientre llevaba al hijo de un rey... no de cualquier rey, sino del rey David, el héroe de los sueños de su infancia. ¡David el cantor, el conquistador de naciones! Para ella había sido como un dios.

Se llenó de ira. Miró hacia arriba, al muro del palacio donde David se había asomado aquel día fatal cuando su vida se deshizo. Siempre había pensado que se sentiría feliz cuando quedara embarazada, anticipando con ansias el momento dichoso de darle un hijo a su paciente y amante esposo.

¡Nunca antes había sentido tanta desesperación y temor!

¿Sería el amor que había sentido por David durante todos esos años lo que había hecho suficientemente fértil la tierra para aceptar la semilla?

Solo el rey podía protegerla de sufrir las consecuencias de su pecado.

Pero ¿lo haría?

Le dolía el silencio de David y estaba aterrorizada de lo que Urías haría con ella cuando descubriera cómo lo había traicionado. ¿Acaso tenía defensa alguna? ¡David no la había arrastrado al palacio mientras ella se resistía a patadas y a gritos!

Nunca había querido lastimar a Urías. Era un hombre bueno, un esposo amable y generoso. Pero el contacto con Urías no la encendía. El abrazo de David, en cambio, la había hecho volar y derretirse. ¿Era tan malo ansiar las caricias de un hombre al que había amado desde que tenía memoria? ¿No tenía derecho a una noche de felicidad sin que toda su vida fuera destruida?

¡La vida era injusta!

Ella no era para Urías. Era para David. Seguramente eso le daba derecho a pasar unas pocas horas con él. Había pensado que le quedarían recuerdos maravillosos de la noche que habían compartido, suficientes para toda una vida, pero en cambio, ahora se sentía atormentada. El fuego que David había encendido en ella estaba reduciendo su vida a cenizas. Se sentía abandonada y aterrorizada por el futuro. Se había sentido llena de amor por él. Se había derramado a sí misma como una ofrenda líquida a David, su rey. David, su ídolo. Ahora estaba consumida por el miedo, y se sentía más sola que nunca antes. Era demasiado tarde para retroceder y deshacer lo hecho. ¿Qué precio pagaría por esa noche? ¿Cuánto les costaría a aquellos a quienes ella amaba y la amaban? Urías, su madre, su padre, su abuelo. No quería ni pensarlo. Preferiría morir antes de que se enteraran. Pero ¿tendría el coraje de quitarse la vida?

Temblorosa, volvió a cubrir su vientre con las manos. Si ella moría, también moriría el hijo de David. Parte de ella se alegraba por la vida que crecía dentro de ella. Parte de su ser deseaba que la evidencia de su pecado fuera expulsada de su cuerpo en un flujo de sangre, antes de que alguien se enterara de su existencia. Todos sabrían que el niño había sido concebido en adulterio. ¿Cómo podría defenderse si su esposo había estado lejos en la guerra durante meses? Imaginaba los gritos airados de una turba que iba rodeándola, levantando piedras. Imaginaba la condena en los ojos de su madre, el dolor, la desilusión. Una madre conocía el corazón de una hija mejor que ninguna otra persona.

Hacía años que su madre sabía que estaba enamorada de David. ¿Acaso no le había aconsejado a Betsabé que renunciara a sus fantasías infantiles, a ese amor no correspondido? ¿No le había dicho su madre que cuidara su corazón? Nadie culparía al rey; la condena caería firmemente sobre ella.

Ahora nadie podía ayudarla. Solamente David. Pero ¿lo haría?

Bajó las manos y las colocó sobre su falda. El silencio no siempre significa indiferencia. ¿No le había prometido que no sufriría daño alguno? ¿No lo había jurado? ¿No había sido siempre David un hombre de palabra?

Cortó un trozo de papiro en el que Urías llevaba las cuentas. David. David la ayudaría. ¡Tenía que ayudarla! Le escribió un breve mensaje. Lo enrolló firmemente y ató un cordón alrededor. Luego llamó a su criada.

—Llévale esto al rey.

—¿Y si los guardias no me dejan pasar?

—Pregunta por Joram. Dale el mensaje a él. Dile que yo lo envío y que solo el rey debe verlo.

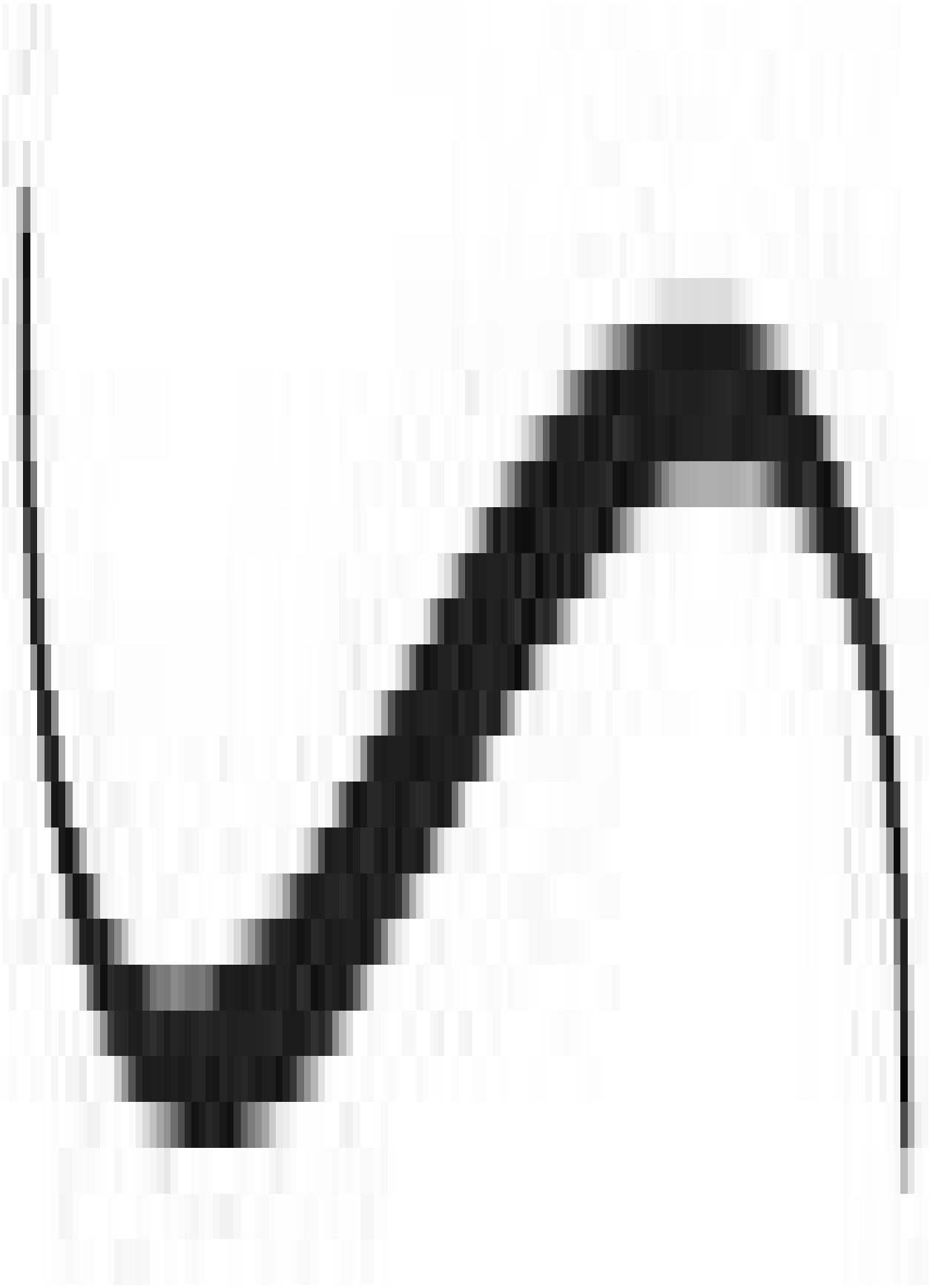
—Sí, mi señora.

Betsabé cerró la puerta y apoyó su frente en ella. Giraban en su mente todo tipo de alternativas temibles. Seguramente David estaría obligado por su honor a ayudarla. Seguramente no abandonaría a la hija de Eliam y nieta de Ahitofel. Seguramente trataría de hacer algo por ella para que Urías nunca descubriera que ella lo había traicionado. Pero ¿qué podía hacer? ¿Qué? Podía enviarla en secreto para que tuviera su bebé en otra ciudad. ¿Dónde la enviaría? ¿Dónde? ¡Dónde!

¡Oh, David, ayúdame! ¡Por favor, ayúdame!

Se negaba a creer que él fuera indiferente. ¿Cómo podía serlo, después de los riesgos que había tomado al llevarla a su palacio? Pero ¿qué podía hacer David para resolver este problema?

Se sentó, exhausta por la preocupación. No le quedaba otra opción que esperar, porque su vida estaba en las manos del rey.



David sintió una premonición ominosa cuando el guardia le susurró:

—La criada de Betsabé, esposa de Urías, ha venido con un mensaje.

La sola mención del nombre de Betsabé disparó sus sentidos, despertando sentimientos que sabía era mejor olvidar. Nunca había deseado a una mujer tanto como la deseaba a ella. ¿Cuántas veces en las últimas semanas se había negado a sí mismo el placer de citarla nuevamente, porque sabía que eso aumentaba el riesgo de quedar expuestos? Tenía que recordarse una y otra vez que era la esposa de un amigo, la hija de uno de sus más valiosos capitanes, la nieta de Ahitofel, el hombre al que había respetado por años. ¡Tenía suficientes problemas en el reino sin que sus amigos se pusieran en su contra!

—Tráeme a la criada.

Sentía sobre él una mirada curiosa mientras desataba el cordón que envolvía el pequeño papiro. Leyó el breve mensaje de Betsabé y se le cayó el alma a los pies. Se le subió el calor por el cuello y el rostro. Dos palabras, las suficientes para sacudirlo de su autocomplacencia y anunciar con trompetas el desastre:

Estoy embarazada.

En esas dos palabras sintió el peso de la acusación y el desesperado pedido de ayuda de Betsabé. Pasó levemente sus dedos sobre las palabras y frunció el ceño. Lo atrapó la culpa.

Ay, Betsabé. Recordó su promesa y se preguntó cómo podía cumplirla. La criada seguía en el umbral, esperando su respuesta. Vio miradas que se cruzaban y oyó susurros. ¡La especulación estaba en marcha! Podía oír el leve zumbido. ¿Iría creciendo hasta clamar sangre? ¿La de él y la de ella? El desastre se cernía sobre ambos si corría el rumor de su aventura. Necesitaba tiempo para pensar, ¡tiempo para encontrarle una solución a este problema!

Arrugó el mensaje de Betsabé, se recostó hacia atrás con actitud indolente y sonrió, haciendo pasar a la siguiente persona que había llegado para presentarle su caso al rey. La escuchó con impaciencia y tomó una decisión que fue mal recibida. ¿Qué podían importarle esos conflictos mezquinos cuando Betsabé enfrentaba una muerte segura? Tenía que encontrar la manera de rescatarla de la

situación extrema en la que estaba. Si no encontraba una manera de cubrir el pecado que habían cometido, surgirían problemas en las filas del ejército. Perderían la confianza en él, y posiblemente se rebelarían.

—¡Basta! —Se puso de pie. Ordenó que sus sirvientes se retiraran—. Necesito estar solo.

Cuando entró a su cuarto, cerró la puerta y colocó el mensaje arrugado de Betsabé entre las brasas del incienso que ardía y contempló cómo se quemaba.

Durante una hora se quedó sentado con la cabeza entre las manos, hasta que se le ocurrió un plan. Sabía que los salvaría a ambos de quedar expuestos y hasta sería motivo de celebración entre sus amigos más cercanos. Sonrió pensando en su propio ingenio y llamó a Joram.

«Envía un mensajero a Rabá y dile a Joab que me envíe a Urías el hitita».

Joram hizo una reverencia y salió.

Sintiéndose extrañamente inquieto, David se sacó la corona y la dejó caer sobre la cama. Se pasó los dedos por el cabello. Sintió la tentación de llamar a Betsabé y explicarle el plan, pero sofocó el impulso. ¿Por qué correr más riesgos ahora, si en menos de una semana ya no habría motivo para temer alguna represalia? Urías volvería a Jerusalén, donde su rey le daría el trato digno de un emisario. La intención de David era averiguar qué estaba ocurriendo en Rabá.

Después enviaría al hitita a su casa a encontrarse con su esposa.

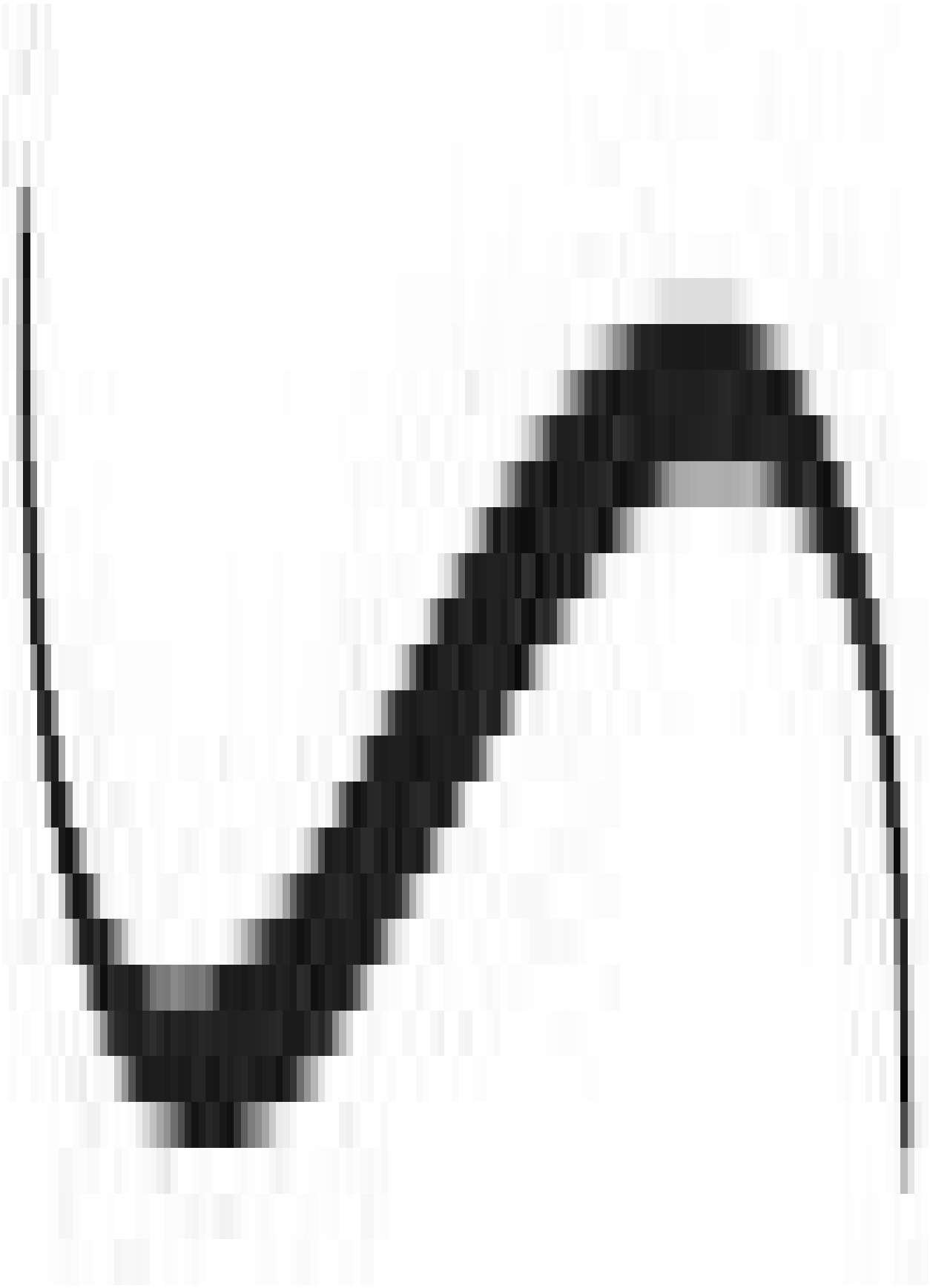
Betsabé era nieta de Ahitofel. Seguramente tendría la astucia de darse cuenta del modo de su salvación y haría su parte del plan. David incluso enviaría comida y vino como un premio por el servicio de Urías. Cualquier hombre que hubiera estado lejos tan largo tiempo como Urías estaría ansioso por pasar tiempo con su esposa.

David apretó un puño al sentir una punzada de celos. El plan era repugnante, pero le parecía perfecto. No importaba cómo se sentía ahora ante el hecho de que Betsabé compartiría la cama con otro hombre, ese acto le salvaría la vida a ella y también al hijo de ambos. Este plan también lo salvaría a él de la vergüenza. Si todo salía bien, Urías nunca se enteraría de que había sido engañado por su esposa y que su amigo lo había traicionado. A regañadientes, David encontró

satisfacción al pensar que su hijo sería criado por un hombre honorable que había adoptado la cultura de Israel.

Relajó su puño y suspiró pesadamente. Le permitiría al hitita una noche para cumplir el cometido, y luego le daría órdenes de regresar a cumplir sus obligaciones en Rabá. Pocas semanas más tarde, Betsabé enviaría a su esposo el mensaje de que estaba embarazada y Urías podría celebrar la noticia con sus amigos en el ejército mientras completaban la tarea de conquistar Rabá.

Con el asunto resuelto en su mente, David se estiró sobre su cama y durmió por el resto de la tarde.



Cuando al fin su criada abrió la puerta, Betsabé se puso de pie de un salto.

—¿Qué noticias traes?

Los ojos de la muchacha parpadearon por la incomodidad.

—El guardia me llevó a la corte.

—¿A la corte del rey? —Betsabé sintió que se desvanecía. ¿Cuántos cortesanos habían estado presentes cuando su mensaje fue entregado? ¿Cuántas lenguas estarían especulando? No hizo la pregunta. No quería saberlo.

—Joram quiso saber quién me había enviado. —La criada comenzó a llorar—. Se lo tuve que decir, mi señora. Tuve que hacerlo. Pero lo hice en voz baja. Fue un susurro y tuvo que inclinarse y pedirme repetir lo que le decía. Entonces se adelantó y le informó al rey.

—¿Y lo escucharon todos?

La muchacha se puso pálida.

—No. Lo susurró al oído del rey.

De alguna manera eso empeoraba todo. Betsabé se estremeció.

—¿Le entregó Joram mi mensaje?

—Sí, mi señora.

—¿Se lo entregó a David?

—Sí, mi señora.

—¿Y entonces el rey te llamó a ti? ¿Te dio algún mensaje para darme? ¿Te dijo algo?

—No, mi señora, no, nada... pero ¿cómo podría decirme algo, con tanta gente cerca que escucharía y haría preguntas? Llamó...

—¿A quién?

—Al siguiente caso.

Betsabé miró hacia otro lado.

—Puedes retirarte.

—Ay, mi señora...

—*¡Vete!*

Una vez sola, Betsabé se dejó caer al piso y se cubrió el rostro. Ya era demasiado tarde para lamentar su amor por David, demasiado tarde para lamentar haberse entregado a él sin una palabra de protesta. Lo único que podía hacer era esperar y ver si David recordaba la promesa que le había hecho.

Por ahora, daba la impresión de que había decidido olvidarla por completo.

TRES



David observó a Urías mientras el soldado se acercaba al trono. Era un hombre alto, de espaldas anchas, la piel curtida y tostada por los años pasados al sol, su boca una línea dura. Se había sacado el casco de cuero y lo llevaba debajo de uno de sus brazos. David observó unas líneas grises en las sienes del hitita. Se detuvo frente al trono, dio un golpe con su puño contra el pecho e hizo una reverencia profunda ante David.

—¡Mi señor el rey!

Cuando el hitita se irguió, David inclinó la cabeza como señal del respeto debido a un hombre de coraje y lealtad comprobados, muy respetado por capitanes y comandantes, y aun por el rey. No se veía ningún asomo de curiosidad en la mirada de Urías. Era un soldado consumado, que obedecía a su comandante supremo sin hacer preguntas. David estaba seguro de que Urías obedecería cualquier cosa que le ordenara.

David se relajó y se recostó hacia atrás. Esto iba a ser fácil.

—¿Cómo está Joab? Cuéntame de la gente y de cómo avanza la guerra.

—Todo marcha bien, mi señor el rey. —Urías dio un informe detallado sobre la manera en que Joab y Abisai habían empleado a los capitanes y soldados que estaban bajo su mando. Le dio una imagen completa de la situación. Habló de las escaramuzas con las que habían empujado a los amonitas hacia el interior de la ciudad como «perros con la cola entre las patas». David se rio con él. Urías le habló del temor que había en el territorio desde que David derrotara a Hadad-ezer y a sus aliados el año anterior—. Hanún está solo. Es solo cuestión de tiempo antes de que caiga Rabá y usted reciba la corona de Hanún.

David asintió sonriendo.

—Buenas noticias, sin duda. ¿Verdad? —Miró en torno a los demás hombres en la corte, quienes recibieron con entusiasmo las novedades. Entonces volvió su atención a Urías—. Puedes marcharte, amigo. Ve a tu casa y relájate.

Urías frunció el ceño levemente.

—¡Mi señor el rey! —Volvió a golpearse el pecho con su puño, hizo una

reverencia profunda nuevamente, se irguió, dio un paso atrás y giró con la precisión de un soldado en marcha. David reprimió los celos al observar al hitita salir a zancadas de la sala del trono.

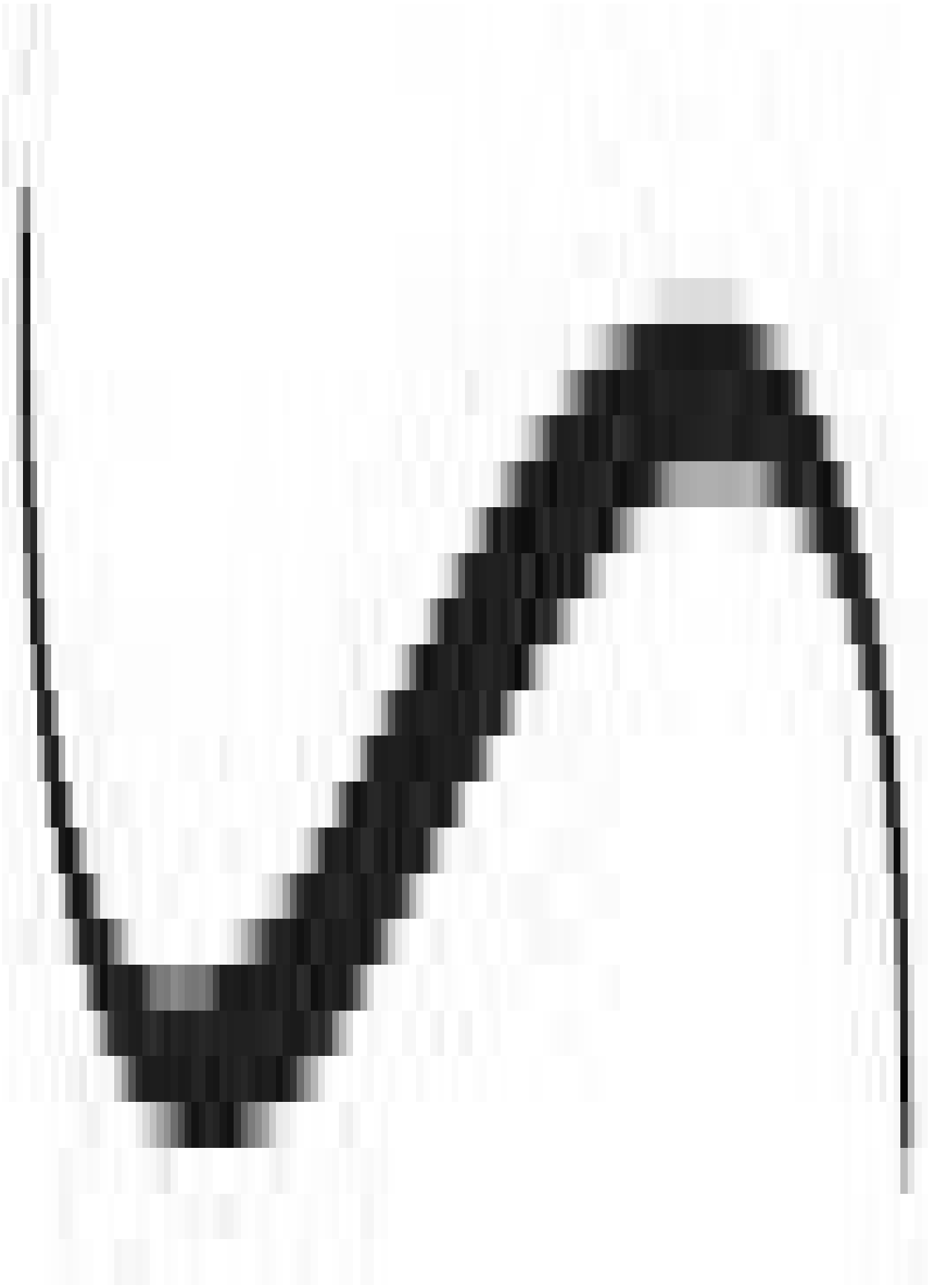
—Joram —llamó a su guardia—. Quiero que preparen una comida para Urías y su esposa, algo especial, algo que les traiga recuerdos cariñosos de su banquete de bodas—. Apretó con fuerza los brazos de su trono—. Hazla preparar y envíala de inmediato a la casa de Urías.

—Sí, mi señor.

La buena comida ayudaría a Urías a relajarse y a hacer la transición del campo de batalla a una noche pacífica en brazos de su hermosa y joven esposa.

David pasó el resto del día atendiendo los casos que la gente le presentaba. Las disputas insignificantes ponían a prueba su paciencia, pero el tiempo que pasaba resolviéndolas le evitaba pensar demasiado en Betsabé en brazos de otro hombre.

Le concedería a Urías una noche para hacer lo que se esperaba de él, y mandaría al hombre de vuelta a Joab en Rabá.



Betsabé se puso nerviosa cuando su madre la saludó en el mercado con la novedad de que habían visto a Urías entrando en Jerusalén.

«Habrá traído noticias de Rabá», dijo su madre y continuó haciendo un sinfín de especulaciones, mientras Betsabé sentía que le transpiraba todo el cuerpo. ¿Qué pensaba David? ¿Iba a confesarle el asunto a su esposo? ¿Argumentaría que ella lo había seducido mostrándose desnuda delante de él? ¿O tenía otros planes? ¿Le ofrecería regalos para absolver su culpa? Le dijo a su madre que quería prepararse para ver a su esposo y volvió de prisa a su casa, donde se quedó, caminando nerviosa de un lado a otro.

Cuando Joram y varios sirvientes del rey vinieron a su casa cargados de bandejas con comidas suculentas, en una cantidad y variedad propias para complacer a un rey, se sintió alarmada.

—¿Qué es todo esto? —Seguramente David no pensaba ir a su casa... Los vecinos verían y hablarían. ¡Toda la ciudad se enteraría de su aventura!

—Dígale a Urías que el rey le envía sus mejores deseos para una noche placentera —dijo Joram con una sonrisa irónica.

—Urías ha estado de servicio en Rabá.

—Es verdad, hasta que fue convocado por el rey para que le informara sobre la guerra. Mi señor el rey le dio permiso para regresar a su casa y pasar la noche con usted.

Ella sintió que el calor se le subía desde los dedos de los pies hasta la cabeza, cuando entendió todo lo que implicaban las palabras de Joram.

—Urías no está aquí. —Y aun si viniera a la casa, no llegaría a tocarla. ¿Tan poco conocía David a sus hombres? ¿Había olvidado la ley? Cuando un hombre era convocado a la guerra debía abstenerse de tener relaciones sexuales. Debía reservar sus energías para luchar contra los enemigos en lugar de gastarlas en su propio placer.

—Entonces lo buscaré —dijo Joram—. Le informaré la manera en que el rey lo ha honrado. —Hizo una señal a los criados y se marcharon.

¿Honrar a Urías? Betsabé se sintió llena de vergüenza al advertir la manera en que David había decidido ayudarla. ¡Estaba intentando ocultar el pecado de adulterio persuadiendo a su esposo para que durmiera con ella y creyera ser el padre de la criatura! ¿Era esta la manera en que David cumplía la promesa que le había hecho? La estaba arrastrando más profundamente al pecado, hundiéndola en mayor pena y vergüenza. Si Urías cedía a los deseos de su cuerpo, David esperaba que ella mintiera y simulara alegrarse de estar embarazada, porque todos darían por sentado que el niño era de Urías. Y él tendría que cargar con la vergüenza de haber roto su voto de abstinencia.

Ah, con cuánta claridad veía todo ahora. David, comandante del ejército de Israel, descansando en el palacio mientras su ejército libraba la guerra. El rey, inquieto y aburrido, espiándola mientras ella se bañaba, y llamándola para satisfacer su propio deseo. No le había importado que ella le perteneciera a otro hombre, alguien que había sido su amigo durante los años difíciles, cuando huía del rey Saúl. ¡Un hombre de lealtad comprobada, un hombre valiente y honrado a la vez! Y ella lo había aceptado, le había entregado su corazón y le había dado todo lo que valía. ¡Se había prostituido con su rey-ídolo, quien se recreaba mientras hombres como su esposo arriesgaban la vida para ganar sus batallas contra los enemigos de Israel!

¿Cómo podría mirar a Urías cuando llegara a su casa? ¿Cómo podría mirarlo a los ojos y sobrevivir a la angustia? ¿Cómo pudo traicionarlo de este modo? Había sucumbido a sus fantasías infantiles y se había comportado como una necia, ¡imaginando que una noche de pasión podría tener algún valor duradero para un rey! Ella había servido para saciar el deseo del hombre por una noche. No tenía valor alguno para él. ¡Probablemente se había olvidado de ella hasta que le llegó ese mensaje! ¿Había quizás maldecido la inconveniencia de su embarazo?

—¿Qué hice? —gimió, abrazándose a sí misma y meciéndose hacia adelante y atrás—. ¿Qué hice?

Joram regresó.

—Su esposo está sentado en la puerta de la casa del rey con los demás sirvientes de David. Le informé de lo que el rey había mandado en su honor. —Dio un paso adelante—. Usted debe ir a hablar con Urías, señora. Haga todo lo que sea necesario para traer a su esposo a la casa esta noche. Es el deseo del rey que lo

haga.

El deseo del rey.

Si ella cumplía su parte en el abominable plan, la reputación del rey no se vería afectada por el escándalo, ella salvaría su vida, el niño viviría y Urías nunca conocería la verdad. Ella seguiría simulando ser una esposa fiel, amorosa y obediente. Podría tener el hijo que tanto había anhelado. El pueblo no tendría que sufrir la angustia que ella estaba sintiendo ahora, si se descubría que el hombre al que ella había amado y adorado durante tantos años en realidad era sumamente imperfecto. Ya no era el muchachito carismático que había matado a Goliat y unido a la nación. Era un rey a quien el poder había corrompido, porque se había vuelto egoísta, astuto y capaz de engañar.

Betsabé se sentía impura e impotente. David le estaba ofreciendo una manera de sobrevivir. Si ella no la aceptaba, le esperaba la muerte. También moriría el niño que llevaba en sus entrañas.

—Váyase —dijo en voz baja—. Salga, y deje que yo haga lo que debo hacer. — Cerró la puerta tras Joram. Despidió a la criada por el resto de la noche, levantó su chal y salió de la casa. Se quedó en la oscuridad un largo rato y sintió que la noche la iba encerrando. Deseaba que se le ocurriera otra manera de salir del lío en el que se había metido al permitir que el rey la mirara cuando se bañaba. Mientras caminaba a la luz de la luna, levantó la mirada hacia el muro del palacio desde donde David la había contemplado. Y se dio cuenta de que aun ahora sus sentimientos hacia él no habían cambiado. ¿Cómo era posible que, con los ojos bien abiertos, todavía amara tanto a David?

Vio la puerta del palacio, cerrada durante la noche. Los guardias seguían apostados. Se acercó lentamente con el corazón en la boca. ¿Le preguntarían el nombre y el motivo de su venida? ¿O serían de los muchos soldados que la conocían de la fogata de su padre o a quienes había servido en la casa de su esposo?

Se adelantaron dos soldados.

—Mujer, ¿por qué viene a esta hora?

—Soy Betsabé, esposa de Urías. Me dijeron que mi esposo ha regresado de Rabá.

—Urías está acostado dentro del predio del palacio, con los sirvientes del rey. Está entre sus amigos.

Ella sintió el viento helado.

¿Hablaban los hombres entre sí como lo hacían las mujeres? ¿Corrían rumores entre los sirvientes del palacio? Y si así fuera, ¿quién se atrevería a decirle a Urías que su amigo, el rey, lo había traicionado?

—Le avisaré que usted está aquí —dijo el otro guardia, y se alejó. El guardia que había hablado en primer término volvió a su posición sin decir palabra. Tampoco la miraba. Betsabé entendió las implicancias del grosero trato. Estaba al tanto de su aventura con el rey.

¿Cuántos otros lo sabían?

Betsabé mantuvo su rostro cubierto mientras esperaba. La ciudad dormía y la única persona presente era el guardia, pero ella sentía que había ojos que la miraban, que veían a través de su subterfugio y dentro de su corazón. Quería encogerse y ocultarse, pero sabía que nunca podría escapar.

La puerta se estaba abriendo. El guardia reapareció seguido de Urías.

Mientras Urías se acercaba a ella, el corazón le martilleaba. Ella giró levemente y se alejó unos pasos de la puerta para poder hablar en privado. Cuando él se detuvo delante de ella, ella levantó la mirada y vio su expresión preocupada. Él estudió atentamente su rostro, pero no habló.

—El rey envió un banquete a nuestra casa para darte la bienvenida —dijo ella con voz temblorosa.

El parpadeó y la expresión que recorrió su rostro la dejó helada. Algo se había confirmado. Su rostro se puso tenso como si le hubieran dado un golpe.

—Ya veo —dijo, y no agregó nada.

¡Lo sabía!

Ella vio que los ojos de él se humedecían y sintió ganas de caer a sus pies y morir. ¿Había algo que pudiera herir más a un hombre que enterarse de que la

mujer a la que amaba lo había traicionado en la cama de otro hombre... y nada menos que en la del rey a quien amaba tanto y había servido durante tanto tiempo? Era como si ella hubiera sacado la espada de Urías de su vaina y le hubiera atravesado el corazón. Betsabé sentía la garganta tensa y caliente. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo mostrarle cuánto lo siento? Se le aflojaron las manos y el chal se deslizó desde la cabeza a los hombros mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Ay, Urías... —No pudo agregar nada. Temblaba de dolor y de vergüenza.

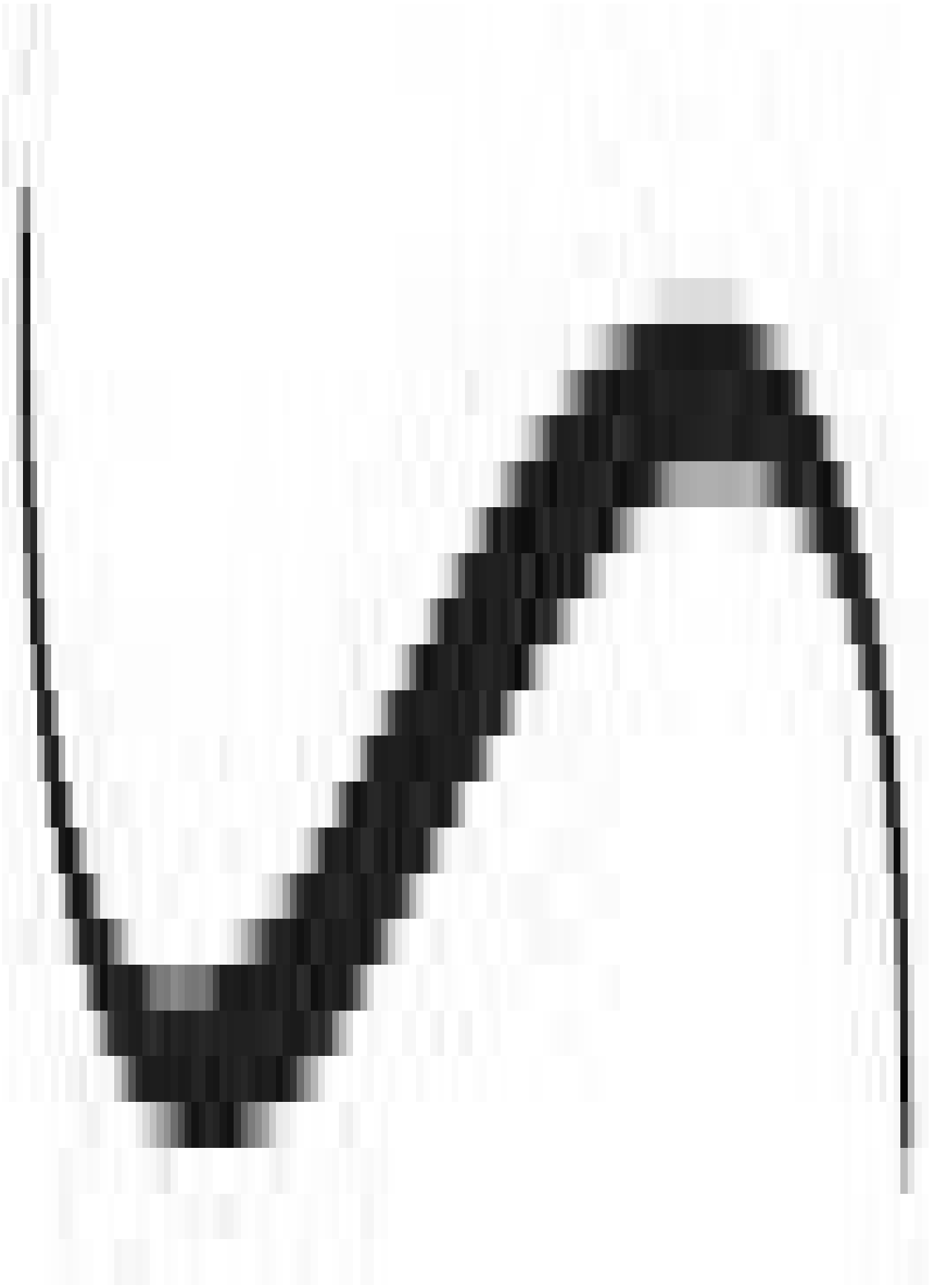
—Esperan que te mate allí donde estás —dijo con aspereza.

—Y deberías hacerlo. —¿Qué justificación podía dar? ¿Qué podía ofrecer como defensa? Aunque la conducta insensible de David la había lastimado, no podía echarle toda la culpa a él. Ella había estado dispuesta y deseosa. Ahora se daba cuenta del costo que representaba para el hombre que verdaderamente la amaba. Abatida, se puso de rodillas y encontró una piedra suficientemente grande que le llenaba la palma. Se levantó y extendió la mano—. Tienes todo el derecho.

A él se le tensó la mandíbula mientras las lágrimas le corrían por las mejillas hasta la barba. Tomó la piedra y apretó el puño. Ella podía ver cómo luchaba con sus emociones. Después de un largo momento, sacudió la cabeza y dejó caer la piedra a los pies de ella. Cuando levantó la mano, ella esperó el golpe, pero él solamente apoyó la mano suavemente contra su mejilla. Le acarició con el pulgar la piel húmeda por las lágrimas mientras la miraba a los ojos, los de él llenos de dolor y perdón. Ella puso su mano sobre la de él y cerró los ojos, llena de angustia, y sintió que él retiraba la mano.

Lo observó alejarse lentamente, los hombros caídos. Un guardia abrió la puerta del palacio apenas lo necesario para que él pasara hacia la segunda puerta, donde podía pasar la noche con otros soldados como él, hombres que habían dedicado su vida al servicio del rey. Entonces la puerta se cerró detrás de él y los guardias volvieron a sus puestos.

Betsabé nunca más vio a Urías.



David se aferró a los brazos de su trono.

—¿Qué quieres decir? ¿Urías pasó la noche con mis sirvientes en la puerta? —Se esforzó por mantener calma la voz, mientras por dentro se tensaba y hervía de ira al recordar las horas de tormento que había sufrido durante la noche pasada, imaginando a ese hitita acariciando a Betsabé. ¡Cómo se había atrevido Urías a desobedecer su orden!—. Le dije que fuera a su casa.

—Durmió con los sirvientes en la puerta del palacio, mi señor el rey.

—Tráelo. —Cuando el criado salió, David luchó para recuperar el control de sus emociones sin que las otras personas presentes en la corte sintieran curiosidad por su reacción. Se mostraría magnánimo y le daría al hitita una nueva oportunidad de arreglar la situación.

Cuando Urías entró a la corte, David hizo que salieran los demás y le sonrió a Urías mientras se acercaba.

—¿Qué es esto que escuché, amigo mío? —dijo con la actitud bromista propia de dos hombres que han sido amigos durante años—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no fuiste a tu casa anoche, después de estar tanto tiempo lejos?

Los ojos oscuros de Urías eran inescrutables.

—El arca y los ejércitos de Israel y de Judá viven en carpas, lo mismo que Joab y sus oficiales. ¿Cómo podría ir yo a casa, cenar, tomar vino y dormir con mi esposa? Juro que nunca seré culpable de actuar así.

David sintió que el calor subía a su rostro. ¿Lo estaba reprendiendo el hitita? ¿Estaba diciendo que el arca y el ejército acampaban en las carpas mientras el rey disfrutaba del ocio dentro de las paredes de su palacio? David sintió el aguijón del reproche. Respiró lentamente para enfriar el calor que corría por sus venas, se recostó hacia atrás y miró a Urías.

—Pues bien, quédate esta noche y mañana puedes regresar al frente.

Urías se volteó.

David apretó los dientes mientras veía cómo se alejaba Urías de la sala del trono. El hitita no se había dirigido a él apropiadamente como «mi señor el rey». ¿Se había olvidado el soldado de hacer la reverencia? ¿O la omisión había sido intencional?

A la mañana siguiente, Joram le dio la información de los movimientos de Urías. El hitita había permanecido en Jerusalén como se le había ordenado, pero no había ido a su casa. Impaciente y frustrado, David ordenó que se preparara un banquete suntuoso para dos, e invitó a Urías. Se sentó en su estrado, comiendo y bebiendo en presencia del hitita y alentándolo a hacer lo mismo. La comida y la bebida siempre relajaban a un hombre y estimulaban sus pensamientos hacia otros deleites sensuales. La velada resultó tortuosa, porque Urías rechazó la comida, pero bebió y conversó libremente, recordando las batallas gloriosas que habían peleado juntos. Sus palabras eran como picaduras de avispas que punzaban la conciencia de David y aumentaban su resentimiento. No necesitaba que le recordaran de qué modo le habían servido sus valientes. Pero ¿quién los había conducido? ¡David! ¡Sin él, los valientes no habrían sido más que una banda de merodeadores!

Levantando la copa, Urías brindó por David.

—Por el muchachito pastor al que hicimos rey —Lloró mientras vaciaba su copa.

David se sintió disgustado por el despliegue de emociones del hombre. El hitita no podía controlar su borrachera. David ansiaba verlo marcharse. Se levantó y bajó de su estrado. Tomó al hitita del brazo y lo obligó a pararse.

—Suficiente por hoy, viejo amigo. —Le dio una palmada en la espalda—. Vete a tu casa.

David lo miró mientras salía tambaleante de la habitación.

Joram entró un poco después.

—Duerme junto a la puerta, mi señor el rey.

—Me ocuparé de él en la mañana. —Airado, David se retiró, pero durmió inquieto. Alguien trataba de hablarle, pero él sabía que no quería escuchar lo que la Voz le decía. Gimiendo, se despertó empapado de sudor. Se sentó al borde de

la cama que había compartido con Betsabé y pensó en la promesa que le había hecho. Inclinó la cabeza y la sostuvo entre las manos. Urías no había cooperado, de modo que tendría que pensar en otra manera de ayudarla. Lástima que el hitita no hubiera muerto en Rabá. Entonces no habría problema, porque él podría...

Levantó la cabeza. Surgió otro plan, uno definitivo y perfecto, uno que le daría lo que más deseaba: a Betsabé.

David se levantó y fue a su mesa de trabajo, donde había compuesto alguno de sus más hermosos salmos. Preparó tinta en un pequeño recipiente, sumergió su pluma y comenzó a escribir órdenes para Joab, comandante de su ejército: «Pon a Urías en las líneas del frente, donde la batalla sea más violenta. Luego retrocedan, para que lo maten».

David sabía que Joab, más que cualquier otro, entendería la necesidad de guardar discreción. También entendería las pasiones del corazón de un hombre. Después de todo, Joab había matado a un hombre por venganza. Haría cualquier cosa que David le dijera, sin hacer preguntas... y sin juzgarlo. Más aun, probablemente admiraría la astucia del rey.

David enrolló el pequeño pergamino, derritió cera y presionó en ella con su anillo para dejar sellado el mensaje. Después se levantó, se vistió y entró a la corte. «Tráiganme a Urías el hitita».

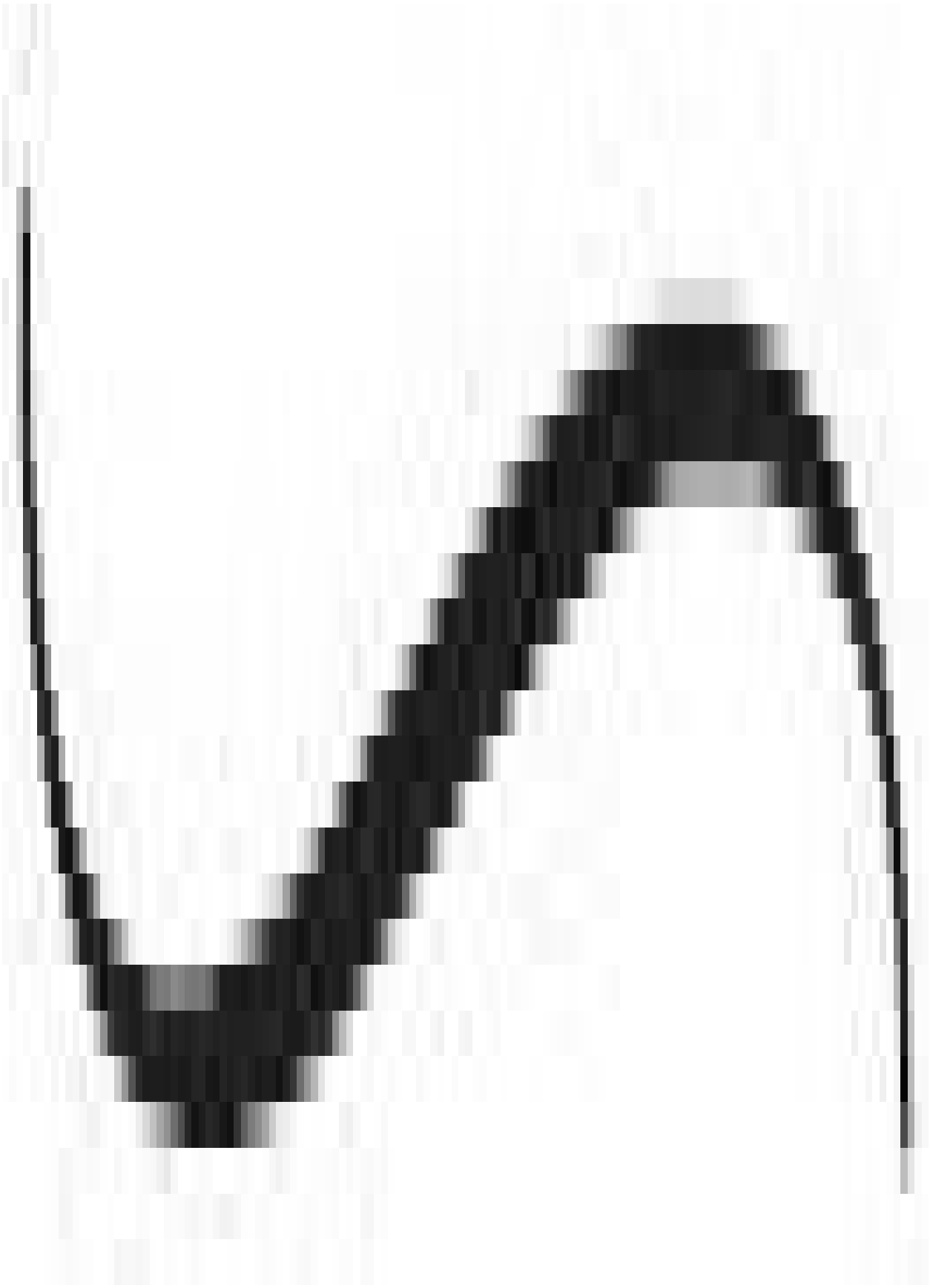
Minutos más tarde, Urías entró a la sala. David observó que él también se había lavado. Se adelantó con paso erguido, sin mostrar efecto alguno de la noche de borrachera. Se detuvo delante del trono, pero no dijo nada. Tampoco flexionó la rodilla ni llevó su puño contra el pecho con una reverencia, como había hecho el día de su llegada. Se quedó en silencio, esperando.

David le extendió el pequeño rollo sellado.

—Entrégale esto a Joab. —Su corazón latió diez veces hasta que Urías se acercó, extendió el brazo y tomó el rollo de la mano del rey. Cuando los dedos de Urías rozaron levemente los suyos, David retiró la mano y fulminó al hitita con la mirada. Lo que vio le hizo saltar el corazón. Una expresión de pesar. Y de aceptación.

El hombre sabía que estaba recibiendo su propia sentencia de muerte.

Urías metió el rollo dentro de su armadura, contra su corazón. Luego giró y salió de la corte con el porte de un soldado valiente que parte una vez más a demostrar su lealtad al rey.



Betsabé no estaba preparada para recibir la noticia que llegó a su casa.

—Tu esposo, Urías, murió en la batalla en Rabá.

Ella se quedó rígida ante el soldado.

—¿Qué?

—Que tu esposo ha muerto.

—No. ¡No! —Cuando se le aflojaron las piernas, su criada la sostuvo.

—Ay, mi señora, mi señora...

Betsabé se meció hacia adelante y atrás, sollozando y exclamando lamentos. Las mujeres salieron de sus casas a lo largo de la calle cuando Betsabé se sentó en la puerta de su casa, desgarró el cuello de su vestido y se echó polvo en la cabeza, como era la costumbre.

A medida que pasaba el día, se oyó a otras mujeres que lamentaban a sus muertos, pero Betsabé estaba demasiado inmersa en su propio sufrimiento para preguntarse por qué había tantas personas haciendo duelo. Solo cuando llegó su madre, sintió las garras de las sospechas que se clavaban en ella. Betsabé no había oído todas las noticias de Rabá, ni había escuchado los rumores y los chismes que desbordaban del palacio y la corte del rey hacia las calles de Jerusalén.

—¡El esposo de tu prima Miriam ha muerto! También el esposo de Habala. Tu esposo Urías no fue el único hombre que murió frente a los muros de Rabá. —Se arrodilló delante de Betsabé y la fulminó con la mirada—. Dime qué significa, hija. ¡Dímelo!

Confundida y asustada, Betsabé se distanció del cinismo que veía brillar en los ojos de su madre. ¿Qué quería decir? ¿Por qué tendrían que ver algo con ella estas muertes?

—¿Cómo podría saber yo lo que ocurrió en Rabá, madre? —¿Por qué la culpaba su madre por una batalla que había tenido lugar a cientos de kilómetros de

Jerusalén? ¡No tenía sentido!

—¿Acaso no sabes cómo habla la gente? Las cosas hechas en la oscuridad siempre salen a la luz. Dime acerca del mensaje del rey, Betsabé.

Betsabé se alarmó aún más.

—¿Qué mensaje?

—¡El que recibió Joab justo antes de enviar a los hombres hacia los muros! Joab no eligió un sitio débil donde la victoria fuera segura. Eligió un lugar donde estaban emplazados los amonitas más valientes. Salieron de la ciudad y presentaron batalla, y entonces cayeron los siervos de David. —Aferró con fuerza el brazo de Betsabé—. El primo de tu padre, que sirve al rey, creía que David iba a llorar al recibir la noticia de tantas muertes innecesarias. ¡Pero no lo hizo! Tampoco parecía sorprendido. ¡Dime por qué, Betsabé!

—¡No lo sé! —jadeó Betsabé, el rostro enrojecido—. ¿Por qué me preguntas a mí? —Trató de liberarse, pero los dedos de su madre se hundieron en su brazo —. ¡Madre! ¡Me estás lastimando!

—¡Dímelo, niña malvada! ¿Por qué Joab, un comandante tan sabio en cuestiones de batalla, enviaría a los hombres tan cerca del muro? —Le dio un fuerte tirón a Betsabé—. Joab sabe, como lo saben todos, cómo murió el rey Abimelec, hijo de Gedeón, por una piedra de molino que una mujer le lanzó desde el muro. ¡Hasta lo mencionó en el mensaje que le envió al rey! ¡No hay peor humillación para un hombre que ser destruido por una mujer! Ay, hija mía, ¿qué has hecho?

Betsabé sintió que la frialdad del estómago se filtraba a sus venas.

—¡Nada! ¡No hice nada!

—¡Nada! —repitió su madre con desdén—. El mensajero dijo: “También murió Urías el hitita”, ¡como si esa fuera la noticia que el rey esperaba oír!

Betsabé sintió que su rostro palidecía.

—No. —Se ahogó—. ¡No! —Sacudió la cabeza, negándose a creer la acusación que le hacían a David—. Eran amigos —tartamudeó—. David nunca...

—¿David lo llamas? ¿Sabes lo que dijo David cuando recibió la noticia de la muerte de tu esposo? Mandó que le dijeran a Joab que no se desanimara, ¡porque la espada mata a unos y a otros! —escupió las palabras con amargura, su cara arrasada por los sentimientos—. ¡Tu padre está en Rabá!

—¡Yo no sabía que esto iba a ocurrir! ¿Cómo podía saberlo?

Su madre la soltó y dio un paso atrás.

—¡Así que los rumores son ciertos! —Se veía descompuesta, desolada de dolor —. Hace algo más de un mes amenacé a una mujer que decía haberte visto cuando te hacían entrar al palacio. Oré para que los rumores sobre el rey y tú fueran falsos. Le dije a la mujer que no repitiera esas mentiras. ¡Mentiras! ¡Debería haber sabido lo que harías si alguna vez tenías la oportunidad! ¡Eres una despreocupada!

Llorando, Betsabé se agachó y se cubrió la cabeza.

—Ay, ay... —Su madre gemía y se acunaba—. ¿Qué nos has hecho? Ay, ay, ay...

Jadeando entre sollozos ahogados, Betsabé confesó.

—David me vio desde la azotea del palacio cuando me estaba bañando. Me mandó a llamar. ¿Qué podía hacer yo? ¡Es el rey! —Su madre le dio una cachetada con fuerza en el rostro. Betsabé retrocedió y levantó un brazo para protegerse.

—¿Y qué hiciste? —espetó su madre—. ¿Te cubriste? ¿Buscaste mi ayuda? Cuando él te llamó, ¿hiciste como Abigail y le dijiste que eso acarrearía pecado sobre él? ¡No hiciste nada de eso! ¡Puedo ver la culpa sobre ti, niña necia y perversa! ¡Ramera! Nos has destruido a todos.

Betsabé temblaba frente a la furia de su madre.

—No tuve intención de lastimar a nadie.

—¡Hace años te dije que David no era para ti! ¡Te lo dije una y otra vez! ¿Por qué no me escuchaste? ¡Mataste a tu propio marido!

—¡Yo no maté a Urías! ¡Yo no lo hice! Solo quería una noche en los brazos del

hombre que amo, el hombre que siempre amé. ¡Tú lo sabías! ¿Trataste de ayudarme? ¡Tú siempre lo supiste! ¡Yo no quería lastimar a nadie!

—¿Y crees que el amor justifica lo que has hecho? ¡Otros hombres lucharon junto a Urías cerca de los muros de Rabá! ¡Los hombres murieron por lo que tú querías! —Volvió a darle una bofetada a Betsabé, sollozando con rabia y angustia—. ¡Has traído vergüenza sobre mi casa! ¡Has traído vergüenza sobre tu padre! ¡Vergüenza sobre Ahitofel! ¿Crees que alguna vez te perdonarán? ¡Habría sido mejor que me hubiera muerto al dar a luz antes que darle vida a alguien como tú! ¡Hija desobediente! ¡Habría sido mejor que nacieras muerta!

Betsabé esquivó otro golpe.

—¡Llevo en mi vientre al hijo de David!

La madre murmuró otro sollozo ahogado y cayó de rodillas.

—Ayyyy... —aulló, tapándose los oídos con las manos—. Ayyyy...

Betsabé lloraba.

—¡No era mi intención que esto sucediera, madre! ¡Tienes que creerme!

—¿Qué importa lo que yo crea? ¡Necia! ¿Cuántos han muerto por tu causa? Todo caerá sobre tu cabeza. ¿Piensas que la gente no se enterará de lo que hizo el rey por causa tuya? Hay viudas por toda la ciudad que te maldecirán a ti y también al rey. ¿Y crees que los hijos que hoy han quedado huérfanos se levantarán para alabar el nombre de David? ¿Crees que tomarán las armas en su defensa? ¡Lo odiarán cada vez que respiren! Procurarán su destrucción. ¿Y qué de los Treinta Valientes que lucharon con Urías a favor de David? ¿Y de tu padre y de todos los que se mantuvieron cerca de David durante sus años en el desierto? ¿Qué pensarán ahora de su rey? ¿Merece su lealtad y que derramen su sangre? ¿Qué harán tu padre y tu abuelo cuando sepan que David asesinó a Urías para conseguirte? Eres de su carne y de su sangre, y los has traicionado. No volverán a mirarte nunca más. La gente escupirá al suelo cuando pases, por ser una despreocupada. ¡No volverán a nombrarte! ¡Maldecirán el día en que naciste! ¡Y buscarán vengarse del hombre que arruinó la reputación de su casa! —Su madre desgarró el cuello de su vestido como un gesto de duelo—. ¡Estás muerta para mí, muerta para todos nosotros!

Horrorizada, Betsabé tendió las manos, llorando y suplicando. Su madre las apartó de un golpe y se puso de pie. Betsabé se incorporó sobre sus rodillas y se aferró al vestido de su madre.

—¡Madre, por favor! ¡Pídeles que razonen!

Su madre la apartó.

—¿Razonar? ¿Tú te atreves a hablar de razones? —La pateó.

Temerosa por su niño, Betsabé se encogió y se hizo un ovillo, pero su madre no volvió a golpearla.

—¡Eres maldita entre las mujeres! ¡Tu nombre significará adúltera! ¡Nadie pronunciará tu nombre mientras yo viva! —Escupió sobre ella y caminó hasta la puerta. Allí se quedó, dándole la espalda a Betsabé—. ¡Que el Señor Dios de Israel, me dé la muerte si tu nombre vuelve a salir de mi boca alguna vez! ¡Que Dios te haga a ti lo que tú le has hecho a otros! —Corrió a la calle, dejando la puerta entreabierta.

Betsabé se arrastró hasta la puerta, la cerró y la trabó.

En los días que siguieron, hizo duelo por la pérdida de su esposo, por la pérdida de otros que habían luchado a su lado, por la pérdida de su familia, la pérdida de su propia reputación, así como la del rey al que seguía amando con desesperación. Hizo duelo por el caos que sabía se iba a producir por causa de su pecado con el rey y el asesinato de su esposo. Ayunó y lloró por Urías, recogiendo sus lágrimas en una botellita que usaba colgada de su cuello. Se cubrió la cabeza con ceniza.

Concluyó el período formal de siete días de duelo, pero el dolor y la vergüenza no se terminaban. Se profundizaron sus temores, marchitándole el alma. Durante las oscuras horas de la noche, Betsabé entendió por qué era tan elogiada la pureza. Ella estaba pagando el costo de la desobediencia, y el precio era más alto de lo que jamás podría haber imaginado. Una noche de pasión le costaría toda una vida de desesperación.

Y el costo para otros...

Los soldados entraron en su casa ocho días después de haber recibido Betsabé la

noticia de la muerte de su esposo.

—Tenemos órdenes de llevar a la esposa de Urías al palacio.

La esposa de Urías.

Betsabé apretó contra su pecho la botellita cargada con sus lágrimas. El capitán de la guardia dio un paso adelante.

—Debe venir.

Betsabé salió de su casa sin llevar nada. Caminó por el centro de la calle con una escolta de seis soldados. Se preguntó si David la estaba honrando o solo protegiéndola. Las mujeres se asomaron para observar la procesión. Una de ellas escupió al suelo cuando pasaba. Era como si todos los ojos de Jerusalén estuvieran sobre ella: ojos de sospecha, miradas de odio. Oyó que la gente murmuraba.

Esta vez los guardias no la llevaron por la puerta lateral. La escoltaron por la entrada principal del palacio. El rey tomaba por esposa a la viuda de uno de sus valientes fallecidos. Quizás se había propuesto hacer un espectáculo de su gran bondad, porque, después de todo, ella era tan solo una mujer común, la hija de un guerrero, la nieta de un consejero militar.

Nadie cayó en el engaño.

Excepto, quizás, el rey.

CUATRO



David esperaba con ansias la llegada de su nueva esposa. Cuando oyó llamar a la puerta, la abrió él mismo. Vio a Joram delante de él. Este dio un paso al costado y David vio una figura de negro con la cabeza inclinada. Se le aceleró el pulso.

—La esposa de Urías el hitita, mi señor el rey —dijo Joram sin rodeos.

David irguió la cabeza bruscamente.

—No te refieras más a ella de ese modo. —Le hizo un gesto con la cabeza para que se retirara. No quería que nada le recordara que antes había pertenecido a otro hombre. Ahora le pertenecía a él. Lo demás no importaba. Mientras se apagaban los pasos de Joram, David comenzó a calmarse.

—Betsabé —Su voz sonaba ronca. Ella seguía de pie mirando al suelo como una virgen tímida. —Ah, mi amor —susurró. Le tomó la mano—. Te extrañé. —Ella tembló levemente cuando dio un paso vacilante para entrar. Tenía los dedos fríos. ¿Estaba temblando por la misma necesidad que sentía él? La llevó a su habitación—. Ya no tienes que sentir miedo. —Cerró la puerta detrás de ella—. Estás conmigo ahora y siempre lo estarás. Nuestro niño nacerá sin que lo cubra ninguna nube.

Ella no dijo nada.

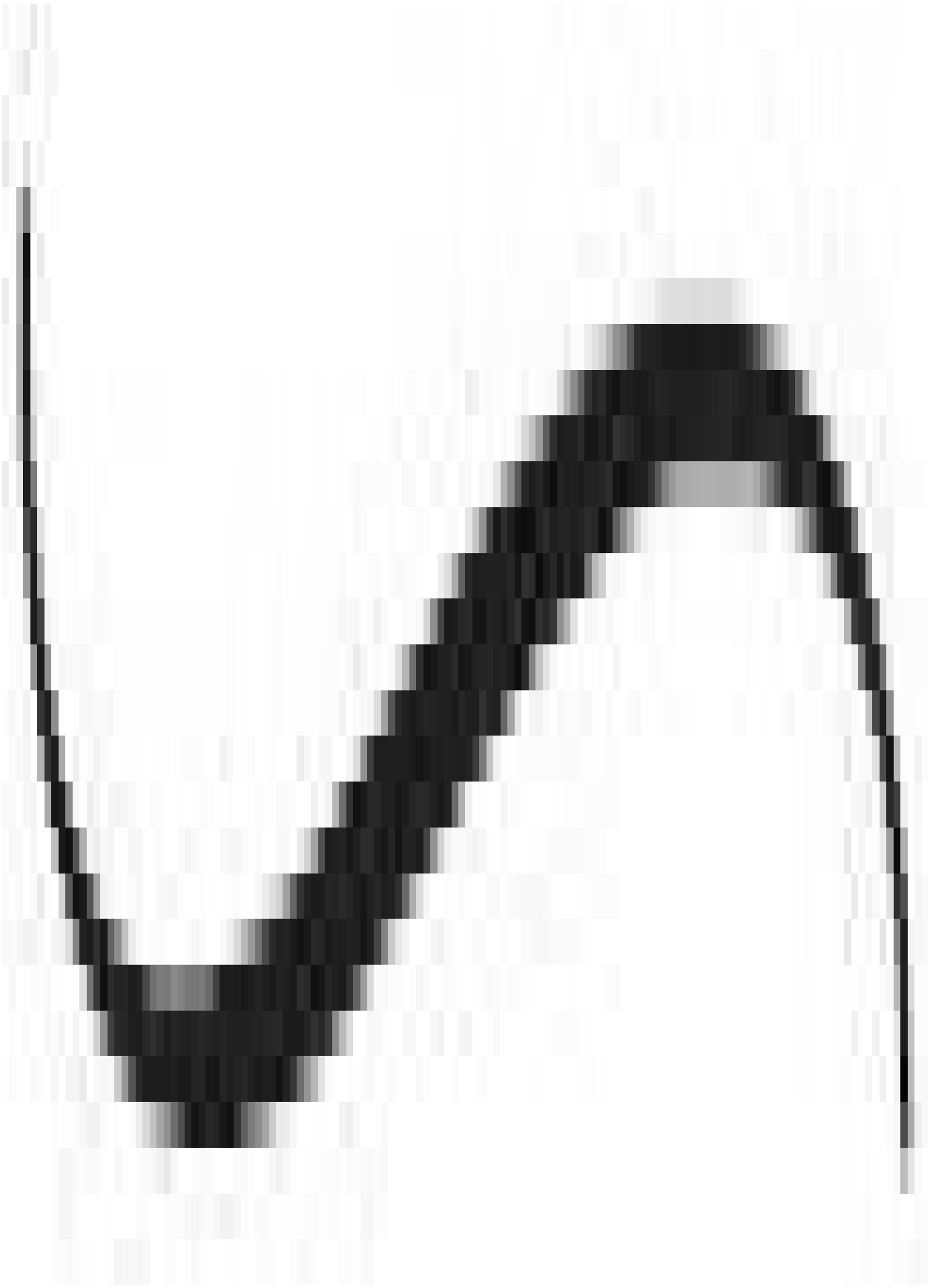
Perturbado por su silencio, David la hizo girar para que lo mirara de frente y le levantó el mentón. Tenía la cara más delgada y estaba tan pálida como el alabastro. Él le retiró el velo, y cuando vio la pequeña botellita en el cordón, lo atraparon los celos. La levantó con burla.

—¿Tanto lo amabas?

—Amaba a Urías —respondió suavemente. Levantó la cabeza. Tenía los ojos oscurecidos por el dolor—. Pero no como te he amado a ti. Siempre fuiste el hombre de mis sueños. —Extendió la mano libre con la palma hacia arriba—. El hombre que tuvo mi corazón en la palma de su mano. —Cerró el puño y los ojos se le llenaron de lágrimas.

David le tocó la mejilla y se maravilló de la suavidad de su piel. Era la mujer más hermosa de su reino, y ahora le pertenecía.

—Nunca sabrás cuánto te amo, Betsabé. —La vio estremecerse y le tomó el rostro entre las manos. —Ahora eres mi esposa. —Ignorando la aflicción que veía en su mirada, retiró la botellita de lágrimas y la arrojó a un costado—. Olvídalo. Te trataré como a una reina. —Se inclinó y la besó, suavemente al principio, hasta sintió que ella respondía—. Todas las demás mujeres no son nada en comparación contigo. —Hundió sus dedos en el cabello de ella.



De pie junto a su puerta, David leyó la nota que Joram traía de parte de uno de sus consejeros. Había cuestiones de Estado que lo requerían. Arrugó el mensaje con impaciencia. No necesitaba que le recordaran que era responsable de la vida de su pueblo, y que era hora de regresar a los asuntos de la nación. Joram esperaba silencioso, mirando directamente hacia adelante.

—Convoca al eunuco que está a cargo de mi harén —dijo David en voz baja para no perturbar el sueño de Betsabé.

—Si, mi señor el rey.

David se volvió y cerró suavemente la puerta tras de sí.

Cruzó la habitación y se quedó de pie junto a la cama, mirando a su esposa. Era bellísima. Nunca había visto una mujer más hermosa, y sabía que se mantendría bella para siempre. Como la Sara de Abraham. Sonrió, tomó una hebra de cabello negro y lo frotó entre sus dedos. Parecía seda gruesa. Ya no estaría atormentado por su ausencia. Ahora ella le pertenecía. Podía llamarla cada vez que quisiera.

Se sentó al borde de la cama, sonriendo. Se inclinó, la besó y la miró mientras se despertaba. Ella se desperezó y suspiró suavemente. Cuando lo miró, David se dio cuenta de que Betsabé ya no tenía la mirada luminosa de adoración como cuando era niña. El amor que mostraba estaba mezclado con una consciencia inquieta. Él no preguntó el motivo. Ella se estiró y le tocó la frente. Él le tomó la mano y la besó en la palma.

—No quiero dejarte, pero debo hacerlo.

—Eres el rey.

—Te han preparado una habitación. —Acarició un zarcillo en el bucle de cabello a un lado de su frente—. Cualquier cosa que necesites o desees, solo tienes que decírselo al responsable del harén. Él se encargará.

A ella se le colorearon las mejillas. Él vio que los ojos se le humedecían.

Desbordado de emociones que no lograba identificar, David se impacientó.

—Arriba, mi amor. —¡No tenía tiempo para lágrimas de novia!—. No podemos pasarnos el resto de la vida en la cama. —Se levantó y se alejó. Las mantas crujieron detrás de él y se volvió a mirar, con la intención de disfrutar el placer de observarla mientras se vestía. Ella se estiró para recoger su vestido de viuda. —¡No! —Le arrebató la vestimenta, la enrolló y la arrojó a una esquina. Sacudido por la fuerza de sus emociones, la fulminó con la mirada.

—¿Debo entrar a tu harén desnuda, mi señor el rey?

Él cruzó a paso vivo la habitación y tomó una de sus túnicas.

—¡Ponte esto! —Se la arrojó a las manos. Ella temblaba violentamente mientras se la ponía. El dobladillo púrpura se arremolinaba alrededor de sus pies. Parecía muy joven y vulnerable; él recordó a la niñita que lo había seguido hasta el arroyo en En-gadi—. Lo siento, Betsabé.

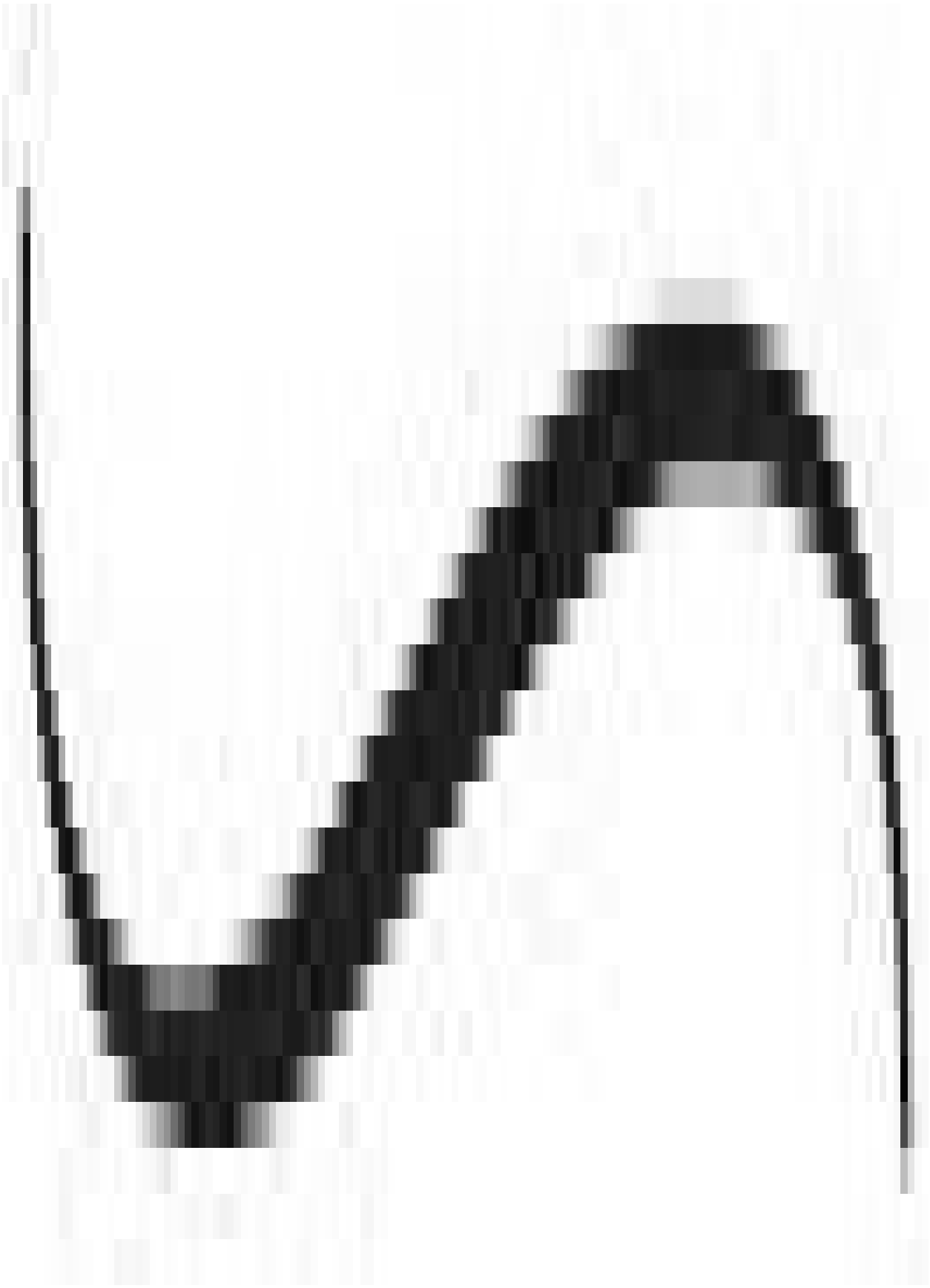
Se oyó un golpe en la puerta y ambos se sobresaltaron. Él sabía que había llegado el eunuco para llevarla a sus habitaciones.

—¡Entra! —dijo, y se abrió la puerta. Betsabé miró al sirviente, pero no se adelantó hacia él—. Volveré a llamarte pronto —dijo David con intención. ¿Por qué habría de sentirse culpable? ¿Acaso ella no entendía que él era un rey?

Los ojos de ella parpadearon. Se le sonrojaron las mejillas mientras hacía una reverencia profunda.

—Estoy a sus órdenes, mi señor el rey. —Cuando ella se irguió, él vio una lágrima que se deslizaba por su mejilla antes de que se volteara rápidamente. Betsabé salió de la habitación tras el eunuco.

David se frotó el pecho, preguntándose por qué le dolía tanto el corazón si todo estaba saliendo tal como lo había planeado.



Las habitaciones de Betsabé eran suntuosas, y tenía una nueva vida de ocio y lujo. Disfrutaba de hermosas vestimentas, comida abundante y la protección del rey. Nunca estaba sola, porque en el palacio de David vivían más de doscientas personas: seis de sus otras esposas, sus numerosas criadas, sus hijos, sirvientes, secretarios, operarios, trabajadores, niñeras, conserjes, cocineros, guardias, porteros, mayordomos y artesanos. También había criados fieles ya ancianos y antiguos soldados que no podían pelear más. Un flujo de visitantes iba y venía al palacio cuando las esposas de David recibían la visita de sus parientes y los agasajaban.

Nadie venía a visitar a Betsabé.

Cuando las esposas de David se reunían para la cena, no la incluían en su conversación; ni siquiera reconocían su presencia. Los hijos mayores de David sí la miraban —de un modo significativo: Amnón, el mayor, con lascivia. Absalón, con desprecio. Esas mujeres y sus hijos eran ahora su familia, y el día que Betsabé había sido conducida a las habitaciones de las mujeres, Ahinoam había dicho lo que muchas de ellas pensaban: «¡Así que esta es la ramera del rey!».

Recordó que años atrás había escuchado a su abuelo decirle a su padre: «Nunca confíes en nadie que no sea de tu familia». Pero Betsabé sabía que nunca iba a poder confiar en ninguna de esas mujeres ni en sus hijos, y que su propio hijo siempre estaría en peligro.

Los días la fueron consumiendo como el río a la roca. Las palabras susurradas eran una constante corriente de crueldad, lastimándola de manera dolorosa, curtiéndola. Betsabé se sentaba a solas, consolándose con el amor hacia el niño que llevaba en su vientre. Cuando el niño llegara, no se lo daría a una nodriza para que lo amamantara ni a una niñera. Lo retendría consigo y le daría su amor. Y si era una niña, la cuidaría y la formaría ella misma hasta que se hiciera mujer en lugar de confiarla al cuidado de otros. Y seguía esperanzada. ¡Que el niño sea un hijo del que David esté orgulloso!

Esperó que pasara un mes antes de dejar correr la noticia de que estaba embarazada del rey. Había algunos en el palacio cuya lealtad hacia David era tan profunda que se negaban a pensar mal de él, sin importar lo que murmuraran los demás. Se alegraron de que la casa del rey creciera con la llegada de otro niño.

Por el contrario, muchos otros la miraban de reojo, con una mueca socarrona. Algunos otros ni siquiera la miraban.

Las esposas pasaban un día tras otro entreteniéndose con juegos, música y charlas. Algunas ocupaban las horas haciendo artesanías. Cuando les llegaba el mensaje de que el rey pasaría la noche con alguna de ellas, concentraban toda su energía en prepararse para esa visita. Cada una se esforzaba por superar a las demás en mejorar su belleza. Se acicalaban y se alborotaban, enviando a sus criadas de acá para allá a conseguir cualquier cosa que pudiera llamar la atención de David. Ahinoam usaba kohl egipcio y rímel persa. Maaca se pintaba las uñas de los pies con alheña y usaba tobilleras. Todas se trenzaban el cabello y se ungían con perfume. Betsabé se bañaba, se cepillaba el cabello hasta que brillaba y los rizos caían sobre sus hombros y por su espalda, y usaba el vestido sencillo de una mujer común. Que David la recordara como había sido, no en lo que se había convertido.

David entró a la habitación, y a ella se le aceleró el corazón. Observó mientras él miraba a cada una. Sus ojos se detuvieron brevemente sobre ella, y la mirada le resplandecía con calidez. Pero miró a otro lado y habló con Ahinoam, quien le acariciaba el brazo y le sonreía como si él fuera la luna y las estrellas. Aunque no se quedaba mucho tiempo, David caminaba por la habitación, deteniéndose aquí y allá, dándole algo de atención a cada una.

Betsabé observó sus movimientos con angustia creciente. Él saludó a cada mujer con una sonrisa, les habló amigablemente, y las cautivó con una caricia. Era tan apuesto... ¿quién podría no amarlo? Ella sentía un rayo de dolor cada vez que él rozaba sus nudillos en otro rostro volcado hacia él, cada vez que tomaba una mano y la besaba, cada vez que decía una palabra dulce o se reía. Las mujeres coqueteaban con descaro, algunas con tanto descaro que Betsabé quería gritar y arrancarles el cabello. Pero se quedó en su asiento, simulando una calma que no sentía. Cuando David tomó asiento sobre un cojín, lo rodearon y lo acariciaron. A ella la miró solo una vez más; pero fue muy poco consuelo ver que se le oscurecían los ojos, porque alguien captó su atención casi de inmediato.

¡De modo que este era el sufrimiento del que le había advertido su madre! ¿No había intentado decirle en qué consistía ser esposa de David? «Una entre muchas». ¿Podía haber peor agonía que ver al hombre que amaba ser mimado y acariciado por otras seis mujeres? Se dio vuelta para no tener que soportarlo.

Entonces David se acercó a ella.

—¿Estás bien, Betsabé? —Ella estaba demasiado dolida para responder, temerosa de que, si hablaba, les daría a las mujeres alimento para atormentarla todavía más una vez que David se marchara. —¿Betsabé? —habló en un susurro con voz ronca y se inclinó para girarle el rostro de modo que lo mirara. Él indagó en sus ojos, los de él hambrientos y atribulados—. Trata de entender. No puedo ceder a lo que deseo y abandonar a todas las demás.

La ironía de sus palabras la hizo mirar en otra dirección. ¿Acaso ella no había abandonado a todos por él? ¿No estaba su esposo muerto ahora porque ella había cedido a lo que deseaba, sin tomar en cuenta las consecuencias?

—Betsabé —dijo él nuevamente, pronunciando su nombre en un suave gemido. Las demás miraban como una manada de leonas.

—Por supuesto que entiendo —susurró ella, mirándolo a los ojos y deseando que no se diera cuenta de su desesperación. El entendimiento solo lograba aumentar su sufrimiento. Después de todo, él era un rey. Y un rey debía tener muchas esposas para hacer crecer su casa con hijos. Ahora que ya se sabía que ella estaba embarazada, ¿qué necesidad tenía él de llevarla a la cama? Recordó las palabras de su madre: «Cuando seas mayor entenderás que es más sabio adorar a Dios y no a un hombre».

¡Debía madurar y renunciar a sus fantasías! ¡Debía enfrentar sus circunstancias! El escándalo sería mayor si el rey la convocaba ahora que ya se sabía de su embarazo. Todos sabían que la única razón por la que un rey invitaba a una esposa era para engendrar más hijos. Ella y David no podrían estar a solas hasta que naciera la criatura y ella hubiera cumplido los ritos de purificación: cuarenta días para un niño y ochenta para una niña. ¡Ay, que sea un varón!

El corazón se le estrujó al pensar en los meses de soledad que tenía por delante. Estas mujeres la despreciaban; era el objeto de sus celos y víctima de su constante chismorreo. ¿Qué derecho tenía ella de resentirse? ¡Todo lo que decían era cierto!

David le rozó la mejilla con los dedos y se levantó. Con el corazón cargado, lo vio marcharse. Inclinó la cabeza, retomó su bordado y evitó mirarlo por el resto de la tarde. Tenía el corazón agitado y sentía que un sudor frío le cubría la frente. Sabía exactamente cuánto tiempo dedicaba a hablarle a cada esposa. ¡Jamás

había imaginado que sus dulces sueños de David podrían convertirse en semejante pesadilla! Cuando el rey finalmente se levantó para dejar la compañía de sus esposas, se sintió desgarrada entre el terror y el alivio. Ella se dio cuenta cuando él la miró, pero no levantó la vista. Constantemente pensaba en la manera en que él solía cantarles a sus hombres, alrededor de la fogata, pasando la vista de uno al siguiente. El rey no la consideraba más ni menos que a cualquiera de las otras mujeres en la habitación. Ella era simplemente una más de quienes ansiaban estar en su compañía. Su madre se lo había repetido una y otra vez, pero ahora la vida se lo estaba enseñando.

Las mujeres se relajaron en cuanto las puertas se cerraron detrás del rey. Dejaron de competir por su atención. Algunas conversaban. Otras holgazaneaban, indolentes. Otras regresaron a sus tareas manuales. Cuando el eunuco entró en la habitación, todas quedaron en silencio.

—Abigail —dijo, y ella se levantó rápidamente con las mejillas sonrojadas mientras lo seguía saliendo de la habitación.

¡Betsabé jamás había sentido tanto dolor! ¡Era como si le arrancaran el corazón! Maaca sonrió con picardía. Cubriéndose la boca con la mano, Haguit le susurró algo a Egla, y esta se reía y miraba a Betsabé desde el otro lado de la habitación. ¿Se le notaría la angustia? Deseaba dar un salto y huir. Deseaba encerrarse en su habitación privada y llorar a gritos su dolor.

Ahinoam gimoteó.

—¿Por qué llama a Abigail? Hace meses que no la invita. Además, ya es demasiado vieja para darle otro hijo.

—Mejor que sea ella y no otra cuyo nombre no quiero mencionar.

Maaca miró con desprecio a Betsabé.

—Quizás David ansía la compañía de una mujer virtuosa.

A Betsabé le subieron como bilis a la garganta unas palabras de represalia, pero las contuvo. ¿Por qué echar aceite al fuego? Y además, ¿qué argumento tenía? Ella había sido infiel. Recogió su costura, se puso de pie, inclinó la cabeza y salió serenamente de la habitación, negándose a darles más oportunidades de atravesarle el corazón. Una vez que la puerta de su habitación quedó firmemente

cerrada, se dejó caer al suelo y sofocó sus sollozos con una almohada.

Esa noche durmió poco, torturada al pensar en David y Abigail. Se levantó temprano y salió a caminar sola por el jardín interior. Se sentó bajo un olivo y agachó la cabeza, temerosa de orar. ¿Cómo podía pedirle atención a Dios, si la paga del pecado era la muerte? Pasó las manos lentamente sobre su abdomen, dejando que el amor la distrajera de la angustia. Dedicaría la vida a su hijo. Al hijo de David.

—¿Betsabé?

Sobresaltada, miró a Abigail.

—Vengo de donde el rey —dijo la mujer mayor.

A Betsabé se le estrujó el corazón. Apretó sus manos sobre su falda y el vientre se le contrajo. ¿Quería Abigail regodearse sobre la noche que había pasado en brazos de David? Betsabé hizo un esfuerzo por mantenerse en silencio, y se negó a mostrar cómo se sentía.

La tercera esposa de David la analizó por unos instantes.

—¿Puedo sentarme?

—Si lo deseas.

Abigail se sentó a su lado.

—No he venido a causarte más sufrimiento, Betsabé. —Miró hacia abajo y sacudió polvo inexistente de su vestido—. Anoche David me preguntó si te estás adaptando a la vida del palacio. Le dije que has mostrado gran dignidad. Preguntó si has estado bien, y le dije que no te he oído pronunciar una sola queja. Preguntó si has recibido visitas, y le dije que no que yo supiera. —Soltó una risa entrecortada—. Supongo que nuestro esposo sintió que podía hablar de estas cosas conmigo porque soy mayor que él y antes estuve casada con otro hombre. Supongo que él piensa que yo entendería tus sentimientos mejor que cualquier otra persona del palacio. —Tomó aire y lo soltó lentamente—. También me preguntó si todavía te afliges por Urías.

Conteniendo las lágrimas, Betsabé se quedó mirando fijo hacia adelante.

Abigail levantó la cabeza y la miró.

—Nunca he visto a David hacer tantas preguntas acerca de una esposa, o mostrarse celoso por una. Siempre ha tenido el cuidado de tratarnos igual a todas, para preservar la paz en la casa. Todas competimos por su atención, pero él nunca hizo diferencias entre nosotras. Anoche, me dejó ver su corazón. No porque quiera divulgarlo ante todos, sino porque no puede evitarlo. Tiene un interés especial por ti.

Betsabé respiró profundamente cuando la felicidad la tomó desprevenida. La sofocó rápidamente cuando reconoció el dolor en los ojos de Abigail. ¿Cuántas más estarían enamoradas de él?

—Lo siento, Abigail.

Abigail comprendió lo que quería decir y sonrió con ironía.

—Nunca es sabio enamorarse de un rey.

—Mi madre me lo dijo hace mucho tiempo.

—Tu madre es sabia. —Levantó la mirada—. Creo que David está enamorado de ti. Creo que de otro modo no hubiera hecho lo que hizo.

A Betsabé se le subió el calor a las mejillas, aunque extrañamente no percibió condenación en el tono de Abigail ni lo vio en sus ojos. Se estremeció.

—Yo soy la que pecó. —Era mejor para todos que ella se hiciera cargo de toda la responsabilidad.

Abigail sacudió la cabeza.

—Todos hemos pecado.

—Tú no lo hiciste. Le advertiste a David que no pecara. —No necesitaba agregar el resto: que sin darse cuenta ella lo había alentado a hacerlo.

—Yo llamé necio a mi marido en presencia de testigos.

—Pero te mantuviste fiel.

—Y esperé hasta que Nabal estuvo sobrio para decirle lo que había hecho y que lo entendiera plenamente. Yo conocía su codicia. Yo conocía su arrogancia. Y también conocía su cobardía. Le hablé y vi cómo se llenaba de terror. Lo vi morir, y agradecí a Dios por mi liberación. Y cuando David me envió a llamar para que fuera su esposa, empaqué de prisa y me presenté, porque me encantaba lo que había oído decir de él y lo amé aún más cuando lo vi. —Sus ojos brillaban por las lágrimas—. Todavía lo amo.

Betsabé estaba conmovida de que Abigail confiara lo suficiente en ella como para abrirse de ese modo.

—No hiciste nada que mereciera condenación. Todos comentaron tu sabiduría y tu diligencia. Salvaste numerosas vidas aquella noche, Abigail. —En cambio, Urías estaba muerto por culpa de ella, como también lo estaban todos los hombres que habían avanzado con él contra los muros de Rabá.

—No me alabes. Dios ve el corazón, Betsabé, y Dios nos juzgará a todos.

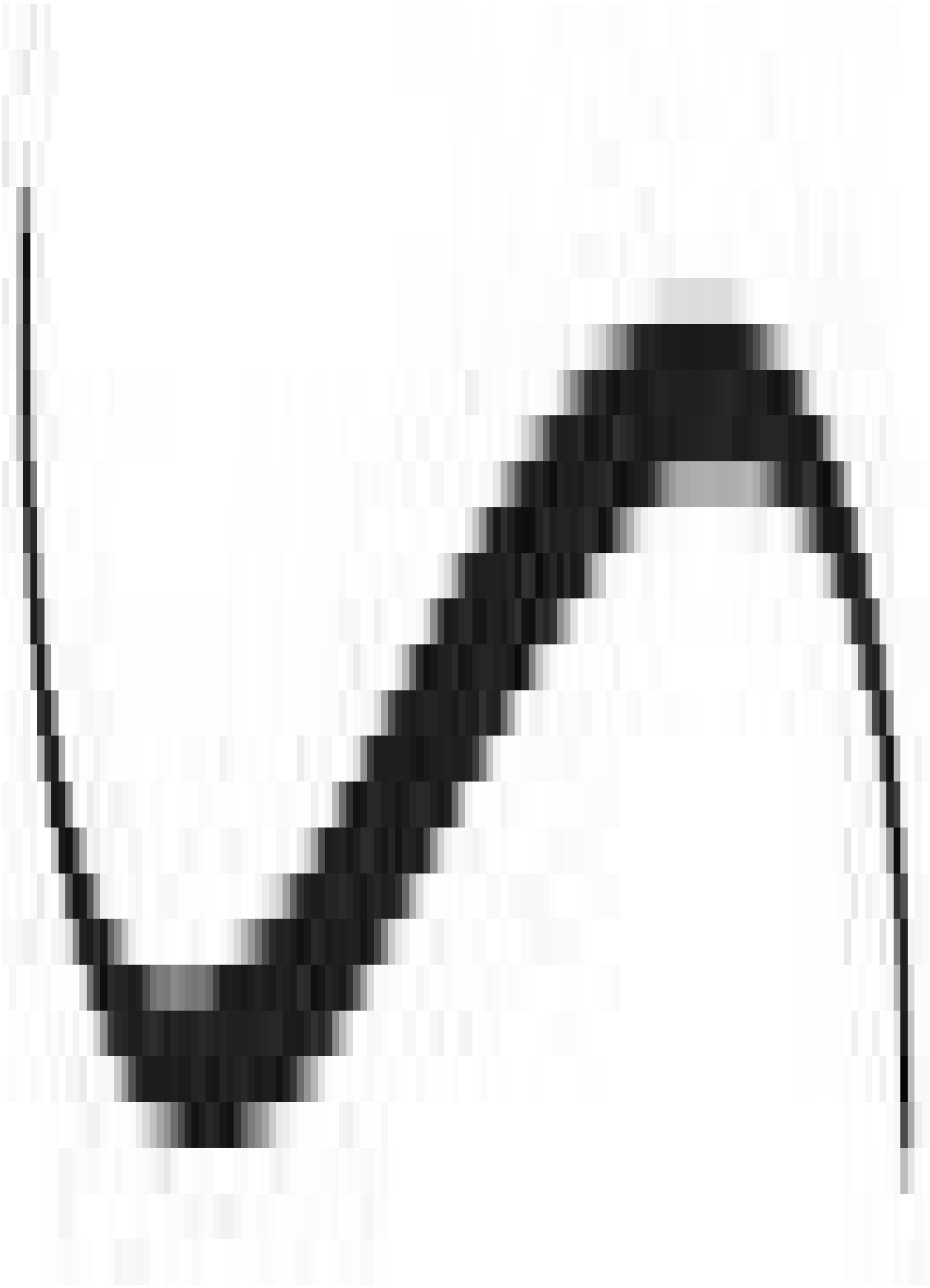
Betsabé sintió escalofríos en la boca del estómago. Cerrando los ojos, dejó caer el mentón sobre su pecho.

—Eso es lo que más miedo me da. —Quebranté la ley. ¿Cómo podré deshacer lo que sucedió a causa de mi pecado? Ah, Señor Dios de Israel, ten misericordia. ¡Por favor, sácame de la fosa que cavé para mí misma y cambia el rumbo de mi vida!

Abigail puso su mano sobre la de ella y la apretó con suavidad.

—Dios también es misericordioso con quienes se arrepienten. —Se puso de pie y dejó a Betsabé a solas pensando de qué modo podía el arrepentimiento cambiar algo ahora. No importaba qué hiciera de aquí en adelante, la gente la recordaría como una adúltera.

La criatura que llevaba en su vientre sería la evidencia en su contra.



Cuando nació el bebé, Betsabé vio en los ojos de quienes la asistieron que sus pecados habían salido a la luz. La octava esposa del rey había dado a luz a una criatura totalmente desarrollada, con pulmones y miembros fuertes, apenas seis meses después de haber llegado al palacio. Cuando su bebé lloró en brazos de la partera, Betsabé sintió la repugnancia de la mujer. Miró los rostros y sintió miedo. Pasando por alto el dolor y reuniendo todas sus fuerzas, extendió los brazos rápidamente.

—¡Dame a mi hijo!

La partera lo dejó caer en sus brazos como si fuera algo impuro. Horrorizada por ese trato tan descuidado, Betsabé se apartó de la mujer y sostuvo al bebé contra su pecho. Si alguna vez se había preguntado qué trato recibiría su hijo, ahora lo sabía. Todos los residentes del palacio —¡no, de la nación!— ahora iban a saber que su hijo había sido concebido en pecado.

Las ayudantes del parto salieron, pero Betsabé podía escuchar el zumbido de las voces fuera de su puerta.

Poco después entró Abigail.

—¿Te molesta si me quedo un rato contigo?

Betsabé lloró ante su bondad.

—Entiendo que me odien a mí. ¡Pero mi hijo es inocente!

Abigail le retiró el cabello de la frente.

—Calla ahora por el bien del niño. —Metió los brazos debajo del bebé—. Déjame cargarlo. Lo lavaré y frotaré sal con suavidad para que esté a salvo de infección. Luego lo envolveré y se lo presentaré al rey.

Si su abuelo, Ahitofel, llegara a ver y enterarse...

David le había ofrecido muchos obsequios a su regreso de Rabá. David le había asegurado a Betsabé que todo estaba bien entre ellos, pero ella sabía que, si no fuera el rey, a estas alturas ya estaría muerto. Su abuelo era astuto, pero también

era tan rencoroso como Joab. Ella temía lo que pudiera pasar por la mente de su abuelo. Cuando David regresó al frente de su ejército portando en su cabeza la corona de Hanún, ella observó a su abuelo desde el muro del palacio mientras entraba a la ciudad a la cabeza de los consejeros militares. Él levantó la mirada y la vio. No sonrió ni levantó la mano. Su mirada se fijó en ella como si fuera un blanco.

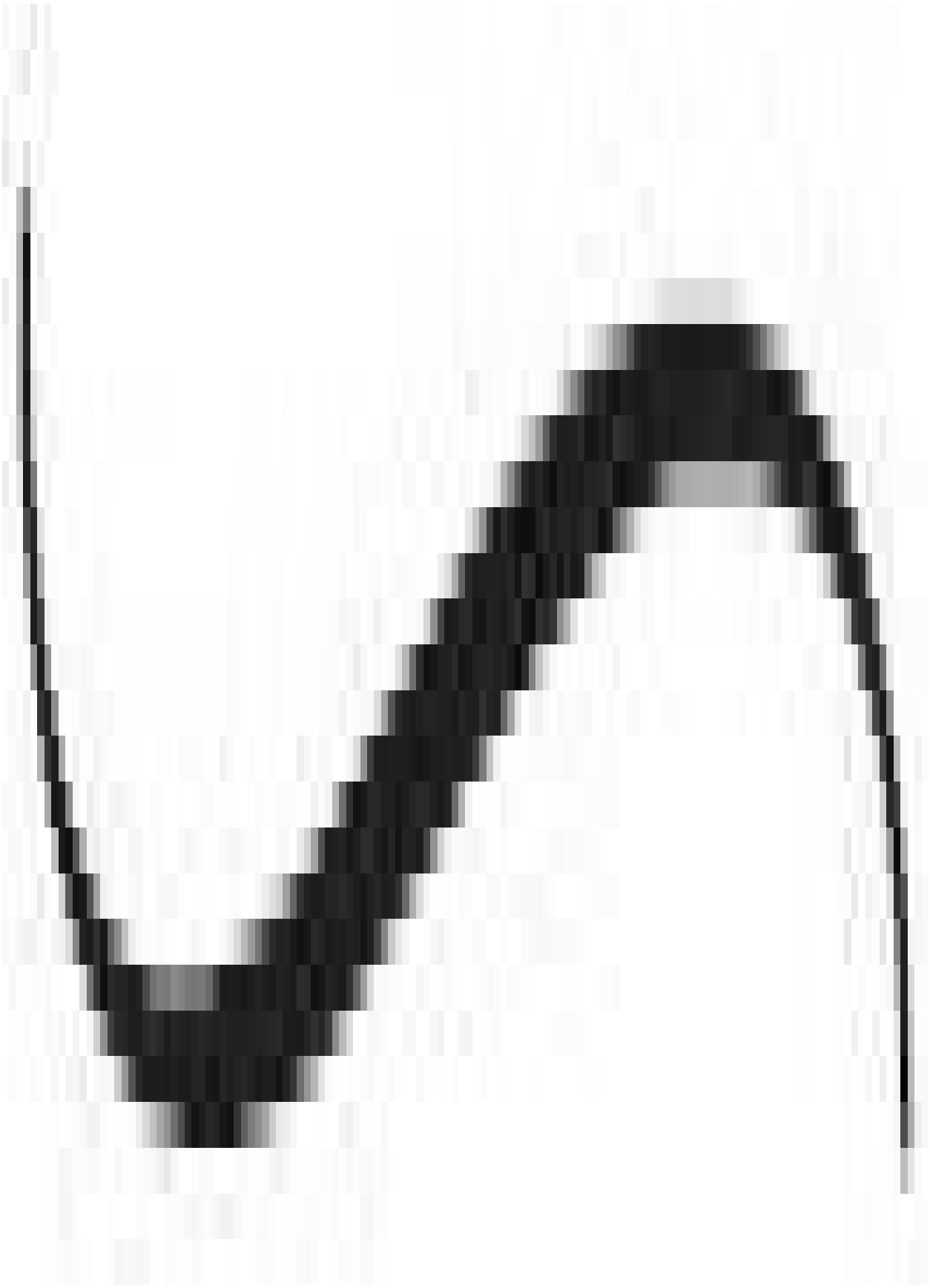
Betsabé solo podía confiar que a su padre no le habían contado toda la historia cuando lo transportaron de regreso a su hogar después de haber sido herido en Rabá. ¿Tuvo su madre lástima de ella mientras su padre yacía herido? ¡Era de esperar que no hubiera sido tan cruel como para decirle que su hija había cometido adulterio con el rey y provocado el asesinato de su esposo! Habría sido un acto de bondad decirle simplemente que su hija había sido llevada al palacio como esposa del rey después de la noticia de la muerte de Urías, y omitir el resto de la sórdida historia.

Betsabé tenía pesadillas frecuentes y se despertaba sudando frío con la visión de su abuelo inclinado sobre ella, sujetando su cuchillo curvo. A veces soñaba que estaba de pie frente a la puerta de la casa de su padre, escuchando a su abuelo jurarle a su hijo: «¡Ay, hijo mío, hijo mío! ¡No quedarán sin castigo! ¡Aunque David sea el rey, lo haré sufrir! ¡Y si no lo logro, prefiero no vivir!».

Trataba de no pensar lo que podría depararle el futuro. Trataba de olvidar las pesadillas y la ausencia de David mientras sostenía a su hijo en brazos y lo amamantaba. Quizás esto sería suficiente.

David estaba complacido con su hijo. Se sentaba junto a ella y sostenía con ternura la cabeza del bebé, y entonces la miraba a ella a los ojos. Betsabé había decidido vivir en función de los ocasionales momentos que David compartía con ella, disfrutando de su amor, aunque fuera inconstante. Su hijo sería diferente. Se deleitaba sintiendo su tibieza cuando estaba en sus brazos, y el tironeo de su boca en su pecho cuando tomaba su alimento de ella. Nunca había amado a nadie tanto como amaba a este hijo de sus entrañas. Se consagró a él. Lo cuidaba noche y día, sin confiarlo a ninguna otra persona. Lo mantenía cerca, consciente de cada uno de sus movimientos y sonidos. Un niño existía para ser amado y ella derramó su amor sobre él como una ofrenda.

Entonces vino el profeta Natán para poner las cosas en orden.



A David le informaron cuando Natán se acercaba al palacio, y el rey entró a la corte para saludar al anciano y darle una calurosa bienvenida. Se puso tenso cuando vio los ojos encendidos del profeta y entendió que Natán no llegaba con palabras agradables.

—¿Qué te trae al palacio? —preguntó David, tomando asiento y descansando sus manos sobre los brazos del trono—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Natán permaneció delante de él con los pies firmemente plantados. Natán tenía muchos más años que los cuarenta de David, pero la vida brillaba en sus ojos. La presencia del Señor pudo sentirse en la sala apenas abrió la boca y habló con voz clara y profunda para que todos pudieran escuchar.

—Había dos hombres en cierta ciudad. Uno era rico y el otro pobre. El hombre rico poseía muchas ovejas y mucho ganado. El pobre no tenía nada, salvo una pequeña oveja que había comprado con el esfuerzo de su trabajo. Él crio a esa ovejita y esta creció junto con sus hijos. La ovejita comía del mismo plato del dueño y bebía de su copa. Él la acunaba como a una hijita. Un día llegó una visita a la casa del hombre rico. Pero en lugar de matar a una oveja de su propio rebaño para comer, tomó a la ovejita del hombre pobre, la mató y se la sirvió a su invitado.

David golpeó con el puño sobre el brazo de su trono.

—¡Tan cierto como que el Señor vive, cualquier hombre que haga semejante cosa merece la muerte! Debe reparar el daño dándole al hombre pobre cuatro ovejas por la que le robó y por no haber tenido compasión.

Los ojos de Natán se incendiaron.

—*¡Tú eres ese hombre!*

David se puso frío, sintió que la piel se le erizaba.

Natán dio un paso adelante.

—El Señor, Dios de Israel, dice —lo dijo en una voz que resultaba todavía más poderosa a causa de su serenidad—: “Yo te ungí rey de Israel y te libré del poder

de Saúl. Te di la casa de tu amo, sus esposas y los reinos de Israel y Judá. Y si eso no hubiera sido suficiente, te habría dado más, mucho más".

El miedo invadió a David hasta hacerlo temblar.

—"¿Por qué, entonces, despreciaste la palabra del Señor e hiciste este acto tan horrible? Pues mataste a Urías el hitita y le robaste a su esposa".

Todos los que estaban en la corte quedaron boquiabiertos y miraron a David. En su frente se formaron gotas de sudor que se deslizaron por sus sienes. ¡Entonces se le abrieron los oídos! Entendió que Natán le decía la verdad. Vio con claridad el mal que había hecho y clamó, horrorizado. ¿Cómo podía haber estado tan ciego? ¿Cómo era posible amar tanto al Señor y dejarse atrapar por el pecado tan completamente? David saltó de su trono y se arrojó de rodillas a los pies del profeta; el corazón le galopaba al sentir que los ojos de Dios estaban sobre él.

—"De ahora en adelante —continuó Natán—, tu familia vivirá por la espada porque me has despreciado al tomar a la esposa de Urías para que sea tu mujer. Por lo que has hecho, haré que tu propia familia se rebele en tu contra. Ante tus propios ojos, daré tus mujeres a otro hombre, y él se acostará con ellas a la vista de todos. Tú lo hiciste en secreto, pero yo haré que esto suceda abiertamente a la vista de todo Israel".

David se llenó de dolor.

—¡He pecado contra el Señor! —Merecía la muerte. Recordó la expresión en los ojos de Urías cuando se volteó para ir a enfrentar su propia muerte. ¿Cómo pude hacerlo? David lloró. ¡Amigo mío, amigo mío! Esperaba que Dios lo hiriera.

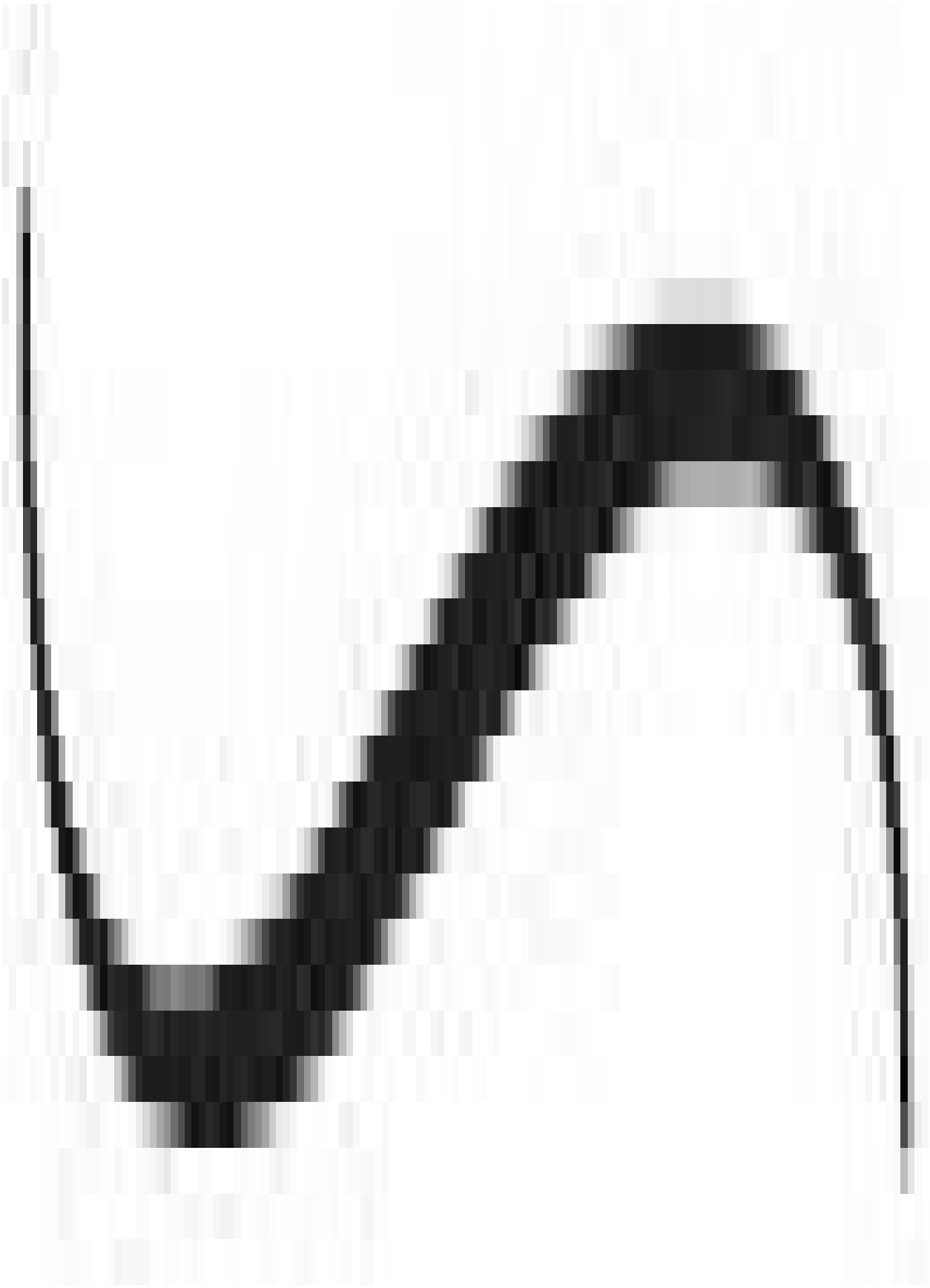
En lugar de eso, sintió que Natán apoyaba la mano amablemente sobre su cabeza.

—Sí, pero el Señor te ha perdonado, y no morirás por ese pecado.

David levantó la cabeza con asombro. Natán le acarició el cabello como si fuera un niño, con la mirada dolida.

—Sin embargo —dijo con tristeza, mientras se enderezaba—, como has mostrado un total desprecio por la palabra del Señor con lo que hiciste, tu hijo morirá.

El alma de David se le cayó a los pies. Miró a los ojos de Natán y vio que no habría concesiones. Se le oprimió el pecho al pensar en el costo para Betsabé. Cerrando los ojos, se inclinó y se cubrió la cabeza mientras Natán se daba vuelta y salía de la corte.



Betsabé se alarmó cuando su bebé dejó de tomar el pecho, y se asustó más cuando le subió la fiebre y lloraba lastimosamente. Hizo todo lo que sabía para bajarle la fiebre, pero esta no cedía y le quitaba las fuerzas al niño. Betsabé lo alzó en sus brazos y lo meció. Caminó con él de un lado al otro. Cuando se sintió demasiado fatigada para sostenerlo, se recostó en su cama con el bebé acunado contra su pecho. Lloró sin pausa, hora tras larga hora, por miedo a perderlo.

—¿Dónde está David? ¿Sabe que...?

—Sí, señora, lo sabe —le dijo el eunuco—. Está ayunando y pidiéndole a Dios por el niño.

Betsabé sintió una chispa de esperanza ante la noticia, pues ¿acaso el Señor no había escuchado siempre las oraciones de David? ¿No lo había ayudado siempre?

Ella no se atrevía a suplicarle a Dios.

El niño perdía fuerzas día a día. A la semana, mientras Betsabé lo tenía en brazos y suplicaba susurrando, el bebé dejó de respirar. Por un lapso prolongado, Betsabé sintió como si su propio corazón se hubiera detenido. No gritó ni se arrancó cabellos ni desgarró su vestido. Se acostó en silencio sobre su cama, enroscó su cuerpo alrededor de su niño muerto y cerró los ojos.

Dios, sé que Tú Te has llevado a mi hijo, ¿Por qué no me llevaste a mí, en lugar de él?

Algunas mujeres que habían perdido a sus hijos le tuvieron compasión. Pero otras se complacían cruelmente en el juicio de Dios que había caído sobre el bebé de Betsabé y en el silencio angustiado de Betsabé. «Se lo merecía —susurraban—. ¡Vean lo que Dios hace con los pecadores! —chismeaban—. Está probando algo de la amargura que les causó a otros».

Abigail se sentó junto a Betsabé, llorando y acariciándole el cabello, sin decir nada. La mujer mayor simplemente la sostuvo cuando le retiraron el cuerpecito de los brazos. Betsabé sollozaba histéricamente.

Por fin, exhausta y desgarrada, Betsabé se acostó mirando al vacío.

—David no vino. Ni siquiera una vez. Le mandé un mensaje. Sabía que nuestro hijo se estaba muriendo. Pero no vino. Pensé que nos amaba.

Abigail puso su mano sobre el hombro de Betsabé.

—Ha estado ayunando y orando durante siete días. Le suplicó constantemente misericordia a Dios, Betsabé. Los sacerdotes tenían miedo de decirle que tu bebé había muerto. Pensaban que quizás se mataría.

Betsabé se incorporó, asustada.

Abigail sacudió la cabeza para calmarla.

—No te alarmes. Me dijeron que David ya sabía lo que había ocurrido cuando los hombres entraron a decírselo. Se levantó del piso, se lavó, se ungió, se cambió de ropa y fue a la casa del Señor para adorar. Entonces regresó al palacio y está comiendo.

Betsabé volvió a hundirse en la cama y miró hacia otro lado.

—Dios es muy cruel.

—No debes decir eso.

—¿Por qué no? ¡Debió herirme a mí en lugar de matar a un niño inocente! ¡Que ahora me mate a mí! —Se arrancó los cabellos y el pecho se le sacudía por los sollozos—. ¡Era mi pecado, mío! ¿Por qué descargó Dios Su ira sobre una criatura indefensa? —Tragó aire mientras lloraba—. Mi hijo... ay, hijo mío...

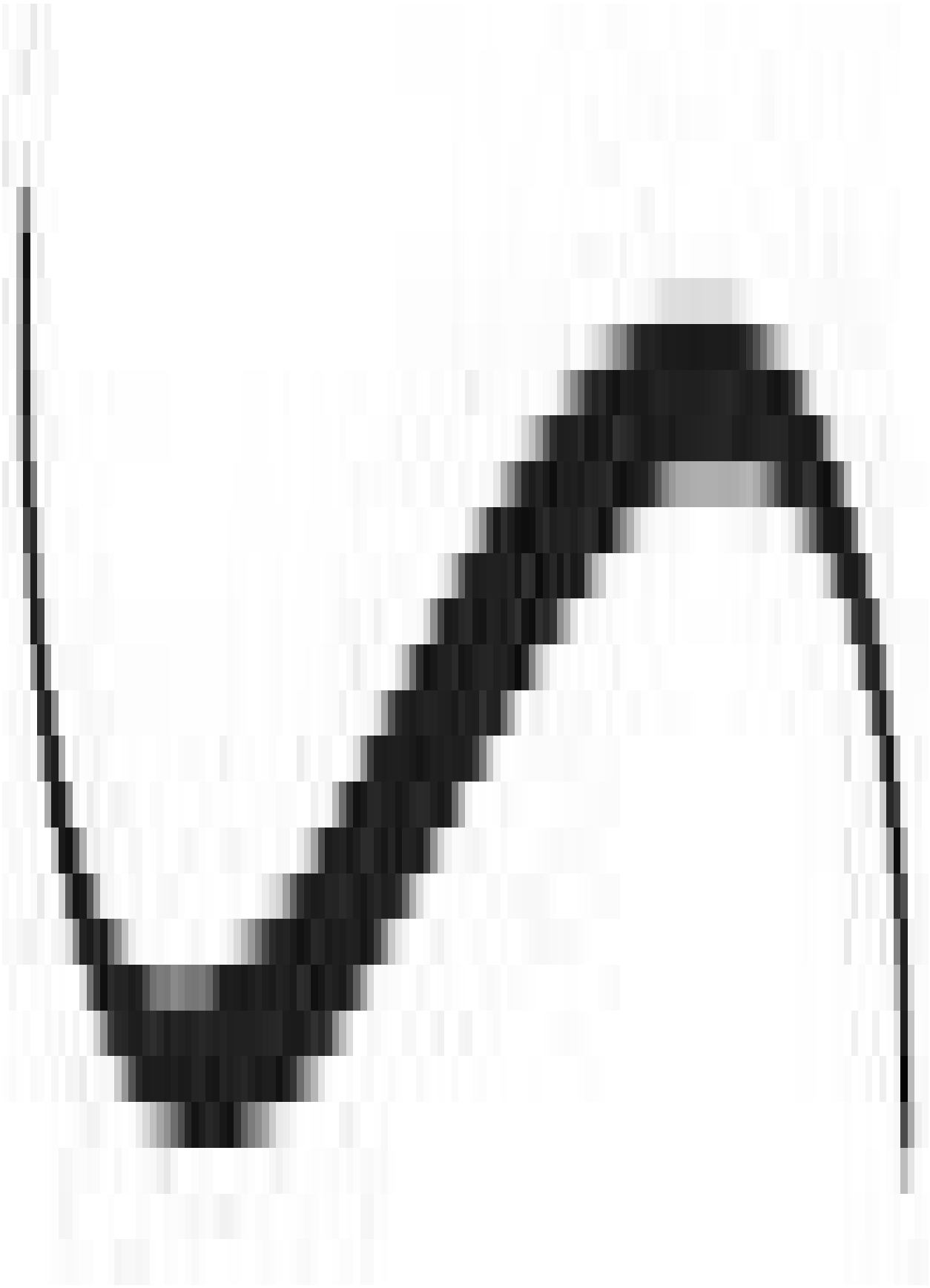
Abigail le tomó la cara entre sus manos.

—Si continúas así te enfermarás.

—¡Que me enferme hasta morir! —Sollozando, Betsabé plegó sus rodillas sobre su pecho y se cubrió la cabeza—. ¿Por qué Dios permitió que mi hijo sufriera por mis pecados? ¿Por qué?

—No lo sé —dijo Abigail.

Desolada, Betsabé se volvió hacia la pared y no habló más.



Los consejeros de David fueron rápidos en emitir su opinión, y le hablaron apenas terminó de comer.

—Sería sabio, mi señor el rey, que estableciera habitaciones separadas para la esposa de Urías. No debe verla más.

David levantó la cabeza, tomando consciencia de cómo eran las cosas. Siempre era más fácil atacar al débil.

—El pueblo —agregó otro—, usted debe pensar en el pueblo.

Él estaba pensando en su pueblo. El impacto de su pecado sobre el pueblo pesaba en su mente y en su corazón. ¿Cómo pudo haber estado tan ciego? ¿Cómo pudo haber hecho lo que hizo sin ver el mal que había en ello? Los hombres lo rodeaban como gallinas viejas buscando a quién picotear.

—Por supuesto, tendrá que asignar guardias para proteger a la mujer de quienes querrán hacer justicia por mano propia.

—Encláustrela como hizo con Mical.

—Quizás sería más útil para usted enviarla a vivir en Hebrón o en Jericó.

David alejó su plato y se puso de pie.

—He escuchado sus consejos —Lanzó una mirada furiosa a sus consejeros—. Betsabé no será castigada por pecados que yo cometí. Confesé delante de Dios y me arrepentí. Le haré saber la verdad al pueblo.

Aquellos que lo amaban capitularon rápidamente, pero hubo otros que solo inclinaron la cabeza y simularon obediencia. David los conocía bien. ¿No había pasado años en el desierto con esos hombres? Las casas y las vestimentas finas no los habían cambiado. Siempre habría en el palacio quienes se agazaparían como leones, buscando una oportunidad para devorar a su presa.

—Natán dice que Dios ha perdonado mis pecados.

—Sí, mi señor el rey. El Señor lo ha perdonado a usted. Dios no ha dicho nada

respecto a la mujer.

La mujer. Era asombrosa la manera en que dos palabras podían comunicar tanto desprecio.

—Betsabé no es culpable de la muerte de Urías.

—¿Es alguna vez inocente una mujer, mi señor el rey? ¿No fue la mujer quien arrastró al varón a pecar en el huerto de Edén?

David los miró a los ojos y se estremeció ante la falta de misericordia. Con cuánta rapidez estaban dispuestos a absolverlo a él porque ocupaba el trono, mientras descargaban la culpa de todo sobre una mujer indefensa.

—Todo Israel te ama —dijo uno de ellos, pero David sabía que esa lengua aduladora estaba empapada de veneno.

—Yo soy el pastor que hizo descarriar a la oveja.

—Usted es el rey, y está en juego la nación, mi señor. ¿No es acaso una oveja sin mancha lo que se ofrece como expiación por el pecado?

Los ojos de David se llenaron de lágrimas por la dureza del corazón de estos hombres.

—El Señor eligió al cordero. Tomó a nuestro hijo. —Les dio la espalda y se dirigió directamente a las habitaciones de las mujeres. Había desatendido a Betsabé por demasiado tiempo, por cumplir con estos hombres que ideaban planes perversos contra ella.

Cuando entró a la habitación de Betsabé y la vio encogida mirando a la pared, se le rompió el corazón. Despidió a la criada con un gesto de la cabeza y se sentó a la orilla de la cama.

—Betsabé. —Ella se estremeció y se cubrió la cabeza con los brazos—. Betsabé. —La hizo girar hacia sí y la llevó a sus brazos—. Lo siento.

—Nuestro hijo... nuestro hijo —Se aferró a él, sollozando y sujetándose de su túnica.

David apretó su rostro contra la curva del cuello de Betsabé y lloró con ella.

—El pecado recae sobre mi cabeza —dijo con voz ronca.

Ella se alejó de él con fuerza, su rostro desgarrado por el dolor.

—No, no. Fui yo.

—Betsabé...

—¿Quién te seguía por todo el campamento? ¿Quién solo tenía ojos para ti cuando estaba sentada junto a su esposo, el día de su matrimonio? ¿Quién se paró desnuda en su patio para que pudieras verla? ¿Quién se entregó a tus brazos sin pensar un instante en su marido? —Se golpeó el pecho con los puños—. ¡Yo! ¡Fui yo!

David la tomó de las muñecas.

—Dios no castigó a nuestro hijo, Betsabé. Lo alejó del alcance de hombres malvados. —Como aquellos a los que acababa de dejar. Como otros en su propia familia que usarían esto para ponerse en su contra—. ¿Cuánta gente habría usado las circunstancias en que nació nuestro hijo para blasfemar contra Dios? El Señor ha protegido a nuestro hijo de sufrir daño.

—¡Quiero a mi hijo! ¡Quiero abrazar a mi hijo!

David le tomó la cabeza y la miró a los ojos enrojecidos y cargados de lágrimas.

—Está en las manos del Señor, mi amor. Yo no te lo puedo devolver. —La estrechó contra sí, acunándola como si fuera una criatura necesitada de consuelo —. Algún día partiremos y estaremos con él.

Betsabé se relajó, apoyada en él.

—El Señor debe odiarme.

—No. —Con ternura le peinó los cabellos oscuros con los dedos, despejándole la cara. Se le encogió el corazón ante la palidez en sus mejillas y el sufrimiento en sus ojos—. Hice mal uso de mi autoridad, Betsabé. Cuando te vi, pregunté quién eras. ¿Pensé por un momento en tu esposo, tu padre o tu abuelo? Recordé

a la niñita que me seguía por el campamento, llena de amor en sus ojos. Vi en qué hermosa mujer te habías convertido, y te deseé. Solo me importó satisfacer mis propios deseos. No pensé lo que les costaría a otros, especialmente en lo que te costaría a ti.

—Yo debería haber sido como Abigail. Debería haberte advertido...

—Cuando Abigail me confrontó, yo era una persona diferente, Betsabé. Era joven y estaba apasionado por el Señor. En aquellos días huía para salvar mi vida. Mira a tu alrededor. Fíjate en la manera que vivo ahora. Cuando te vi desde la azotea, actué como un rey cegado por el orgullo. —Lo inundó el dolor cuando se vio a sí mismo con claridad. Había eludido su deber como comandante del ejército. Había estado aburrido e inquieto, dedicado a su vida de ocio en el palacio. Cuando vio a una mujer de belleza excepcional que se estaba bañando, envió soldados a traérsela. ¿Por qué no habría de tomar cualquier cosa que deseara? ¡Él era el rey!

Qué necio había sido.

—¡Era tan vanidoso! Creía tener todo el poder en las manos. Pensaba que podía conseguir todo lo que quisiera. De modo que te robé, engendré un hijo, y después intenté usar a mi amigo para esconder la evidencia de mi pecado. Urías demostró ser más íntegro que yo. —Sintió que ella se estremecía en sus brazos.

—Él sabía la verdad —dijo ella con suavidad.

—Sí, él sabía. —Cerró los ojos, afectado otra vez—. El juicio ha recaído sobre mí, Betsabé, porque derramé sangre inocente. —Se sentía cargado de sufrimiento y desprecio—. Después de todo lo que el Señor hizo por mí, permití que me controlara la lujuria, y me alejé de Aquél que siempre me dio la victoria.

—Yo comparto la culpa. Usé el amor como una excusa para pecar.

—Tú no mataste a Urías.

—El corazón de un hombre puede morir mucho antes de que lo atraviese una lanza. —Las lágrimas corrían por sus pálidas mejillas. Urías había sido un buen esposo, un hombre honesto, y ella había roto su corazón y había sido el motivo de su asesinato.

David nuevamente apretó la cabeza de Betsabé contra su pecho, sin poder hablar. ¿Cómo era posible que dos personas que conocían y amaban la ley pecaran de una manera tan abominable? ¿Cómo y cuándo había comenzado a infiltrarse el pecado en sus vidas y a extenderse como una plaga hasta matarles la conciencia? ¿Se habían sembrado las semillas del pecado años atrás, cuando él se dio cuenta de que ella ya no era una niña y deseó haberla pedido antes de que Eliam se la entregara a otro hombre? ¿Había regado esas semillas con sus propias fantasías?

Aun así, lo que sentía por Betsabé no era solamente lujuria. La amaba.

Le levantó el mentón y la besó. A ella le temblaban los labios, y él percibió su vacilación. Volvió a besarla y sintió que ella respondía. Cuando él levantó la cabeza, ella volvió a apoyarse sobre él con un leve suspiro.

—Dios nos ha perdonado —dijo él, cerrando los ojos y agradeciendo en silencio —. El Señor ha mostrado su enorme misericordia al concedernos la vida. Y no dijo que debo renunciar a ti.

—Pero ¿cómo podremos vivir, sabiendo lo que hemos hecho y el daño que hemos causado a otros?

—Viviremos un día a la vez y haremos frente a todo lo que se presente.

—Esto nunca tendrá fin. Ay, David, veo todo con tanta claridad ahora, y duele muchísimo. No seremos los únicos en sufrir. —Se echó hacia atrás y lo miró—. Si tan solo fuéramos los únicos...

Él le acarició la mejilla.

—Natán proclamó la palabra del Señor. Sé lo que vendrá.

Ella fue hacia sus brazos y se aferró con fuerza.

—Te amo, David. Siempre te he amado. No importa lo que ocurra, siempre te amaré.

—Lo sé —dijo él con una sonrisa triste.

El amor nunca estuvo en duda entre ellos dos. Él también la amaba, con más fuerza de la que alguna vez había amado a una mujer. Pero se sentía

profundamente dolido cuando recordaba a los amigos leales a los que había traicionado, creyendo que su amor por Betsabé le daba una excusa apropiada: Urías, que había luchado junto a él en más batallas de las que podía recordar; Eliam, que había compartido con él su fogata y su comida; Ahitofel, su brillante consejero militar. ¿Seguirían a su lado? El amor traicionado se convertía en odio. Ahitofel ya no pronunciaba el nombre de Betsabé; su madre no la había asistido durante el parto del bebé. Betsabé había sido abandonada por su familia, pero no se había quejado ni una sola vez.

David juró silenciosamente que haría todo lo posible por restaurar las relaciones rotas, renovar la confianza, y glorificar el nombre de Dios.

—Lo siento —dijo, con el corazón destrozado por el sufrimiento que le había causado a ella. Suplicó para que la manera en que la honraba como la mujer que amaba en algún momento ablandara el corazón de aquellos a quienes él había herido y humillado.

—Nuestro hijo. —Betsabé se estremeció violentamente y volvió a llorar—. Nuestro hijo...

David tomó en sus brazos a su joven esposa y le dio consuelo de la única manera que sabía hacerlo. Y mientras lo hacía le pidió a Dios que les mostrara aún más misericordia concediéndoles otro hijo para reemplazar a aquel que había pagado el precio de su pecado.

CINCO



Cuando Betsabé se dio cuenta de que estaba embarazada otra vez, tuvo miedo de alegrarse. ¿Se llevaría Dios a este hijo también? ¿Tendría otro bebé, solo para que muriera en sus brazos igual que su primogénito?

Enclaustrada en el lujo, esposa favorita de un rey ausente, llevaba una vida de tristeza y soledad, rechazada por parientes y amigos. David estaba en Rabá con el ejército, dejando a Betsabé vulnerable y desprotegida ante los enemigos que la rodeaban. Fuera de los muros, la consideraban una ramera y la condenaban, tal como había hecho su madre. ¿Cómo podía esperar misericordia de Dios si su propia madre la odiaba? ¿Cómo podría creer que Dios había perdonado sus pecados si nadie más se los perdonaba? El profeta Natán le había dicho a David que Dios lo perdonaba, pero ¿la alcanzaba a ella ese perdón? David había dicho que sí, pero ella no lo daba por sentado. Vivía en constante temor porque no tenía nada que le perteneciera, ni dinero para pagar sacrificios. Lo único que tenía para ofrecer a Dios era un corazón contrito y el deseo de hacer lo correcto por el resto de su vida.

Deseaba volver atrás en el tiempo, ser niña otra vez, estar segura en brazos de su madre. Anhelaba sentarse sobre las rodillas de su abuelo, escuchándolo aconsejar con sabiduría a quienes se acercaban a visitarlo a su fogata. Alguna vez había sido una niña inocente, llena de un amor no correspondido hacia un apuesto guerrero, el cantor de salmos, el carismático líder de un ejército cada vez más numeroso. Ahora era la octava esposa de David, conocida en todas partes como la adúltera que había seducido a un rey amado por todos para que matara a su esposo y así poder vivir en el palacio. La gente perdonó a David, pero la usaba a ella como chivo expiatorio.

No le molestaba la indulgencia del pueblo hacia David. Alguien tenía que asumir la culpa, y era mejor que fuera ella y no que el pueblo se volviera en contra de él. Ella era tan solo una mujer, mientras que él era su rey.

Pero, ay, ¿cómo podré alguna vez levantar mi cabeza? Cuando te canto alabanzas, Señor, la gente me mira con rabia, como si estuviera blasfemando. Vienen a adorarte a Ti, pero cuando me ven entre las mujeres, su corazón se aleja de Ti y traman pensamientos de venganza.

Betsabé le rogaba a Dios que borrara sus transgresiones, que la limpiara de todo

pecado. «Dame un corazón que te agrade, Señor. No me arrojes a las tinieblas». Pero incluso cuando oraba, sentía una vergüenza incontenible por ser tan presuntuosa. ¿Qué derecho tenía de pedir misericordia?

El temor la atacaba especialmente de noche, cuando estaba sola en su habitación. ¿Qué derecho tenía de acunar a un bebé en sus brazos? ¡Ninguno! ¿Cuántas madres lloraban la pérdida de hijos que habían muerto con Urías? ¿Cuántas esposas hacían duelo por la muerte de sus esposos, hermanos o primos? Ella no tenía derecho a ser feliz.

Pero el niño, ay, el niño.

«Oh, Dios misericordioso, solo Tú puedes liberarme de mi culpa. Oh, Señor, consuela a los que están de duelo. Que tengan alegría por las mañanas. Haz conmigo lo que quieras, pero por favor, protege la vida de mi bebé, que es inocente de los pecados que yo cometí».

Con tantas personas que sacudían la cabeza y levantaban dedos acusadores, Betsabé no esperaba misericordia.

El bebé llegó con facilidad, y era sano, fuerte y hermoso. Betsabé abrazó a su segundo hijo y lloró. Inundada de ternura, pero todavía temerosa, contempló a su bebé mientras lo amamantaba. Los deditos de la mano derecha del bebé se aferraron fuertemente al pulgar de ella.

—Señor Dios, prometo criar a mi hijo para que sea un hombre conforme a Tu corazón. Le enseñaré a amar Tu ley. —Las lágrimas le surcaban el rostro mientras levantaba la pequeña mano de su hijo y la besaba—. Le daré el nombre Salomón, porque por medio de su nacimiento he podido experimentar la paz de Dios.

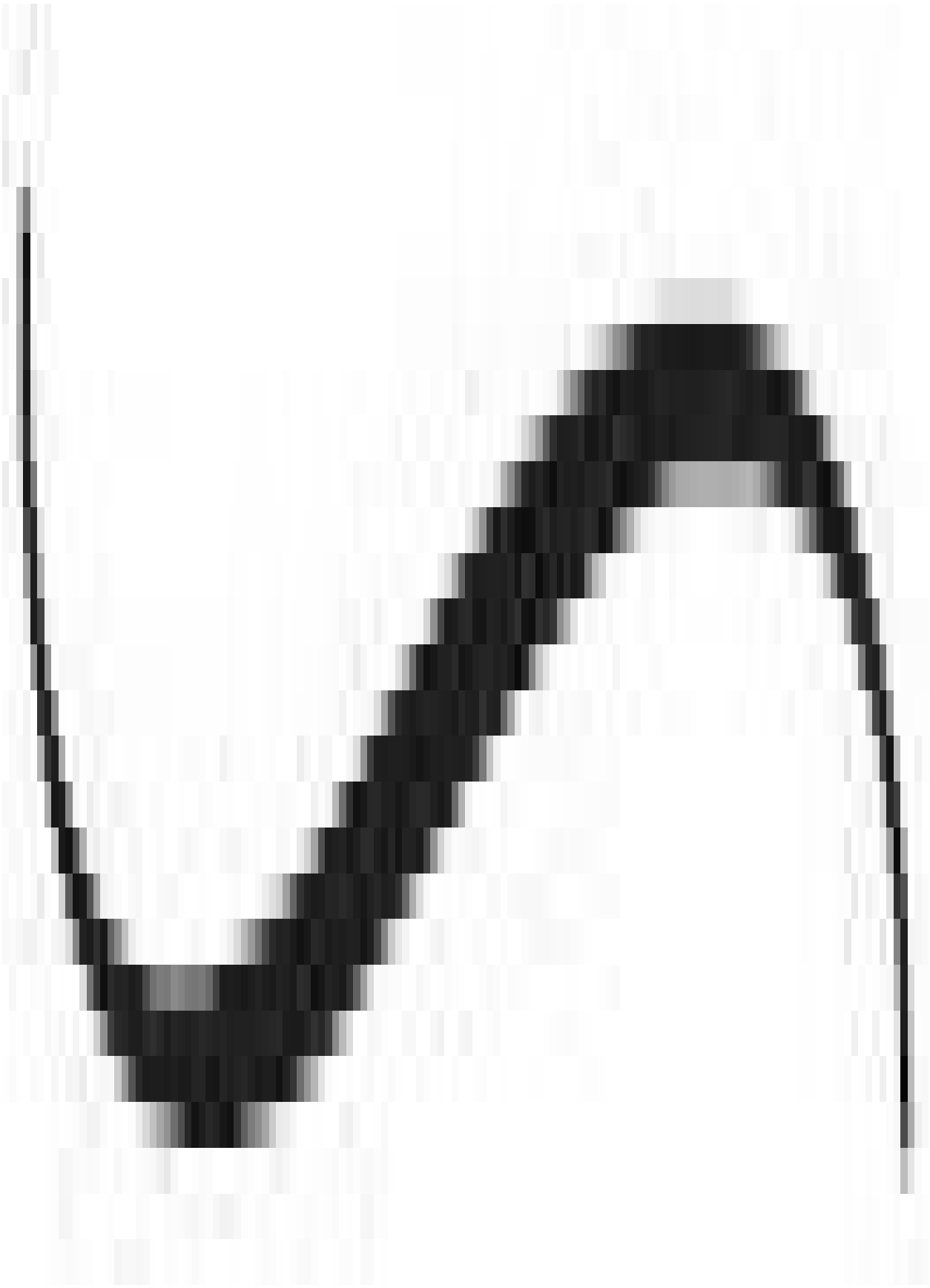
Por favor, por favor, que así sea entre Tú y yo, Señor. Perdóname.

Pocas horas después llegó un mensaje escrito por la mano del profeta Natán. «Tu hijo se llamará Jedidías, “amado del Señor”».

Betsabé se rio. Oh, Señor, Tú me has limpiado y me has arropado en Tu amorosa bondad. Aunque quienes la rodeaban la menospreciaban y no celebraban el nacimiento de su hijo, Dios lo había mirado con agrado y le daba Su bendición.

Ella se sintió colmada de asombro y gratitud. «Hijo mío... hijo mío... —Lloró de alegría. Le besó la carita—. Llevé mis angustias al Señor. Yo, tan indigna, clamé pidiendo liberación, y Él me respondió desde Su trono. —Se rio gozosa, y sus lágrimas de júbilo gotearon como un bautismo sobre la frente de Salomón. Ella las secó con cuidado sobre su suave piel—. Jedidías. —Le besó las dos mejillas y lo acurrucó contra su hombro—. Jedidías. —Disfrutó la sensación de su cuerpito junto al de ella—. Mi copa está rebosando con las bendiciones de Dios», susurró mientras le frotaba la espalda.

Jedidías. El Señor le había dado a su hijo el nombre de «amado del Señor».



Rabá cayó, y los amonitas derrotados fueron puestos a trabajar con sierras, tablas trilladoras y hachas de hierro para derribar el templo y los altares dedicados al dios amonita Moloc, y los muros de la ciudad. Antes de retirar a su ejército, David dejó órdenes para los amonitas. Cuando terminaran la demolición, debían ocuparse de los hornos de ladrillos y reconstruir las ciudades conquistadas según sus indicaciones.

David dirigió al ejército de regreso a Jerusalén, llevando sobre su cabeza la corona de Moloc para demostrar que los falsos dioses no podían oponerse al Señor. La gente lo vitoreó cuando entró cabalgando, dirigiendo el ingreso de carretas cargadas de botín. Lo seguían sus comandantes y consejeros, y finalmente las tropas que marchaban de regreso a casa.

Betsabé vio a su abuelo entre los consejeros de David y anheló que hubiera paz entre ellos. Quizás Ahitofel decidiría perdonarla cuando se enterara de que tenía un bisnieto. Aun así, se quedó helada cuando escuchó lo que decía Joram. David no había ido a Rabá por su propia iniciativa. Joab lo había mandado a llamar porque había ganado la batalla y la corona estaba esperando a David. Joab básicamente decía: Tú eres el rey y usarás la corona, pero nunca olvides que fui yo quien conquistó Rabá.

Se preocupó por David.

Joab y su hermano Abisai eran guerreros feroces, rápidos para maldecir y capaces de guardar largo tiempo la sed de venganza. Betsabé recordaba haber oído hablar en casa de Urías sobre el asesinato por venganza de Abner, uno de los hombres más poderosos en el ejército de Saúl. Abner había matado al hermano de Joab, Asael, apenas después de un combate junto al estanque de Gabaón. Como venganza, Joab le había quitado la vida a Abner. Betsabé recordaba lo furioso que se había puesto David y el duelo que había hecho por la muerte de Abner. Ella estaba entre la gente del pueblo que escuchó a David condenar las acciones de Joab. En aquel entonces, ella temió por David. Y ahora, Joab era aún más poderoso, más malvado.

¿Acaso no había sido idea de Joab mandar a otros hombres a la muerte junto con Urías? Si bien se trataba de un intento de encubrir la orden de David de matar a Urías, de ese modo había multiplicado las consecuencias del pecado de David.

Aun el mensaje que Joab había enviado a David después de la muerte de Urías tenía el peso de un desafío: le recordaba a David que Abimelec, hijo de Gedeón, había sido asesinado con la piedra de un molino arrojada sobre él desde el muro por una mujer. Betsabé sabía que Joab había levantado contra ella el dedo acusador, pronosticando que ella sería culpable de la caída de David.

Joab era una amenaza para David, aun si este era incapaz de reconocerlo... o no estaba dispuesto a hacerlo.

¿Cuántos otros enemigos estarían levantándose contra David entre sus filas y aun dentro de su familia? ¿Cuántos estarían susurrando mentiras y tramando conspiraciones para destruirlo? ¿Cuántos pondrían trampas y lo acecharían, ideando estrategias para derribarlo? Natán se lo había advertido.

El palacio estaba cargado de tensión y hostilidad; proliferaban los celos y las ambiciones. Ella observó que las otras esposas criaban a sus hijos para competir por el trono. Estaban hambrientas de conseguir poder para su descendencia. Percibían como una amenaza el amor que David sentía por ella. Los hijos de David mostraban con desenfreno su orgullo y su arrogancia, y él no hacía nada por corregirlos.

A quien más temía Betsabé era a su abuelo. Ella había crecido entre guerreros. Había escuchado las conversaciones en torno a la fogata de su abuelo Ahitofel. Había escuchado a su padre hablar sobre aliados y enemigos. ¿Estaría su abuelo simulando perdonar pero a la vez maquinando la venganza? ¿Era creíble que Ahitofel pudiera olvidar y perdonar la humillación que ella y David habían traído sobre su casa? Su abuelo era brillante en tácticas de guerra. Sabría cómo destruir a un rey.

Cuando le comentó a David sus preocupaciones, él desestimó sus miedos.

—Hablé largamente con Ahitofel. Me juró su lealtad. Además, amor mío, le he dado obsequios por más del doble de la dote que entregué por Ahinoam. Así que no te preocupes por cosas que una mujer no puede entender.

Betsabé comprendía que David había intentado mostrarle a su abuelo que él la valoraba más que a ninguna otra mujer y que le daría el honor de una primera esposa. Pero los obsequios podían ser fácilmente considerados como un soborno, y su abuelo siempre había sido inflexible. El odio podía correr a una profundidad a la que ningún obsequio pudiera llegar. Pero nada de lo que ella dijera iba a

convencer a David de que tuviera cautela al escuchar consejo militar de su abuelo. Él se negaba a mirar a Ahitofel como un enemigo en potencia.

Era la primera vez que David y ella discutían y la primera vez que David se fue antes del amanecer después de compartir su cama. Tampoco le dirigió la palabra durante la próxima visita.

Cuando Betsabé se enteró de que David había tomado una nueva esposa, varios años más joven que ella e hija de un poderoso mercader de la tribu de Benjamín, se sintió traicionada. Sollozando, se presentó delante del Señor y oró. Pasó horas pensando en su situación y se dio cuenta de que otra vez se estaba portando de una manera infantil. David era el rey, y nunca le pertenecería por completo a ella. Si no aceptaba su lugar en la vida como una de las muchas esposas del palacio, se sentiría miserable y lo haría sentir miserable a él.

En los años siguientes, David tomaría más esposas y concubinas. Ella tendría que aprender a vivir con el sufrimiento cada vez que los ojos de David se posaran en otra mujer. Cuando la joven esposa de David fue conducida a las habitaciones de las mujeres, Betsabé dominó sus celos y la saludó como le hubiera gustado que la saludaran a ella.

En medio de su sufrimiento, Betsabé maduró. Había amado a David desde que era niña. Lo había colocado en un pedestal, como a un ídolo. Pero ahora sabía que David no era un dios. Era un hombre ordinario a quien Dios había hecho extraordinario por medio de Su tierna misericordia. David era un hombre capaz de grandes victorias, pero también de horribles derrotas. ¿Acaso no había estado casi a punto de destruirlo su lascivia por ella? A ella también podía destruirla su propia debilidad. Si David muriera, ella y su hijo quedarían a merced de hombres como su abuelo y Joab, o de cualquiera de los hijos de David que luchara para arrebatar el poder de las manos de los otros.

Cuando el miedo amenazaba con inundarla, Betsabé fijaba su mente en el Señor y se consolaba pensando en lo que Dios ya había hecho por ella. Le cantaba a su hijo los salmos de David, y se aferraba a las promesas que contenían. Cada vez que hacía esto, sentía paz en su interior. El Señor era su escudo, su liberador, el que elevaba su alma. No David. David era solo el hombre al que ella amaba, no el Dios al que ahora adoraba.

Conocer las fallas y debilidades de su esposo no le quitó valor ante sus ojos. Lo

extraño era que lo amaba mucho más por su vulnerabilidad. Dos años de sufrimiento la habían despertado. ¡El poder estaba en manos del Señor! Por lo tanto, cada día se ponía de rodillas inclinando su cabeza hacia el suelo apenas se despertaba, para agradecerle a Dios por Sus bendiciones y pedirle Su guía. Constantemente le suplicaba a Dios que protegiera a David y le diera sabiduría. Y cuando estaba en compañía de David, hacía todo lo que posible para ofrecerle comodidad, placer y alegría. Sabía que una esposa contenciosa era peor que una gotera constante; entonces trataba de complacer sus necesidades, aun aquellas de las que él no se daba cuenta: especialmente la de que alguien lo escuchara.

Ella ya no era una niña cargada de sueños, sino una mujer templada por las dificultades y el sufrimiento. Hablaba con frecuencia con el profeta Natán, buscando su sabiduría porque sabía que venía de Dios. Cuando se acostaba en la noche, fuera en los brazos de David o sola en su habitación privada mientras él compartía la cama con otra mujer, alababa a Dios por todo lo que el día hubiera deparado, tanto lo bueno como lo malo.

Cada vez que David agregaba otra esposa o concubina a su harén, el dolor resurgía en el interior de Betsabé. Pero aprendió a no esperar de David un amor perfecto, porque albergar esas expectativas aumentaba su sufrimiento. Se negó a ceder a las emociones que le desgarraban el corazón, y recordó la fuente del amor. Trasladó su atención del ojo errante de David para enfocarse en Dios y Su fidelidad hacia Su pueblo. David todavía despertaba su pasión física, y ella aún sentía sufrimiento, traición, confusión y soledad. Pero ya no caía en la desesperación ni carecía de esperanza. El Señor Dios de Israel le enseñaba sobre el amor, la fidelidad, el perdón, la provisión, la protección, la paz y la compasión. Cada vez que David la hería, ella buscaba a Dios para recibir sanación y consuelo. Y el Señor siempre estaba allí. Su amor sí era perfecto.

«El Señor es nuestro pastor —le susurraba a Salomón—. Tenemos todo lo que necesitamos. En verdes prados nos deja descansar; nos conduce junto a arroyos tranquilos. Él renueva nuestras fuerzas. Oh, que nos guíe por sendas correctas para dar honra a su nombre. Aunque atravesemos el valle más oscuro, no tendremos miedo, porque Dios estará a nuestro lado. Su vara y Su cayado nos protegen y nos conforta Su presencia. El Señor preparará para nosotros un banquete en presencia de nuestros enemigos. Nos recibirá como Sus invitados, ungiendo nuestra cabeza con aceite. Nuestra copa se desborda de bendiciones. —Besó a Salomón—. Ciertamente la bondad de Dios y Su amor inagotable nos seguirán todos los días de nuestra vida, si nos entregamos a Él de todo corazón.

Y en la casa del Señor viviremos por siempre».

David la invitaba con más frecuencia que a cualquiera de sus otras esposas o concubinas. Cada vez que él le declaraba su amor, ella sabía que era sincero. También sabía que su deseo más profundo era complacer a Dios y andar en Sus caminos, y además sabía con cuánta frecuencia fallaba y se deprimía. ¿Acaso era diferente para ella? Cuanto más trataba de llevar una vida perfecta a los ojos de Dios, tanto más reconocía sus fallas. ¿No era esa la razón por la que los fuegos de los sacrificios ardían de la mañana hasta la noche?

Estaba descansando en los brazos de su esposo durante un atardecer en el que tenía el privilegio de pasar tiempo con él y escucharlo.

«Me pregunto cómo nos habría ayudado Dios si yo le hubiera abierto mi corazón aquel día en la terraza. ¿Qué habría hecho si yo hubiera dirigido mi oración a Él cuando vi que te estabas bañando, en lugar de tomar el asunto entre mis manos?». Pasaba los dedos por el cabello de Betsabé.

Ella cerró los ojos. Considerando cuánto la había bendecido Dios a pesar de su grave pecado, no lograba imaginar cuál habría sido Su plan si ella hubiera sido fiel y obediente. ¿Qué habría ocurrido si David no la hubiera visto bañándose? ¿Si nunca la hubiera llevado al palacio y ella hubiera permanecido fiel a Urías? Al haber experimentado la disciplina de Dios, se había beneficiado con una comprensión de la redención y restauración que le había transformado la vida. Ahora sabía sin una sombra de duda cuán extraordinarias eran la misericordia y la bondad de Dios, y estaba más que agradecida por eso. El dulce incienso de la fe se había liberado cuando su voluntad y su existencia fueron aplastadas.

Señor, pensé que podía vivir mi vida y ser feliz sin Ti. Estaba equivocada, terriblemente equivocada. Perdóname.

Y Dios la perdonó.

Todos sabían que David la amaba, porque la trataba con los honores de la primera esposa. No parecía darse cuenta o preocuparse por los problemas que su parcialidad causaba dentro del palacio. Hombres y mujeres por igual tenían miedo de la influencia de Betsabé y competían por la atención de David. Él se sentía orgulloso de todos sus hijos, especialmente de Absalón, pero parecía tener especial afinidad con Salomón, quien compartía con él su intenso amor a Dios. Y Betsabé sabía que esa afinidad era riesgosa. Se mantenía atenta.

Las bendiciones de Dios continuaron derramándose sobre Betsabé, y le dio a David un tercer hijo, Samúa; un cuarto, Sobab; y un quinto, Natán. Las otras esposas de David la trataban con honor a regañadientes, porque ninguna quería sufrir el mismo destino que Mical, la esposa de David, que estaba enclaustrada y a cargo de los hijos de su hermano, condenada a nunca tener hijos propios.

Sin embargo, algunas de las mujeres encontraron la forma de vengarse. Ahinoam y Maaca plantaron semillas de sospecha y discordia entre sus hijos. Nutrieron el orgullo y la arrogancia de los jóvenes. Alentaron las llamas de su ambición y no los instruyeron en la ley.

De todos aquellos que la rodeaban, había apenas unos pocos escogidos en los que Betsabé confiaba: David, Abigail, su criada y el profeta Natán, cuyo nombre le dio a su quinto hijo. Además de consejero, el profeta había llegado a ser su amigo.

Absorbida por las obligaciones de criar a cuatro hijos, no tenía tiempo para las adulaciones falsas ni mucho menos para preocuparse por las manipulaciones de las otras mujeres del palacio. Y tampoco de las picardías de los otros vástagos de David. Su obligación era clara: criar a sus hijos para que fueran hombres de Dios. Carecía completamente de poder sobre David y lo que él hacía, y se lamentaba cuando lo veía evadir sus responsabilidades monárquicas. Año tras año parecía delegar más responsabilidades en otros: en el abuelo de Betsabé, Ahitofel; en su comandante, Joab; en sus hijos mayores, Amnón y Absalón. Pasaba más y más tiempo escribiendo hermosas canciones de alabanza y adoración, derramando su corazón ante el Señor y haciendo planes para construir un magnífico templo dedicado al Señor. Ella entendía que todo esto era bueno, pero ¿qué de Israel? ¿Y de las personas que lo necesitaban? ¿Y de quienes esperaban su guía?

David no veía la tormenta que se avecinaba.

El profeta Natán le había hablado de la maldición inminente. Ella prestaba atención a la palabra del Señor y estaba atenta a lo que ocurría a su alrededor. Un pecado ponía otro en marcha. La primera piedra había caído años atrás, y se acercaba una avalancha. Ella mantenía a sus hijos cerca, enseñándoles acerca de Dios cuando caminaba con ellos, enseñándoles cuando se sentaba con ellos. Los acostaba y les relataba sobre la creación, el diluvio, los patriarcas, la esclavitud en Egipto y cómo Dios los liberó. Su letanía era: «Recuerden al Señor».

Sabía que sus hijos enfrentarían lo peor del prejuicio contra ella. Cuando le hacían preguntas dolorosas, ella contestaba con la verdad devastadora. «Sí, tu padre y yo cometimos adulterio. Sí, hubo hombres que murieron por mi culpa». Ya había transigido una vez; no se permitiría hacerlo nuevamente. Aprovechaba cada oportunidad que se le presentaba para hablarles a sus hijos sobre el arrepentimiento y la responsabilidad, sobre las consecuencias que se ponen en marcha cuando uno cede al pecado, sobre el poder del Señor para confirmar a los justos. Les hablaba de la extraordinaria misericordia y bondad que el Señor había tenido con ella.

—Cuando pequen, porque van a pecar, deben arrepentirse. Deben darle la espalda al mal y buscar el rostro de Dios. Si lo hacen, Dios los perdonará.

—Dios pondrá las cosas en orden —dijo Salomón.

Ella sonrió con tristeza.

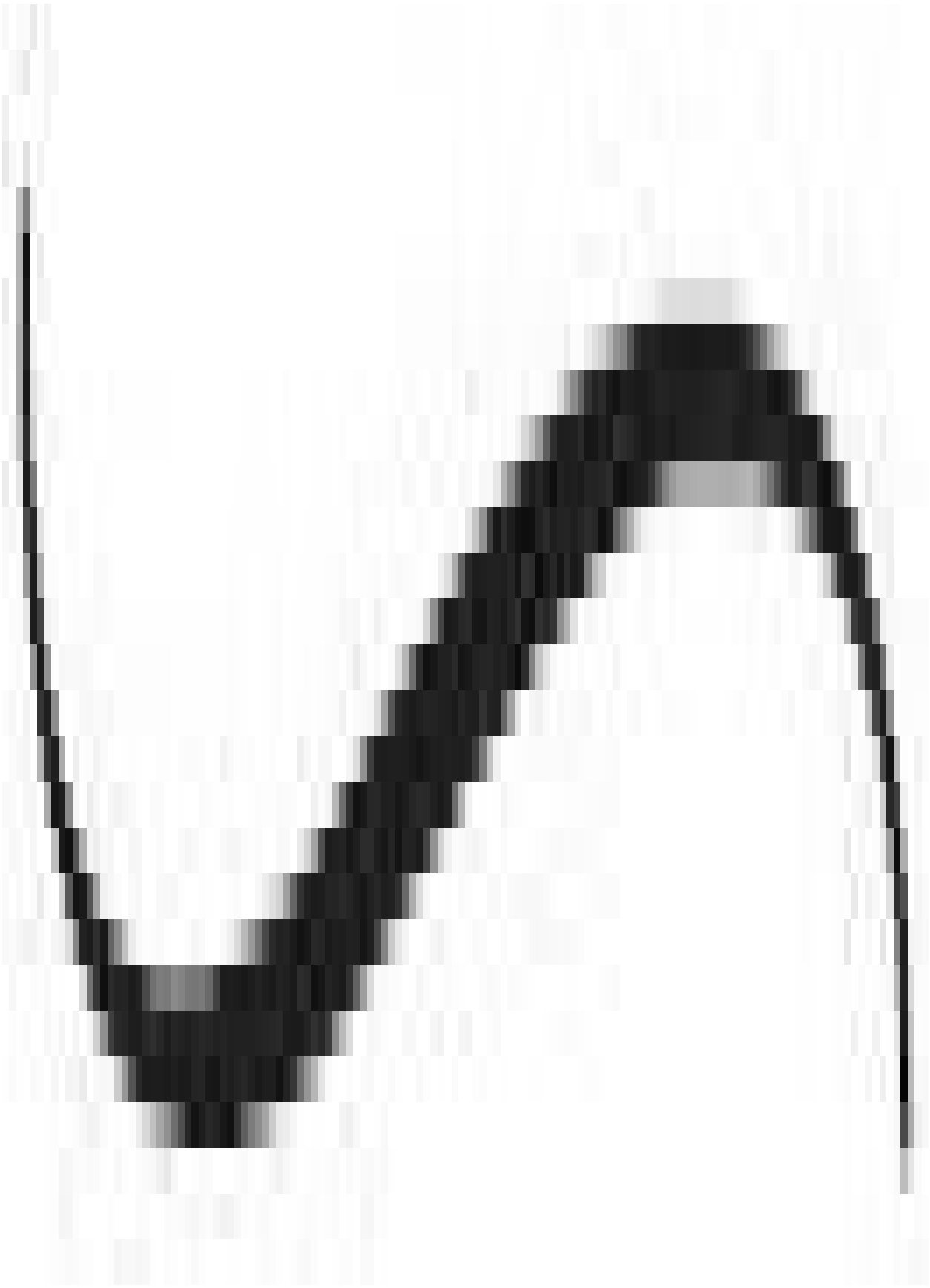
—Te perdonará, pero no eliminará las consecuencias.

—¿Por qué no?

—Porque debemos aprender a obedecer.

Cuando Natán le hizo saber que quería instruir a sus hijos en la ley del Señor, ella aprovechó la oportunidad con gratitud y los envió dándoles instrucciones:

—Escuchen de todo corazón, hijos míos. —Una vez más, Dios se había inclinado hacia ellos. Y esta vez estaba levantando a sus hijos de un palacio lleno de intrigas para colocarlos junto a Su profeta elegido.



Los gritos y los alaridos retumbaron por todo el palacio cuando corrió la noticia de que Amnón, el hijo mayor de David y heredero al trono, había violado a su media hermana, Tamar. David se desgarró la túnica, al darse cuenta de que le había creído a su hijo la historia que tramó para obtener permiso de que la joven fuera a atenderlo en su habitación privada. David había enviado a Tamar a ver a Amnón, sin sospechar jamás que el joven tenía malas intenciones hacia ella.

Ahora Maaca, la madre de Tamar, le pedía a gritos a David que hiciera justicia y castigara a Amnón por su transgresión. ¿Cómo podía David hacerlo, si el castigo por la violación era la muerte? ¿Ejecutaría a su propio hijo, su heredero? Cuando Tamar había clamado en las calles, su hermano Absalón la había hecho callar.

David se lo hizo ver a Maaca.

—Mujer, si Absalón no reclama la sangre de su hermano, ¿por qué lo haces tú? Recibió a nuestra hija en su casa y le dijo que no hablara más sobre el asunto.

—¡Está esperando que tú hagas algo!

—¿Serías tan rápida para exigir justicia si hubiera sido tu hijo el que pecó?

—¡Mi hijo jamás se habría aprovechado de una mujer en forma pecaminosa! —Maaca lloraba histéricamente—. ¡Esto es culpa tuya! ¡Todo comenzó cuando tomaste a esa mujer! —Era imposible callarla—. Jonadab, el hijo de tu hermano, le sugirió el plan a Amnón, ¡y tú enviaste a mi hija a Amnón! ¡Tú la enviaste, y ahora ella está arruinada! ¿Qué será de Tamar ahora? ¡El pecado de Amnón cae sobre tu cabeza!

David lloraba porque sabía que ella tenía razón.

Quienes querían el bien para David le advirtieron que aplicara la ley, pero David no escuchó.

—¿Cómo pueden pedirme que apedreara a mi propio hijo? ¿Acaso no pequé yo cuando traje a Betsabé al palacio? ¿No pequé yo cuando asesiné a Urías? ¡Dios me mostró misericordia!

—Usted se arrepintió, mi señor el rey. Amnón...

—¿Cómo podría mostrarle menos misericordia a Amnón, que es carne de mi carne?

—Mi señor el rey...

—No sentenciaré a otro cuando yo mismo he pecado tan gravemente. ¡Lo perdonaré y exijo que ustedes también lo hagan!

Betsabé se cubrió el rostro y lloró en la intimidad de su habitación.

¿Qué podía aprender un hijo de un padre que había robado a la esposa de otro hombre y lo había asesinado? ¿Qué otra cosa sino creer que él podía hacer lo que quisiera? El joven había aprendido a tomar lo que quería cuando lo quisiera, sin tomar en cuenta lo que pudiera costarle a otro.

¡Oh Dios, esto hace que mi pecado vuelva a pesar sobre mí! Si no fuera por Tu amor y Tu misericordia, ¿cómo podría estar de pie y ser testigo de lo que mis pecados han causado?

Betsabé hizo duelo por Tamar. Hizo duelo por Maaca, que se sentía amargada y sin consuelo. Hizo duelo por Amnón, porque sabía que Dios lo juzgaría por lo que había hecho. Y en medio de su dolor, sentía las miradas acusadoras, oía las murmuraciones. Sabía lo que pensaba la gente: ¡Eso que hiciste hace años es la causa de nuestra desgracia ahora!

El silencio de Absalón la hacía temblar, porque él no era menos arrogante que Amnón. En realidad, era aún más orgulloso. Desde niño lo habían mimado y elogiado por su belleza. A medida que iba creciendo, más se pavoneaba como un pavo real. ¿Perdonaría ese hombre la violación de su bella hermana?

Salomón advirtió su aflicción.

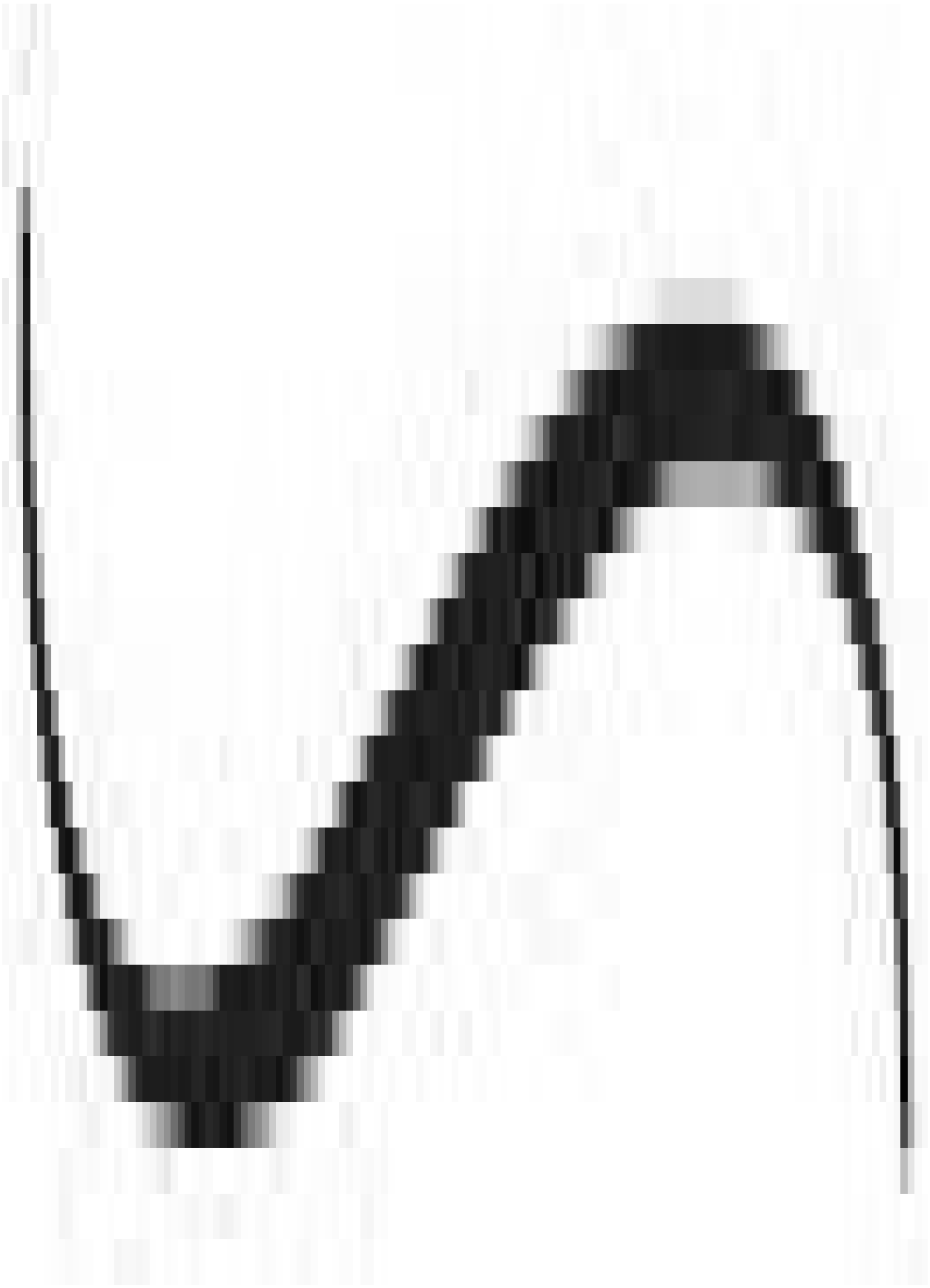
—¿De qué tienes miedo, madre?

—Tengo miedo de lo que ocurre cuando se pasa por alto el pecado. —Cuando no se aplica rápidamente la sentencia sobre una mala acción, el corazón se entrega por completo al mal.

Pasaron los meses y nada ocurrió. David consideró que el asunto estaba resuelto y no habló más de eso. Betsabé siguió observando. Deseaba que David tuviera

razón, pero siguió haciendo todo lo que estaba a su alcance para resguardar a sus hijos de la corrupción.

Pasó un año y otro, mientras la maleza crecía entre el trigo.



—Absalón me invitó a la esquila de sus ovejas —le dijo David a Betsabé una noche, mientras cenaban juntos a solas—. Invitó a todos sus hermanos.

Aunque se alarmó, ella no dijo nada sobre sus dudas. Absalón no había invitado a los cuatro hijos de ella, pero se sintió aliviada de que no lo hubiera hecho. Absalón la odiaba porque David la prefería a ella más que a su madre. Y además veía a sus hijos como una amenaza, aun cuando él era el próximo en sucesión al trono después de Amnón.

Ella le sirvió más vino.

—¿Irás?

Él sacudió la cabeza, acariciando los dedos de ella mientras recibía la copa.

—Prefiero quedarme. Además, ¿por qué sobrecargar a Absalón con el costo de recibir a mi séquito? Es mejor para él que yo me quede en el palacio. Los jóvenes podrán divertirse sin mí. Amnón irá como mi representante.

Ella se estremeció.

—Me alegro de que mis hijos no vayan.

—¿Por qué no van?

—Porque no fueron invitados.

David frunció el ceño y pensó por un momento. Después se encogió de hombros.

—Quizás Absalón pensó que no les interesarían esas fiestas, ya que pasan tanto tiempo con Natán.

Pocos días después, Betsabé se sobresaltó al oír alaridos y lamentos. Salió corriendo de su habitación, aterrada de que le hubiera pasado algo a David. Salomón la interceptó; tenía el rostro pálido y los ojos desorbitados por el impacto y el miedo.

—Acaba de llegar un mensajero y dice que Absalón mató a todos los hermanos

que acudieron a la esquila. ¡No quedó ni uno!

A ella se le heló la sangre; su mente corría a toda velocidad. Si Absalón se había atrevido a hacer algo así, se daba cuenta de lo que haría a continuación.

—Busca a tus hermanos y vayan con tu padre. ¡Quédense con él!

A Absalón le interesaba el trono, y la única manera de conseguirlo era hacerle la guerra a David.

El palacio estaba alborotado; las mujeres gritaban y lloraban, los hombres deambulaban con sus túnicas desgarradas y David yacía en el suelo, llorando.

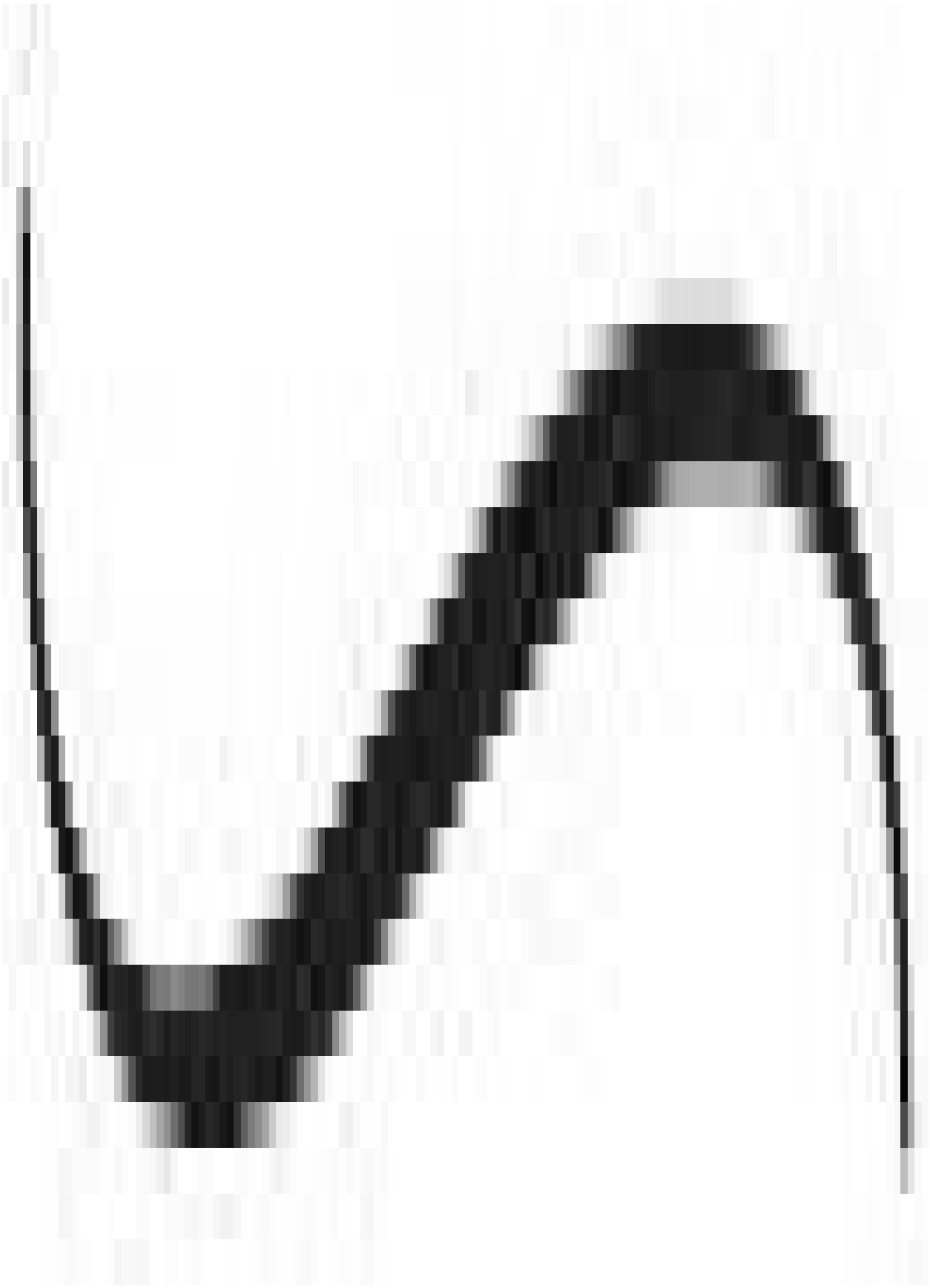
Llegaron más noticias. Amnón era el único muerto. Uno por uno, los hijos de David volvieron cabalgando en sus burros y repitiendo la historia sobre cómo el heredero de David había estado feliz, tomando vino, cuando Absalón había lanzado a sus hombres contra él y había observado con júbilo mientras acuchillaban repetidas veces a Amnón hasta matarlo.

David reunió hombres para ir tras Absalón, pero su hijo huyó a Gesur y se refugió en la casa del padre de su madre, el rey Talmai.

Betsabé pensaba a menudo acerca de lo que había ocurrido en la esquila. Trataba de pensar como lo haría su abuelo. Había tres razones por las cuales Absalón había asesinado a Amnón: para vengar a su hermana, desafiar abiertamente a su padre y declararse heredero al trono de Israel. Los restantes hijos de David estaban ahora aterrados de Absalón. No les quedaba duda de lo violento que era en su búsqueda de venganza y poder.

Si David hubiera ido a la esquila, ¿lo habría matado Absalón? ¡Ciertamente un hijo se detendría antes de matar a su propio padre!

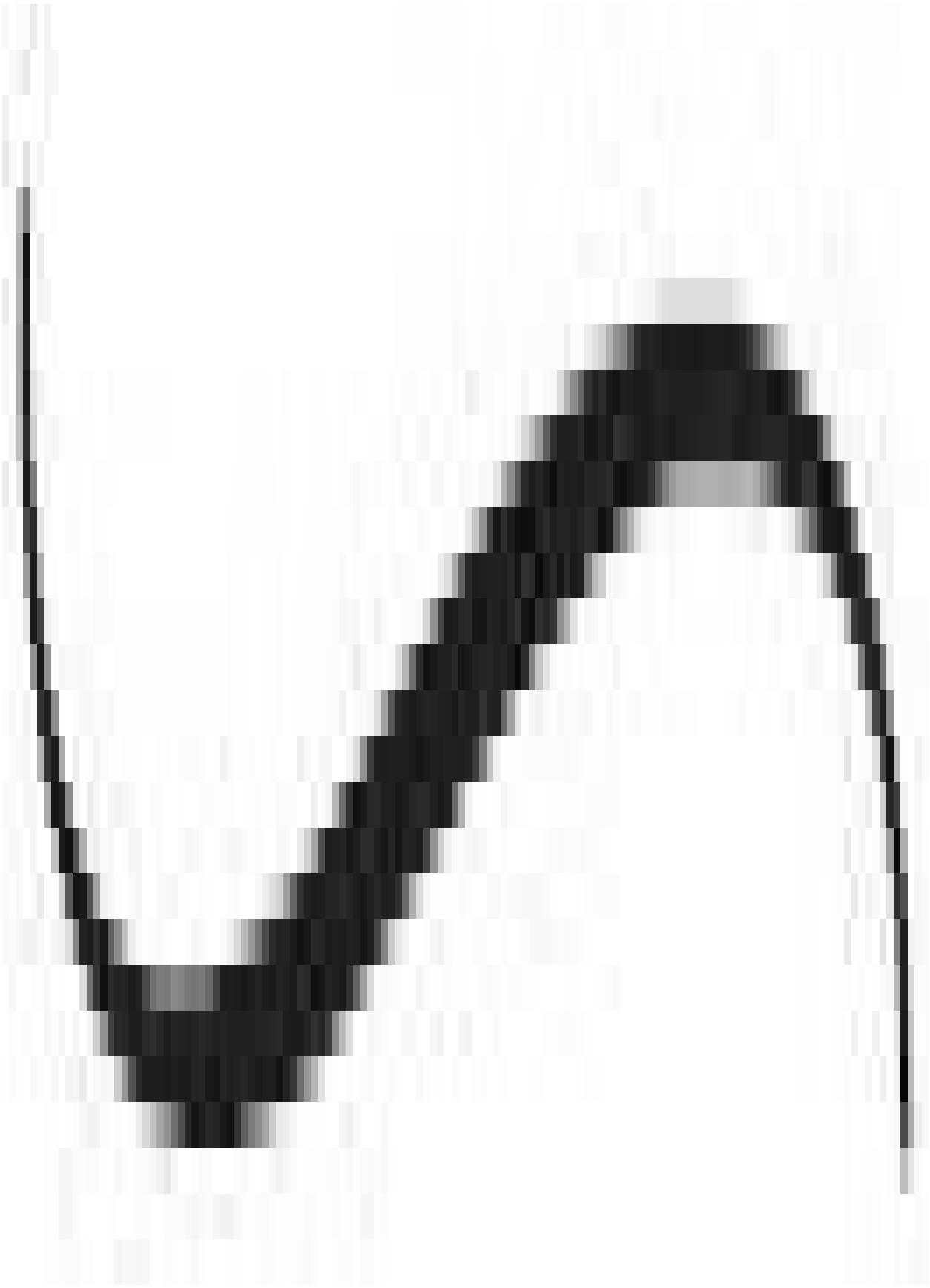
David hablaba constantemente acerca de salir a perseguir a Absalón. Hablaba y hablaba... pero no hacía nada.



Pasaron tres años. Resignado ante la muerte de Amnón, David descartó la idea de la guerra, porque sus espías le informaron que Absalón no había reunido un ejército contra David en Gesur. David llegó a la conclusión de que el asesinato de Amnón había sido un acto de venganza por Tamar, no una puja por el trono. Betsabé sabía que los pensamientos de David seguían fijos sobre Absalón. Su esposo estaba desgarrado entre su amor por ese hijo rebelde y su ira por los actos del joven.

—Tu hijo espera ser perdonado —le dijo Joab al rey. Betsabé tuvo la sensación de que su esposo estaba esperando cualquier excusa para recibir nuevamente a Absalón en el hogar. Sin ejército y sin aliados, no tendría éxito en arrebatar la corona de David, pero de todos modos Betsabé sentía que no se podía confiar en él. Por supuesto, no dijo nada contra Absalón, porque cualquier cosa que dijera podría ser mal interpretada. ¿De qué serviría decir lo que pensaba, cuando David seguía sufriendo por la ausencia de Absalón y escuchaba con tantas ansias cualquier noticia que le llegara de él? No, lo único que podía hacer era asegurarse de que David supiera que tenía hijos que buscaban el favor de Dios y estarían junto a su padre contra todo enemigo.

Cada vez que David le enviaba el mensaje de que quería pasar la noche con ella, se aseguraba de que Salomón y sus hermanos pasaran un tiempo con ellos. David siempre disfrutaba de hablar con ellos, y ella quería que él los viera y se consolara con los únicos hijos piadosos que tenía.



El palacio estaba cambiando.

David ordenó la construcción de varias casas, en un intento de mantener la paz entre sus mujeres. Ahinoam seguía haciendo duelo por Amnón, en tanto que Maaca abogó la causa de Absalón durante tanto tiempo y a tan viva voz que finalmente David se negó por completo a verla.

Salomón y sus hermanos a menudo pasaban la tarde con Betsabé. A ella le encantaba escucharlos hablar de las cosas que aprendían de Natán. También eran sagaces en otras áreas. Sabían lo que estaba ocurriendo en Jerusalén en tanto que ella, por vivir dentro de las paredes del palacio, sabía muy poco. Fueron sus hijos quienes le informaron que Absalón volvería pronto a Jerusalén.

—¿Lo ha perdonado tu padre?

—No exactamente —respondió Salomón—. Yo estaba en la corte hace unos días cuando una viuda vino de Tecoa, declarando que un clan quería que ella entregara a uno de sus hijos que había matado a su hermano. Dijo que si lo hacía, lo matarían también a él y a ella no le quedarían hijos. Abba aceptó proteger al heredero. Entonces se dio cuenta de que la historia era una artimaña.

—¿Una artimaña?

—Joab había puesto las palabras en la boca de la mujer.

Inquieta, Betsabé se puso de pie y se apartó. Otra vez Joab. ¿Estaba Joab enviándole otro mensaje al rey: Trae de regreso a Absalón o me pongo de su lado en tu contra?

—Sería sabio que mi padre mantuviera cerca a Absalón para vigilarlo —dijo Salomón.

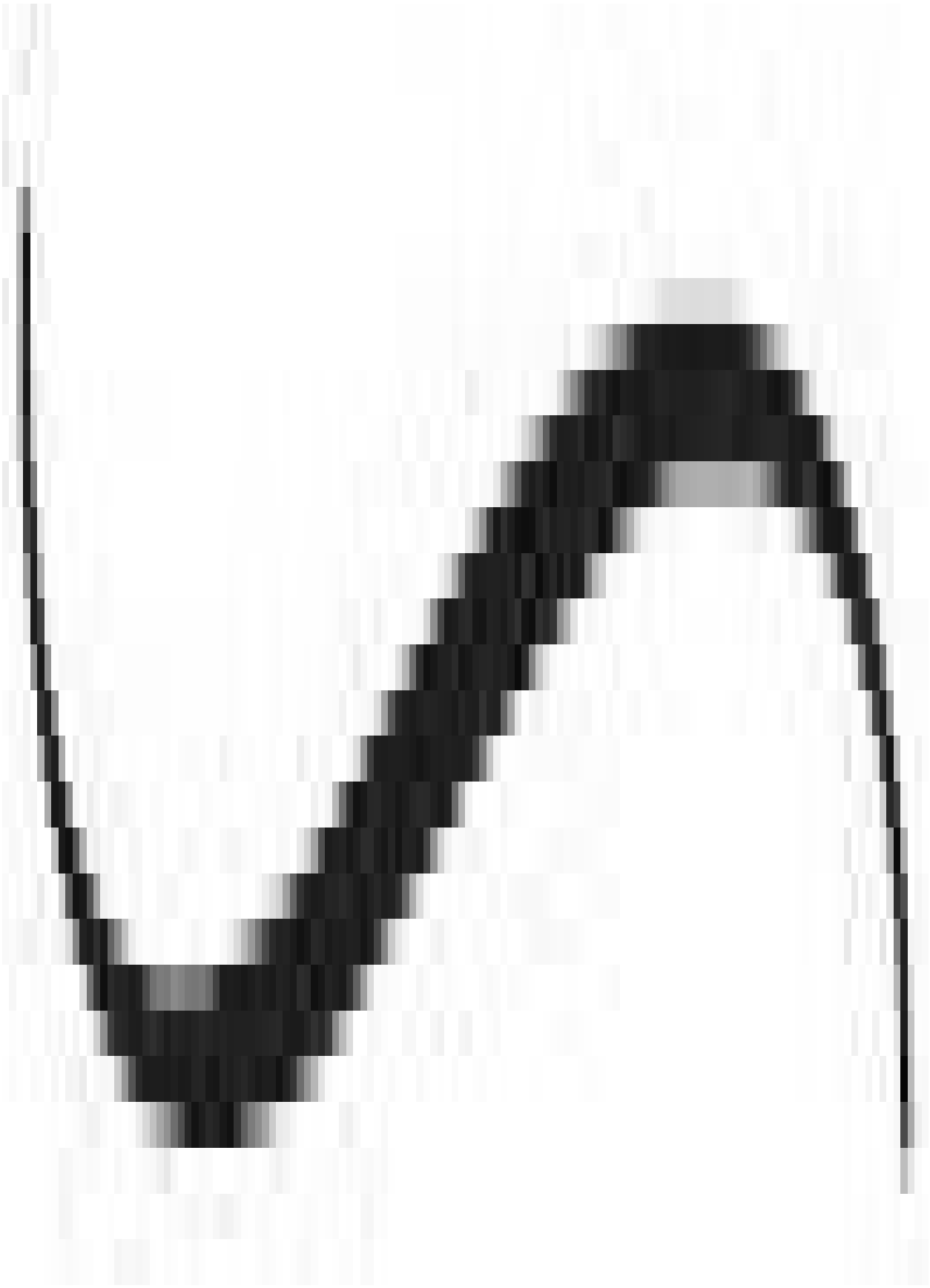
—Sí, sería sabio. —Volvió a mirarlo—. Habla con Natán acerca de esto. ¡Fíjate qué tiene él que decir! —Ella se propuso orar para que David no cediera una vez más a sus emociones inestables. Joab lo había manipulado, pero la represalia no serviría para nada.

Cuando le informaron a David que Absalón subía el monte hacia Jerusalén, le

asestó un golpe a Joab.

—Absalón puede ir a su casa, pero no debe venir a verme nunca. —David había cerrado de un portazo la reconciliación con su hijo con el objetivo de poner a Joab en su lugar.

Cuando Betsabé oyó lo que David había hecho movido por el enojo, se entristeció. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que el orgullo de Absalón exigiera compensación? ¿Cuántos morirían cuando él volviera a desquitarse? Seguía vigente la palabra del Señor que Natán había proclamado tantos años atrás: que la espada sería una amenaza constante para la familia de David.



Tomó dos años para que el fuego en el corazón de Absalón saliera a la luz.

—Absalón le prendió fuego al campo de Joab —le dijo Sobab a Betsabé mientras conversaba una tarde con sus hijos.

Salomón sacudió la cabeza.

—Es solo cuestión de tiempo antes de que Joab se presente ante abba para abogar por nuestro hermano —dijo Salomón con tono funesto.

—Si tu padre se reconcilia con Absalón, será lo mejor para la nación. —Ella anhelaba que se terminaran las hostilidades familiares. La brecha que había entre David y el mayor de sus hijos vivos lo deprimía a él y dividía al pueblo. Muchos justificaban a Absalón por haber matado a Amnón, ya que el rey no había actuado conforme a la ley para vengar la violación de la hermana de Absalón. Otros decían que la inacción de David era una muestra de indecisión, no de misericordia. Un rey indeciso era un rey débil, vulnerable a los ardides y las maquinaciones de los enemigos, y David tenía enemigos por todos lados. Solo Dios podía protegerlo y mantenerlo en el trono.

—De esto no resultará nada bueno, madre —dijo Salomón—. Si Absalón se atrevió a incendiar al campo de Joab, ¿qué más se atreverá a hacer?

—¿Quieres decir que se pondrá en contra del rey?

—Es demasiado astuto para mostrarse tan abiertamente. Además, necesita aliados. Joab ya no estará de su lado. Pero tú sabes mejor que yo lo soberbio que es Absalón.

Samúa se rio.

—¡Escuché que pesa el cabello cada vez que se lo corta!

—Su belleza lo ha vuelto vanidoso —dijo Betsabé en voz baja.

—Todos están cautivados por su buena presencia, pero él está lleno de falsedad. Hace dos años abba le ordenó que se mantuviera en su casa, y esa orden no ha cambiado. Dos años son más que suficientes para avivar el fuego en las entrañas

de Absalón.

Betsabé buscaba razones que le permitieran tener esperanza de paz.

—Absalón es el heredero al trono. Tiene que ser paciente. No gana nada dividiendo a la nación a la que un día gobernará.

Salomón se rio.

—La única vez que vi a mi hermano practicar la paciencia fue durante los dos años en los que urdió el asesinato de Amnón.

Ella se puso de pie.

—Por ahora no hablaremos más de esto. —La situación le era insoportable—. Mantengan los ojos abiertos y díganme lo que vean y escuchen. —Ella sabía que si Absalón alguna vez desafiaba a David y lo vencía, les costaría la vida a ella y a sus hijos.

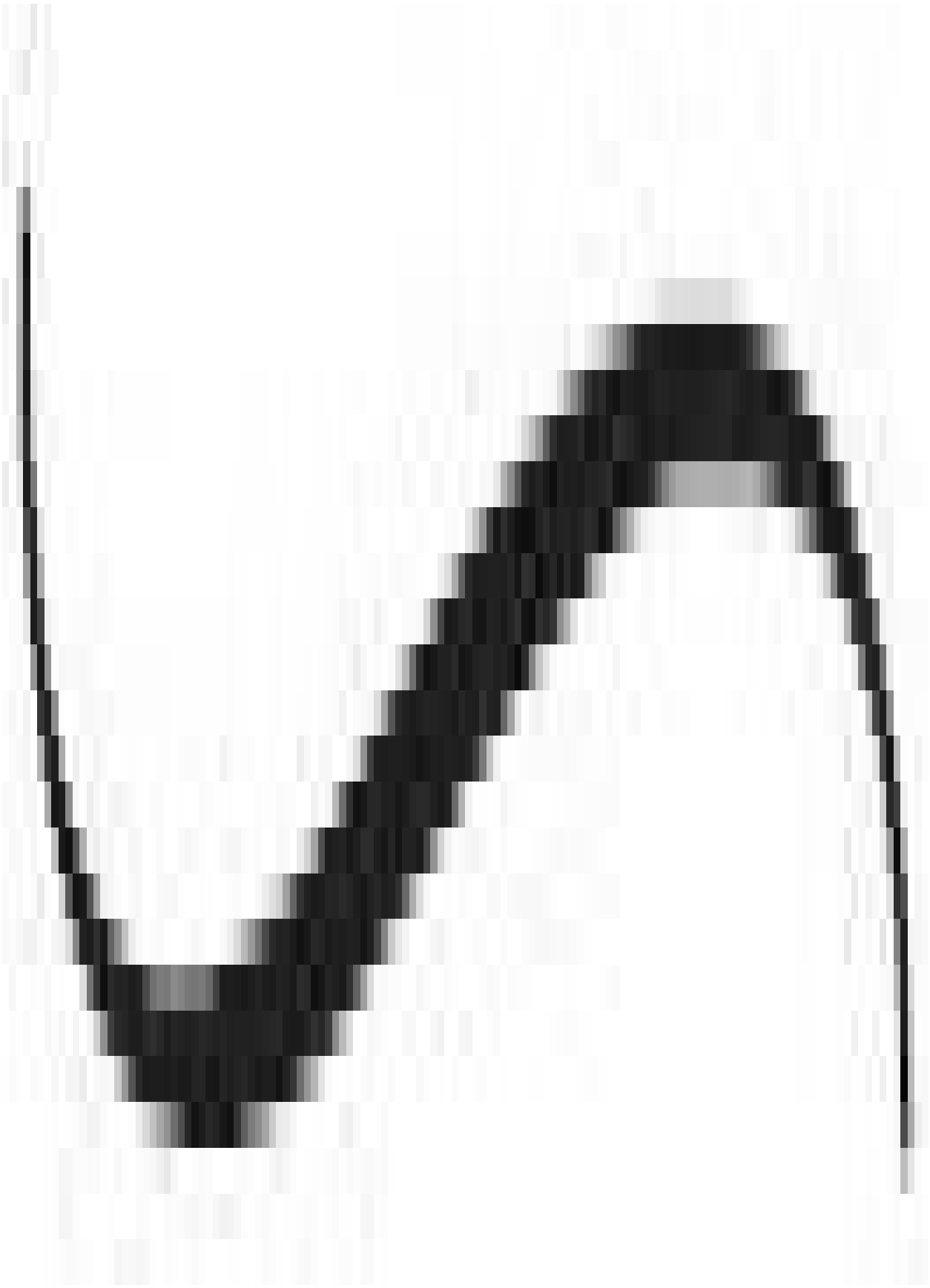
Salomón inclinó la cabeza. Se agachó y la besó en la mejilla. Comenzó a decir algo más, pero ella puso sus dedos sobre sus labios.

—Habla con el profeta Natán sobre tus preocupaciones —dijo ella—. Busca el consejo del Señor.

—Sí, madre.

Ella lo besó a él y a cada uno de sus hijos y los miró salir.

Señor Dios, protege a mis hijos. Que los pecados del pasado caigan sobre mi cabeza y no sobre las de ellos.

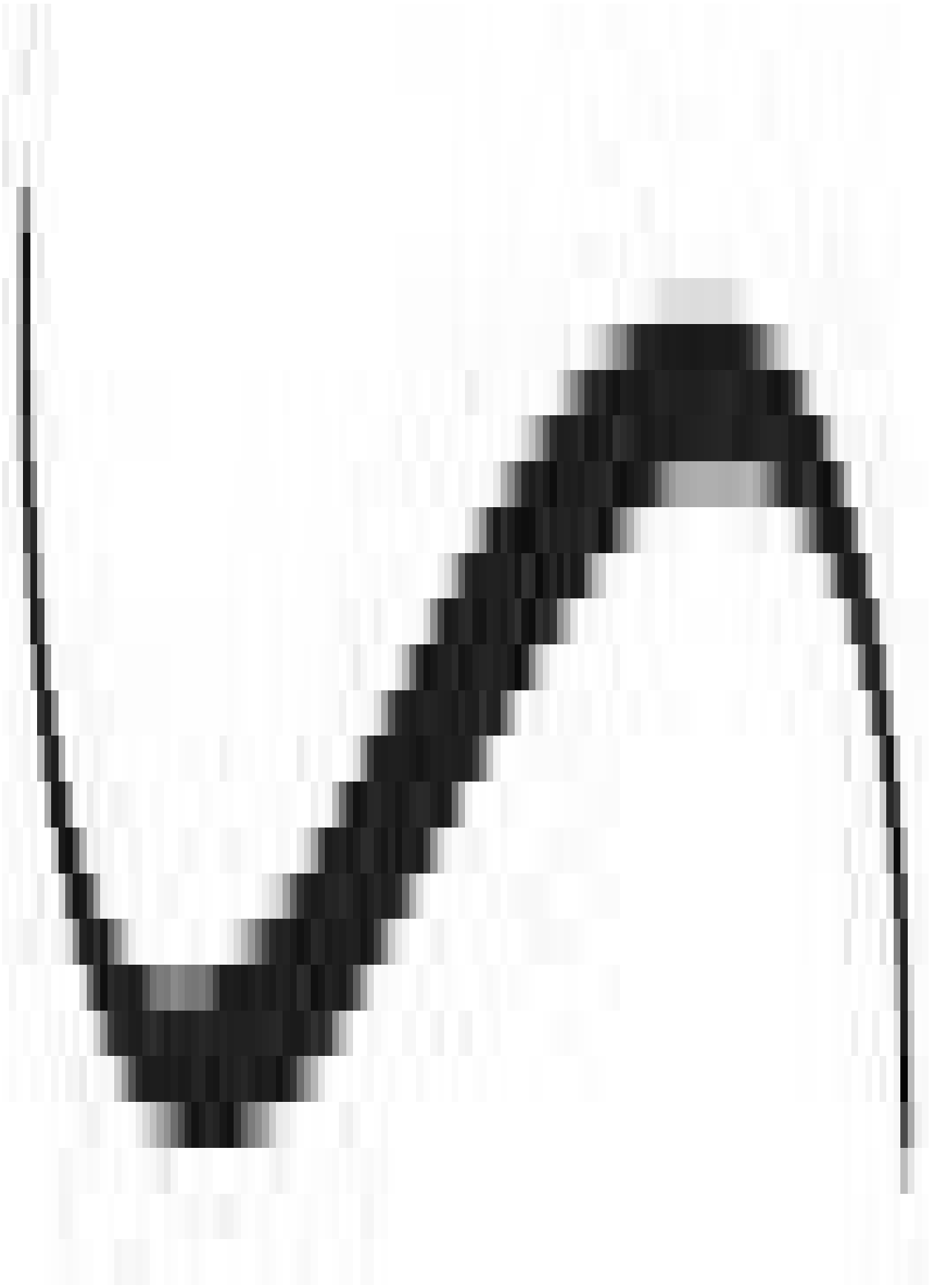


David respondió a la súplica de Joab y permitió que Absalón fuera a verlo, pero el beso que le dio a su hijo tenía el carácter de un perdón formal más que de una expresión afectuosa. Poco después, Betsabé oyó que Absalón ahora salía en una cuadriga tirada por caballos, con cincuenta hombres que corrían delante de él como si ya fuera el rey. Él se levantaba temprano y se ubicaba junto a las puertas de la ciudad, interceptando a quienes acudían a Jerusalén a ver al rey y presentar sus casos, diciéndoles que solo él podía escucharlos y juzgar con justicia, y haciéndoles promesas que solamente un rey podía cumplir.

Cuando se presentó ante David y le pidió autorización para ir a Hebrón a cumplir un voto que había hecho, David se lo permitió, demasiado ocupado con sus propios placeres y su bienestar como para percibir la verdadera motivación de Absalón.

Absalón salió de Jerusalén con un séquito de doscientos invitados, y se proclamó rey en Hebrón. «Todo Israel se ha unido a Absalón y conspiran en contra de usted» —le dijeron a David los mensajeros.

Ahora Absalón estaba en camino a Jerusalén, al frente de un ejército, para arrebatarle el trono a su padre.



Las mujeres y los sirvientes correteaban por el palacio, reuniendo lo necesario para hacer un viaje. David había dado órdenes de que su familia saliera de Jerusalén antes de que Absalón llegara con su ejército. Solo se quedarían diez concubinas para mantener el palacio en orden.

Betsabé mantuvo a sus hijos a su lado mientras David conducía la salida, con todo el pueblo detrás de él. Cuando se detuvieron en los límites de la ciudad, se les sumaron seiscientos hombres, extranjeros que habían venido a ver al rey. David les dijo que debían irse, que esta no era su batalla. Betsabé se sintió aliviada cuando ellos juraron lealtad a David y se quedaron. Si querían sobrevivir, David iba a necesitar todos los hombres que pudieran reunir.

Hombres y mujeres lloraban y se lamentaban cuando cruzaron el arroyo de Cedrón y se encaminaron hacia el desierto. El sumo sacerdote Sadoc y todos los levitas siguieron a David, llevando consigo el arca de Dios; pero cuando David lo supo, les dijo que volvieran a Jerusalén.

«Si al Señor le parece bien, me traerá de regreso para volver a ver el arca y el tabernáculo; pero si él ha terminado conmigo, entonces dejemos que haga lo que mejor le parezca». El rey caminaba descalzo y lloraba, con la cabeza cubierta en duelo por su hijo rebelde.

Cuando David llevaba a su gente a subir el monte de los Olivos, llegó un mensajero polvoriento y exhausto. «¡Ahitofel está entre los conspiradores!».

Betsabé cayó sobre sus rodillas y lloró. Se cubrió la cabeza con polvo. Gemía al recordar a su abuelo, el hombre al que amaba cuando era niña y cuando era una joven mujer; recordaba su risa, su amor, su tierna devoción a su familia. Finalmente Ahitofel estaba tomando venganza contra ella y contra David. Sintió los ojos de David sobre ella, y entonces apretó su cabeza contra sus piernas, avergonzada de lo que su amor por él había provocado.

Se cubrió la cabeza con las manos cuando oyó a David clamar lleno de angustia y de ira: «¡Oh Señor, haz que Ahitofel le dé consejos necios a Absalón!».

Los consejeros y asesores rodearon a David, hablando todos a la vez, alejándolo de ella. Betsabé sintió unos brazos firmes que la levantaban y oyó el susurro fuerte y claro de Salomón.

—Dios nos protegerá.

—Mi culpa —se ahogó ella—. Esto es todo por mi culpa.

Él la abrazó, protegiéndola de quienes miraban.

—¿Tienen que ser puestos a tus pies los pecados de todos?

Ella se estremeció con profunda pena.

—¡La avalancha comenzó años atrás, hijo mío, y esta vez toda la montaña está cayendo sobre nosotros!

—Cada persona toma su propia decisión, madre. El pecado de Ahitofel caerá sobre su cabeza.

Ella negó con la cabeza.

—Él es tu bisabuelo.

—Solicitó licencia y se retiró a Gilo hace años, con la excusa de que Israel estaba en paz. Ahora conocemos el motivo real de su partida. ¡Traición! —Salomón se apartó un poco, sin dejar de sostenerla—. Si algo he aprendido de todo esto, madre, es a no confiar en nadie, ni siquiera en los de tu propia sangre.

—Puedes confiar en mí. Puedes confiar en tu padre.

—Te amo, madre, y confío en ti; pero ¿qué poder tienes tú? Y amo a mi padre, pero hace años que el rey perdió contacto con su pueblo.

Betsabé no reprendió a su hijo por sus palabras, porque las dijo con dolor y no con condenación. Ella pensó nuevamente en su abuelo, y le tembló el corazón. Durante todos esos años había simulado estar en paz con David, mientras buscaba una oportunidad para destruirlo.

Ay, si tan solo hubiera sido más fuerte y más sabia...

Interrumpió su pensamiento. Si tan solo... si tan solo... ¿De qué servía pensar así? Era demasiado tarde para desear haber hecho las cosas de otra manera. Todos estaban manchados por el pecado, y los sacrificios solamente lo cubrían

con la sangre de otros.

Oh, Dios de misericordia, cuánto anhelo quedar libre de mis pecados, ser otra vez una niña inocente, blanca como la nieve.

¿Había pensado bien su venganza Ahitofel? ¿Podía odiarlos tanto a David y a ella como para destruirse a sí mismo para saldar una cuenta? Si lograba colocar a Absalón en el trono, David moriría. Ella moriría. ¡Y la vida de los cuatro bisnietos de Ahitofel también sería destruida! Airada y desesperada, suplicó a cada paso que la oración de su esposo fuera respondida y que Dios produjera confusión en los consejos de su abuelo a Absalón. Sin la ayuda de Dios, todo estaba perdido. Ahitofel sabía más sobre tener éxito en la guerra que cualquier otro hombre del reino, aun Joab, que ahora marchaba con David, protegiéndolo del hijo con quien en otro momento había conspirado. Joab y su orgullo criminal. ¡Joab, con sus motivaciones ocultas y su mortífera ambición! ¡En los últimos treinta años había arrastrado a David en una docena de direcciones!

Betsabé miró a Salomón.

—Tú y tus hermanos deben estar con tu padre.

—Estamos con él.

—No. Quédense cerca de él. Protéjanlo de Absalón y de cualquier persona que quiera hacerle daño. Si el rey cae, todos caemos. —Las lágrimas la cegaban—. ¡Muéstrenle a David que tiene hijos en los que puede confiar!

Mientras caminaba sola entre la multitud que salía con David de Jerusalén, recordó conversaciones de aquellos años alrededor de la fogata del campamento de su padre en En-gadi. «Mata a Saúl», había dicho Abisai en una ocasión. «Golpea al pastor y las ovejas se dispersarán», había sido el consejo de Joab. David se había alejado de la fogata, negándose a escuchar, y su abuelo había debatido el asunto con su padre una vez que los demás también se alejaron. «La sugerencia de Joab es astuta. La muerte de Saúl pondría fin a esta guerra y colocaría a David en el trono. Pero no habrá bendición para David si mata al ungido del Señor».

Ninguna bendición.

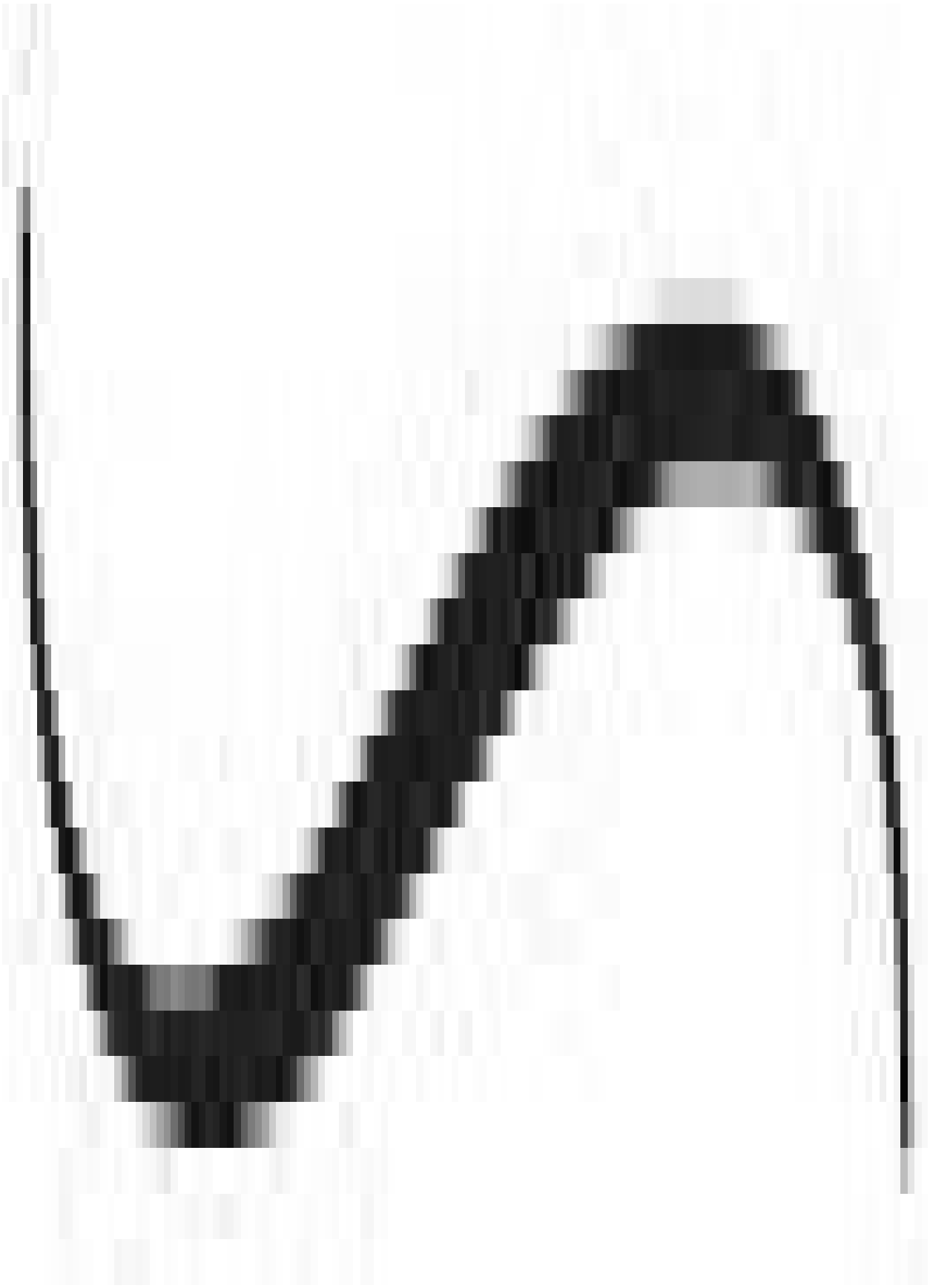
Ahora, lo último que querría su abuelo era que la casa de David fuera bendecida.

¿Qué mejor manera de vengar ese supuesto honor que poner al hijo en contra de su padre? Ahitofel sería capaz de destruir a una nación por causa de su orgullo. ¿Eran todos los hombres tan inclinados al mal, tan incapaces de perdonar? ¿Qué derecho tenía el hombre de juzgar a quien Dios había redimido? Su madre le había advertido años atrás que su abuelo jamás daría el asunto por terminado. Ella había esperado y orado que su abuelo tomara otro rumbo. Ahora lloraba al darse cuenta de que Ahitofel solo había fingido perdonar. Ella sabía que el consejo que le daría a Absalón sería perseguir y matar a David. Y si tenía éxito, el reinado de Absalón sería maldito también, porque ¿qué nación podía prosperar si el hijo derramaba la sangre de su propio padre? Eso haría caer a la casa de David.

Oh Señor, Señor, ¡cómo puede ser que una noche de pecado haya traído tanto sufrimiento!

Sin importar lo que sucediera, alguno de sus seres queridos moriría.

Que sea Ahitofel, Señor. Pronunciaba la oración entre sollozos. Permite que sea mi abuelo, y no mi esposo y mis hijos.



Mientras David guiaba a su gente hacia Bahurim, un hombre llamado Simei de la familia de Saúl salió a gritarle maldiciones. El hombre les seguía el paso, levantaba piedras y las arrojaba mientras les lanzaba insultos a David y a su séquito.

—¡Vete de aquí, asesino y sinvergüenza! —gritaba con furia—. El Señor te está pagando por todo el derramamiento de sangre en el clan de Saúl. Le robaste el trono, y ahora el Señor se lo ha dado a tu hijo Absalón. Al fin te van a pagar con la misma moneda, ¡porque eres un asesino!

Abisai desenvainó la espada.

—¿Cómo es posible que este perro muerto maldiga a mi señor el rey? ¡Déjeme ir y cortarle la cabeza!

David gritó con enojo y desesperación.

—¡No! ¿Quién les pidió su opinión a ustedes, los hijos de Sarvia? Si el Señor le dijo que me maldijera, ¿quiénes son ustedes para detenerlo? —Lloró y gritó—: Mi propio hijo quiere matarme, ¿acaso no tiene este pariente de Saúl todavía más motivos para hacerlo? Déjenlo en paz y permítanle que maldiga, porque el Señor le dijo que lo hiciera. Y tal vez el Señor vea con cuánta injusticia me han tratado y me bendiga a causa de estas maldiciones que sufrí hoy.

David continuó la marcha, haciendo una mueca de dolor con cada palabra que Simei lanzaba sobre su cabeza. Sentía que las piedras lo golpeaban. Tragaba el polvo que el benjaminita le lanzaba.

Cuando la gente estuvo demasiado agotada para seguir avanzando, dio órdenes de acampar. Había hecho todo lo que estaba a su alcance. Había enviado a Husai, otro de sus consejeros, a fingir una alianza con Absalón. Le ordenó que contrarrestara cualquier consejo que Ahitofel le diera a Absalón. David también había enviado al sacerdote Sadoc y a sus hijos de regreso a Jerusalén, para actuar como mensajeros para Husai. Si había alguna esperanza para David, Husai se ocuparía de que le llegara el mensaje. Todo lo demás quedaba en manos de Dios. El resultado sería acorde a la voluntad de Dios.

Moriré si mi hijo me persigue ahora, Señor. Estoy demasiado cansado para

seguir, y mi pueblo necesita descansar. Ayúdame. ¡Oh Dios, ayúdame!

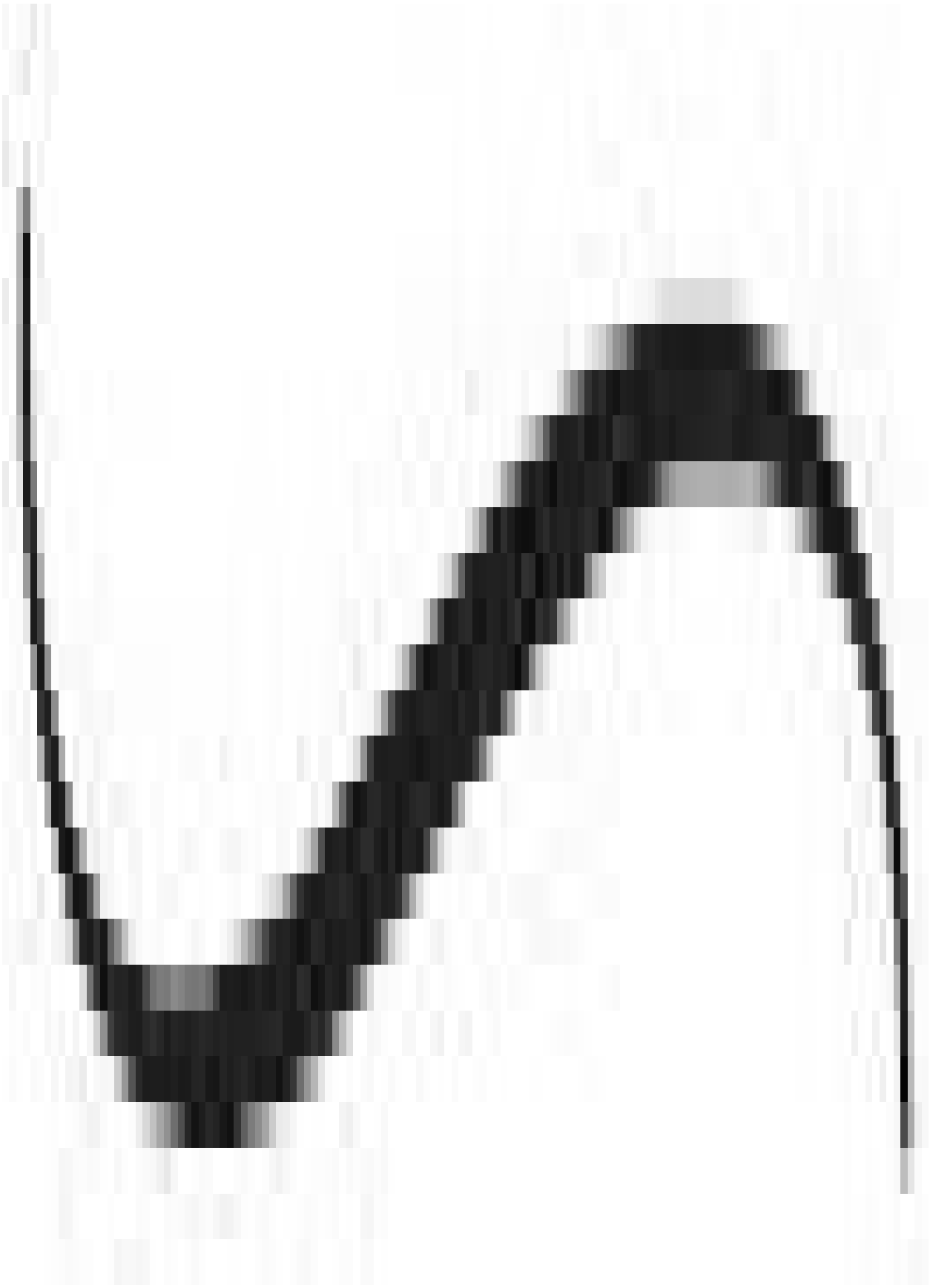
Se quitó la corona y la sostuvo en sus manos. «Oh, Señor, escucha mi oración —susurró—. ¡No pases por alto mi grito de auxilio! Por favor, responde a mis súplicas. Me rodean las dificultades por causa de un resentimiento contra mí por pecados cometidos hace tiempo. Mi corazón está angustiado. —Cerró los ojos y aferró con fuerza la corona—. Dios, me aterra la muerte. La mía y la de todos aquellos que amo. Me estremezco como un muchacho inexperto en la batalla. Si tan solo tuviera alas como una paloma para escapar. —Tragó saliva—. Confunde la lengua de Ahitofel. Todos estos años pensé que era mi amigo, pero estaba conspirando contra mí. —Lloró mientras se pasaba la mano por el cabello, dejando colgar la corona de su otra mano—. Ahitofel. Mi amigo. Mi compañero todos estos años. Tuvimos una dulce comunión durante aquellos años en el desierto».

Apretó los dientes y se frotó la nuca. «Durante todos estos años sus palabras fueron tan suaves como la mantequilla, pero en su corazón había guerra. Hablaba de paz con la espada desenvainada a sus espaldas. Alentó las ambiciones de mi hijo y lo puso en mi contra. —Temblaba a medida que la ira le calentaba la sangre—. ¡Envíalos al foso de la destrucción, Señor! ¡Que la tumba lo trague vivo!».

David soltó lentamente su aliento, esforzándose por controlar sus emociones. Debía serenarse para darle valor a la gente. Tenía que pensar. Tenía que actuar con sabiduría. ¡Qué necio he sido al permitirme ser indolente y dejar que otros manejen el reino! Giró lentamente la corona en sus manos y volvió a colocarla sobre su cabeza. Luego se frotó la cara y sintió que la arena y el polvo le raspaban la piel. Oh, Dios, nunca pedí ser rey. Habría sido más feliz como pastor, cantando salmos y contemplando las estrellas en el cielo. Habría sido más feliz siendo un hombre pobre con una sola esposa.

Los hombres hacen planes, pero Dios prevalece.

David se irguió, con un suspiro. «Confiaré en Ti, oh Señor. Confiaré en Ti. Haz conmigo según Tu voluntad».



Sadoc el sacerdote envió a sus dos hijos a David para darle el informe de Husai. «¡De prisa! ¡Cruza el Jordán esta noche! Ahitofel le ha aconsejado a Absalón que te persiga de inmediato, para adelantarse a ti y matarte. Husai te aconseja no pasar la noche en la planicie del desierto. ¡Cruza rápidamente para impedir que tú y todo el pueblo sean consumidos!».

Llegaron más noticias amargas, que traían reminiscencias de la profecía que Natán había pronunciado muchos años atrás. «Siguiendo el consejo de Ahitofel, Absalón llevó tus diez concubinas a la azotea. Está teniendo sexo con ellas delante de todo Israel».

David sintió que se le erizaba el cabello de la nuca. Podía imaginar el rostro de Ahitofel, desfigurado por el odio; podía imaginar sus pensamientos: ¿Recuerdas cuando hace años estuviste en la azotea mirando a mi nieta? ¿Recuerdas cómo te apropiaste de ella y la deshonraste? ¿Recuerdas cómo trajiste vergüenza a mi familia? ¡Ahora miraré cómo tu hijo deshonra a tus mujeres y trae vergüenza sobre tu familia ante todo Israel!

David despertó a la gente y siguieron viaje hasta Mahanaim, donde salieron a su encuentro los hombres de Rabá y Amón, quienes les ofrecieron camas, tazones, y recipientes de barro con trigo, cebada, harina, semillas y granos secos, frijoles, lentejas, miel y cuajada, ovejas y queso del rebaño. La gente que estaba con David comió hasta saciarse y descansó.

David contó a sus hombres. Designó capitanes sobre miles y capitanes sobre centenas. Dividió a su ejército en tres grupos; envió un tercio de las fuerzas al mando de Joab, un tercio con Abisai, y un tercio con Itai de Gat. Entonces, con el corazón cargado, se preparó para emprender la guerra contra su propio hijo.

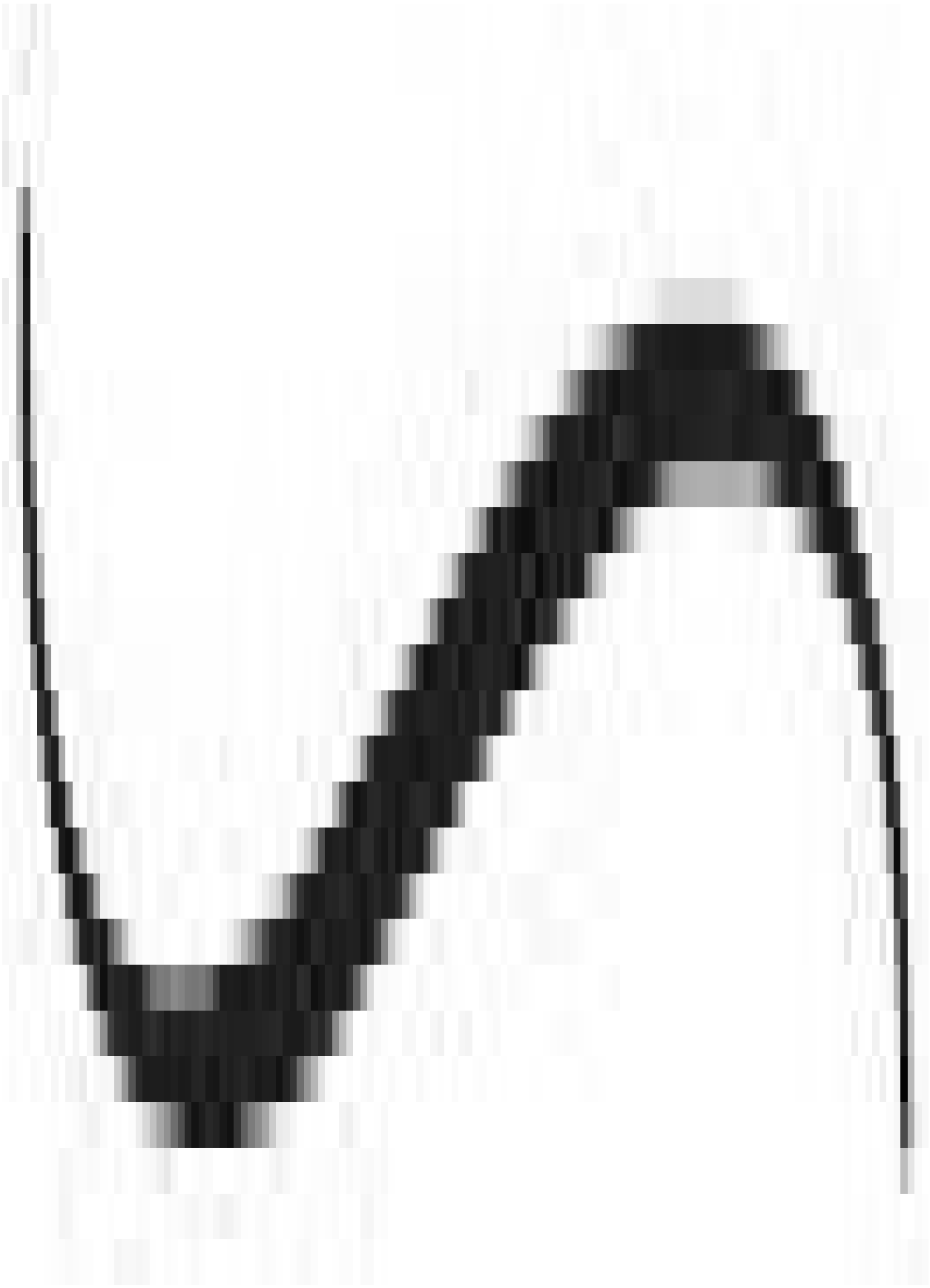
La gente protestó a viva voz diciendo que no debía ir con ellos.

—Usted no debe ir. Si tenemos que retroceder y huir, y aun si muere la mitad de nosotros, eso no hará impacto alguno en las tropas de Absalón; solamente lo buscan a usted. Usted vale diez mil de nosotros, y será mejor que se quede aquí en la ciudad y nos envíe ayuda si la necesitamos.

David prestó atención y una vez más dio un paso al costado.

—Si piensan que este es el mejor plan, lo seguiré —Les dio órdenes a Joab, Abisai e Itai delante del ejército—. Por consideración a mí, traten con bondad al joven Absalón. —Entonces se ubicó junto a las puertas de la ciudad mientras los hombres pasaban a su lado, camino a la batalla.

Una vez más, David se quedó atrás mientras los demás luchaban por él. Pero esta vez lo hacía porque así lo quería el pueblo, no porque lo quisiera él.



El centinela exclamó desde la torre:

—¡Un hombre viene corriendo!

David caminaba con impaciencia.

—Si está solo, trae noticias —murmuró para sí mismo. Cuando el centinela gritó nuevamente que veía a otro hombre que venía detrás corriendo rápidamente, el temor aceleró el corazón de David.

—¡El primer hombre corre como Ahimaas, hijo de Sadoc! —gritó nuevamente el vigía.

David abría y cerraba las manos.

—Él es un buen hombre y trae buenas noticias.

Ahimaas gritó antes de llegar al portón abierto.

—¡Todo está bien! —A David el corazón le dio un salto mientras el joven caía de rodillas delante de él y postraba su rostro en el suelo—. Alabado sea el Señor su Dios —dijo jadeando—, quien ha entregado a los rebeldes que se atrevieron a hacerle frente.

—¿Qué me dices del joven Absalón? ¿Está bien?

Ahimaas levantó la cabeza en un gesto de sorpresa. Sus ojos parpadearon y volvió a inclinar la cabeza.

—Cuando Joab me dijo que viniera, había una gran conmoción. Pero no supe lo que pasaba.

¿Por qué escondía Ahimaas su rostro? A David le latía con más fuerza el corazón. Levantó la cabeza cuando el vigía volvió a gritar. Se acercaba otro mensajero a la carrera.

—Espera aquí —le ordenó David a Ahimaas.

Llegó el segundo mensajero cubierto de polvo y sin aliento.

—Tengo buenas noticias para mi señor el rey. Hoy el Señor lo ha librado de todos los que se rebelaron en su contra.

—¿Qué me dices del joven Absalón? ¿Se encuentra bien? —exigió David.

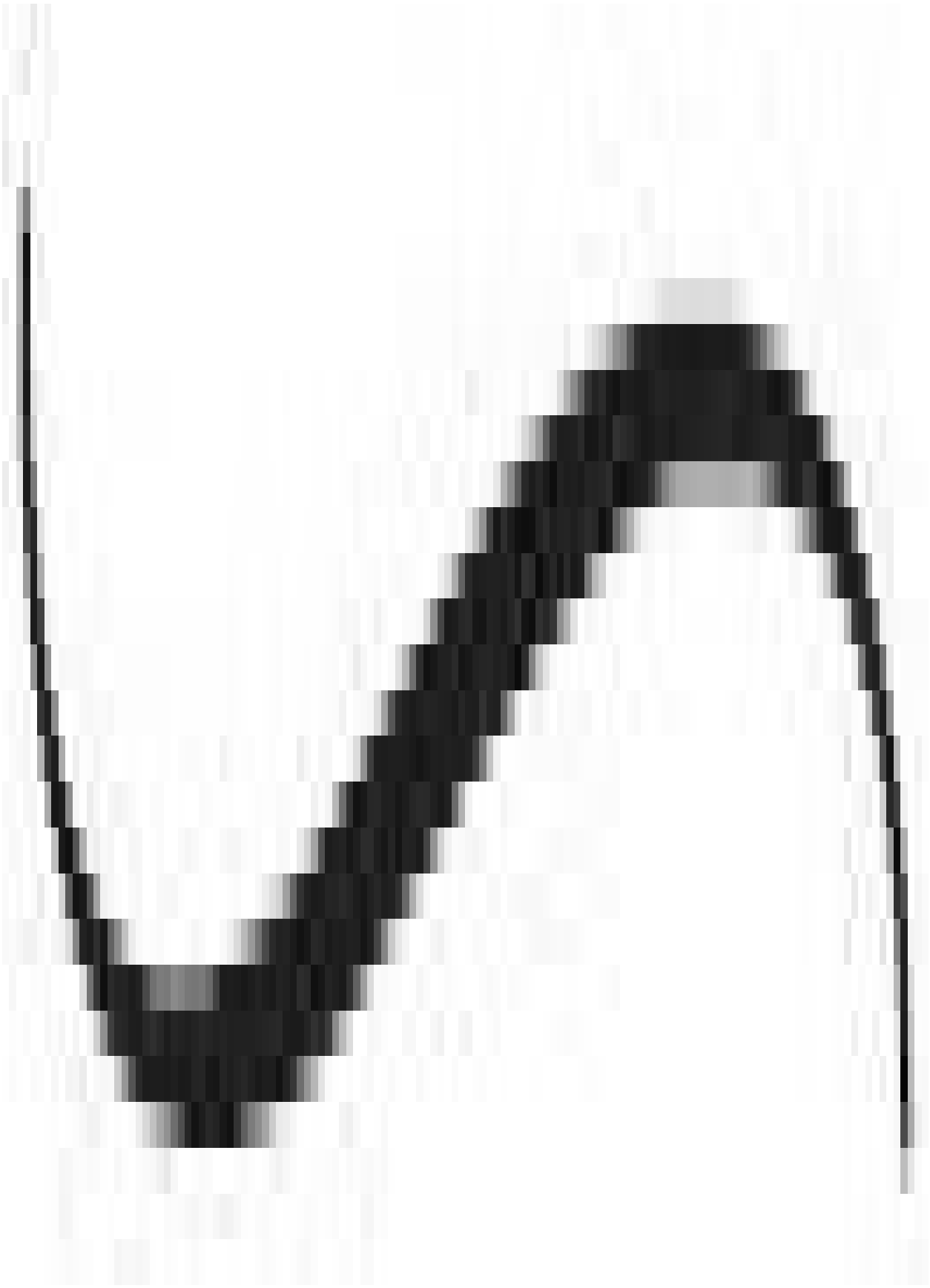
Los ojos del etíope destellaron.

—¡Que todos sus enemigos, mi señor el rey, ahora y en el futuro, corran con la misma suerte de ese joven!

A David le dio un vuelco el corazón, pues ya sabía.

—¡Hijo mío! ¡Mi hijo está muerto! —clamó lleno de angustia—. ¡Ay, mi hijo Absalón! ¡Mi hijo, mi hijo Absalón! ¡Si tan solo yo hubiera muerto en tu lugar! ¡Oh Absalón, mi hijo, mi hijo!

David subió a tropezones las escaleras hacia la habitación que había sobre las puertas, y se derrumbó de dolor.



David no se levantó en el momento que se abrió la puerta de su habitación. No levantó la cabeza hasta que la voz de Joab, llena de furia, cayó sobre él.

—¡Hoy salvamos tu vida y la vida de tus hijos, tus hijas, tus esposas y tus concubinas! —Joab tenía el rostro enrojecido, y la mano sobre la empuñadura de su espada—. Pero tú actúas de este modo y nos avergüenzas, como si hubiéramos hecho algo malo. Pareces amar a los que te odian y odiar a los que te aman. Hoy has dejado en claro que no valemos nada para ti. ¡Si Absalón estuviera vivo y todos nosotros hubiéramos muerto, entonces estarías complacido!

David sintió odio por él, y en los ojos del hombre vio que este estaba implicado en la muerte de Absalón. Y que estaba contento por eso.

—¡Era mi hijo, mi heredero! —¿Acaso no le había ordenado a Joab, en presencia de testigos, que tratara a su hijo con bondad? Pero Joab siempre hacía lo que mejor le parecía, sin tomar en cuenta a los demás... o lo que era correcto. Era un hombre que servía a sus propias ambiciones.

David vio muerte en los ojos encendidos del hombre.

—¡Ponte de pie! —le gritó Joab—. Ahora ve ahí afuera y felicita a las tropas, porque juro por el Señor que, si no lo haces, ni uno solo de ellos se quedará aquí esta noche. ¡Entonces estarás peor de lo que nunca has estado!

David se llenó de ira. Le temblaba el cuerpo mientras procuraba calmarse y controlar el impulso de atacar al hombre. Si no hacía lo que Joab le ordenaba, ¿qué costo pagaría el reino? Miró a su comandante a los ojos y entendió que si no se ponía de pie, Joab sería el que lo atacaría, porque no hacía ningún esfuerzo por ocultar su ira e indignación.

David se levantó y cruzó la habitación. Se detuvo frente a Joab y lo miró fijamente a los ojos.

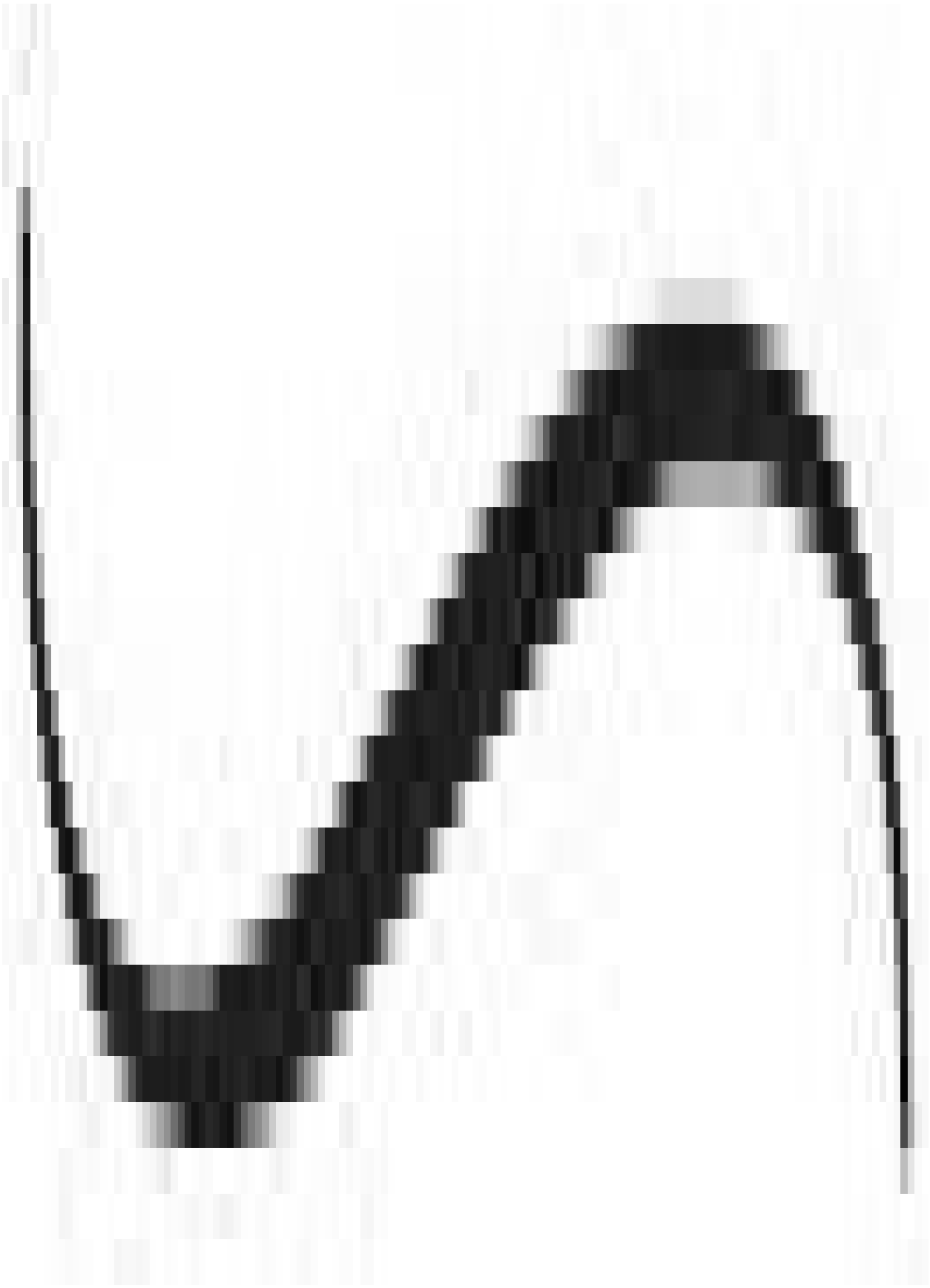
—¿Lo mataste porque quemó tu campo? —A Joab se le tensó un músculo en la mejilla cuando le devolvió una mirada fulminante, en silencio. David frunció los labios. Aunque no hubiera sido así, de todos modos Joab había pasado por alto la orden del rey.

David sabía que no había nada que pudiera hacer al respecto. No en este momento. Una vez más había sido Joab quien condujo el ejército a la victoria, mientras el rey esperaba dentro de los muros de la ciudad.

Joab dio un paso atrás e inclinó la cabeza. Tenía la mirada de una serpiente a punto de saltar.

David no le dio la oportunidad. Ahogando su ira y su dolor, salió y se sentó junto a la puerta. Uno por uno, sus guerreros salieron a verlo, y él le agradeció adecuadamente a cada uno de ellos por salvar el reino.

Entonces David llevó a su familia de regreso a Jerusalén.



Betsabé estaba sentada en su habitación y esperaba. ¿La culparía David por la muerte de Absalón? Su abuelo había estado detrás de la conspiración para matar a David y arrebatar el trono. ¿La culparía a ella?

Pasaron los días y no lo vio. El rey tampoco convocó a ninguna otra de las mujeres.

Entonces, un día, la puerta se abrió y él entró a la habitación sin haberse anunciado. Ella se levantó, con el corazón en la garganta. Él parecía más delgado, tenía el rostro surcado por el sufrimiento, y en sus sienes habían aparecido hebras grises. Ella dio varios pasos hacia él y se arrodilló, inclinando la cabeza hasta que su frente tocó el piso.

—Ay, David, estoy tan apenada —comenzó a llorar.

Él puso su mano dulcemente sobre la cabeza de ella.

—No te culpo por la conducta de Ahitofel.

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Asombrada vio que todavía la amaba.

—Oh, David —Él se inclinó a su lado y ella se refugió en sus brazos. La abrazó con tanta fuerza que dolía. Betsabé apoyó su cabeza sobre el pecho de él y sintió que la besaba en la parte posterior del cuello.

—Tengo novedades —susurró contra su cabello, sosteniéndola entre sus brazos con más fuerza todavía—. Cuando Absalón decidió esperar, siguiendo la sugerencia que le dio Husai, Ahitofel fue a su casa y se ahorcó.

Ella comenzó a temblar violentamente. Dios había escuchado y respondido sus oraciones. «El pecado de Ahitofel caerá sobre su propia cabeza», le había dicho Salomón cuando huían de Absalón. Su abuelo había juzgado, y luego había sido juzgado con la misma medida.

David la acarició con la nariz en el cuello, besándola en la curva sensible y haciéndola temblar. Su aliento se sentía cálido sobre la piel de Betsabé. Ella podía sentir el latido rápido y firme del corazón de él.

—He decidido que Salomón será el heredero al trono. —Ella se echó para atrás bruscamente y lo miró, asustada. Él le tomó el rostro con las manos —. He decidido. ¿Quieres saber por qué? Las otras han alimentado a sus hijos con la ambición y los han vuelto hambrientos de poder. —Ella vio el dolor en su mirada—. Te juro, Betsabé, que será tu hijo el que lleve la corona.

—Pero ¿quién soy yo para que tú...?

—De todas mis esposas y concubinas, solo tú buscaste al Señor de todo corazón.

A ella se le humedecieron los ojos.

—¿Dónde más habría podido ir después de lo que hice y de todo el sufrimiento que se produjo?

David besó las lágrimas que caían por su rostro.

—Quizás solo aquellos que han hecho un caos de su vida pueden entender la altura y la profundidad de la misericordia de Dios. —Le besó los labios—. Te tenía cariño porque eras la hija de mi amigo. Tuve deseo de ti y te tomé por tu belleza. Te he amado por el placer que me has dado y por la paz que siento cuando estoy contigo. —Se hizo hacia atrás y le tomó las manos.

Se levantaron juntos. Él nunca apartó la mirada de la de ella mientras la tomaba de las manos y le besaba cada palma. —Pero más que nada te amo por la esposa amorosa que has sido para mí y la madre que eres para mis hijos. Has criado cuatro varones que aman al Señor y buscan Su rostro, hijos de los que estoy orgulloso, hijos que yo... —Se le quebró la voz.

Ella lo envolvió con sus brazos y lo consoló; entendiendo lo que procuraba decir, pero no podía.

Ella había criado hijos en los que él podía confiar.

SEIS



Justo antes del regreso de David a Jerusalén, otra rebelión había amenazado con desgarrar a la nación, cuando Seba, un benjaminita, había convocado a los hombres de Israel para hacerle la guerra a David. Su llamado a las armas encendió la discordia que había crecido entre las diez tribus de Israel y de Judá, la tribu de David. Solo los hombres de Judá se mantenían leales a su rey.

Ahora David instruyó a Amasa para que movilizara al ejército, pero Joab lo mató y tomó nuevamente el mando del ejército de David, conduciendo a los soldados contra Seba. Atrapó al rebelde en Abel-bet-maaca, y puso sitio a la ciudad hasta que una mujer reunió a los ancianos y los convenció de que arrojaran a Seba por encima del muro, para salvar a la ciudad del asedio de Joab.

Años más tarde, los filisteos se pusieron en marcha contra Israel, y David condujo a la nación a la batalla nuevamente. Ya estaba anciano y cansado, y los hombres protestaron. «¡Usted no saldrá a la batalla otra vez! ¿Por qué arriesgarnos a que se apague la luz de Israel?».

David aceptó y los hombres fueron a la batalla sin él. Durante la guerra que siguió, los valientes de David vencieron a los hermanos de Goliat, y de esa manera eliminaron hasta el último descendiente del gigante.

Incluso mientras David escribía salmos de alabanza al Señor, su torre fuerte y su fortaleza, pecó contra el Señor cuando hizo un censo de sus hombres de guerra. Su orgullo y su ambición lo llevaron a contar a su gente para poder gloriarse del tamaño, el poder y la capacidad de defensa de su ejército, en lugar de confiar en la capacidad de Dios para darles la victoria sin importar cuántos fueran. ¿Era por la fuerza del hombre que se sostenía su reinado?

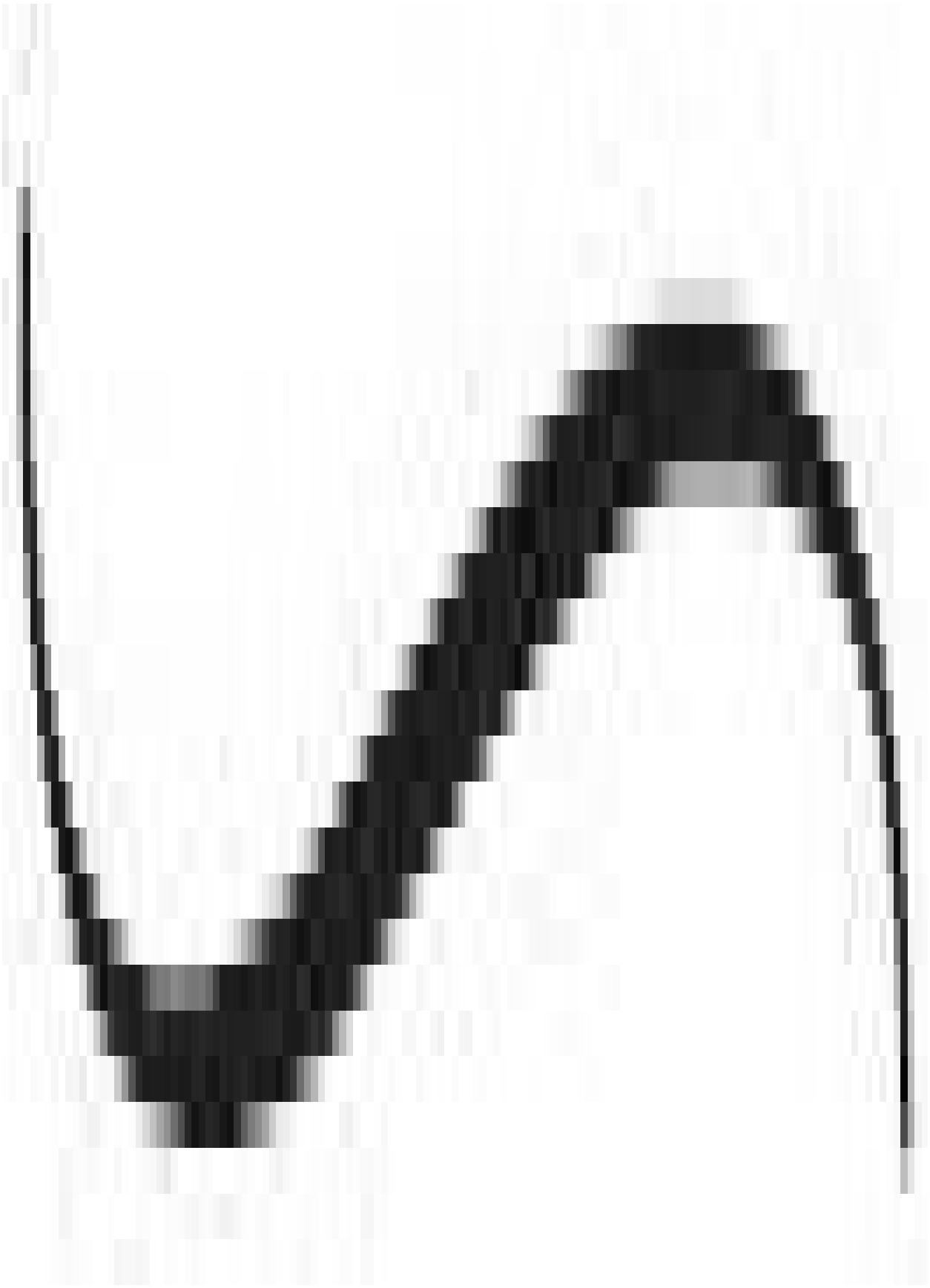
Cuando David reconoció su pecado, le rogó a Dios que lo perdonara. El Señor le dio a elegir: tres años de hambre, tres meses de huir de sus enemigos o tres días de una plaga.

—Es mejor caer en manos del Señor —dijo David—, porque Su misericordia es grande. —Entonces eligió la plaga.

Murieron setenta mil personas por causa del censo que había hecho David para gloriarse en sus números. Entonces el Señor se compadeció y dijo al ángel:

—¡Detente! ¡Ya es suficiente! —David vio al ángel de la muerte que había enviado Dios detenido junto al campo de trillar de Arauna el jebuseo y tembló, sobrecogido del asombro. David le compró a Arauna el campo de trillar y sus bueyes, y construyó allí un altar, presentando al Señor ofrendas quemadas y sacrificios de comunión, porque había detenido la destrucción de Israel.

Un día, tiempo después, el templo sería construido en ese mismo lugar.



Betsabé veía cómo envejecía su amado esposo. Tenía el cabello gris, las arrugas cada vez más marcadas en su semblante todavía hermoso. Los hombros estaban caídos como si llevara encima todo el peso de Israel. Caminaba más lentamente por los pasillos de su palacio, y rara vez visitaba a sus concubinas. Sus esposas seguían presentándose ante él con sus quejas, presionando para que David tomara en cuenta a sus hijos hasta que David autorizó a algunos a hacerse cargo de ciertas responsabilidades.

De vez en cuando David iba a las habitaciones de Betsabé a pasar la tarde con ella.

—Alguna vez fui veloz como un águila, pero ahora mis piernas pesan como el tronco de un árbol y me retienen firmemente contra el suelo.

Ella lo miró con una sonrisa mientras le masajeaba los pies.

—Todos estamos envejeciendo, mi amor. —Cuando lo vio temblar, le colocó una manta sobre los hombros.

Él le tomo la mano y la besó.

—Para mí estás tan hermosa como cuando eras una mujer joven.

—Y tú estás más encantador que nunca. —Se levantó y lo besó con el afecto de una pareja que ha capeado muchas tormentas a lo largo de las décadas—. Todavía estás tiritando.

—La sangre caliente de mi juventud se está volviendo fría.

—Eso no disminuye en nada mi amor por ti.

—Mis sirvientes han encontrado una manera para mantenerme en calor.

Ella sonrió con ironía.

—Eso oí. —Habían recorrido la nación buscando a la joven virgen más hermosa para que durmiera a su lado. —¿Les sembraste tú la idea en la cabeza, viejito picarón?

—Abisag es hermosa y digna de contemplar, pero eso es lo único que hago: mirar. Lo demás ya se acabó.

—Si hubiera podido retenerte para mí sola, lo habría hecho.

—Y si yo hubiera sido más sabio cuando era joven... —Suspiró—. Si, si... —Sacudió la cabeza—. Conocía la ley tan bien como un hombre puede conocerla. Me atrevo a decir que aunque tuviéramos la ley escrita en nuestro corazón, aun entonces seríamos incapaces de evitarnos problemas.

—Siempre has sido un hombre según el corazón de Dios.

—El fracaso me acosa por todos lados. Adúltero, asesino...

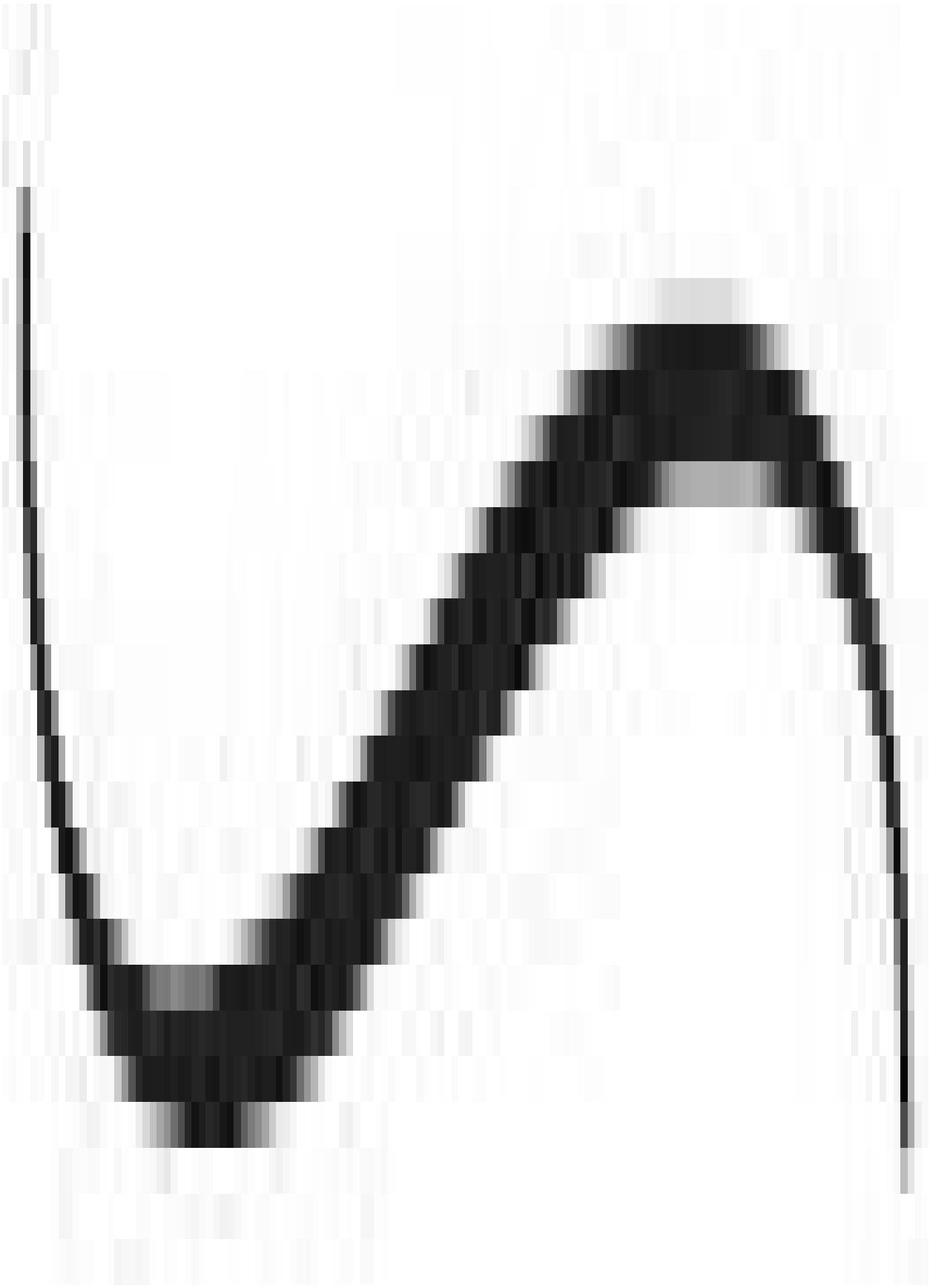
Ella le cubrió los labios con sus dedos.

—Dios te ama porque te arrepentiste cada vez que tomabas conciencia de haber pecado. Te entristecías. Siempre intentabas hacer lo correcto. Dios sabe que eres tan solo un ser humano, mi amor.

—Soy alguien que ha lastimado a todas las personas que ama y que provocó la muerte de miles. —Sacudió la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¿Por qué lo hizo así Dios? Entre todos los hombres de Israel, ¿por qué Dios me eligió a mí para ser rey?

Ella se arrodilló delante de él y puso su cabeza en el regazo de David. Sonrió y cerró los ojos mientras él le pasaba los dedos entre el cabello.

—Porque eres el único hombre que haría esa pregunta.



Betsabé oyó que Haguit estaba alentando a su hijo, Adonías, a reclamar su derecho como heredero al trono, ya que había nacido después de Absalón. Cuando Adonías consiguió cuadrigas y caballos y reclutó a cincuenta hombres para que corrieran delante de él, comportándose ante Israel como si ya fuera rey, tal como había hecho Absalón años antes, ella se asustó. ¿Se estaría gestando otra rebelión?

David no dijo nada sobre las actividades de Adonías, y Betsabé contuvo su lengua. Pero se hacía la pregunta. ¿Se habría olvidado David de la promesa que había hecho de designar rey a Salomón? Si Adonías era nombrado rey, ella y sus hijos morirían el día que David muriera, porque Adonías era tan arrogante como lo había sido Absalón cuando se mostraba en público. Cuando supo por medio de sus hijos que Adonías había estado hablando con Joab y con el sacerdote Abiatar, y que estos le estaban dando su apoyo, supo que no pasaría mucho tiempo antes de que se autoproclamara rey, con suficiente respaldo para defender la demanda.

Ella se presentó ante el Señor con sus temores respecto al futuro. Ayunó y oró, y esperó que Dios respondiera.

Adonías fue al festival sacrificial de ovejas, bueyes y terneros engordados en los alrededores de Enrogel. Invitó a todos los hijos de David, a todos menos a Salomón y a sus hermanos, al profeta Natán, al sacerdote Benaías y a los guerreros que permanecían leales al rey.

Betsabé se dio cuenta de que la guerra era inminente otra vez. Quizás este era el último juicio de Dios sobre ella y David a causa de sus pecados.

Natán vino a verla con el semblante sombrío, sus ojos intensos y vivos en el anciano rostro.

—¿Has oído que Adonías, el hijo de Haguit, se ha proclamado rey y que nuestro señor David ni siquiera se enteró?

—He estado orando.

—Si quieres salvar tu vida y la de tu hijo Salomón, sigue mi consejo. Ve de inmediato al rey David y dile: “Mi señor, ¿no me habías prometido que mi hijo

Salomón sería el próximo rey que se sentaría en tu trono? Entonces, ¿por qué Adonías se ha proclamado rey?". Y mientras tú todavía estás hablando con él, yo entraré y confirmaré todo lo que dijiste.

—Así lo haré —dijo ella, temblando al pensar en lo que podría ocurrir si David había olvidado su promesa. ¿Pensaría que ella se estaba comportando como todas las demás mujeres en su vida, peleando por conseguir poder para sus hijos? Por otro lado, ¿qué opción le quedaba? El poder en las manos equivocadas significaría la muerte para toda su familia.

Fue de prisa por el pasillo hasta las habitaciones del rey, orando febrilmente. «Debo hablar con el rey sobre un asunto de mucha importancia», le dijo al guardia. Este inclinó la cabeza asintiendo y entró a pedir la autorización del rey; regresó al momento y abrió la puerta para dejarla pasar.

Cuando Betsabé entró, vio a Abisag, la hermosa joven sunamita, sirviéndole comida al rey. La niña levantó la mirada, mostrando su rostro precioso iluminado con una dulce sonrisa; inclinó la cabeza, saludando a Betsabé con respeto. A Betsabé le había gustado desde la primera vez que la vio. Antes de que la trajeran a Jerusalén para servir al rey, Abisag había cuidado el rebaño de su padre como pastora. La encantadora joven sunamita tenía muchas cosas en común con el anciano rey, especialmente su fe.

Betsabé se puso de rodillas e inclinó su rostro al suelo ante su esposo, el rey.

David se incorporó.

—¿En qué te puedo ayudar?

A ella le latía con fuerza el corazón mientras oraba: Oh, Señor, no dejes que David me vea como a las demás. Levantó la cabeza y temblaba al hablar.

—Mi señor, usted juró delante del Señor nuestro Dios que mi hijo Salomón sería el próximo rey en sentarse en el trono. Sin embargo, Adonías se proclamó rey y usted ni siquiera se ha enterado. Sacrificó muchos bueyes, terneros engordados y ovejas, e invitó a todos tus hijos y también al sacerdote Abiatar y a Joab, el comandante del ejército.

David se sentó con la mirada repentinamente encendida.

—No invitó a su siervo Salomón. Y ahora, mi señor el rey, todo Israel está esperando que usted anuncie quién será el próximo rey. Si no toma alguna medida, mi hijo Salomón y yo seremos tratados como criminales en cuanto mi señor el rey haya muerto.

—Mi señor el rey —dijo el guardia desde el umbral—, el profeta Natán está aquí y quiere verlo. Dice que es un asunto de la mayor importancia.

—¡Déjalo entrar! —dijo David, respirando pesadamente, el rostro tenso y enrojecido. Le hizo señas con impaciencia a Abisag para que se retirara—. Vete, Betsabé. ¡Déjame!

Luchando para controlar sus emociones, ella salió apresurada de la habitación. Esperó afuera, caminando y orando. Oh, Señor misericordioso, que escuche a Tu profeta. Entrelazó las manos y se mantuvo de pie con los ojos cerrados. Oh, Dios, mueve el corazón de David para que recuerde su promesa. Sé que soy indigna. Yo soy indigna, pero por favor salva a mis hijos. Coloca a Tu siervo Salomón en el trono.

—¡Llamen a Betsabé! —rugió David, y a ella se le detuvo el corazón; comenzó a latirle fuerte y rápido mientras se dirigía de prisa hacia la puerta.

El guardia la abrió para ella.

—Aquí estoy, mi señor el rey.

David estaba de pie.

—Tan cierto como que el Señor vive y me ha rescatado de todo peligro, hoy decreto que tu hijo Salomón será el próximo rey y se sentará en mi trono ese mismo día, tal como te lo juré delante del Señor, Dios de Israel.

Betsabé cayó de rodillas y postró su rostro al suelo, sollozando mientras hablaba con emoción.

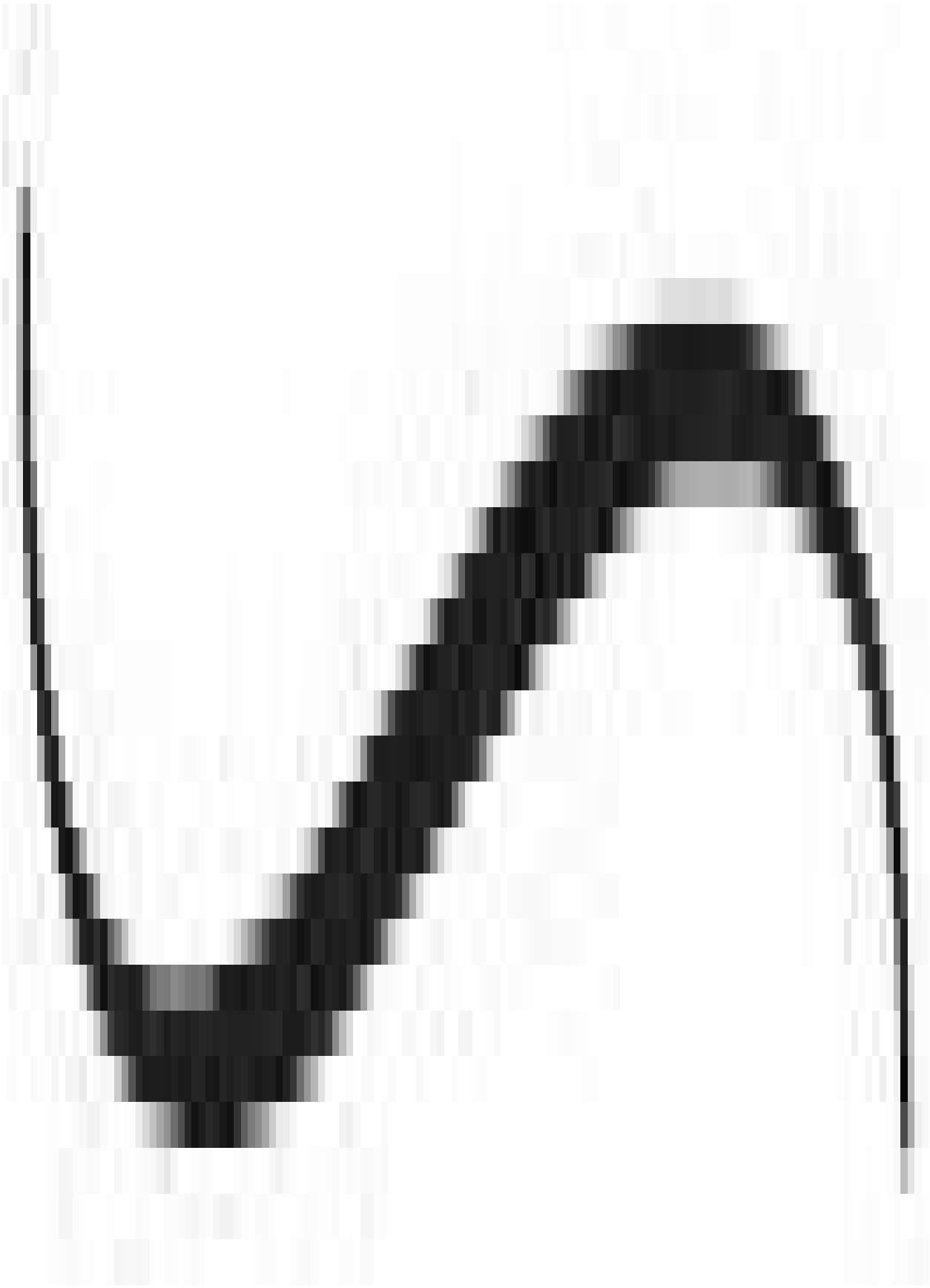
—¡Que viva por siempre mi señor, el rey David!

David hizo que llamaran al sacerdote Sadoc, a Benaía y a Natán el profeta, y les dio instrucciones.

—Lleven a Salomón y a mis funcionarios hasta el manantial de Gihón. Salomón irá montado en mi mula. Una vez allí, el sacerdote Sadoc y el profeta Natán lo ungirán rey de Israel. Hagan sonar el cuerno de carnero y griten: "¡Que viva el rey Salomón!". Luego escóltenlo de regreso, y él se sentará en mi trono. Él me sucederá en el trono, porque lo he nombrado para que sea el gobernante de Israel y de Judá.

—¡Amén! —dijeron los sacerdotes, con los ojos iluminados mientras se miraban los unos a los otros.

Por fin el viejo león se había despertado.



Betsabé tenía un nudo en la garganta mientras estaba de pie con los miembros de la casa de David, mirando cómo Sadoc tomaba el frasco de aceite de la carpa sagrada y ungía rey a su hijo. David sonreía, sostenido por dos hombres, mientras Abisag se mantenía cerca.

Cuando Natán se volvió hacia él, David se quitó la corona y la entregó.

—Dásela a Betsabé.

Al anciano profeta se le iluminaron los ojos. Cuando le alcanzó la corona a Betsabé, a ella se le llenaron los ojos de lágrimas al verse honrada de esa manera ante la gente. David le sonrió e inclinó la cabeza en dirección a ella. Ella le devolvió la sonrisa, giró y colocó la corona sobre la cabeza de su hijo.

La gente gritaba con júbilo. «¡Que viva el rey Salomón!». Una y otra vez proclamaban sus bendiciones. Algunos tocaban la flauta. Había miles danzando y cantando en las calles, haciendo tanto jolgorio que la tierra parecía sacudirse con su júbilo.

Betsabé reía y lloraba con el corazón tan lleno que sentía que iba a estallar. Miraba a David y a su hijo. El aceite de la unción se deslizaba por el rostro de Salomón hacia su barba. «¡Amado del Señor!». ¡Quién habría pensado que su hijo sería rey de Israel! Oh Señor, Dios de Israel, redentor misericordioso, El que levanta mi alma, ¡mira lo que has hecho por mí! ¡Mira lo que has hecho! Puso sus manos sobre su corazón y se inclinó.

Una vez que Salomón estuvo sentado en el trono real, David, casi exhausto, se inclinó ante él.

—Bendito sea el Señor, el Dios de Israel, que hoy ha elegido a alguien para que ocupe mi trono mientras todavía estoy vivo para verlo.

Llegó un mensajero, quien le informó a David que el séquito de Adonías había huido al oír que el pueblo celebraba la coronación de Salomón. Ahora, por miedo a perder la vida, todos gritaban tratando de ser los primeros en entonar alabanzas a Salomón e inclinarse ante él. David se irguió. Cuando Betsabé comenzó a ponerse de pie, él sacudió la cabeza.

—Disfruta este día, mi amor. Mira lo que Dios ha hecho. —Dos asistentes varones lo ayudaron a salir de la sala, y Abisag caminó detrás de él.

Llegó otro mensajero, postrándose sobre su rostro delante de Salomón.

—¡Mi señor el rey!

—Levántate y da tu mensaje.

—Adonías tiene miedo de usted y ha huido a la carpa sagrada para buscar refugio. “¡Que el rey Salomón jure hoy que no me matará!”, dijo.

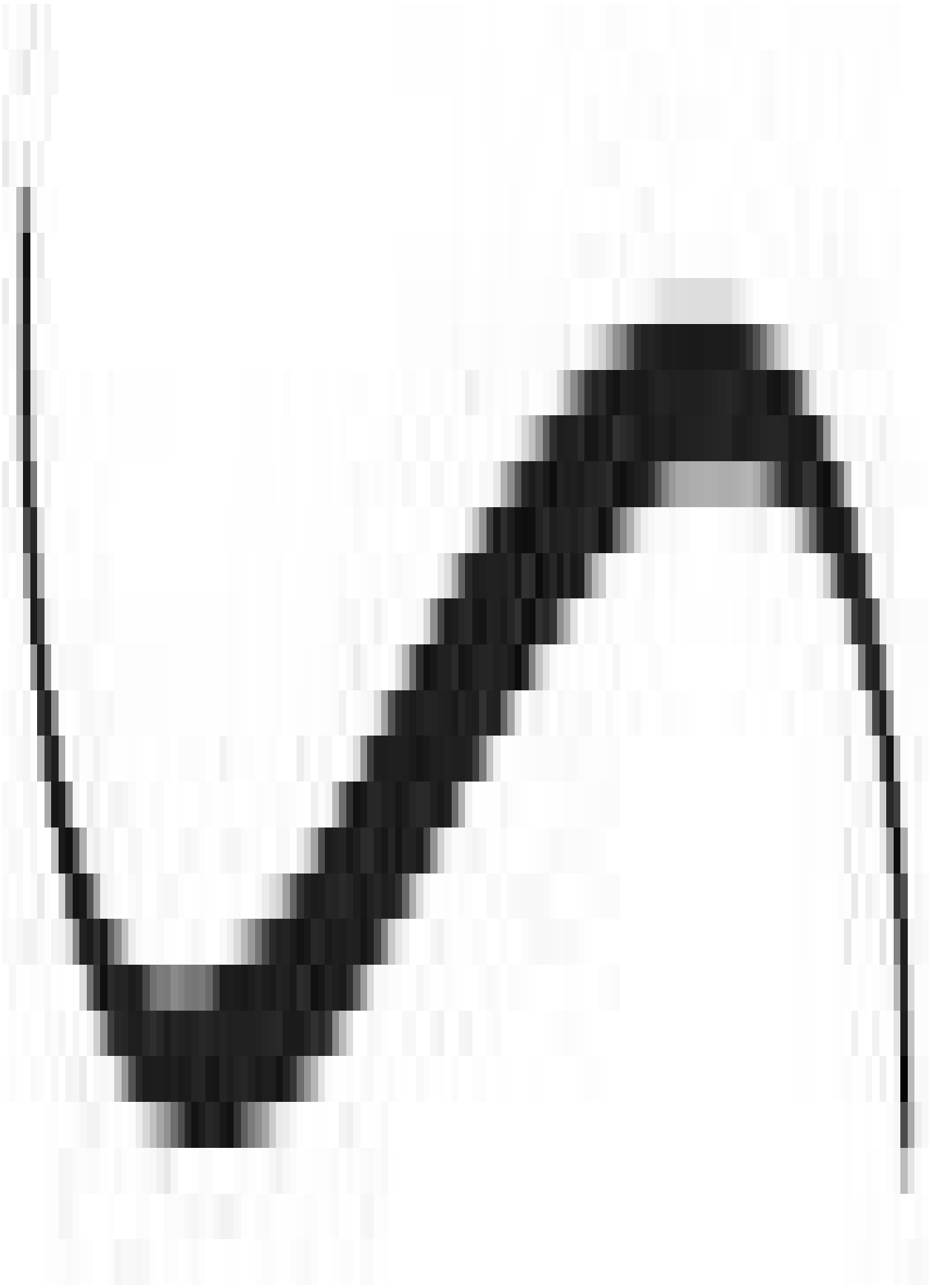
Betsabé contuvo la respiración mientras veía que la mirada de Salomón se oscurecía y sus manos se tensaban sobre los brazos del trono.

—Si él demuestra ser leal, no se le tocará un pelo de la cabeza; pero si causa problemas, morirá. —Ella pudo respirar más libremente cuando su hijo envió guardias para traer a su hermano a la sala del trono.

El hermano mayor se postró ante Salomón, pero no se tiró al suelo como habían hecho los demás antes que él. Inclinó la cabeza, pero no la espalda. Salomón observó fijamente a Adonías, entrecerrando los ojos.

—Vuelve a tu casa, Adonías. Vete, y recuerda mi advertencia.

Hubo un silencio profundo mientras Adonías giraba y se marchaba de la sala del trono. Betsabé supo que habría problemas en el futuro si no se encontraba entre los hermanos un camino hacia la paz.



A medida que Salomón comenzó a hacerse cargo de las responsabilidades del reino, la salud de David fue declinando. Betsabé iba cada mañana a estar con él, pero era Abisag quien lo atendía y estaba alerta a sus necesidades más básicas.

A Betsabé le dolía el corazón cuando veía menguar al hombre que amaba. Ella supo que se acercaba el fin cuando hizo llamar a Salomón. El rey trajo consigo a sus hermanos Sobab, Samúa y Natán.

Salomón se inclinó ante su padre. David puso su mano sobre la cabeza de su hijo.

—Hijo mío —dijo gravemente y con lágrimas en los ojos—, siéntate y hablaremos como solíamos hacerlo—. Les sonrió a los cuatro hombres que lo rodeaban.

David se estiró y tomó a Betsabé de la mano.

—Yo voy camino al lugar donde todos partirán algún día.

Salomón y sus hermanos comenzaron a llorar.

—Ten valor —dijo David, dirigiendo sus palabras a Salomón—, y sé hombre. Cumple los requisitos del Señor tu Dios y sigue todos Sus caminos. Obedece los decretos, los mandatos, las ordenanzas y las leyes que están escritos en la ley de Moisés, para que tengas éxito en todo lo que hagas y dondequiera que vayas. Si lo haces, el Señor cumplirá la promesa que me hizo cuando me dijo: “Si tus descendientes viven como debe ser y Me siguen fielmente con todo el corazón y con toda el alma, siempre habrá uno de ellos en el trono de Israel”.

Betsabé cerró los ojos, con la garganta apretada mientras percibía que la voz de David era más débil. Lo estaba perdiendo. Después de todos estos años, la estaba dejando.

David retiró su mano de la de ella y se movió en su lecho, inquieto, con prisa.

—Otra cosa. Sabes que Joab hijo de Sarvia mató a dos comandantes de mi ejército: a Abner, hijo de Ner, y a Amasa, hijo de Jeter. Simuló que era un acto de guerra, pero lo hizo en tiempos de paz, manchando su cinto y sus sandalias

con sangre de guerra. Haz con él como te parezca, ¡pero no dejes que muera en paz!

—Sí, abba.

—Sé bondadoso con los hijos de Barzilai....

—Sí, abba.

—Y recuerda a Simei, hijo de Gera, el hombre de Bahurin, en la tribu de Benjamín. Él me maldijo con una maldición terrible cuando yo huía hacia Mahanaim. Cuando bajó hacia mi encuentro en el río Jordán, juré por el Señor que no lo mataría. Pero ese juramento no lo hace inocente. Tú eres sabio y sabrás cómo preparar para él una muerte sangrienta.

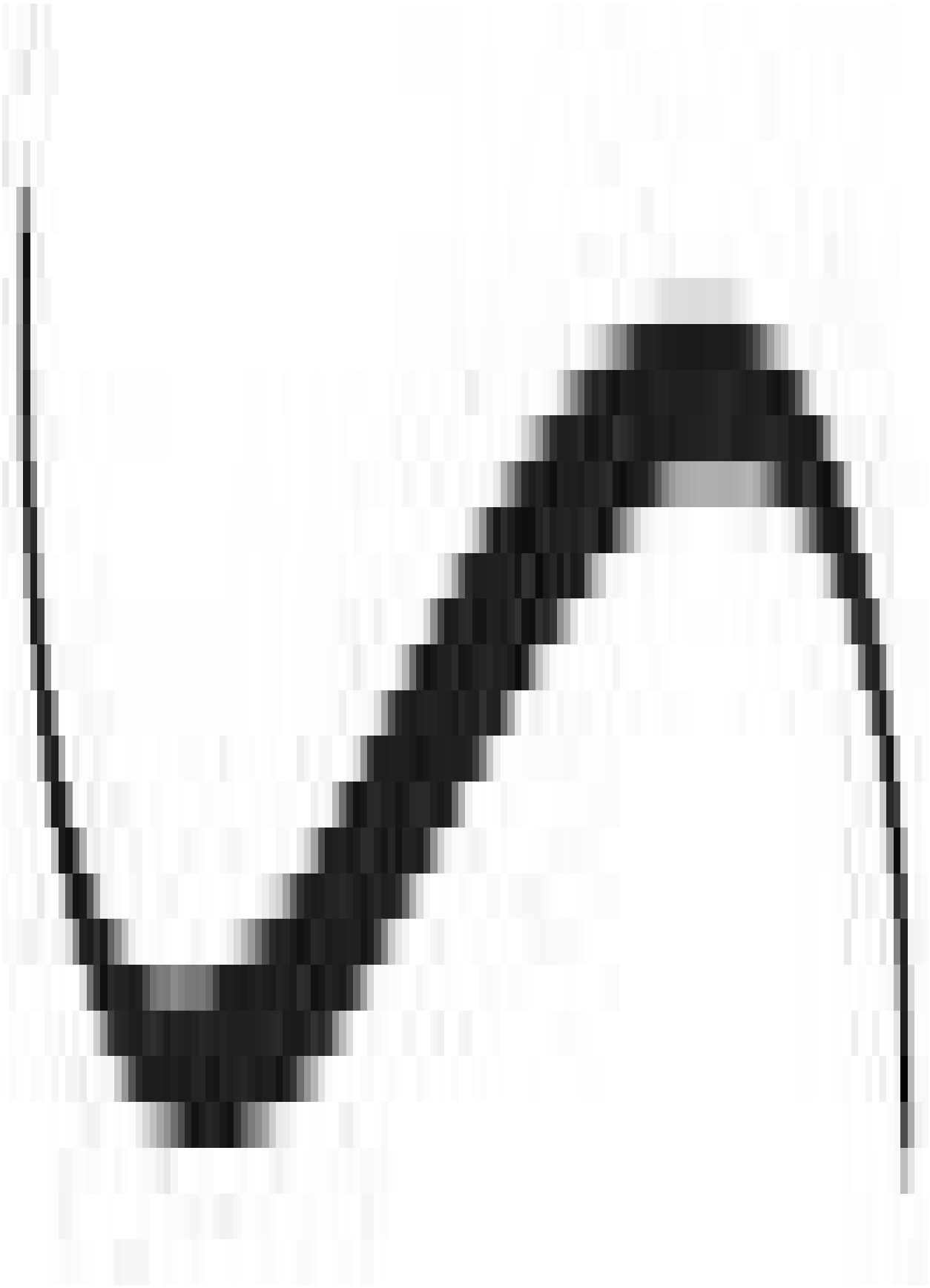
Betsabé se estremeció, pero no dijo nada mientras David se reclinaba en su cama, respirando pesadamente. Volvió la cabeza y la miró con el rostro marcado de dolor.

—Ah, mi amor —dijo en voz baja. Soltó el aliento con un largo y profundo suspiro de paz, y su cuerpo se relajó.

Betsabé se meció hacia adelante y atrás, con una angustia tan profunda que las lágrimas parecían amontonarse como una piedra caliente en su pecho. Cuando Abisag se inclinó y pasó suavemente su mano por el rostro de David, cerrándole los ojos, se soltó el dolor de Betsabé. Con lamentos, desgarró el cuello de su vestido y presionó sus manos sobre su pecho, sintiendo como si le hubieran arrancado el corazón.

—¡David! ¡Da...viiiid!

Sus hijos se levantaron y la rodearon como centinelas. El rey Salomón apoyó la mano suavemente sobre el hombro de su madre.



David fue enterrado con gran ceremonia en la ciudad que llevaba su nombre. Mientras el pueblo hacía duelo por él, Betsabé oraba pidiendo que recordaran el bien que les había hecho y el corazón que tenía hacia Dios, no los errores que había cometido.

Salomón se estableció firmemente en el trono, con una mente entrenada en administración por Natán y los sacerdotes. Sin embargo, el trono todavía no estaba seguro. Los enemigos se estaban agrupando.

Una tarde, Adonías vino a verla.

—Mi madre le manda saludos —dijo, inclinándose por primera vez hasta donde ella podía recordar.

Haguit había sido siempre tan ambiciosa como Maaca en cuanto a sus hijos.

—¿Has venido a traer problemas? —¿Debía recordarle que respetara la advertencia que Salomón le había dado por su propio bien? ¿O debía escucharlo para averiguar qué estaba maquinando?

—No —dijo rápidamente—. Vine en actitud de paz. Es más, vengo a pedirle un favor.

¿Un favor? Inclinó levemente la cabeza.

—¿De qué se trata? —dijo con cautela.

—Como usted sabe, el reino me correspondía a mí.

Ella se puso tensa. El corazón le latía con fuerza. ¿Estaba recordándole que él seguía después de Absalón en la línea de sucesión? ¿O estaba refiriéndose a su rebelión? Había logrado el apoyo de hombres poderosos en el reino, quienes lo habían alentado a proclamarse rey. Todos habían pensado equivocadamente que David estaba demasiado enfermo y cansado como para darse cuenta. Y aun si el rey se enteraba, pensaron que no iba a ser capaz de reunir la fuerza suficiente para frenar la rebelión.

Adonías extendió las manos como para mostrar que no tenía armas.

—Todos esperaban que yo fuera el siguiente rey. Pero todo cambió y el reino pasó a mi hermano; pues eso era lo que el Señor quería.

Ella observó su rostro buscando alguna señal de subterfugio, pero él parecía aceptar los deseos de David. El Señor lo quería. El Señor había elegido a Salomón para reinar... a Salomón, su hijo. Todavía estoy asombrada, Señor, asombrada de que hayas elegido al hijo de una mujer adúltera...

—De modo que ahora —dijo Adonías, captando nuevamente su atención—, tengo solamente un favor para pedirle. Por favor no me lo niegue.

—¿Cuál es?

Dio un paso más cerca y se apoyó sobre una rodilla, el rostro tenso, los ojos sombríos.

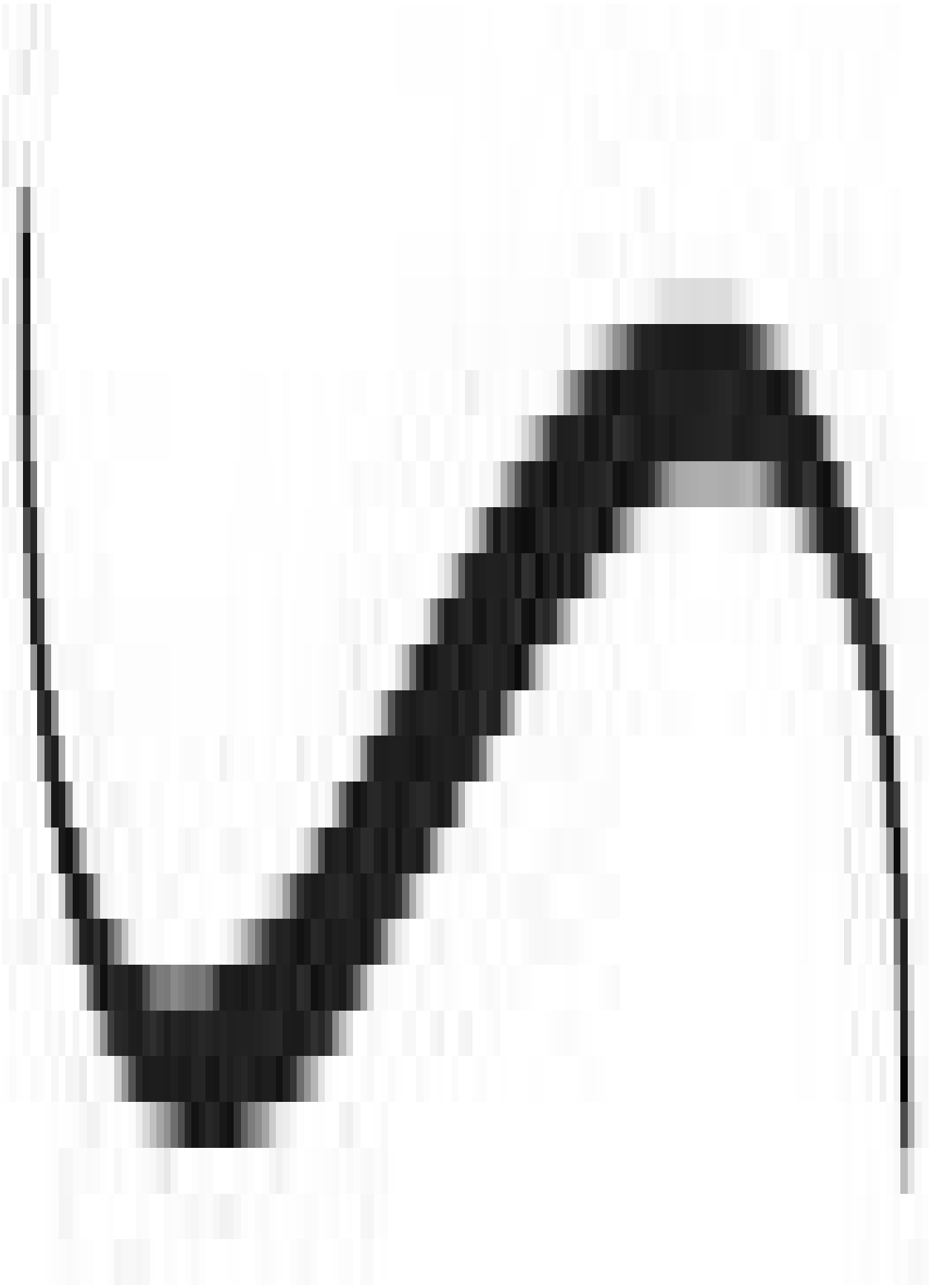
—Hable con el rey Salomón de mi parte, porque sé que no le negará nada que le pida usted. Pídale que me dé como esposa, a Abisag, la sunamita.

¡Abisag! Betsabé exploró el rostro del hombre para ver si las emociones eran de amor, porque podía percibir su intensidad y su hambre.

Oh Señor, ¿es esta la manera de traer paz entre hermanos? Si Salomón le entrega a Abisag a su hermano, ¿habrá paz entre ellos? ¿Logrará esta niña tierna ablandar el corazón de este hombre? ¡Ah, que así sea!

—Está bien —dijo Betsabé lentamente y vio que los ojos de él se encendían—. Hablaré con el rey en tu nombre.

Adonías no dijo ni una palabra más, pero cuando se levantó, sus labios se curvaron en una extraña sonrisa de triunfo.



Betsabé se vistió con sus prendas más finas para ir a presentarse ante su hijo, el rey. Esperó hasta que anunciaron que ella solicitaba una audiencia con él. Cuando la hicieron pasar, Salomón se levantó del trono y bajó del estrado. Ella se ruborizó cuando él se postró, mientras toda la corte observaba. Sonriendo, le tomó la mano y la guio a subir con él los peldaños.

—Traigan otro trono para mi madre —ordenó.

—Me muestras demasiado honor, hijo mío —susurró ella cuando colocaron otro trono a la derecha del trono del rey.

—La gente debe entender que te respeto. —Salomón sonrió y esperó a que ella se sentara primero—. ¿No dice en la ley "Honra a tu padre y a tu madre"?

Las lenguas nunca se callarían en lo que a ella se refería, e iba a ser incapaz de proteger a su hijo contra los prejuicios que la gente tenía hacia ella. ¿Acaso no se habían burlado de sus hijos y los habían excluido durante años? Sería mejor que ella estuviera aislada. Quizás, al no verla, la olvidarían, y las manchas de su pecado no se filtrarían en el reinado de Salomón.

—No tengo rencor alguno, hijo.

—Tampoco yo, madre. —Sus ojos brillaban—. Pero hay que establecer límites. Mi padre te amaba y te trataba como su reina, y así deben tratarte todos. —Soltó el aliento y volvió a sonreír—. Ahora dime qué tienes en mente, porque sé que no vendrías sin tener una buena razón para hacerlo.

Ella puso su mano sobre la de él.

—Tengo una pequeña petición para ti—. Venía con la esperanza de que esto trajera paz entre él y su hermano, así como sentimientos más bondadosos entre ella y las otras viudas de David—. Espero que no me lo niegues.

—¿De qué se trata, madre? Sabes que no te lo negaré.

Ella se relajó.

—Entonces permite que tu hermano Adonías se case con Abisag, la sunamita.

El silencio siguió a sus palabras; la expresión conmocionada en el rostro de su hijo casi le detuvo el corazón. Cuando Salomón retiró su mano de un tirón de debajo de la ella, Betsabé tomó aire, asustada y confundida por su creciente ira.

—¿Cómo puedes siquiera pensar en pedirme que le entregue Abisag a Adonías? —su voz era grave e intensa—. ¡Es como si me pidieras que le entregara el reino! Sabes que es mi hermano mayor, y que cuenta con el apoyo del sacerdote Abiatar y de Joab, hijo de Sarvia. ¡Si exige a una de las concubinas de mi padre para sí, es lo mismo que reclamar el reino! —Se levantó del trono—. ¡Que Dios me quite la vida si Adonías no ha sellado su destino con este pedido!

¡Oh, no! Oh, Dios, ¿qué hice ahora?

—El Señor me ha confirmado y me ha puesto en el trono de David, mi padre —dijo Salomón para que todos lo oyeran—. Él ha establecido mi dinastía tal como lo prometió. Tan cierto como que el Señor vive, ¡Adonías morirá hoy mismo!

Betsabé exhaló un leve gemido. Levantó la mano para detener a Salomón antes de que siguiera hablando, pero él la ignoró y mandó a llamar a Benaías, su siervo más confiable.

—Ve ahora y ejecuta a Adonías.

—¡Sí, mi señor el rey! —Benaías desenvainó su espada y salió de la sala.

Betsabé puso las manos sobre su regazo e inclinó la cabeza mientras Salomón llamaba a otro de sus criados y le ordenaba traer de inmediato al sacerdote Abiatar. Cuando Salomón se volvió hacia ella, Betsabé levantó la cabeza, con los ojos empapados de lágrimas.

—Yo no sabía. Nunca imaginé que esto iba a ocurrir.

—Vuelve a tu habitación, madre. —Su voz había vuelto a ser amable—. Descansa. Hablaré contigo más tarde.

Después de esa despedida, ella se levantó, temblorosa. Él frunció el ceño y colocó su mano bajo el brazo de ella.

—Madre —dijo con dulzura.

—Estaré bien —respondió ella con voz vacilante.

—Acompaña a mi madre hasta su habitación —ordenó a su criado mientras la entregaba a su cuidado.

Betsabé sentía que todos los ojos estaban sobre ella. Irguió la cabeza y salió de la sala caminando con gran dignidad. No dijo nada mientras recorría los pasillos. El criado de su hijo la entregó al eunuco que estaba a cargo de las habitaciones de las mujeres.

—Señora —dijo él, frunciendo el ceño. Ella sacudió la cabeza y se alejó, entrando a sus habitaciones privadas.

Se acercó su criada.

—¡Mi señora! ¿Qué ocurre? ¿Qué ha sucedido?

Betsabé puso una mano sobre su frente.

—Déjame a solas.

—Pero se le ve enferma.

Ella sacudió la cabeza.

—Solo necesito estar a solas. ¡Por favor vete! Estaré bien.

La muchacha se retiró, afligida. La puerta se cerró y Betsabé se dejó caer al suelo. Sofocando el llanto, se tendió de cara al suelo, con los brazos extendidos. «Oh, Señor Dios de Israel, ten misericordia... ten misericordia de mí», sollozó violentamente.

Uno más de los hijos de David había perdido la vida por causa de ella.

SIETE



Salomón actuó rápidamente para destruir a sus enemigos. La ejecución de Adonías hizo que Joab corriera a la carpa sagrada del Señor, donde lo encontraron aferrado a los cuernos del altar. El rey Salomón envió una vez más a Benaías. «Mátalo allí junto al altar, y entiérralo. Esto quitará de mis espaldas y de la familia de mi padre la culpa por sus necios asesinatos. ¡El Señor le cobrará por el asesinato de dos hombres que eran más justos y mejores que él!».

Salomón retiró al sacerdote Abiatar de su cargo delante del Señor, y lo envió a su casa en Anatot, a vivir el resto de su vida en la deshonra.

El rey hizo llamar a Simei y le ordenó que permaneciera dentro de los límites de Jerusalén. «¡El día que salgas y pases el valle de Cedrón, ciertamente morirás, y tu sangre volverá sobre tu propia cabeza!». Salomón designó guardias para vigilarlo, seguro de que era solo cuestión de tiempo para que Simei desobedeciera. El día que lo hiciera, Salomón lo ejecutaría por haberse atrevido a maldecir al rey David, el ungido del Señor.

Todos sabían que Salomón tenía los ojos muy abiertos. Había hecho saber a todos que este rey estaría atento y mantendría las riendas del reino con firmeza en sus manos. No se dejaría manipular por hombres de menor grado que él.

Más que alegría, Betsabé sintió alivio. Quizás este derramamiento de sangre ahora traería paz a Israel. Quizás los hombres ya no necesitarían salir a pelear contra las naciones que los rodeaban. Quizás habría un tiempo de abundancia en Canaán. Los hombres podrían trabajar y disfrutar del trabajo de sus manos. Sin duda esa sería una gran bendición del Señor.

Ella había nacido en tiempos de guerra. La paz solo llegaba esporádicamente, como una brisa primaveral en medio de un invierno largo y frío, como un dulce aroma que insinuaba lo que llegaría algún día; pero esa paz no resultó duradera.

No durante su vida.

Ya estaba anciana y cansada, muy cansada. Era extraña la manera en que el pasado volvía a ella de manera tan vívida. Los conmovedores recuerdos la asaltaban a menudo y le estrujaban el corazón. Ahitofel, cargándola de niña sobre sus rodillas, sonriente. La risa de su padre, su rostro bronceado a la luz de la fogata. Su madre estrechándola. Urías, dejando caer la piedra que ella le había

entregado y marchándose. Y David, siempre David. En sus sueños estaba vivo, ágil como un ciervo trepando hacia lugares elevados, entonando canciones para sus hombres y conduciéndolos para establecer un reino para el pueblo de Dios. Ah, cuánto lo había amado, y cuánto lo amaba aún.

—Madre —se oyó una voz afectuosa que la trajo de regreso al presente. Ella pestañeó y se volvió hacia la voz, sonriendo. Rozó la mejilla de Salomón. La corona descansaba firmemente sobre su cabeza real. Era sagaz y sería capaz de cuidar y proteger a sus hermanos. Buscaría la guía del Señor en cuanto a cómo hacer de Israel una luz para guiar a todas las naciones. Ella no necesitaba preocuparse por sus hijos. ¿No había puesto Dios un cerco protector alrededor de ellos desde el momento en que nacieron? ¿No los había mantenido Dios a salvo dentro de las paredes de un palacio desgarrado por las intrigas? ¿Quién podría haber imaginado que su hijo tomaría las riendas de esta nación rebelde y haría de ella el centro de la civilización?

Señor, Tu misericordia excede lo que jamás podré entender. Es mucho más de lo que merezco. Ayúdame a darles a mis hijos lo que necesitan, antes de que siga el rumbo de toda carne y vuelva al polvo.

—Escúchenme, hijos míos —dijo, cuando se reunieron en torno a su cama—. Recuerden las instrucciones de su padre, y no olviden lo que les he enseñado. Teman al Señor, porque en Sus manos está el poder y ustedes no lograrán nada sin Él. Atesoren los mandamientos del Señor más que el oro o las joyas. Presten atención e inclinen su corazón para entender Sus mandatos. Recuerden las bendiciones y las maldiciones, y tomen decisiones sabias.

Miró a Salomón. Era tan apuesto como David, pero había en él una astucia de la que su padre carecía, un dejo de cinismo que la entristecía. Quizás era por la forma en que había crecido entre hermanos hambrientos de poder. Ella le tendió la mano y él se sentó sobre su lecho. Él le tomó la mano y la besó.

Sobab, Samúa y Natán se acercaron con lágrimas en los ojos.

—Ustedes saben cuánto amé a su padre —dijo ella con voz temblorosa.

Salomón le apretó la mano.

—Sí, madre. Nadie podría dudar de tu amor por David.

—Si lo han entendido, entonces por favor escúchenme y evítense el sufrimiento.

—Está sufriendo —susurró Sobab.

—Quizás deberíamos llamar a su criada.

—No —dijo Salomón, sin dejar de mirar a los ojos de su madre—. Déjenla hablar.

Ella sabía que le quedaba poco tiempo.

—Cuando se casen... —Miró a cada uno de sus hijos, y luego mantuvo la mirada en Salomón—. Elijan con cuidado a una esposa entre las jóvenes de Israel. Busquen a una mujer que tema al Señor, una joven que sea confiable, que trabaje con sus manos y encuentre gozo en hacerlo, que pueda administrar su casa con sabiduría y compasión, una joven que sea sensible hacia los pobres. Que sea físicamente fuerte, para que pueda darles hijos saludables y criarlos como personas que busquen agradar a Dios. No vayan tras una mujer simplemente porque sea hermosa. —Sonrió con tristeza—. A menudo la belleza es vana y engañosa. Ustedes han crecido rodeados de mujeres bellas. Saben lo traidoras que pueden ser. —¿No había sido su propia belleza lo que primero produjo el deseo en David? ¿No lo había percibido ella con su corazón de mujer, y había abierto una puerta para que él pecara? ¡Ay, lo caro que lo habían pagado ambos! Ella todavía lo estaba pagando.

Oh, Señor, que no sea así para mis hijos. Permite que sean sabios y elijan mujeres virtuosas, mujeres que Te amen a Ti más que a las cosas de este mundo, mujeres que Te amen ¡con todo su corazón, con toda su mente, toda su alma y todas sus fuerzas!

Betsabé le sonrió a Salomón.

—Una mujer virtuosa será una excelente esposa y una corona en tu cabeza. Una corona a la que mirarás con más placer que a la que usas, hijo mío.

Miró a Sobab, Samúa y Natán. Todos excelentes hijos, y cada uno de ellos una bendición del Señor que jamás hubiera esperado, una evidencia de Su gracia y Su misericordia. Oh, Dios, que escuchen mis instrucciones.

—Una buena esposa les dará mayor honra en las puertas de la ciudad. Podrá

disciplinar a sus hijos y criarlos para que sigan los caminos del Señor Dios. Hijos e hijas que fortalecerán la casa de David y bendecirán a nuestra nación.

Quería decir mucho más, pero era sensata. Cuanto más hablaba una madre, menos dispuestos estaban sus hijos a escucharla. Además, ya se los había dicho muchas veces. Les había enseñado desde que los amamantaba en sus brazos, cuando eran niños sentados en su regazo, o jóvenes a los que había enviado para que aprendieran del profeta de Dios. Oh, Señor Dios de Israel, cuánta bendición que hayas elegido a mis hijos. Tu misericordia nunca se acaba. Había hecho todo lo que estaba a su alcance para criar a sus hijos de modo que amaran al Señor y lo sirvieran con todas sus fuerzas. Quería que estos hombres jóvenes fueran mejores que su padre, David, a quien ella había amado tanto y aún seguía amando. La muerte no podía apagar el amor.

—Estoy muy cansada —Absorbió la mirada de cada uno de sus hijos cuando estos se inclinaron a besarla; luego se irguieron y salieron, cada uno a su vida y a sus decisiones.

Salomón se quedó.

—Fuiste una excelente esposa para abba —dijo suavemente, con lágrimas en los ojos—. No solo lo honraste de palabra, como otros. Lo honraste en palabra y en hechos.

—Le hice gran daño.

—Y mucha bendición, también. —Sonrió—. Cuatro hijos, de los cuales uno será un gran rey.

—Con la ayuda de Dios, hijo mío. —Ella le besó la mano—. Nunca olvides quién tiene el verdadero poder.

Su mente divagó. Oyó la voz de su madre en un recuerdo muy lejano. “Un rey debe construir una casa fuerte y preservar el reino”. Tomó con firmeza la mano de su hijo.

—La vida de un rey es más difícil que la vida de un pastor, hijo. Tu padre bebió de la cisterna de otro hombre, y envenenó su propio pozo. —Salomón frunció el ceño. Abrió la boca, pero ella intervino rápidamente—. ¿Has amado alguna vez a alguien, Salomón? ¿La has amado de verdad?

—A Abisag.

A Betsabé se le erizaron los cabellos de la nuca. Pensó en David cuando envió órdenes de matar a Urías. Recordó la ira de Salomón el día en que ella había ido a pedirle que entregara a la sunamita como esposa a Adonías.

Salomón se inclinó.

—No, madre, no ordené la ejecución de mi hermano por una mujer. Lo hice matar porque él estaba decidido a hacer el mal. Quería el trono. Su rebelión habría costado miles de vidas y traído el caos a todo Israel. Hay un tiempo para la guerra, madre. Dios usó al rey David para someter a los enemigos que nos rodean. A mí me tocó destruir a los enemigos que viven entre nosotros. Ahora es tiempo de paz.

Que así sea, Señor; oh, que así sea.

Ella sintió que se debilitaba.

—Entonces, mantén tu pozo limpio —dijo suavemente—. Toma a Abisag como esposa, porque ella es todo lo que yo describí. Pero mantente fiel a ella. Sé que eres rey y que puedes tomar todas las esposas y concubinas que desees. Sé que es la costumbre de los reyes, pero no conviertas tu libertad en una oportunidad para pecar. Alégrate con la mujer de tu juventud.

—Debo establecer mi casa.

A ella se le hundió el corazón.

—No, hijo. Deja que Dios establezca tu casa.

Salomón se inclinó y le besó la mejilla, y ella supo que era un hombre que estaba desechando el consejo de una mujer. Había ingresado a las cortes de los hombres. Oh, Dios, ¿cometerá los mismos errores que su padre? ¿Están todos los hombres y mujeres destinados a pecar? ¿Hacerlo es simplemente algo de nuestra naturaleza? Eso parece. Tenemos la ley, pero parece que somos incapaces de cumplirla.

Salomón se puso de pie y dio un paso atrás. Ella extendió su brazo, sosteniendo su mano todo el tiempo que pudo.

—Te amo, madre —susurró con voz ronca—. Te amo, pero debo irme. —Ella aflojó la mano y los dedos de Salomón se deslizaron de entre los suyos. La criada le abrió la puerta y él salió.

Betsabé se recostó en la cama sobre sus almohadones y cerró los ojos. Oh, Señor, solo Tú puedes salvarnos de nosotros mismos. Ven, Señor, ven a salvarnos. Ven a vivir entre nosotros. Camina otra vez con nosotros, como lo hiciste en el huerto de Edén. Habla con nosotros cara a cara como lo hiciste con Moisés. ¡Llévanos a vivir contigo como lo hiciste con Enoc! Cambia nuestro corazón pecaminoso.

—Mi señora —dijo su criada con un dejo de aflicción en la voz.

Betsabé abrió los ojos.

—No hay nada que temer. —La joven ajustó la ropa de cama sobre ella, cubrió la mano de Betsabé brevemente con la suya y volvió a su asiento. Betsabé cerró los ojos nuevamente y dejó que su mente deambulara por el pasado.

Recordó la ira de su madre, las palabras amargas que le había lanzado como una maldición profética sobre su cabeza. «¡Has traído vergüenza sobre mi casa!... ¡Necia!... ¿Cuántos han muerto por tu causa? Todo caerá sobre tu cabeza.... La gente escupirá al suelo cuando pases, por ser una despreocupada.... ¡Maldecirán el día en que naciste!... ¡Eres maldita entre las mujeres! ¡Tu nombre significará adúltera! ¡Nadie pronunciará tu nombre mientras yo viva!».

El dolor del rechazo la apuñalaba ahora con la misma fuerza que lo había hecho el día en que su madre le dio la espalda y se marchó. Betsabé había vuelto a ver a su madre una sola vez después de eso: el día en que estuvo en su lecho de muerte, demasiado débil para moverse o para hablar. Betsabé la había cuidado durante varios días, suplicando silenciosamente alguna manera de restaurar la relación. Pero al final, su madre había vuelto el rostro y había muerto sin decirle ni siquiera una palabra.

Ahora ella yacía silenciosa en su cama esperando el final de su propia vida. Esperaba que fuera pronto. No quería vivir tanto tiempo como para ver fallar a sus hijos. Y fallarían, sin duda, porque después de todo eran solo seres humanos. ¿Qué oportunidad tenían de vivir una vida perfecta delante de Dios, cuando la sangre ardiente de David corría por sus venas? La sangre de David mezclada con la de ella.

«¡Eres una despreocupada!... ¡Nadie pronunciará tu nombre!».

Solo el Señor olvida el pecado. Solo Dios lo toma y lo envía tan lejos como está el oriente del occidente. El hombre no olvida. El hombre recuerda. El hombre condena.

¿Cuántos años pasarían, después de que ella volviera al polvo, en que los hombres y mujeres seguirían justificando sus faltas y enarbolándolas como banderas sangrientas? ¿Verán alguna vez en mí algo más que aquel día fatídico cuando David me vio desde su azotea y me llevó a su cama?

Sintió un aliento cálido sobre su rostro y un beso delicado en la frente.

Yo veo.

El corazón de Betsabé se aceleró de alegría. Abrió los ojos. ¿En qué momento había oscurecido? Su criada dormía en la silla junto a su cama, pero no había nadie más en la habitación.

Tomó aire y sintió el aroma del incienso. Le recordó a la carpa de reunión; dulce, tan dulce que lo bebió con el alma. Se relajó, dejó que su mente divagara otra vez, ahora de manera delicada, como si flotara en una corriente que la limpiaba.

Sé que se acordarán de mis pecados, Señor, pero permite que cuando miren mi vida como un todo vean lo que Tú hiciste por una mujer indigna. Deja que vean la esperanza que nace de la desesperación. Si deben llevar la cuenta de mis pecados, que cuenten aún más Tus bendiciones. Fui descuidada, pero Tú me cuidaste. Tú me levantaste. Tú me diste hijos. Que nadie pronuncie mi nombre, Señor, pues ¿quién soy yo para que alguien deba recordarme? Pero, oh Señor, Dios de Israel, en caso de que me recuerden, permite que abran la boca para alabarte por Tu gran misericordia hacia mí, por la manera en que quitaste mis preocupaciones. Que vean Tu infinita gracia y amor sin límites. Permite que...

Suspiró profundamente.

...reciban ánimo.

BUSQUE Y ENCUENTRE



Querido lector:

Usted acaba de leer la historia de Betsabé según la percepción de una autora. ¿Es esta la verdad completa sobre la historia de David y Betsabé? Jesús dijo que el que busca encuentra las respuestas que necesitamos para la vida. La mejor manera de descubrir la verdad es ¡que la busque usted mismo!

Esta sección «Busque y encuentre» está diseñada para ayudarlo a descubrir la historia de Betsabé según está registrada en la Biblia. Consiste en seis estudios cortos que usted puede hacer de forma individual o con un grupo pequeño.

Podría sorprenderlo descubrir que esta historia antigua tiene aplicaciones para su vida en la actualidad. No importa dónde viva ni en qué siglo, la Palabra de Dios es la verdad. Es tan relevante hoy como lo fue en el pasado. En ella encontramos un futuro y una esperanza.

Peggy Lynch

LA TENTACIÓN

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

En la primavera, cuando los reyes suelen salir a la guerra, David envió a Joab y al ejército israelita para pelear contra los amonitas. Destruyeron al ejército amonita y sitiaron la ciudad de Rabá. Sin embargo, David se quedó en Jerusalén.

Una tarde, después del descanso de mediodía, David se levantó de la cama y subió a caminar por la azotea del palacio. Mientras miraba hacia la ciudad, vio a una mujer de belleza singular que estaba bañándose. Luego envió a alguien para que averiguara quién era la mujer y le dijeron: «Es Betsabé, hija de Eliam y esposa de Urías el hitita».

Así que David envió mensajeros para que la trajeran y cuando llegó al palacio, se acostó con ella. Luego ella regresó a su casa. (Betsabé recién había terminado los ritos de purificación posteriores a su período menstrual). Tiempo después, cuando Betsabé descubrió que estaba embarazada, le envió el siguiente mensaje a David: «Estoy embarazada».

2 S

AMUEL

11:1-5

Durante la primavera, los reyes marchan a la guerra. ¿Dónde estaba el rey David en esta primavera en particular?

¿Qué hizo David cuando no podía conciliar el sueño?

¿Qué averiguó David sobre «la mujer» a la que estaba mirando? Mencione todo lo que sabía antes de ordenar que la trajeran.

David todavía tenía tiempo para cambiar el curso de los acontecimientos. Sin embargo, ¿qué rumbo eligió?

De estos mismos versículos, mencione lo que aprendió acerca de «la mujer».

A pesar de lo poco que se nos dice sobre la mujer, ¿la describiría como una seductora, una víctima o algo intermedio entre ambas? ¿Por qué?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Lea el siguiente pasaje:

Cuando sean tentados, acuérdense de no decir: «Dios me está tentando». Dios nunca es tentado a hacer el mal y jamás tienta a nadie. La tentación viene de nuestros propios deseos, los cuales nos seducen y nos arrastran. De esos deseos nacen los actos pecaminosos, y el pecado, cuando se deja crecer, da a luz la muerte.

S

ANTIAGO

1:13-15

¿Qué cosas lo tientan a usted y hacia dónde lo llevan?

Lea el siguiente versículo:

Las tentaciones que enfrentan en su vida no son distintas de las que otros atraviesan. Y Dios es fiel; no permitirá que la tentación sea mayor de lo que puedan soportar. Cuando sean tentados, él les mostrará una salida, para que puedan resistir.

1 C

ORINTIOS

10:13

¿Qué dice Dios sobre la tentación y qué nos ofrece como solución?

Vuelva a leer 2 Samuel 11:1-5. Enumere las vías de escape que evidentemente David ignoró. Haga lo mismo con respecto a la mujer.

Piense en las ocasiones en que usted ha sido tentado. ¿Cómo reaccionó y qué patrón de conducta ve?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Vuelva a 1 Corintios 10:13. ¿Busca usted vías de escape?

EL ENCUBRIMIENTO

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Entonces David envió un mensaje a Joab: «Mándame a Urías el hitita». Así que Joab se lo envió. Cuando Urías llegó, David le preguntó cómo estaban Joab y el ejército, y cómo marchaba la guerra. Después le dijo a Urías: «Ve a tu casa a descansar». David incluso le envió un regalo a Urías apenas este dejó el palacio. Pero Urías no fue a su casa, sino que durmió esa noche a la entrada del palacio con la guardia real.

Al enterarse David de que Urías no había ido a su casa, lo mandó llamar y le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué no fuiste anoche a tu casa después de haber estado fuera por tanto tiempo?

Urías le contestó:

—El arca y el ejército de Israel y el de Judá están viviendo en carpas, y Joab y los hombres de mi señor están acampando a cielo abierto. ¿Cómo podría yo ir a casa para beber, comer y dormir con mi esposa? Juro que jamás haría semejante cosa.

—Está bien, quédate hoy aquí —le dijo David— y mañana puedes regresar al ejército.

Así que Urías se quedó en Jerusalén ese día y el siguiente. David lo invitó a cenar y lo emborrachó. Pero aun así no logró que Urías se fuera a la casa con su esposa, sino que nuevamente se quedó a dormir a la entrada del palacio con la guardia real.

Entonces, a la mañana siguiente, David escribió una carta a Joab y se la dio a Urías para que se la entregara. La carta le daba las siguientes instrucciones a Joab: «Pon a Urías en las líneas del frente, donde la batalla sea más violenta. Luego retrocedan, para que lo maten». Así que Joab asignó a Urías a un lugar

cerca de la muralla de la ciudad donde sabía que peleaban los hombres más fuertes del enemigo. Y cuando los soldados enemigos salieron de la ciudad para pelear, Urías el hitita murió junto con varios soldados israelitas.

Luego Joab envió a David un informe de la batalla. Le dijo a su mensajero: «Informa al rey todas las novedades de la batalla. Pero tal vez se enoje y pregunte: "¿Por qué las tropas se acercaron tanto a la ciudad? ¿Acaso no sabían que dispararían desde la muralla? ¿No fue Abimelec, hijo de Gedeón, muerto en Tebes por una mujer que le tiró una piedra de molino desde la muralla? ¿Por qué se acercaron tanto a la muralla?". Entonces dile: "Murió también Urías el hitita"».

Por lo tanto, el mensajero fue a Jerusalén y le dio un informe completo a David.

—El enemigo salió contra nosotros a campo abierto —le dijo—, y cuando los perseguíamos hasta las puertas de la ciudad, los arqueros que estaban en la muralla nos dispararon flechas. Mataron a algunos hombres del rey, entre ellos a Urías el hitita.

—Bien, dile a Joab que no se desanime —dijo David—. ¡La espada devora a este hoy y a aquel mañana! La próxima vez esfuércense más, ¡y conquistarán la ciudad!

Cuando la esposa de Urías se enteró de que su marido había muerto, hizo duelo por él. Una vez cumplido el período de luto, David mandó que la trajeran al palacio, y pasó a ser una de sus esposas. Luego ella dio a luz un hijo. Pero el Señor estaba disgustado con lo que David había hecho.

2 S

AMUEL

11:6-27

Betsabé envió un mensaje al rey informándole acerca de su embarazo. ¿Cómo reaccionó el rey David? ¿Qué instrucciones le dio a Urías?

¿Qué motivaba el comportamiento de Urías?

David le escribe una carta a Joab. En sus propias palabras, describa el nuevo plan y la actitud de David.

¿Cómo reaccionó Betsabé ante la muerte de su esposo? ¿Qué puede deducirse de su reacción?

¿Qué ocurrió con Betsabé una vez que terminó su tiempo de duelo?

Contraste las actitudes y las acciones de David, Urías y Betsabé.

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Betsabé eligió depender de David para que se hiciera cargo del «problema». David eligió manejar las cosas por su cuenta. Y Urías se convirtió en el chivo expiatorio.

Cuando usted toma malas decisiones, ¿qué patrón de comportamiento adopta?

¿En qué forma ha ayudado a encubrir las faltas de otros?

¿Qué impacto han tenido sus decisiones sobre otras personas?

¿Qué impacto han tenido las decisiones de otras personas en usted?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Delante de cada persona hay un camino que parece correcto, pero termina en muerte.

P

ROVERBIOS

14:12

¿En qué dirección va usted?

LA CONFESIÓN

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Por lo tanto, el Señor envió al profeta Natán para que le contara a David la siguiente historia:

—Había dos hombres en cierta ciudad; uno era rico y el otro, pobre. El hombre rico poseía muchas ovejas, y ganado en cantidad. El pobre no tenía nada, solo una pequeña oveja que había comprado. Él crio esa ovejita, la cual creció junto con sus hijos. La ovejita comía del mismo plato del dueño y bebía de su vaso, y él la acunaba como a una hija. Cierto día llegó una visita a la casa del hombre rico. Pero en lugar de matar un animal de su propio rebaño o de su propia manada, tomó la ovejita del hombre pobre, la mató y la preparó para su invitado.

Entonces David se puso furioso.

—¡Tan cierto como que el Señor vive —juró—, cualquier hombre que haga semejante cosa merece la muerte! Debe reparar el daño dándole al hombre pobre cuatro ovejas por la que le robó y por no haber tenido compasión.

Entonces Natán le dijo a David:

—¡Tú eres ese hombre! El Señor, Dios de Israel, dice: “Yo te ungí rey de Israel y te libré del poder de Saúl. Te di la casa de tu amo, sus esposas y los reinos de Israel y Judá. Y si eso no hubiera sido suficiente, te habría dado más, mucho más. ¿Por qué, entonces, despreciaste la palabra del Señor e hiciste este acto tan horrible? Pues mataste a Urías el hitita con la espada de los amonitas y le robaste a su esposa. De ahora en adelante, tu familia vivirá por la espada porque me has despreciado al tomar a la esposa de Urías para que sea tu mujer”.

»Esto dice el Señor: “Por lo que has hecho, haré que tu propia familia se rebele en tu contra. Ante tus propios ojos, daré tus mujeres a otro hombre, y él se acostará con ellas a la vista de todos. Tú lo hiciste en secreto, pero yo haré que esto suceda abiertamente a la vista de todo Israel”.

Entonces David confesó a Natán:

—He pecado contra el Señor.

2 S

AMUEL

12:1-13

¿De qué manera confronta el Señor a David?

¿Qué opinión tiene David sobre el hombre del relato?

¿Por qué piensa que Natán tuvo que decirle a David sin rodeos «¡Tú eres ese hombre!»?

Cuando Dios pone al desnudo el pecado de David, ¿qué dice que le ocurrirá a la casa de David y por qué?

¿Qué futuras consecuencias sufrirá la familia de David?

¿Cuál fue la confesión de David?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Recuerde una ocasión en que alguien lo confrontó por sus palabras, sus decisiones o sus actos. ¿Cómo respondió o reaccionó usted, y por qué?

¿Cuánto demora en reconocer el pecado en su vida?

¿Con qué tipo de consecuencias está viviendo a causa de sus propias decisiones equivocadas o de las que tomó alguien cercano a usted?

Cuando se enfrenta a su propio pecado, ¿lo esconde, lo maneja a su manera, o lo confiesa?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce los pensamientos que me inquietan. Señálame cualquier cosa en mí que te ofenda y guíame por el camino de la vida eterna.

S

ALMO

139:23-24

¿Qué necesita confesarle ahora mismo a Dios?

EL PERDÓN

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Entonces David confesó a Natán:

—He pecado contra el Señor.

Natán respondió:

—Sí, pero el Señor te ha perdonado, y no morirás por este pecado. Sin embargo, como has mostrado un total desprecio por la palabra del Señor con lo que hiciste, tu hijo morirá.

Después que Natán regresó a su casa, el Señor le envió una enfermedad mortal al hijo que David tuvo con la esposa de Urías. Así que David le suplicó a Dios que perdonara la vida de su hijo, y no comió, y estuvo toda la noche tirado en el suelo. Entonces los ancianos de su casa le rogaban que se levantara y comiera con ellos, pero él se negó.

Finalmente, al séptimo día, el niño murió. Los consejeros de David tenían temor de decírselo. «No escuchaba razones cuando el niño estaba enfermo —se decían —, ¿qué locura hará cuando le digamos que el niño murió?».

Cuando David vio que susurraban entre sí, se dio cuenta de lo que había pasado.

—¿Murió el niño? —preguntó.

—Sí —le contestaron—, ya murió.

De inmediato David se levantó del suelo, se lavó, se puso lociones y se cambió de ropa. Luego fue al tabernáculo a adorar al Señor y después volvió al palacio donde le sirvieron comida y comió. Sus consejeros estaban asombrados.

—No lo entendemos —le dijeron—. Mientras el niño aún vivía, lloraba y rehusaba comer. Pero ahora que el niño ha muerto, usted terminó el duelo y de nuevo está comiendo.

—Ayuné y lloré —respondió David— mientras el niño vivía porque me dije: "Tal vez el Señor sea compasivo conmigo y permita que el niño viva". Pero ¿qué motivo tengo para ayunar ahora que ha muerto? ¿Puedo traerlo de nuevo a la vida? Un día yo iré a él, pero él no puede regresar a mí.

2 S

AMUEL

12:13-23

¿Qué hace Dios con el pecado de David? ¿Cuáles son las buenas noticias acerca de la vida de David?

¿Qué noticia impactante le da Natán a David?

¿Qué hace David y por cuánto tiempo?

¿Cómo reacciona David cuando muere el niño?

¿Hacia dónde se dirige y qué cosa extraordinaria hace?

Los consejeros de David se sintieron desconcertados por la conducta del rey.

¿Qué consuelo y esperanza motivaban a David?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Lea el siguiente versículo:

Pero si confesamos nuestros pecados a Dios, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad.

1 J

UAN

1:9

Según este texto bíblico, ¿cuál es la promesa de Dios? ¿Qué condición tiene esa promesa?

¿Ha experimentado usted el perdón? ¿Cómo sabe que ha sido perdonado? ¿Hasta qué punto está dispuesto a perdonar a otros?

Lea el siguiente pasaje:

El Señor es compasivo y misericordioso, lento para enojarse y está lleno de amor

inagotable. No nos reprenderá todo el tiempo, ni seguirá enojado para siempre. No nos castiga por todos nuestros pecados; no nos trata con la severidad que merecemos. Pues su amor inagotable hacia los que le temen es tan inmenso como la altura de los cielos sobre la tierra. Llevó nuestros pecados tan lejos de nosotros como está el oriente del occidente. El Señor es como un padre con sus hijos, tierno y compasivo con los que le temen. Pues él sabe lo débiles que somos; se acuerda de que somos tan solo polvo.

S

ALMO

103:8-14

Enumere todo lo que le enseña este pasaje de la Biblia sobre el modo en que Dios lidia con usted y con el pecado.

AGUARDE Y REFLEXIONE

Lea el siguiente pasaje:

Por lo tanto, ya no hay condenación para los que pertenecen a Cristo Jesús; y porque ustedes pertenecen a él, el poder del Espíritu que da vida los ha libertado del poder del pecado, que lleva a la muerte.

R

OMANOS

8:1-2

¿A quién le pertenece usted?

LA RESTAURACIÓN

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Luego David consoló a Betsabé, su esposa, y se acostó con ella. Entonces ella quedó embarazada y dio a luz un hijo, y David lo llamó Salomón. El Señor amó al niño y mandó decir por medio del profeta Natán que deberían llamarlo Jedidías (que significa «amado del Señor») como el Señor había ordenado.

2 S

AMUEL

12:24-25

David se confesó ante Dios. David esperó en Dios. David adoró a Dios. David depositó su confianza en Dios respecto al futuro. Estos pasos le permitieron restaurar su relación con Dios. ¿Qué hace ahora David respecto a Betsabé?

¿Qué hizo Dios a favor de Betsabé?

¿Quién le dio el nombre Salomón al bebé?

¿Qué mensaje le envió Dios a Betsabé por medio del profeta Natán?

Dios envió a Natán a confrontar a David por su pecado. ¿Con qué propósito fue Natán a ver a Betsabé?

A partir del pasaje bíblico anterior, ¿qué evidencia encuentra de que Betsabé también pudo restaurar su relación con Dios?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

¿Qué significa restauración para usted?

Lea el siguiente pasaje:

Amados hermanos, si otro creyente está dominado por algún pecado, ustedes, que son espirituales, deberían ayudarlo a volver al camino recto con ternura y humildad. Y tengan mucho cuidado de no caer ustedes en la misma tentación. Ayúdense a llevar los unos las cargas de los otros, y obedezcan de esa manera la ley de Cristo.

G

ÁLATAS

6:1-2

¿Qué papel tenemos en cuanto a ayudarnos mutuamente a reconciliarnos con Dios?

¿Qué actitud debe tener usted cuando otros necesitan ser restaurados?

¿Está usted buscando restauración? ¿Qué pasos debe dar?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Dios los salvó por su gracia cuando creyeron. Ustedes no tienen ningún mérito en eso; es un regalo de Dios. La salvación no es un premio por las cosas buenas que hayamos hecho, así que ninguno de nosotros puede jactarse de ser salvo. Pues somos la obra maestra de Dios. Él nos creó de nuevo en Cristo Jesús, a fin de que hagamos las cosas buenas que preparó para nosotros tiempo atrás.

E

FESIOS

2:8-10

¿Es usted una creación nueva?

BENDICIONES

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Tradicionalmente se recuerda a Betsabé por su adulterio con el rey David y se le menciona como «la esposa de Urías». Pero tengamos presente cómo la recuerda Dios. Lea los siguientes pasajes de la Biblia:

Luego David reinó otros treinta y tres años en Jerusalén. Entre los hijos de David que le nacieron en Jerusalén estaban Samúa, Sobab, Natán y Salomón. La madre de ellos fue Betsabé, hija de Amiel.

1 C

RÓNICAS

3:4-5

¿Qué hizo Dios por Betsabé?

Entonces Natán fue a ver a Betsabé, la madre de Salomón, y le preguntó: «¿No te has enterado de que el hijo de Haguit, Adonías, se proclamó rey, y nuestro señor David ni siquiera lo sabe? Si deseas salvar tu vida y la de tu hijo Salomón, sigue mi consejo. Ve ya mismo a ver al rey David y dile: “Mi señor el rey, ¿acaso

no me hiciste un juramento cuando me dijiste: ‘Definitivamente tu hijo Salomón será el próximo rey y se sentará en mi trono’? Entonces, ¿por qué Adonías se ha proclamado rey?”. Y mientras tú aún estés hablando con el rey, yo llegaré y confirmaré todo lo que le has dicho».

1 R

EYES

1:11-14

Enumere todo aquello que pone en evidencia el constante cuidado de Dios por Betsabé.

Entonces el rey David respondió: «¡Llamen a Betsabé!». Así que Betsabé volvió a entrar y se quedó de pie delante del rey, y el rey repitió su juramento:

—Tan cierto como que el Señor vive y me ha rescatado de todo peligro, tu hijo Salomón será el próximo rey y se sentará en mi trono este mismo día, tal como te lo juré delante del Señor, Dios de Israel.

Entonces Betsabé se inclinó ante el rey con el rostro en tierra y exclamó:

—¡Que viva por siempre mi señor, el rey David!

1 R

EYES

1:28-31

¿Qué hizo David para seguir dándole apoyo y consuelo a Betsabé?

Y todos los funcionarios reales han ido a felicitar al rey David y a decirle: «¡Que su Dios aumente la fama de Salomón aún más que la suya, y que engrandezca el reinado de Salomón aún más que el suyo!». Entonces el rey inclinó la cabeza en adoración mientras estaba en su cama y dijo: «Alabado sea el Señor, Dios de Israel, quien el día de hoy ha escogido a un sucesor que se siente en mi trono mientras yo aún vivo para presenciarlo».

1 R

EYES

1:47-48

¿Cómo mantuvo Dios Su promesa a Betsabé? ¿Cómo respondió David?

La joven: «Salgan a ver al rey Salomón, mujeres jóvenes de Jerusalén. Lleva puesta la corona que su madre le regaló el día de su boda, el día más feliz de su vida».

C

ANTAR DE LOS

C

ANTARES

3:11

¿Qué otros motivos de alegría tuvo Betsabé?

Isaí fue el padre del rey David. David fue el padre de Salomón (su madre fue Betsabé, la viuda de Urías). [...] Jacob fue el padre de José, esposo de María. María dio a luz a Jesús, quien es llamado el Mesías.

M

ATEO

1:6, 16

¿Cuál fue la bendición suprema que recibió Betsabé?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

¿Cómo cree que será recordado usted?

¿Cómo le gustaría ser recordado?

¿De qué manera ha sido bendecido por Dios?

Busque el rastro de la mano misericordiosa de Dios en su vida.

AGUARDE Y REFLEXIONE

Pues yo sé los planes que tengo para ustedes —dice el Señor—. Son planes para lo bueno y no para lo malo, para darles un futuro y una esperanza. En esos días, cuando oren, los escucharé. Si me buscan de todo corazón, podrán encontrarme. Sí, me encontrarán —dice el Señor.

J

EREMÍAS

29:11-14

Jesús lo ha encontrado a usted. ¿Lo ha encontrado usted a Él? Él lo está esperando.

LIBRO CINCO



DEVOTA

PREPARANDO LA ESCENA



—Tienes otra hija. —La partera levantó a la bebé que lloraba mientras Ana se desplomaba sobre su lecho, exhausta después de las horas de parto.

El corazón de Ana se desmoronó con la noticia. Giró el rostro hacia la pared para no mirar a la partera mientras cortaba el cordón, lavaba a la bebé y le frotaba sal sobre su cuerpito tembloroso para prevenir las infecciones.

—Tu hija —dijo la mujer mayor.

Tiernamente, Ana tomó en sus brazos a la arrugada niñita, sabiendo que su esposo se sentiría amargamente decepcionado. Él había estado ayunando y orando por un hijo varón.

Besó a la bebé y la levantó para que la partera la tomara.

—Dale la niña a su padre para que la bendiga.

Cuando la mujer salió de la casa, Ana se movió en el lecho, estremeciéndose por el dolor. Trató de escuchar qué decía su esposo, pero lo que oyó fue la voz emocionada de su hija mayor, María.

—¿Puedo cargarla, padre? Por favor. Ah, es tan dulce.

Joaquín habló en un tono de voz demasiado bajo como para que Ana escuchara. Cuando entró en la casa, lo miró a los ojos. Aunque no la miró con reprobación, Ana vio que estaba decepcionado. Agachándose, colocó de nuevo a la recién nacida en sus brazos. ¿Qué podía decir él que trajera alivio a sus corazones? Dios no había considerado conveniente darles un varón.

—La amo —dijo María, entrando en la casa.

—Todos la amamos —dijo Joaquín rápidamente.

Ah, pero Ana entendía. Un varón trabajaría a la par de su padre. Un varón iría a la sinagoga y le daría distinción a su padre. Un varón mantendría a su madre si el padre moría. Un varón crecería y algún día podría levantarse en contra de los opresores de Israel. O, incluso, podía resultar ser el tan esperado Salvador, el Mesías por el cual oraba todo Israel.

En cambio, ¿una niña? ¿Para qué servía una niña, más que para compartir los quehaceres domésticos? No sería más que otra boca que alimentar hasta que llegara el momento en que su padre le encontrara el marido adecuado.

—He pensado en el nombre Débora —dijo Ana en voz baja, con la cabeza inclinada. Esta bebé era más delicada que la primera, pero su rostro tenía una dulzura que había llegado a lo más profundo del corazón de Ana.

—La llamaremos María.

—Pero María es mi nombre —dijo la hermana mayor, mirando a su padre y a su madre.

Joaquín puso una mano sobre su cabeza y habló suavemente:

—Tu hermana será la pequeña María.

Ana extendió la mano hacia su hija mayor.

—No te angusties, querida mía. Ve afuera para que pueda hablar con tu padre. —Cuando estuvo a solas con Joaquín, lo miró—. ¿Por favor, podrías considerar otro nombre, esposo mío? Débora es un nombre fuerte. Y, además, hay muchas Marías. Se ha vuelto el nombre más común en todo Israel.

—Y cuando haya suficientes, ¡quizás el Señor, por fin, escuche nuestro clamor! —La voz de Joaquín se quebró. Sus mejillas se sonrojaron y miró hacia otra parte—. Se llamará María. —Salió de la casa. Ana escuchó que le decía a su hija mayor que jugara con sus amigas y que dejara sola a mamá para que descansara.

Ana estudió el rostro de su hija recién nacida.

—María —susurró—. Mi preciosa pequeña María. —Su corazón estaba acongojado porque sus dos hijas tenían un nombre que significaba «amargura y sufrimiento». El nombre María expresaba la profunda desesperación que sentía cada judío bajo la opresión de los conquistadores romanos. María era un grito pidiendo auxilio al Señor.

Levantando un poco las rodillas, Ana acunó a la bebé sobre sus muslos. Desenvolvió su ropa y acarició los bracitos, observó las piernas arqueadas por los nueve meses que había estado en el vientre. Las lágrimas caían por las

mejillas de Ana mientras besaba la manito que sujetaba su dedo. La piel de la pequeña María era más suave que la de un conejito bebé. «Señor, Señor, por favor, haz que su nombre represente algo más que “amargura y sufrimiento”. Que llegue a transformarse en “el Señor es mi fortaleza”. Que sea “confía en Dios y no dejes que nada derrote la fe que hay en ti”. Oh, Señor... —Lloró suavemente mientras acercaba a la bebé a su pecho—. Que el nombre María nos recuerde cómo obedecer sin miedo».

UNO



María se sentó sola bajo un árbol de mostaza y se cubrió el rostro con las manos. ¿Se sentirían así todas las novias cuando se firmaba su contrato y se entregaban los regalos nupciales, cuando su futuro quedaba decidido por la voluntad de otros? Se estremeció ante la idea de pasar la vida con un hombre que apenas conocía, además de ser un hombre admirado que se había hecho amigo de su padre luego de que llegara a Belén, tres años atrás.

—Es de nuestra tribu, Ana —había informado Joaquín después de reunirse con José en la sinagoga—. Y es descendiente del linaje real de David.

—¿Está casado? —Su madre miró de reojo a María.

De ese modo pusieron en marcha los planes para su futuro, pues su padre no perdió tiempo en averiguar que José estaba buscando esposa entre los de la tribu de Judá, una descendiente de David, una mujer de indiscutida fe y virtud. María sabía cuáles eran las ambiciones de sus padres. La hermana mayor de María se había casado con un nazareno, y sus padres tenían expectativas de casar a su hija menor con otro hombre de su propia tribu. Desde luego, debía ser devoto, bondadoso y capaz de proveer un buen hogar para ella y para los hijos que podía llegar a darle. Por eso, solían invitar al carpintero a su casa y José era receptivo a sus esperanzas.

—¿Por qué no buscó a una joven en Belén? —preguntó María a su madre una vez.

—¿Por qué preguntas semejante cosa? —Su madre estaba impaciente—. Solo acepta que Dios lo envió aquí, a Nazaret.

Su padre era menos propenso a creer que Dios podía involucrarse íntimamente en la vida personal de un humilde carpintero o de un hombre pobre con una salud deteriorada y una hija que pronto estaría en edad de casarse.

—José necesita trabajar como cualquier otro, y Séforis está creciendo. Los carpinteros y los trabajadores de las canteras pueden ganar más dinero ahí que en Belén.

Los hombres habían empezado a hablar de casamiento, pero, cuando su padre murió, el futuro de María quedó en manos de su madre. Y ella tenía la intención

de arreglarlo cuanto antes.

—Tu padre quería darte más tiempo, María —le había dicho—, pero el tiempo puede ser un enemigo. Estás lista para casarte y, teniendo en cuenta nuestra situación, no hay tiempo que perder. Ya hablé con José y él ha aceptado casarse contigo. Ahora, todo estará bien, María. No tendremos que valernos por nosotras mismas.

Sentada bajo el árbol de mostaza, María escondió el rostro entre sus brazos. ¿Habrían tenido que valerse por sí mismas? Dios prometía cuidar a quienes tenían fe en él. María creía en las promesas del Señor.

Lo único que siempre había deseado era estar cerca del Señor. Su corazón lo ansiaba. Lo anhelaba como el ciervo anhela las corrientes de agua. Cómo le habría gustado estar entre las personas que fueron rescatadas de Egipto. Cuán bendecidos fueron al ver los milagros de Dios, escuchar la ley por primera vez, contemplar el agua que brotaba de la roca y probar el maná del cielo. A veces, casi deseaba haber nacido hombre. Así podría haber ido a los acantilados desérticos de Qumrán y dedicado su vida a Dios.

¿Estaba inquieta porque era joven? La profunda sed que tenía por el Señor la frustraba. ¿Cómo podría amar al Señor Dios con todo su corazón, su mente, su alma y sus fuerzas si debía entregarse a un hombre? ¿Cómo podía amar completamente a Dios y, además, honrar debidamente a su esposo?

No obstante, comprendía la practicidad del matrimonio. Las mujeres eran vulnerables. Cuántas veces había escuchado los cascos de los soldados romanos acercándose a la pequeña aldea de Nazaret. Infinidad de veces los había visto en el pozo, llenando sus odres con agua. Luego, tomaban lo que se les antojaba comer de los ciudadanos resentidos y oprimidos. A veces también se llevaban a las mujeres jóvenes y las dejaban maltratadas y arruinadas. La vida podía ser insoportable para una mujer indefensa; especialmente, para las jóvenes. La madre de María le había enseñado que debía correr y esconderse al oír el ruido de los caballos o de la marcha de los soldados. El corazón se le estrujó de preocupación, porque ahora escuchaba que se estaban acercando.

La Pax Romana había traído cualquier cosa menos paz a Israel, pues el pueblo de María luchaba contra el dominio de Roma. ¿No sería más sensato para ella quedarse soltera, en lugar de casarse y traer hijos a un mundo como este?

Muchos hebreos habían combatido con todo su ser las influencias helenísticas, alimentando sus quejas y avivando su odio hasta que se convirtió en violencia. Otros se volvieron traidores, rechazando al Dios de Abraham, Isaac y Jacob, y adoptando las costumbres de sus conquistadores.

¿Dónde estaba Dios en todo esto? María sabía que Él era tan poderoso ahora como lo había sido cuando creó el mundo. ¿Estaría siendo desleal por cuestionarse si su pueblo había traído toda esta desgracia sobre sí mismo? Conocía la historia de su pueblo. Sabía cómo los había disciplinado Dios en el pasado para hacerlos volver a Él. ¿Por qué Israel tenía que repetir sus ciclos de desobediencia generación tras generación? Y ¿cuánto tiempo más pasaría hasta que Dios volviera a enviarles un salvador?

Desde que María tenía memoria, escuchaba que su pueblo pedía a gritos ser rescatado de la opresión romana.

Algún día, el Señor enviaría al Libertador, el que prometió luego de que Adán y Eva cayeron en desgracia, el que arreglaría todas las cosas y las haría nuevas. El Mesías. María oraba todos los días para que llegara... así como rogaba ahora, sentada a la sombra del árbol de mostaza, luchando con preguntas que sobrepasaban su entendimiento. Desgarrada por el mundo turbulento que la rodeaba, así como por su propio futuro que ya había sido decidido, María lloró pidiendo un Salvador.

Oh, Señor, ¿cuándo nos enviarás un Libertador? ¡Rescátanos de los opresores forasteros que traen ídolos de oro y que proclaman con prepotencia que su caprichoso emperador es un dios!

Debía dejar de luchar. Se casaría con José. El asunto estaba decidido. María honraría a su madre y obedecería.

Ay, Señor Dios de Israel, no comprendo estas cosas. ¿Está mal querer pertenecerte? Mi alma te ansía. Ayúdame a ser obediente, a ser la esposa adecuada para José, porque Tú eres soberano y debes haber escogido a este hombre para mí. Hazme una mujer conforme a Tu corazón. Crea en mí un corazón limpio y renueva un espíritu fiel dentro de mí.

Una rara sensación de cosquilleo se extendió por su piel. Se le erizó el cabello cuando levantó la cabeza y vio a un hombre parado frente a ella. Con el corazón palpitándole de terror, se quedó mirándolo, porque nunca antes había visto a

nadie como él. ¿Parecía tan aterrador solamente por el sol que daba sobre su espalda?

—¡Saludos, mujer favorecida! ¡El Señor está contigo!

Temblando, se quedó quieta y en silencio, asombrada por esas palabras. Cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos. Él seguía parado en el mismo lugar, mirándola con una paciencia amable. ¿Qué significaba ese saludo? ¿No eran favorecidos todos los del pueblo escogido de Dios? ¿Y por qué dijo que el Señor estaba con ella? ¿Él era el Señor? Se llenó de miedo y volvió a cerrar los ojos, porque seguramente todo el que viera al Señor moriría.

—No tengas miedo, María, ¡porque has hallado el favor de Dios!

El sollozo que brotó en su garganta la tomó desprevenida, porque ¡nada quería más que agradar a Dios! Pero el Señor sabía cuán indigna era. Se ruborizó al recordar que, solo un momento atrás, se había resistido a la idea de casarse con José, aunque él amaba a Dios tanto como ella. ¡Y ahora este hombre decía esas preciadas palabras que la llenaban de regocijo!

El desconocido se acercó e inclinó la cabeza hacia ella.

—Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús.

Jesús. El nombre significaba «el Señor salva».

El ángel siguió hablando:

—Él será muy grande y lo llamarán Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de su antepasado David. Y reinará sobre Israel para siempre; ¡Su reino no tendrá fin!

María tragó saliva y su mente empezó a dar vueltas con las implicaciones que tenían sus palabras. ¡Estaba diciéndole que ella tendría al Mesías! Tan pronto como las palabras fueron dichas, se sintió atacada por un coro de voces tenebrosas.

¿Tú? ¿Por qué elegiría el Señor a alguien tan común? El Mesías no saldrá de una campesina nazarena cualquiera. ¡Qué perversidad es esta, que alguien tan indigna se atreva a imaginar que puede dar a luz al Mesías! Ignora a este

loco. ¡Deja de mirarlo! Rechaza lo que te dice. ¡Cierra los ojos! ¡No digas nada!

Sin embargo, otra voz habló, una voz tranquila, una voz que su corazón reconocía.

¿Cuál es tu respuesta, María?

Se puso de pie y ladeó la cabeza mientras miraba al ángel.

—Pero ¿cómo podrá suceder esto? Soy virgen.

Él ángel sonrió con ternura.

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con Su sombra. Por lo tanto, el bebé que nacerá será santo y será llamado Hijo de Dios. Además, tu parienta Elisabet, ¡quedó embarazada en su vejez! Antes la gente decía que ella era estéril, pero ha concebido un hijo y ya está en su sexto mes de embarazo. Pues la palabra de Dios nunca dejará de cumplirse.

María tomó aire, sonriendo, y juntó las manos. ¡Oh! Ella sabía que Elisabet siempre había deseado tener un hijo. ¡Nada era imposible con Dios! Elisabet sería como Sara, quien tuvo a Isaac en su vejez. Sería como Ana, que consagró su hijo al Señor. La noticia hizo que la fe de María diera un salto. Quería salir corriendo a encontrarse con Elisabet y ver el milagro con sus propios ojos, pero el ángel estaba de pie delante de ella, esperando su respuesta en silencio.

Si decía que sí, sería la madre del tan esperado Mesías. Por qué el Señor había elegido hacerla participar en su plan era algo que ella no podía ni adivinar. Era analfabeta, pobre y vivía en una aldea perdida que la mayoría de los judíos menospreciaba. Sin embargo, por las lecturas de las Escrituras que escuchaba en la sinagoga, también sabía que Dios a menudo usaba a los más improbables e indignos para realizar Sus propósitos según Su voluntad. El ángel del Señor estaba pidiéndole que fuera parte del plan de Dios. Y todo su corazón y su alma gritaban un sí jubiloso.

¿Realmente piensas que puedes ser la madre del Mesías? ¿Crees que sabrás cómo educar al Hijo de Dios para que reine sobre Israel? Las voces tenebrosas otra vez.

No. No sabré cómo hacerlo, respondió su corazón. Pero Dios sí.

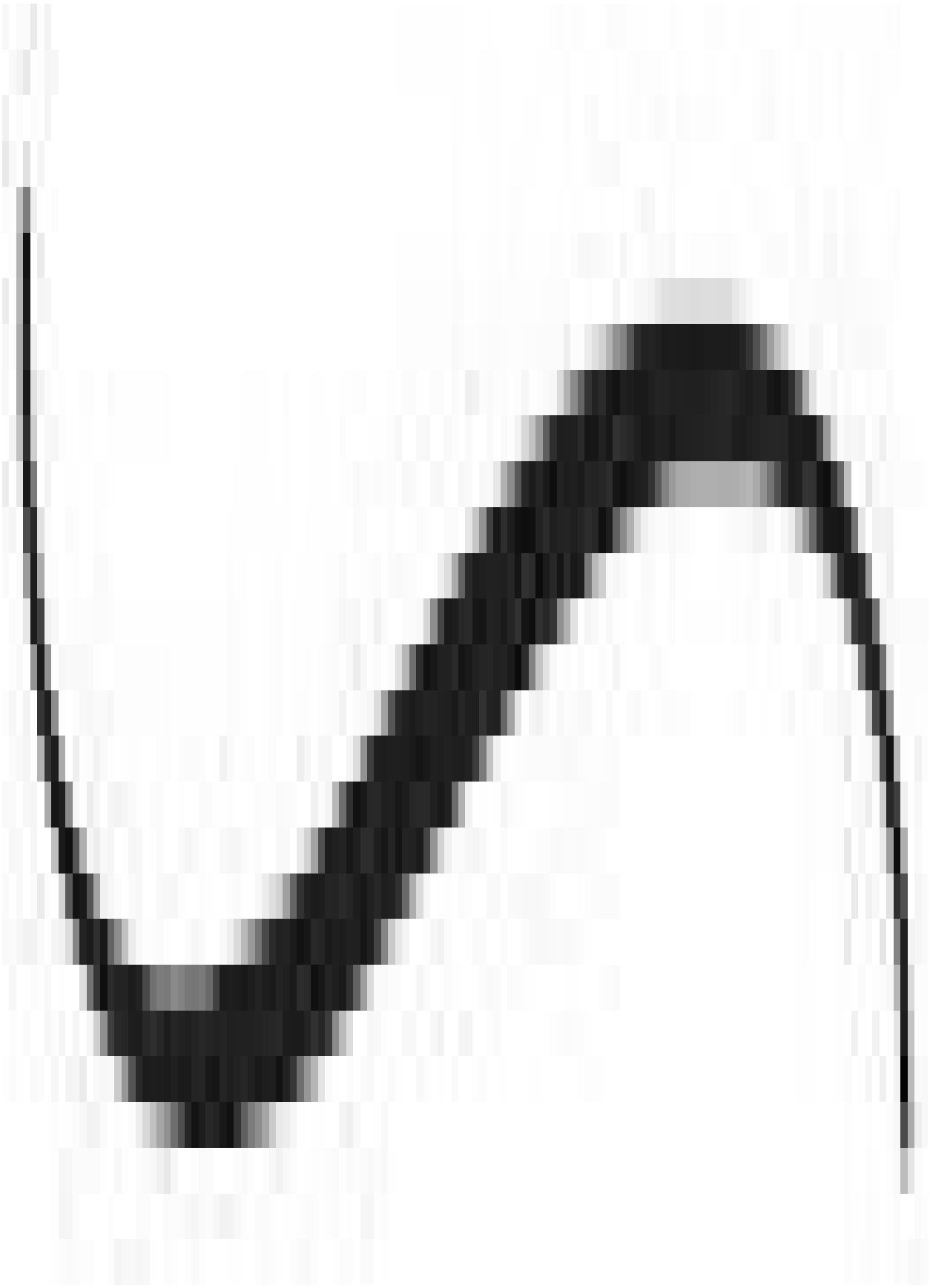
María se armó de valor y levantó la mirada.

—Soy la sierva del Señor. —Extendió las manos—. Y estoy dispuesta a aceptar lo que Él quiera. Que se cumpla todo lo que has dicho acerca de mí.

Tan pronto como tomó la decisión, el ángel se fue. Ella se quedó con la respiración agitada por el desmayo. Si el aire no hubiera seguido temblando alrededor de ella, habría creído que había imaginado todo el episodio. Sobresaltada, apretó las manos contra su pecho hasta que recordó que el ángel del Señor le había dicho que no tuviera miedo. Liberando el aire suavemente, se arrodilló y miró al cielo. Levantó las manos con las palmas hacia arriba. Señor, que se haga Tu voluntad.

Sintió un extraño cosquilleo en la piel al ver que descendía una nube. Se llevó las manos al corazón cuando la sombra cayó sobre ella. Al cerrar los ojos, inhaló el aroma de las flores primaverales, de la tierra y de los cielos. Su piel se calentó mientras su cuerpo se inundaba de sensaciones. Tomó aire y lo retuvo. Por un breve lapso de tiempo, nada se movió; no se escuchó ningún sonido, porque toda la creación se detuvo.

Dentro del útero de una muchacha pobre y campesina, oriunda de una desconocida aldea en Galilea, Dios el Hijo se unió con la simiente de Adán.



José miró furioso a María.

—¿Cómo esperas que crea semejante historia? —Todas las expectativas que tenía de un futuro prometedor estaban destruidas. Nunca habría pensado que una muchacha como María, tan joven, tan dulce, tan devota, podría traicionarlo de una manera tan repugnante. ¡Embarazada! Lo invadió la emoción y lo sacudió. Cerró los ojos y luchó contra las ideas violentas que llenaban su mente: ¡Denúnciala! ¡Líbrate de ella! ¡Avísale al rabino lo que hizo! ¡Hazla apedrear!

—¡No! —gritó, tapándose los oídos con las manos. Abrió los ojos y vio a Ana, la madre de María, encogida de miedo y llorando en el rincón.

Solo María estaba tranquila.

—Creerás, José. —Levantó la vista y lo miró con sus ojos oscuros e inocentes—. Lo harás. Sé que lo harás.

¿Cómo podía parecer tan calmada cuando, con una sola palabra, él podía hacerla matar?

—La mujer concibe de una sola manera.

—Para Dios, todo es posible.

—¿Y Dios te escogería a ti para dar a luz al Mesías?

Ella se rio ante el sarcasmo; su rostro estaba lleno de alegría.

—¿Acaso Dios no ha elegido siempre a los débiles para confundir a los fuertes? Ay, José. —Entrelazó las manos irradiando entusiasmo—. Piensa en Él. Dios nunca elige como lo haría un hombre.

—No puedo creer esto. ¡No puedo! ¡No tiene ningún sentido! —Tenía que salir de la casa. No podía mirarla y pensar con claridad.

—¡José! —Ana se levantó y salió detrás de él—. ¡José! ¡Por favor! —gritó, mientras él salía por la puerta y la dejaba entreabierta detrás de sí—. ¡José!

Dobló en la esquina y se alejó caminando rápidamente por una calle angosta que llevaba al final del pueblo. No quería que la gente notara que estaba alterado y se preguntaran la razón. ¡Tenía que pensar!

Cuando nadie en Nazaret podía verlo, se echó a llorar. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Olvidarse de que era la hija de un hombre que había sido su amigo, un hombre de su propia tribu? ¿Podía ignorar el hecho de que estaba embarazada del hijo de otro? ¡Ella había cometido un pecado abominable! ¡Estaba impura! Si se casaba ahora con María, la gente lo señalaría con el dedo. La reputación de ambos quedaría arruinada. El chisme circularía por muchos años. Y, una vez que el bebé naciera, ¿qué sucedería? Todos sabrían que había sido concebido antes de la boda y murmurarían a sus espaldas al verlo pasar.

¿Por qué eran tan débiles las mujeres? ¿Por qué se dejaban engañar con tanta facilidad? Pateó el suelo con enojo. ¿Quién podía haberle hecho eso? ¿Quién se había atrevido a aprovecharse de una muchacha inocente y sin padre? ¿Y por qué había inventado una mentira tan ridícula y estrafalaria para encubrir su pecado? Hizo una mueca. ¡Que un ángel llegó y le dijo que iba a tener al Hijo de Dios! ¿Qué hombre en sus cabales creería semejante historia?

Cuando Joaquín le ofreció a María para casarse, José creyó que le entregaba un futuro y una esperanza. Ahora tenía entre manos un desastre. Si la exponía, tendría que quedarse mirando cómo apedrearían a muerte a la hija de Joaquín por el pecado de fornicación. Y el hijo que llevaba en su vientre moriría con ella.

¡Sí! ¡Hazlo! carraspeó la voz extraña y tenebrosa. ¿Por qué no debería morir, si te traicionó a ti y a su propio padre? ¿Por qué no debería ser amputada de Israel por haber rechazado la ley que te rige? ¡Mátala! ¡Mata al niño!

La violencia en sus pensamientos asustó a José y clamó: «Oh, Dios, ¡ayúdame! ¿Qué debo hacer? ¿Por qué me mandas esta catástrofe? ¿Acaso no he tratado de hacer lo correcto durante toda mi vida? ¿Vivir de acuerdo con tu ley? —Se sentó y se pasó los dedos por el cabello. Apretando los dientes, lloró con furia—. ¿Por qué, Señor? ¡Hazme entender!».

El sol se puso, pero no tenía respuesta alguna a la vista. Agotado, José se puso de pie y caminó de regreso al pueblo. Las calles estaban vacías, porque era tarde y todos habían vuelto a sus casas. Entró en su taller y se sentó junto a su mesa de trabajo. Nunca se había sentido tan solo. «¿Dónde estás, Dios? ¿Dónde estás

cuando necesito tu consejo?». Pensó en ir a pedirle consejo al rabino, pero no siempre se podía confiar en que un rabino guardara un secreto. José no quería que nadie supiera lo de María hasta que él decidiera qué hacer. Pasó una mano por el yugo que había estado tallando; luego, tomó sus herramientas. Tal vez el trabajo trajera un descanso a su mente.

¿Quién era él para condenar a María?

José obedecía la ley, pero en su corazón sabía que lo hacía superficialmente. Aunque cumplía las horas obligatorias en la sinagoga, y entregaba los diezmos y las ofrendas, su corazón se rebelaba contra el yugo de Roma, el yugo de los rabinos corruptos y el peso de la ley misma. ¿Cómo podía resistirlo algún hombre? Se sentía tentado a pecar cada vez que veía a un soldado romano burlándose de una mujer junto al pozo, a un rabino arengando a las viudas pobres por el diezmo, a algún cliente rico que ignoraba cuánto debía pagar por el trabajo entregado, o a algún mendigo que lo maldecía cuando no tenía dinero para darle. A pesar de que, con el correr de los años, José había llevado infinidad de corderos al templo de Jerusalén para ofrecerlos como sacrificio, nunca se había sentido completamente limpio de pecado. La sangre del cordero sacrificial cubría el pecado y luego José volvía a pecar. Quería actuar rectamente, pero se sorprendía fracasando una y otra vez.

Estirándose en su esterilla puso un brazo sobre sus ojos, aún indeciso de qué hacer en cuanto a María. La ley era clara, pero su corazón estaba dividido. Cerró los ojos esperando que el sueño le permitiera pensar con mayor claridad en la mañana. Pero su sueño se vio atormentado por las pesadillas. Escuchó voces enojadas y a una muchacha que gritaba. Él gritó, pero cuando intentó correr, sus pies se hundieron en la arena. Mientras forcejeaba, las tinieblas lo rodearon y alguien le habló desde ellas. Mata a la muchacha. ¡Mátala a ella y al engendro que lleva adentro!

«José, hijo de David —oyó decir a otra voz que nunca antes había escuchado, pero que reconoció instantáneamente. Un hombre con una vestimenta de un blanco radiante lo miraba—. No tengas miedo de recibir a María por esposa, porque el niño que lleva dentro de ella fue concebido por el Espíritu Santo. Y tendrá un hijo y lo llamarás Jesús, porque Él salvará a Su pueblo de sus pecados».

José absorbió las palabras; su alma se estremeció, deleitada. Toda su vida había

escuchado hablar del Mesías que llegaría. Desde los tiempos de David, los judíos habían esperado que otro rey derrotara a los enemigos de Israel. Y, más aún, el Mesías prometido reinaría sobre toda la tierra. La hora había llegado, y Dios estaba enviando al Ungido. Y José lo vería. Se pararía junto a la madre del Mesías y protegería al Elegido como si fuera su propio hijo.

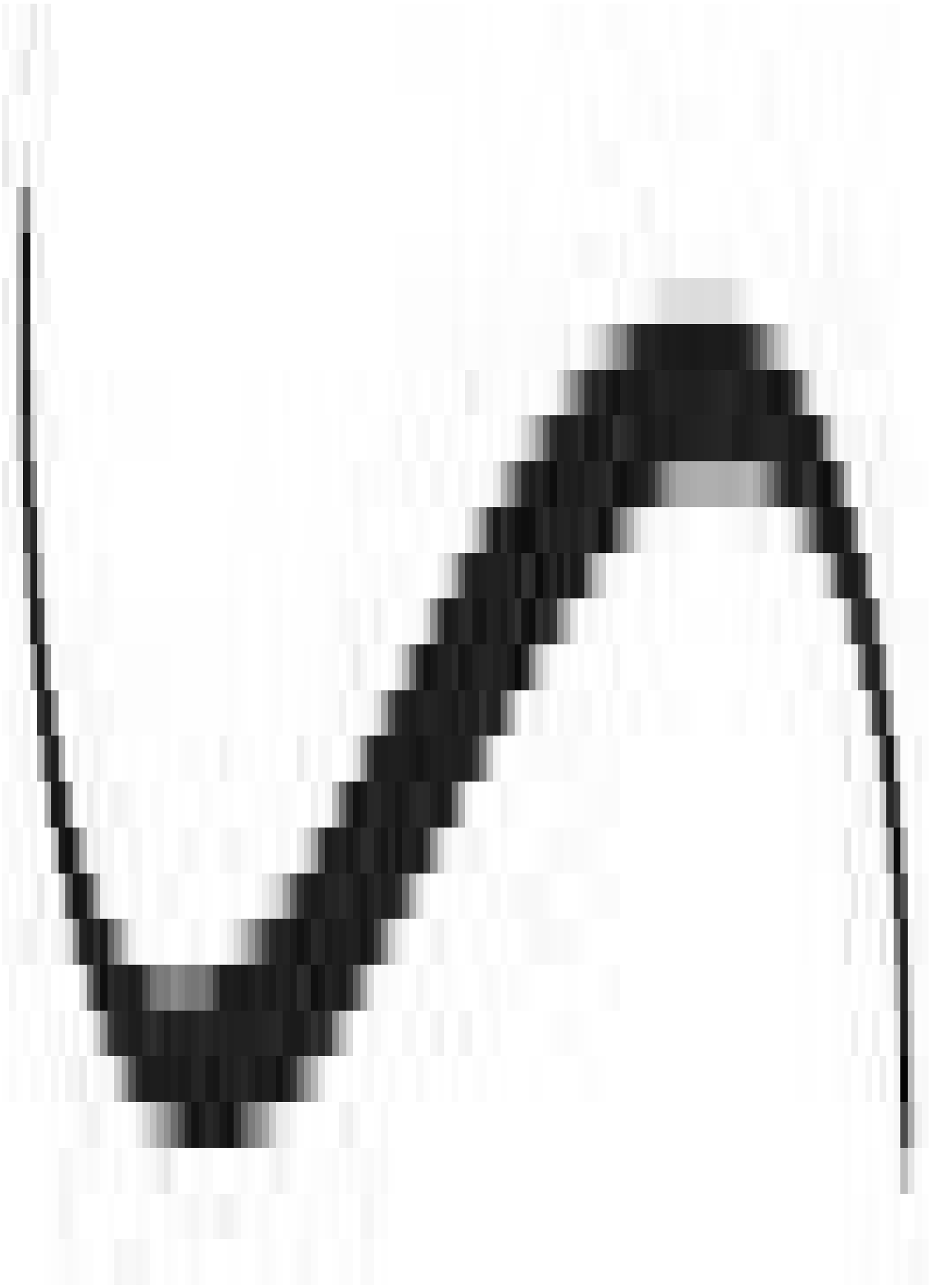
¿Tú, un simple carpintero, plantarte como protector? La risa tenebrosa lo rodeó y José gimió en sueños. Yo los mataré. Y a ti, si te interpones en mi camino.

José volvió a gemir y giró sobre su espalda. Abrió los ojos y sintió la oscuridad que lo rodeaba. El miedo lo oprimió hasta que un murmullo lo atravesó.

Él salvará a Su pueblo de sus pecados...

El anhelo por justicia de José brotó en su interior como la sed de un hombre perdido en el desierto. Recordó las palabras de su antepasado David y las susurró a la oscuridad: «Los que viven al amparo del Altísimo encontrarán descanso a la sombra del Todopoderoso... No tendré miedo de los terrores de la noche, pues él ordenará a sus ángeles que protejan a Su Hijo. El Señor mismo lo protegerá».

Las tinieblas retrocedieron y José vio las estrellas a través de su ventana. Se quedó mirándolas un largo rato. Sonriendo, volvió a dormirse.



Ana lloró de alivio, pero María no pareció sorprenderse en absoluto de la decisión de José de casarse con ella pronto. De hecho, cruzó la sala y puso una mano sobre el brazo de él, sorprendiéndolo con una exigencia:

—Debo ir a visitar a mi parienta Elisabet.

Su madre protestó:

—¿Para qué quieres ir allá? Ir a las colinas de Galilea es un viaje difícil...

—Ay, madre, no importa. ¡Elisabet está esperando un hijo!

—¡No seas ridícula! Hace mucho que se le pasó el tiempo de tener hijos.

—El ángel me dijo que está embarazada.

—¿Y qué crees que dirá la gente cuando te cases repentinamente con José y luego te vayas a la región montañosa de Judea?

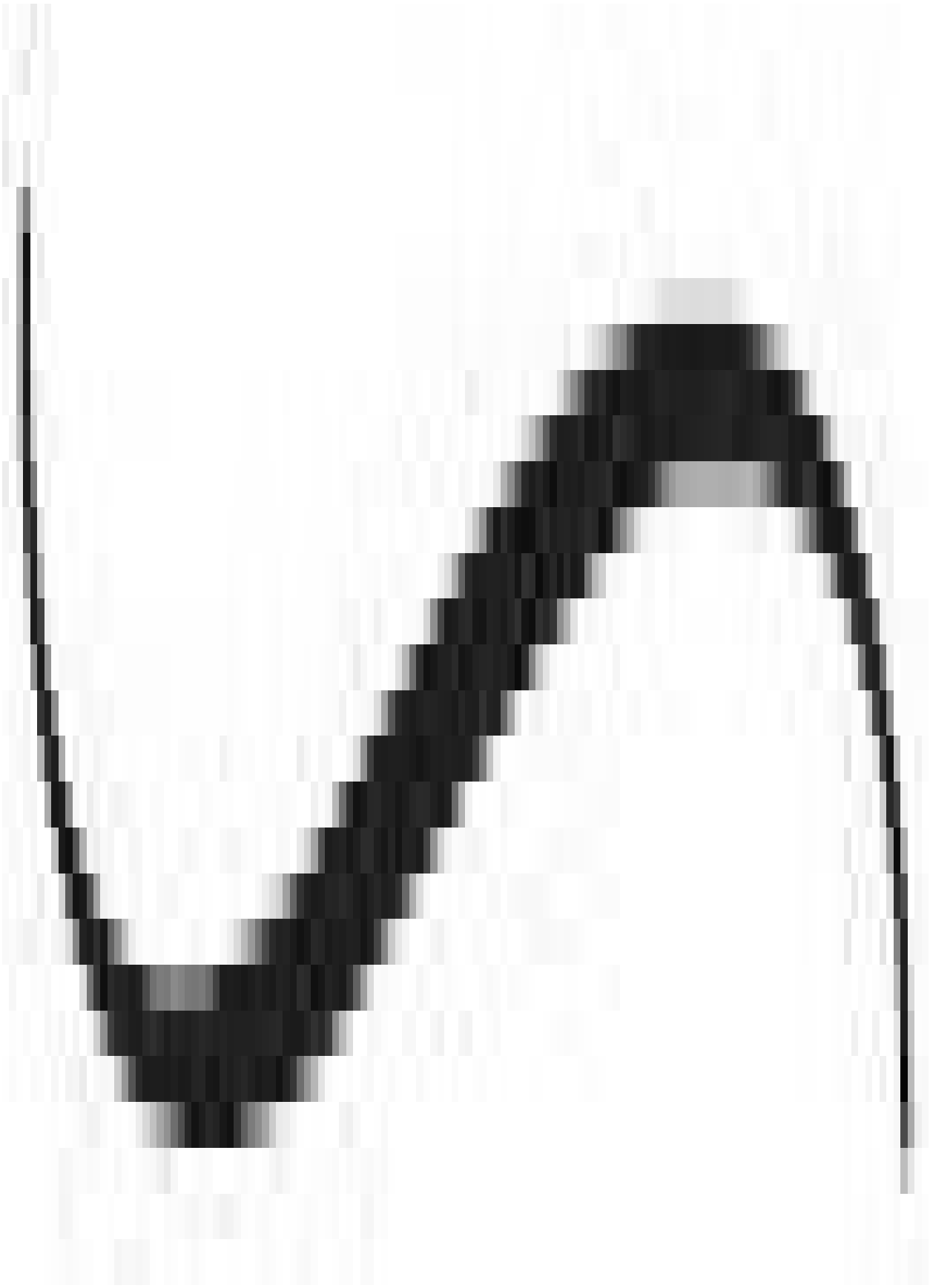
—¿Qué importa lo que diga la gente, si es la voluntad del Señor que yo vaya?

José vio cómo el viaje podía resolver varios problemas. El ángel no había dicho nada sobre anunciar a la población de Nazaret que María había concebido por medio del Espíritu Santo y que daría a luz al Mesías. ¿Y si la noticia se descubría? ¿Qué clase de peligro podía representar para el niño? Cuando el embarazo de María se notara, surgirían los rumores. Sin embargo, si se iban de viaje juntos...

—Tan pronto como nos casemos, llevaré a María a visitar a su parienta.

—La gente hablará —dijo Ana.

Sí, la gente hablaría, pero la condenación estaría dirigida a él, más que a María.



Cuando el embarazo de María resultó evidente, algunos en Nazaret por fin creyeron entender el apuro de José para casarse con ella. Las mujeres murmuraban junto al pozo; en la sinagoga, los hombres meneaban la cabeza y chasqueaban la lengua. ¿Qué sabían realmente sobre José, aparte de que era un carpintero oriundo de Belén? Pobre Joaquín. El hombre había confiado en José porque era un pariente, un descendiente de David. Seguramente Joaquín estaba revolviéndose en su tumba ahora que era obvio que José había hecho uso de sus derechos maritales antes de lo debido. Algunos se presentaron ante el rabino e insistieron en que la pareja fuera disciplinada ¡para que otros jóvenes no pensaran que semejante comportamiento era aprobado en Nazaret! El rabino dijo que José había actuado dentro de sus derechos bajo el contrato, ya que los regalos habían sido intercambiados y los documentos firmados.

Una voz salió desde las sombras del fondo de la sinagoga.

—¿No destruirás el mal que hay entre ustedes?

El rabino levantó la cabeza de la Torá.

—¿Quién habla?

—¿No dice la Escritura que el Señor odia los ojos arrogantes y la lengua mentirosa? —La voz era profunda, tenebrosa y conocida por muchos—. Debemos destruir la perversión en medio de nosotros. —Los hombres se miraron unos a otros y las voces comenzaron a levantarse mientras el acusador permanecía en las sombras—. ¿Quién es este carpintero que desafía la ley? ¿Quién es esta muchacha que actúa como una ramera?

Un hombre se levantó con el rostro enrojecido.

—¡Tiene razón! —Otros se le sumaron en señal de conformidad.

Helado, el viejo rabino levantó las manos.

—La ley también dice que deberá haber dos testigos. Que den un paso al frente.

Un murmullo apagado recorrió la reunión de hombres, pero nadie se movió. Los hombres miraron a su alrededor. Temblando, el rabino desenrolló la Torá:

—El Señor también odia al testigo falso que respira mentiras y el que siembra discordia en una familia. —Habló en voz baja, pero las palabras les llegaron a todos.

El acusador se fue.

Poco después se terminaron los rumores sobre José y María cuando soldados romanos llegaron a Nazaret trayendo el decreto de César Augusto. Se estaba realizando un censo de todos los habitantes de la tierra. Los hombres gritaron consternados. ¿Se daba cuenta este «dios» romano del caos que generaría su decreto? Pues la orden era que todos debían volver a su ciudad natal para ser censados.

DOS



José había temido este momento desde que escuchó la lectura del decreto. Miró a las dos mujeres sentadas a la mesa: una tan joven y bonita que le estrujaba el corazón; la otra, mayor y ofendida por las crueldades que habían dicho sobre su hija durante las últimas semanas.

—Debemos ir a Belén —dijo, interrumpiendo el silencio. Les explicó la situación a ambas. María dio un vistazo a su madre, pero Ana se sentó negando con la cabeza.

—María está pronta a dar a luz, José.

—Debemos obedecer la ley.

—¿La ley de quién debemos obedecer? ¿Deberías poner en riesgo a mi hija por un emperador romano, un idólatra pagano que se cree un dios?

José se inclinó hacia adelante y apoyó su mano sobre la de Ana.

—La Escritura se está cumpliendo, madre. —Desde que era un niño había escuchado que, algún día, Belén sería el lugar donde nacería el Mesías—. El profeta Miqueas dijo: “Pero tú, oh Belén Efrata, eres solo una pequeña aldea entre todo el pueblo de Judá. No obstante, en mi nombre, saldrá de ti un gobernante para Israel, cuyos orígenes vienen desde la eternidad... Y él se levantará para dirigir a su rebaño con la fuerza del Señor”.

Los ojos de María se iluminaron cuando miró a José. Entusiasmada, se dio vuelta y miró a su madre:

—Puedes venir con nosotros, madre. Ven a ver cómo se cumple el gran día del Señor.

—Sí —dijo José, apretando suavemente la mano de Ana—. Ven con nosotros.

—No. —Retiró bruscamente su mano de debajo de la de él—. Yo soy de aquí, de Nazaret. ¡Y María también! —José la observó mientras se levantaba y le dada la espalda. Se abrazó a sí misma y levantó la cabeza—. ¿Cómo puedes siquiera pensar en semejante viaje cuando María está tan próxima al parto?

Él entendía a Ana: era madre y no quería dejar ir a su hija favorita.

—Si no puedes verlo como el cumplimiento de la Escritura, considéralo una manera de escapar del chismorreo que se generó alrededor de nuestro casamiento.

Ana se dio vuelta y lo miró.

—¡Entonces solo piensas en ti mismo! No te importan en absoluto los peligros que ella pueda correr.

—¡Madre! —dijo María, protestando asombrada.

Su madre la miró, suplicante:

—Ni siquiera puedes considerarlo, María. Y tú —dijo, mirando furiosa a José otra vez—, no puedo creer que quieras quitarme a María en este momento, cuando me necesitará más que nunca.

María pestañeó y miró a José. Él bajó la vista, examinándose frenéticamente para ver si encontraba alguna verdad en las palabras de Ana. ¿Se había equivocado en su interpretación de este decreto? ¿Estaba poniendo en peligro la vida de María por el capricho de un emperador extranjero? ¿Tenía que descartar la profecía sobre Belén y posponer el viaje una semana más?

María ladeó la cabeza.

—Debo ir a donde vaya mi esposo.

—Tienes que quedarte aquí y esperar a que nazca el bebé.

—¿Te has olvidado de Rut?

—No me hables de Rut —dijo su madre, airada—. Eso fue hace mucho tiempo. Y estaba dejando a sus padres paganos por amor a su suegra, que le había enseñado sobre el Señor.

—Madre, por favor, escucha —dijo María gentilmente.

—¡No! —Ana se tapó el rostro y sus hombros empezaron a sacudirse mientras

lloraba—. Pensé que no habría un mayor honor al que mi hija diera a luz al Ungido, pero esto me desgarra el corazón. ¿Cómo sabré que estás bien y a salvo?

María agarró la mano de su madre y la apretó contra su mejilla.

—¿El Señor no cuidará de Su propio Hijo? ¿Alguna vez el Señor prometió algo que no haya cumplido?

José vio la angustia en los ojos de Ana cuando acarició con ternura la mejilla de su hija. José había escuchado que dar a luz era un proceso intenso que ponía en peligro la vida de la madre tanto como la del bebé. ¿Quién actuaría como partera?

—Por favor, Ana, ven con nosotros.

Su suegra lo pensó un momento y, luego, negó lentamente con la cabeza, decidida.

—Joaquín nació aquí, José, igual que yo. Debo quedarme aquí de la misma manera que tú debes regresar a Belén. Quizás sea esta la manera que eligió Dios para hacerme dejar ir a mi hija. —Torció la boca en una mueca triste—. ¿Acaso la Escritura no dice que el hombre y la mujer deben dejar a su padre y a su madre y unirse entre sí? —Inclinó el rostro de María—. Tienes razón, mi preciosa. Debes ir con tu marido. Tu hermana y su esposo me cuidarán.

La expresión de María se iluminó.

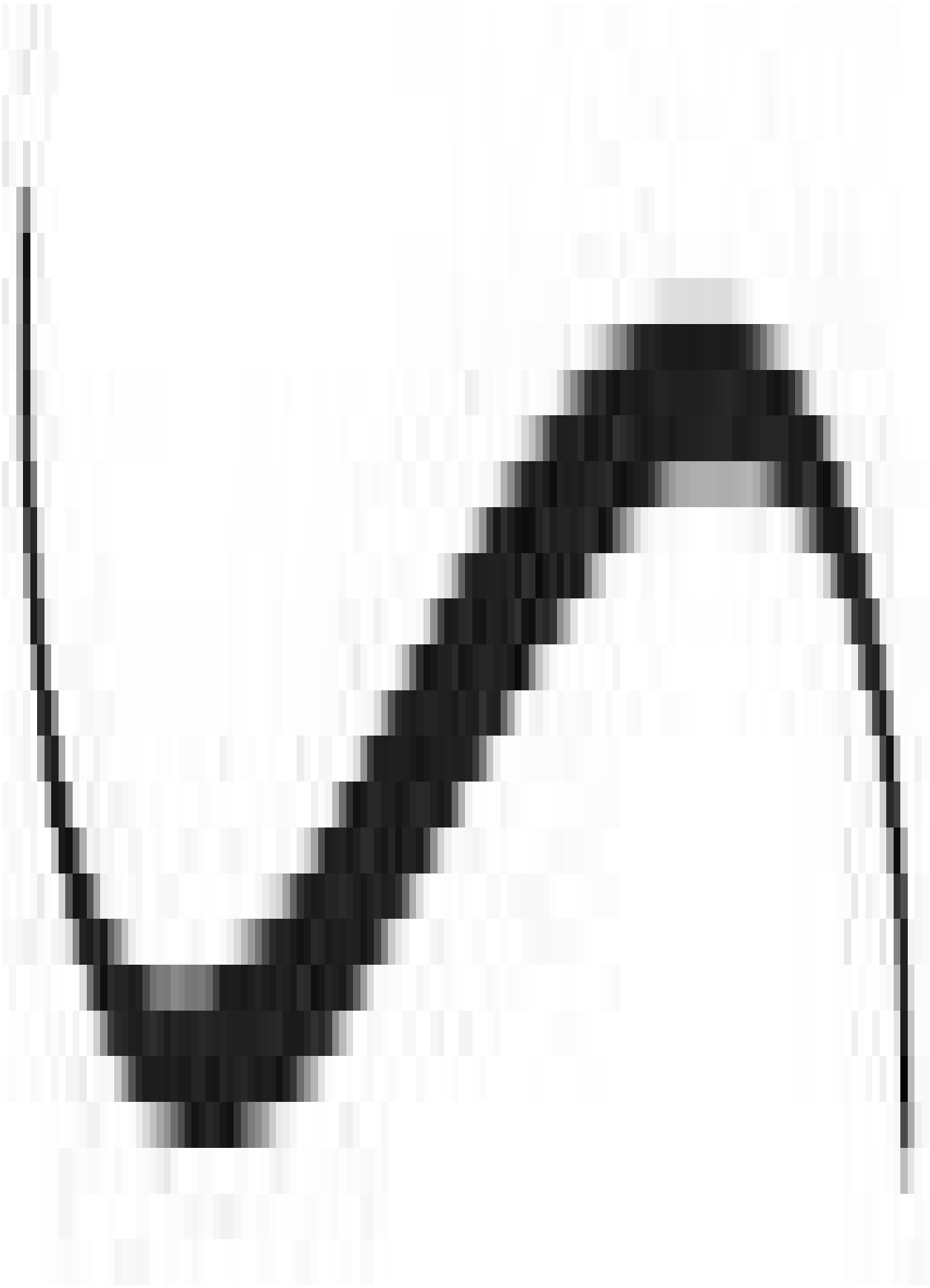
—Por supuesto. Y vendrás con ellos a Jerusalén para la Pascua. Nos veremos allí.

Los ojos de Ana se humedecieron, pero no dijo más. Se obligó a sonreír y luego se dio vuelta, angustiada, cuando María se acercó a José y le tomó las manos.

—Iremos a Belén, José. Nos registraremos para el censo y luego viviremos cerca de las murallas de Jerusalén, a la sombra del Dios Altísimo.

José sintió una explosión de alegría al escucharla, hasta que la voz tenebrosa la mitigó.

Ah, sí. Ven a Belén, donde el niño nacerá a la sombra de mi servidor Herodes.



Después de analizarlo mucho, José decidió que sería prudente comprar un lugar en una de las caravanas de Mesopotamia que pasaban por Nazaret. Como María estaba a punto de parir, debían tomar el camino más rápido hacia el sur. En lugar de ir por las llanuras más fáciles del Mediterráneo y el Camino del Mar, o de cruzar por el valle del Jordán, lo harían por la vieja ruta comercial que atravesaba la zona montañosa. No le gustaba la idea de viajar con desconocidos, pero al menos irían fuertemente custodiados y por ende estarían a salvo de los bandidos y de los leones de montaña.

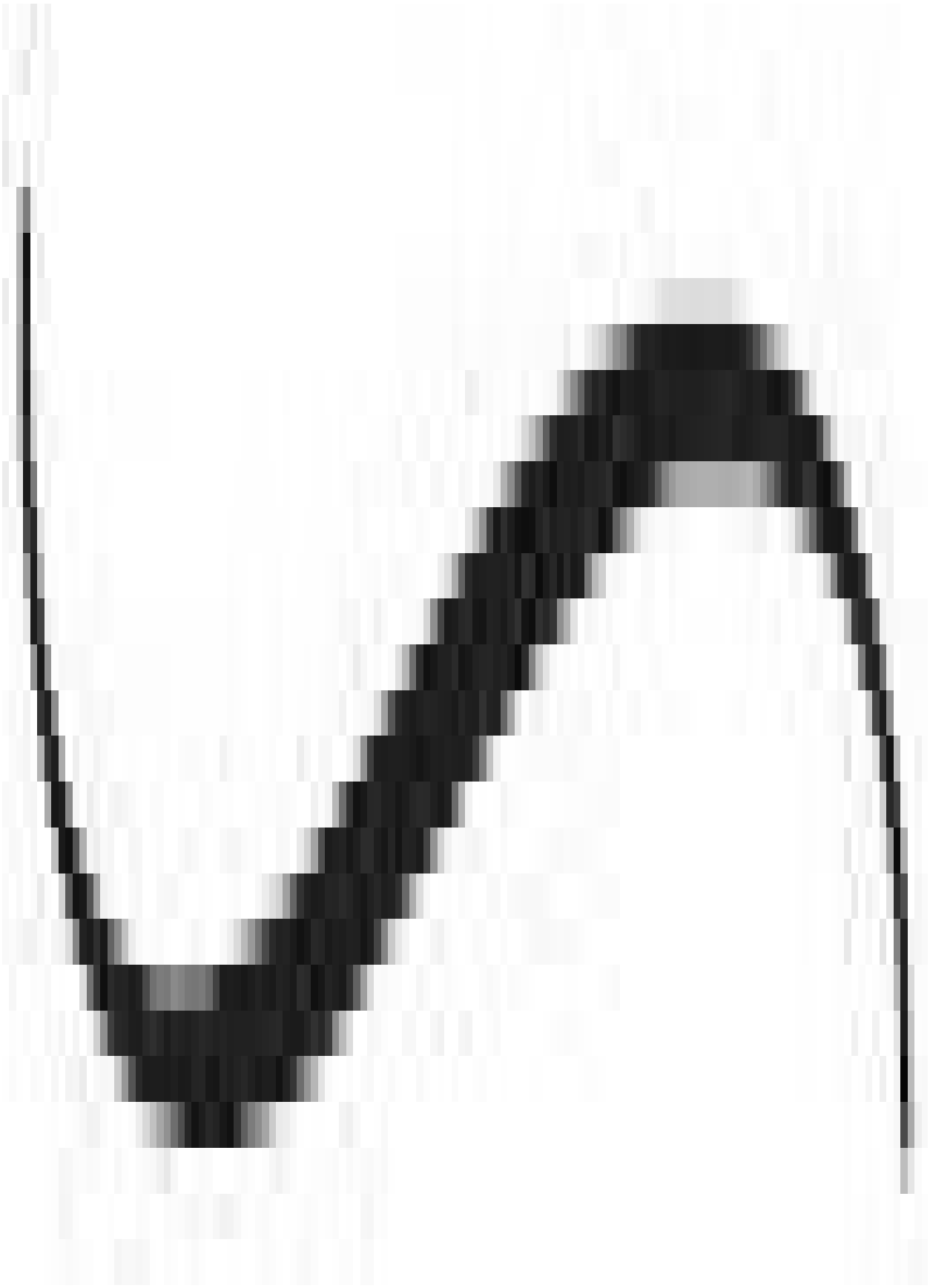
Afligido por las lágrimas de María, José no dijo una palabra el día que salieron de Nazaret. Bajaron las altas colinas galileas, con el monte Tabor erigiéndose al oriente. Cada pocos minutos, José se daba vuelta para mirar a su joven esposa montada sobre el asno. Iba con la cabeza inclinada, pero José se daba cuenta de que, con el paso de las horas, se aferraba cada vez más fuerte a la montura. No emitió queja alguna y una sola vez levantó la cabeza y lo miró con silenciosa desesperación, la creciente tensión y la evidente incomodidad visibles en su rostro. «Ay, José, déjame caminar». Pero, cuando lo hizo, se agotó rápidamente.

Cuando se detuvieron a pasar la noche, comió poco antes de acurrucarse de costado. Sonriendo por primera vez en el día, apoyó su mano de manera protectora sobre su hijo no nacido y se durmió inmediatamente. José se quedó sentado al lado de ella y oró. Cuando se hizo de noche y la vio temblar, se acostó detrás de ella y la tapó con su manto para abrigarla.

Al día siguiente viajaron por el hermoso valle de Jezreel.

«Bebe este aire, José —dijo María sonriendo, porque estaban atravesando bosques verdes. José llevó al asno a un costado para que ella pudiera descansar en un prado de flores silvestres. El corazón le dio un vuelco cuando ella le puso un lirio del campo detrás de la oreja—. ¿No ves cómo clama la tierra, José? —Sus ojos brillaron cuando levantó la mano hacia el cielo despejado y azul—. Oh Señor, Señor nuestro, ¡tu majestuoso nombre llena la tierra! ¡Tu gloria es más alta que los cielos!

José tomó su mano y la besó. ¡Cuánto la amaba!

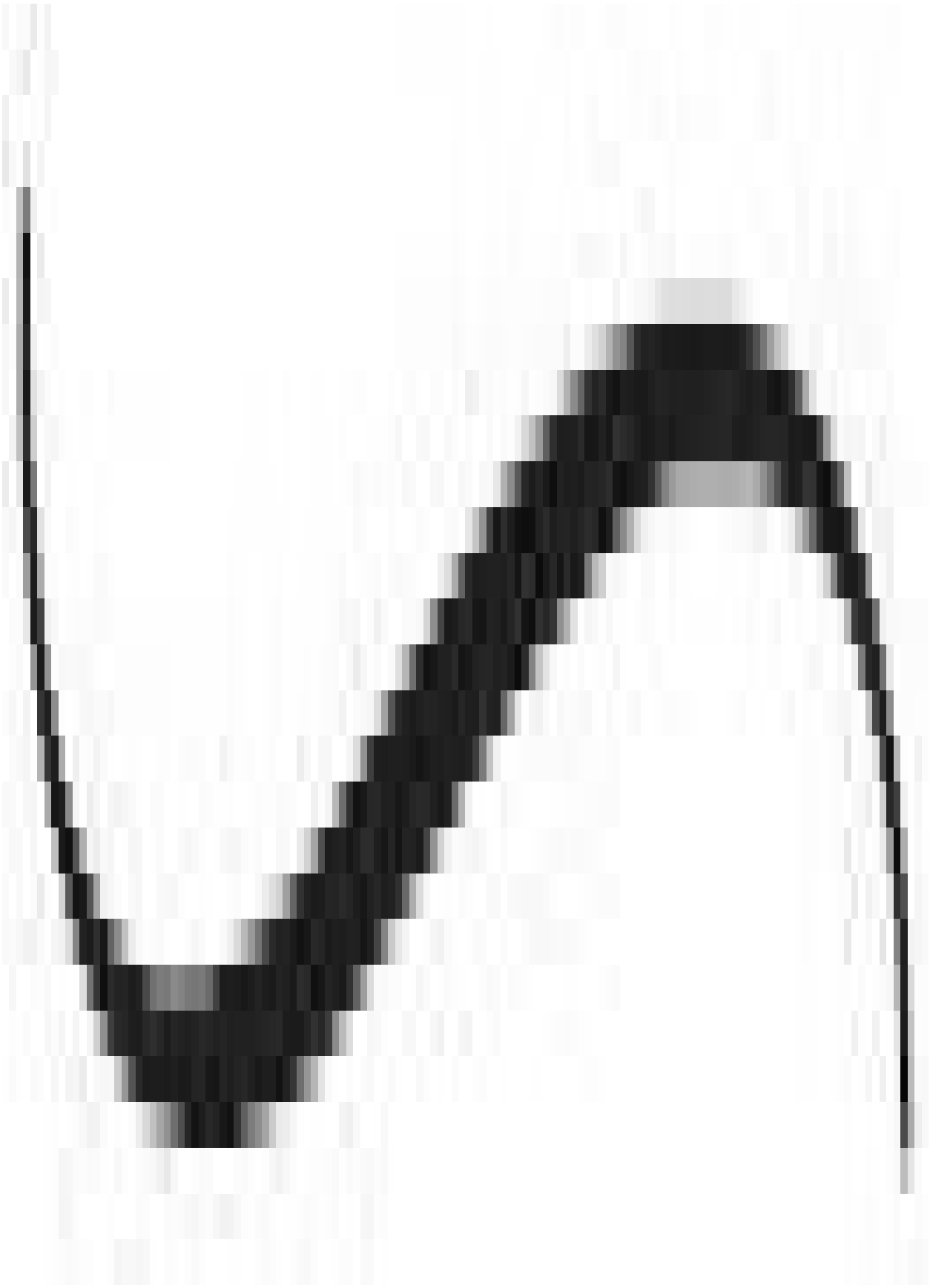


Los días siguientes, acamparon junto a corrientes de agua fresca. Comenzaron el largo y arduo ascenso a las montañas. En el séptimo día, José se quedó mirando sombríamente cómo se alejaba la caravana, mientras él y María se quedaban atrás para cumplir con el sabbat. Sabía que al día siguiente los alcanzarían, porque la procesión de animales cargados no podía avanzar tan rápido como un asno fuerte, cuya única carga eran la pequeña muchacha y la comida suficiente para el viaje. Sin embargo, José se preocupó.

María partió el pan y le entregó su porción. Sus dedos rozaron suavemente los de él. «Dios nos está cuidando, José». Su mirada era tan tierna como la de una gacela y su fe era fuerte como la de un león.

A la tarde siguiente alcanzaron a la caravana; luego aminoraron el paso para ir a la par de los animales lentos y pesados. Pasaron junto al monte Gilboa, donde el rey Saúl y su hijo Jonatán habían sido asesinados por los filisteos. Viajaron cruzando Dotán, donde José, el hijo de Jacob, había sido vendido como esclavo por sus hermanos. Pasaron el día hablando de su vida y de la esclavitud de los israelitas en Egipto. Habían transcurrido más de cuatrocientos años antes de que el Señor le hablara a Moisés desde la zarza ardiente y lo usara para liberar a Israel. Y pasaron otros cuarenta años en que la generación desobediente deambuló por el desierto, hasta que finalmente sus hijos entraron en la Tierra Prometida.

«Pronto, la Tierra Prometida será nuestra otra vez —dijo María, acariciando con la mano la curva de su vientre—. Dios arreglará todas las cosas».

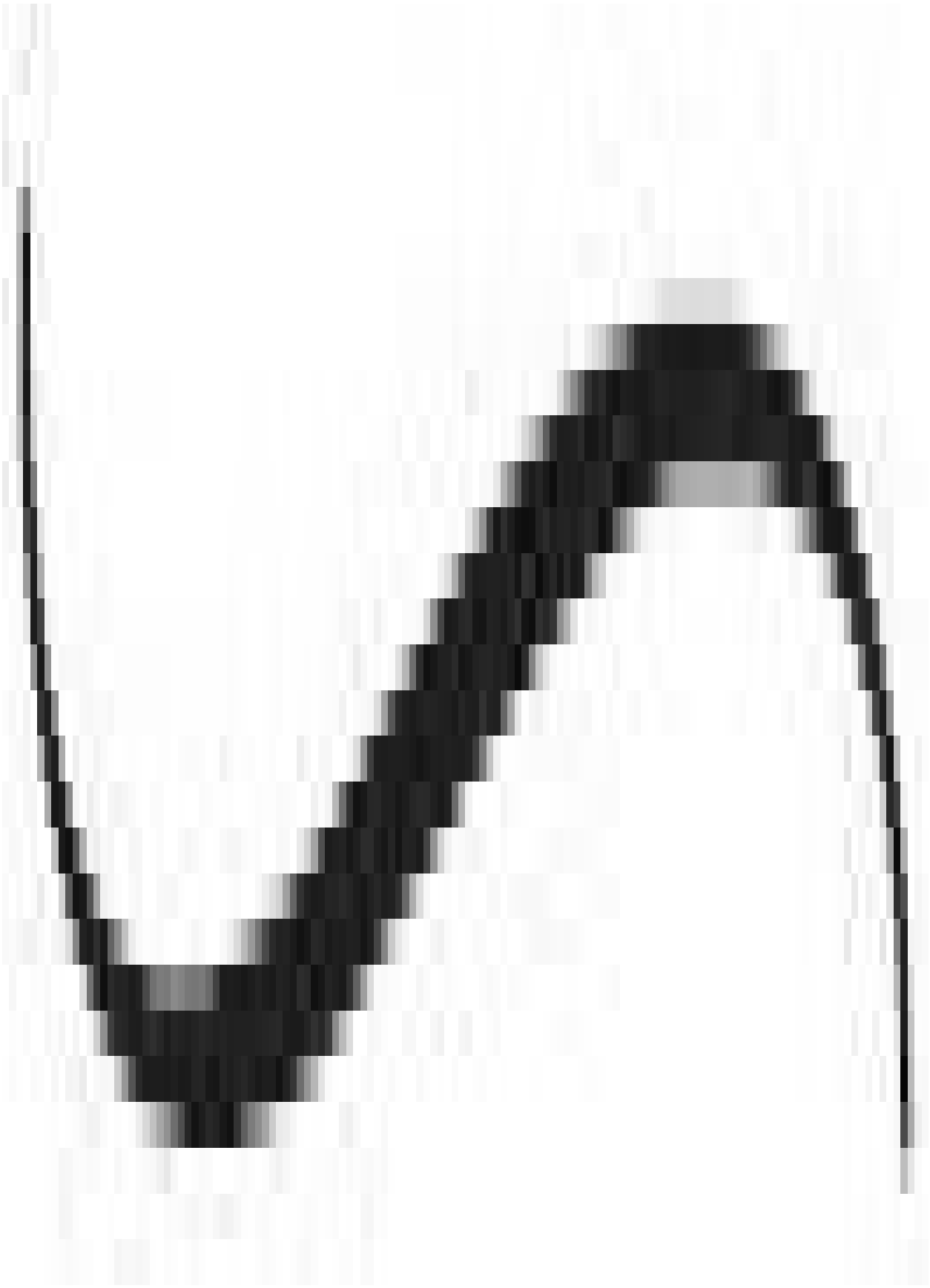


A medida que la fecha de su parto se acercaba, a María le costaba más el viaje. Cada vez que José la veía inclinarse, el miedo se apoderaba de él. Ella hablaba poco, pero José la veía mover los labios orando y, como él, rogaba que llegaran pronto a Belén y encontraran descanso y refugio antes de que el bebé naciera.

La caravana acampó a las afueras de la ciudad amurallada de Shomrón-Sebaste y José pidió en oración que los mercaderes vendieran rápido sus mercancías para que pudieran seguir adelante. Había samaritanos que gustosamente asesinarían a un judío y no se apiadarían de su esposa embarazada. Viajaron dieciséis kilómetros hacia el sur, a Siquem, otra opulenta ciudad samaritana llena de hombres arrogantes e incircuncisos. ¡Y pensar que el pozo de Jacob estaba en medio de ellos! José se sacudió el polvo contaminado de sus pies cuando él y María salieron de Samaria.

La caravana rodeó Silo. Alguna vez había sido la morada del arca del pacto. Ahora era una ciudad nueva hecha con materiales de las edificaciones derrumbadas y los altares destrozados. José y María se apartaron de la caravana para orar en la sinagoga de Betel, pues fue allí donde Abraham había ofrecido sus sacrificios a Dios y donde Jacob había soñado que los ángeles subían y bajaban la escalera al cielo. No fue sino hasta que llegaron a Ramá que pudieron ver la ciudad santa de Jerusalén y los pináculos del gran templo brillando con la puesta del sol.

«Solo un día más, María», dijo José, preocupado por el creciente malestar que sentía María.



Cuando llegaron a Jerusalén, las calles pavimentadas estaban atestadas de gente. José tiró de las riendas del asno mientras un grupo de soldados romanos los veían pasar. Encima de ellos estaba la fortaleza romana que llevaba el nombre de Marco Antonio, y el templo, con sus aleros y pináculos recubiertos de oro. Levantando la mano de María, José le dio un beso en la palma. «Los caminos del Señor están más allá de mi entendimiento, porque yo hubiera pensado que el Mesías nacería en la ciudad de Sion, en el Santo de los Santos».

Era el crepúsculo cuando por fin llegaron a Belén. Normalmente era una ciudad pequeña, habitada en su mayoría por pastores y campesinos. Ahora rebosaba de miembros de la tribu de David que habían venido a casa para el censo romano. Fue fácil encontrar la fila para inscribirse, y se quedó parado junto a María, apoyada sobre el asno, hasta que le llegó el turno de decir su nombre y el número de los de su casa.

—José, de la tribu de Judá, y mi esposa, María.

El romano levantó lo suficiente la cabeza para ver el estado de María. Agregó una tilde en la columna para los hijos, lo cual implicaba cobrar más impuestos.

—¡El siguiente! —dijo con impaciencia, y los despachó sin dedicarles otra mirada.

—Ay, José —gimió María, tocándose con sus blancas manos el vientre protuberante, mientras se inclinaba hacia adelante.

—Encontraré un lugar para nosotros. —Puso su brazo alrededor de ella y la ayudó a caminar.

Había hombres parados en todas las esquinas, quejándose del decreto del emperador y de la multitud de residentes temporales. José volvió a acomodar a María sobre el asno, pero, con cada paso, veía en sus ojos que aumentaba el dolor. Se detuvo una docena de veces, solo para escuchar la misma respuesta de los posaderos: «Aquí no hay lugar. Ahora, ¡muévanse!».

—¡José! —María respiraba agitadamente y se inclinó hacia adelante otra vez—. Ay, José. —Él nunca antes había visto una expresión de pánico en sus ojos y esta lo estremeció profundamente. Los dedos de ella se aferraron a la crin del asno,

tratando de no caerse. Rápidamente, José la levantó del animal y la acomodó con cuidado contra la pared de la última posada. Llamó a la puerta golpeando fuertemente.

—¡Por favor! —dijo, mientras un hombre abría la puerta—. Por favor, ¿puede hacernos lugar? Mi esposa está a punto de dar a luz.

El hombre miró más allá de José e hizo una mueca cuando vio a María.

—No hay lugar para ustedes aquí. ¡Váyanse!

—¡Tenga piedad! —José atrapó el borde de la puerta antes de que la cerrara—. ¡Por favor! ¡Se lo suplico!

—Suplique todo lo que quiera —gruñó el hombre— ¡pero no le servirá de nada! —Tuvo un instante de remordimiento cuando volvió a mirar a María—. Maldigo al perro romano que lanzó a gente como ustedes a los caminos. —Empujó a José hacia atrás y, de un portazo, los dejó afuera. Se escuchó un golpe seco cuando puso la barra por dentro, y con ello le negó la posibilidad de entrar a cualquier otro.

Temblando, José se dio vuelta hacia María. Los ojos de ella se agrandaron aún más.

—Ayy... —Su voz estaba tensa por el dolor, y rodeaba su vientre con los brazos, levantando las rodillas.

Él se arrodilló rápidamente y sujetó sus brazos.

—Aguanta. Ay, María, aguanta.

El dolor aflojó y ella lo miró con ojos asustados y bañados por las lágrimas.

—Llegará pronto, no importa dónde estemos.

Oh, Señor, ¡ayúdanos! José ató las riendas del asno a su cinturón y levantó a María en brazos. Señor, Señor, ¡muéstrame adonde ir!

—El Señor nos ayudará, María —dijo mientras la cargaba—. Él nos ayudará. —Resistió las dudas que lo atacaban. María gimió y su cuerpo se tensó en sus

brazos. José se llenó de miedo mientras miraba a su alrededor frenéticamente, buscando ayuda.

Había una anciana sentada contra una pared, con una frazada raída que le envolvía el cuerpo.

—Pruebe en las cuevas que están por allá. —Una mano retorcida apareció de debajo de la manta manchada y señaló con un dedo huesudo—. Los pastores guardan sus rebaños ahí durante el invierno, pero ahora estarán en las colinas.

—¡Que el Señor la bendiga! —José cargó a María colina abajo y atravesó un trecho llano. Vio hacia arriba la entrada de una cueva pequeña y se dirigió hacia allí. Cuando entró en los recovecos oscuros, arrugó la nariz, pues el aire era frío y húmedo, impregnado de olores fétidos a estiércol y humo. El asno lo siguió al interior de la cueva y caminó directamente hacia el comedero que había en la parte de atrás.

Nuevamente, María se puso tensa en sus brazos y gritó. El miedo invadió a José cuando vio el suelo sucio de la cueva. ¿Este es el lugar donde nacerá el Mesías? Se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Aquí, Señor?

—Ya viene... —dijo María—. Oh, José, Jesús está llegando.

¿Qué sabía él de asistir a una mujer que estaba dando a luz? ¿Había tiempo para buscar a una partera? Aunque tuviera tiempo, ¿adónde iría a buscar una, y qué pasaría con María mientras tanto?

—Tienes que quedarte aquí un momento. —Cuidadosamente, la dejó de pie—. Usa esta madera para apoyarte mientras preparo un lugar para ti.

Encontró una horquilla y desparramó paja sobre el establo que había en el fondo; luego, arrancó su manta del bulto que había sobre el burro y la extendió sobre la paja. Ayudó a María a acostarse.

—Trata de descansar mientras enciendo una fogata y busco agua. —A un costado de la entrada a la cueva había leña y astillas apiladas y, cerca del abrevadero, había un barril con agua. La probó y la encontró sorprendentemente fresca.

A los pocos minutos tenía una pequeña fogata en marcha en el hoyo que había en

el centro de la cueva. Sobre el fuego, el techo estaba ennegrecido por años de hollín; el piso estaba cubierto de estiércol compactado de los cientos de animales que se habían refugiado allí durante años.

—Lo siento, María. —Se arrodilló al lado de ella y sus lágrimas cayeron por sus mejillas hasta su barba—. Lamento no haber encontrado un lugar mejor para que él naciera.

Ella le tomó la mano y la apretó contra su mejilla.

—Dios nos trajo aquí.

María apretó los dedos y empezó a jadear y a gemir. Él sentía el dolor como si fuera propio. Por primera vez en su vida, José deseó haber sido otra cosa y no un carpintero que no sabía nada de estos asuntos. Le rogó a Dios que le diera sabiduría y que los ayudara, que terminara el intenso dolor de María y que el niño naciera sano y salvo. Entonces, María profirió un grito agudo, y José vio que una mancha de agua se desparramaba sobre la manta que tenía bajo sus caderas.

—¡Dime qué puedo hacer para ayudarte!

—Nada. —Aflojó su agarre sobre la mano de José, pero le sonrió a pesar de su dolor—. ¿Acaso las mujeres no han hecho esto desde el jardín del Edén? —Cerró los ojos cuando otra contracción superó a la primera y volvió a apretar los dedos de José dolorosamente. Cuando el dolor pasó, jadeó fatigosamente—. Mi madre me dio una bolsita con sal, un pedazo afilado de pizarra, un ovillo de hilo y tiras de tela. Están en el bulto. —Él los buscó—. Necesitaré agua, José.

—Hay agua fresca en el barril. Llenaré el odre.

—Colócala a mi lado y ve afuera.

—Pero, María... —Ella solo tenía catorce años; era apenas una niña. ¿Cómo podría hacerlo sola?

Ella habló con autoridad:

—¡Vete, José! Sé qué hacer. Mi madre me dio indicaciones antes de que saliéramos de Nazaret. Y seguramente el Señor me guiará como nos guio en todo

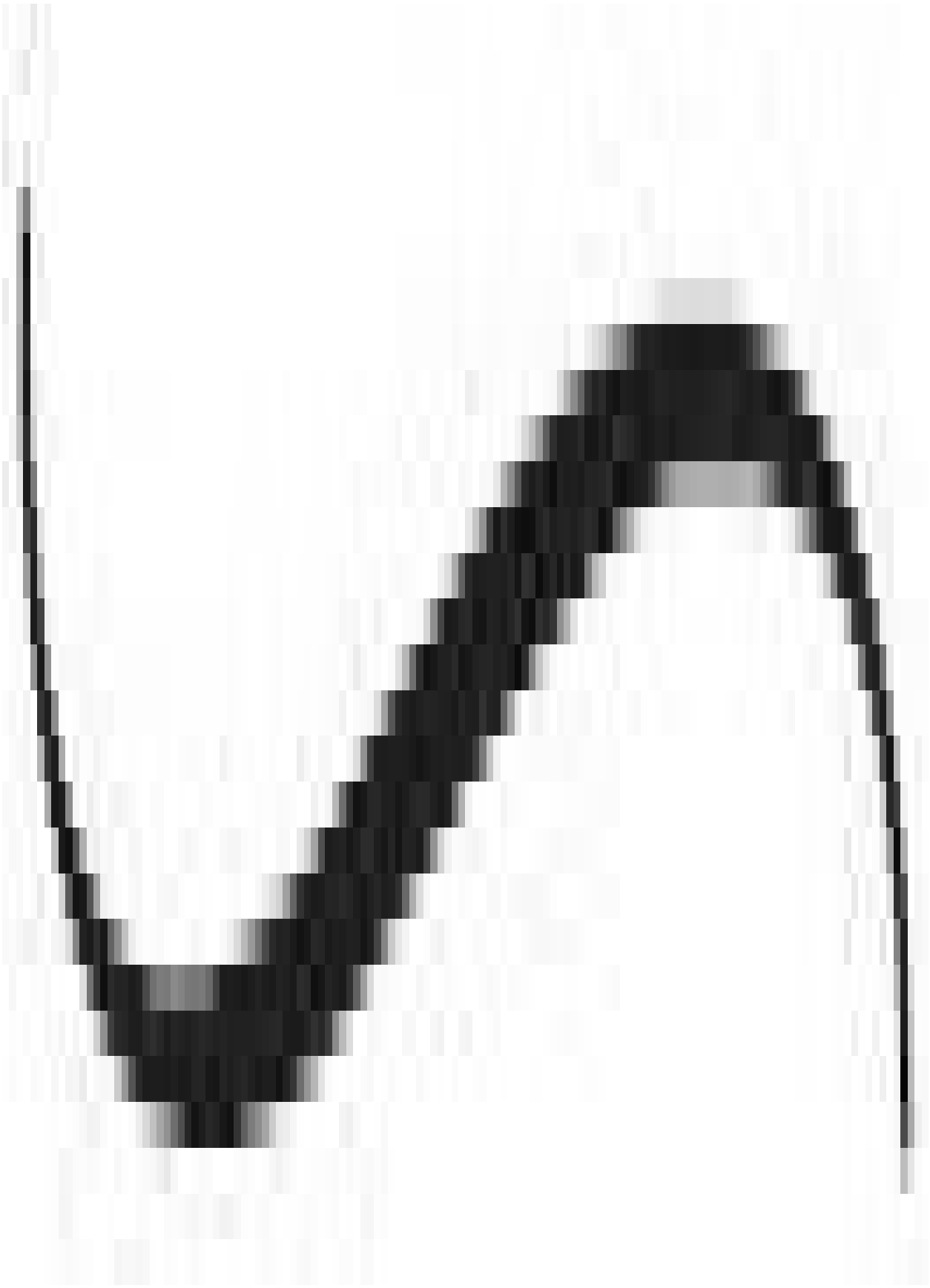
hasta ahora. Vete ahora. —Apretó los dientes y sus hombros se levantaron del suelo—. ¡Vete!

José salió. Demasiado nervioso para sentarse, caminó de un lado a otro, orando en voz baja. Escuchó que María gemía y se detuvo a escuchar atentamente, por si cambiaba de idea y gritaba pidiéndole ayuda. Escuchó que el heno crujía y se puso a caminar otra vez, levantando la vista a los puntos luminosos que había en el cielo oscuro. Sintió las fuerzas que se congregaban alrededor de él, como si unos seres invisibles hubieran llegado a presenciar este acontecimiento. No sabía si eran criaturas angélicas o demoníacas. Con el corazón palpitándole con fuerza, José le suplicó ayuda a Dios y retrocedió para pararse en la entrada a la cueva. El viento se levantó y, por un instante, creyó escuchar risas y una voz tenebrosa que decía: ¿De verdad crees que puedes protegerlos de mí?

José cayó de rodillas, levantó las manos al cielo, donde Dios estaba sobre Su trono, y oró fervientemente: «Tú eres el Señor, nuestro Dios, el Creador de los cielos y de la tierra. Protege a María y a Tu Hijo del que está tratando de destruirlos».

Y extendió sus brazos como si quisiera recibir toda la fuerza de lo que fuera que venía contra ellos.

El viento frío paró y el aire que lo rodeaba volvió a ser tibio. Su corazón se desaceleró cuando escuchó el sonido de alas. Las Escrituras inundaron su mente. No tengas miedo, porque Yo estoy contigo. Yo estoy contigo.



María se puso en cuclillas. Profirió un último grito feroz cuando el Hijo de Dios, empapado de agua y sangre, se deslizó hacia afuera de su cuerpo. Desplomándose sobre sus rodillas, María lo levantó y lo abrazó contra su pecho, dándole la bienvenida al mundo con lágrimas tiernas y alegres. Él lloró en el frío aire de la noche, y María trabajó rápidamente, usando el hilo para anudar el cordón antes de cortarlo. Contempló a su hijo con adoración mientras limpiaba su cuerpo resbaladizo y movedizo con agua y frotó sal sobre su piel para prevenir una infección.

Estaba sorprendida de que tuviera el aspecto de cualquier otro bebé. No había ningún rastro de la gloria shekinah ni de la majestad de su Padre Todopoderoso. Diez dedos en las manos, diez dedos en los pies, con una mata de cabello negro, piernitas y bracitos delgados y el rostro arrugado de un recién nacido que había habitado en el agua durante nueve largos meses.

Se rio mientras lo envolvía apretadamente con tiras de tela y volvió a abrazarlo, dándole besos en la cara y acunándolo tiernamente en sus brazos. «Jesús —susurró—, mi precioso Jesús. —Estaba abrumada por la emoción. En sus brazos sostenía a la esperanza de Israel, al Ungido de Dios, al Hijo del Hombre, a Dios el Hijo, al Hijo de Dios. Cerrando los ojos, exhaló una oración: —Ayúdame a ser Su madre, Señor. Oh, ayúdame».

Cuando hizo todo como le había indicado su madre, María se levantó con piernas temblorosas.

—José —llamó suavemente—, entra a verlo.

José entró inmediatamente a la cueva, con el rostro pálido, sudando como si hubiera sido él quien había hecho el esfuerzo y no ella. María rio suavemente con gozo y contempló a Jesús, dormido en sus brazos.

—¿No es hermoso? —Jamás había sentido tanto amor por un ser humano. Sentía que su corazón estallaría de amor.

José se acercó y miró al bebé con detenimiento y una expresión sorprendida. Las rodillas de María temblaban por el agotamiento; miró alrededor buscando una cama abrigada y segura para su hijo. Solo estaba el pesebre.

—Agrega más paja, José; así se sentirá abrigado.

Mientras José preparaba el pesebre, María besó el rostro del bebé, sabiendo que un día este niño crecería y tendría en sus manos el destino de Israel.

—Está listo —dijo José, y María se acercó y colocó a Jesús en el pesebre lleno de paja. Cuando se dio vuelta, se sintió mareada.

José la atrapó en sus brazos y la recostó en un lecho de paja limpia. Tenía los párpados muy pesados.

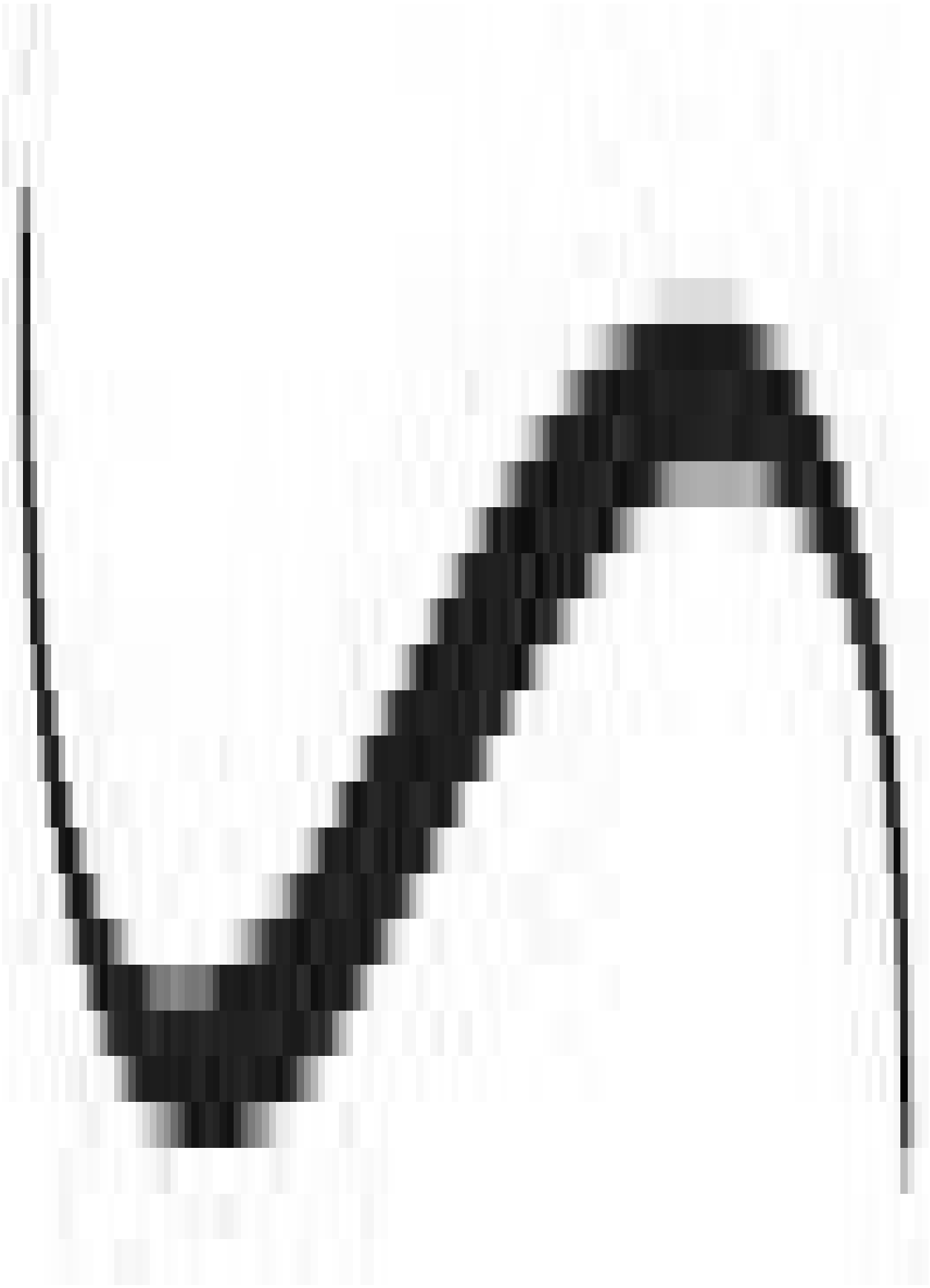
—Disculpa, mi amor —dijo José en un susurro conmovido—. No hay nadie aquí que pueda ayudarte, excepto yo. —Le sacó el vestido manchado, la limpió con delicadeza, la vistió como a una niña con una muda de lana suave que su madre le había hecho, y la tapó con mantas, doblando los bordes alrededor de María de la misma manera que ella había hecho con Jesús en su cama humilde y abrigada.

María suspiró, contenta.

—Todo está bien, ¿verdad, José?

La besó tiernamente.

—Sí, mi amor. Todo está bien.



José se levantó y se paró al lado del pesebre. Su corazón latía acelerado y se quedó mirando fijo al niño. Introduciendo los dedos bajo el borde de la manta, la retiró hacia abajo para poder contemplar el rostro de aquel que salvaría a su pueblo.

—Jesús —susurró—. Jesús. —Acarició la piel aterciopelada del rostro del pequeño y rozó la palma diminuta. Cuando los dedos del bebé se cerraron alrededor del suyo, su corazón se aceleró aún más. Nunca había sentido un gozo tan abrumador... ni un terror tan extenso.

¿He de ser yo su padre terrenal, Señor? ¿Un simple carpintero? ¡Tu Hijo seguramente merece alguien mejor que yo!

José echó un vistazo a las paredes oscuras de la cueva de los pastores y se le llenaron los ojos de lágrimas. Avergonzado, volvió a bajar la mirada y tragó con dificultad.

—Perdóname. —Este niño merecía haber nacido en un palacio—. Perdóname. —Las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Los ojos del bebé se abrieron y lo miraron. La vergüenza de José se derritió, y el amor lo embargó. Se agachó y besó la manito que sujetaba su dedo, y todo su ser se entregó a la voluntad de Dios.

Cuando escuchó una pisada detrás de él, José se dio vuelta bruscamente y se paró firme delante del pesebre. Un viejo pastor estaba parado en la entrada de la cueva y uno más joven estaba junto a él. Miraron hacia adentro con una expresión cautivada y curiosa.

—¿El niño está aquí? —El anciano se adelantó un paso dentro de la cueva—. ¿El niño del cual hablaron los ángeles?

—¿Los ángeles? —José vio a otros pastores detrás de esos dos y, detrás de ellos, un rebaño de ovejas sobre la pradera que se extendía debajo de la cueva.

—Un ángel del Señor se apareció en medio de nosotros y el resplandor de la gloria del Señor nos rodeó —dijo el pastor, mientras otros se amontonaban en la entrada—. Estábamos aterrados, pero el ángel nos dijo que no tuviéramos miedo.

Otro contó:

—Nos dijo: “Les traigo buenas noticias que darán gran alegría a toda la gente”.

Otro se abrió camino para avanzar:

—“¡El Salvador, sí, el Mesías, el Señor, ha nacido hoy en Belén, la Ciudad de David!”.

El pastor anciano miró a José y a María, dormida sobre el heno, y luego al pesebre que había en la parte trasera de la cueva. Sus ojos resplandecieron de esperanza.

—“Y lo reconocerán por la siguiente señal: encontrarán a un niño envuelto en tiras de tela, acostado en un pesebre”.

—De pronto, se unió a ese ángel una inmensa multitud, los ejércitos celestiales, que alababan a Dios y decían: “Gloria a Dios en el cielo más alto y paz en la tierra para aquellos en quienes Dios se complace”.

Con lágrimas corriendo por su rostro, José se dio vuelta y levantó a Jesús del pesebre:

—Se llama Jesús.

Al escuchar el nombre de Jesús, los pastores cayeron de rodillas y sus rostros se iluminaron a la luz de la fogata.

María se despertó. Sobresaltada por los desconocidos que se habían reunido, se incorporó con esfuerzo. José vino hasta ella y se agachó con Jesús en los brazos.

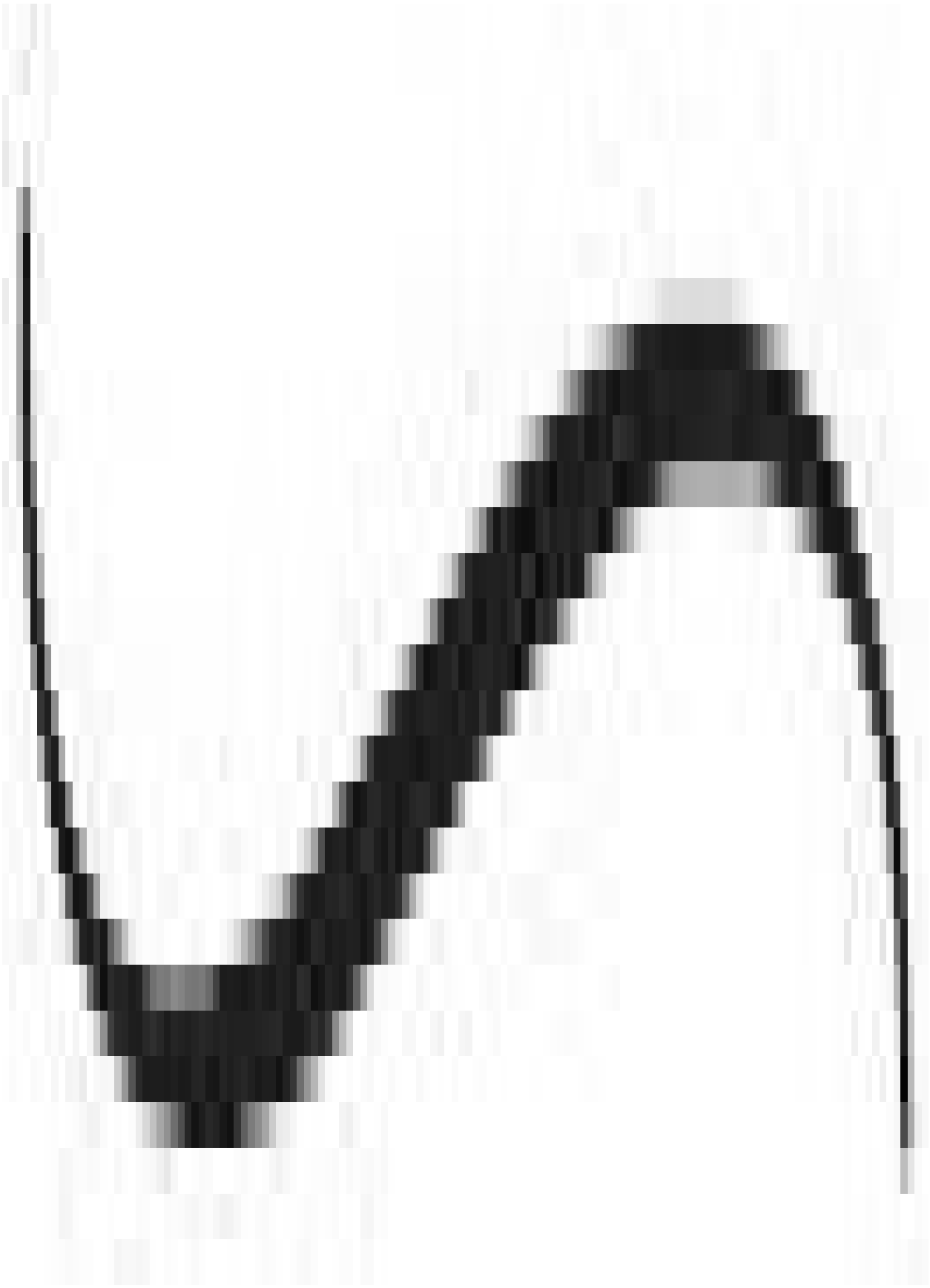
—El Señor ha anunciado el nacimiento de Jesús, María. —Le explicó cómo los habían encontrado los pastores.

María les sonrió a los pastores y se recostó, cansada. Sonrió serenamente cuando José puso a Dios el Hijo en sus brazos. José y los pastores observaron cómo ella y Jesús se quedaban dormidos juntos.

—El Señor ha venido —dijo José en voz baja.

El pastor anciano cerró los ojos y las lágrimas se perdieron en su barba.

—Bendito sea el nombre del Señor.



María se despertó a altas horas de la madrugada al escuchar el llanto de Jesús. Lo acercó a su cuerpo y lo amamantó, maravillada de lo que Dios había hecho por ella. Cada vez que succionaba su pecho, María se llenaba aún más de una sensación de asombro y apego por su hijo. La noche estaba tranquila y silenciosa mientras acurrucaba a Jesús contra su cuerpo. Vio una luz que entraba por la boca de la cueva y se preguntó qué era. Cuando Jesús terminó de alimentarse, María se levantó con cuidado, estremeciéndose por el dolor que sentía en sus entrañas; volvió a llevar a Jesús al pesebre y lo arropó dentro de la manta rodeada por el heno.

Recogiendo su chal, María fue hacia la entrada de la cueva y levantó los ojos al cielo nocturno. ¿Estaba imaginando que una estrella brillaba más radiante que las demás? Era como si un rayo de luz hubiera abierto una brecha en la parte inferior del cielo y derramara su resplandor sobre la Ciudad de David. ¿No había dicho el profeta Joel que el Señor desplegaría prodigios en el cielo y en la tierra cuando viniera el Salvador?

María levantó su chal y se cubrió el cabello. «Señor Altísimo, Creador de todos los pueblos, Tú que habitas en el cielo tan arriba de nosotros; Tú, que eres santo, Te amo. —Juntó las manos y las presionó contra su corazón—. Te adoro. No hay otro como Tú en todo el universo. —Cerró los ojos y su corazón se llenó de una esperanza segura—. Me has hecho el recipiente para Tu Hijo. Tu reino vendrá. Por medio de Él, reinarás sobre la tierra como reinas en el cielo. —Miró hacia arriba nuevamente—. Bendito sea el nombre del Señor y bendito sea el nombre de Tu Hijo, Jesús».

La fría brisa de la noche ondeó su liviano vestido. Se abrazó a sí misma. Aunque sintió frío, se quedó en la entrada de la cueva un poco más, pensando en el día que el ángel del Señor la visitó y le anunció que tendría al Hijo de Dios. Recordó el sueño que tuvo José, y cómo los aceptó a ella y al niño milagro que llevaba. Reflexionó en cómo, aun sin proponérselo, hasta el emperador romano había obedecido la voluntad del Señor al ordenar el censo que llevó a José a Belén para que se cumpliera la profecía sobre el lugar de nacimiento del Mesías. Pensó en los pastores que recibieron la noticia del nacimiento del Mesías a través de los ángeles.

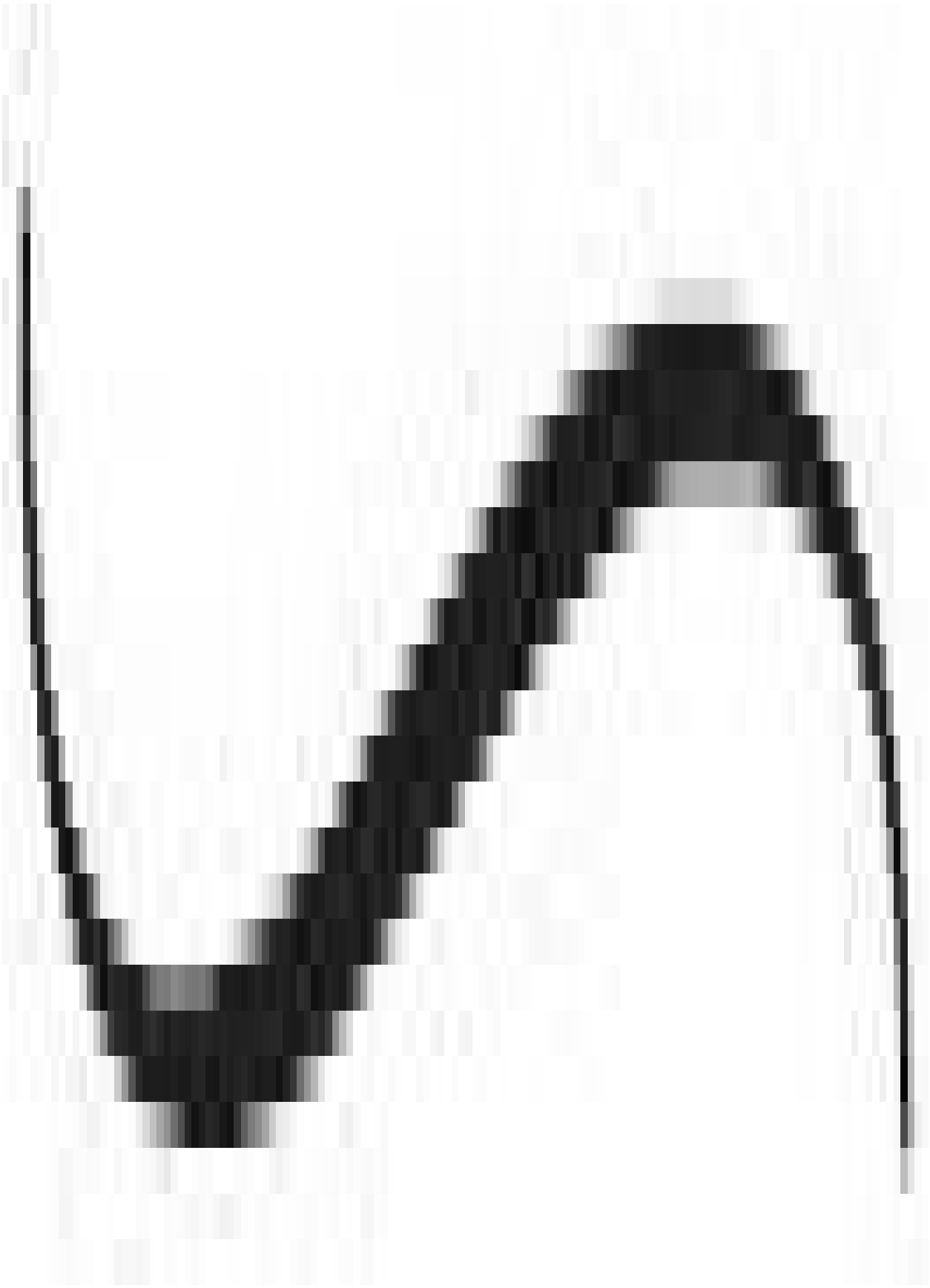
Y cuanto más pensaba en las cosas que habían sucedido, más cuenta se daba de

que su mente no podía desentrañar todo lo que el Señor había planeado y lo que lograría por medio de su hijo.

Su mirada recorrió el paisaje. Observó el palacio de Herodes en el monte orientado hacia Belén. Allí vivía un rey terrenal tan celoso de su poder que había asesinado a su esposa, Mariamna, y a dos de sus hijos. Con un escalofrío, María se quedó mirando las ventanas iluminadas del gran castillo. Parecían estar vigilándola a ella.

El agotamiento la invadió y se apartó de la entrada de la cueva. Debía descansar y estar preparada para cuando Jesús necesitara alimentarse de nuevo. Bostezando, regresó a la cama que José había hecho. El heno crujió cuando se sentó y su esposo se despertó. Empezó a levantarse, pero ella le puso una mano sobre el hombro.

«Todo está bien, José. Vuelve a dormir». Cuando se acostó, él la acercó y los cubrió a ambos con la manta. Le preguntó si estaba bien abrigada y la acercó aún más a él.



Afuera, los centinelas de Dios hacían guardia contra el que quería destruir al niño. Cuando no encontró la manera de entrar al humilde santuario, Satanás se alejó con una fría ráfaga de furia.

¡Buscaré otra forma de matar al que amenaza mi dominio!

Sus secuaces llegaron para informar que unos hombres viajaban desde los confines de la tierra para ver al rey que había anunciado la nueva estrella.

Los desviaré de su camino y los enviaré a Herodes, entonces se cumplirá mi voluntad en la tierra. Una carcajada tenebrosa retumbó en la noche, mientras María y José dormían.

Solo Jesús se despertó y escuchó.

TRES



María acunó a Jesús contra su corazón mientras ella y José entraban al templo. Habían viajado a Jerusalén para ofrecer un sacrificio por su hijo, de acuerdo con la ley judía. José fue de puesto en puesto hasta que encontró dos tórtolas que estimó lo suficientemente perfectas como para llevárselas al sacerdote.

Observando a los dos pajarillos, José suspiró con remordimiento.

—Si solo tuviera el dinero suficiente para un cordero...

Profundamente conmovida por la humildad de su esposo, María le sonrió.

—Fue una paloma la que le llevó el mensaje a Noé de que Dios había detenido su mano de juicio.

El rostro de José se relajó cuando la rodeó con el brazo. Mientras subían juntos las escalinatas, María contemplaba asombrada la inmensidad del templo que Herodes había construido. El sonido profundo y cautivante del shofar la hizo mirar hacia arriba, donde vio a los sacerdotes parados sobre sus plataformas, con los largos cuernos de carnero posados sobre sus labios. María tembló al escuchar el sonido. Se le cerró la garganta. Multitudes de peregrinos entraban y salían de los patios y colmaban el corredor con el murmullo de mil voces. Los corderos balaban; los bueyes mugían. Los cambistas de dinero competían por el negocio y las monedas tintineaban al caer en las bandejas mientras los hombres discutían por los porcentajes del intercambio.

—¿Crees que el Señor no ve cómo estás robándome? —gritó alguien, furioso.

—¡Si no te gusta, fíjate si alguien te ofrece mejor precio!

—¡Que el Señor juzgue entre tú y yo!

José apuró a María para que pasara de largo el alboroto y la acompañó por el corredor hasta la entrada al patio de las mujeres, donde otras mujeres y niños esperaban. La dejó allí con Jesús y salió a presentar las tórtolas al sacerdote para el sacrificio.

Un anciano daba vueltas entre las mujeres que tenían bebés y se detenía a contemplar el rostro de cada uno y a bendecir a la orgullosa madre antes de pasar

a otra. María escuchó que una anciana se dirigía a él:

—Simeón... —Hablaron brevemente entre ellos antes de que él se diera la vuelta otra vez. María sintió que la mirada del hombre se detuvo sobre ella.

—¿Qué niño es este? —dijo él con la voz trémula de alguien de edad avanzada.

—Su nombre es Jesús. —María inclinó con orgullo a su hijo, retirando la manta lo suficiente para que el anciano pudiera admirarlo. ¿Podría alguien adivinar que en sus brazos sostenía al Mesías? ¿Ella, una simple campesina de Nazaret?

—Jesús —repitió Simeón en voz baja—. "El Señor salva". Un nombre común en Israel, pues el deseo de cada muchacha devota es dar a luz al hombre que salvará a su pueblo de sus pecados.

El corazón de María palpitó de una manera extraña cuando miró a los ojos opacos del hombre venerable. Aunque estaba casi ciego, parecía estar buscando algo con gran anhelo. Sintió el impulso de decir algo más.

—Yo no le puse el nombre. Ese es su nombre.

Frunciendo un poco el ceño, el anciano volvió a fijar la mirada en el bebé. Se acercó más para verlo mejor. María sonrió cuando Jesús gimió suavemente y se despertó. El rostro del anciano se sonrojó.

—¿Puedo sostenerlo? —Extendió unas manos temblorosas.

María titubeó solo un instante antes de entregarle a Jesús. Estudió el rostro de Simeón mientras cargaba al niño, complacida por el creciente entusiasmo que veía en el hombre. Jesús levantó el brazo y sus deditos atraparon el largo bucle canoso de la sien de Simeón. Simeón tomó aire bruscamente y profirió un sollozo.

Alarmada, María se acercó por temor de que el anciano dejara caer a su bebé. Simeón levantó la cabeza y María contuvo el aliento. Inmediatamente, vio el cambio que se había producido en él. Los ojos de Simeón ya no eran blanquecinos, sino de un marrón oscuro, y ardían de gozo. El corazón de María se desbocó. Cuando Jesús soltó el bucle de la sien de Simeón, el anciano agarró la pequeña mano de Jesús y le dio un beso en la palma.

«Señor Soberano —dijo Simeón con voz temblorosa—, ¡ahora puedo morir en paz! Como me prometiste, he visto al Salvador que preparaste para toda la gente. Él es la luz para revelar a Dios a las naciones, ¡y es la gloria de tu pueblo Israel! —Con una sonrisa, lloraba y miraba sin cesar a Jesús, como si no se cansara de verlo—. Señor, Señor...».

—¿María? —dijo José en voz baja, parándose junto a ella.

—Todo está bien —dijo ella, que hasta ese momento no se había dado cuenta de que las lágrimas corrían por sus mejillas. Este era un hombre devoto que vivía en el templo y había reconocido a su hijo como el Mesías.

Simeón levantó la cabeza y miró a ambos.

—Que el Señor los cuide y los proteja mientras crían a este niño en los caminos de su Padre. Este niño será rechazado por muchos en Israel y provocará la caída de muchos.

La palabra rechazado entristeció el corazón de María. ¿Quién rechazaría al Mesías en Israel? ¿Acaso no todos anhelaban que se arreglaran las cosas entre el hombre y Dios? Seguramente, los sacerdotes y los ancianos se alegrarían. Hasta el sumo sacerdote saldría a saludarlo.

Simeón no dio más explicaciones; volvió a mirar a Jesús.

—Pero él será la mayor alegría para otros. —Devolvió a Jesús a los brazos de María. Luego, sorprendiéndola, estiró sus dos manos y tomó tiernamente el rostro de María como si fuera su hija favorita. Su rostro estaba lleno de pena y de compasión—. Como resultado, saldrán a la luz los pensamientos más profundos de muchos corazones, y una espada atravesará tu propia alma.

Angustiada por sus palabras, María quiso preguntarle qué significaban, pero José presionó suavemente su espalda con su mano.

—Debemos irnos, María. —María acató sus órdenes, inclinó la cabeza hacia Simeón y se dio vuelta.

Cuando salieron al corredor, María vio que hombres y mujeres se apartaban dando paso a una anciana, encorvada por los años y vestida con ropa de luto, que caminaba aprisa hacia el patio de las mujeres. La gente murmuró en las

cercanías: «Es Ana, la hija de Fanuel, de la tribu de Aser... Mi madre me contó que ingresó al templo cuando murió su esposo... Ha consagrado su vida a servir a Dios noche y día, con ayuno y oraciones... Dicen que es profetisa...».

María miró hacia atrás y vio a Simeón parado en el corredor con la mirada aún fija en Jesús. Cuando se dio vuelta, vio que la anciana se dirigía directo hacia ella y José.

—¡Ha venido! —La anciana contempló con adoración a Jesús, que estaba en los brazos de María. Abriendo las manos, cerró los ojos y levantó la cabeza para hablar llena de gozo: —Del tocón de la familia de David saldrá un brote; sí, un Retoño que dará fruto de la raíz vieja. Y el Espíritu del Señor reposará sobre Él: el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, el Espíritu de consejo y de poder, el Espíritu de conocimiento y de temor del Señor. Él se deleitará en obedecer al Señor; no juzgará por las apariencias ni tomará decisiones basadas en rumores. Hará justicia a los pobres y los que son explotados. Reinará contra los malvados y los destruirá con el aliento de Su boca.

¡Sí! Quería gritar María. Mi hijo romperá las cadenas que nos atan. Roma dejará de dominar al mundo. Mi hijo reinará. Mi hijo arreglará todas las cosas.

La mano de José apretó el brazo de María, haciéndola retroceder.

—Debemos irnos, María. Tenemos que irnos ahora.

—Pero ella está anunciando el día del Señor.

—Sí, y los espías de Herodes están en todas partes, incluso dentro del templo.

María comprendió inmediatamente su advertencia. Herodes había asesinado a su esposa favorita y a dos de sus hijos por una amenaza imaginaria a su trono. El Mesías era un rival, pues un día eliminaría el poder de todos los reyes de la tierra.

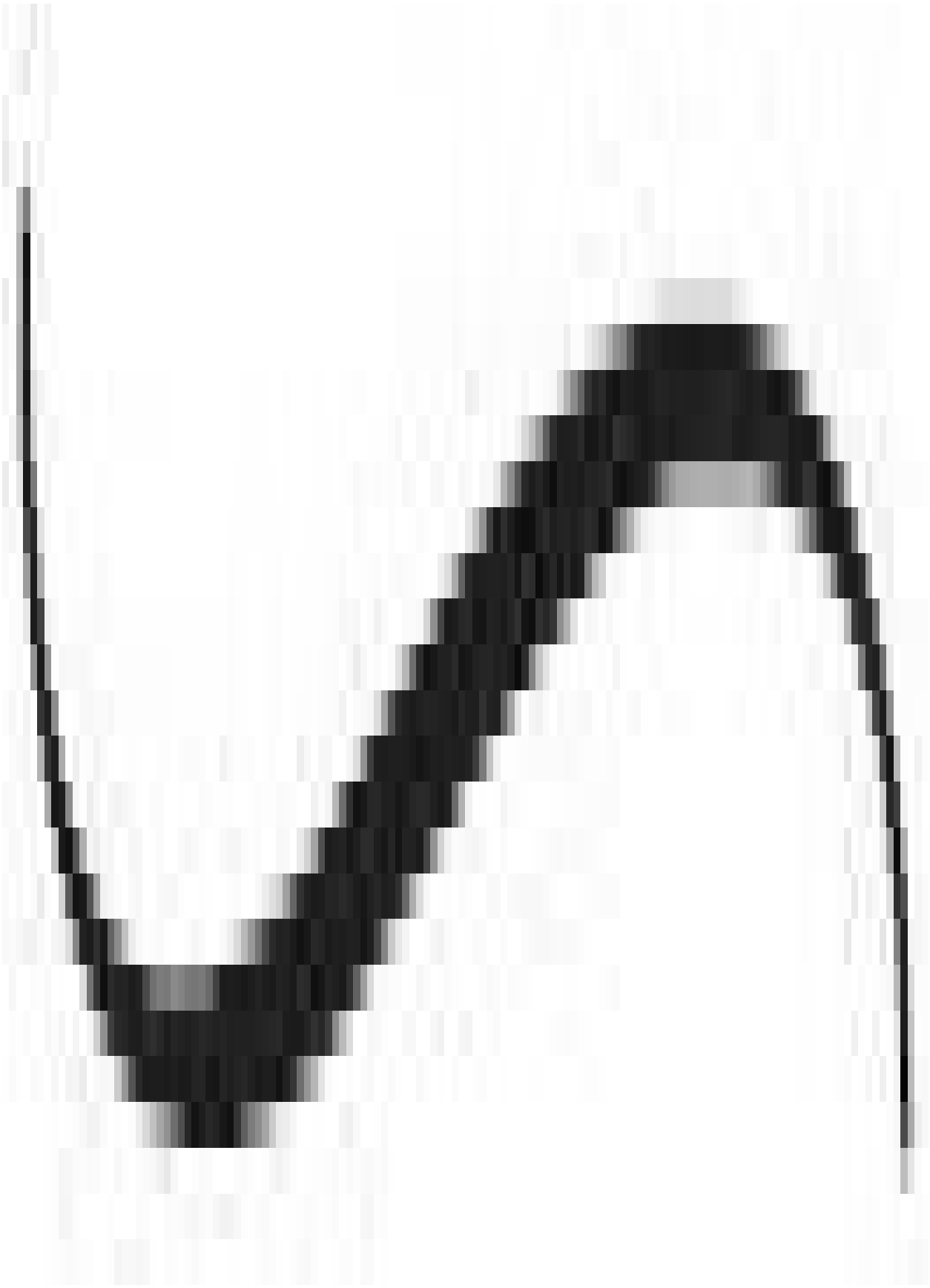
—Sí, por supuesto —dijo, y lo siguió mientras la llevaba hacia la multitud. Debía proteger a su hijo hasta que él tuviera la edad suficiente para ocupar su debido lugar. Se perdieron entre el gentío que empujaba hacia adelante para escuchar qué decía la profetisa acerca de la llegada del Mesías. Aun así, el corazón de María se aceleró, porque el Señor se había asegurado de que el nacimiento del Mesías fuera anunciado en el templo.

Mientras se acercaban a la puerta de salida, María vio a un hombre parado a un costado. Él la miró directamente a los ojos; los de él eran tan negros que parecían dejar ver el hoyo negro de su propia alma. María jamás había visto unos ojos tan llenos de odio y violencia.

—¡José! —gritó alarmada, y el brazo de su esposo la rodeó firmemente. Ella acercó a Jesús a su pecho y bajaron corriendo las escalinatas.

—¿Qué viste? —dijo José mientras se alejaban a toda prisa del monte del templo.

—A un hombre, José, solo un hombre —dijo, sin aliento. Un hombre que tenía los ojos de la muerte.



José decidió que sería mejor que se quedaran en Belén, lejos de los rumores que circulaban sobre su casamiento apresurado en Nazaret. Poco después de la visita al templo, José encontró una casita en el límite del pueblo en la cual podrían vivir cómodamente. Había suficiente espacio para que pudiera montar su taller y ejercer su oficio de carpintero. Se instalaron con sus pocas posesiones. José se fue durante unos días con su burro para poder arrancar tres tocones para poder tener madera. Cuando volvió, se puso a trabajar de inmediato haciendo utensilios, cuencos y platos para vender en los mercados de Jerusalén.

Todas las mañanas, María llevaba a Jesús envuelto en una manta y atado a su espalda, y sacaba agua limpia para usar durante el día. Mientras hacía las tareas del hogar, tenía a Jesús junto a ella en una cuna que había hecho José. A menudo lo llevaba al taller de José para que su esposo viera cada cambio en su hijo.

—¡Está sonriendo, José! ¡Mira! —Y José reía con ella, complacido.

Jesús comenzó a sentarse a los seis meses y gateó a los siete. A los diez meses, se aferraba a los dedos de José y se levantaba para pararse. A José lo fascinaba el sonido de sus risitas y el interés atento que manifestaba por todo lo que lo rodeaba. A los once meses, daba pasos tambaleantes detrás de María; a los doce se despellejó una rodilla por primera vez. A veces Jesús parecía un niño como cualquier otro, y otras, José sentía una oleada de sobrecogimiento cuando Jesús lo miraba con ojos inocentes y sabios al mismo tiempo.

Cada mañana y cada noche, José les leía a María y a Jesús los rollos que habían estado en su familia desde el tiempo de David. Una noche en particular, Jesús jugaba tranquilamente sobre un tapete, llenando un barco de juguete con parejas de animales tallados que José había hecho. José hizo una pausa en su lectura para observar a Jesús, con el corazón hinchado en su pecho. Jesús puso dos ovejitas dentro del barco, cerró la puerta, la aseguró con el pestillo y aplaudió con sus manitos. José apoyó el rollo sobre su regazo.

—¿Alguna vez te has preguntado cuánto sabe, María?

—Todos los días. —Ella también observaba a Jesús mientras jugaba.

José sonrió con un dejo de tristeza.

—Me pregunto por qué el Señor no eligió a un hombre más instruido, uno que pudiera ofrecerle un hogar mejor a Jesús.

—Por mejor te refieres a “más refinado”.

—Seguramente el Hijo de Dios merece lo más refinado.

—¿Acaso Dios no elige siempre cosas que el mundo considera ridículas para avergonzar a quienes creen que son entendidos? Quizás Dios escogió a una muchacha campesina para que fuera su madre y a un carpintero como su padre terrenal porque el Mesías está destinado para todo su pueblo, no solo para quienes viven en las casas elegantes de las provincias o en los palacios de Jerusalén.

Un golpe los sobresaltó.

—¿Quién puede ser a esta hora? —María levantó a Jesús y lo apretó contra su pecho, mientras que José rápidamente enrollaba el pergamino y volvía a guardarlo en el baúl que estaba contra la pared. Cuando José abrió la puerta, María escuchó voces desconocidas que hablaban arameo entrecortadamente y con un marcado acento. Escuchó que José dijo que sí, y los hombres gritaron de felicidad. José miró hacia el lugar donde estaba ella con sus ojos resplandecientes de emoción.

—Estos hombres han venido desde el Oriente.

—¿Quiénes son?

—Hombres sabios que estudian los cielos. Han estado siguiendo una estrella nueva que dicen que anuncia el nacimiento del Rey de los judíos. Han venido a adorarlo.

María dio un paso adelante.

—Invítalos a pasar, José.

—Son gentiles, María, y contaminarán la casa.

—¿Cómo pueden contaminar la casa cuando el Señor mismo los ha enviado?

José asintió. Dándose vuelta, abrió la puerta un poco más. Los hombres vestidos con ropajes exóticos comenzaron a amontonarse en la pequeña casa. María retrocedió para hacerles más lugar, pues eran cuatro, y cada uno iba acompañado por un sirviente. Se quedaron mirando a Jesús con una mezcla de gozo y asombro. Uno por uno, se arrodillaron e inclinaron su cabeza hasta el piso ante él.

Jesús la presionó para hacerla saber que quería bajar. María lo bajó al piso, manteniéndose cerca para vigilar a los forasteros y a su hijo.

—Hemos traído obsequios —dijo uno con voz gruesa. Dándose vuelta hacia su sirviente, tomó una caja tallada y la abrió. Estupefacta, María vio que estaba llena de monedas de oro. Nunca había visto tanto dinero, excepto en la mesa de los cambistas del templo. Era más de lo que José podría ganar en toda su vida. El siguiente hombre le entregó un bolsón de cuero bordado.

—Incienso.

El tercer hombre mostró otra caja con monedas, mientras que el cuarto depositó sobre el tapete a sus pies un frasco de alabastro sellado.

—Mirra.

María estaba maravillada por semejantes regalos. Habían traído oro como tributo para su hijo que sería rey, incienso para que quemara como ofrenda en el templo y mirra como un bálsamo fragante para ungir su cuerpo.

Jesús no les prestó atención a los regalos, sino que caminó tambaleante entre los hombres que habían venido a adorarlo, tocando sus rostros y sus turbantes, y mirándolos a los ojos. Incluso se fijó en los sirvientes, quienes agacharon la cabeza hasta el piso de barro, en lugar de dejar que los tocara. Jesús se sentó entre ellos, abrió el barquito de juguete y sacó otra vez los animales.

José sonrió.

—Vengan. Pónganse cómodos. No tenemos mucho, pero lo que tenemos se lo ofrecemos. —Sirvió vino, partió el pan y escuchó con gran interés el relato de los hombres de su largo viaje a Judá. María se sentó sobre el tapete con Jesús, mientras él jugaba con su barco y los animales. Ella escuchaba todo lo que decían. Cuando Jesús bostezó, lo levantó en brazos y lo acostó en la cama.

Recién entonces, la conversación giró hacia los peligros que rodeaban a su hijo.

—Fuimos a ver a Herodes y le preguntamos: “¿Dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer?”. Le contamos acerca de la nueva estrella y de cómo habíamos viajado desde tan lejos para adorar al Rey recién nacido.

El rostro de José se puso pálido.

—¿Y qué dijo el rey Herodes?

El más anciano de los cuatro visitantes dijo gravemente:

—Llamó a los principales sacerdotes y a los maestros de su pueblo y los consultó. Ellos dijeron que el Mesías iba a nacer en Belén de Judá. Porque uno de sus profetas dijo: “Y tú, oh Belén, en la tierra de Judá, no eres la menor entre las ciudades reinantes de Judá, porque de ti saldrá un gobernante que será el pastor de mi pueblo Israel”.

—Estábamos saliendo del palacio, cuando un sirviente de Herodes vino a buscarnos —dijo otro—. Nos susurró que quería hablarnos en privado.

—El rey Herodes nos dijo que buscáramos con cautela al niño y que cuando lo encontráramos, volviéramos a contárselo para que él también pudiera ir a adorarlo.

María vio el miedo en los ojos de José.

—¿Y cuándo lo harán?

—No se preocupe, José —dijo el más anciano del grupo—. La fama del rey Herodes es conocida en todas las naciones. —Se inclinó hacia adelante y puso sus manos entrelazadas entre sus rodillas—. Y un mensajero de Dios vino a nosotros y nos advirtió que no volviéramos al palacio.

María miró a José, pero él tenía la atención puesta en los hombres.

—Estamos acostumbrados a dormir durante el día para poder seguir la estrella por la noche —dijo otro—. Ayer, después de salir del palacio de Herodes, nos quedamos en una posada en Jerusalén.

—Y todos tuvimos el mismo sueño.

—Exactamente el mismo sueño.

El hombre mayor levantó la mano para calmar la agitación de los demás.

—A todos se nos dijo que no regresáramos adonde Herodes, sino que volvamos a casa por otro camino.

—Herodes los buscará —dijo José tristemente.

—Mandará a sus hombres para que busquen a la comitiva de sabios y sus sirvientes, pero no nos encontrará. Cada uno de nosotros tomará una dirección diferente. Babilonia, Asiria, Macedonia y Persia. Ustedes tendrán apenas unos días antes de que el rey se dé cuenta de que nos hemos ido. Entonces se lanzará a la cacería del niño.

El corazón de María comenzó a palpitar fuertemente con miedo. Miró a José y vio la tensión en su rostro.

—Es hora —dijo el anciano, y todos se pusieron de pie. Sujetó los brazos de José—. Que el Dios de sus antepasados cuide y proteja a su hijo. —Salieron a la oscuridad de la noche y José cerró la puerta detrás de ellos.

María se paró, temblando de miedo.

—¿Qué vamos a hacer, José?

—Esperaremos.

—Una vez me dijiste que Herodes tiene espías en todas partes, aun en el templo. ¿No habrá hecho seguir a esos hombres? Ellos saben dónde vivimos.

Él se acercó a ella y tomó su rostro entre sus manos.

—¿Quién estuvo diciéndome todos estos meses que Jesús proviene de la simiente de Dios?

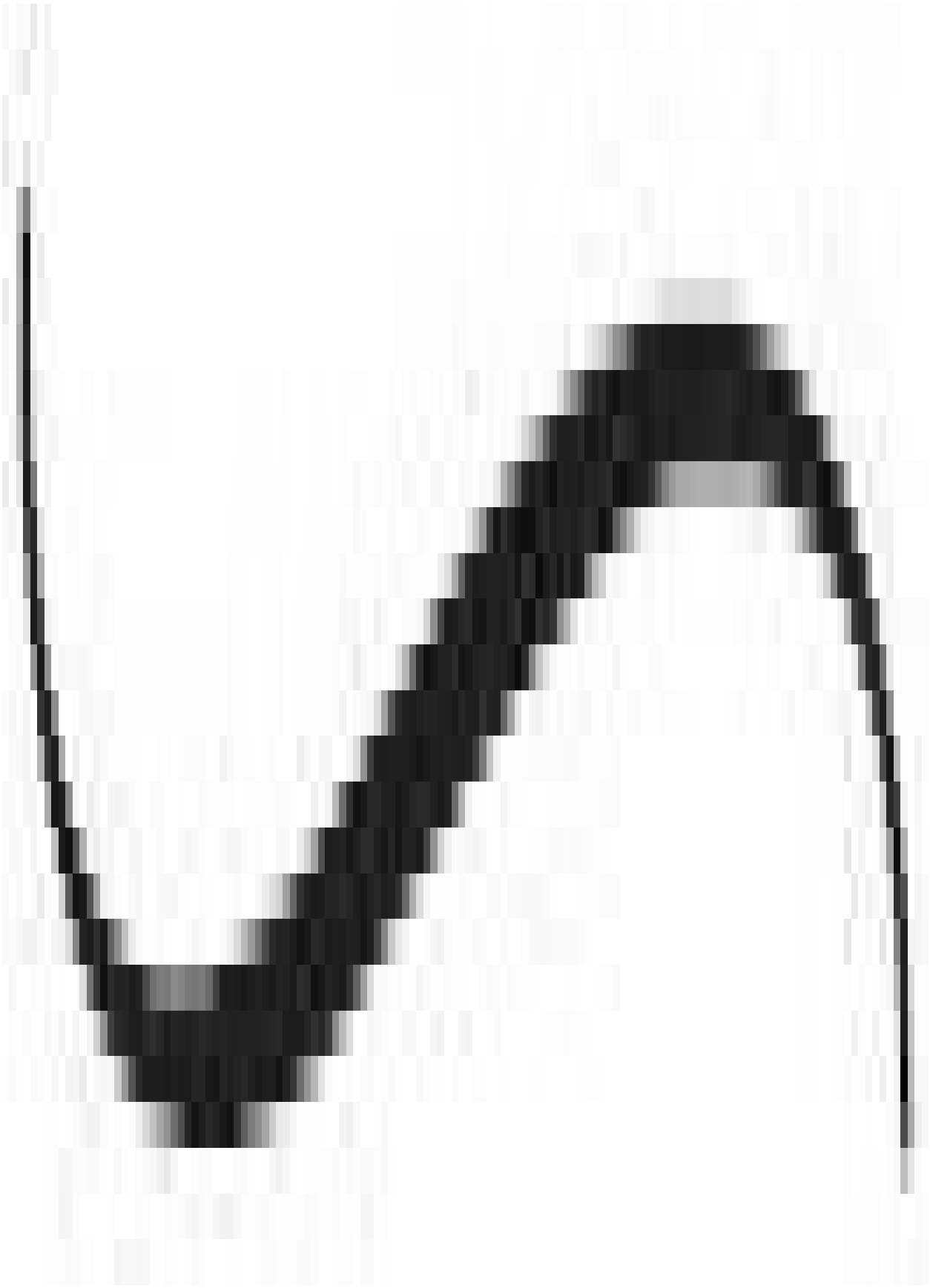
Ella no podía dejar de temblar. ¿Quién podría proteger a Jesús si el rey Herodes salía a buscarlo?

José la abrazó.

—Yo también tengo miedo, María, pero el Señor ciertamente puede proteger a su propio Hijo.

—Deberíamos volver a Nazaret.

—No. Esperaremos aquí. —Ambos necesitaban recordarlo—: Dios dirige nuestros pasos.



Esa noche, mientras José estaba acostado en su lecho con María acurrucada contra su cuerpo, volvió a escuchar la voz.

—José —dijo el ángel, luminiscente y poderoso pero tranquilizador—. José.

—Sí, Señor —dijo José, en sueños.

—Levántate y huye a Egipto con el niño y su madre —dijo el ángel—. Quédate allí hasta que yo te diga que regreses, porque Herodes buscará al niño para matarlo.

José despertó abruptamente en la oscuridad. En la calle, todo estaba tranquilo aún. Se levantó sin hacer ruido para no despertar a María, tomó los regalos que los magos habían dejado para Jesús y los guardó cuidadosamente en la caja con los pergaminos que había recibido como herencia. Salió al pesebre que había construido en la parte trasera de la casa y le puso los arreos al asno, ajustando las tiras alrededor de su vientre para colocar una canasta a cada lado. Metió la caja que contenía los valiosos rollos y los regalos para Jesús, y empacó las herramientas, el delantal de cuero y los pedazos de madera de olivo en la otra. Luego salió a llenar dos odres con agua y recogió suficiente grano en un saco para alimentar a la familia durante una semana.

—María —susurró y se agachó para besarla en la frente—. María, despierta. —Ella se incorporó y se restregó los ojos como una niñita. Él le retiró el cabello del rostro—. Un ángel del Señor vino a mí en un sueño. Debemos irnos de Belén de inmediato.

Ella miró hacia arriba con los ojos iluminados de esperanza.

—¿Volveremos a Nazaret?

—No, mi amor, iremos a Egipto. —Vio sobresalto y consternación en sus ojos, pero no tenía tiempo para aplacar sus temores—. Vamos, vamos —dijo, tomándole la mano—. Tenemos que irnos. —Tan pronto como ella estuvo de pie, él recogió las mantas y las dobló rápidamente—. Prepara a Jesús para viajar. —Sacó las mantas y las ató en la parte superior del bulto.

María salió poco después, con Jesús dormido otra vez y abrigado

cuidadosamente en la manta que se había amarrado a la espalda. Así, podría amamantarlo fácilmente mientras viajaban.

Partieron durante la noche. José no se lamentó por perder la casa que había comprado para su familia ni por el negocio que recién empezaba a prosperar. En lo único que pensaba era en sacar a Jesús a salvo de Belén, antes de que Herodes mandara a sus soldados para que lo buscaran y lo mataran.

—Señor, danos fuerzas para el viaje —murmuró José—. Danos fuerzas y valentía para lo que sea que nos espere.

Mientras viajaban por un camino apartado, ampliado por la invasión de peregrinos que provenían de las regiones de Asdod, Ascalón y Gaza, el sol salió frente a ellos. Jesús se despertó y lloró.

—Tiene hambre —dijo María. Pararon a descansar y para que pudiera amamantarlo—. ¿Te pusiste a pensar, José, que es posible que estemos haciendo el mismo camino que hizo José cuando sus hermanos lo vendieron a los ismaelitas?

Su dulzura lo traspasó. María pensaba en muchas cosas, reflexionaba en ellas y se hacía preguntas sobre posibles significados ocultos.

—No. Solo pensé en cómo salir de Belén lo más rápido posible. —La observó mientras ponía de pie a Jesús. Se rio cuando el niñito corrió alegremente hacia un sendero de amapolas rojas. A veces José apenas podía creer que este niño era el Hijo de Dios. La mayor parte del tiempo parecía un niño como cualquier otro de su edad, fascinado por todo lo que lo rodeaba, necesitado de protección y orientación. Sin embargo, había veces que una luz se colaba en su mirada, como si recordara algo. ¿Era solamente humano? ¿O era la sabiduría encarnada, que crecería día tras día, hasta que comprendiera plenamente quién era? Y ¿qué pasaría entonces? ¿Este muchachito a quien él amaba como si fuera de su propia sangre se convertiría en el rey guerrero que todo Israel ansiaba ver?

O... José tuvo una sensación extraña de cosquilleo que le recorrió la espalda de abajo hacia arriba. Se le cerró la garganta. ¿O Jesús crecería y sería el siervo sufriente de quien había hablado el profeta Isaías?

Las lágrimas se asomaron a sus ojos mientras miraba a Jesús. A veces José tenía que recordarse a sí mismo que este niño que jugaba como cualquier otro era el

Hijo del Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Herodes, el hombre más poderoso en todo Judá, estaba tratando de matarlo.

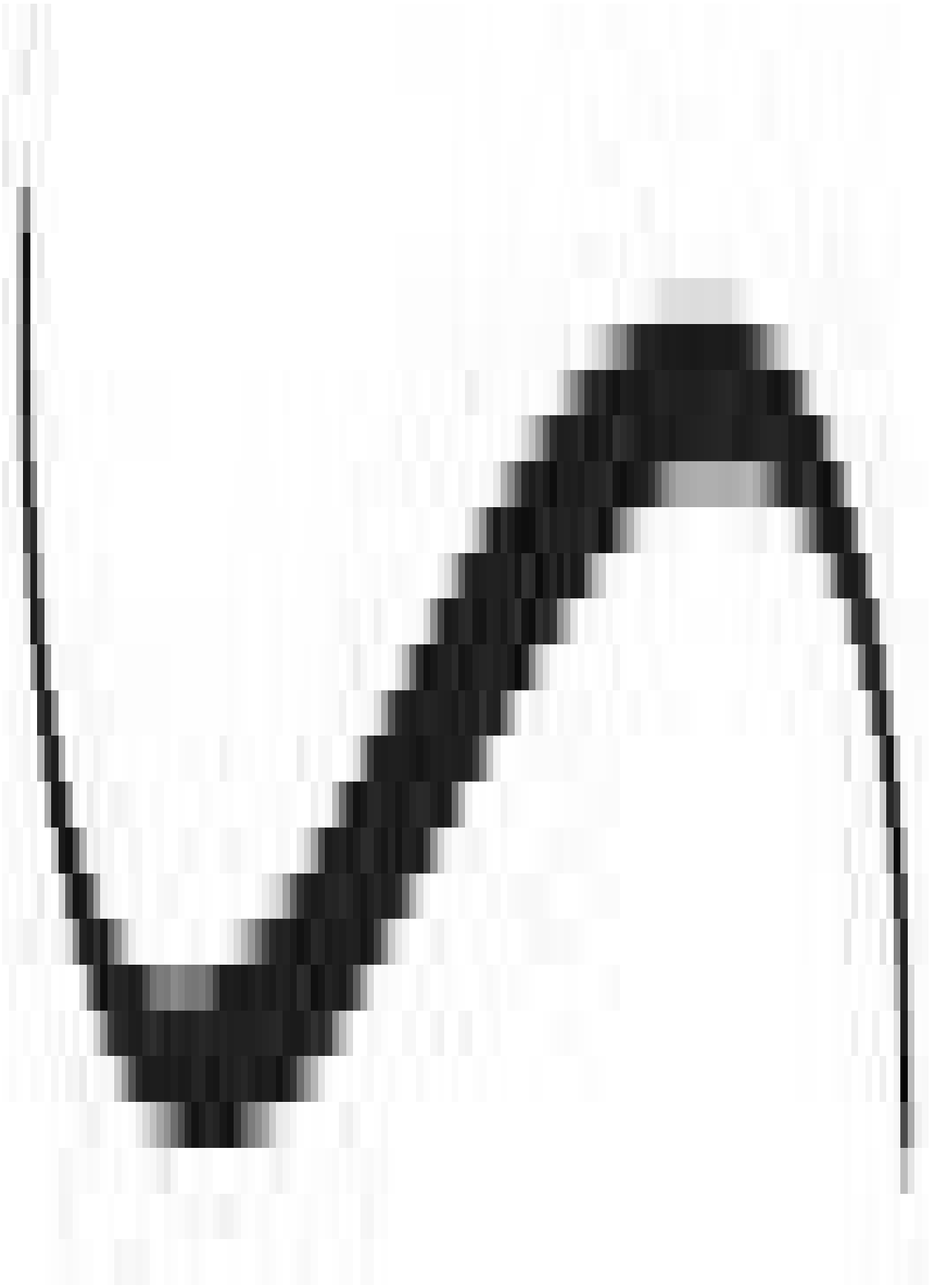
¿Qué clase de oposición tendría que enfrentar Jesús cuando fuera adulto? ¿Acaso no habían sufrido una muerte violenta todos los profetas, excepto Moisés y Elías?

—¡Jesús! ¡Ven! —José lo alzó y lo abrazó fuerte, sintiendo que el amor llenaba su ser hasta dolerle. Con los ojos ardientes, besó a Jesús y lo columpió hacia arriba para que el niño se posara sobre sus hombros. Jesús lo abrazó alrededor de la barbilla y José sintió una ráfaga de placer. Tomando las manos del niño, besó cada palma y estiró las manos de ambos hacia arriba. Jesús rio.

Los ojos de María resplandecían.

—Parece como si quisiera abrazar al mundo entero.

Sí, pensó José. ¿Pero lo abrazará el mundo a él?



Pasaron veinte largos meses. Aunque José prosperaba económicamente, se sentía incómodo de vivir rodeado de idólatras. La ley exigía que llevara a su familia a Jerusalén en un viaje de peregrinación por lo menos una vez cada dos años y ese tiempo estaba avecinándose. Y no era solo la ley lo que hacía que tuviera ganas de ir. Deseaba escuchar el sonido del shofar y la letanía de las voces hablando en arameo en las calles. Oraba en todo momento que Dios los llamara a salir de Egipto.

Todas las tardes, cuando el sol se ponía, José abría la caja que contenía los preciados rollos y llamaba a Jesús para que se acercara a él. El niño se subía a su regazo y José leía en voz alta la Torá o desplegaba el rollo que tenía las palabras del rey David o del profeta Isaías. Y luego abrazaba al niño y oraba.

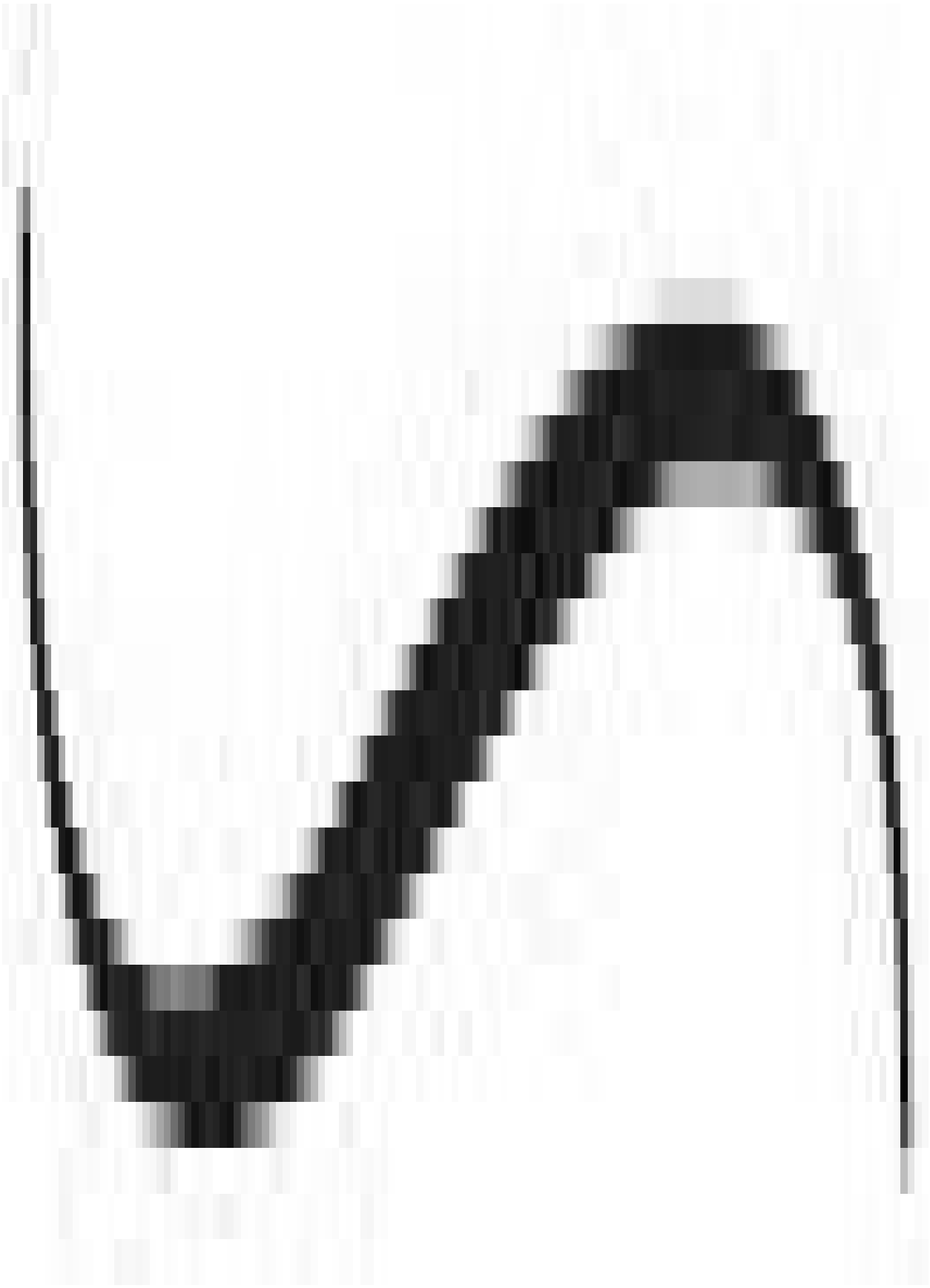
José descansaba del calor de la tarde cuando el ángel del Señor se le apareció.

—¡Levántate! Lleva al niño y a su madre de regreso a la tierra de Israel, porque ya murieron los que trataban de matar al niño.

José se incorporó de un salto, con el corazón palpitándole con fuerza.

—¡María! —Se puso de pie y salió adonde ella estaba sentada a la sombra, observando a Jesús, que dibujaba en el polvo con un palo.

—¡María! —Eufórico, la puso de pie y la besó—. ¡Nos vamos a casa!



Una vez más, José y María dejaron todo salvo sus bienes más preciados y fueron adonde el Señor los guio. El viaje de vuelta por el Camino del Mar fue rápido porque viajaron precipitadamente, ansiosos por regresar a su tierra natal. José tenía en mente llevar a María y a Jesús de vuelta a Belén, donde había vivido su antepasado David. El pueblo estaba cerca de Jerusalén, cerca del templo. ¿No debía el Hijo de Dios estar cerca del centro de la adoración? ¿No debía morar en la cima de la montaña?

Pero cuando llegaron a un puesto de peaje en la frontera sur de Israel, donde le pidieron a José que pagara el impuesto del camino, vio una insignia que lo preocupó. Frunció el ceño.

—¿Quién gobierna en lugar de Herodes? —preguntó.

El soldado romano levantó la vista y emitió un resoplido burlón.

—¿Dónde has estado viviendo, judío? Arquelao, el hijo de Herodes. ¿Quién más?

El miedo se apoderó de José.

María se había quedado esperándolo y tenía a Jesús de la mano. Cuando José se acercó, María lo miró a los ojos.

—¿Qué pasa, José?

A veces, José deseaba que su mujer fuera menos perceptiva.

—Arquelao reina en Jerusalén.

Se puso pálida. Ella sabía tanto como él que la sangre de Herodes corría por las venas de Arquelao. ¿Sería también este rey un enemigo implacable? María levantó a Jesús y lo apoyó sobre su cadera.

—¿Deberíamos volver a Egipto?

Él pensó un momento y tomó las riendas del asno.

—Seguiremos adelante.

—Pero, José, ¿no deberíamos reflexionar un poco hasta que sepamos cuál es la voluntad de Dios?

José encaminó al animal hacia Jerusalén.

—Nada ha cambiado, María. Dios dijo que regresemos a Israel, y a Israel iremos, hasta que él indique otra cosa. —Solo tuvo que mirarla de reojo para ver que su mente se estaba dividiendo en muchas direcciones, considerando todas las posibilidades—. El Señor nos protegerá ahora como lo hizo cuando estábamos en Belén.

Mientras ascendían por el camino, el entusiasmo por volver a casa se evaporó por la ansiedad. Dios los había mandado a Egipto por causa de Herodes. ¿Sería Arquelao menos celoso de poder que su padre? Cuando llegaran a Belén, ¿recordaría la gente el interés que había atraído Jesús de parte de Simeón y de Ana en el templo? ¿Se acordarían de la curiosa visita de los magos que habían viajado cientos de kilómetros para ver al niño cuyo nacimiento había sido anunciado en los cielos? Una noticia así se propagaría. Los rumores abundarían. Y, como lo había hecho su padre antes que él, Arquelao iba a querer eliminar a todo el que se atreviera a desafiar su autoridad... aun al Hijo de Dios.

Señor, Señor, ¡temo por la vida de Tu Hijo y de Su madre!

José tenía miedo de pedir más que eso en oración, pues la orden del ángel había sido clara. Regresen a la tierra de Israel. Sin embargo, la aprensión de José aumentaba con cada paso. Señor, Señor, tengo miedo. Ayúdame a obedecer.

—José, ¿podemos descansar un rato ahí, junto a esos árboles? —dijo María. Él volteó a mirarla y vio el brillo del sudor en su rostro. No había bajado a Jesús desde que salieron del puesto de peaje. José guio al asno para que se apartara del camino y dejó que las riendas colgaran sobre el suelo para que el animal pudiera pastar mientras ellos descansaban a la sombra. María bajó a Jesús al suelo y se dejó caer con un suspiro de alivio. Cerrando los ojos, se llenó los pulmones de aire y sonrió—. Cada tierra tiene su propio aroma.

Mientras Jesús jugaba cerca, José recorrió con los dedos los nudos de las hebras de su manto de oración. Señor, Señor...

María se sentó junto a él.

—Descansa, José.

No quería compartir sus preocupaciones con ella. Quería que se sintiera segura, aunque no lo estuviera.

—No estoy cansado.

María apoyó su mano sobre la de él.

—Cierra los ojos un ratito, José. Hazlo por mí. —Se levantó y caminó hacia Jesús. Cuando volvieron y se acostaron a la sombra, José se relajó. El calor del mediodía caía sobre él como una manta pesada. Estaba muy cansado, tan cansado que sentía que se hundía en la tierra.

Nuevamente escuchó la voz conocida hablándole con calma y suavemente, tan suavemente que su alma se inclinó hacia ella. «José, hijo de David, no vuelvas a Belén, pues Jesús estará en peligro allí. En cambio, vayan a la región de Galilea y vivan en Nazaret».

Se despertó y se incorporó. Por la posición del sol se dio cuenta de que habían pasado varias horas. Jesús todavía dormía en los brazos de su madre.

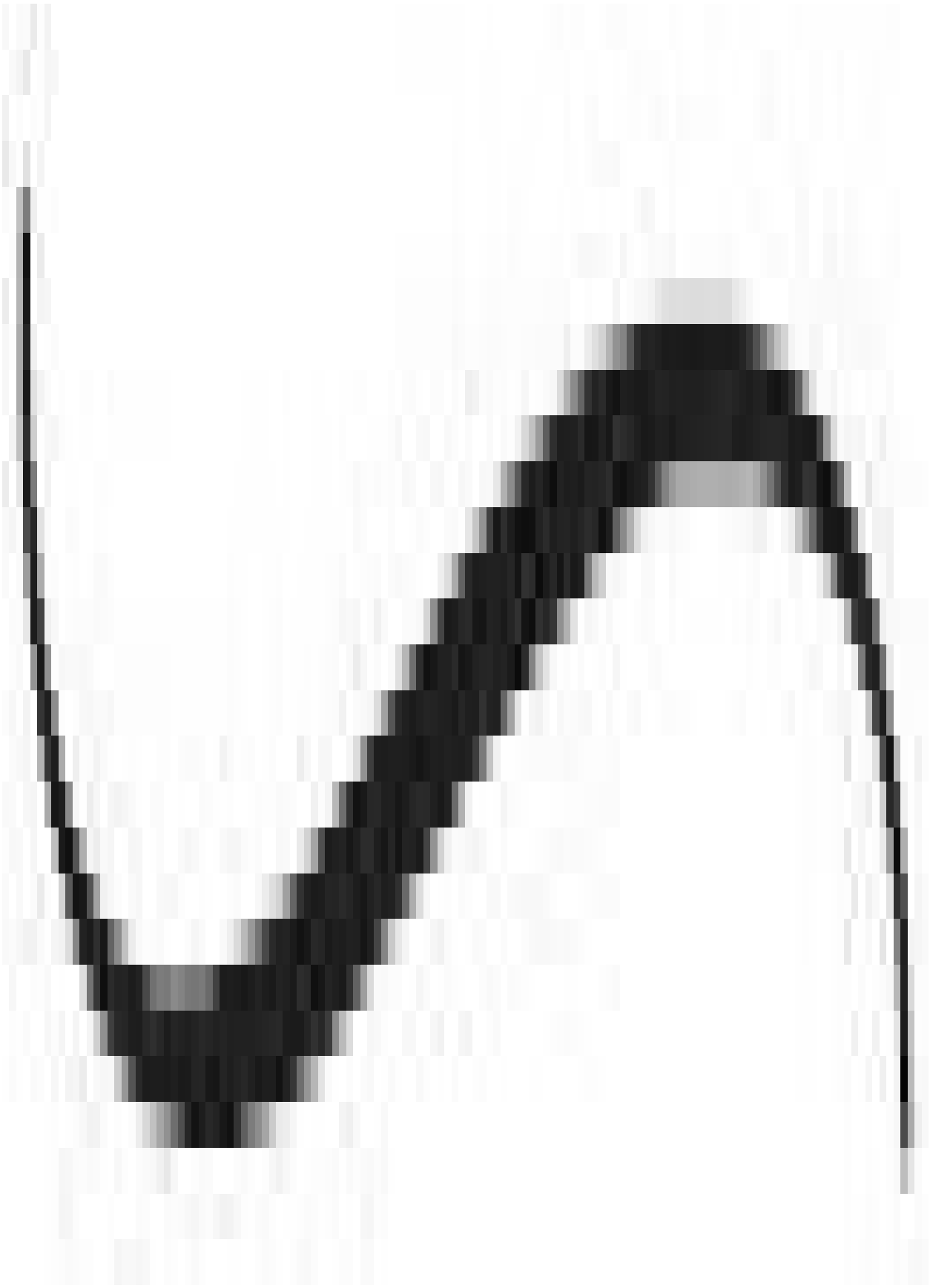
—María —dijo José en voz baja, con el corazón palpitándole con fuerza.

Ella abrió los ojos, adormecida, y lo miró. Pestañeó y se incorporó.

—El Señor te habló otra vez. Se nota.

—Debemos ir a Nazaret y quedarnos a vivir ahí.

—¡Oh! —Su rostro se iluminó de alegría. Abrazó a Jesús mientras él se despertaba—. Nos vamos a casa, mi amor. Al hogar de tu abuelita y de tus tíos. ¡A casa!



Cuando María y José llegaron a Nazaret con Jesús, vieron que la modesta aldea cercana a las rutas comerciales no había cambiado. Pero la casa de la madre de María estaba abandonada, y la maleza había crecido mucho en el jardín de atrás. Angustiada, María y José se apresuraron a ir a la casa de su hermana y su cuñado.

—Tu madre murió el año que siguió al censo —les dijo Cleofas, su cuñado, después de saludarse alegremente.

—Todos creímos que les había pasado algo a ustedes —dijo la hermana de María —. Cuando nos enteramos de lo que hizo Herodes, pensamos que estaban perdidos.

—¿Perdidos? ¿Qué quieres decir? —dijo María, confundida.

—¿Qué hizo Herodes? —dijo José, parado junto a ella.

—Mató a los niños varones de Belén —dijo Cleofas—. ¡A todos! Desde los recién nacidos hasta los dos años, a cada uno de ellos. Así como a cualquier padre o madre que se interpusiera mientras los soldados cumplían sus órdenes.

María sintió que se desmayaba. Apretó fuertemente a Jesús en sus brazos mientras asimilaba la noticia. Si José no hubiera obedecido al Señor inmediatamente, Jesús habría estado entre los niños masacrados por los soldados de Herodes. Había sido por eso que la había levantado en medio de la noche y los había sacado de la ciudad. Él no sabía qué estaba por suceder; solamente que Dios había dicho: «Huyan a Egipto». Por la gran misericordia de Dios, Jesús seguía con vida y los planes de Herodes habían fracasado.

Se le cerró la garganta en duelo. Dios había salvado a su hijo, pero ¿y esos pobres niños inocentes que habían sido masacrados por órdenes de Herodes? ¿Qué había sido de sus madres y padres? ¿Cómo podía existir tanta maldad en el mundo? María acarició a Jesús mientras lloraba.

—¿Mamá?

Escondió el rostro en la curva del cuello de su hijo y lloró.

Su hermana se acercó a ella.

—Cuando no volvieron a Nazaret, supuse que habías muerto en Belén con tu hijo. —Sollozando, abrazó a María y a Jesús—. Pero están sanos y salvos. ¡Alabado sea Dios!

—Tu madre creyó que los habían matado a todos —dijo Cleofas—. Murió creyéndolo.

María percibió un indicio de acusación en la voz de su cuñado y levantó la barbilla en defensa de su esposo.

—Dios le dijo a José que teníamos que ir a Egipto y esperar allí.

Cleofas frunció más el ceño mientras miraba a José.

—¿Dios te dijo que fueran a Egipto?

Los músculos del rostro de José se tensaron, pero no dijo nada. María miró a ambos hombres con preocupación. La hostilidad de Cleofas era evidente. La ira de María estaba entremezclada con vergüenza. José no se defendió ni dio explicaciones. ¿Pensarían sus parientes que María había mentido cuando dijo que el ángel del Señor se había presentado ante ella y le había dicho que daría a luz al Mesías? ¿Preferían los rumores de que José la había seducido antes de casarse y que habían inventado una historia ridícula para evitar que los apedrearan? Ahora que ella y José habían llevado a Jesús de regreso a Nazaret, ¿revivirían los rumores sobre la concepción del niño?

Aferrando más a Jesús, se dirigió a su hermana. A excepción de José, esta mujer la conocía mejor que nadie. Seguramente ella le creería.

—Cuando Jesús nació en Belén, unos pastores vinieron a verlo. Nos contaron que el ángel del Señor se había aparecido en medio de ellos y que el resplandor de la gloria de Dios los había rodeado. El ángel les dijo que no tuvieran miedo, porque traía una buena noticia que causaría un gran gozo. Porque esa noche, en Belén, el Salvador, ¡el Mesías!, había nacido. Y el ángel dijo que hallarían al bebé acostado en un pesebre, envuelto en tiras de tela.

—¿Un pesebre? —dijo su hermana con tristeza.

¿Eso fue lo único que había escuchado? ¿No comprendía el cumplimiento de la profecía?

Cleofas hizo un ruido con la garganta.

—¡El Mesías, nacido en un establo! ¿Y esperas que creamos eso?

María trató de contener el llanto.

—Unos magos vinieron a nuestra casa en Belén, Cleofas. Dijeron que habían seguido a una estrella que apareció en el cielo al mismo tiempo que Jesús nació. Trajeron regalos. Primero fueron a ver al rey, a preguntarle dónde debía nacer el Mesías.

—María... —Su hermana trató de tranquilizarla.

Cleofas miró furioso a José:

—¿Cómo se te ocurrió convencerla de todo esto?

—¡Estoy diciendo la verdad! —gritó María—. ¿Por qué no quieren creerme?

—Detente, Cleofas —dijo su hermana—. Te lo ruego.

—¡No me digas que le crees!

—Conozco a mi hermana. —Sus brazos sujetaron fuerte a María—. Nunca antes había mentido.

—¡Ni estoy mintiendo ahora! —dijo María, enojada—. Jesús es el Mesías. ¡Lo es!

Cleofas sacudió la cabeza.

—Está loca.

—Dice la verdad —dijo José tranquilamente.

Cleofas lo miró fijo un rato largo y frunció el ceño.

—Aunque lo creyera, ¿qué importancia tendría? Lo que importa es lo que crea el

resto de las personas del pueblo. —Cleofas miró a Jesús e hizo una mueca—. Un hijo nacido muy poco después de la ceremonia de la boda, de una muchacha tan engreída que se cree la madre del Mesías... es un escándalo. El Mesías, nacido de una campesina de Nazaret. Nadie creerá jamás esa historia.

Estupefacta, María solo pudo quedarse mirándolo, angustiada. José se inclinó hacia ella y tomó a Jesús de sus brazos.

—Vamos, María. —La rodeó con su brazo.

—Lo siento —susurró su hermana.

—No te atrevas a pedirle disculpas a él —dijo Cleofas, fulminándola con la mirada—. Él es la causa de este problema y la razón por la que toda nuestra familia está hundida en la humillación.

—Te equivocas. —La boca de María temblaba—. José es irreprochable, y Jesús es el Ungido de Dios. Algún día, ¡verán la verdad con sus propios ojos! —Algún día, ella sería reivindicada. ¡Todos verían a su hijo en el trono, reinando con justicia!

—Creeré que él es el Mesías cuando lo vea acompañado por su ejército, ¡expulsando de Jerusalén a los romanos!

María sintió que el brazo de José la apretaba más fuerte y la dirigía hacia la puerta. Se resistió, queriendo decirles más cosas a su hermana y a su cuñado. Estaba indignada, pero José se mantuvo firme. Su brazo la cercó protectoramente mientras salían hacia la angosta calle.

—Ay, José, nunca pensé que esto sería así. ¿Por qué prefieren creer mentiras que creer la verdad? Seguramente Jesús no crecerá debajo de semejante... sombra. ¿O sí?

—Dios nos trajo aquí, María. Qué pasará ahora, no lo sé. Debemos vivir con la fortaleza de Dios, mi amor.

—¿Mamá? —dijo Jesús, afligido por las lágrimas de dolor y enojo que veía en su madre. José acarició tiernamente el cabello de Jesús, con una expresión de angustia en sus ojos. Cuando Jesús lo miró, José le sonrió y pasó sus nudillos por la mejilla suave y redonda del niño. María vio el amor que había en los ojos de

su esposo y sufrió por él. Su reputación estaba tan arruinada como la de ella. La gente creía que él la había seducido.

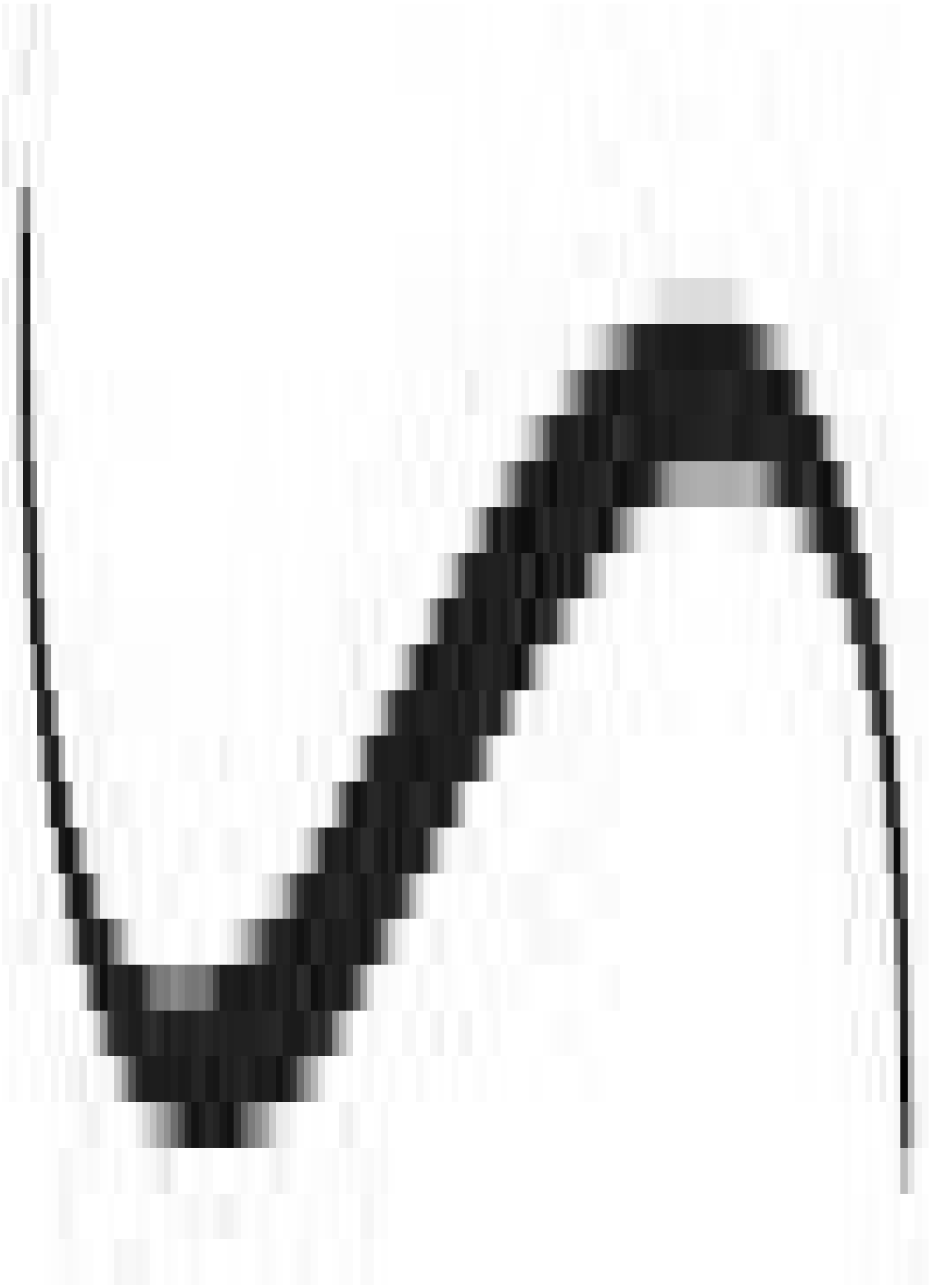
Bendice a José, Señor. Oh, por favor, bendícelo por lo que sufrirá por amor a Tu Hijo y a mí.

¿Cuántos hombres aceptarían perder su buena reputación sabiendo que habían actuado según las indicaciones de Dios? ¿Cuántos se levantarían ante el primer susurro del consejo de Dios y dejarían su casa y su negocio para mudarse a un país desconocido? O ¿qué hombre dejaría su hogar y su negocio para volver a una ciudad donde todos estaban seguros de que había seducido a una joven virgen y le había llenado la cabeza con fantasías de ángeles y del Mesías prometido?

Cada día que pasaba, crecía el amor de María por el hombre que Dios había elegido para ella. La primera vez que lo vio, le gustó. Lo había respetado más con cada prueba que tuvieron que enfrentar, y ahora lo amaba más de lo que creía posible. Oh, Señor, me has colmado de bendiciones.

José bajó a Jesús al piso y María le tomó la mano. Mientras los tres caminaban juntos por la calle, Jesús extendió su mano y agarró la mano de José. María le sonrió a su esposo y sintió que la opresión que sentía en su corazón se disipaba.

—Algún día verán a Jesús en poder, José. Y entonces sabrán cuán injustos fueron con nosotros. —Tragándose las lágrimas, levantó la cabeza y siguió caminando en silencio.



La casita de José seguía igual que cuando la dejaron. José armó su taller y a duras penas empezó a ganarse la vida haciendo yugos, arados y escaleras. Cuando no le llegaba ningún trabajo, se levantaba temprano y caminaba hasta la cercana Séforis, ofreciendo su trabajo a los capataces que necesitaban buenos carpinteros para hacer celosías, puertas y muebles para los ricos.

La vida cayó en una rutina de esfuerzo y trabajo duro. Todas las mañanas, María y José se levantaban juntos y se lavaban las manos y los ojos. María decía la bendición sobre la casa y salía a darle comida y agua al asno de José, antes de que él saliera a trabajar en su taller o se fuera a Séforis. Luego ella y Jesús bajaban al pozo común a sacar el agua para el día. Trabajaba en la huerta o en el cantero de flores. Hacía aceite para las lámparas, molía especias, recogía chamiza para la hoguera de la casa, lavaba la ropa de cama, trabajaba con el huso y el telar, preparaba las comidas y ordenaba las estirillas.

Por el bien de Jesús, María no hablaba de la visitación del ángel del Señor, de su concepción milagrosa, de la visita de los magos o de los regalos que José todavía tenía guardados para él. No decía nada de las cuatro veces que el Señor le había hablado a José. Algún día, cuando Jesús diera a conocer su poder y su propósito, la gente se enteraría de su origen. Pero ahora ella no mencionaría los milagros. No prodigaría lo que era santo a personas profanas ni les daría oportunidad de que se burlaran del Hijo de Dios.

A veces, lo común que era la vida que llevaban la desconcertaba. En muchos sentidos, Jesús era como cualquier otro niño que ella conocía. Gateó antes de caminar. Tropezó al dar sus primeros pasos. Dijo sus balbuceos infantiles antes de poder pronunciar palabras y armar frases. Era curioso: quería tocar y agarrar todo lo que hubiera a su alcance.

Todas las otras madres presumían de sus hijos, pero María sabía que ninguno podía compararse con el suyo. No había un hijo tan perfecto, tan cariñoso, tan observador del mundo y de las personas que lo rodeaban. Prestaba atención, escuchaba y disfrutaba con facilidad. Nunca se quejaba ni lloriqueaba; simplemente manifestaba sus necesidades. Nunca trataba de manipularla con lágrimas ni con rabietas.

Algunas decían que se parecía a ella: «Jesús tiene tu mentón, María... Tiene tu

nariz...».

Pero nadie decía que Jesús tenía sus ojos.

Fue José quien cortó los rulos de Jesús cuando dejó de ser un bebé. Ese día fue como un festival, con todos los parientes y viejas amistades de María, y les dieron frutos secos y pastelitos de pasas a los niños que acudieron a participar del día especial.

Cada vez que José iba a buscar trabajo a Séforis, María caminaba con Jesús fuera de los límites del pueblo mientras el sol estaba llegando a la línea del horizonte.

—¡Ahí está, madre! —señalaba Jesús cuando José aparecía caminando por la ruta hacia Nazaret—. ¡Padre! —Corría a saludarlo y caminaba con él mientras José subía la colina.

Todas las noches, José subía a Jesús a su regazo y leía los pergaminos. Sabía de memoria muchos de los salmos escritos por su antepasado, el rey David. A María le encantaba escucharlo. Cenaban la comida sencilla que había cocinado María y hablaban de los sucesos del día.

María se llenaba de alegría cuando había suficiente trabajo para que José se quedara en casa, en Nazaret; José llevaba a Jesús al taller. Ella les servía pan y agua y se quedaba unos minutos observándolos. José aprovechaba cada oportunidad para enseñarle a Jesús cómo usar las herramientas de su oficio: el martillo, el cincel, el mazo y el punzón. Le enseñó a usar el tarugo para alisar y el codo para medir. Cuando fuera mayor, Jesús aprendería el uso de la azuela y el hacha. Trabajaban bien juntos: José era un maestro paciente y Jesús era un aprendiz dispuesto y entusiasta. Jesús fruncía el ceño, concentrándose, mientras cincelaba algún diseño que José había dibujado sobre una tabla: una viña curvada por racimos de uvas, una estrella de David o una granada.

«Cuando volvamos al templo para la Pascua —dijo José—, te mostraré las grandes columnas de oro. Esas columnas son la obra de hábiles carpinteros que las tallaron y, luego, clavaron con martillos delgadas láminas de oro sobre ellas para que parecieran hechas de oro macizo».

Cuando trabajaba en su telar por las noches, María escuchaba a José mientras leía la Torá, los Profetas y los Salmos de su ancestro, el rey David. Fue José

quien le enseñó a leer y a escribir a Jesús. Y fue José quien tomó de la mano a Jesús, cuando tenía seis años, y lo presentó al maestro de la sinagoga para que la educación de su hijo fuera adecuadamente supervisada.

Poco tiempo después, las oraciones de María fueron contestadas.

Se paró en la puerta del taller de José y lo observó mientras esculpía una copa.

—Nunca dijiste que deseabas tener un hijo propio, José.

Él levantó la vista y negó con la cabeza.

—¿Debería querer más de lo que Dios me ha dado? Todos los días miro a Jesús y veo crecer la esperanza de Israel.

—Para él sería bueno tener hermanos y hermanas que lo amaran como lo hacemos nosotros. —En la aldea, aún había personas que murmuraban sobre el precipitado nacimiento de Jesús y lo menospreciaban y enseñaban a sus hijos que hicieran lo mismo—. ¿Y qué me dices de ti? —dijo, sin querer ceder su secreto tan rápido—. Los hijos son una bendición del Señor.

Él levantó la cabeza y sonrió.

—No pediría más bendiciones de las que el Señor ya me ha dado.

—El Señor bendice a quienes lo aman, José. Los bendice abundantemente.

Divertida, lo observó tallar un rizo de madera en la copa que sostenía. A María le fascinaba verlo trabajar porque era sumamente cuidadoso en todo lo que hacía. Era un esposo y un padre fuerte, bondadoso y amoroso. Se apoyaba en el Señor y lo buscaba en la mañana, al mediodía y a la noche.

—Bendición tras bendición, José. —Su corazón desbordaba de alegría. Estaba ansiosa por ver el mismo asombro y agradecimiento en sus ojos.

José la miró nuevamente, frunciendo el ceño esta vez, con interrogantes en sus ojos oscuros. Sabía que su esposo nunca le había pedido más a Dios. Pero ella sí. Había suplicado bendición tras bendición para este hombre que Dios había puesto a su lado. Y para Jesús. ¿No debería él sentir el disfrute de tener hermanos y hermanas?

—Sí, José. El Señor nos ha bendecido. —Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver la alegría en el rostro de su esposo—. Nuestro hijo nacerá cuando el trigo esté listo para la cosecha.

Se rio de placer cuando José la levantó en sus brazos.

CUATRO



María recibió a su segundo hijo con la misma alegría y expectativa que había recibido a Jesús. Su corazón se derritió cuando tuvo en brazos a su nuevo bebé y lo amamantó.

—Aquí está, Jesús. Tu hermano, Santiago. —Acurrucó al bebé en los brazos de su primogénito y rio al ver con cuánto placer contemplaba al nuevo bebé. Peinó el cabello de Jesús hacia atrás—. Dichoso es entre los niños por tenerte a ti como hermano.

Durante los meses siguientes, las revelaciones llegaron una tras otra a medida que María fue descubriendo las diferencias que había entre sus dos hijos. Cuando Jesús era un bebé, solo lloraba cuando tenía hambre o estaba mojado. Santiago lloraba cada vez que quería atención. Aun después de diez meses, Santiago seguía despertándola varias veces por la noche y lloraba hasta que ella se levantaba y lo sacaba de la cama.

Las mujeres del pozo estaban llenas de recomendaciones.

—Si no acuestas a ese bebé y lo dejas llorar, te hará rabietas durante el resto de su vida.

—Jesús nunca lloró así.

Una de las mujeres la miró con exasperación.

—Ella cree que el mundo gira alrededor de él. —La mujer se marchó con su cántaro con agua.

—Cada niño viene con dificultades, María —le dijo otra—. A veces es peor tener un hijo tan fácil al principio y luego otros que no son tan fáciles de tranquilizar. Ningún hijo es perfecto.

Jesús lo es, quería decir María, pero se quedó callada, sabiendo que sonaría como que alardeaba, en lugar de la verdad. La llegada de Santiago le había enseñado que sus habilidades como madre no tenían nada que ver con el carácter de Jesús. Si él fuera perfecto por la formación que ella le había dado, ¿no sería capaz de aplicar los mismos métodos para criar otro hijo para el Señor? Sus dos hijos eran de voluntad firme. Jesús dedicaba toda su atención y

su fuerza a hacer la voluntad de Dios, mientras que ella se daba cuenta de que la voluntad de Santiago estaba dirigida a salirse con la suya. Si era así de complicado de pequeño, ¿cómo sería cuando se convirtiera en un niño y, luego, en un hombre?

—Quiero que Santiago sea como Jesús —le dijo a José.

—Eso tal vez sería posible si fueran del mismo Padre. —José tomó su mano entre las suyas—. María, seremos cuidadosos de enseñar los caminos del Señor a nuestros hijos. Nos esforzaremos por vivir una vida agradable a Dios. Más allá de eso, Santiago tendrá que decidir.

Jesús todavía encontraba tiempo, entre la escuela y el trabajo con José, para sentarse con ella y charlar un rato. Subía a su hermanito sobre su rodilla y jugaba con él mientras le hacía preguntas a ella. A menudo preguntaba cosas que superaban los conocimientos de su madre.

—¿Le has preguntado a José sobre esto?

Jesús nunca se quedaba conforme cuando trataba de mandarlo por ese camino.

—Estoy preguntándote a ti, madre.

—Todo lo que sé de la ley es lo que me enseñaron mi padre y mi madre.

Repetía lo que le habían enseñado, pero Jesús quería conocer la razón que había detrás de ello. Una vez le preguntó por qué un grupo de niños le habían lanzado piedras a un anciano leproso. Ella le dijo lo que sabía que la ley decía la ley acerca de los leprosos.

—¿Es motivo suficiente para lanzarle piedras a un anciano enfermo?

A María se le hizo un nudo en la garganta al ver el dolor en los ojos de su hijo. Le acarició la mejilla.

—No hay una razón para la crueldad. Simplemente existe.

Dios abrió su útero otra vez y, después de Santiago, vino el pequeño José, en honor a su padre. Luego vino Ana, en honor a la madre de María.

Los niños amaban a Jesús y eran tan celosos de su atención como de la de María o la de José. Ana, en particular, quería sentarse sobre el regazo de su hermano mayor siempre que él estaba en la casa. Le suplicaba que le contara historias, y María escuchaba mientras él les hablaba a sus hermanos menores de Noé y del arca llena de animales, de Jonás y del gran pez, de Daniel en el foso de los leones. En la noche, les cantaba salmos a los niños. María y José cantaban con él cuando eran canciones que conocían, pero a veces Jesús entonaba palabras que les resultaban conocidas con una melodía que nunca habían escuchado.

Cada mañana, cuando besaba a Jesús antes de que se fuera a la escuela a estudiar la Torá con los otros niños de su edad, sentía una punzada de dolor porque ya no lo tenía todo para ella. Él estaba creciendo y los días de ella estaban cargados de sus obligaciones hogareñas. Cuando Jesús llegaba a casa, no se sentaba a charlar con ella. Se iba directamente a trabajar con José para cumplir los pedidos de los clientes y para ayudar a traer el pan a la mesa para la familia en crecimiento.

¿Es este el Mesías, realmente? ¿Este muchachito tranquilo que habla poco y parece no tener ninguna ambición, más allá de aprender la ley y el oficio de José?

El pensamiento apareció en su cabeza de la nada y María hizo una mueca, perturbada por él. Se apretó la frente con los dedos, tratando de borrarlo. Pero permanecía como el eco sombrío de la voz de otra persona.

¿De verdad será este el Mesías que salve a Israel? ¿Es este el rey guerrero que rescatará a su pueblo?

¿Cómo era posible que un pensamiento tan traicionero entrara en su mente? ¡Ella sabía quién era Jesús! ¡Sabía que su primogénito había sido concebido por el Espíritu Santo! ¡Sabía que era el Mesías tan esperado!

El estruendo de unas voces familiares la llevó afuera, donde vio a Santiago y a José peleando con espadas de palo. Suspiró. Esos dos siempre parecían resueltos a competir con sus puños para ganar el mejor puesto. Muchas veces se sorprendía añorando los días más simples, cuando ella y José solo tenían a Jesús. El amoroso y educable Jesús, que absorbía el mundo que lo rodeaba, pero nunca parecía ser parte de él. Su hijo de otro mundo. Su hijo del Espíritu Santo. ¿Cómo podía no preferirlo?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando el juego de Santiago y José se

volvió más rudo. Santiago le dio un empujón a su hermano menor, haciéndolo caer al suelo, y se paró sobre él, apuntando a su corazón con la espada.

—¡Estás muerto!

Las lágrimas mancharon el rostro sucio de José cuando se impulsó para levantarse.

—Ahora te toca a ti hacer de romano.

—¡Basta! —gritó María e inmediatamente se arrepintió de haber hablado con tanta dureza. ¿Por qué tenían los niños tanta inclinación por la guerra? Sabía que el sueño de cada niño judío, incluidos los suyos, era liberarse de las cadenas de Roma.

Jesús había venido a hacer precisamente eso, pero ella se preguntaba si sucedería de la manera que todos esperaban. Jesús, su hijo. El Hijo de Dios. ¿Algún día marcharía sobre Jerusalén como lo había hecho el rey David? ¿Por qué le resultaba tan difícil imaginarlo? ¿Cuál sería el costo para este niño que podía mirar con tanto amor a sus belicosos amigos y hermanos?

Sabía que Jesús también estaba luchando. Lo recordaba cuando era muy pequeño, afectado por las pesadillas recurrentes que tenía. ¿Cuántas veces lo había levantado en sus brazos y le había preguntado qué lo molestaba tanto? Nunca lo decía. Ella notaba la tristeza que había en sus ojos cuando llegaba de la sinagoga, la expresión de indignación cuando veía que alguien era tratado de manera injusta. A veces aparecía en su frente un brillo de sudor cuando se sentaba con su manto de oración sobre la cabeza, y su rostro se tensaba mientras oraba.

Un día le preguntó:

—¿Por qué pareces tan angustiado, Jesús? Dime qué está sucediendo.

—¿De qué serviría que te lo dijera?

—Podría servir para aligerar tu carga.

Él la miró y sus ojos oscuros se llenaron de compasión.

—No es alivio lo que necesito, madre. Es fortaleza renovada. Y llegará cuando más la necesite.

Estaba a punto de presionarlo para que siguiera hablando, pero en ese momento entró José con los hombros encorvados y la mirada hacia el piso. El corazón de María se desplomó.

—¿Tobías no te pagó por la silla que le entregaste?

—Me dijo que tuvo ciertos gastos inesperados. Pagará antes de la luna llena.

María se enojó. No era justo que José trabajara tanto y después tuviera que esperar que le pagaran. Tobías podía pagar lo que debía. ¡Se sentaba en la puerta con los ancianos! ¡Qué gastos inesperados! Justamente el día anterior ella se había enterado de que acababa de comprar una mula para su hijo menor. María se levantó con los puños cerrados.

—Iré a hablar con él.

José levantó la vista.

—No lo harás.

—¡No es justo que se aproveche de ti! Si no me dejas ir a mí, entonces que Jesús vaya y hable con ese hombre.

—María —dijo José con una expresión afligida—, Tobías pagará a su tiempo. Siempre lo hace.

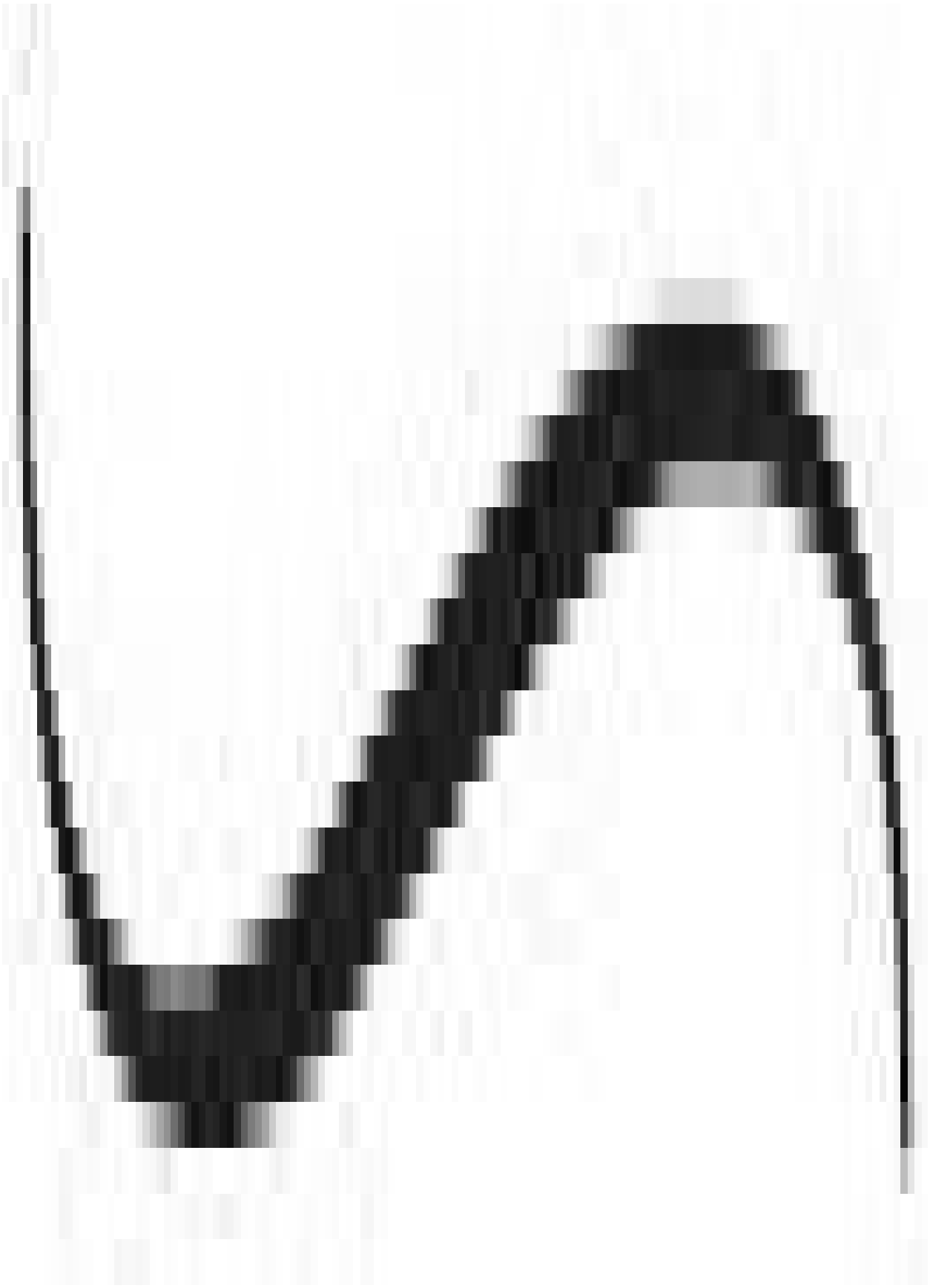
—Y mientras esperamos que llegue su tiempo, ¿con qué compraremos pan para nuestra mesa?

—Siempre hay suficiente trabajo en Séforis.

—No es justo, José —dijo ella mientras las lágrimas brotaban en sus ojos—. Trabajas tan duro.

—No es Tobías el que provee para que vivamos, María. Dios siempre provee.

José y Jesús partieron a Séforis la mañana siguiente. Esa tarde, Ana se enfermó.



Pasaron dos días y la fiebre altísima no disminuía a pesar de los paños fríos que se calentaban en la frente ardiente de la niña. Ana lloraba sin parar, mientras María la paseaba de un lado a otro en brazos. Por una vez, los niños se quedaron tranquilos. Amaban a su hermanita y percibían el miedo de María. Al tercer día, Ana había perdido el conocimiento.

Cuando José y Jesús volvieron de Séforis, María se levantó en un mar de lágrimas y se arrojó a los brazos de José, porque su pequeña agonizaba.

Jesús dejó sus herramientas de carpintero y cruzó la habitación. Las manos de José apretaron la cintura de María y ella se dio vuelta.

Jesús se quedó parado frente a su hermana por un largo rato. Luego, se arrodilló junto a su estirilla.

—Ana —dijo dulcemente y acarició la frente de su hermanita con la punta de sus dedos. Ella tomó aire profundamente y abrió los ojos.

María agarró fuertemente la mano de José.

—Jesús —dijo Ana, sonriendo; su rostro tenía un color saludable—. Estás en casa. —La hijita de María estiró la mano hacia él. Jesús la alzó en sus brazos y se incorporó. Ana le rodeó el cuello con sus bracitos, la cintura con las piernas y apoyó su cabeza sobre su hombro. Jesús arrimó su cabeza a la curva del cuello de su hermana y cerró los ojos.

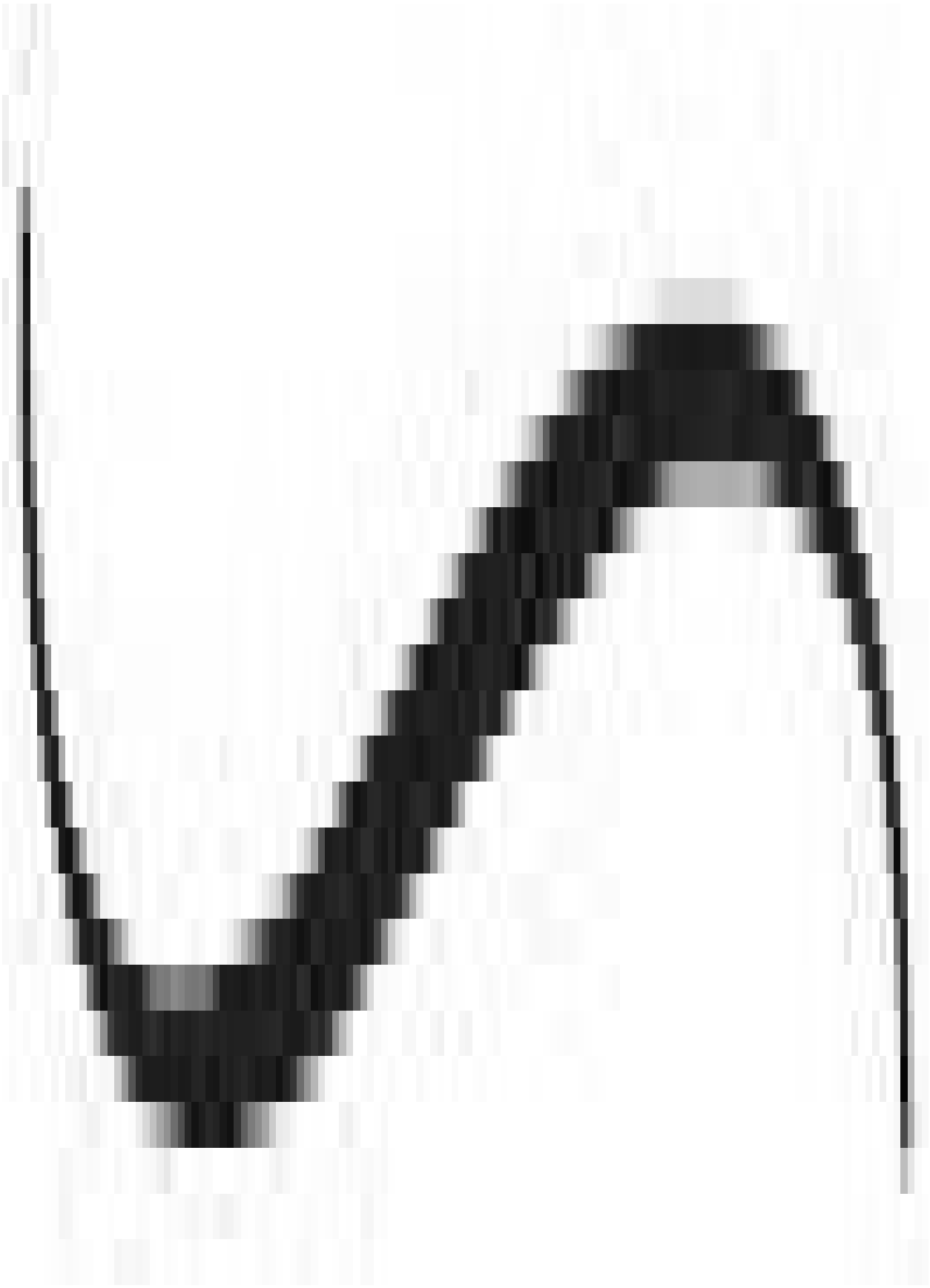
Con el corazón palpitándole fuertemente y un cosquilleo en la piel, María se dejó caer sobre el banquito que había junto a la puerta. Los dedos de José temblaban cuando la tomó del hombro. Ella se echó a reír y se cubrió el rostro. Las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Ana está bien, mamá. —Santiago se levantó—. ¿Podemos salir a jugar ahora? —Corrió hacia Jesús, que cambió de lugar a Ana para poder rodear a su hermano menor con el otro brazo.

—Sí, está bien, Santiago. Vayan afuera y jueguen.

El pequeño José corrió detrás de él.

Y María se dio cuenta de que, aunque Santiago y José vieron, no lo habían entendido.



Josías, uno de los amigos de Jesús, entró en la carpintería con un mensaje de parte del rabino.

—Quiere que vaya ahora. Se trata de Jesús.

—¿Qué pasa con Jesús? —dijo José, dejando a un costado la azuela y limpiándose las astillas del frente de su túnica mientras salía con Josías a la calle.

—El rabino se enojó con él otra vez.

—No sabía que se había enojado antes. —José podía sentir las gotitas de transpiración que corrían por su nuca—. ¿Qué sucedió, Josías?

—Realmente no lo sé —dijo el niño, sacudiendo la cabeza—. Lo único que hizo Jesús fue hacerle una pregunta, pero el rostro del rabino se puso todo rojo y empezó a temblar. Luego me dijo que viniera y lo llamara a usted.

Caminaron rápidamente por la calle hasta el centro del pueblo, rumbo a la sinagoga. Cuando José entró, sintió la tensión en el aire y pudo escuchar el tono de voz tirante del rabino, hablando sobre algún aspecto de la ley. Tan pronto como vio a José, dio unas palmadas.

—Suficiente por hoy. Recuerden lo que discutimos durante el camino a su casa. Piensen bien en estas cosas. —Los despidió haciendo un ademán con la mano.

Los niños se pusieron de pie y salieron rápido de la sinagoga, todos excepto Jesús, que estaba sentado en un banco en el frente. Con el corazón afligido, José se sentó junto a él y puso una mano sobre el hombro del muchacho.

El rabino metió las manos dentro de sus mangas y fulminó con la mirada a Jesús.

—¡Estoy cansado de que él me cuestione!

José parpadeó.

—¿Rabino? —La sinagoga era el lugar para hacer preguntas, para explorar la ley.

El rabino sacudió la cabeza, enojado.

—No me incomodan las preguntas. Es su manera de cuestionar lo que me molesta.

Confundido, José dejó de mirar al rabino y se fijó en Jesús, luego volvió a mirar al rabino.

—¡Hable con él! —Los ojos del rabino relampaguearon—. Explíquele a su hijo que yo soy el rabino y que si insiste en hacerme preguntas que me hagan quedar como un... santurrón, le impediré entrar a la sinagoga. No permitiré que el hijo de un simple carpintero socave mi autoridad.

José sintió que se acaloraba. Soltó el hombro de Jesús y dio un paso adelante, pero Jesús le agarró la mano y se levantó.

—No quise faltarle el respeto, rabino —dijo el muchacho con una calmada dignidad. Miró al hombre directo a los ojos, y no habló más.

Toda la bravuconada del rabino quedó desarmada, y parpadeó. Luego, entrecerró los ojos como si buscara algún indicio de burla.

—Estás advertido.

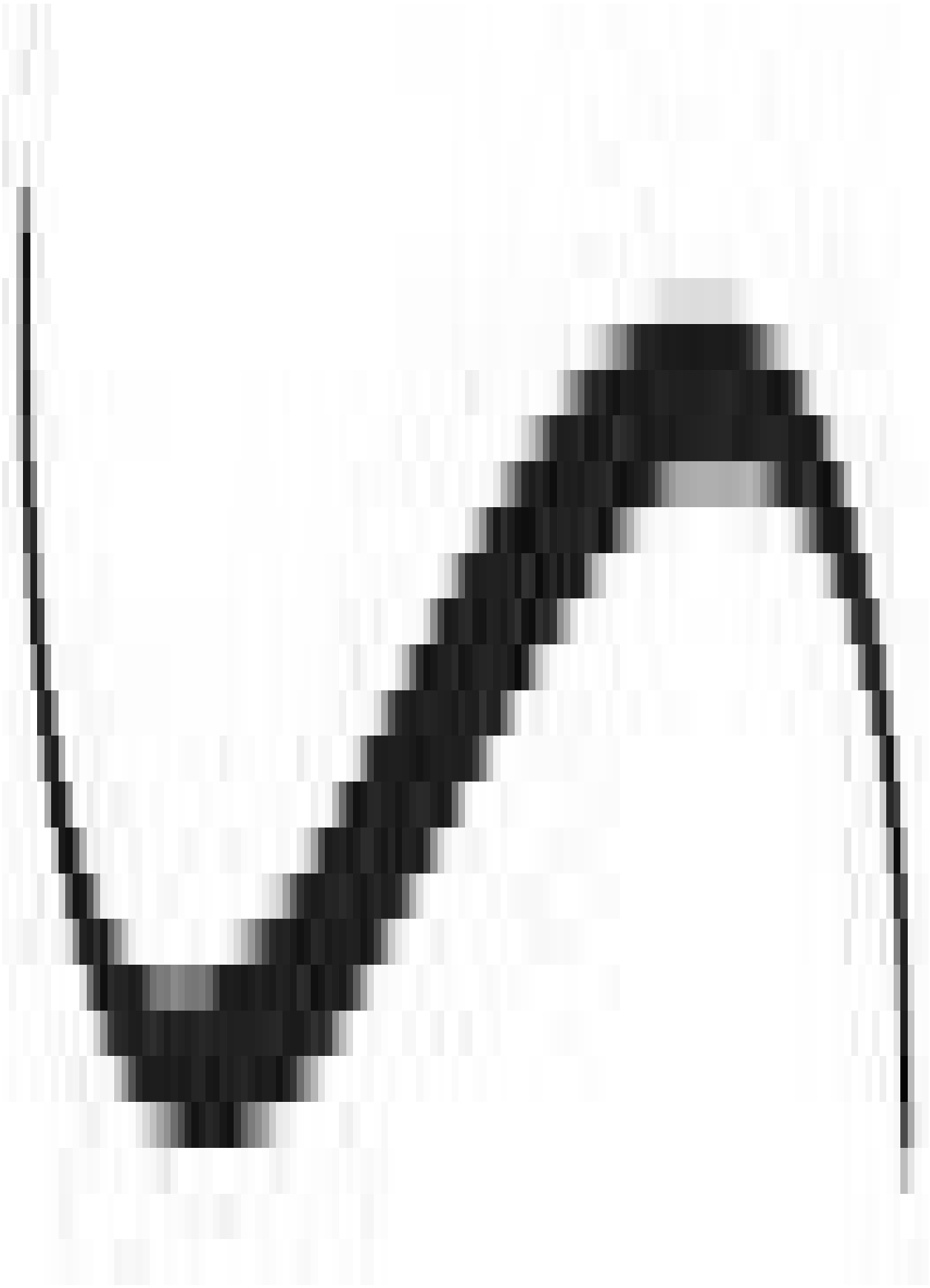
Cuando José salió de la sinagoga con Jesús, pensó en preguntarle que había causado tanta hostilidad. Pero, cuando miró a Jesús, vio sus lágrimas. Con un gesto dolido, José abrazó al muchacho.

—¿Te humilló frente a los demás? —Desde luego que lo hizo, pensó José, tan enojado como para volver y decirle al rabino lo que pensaba.

Jesús sacudió la cabeza con esa mirada distante que volvía a sus ojos.

—¿Por qué son tan tercos los hombres?

José sabía que Jesús no se lo preguntaba esperando una respuesta.



Cuando llegó la ocasión en que Jesús leería la Torá en la sinagoga, María se abrió paso hacia adelante en la galería de las mujeres, hasta que pudo mirar hacia abajo, a la asamblea. El lector salmodió el Shemá. Los niños respondieron «amén». Enfrentando a Jesús en la plataforma estaban el rabino de Nazaret y el comerciante adinerado que dirigía la congregación. Detrás de ellos se sentaban los siete ancianos de la ciudad y, luego, los hombres según su profesión. Divisó a José, a Jesús, a Santiago y a José entre los carpinteros.

Los dedos de María se aferraron al enrejado. Había estado esperando este día, el día que su hijo leería frente a la congregación. ¿Se anunciaría a sí mismo ante los reunidos? ¿Se darían cuenta, finalmente, de que él era el Ungido de Dios?

El rabino, seguido por el principal de la congregación y el jefe del tribunal, se acercó al arca del pacto y sacó el rollo sagrado de la Torá. La congregación se puso de pie y clamó: «Siempre que el arca salía, Moisés gritaba: "¡Levántate, oh Señor y que se dispersen tus enemigos! ¡Que huyan ante ti!"».

Jesús dejó el sector de las bancas donde se sentaban los carpinteros y caminó hacia el frente, acomodándose el manto de oración sobre los hombros. Caminaba con gran dignidad para ser alguien tan joven. ¿Notaban los demás la diferencia en su comportamiento? El corazón de María palpitó fuertemente mientras él subía a la plataforma. ¿Sucedería algo en el día de hoy que revelaría su identidad ante todos los de Nazaret que habían murmurado a sus espaldas en contra de ella y de José? ¿Se darían cuenta finalmente de que su hijo era el Mesías? ¿Se reunirían alrededor de él y alabarían su nombre? ¿Lo seguirían dondequiera que los guiara?

Que así sea, Señor. Que su momento sea ahora. Padre del cielo, hemos esperado tanto tiempo. David fue ungido siendo un muchacho. Tú le diste la victoria a David por todas partes.

Jesús ocupó el lugar del lector y mantuvo abierto el pergamino.

«"El Señor de los Ejércitos Celestiales dice: 'El día del juicio se acerca, ardiente como un horno. En aquel día el arrogante y el perverso serán quemados como paja. Serán consumidos, desde las raíces hasta las ramas'". —Mientras Jesús leía, María sintió un escalofrío. Tenía la voz de un niño, pero contenía una autoridad que no reflejaba en absoluto su edad. ¿La escuchaban los demás?

«“‘Sin embargo, para ustedes que temen mi nombre, se levantará el Sol de Justicia con sanidad en sus alas. Saldrán libres, saltando de alegría como becerros sueltos en medio de los pastos. El día en que yo actúe, ustedes pisotearán a los perversos como si fueran polvo debajo de sus pies’, dice el Señor de los Ejércitos Celestiales”».

El corazón de María se llenó de orgullo. José alzó la vista y la miró, sonriendo y con los ojos brillantes.

«“‘Acuérdense de obedecer la ley de Moisés, mi servidor, todos los decretos y ordenanzas que le entregué en el monte Sinaí para todo Israel’” —siguió leyendo Jesús—. “‘Miren, les envío al profeta Elías antes de que llegue el gran y terrible Día del Señor. Sus predicaciones harán volver el corazón de los padres hacia sus hijos y el corazón de los hijos hacia sus padres’”».

Jesús levantó la cabeza y recorrió con la mirada a todos los hombres que estaban escuchando y a las mujeres que estaban arriba, en la galería.

«“‘De lo contrario, vendré y haré caer una maldición sobre la tierra’”».

María sintió que se le erizaba el cabello de la nuca. No temía por el hijo que había tenido para Dios, sino por el futuro de su pueblo. ¿Qué sería de sus otros hijos y de su hija? ¿Creerían que Jesús era el Ungido de Dios y lo seguirían a cualquier costo? ¿O continuarían presenciando su bondad, su amor, su misericordia, pero sin entender que él era más que otro hijo de su vientre? Él era el Hijo de Dios, enviado desde el cielo para liberar de la esclavitud a Israel.

Ah, el hijo que tuviste es aún más grande que Moisés. ¡Tu hijo reinará! Mira a tu muchacho, María. Es tu sangre la que corre por sus venas.

Su corazón de madre se llenó de orgullo al mirar a Jesús. Los hombres de Nazaret lo rodearon y festejaron su primera lectura de la Torá delante de la congregación. ¡Era un día estupendo y glorioso! Las mujeres que la rodeaban se acercaron a ella y la felicitaron por tener un hijo tan distinguido. «Qué bien lee, María... Tiene tanta dignidad...».

Uno de los ancianos empezó a cantar una canción de celebración y los demás hombres se sumaron a él, hasta que el sonido de sus voces aumentó, profundo y fuerte, elevándose.

¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

María se quedó mirando fijamente a Jesús. Cuando la miró, ella se sorprendió por la expresión de inquietud que vio en su rostro. La miró directamente y, de pronto, ella se dio cuenta hacia dónde corrían sus pensamientos.

Mi hijo.

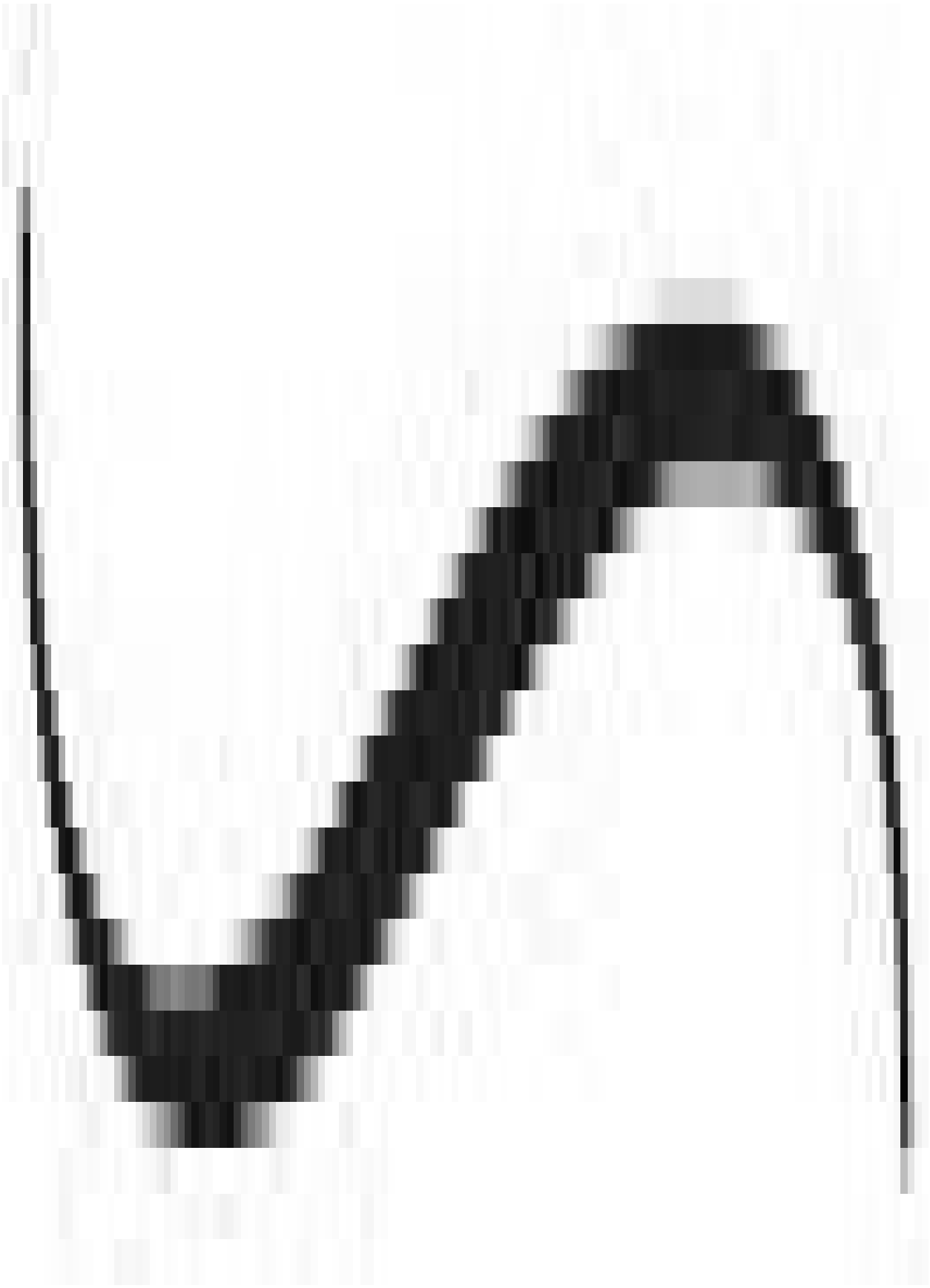
Mi sangre.

¡Mi hijo reinará!

Mirando a Jesús, se apretó las mejillas ardientes con sus manos frías.

Oh, Señor, Dios de Israel, ¡perdóname! Jesús es Tu Hijo. Es un Hijo del Espíritu Santo. Yo soy solamente el recipiente que Tú usaste para cumplir Tu promesa.

El rostro de Jesús ya se había suavizado. Sus ojos brillaron cuando levantó las manos y dio vueltas; se echó a reír y a bailar, mientras los hombres de fe lo rodeaban uniendo sus brazos para formar un círculo.



María se sentó en una banca pequeña del jardín, en la quietud de la noche. Todos los niños dormían en sus estirillas. Después del día de la celebración, Jesús y José estaban hablando y leían atentamente las Escrituras, como solían hacer. ¿Cuántas veces había escuchado María a José decirles a sus hijos que la Palabra de Dios estaba arraigada en el cielo y que su verdad perduraría para todas las generaciones? Los hermanos de Jesús aún eran demasiado pequeños para entender; sin embargo, su padre decía: «Mediten en la ley, hijos míos, pues los mandamientos del Señor los harán más sabios que sus enemigos».

Abrió y cerró los ojos para contener las lágrimas. Qué pena que a las mujeres no se les permitiera estudiar la Torá ni pasar horas hablando sobre la ley y los Profetas. Solamente podía absorber lo que escuchaba desde la galería de las mujeres mientras leían la Torá. Podía escuchar y disfrutar únicamente de lo que José leía de los pergaminos que había heredado por ser del linaje de David.

Había tantas cosas que ella no sabía, que no comprendía.

—¿María? —Sintió la mano de José sobre su hombro. Puso su mano sobre la de él, tratando de contener las lágrimas que todavía buscaban salir. Quizás estaba demasiado cansada—. ¿Qué te preocupa, mi amor? —Él se sentó en la banca junto a ella.

Tragó saliva, tratando de encontrar las palabras.

—Tantas cosas, José. —Agachó la cabeza. Luego, lo miró—. Hoy me sentí muy orgullosa de mi hijo. Leyó tan bien. Todas las mujeres lo decían. —Aun algunas que habían murmurado contra ella—. Y el rabino sonreía y... —El mismo rabino que había querido expulsar a Jesús de la sinagoga.

José le secó una lágrima de la mejilla. No dijo nada, esperando pacientemente que le dijera lo que tenía en el corazón. Ella lo quería tanto. Podía hablar libremente con su esposo. Tal vez pudiera desenredar las emociones que la atormentaban, la sensación fastidiosa de que algo no estaba bien, algo que no llegaba a comprender.

—Sé que todo ocurrirá conforme a los tiempos de Dios, José —dijo en voz baja —, pero a veces desearía que el momento fuera ahora. —Contempló las estrellas —. Moisés tenía ochenta años cuando el Señor le dijo que fuera al desierto y se

presentara ante el faraón. —Miró sus manos apretadas y tragó saliva antes de animarse a hablar nuevamente—. Su madre seguramente había muerto mucho antes de ese momento.

—¿Tienes miedo de no vivir lo suficiente para ver a Jesús tomar posesión de su reino?

—¿Está mal que quiera verlo en el lugar que merece? —Recordó la expresión de Jesús cuando levantó la vista a la galería de las mujeres y la miró. Volvió a sentir las mejillas acaloradas. ¿Por qué debía sentirse avergonzada? ¿Por qué no debería estar orgullosa de su hijo?—. Todos en Israel anhelan que el Mesías venga y arregle todas las cosas, José. El rey David escribió que el Señor convocará a toda la humanidad desde donde sale el sol hasta donde se pone, y que desde el monte Sion juzgará a las personas. ¿Acaso no dice que nunca tendremos que temer a los terrores de la noche, o a los peligros del día o a la enfermedad que acecha en la oscuridad? Veremos cómo serán castigados los perversos. —Los romanos, los recaudadores de impuestos, los fariseos y los escribas que acumulaban más leyes sobre las espaldas del pueblo de Dios, hasta que se sentían agobiados por el peso de sus obligaciones.

—María —dijo José con dulzura—, en las Escrituras hay muchos pasajes sobre el Mesías.

—David era un muchacho cuando Dios lo ungió como rey.

—Jesús es más que un rey.

—Soy su madre, José. Lo conozco mejor que tú.

—Sí, mi amor. Pero piensa lo siguiente: ¿Vendría el Señor a juzgar al mundo antes de haber dispuesto una manera de liberarnos de las consecuencias del pecado?

—Están la ley, los sacrificios...

—Quizás te sientas limpia de todo pecado, María, pero yo nunca me he sentido así. ¿Quién podrá pararse ante el Señor el Día del Juicio y no quedarse corto ante su nivel de perfecta bondad?

—Para eso es la obediencia.

—¿Lo obedecemos con todo nuestro ser? ¿Con todos nuestros pensamientos? —José sacudió la cabeza tristemente—. A veces pienso que Dios nos entregó la ley solo para mostrarnos cuán malvados somos. Todos los días escucho a hombres que oran pidiendo que el Mesías venga. Pero piden que traiga una espada para masacrar a los romanos, una espada que expulse a todos los extranjeros de nuestra tierra. —La miró a los ojos—. Oran pidiendo ser resarcidos por el daño que les hicieron. Anhelan ver el castigo a los demás. —Acarició suavemente la mejilla de María con sus nudillos y la miró con ternura—. ¿Es justicia lo que quieren... o venganza? Yo no deseo el castigo para nadie, sino un regreso a la relación que Adán tuvo con el Señor en el jardín de Edén.

—Jesús se encargará de que tengamos eso, José. Y un día, Santiago y el pequeño José ocuparán los lugares que les corresponden junto a él. —Cuando José no dijo nada, ella se quedó mirándolo y sintiendo la indignación que se revolvía en su interior. Seguramente, él quería las mismas cosas que ella: a Jesús en el trono y a sus hijos a su lado—. Tú sabes tanto como yo que Jesús es el Mesías.

—Sí —dijo José suavemente—. Lo sé. Pero, como sueles recordarme, Dios nunca hace las cosas según la manera que su pueblo espera.

Sus palabras y su modo de decirlas la preocuparon.

—¿No estás impaciente por ver cumplida la promesa? —¿Por qué no hablaba? ¿Por qué parecía tan meditabundo?—. Todos estos años he escuchado con atención desde la galería de las mujeres, José. Y te he escuchado cuando le lees las Escrituras a Jesús. ¿Qué tenemos que temer? Moisés dijo que el Señor es un guerrero y el profeta Daniel dijo que todo le será dado. Jesús tendrá poder, honor y un reino. Todas las naciones, las personas que hablan en todos los idiomas, lo servirán, y su reinado será eterno y no acabará. Su reino nunca será destruido. ¡Lo único que deseo es que eso suceda ahora!

José le agarró la mano y la sostuvo entre las suyas.

—Daniel también dijo que parecerá que el Hijo del Hombre no logró nada.

Ella buscó su mirada en la luz cada vez más tenue.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco, María, pero Isaías dijo que el Mesías sería un hombre de dolores,

conocedor del dolor más amargo.

—No. —Desde el mismo día que el Señor había posado su sombra sobre ella, María había enfrentado el rechazo. Seguramente eso no le sucedería a Jesús. Seguramente todas las cosas serían reveladas. La verdad finalmente se daría a conocer con claridad para que todos la vieran. Se dio vuelta hacia José y apretó fuertemente sus manos—. Nadie rechazará a Jesús. ¡Es tan bueno, José! Está lleno de amor por los demás. ¿Cómo podría la gente no regocijarse por él? Cuando llegue el momento, el Señor les hará saber a todos que Jesús es a quien hemos esperado durante tantos siglos. Y Jesús se revelará a las naciones.

—María, ¿has olvidado que Dios se reveló a sí mismo a las naciones cuando liberó de Egipto a su pueblo? ¿Y qué pasó? Toda la generación que cruzó el mar Rojo caminando sobre tierra seca murió en el desierto porque lo rechazaron.

—Esta vez no será así. Yo lo entiendo mejor que tú, José. ¡Soy su madre!

—Sí, María, eres su madre. Pero es su Padre quien prevalecerá.

Se apartó de él.

—¡No me digas que el Señor enviaría a Su Hijo al mundo para que sea rechazado! ¿Te parece que eso tiene sentido? —Las palabras que Simeón había dicho en el templo vinieron inoportunas a su mente: «Y una espada atravesará tu propia alma». Se puso de pie y se alejó—. No. —Se abrazó a sí misma, helada ante la sola idea. Sacudió la cabeza—. Dios es misericordioso.

—¿Quieres misericordia para todos los que dijeron que mentiste sobre cómo fue concebido Jesús? ¿Suplicarás misericordia para quienes querían apedrearte? ¿Es misericordia lo que quieres, María... o justificación?

Sus palabras la hirieron profundamente, pero sabía que no las había dicho para lastimarla. Solo para que meditara más profundamente. Apoyó una mano sobre sus labios temblorosos. ¿Cuál era su deseo? ¿Que las personas vieran la verdad y se arrepintieran del dolor que les habían causado a ella y a su familia? ¿Era incorrecto querer que Jesús pusiera fin a la opresión y la aflicción? ¿Era incorrecto querer que todos en Nazaret supieran que ella había dicho la verdad, que Dios la había escogido para que diera a luz al Mesías, que Jesús había nacido de Dios y que un día reinaría en justicia y en majestad? ¡Deseaba ver el Día del Señor! ¡Quería ver al Ungido de Dios en el trono! Las lágrimas le

impedían ver. Deseaba que el mundo volviera a ser justo como había sido en el jardín de Edén.

José se levantó y se acercó a ella. Le tomó una mano y le dio un beso en la palma. Secó las lágrimas que había en sus mejillas.

—De alguna manera, el Señor unirá la misericordia y la justicia, María. No sé cómo, pero eso sucederá por medio de Jesús. Y el costo será más alto de lo que cualquiera pudiera imaginar.

—Morirán personas —dijo ella en voz baja con angustia. Cada vez que Dios disciplinaba a su pueblo, miles perecían.

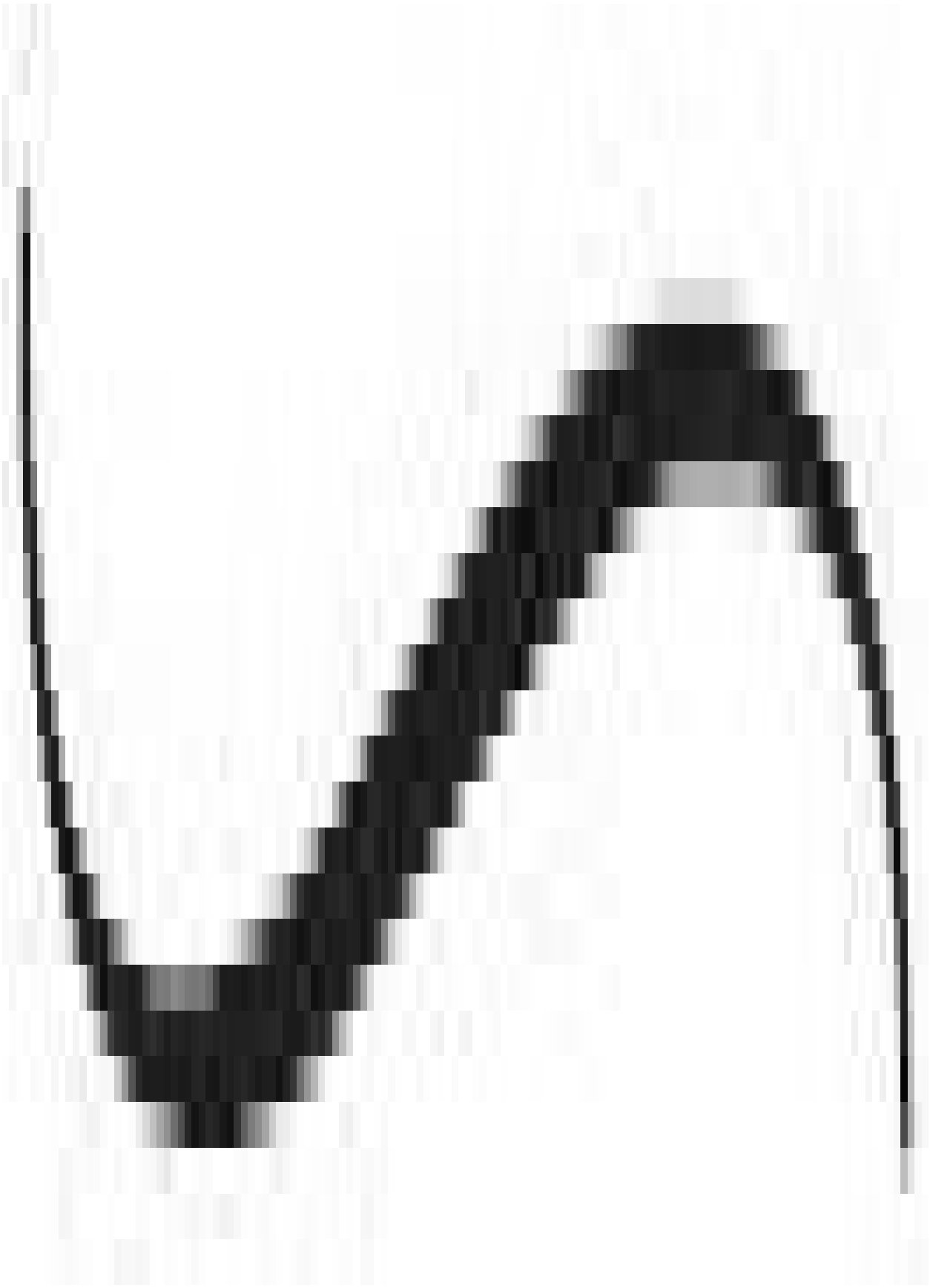
—Las personas se han estado muriendo desde que Adán pecó, María. Me refiero al costo de la obediencia. Sabemos que Jesús es el Mesías. Pero es lo único que sabemos. No cuándo ni cómo llegará al poder, ni quién estará a su lado. El plan de Dios es un gran misterio. Pero sé lo siguiente: Todos los hombres y las mujeres fieles que nos antecedieron anhelaron este día, y nosotros estamos viendo crecer al Hijo del Hombre. Sin embargo, como ellos, tenemos que esperar al Señor. Tenemos que confiar en Él sin importar lo que pase ni cómo se vean las cosas. —Su voz se quebró—. Eso es lo que veo que Jesús hace, desde el instante que se levanta en la mañana, hasta que se acuesta por la noche. Todo su ser se concentra en agradar a su Padre.

María pudo ver el brillo de las lágrimas en los ojos de José.

—Tienes miedo por él, ¿verdad? No tienes que temer. Dios lo protegerá.

José la tomó en sus brazos y la retuvo cerca de él.

—Elías es el único profeta que dejó este mundo en vida.



María vio cómo José se llevaba a Jesús, a Santiago y al pequeño José, mientras ella tomaba la mano de Ana y se dirigían al patio de las mujeres. Habían ido a Jerusalén a festejar la Pascua, como hacían todos los años desde que volvieron de Egipto. Hoy era el comienzo de la celebración de cómo Dios había pasado por alto al pueblo judío y había matado a los primogénitos egipcios. Hoy empezaba la celebración de la liberación, del rescate de la esclavitud de los judíos.

Volviendo a la casa de su pariente Abías, donde estaban alojándose, María vio que los soldados romanos marchaban por las calles y escuchó las quejas de las personas que la rodeaban: «¡Algún día el Mesías vendrá y destrozará a esos cerdos romanos inmundos! Será un rey más grande que Salomón, y todos los pueblos se postrarán ante Él».

Ella y otras mujeres que estaban en la casa prepararon el matzá shmura —el pan redondo, duro y sin levadura— para el banquete de la Pascua. Molieron rábano picante y lavaron perejil. Picaron frutas y nueces y les echaron especias y vino para preparar una pasta acre y picante.

Y cuando todos se sentaron sobre los tapetes y se reclinaron para comer, fue Abías quien dirigió la comida ceremonial. Era el hermano menor de su pariente Zacarías, quien había muerto recientemente al igual que su amada esposa Elisabet. María se preguntaba qué habría sido del hijo de la pareja, Juan. Cuando María visitó a Elisabet poco tiempo después de enterarse que estaba embarazada de Jesús, el hijo de Elisabet saltó dentro del vientre de su madre. Antes de que María volviera a su casa, Elisabet se inclinó hacia ella y susurró: «Cuando llegue el momento oportuno, mi hijo le anunciará a Israel que el Mesías ha llegado».

A María le habían contado que un miembro de una orden monástica llamada los esenios había venido y se había llevado a Juan al lugar donde moraban en los acantilados sobre el mar Muerto. Desde entonces no habían vuelto a ver a Juan ni habían tenido noticias de él. Si cada año venía para la Pascua con los esenios, no había intentado encontrar a sus parientes. A veces María veía un grupo de hombres cubiertos de polvo por el viaje, demacrados por la vida sacrificial que llevaban. Los niños huérfanos que cuidaban estaban más saludables que sus benefactores, pero nunca vio a ninguno que se pareciera a Elisabet o a Zacarías.

¿Habría enviado el Señor a Juan a ocultarse, así como había enviado a Jesús a Egipto? Algún día, Juan volvería a aparecer. Y cuando lo hiciera, el Día del Señor estaría por llegar. Pues sin duda la mano de Dios estaba sobre él como lo estaba sobre Jesús. Algún día Juan proclamaría el reino de Jesús tal como lo había predicho Elisabet.

María se concentró en la Pascua mientras la esposa de Abías encendía las velas, dando comienzo a la comida e iluminando la reunión. Abías sostuvo en sus manos una copa con vino, y todos los reunidos hicieron lo mismo mientras el venerable patriarca comenzaba las oraciones rituales.

«Bendito seas, oh Señor Dios de Israel, rey del universo, que nos has santificado con Tus mandamientos y nos has liberado de Egipto...»

En el momento señalado, la niña más pequeña, la nieta de Abdías, Lea, preguntó por qué había un asiento vacío en la mesa.

«Hemos dejado un lugar para Elías —le dijo Abías—, pues el profeta Malaquías dijo que Dios enviará al profeta Elías antes de que llegue el gran y terrible Día del Señor. Ve y mira si está en la puerta». La niña se levantó de un salto y corrió a buscar a Elías.

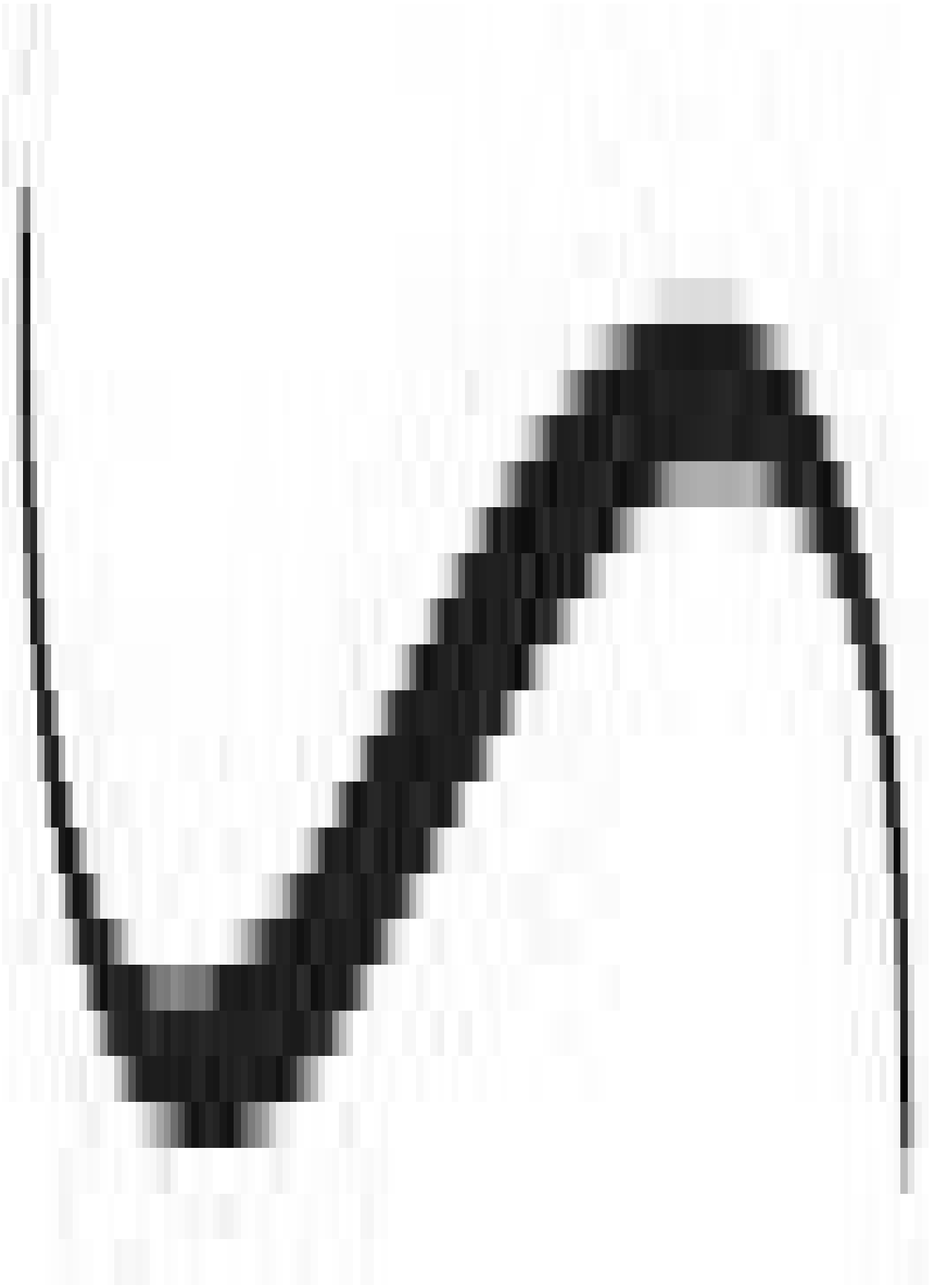
El corazón de María resonó al ver a Jesús reclinado en la mesa, flanqueado por sus primos. Los rabinos decían que el Mesías vendría en la Pascua. Y ella sabía que el Mesías estaba en la mesa. Se dio vuelta y miró hacia la puerta, preguntándose si Juan aparecería esta noche y anunciaría a todos la identidad de Jesús.

La niña regresó.

—Elías no está aquí, abuelo.

Abías levantó su copa.

—¡El próximo año, en Jerusalén!



José vio la esperanza en el rostro de María cuando observó a Lea ir en busca de Elías. Y vio la interrogante en sus ojos cuando la niña volvió y dijo que Elías no estaba ahí. Escuchó las charlas que se desarrollaban a su alrededor sobre el anhelo de los presentes de la llegada del rey-Mesías, quien destruiría el mal de en medio de ellos y liberaría al pueblo de su esclavitud.

Cuando miró a Jesús, se le cerró la garganta, pues cada año los versículos de Isaías le venían rápidamente a la mente. Algunas veces José se preguntaba si María era como los demás, que esperaban que el Mesías viniera en poder, como lo había hecho David, para aplastar a los enemigos de Dios.

Los rabinos decían que el Mesías llegaría durante la Pascua. Las Escrituras decían que el Mesías nacería de una virgen y se levantaría para aplastar la cabeza de la serpiente, Satanás. Pero ¿qué significaba eso? ¿Cómo sucedería? ¿Por qué sentía este dolor cada vez que participaba en el banquete de la Pascua? La respuesta estaba fuera de su alcance; no podía comprenderla. ¿Podía alguien entender qué planeaba Dios para la humanidad? Pero José sabía algo sin ninguna duda: ¡El Mesías está aquí! ¡Está en este seder! ¡Él está en esta mesa! ¡El que nos salvará está comiendo el cordero que fue ofrecido en sacrificio para la expiación de nuestros pecados! ¡Está comiendo el pan sin levadura y bebiendo el vino!

Nadie se daba cuenta. Todos miraban a Jesús y veían a un niño de doce años como cualquier otro, que estudiaba la Torá, que trabajaba con su padre y que crecía bajo la opresión de Roma.

Jesús. El Mesías. Dios con nosotros.

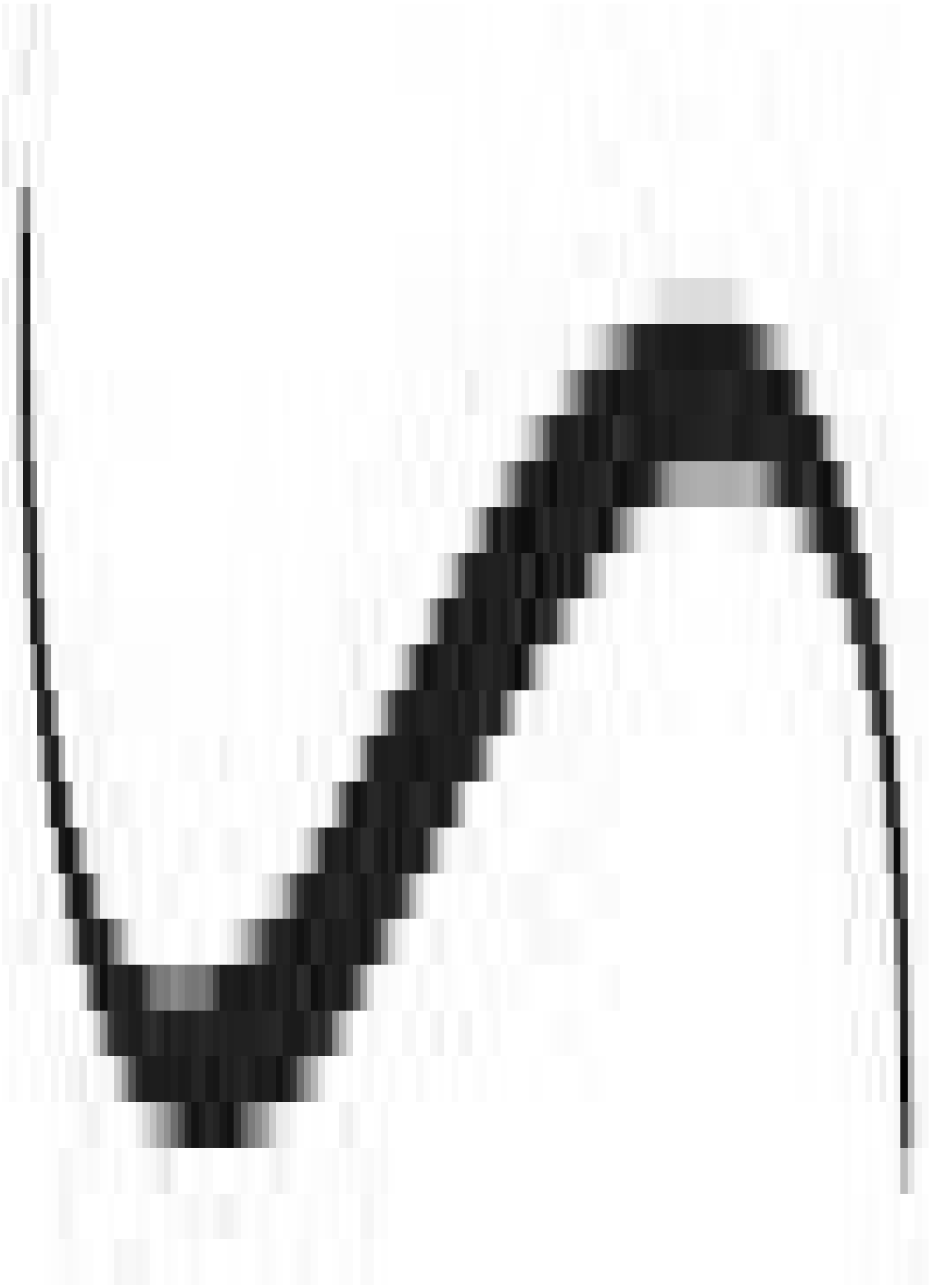
Cada año, José recordaba las palabras del ángel como si acabara de escucharlas el día anterior. Se estremecía, siendo consciente de ello, y volvía a llamarle la atención que pasaran los ocho días de la festividad sin que Juan entrara por la puerta. La Pascua se trataba de un cordero sacrificado, un cordero cuya sangre marcaba para la salvación a quienes creían en lo que Dios había dicho que haría. El cordero... el vino rojo sangre... el pan sin levadura. Le dolía el corazón.

Jesús levantó la vista y miró a José a los ojos. En un breve instante, José imaginó la muerte del muchacho. Estremeciéndose, cerró los ojos y se tragó la angustia que le brotó adentro cuando el amor por el niño lo dominó. Oh, Señor Dios...

Oh, Señor, Señor...

La comida transcurrió en un ambiente de celebración reverente y luego Abdías sacó la matzá escondida y le quitó el envoltorio de lino. Partió un trozo y lo pasó para que todos pudieran compartirlo. Mientras José comía el pedazo de pan sin levadura, se preguntó cuándo se enteraría el resto de la gente lo que él y María sabían desde hacía doce años.

¡El Mesías está aquí! ¡Dios está con nosotros! ¡Algún día, pronto, Él liberará a los cautivos!



María caminó con las mujeres cuando partieron hacia la casa. Viajar en familia con los parientes en una gran caravana brindaba seguridad, así como compañerismo. Santiago y José corrieron hacia adelante con los otros niños. No había visto a Jesús en toda la mañana, pero supuso que estaba con sus primos. Durante toda la semana le había dado libertad para que diera vueltas por Jerusalén con ellos y no vio ninguna razón para controlarlo ahora que estaban volviendo a casa. Él nunca les había dado motivos para preocuparse, y se quedó tranquila mientras estuvieron de visita en la casa de los parientes de Galilea. Pasaría todo un año hasta que volvieran a verse y María quería disfrutar su compañía mientras pudiera.

Cuando llegaron a un poblado judío que quedaba a un día de distancia de Jerusalén, María no vio a Jesús entre sus sobrinos.

—¿Han visto a Jesús?

—No desde ayer.

Ella se quedó helada.

—¿Ayer? ¿Quieren decir que no estuvo con ustedes en todo el día?

—No. Salió a pasear solo y no lo hemos visto desde entonces. ¿No está con José?

María echó a correr para hablar con su esposo, pero se enteró de que José tampoco lo había visto en todo el día.

—¡Santiago! ¡José! —Les hizo preguntas a sus hijos menores cuando llegaron corriendo, pero tampoco sabían dónde estaba Jesús—. ¡Ay, José! ¡Él nunca ha hecho algo así! ¿Dónde puede estar?

—Debe estar en Jerusalén.

—¡Algo tiene que haberle sucedido! ¡Ay, José! ¿Por qué no lo vigilé mejor? —Vio que las líneas del rostro de José se profundizaban y se dio cuenta de que estaba tan preocupado como ella. Se acercaron a su hermana, María, y a su esposo, y les preguntaron si podían cuidar a los otros niños mientras ellos

volvían a buscar a Jesús. Rápidamente accedieron y les prometieron quedarse con Santiago, José y Ana hasta que María, José y Jesús volvieran.

—Probablemente, Jesús se distrajo con toda la agitación que hay en Jerusalén, María —dijo su hermana—. Posiblemente ahora esté viniendo por el camino y nos alcance mañana.

María pasó la noche inquieta, poniéndose en guardia cada vez que escuchaba un ruido. «¿Jesús?».

José no durmió mejor que ella; se levantó antes del alba y le informó a Cleofas que se iban y que los niños sabían que debían irse con su tío.

«No escatimen la vara cuando lo encuentren», les gritó Cleofas mientras se iban.

Llegaron a Jerusalén cuando estaba atardeciendo y entraron en la ciudad antes de que cerraran las puertas. Fueron directamente a la casa de Abías con la esperanza de encontrar allí a Jesús. Cuando no lo encontraron, María se puso a llorar y suplicó que comenzaran a buscarlo inmediatamente por la ciudad.

—No lo encontrarán a esta hora —dijo Abías—. Y si salen ahora, terminarán interrogándolos los soldados romanos.

—¿Cómo puedo descansar cuando mi hijo está desaparecido? —María se tapó el rostro—. ¿Qué puede haberle pasado?

José la rodeó con el brazo.

—Empezaremos a buscarlo a primera hora de la mañana.

Ella se dejó caer contra él.

—¿Cómo pude permitir que esto sucediera?

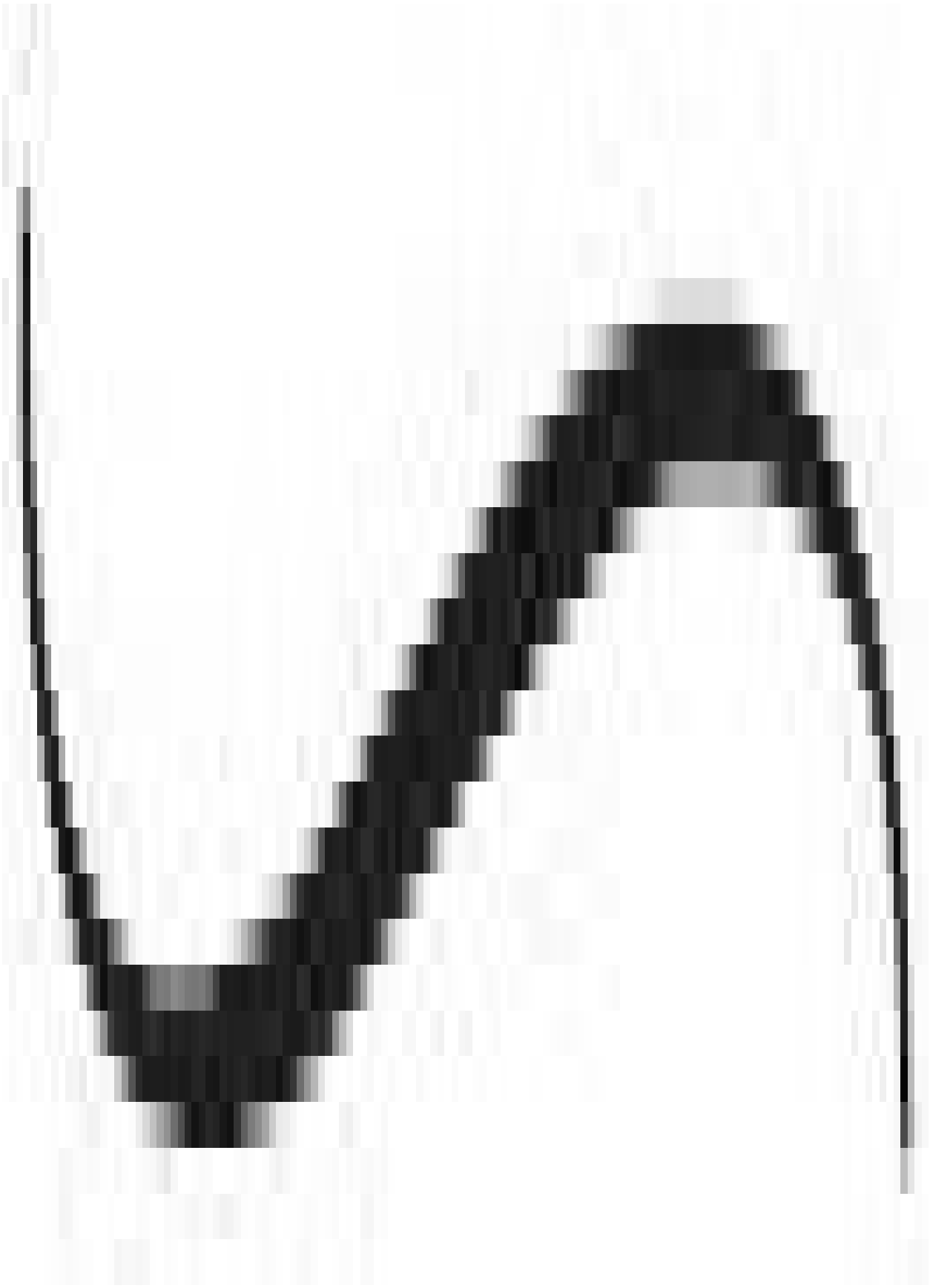
—No tengas miedo, mi amor. La mano del Señor protege al muchacho.

Sabía que José tenía razón. Todas las cosas que esperaba que sucedieran no habían sucedido. ¿Por qué no era más alentador? Las palabras que Simeón le había dicho en el templo volvieron a perseguirla: «Y una espada atravesará tu propia alma». ¿Moriría ella por una espada antes de que su hijo accediera al

poder? ¿O era esto lo que había querido decir el anciano profeta? Porque su corazón estaba atravesado por el miedo y por la vergüenza de no haber cuidado mejor a quien Dios le había entregado.

—Tienes que descansar, mi amor —dijo José, con ternura y firmeza. Aunque su mente se resistía, sabía que no tenía fuerzas para discutir. Estaba tan exhausta que apenas podía mantenerse en pie, mucho menos buscar a su hijo por la ciudad. Se echó a llorar.

¡Dios, perdóname por haberlo perdido! ¡Dios, perdóname por no haberlo cuidado!



Abías les dijo que buscaran en el mercado, pues era el lugar más común donde iban los muchachos cuando visitaban la gran ciudad. Era fácil distraerse con la emocionante agitación que era el despliegue de los mercaderes extranjeros con sus mercancías y los clientes que regateaban por mejores precios. María y José pasaron un día entero buscando entre el laberinto de callejones angostos con puestos a ambos lados que exhibían de todo, desde lámparas de arcilla hasta joyas de oro.

Jesús no estaba ahí.

Fueron a la sinagoga, pero no encontraron a Jesús entre los amigos que habían celebrado la Pascua con ellos; tampoco estaba entre los muchachos que observaban a los romanos haciendo sus ejercicios militares, ni entre los cambistas de dinero del patio del templo, ni cerca de los corrales de los animales. Pensando que podía haber encontrado a Juan, fueron a la puerta de los esenios con la esperanza de hallarlo entre los moradores del desierto que aún no habían vuelto a los campamentos sobre el mar Muerto.

Jesús no estaba en ninguno de esos lugares.

María oraba sin cesar mientras corría con José de un lugar a otro, buscando al hijo que Dios le había dado. El temor fue apoderándose de ella a medida que imaginaba todas las cosas que podían haberle ocurrido. Era tan joven. Tan inocente.

—Sí, mi amor —concedió José—, pero no es tonto.

Sin embargo, ella no podía comer ni dormir.

—Ni siquiera sé cuánto tiempo ha estado Jesús separado de nosotros, José. Estoy tan avergonzada... Supuse que estaba con nuestros parientes. Supuse que estaba con la caravana. La última vez que vi a mi hijo fue la mañana que terminó la Pascua y yo estaba empacando todo para el viaje de regreso a Nazaret. Seguramente me dijo algo. Seguramente lo hizo. Pero yo no le presté atención. ¿Por qué no lo escuché?

—Todos estábamos distraídos ese día con los preparativos para el regreso a casa. —La abrazó—. María, María. El Señor está con él.

—Tengo mucho miedo de que Dios me lo quite. —Cerró los ojos y se apoyó contra su esposo. Cuando se distrajo por las muchas responsabilidades que tenía con sus otros hijos y con el hijo que ahora sabía que llevaba, ¿decidió el Señor que era hora de ocultar a Jesús hasta que llegara su momento de tomar el poder? En su corazón sabía que el Señor estaba con Jesús dondequiera que estuviera, que su vida descansaba en las manos del Padre. Sin embargo, se afligía y suplicaba.

Ay, Señor Dios de Israel, quiero que mi hijo vuelva. Por favor, devuélveme a mi hijo.

Cuando se levantaron a la mañana siguiente, Abías les dijo que había hablado con unos amigos de la sinagoga. «Eliaquín dijo que vio a Jesús en el templo».

El corazón de María saltó con esperanza. Con prisa se puso el chal y se dirigió a la puerta, con José pisándole los talones. Corrió hasta que le dolió el costado, siguió caminando hasta que pudo volver a respirar con menos dolor y volvió a correr. Se abrió paso entre la muchedumbre y subió las escalinatas hacia el monte del templo. Corrió por el corredor, mirando entre las columnas, buscando, orando.

Y entonces lo vio sentado en medio de los maestros.

María se quedó mirándolo; el corazón le palpitaba fuertemente y los pulmones le ardían mientras tomaba aire y le daba gracias a Dios en silencio porque Jesús estaba a salvo. Luego, asombrada, se dio cuenta de que estaba tan atento a lo que esos hombres decían, que ni siquiera había notado que ella y José estaban parados cerca.

¿Acaso te quiere?

Las lágrimas salieron ardientes mientras observaba en silencio a su hijo. ¿Se habría quedado allí todo el tiempo? ¿Habría hecho algún intento de contactar a sus parientes, o de alcanzar a la familia que lo amaba?

No le preocupan tus sentimientos. No le interesas. Ya no eres importante para él. ¿Cómo tuvo la osadía de hacerte pasar por semejante sufrimiento y angustia?

Se llenó de enojo. ¿Cómo pudo hacerles esto a ella y a José? Avanzó un paso,

soltando su brazo bruscamente de la mano de José. Los hombres dejaron de hablar al verla acercarse. Mirando hacia atrás, Jesús la vio. Sonrió y se puso de pie. Ella estaba tan enojada que quería sacudirlo. ¿No sabía él cuánto miedo había sentido ella? ¿No había tenido en cuenta sus sentimientos en lo más mínimo?

—¡Hijo! —dijo ella con una voz temblorosa—. ¿Por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo hemos estado desesperados buscándote por todas partes.

Él la miró intensamente a los ojos; luego dirigió la vista hacia José, que estaba parado al lado de ella.

—¿Pero por qué tuvieron que buscarme? —dijo Jesús con dulzura—. ¿No sabían que tengo que estar en la casa de mi Padre?

¿Ves cómo te desafía?

María sacudió la cabeza. Su hijo no la miraba desafiante, pero ella tampoco entendió qué había querido decir él. Su casa estaba en Nazaret, no en Jerusalén.

—Vamos —dijo José, rodeando con un brazo los hombros de Jesús—. Tus tíos Cleofas y María están cuidando a tus hermanos. Todos deben estar preguntándose qué te pasó.

María tomó la mano de Jesús cuando salieron del templo. Entrelazó sus dedos con los de él y los apretó fuertemente.

CINCO



El verano siguiente, María tuvo una hija y la llamó Sara. Ana hacía pucheros cada vez que María le daba el pecho a la bebé. Empezó a chuparse el pulgar porque la bebé lo hacía y le quitaba la mordedora que su padre había hecho para su hermanita. Los niños peleaban entre ellos, tratando de llamar la atención.

Dieciocho meses después nacieron los mellizos Simón y Judas. Para entonces, María había llegado a reconocer una verdad dolorosa: solo Jesús era bueno. Sus hermanos y hermanas eran incapaces de obedecer de manera constante. Aun cuando querían ser buenos, caían en rebeldía.

Le costó mucho aceptar que la naturaleza amorosa, la fidelidad, la obediencia y las ganas de aprender y de servir que evidenciaba Jesús no tenían absolutamente nada que ver con su habilidad como madre.

Santiago la había tomado desprevenida. José, Ana, Sara, Simón y Judas solo confirmaron la naturaleza de sus hijos puramente humanos. Mientras que Jesús orientaba sus pasos conforme al corazón de Dios que latía en él, ¡nada de lo que ella hiciera con sus otros hijos lograba cambiar su tendencia a caer en pecado! Peleaban unos con otros. Racionalizaban y justificaban sus actos cuando se les descubría haciendo algo malo. Lloriqueaban para salirse con la suya. Cuando los disciplinaba, ponían mala cara y le reclamaban que prefería a unos más que a otros. Su egocentrismo no se calmaba con abrazos y besos ni se quitaba con disciplina. Todos sus hijos eran de ideas firmes. Así como Jesús tenía la firme determinación de hacer lo que agradaba a Dios, los demás estaban resueltos a hacer lo que les agradaba a sí mismos. Aunque fueran bondadosos y amables, su comportamiento tenía un dejo de suficiencia. María no recordaba la cantidad de veces que tuvo que morderse la lengua para no gritar: «¿Por qué no puedes ser un poco más como Jesús?». Pero ¿quién era ella para espetar palabras duras cuando veía un reflejo de sí misma en cada uno de ellos?

No obstante, y a pesar de su desobediencia, eran preciosos para ella. Y los amaba a todos por igual. Eran los hijos que había tenido con José. Cuando prestaba atención a las otras madres de Nazaret, veía que su situación no era diferente a la del resto. La vida era una lucha constante. Cada hijo traía alegrías, pero sumaba una boca más para alimentar, un cuerpo más para vestir, una mente más para educar y formar en rectitud. Y ninguno de los hijos naturales que había tenido con José era recto; ¡ni uno! Había visto cómo operaba su voluntad desde el

momento que salieron de su vientre. Luego, cuando gateaban, exploraban el mundo que los rodeaba y estiraban la mano hacia cosas que podían lastimarlos. «No, no —les decía ella—. No, no». Y su hijo o hija sonreían persuasivamente y de todas maneras se estiraban para alcanzar el objeto prohibido.

A veces no podía hacer otra cosa que reírse ante la tenacidad de sus hijos, mientras que otras veces se ponía a llorar. En algunas ocasiones la hacían enojar tanto que quería gritar. Intentaba ser diligente para enseñarles todo lo que sabía sobre la ley. Oraba por ellos en todo momento. Los amaba intensamente. Vivía cada día con su desarrollo en mente. Era cuidadosa en su manera de vivir delante de ellos. Al fin y al cabo, ¿de qué servía enseñar los caminos de Dios y no seguirlos?

Cada año que pasaba, contemplaba a Jesús y se consideraba bendita entre las mujeres por este único hijo perfecto. Lo miraba y su corazón se expandía de gozo y expectativas. Nunca dejaba de asombrarla que el Dios de Abraham, Isaac y Jacob la hubiera elegido para que fuera el recipiente para traer al Mesías. Era una mujer como cualquier otra, tan imperfecta como sus hijos. Seguramente el Señor estaba enseñándole esa lección por encima de todo lo demás. Se rio de sí misma y dio gracias a Dios por haberle dado otros hijos para que supiera que no se debía a sus esfuerzos y los de José que su hijo fuera tan perfecto, tan bendito, tan superior al resto que caminaba sobre la faz de la tierra. Era el Hijo de Dios por medio de su carne.

Cada día tenía sus propios problemas, pero reconocía que las dificultades de la vida habían lijado las asperezas de su fe tal como José alisaba y pulía una taza. Se esforzaba por mostrarles a sus hijos y a sus hijas el camino de la fe, aceptando que, durante ese proceso, Dios la iba refinando y tamizando.

Sin embargo, había ocasiones en las que tenía que luchar contra su propia rebeldía interior y contra su naturaleza por querer ver el cumplimiento del plan de Dios ante sus ojos. Oh, Señor, permíteme vivir lo suficiente para ver a Jesús en su gloria. Se había apresurado a decir que sí a Dios, pero su misma fe impetuosa la volvía impaciente por ver cumplido el plan del Señor y que el mundo fuera sometido al reinado del Hijo del Hombre, el Hijo de Dios en la tierra.

¿Cuándo, Señor? ¿Cuándo llegará al poder este Hijo Tuyo? ¿Cuánto tendremos que esperar para que arregle las cosas y seamos libres? ¿Cuánto tiempo más se

contentará Tu Hijo con trabajar en el taller al lado de mi amado José, haciendo mesas y sillas, yugos y arados, puertas y celosías, cuando ahí afuera hay un reino por edificar? ¿Cuánto tiempo seguirá barriendo las virutas de madera de la carpintería antes de que llegue el momento de barrer la tierra y dejarla limpia como estaba en el jardín del Edén? ¿Cuánto pasará antes de que aplaste a los hombres malignos que oprimen a Israel? Oh, Señor, ¿cuánto tiempo falta? ¿Cuánto más?

Finalmente, el anhelo se hizo tan fuerte que sucumbió a él y un día le preguntó a Jesús:

—¿Tú sabes quién eres?

Cuando él no respondió, ella insistió:

—Hijo —le dijo—, ¿lo sabes?

¿Por qué se puso tenso al oír la pregunta? ¿Por qué la miró con una mezcla de ternura y aflicción? No tenía la intención de fastidiarlo. Solamente estaba preguntando... A veces la miraba como ahora, y ella sentía que estaba causándole dolor. Pero ¿cómo era posible? ¿Quién lo amaba mejor que ella? ¿Quién había sido más devota de él que ella? Se acercó y le tomó la mano, dándole vuelta sobre la suya y pasando los dedos por los ásperos callos. ¿Cómo podía ser que el Mesías tuviera las manos de un trabajador común?

—Ay, Jesús, ¿debería un rey tener manos como estas?

Su mano aquietó la de ella.

—Soy el hijo de mi padre.

Pero cuando lo miró a los ojos, dudó: ¿Se refería a José o a Dios? ¿Debía contarle de nuevo cómo había venido a este mundo? ¿Debía decirle que todo el mundo estaba esperando que él saliera de su escondite, que ella estaba esperando?

—También eres mi hijo, Jesús. Solo quiero ver que recibas el debido honor.

Ella había visto las señales del poder de Jesús. Incluso cuando los clientes no pagaban sus deudas o los soldados romanos venían y les quitaban las provisiones

de la familia, siembre había suficiente pan para llenar los estómagos vacíos, siempre tenían suficiente agua para saciar la sed, siempre había aceite suficiente para mantener la lámpara encendida durante la noche oscura. Aun después de que los romanos vaciaran las paneras, las vasijas y los cántaros de la familia, había suficiente.

Sin embargo, la vida no se había vuelto más fácil mientras Jesús crecía en sabiduría y en estatura. Sus luchas parecían intensificarse. Fueran cuales fueran las batallas que disputaba en su interior, no las ganaba fácilmente ni las compartía con ella ni con José. ¿No sería más fácil la vida para todos cuando ocupara su legítimo puesto?

—David era un muchachito cuando el profeta Samuel lo ungió rey de Israel —dijo ella.

—Y pasaron más de diez años hasta que desarrolló su carácter lo suficiente para ser útil.

—Tu carácter es perfecto, hijo mío. Eres útil ahora.

Unas gotas de sudor asomaron sobre su frente.

—No es mi hora, madre.

—Pero ¿cuándo, Jesús? ¿Cuándo será tu hora?

—No es mi hora —volvió a decir.

¿Por qué lucía tan presionado? El enojo aumentó. Quería sacudirlo y hacer que se lo dijera. Sin duda, ella tenía derecho a saber.

—¿Cuánto deberé esperar para verte cumplir lo que naciste para hacer?

—Me presionas.

—Sí, te presiono por tu propio bien. ¿Acaso no le corresponde a una madre alentar a su hijo para que cumpla las obligaciones que tiene con su pueblo? Te amo, hijo mío. Tú sabes cuánto te amo. José y yo hemos hecho sacrificios por ti. Pero a veces deseo saber. ¿Sabes quién eres?

—Madre...

—Lo único que quiero es ver que las cosas se compongan. ¿Está mal?

—Debes esperar.

—¡Estoy cansada de esperar! Mira alrededor de ti, Jesús. ¡Fíjate cómo sufre tu pueblo! —Su voz se quebró. Desvió la mirada y luchó contra su frustración—. ¿Cuándo, Jesús? Solamente dime cuándo, y no volveré a preguntarte. No te presionaré... —Volvió a mirarlo a través del brillo de sus lágrimas—. Por favor.

Sus ojos oscuros estaban húmedos. Por sus sienes caía el sudor.

—No es mi hora —dijo otra vez. Algo en su voz la hizo estremecerse por dentro. Sintió que ella había empeorado sus dificultades con sus demandas; demandas que él no tenía ninguna intención de cumplir. Perpleja y afligida, no dijo nada más.

En cambio, fue a José y le pidió que se acercara a Jesús. Ellos siempre habían podido hablar. Seguramente Jesús confiaría en él.

—No deberías preguntarle.

—¿Por qué no? Soy su madre.

—Dios le dirá cuando sea el momento.

—¿Cómo puedes ser tan paciente cuando sabes que todas las cosas se solucionarán cuando Jesús llegue al poder? Mira alrededor de nosotros, José. Lo necesitamos ahora.

—No tengo derecho a preguntarle por qué no se da a conocer ahora.

Percibió algo en su voz y se dio vuelta hacia él en la oscuridad.

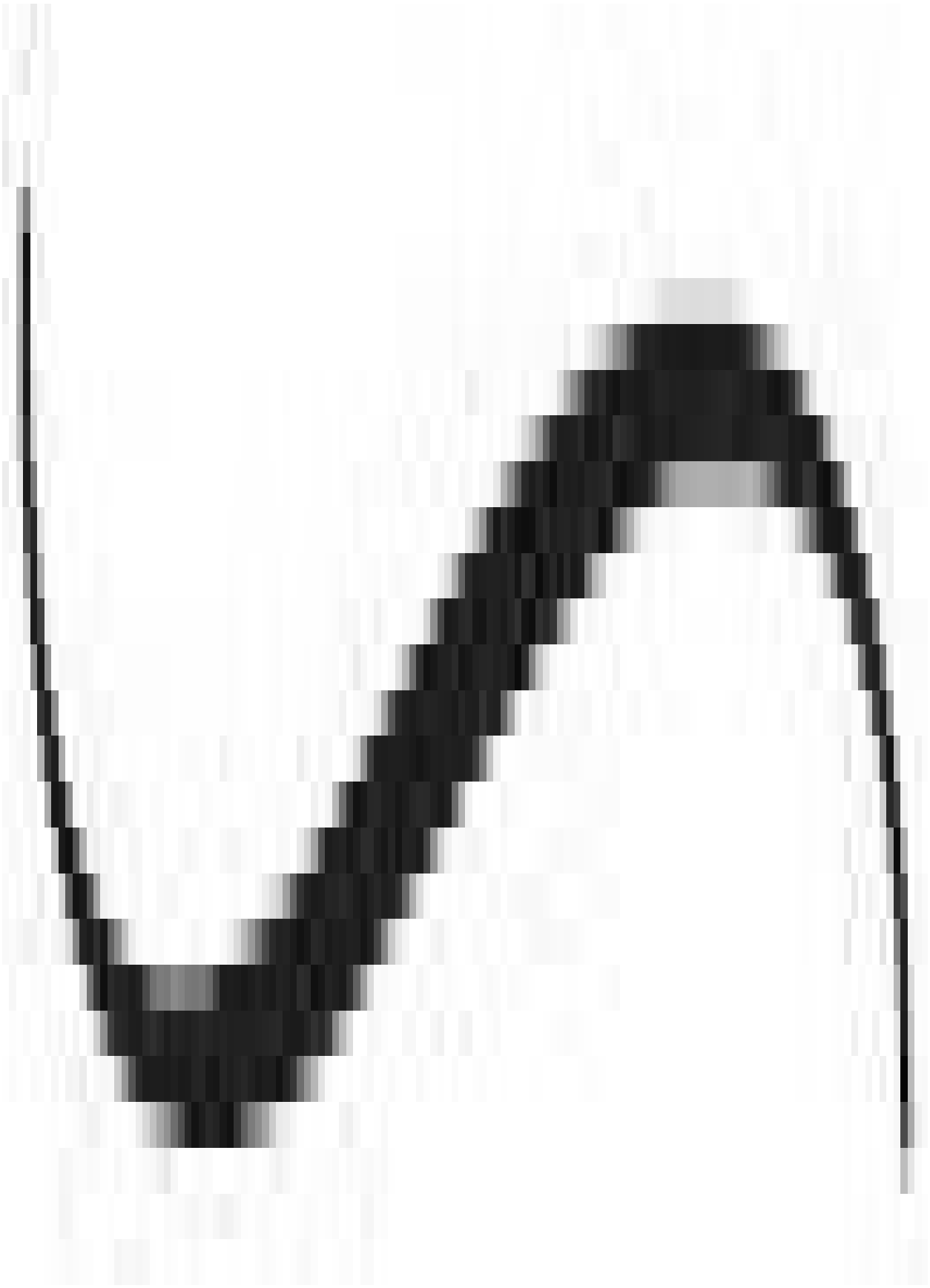
—Piensas que yo tampoco tengo el derecho, ¿cierto? —Eva había sido engañada en el jardín. ¿Estaba María siendo tentada ahora?

—No, no creo que lo tengas —dijo José con una firmeza amable—. Aunque lo hayas parido, fue Dios quien le dio la vida, y Dios decidirá qué tiene que hacer

con ella. Déjalo tranquilo, María. —La acercó a él—. El Señor le dirá cuándo. No te apures.

Apoyó la cabeza sobre el pecho de su esposo y escuchó el latir de su corazón. Suspiró despacio y se quedó callada un largo rato, reflexionando en los acontecimientos de su vida. El Señor le había hablado una vez, pero a José le había hablado cuatro veces, dirigiendo sus pasos. Su esposo vivía con los ojos y los oídos abiertos, buscando la voluntad de Dios. Todos los días, María veía cuánto amaba a Jesús, cuánto los amaba a ella y a sus hijos.

El Señor había elegido a José para que fuera su esposo, la cabeza del hogar, y ella escucharía su consejo.



A José le encantaba mirar a Jesús con sus medio hermanos y hermanas. La euforia y gracias de ellos a menudo hacían reír a Jesús y, al escucharlo, José también se reía.

—Tranquilos, hijos míos. Dejen un lugar para que su hermano se siente.

—¡Cuéntanos otra vez sobre David y Goliat! —dijo Santiago.

—¡No! Cuéntanos sobre Josué y Jericó.

Los muchachos nunca se cansaban de escuchar los relatos de las batallas.

—Háblanos de Noé y el arca otra vez, Jesús —dijo Ana, apoyándose en su hermano—. Por favor...

—Ya escuchaste esa historia mil veces —protestó Santiago—. ¡Estoy cansado de esa!

Jesús sentó a sus hermanos mellizos sobre sus rodillas.

—Comenzaremos por el principio...

Por vivir con Jesús día a día, a veces José olvidaba que este joven era el Hijo de Dios y no su propio hijo. Luego lo recordaba y sentía una oleada de asombro. Jesús no leía las Escrituras, sino que hablaba de ellas con naturalidad, como si él mismo las hubiera escrito. A veces decía algo más, como si estuviera contando lo que había sucedido de un modo que parecía que él había presenciado los acontecimientos de la Torá.

José miró a su esposa, que sonreía detrás de su telar con la cabeza ladeada mientras trabajaba, escuchando a Jesús contar la historia de cómo fue creado el mundo. José sintió un escalofrío cuando Jesús habló de la tierra como algo sin forma y vacío, con la oscuridad que cubría la superficie de las aguas profundas. Los hijos de José se sentaron alrededor de Jesús; eran carne de su carne y sangre de su sangre. Jesús había sido concebido por el Espíritu Santo, pero qué significaba eso con exactitud era algo que estaba más allá de la comprensión de José. El muchacho tenía quince años y tenía los mismos pómulos y ojos oscuros de María. Había otros hombres en Nazaret que eran más altos, otros que

caminaban con confianza, otros que decían las Escrituras palabra por palabra y afirmaban conocer la voluntad de Dios para Israel.

¡Cuántas veces había escuchado a los hombres clamar pidiendo que viniera el Mesías! Cuántas veces había escuchado discusiones de los hombres acerca de lo la voluntad de Dios para Israel.

—¡Dios quiere que nos libremos del yugo de Roma!

—¡Es por el juicio de Dios contra nosotros que sufrimos así!

—¿No hemos sufrido lo suficiente? Si nos levantamos y luchamos, ¿no peleará con nosotros el Señor nuestro Dios?

—¡Necio! ¿Quién eres tú para decir qué hará Dios o qué no hará?

—¿Entonces nos cruzamos de brazos y dejamos que los romanos tomen sus provisiones de nuestra pobreza?

—Esperamos.

—¿Cuánto tiempo más tenemos que esperar? ¿Cuánto?

Cerrando los ojos, José se recostó. Estaba agotado por la larga caminata a Séforis y el largo regreso después de un arduo día de trabajo. Agradecía el denario que había recibido, aunque apenas alcanzaba para cubrir las necesidades de la familia. Estaba agradecido por el trabajo que Dios le daba, y más agradecido aún por el que compartía su carga: Jesús.

El brazo le dolió de nuevo. Tenía las puntas de los dedos entumecidas, pero el dolor subió por el brazo y avanzó hacia su pecho. Se frotó el brazo y respiró despacio. Mañana era el sabbat y podría descansar.

José miró a sus hijos sentados alrededor de Jesús y se sintió impresionado otra vez. El muchacho que más amaba no era suyo. Mi hijo, que no es mi hijo. Creció en esta aldea insignificante, como un tierno brote verde; como raíz en tierra seca. Se ve como cualquier otro muchacho. No es hermoso ni majestuoso en su aspecto. La gente lo mira y ve al hijo de un carpintero y nada más. Cuando habla, ¿quién lo escucha, más que sus hermanos y hermanas? Y ellos ni siquiera entienden que Jesús no es uno de nosotros.

Él es el Hijo de Aquel que dijo: «Yo Soy El Que Soy». Dios está en él. ¡Dios está con nosotros!

¿Lo reconocerán cuando llegue su momento de proclamarse a las naciones?

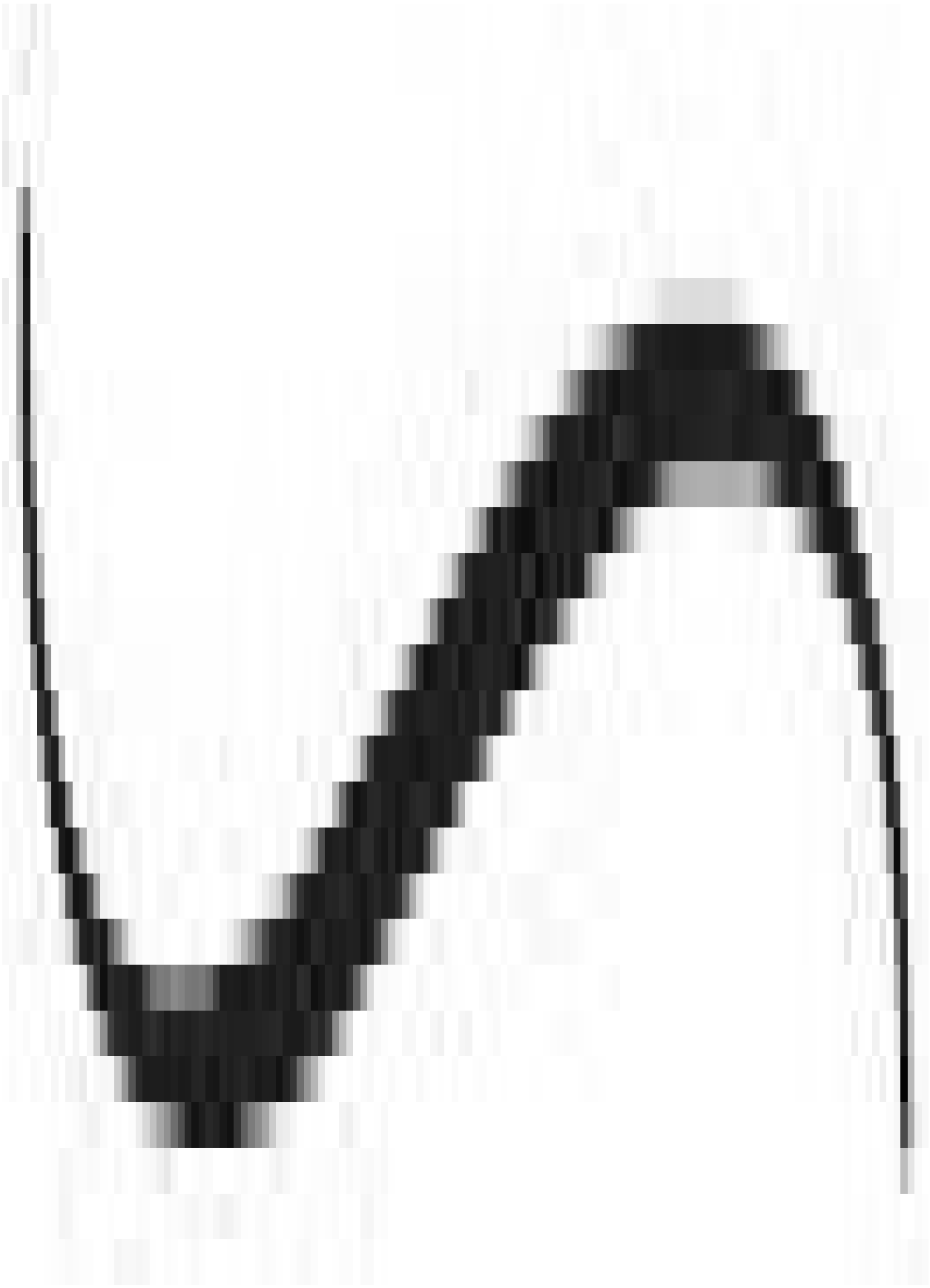
Mientras la pregunta aún estaba surgiendo en la mente de José, las palabras de Isaías se precipitaron: «Fue despreciado y rechazado: hombre de dolores, conocedor del dolor más profundo.... Sin embargo, fueron nuestras debilidades las que él cargó; fueron nuestros dolores los que lo agobiaron... un castigo de Dios... Sin embargo, el Señor puso sobre él los pecados de todos nosotros».

No.

«Formaba parte del buen plan del Señor aplastarlo y causarle dolor... su vida sea entregada en ofrenda por el pecado».

José gimió, apretándose el pecho.

«¿Qué pasa, José? —dijo María, que apareció de pronto junto a él—. ¡José!». Sintió que ella lo abrazaba, pero él solo pudo mirar a Jesús y llorar.



José sintió que Jesús lo levantaba, mientras que todos los demás hablaban a la vez, sobresaltados por el miedo y la confusión.

—Silencio, ahora —dijo María firmemente—. No tengan miedo. Su hermano lo va a ayudar.

Cuando Jesús lo acostó sobre la estirilla, José sintió la lucha que se desataba dentro del muchacho. ¿Hubo alguna vez en la vida de Jesús en la que no tuviera que enfrentar cara a cara la tentación y pelear contra su naturaleza humana y aplastarla? Ahora, José veía las gotitas de sudor en el entrecejo de Jesús.

—Ay —gimió José, lleno de angustia. ¿Jesús pelearía y vencería al mal, solo para ser asesinado al final? ¿Cómo era posible algo así?

El dolor en su pecho creció, junto con la convicción de que se estaba muriendo.

—Acérquense, hijos míos. ¡Vengan! —A medida que se arrodillaban junto a él, los acercaba, besándolos y bendiciéndolos—. Escuchen a su hermano Jesús. Obedezcan a su madre. Confíen en el Señor...

—Te pondrás bien, José —dijo María al recibir su bendición, los ojos llenos de lágrimas, pero fieros—. Sé que así será. Jesús solo tiene que...

—Calla —dijo José, apoyando la punta de sus dedos sobre sus labios. ¿Podían suponer que sucedería un milagro solo porque ellos querían uno? ¿Podían esperar que Jesús, el Hijo de Dios, el gran Yo Soy, hiciera lo que ellos deseaban? —. Dios es quien decide —susurró—. No debemos aumentar la carga de Jesús.

María alzó la mirada hacia su hijo, con su rostro pálido y tenso. José vio cómo le imploraba con los ojos.

—María, tengo que hablar con Jesús.

—Sí, José. —María se levantó rápidamente.

Cada vez que respiraba le causaba dolor. Los dedos de su mano estaban entumecidos y su túnica estaba empapada de sudor. María reunió rápido a los niños para que salieran de la habitación. Miró a su hijo mayor con los ojos

bañados en lágrimas.

—Tú sabes que puedes ayudarlo. Hazlo. Por favor. Hazlo. —Salió de la habitación.

Jesús se sentó muy cerca de José cuando la habitación quedó vacía. José le sonrió. Tratando de dominar el dolor que sentía en el pecho, tomó la mano de Jesús y la apoyó sobre su corazón.

—No te facilitamos las cosas.

—No están obligados a hacerlo.

La garganta de José se cerró por la angustia.

—Ablándales el corazón, Jesús. Los niños... oh, por favor. Ablándales el corazón para que entiendan y sean salvos.

—Cada uno debe elegir.

—Aun la fe viene de Dios.

—Cada uno debe elegir.

—Pero ¿elegirán creer que eres el Mesías? ¿Elegirán...?

—¿Crees en mí?

José lo miró a los ojos.

—Sí. —Tomó aire en un sollozo—. Estaba pensando en Isaías mientras les hablabas a los niños. —Sus ojos se empañaron por las lágrimas—. “Como cordero”, dice la Escritura, “fue llevado al matadero”.

Escudriñó los ojos de Jesús y en ellos vio amor y compasión infinitos. El joven Jesús tenía solo quince años, pero José veía en él al Hijo del Hombre de quien había hablado el profeta Daniel. José había visto la fuerza que había en él desde su nacimiento y había sentido la batalla interminable que lo rodeaba. Jesús no había flaqueado ni sucumbido al pecado ni una sola vez en toda su vida. José no había visto ni una sola vez que Jesús empuñara una espada, aunque los otros

niños de su edad jugaran al zelote o al rey David. Ni una vez se había entregado Jesús a los deseos humanos que hostigaban a cualquiera que entrara a este mundo. ¿Quién sino Dios podía resistir la arremetida constante de la tentación?

«Como cordero fue llevado al matadero».

Llorando, José cerró los ojos.

—Llevarás nuestras culpas y pecados sobre ti y serás la ofrenda. Para eso nos fuiste entregado, ¿no es así? —José estaba abrumado por el amor a este muchacho que había criado desde su nacimiento, pero de quien nunca se atrevió a decir que era suyo. Y estaba devastado por la aflicción de lo que le sucedería a Jesús—. Te rechazarán.

Jesús no dijo nada. Solo apoyó su mano suavemente sobre la frente de José mientras José retenía la otra mano sobre su corazón.

—Te amo, Jesús. Salva a mis hijos. Y a tu madre. Ella no entiende. —¿Cómo podría entender y a la vez tener tanta prisa en presionarlo?

—No te preocupes —dijo Jesús—. Yo estoy con ellos.

—Estoy tan débil. —¿Tenía que dudar de Dios ahora?

—Descansa —dijo Jesús tiernamente. José volvió a cerrar los ojos y creyó escuchar que Jesús decía: —Has sido un siervo bueno y fiel.

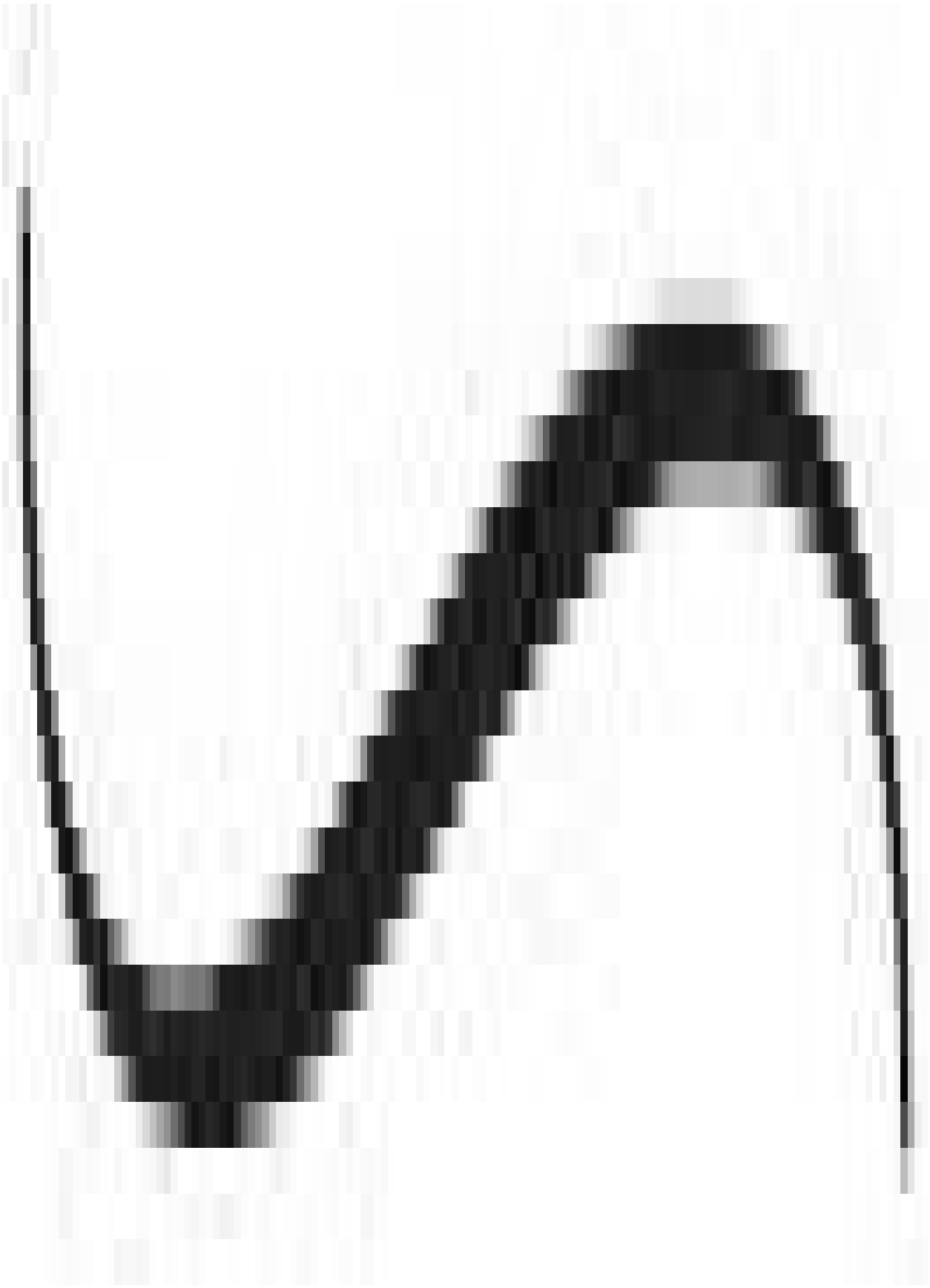
El dolor se disipó mientras sus hijos entraban al cuarto y se reunían a su alrededor nuevamente. María se arrodilló a su lado y apretó su mano entre las suyas. José sonrió, pero no tenía fuerzas para hablar. Quería decirle que había sido una buena esposa, una buena madre, pero ya le había dicho esas cosas muchas veces anteriormente. Ella sabía que la amaba. Sin embargo, él vio su mirada de confusión, de temor, de apelación cuando miró a Jesús.

José intentó hablar. Ella se inclinó hacia él y apoyó su oído cerca de sus labios.

—Confía. Obedece. —Cuando María apoyó la cabeza sobre su pecho y lloró, él alzó la vista hacia Jesús. El único que necesitaban permanecía de pie cerca de la puerta, con lágrimas recorriendo sus mejillas mientras obedecía la voluntad de su Padre y no hacía nada para mantener lejos la muerte. Curiosamente, José ya no

tenía miedo. Suspiró, aliviado.

Cerrando los ojos, entró en su recompensa.



—¡José! —gritó María cuando él dejó de respirar—. ¡José! —Levantó los hombros de José y lo sostuvo entre sus brazos. ¿Cómo era posible? Miró a Jesús. Estaba llorando—. ¿Por qué? —dijo entre sollozos—. ¿Por qué? —¡Ella sabía que él podría haber sanado a José! Sabía que tenía el poder para hacerlo. ¿No había sanado a Ana con un roce de su mano? ¿No había multiplicado los panes y llenado con aceite sus vasijas? ¿Por qué había dejado morir a José, a quien amaba?

Porque no le importa. Porque eso sirve a su propósito.

No. Se rehusaba a creerlo. Ella veía el dolor en los ojos de Jesús. Sabía que amaba a José. ¿Cuántas veces los había visto riéndose juntos mientras trabajaban codo a codo en el taller? ¿O los había visto juntos con las cabezas inclinadas mientras leían las Escrituras?

Y ahora tu hijo simplemente se queda parado ahí, viendo cómo muere José. Sin hacer nada. Y ahora estás sola; una viuda con siete hijos para alimentar y ningún hombre que te mantenga. ¿Es así como Dios te cuida?

¡No! ¡Ella no tendría pensamientos tan malvados! No dejaría que la duda se deslizara a su mente y le clavara sus colmillos, inyectándole veneno.

—Jesús —gimió— ¡Jesús!

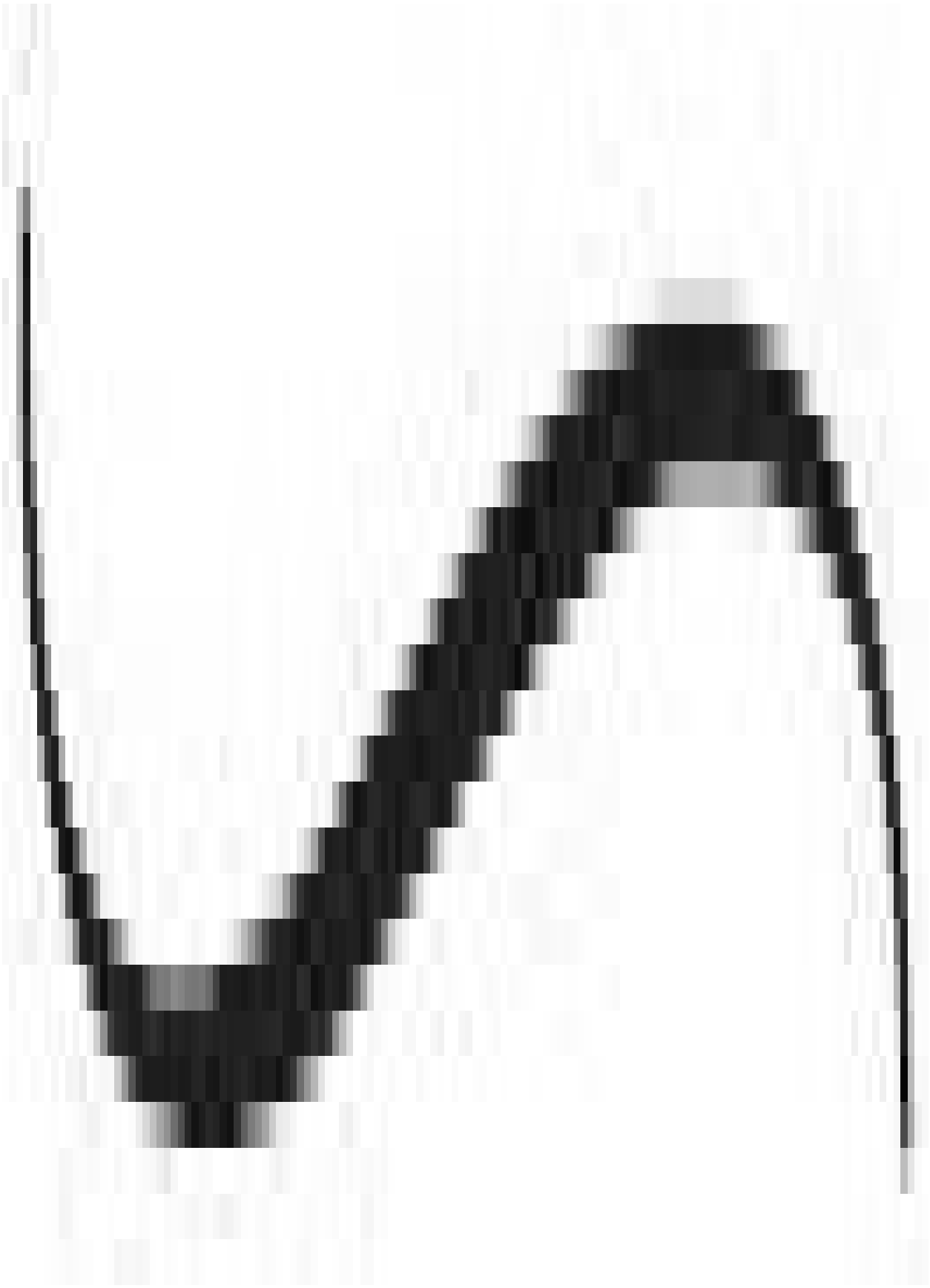
Él se acercó inmediatamente a ella y apoyó las manos sobre sus hombros.

—Aquí estoy, madre.

Llorando, volvió a recostar el cuerpo de José sobre la estirilla y tocó su rostro con ternura. ¿Cómo podría seguir adelante sin la fortaleza de José, sin su sabiduría, su apoyo y su amor? ¿Acaso no había hablado Dios a través de él y los había guiado a Egipto, luego de vuelta a Israel y por último aquí a Nazaret? Y José había sido fiel y rápido para obedecer cuando Dios hablaba.

Todos los niños lloraban, confundidos, asustados, afligidos. Ella entendía cómo se sentían, pues estaba atrapada en los mismos sentimientos; se ahogaba en ellos. Trató de pensar qué hacer. Estiró el brazo y agarró la mano de Jesús que descansaba sobre su hombro. Como hijo mayor, ahora él era la cabeza de la

familia.



—No tengo dinero para comprar especias —le dijo María a su hermana. ¿Cómo prepararía el cuerpo de José para el entierro?

—Tenemos las especias, madre. —Jesús se levantó y fue hacia la caja que José había guardado en Belén aquella noche, tanto tiempo atrás, cuando tuvieron que huir luego de que el ángel les avisara que Herodes trataría de matar a Jesús. La abrió y sacó el frasco de alabastro.

—¿Qué es eso? —dijo la hermana de María.

—No podemos usarlo —dijo María.

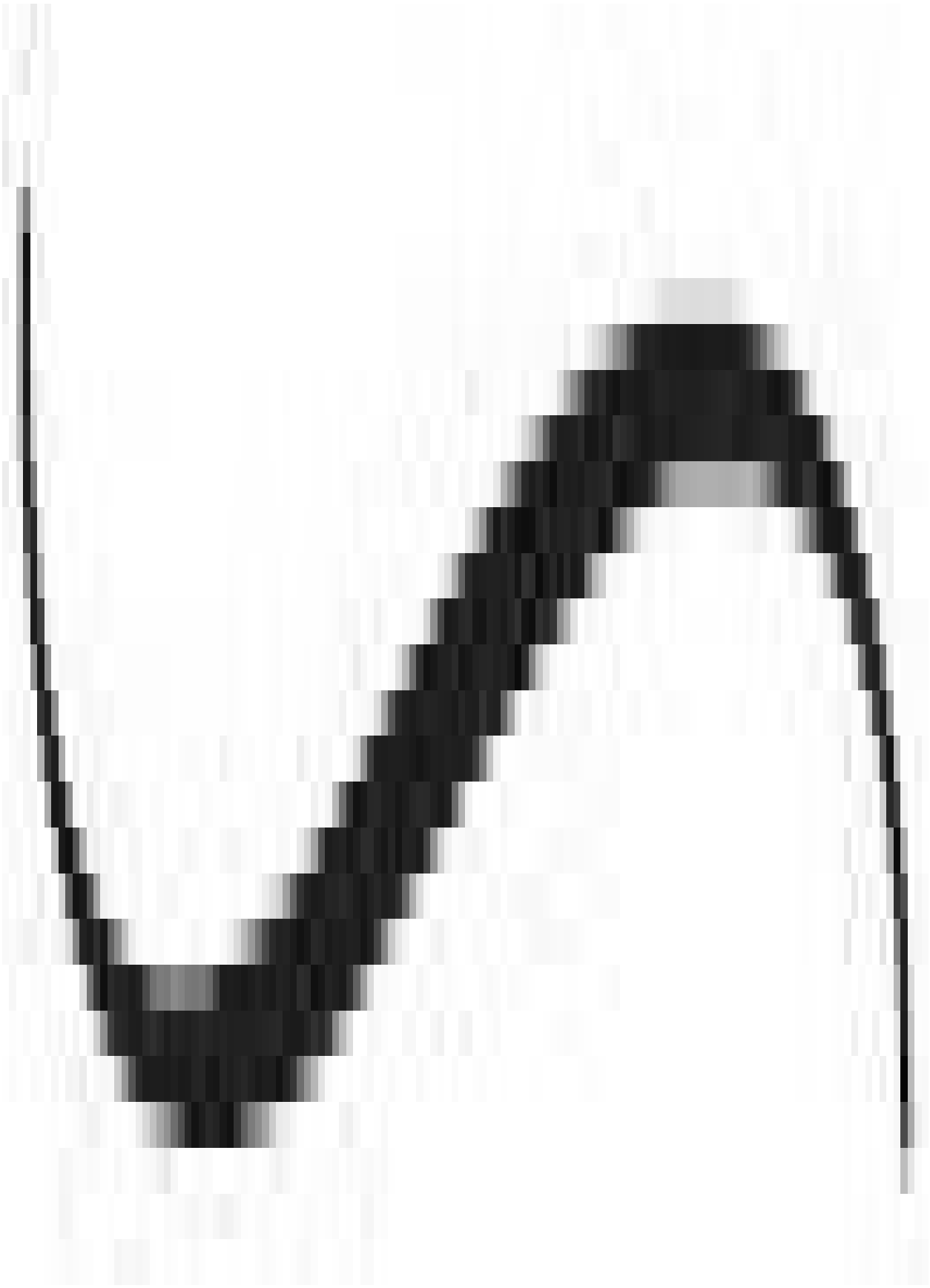
—Úsalo. —Jesús se lo entregó.

—Pero fue un regalo para ti, hijo mío.

—¿Un regalo? —Su hermana los miraba—. ¿En ese recipiente? ¿Quién les dio semejante regalo?

—Es mío —dijo Jesús—, y puedo dárselo a quien yo elija. —Lo colocó en sus manos y dejó a María en la habitación con su hermana y el cuerpo de su esposo, José.

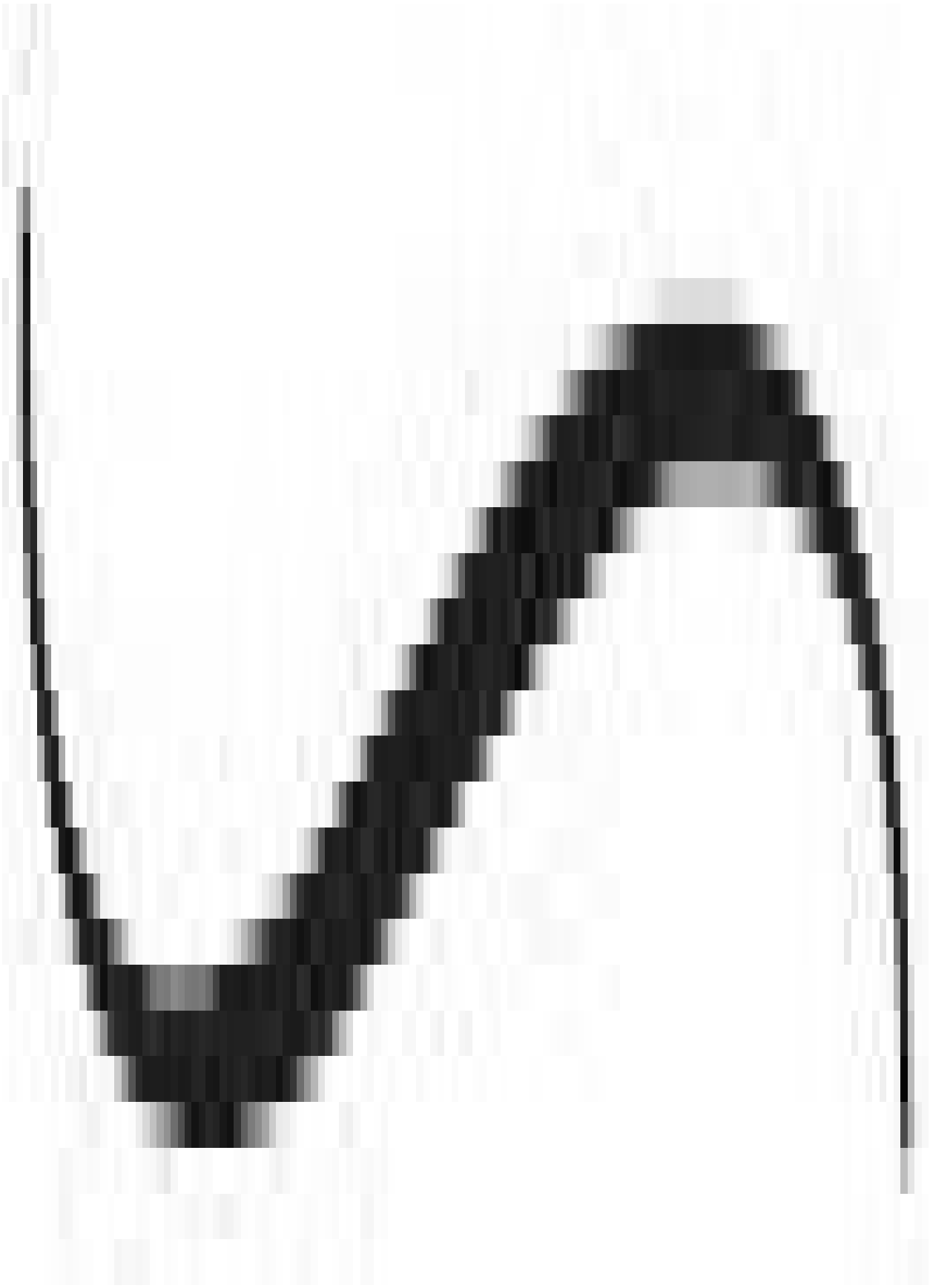
Llorando, María tomó reverentemente el frasco. Quitándole el sello, lo abrió y la habitación se llenó con el dulce aroma de la mirra mientras obedecía a su hijo.



Durante los meses que siguieron a la muerte de su amado José, María vivió devastada por la confusión y el enojo. A veces sentía que estaba rodeada por atacantes que le susurraban dudas y acusaciones. Lo único que podía hacer era cubrirse la cabeza y orar.

Ay, Señor Dios, no sé por qué nos quitaste a José y por qué la vida tiene que ser tan difícil. No entiendo por qué Tu Hijo debe trabajar como cualquier otro hombre para poner el pan en nuestra mesa con el sudor de su frente. No sé por qué han pasado tantos años y él sigue escondiéndose.

Pero viviré confiada en Tus promesas, Señor... Dijiste que Jesús será muy grande y que será llamado Hijo del Altísimo. Dijiste que le entregarás el trono de su antepasado David. Dijiste que su reino nunca tendrá fin. Lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer. Lo recuerdo. Pero, ay, Señor, Dios mío, es tan difícil esperar para ver el cumplimiento de Tus promesas.



Jesús trabajaba mucho para mantener a la familia, y debía lidiar con clientes recalcitrantes que se tomaban mucho tiempo para pagar sus deudas, y con otros que se quejaban por el simple gusto de oír el sonido de su propia voz. María nunca vio que Jesús perdiera los estribos.

Cuando llegó el momento adecuado, Jesús hizo los arreglos para los matrimonios de sus hermanas y buscó para ellas hombres jóvenes que estuvieran interesados en agradar más a Dios que a la gente. Jesús siguió trabajando con sus hermanos en la carpintería de su padre y les enseñó las habilidades que José le había enseñado a él. Mientras lo hacía, trataba de inculcarles los caminos de Dios. Santiago solía ser muy difícil y el joven José seguía su ejemplo, pero Jesús seguía siendo paciente, cariñoso y firme.

—¿De qué sirve estudiar la Torá cuando Roma está aplastando a nuestro pueblo? ¡Debería estar entrenándome para usar una espada! —gritó Santiago vehementemente, enfrentándose otra vez a Jesús.

Jesús respondió con tranquilidad:

—Tu trabajo es mantenerte fiel a Dios.

El rostro de Santiago se puso rojo.

—¡Yo soy fiel! ¿De qué manera no estoy siendo fiel? Estudio. Recito.

—Estudias, pero no entiendes. Tu corazón está dominado por la ira.

—¡Mi corazón está lleno de una ira justa!

—¿Qué tiene de justo seguir a los que están dispuestos a derramar sangre inocente?

—¡Muéstrame a un romano que sea inocente!

—¡Santiago! —María trató de calmarse a sí misma—. Escucha a tu hermano.

Santiago se dio vuelta y la enfrentó.

—Siempre te pones de su lado. Solo porque Jesús es el mayor no significa que sabe todo.

Enojada, María se levantó.

—Le mostrarás a tu hermano el respeto que merece por ser la cabeza de esta familia. Escucha lo que dice.

—No lo escucharé. —Se cubrió la cara y lloró, frustrado—. Ya sé lo que va a decir y estoy harto de escucharlo.

María miró a Jesús, suplicándole que dijera algo que cambiara el resentimiento y la ira con la que vivía el muchacho. Jesús se levantó y salió a dar otra de sus largas caminatas por las colinas.

Sentándose con sus hijos, María les rogó:

—Deben escuchar a Jesús, hijos míos. Deben dejar que los instruya como él desee, pues algún día se darán cuenta de que él es más que su hermano.

José la miró.

—El rabino nos dijo que toda madre judía mira a su hijo mayor como si fuera el Mesías.

—Y que se aferra a esa convicción hasta que se demuestra lo contrario —dijo Santiago con amargura.

Los ojos de María se llenaron de lágrimas. ¿Estaban pidiendo señales y milagros?

—Jesús sanó a su hermana. Multiplicó nuestros panes. Mantuvo nuestras vasijas llenas de aceite.

Santiago la fulminó con la mirada.

—Eso es lo que piensas.

Se quedó helada al ver su incredulidad.

—Él pasó la punta de sus dedos sobre la frente de Ana y se le fue la fiebre.

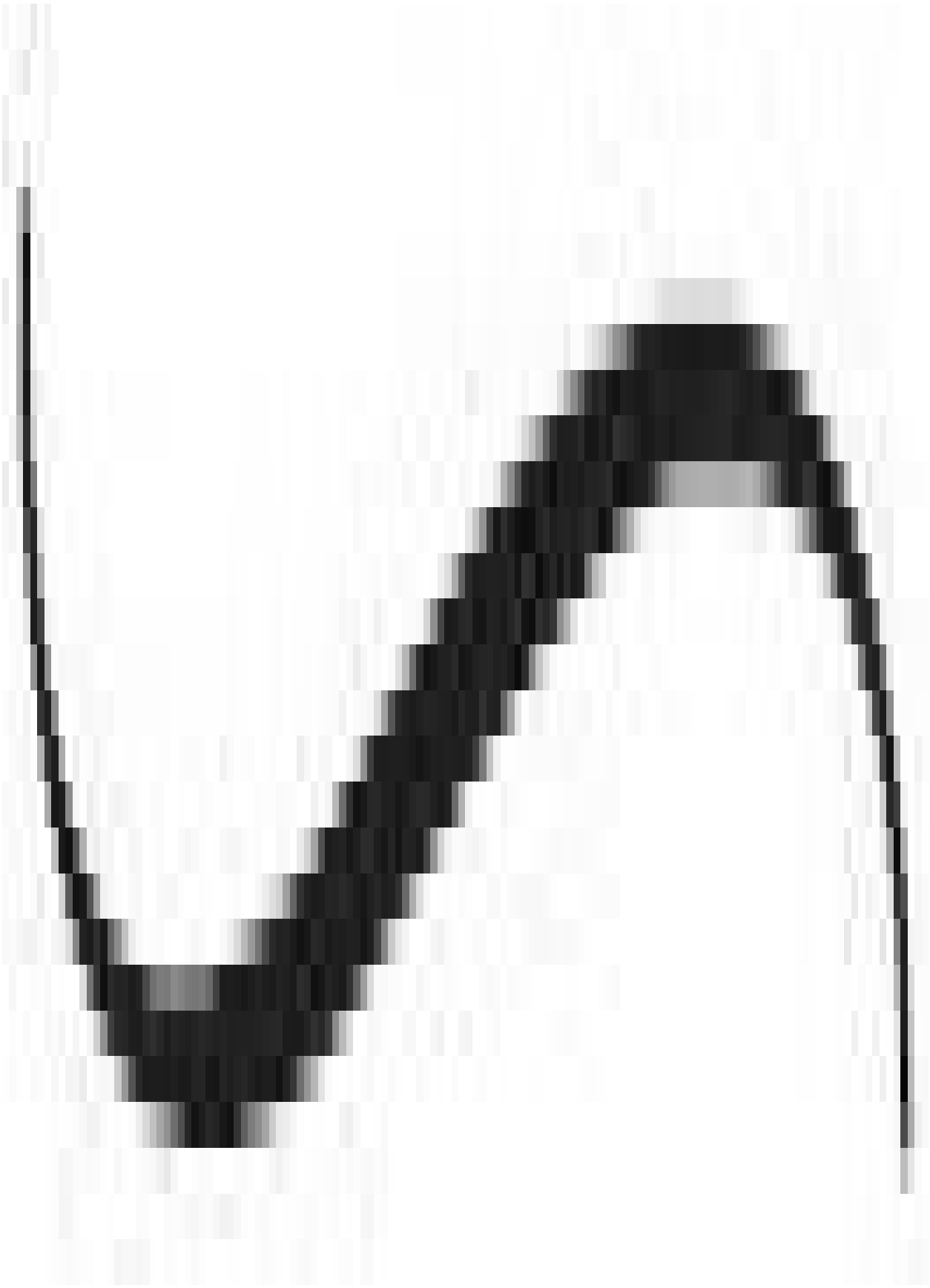
—Lo más probable es que Jesús la alzó justo después de que la fiebre ya había bajado.

—Yo me acuerdo, madre —coincidió José—. Tú estabas tan cansada que no pudiste levantarte cuando padre llegó a casa. Ana estaba dormida.

—Ana estaba muriéndose. —Miró a uno y a otro de estos dos muchachos testarudos, tan parecidos a su padre José, y, sin embargo, con tan poca fe. Se llenó de ira ante su terquedad—. Salgan y barran el taller para su hermano. ¡Vayan! ¿O tiene él que hacer todo por ustedes?

Sabía lo difícil que era esperar. Pero, un día, ellos verían a Jesús levantado en poder y entonces creerían y lo apoyarían. ¡Algún día!

Pero ¿cuándo? Oh, ¿cuándo llegaría ese día?



Los años pasaron, uno tras otro.

Cada primavera, el hijo mayor de María le decía que hiciera los preparativos para la travesía a Jerusalén para la Pascua. Y, cada año, sentía una ráfaga de emoción cuando lo miraba. «¿Es hora? ¿Será este año?».

Cada paso que daba hacia Jerusalén iba cargado de expectativas. Cuando todos sus parientes se reunieron en la ciudad del rey David y se recostaron para compartir la cena de la Pascua, oró fervientemente pidiendo que este año Elías entrara por la puerta y anunciara que el Mesías había llegado. Partieron el pan y lo pasaron, bebieron el vino, remojaron el perejil, comieron las hierbas y el más pequeño fue a ver si Elías llamaba a la puerta. María contuvo la respiración con el corazón palpitándole fuertemente.

—Elías no está aquí, abuelo.

Año tras año. Jesús se convirtió en un hombre y aún el hijo de Zacarías y de Elisabet no aparecía.

Cada año, María levantaba su copa con los demás y decía:

—El próximo año, en Jerusalén.

Luego, agachaba la cabeza para que Jesús no viera sus lágrimas de decepción.

SEIS



María cargó su cántaro colina abajo, yendo hacia el pozo, y se paró en la fila para esperar. Apenas interesada, escuchó que las mujeres hablaban sobre el nuevo profeta que había en el río Jordán. Siempre había alguien que proclamaba ser un profeta de Dios.

—Mi hijo fue a escucharlo —estaba diciendo una mujer—. Anoche volvió a casa y nos dijo que este hombre habla las palabras de Isaías con poder.

—¿Crees que él sea el Mesías? —preguntó otra.

—¿Quién lo sabe, sino Dios?

—Mi esposo fue esta mañana para oír predicar a Juan. Se llevó a nuestros hijos con él.

Al oír el nombre, el corazón de María dio un salto. Se inclinó hacia adelante.

—¿Dijiste que se llama Juan?

—Lo llaman Juan el Bautista.

Conteniendo su emoción, María llenó su cántaro, lo subió a su cabeza y caminó colina arriba. Derramó un poco de agua cuando dejó el cántaro en el suelo y corrió por la casa hacia el taller, donde Jesús estaba trabajando.

—Acabo de escuchar que hay un profeta llamado Juan que está predicando en el río Jordán —le dijo—. Debemos ir y averiguar si es el hijo de Elisabet.

Jesús siguió limando un yugo.

—Me enteré.

¿Ya lo sabía? ¿Por qué no le había dicho nada? Se acercó más a él.

—¡Deberíamos ir inmediatamente! Ahora mismo iré y les diré a Santiago y a José que se preparen. Ellos tienen que acompañarnos. Y Simón y Judas, desde luego, y tus hermanas y sus maridos. ¡Todos deberían venir con nosotros!

Jesús levantó la cabeza y la miró brevemente; luego, volvió a prestarle atención

al yugo que estaba alisando.

María frunció el ceño.

—¿Acaso no es la señal que estábamos esperando: la aparición de Juan?

—Todo conforme al tiempo de Dios, madre.

Durante las semanas siguientes, María se esmeró por ser paciente, pero parecía que todos en Nazaret, excepto su familia, habían ido a escuchar a Juan. Las mujeres que iban al pozo hablaban todo el tiempo sobre «el Bautista».

—Hay multitudes reunidas en el río.

—Me enteré de que algunos fariseos fueron a escucharlo y él los llamó una camada de serpientes.

—Hasta los cobradores de impuestos y los soldados romanos bajan a escucharlo.

—Mi hijo piensa que Juan es el Cristo.

María sintió que se le erizaba el cabello de la nuca.

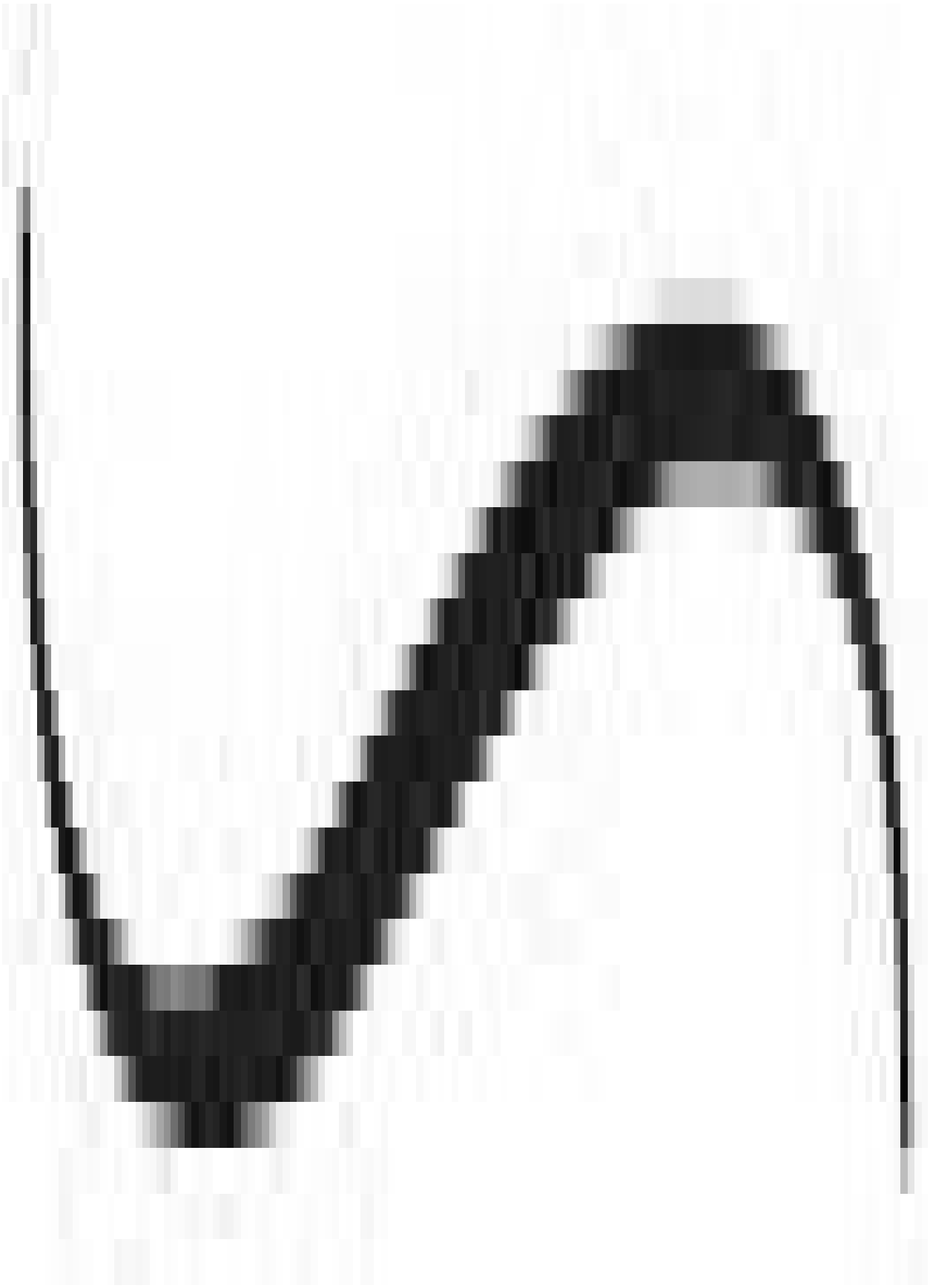
—Todos se están preguntando quién es —dijo otra mujer.

María tuvo que morderse la lengua para no gritar que su hijo Jesús era el Cristo, el Mesías. Cada día su angustia era más grande.

Finalmente, no pudo soportarlo más.

—Voy a ir, Jesús —le anunció—. Quiero ver a Juan.

Se desanimó cuando él no se ofreció a acompañarla.



Cuando María y sus hijos menores llegaron al río, las orillas del Jordán estaban repletas de hombres, mujeres y niños. La multitud estaba alborotada. Algunos le hacían preguntas a gritos al hombre de cabello revuelto que estaba sentado sobre una roca plana, vestido con una túnica hecha con pelo de camello y un cinturón de cuero alrededor de la cintura. ¿Era este hombre descuidado el hijo de Elisabet? Parecía que todos habían salido a escuchar su voz clamando en el desierto, porque junto al río se habían reunido prostitutas y sacerdotes, soldados romanos y escribas hebreos, campesinos y pescadores.

—¡Demuestren con su forma de vivir que se han arrepentido de sus pecados y han vuelto a Dios! —gritó Juan, señalando a varios fariseos que estaban parados cerca del agua—. No se digan simplemente el uno al otro: "Estamos a salvo porque somos descendientes de Abraham". Eso no significa nada, porque les digo que Dios puede crear hijos de Abraham de estas piedras.

Aun desde la distancia, María pudo ver cómo eran recibidas sus palabras. Los fariseos levantaron la cabeza, se dieron vuelta y se fueron, ofendidos. Mientras se iban, Juan les gritó:

—Ahora mismo el hacha del juicio de Dios está lista para cortar las raíces de los árboles. Así es, todo árbol que no produzca buenos frutos será cortado y arrojado al fuego.

—¡Mamá! —señaló Judas—. ¡Ahí está Jesús!

María lo distinguió entre la muchedumbre que estaba cerca del río, donde los hombres y las mujeres que lo rodeaban pedían a gritos que Juan los bautizara. El corazón se le aceleró al ver que su hijo se acercaba al profeta.

—Te bautizo con el agua del arrepentimiento —dijo Juan, sumergiendo a un hombre en el agua y levantándolo. Cuando el hombre se puso de pie y se fue, Juan miró directamente a Jesús, que estaba parado en la orilla. Lo miró fijo y guardó silencio cuando Jesús entró caminando en el agua y se paró frente a frente con aquel que lo había reconocido desde el vientre de su madre.

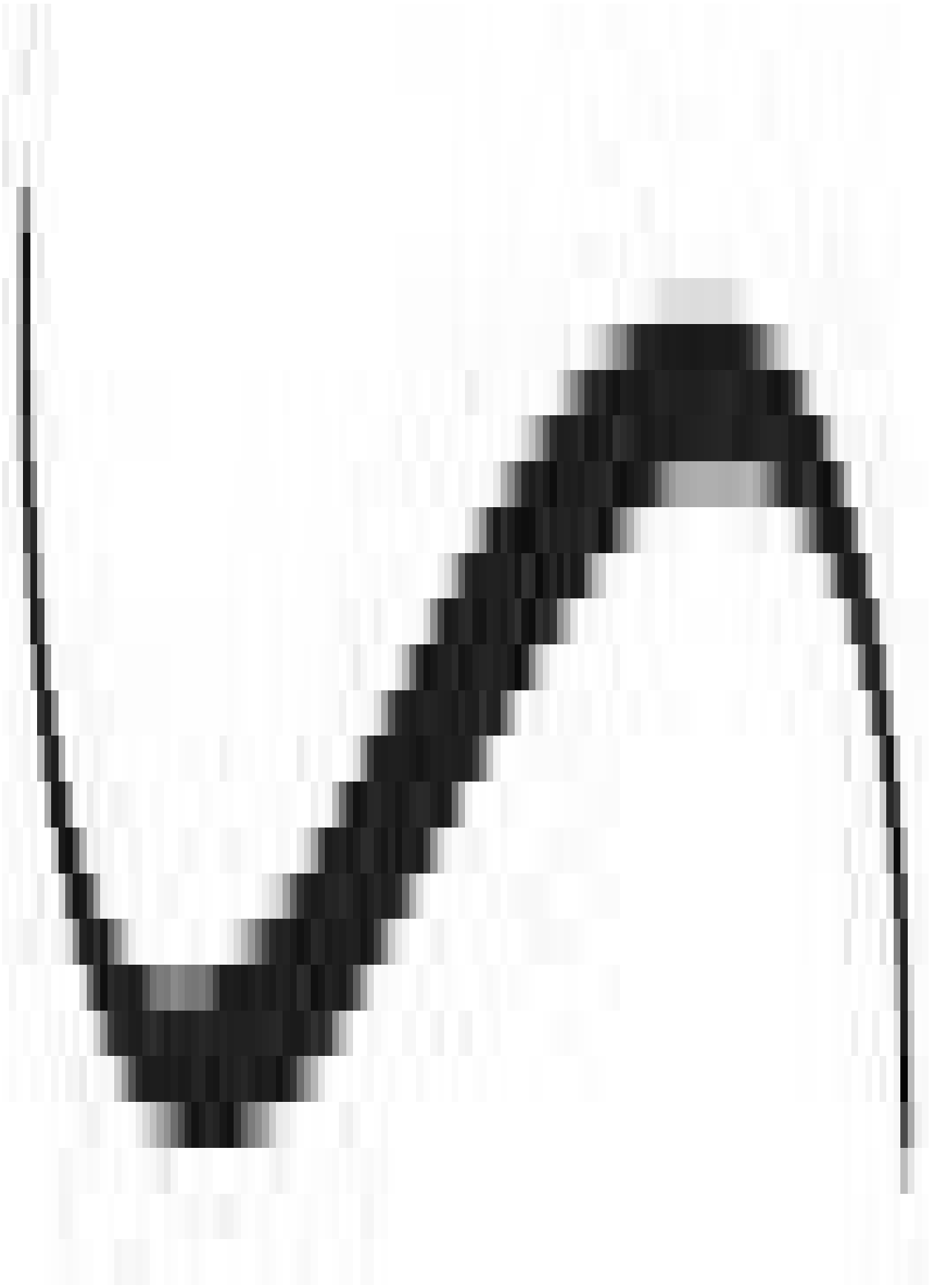
María agarró de la mano a Simón y a Judas y avanzó entre el gentío para acercarse. Juan y Jesús hablaron brevemente; entonces, Juan sujetó a Jesús y lo hundió en las aguas, para luego levantarlo otra vez. De repente, Juan miró hacia

arriba como si algo en el cielo le hubiera llamado la atención. María alzó la vista, pero no vio nada extraordinario. Juan retrocedió y extendió las manos mientras volvía a mirar a Jesús con una expresión extasiada. Su hijo se dio vuelta, salió caminando del río y subió a la orilla, mientras varios hombres jóvenes entraban chapoteando en el agua para acercarse a Juan.

—Vamos, hijos míos. Haremos lo mismo que hizo su hermano. —María guio a sus hijos hasta el rio para que fueran bautizados, escudriñando entre la multitud para ver a Jesús. Creyó verlo una vez, pero concluyó que no podía ser él, porque se marchaba hacia el oriente.

Cuando María y sus hijos menores llegaron a casa a tiempo para comenzar el sabbat, Jesús no estaba.

Tampoco regresó.



Pasó una semana, luego otra y otra más, y Jesús no volvió a casa. ¿Dónde podía haber ido? ¿Lo habían atacado mientras volvía a casa y lo habían dejado desangrándose junto al camino? ¡Seguro que no! Pero ¿qué otra cosa podía haberle sucedido? Santiago y José estaban preocupados y salieron a preguntar por él. Volvieron una semana después, insatisfechos y angustiados.

—Nadie lo ha visto, madre.

—Jesús volverá a casa cuando esté listo —dijo María, imponiéndole más confianza a sus palabras de la que sentía. Dondequiera que estuviera Jesús, sabía que Dios estaba cuidándolo y manteniéndolo a salvo de todo peligro.

No tuvo miedo por él hasta que escuchó los rumores de que Juan el Bautista había sido arrestado por orden del rey Herodes. ¿Había ido su hijo a Jerusalén a defender a Juan para que lo soltaran?

«¿Dónde está tu buen hijo, María? —le preguntaron las mujeres en el pozo—. Ayer, mi esposo fue a la carpintería a dejar el arado que necesita ser reparado y solo encontró a Simón y a Judas. —Cuando María les contó que se había ido al Jordán para ser bautizado, ellas menearon la cabeza—. Pero eso fue hace varias semanas. No está bien que los abandone a ti y a los muchachos para que se las arreglen solos».

Hasta sus hijos se oponían a la forma en que Jesús se había marchado y los había dejado sin decir una palabra.

—Él debe hacer lo que su Padre le dice.

—Nuestro padre está muerto, madre, y Jesús es el responsable del hogar.

—Simón y Judas han leído la Torá y han sido aprendices de Jesús en el taller el tiempo suficiente para seguir trabajando durante la ausencia de su hermano. —Mientras decía estas palabras, le cruzó por la mente la idea de que tal vez Jesús no volvería nunca más. ¡Era el Mesías! ¿Por qué volvería a vivir en una aldea desconocida en el distrito de Galilea?—. Tal vez se haya ido a Jerusalén. —Si no era a Jerusalén, ¿adónde?

¿Qué clase de hijo dejaría a su madre preocupándose de esta manera?

No debía preocuparse. Debía confiar en Dios.

¡Lo mínimo que debió haber hecho es decirte adónde iba y cuándo volvería! Si es tan bueno, ¿por qué te dio la espalda y se marchó sin decir una palabra?

¿Debía exigirle algo a Jesús? Nunca antes le había dado un motivo para preocuparse. Nunca había hecho nada sin una razón y sin orar.

Él es tu hijo. Te debe algo por todo el dolor que has soportado.

¡Él es el Hijo de Dios y no me debe nada! María se tapó el rostro y lloró. Nunca se había sentido tan sola, incluso ahora con Santiago y José sentados a su lado, Simón y Judas a sus pies y sus hijas cerca. No había sentido tanta soledad desde la muerte de José. Jesús había sido su consuelo y su fortaleza.

Las cosas no estaban sucediendo como había esperado.

Deja que venga, y verás cómo lo aplasto.

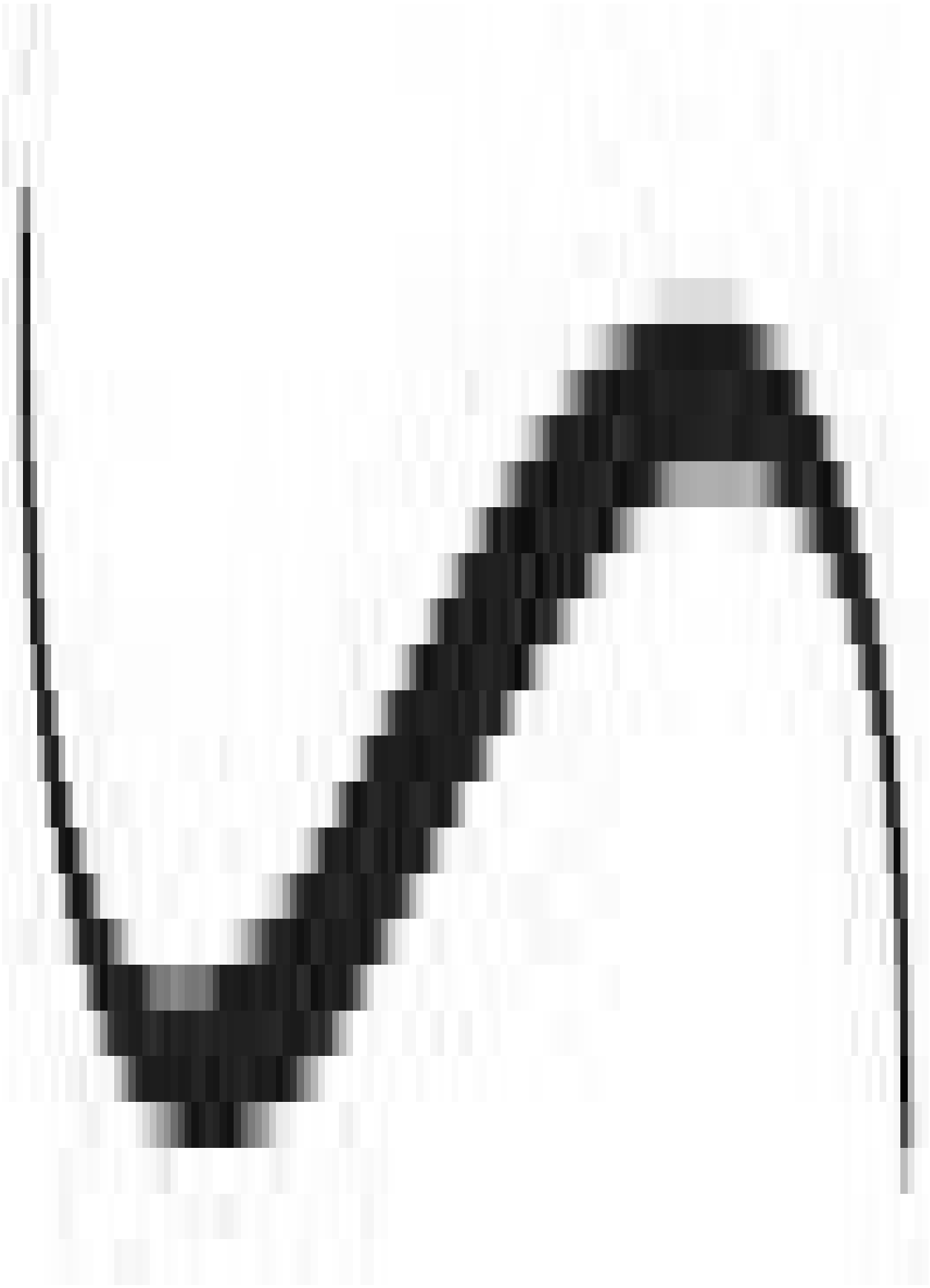
—No. La promesa se está cumpliendo. —María levantó la cabeza—. El Señor está con nosotros y Jesús arreglará todas las cosas.

—Madre —dijo Santiago, rodeándola con su brazo.

María se quitó el brazo de encima y se levantó.

—El Señor está con nosotros, y ustedes verán llegar el día en el que el Mesías aplastará a Satanás bajo sus pies.

Vio que sus hijos intercambiaban miradas de preocupación. María se llenó de tristeza. Necesitarían más que su palabra para hacerlos creer. Se necesitaría un cambio de corazón.



El día anterior a que María fuera a una boda en Caná, Judas subió corriendo la colina y entró a la casa.

—¡Viene Jesús! ¡Está llegando a la casa!

María corrió colina abajo para abrazarlo, llorando de alegría. Ni bien lo abrazó, se alarmó.

—¡Qué delgado estás! —dijo, afligida—. Y quemado. —Tocó su rostro bronceado por el sol y vio las marcas de las ampollas del calor cicatrizándose—. Vamos, tienes que comer y descansar.

Riendo, Jesús la levantó y la besó en las mejillas, mientras volvía a ponerla sobre sus pies.

—Mujer, ¿por qué siempre estás tratando de decirme qué hacer?

María rio con él y tomó su rostro bronceado en sus manos.

—¿No es así como una madre cuida a su hijo? —Fue entonces cuando vio que un grupo de hombres observaba el intercambio—. ¿Quiénes son esos hombres?

—Son mis amigos, madre.

Miró alrededor de Jesús y reconoció a dos de ellos.

—¡Santiago! ¡Juan! ¿Cómo está mi hermano Zebedeo? —Rápidamente se acercó a saludarlos.

—Está bien, María —dijo Juan, abrazándola.

—Pero enojado porque hemos dejado su casa para seguir a Jesús.

Miró a los demás y pensó que eran un grupo variado.

—Vengan. Tengo suficiente pan para todos, y mañana estamos invitados a una boda en Caná. Tus amigos son bienvenidos a asistir con nosotros. —Simón y Judas competían por recibir la atención de Jesús mientras todos subían juntos la colina.

Pasó la tarde llena de alegría, sirviendo a su hijo y a sus amigos. Santiago y José habían llegado temprano y le habían pedido a Jesús que saliera a hablar con ellos. Ella sabía que reprenderían a su hermano mayor por preocupar a la familia; también sabía que cualquier cosa que ella dijera no haría más que echar leña al fuego. Sin embargo, se paró en la puerta, esperando que su presencia apaciguara sus lenguas críticas. Su presencia no calmó la tensión, pero se sintió agradecida de que Jesús los escuchara mientras ellos expresaban sus quejas. Ella se había preocupado. Había dormido muy mal.

—Yo debo ir donde el Espíritu me guíe —dijo Jesús cuando le permitieron hablar.

El rostro de Santiago estaba tenso por la frustración.

—¿Y qué hay de nuestra madre?

Jesús apoyó una mano sobre el hombro de Santiago y sonrió con ternura.

—No he dejado sin sustento a nuestra madre. —María entendió, tan claramente como Santiago y José, que era el momento de que ellos ayudaran a mantenerla, que la responsabilidad completa no seguiría recayendo sobre los hombros de Jesús.

Se marcharon frustrados porque Jesús no dio explicaciones sobre su ausencia ni prometió cosas a futuro. Ella veía claramente el egoísmo que motivaba las exigencias que querían imponerle. Sin el hermano mayor que se ocupara de todo, sus vidas serían menos ordenadas, menos cómodas, menos egocéntricas. Además, María se daba cuenta de que evidenciaban molestos celos hacia Jesús por ser quien había capturado y mantenido el amor de ella. Quizás, efectivamente, ella prefiriera a Jesús antes que a sus otros hijos, pero ¿cómo podía no hacerlo, cuando era el hijo perfecto y los demás le causaban una infinidad de problemas y a menudo, aunque no fuera a propósito, herían sus sentimientos? Amaba a cada uno de sus hijos porque eran de su propia sangre. ¿Acaso nunca entenderían que Jesús era más que un hijo que ella había traído al mundo? ¿Continuarían viviendo en terca resistencia? ¿Cómo podía ser que estos desconocidos que habían venido a casa con Jesús lo vieran con más claridad que sus propios hermanos?

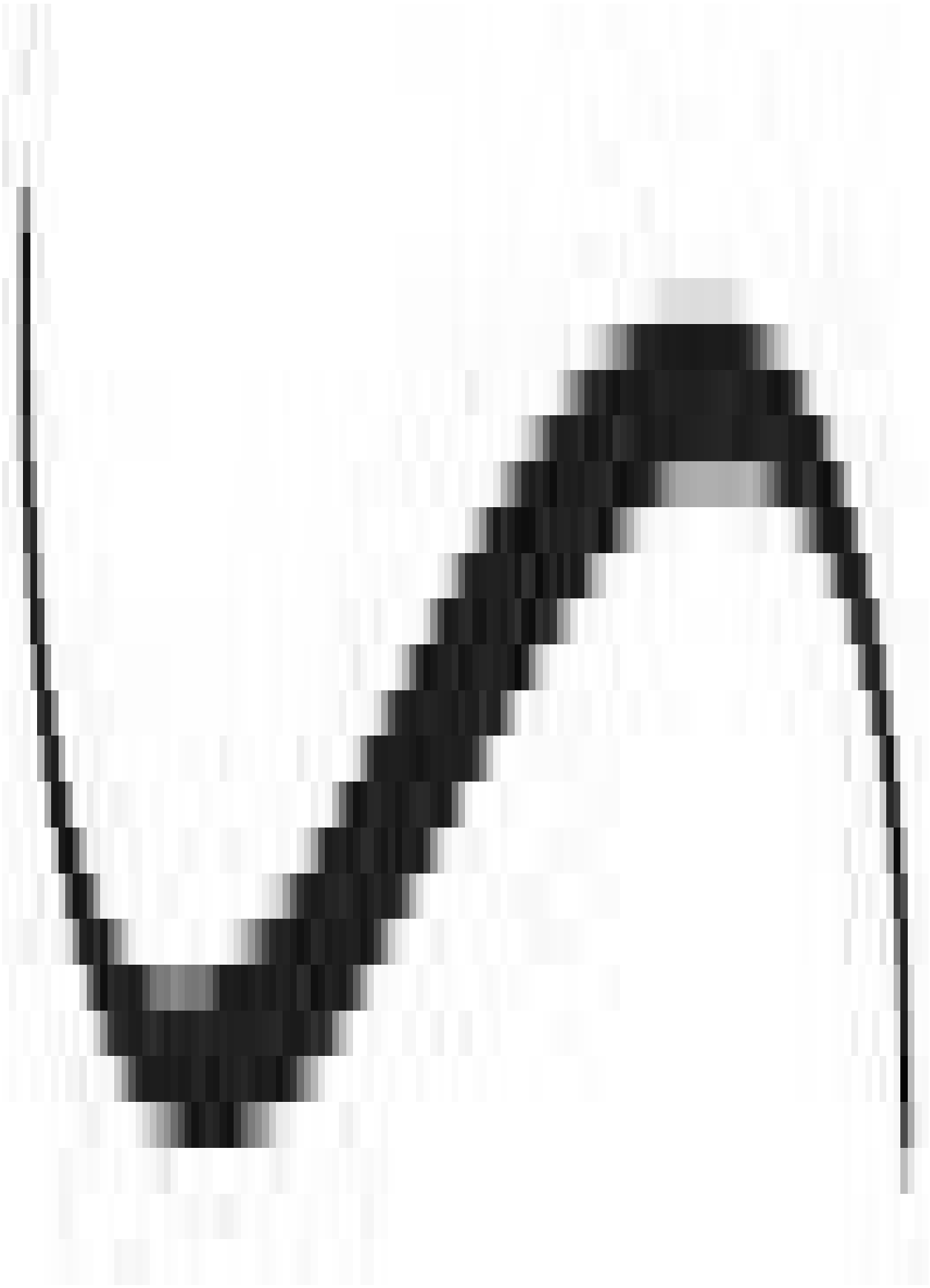
Y vaya si era un grupo variado: de edades, oficios, educación y regiones distintas. Simón Pedro, el pescador de barba entrecana, tenía más o menos la

edad de María; mientras que Andrés, su hermano menor, parecía más un escriba que un obrero. Natanael, el callado, escuchaba cada palabra que decía Jesús sin hacer comentarios, mientras que Felipe hacía una pregunta tras otra sobre varios puntos de la ley.

Sin embargo, a diferencia de Santiago, José, Ana, Sara, Simón y Judas, estos hombres estaban absortos por cada palabra que Jesús decía, y sus ojos desbordaban esperanza.

Cuando se puso el sol, María encendió las lámparas y se fue contenta a dormir porque Jesús estaba en casa.

Y ahora todo estaría bien.



A la mañana siguiente, María, Jesús y sus amigos caminaron juntos hasta Caná. María anhelaba tener a Jesús para ella otra vez, aunque fuera solo por unos instantes. Pero él parecía resuelto a motivar a estos discípulos a que aprendieran lo que quería enseñarles. Quizás luego podría hablar a solas con él. Rozó con la mano el brazo de Jesús, contenta de que la túnica que había tejido durante su ausencia le quedara tan bien. La tarea había mantenido sus manos y su mente ocupadas durante los largos y confusos días en los que no sabía dónde estaba él.

Llegaron a tiempo para sumarse a la procesión que iba atravesando la pequeña aldea mientras llevaban a la novia a la casa de su esposo. Toda la aldea estaba presente, y había comida y bebida para todos. La música del arpa, la lira, la flauta y el tambor hicieron que muchos bailaran hasta altas horas de la noche.

María nunca había visto tantas personas en un banquete de bodas. Aunque de vez en cuando reponían la comida en la mesa, el vino comenzó a ser mucho menos abundante cuando los festejos se extendieron a dos, y luego a tres días. Al cuarto día, María oyó al pasar que la gente se quejaba en voz baja. Jacob, el novio, estaba tan embelesado con su flamante esposa que ni siquiera notaba las miradas cada vez más tensas de los sirvientes, quienes trataban de ocuparse de las necesidades de los invitados. Uno trató de captar la atención del administrador de la casa, pero no lo logró.

María se acercó al sirviente.

—¿Qué lo preocupa?

—Nos quedan esos cántaros con vino y luego no tendremos más.

—Quizás Jacob tenga vino guardado en su casa.

El sirviente negó con la cabeza.

Si el novio se quedaba sin vino antes de que finalizara el festejo de la boda, sería avergonzado delante de sus invitados. El pobre Jacob nunca se sobrepondría a semejante humillación.

—Venga. Hablaré con mi hijo. Él puede ayudarlo.

Cuando María se acercó, Jesús estaba enfrascado en una conversación con sus amigos. Ella entró en el círculo, se arrodilló frente a su hijo y habló en voz baja:

—Se quedaron sin vino.

—Eso no es nuestro problema —dijo Jesús, no de mala manera—. Todavía no ha llegado mi momento.

María ladeó la cabeza y lo miró a los ojos, suplicante. Él sabía tanto como ella que la falta de vino derramaría humillación sobre la cabeza del novio y que dañaría su reputación ante la comunidad. Ella sabía que Jesús no ignoraría la mala situación de este joven pariente, especialmente cuando había llegado a la fiesta acompañado de todos sus amigos, y ellos habían contribuido a la escasez de los víveres de Jacob. Con una sonrisa, tomó su mano y le dio un beso en la palma. Luego se levantó, salió del círculo de discípulos de su hijo y habló con los sirvientes que esperaban nerviosos.

—Hagan lo que él les diga. —Después, se quedó a un costado y esperó la decisión de Jesús.

Jesús permaneció sentado y miró seis grandes vasijas de piedra de las que se usaban para el agua, puestas contra una pared. Ahora estaban vacías, pero las llenarían para la costumbre de la purificación.

—Llenen las tinajas con agua.

Perplejos, los sirvientes se miraron entre sí. María podía imaginarlos preguntándose qué iba a hacer, porque hasta el invitado más borracho notaría la diferencia entre agua y vino. Sin embargo, estaban tan desesperados que obedecieron a toda prisa. Corrieron una y otra vez entre el pozo comunal y las grandes vasijas de piedra, mientras Jesús volvía a prestarles atención a sus discípulos. Cuando finalmente llenaron las vasijas hasta el borde, los transpirados sirvientes volvieron prontamente a Jesús.

—Ahora saquen un poco —dijo Jesús— y llévenselo al maestro de ceremonias.

María siguió al sirviente, quien metió la jarra en el agua y se la llevó al maestro de ceremonias. Mientras la servía, el agua se volvió roja en la copa del hombre, y ella sintió una oleada de júbilo. Cuando el hombre lo bebió, su mirada se iluminó. María estaba lo suficientemente cerca para escuchar cuando él habló

con el novio.

—Generalmente el anfitrión sirve el mejor vino primero, y una vez que todos han bebido bastante y ya no les importa, comienza a ofrecer el vino más barato. ¡Pero tú has guardado el mejor vino hasta ahora!

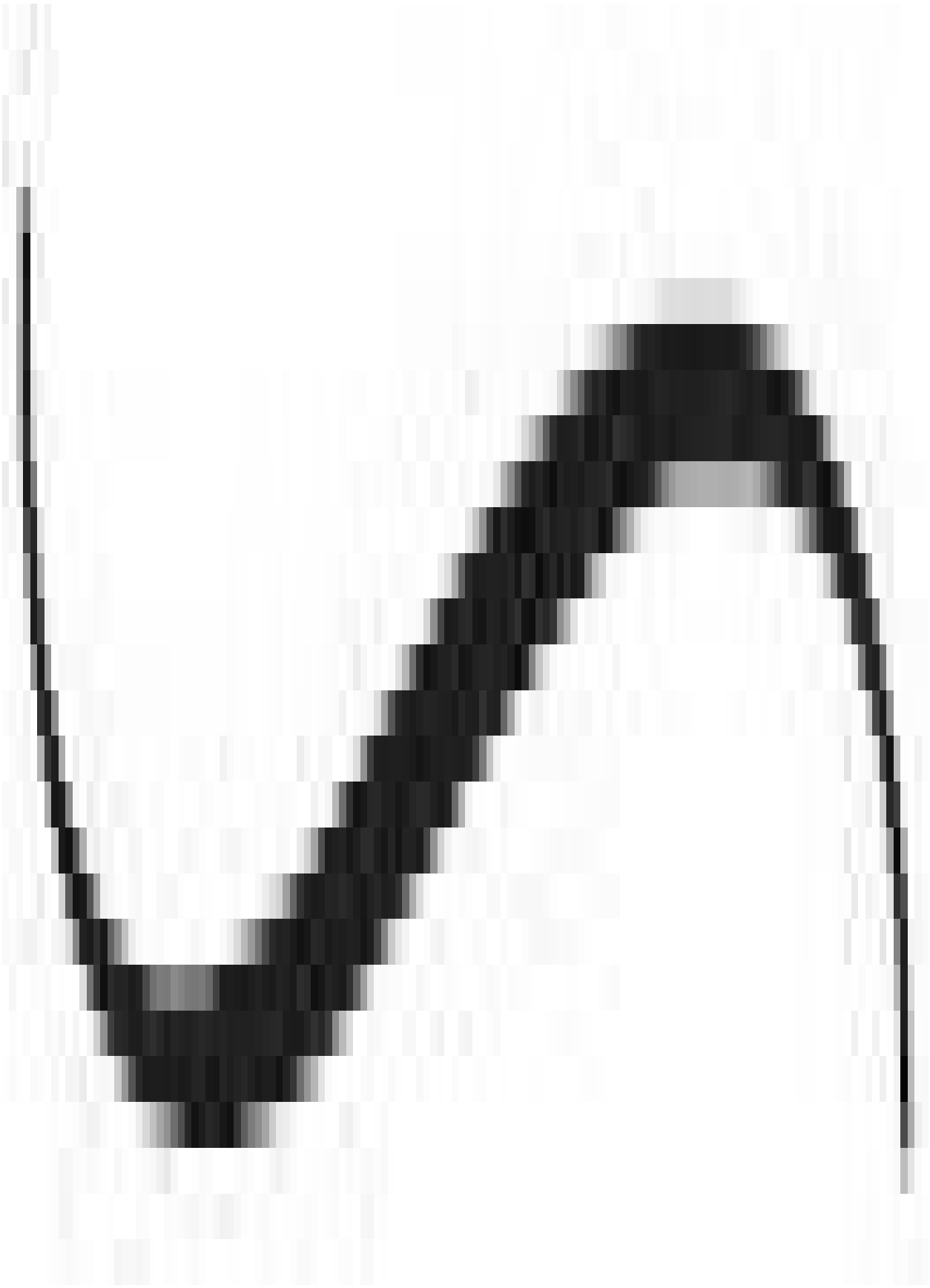
Riendo, llena de gozo, María se dio vuelta para mirar a su hijo y vio el asombro en los rostros de los discípulos. Entusiasmados, los sirvientes se movieron rápidamente entre los invitados, sirviendo el vino nuevo y difundiendo la noticia de lo que había hecho Jesús.

Y María observó todo con lágrimas de gozo corriendo por sus mejillas.

¡Ahora creerían! Todos los rumores que habían circulado sobre ella y José por fin terminarían, y sus hijos, hijas y amigos sabrían la verdad: Jesús era quien su pueblo había pedido a gritos durante siglos.

¡Jesús! ¡El que salvará a su pueblo! ¡Emanuel! ¡Dios con nosotros!

Pronto, ¡Israel sería libre!



Todos volvieron juntos desde Nazaret y fueron a la sinagoga para adorar al Señor. Jesús se sentó cerca del frente y sus discípulos lo rodearon. Con la garganta apretada por la emoción, María se inclinó hacia adelante para ver desde la galería de las mujeres, mientras leían la Torá y los hombres se ponían a hablar del significado de la ley de Moisés. Cuando Jesús se levantó se produjo un silencio, pues muchos ya se habían enterado de que había estado predicando a orillas del mar de Galilea. Y se rumoreaba que había convertido el agua en vino durante una boda en Caná.

El anciano rabino extendió la mano invitando a Jesús, quien se cubrió la cabeza con el manto de oración y subió a la plataforma. El rabino le entregó el rollo. Jesús lo desplegó y comenzó a leer:

—"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para llevar la Buena Noticia a los pobres".

El corazón de María dio un salto. Recordó las palabras de José cuando, juntos, solían maravillarse de cómo Jesús leía la Torá. «Su voz —decía José con lágrimas en los ojos—. Su voz no se parece a ninguna otra cuando lee la ley. No es que pasa por su lengua por haberla practicado durante años, sino que sale de su corazón».

Ahora, su amado Jesús estaba proclamando ante todos que él era el Ungido, ¡el Mesías tan esperado! María bajó la vista hacia sus otros hijos, sentados en la fila de la que había salido Jesús. Para su consternación, vio que caían sus hombros y bajaban la cabeza.

—"Me ha enviado a proclamar que los cautivos serán liberados, que los ciegos verán, que los oprimidos serán puestos en libertad, y que ha llegado el tiempo del favor del Señor". —Jesús cerró el rollo y se lo devolvió al ayudante. Luego bajó de la plataforma y tomó su asiento otra vez. El silencio era ensordecedor, y todos los ojos estaban clavados en él. El corazón de María latía cada vez más rápido.

Jesús habló con autoridad y calma al silencio vibrante que lo rodeaba:

—¡La Escritura que acaban de oír se ha cumplido este mismo día!

Un hombre se levantó:

—¡Estas Escrituras son sobre el Mesías! ¡Está blasfemando!

María vio que el hombre a quien su hijo llamaba Pedro se puso de pie de un salto, con el rostro enrojecido.

—Si usted pregunta lo que él quiere decir, quizás... —Fue ahogado por las voces que se levantaron.

—Escuché que hizo milagros... convirtió el agua en vino... cuenta historias sobre semillas y gorriones... tiene una gran sabiduría...

—¿De dónde surgen su sabiduría y sus milagros? —se burló un hombre desde las sombras—. Es solo el hijo de un carpintero. ¿Qué lo hace grandioso?

María sintió que se le acaloraba el rostro, pues podía sentir las miradas de las mujeres a su alrededor mientras las palabras burlonas despertaban en las mentes de los nazarenos los repugnantes rumores sobre ella y José, y de cómo había sido concebido Jesús.

—No —dijo ella en voz baja—. No, no.

—Conocemos a María, su madre —agregó alguien.

—Y a sus hermanos: Santiago, José, Simón y Judas. —Sus mortificados hijos fueron señalados.

—¡Sus hermanas viven aquí mismo, entre nosotros! —gritó otro.

María miró hacia atrás y vio que Sara se sonrojaba y se cubría el rostro, mientras que Ana retrocedía hasta quedar cerca de la puerta que conducía a la salida de la sinagoga.

—No... no... no... —María sacudió la cabeza, sintiendo que la miraban con lástima y condenación.

Se apartó, solo para escuchar que una mujer murmuraba:

—Y yo que siempre pensé que Jesús era un muchacho agradable... tan bueno con

su madre... Ella nunca superará la vergüenza de este día.

Jesús permaneció sentado.

—Un profeta recibe honra en todas partes menos en su propio pueblo.

—¡Ahora se autoproclama profeta! —gritó furioso un hombre.

Jesús miró en la fila a sus hermanos, que se encogían.

—Y entre su propia familia —agregó. Se puso de pie y enfrentó a sus acusadores: —Sin duda había muchas viudas necesitadas en Israel en el tiempo de Elías, cuando los cielos se cerraron por tres años y medio y un hambre terrible devastó la tierra. Sin embargo, Elías no fue enviado a ninguna de ellas. En cambio, fue enviado a la viuda de Sarepta, a una extranjera en la tierra de Sidón. O piensen en el profeta Eliseo, quien sanó a Naamán, un sirio, en vez de a los muchos leprosos de Israel que necesitaban ayuda.

—¡¿Quién se cree que es para hablarnos de esta manera?!

—¡Es un blasfemo! ¡Apedréenlo!

—¡No! —gritó María al ver que los hombres le ponían las manos encima a su hijo, al ver que los discípulos entraban en la disputa. Apartó a empujones a las personas y bajó corriendo las escaleras—. ¡Suéltenlo! ¡Suelten a mi hijo! —Los hombres de la planta baja se levantaron y sacaron a empujones a Jesús y a sus discípulos de la sinagoga. María trató de llegar hasta él mientras la muchedumbre lo empujaba camino arriba hacia la cima de la colina sobre la que se erigía el pueblo—. ¡No! —gritó—. ¡No saben lo que están haciendo!

Un hombre la empujó hacia atrás y la hizo caer de rodillas, por lo que se raspó las manos contra el suelo pedregoso. Respirando con dificultad por el dolor, se levantó nuevamente y siguió aprisa detrás de la multitud. De repente, todos se detuvieron y un silencio extraño cayó sobre el gentío. Mientras Jesús caminaba en medio de ellos, cada uno se apartó de él como si unas manos invisibles los empujaran hacia atrás.

Jadeando y con las lágrimas bañando sus mejillas, María corrió hacia él y caminó a su lado, seguida por sus discípulos.

—Ábreles los ojos, Jesús. Haz que vean. Sé que puedes. ¡Haz que entiendan quién eres!

Se detuvo en los confines de la aldea, sobre el camino que descendía la colina hacia el mar de Galilea, y la miró.

—Han endurecido el corazón, madre.

—Entonces ablándalos. Por favor, Jesús. Por mí. —Jamás había visto tanta tristeza en sus ojos.

Él le sujetó la cara entre sus manos.

—Madre —dijo dulcemente—, Nazaret ya no es mi hogar.

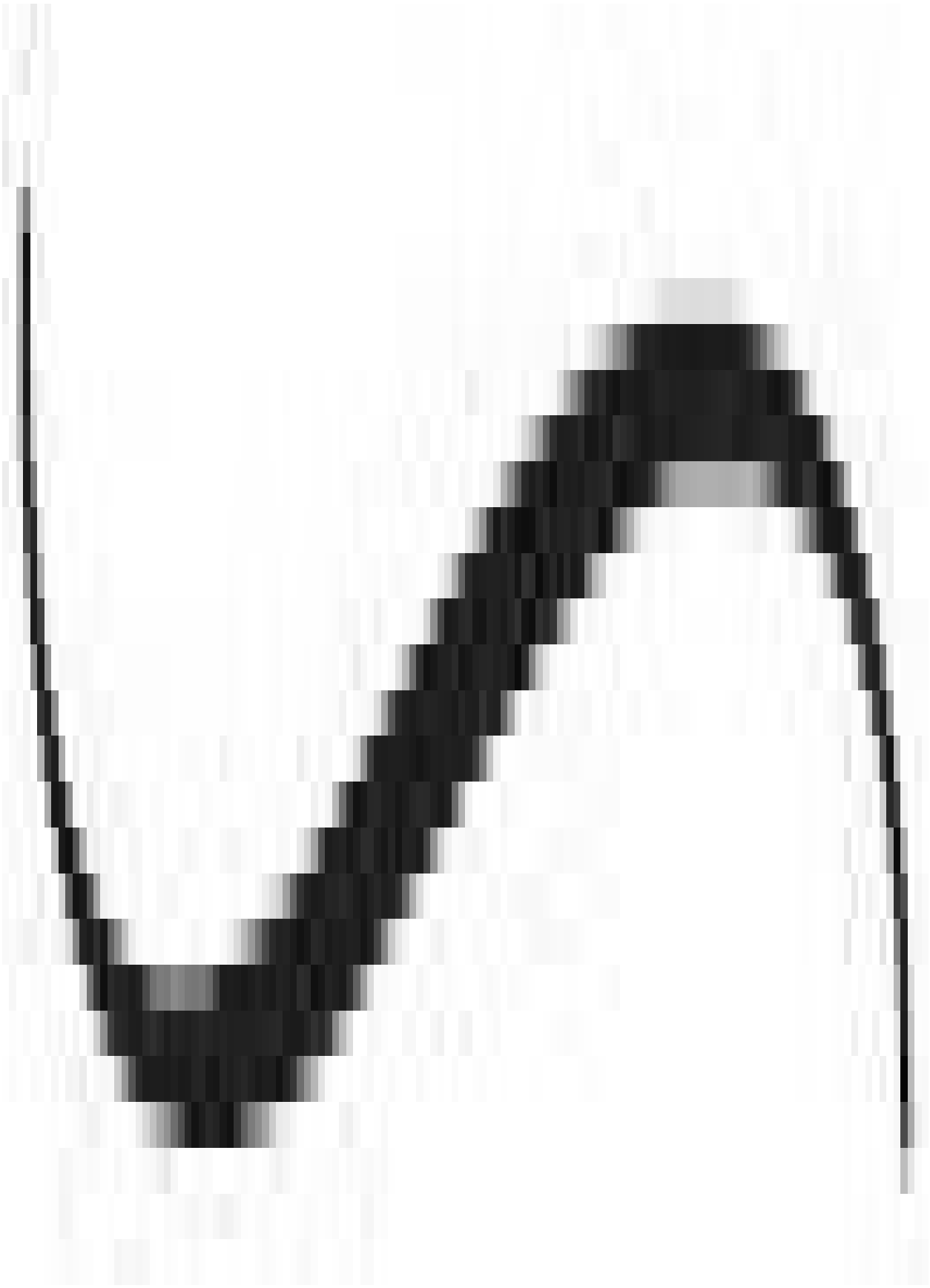
Confundida, María lo miró a los ojos.

—Pero, Jesús, ¿cómo puedes decir eso? Yo estoy aquí. Tus hermanos y tus hermanas...

Jesús la atrajo hacia él y la abrazó fuertemente. Ella inhaló el olor de su hijo y lo rodeó con sus brazos como lo había hecho tantas veces en el pasado. Pero ahora algo era distinto. Se sentía envuelta por su amor, sostenida por él, y sin embargo notaba que estaba apartándose de ella. Lo abrazó más fuerte, pero él le retiró las manos de su espalda y dio un paso atrás. Habló con una voz tranquila:

—Cada uno debe elegir. —La miró a los ojos por un instante y luego dio la vuelta.

Cuando Jesús descendió por el camino, solo sus discípulos lo siguieron.



María reunió a sus hijos e hijas.

—Su hermano se ha ido de Nazaret y no regresará.

—Aún si Jesús quisiera volver, dudo que le permitieran volver a entrar en la sinagoga. —Santiago estaba decaído.

María sujetó la mano de Santiago y miró a los demás.

—Se fue por el camino que va al mar de Galilea. Creo que volverá a Capernaúm. Deberíamos ir allí.

—Podría ser una buena idea dejar Nazaret por unos días —dijo José solemnemente—. Y dejar que las cosas se tranquilicen otra vez.

—Y podemos hablar con Jesús —dijo Santiago.

—Mi esposo me necesita, madre —dijo Ana—. No puedo ir sin su permiso.

Sara parecía tan preocupada como su hermana.

—Después de lo que sucedió en la sinagoga, ¿cómo podríamos atrevernos a ir, cualquiera de nosotros?

María estaba anonadada por su deslealtad.

—¿Alguna vez te has enterado de que tu hermano haya mentido?

—No, madre. —Los ojos de Santiago se oscurecieron—. Pero hay que tener en cuenta que antes nunca dijo que él es Dios.

—Él es el Hijo de Dios. —Vio cómo sus hijos se quedaban mirándola. Volvió a contarles cómo el ángel del Señor había venido a visitarla. Les dijo cómo había concebido por medio del Espíritu Santo. Les dijo que el ángel se le había aparecido a su padre en un sueño, diciéndole que Jesús había sido concebido por el Espíritu Santo, y cómo él se casó con ella y la mantuvo virgen hasta después de que Jesús naciera en Belén. Les habló de la estrella sobre Belén, de la visita de los magos, del decreto del rey Herodes para matar a los niños. Cuando

terminó, recorrió con su mirada todos los rostros y contuvo un sollozo—. ¿Por qué no me creen?

Santiago se inclinó hacia adelante y apretó fuertemente las manos entre sus rodillas, con el rostro demacrado y preocupado.

—Sabemos cómo se conciben los hijos, madre. Él es nuestro hermano y lo queremos.

—Ustedes piensan que estoy mintiendo. —Preferían las mentiras de los chismosos a la verdad que ella les decía.

—Pensamos que... —Santiago miró al resto y volvió a mirarla a los ojos— has sido engañada.

Se sintió indignada y dolida.

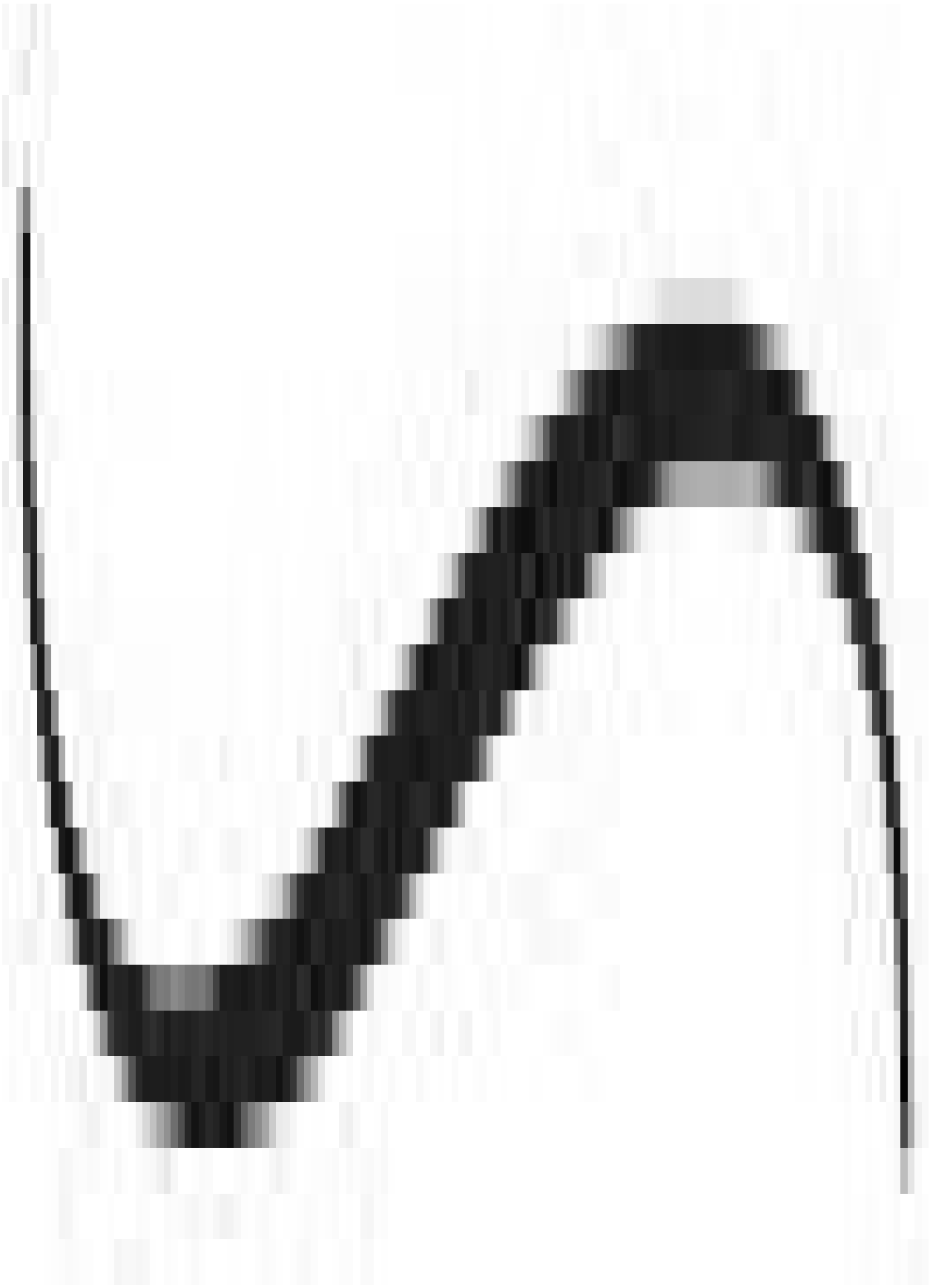
—¿Engañada? ¿Cómo? ¿Por quién? ¿Por su padre, José? Además de Jesús, ¿han conocido algún otro hombre tan justo y deseoso de agradar a Dios? Y piensen en Jesús. ¿Acaso no ha hecho siempre lo correcto, lo verdadero, lo noble y...?

Santiago bajó la cabeza.

—El solo hecho de que obedezca la ley no significa que sea Dios.

Ella se puso de pie. Estaba enojada, pero era más su miedo por ellos. ¿Qué sería de sus hijos si rechazaban al Mesías?

—Iremos a Capernaúm. Su hermano les aclarará las cosas.



Santiago y José se levantaron temprano una mañana para hablar con Jesús, pero les dijeron que Jesús ya se había ido a dar una de sus habituales caminatas a solas.

—Los hombres a los que él llama sus discípulos no quisieron decirnos a nosotros, sus hermanos, adónde fue. ¡Actúan como sus guardaespaldas! —se quejaron.

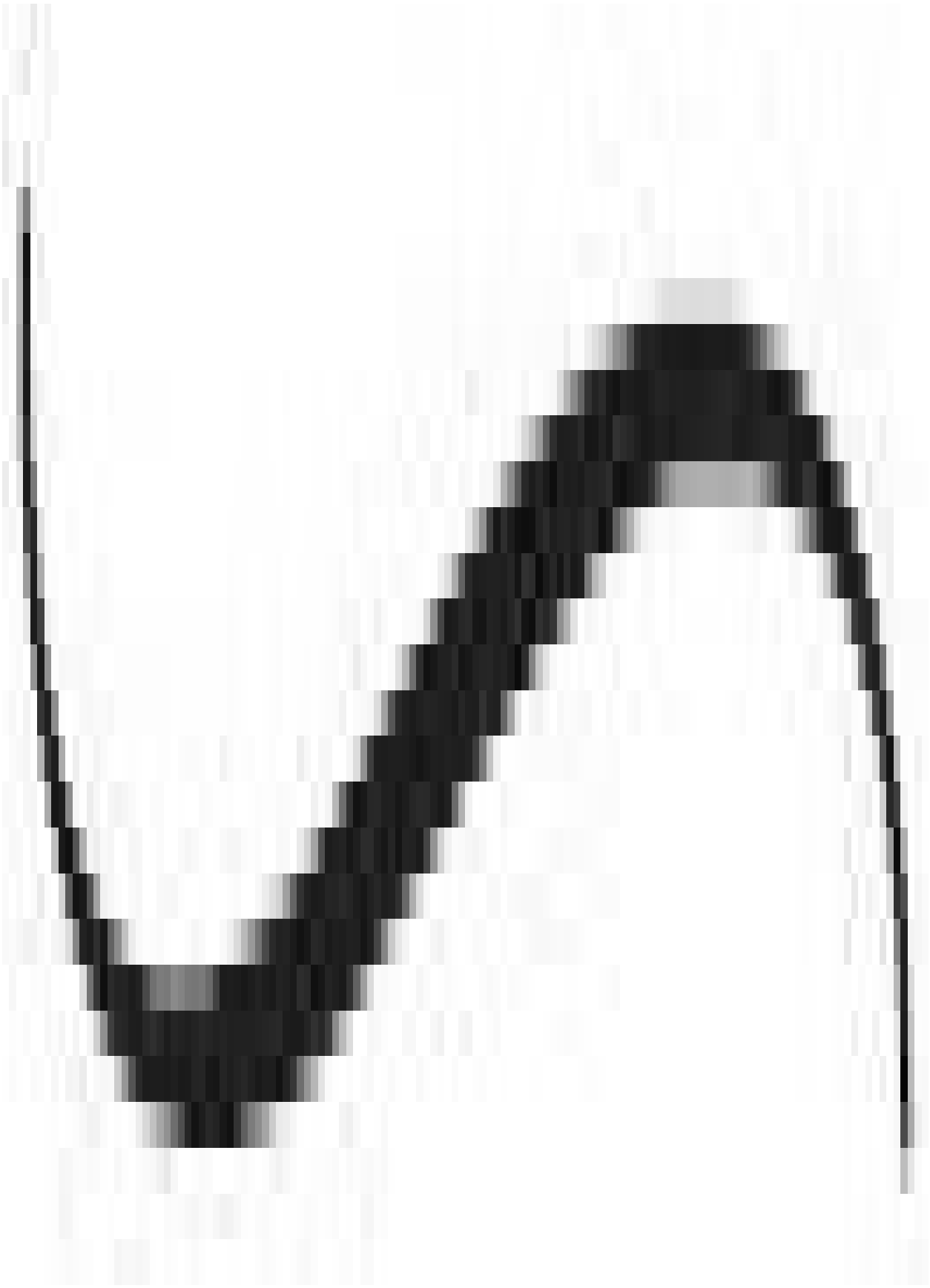
María esperaba que sus hijos e hijas reconocieran la verdadera identidad de Jesús cuando lo escucharan predicar. No obstante, se quedaron aún más confundidos por las parábolas de Jesús sobre el trigo y la maleza, las mejores perlas y las semillas de mostaza. Se ofendieron cuando Jesús no se apartó de los demás ni los trató con mayor consideración que al variado grupo que lo rodeaba día y noche. Nunca había tiempo para estar a solas con él porque había demasiada gente implorándole que le prestara atención. Además, tenían miedo de la llegada de los sacerdotes y los consternaba que Jesús recibiera a todos. ¡Incluso comía con prostitutas y con recaudadores de impuestos!

Al cabo de dos días, las hijas y los yernos de María se fueron, y se llevaron a Simón y a Judas de regreso a casa. Santiago y José se quedaron un día más, y después le rogaron a María que se fuera a casa con ellos.

—Él no te necesita, madre. Tiene una docena de hombres que lo siguen como ovejas perdidas. —Ella se sentía dividida entre Jesús y sus otros hijos y finalmente se dejó persuadir por sus argumentos.

La Pascua llegaría rápidamente y debía prepararse para la peregrinación anual a Jerusalén. Seguramente Jesús los acompañaría en el viaje a la Ciudad de David.

No fue sino hasta que la familia bajó desde Nazaret que se enteraron de que Jesús se había adelantado sin ellos.



—Tu hijo ya está en la ciudad —le dijo Abías a María cuando ella llegó a Jerusalén con su familia—. Ha estado enseñando en los corredores del templo. —El anciano tenía el ceño fruncido.

—Todos hablan de él —dijo Raquel, su esposa—. Parece que tiene seguidores.

Abías sacudió la cabeza.

—Los fariseos no están conformes con su enseñanza.

—Los nazarenos tampoco lo estaban —dijo José sombríamente.

—Escuché que sus discípulos no obedecen la antigua tradición.

—¿De qué manera? —dijo María.

—No realizan el lavado ceremonial de manos antes de comer. Fue por ese mismo asunto que los fariseos cuestionaron a Jesús, y él los llamó hipócritas.

María sintió que se le erizaban el cabello de la nuca.

—¿Hipócritas? —dijo débilmente, incapaz de imaginar a Jesús perdiendo la paciencia.

—Mi amigo me contó que les dijo sin rodeos que ellos honran a Dios con la boca, pero no con el corazón. Tu hijo les dijo que adoran en vano, porque enseñan las doctrinas y los preceptos de los hombres. —El rostro de Abías enrojecía cada vez más mientras hablaba—. Desde luego, al populacho común que lo sigue le encantó. —Miró amenazadoramente a María—. ¿De dónde sacó esas ideas tu hijo? ¡Deberías hablar con él y recordarle que le muestre el respeto debido a los hombres que llevan nuestros sacrificios ante Dios!

Tu hijo... tu hijo... María oía la acusación en la voz de su pariente. Sintió que el calor subía a su rostro. Seguramente había algún error. Jesús nunca había sido irrespetuoso con nadie.

—Si sigue así, ofenderá al rey Herodes y terminará como Juan el Bautista.

—Abías —dijo Raquel en voz baja.

María sintió que se le helaba la sangre.

—¿Qué quieres decir con que “terminará como Juan”? ¿Qué pasó? —Recorrió con la mirada los rostros de sus hijos y de los demás parientes. ¿Qué estaban ocultándole?—. ¿Santiago? ¿José?

Un músculo se puso tenso en la mejilla de Santiago.

—Fue decapitado.

María se llevó una mano a la garganta.

—¿Decapitado? —Lágrimas brotaron de sus ojos. Juan, el hijo milagroso de Zacarías y Elisabet, ¿había muerto? Juan, el bebé que había reconocido a Jesús desde el vientre, ¿estaba muerto?

—Era solo cuestión de tiempo —dijo Abías—. Ofendió a Herodes y a Herodías. No puedes gritar que el rey y su esposa son adúlteros y no esperar repercusiones. Dijo que no era legítimo que Herodes tuviera a Herodías, porque ella está casada con el hermano de Herodes, Felipe, y él aún está vivo.

Ella lo miró fijo.

—Pero eso es verdad. Todos saben que es cierto.

El rostro de él se puso rojo.

—Claro que es cierto, pero es ridículo proclamarlo. El rey Herodes hizo arrestar a Juan. Creo que solo quería mantenerlo alejado del pueblo por un tiempo, pero Herodías dio un banquete para el cumpleaños del rey. Herodes estaba borracho cuando la hija de Herodías danzó para él, y el rey le prometió cualquier cosa, hasta la mitad de su reino. Te imaginarás lo que pasó. Herodías cerró la trampa y le dijo a la joven que pidiera la cabeza de Juan en una bandeja de plata.

María lentamente sacudió la cabeza.

—No. ¡No! ¿Cómo puede ser?

Abías pareció consternado al ver cómo reaccionó María ante la noticia y se dio vuelta hacia sus hijos con un tono de acusación.

—¿Cómo es que su madre no estaba enterada de esto?

—No quisimos preocuparla —dijo José—. Juan fue arrestado en la época en que Jesús desapareció.

—¿Desapareció? —Desconcertado, Abías miró a los dos hijos mayores de María —. ¿Cuándo sucedió esto?

—Después de que bajó al Jordán y fue bautizado —dijo Santiago.

María apretó las manos sobre su regazo, luchando contra las emociones que amenazaban con ahogarla. Sus hijos debían pensar que era débil y que no podía soportar enterarse de lo que sucedía a su alrededor. ¿Qué otra cosa le estaban ocultando?

—Juan era un profeta de Dios —insistió ella.

—Eso dicen algunos —dijo Abías sardónicamente.

Ella levantó el mentón y miró a los hombres de su familia.

—Un profeta de Dios solo dice la verdad.

Santiago frunció el ceño.

—Y todos los profetas que lo hicieron murieron por eso.

Abías se inclinó.

—Tu hermano conseguirá que lo maten si insiste en ofender a todos.

Los ojos de María centellearon.

—Dios engendró a Jesús en mi vientre y lo hizo confiar en el Señor aun desde que tomaba pecho. Desde su concepción, Jesús estuvo consagrado al Señor. Únicamente puede hacer lo que Dios le dice que haga.

Abías y Raquel se quedaron mirándola boquiabiertos. Abías miró a Santiago.

—¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?

—Ella lo cree —dijo Santiago, mirando de reojo a su madre y agachando la cabeza con vergüenza.

—Mujer —dijo Abías con lástima —, has perdido la razón si piensas que tu hijo, el muchacho que venía a Jerusalén todos los años y se sentaba a mi mesa, es el... el Mesías... —Se levantó y se alejó de ella como si estuviera contaminada.

María sintió la mano de Raquel sobre su espalda.

—María, María, mi querida amiga. Eres una buena mujer, pero ¿realmente crees que eres digna de ser escogida para tener al ungido de Dios? ¿Una mujer pobre de... Nazaret, cuyo marido era un humilde carpintero?

—Nuestro padre era del linaje de David —dijo Judas con su orgullo afectado.

—Igual que muchos otros hombres de una posición social más alta que tu padre —dijo Abías y levantó las manos—. No estamos hablando en contra de nuestro pariente. Era un buen hombre, devoto y fiel. ¿Pero para ser el padre del Mesías?

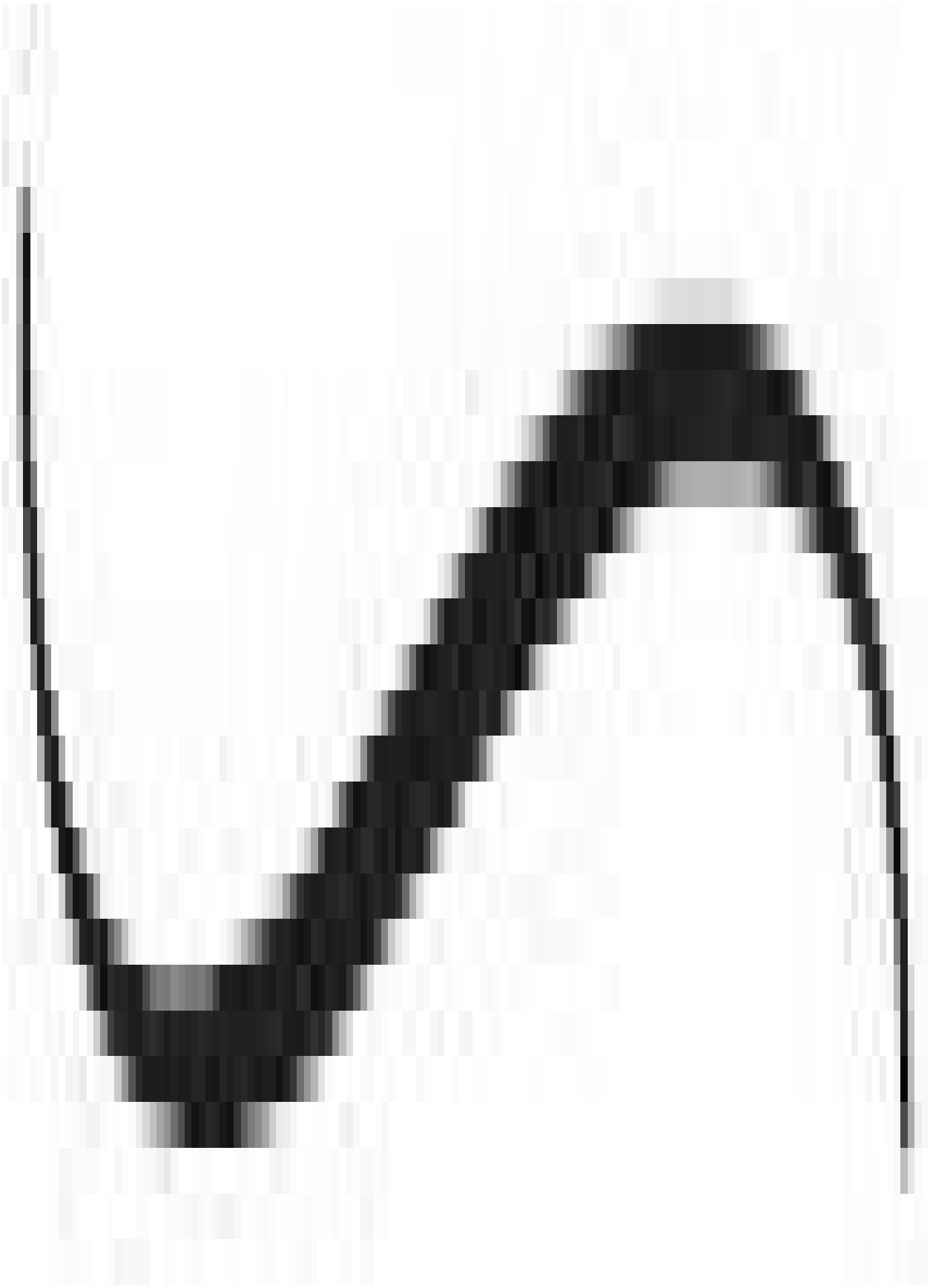
—Jesús no es el hijo de José.

—¡Madre! —dijo Santiago severamente, con los ojos negros de furia—. Todos en esta sala saben exactamente lo que pasó.

María sintió que la sangre subía repentinamente a sus mejillas. Los miró a todos.

—Dios mantendrá a salvo a Jesús. ¡Jesús no morirá! —¡Él era el Mesías! ¡Era el Ungido de Dios, el Prometido que salvaría a Israel! —La mano del Señor está sobre él.

Pero en sus ojos vio que no le creían y que, como consecuencia, tampoco creerían en Jesús.



María volvió desanimada a su casa en Nazaret. La tensión en la familia siguió aumentando durante la semana de la Pascua. Sus parientes presionaron a María y a sus hijos una y otra vez para que hablaran con Jesús antes de que sufriera algún daño. María tenía la clara sensación de que Abías estaba menos preocupado por el bienestar de su hijo que por la vergüenza que Jesús podía causarle a su familia.

Cuando Santiago y José le contaron que Jesús había vuelto a Capernaúm, no se sorprendió de que sus hijos quisieran ir a hablar con él. Sabía que temían por la vida de Jesús. Pero más aún temían ser excluidos de la sinagoga. El rabino había estado furioso desde la visita de Jesús y dicho abiertamente que cualquiera que creyera que Jesús era el Mesías sería expulsado de la congregación, así como lo había sido el hijo del carpintero.

—Iremos —dijo ella firmemente—. Iremos y hablaremos con Jesús, y entonces verán.

Pero cuando ella y sus hijos llegaron a Capernaúm, era tal la multitud que rodeaba la casa de Pedro que ni siquiera pudieron acercarse a la puerta. Santiago se abrió paso a empujones entre la gente.

—¡Déjennos pasar! ¡Ella es la madre de Jesús y nosotros sus hermanos!

Al escucharlo, las personas los tocaron y exclamaron cuán benditos eran. Sin embargo, no los dejaron acercarse más que a la puerta. Desde ahí podían escuchar a Jesús, pero no podían verlo. No pudieron pasar de allí.

Santiago le dijo al hombre que tenía enfrente que hiciera correr la palabra que la madre y los hermanos de Jesús habían venido a hablar con él. Pocos minutos después, María escuchó una voz que dijo en voz alta:

—Tu madre y tus hermanos están afuera y te llaman.

—¿Quién es mi madre? —Escuchó que decía Jesús—. ¿Quiénes son mis hermanos? Estos son mi madre y mis hermanos. Todo el que hace la voluntad de Dios es mi hermano y mi hermana y mi madre.

María sintió el calor que subía por sus mejillas cuando quienes los rodeaban los

miraron a ella y a sus hijos y desviaron rápidamente la vista.

¡Tu hijo ya no te necesita y ahora te rechaza!

Mi hijo me ama. Ama a sus hermanos. ¡Él no nos rechazaría! ¡No lo haría!

El rostro de Santiago estaba rojo y furioso; el de José, pálido; los de Simón y de Judas, confundidos y dolidos. Santiago le habló al oído:

—Ya ves cómo es ahora, madre. Ahora que Jesús tiene seguidores no le importan los de su propia carne y sangre.

—Lo esperaremos.

—¿Por qué? —dijo José—. ¿Para sufrir más humillaciones?

Santiago la rodeó con el brazo como para protegerla de las miradas curiosas de la multitud.

—Nos vamos —susurró con aspereza.

Si discutía con sus hijos, causaría más trastornos. Los acompañó un trecho, y entonces se detuvo con firmeza

—¿Son tan soberbios como para creer que Jesús debe dejar lo que está haciendo en el mismo instante que nosotros aparecemos? —No reiteró que Jesús estaba haciendo la obra de Dios, pues eso solamente los enfadaría más.

—Vinimos porque lo amamos, ¡y mira cómo nos trata! —dijo Simón, con lágrimas cayendo por sus mejillas—. Vinimos porque no queremos que termine como Juan, con la cabeza en una bandeja.

María abrazó a sus hijos menores y alzó la vista hacia Santiago y José.

—Espérenlo. ¡Esperen! ¿Hicieron todo este camino para darle la espalda?

—Él nos dio la espalda a nosotros primero. —Santiago se dio vuelta, pero no antes de que María viera el brillo de las lágrimas en sus ojos.

María se negaba a dejarse persuadir por el dolor o la confusión. Conocía a Jesús mejor que ellos. ¿No había sido ella quien lo amamantó en su pecho y lo vio

convertirse en un hombre? Incluso mientras se iba con ellos, trataba de hacerlos volver.

—Recuerden las parábolas que su hermano nos contó la última vez que vino a casa en Nazaret. Está enseñándole al pueblo acerca del reino de los cielos. Está definiendo a los hijos de Dios. Él no piensa como nosotros, hijos míos. Sus caminos no son como los de los hombres comunes. Sus caminos son superiores.

Mientras hablaba de su fe, llegó la seguridad y trajo consuelo.

—No está excluyéndonos, hijos míos; está incluyendo a todos los que se acercan a él para escuchar qué es lo que agrada a Dios. —Miró hacia atrás a los que estiraban el cuello para escuchar las palabras esperanzadoras de su hijo—. A quienes se dan cuenta de que necesitan a Dios: a los que son tiernos de corazón y a los humildes, a los enfermos, a quienes están tristes, a los que tienen hambre y sed de justicia... —Posó su mano sobre el hombro de Santiago para que se detuviera—. Tú lo conoces, Santiago. José. Simón. Judas. Ustedes lo conocen. ¿Realmente pueden decir de corazón que Jesús no tiene amor por ustedes?

No quisieron escucharla.

María anhelaba quedarse en Capernaúm, pero sabía que, si lo hacía, estos hijos de José sentirían que los había rechazado, así como estaban convencidos de que Jesús los había rechazado. Por eso, con el corazón encogido, caminó a casa con ellos. Cada paso que la alejaba de Jesús la hacía sentirse más sola.

«Cada uno debe elegir».

Las palabras resonaron en su mente y le causaron dolor en el corazón. Jesús sabía que lo amaba. Jesús sabía que ella creía que era el Mesías. Jesús entendería que no podía abandonar a sus otros hijos.

«Cada uno debe elegir».

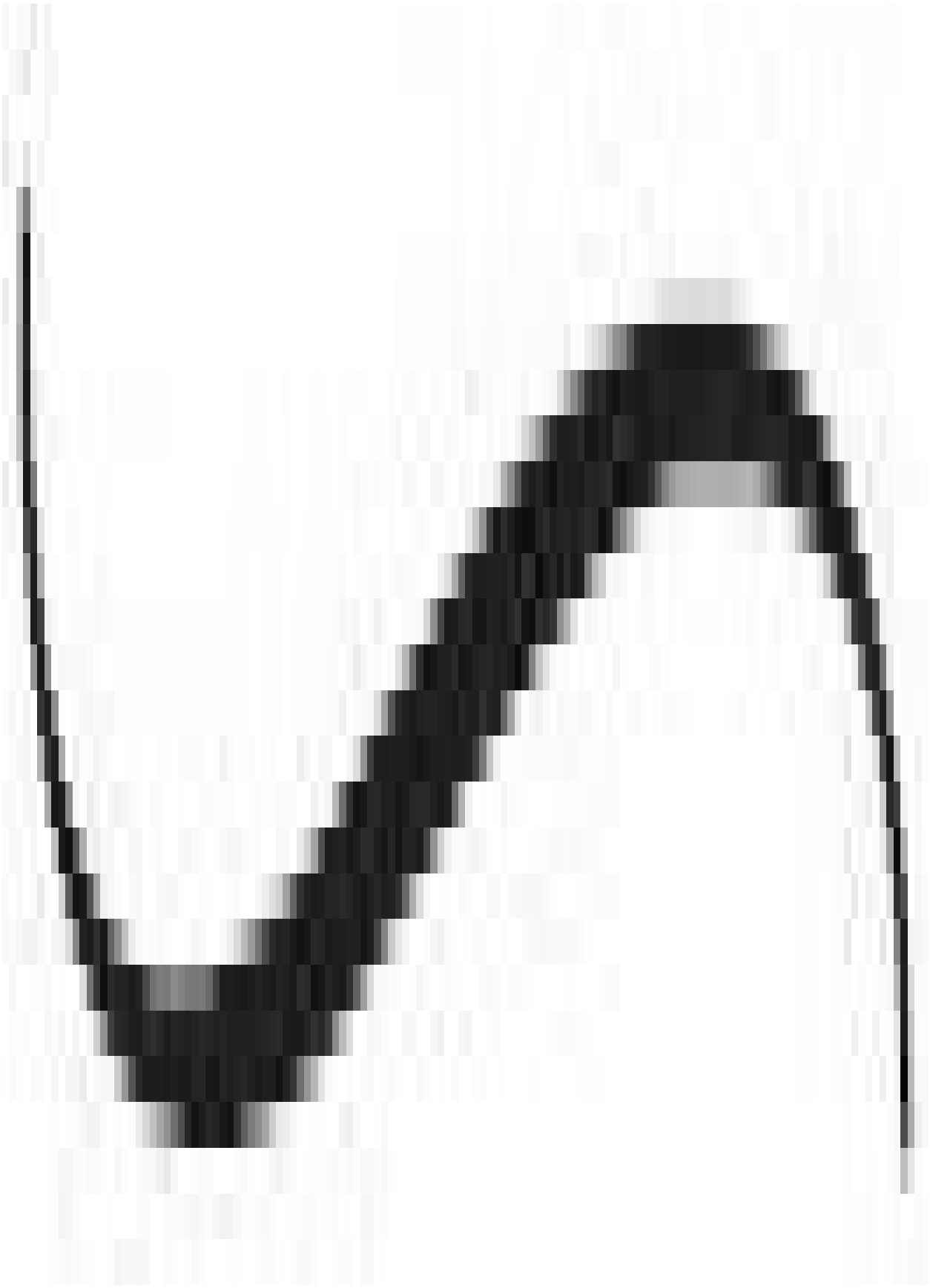
Tenía que quedarse con ellos y hacerlos entender.

«Cada uno debe elegir».

Si dejaba a sus otros hijos, se enojarían, se sentirían dolidos y creerían que siempre había preferido a Jesús.

«Cada uno debe elegir».

Cuanto más se alejaba de Capernaúm y de Jesús, más suave le resultaba el eco de las palabras de su hijo... y más profundo el dolor de su corazón.



Su hermana, María, y Cleofas se detuvieron al pasar por la casa de María cuando salían de Nazaret.

—Lo hemos hablado durante meses y tomamos la decisión de cerrar nuestra casa y nuestro negocio para poder seguir a tu hijo.

Los ojos de María se llenaron de lágrimas. ¡Por fin su hermana y su marido creían! Pensaba que nunca llegaría ese día.

—Espera —dijo, y fue a toda prisa hacia la caja que contenía los últimos obsequios de los magos. María puso en una bolsa el incienso y las piezas de oro que quedaban y se las entregó a su hermana—. Para que Jesús lo use.

—¿Por qué no vienes con nosotros?

—Debo tratar de convencer a mis hijos e hijas.

Poco después, María fue una vez más con sus hijos e hijas a Jerusalén para la Pascua. Se sentó entre sus parientes incrédulos y escuchó los rumores de que el rey Herodes estaba buscando a Jesús porque pensaba que era Juan el Bautista que había revivido. En las altas esferas había un antagonismo cada vez mayor contra su hijo. Sabiamente, Jesús había cruzado el lago y estaba predicando en Genesaret y en la región que la rodeaba.

Cuando María regresó a Nazaret, se enteró de que Jesús se había marchado de la región de Galilea y se había ido a la región de Judá, más allá del Jordán. Escuchó rumores de que Jesús había ido a Tiro y a Sidón. Pero ¿por qué su hijo se quedaría entre los gentiles? Era Israel el que esperaba al Mesías.

Con cada día que pasaba, sentía que la distancia entre ella y Jesús era mayor, y que los corazones de sus hijos se endurecían más.

—Quiero ir adonde está Jesús —dijo María, llorando—. ¡Quiero ver a mi hijo!
—Todos sus esfuerzos por salvar a estos tercos hijos suyos habían fracasado. Ella se sentía incapaz para cambiar su manera de pensar y su corazón; incapaz para guiarlos hacia la verdad que sabía: que Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

Ay, Señor Dios de Israel, Dios de misericordia, ¿por qué son tan obstinados? No puedo hacer nada con ellos. Ay, Señor, los pongo en Tus manos poderosas. Ten piedad. Por favor, sé misericordioso.

—Trataste de verlo en Capernaúm, madre —argumentaron sus hijos—. ¿No te acuerdas de lo que sucedió? Tiene miles de seguidores que claman su nombre. Tiene su círculo íntimo de amigos. Es famoso en toda Judea. Ya no le importamos.

No sirvió de nada decir que Jesús los amaba. No sirvió de nada que les recordara todos los años que había trabajado para mantenerlos, que los había sentado sobre su regazo, que les había leído, que se había reído con ellos, o que les había enseñado. ¿Qué tendría que hacer Jesús para demostrar el amor que les tenía?

Pasó un año; luego otro, y María supo que se acercaba rápidamente el momento en que ella tendría que hacer lo que Jesús había dicho. Tendría que elegir. Y sabía que debía tomar la misma decisión que había tomado treinta y tres años atrás.

Debía decirle a Dios que sí y dejar de pensar en las consecuencias. Aunque significara renunciar a sus hijos.

SIETE



María viajó con sus hijos e hijas y sus familias a Jerusalén para la Pascua. Todas las personas con quienes se encontraban hablaban de Jesús y relataban las anécdotas de sus milagros y lo que predicaba. El año anterior, Jesús no había ido a Jerusalén para la Pascua, sino que había pasado la semana en el desierto con sus discípulos, después de alimentar a una multitud con cinco panes de cebada y dos peces.

—Rumores, no son más que rumores —dijo alguien cerca de ella.

—¡Les aseguro que este hombre es un profeta de Dios!

—Es mi hermano —dijo Simón con orgullo.

Los desconocidos se rieron de él.

—¡Tu hermano! —se burlaron—. ¿Por qué no lo sigues, entonces?

Luego de eso, sus hijos e hijas no hicieron ninguna otra declaración al respecto, pero hablaban mucho entre ellos, en voz baja, gravemente preocupados. Todas las personas con quienes se encontraban hablaban de Jesús, y todos tenían la esperanza de que «el nazareno» viniera este año a Jerusalén para poder verlo.

María estaba muy perturbada y ponderaba lo que escuchaba. ¿Qué exactamente esperaban estas personas de Jesús? Actuaban como niños que tocaban la flauta, esperando que Jesús bailara con su música. Solo hablaban de las señales y los milagros que su hijo realizaba, pero no retenían ninguna de las lecciones que les enseñaba. Estaban deseosos de ver que Jesús hiciera milagros, ávidos de comer el pan que no les costaba nada y esperando ver que sus enemigos fueran aplastados y humillados.

Su hijo no había nacido para hacer lo que querían los hombres, sino la voluntad de Dios.

¿Cómo lo haría Jesús? Se preguntaba María. ¿Cómo redimiría a este pueblo que quería que lo entretuvieran igual que el populacho romano? Si Jesús no hacía lo que deseaban o esperaban, se volverían en su contra.

María sintió que un escalofrío recorría su espalda. ¿Acaso los propios hermanos

de Jesús no le habían dado la espalda cuando él no había hecho lo que esperaban o querían? ¿Podía esperar algo distinto de los desconocidos?

Cuando llegaron a las puertas de Jerusalén, María escuchó que alguien decía que el Nazareno estaba en Betfagé.

—Vayamos y reunámonos con él ahí —les dijo a sus hijos—. Busquemos a su hermano y quedémonos con él.

—Podría necesitarnos —dijo Santiago, que parecía tan preocupado como se sentía ella. Como cabeza de la familia, su opinión influía sobre los demás. Simón y Judas estaban alborotados por las historias sobre Jesús, ansiosos como cualquier otro por ver qué poder tenía, en lugar de escuchar la palabra del Señor y obedecerla.

Antes de que hubieran avanzado mucho, escucharon gritos: «¡Alaben a Dios por el Hijo de David! ¡Bendiciones al que viene en el nombre del Señor! ¡Alaben a Dios en el cielo más alto!».

El estruendo de las voces siguió aumentando hasta que fue ensordecedor. El corazón de María latía cada vez más rápido mientras avanzaba apresurada, sabiendo que estaban dándole a su hijo la bienvenida a Jerusalén. ¡Por fin había llegado el día en que Jesús sería proclamado el Mesías! Lo vio subir por el camino, rodeado por seguidores que agitaban ramas de palmeras y clamaban su nombre. Hombres y mujeres arrojaban sus mantos al suelo para que caminara encima de ellos. Otros arrancaban ramas de los árboles y las tendían sobre el camino.

Había tantas personas que María y sus hijos no pudieron acercarse.

«Es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea», decían los que la rodeaban.

«No es un profeta —quería gritar—. ¡Es el Hijo de Dios! ¡Es el Mesías!». Embargada por la emoción, María dejó a los demás y corrió al extremo más lejano de la multitud junto al camino, y gritó:

—¡Jesús! ¡Jesús!

Trató de seguirle el paso, pero lo perdió de vista cuando entró a la ciudad. La multitud la arrastró a través de las puertas, detrás de él.

—¡Madre! —gritó Santiago y avanzó a empujones entre la multitud hasta que llegó a ella. Protegiéndola con su brazo, la escoltó a un lado hasta que José, Simón, Judas y los demás los alcanzaron, y luego se sumaron a la multitud que seguía a Jesús.

—Está yendo al templo —dijo María sin aliento—. ¡Va a proclamarse a sí mismo! —A codazos y empujones, fue arrastrada por las calles de la ciudad. Casi habían llegado a las escalinatas del complejo del templo cuando oyó gritos y vio que los mercaderes ricos y los sacerdotes salían corriendo, cubriéndose la cabeza. Las palomas y las tórtolas volaron entre las columnas del templo y se perdieron en la ciudad. Las ovejas balaban y corrían entre el gentío. María creyó escuchar el eco de la voz de Jesús: «¡No conviertan la casa de mi Padre en un mercado!».

—¿Qué pasó? —gritaban las personas.

—¡Está volcando las mesas de los cambistas y de los que venden los sacrificios! —respondieron algunos, riendo.

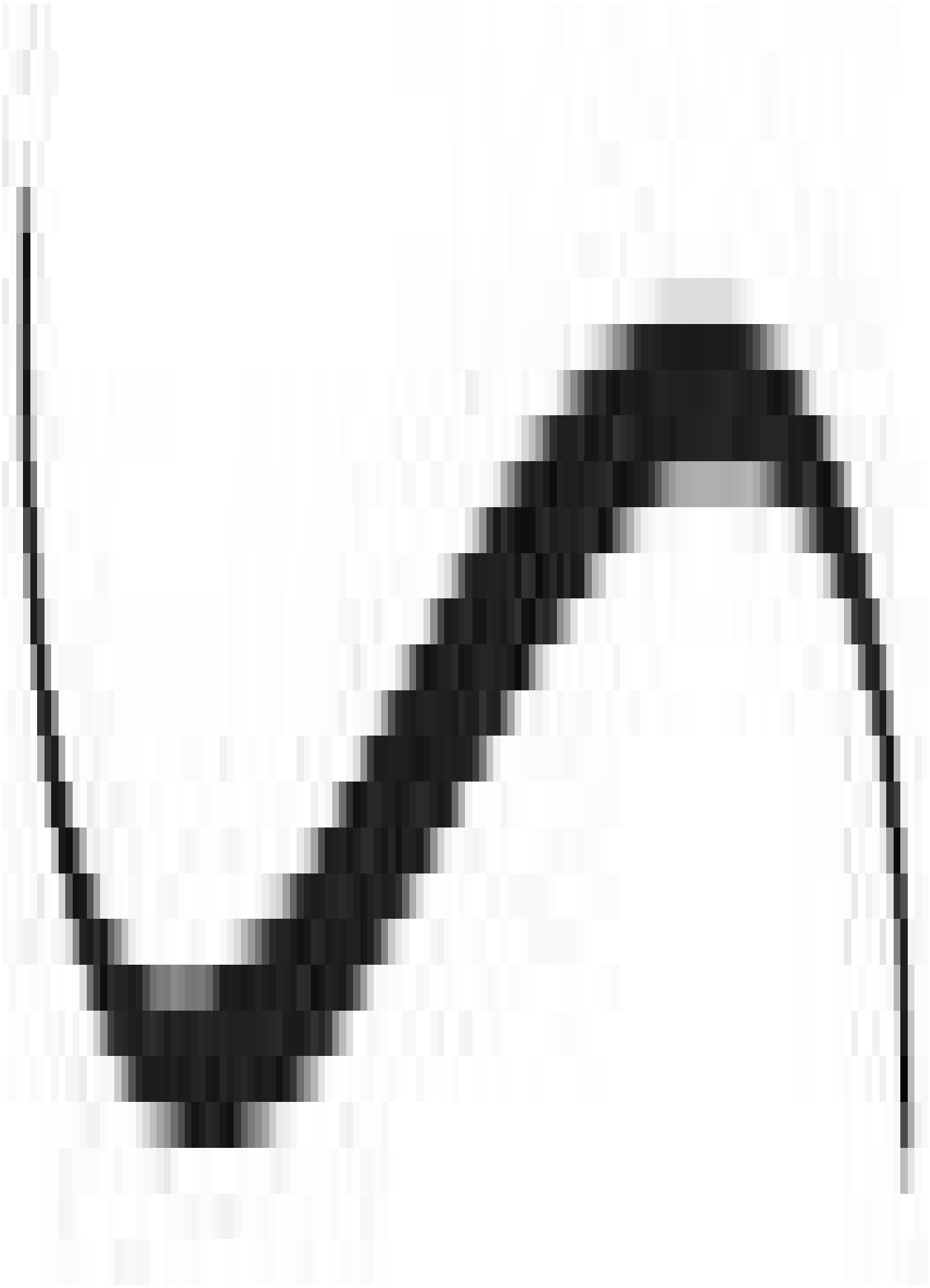
—¡El nazareno está echando a los cambistas con un látigo!

El rostro de Santiago se puso pálido; el de José estaba tenso. Simón y Judas querían acercarse a ver. Las hijas de María y sus esposos parecían asustados por la aglomeración de gente que empujaba de todos lados para entrar al complejo del templo a ver qué sucedía.

—Si hay disturbios, vendrán los romanos —dijo Santiago—. Y entonces, ¿qué será de él?

María apenas escuchó. La semana de la Pascua había comenzado y el Señor había dicho que eliminaran toda la levadura de sus casas. Una vez, años atrás, Jesús había dicho que él tenía que estar en la casa de su Padre, el templo. Y ahora estaba allí, barriendo hacia afuera a los malvados.

—Todo estará bien ahora —dijo María, mientras lágrimas de gozo corrían por sus mejillas—. ¡El Día del Señor ha llegado!

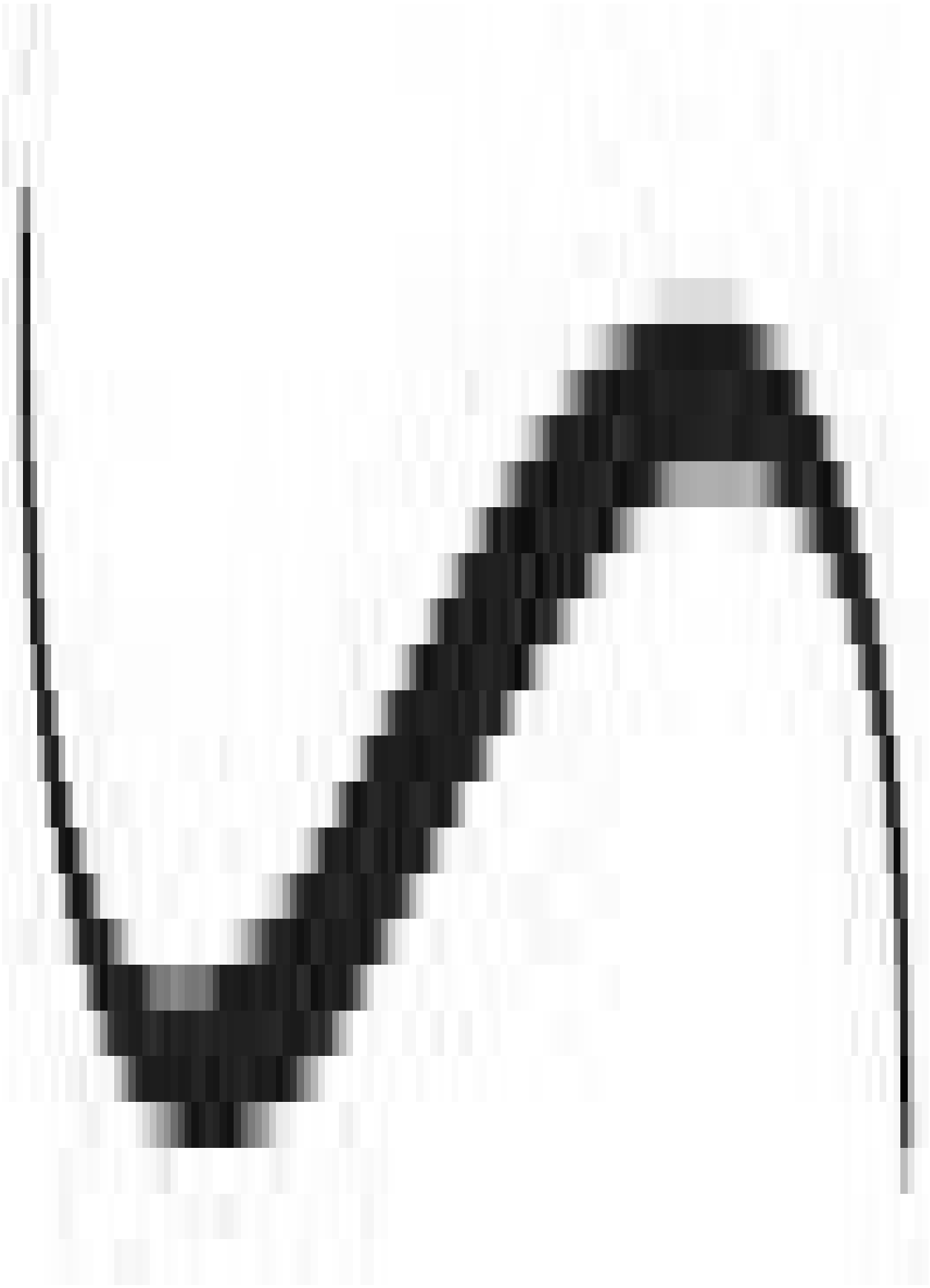


Para cuando María y su familia llegaron al corredor del templo, Jesús se había ido. Todos lo buscaban.

—Volvió a Betfagé —dijo alguien. Otros dijeron que estaba yendo a Betania para quedarse con un hombre que él había resucitado de la muerte.

Exhausta, María fue a la casa de Abías y se quedó con sus parientes. Con lágrimas en los ojos, se sentó en silencio y escuchó las especulaciones ansiosas que hacían los demás sobre Jesús y lo que podía hacer a continuación. Se preguntaba dónde estaría Jesús, si él había logrado encontrar un lugar tranquilo para aclarar sus ideas, cuáles eran sus planes y cuánto tiempo pasaría hasta que pudiera reunirse con él. Cerrando los ojos, recordó las muchas Pascuas que ella y José habían pasado con Jesús. Una vez antes, había estado separada de su hijo.

Volvió a sentirse en paz, pues sabía que Jesús volvería a la ciudad por la mañana y que lo encontraría en el templo.



María estuvo todo el día sentada en el patio de las mujeres, esperando vislumbrar a su hijo. Oraba y observaba a hombres y mujeres que iban y venían, escuchando con claridad sus conversaciones exacerbadas.

—Los fariseos dicen que expulsa demonios por autoridad de Satanás, el que gobierna a los demonios.

—Pero el nazareno ha dicho que una casa dividida contra sí misma está condenada.

Los sacerdotes acechaban por los corredores, diciendo:

—¡Le pedimos una señal y él se atreve a llamarnos malvados y generación impía!

—¡María! —cuando se dio vuelta, vio que su hermana corría hacia ella con los brazos abiertos. Se abrazaron y rieron de alegría.

—Mi hijo —dijo María con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo está mi hijo?

—Ah, es maravilloso. Tienes que venir y escucharlo, María. ¿Tus hijos están aquí? ¿Y tus hijas?

Sus hijos habían ido al templo con ella esa mañana y la habían dejado en la entrada del patio de las mujeres, mientras iban a buscar a Jesús para hablar con él. Lo único que ella esperaba era que escucharan más que hablar.

—Ven —dijo su hermana y le rodeó la cintura con su brazo para acercarla a un grupo de mujeres—. Quiero que conozcas a mis hermanas. —Le presentó a María Magdalena, a María la madre de Santiago y José, así como a otras que habían seguido a Jesús desde Galilea. Cada una le contó cómo su hijo la había salvado. María Magdalena había estado poseída por demonios, mientras que otras habían tenido enfermedades, habían estado ciegas o anímicamente desesperadas. María lloró con ellas, compartiendo el gozo que veía en sus rostros.

Sin duda alguna, Israel aceptaría a su hijo como lo habían hecho estas mujeres y los discípulos. El templo estaba lleno de personas que deseaban ver a la

esperanza de Israel y escuchar la palabra del Señor. Israel se arrepentiría y se uniría, consagrándose al Dios de Abraham, Isaac y Jacob.

—¡Qué aflicción les espera, maestros de la ley religiosa y fariseos! ¡Hipócritas! —María se quedó paralizada al escuchar la ira en la voz de su hijo—. Pues le cierran la puerta del reino del cielo en la cara a la gente. Ustedes no entrarán ni tampoco dejan que los demás entren.

Escuchó alrededor de ella un clamor apagado de voces cuando Jesús caminó entre las columnas, con la indignación visible en su cuerpo y en su rostro.

—Estafan descaradamente a las viudas para apoderarse de sus propiedades, y luego pretenden ser piadosos haciendo largas oraciones en público. Por eso, serán castigados con más severidad.

El corazón de María latía con miedo, pues veía la rabia cada vez más marcada en los rostros de los hombres confrontados. Le gritaron, pero la voz de Jesús era más fuerte:

—¡Qué aflicción les espera, maestros de la ley religiosa y fariseos! ¡Hipócritas! Pues cruzan tierra y mar para ganar un solo seguidor, ¡y luego lo convierten en un hijo del infierno dos veces peor que ustedes mismos!

María vio a sus hijos con sus caras pálidas y tensas por el miedo. Temían lo que pudiera decir la gente. Lo notó en cómo miraban alrededor de ellos, y luego a ella, suplicantes. Casi podía escucharlos rogar: «Haz algo, madre. Detenlo antes de que nos expulsen a todos del templo».

Sus propias mejillas se encendieron cuando Jesús gritó indignado contra la hipocresía de los sacerdotes y los ancianos. Todos sabían que lo que decía era cierto, pero nadie se atrevía a hablar del tema con tanta osadía. El corazón de María le martilleaba cuando se quedó mirando a Jesús, atravesando el corredor a zancadas. ¿Dónde estaba su hijo tranquilo, el que se sentaba a meditar en las Escrituras bajo el olivo del patio en Nazaret, el que se quedaba absorbiendo las lecturas de la Torá en la sinagoga, el que caminaba orando por las colinas de Galilea? Su cuerpo tembló al escuchar el poder que había en su voz, porque estaba segura de que si Jesús exigía que las piedras del templo se desplomaran, lo harían.

—Se cuidan de dar el diezmo sobre el más mínimo ingreso de sus jardines de

hierbas, pero pasan por alto los aspectos más importantes de la ley: la justicia, la misericordia y la fe.... ¡Guías ciegos! ¡Cuelan el agua para no tragarse por accidente un mosquito, pero se tragan un camello!

María nunca había visto enojado a Jesús, y tembló al ver su ira. Él estaba frente a los dirigentes, con la voz llena de autoridad, que recorrió los corredores hasta el corazón mismo del templo, aunque él no gritaba como ellos.

—¡Serpientes! ¡Hijos de víboras! ¿Cómo escaparán del juicio del infierno? Por lo tanto, les envío profetas, hombres sabios y maestros de la ley religiosa. A algunos los matarán crucificándolos, y a otros los azotarán con látigos en las sinagogas y los perseguirán de ciudad en ciudad. Como consecuencia, se les hará responsables del asesinato de toda la gente justa de todos los tiempos, desde el asesinato del justo Abel hasta el de Zacarías, hijo de Berequías, a quien mataron en el templo, entre el santuario y el altar. Les digo la verdad, ese juicio caerá sobre esta misma generación.

Jesús levantó la cabeza y lloró.

—¡Oh Jerusalén, Jerusalén, la ciudad que mata a los profetas y apedrea a los mensajeros de Dios! Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina protege a sus pollitos debajo de sus alas, pero no me dejaste.

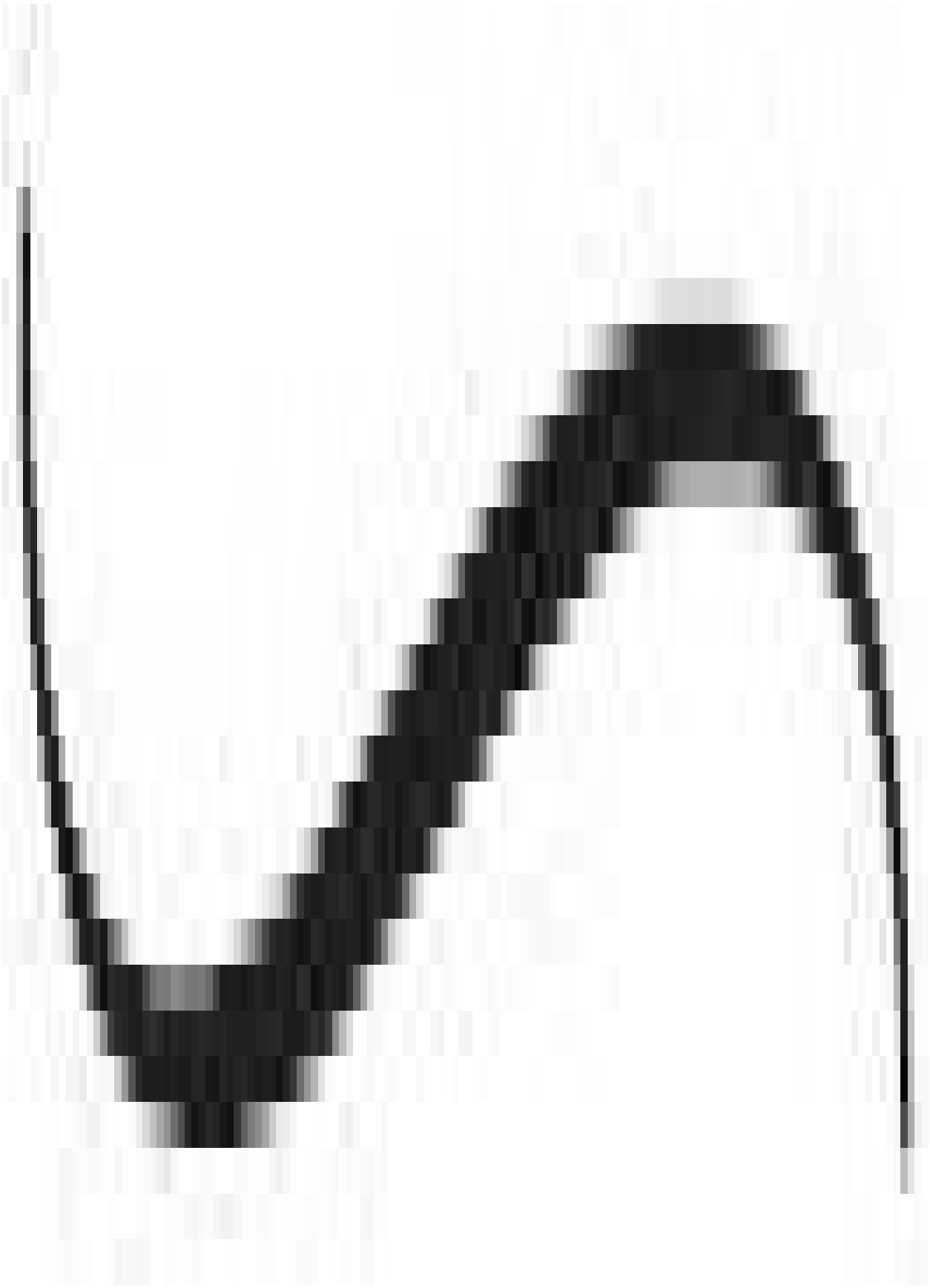
Una vez más enfrentó a los dirigentes, señalando a los escribas y a los fariseos vestidos de negro, con sus mantos de oración.

—Y ahora, mira, tu casa está abandonada y desolada. Pues te digo lo siguiente: no volverás a verme hasta que digas: “¡Bendiciones al que viene en el nombre del Señor!”.

Jesús se dio vuelta y salió del templo a zancadas.

Por un momento hubo un silencio absoluto, como si toda la vida hubiera desaparecido con él. Y entonces se alzaron las voces airadas. Los hombres se gritaron unos a otros, empujándose, presionando. María vio que sus hijos se retiraron. Las mujeres con quienes había estado conversando se dispersaron, corriendo hacia las columnas y tratando de seguir a su Maestro.

María fue apartada, golpeada, empujada. Cuando logró llegar afuera, su hijo se había ido.



Sus hijos la rodearon cuando llegó a la casa de Abías, agotada y deprimida.

—No pude encontrarlo. Caminé de ida y vuelta a Betfagé, pero no pude encontrarlo.

—Si es sensato, se mantendrá oculto y se irá después de la Pascua —dijo Abías sombríamente—. Nada bueno puede resultar de lo que sucedió. Los principales sacerdotes y otros dirigentes del pueblo están en este mismo momento en el patio del sumo sacerdote, Caifás, hablando de Jesús.

—Creí que el pueblo haría una revuelta después de que Jesús habló contra los fariseos y los escribas —dijo José—. Todos gritaban, unos contra otros.

—¿Dónde podrá estar? —dijo María.

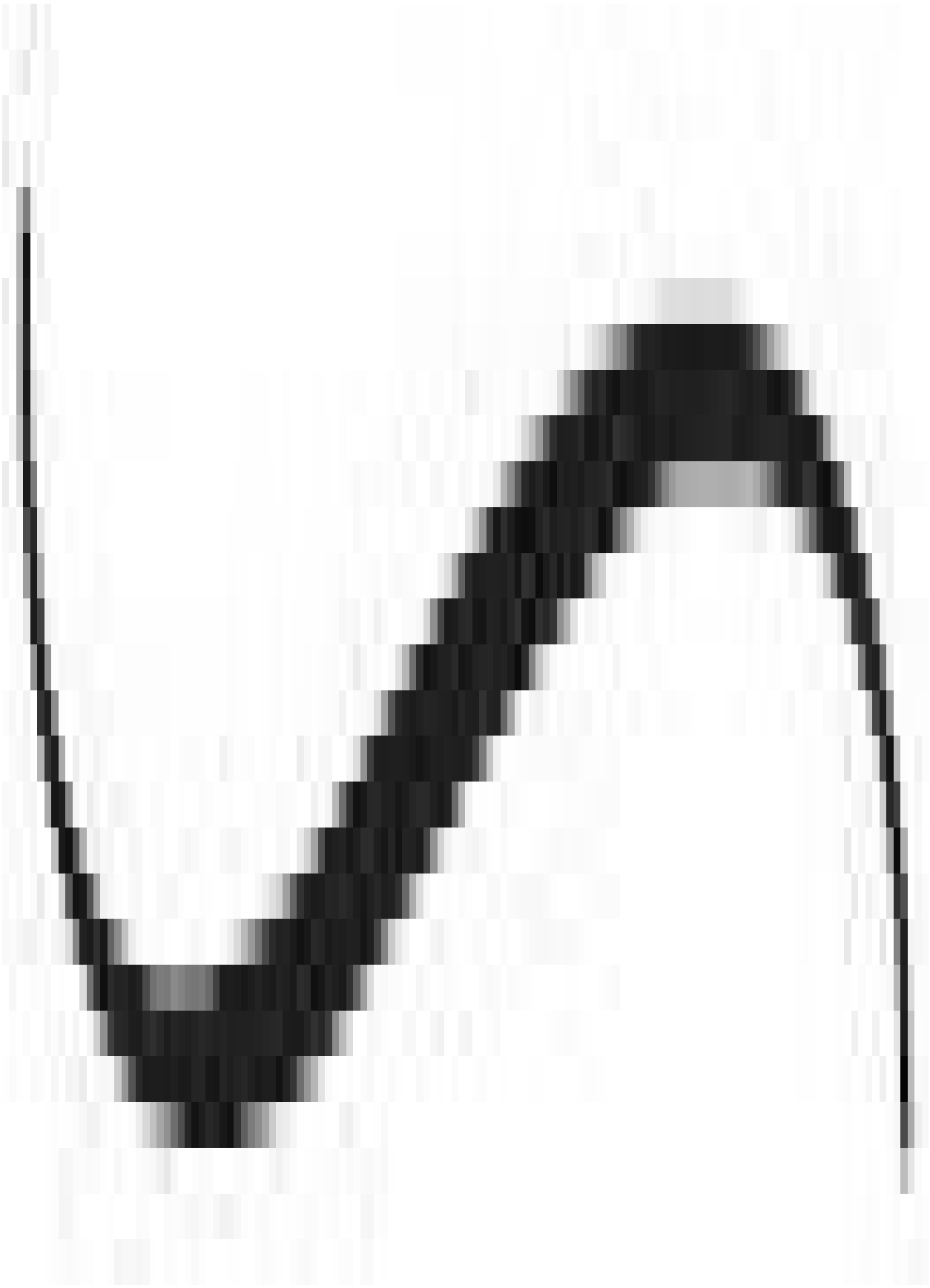
—Probablemente esté hospedándose con uno de sus amigos leprosos o alguna prostituta. Tu hijo parece preferir su compañía a la de su propia familia.

El rostro de Santiago se puso rojo.

—Y si viniera, ¿tú lo recibirías, Abías?

—¡Ahora no! Preferiría alojar a un escorpión antes que a él. ¡Ha ofendido a cada fariseo, saduceo y sacerdote de Jerusalén!

—Que el Señor abra tus ojos y tus oídos a la verdad. —María se cubrió el rostro con su manto de oración y lloró.



María durmió muy mal, soñando con Jesús en el templo. Lloraba y levantaba sus manos al cielo, mientras los hombres que lo rodeaban gritaban de ira. Se despertó con el corazón palpitando descontroladamente en su pecho. El cuarto estaba oscuro. Se levantó y fue a pararse afuera, preguntándose si solo había imaginado oír voces enfadadas a la distancia.

Todo estaba en silencio.

Sin embargo, la sensación de opresión aumentaba.

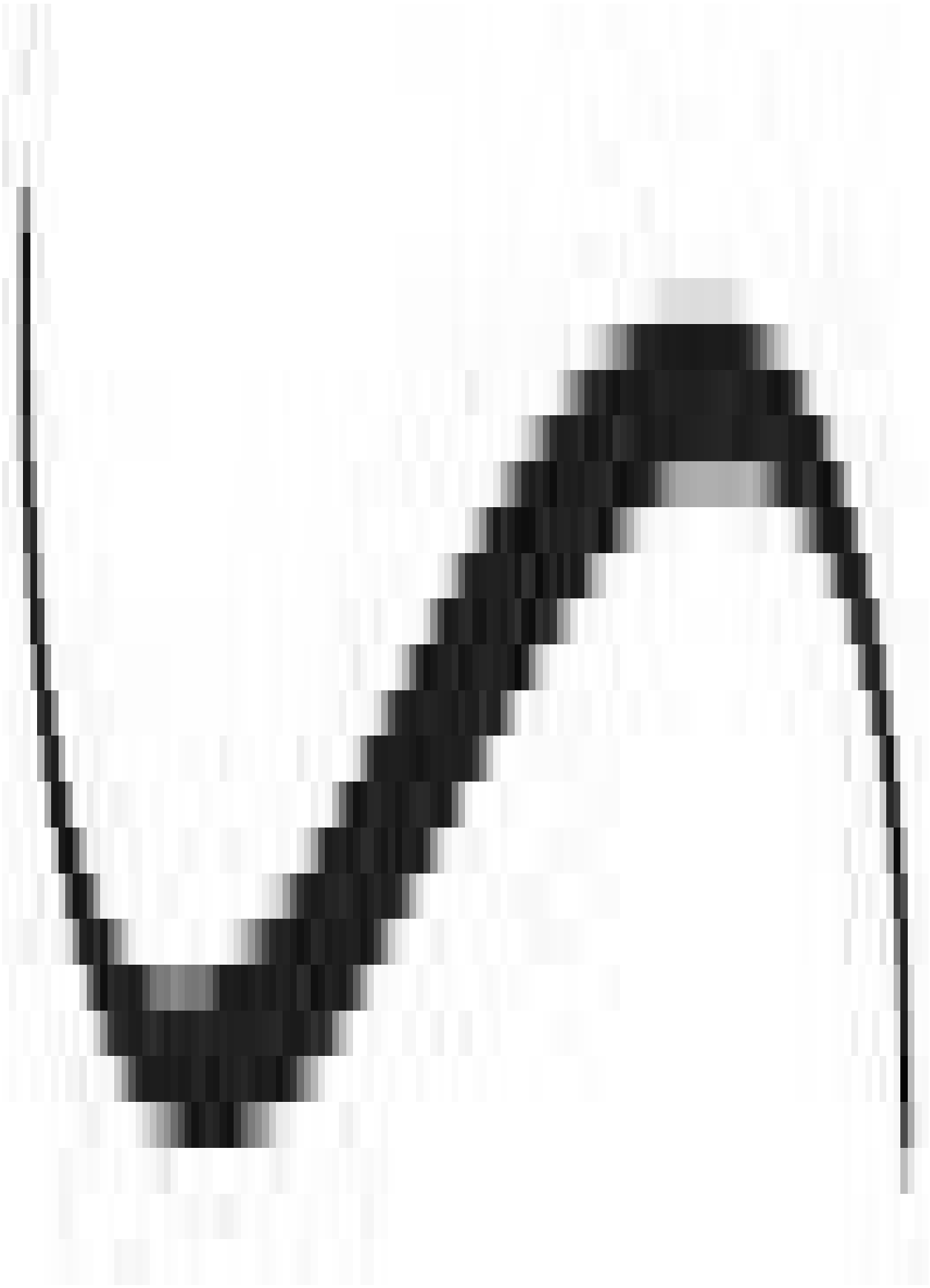
¿Dónde estaba su hijo? Sin duda, una madre sentía cuando algo terriblemente malo sucedía. Tenía miedo. Oh, Señor, ¿por qué no me hablas como le hablabas a José? Se tapó el rostro. ¿Quién era ella para exigirle cosas a Dios? Debería haberse ido con Jesús el día que se fue de Nazaret. Debería haber caminado por esa colina con él y nunca apartarse de su lado. Debería haber dejado en las manos de Dios a Santiago y a José, a Simón y a Judas, a sus hijas y a sus esposos, en lugar de tratar de convencerlos de que Jesús era el Mesías que tanto habían esperado.

Oh, Señor, que no sea demasiado tarde. Ayúdame a encontrarlo.

Se vistió rápidamente y salió. Se dirigió al templo y, a cada paso que daba, oraba a Dios que volviera a llevarla junto a su hijo. Cuando subió al monte del templo, un hombre pasó corriendo a su lado, llorando a gritos. Se dio vuelta bruscamente porque creyó reconocerlo. Era uno de los discípulos de Jesús.

«¡Judas! —gritó, volviéndose sobre sus pasos—. ¡Judas! ¿Dónde está mi hijo?».

Él huyó hacia la oscuridad.



María encontró a un hombre que dormitaba contra una de las enormes columnas del templo. Cuando le preguntó si sabía dónde estaba Jesús, el hombre bostezó y dijo:

—Anoche se lo llevaron del monte de los Olivos.

El corazón se le aceleró por el miedo.

—¿Quién se lo llevó?

—Todos subieron a buscarlo: los principales sacerdotes, las demás autoridades y una cohorte romana. Lo llevaron ante Caifás y brindaron testimonios contra él toda la noche. Hace un rato lo llevaron ante Poncio Pilato.

—Pero ¿por qué?

—Porque lo odian y quieren matarlo. —El hombre levantó la cabeza y sus ojos negros la atravesaron—. La ley exige que el hombre que blasfema sea apedreado hasta morir, ¿cierto? Y, como ya no tenemos autoridad para ejecutar a nuestros condenados, debemos suplicar a Roma el permiso para hacerlo.

María se apartó de él. Lo había visto anteriormente, pero ¿dónde? ¿Hacía cuánto tiempo?

Lentamente, el hombre se puso de pie, y el movimiento parecía el de una serpiente desenroscándose.

—Lo matarán, María.

María se quedó helada.

—No. —Ella retrocedió un poco más—. No, no lo harán. Él es el Ungido de Dios. Es el Mesías.

—Él es el gran Yo Soy —se burló el hombre oscuro—. Y va a morir.

—Los discípulos de Jesús lo apoyarán.

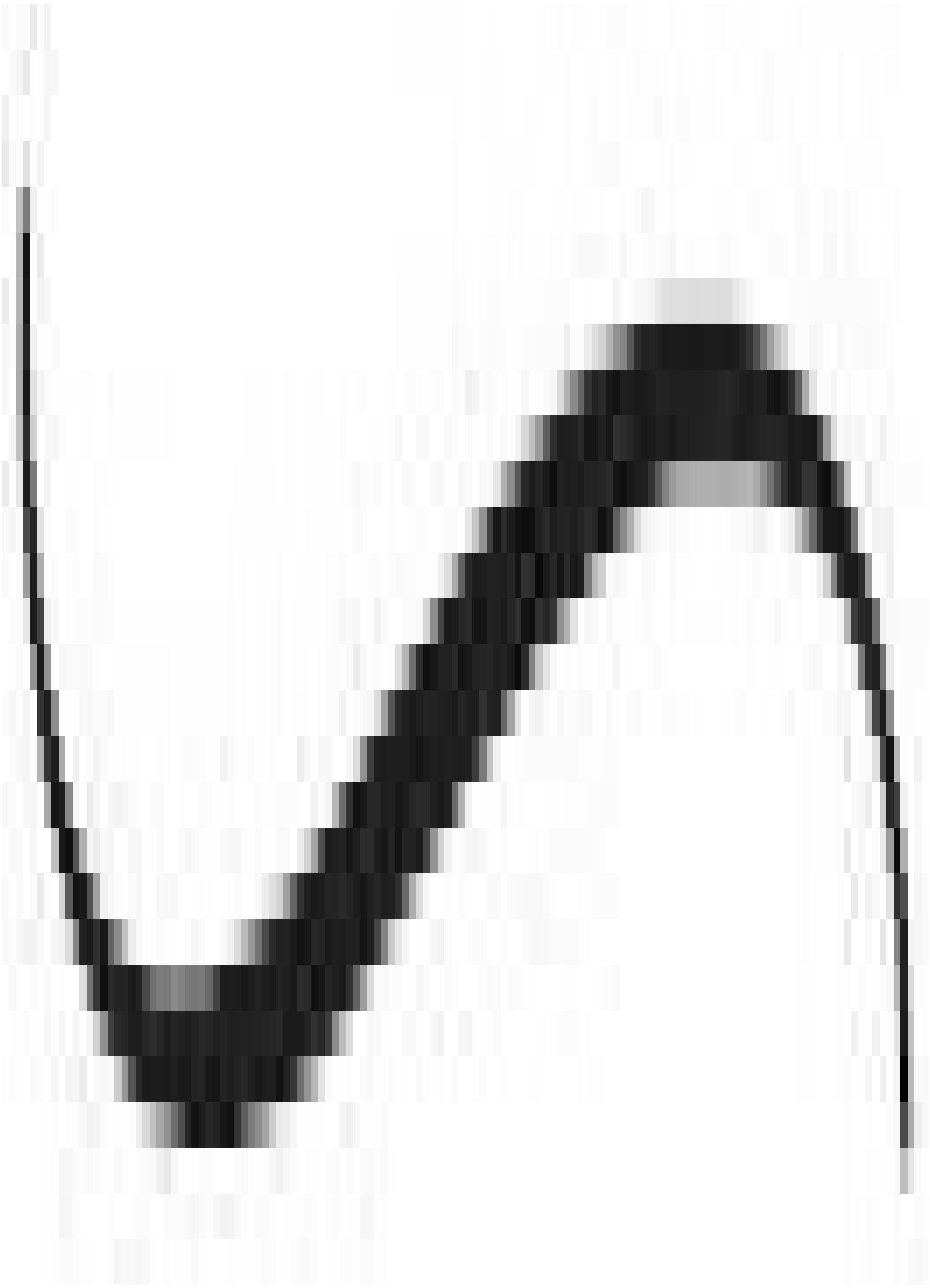
—¿Sus discípulos? —El hombre echó la cabeza hacia atrás y lanzó una

carcajada; el sonido retumbó en el templo. La miró otra vez con una sonrisa salvaje—. Todos lo abandonaron. Todos salieron corriendo como conejos y se escondieron en sus madrigueras.

—No le creo. —Sacudió la cabeza, alejándose de él—. ¡No lo voy a creer!

—Jesús está solo. Ve a verlo tú misma. Ve a ver la obra de mis manos.

Mientras huía, María escuchó su risa.



La multitud estaba reunida ante el asiento de juicio de Roma. María vio a los fariseos apiñados como cuervos negros cerca del frente, hablando entre ellos. Pilato estaba sentado en la silla del juicio y hablaba con uno de sus funcionarios. Hizo un gesto impaciente con la mano y las puertas se abrieron. María respiró hondo cuando vio que traían a rastras a su hijo y a otro hombre. El rostro de Jesús estaba golpeado y magullado, y su boca sangraba. Estaba de pie mirando a su pueblo, con las muñecas encadenadas como un criminal. Sollozando, María trató de abrirse paso hasta él, pero la empujaron hacia atrás.

—¡Jesús!

Pilato habló en voz alta a la multitud y explicó que la costumbre romana era mostrar clemencia a un prisionero que ellos escogieran durante la festividad.

—¿A quién quieren que ponga en libertad: a Barrabás o a Jesús, llamado el Mesías? —El guardia más cercano al gobernador se inclinó hacia él en señal de protesta, pues Barrabás era un zelote famoso y enemigo de Roma que había emboscado y masacrado a varios soldados romanos.

La multitud gritó:

—¡A Barrabás!

—¡A Jesús! —clamó María.

—¡Barrabás! ¡Barrabás! —gritaron otros.

—¡Jesús! ¡Jesús!

Un oficial se acercó a Pilato y le susurró algo al oído. El gobernador frunció el ceño profundamente y miró a Jesús.

Los principales sacerdotes y los ancianos se voltearon hacia la multitud y circularon entre ella.

—Jesús es un blasfemo. ¿Lo dejarán vivir? Ustedes saben lo que exige la ley, lo que demanda Dios.

—¡Barrabás!

Pilato le hizo un gesto al oficial para que se fuera y se levantó, extendiendo sus manos para que hicieran silencio.

—¿A cuál de estos dos quieren que deje en libertad?

—¡A Barrabás! —Querían violencia y derramamiento de sangre. Querían rebelión y odio contra Roma—. ¡Barrabás!

Pilato extendió la mano hacia Jesús.

—Pero si suelto a Barrabás, ¿qué hago con Jesús, llamado el Mesías?

—¡Crucifícalo!

—¿Por qué? ¿Qué crimen ha cometido?

—¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!

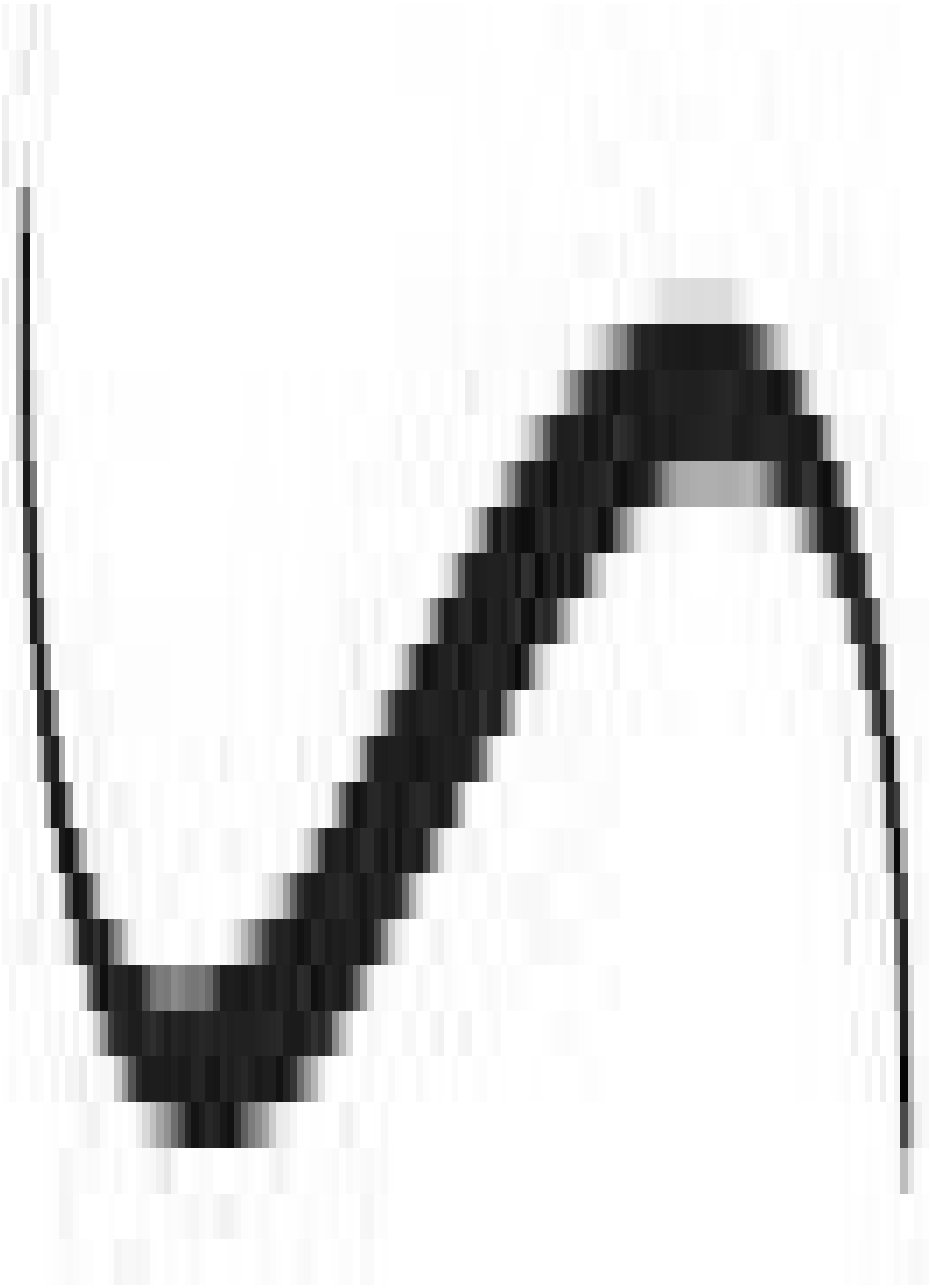
La multitud estaba convirtiéndose en una turba airada, y los soldados romanos se colocaron en posición, esperando la orden de Pilato para dispersarla. Pero no lo hizo. Llamó a uno de sus esclavos con un gesto, y este le trajo un recipiente con agua. Entonces el gobernador romano se lavó las manos, burlándose de la asamblea de judíos que hacían tantos esfuerzos por mantenerse limpios. Secándose las manos, gritó:

—Soy inocente de la sangre de este hombre. ¡La responsabilidad es de ustedes!

Y María escuchó que los que la rodeaban gritaban enfurecidos:

—¡Nos haremos responsables de su muerte, nosotros y nuestros hijos!

—¡No! ¡No hagan esto! —Sollozó María. Se estiró hacia Jesús mientras los guardias romanos se lo llevaban con violencia.



La multitud encolerizada dio vueltas esperando ver la crucifixión, y aclamaron cuando las puertas volvieron a abrirse y Jesús y otros dos fueron conducidos afuera por los guardias romanos. María sintió que se ponía pálida y que el pecho se le estrujaba por la angustia. Habían puesto una corona de espinas sobre la cabeza de Jesús, y la sangre se derramaba en riachuelos por su rostro. Su cara estaba cenicienta por el dolor; su espalda estaba encorvada bajo el peso de la cruz que arrastraba escaleras abajo.

—¡Blasfemo! —Las personas lo escupían mientras pasaba, sus rostros estaban desfigurados y grotescos a causa del odio—. ¡Blasfemo!

—¡Jesús! —gritó María y vio que su hijo ladeó ligeramente la cabeza. Él miró directamente hacia ella con ojos llenos de compasión y tristeza—. Jesús —Sollozó y trató nuevamente de acercarse a él, de lograr tocarlo a través del gentío. Él pasó a su lado; luego fue azotado por el guardia romano cuando se tropezó, cayó sobre una rodilla y luchó por volver a levantarse, abucheado por la turba ansiosa de verlo sufrir y morir.

—Esto no puede estar pasando —dijo María roncamente—. Esto no puede estar pasando... —Trató de caminar junto a él, empujando a la muchedumbre que se apiñaba a lo largo de la calle. Quería que su hijo supiera que ella estaba ahí, que lo amaba, que no lo abandonaría—. ¡Jesús! —gritó una y otra vez, sabiendo que él escucharía su voz.

Lo llevaron a las afueras de las murallas de Jerusalén a un lugar llamado Gólgota, cerca de la carretera principal, para que todos lo vieran. La colina tenía la forma de una calavera humana. Otro hombre había cargado sobre sus hombros la cruz de Jesús y lo empujaron a un lado cuando la dejó caer al suelo. Un guardia romano sujetó el hombro de Jesús y lo empujó al suelo. Otro se agachó y le ofreció algo para beber, pero Jesús volteó su rostro. Dos guardias le arrancaron la túnica y la arrojaron a un costado. Lo tomaron de los brazos y lo pusieron encima de la cruz, atando fuertemente sus brazos a las vigas con correas de cuero.

Uno de los otros dos hombres que estaban siendo ejecutados gritó cuando el guardia le atravesó las muñecas con los clavos.

—¡No quiero morir! —gritó el otro—. No quiero... —Forcejeó contra los

guardias, luchando violentamente y gritando mientras lo clavaban a su cruz.

Temblando, María avanzó hacia el frente en medio del gentío, porque los que la rodeaban ahora estaban menos ansiosos por acercarse. Su corazón se agitó como un pájaro atrapado cuando vio que el guardia romano levantó un martillo al aire y lo dejó caer con fuerza. El cuerpo de Jesús se arqueó mientras gritaba y levantó los pies. Sollozante, María cayó de rodillas. Tres veces más el guardia martilló el clavo a través de la palma de la mano de Jesús y, en cada vez, el cuerpo de María se sacudió al oír los gritos de su hijo. Luego, el guardia pasó por encima de Jesús para amarrar su otra mano, mientras otro clavaba sus pies.

Usaron cuerdas y poleas para levantar la cruz. María sintió que se desmayaba al escuchar el golpe sordo cuando la cruz cayó dentro del hoyo. Clavaron pedazos de madera para acuñar la cruz en su lugar, y luego soltaron las cuerdas. Con cada movimiento, la agonía se acentuaba en el rostro de su hijo.

Y María no apartó sus ojos de él. Juntó las manos. Oh, Señor, ahora vendrás y lo salvarás. No permitirás que muera. Es Tu Hijo. Es el Ungido. ¡Es nuestro Mesías!

Un guardia romano apoyó una escalera contra la cruz de Jesús y subió para colgar un letrero que decía: «Jesús de Nazaret, el Rey de los judíos». Inmediatamente, los principales sacerdotes empezaron a gritar, furiosos:

—¡Quítalo! ¡Él no es nuestro rey! ¡Es un falso profeta!

—Fue colgado por orden de Poncio Pilato —dijo el guardia romano y desenfundó su espada cuando varios hombres comenzaron a subir la colina hacia la cruz. Retrocedieron.

La gran muchedumbre se dio vuelta para marcharse, las cabezas gachas. Pero muchos se quedaron para regodearse de lo que veían. Algunos insultaron a Jesús, meneando la cabeza.

—¿Y ahora? Puedes destruir el templo y volver a construirlo en tres días, ¿verdad? Bueno, entonces, si eres el Hijo de Dios, ¡sálvate a ti mismo y baja de la cruz!

—¡Salvó a otros, pero no puede salvarse a sí mismo! —gritó alguien, burlándose.

—¿Así que él es el rey de Israel? —gritó un sacerdote—. ¡Que baje de la cruz, y creeremos en él! —Metió las manos en su atuendo sacerdotal y lo miró fijo, con el rostro endurecido.

María se estremeció al escuchar la risa. Su ira de madre era tan feroz que los hubiera matado con sus propias manos si hubiera podido. Entonces miró a su hijo a los ojos y sintió que la ira se disipaba, y la confusión y el dolor la llenaban hasta el borde como si ella fuera el vial de lágrimas alrededor del cuello de algún doliente.

Hasta uno de los hombres crucificados con Jesús lo insultaba.

Temblando de agonía, María no podía quitarle los ojos de encima a su hijo. Los ladrones crucificados discutían entre sí; luego, uno miró a Jesús y le rogó:

—Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino.

Jesús lo miró y sonrió.

—Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso.

María lloró en silencio; las lágrimas ardientes surcaban sus mejillas. Quería gritar furiosa contra aquellos que le habían hecho esto a su hijo. Oh, Dios, ¿por qué? ¿Por qué?

Los soldados se repartieron la ropa de Jesús y se pusieron en cuclillas para sortear la túnica que ella había tejido para su hijo.

Un murmullo atemorizado recorrió la multitud que todavía estaba reunida cuando la oscuridad cayó sobre la tierra.

—Dios mío —clamó Jesús en voz alta—, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

María se cubrió el rostro y su cuerpo se sacudía con sollozos desgarradores mientras su corazón gritaba la misma pregunta. ¿Por qué? ¿Por qué? Durante toda su vida, Jesús había luchado y había triunfado sobre el pecado. Ella lo había visto pelear las batallas y ganarlas. Y ahora, durante la celebración más importante de su pueblo, la sangre de su hijo estaba siendo derramada como la de un cordero de Pascua.

—Este hombre está llamando a Elías —dijo un espectador.

Alguien corrió colina arriba con una esponja embebida en vino agrio. La subió con una caña para que Jesús pudiera beber.

—¡Veamos si Elías viene a salvarlo! —se burló otro.

Unas nubes negras se arremolinaron furiosamente y el viento se levantó. El sol se oscureció.

—María —escuchó que decía una voz suave y vacilante. Cuando levantó la mirada, vio a Juan, el hijo menor de Zebedeo, parado cerca de ella—. María —dijo nuevamente y se acercó más, rodeándola con el brazo. Cuando ella ocultó la cabeza en su hombro, él susurró quebrantado: —Lo lamento. —Él tomó aire entre sollozos mientras ella lo abrazaba. No podía condenarlo por haber huido, cuando ella misma se había mantenido tanto tiempo lejos de su hijo.

Con lágrimas que corrían por su rostro y el pecho agitado, Juan levantó la vista hacia Jesús.

—Apreciada mujer —dijo Jesús, mirándola—, ahí tienes a tu hijo. —Miró a Juan y su rostro se suavizó, aun en su agonía—. Ahí tienes a tu madre.

María entendió que estaba encomendándola al cuidado de Juan, en lugar del de sus hijos e hijas. Cuando Juan la rodeó con el brazo, ella apoyó su rostro sobre el pecho de Juan y lloró más fuerte.

—Padre —dijo Jesús, y María miró otra vez hacia arriba, esperando que el Señor en persona descendiera a bajar a Jesús de la cruz—. Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen—. Ella vio que le costaba mucho tomar aire y que su cuerpo bajaba un poco más—. ¡Todo está cumplido! —dijo él mientras su pecho subía y bajaba—. Padre, ¡encomiendo mi espíritu en tus manos! —Habiendo dicho esto, soltó el aliento en una larga, última exhalación, y su cuerpo se relajó.

María se quedó mirándolo fijo, incrédula y con el corazón destrozado; tenía la boca abierta en un gesto de negación silenciosa.

—No. No.

Juan la abrazó con fuerza.

La tierra tembló y las personas se dispersaron. El oficial romano que estaba a cargo de las ejecuciones miró a Jesús.

—¡Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios!

—Se terminó, madre —dijo Juan con voz entrecortada—. Vámonos de este lugar.

—No. No lo abandonaré.

—Entonces me quedaré contigo.

Los soldados se acercaron y quebraron las piernas del primer hombre y después del segundo. Sus gritos fueron breves y luego jadearon desesperados por respirar. Murieron en pocos minutos porque no podían mantener sus cuerpos lo suficientemente erguidos como para llenar de aire sus pulmones.

—Este ya está muerto.

—Mejor asegurarse. —El guardia levantó su lanza y traspasó el costado de Jesús. Sangre y agua se derramaron—. Está muerto—. Desclavaron las cuñas y dejaron caer la cruz. Cuando estaban tironeando los clavos de sus pies y de sus manos, María se acercó.

Uno de los guardias se incorporó, con el martillo en la mano.

—¿Qué quieres?

—Mi hijo... mi hijo...

Con una expresión de disgusto, el hombre se apartó y fue a ayudar a bajar otra cruz.

María cayó de rodillas junto a Jesús y, tomando su cabeza, la apoyó sobre su regazo. Comenzó a llover, y ella acarició el rostro de su hijo, secando las gotas de lluvia. Cambiando de posición, se sentó y acercó más a su hijo, hasta que la mitad de su cuerpo quedó sobre su regazo, y lo acunó como cuando era niño.

—No —susurró, besando su frente—. Dios dijo que tú nos salvarías de nuestros pecados... —Dulcemente retiró el cabello de Jesús de su rostro y lo besó otra

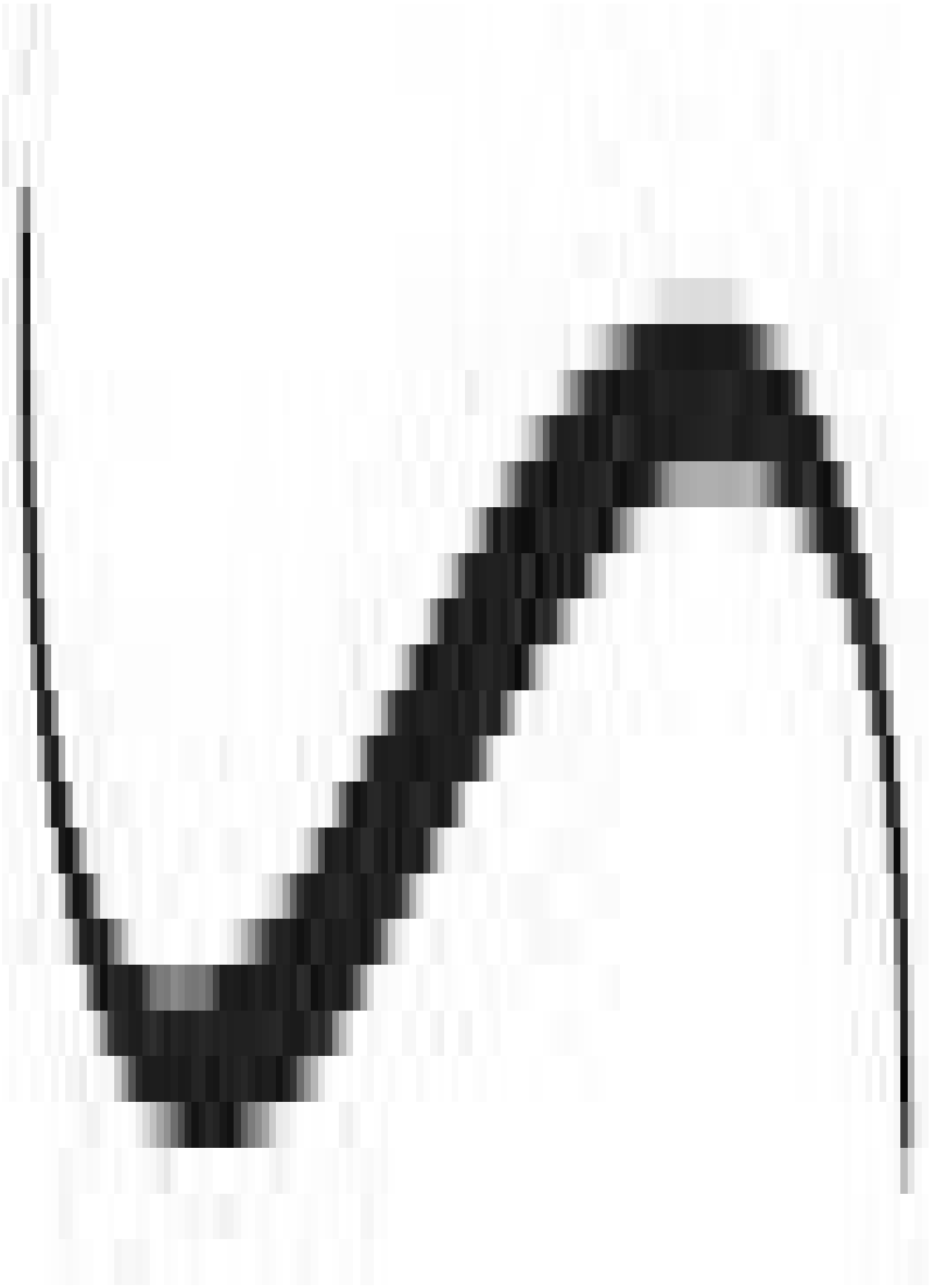
vez. Apoyó tiernamente su mano en la mejilla de su hijo y luego pasó la mano por encima de su brazo y la apoyó sobre su pecho, suplicando sentir su débil latido. No sintió nada. Mientras lo abrazaba, acunándolo todo el tiempo, notó que el calor de su cuerpo fue desvaneciéndose, hasta que se enfrió.

Y entonces lo supo. Su hijo estaba muerto.

Levantó la cabeza y gimió de dolor; luego lanzó un grito de desesperación por toda la humanidad. El Mesías había muerto y el mundo había quedado en la esclavitud.

Alrededor de María danzaban criaturas invisibles, regodeándose y pavoneándose orgullosas, mientras su amo reía sin parar.

¿No te dije que lo mataría? La tierra es mía ahora, y todo lo que hay en ella. ¡Yo he ganado! Contemplen mi poder. ¡Miren! ¡Yo he ganado!



María se sentó en la ladera enlodada, quitó con cuidado la corona de espinas y apoyó la cabeza de su hijo sobre su pecho. La lluvia caía como una cortina, empapándola.

—María —dijo Juan con voz amable—. José de Arimatea y Nicodemo están aquí.

—¿Quiénes? —dijo ella débilmente, alzando la vista hacia los dos hombres de ropas finas, respetuosamente parados a cierta distancia. Se veían como los hombres adinerados que eran miembros del Sanedrín. María apoyó su mano sobre el rostro frío de Jesús como si quisiera protegerlo de ellos.

Juan se arrodilló a su lado y la miró a los ojos con compasión.

—José ha recibido permiso de Pilato para llevarse el cuerpo de tu hijo y sepultarlo.

¿Sepultarlo? María acarició el rostro frío de Jesús. Juan apoyó sus manos sobre las de ella y María lo miró. El rostro de él estaba marcado por el dolor.

—Madre, pronto será el sabbat. Él necesita un lugar apropiado donde descansar. —Ella desvió la mirada hacia el cielo gris y a los pequeños grupos de personas que todavía estaban por ahí. Ya se habían llevado los cuerpos de los dos ladrones. Si ella no entregaba el cuerpo de su hijo ahora, no podría hacerse nada durante un día—. José de Arimatea ha ofrecido su propia tumba.

Miró a Jesús. La lluvia había enjuagado la sangre, dejando su rostro blanco como el mármol del templo. Inclinándose, María besó su rostro como lo hacía cuando era un bebé y dormía. Su cabello olía a perfume.

—Llévenselo —susurró y desplegó sus manos.

Nicodemo levantó el cuerpo lo suficiente para que José pudiera envolverlo con un lienzo limpio de lino. María, sentada en el barro, observaba. Juan puso sus brazos alrededor de ella y la ayudó a ponerse de pie.

—Vamos, madre —dijo tiernamente—. Te llevaré a casa conmigo ahora.

—¿Dónde está la tumba?

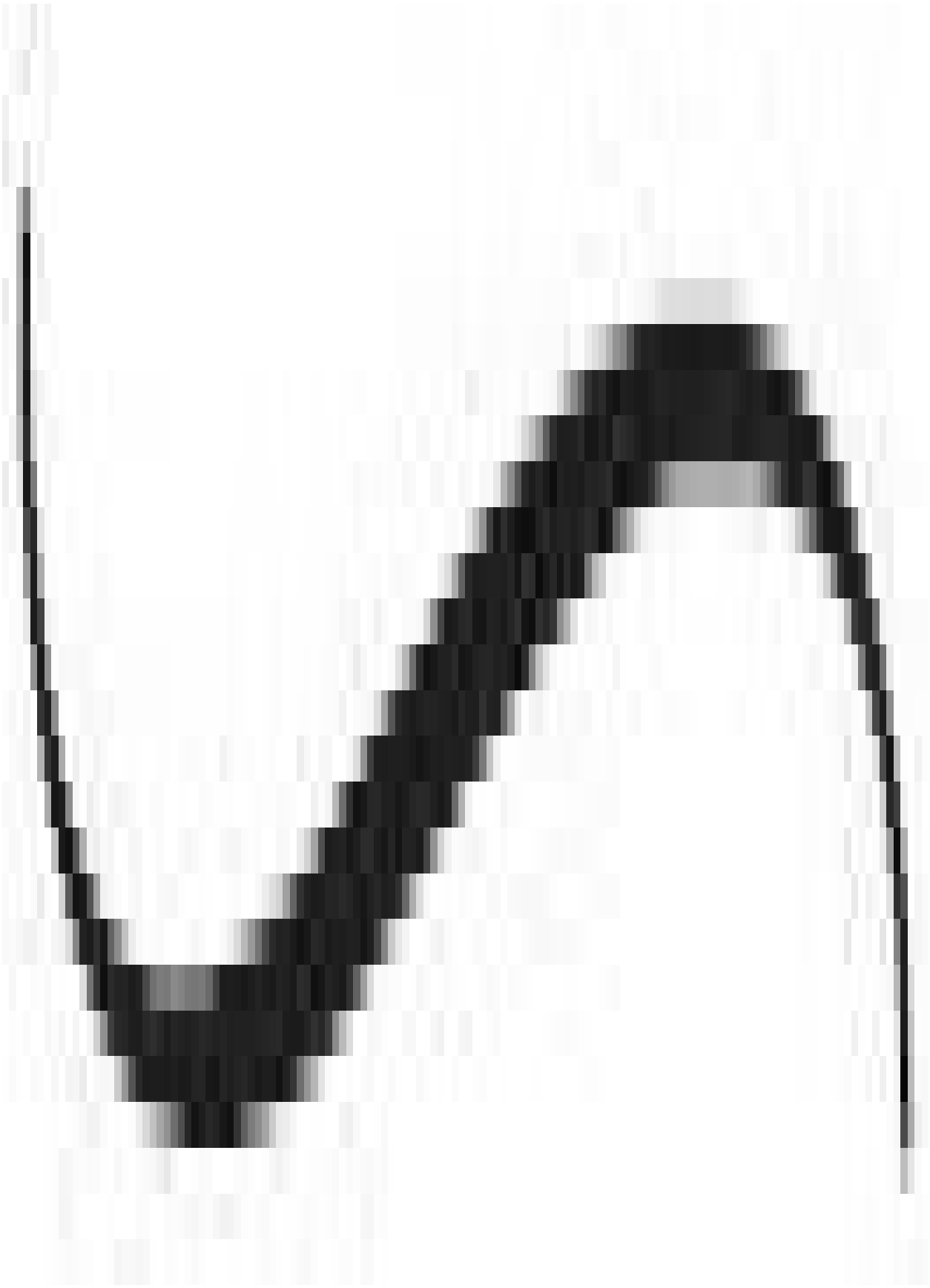
—En un jardín cerca de aquí. José dijo que está tallada en la roca. Es un bello lugar, con árboles de olivos y una cisterna. Allí, Jesús descansará en paz.

Varias mujeres se acercaron a reunirse con ellos y llorando abrazaron a María. Ella se sentía tan entumecida, tan despojada de toda emoción. No sabía qué decirles. Mientras Juan se la llevaba, vio a sus hijos, de pie, juntos. La miraron avergonzados y afligidos. En sus miradas vio que esperaban que ella los rechazara, como ellos habían rechazado a Jesús.

—Ay —dijo ella y volvió a romper en llanto. Se acercó a ellos, entre sollozos, y abrazó y besó a cada uno.

—Vengan con nosotros —les dijo Juan, tomando el lugar que Jesús le había encargado junto a María—. Tengo una casa en la ciudad.

Mientras se marchaban juntos, María, con dolor, miró hacia atrás y vio que dos hombres a quienes no conocía se llevaban a su hijo a una tumba prestada.



María y sus acompañantes se reunieron con los discípulos en un aposento alto. La mayoría sentía demasiada vergüenza para mirar a María, pues todos habían huido y abandonado a Jesús. Las mujeres no estaban entre ellos.

—María Magdalena y la otra María están sentadas cerca de la tumba, esperando que pase el sabbat —dijo alguien.

—José de Arimatea y Nicodemo ya ungieron el cuerpo de Jesús con treinta y tres kilos de mirra y aloes y lo envolvieron con lino.

—Todos deberíamos irnos de la ciudad.

—Tiene razón. Los romanos nos buscarán.

—¿Por qué se molestarían en buscarnos? —dijo Pedro con el rostro angustiado —. Nosotros no somos una amenaza para nadie. Se terminó. Jesús está muerto. —Hundió la cara entre sus manos y rompió en llanto.

—No ha terminado —dijo María en voz baja. ¿Cómo podía haber terminado? Dios le había dicho que Jesús salvaría a su pueblo, que Jesús era el Mesías. Ella le creía. Por lo tanto, ¿cómo podía ser esto el fin?

Todos los hombres la miraron con lástima y apartaron la vista.

—No ha terminado —dijo ella nuevamente.

—Madre —dijo Juan dulcemente y la rodeó con un brazo.

No la harían callar.

—El ángel del Señor me visitó cuando era virgen y me dijo que el Espíritu Santo vendría sobre mí. Dijo que el poder del Altísimo me cubriría como una sombra. Dijo que yo daría a luz a un hijo santo. Me dijo que tenía que llamarlo Jesús porque él salvaría a su pueblo.

Agacharon la cabeza.

—Dios dijo que Jesús salvaría a su pueblo de sus pecados —dijo ella, una vez

más se desbordaron sus lágrimas—. Dios dijo...

No querían mirarla a los ojos. Ella sabía que pensaban que había perdido la razón por tanto dolor y que se aferraba a una esperanza a pesar de que todo parecía imposible. Pero cuando Dios hablaba, siempre cumplía su palabra.

—No puede haber terminado. —Su voz se quebró—. ¡Me niego a creer que se ha terminado! —Tragó un sollozo—. Dios... prometió... —Se cubrió el rostro y lloró.

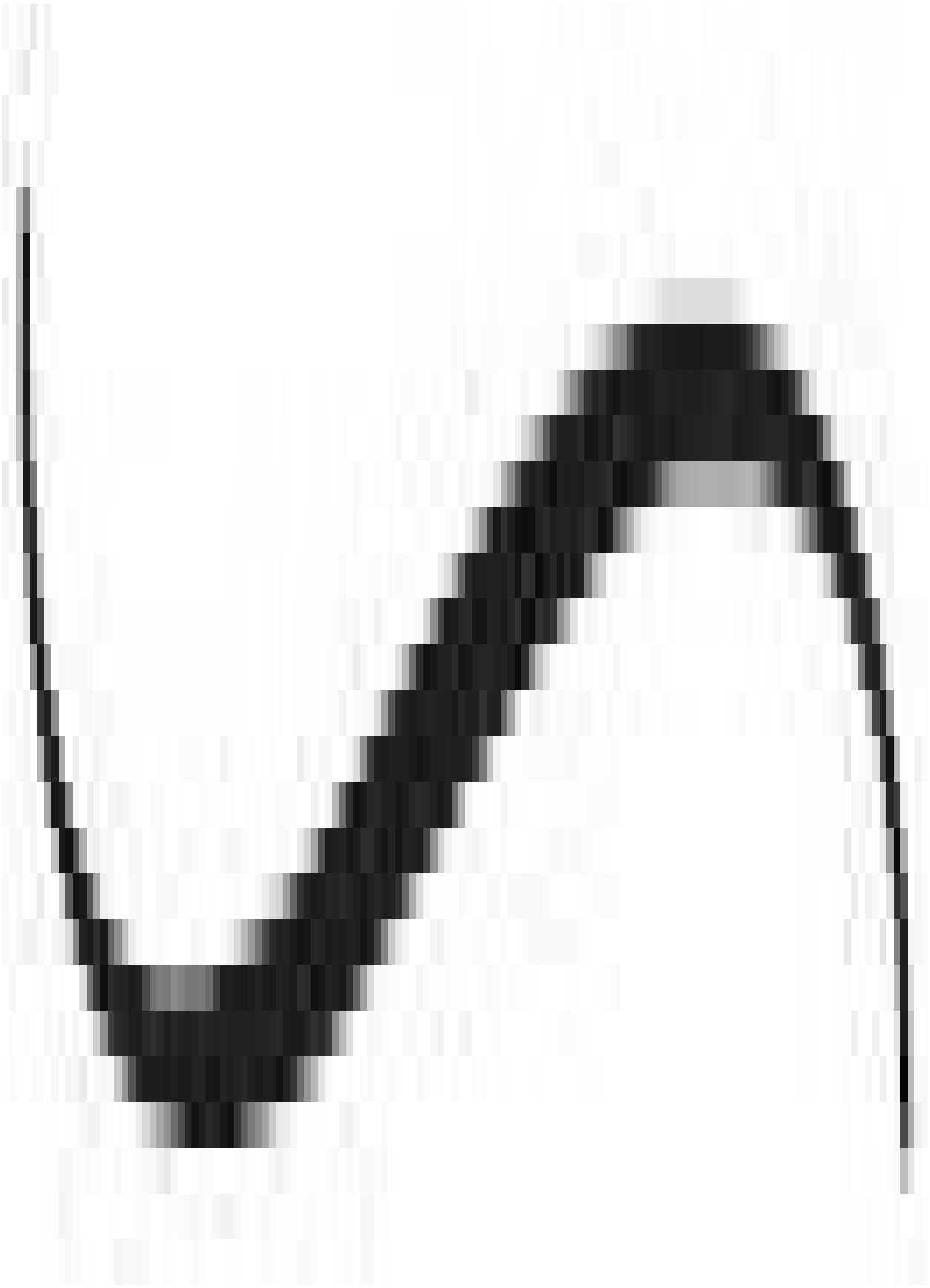
Los hombres se quedaron callados durante unos minutos y luego volvieron a conversar entre ellos.

—Lo digo en serio, deberíamos irnos de Jerusalén.

—Sí, pero ¿cómo lo haremos sin que nos vean?

—¿Y qué si nos ven? —dijo Pedro con amarga angustia—. ¿Qué importa ahora? ¡Ya no importa nada!

María se levantó. Se dirigió a la parte de atrás del aposento alto, encendió una pequeña lámpara y se arrodilló para orar a Dios, quien le había prometido que esa salvación llegaría a través de su hijo Jesús.



A la mañana del tercer día, escucharon unas pisadas que subían corriendo las escaleras. Los hombres se movieron nerviosamente, mirándose asustados, sin saber qué hacer. La puerta se abrió de golpe y María de Magdala entró.

—¡He visto al Señor! ¡Está vivo! —Emocionada, se paró en medio del cuarto; su rostro estaba radiante y reía y lloraba de alegría, dándose vuelta y hablando tan precipitadamente que las palabras se le trababan.

—Fuimos a la tumba a llevar especias para la sepultura, y la piedra estaba corrida hacia un costado. Cuando entramos, Jesús no estaba.

—Mujer —dijo Pedro, levantando las manos para calmarla.

—Entramos en la tumba y vimos a dos hombres vestidos con unas túnicas resplandecientes. ¡Nos llenamos de miedo! Ellos nos dijeron: "¿Por qué buscan entre los muertos a alguien que está vivo? ¡Él no está aquí! ¡Ha resucitado! Recuerden lo que les dijo en Galilea, que el Hijo del Hombre debía ser traicionado y entregado en manos de hombres pecadores, y ser crucificado, y que resucitaría al tercer día". Y entonces nos acordamos de sus palabras. —Extendió las manos y se dio vuelta para mirarlos a todos—. Ustedes también las recuerdan, ¿verdad? Hablaban de eso porque no entendían.

María se puso de pie, sintiendo un cosquilleo en el cuerpo ante la verdad de las palabras de la joven.

—Él ha resucitado.

—¿Ves lo que hiciste? —le dijo uno de los hombres a María Magdalena.

—Está vivo, te digo. ¡Yo lo vi!

—¿Lo viste? ¿Cómo?

—Estaba llorando y él me habló. Me dijo: "¿Por qué lloras?". Pensé que era el que se había llevado al Señor y le pedí que me dijera dónde lo había puesto, para que pudiera ir a buscarlo. Entonces me dijo: "¡María!". Habría reconocido su voz en cualquier parte. Levanté la vista y ahí estaba. Me aferré a él. —Apretó sus manos contra su pecho—. No quería soltarlo, pero me dijo que dejara de

aferrarme a él porque tenía que ascender a su Padre, a nuestro Señor y Dios.

—Ha perdido la razón por el dolor.

—María, has dado rienda suelta a tu imaginación. Solo porque quieras que Jesús esté vivo, no quiere decir que esté vivo.

María Magdalena los miró, frustrada.

—¿Cómo pueden no creer? Jesús les dijo que esto sucedería.

El discípulo Juan salió por la puerta y Pedro lo siguió de cerca.

—Que se vayan —dijo otro desoladamente.

María Magdalena se acercó a María y la miró a los ojos:

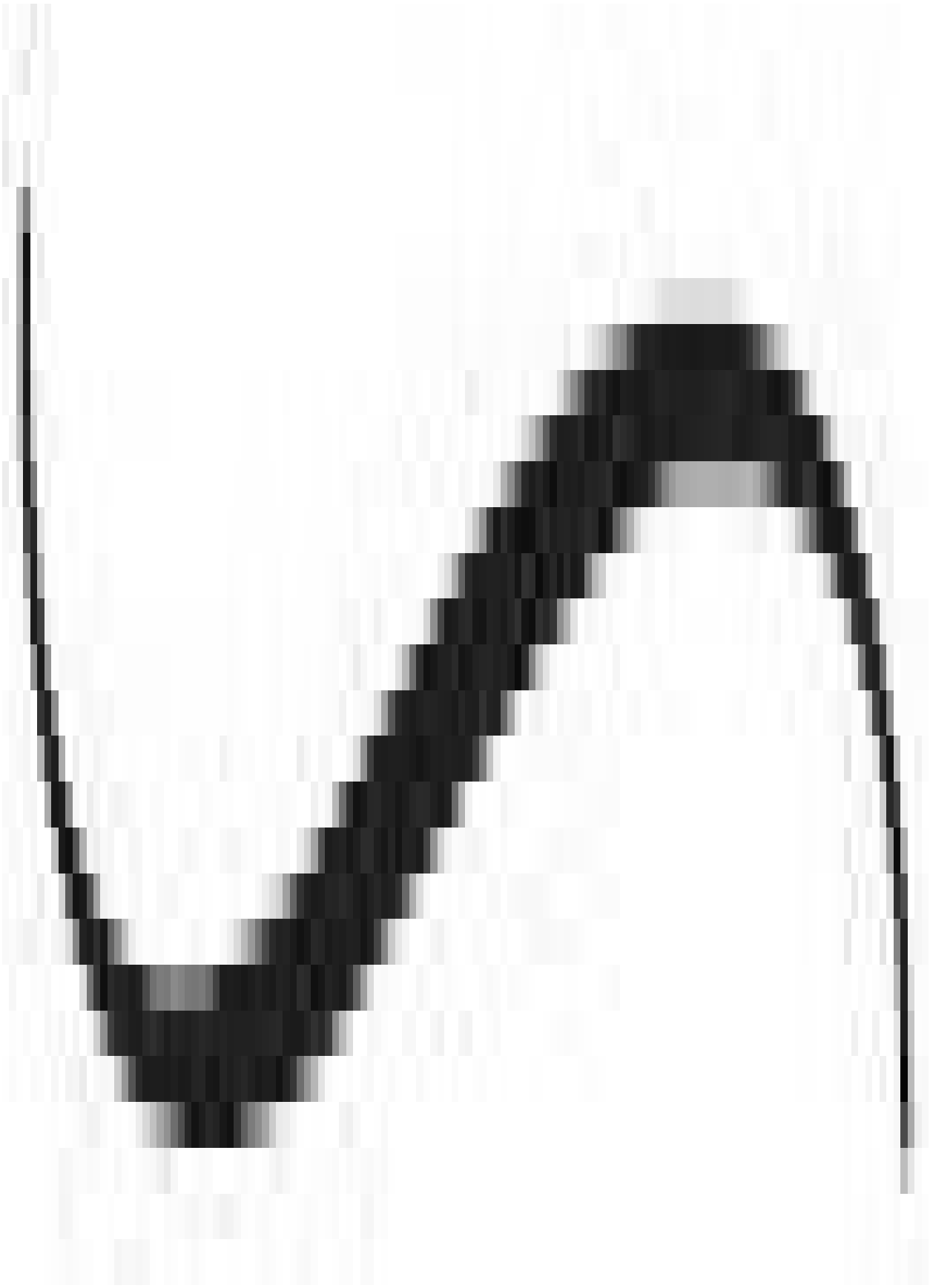
—Es verdad. Una vez él dijo que el Hijo del Hombre tendría que ser levantado sobre un madero, así como Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto.

María recordó lo que había sucedido en los tiempos de Moisés: por causa del pecado del pueblo, el Señor les mandó serpientes venenosas, y muchas personas fueron mordidas y murieron. Pero cuando las personas confesaron su pecado y le pidieron al Señor que las salvara, Él lo hizo. Dios le dijo a Moisés que hiciera una réplica de una serpiente venenosa y que la atara a la punta de un poste. Cada vez que alguno era mordido, si miraba a la serpiente de bronce ¡se recuperaba!

María Magdalena tomó las manos de María.

—Estábamos cerca del mar de Galilea, y Él dijo que Dios amó tanto al mundo que dio a Su único Hijo, para que todo el que crea en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna. —Sus dedos se estrecharon—. Ninguno de nosotros lo entendió. —La miró más intensamente—. Tu hijo está vivo, María. ¡Está vivo!

—Te creo. —Si tan solo hubiera sido ella quien lo había visto personalmente.



Pedro y Juan regresaron.

—Es verdad —dijo Juan con ojos resplandecientes.

Descartando lo que había dicho Juan, los discípulos miraron a Pedro en busca de una confirmación.

—Su cuerpo no está.

No sabían qué pensar, aún temerosos de lo que pudiera sucederles. Temían más a la muerte que a Dios; por eso, cerraron las puertas y las trabaron por dentro, pues estaban seguros de que el Concilio mandaría hombres a buscarlos y a detenerlos para interrogarlos.

Todos hablaban en voz baja, asustados, cuando una voz conocida habló con una pizca de buen humor.

—La paz sea con ustedes.

María levantó la cabeza. Su hijo estaba parado en medio de todos. Los hombres gritaron asustados y se postraron hasta el piso. Los otros hijos de María se quedaron mirándolo fijamente, con ojos asombrados y aterrados, y se cubrieron la cabeza. La garganta se le cerró en un sollozo mientras se ponía de pie.

—Jesús. —Corrió hacia él, dispuesta a abrazarlo como madre. Pero cuando la miró, sintió el impacto de la realidad de quién era Él. Yo Soy El Que Soy estaba parado frente a ella. La espada de la verdad traspasó su alma, y María se detuvo. El hijo que había traído al mundo no le pertenecía. Ni le pertenecía a Israel.

Mucho tiempo atrás, la serpiente Satanás había engañado a los seres humanos para que desconfiaran de Dios y se rebelaran contra Él, y luego los mantuvo a todos sometidos por el miedo a la muerte.

María miró a los ojos a su hijo, quien había estado muerto, y vivía nuevamente.

Con lágrimas que corrían por sus mejillas y humildad de corazón, tomó las manos de Jesús y las besó, mientras recordaba las palabras del profeta Isaías, palabras que José les había leído en voz alta a ella y a sus hijos tantas veces

anteriormente: «Yo no los olvidaría a ustedes. Mira, he escrito tu nombre en las palmas de mis manos». Ahora veía que Jesús era la Palabra Viva. La plena consciencia de eso le atravesó el corazón. Aunque ella lo había llevado en su vientre, era el Hijo de Dios. Nunca había estado a sus órdenes. Jesús era el Hijo de Dios, el regalo de Dios para la salvación de Israel. «El Señor puso sobre Él los pecados de todos nosotros».

El sobrecogimiento de su primer encuentro con Dios vino sobre María otra vez. Su alma lo exaltaba. Su espíritu se regocijaba en Jesús, su Salvador. Durante toda su vida había luchado por hallar respuestas, por estar por encima de sus circunstancias, por obedecer a Dios y esperar —no siempre pacientemente— que Su plan se desarrollara, y ahora estaba llena de asombro por lo que Dios había hecho. Hizo duelo y fue consolada con la promesa de la vida eterna con Él. Tuvo hambre y sed de justicia, y ahora contemplaba al que juzgaría.

María cayó de rodillas ante Jesús e inclinó su cabeza hasta el piso.

—Mi Señor —dijo, completamente rendida—. Mi Señor y Dios.

OCHO



María estaba acostada en su lecho, meditando en los años transcurridos desde la última vez que había visto a Jesús. Juan estaba sentado cerca de ella, orando. Había otros presentes, justo al otro lado de la puerta de la casita que compartía con él en las afueras de Éfeso. Estaba preocupada por cómo lloraban.

—¿Juan?

Él se levantó, se acercó a ella y le tomó la mano.

—Sí, madre.

—¿Por qué lloran?

—Porque saben que tu tiempo con nosotros está llegando a su fin.

Ella suspiró.

—Me dan demasiada importancia.

—Porque eres la madre de nuestro Señor.

—¿Recuerdas los cuarenta días posteriores a la crucifixión? Jesús no me puso por encima de los demás. No me dio un lugar eminente entre sus seguidores. Diles eso.

—Les he dicho.

—Diles de nuevo, Juan. Todos estábamos juntos, compartiendo el pan con Él, mientras nos hablaba del reino de Dios. Yo le serví y toqué su mano y llené su copa con agua. —Sus pensamientos se distrajeron—. Ah, recuerdo su sonrisa. ¿Te acuerdas de su sonrisa, Juan?

Los ojos de Juan se humedecieron.

—Sí, madre.

—Ese día, cuando estábamos en el monte de los Olivos y todos lo vimos subir al cielo, creí que se me rompería el corazón. Lo extrañé desde el instante en que vi que era recibido en las nubes, y me pregunté cuánto tiempo pasaría hasta que

volviera a ver su rostro. He anhelado tanto verlo una vez más.

—Todos nos sentimos así.

—Sí, y nos quedamos mirando a los cielos, a la espera y con la expectativa de que volviera enseguida.

—Hasta que vinieron los ángeles. —Juan cerró los ojos, sumándose a sus recuerdos—. Dijeron: "Hombres de Galilea, ¿por qué están aquí parados, mirando al cielo? Jesús fue tomado de entre ustedes y llevado al cielo, ¡pero un día volverá del cielo de la misma manera en que lo vieron irse".

María suspiró. Había acompañado a los seguidores de Jesús mientras atravesaban el corto trecho de vuelta a Jerusalén. Ella y sus hijos se quedaron con ellos y se reunieron continuamente con los hombres para orar, y esperaron y esperaron... María todavía esperaba. Ella y Juan oraban todos los días por el regreso de Jesús, para que Jesús los transformara en los instrumentos de fe que fueron creados para ser. Cada mañana, María se levantaba de su lecho con la idea de que ese podía ser el día esperado y que debía estar preparada. Pero sabía que Jesús volvería en el tiempo de Dios y no porque ella lo pidiera.

Sin embargo, Jesús estaba con ellos.

En el día de Pentecostés, siete semanas después de que Jesús se había levantado de la tumba, y mientras todos los que creían en él estaban reunidos, el Señor había derramado el Espíritu Santo sobre ellos. María recordaba aquel día tan claramente como si hubiera sido ayer, porque el Espíritu Santo seguía vivo dentro de ella como lo estaba dentro de cada creyente. El gozo de su salvación todavía la llenaba de júbilo, así como le había sucedido aquel día cuando salió corriendo con los demás a difundir la Buena Noticia por toda Jerusalén.

Y entonces, había llegado la persecución.

—Todos se han ido ya, ¿verdad, Juan? —Sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar a todos los que habían muerto mientras Satanás procuraba extinguir el mensaje de la salvación por medio de Jesucristo. Casi podía ver sus rostros en su mente. El joven Esteban había sido el primero en morir, apedreado junto a la Puerta de Damasco. Luego siguieron otros.

Los apóstoles que ella conocía y amaba se dispersaron, llevando con ellos el

mensaje del evangelio y esparciéndolo como semillas por todo el mundo. Y las semillas que sembraron habían echado raíces, pues había creyentes en Siria, Macedonia, Grecia y Roma.

Con el correr de los años llegaron noticias de cómo habían muerto los discípulos. Algunos fueron víctimas del escarnio y sajaron sus espaldas a latigazos. Otros fueron encadenados en calabozos. Algunos fueron aserrados a la mitad; otros murieron a espada. Pedro fue crucificado con la cabeza hacia abajo, cerca del obelisco de Roma; Pablo fue decapitado fuera de las murallas de la ciudad. Ninguno renunció a su fe.

Entre los martirizados estuvieron sus hijos.

Cuando se enteró de sus muertes, comprendió por qué Jesús la había puesto al cuidado de Juan. Jesús sabía lo que iba a suceder e hizo provisiones para ella, aun mientras estaba muriendo en la cruz. Cuando María pensaba en eso, aun ahora, se le cerraba la garganta. Desde el principio, Jesús había entregado su vida por los demás.

Juan la había traído a Éfeso durante los años de la persecución y, desde entonces, ella había vivido bajo su cuidado en las afueras de la ciudad de Satanás, diciéndoles a todos los que vivían a la sombra del templo de Artemisa que Jesucristo había muerto para salvarlos. Pablo había venido a ayudar a los efesios y luego les había escrito mientras viajaba. Su carta todavía se leía en las reuniones.

Satanás seguía librando la batalla contra la verdad, tratando de cerrar la mente de los hombres. Y seguiría siendo de esa manera. Cada día, la decisión era la misma: ¿Reinará Dios en mi vida, o triunfará mi deseo? ¿Le reclamaré cosas a Jesús y me desanimaré porque no vuelve a nosotros cuando lo llamo?

Esperar era lo más difícil. La espera siempre había sido la lucha de María. Pero ahora era más madura. Estaba ansiosa; no impetuosa ni impaciente. Cada día era un fuego purificador. Cada día se preguntaba: ¿Obedecerás, cueste lo que cueste?

—Hoy digo que sí.

—¿Madre?

—Hoy digo que sí. Y hoy, y hoy, y hoy, hasta que no me queden más días.

Juan le apretó la mano.

—Cada día tiene su propio problema.

—Y el Señor nos ayudará a sobrellevarlo.

¿Cómo sucedió que Dios la escogió a ella, a una simple muchacha campesina, para que fuera su recipiente? El privilegio aún la estremecía. Jesús, nacido en la oscuridad, era la Luz del mundo. Él, el Pan de Vida, había conocido el hambre. El Agua de Vida había conocido la sed. Había sido malinterpretado, vendido por treinta piezas de plata, rechazado por todos y crucificado, y ahora estaba parado delante del trono de Dios mientras abogaba por todos los que creían en Él.

Recordó cómo oraba Jesús: incesantemente, en toda circunstancia, parado, sentado, acostado y yendo por el camino. Había orado, y ahora escuchaba las oraciones de ella, así como las de todos los que lo invocaban. Sin pecado alguno, había entregado su vida como ofrenda expiatoria por todos los pecados de la humanidad, incluso los de ella. Derrotando a la muerte, había resucitado de la tumba.

Ella había tenido esperanzas de que su hijo triunfara sobre los opresores de Israel. Había esperado que gobernara como rey. ¡Qué pequeños habían sido sus sueños! ¡Cuán grande y poderoso era el plan de Dios! Jesús estaba muy por encima de lo que esperaba el hombre. ¡Él es victorioso! ¡Él reina sobre todos los reyes! Él es la vida eterna, la santidad y la justicia de Dios. Él es el Hijo del Hombre, el Mesías, Dios en espíritu y en verdad. Y había venido a salvar no solamente a Israel, sino también al mundo.

Oh, Jesús, mis pecados son muchos, como bien sabes. Estaba tan orgullosa de ti, tan orgullosa de la parte que me había tocado de traerte a este mundo. Estaba tan deseosa de verte gobernar el mundo como rey, con los hijos de José a tu lado... Y tú lo sabías, ¿cierto? Te presionaba y te empujaba para que lo hicieras, ¿verdad? No sabía que incluso yo podía ser usada por el diablo para tentarte. Yo misma, la elegida para ser tu madre, aumenté tus cargas. No entendía que habías venido para ser el sacrificio. Y te alabo por eso. Te alabo y te adoro por tu dulce misericordia y por tu compasión.

Oh, Señor Dios de mis padres, Abraham, Isaac y Jacob, fuiste tan bondadoso

conmigo. Porque, ¿cómo podría haber vivido sabiendo que mi precioso bebé había nacido para ser clavado en una cruz? Estuve en Tu presencia durante treinta años. Contemplé Tu belleza, experimenté Tu amor y Tu misericordia, fui testigo de Tu fortaleza y de Tu rectitud, de Tu perfección y de Tu santidad. Yo vi el cumplimiento vivo de todas Tus promesas.

Señor, recién durante esos últimos tres años fue que empecé a ver lo que vendría. Y, aun así, no entendí. Mediante Tu muerte, eliminaste las barreras y podemos ir ante Ti y hablar contigo como Adán y Eva lo hicieron en el jardín del Edén antes de que el pecado entrara en el mundo. El miedo a la muerte ya no nos aprisiona.

Sintió el cambio en su cuerpo.

—Pronto estaré con Él.

Juan se inclinó hacia adelante.

—Te extrañaré, madre, pero me alegraré de saber que estás con nuestro Señor Jesucristo.

María escuchó nuevamente los llantos al otro lado de la puerta. Profundamente afligida por eso, miró a Juan a los ojos.

—¿Han venido más?

Él asintió con la cabeza.

A través de los años, muchos habían ido a tocar el borde de su manto. Creían que, como ella era la madre de Jesús, tenía el poder de su hijo. Algunos incluso se habían postrado ante ella y le habían rogado que orara por ellos porque se sentían indignos de hacerlo personalmente. No era más digna que ellos. ¿Acaso no lo veían claramente? ¿No escuchaban el mensaje que se les había predicado?

Siempre los había corregido con firmeza y amor. «¿Acaso Jesús murió y resucitó de Su tumba para que ustedes pudieran venir a mí en busca de ayuda? ¡No se dejen engañar! ¡La salvación viene del Señor! ¡Jesús es el Salvador y el Señor! Jesús los ama. Él escucha sus oraciones. Confíen en Él».

Ahora sonreía con tristeza.

—Tal vez lo entiendan mejor cuando yo experimente el destino de cualquier ser humano. —Sintió el movimiento dentro de su cuerpo, el aflojamiento de lo que la ataba a esta tierra—. Cuando yo muera, Juan, entiérrenme donde nadie lo sepa. No dejes que hagan un santuario en mi honor. Es por medio de la gracia de Dios que somos salvos, por Su poder. Jesús murió por ellos para que fueran libres del pecado y de la muerte. Recuérdales que amen al Señor Dios por sobre todos los demás. Siempre fue de esa manera, desde el principio. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, toda tu mente, toda tu alma y todas tus fuerzas, y ámense unos a otros. Guarda puro el evangelio, hijo mío. Mantenlo puro.

—Lo haré, madre —dijo Juan. Le acarició la mano con ternura—. Les diré la verdad. Jesús es la Palabra, y la Palabra ya existía en el principio. Estaba con Dios y era Dios. Él existía en el principio con Dios. Dios creó todas las cosas por medio de Él, y nada fue creado sin Él. La vida estaba en Él, y Su vida trajo luz a todos. La luz brilla en la oscuridad, y la oscuridad jamás podrá apagarla.

—Sí, hijo mío. Diles. Diles que... hagan lo que Jesús les diga.

BUSQUE Y ENCUENTRE



Querido lector:

Usted acaba de leer la historia de María según la percepción de una autora. ¿Es esta la verdad completa sobre la historia? Jesús dijo que el que busca encuentra las respuestas que necesitamos para la vida. La mejor manera de descubrir la verdad es ¡que la busque usted mismo!

Esta sección «Busque y encuentre» está diseñada para ayudarlo a descubrir la historia de María según está registrada en la Biblia. Consiste en seis estudios cortos que usted puede hacer de forma individual o con un grupo pequeño.

Podría sorprenderlo descubrir que esta historia antigua tiene aplicaciones para su vida en la actualidad. No importa dónde viva ni en qué siglo, la Palabra de Dios es la verdad. Es tan relevante hoy como lo fue en el pasado. En ella encontramos un futuro y una esperanza.

Peggy Lynch

EL CONSENTIMIENTO

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Dios envió al ángel Gabriel a Nazaret, una aldea de Galilea, a una virgen llamada María. Ella estaba comprometida para casarse con un hombre llamado José, descendiente del rey David. Gabriel se le apareció y dijo: «¡Saludos, mujer

favorecida! ¡El Señor está contigo!».

Confusa y perturbada, María trató de pensar lo que el ángel quería decir.

—No tengas miedo, María —le dijo el ángel—, ¡porque has hallado el favor de Dios! Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Él será muy grande y lo llamarán Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de su antepasado David. Y reinará sobre Israel para siempre; ¡su reino no tendrá fin!

—¿Pero cómo podrá suceder esto? —le preguntó María al ángel—. Soy virgen.

El ángel le contestó:

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por lo tanto, el bebé que nacerá será santo y será llamado Hijo de Dios. [...]

María respondió:

—Soy la sierva del Señor. Que se cumpla todo lo que has dicho acerca de mí.

Y el ángel la dejó.

L

UCAS

1:26-35, 38

Del pasaje anterior, ¿qué aprendemos acerca de María? (por ejemplo: que era de Galilea).

Según el saludo de Gabriel, ¿cuál era la actitud de Dios hacia María?

¿Cómo reaccionó María al saludo del ángel?

Gabriel tranquilizó a María y procedió a explicarle su misión. Enumere las cosas que le reveló a María sobre sí misma. Y, ¿qué le dice a María acerca del niño?

María le recuerda al ángel que ella es virgen y pregunta cómo podrá quedar embarazada. ¿Qué información adicional le da el ángel?

¿Cómo responde María?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Según el siguiente pasaje de la Escritura, Dios nos habla hoy por medio de Su Palabra escrita.

Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para enseñarnos lo que es verdad y para hacernos ver lo que está mal en nuestra vida. Nos corrige cuando estamos equivocados y nos enseña a hacer lo correcto. Dios la usa para preparar y capacitar a su pueblo para que haga toda buena obra.

2 T

IMOTEO

3:16-17

¿De qué manera es útil para nosotros la Palabra de Dios?

María estaba sola y tranquila cuando Dios le habló. Hoy en día, Dios nos habla de maneras discretas y tranquilas, pero ¿estamos disponibles para escuchar? Enumere las cosas que podrían distraernos e impedir que lo escuchemos.

Cuando usted escucha la voz de Dios, ¿cómo reacciona?

Lea las palabras de Jesús en el siguiente pasaje de la Escritura:

Los que pertenecen a Dios escuchan con gusto las palabras de Dios, pero ustedes no las escuchan porque no pertenecen a Dios.

J

UAN

8:47

¿Qué razón menciona Jesús por la que no escuchamos a Dios?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Pero los que no son espirituales no pueden recibir esas verdades de parte del Espíritu de Dios. Todo les suena ridículo y no pueden entenderlo, porque solo los que son espirituales pueden entender lo que el Espíritu quiere decir. Los que son espirituales pueden evaluar todas las cosas, pero ellos mismos no pueden ser evaluados por otros. Pues, «¿Quién puede reconocer los pensamientos del Señor? ¿Quién sabe lo suficiente para enseñarle a él?». Pero nosotros entendemos estas cosas porque tenemos la mente de Cristo.

1 C

ORINTIOS

2:14-16

¿Tiene usted la mente de Cristo?

LA CELEBRACIÓN

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

En esos días, Augusto, el emperador de Roma, decretó que se hiciera un censo en todo el Imperio romano. (Este fue el primer censo que se hizo cuando Cirenio era gobernador de Siria). Todos regresaron a los pueblos de sus antepasados a fin de inscribirse para el censo. Como José era descendiente del rey David, tuvo que ir a Belén de Judea, el antiguo hogar de David. Viajó hacia allí desde la aldea de

Nazaret de Galilea. Llevó consigo a María, su prometida, quien estaba embarazada.

Mientras estaban allí, llegó el momento para que naciera el bebé. María dio a luz a su primer hijo varón. Lo envolvió en tiras de tela y lo acostó en un pesebre, porque no había alojamiento disponible para ellos.

Esa noche había unos pastores en los campos cercanos, que estaban cuidando sus rebaños de ovejas. De repente, apareció entre ellos un ángel del Señor, y el resplandor de la gloria del Señor los rodeó. Los pastores estaban aterrados, pero el ángel los tranquilizó. «No tengan miedo —dijo—. Les traigo buenas noticias que darán gran alegría a toda la gente. ¡El Salvador —sí, el Mesías, el Señor— ha nacido hoy en Belén, la ciudad de David! Y lo reconocerán por la siguiente señal: encontrarán a un niño envuelto en tiras de tela, acostado en un pesebre».

De pronto, se unió a ese ángel una inmensa multitud los —los ejércitos celestiales— que alababan a Dios y decían:

«Gloria a Dios en el cielo más alto

y paz en la tierra para aquellos en quienes Dios se complace».

Cuando los ángeles regresaron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: «¡Vayamos a Belén! Veamos esto que ha sucedido y que el Señor nos anunció».

Fueron de prisa a la aldea y encontraron a María y a José. Y allí estaba el niño, acostado en el pesebre. Después de verlo, los pastores contaron a todos lo que había sucedido y lo que el ángel les había dicho acerca del niño. Todos los que escucharon el relato de los pastores quedaron asombrados, pero María guardaba todas estas cosas en el corazón y pensaba en ellas con frecuencia. Los pastores regresaron a sus rebaños, glorificando y alabando a Dios por lo que habían visto y oído. Todo sucedió tal como el ángel les había dicho.

L

UCAS

2:1-20

¿Por qué estaban viajando María y José a Belén?

Cuando estaban en Belén, ¿qué le sucedió a María? ¿Qué detalles se dan?

Los ángeles visitaron a los pastores. ¿Qué señales recibieron los pastores acerca del acontecimiento? ¿Cuál fue su respuesta?

¿Cuál fue la reacción de María a la visita de los pastores?

Del pasaje anterior, enumere todas las evidencias de celebración.

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Aun los planes mejor trazados suelen salir mal. ¿Cómo lidia usted con los planes interrumpidos?

Comparta alguna ocasión en la que haya tenido que «arreglárselas» con sus circunstancias.

Lea el siguiente versículo:

Puedes hacer todos los planes que quieras, pero el propósito del Señor prevalecerá.

P

ROVERBIOS

19:21

¿Qué aprende de este versículo?

María encontró motivos para regocijarse y acontecimientos para atesorar, aun cuando las circunstancias no eran las que hubiera elegido. ¿Qué hace que usted atesore algo en su corazón?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Podemos hacer nuestros planes, pero el Señor determina nuestros pasos.

P

ROVERBIOS

16:9

El Señor dirige nuestros pasos, entonces, ¿por qué tratar de entender todo lo que

pasa?

P

ROVERBIOS

20:24

Tu palabra es una lámpara que guía mis pies y una luz para mi camino.

S

ALMO

119:105

¿Tropieza usted con las interrupciones, o las atesora?

LA SUMISIÓN

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Unos sabios de Oriente llegaron en busca del bebé recién nacido. Siguiendo a una estrella, llegaron a Belén. Lea el siguiente pasaje sobre su llegada:

Cuando vieron la estrella, ¡se llenaron de alegría! Entraron en la casa y vieron al niño con su madre, María, y se inclinaron y lo adoraron. Luego abrieron sus cofres de tesoro y le dieron regalos de oro, incienso y mirra.

Cuando llegó el momento de irse, volvieron a su tierra por otro camino, ya que Dios les advirtió en un sueño que no regresaran a Herodes.

Después de que los sabios se fueron, un ángel del Señor se le apareció a José en un sueño. «¡Levántate! Huye a Egipto con el niño y su madre —dijo el ángel—. Quédate allí hasta que yo te diga que regreses, porque Herodes buscará al niño para matarlo».

Esa noche José salió para Egipto con el niño y con María, su madre, y se quedaron allí hasta la muerte de Herodes.[...]

Cuando Herodes murió, un ángel del Señor se le apareció en un sueño a José en Egipto. «¡Levántate! —dijo el ángel—. Lleva al niño y a su madre de regreso a la tierra de Israel, porque ya murieron los que trataban de matar al niño».

Entonces José se levantó y regresó a la tierra de Israel con Jesús y su madre.

M

ATEO

2:10-15, 19-21

Cuando llegan los magos, ¿qué hacen?

¿Qué regalos traen para el niño?

Después de que los magos se van, ¿a quién se le aparece el ángel? ¿Y por cuál medio?

¿Cuál es el mensaje del ángel?

¿Qué hace José, y cuándo?

Un tiempo después, el ángel volvió a aparecer. ¿Qué hecho provocó esta segunda aparición, y cuál fue el mensaje esta vez?

¿Cómo respondieron José y su esposa, María, en esta oportunidad?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

¿Cómo maneja usted el reconocimiento y los elogios de la gente que está cerca de usted?

¿Cómo reacciona ante los elogios de personas que no conoce bien?

Lea el siguiente pasaje bíblico:

No sean egoístas; no traten de impresionar a nadie. Sean humildes, es decir, considerando a los demás como mejores que ustedes. No se ocupen solo de sus propios intereses, sino también procuren interesarse en los demás.

F

ILIPENSES

2:3-4

Según los versículos anteriores, ¿cuál debería ser nuestra actitud?

Cuando recibió la orden de desarraigarse y mudarse, María cumplió sin reparos y obedeció. ¿Cómo lidia usted con los grandes cambios en su vida?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Confía en el Señor con todo tu corazón; no dependas de tu propio entendimiento. Busca su voluntad en todo lo que hagas, y él te mostrará cuál camino tomar.

P

ROVERBIOS

3:5-6

¿Confía usted en Dios y en el destino al cual Él pueda estar guiándolo?

LA PREOCUPACIÓN

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Cada año, los padres de Jesús iban a Jerusalén para el festival de la Pascua. Cuando Jesús tenía doce años, asistieron al festival como siempre. Una vez terminada la celebración, emprendieron el regreso a Nazaret, pero Jesús se quedó en Jerusalén. Al principio, sus padres no se dieron cuenta, porque creyeron que estaba entre los otros viajeros; pero cuando se hizo de noche y no aparecía, comenzaron a buscarlo entre sus parientes y amigos.

Como no pudieron encontrarlo, regresaron a Jerusalén para buscarlo allí. Tres días después, por fin lo encontraron en el templo, sentado entre los maestros religiosos, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que oían quedaban asombrados de su entendimiento y de sus respuestas.

Sus padres no sabían qué pensar.

—Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? —le dijo su madre—. Tu padre y yo hemos estado desesperados buscándote por todas partes.

—¿Pero por qué tuvieron que buscarme? —les preguntó—. ¿No sabían que tengo que estar en la casa de mi Padre?

Pero ellos no entendieron lo que les quiso decir.

Luego regresó con sus padres a Nazaret, y vivió en obediencia a ellos. Y su madre guardó todas esas cosas en el corazón.

L

UCAS

2:41-51

¿Qué evento anual llevó a la familia a Jerusalén?

¿Cuándo se fueron María y José de Jerusalén?

¿De qué cosa no estaban al tanto y por qué?

Describa su búsqueda.

Luego de encontrar a Jesús, ¿qué le dijo María a su hijo? ¿Qué le dijo su hijo a ella?

El relato dice que María y José no entendieron lo que Jesús les dijo. ¿Cuál fue la reacción de María a todo lo que sucedió?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Describa alguna ocasión durante su infancia en la que usted no estaba donde se suponía que debía estar. ¿Cómo se sintió?

¿Cómo reaccionaron sus padres?

¿Cuál fue su respuesta a la reacción de ellos?

Lea el siguiente pasaje:

Dios ha dicho: «Nunca te fallaré. Jamás te abandonaré». Así que podemos decir con toda confianza: «El Señor es quien me ayuda, por tanto, no temeré. ¿Qué me puede hacer un simple mortal?».

H

EBREOS

13:5-6

Hay todo tipo de miedos. Los niños pueden tenerle miedo a sus padres cuando han sido desobedientes; los padres pueden temer por la seguridad de sus hijos, etcétera. ¿Qué seguridad tiene un hijo de Dios cuando se enfrenta a circunstancias que producen miedo?

AGUARDE Y REFLEXIONE

¡Tú guardarás en perfecta paz a todos los que confían en ti; a todos los que concentran en ti sus pensamientos! Confíen siempre en el Señor, porque el Señor Dios es la Roca eterna.

I

SAÍAS

26:3-4

¿Dónde pone usted su confianza?

LOS CONFLICTOS

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Al día siguiente, se celebró una boda en la aldea de Caná de Galilea. La madre de Jesús estaba presente, y también fueron invitados a la fiesta Jesús y sus discípulos. Durante la celebración, se acabó el vino, entonces la madre de Jesús le dijo:

—Se quedaron sin vino.

—Apreciada mujer, ese no es nuestro problema —respondió Jesús—. Todavía no ha llegado mi momento.

Sin embargo, su madre les dijo a los sirvientes: «Hagan lo que él les diga».

J

UAN

Según este pasaje, ¿a qué evento estaba asistiendo María? ¿Quién más estaba allí?

En la boda, María se dio cuenta de que se había terminado el vino. ¿Qué hizo?

¿Cómo le responde Jesús?

¿Cómo lidia María con la respuesta de su hijo?

Lea acerca de otra ocasión:

Entonces la madre y los hermanos de Jesús vinieron a verlo, pero no pudieron acercarse a él debido a la cantidad de gente. Alguien le dijo a Jesús:

—Tu madre y tus hermanos están parados afuera y quieren verte.

Jesús respondió:

—Mi madre y mis hermanos son todos los que oyen la palabra de Dios y la obedecen.

8:19-21

A partir de este pasaje, ¿qué aprendemos sobre la relación entre María y Jesús?

¿Qué parece estar sucediendo en la relación que tenía ella con su primogénito?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Describa alguna ocasión en la que haya pasado vergüenza o haya avergonzado a algún integrante de su familia en un evento familiar.

¿Qué le hizo eso a su relación?

¿Cómo hace para ayudar a los familiares que cree que están en el margen de meterse en problemas?

Lea los siguientes pasajes:

Ayúdense a llevar los unos las cargas de los otros, y obedezcan de esa manera la ley de Cristo. Si te crees demasiado importante para ayudar a alguien, solo te engañas a ti mismo. No eres tan importante.

Presta mucha atención a tu propio trabajo, porque entonces obtendrás la satisfacción de haber hecho bien tu labor y no tendrás que compararte con nadie. Pues cada uno es responsable de su propia conducta.

G

ÁLATAS

6:2-5

No juzguen a los demás, y no serán juzgados. Pues serán tratados de la misma forma en que traten a los demás. El criterio que usen para juzgar a otros es el criterio con el que se les juzgará a ustedes.

M

ATEO

7:1-2

¿Qué aprendemos sobre las relaciones y la responsabilidad en los versículos anteriores?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Así que tengan cuidado de cómo viven. No vivan como necios sino como sabios. Saquen el mayor provecho de cada oportunidad en estos días malos. No actúen sin pensar, más bien procuren entender lo que el Señor quiere que hagan. [...]

Es más, sométanse unos a otros por reverencia a Cristo.

E

FESIOS

5:15-17, 21

En sus relaciones, ¿es usted desconsiderado o considerado?

LA CONFESIÓN

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Estaban de pie junto a la cruz la madre de Jesús, la hermana de su madre, María la esposa de Cleofas y María Magdalena. Cuando Jesús vio a su madre al lado del discípulo que él amaba, le dijo: «Apreciada mujer, ahí tienes a tu hijo». Y al discípulo le dijo: «Ahí tienes a tu madre». Y, a partir de entonces, ese discípulo la llevó a vivir a su casa.

J

UAN

19:25-27

De acuerdo con este pasaje, ¿dónde estaba María? ¿Quién estuvo con ella durante la crucifixión? ¿Quién faltaba?

¿Qué le dice Jesús a María?

¿Cómo hizo provisiones Jesús para ella?

Después de la muerte, la resurrección y la ascensión de Jesús, sus discípulos se reunieron en Jerusalén. Lea el siguiente pasaje:

Después los apóstoles regresaron del monte de los Olivos a Jerusalén, a un kilómetro de distancia. Cuando llegaron, subieron a la habitación de la planta alta de la casa donde se hospedaban.

Estos son los nombres de los que estaban presentes: Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago (hijo de Alfeo), Simón (el zelote) y Judas (hijo de Santiago). Todos se reunían y estaban constantemente unidos en oración junto con María la madre de Jesús, varias mujeres más y los hermanos de Jesús.

H

ECHOS

1:12-14

¿Dónde estaba María y qué estaba haciendo?

Además de los discípulos, ¿quién estaba con María esta vez?

Finalmente, María es recordada por su corazón obediente de sierva. En el Evangelio de Lucas, encontramos su cántico:

Oh, cuánto alaba mi alma al Señor.

¡Cuánto mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador!

Pues se fijó en su humilde sierva,

y de ahora en adelante todas las generaciones me llamarán bendita.

Pues el Poderoso es santo

y ha hecho grandes cosas por mí.

Él muestra su misericordia de generación en generación

a todos los que le temen.

¡Su brazo poderoso ha hecho cosas tremendas!

Dispersó a los orgullosos y a los altaneros.

A príncipes derrocó de sus tronos

y exaltó a los humildes.

Al hambriento llenó de cosas buenas

y a los ricos despidió con las manos vacías.

Ayudó a su siervo Israel

y no se olvidó de ser misericordioso.

Pues lo prometió a nuestros antepasados,

a Abraham y a sus descendientes para siempre.

L

UCAS

1:46-55

Enumere los nombres y los atributos de Dios que encuentra en esta confesión de fe de María.

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

De todos los autores de los evangelios, Juan fue quien mejor conoció a María y, sin embargo, fue el que menos escribió sobre ella. Es en su Evangelio donde leemos las últimas palabras registradas de María: «Hagan lo que él [Jesús] les diga». Dado que María dijo que hiciéramos lo que Jesús nos dice, veamos qué tiene que decir Jesús en los siguientes pasajes:

Pues Dios amó tanto al mundo que dio a su único Hijo, para que todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio de él.

No hay condenación para todo el que cree en él, pero todo el que no cree en él ya ha sido condenado por no haber creído en el único Hijo de Dios.

J

UAN

3:16-18

Contraste las opciones que tiene ante usted.

¿Qué le ofrece Jesús?

No dejen que el corazón se les llene de angustia; confíen en Dios y confíen también en mí. En el hogar de mi Padre, hay lugar más que suficiente. Si no fuera así, ¿acaso les habría dicho que voy a prepararles un lugar? Cuando todo esté listo, volveré para llevarlos, para que siempre estén conmigo donde yo voy. Y ustedes conocen el camino que lleva adonde voy.

—No, Señor, no lo conocemos —dijo Tomás—. No tenemos ni idea de adónde vas, ¿cómo vamos a conocer el camino?

Jesús le contestó:

—Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie puede ir al Padre si no es por medio de mí. Si ustedes realmente me conocieran, también sabrían quién es mi Padre. De ahora en adelante, ya lo conocen y lo han visto.

J

UAN

14:1-7

¿Cuáles son las instrucciones de Jesús? ¿Cuáles son sus promesas?

¿Quién es el único que nos salva?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Lea las siguientes palabras de Jesús:

«¡Mira! Yo estoy a la puerta y llamo. Si oyes mi voz y abres la puerta, yo entraré y cenaremos juntos como amigos. Todos los que salgan vencedores se sentarán conmigo en mi trono, tal como yo salí vencedor y me senté con mi Padre en su trono.

»Todo el que tenga oídos para oír debe escuchar al Espíritu y entender lo que él dice a las iglesias».

A

POCALIPSIS

3:20-22

¿Ha abierto usted la puerta?

LA GENEALOGÍA DE JESUCRISTO



El siguiente es un registro de los antepasados de Jesús el Mesías, descendiente de David y de Abraham:

Abraham fue el padre de Isaac.

Isaac fue el padre de Jacob.

Jacob fue el padre de Judá y de sus hermanos.

Judá fue el padre de Fares y de Zera (la madre fue Tamar).

Fares fue el padre de Hezrón.

Hezrón fue el padre de Ram.

Ram fue el padre de Aminadab.

Aminadab fue el padre de Naasón.

Naasón fue el padre de Salmón.

Salmón fue el padre de Booz (su madre fue Rahab).

Booz fue el padre de Obed (su madre fue Rut).

Obed fue el padre de Isaí.

Isaí fue el padre del rey David.

David fue el padre de Salomón (su madre fue Betsabé, la viuda de Urías).

Salomón fue el padre de Roboam.

Roboam fue el padre de Abías.

Abías fue el padre de Asa.

Asa fue el padre de Josafat.

Josafat fue el padre de Yoram.

Yoram fue el padre de Uzías.

Uzías fue el padre de Jotam.

Jotam fue el padre de Acaz.

Acaz fue el padre de Ezequías.

Ezequías fue el padre de Manasés.

Manasés fue el padre de Amón.

Amón fue el padre de Josías.

Josías fue el padre de Joaquín y de sus hermanos

(quienes nacieron en el tiempo del destierro a Babilonia).

Luego del destierro a Babilonia:

Joaquín fue el padre de Salatiel.

Salatiel fue el padre de Zorobabel.

Zorobabel fue el padre de Abiud.

Abiud fue el padre de Eliaquim.

Eliaquim fue el padre de Azor.

Azor fue el padre de Sadoc.

Sadoc fue el padre de Aquim.

Aquim fue el padre de Eliud.

Eliud fue el padre de Eleazar.

Eleazar fue el padre de Matán.

Matán fue el padre de Jacob.

Jacob fue el padre de José, esposo de María.

María fue la madre de Jesús, quien es llamado el Mesías.

MATEO 1:1-16

ACERCA DE LA AUTORA



Francine Rivers inició su carrera literaria en la Universidad de Nevada, Reno, donde se graduó con una Licenciatura en Humanidades con especialización en Literatura y Periodismo. De 1976 a 1985 desarrolló una exitosa carrera como escritora en el mercado literario general y sus libros fueron premiados o nominados para numerosos premios y honores. Si bien creció en un hogar religioso, Francine no tuvo un verdadero encuentro con Cristo sino hasta más adelante en su vida, cuando ya estaba casada, tenía tres hijos y era una reconocida autora de novelas románticas. Poco después de su renacer en Cristo en 1986, Francine escribió Redeeming Love (Amor redentor) como su declaración de fe. Publicada por primera vez por Bantam Books, y luego relanzada por Multnomah Publishers a mediados de la década de los noventa, esta adaptación de la historia bíblica de Gomer y Oseas situada durante la época de la Fiebre del Oro en California, actualmente es considerada por muchos una obra clásica de la ficción cristiana. Redeeming Love sigue siendo uno de los títulos más vendidos de la Christian Booksellers Association (Asociación de libreros cristianos) y mantuvo un lugar entre las listas de libros cristianos más vendidos durante casi una década.

Desde Redeeming Love, Francine ha publicado numerosas novelas con temas cristianos (todas éxitos de ventas) y continúa ganando tanto el reconocimiento de la industria literaria como la lealtad de los lectores en todo el mundo. Sus novelas cristianas han ganado o han sido nominadas para diversos premios, incluido el Premio RITA, el Premio Christy, el ECPA Gold Medallion y el Holt Medallion en Honor al Talento Literario Sobresaliente. En 1997, luego de ganar su tercer Premio RITA por ficción inspiradora, Francine fue incluida en el Salón de la Fama de los Romance Writers of America (Escritores estadounidenses de novelas románticas). Las novelas de Francine han sido traducidas a más de veinte idiomas y gozan de la categoría de libros más vendidos en muchos países, incluidos Alemania, los Países Bajos y Sudáfrica.

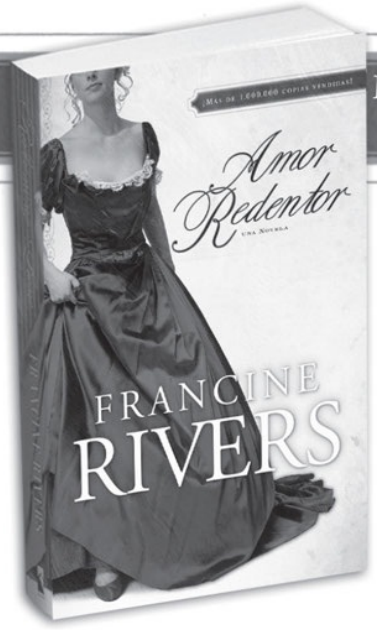
Francine y su esposo, Rick, viven en el norte de California y disfrutan de los momentos compartidos con sus tres hijos adultos y de cada oportunidad que tienen de consentir a sus cuatro nietos. Francine utiliza la escritura para acercarse más al Señor y para adorar y alabar a Jesús por todo lo que ha hecho y está haciendo en su vida.

Para más información sobre Francine, visite el sitio www.francinerivers.com.

¿Puede el amor de Dios salvar a cualquiera?

Amor Redentor

por FRANCINE RIVERS



MÁS DE 2.5 MILLONES DE EJEMPLARES VENDIDOS

Los campos de oro de California, 1850. Una época en la que los hombres vendían sus almas por una bolsa de oro y las mujeres, sus cuerpos por un lugar para dormir. Un relato conmovedor basado en el libro de Oseas, *Amor redentor* es una historia del amor incondicional, redentor y consumidor de Dios que cambiará su vida.



TYNDALE

Disponible en español e inglés

«La verdad entretejida en esa historia [Amor redentor] *realmente me trajo a mis rodillas. Y era una persona distinta cuando terminé de leer ese libro».*

—Amy Grant

Disfrute el primer capítulo
de este libro visitando
francinerivers.autortyndale.com

CP0304

LIBROS POR LA QUERIDA AUTORA

FRANCINE RIVERS


FRANCINE
RIVERS
El Último Devorador de Pecados
El Sueño de su Hija
FRANCINE
RIVERS
La Esperanza de su Madre
FRANCINE
RIVERS
Amor Redentor
FRANCINE
RIVERS
Bilingüe Bilingual
storias Bíblicas
para Niños
ble Stories for Kids

Serie La marca del León

Una voz en el viento

Un eco en las tinieblas

Tan cierto como el amanecer

Otros títulos

Amor redentor

El último Devorador de Pecados

La obra maestra

Un linaje de gracia

Serie El legado de Marta

La esperanza de su madre

El sueño de su hija

Libro infantil

Historias bíblicas para niños / Bible Stories for Kids (Bilingüe) (escrito con Shannon Rivers Coibion)

www.tyndale.com

francinerivers.autortyndale.com